MEMORIAS
MEXICANAS

La vida en México en el periodo presidencial de Miguel Alemán

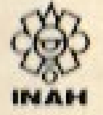
MEMORIAS
MEXICANAS

La vida en México en el periodo presidencial de Miguel Alemán

Salvador Novo

Compilación y nota preliminar

José Emilio Pacheco





Primera edición en Memorias Mexicanas: 1994

Coedición: CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES
Dirección General de Publicaciones/Instituto
Nacional de Antropología e Historia

Producción: Dirección General de Publicaciones
Calz. México Coyoacán 371
Col. Xoco, CP 03330
México, D.F.

ISBN 968-29-6472-5 Obra completa
ISBN 968-29-6475-X Tomo III

Impreso y hecho en México

Índice

Prólogo

¿Cómo no agradecer a Ipalnemohuani —aquél por quien tenemos vida— que haya galardonado la mía con que alcance a mirar a los que son uñas de mis dedos, cabellos de mi cabeza, hijos míos engendrados en el placer de un instante —reunirse a la distancia de sus generaciones: congregarse dentro de las dos puertas de un libro; gratificar así mi conmovida paternidad no exenta de remordimientos; y venir ahora a contarme lo que ellos vieron por el mundo mientras vagaban, con riesgo de extravío, por las revistas de que una mano generosa los rescató para sacramentarlos en el haz que les gana un nombre y les reconoce una cumplida tarea: la de narrar *La vida en México* durante los periodos presidenciales de, hasta aye., don Lázaro Cárdenas y don Manuel Ávila Camacho; ahora don Miguel Alemán; y —si Ipalnemohuani lo quiere y José Emilio Pacheco no desiste de redondear su obra— de don Adolfo Ruiz Cortines y de don Adolfo López Mateos?

En el prólogo que escribí para el volumen anterior al que el lector tiene en sus manos, confesaba yo que redactar semana a semana durante ya ahora más de treinta años lo que empezaba a reunirse en volúmenes, había acabado por ser "una obligación gustosa y a veces dolorosamente cumplida: la de ser el cronista extraoficial de la vida: del trozo cada vez menor que me toca en ella, de la ciudad de México. Cada vez menor", agregaba, "porque al mismo tiempo que la ciudad crece y se hipertrofia, yo decrezco y me anulo, naufrago en ella y diluyo mi grano de sal en la vastedad de su indiferencia".

El 5 de noviembre de 1965, el señor presidente don Gustavo Díaz Ordaz me honró con designarme Cronista de la Ciudad de México. Por bondad suya, que compartió al convenir mi nombramiento y al comunicármelo el señor licenciado don Ernesto P. Uruchurtu, ocurrían muchas cosas: que el gobierno de mi país reconociera la labor que hasta entonces había yo desarrollado de un modo extraoficial; que mi designación para suceder a mi admirado amigo don Artemio de Valle-Arizpe acrecentara mi responsabilidad; y que se me brindara ocasión de ejercer ese honroso cargo con organizar desde el Museo de la Ciudad de México una difusión sistemática de los valores históricos de México Tenochtitlan.

De suerte que la aparición de este tercer volumen de *La vida en México* encuentra a su autor ungido por un título que lo consagra tanto como lo compromete. Y viene a formar parte congruente de su tarea modestamente histórica, al reconstruir en sus cientos de páginas el periodo de gobierno del señor licenciado Alemán.

En el volumen anterior *La vida en México durante... Ávila Camacho*, el licenciado Alemán aparece mencionado o desfila por sus páginas veintiún veces. Es todavía el candidato a punto de ser electo presidente de la República, o de asumir el cargo.

Cercana ya su toma de posesión, el maestro Carlos Chávez vino a buscarme al retiro en que yo había resuelto consagrarme a escribir en paz mis memorias. Invocaba nuestro deber de colaborar en un gobierno que anticipaba culto y brillante. Había redactado, por encargo del licenciado Alemán, la ley que fundaría el Instituto Nacional de Bellas Artes, con amplios recursos y facultades para una acción a la que no debíamos sustraernos; y me conminaba, más que invitarme, a cumplir una obligación social de servicio a la patria.

De años atrás liberado de la burocracia, me resistí; Carlos insistió. Y cuando días más tarde acudí a Palacio a saludar al señor presidente Alemán, él remachó el clavo: inquirió si Carlos ya había hablado conmigo; y antes de que yo manifestara haber aceptado el cargo que en su nombre me ofrecía el director del Instituto Nacional de Bellas Artes, el presidente cortó: "Todos mis amigos han accedido a abandonar situaciones prósperas de bufetes o de negocios por servir al país en mi gobierno. Le agradezco que vaya a colaborar con Carlos Chávez. Haremos muchas cosas buenas."

Así empecé a trabajar nuevamente para el gobierno. Un gobierno de técnicos: en el que ingresaba una segunda y bien preparada generación de revolucionarios forjados, ya no en los campos de lucha fratricida, sino en las universidades y en los libros: un gobierno civil, el primero en muchos años, y en el que colaborarían —para sólo mencionar a algunos ya fallecidos— los brillantes talentos de Ramón Beteta, de Manuel Gual Vidal, Raúl López Sánchez, Ramos Millán...

La medida en que durante aquellos seis años colaboré en el INBA: lo que entonces pudo Carlos Chávez con su dinamismo, y yo con su apoyo y confianza, lograr o intentar en el campo de acción que nos tocaba; y el panorama lateral de la vida en México en ese periodo, está en las páginas de este libro.

El ingeniero Marte R. Gómez me confió hace poco que ha tenido el cuidado de contar, en el volumen anterior a éste, hasta ciento cuarenta personas de su amistad ya hoy desaparecidas.

Muchas más podrán ciertamente contarse en éste. Sea ello un respetuoso homenaje al recuerdo de su grande o pequeña contribución a la continuidad de la vida de un México que cumple, imperecedero, la profecía de aquel incomparable Cronista de México que

fue don Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpahin Cuauhtlehuánitl:

IN QUEXQUICHCAUH MANIZ CEMANAHUATL
AYC POLLIHUIZ YN INTENYO IN ITAUUCA
IN MEXICO TENOCHTITLAN

Mientras exista el mundo, no acabará la fama ni la gloria de México Tenochtitlan.

Salvador Novo

1° de octubre de 1966

Nota

El tercer volumen de *La vida en México* es la crónica del periodo presidencial de Miguel Alemán que Salvador Novo fue escribiendo en el "Diario" y las "Cartas viejas y nuevas" que lo sucedieron. Se abre con un relato del viaje a Europa que hizo el cronista a fin de estudiar las posibilidades para el funcionamiento de la televisión en nuestro país. Es quizá el único testimonio mexicano que se escribió sobre la Europa de posguerra.

De regreso Novo dedicó la mayor parte de su tiempo al teatro. Preparó a una generación de actores, directores, dramaturgos; a un público al que desde niño le descubrió la escena en versiones de *Don Quijote* y *Astucia*. Pero esta centralización de sus labores no desvaneció el interés de Novo por los otros aspectos nacionales. Y así sus juicios y sus observaciones son indispensables para entender una época próxima y remota que es el origen inmediato y configura, en más de un sentido, al México de hoy.

MÉXICO Y EL RESTO DEL MUNDO DURANTE EL PERIODO PRESIDENCIAL DE MIGUEL ALEMÁN

1946

El 18 de enero el Partido de la Revolución Mexicana se transforma en Partido Revolucionario Institucional. El PRI declara candidato a quien ya lo es de la CTM, la FSTE, la CNOP: el exsecretario de Gobernación Miguel Alemán. Se despliegan los lemas que sustentan la promesa del futuro gobierno: mantenimiento y consolidación de las conquistas revolucionarias, industrialización, apoyo a las inversiones nacionales y extranjeras, mejoría de los salarios y del nivel de vida obrero-campesino, electrificación, red de comunicaciones, responsabilidad burocrática... El 7 de julio, durante las primeras elecciones pacíficas que en mucho tiempo ha conocido el país, es casi unánime el apoyo al hombre que "no es un político sino un estadista que hará

dar a la nación el gran paso hacia el desarrollo económico". Así pues, el 1° de diciembre llega al poder "una generación de hombres no contaminados por las rencillas revolucionarias". Queda atrás la hora de la espada. Los ministros son universitarios, técnicos, *compañeros de banca:* no habrá la sorda lucha interior ya que una amistad sin fisura los liga desde la adolescencia. Nada se libra a la improvisación: durante su campaña electoral Alemán ha discutido en mesas redondas los grandes problemas nacionales.

Las esperanzas de la Sociedad de Naciones reviven al celebrarse en Londres la primera Asamblea General de la ONU. En Nüremberg once oficiales y funcionarios nazis son condenados a la horca; Hermann Göring se envenena. Estalla la guerra civil en Grecia. Se instala la Cuarta República francesa. Se reanuda la lucha entre Mao Tsé-tung y Chiang Kai-shek interrumpida por la invasión japonesa. Ho Chi-minh proclama la República Democrática de Vietnam y se inicia la lucha del Vietcong (Frente de Liberación Nacional) contra las fuerzas coloniales francesas.

Ese año Miguel Ángel Asturias publica en México *El señor presidente*. Emilio Fernández filma *Enamorada*; Vittorio de Sica, *Limpiabotas*. Jean-Paul Sartre estrena *La prostituta respetuosa* y *Muertos sin sepultura*.

1947

Un siglo después de Winfield Scott, Harry S. Truman visita México y rinde homenaje a los cadetes de Chapultepec. En seguida Alemán es huésped de Washington. Los Estados Unidos conceden un préstamo de 100 millones de pesos para industrializar el país. La sequía y varias plagas devastan la república: langosta, mosca prieta, sobre todo fiebre aftosa o epizotia del derrengue, que diezma la riqueza ganadera.

Es el año de la Doctrina Truman y el Plan Marshall, la ayuda económica y militar a los países amenazados por el comunismo. Hungría y Rumania se convierten en repúblicas populares. Josip Broz, el mariscal Tito, llega al poder en Yugoslavia. La India y Pakistán se independizan. La ONU vota la división de Palestina en Estado árabe y Estado judío. Los árabes se oponen.

Agustín Yáñez publica *Al filo del agua*; Thomas Mann, *Doktor Faustus*; Malcolm Lowry, *Bajo el volcán*; Albert Camus, *La peste*; Thorton Wilder, *Los idus de marzo*. Rodolfo Usigli estrena *El gesticulador*; Tennessee Williams, *Un tranvía llamado deseo*. Fernández filma *Río escondido*; Ismael Rodríguez, *Nosotros los pobres*; Charles Chaplin, *Monsieur Verdoux*; Luchino Visconti, *La tierra tiembla*; Jules Dassin, *La fuerza bruta*.

1948

El optimismo del principio del régimen cede ante las inclemencias de la posguerra: inflación, devaluación (el peso se desploma frente al dólar de 4.85 a 8.65), pérdida de los mercados extranjeros. No obstante, se mantiene la voluntad de sacar al país del subdesarrollo. Se opone a la sequía la construcción de grandes presas, se tienden carreteras y nuevos ferrocarriles. "México —declara el presidente— no quiere lucha ideológica: quiere trabajo." El movimiento obrero es paulatina e incesantemente encauzado hacia el PRI que, por boca del general Rodolfo Sánchez Taboada, repudia oficialmente el comunismo y lo define como "doctrina exótica". Porque nada debe desalentar a los grandes capitales necesarios para la industrialización, sobre todo si se considera que nuestra balanza comercial (1944-1947) arroja un saldo negativo de 2 670 millones de pesos. Se expide el reglamento de inafectabilidad agrícola y ganadera. Una huelga universitaria arroja violentamente de la rectoría al doctor Salvador Zubirán. Jaime Torres Bodet ocupa la dirección de la UNESCO. Una frase de Ignacio Ramírez, el Nigromante, citada en el mural de Diego Rivera en el Hotel del Prado desata un escándalo próximo a convertirse en guerra santa.

Gandhi es asesinado en Nueva Delhi. La OEA se forma entre el "bogotazo" que sucedió al asesinato del líder colombiano Jorge Eliecer Gaitán. Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo firman el Pacto de Bruselas. Ben Gurión proclama el Estado de Israel. La Liga Árabe (Egipto, Iraq, Líbano, Arabia Saudita, Transjordania y Yemen) le declaran la guerra. La ONU logra concertar el armisticio. Se instaura la República Democrática en Corea del Norte. Checoslovaquia entra en el bloque socialista. El cardenal Mindszenty es encarcelado en Hungría. Los soviéticos bloquean Berlín. Tito desconoce la infalibilidad de Stalin y afirma que Yugoslavia se ha independizado del control de Moscú.

Ese año Carlos Pellicer publica *Subordinaciones*; Alí Chumacero, *Imágenes desterradas*; Alfonso Reyes, *Letras de la Nueva España*; Luis Spota, *Murieron a mitad del río*; Guadalupe Amor, *Puerta obstinada*; Truman Capote, *Otras voces, otros ámbitos*; Norman Mailer, *Los desnudos y los muertos*; Leopoldo Marechal, *Adán Buenosayres*; Evelyn Waugh, *Los seres queridos*; Graham Greene, *El revés de la trama*. Sartre estrena *Las manos sucias*; Bertolt Brecht, *El círculo de tiza caucasiano*. De Sica filma *Ladrones de bicicletas*; Roberto Rosellini, *Alemania, año cero*; Giuseppe de Santis, *Arroz amargo*; Lawrence Olivier, *Hamlet*.

1949

En el estadio que será demolido para dar sitio al primero de los multifamiliares, Alemán inaugura la Exposición Objetiva Presidencial que muestra el programa en marcha de obras públicas. Apenas aquietada la tempestad por el mural de Diego, se desata la feroz polémica sobre los restos de Cuauhtémoc que Eulalia Guzmán encontró en Ixcateopan. Se pone fuera de la ley al sinarquismo. Es el momento de la canasta uruguaya, y en los salones se habla de métodos de rejuvenecimiento, del informe Kinsey y la derrota de la ciencia frente al catarro. Tongolele, Palillo y sobre todo Dámaso Pérez Prado, creador del mambo, triunfan en la noche de México —aunque el mayor éxito publicitario sigue en posesión de la pareja María Félix-Agustín Lara.

Lin Biao lanza la gran ofensiva de Manchuria. Completamente derrotado, Chiang abandona Nanking y se refugia en Formosa. Mao entra en Pekín y empieza la construcción del socialismo en China. Al proclamarse la independencia indonesa, Sukarno ocupa el poder. Se establecen las dos Alemanias: la República Democrática y la República Federal con sede en Bonn. La URSS rompe el monopolio atómico y hace sus primeros experimentos. Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Italia, Portugal, Dinamarca, Noruega y Canadá firman el Pacto del Atlántico del Norte.

Ese año Octavio Paz publica *Libertad bajo palabra*; Juan José Arreola, *Varia invención*; Reyes, *Junta de sombras*; Daniel Cosío Villegas, *Extremos de América*; José Revueltas, *Los días terrenales*; José Luis Martínez, *Literatura mexicana. Siglo XX*; Fernando Benítez inicia el suplemento *México en la Cultura*. Jorge Luis Borges publica *El Aleph*; Alejo Carpentier, *El reino de este mundo*; Georges Orwell, *1984*; Aldous Huxley, *Mono y esencia*; William Faulkner, *Intruso en el polvo*. Carol Reed filma *El tercer hombre*. Arthur Miller estrena *La muerte de un viajante*; Olivier Messiaen, la *Sinfonía Turangalila*.

1950

Alemán inaugura la Carretera Panamericana. Continúan las obras de electrificación e irrigación. Se extiende el Seguro Social. En la capital se abren nuevas avenidas y se emprenden trabajos contra las inundaciones. Los *espaldas mojadas* —los braceros que ilegal y desesperadamente cruzan el Bravo— dan testimonio de la crisis agraria. El caso de los braceros es la gran tragedia de estos años, "el doloroso contraste —dice Novo— con la supuesta prosperidad de la industrialización... Se les trata como mercancías exportables en las mejores

condiciones para el importador... Y mientras siguen saliendo esclavos —los braceros— siguen entrando amos —los turistas".

China y la URSS firman un pacto de alianza y ayuda mutua por treinta años. Inglaterra reconoce al régimen de Mao. Sitiada Seúl, capital del Sur, por los norcoreanos, Truman ordena que Douglas MacArthur desembarque con el Octavo Ejército en Inchón. MacArthur recupera Seúl, cruza el Paralelo 38 y pone cerco a Pyongyang. Pero chinos y norcoreanos lo obligan a replegarse. Dwight D. Eisenhower, supremo comandante aliado en Europa.

Octavio Paz publica *El laberinto de la soledad*; Paul Westheim, *Arte antiguo de México*; Pablo Neruda, *Canto general*; Juan Carlos Onetti, *La vida breve*; John Hersey, *La pared*; Ernest Hemingway, *Del otro lado del río y entre los árboles*. Carmen Toscano termina el montaje de los documentales filmados por su padre: *Memorias de un mexicano*. Luis Buñuel filma *Los olvidados*; Akira Kurosawa, *Rashomón*; Jean Cocteau, *Orfeo*. Emilio Carballido estrena *Rosalba y los Llaveros*; Revueltas, *El cuadrante de la soledad*. Comienza el gran reconocimiento a la pintura de Rufino Tamayo.

1951

Se inauguran las obras del río Lerma y del sistema hidroeléctrico Miguel Alemán. La CROM y el Grupo Artículo 39 piden que el presidente sea reelecto cuando menos por otros cuatro años o, en última instancia, que ocupe la rectoría de la Universidad. Alemán responde que no se reelegirá. El PRI designa candidato al secretario de Gobernación Adolfo Ruiz Cortines.

MacArthur organiza la contraofensiva en Corea y pide el bombardeo de las bases chinas. Truman lo destituye. Matthew B. Ridgway toma el mando en el lejano Oriente. La ONU aprueba el embargo contra China. Mohamed Mossadegh nacionaliza el petróleo iraní. Es asesinado Liakat Ali Khan, primer ministro de Paquistán.

Paz publica *¿Águila o sol?*; Julio Cortázar, *Bestiario*; Manuel Rojas, *Hijo de ladrón*; Camilo José Cela, *La colmena*. Buñuel filma *Subida al cielo*; René Clément, *Juegos prohibidos*; Visconti, *Bellísima*; De Sica, *Milagro en Milán*. Salvador Novo estrena *La culta dama*; Sergio Magaña, *Los signos del zodíaco*; Rodolfo Usigli, *El niño y la niebla*; Ionesco, *La lección*; Igor Stravinsky, *The Rake's Progress*; Benjamin Britten, *Billy Budd*; Honneger, *Quinta sinfonía*; Pierre Boulez, *Polifonía X*. David Alfaro Siqueiros pinta el mural *Cuauhtémoc redivivo*.

1952

Fulgencio Batista derroca a Carlos Prío Socarrás. Muere Eva Perón. Bolivia nacionaliza las minas de estaño. Puerto Rico se convierte en Estado Libre Asociado. Abdica el rey Faruk. Isabel II sube al trono de Inglaterra. El 16 de noviembre los Estados Unidos anuncian que han hecho estallar su primera bomba de hidrógeno en el atolón de Eniwetok.

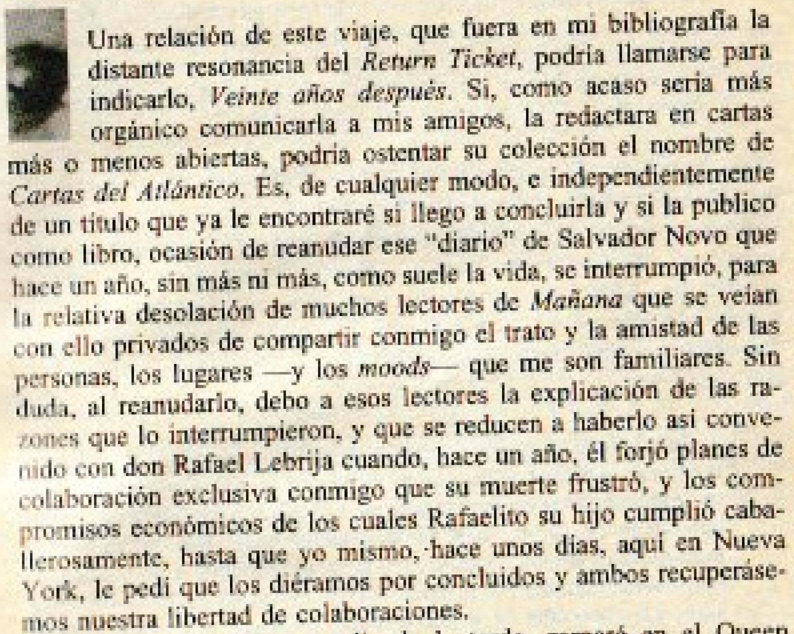
Arreola publica *Confabulario*; Reyes, *Obra poética*; Enrique González Martínez, *El nuevo Narciso*; Francisco Rojas González, *El diosero*; José Gaos, *En torno a la filosofía mexicana*; Leopoldo Zea, *La filosofía como compromiso*; Emilio Uranga, *Análisis del ser del mexicano*; Borges, *Otras inquisiciones*; Hemingway, *El viejo y el mar*; Alain Robbe-Grillet, *La doble muerte del profesor Dupont*. Buñuel filma *Él*; Roberto Gabaldón, *El rebozo de Soledad*; De Sica, *Umberto D*; Chaplin, *Candilejas*; De Santis, *Roma a las once*; H.G. Clouzot, *El salario del miedo*. Usigli estrena *Jano es una muchacha*; Celestino Gorostiza, *El color de nuestra piel*; Georges Bernanos, *Diálogos de las carmelitas*; Miller, *Las brujas de Salem (El crisol)*; Fredrich Dürrenmatt, *El matrimonio del señor Mississippi*.

Agosto de 1966

1947

Octubre

Miércoles 15



Una relación de este viaje, que fuera en mi bibliografía la distante resonancia del *Return Ticket*, podría llamarse para indicarlo, *Veinte años después*. Si, como acaso sería más orgánico comunicarla a mis amigos, la redactara en cartas más o menos abiertas, podría ostentar su colección el nombre de *Cartas del Atlántico*. Es, de cualquier modo, e independientemente de un título que ya le encontraré si llego a concluirla y si la publico como libro, ocasión de reanudar ese "diario" de Salvador Novo que hace un año, sin más ni más, como suele la vida, se interrumpió, para la relativa desolación de muchos lectores de *Mañana* que se veían con ello privados de compartir conmigo el trato y la amistad de las personas, los lugares —y los *moods*— que me son familiares. Sin duda, al reanudarlo, debo a esos lectores la explicación de las razones que lo interrumpieron, y que se reducen a haberlo así convenido con don Rafael Lebrija cuando, hace un año, él forjó planes de colaboración exclusiva conmigo que su muerte frustró, y los compromisos económicos de los cuales Rafaelito su hijo cumplió caballerosamente, hasta que yo mismo, hace unos días, aquí en Nueva York, le pedí que los diéramos por concluidos y ambos recuperásemos nuestra libertad de colaboraciones.

Mañana, a las seis y media de la tarde, zarparé en el Queen Elizabeth, con destino a Londres en una misión del gobierno que me hará igualmente asomarme a París y a Roma y sus alrededores. Parto bien pertrechado de cuanto se requiere para tamaña aventura: billete de regreso en el Queen Mary para el 4 de diciembre, billete de avión para el retorno a México, ropa gruesa, jabón, comida y los consejos y advertencias que experimentados y recientes viajeros me hicieron en México, así como los que me han dado los residentes de Londres en cuyas manos he de poner mi espíritu y mi cuerpo.

La carta de Tom Gale, que recibí en México la víspera de mi partida, contesta mis preguntas con la más desoladora precisión: los hoteles de Londres están repletos, pero me encontrarán algo (en carta que recibí ayer, su secretario me comunica haberme encontrado alojamiento, después de tratarlo infructuosamente en el Savoy, el Ritz, el Dorchester, el Mayfair, el Berkeley, el Park Lane, el Mount Royal y el Normandie, en el Grosvenor Court, que describe céntri-

co); me advierte que el costo de la vida es muy alto, especialmente para los visitantes; que la comida es adecuada, pero que no se pueden conseguir *fancy dishes*; que el jugo de frutas no puede siempre conseguirse, pero que a veces lo hay concentrado; que todo está estrictamente racionado, de modo que si me gusta el azúcar, la mantequilla o los dulces, los lleve. *You mention ham*, agrega; *most people here have forgotten what it tastes like*. Y luego:

> Fifty dollars a day will enable you to get around comfortably, including theaters and trips [...] Bring warm clothes, as it will be cold and the English don't go in much for heating in the best of times, much less now. You will probably not get your stuff laundered, so bring lots of shirts and underwear [...] It sounds like hell, but it isn't.

Llevo toda clase de apuntes de viaje. Desde el martes pasado, todavía en México, cuando me era difícil ajustarme a la idea de abandonar por largo tiempo el pequeño mundo de una casa que todo el año trabajé en adecuar a mis más exigentes comodidades; que en ese preciso día quedó lista y terminada a mi plena satisfacción, y que me echaba de ella en el momento en que bien merecía sentarme a descansar y a disfrutarla. Los apuntes de ese día y del siguiente son aún precisos:

> Todo está listo, pues, para emprender mañana a las once un vuelo que me llevará a Nueva York; de esta cama y de esta alcoba diseñadas por mí, pacientemente fraguadas para mi más privado confort, a no sé cuál habitación prostituta, que hayan poseído antes que yo mil otros indiferentes viajeros. Detesto los viajes, en principio y por principio; poltronería, complejo de inferioridad o lo que usted guste. Hace veinte años, al emprender el primero, pude comenzar a narrarlo con la declaración de que hasta entonces no conocía el mar. Hoy podría anticipar que a mi edad actual, es la primera vez que voy a Europa...

Luego, los apuntes son más esquemáticos: *Jueves 9*, salida a las once; llegada a Houston a las tres; la comida horrible; salida de Houston en un Constellation a las 4:45; le faltaba un *supercharger*, de modo que no pudo elevarse ni hacer el vuelo directo, sino costeando por la ruta más larga, y llegó a La Guardia casi a las dos de la mañana, debiendo aterrizar a las diez y media.

Primera decepción: Carlos Chávez había pedido reservaciones para ambos en el Savoy Plaza; pero un cable de última hora nos avisa que a causa de la congestión de los hoteles, apenas en el Barbizon Plaza pudieron conseguirnos alojamiento, y eso porque ahí lo conocen, ahí ha vivido, y es el hotel al que, cuando menos antes, iban siempre los mexicanos eminentes, como Miguel Covarrubias o Diego Rivera.

Y los muy bárbaros no habían reservado más que un estudio con dos camas y un solo baño. A mis imploraciones, me dieron un cuarto mínimo, el de la *hostess*, para pasar unas horas de sueñopesadilla frente a una colección de archiveros metálicos. Una primera noche ciertamente inolvidable.

Viernes 10

Me mudaron, a primera hora, al cuarto 1818, en que ni siquiera puedo moverme. Fuimos por Herbert Weinstock a la casa Knopf para almorzar juntos en Henri's. Herbert es el autor de un *Tchaikovsky* muy traducido a varias lenguas europeas de las que no ve un céntimo por esas enredadas cuestiones de la congelación del dinero. En México circula una traducción que imprimió creo que Harry Block y que yo leí. La casa Knopf se interesa en publicar *México y la cultura* en inglés, y Carlos quería hablar de eso con Herbert.

Vino a verme Manolo Barbachano, este chico gordito, yucateco, que tiene ya un año de trabajar aquí con la Mac Cann Erickson, desde que el patrón Elías lo mandó, y lo invitamos a cenar en Sardi's, antes de meternos en el teatro a ver *Oklahoma*. Carlos tiene muy buen apetito, y se deleita con los grandes filetes de cuatro dólares. Pero lo noto deprimido, como nostálgico, no sé si de México o de los años más juveniles que pasó en Nueva York, y que la forzada residencia en el hotel en que los pasó, le reaviva.

Sábado 11

Fuimos a tiendas, a comprarme un abrigo grueso y ropa interior de lana, qué horror. También necesito una máquina de escribir, que no traje, pero ya hoy no hubo tiempo de buscarla, y el lunes, como es día de Colón, será difícil conseguirla. Estos señores transfieren las fiestas cuando caen en domingo, para disfrutarlas de todos modos el día siguiente. Luego almorzamos en el Plaza, donde, como en todas partes, sólo le traen a uno pan y mantequilla si los pide, porque Mr. Truman ha resuelto que el primer paso para la solidaridad con los países europeos, consiste en ayunar como ellos, y solidarizarse en la privación. Por fortuna, el pan no es mi debilidad.

No conseguimos billetes para ningún teatro, de modo que nos resignamos al cine, y vimos una encomiada y ciertamente buena, aunque deprimente película italiana.

Volvimos a pie al hotel, y salí a dar una vuelta por el parque.

Domingo 12

Rafael Partida y Alfonso Cava llamaron desde el Roosevelt. Acaban de llegar, porque todos los años, por estos días, vienen a ver el teatro y a surtirse de ropa, y un poco como dicen, a soltarse el moño. Suenan encantados de una fiesta a la que anoche mismo fueron, nada menos que en Park Avenue, aunque en la compañía de un Wencho Mont que no me simpatiza nada. Les invitamos a comer con nosotros en el Plaza, y luego nos fuimos Carlos, Betty y yo al Carnegie Hall, donde Stokowski dirigía el concierto de las tres de la tarde que en México se escucha por la XEA a las dos. El Bach y el Brahms merecieron la aprobación de Carlos, pero el Debussy y el Ravel lo dejaron tan enfadado, que no quiso ir a saludar a Stokie en su camerino. Betty es la esposa de Bill, el que tocaba el corno en la Sinfónica de México, y a quien el sindicato ya este año no dejó trabajar, lo cual parece infortunado, porque así no hay competencia ni emulación.

Después del concierto, nos pusimos a jugar *bridge*, como cualquier domingo en mi casa, los mismos cuatro que solemos jugarlo allá, con la diferencia de que en vez de mis árboles se veían por la ventana los del Central Park, y con algunas otras leves diferencias en el servicio de la merienda. También distinto porque no es lo mismo jugar a cuarto de centavo mexicano, que a cuarto de *penny*.

Rafael y Alfonso tenían que ir a otra fiesta por Harlem —un baile fabuloso, según dijeron. A mí me debutaba un catarrazo, y preferí cumplir de una vez con el deber sentimental de visitar a mi tía Virginia, a quien hallé en la mesa, en el mismo apartamiento que habita en Riverside desde hace más de veinte años. Hace pocos meses que estuvo en México, después de veinte años que se resistía a visitarnos. La encontré mejor, pues ha estado muy enferma últimamente. Y menos renuente a visitarnos de vez en cuando. Antes de acostarme, di otra vuelta por el parque.

Lunes 13

Fuimos a buscar mi máquina en Macy's porque la agencia no las vende directamente, y renunciamos a comprarla en aquel torbellino de viejas tumultuosas y horrendas. La buscaré después, o me resignaré a escribir a mano. Hice otras pequeñas compras, y luego entramos a almorzar en un Longchamps, ya tarde. La mesera era muy comunicativa: nos contó su novela mientras refaccionaba estos grandes vasos de agua congelada que evidencian el gusto gastronómico de los americanos: en ese restaurante, ella camina una cuadra por cada platillo, y baja veinticinco escalones a la cocina. Ya no aguanta,

y la semana que entra se va a ir a Washington, donde su hijo va a estudiar *hotel management*. Tiene otro hijo en la marina y le gusta viajar, ver el mundo y el país, *you know*.

Comimos tarde porque Carlos fue a entrevistarse con Mr. Jodson, que es el *manager* dictador de los conciertos y de la música en Nueva York. Volvimos al hotel, y yo salí a algunas compras más. El dinero vuela aquí. Rafael me telefoneó para contarme maravillas de la fiesta a que fueron anoche en Harlem, y para presumir de haber ya conseguido billetes de primera fila para todos los teatros los días que se queden aquí.

En el radio, y más tarde en los periódicos, había una noticia curiosa. De una fiesta, telefonearon a un cuartel en solicitud de soldados con que animarla. El sargento que recibió el pedido prefirió presentarse él mismo con la policía y arrestar a los anfitriones bajo el cargo de "inducir a los soldados a *nuisance*". Tuvieron que explicarle que no existe tal delito. Y mientras se investiga, la policía guarda silencio.

Cenamos otra vez en Sardi's, con el otro Herbert y su esposa, y fuimos después a ver *Annie Get Your Gun*. Ya para esas horas, mi catarro era verdaderamente torrencial. Por fortuna, mi botiquín venía convenientemente surtido desde México por Raoul, y ataqué su virulencia con dosis masivas de ácido ascórbico de Lakeside.

Martes 14

Si uno permanece en Estados Unidos más de cuarenta y ocho horas y trata de salir, necesita un permiso en que se esclarezca que no ha venido a ganarles un centavo. Lo extienden en el 17 de la 42, después de una pequeña cola, de modo que fui a conseguirlo. Luego a la Agencia Cook, a comprar unas libras y unos francos, y a reservar el billete de regreso. Y como andábamos cerca, de una vez a surtir mi pedido de comida para el destierro y el desvalimiento, en Charles Co., Madison Avenue y la 43. Espero que me alcanzará con lo comprado, no sólo para subsistir, sino aun para convidar a las familias a probar el jamón de varias maneras, lo cual debe resultar allá muy atractivo. Y si de veras no hay lavanderías, pero siquiera tengo un cuarto de baño, será divertido emplear yo mismo el jabón en escamas sobre siquiera la ropa interior de lana por las noches.

Mientras llegaba la hora de visitar a Mr. Murphy en la CBS, para que nos enseñara la televisión, pasamos por la galería de Nicholas Acquavella. No estaba sino su esposa, y evocamos largamente a los Misrachi.

En la CBS nos enseñaron cuanto tienen, y nos formularon un amplio programa de adicionales demostraciones para mañana a las tres

de la tarde y para el jueves en la noche, cuando harán un *pick up* de mesa redonda interesante. Luego, a las cinco y media, fuimos a visitar a los Rockefeller en esa hermosa galería que es su departamento, con esas luces tan perfectas, esa chimenea de Matisse —y los *old fashioneds* en vasitos con asa. Nelson Rockefeller está metidísimo en grandes proyectos agrícolas para Venezuela y Brasil que consisten en facilitar el uso colectivo o alterno de maquinaria, con lo que se ha logrado ya un aumento en la producción de un 50 a un 70 por ciento. Al parecer, en esos países antes se necesitaban dos agricultores para mantener a cada habitante urbano, y ahora ya cada campesino produce lo suficiente para mantener a siete flojos de la ciudad.

Cenamos en el Astor, cerca del teatro en que después vimos *Harvey*. De una vez conseguimos los billetes para ver mañana *The Heiress*, con Basil Rathbone.

Miércoles 15

Por fin compré la máquina en el Rockefeller Center, antes de entrar a ver todo lo que nos tenían preparado de televisión en la NBC. Tomamos un premioso *lunch* y seguimos viendo y preguntando sobre televisión en los estudios de la CBS en Grand Central Station, que no están ahora en operación, porque se han dedicado, como los de NBC, a lo que los ingleses llaman OB: *Outside Broadcast*. Allí nos atendió un viejo amigo de Carlos que conoce a México y por supuesto a los Covarrubias y a Diego.

Por fin llegó Guillermo González Camarena, el técnico que irá conmigo a Londres para esos aspectos de nuestro estudio. Y recibí la primera carta, no de México, pero sí de Chicago, con la triste noticia de que A. no podrá venir a verme unos días aquí, porque la máquina le trituró un dedo que a lo mejor le queda inútil para siempre, y está en el hospital.

Fuimos a cenar con Herbert Weinstock en el Lafayette, que pasa por ser uno de los más viejos y competentes comederos franceses, y ciertamente el *canard à l'orange* estaba como si yo lo hubiera hecho. Luego a ver *The Heiress*, y como de costumbre, caminando hasta el hotel, junto a un Carlos abstraído en no sé qué recuerdos. Por Broadway, donde a diferencia de la Quinta, las mujeres aún llevan la falda corta, materia en la cual la Quinta no habrá triunfado hasta imponer la falda larga también en Broadway.

Estreno mi máquina con estos apuntes, y ella me obliga a revisarlos, contra mi costumbre, porque no tiene acentos. Mientras escribo, antes de ir a almorzar con el Dr. X, mago de la electrónica, me llama Carmen López Figueroa, quien ya por lo visto ha resuelto no salir

nunca de Nueva York. La veremos esta tarde. Y mañana, a esta hora, me hallaré en el camarote B-51 del Queen Elizabeth.

Lunes 20

Por fin, me atreví a probarlo *—and it worked!* Es posible, aunque no en las mejores condiciones de comodidad, escribir en la máquina, puesta sobre la cama, y yo sentado en el único sillón de esta celda trashumante. Había yo andado husmeando por todo el barco, en busca de algún salón en el que no fuera molesto para nadie que yo me apareciera con este instrumento y lo tecleara, pero ninguno me parecía adecuado. Todos son demasiado muelles, demasiado hechos para la holgazanería a que los pasajeros tan gustosamente se consagran —dichosos ellos, que así lo pueden ser. Ahora sí, podré pasar a máquina todos mis apuntes, que he llevado con una minuciosidad acaso excesiva. Hacerlo, habiendo comenzado por hoy, será como un *flashback* que me lleve a revivir todos los días interminables y sin embargo ya pasados, que van desde aquél en que me embarqué, hasta este momento.

Abro, pues, esta libreta con ziper que compré todavía en México, y que no me abandona en ningún momento, llenas como están sus solapas con todos mis documentos, y transcribo:

Jueves 16

Carmen López Figueroa se ha quedado en Nueva York desde abril, cuando ella y Dolores del Río se instalaron en el Plaza, donde en mayo las vi. Luego tomaron un departamento en Park Avenue, y aunque Dolores regresó a México y ahora anda por Buenos Aires con la Mumy, como una buena chica, haciendo dos películas al hilo y dándole a la policía el quehacer de protegerla contra las avalanchas de admiradores que la asaltan en las tiendas y por la calle, Carmen prefirió permanecer aquí, donde tiene tantos amigos, y fue muy mono de su parte cancelar hoy todos sus compromisos del día y citamos en su departamento a las cinco para concertar lo que hiciéramos por la noche.

Su departamento es muy grande y muy *chic*. Lo decoran estos espejos enormes, artificialmente oxidados, y estos candelabros con que los americanos pugnan denodadamente por asirse a una tradición que les falta; a un aire antiguo y respetable, distinguido y fino, que no logra ser más que costoso, y que aun así, enseña el cobre del artificio. La biblioteca, por ejemplo, es de estantes de madera apolillada antes de construirlos, y está llena de volúmenes idénticos de diccionarios del XVIII, de un color uniforme que "va" muy bien con los estantes.

Tiene Carmen una *full time maid* —asombroso lujo, que por

añadidura se llama Jessica, como en las novelas, y que prepara a la perfección los *old fashioneds*. Entre veinte llamadas telefónicas, Carmen nos expuso un plan tentativo de diversiones que consistiría en despachar a Carlos a la Filarmónica de Stokowsky, al palco de Estrella Boisevan (que ha vuelto a casarse, y otra vez muy bien), mientras Carmen y yo iríamos al teatro a ver el *Man and Superman* de Shaw que está poniendo Maurice Evans. Luego a una fiesta sencilla de unos amigos suyos.

Pero Carlos no aceptó la proposición. Ya había tenido bastante Filarmónica con la del domingo, y entonces Carmen modificó las invitaciones para formar con una amiga suya —dueña de Patullo— y nosotros, dos parejas que se reunirían en el teatro. Allá llegaron, conducidas por Bubu Fernández del Castillo, que regresa mañana a México; y después del teatro, abordamos un taxi para ir un rato a la fiesta de los amigos de Carmen.

Los cuales resultaron ser John Frederics, el afamado sombrerero, y su amigo, que ocupan un departamento absolutamente ultrabarroco, lleno también de espejos oxidados, sillones blancos, candelabros con velas encendidas. Aunque ahí estaban Rosita Díaz Gimeno y su esposo, el doctor Juan Negrín —hijo del político, y ahora médico muy próspero y buscado para abrir cráneos en Nueva York—; quien me tomó por su cuenta para una monológica conversación fue la sociable mamá del amigo de John Frederics. La señora estuvo en México y tenía mucho que decir sobre eso.

Pero Carlos se aburría, parecía cansado, y antes de la una de la mañana nos despedimos, sin aguardar a la Bicha, Larry y Alfonso Castro, de quienes Carmen aseguró que no tardarían en llegar, porque aquí está ahora, prácticamente, toda la familia López Figueroa. Antes de marcharnos entramos en la recámara de los anfitriones, que es seguramente la habitación más rococó del departamento, para conocer a su famosa guacamaya o cacatúa australiana: un pájaro de colores pastel, con un sombrero de plumas propias, inspirado en los que diseña su dueño, que le costó 800 dólares y mucho trabajo importar, ya que está prohibido, y con harta razón, importar loros aquí donde abundan. El pajarraco nos miraba con desdén desde la jaula cubierta en que reposa sobre el ropero de terciopelo rojo capitonado frente a la cama doble ancho que coronan dos rollizos cupidos, y que iluminan otros dos desde las mesillas laterales de espejos —naturalmente oxidados.

Viernes 17

Anoche preferí empacar antes de acostarme, y entre el organizado milagro de hacer caber en dos maletas lo que en ellas traje, más todo

lo que he comprado; en leer el *Times* y hacer cuentas (operación que siempre me pone carne de gallina) me dieron las tres de la mañana. Fue una lástima disculpable que mi prima Edna resolviera despertarme a las ocho por el teléfono para invitarme a almorzar con su mamá, como no tendría tiempo de hacerlo. Apenas si quedaba el preciso para escribir unas cuantas cartas y tarjetas de despedida, salir a tomar algo cerca del hotel; esperar a Carmen, que iba a traerme por si hacía falta una bolsa de lona de las que usaban los soldados en la guerra y que ahora resultan tan convenientes por lo muchísimo que les cabe; pagar la cuenta y salir volado para encontrarme a bordo del Queen Elizabeth a las tres y media pues su salida estaba anunciada para las seis y media.

Carmen, Alfonso y Carlos me acompañaron, y desde el muelle, empezaron estos trámites engorrosos, misteriosos, que le hacen a uno sentirse un criminal fichado por las policías internacionales: permisos de salida, pasaportes, declaraciones, papeles de diversos colores, esqueletos que hay que llenar con urgencia, recomendaciones y advertencias que es necesario tener muy en cuenta, prohibiciones tardías —y finalmente, el acceso al barco por la escalerilla entoldada, y a localizar el camarote B-51, empresa a que me guió un *steward* y en que me llevé el susto de la vida cuando él abrió una puerta y yo contemplé un cuarto con dos camas, sobre una de las cuales había ya un sombrero y un abrigo de otro señor. Me volvió el alma al cuerpo cuando reconocimos que por un error me había llevado al A-51 y que el mío era individual, como desde un principio lo conseguí —un camarote pequeño, con la cama cubierta por drapeados de seda y cortinas de lo mismo, donde ya empezaban a aparecer, uno por uno, los cinco enormes bultos de comida que me acompañarían, y a propósito de los cuales me entraron nuevas inquietudes al reflexionar que sumaban, y representaban bien a las claras, bastante más de los 50 dólares de alimentos que por persona se permite introducir en Inglaterra. En la tienda lo sabían, pero me dijeron que no importaba, y que en la aduana se harían de la vista gorda. Y realmente no se entiende cómo pueden restringir la entrada de comida allí donde es eso lo que les falta. A ver qué demonios pasa, lo mismo que con los cigarros, de los que llevo más que los permitidos. Y con el dinero. A mí no me dieron en la Cook el instructivo que señala todas estas limitaciones, pero sí se lo dieron a Camarena, y ahí las leí. Pero en cambio, al entrar en el barco me dieron un papel amarillo con advertencias entre las que descuella la de que no se pueden llevar dólares más que en billetes de 20.

En esta enorme arca de Noé, los que vienen a dejar a los pasajeros son por supuesto muchos más que éstos, y recorren boquiabiertos los salones. Me gustaría poder disfrutar con igual entusiasmo lo que debe de ser el sueño dorado de tanta gente —viajar en el Queen Elizabeth. Pero he perdido toda capacidad de goce dinámico. Todo

este lujo me deja frío, y no le extraigo más que la escueta esencial de que en esta penitenciaria flotante tengo asignada una celda en que voy a cumplir la condena de pasar cinco irrecuperables días de mi cada vez más limitada existencia.

Carmen y Alfonso se despidieron pronto. Carlos permaneció hasta que a las seis y media pareció que partiría el barco. Todavía, retiradas las escalerillas entoldadas, se quedó en el muelle, con ganas de ver zarpar el barco, pero tuvo que irse cuando a causa de la niebla se supo que todavía tardaría en salir.

Di pues, solo por fin, cortadas todas las amarras, en mi camarote, en que funcionaban furiosamente el ventilador eléctrico y una boca movible que soplaba aire como un demonio. Pospuse la tarea de reajustar mis posesiones marítimas en los muebles; acomodé simplemente los huevos junto al sombrero, y fui a reservar mi mesa en el comedor. Una mesa pequeña, por supuesto; lo menos social posible; la 123. Me senté a ella, y no tardó en instalarse frente a mí el que será, si Dios no lo remedia, mi permanente obsesión gastronómica durante cinco días: un señor entre polaco y francés de *facies* criminal, de boca insolente, de orejas desincronizadas, sin chaleco y con un apetito devastador. Pide de todo y todo se lo come —la mantequilla de los dos, inclusive. Me obstino en no darle ocasión de hablarme. Me da náuseas verlo devorar uno tras otro, tronándolos como nueces, estos panes que pide y pide, y que yo no pruebo siquiera, no porque durante los días de Nueva York me haya habituado a prescindir de un pan que hay que pedir si se quiere, porque así es como Mr. Truman va a salvar al mundo; sino porque tampoco en mi casa como pan.

Lo dejo consagrado a su interminable masticación, y salgo del restaurante. Será, pienso, sencillo después de todo, cuidar de no coincidir con sus horas de nutrición, y sentarme solo a la pequeña mesa.

En el pizarrón, un oficial ha borrado la recomendación de entregar llenas las formas anaranjadas que nos dieron, y ahora escribe nuevas noticias: el barco no saldrá enseguida, debido a condiciones adversas del tiempo, y los pasajeros pueden ir a tierra, para lo que se les extenderán permisos, siempre que estén de vuelta antes de las dos de la mañana.

Asumo, pues, que para esa hora ya habremos zarpado, y me encierro en el camarote a instalar mis cosas y a tratar de dormir. Para asegurarme de que lo haré, me trago dos fenobarbitales que me derrumban, después de un prolongado *day dreaming*.

Sábado 18

Despierto a las ocho. Basta apagar la luz en este camarote interior, que no la recibe natural, para hacer la noche tenebrosa y volver a

dormir hasta las nueve, las diez, las once. Ya debemos de hallarnos en alta mar, y es admirable la estabilidad de este barco. Me levanto, me baño, llamo al *steward* para darle mi ropa sucia; pero me informa que ya no dan ese servicio, sino acaso de mercado negro; esto es, que él tratará de ver si una muchacha accede a lavarme las cinco mudas que ya traigo sucias desde la última rogadísima lavada de Nueva York. Ya no sirven desayunos a esta hora, pero él me trae uno. Lo tomo y salgo feliz de haber al fin acortado el viaje con comenzarlo. Pero al asomarme a cubierta, veo que no nos hemos movido un ápice de donde estábamos anoche.

El tiempo, explica el pizarrón, sigue adverso. Saldremos probablemente a mediodía. Voy pues, libreta en mano, a sentarme en el *lounge*. Escribiré a mano, pues aún no he descubierto un sitio en el cual pudiera instalar mi flamante Royal sin acentos.

Pero ahí esta Mr. Charles Bateman, que acaba de dejar de ser embajador de Inglaterra en México, con su esposa. Voy a saludarlos y al rato, como se muestra interesado en mi *Quijote*, del que oyó hablar en México, voy al camarote por las fotos que traje, y se las muestro.

En eso, sentimos que el barco empieza a moverse. Es la una y media. Salimos a cubierta, a cerciorarnos. La línea de los rascacielos aparece velada por la neblina conforme la costeamos desde un puente lleno de toda esta zoología internacional, mientras la tripulación, separada por barras y redes de nosotros, maniobra y luce su salud y su juventud.

Voy al restaurante, con la esperanza de que mi fantasma se me haya adelantado; pero apenas me siento, aparece, se instala, y empieza sus trituraciones del pan, sus ingestiones de agua fría, sus miradas comunicativas que buscan sin hallarlas, las elusivas mías. Los dos meseros que nos atienden se han dado bien cuenta de la situación, y uno de ellos, antes de que llegue mi compañero, me sugiere que me mude a la mesa grande inmediata, donde no hay más que una señora de edad. Pero ahora ya me daría pena. Sería demasiado marcado.

Salgo en cuanto termino, y voy a instalarme en el mismo *lounge* que esta mañana, pero no permanezco mucho tiempo. Los *stewards* ya empiezan a cubrir las mesas con manteles y a distribuir tazas y platos que anuncian que toda esta gente nutricionista, resuelta a exprimir hasta el último jugo de sus dólares, a desquitarlos, acaba de comer, pero ya puede comenzar a tomar el té con pasteles. Llega la gente, y alguna —espectáculo atroz— circula con los salvavidas puestos, obediente al aviso de que a las tres y media habrá un *drill* para los pasajeros.

Los tragones, naturalmente, me desalojan. En camino hacia el camarote miro abierta la tienda de ropa; y como me han dicho en

todos los tonos que en Inglaterra no se lava ni la ropa; y como el *steward* ha dejado en el camarote mi ropa sucia, señal evidente de que ni en el mercado negro quieren lavarla, resuelvo adicionar mis dolores de cabeza del equipaje excesivo y de las aduanas feroces con adquirir otras ocho camisas. Preciosas, realmente, con dos cuellos (lo cual, me explican, permite usarlas más tiempo y parecer limpio) y muy baratas: entre siete y doce. Sólo que al pagarlas en este enredado dinero inglés, no son ocho ni doce chelines (lo único que hasta ahora entiendo es que un chelín es como un peso mexicano); ni siquiera dólares, ¡sino libras! Pagar esta elevadísima suma de 35 libras por ocho camisas; si por una parte me remuerde la conciencia, por otra me la alivia, porque traía conmigo 50 libras compradas en Nueva York a tres dólares; y como no se debe llegar a Londres con más de cinco, so pena de confiscación, o diremos expropiación, venía yo nervioso de superar la cifra permitida, aun cuando por supuesto descontara propinas y otros pequeños gastos a bordo. Ahora, con este desembolso, ya no me pesa, ni la cartera, ni la conciencia. Nada más la comparación mexicana y el equipaje. Y empezará a servirme la bolsa de lona.

Otro trámite y otra cola: la compra del billete para el tren especial que ha de conducirnos de Southampton a Londres, con nuevas instrucciones. Al parecer, llegaremos a ese puerto a primera hora de la noche del jueves; luego pasaremos la larga y lenta revisión de la aduana, y enseguida abordaremos ese tren especial. El mío será el segundo, porque ya no hallé *pullman* en el primero. Y la señora Bateman me preguntó si alguien iría a recibirme en Londres a la estación, pues no es nada fácil conseguir taxis, mucho menos a las altas horas a que llegaremos en esos trenes. No lo sé. Ojalá se apiade de mi Anselmo Mena y vaya a recibirme, no sólo a la estación de Londres, sino a Southampton. Me siento perdido, y me refugio en escribir cartas que no podrán emprender el viaje sino hasta que yo haya concluido de hacerlo en el barco en cuyos buzones dormirán. En mis pesadillas, danzan jamones, libras esterlinas, huevos, camisas de seda, pasaportes. Y realmente, ¿qué necesidad había de todo esto?

Viernes 24

Dudo que valga la pena pasar a máquina, por simple disciplina cronológica, los minuciosos apuntes que hora tras hora, de las vacías y aburridísimas de los últimos días de barco, yacen encerrados en la carpeta que he colocado sobre esta ventana que he abierto a la mañana fresca de un Londres del que apenas tuve anoche la visión fragmentaria y cinematográfica de adivinar, en camino al hotel, el puente sobre el Támesis; la Abadía de Westminster y el apagado

Palacio de Buckingham. Son apuntes monótonos que no hacen sino reiterar mi creciente aborrecimiento por las gentes absurdas que poblaban esa jaula flotante: por los hinduecitos menudos y vulgares que estrenaban a cada momento indumentarias chillonas y exclamaciones yanquis; por las viejas eternas que desde Nueva York acometen la vista con su supervivencia cuaternaria, y que siguen trotando mundos mientras derraman polilla; por los apopléticos hombres de negocios que se envolvían a leer revistas financieras; por un insomnio que creía privativo mío hasta que los Bateman me contaron que tampoco ellos pegaban un ojo en toda la santa noche; por los menús del restaurante en que se empeñaban en cebarle a uno; por el *meatless day* y el *poultry and eggless day* con que el barco británico lambisconeaba a los súbditos del presidente Truman; por, en fin, todas y cada una de las circunstancias de un transporte desagradable del que ahora me pregunto si no tiene la culpa de que así haya sido la guerra de nervios de las multiplicadas advertencias burocráticas con que le asustan a uno, y que en final de cuentas se reducen al mínimo tolerable, y explicable, de que el Tesoro inglés, necesita hacerse de fierros por todos los medios, y va a su objeto por todos los caminos; pero sobre todo, por el de amedrentar.

Por ejemplo, me pareció una trampa infame que hasta después de venderme camisas me avisaran que la seda paga horrores de derechos, y que tenía que declarar para la aduana mis compras de a bordo; y que lo mismo hiciera también con los cigarros. Estaba también tamañito con la zozobra de que me hubieran advertido, ya a bordo y no antes, que no se debían llevar dólares más que en billetes de a 20, y declararlos también. Y como hasta el propio embajador Bateman fue sometido al interrogatorio del inspector de Inmigración, declaré los míos con la angustia de que fueran a hacerme mostrárselos y confiscármelos o hacérmelos cambiar por *traveler's checks*; y no pasó sino que apuntaran en el pasaporte los que verídicamente —y ahora comprendo que torpemente— declaré, sin hacérmelos enseñar.

Con las libras pasó lo mismo. Como en Nueva York valen tres dólares y aquí cuatro, defienden su moneda con disponer que no traiga uno más que cinco libras para sus primeros gastos, a fin de que luego les deje sus dólares. Disciplinado y honesto, o diremos tonto, yo bajé del barco exactamente con cinco libras en el bolsillo; pero nadie se cercioró de ello, y pude, pues, sin duda, haber traído más. Así me habría salido menos caro el mal negocio de acarrear cinco cartones de Chesterfields de Nueva York, que también honradamente declaré en la aduana, y por los que me hicieron pagar 25 dólares de derechos. Habría podido pagar esa alcabala con libras compradas a tres dólares. Cada vez que me fume un cigarrillo de a 15 centavos, me va a saber a gloria.

Ayer, desde mediodía, empezaron a verse las islas británicas. Ya para la tarde, el barco aminoró su velocidad, y como a las cinco, los pilotos treparon para conducirlo por los estrechos canales que hacen difícil la maniobra. El embajador Bateman me mostraba, lleno de añoranzas juveniles, ésta y aquella isla donde ha pasado vacaciones o jugado futbol, o donde encerraron a Carlos I, antes de que perdiera la cabeza. Y me señalaba las fortalezas antiguas que en otras épocas construyó Inglaterra para prevenirse contra el ataque de su enemigo secular —Francia.

Alguna gente iba a pasar a bordo la noche. Yo tenía boleto para el segundo tren, pero me ingenié para ir en el primero, aunque no fuera en *pullman*. El trenecito no tiene nada que envidiarles a los de, digamos, Silao. Es viejísimo, traqueteante, sucio. Por dicha, me apoderé de un compartimiento solo desde cuyas ventanillas podía contemplar las ruinas del camino y las estaciones tristes, a la luz verdosa de estos faroles cuadrangulares que flotan en la neblina. El camarista me ofreció algún *refreshment* y probé por primera vez el racionamiento británico en un *sandwich* extraplano de una pasta rojiza como remoto sabor a carne y una taza de café sintético, por tres chelines.

A las dos horas llegamos a Waterloo, y bajé del compartimiento con mis famosos huevos en la mano. Mientras me dirigía a la plataforma en que habría de recoger el equipaje, nos descubrimos simultáneamente el cónsul Mena y yo. También había ido a recibirme, Dios se lo pague, el embajador Federico Jiménez O'Farrill, y una vez recogido mi numeroso equipaje, montamos en su coche y me trajeron al Atheneum Court, en donde me habían reservado habitación. De ahí hablamos al Grosvenor Court, en donde según su aviso, el secretario de Tom Gale nos tenía cuartos a Camarena y a mí; o para cancelarlos (pues también para Camarena ya había hecho reservación el embajador) o para que Camarena se fuera allá, pero resultó que no había tal reservación en el Grosvenor o que no supieron decirnos. En consecuencia, volvimos a la estación por Camarena, que llegaría en el tren siguiente, y después de dejarme allí, el cónsul se llevó a Camarena a otro hotel, cuyo nombre apunté en algún lado. Dentro de un rato, a las diez, debe de venir Camarena para que empecemos a organizar nuestro trabajo.

Llegar a una habitación que no se mueve y que es seis veces mayor que un camarote, es una delicia. Abrir las maletas; clasificar mis bienes terrenales; colgar los trajes, ordenar un poco los papeles; me llevó algún tiempo. En la bolsa de lona la montaña de ropa sucia que es necesario que alguien lave, para lo cual traigo jabón; y repentinamente, sentí mucha hambre. Un hambre urgente y angustiosa, de quien sabe que no es fácil apaciguarla. Mis cuatro paquetes de comida me desafiaban, atados con alambre, llenos como estarían de suculencias. Como pude, abrí uno. No contenía más que jabón y

cigarros. El siguiente premió mi tenacidad con brindarme una lata de pollo deshuesado para abrir la cual era necesario un abrelatas que me olvidé de comprar en Nueva York. Arremetí contra el pollo deshuesado, que sabía a momia —y estaba riquísimo.

Aunque me dieron las tres y media de la mañana sin dormir, ya estaba despierto a las siete, y me levanté. Contra mis temores, había en el baño toda el agua hirviente que uno quisiera —y una tina generosa de dos metros de largo por uno de hondo, aunque sin regadera. Luego llamé al *valet*, y su menú para el desayuno optaba entre diversas clases de pescado, o fruta fresca, tostadas y café o té. Me trajo una uvas, cuatro tostadas de las que apenas tomé dos, y un té excelente. La mermelada, la mantequilla y el azúcar asumían proporciones ejemplarmente raquíticas. Por dicha, yo traigo en mi equipaje hasta azúcar de don Aarón Sáenz en cuadritos.

Anoche, en el *Evening News* que compré en el barco, vi que va a ser imposible ver todos los teatros en los pocos días que estaremos aquí, pues conté más de treinta. De todos modos, procuraré ver lo mejor que haya, y desde luego el Old Vic.

Sábado 25

Apenas acababa de escribir ayer por la mañana, cuando el teléfono, que suena tan débil, discretamente, comenzó a traerme los saludos de bienvenida de personas de la BBC. Llamó primero un señor Young, en buen español, para pedirme que escriba una plática para grabarla el jueves próximo a las tres de la tarde y que sea transmitida por la BBC, para lo que hemos de vernos ese día en Broadcasting House. Como de catorce minutos, y en cuanto al tema, el que yo quiera, pero podría hacer referencia al hecho de que durante la guerra, cada mes pasaban un comentario mío sobre asuntos de la América Latina que se suponía dicho por mí, y a la circunstancia de que ahora sí es cierto que estoy aquí. Luego llamó un señor Zimmer para invitarme a almorzar el lunes a las 12:45, en el Coq d'Or, y llevarme luego, a las dos, a Alexandra Palace, donde está la transmisora de televisión, y a ponerme en contacto con Mr. Gorham, que es el jefe de ese servicio, a fin de que mi técnico Camarena estudie lo suyo y yo lo mío del asunto que nos trajo aquí. Finalmente, llamó Pat Gale y le entregó la bocina a Tom. Querían que me fuera a pasar con ellos el fin de semana, supongo que al campo; pero preferí posponer para la semana próxima esa experiencia.

Luego fui a la embajada, que queda muy cerca de aquí, y pude comprobar que los diplomáticos no disfrutan de mayores prerrogativas que los mortales en cuanto a un racionamiento de comida y vestuario a que ellos también están sometidos por medio de cupones

especiales, no mucho más generosos que los que reciben los legos. El problema de la lavandería también les afecta, no menos que el de la carne y los huevos, y nuestro embajador tiene que ser muy cuidadoso con sus camisas de etiqueta. Don Federico Jiménez O'Farrill ha renovado bastante el alojamiento oficial de México, que halló muy deteriorado, evidentemente más allá de sus asignaciones oficiales, que a ningún diplomático le alcanzan.

Después de dejar mis dólares en la seguridad de la caja fuerte de la embajada, Camarena y yo salimos a vagar en busca de un restaurante en que almorzar. Recorrimos buen trecho de Piccadilly, sin atrevernos a perder el hilo de Ariadna de nuestra orientación hacia el hotel. Camarena se sentía intrigado por la módica estatura de los edificios, ninguno de los cuales es un rascacielos, y por su parecido con el Hotel Regis. Había una que otra tienda, uno que otro escaparate con ropa buena, pero inaccesible, no tanto a causa de sus precios, que son bien elevados (camisas al equivalente de 60 pesos mexicanos), sino porque cualquier adquisición requiere cupones que no tenemos ni podemos obtener. De vez en cuando tropezábamos con el discreto letrero de un restaurante, hasta que nos decidimos a entrar en uno que nos pareció aceptable y en que el cargo por lujo era de dos chelines con seis peniques.

Nos sirvieron una abundante sopa, y pusieron a nuestro alcance dos bolillitos de pan de un sospechoso color grisáceo. Todos mis poderes detectivescos fueron incapaces de averiguar la composición de aquel engrudo caliente que no nos resolvíamos a ingerir aunque yo comprendía que no hacerlo entrañaba un desaire y una falta de cortesía para el país en que nos hallábamos, con lo que hicimos, en buena medida, de tripas corazón y de engrudo sopa. Luego nos sirvieron un *goulash* rojizo lleno de col y patatas desmenuzadas en que nadaban virutas de carnero, y con el que no pude. Por fin, el helado de vainilla, que sí estaba muy bueno; y como extra permitido, el café, indescriptible. Con todo y propinas y guardarropa, la cuenta por los dos no llegó a 20 chelines.

Mientras Camarena iba a su hotel para mudarse a otro un poco mejor, vine al mío a escribir unas cartas y a aguardar a Chemo Mena, que vendría a las cuatro y media por mí. Le escribí a don Pedro Maus una larga epístola en que le comunicaba la meditación económica de que la cifra de importaciones de tabaco de Inglaterra en el año pasado superó al valor de *todas* sus exportaciones en el mismo periodo, hecho que explica la preocupación del gobierno y su determinación de reducir al mínimo ese renglón de importaciones y sacarle todo el jugo posible en dólares. Aunque, realmente, desde el punto de vista psicológico y humano, es terrible que la gente que no puede comer y que tiene encima tantas preocupaciones, se vea además privada de la compensación de disiparlas con fumar.

Chemo y Johnny vinieron por mí, para invitarme al té y después a cenar en su casa. Johnny tiene veintisiete años, pero parece tener veintidós, acaso porque, como él dice *life stood still for him* durante los cinco que pasó prisionero de los alemanes en un campo de concentración que le ha dejado un complejo de agorafobia. Para contribuir a la cena, abrí mis cuatro cajones de provisiones, y pusimos en la bolsa de lona un jamón, azúcar, sopa, arroz, chocolates, galletas. *It's like Christmas time*, exclamó Johnny. *I didn't know Santa Claus was a Mexican*. Y en realidad, quien parecía Santa Claus menos la barba, con la bolsa a cuestas era Johnny.

El automóvil recorrió calles y más calles sinuosas, llenas de ciclistas. A causa de que vive tan lejos del consulado, y de que la gasolina está racionada, Chemo no usa su coche más que una vez al día, y sale poco por las noches. Tomamos el té, hicimos y desbaratamos el proyecto de ir a un teatro de repertorio cercano, pues los otros empiezan a las siete y ya no daba tiempo, y acabamos por cenar y por que tomara yo uno de estos solemnes taxis negros de regreso a un Piccadilly que ya para esa hora hervía de uniformes y de señoritas cariñosas muy dispuestas a acompañarle a usted. Caminé un rato hasta Hyde Park y subí a acostarme. Por primera vez después de muchos días, dormí bien.

Domingo 26

¡Todo lo que cabe en un sábado bien administrado! Trabajé un poco en la mañana; luego Chemo mandó por mí a su chofer —*valet*— uno de estos esfíngeos, tiesos, secos y respetuosos criados con anteojos de leve arillo metálico; y nos sentamos a una mesa que hacía brillar los ojos felices de Camarena frente al arroz —rara delicia— que traje y preparé, con una inflada *omelette* de jamón encima.

Mientras llegaba la hora del teatro, fuimos a conocer el rumbo de la Abadía de Westminster, el Big Ben, las Casas del Parlamento, el puente sobre el Támesis por aquella parte. Hacía una tarde espléndida para semejante paseo, y Camarena lamentaba no haber traído consigo su cámara para inmortalizarlo.

El teatro a que fuimos es el Ambassadors —pequeñito, comodísimo— y en él daban una revista en veintiocho cuadros que viene dándose desde 1943, año en que se llamaba *Sweet and Low*, a través de 1944-1945, en que su nueva edición fue *Sweeter and Lower*, y que ahora es *Sweetest and Lowest*. Sin más música que dos pianos ni más estrellas que Hermione Gingold y Henry Kendall: ella y él ya entrados en años y ella más bien fea, pero ambos versátiles y admirables, rodeados por un grupo pequeño de actrices y actores que lo mismo cantan que bailan y actúan breves *sketches* de fina dramaticidad,

cambiándose de trajes y caracterizaciones con rapidez de transformistas. Crítica fina, sofisticada, de arte, de literatura y de política: de Picasso y Matisse, de Noel Coward, de Ivor Novello —y de *Little Clem* Attlee, que mantenía al público muy divertido mientras fumaba y, en el intermedio, bebía café y masticaba galletas con la solemnidad con que en nuestros teatros, si se acostumbrara, tomaría tamalitos.

Cenamos luego en mi *flat* y salimos a enseñarme esa magna edición de Broadway que es Piccadilly Circus —un espectáculo que me ingenié para profundizar ya solo, con el resultado final de que hoy que la requerí para firmar unos *traveler's checks*, mi pluma, acompañada por mi lapicero, hubiera desaparecido.

Lunes 27

¿Irá a surgir; estará siendo escrita ya una nueva y dramática literatura que describa el estado y la singularidad de estas almas y de estos cuerpos estrujados por la guerra: sometidos a la prueba de los bombardeos, de la prisión, del aislamiento; o lanzados a todos los rumbos del mundo en barcos y en aviones de guerra —para verse de pronto, a los veintitantos años, plantados en un mundo cuyos ancianos se disputan el poder, gobiernan, disparatan y pugnan por, como ellos dicen, "restablecer el orden"?

Por lo pronto, si no es una literatura romántica y burguesa, lo que sí ha surgido es un coro admirable de vidas nuevas dueñas de su inmediato destino; personajes inconscientes e insuperables de las más increíbles novelas, que narran con la naturalidad con que uno hablaría de la caduca, envejecida literatura de sus experiencias personales. Por ejemplo, ahí está John Jorgenssen. Ahora cuenta veintitrés años, y está de paso en Londres y de regreso a Dinamarca, su patria, adonde fue a divorciarse, para Hong Kong. En diversas partes del Oriente ha pasado dos años. En su país, estudiaba —estudió hasta los diecinueve, y luego tuvo que ser soldado. En una visita a su patria, casó, y su hijo nació mientras él se hallaba lejos. Allá supo por su familia que su mujer ya quería a otro hombre —y obtuvo permiso para ir a divorciarse. Un mes de viaje en barco. Ahora, el regreso, cinco libras para pasar quince días en Londres. Tiene que vivir en la YMCA. De haber seguido en su país; de no haber estallado la guerra que alteró su destino, habría seguido la Universidad, pues tenía los mejores grados, y habla a la perfección varios idiomas. Ahora, lo que inmediatamente necesita, es que le alcancen las dos libras que le quedan para los diez días que le faltan de un Londres que encuentra carísimo.

O bien, el caso de Frankie. Era un jovencito cuando la guerra lo

arrastró a los campos de Europa y cayó prisionero de los alemanes. Pudo escapar hacia Polonia, disfrazado de mujer, de campesina polaca. Pero como empezaban a aparecerle las barbas, su problema consistía en afeitarse para no ser reconocido. Y lo hacía en los lavatorios para mujeres, encerrándose en un excusado y sirviéndose de él como de lavabo. Llegó por fin a donde los rusos, *our gallant allies*, lo acogieron con el desprecio con que acogían a los que, por haber caído prisioneros, consideraban malos soldados. Fue después recogido por un barco inglés. El recuerdo más impresionante que conserva de los rusos no fue la forma como comían cadáveres; sino la naturalidad con que una vez que ciertos oficiales rusos estaban de visita en el barco inglés, y uno de ellos, asombrosamente borracho al tercer *whisky* (cuando el *vodka* no se les trepa), empezó a disparar su pistola, el capitán, pidió a sus acompañantes que lo refrenaran, y éstos lo tomaron del brazo y bajaron a tierra con él, volviendo casi enseguida ya solos. El capitán les preguntó si lo habían dejado dormido en algún lado y contestaron que simplemente le habían dado un balazo.

Y todas estas aventuras increíbles las refiere esta gente con la naturalidad con que salta al tema ordinario de cómo se ingenia para comer mejor; de cómo en su casa tienen unas gallinas que ponen en la recámara, de vez en cuando, un codiciado huevo, y de cómo cuando enferman esas gallinas; o se les atraviesa en el pescuezo un hueso de pescado, acuden a tratamientos para salvar su vida.

Los prisioneros alemanes que se han quedado aquí pueden distinguirse de los demás soldados, no en la estatura, ni en la rubicundez; sino en el verde perico de sus pantalones. Circulan libremente por Hyde Park, y la gente los quiere porque ayudaron mucho en la reconstrucción de los caminos.

Un espectáculo que me resultó interesante comprobar fue el de los oradores del rumbo de la puerta de mármol en Hyde Park. La gente va a verlos, más que a oírlos, como iría a un zoológico o a una feria. Instalados sobre tribunas elementales que describen su filiación o su partido, peroraban simultáneamente y vecinos un socialista, un comunista, un realista, dos o tres sacerdotes, un negro. Como una quieta diversión dominical, más que como una innecesaria prueba de la tolerancia gubernamental de las críticas o de la inofensiva propaganda de ésta o de la otra idea, estos oradores que congregan a pacíficos grupos de multitudes heterogéneas es una de las fructuosas excursiones que pueden hacerse. Mientras tanto, puede uno presenciar curiosos incidentes entre los oradores o su público, discusiones de mesa redonda entre ellos sobre si hay o no derecho a que la realeza siga viviendo en palacios, o sobre si Inglaterra podrá escapar del comunismo cuando los hechos sociales y económicos son como piedras que se arrojan a un lago y forman ondas vibratorias que

alcanzan hasta a la última orilla. Luego, ya se va uno del frío, platicando, porque lo que se apetece es el abrigo del *flat*, y un trago de este *whisky* que no es escocés porque ése se lo beben todo en el extranjero; que no lleva Tehuacán porque aquí no se conoce —y que se explica que no se adultere con hielo, porque es mejor que caliente y no que enfríe.

Martes 28

Hasta ayer, verdaderamente, no empezamos a trabajar; no por culpa nuestra, sino porque todo el mundo que nos interesaba o nos serviría andaba fuera de Londres en fin de semana.

Empezamos por reunirnos con Mr. Zimmer en el Coq d'Or (aquí muy cerca, en la calle Stratton) para almorzar. Ahí nos recogería en su coche Mr. Maurice Gorham, que es el mero mero de la televisión, e iríamos a Alexandra Palace a ver y a preguntar cuanto quisiéramos.

El embajador Jiménez O'Farrill aprovechó la ocasión de visitar Alexandra Palace, y nos alcanzó en el café. Mr. Zimmer y yo fuimos en un coche y Mr. Gorham, el embajador y el técnico Camarena —para que éste empezara a bombardear con preguntas a Mr. Gorham desde un principio— en el de la embajada. Mr. Zimmer me nombraba las calles que recorríamos, las plazas, las avenidas exclusivas en que viven los ricos y, últimamente, las estrellas de cine. Alexandra Palace está bien lejos, en una prominencia que conviene a sus fines de difusión de dos horas y media diarias de televisión. Desde la oficina de Mr. Gorham, a la que subimos a tomar té después de presenciar la transmisión de un programa de una hora de variedades, se domina una espléndida vista de Londres.

Yo llevaba listo mi largo cuestionario, y lo sometí al larguísimo señor que nos guiaba por los estudios y los cuartos de control. Mientras se desarrollaba el programa —del que me subyugó la canción *It was only a garden in the rain (and then the sun came out again and sent us happily in our way)*— este señor alternó el ejercicio de su diestro lápiz en dar sintética respuesta a mis preguntas y dibujar con sorprendente finura y rapidez zorros y gatos. La información que recabé cambia por completo el criterio apriorístico que teníamos sobre el funcionamiento del monopolio británico del aire para televisión y para radio, y habré de exponerla con todo detalle en mi informe para el presidente Alemán.

Camarena, por su parte, llenaba de notas técnicas el cuaderno con que se metió por todos los rincones y examinó todos los aparatos. Volvimos a Londres con el embajador, a tiempo de ir a cenar con Chemo y con Johnny y luego a un teatro de repertorio por Putney Bridge, en donde esa noche estrenaban *El gato y el canario* —una

compañía de nueve actores que cada semana, como en México, estrena una obra; pero que a diferencia notoria de México, prescinde del apuntador, porque se saben todos su papel.

Miércoles 29

Tom Gale mandó un coche a recogernos en el hotel para que visitáramos su Departamento de Transcripciones y almorzáramos juntos.

Qué diferencia entre el ostentoso lujo hollywoodense de la CBS o de la NBC de Nueva York, y la austera modestia de las instalaciones de esta BBC, que si al fundarse pensó alojar a todas sus oficinas, estudios y laboratorios en Broadcasting House, se vio obligada por la guerra a dispersarlos por todo Londres, y a ocupar casas viejas que adaptaba a sus necesidades. Una diferencia estimulante para un país pobre como el nuestro, porque le enseña que el lujo es superfluo cuando su carencia se compensa con la eficacia y el talento de la organización. Las oficinas de Tom y de sus ayudantes son sombrías, casi miserables: celdas del convento que fue antes este edificio; y los aparatos a que se acerca Camarena, con sorpresa y curiosidad, se ven usados, viejos, adaptados; ¡pero con qué economía inteligente de medios; con qué sentido de la responsabilidad y la disciplina colaboran todos en mantener vivos y vibrantes los lazos de la palabra y de la música entre Inglaterra y el mundo, produciendo y grabando para retransmisión a todas horas, en todas las lenguas!

Tom ha diseñado un sistema de tarjetas azules que por un lado registran los costos de cada programa grabado por lo que hace a derechos de autor y a producción, y por el otro, en cruz, las fechas y los lugares a que son despachados. Su tarjetero está lleno de micas de todos colores que indican diversos hechos y le permiten controlar de una ojeada cuanto quiere saberse a propósito de cualquier programa. En el propio viejo edificio, y atendido por el mínimo de un personal quieto, callado y eficaz, se graba, se empaca —o se imprimen los marbetes de los discos. Las tarjetas de colores de Tom, que proyectan la influencia de la BBC en todo el mundo, hacen recordar los mapas en que un cierto color indicaba la adscripción colonial de un mosaico de países al Commonwealth. Aun cuando ahora ya ese distintivo no sea válido más que para la difusión del radio, resulta impresionante.

Salimos a almorzar a una cantina en que sirven un abundante *lunch* frío con ensaladas y mariscos, y a que concurren trabajadores del rumbo. Luego, mientras Jim, que habla perfectamente un español aprendido en Colombia, nos enseñaba otros estudios y nos hacía presenciar ensayos, Tom se encerró a celebrar una junta que inte-

rrumpimos para despedirnos e ir con Jim hasta Broadcasting House, donde Camarena quería ver otros aparatos. Llegamos a la hora del té imprescindible, que tomamos en el triste subterráneo que se llena de empleados y artistas y funciona como una cafetería norteamericana —cada cual con su menguada bandeja en que las empleadas depositan un vaso de peltre con té y un plato en que hay dos delgadas rebanadas de pan y una pizca de mermelada. Aquí el cuadro es tan vivo que no se extrañan las servilletas. Pero en los restaurantes "de lujo", en que tampoco las dan, como que le falta a uno algo muy importante que se entiende que no le proporcionen esos numerosos meseros de *frac* que se atarean en acarrear lo que realmente cuesta poco trabajo transportar.

Me habían conseguido en el hotel billetes para el Royal Haymarket, y a toda carrera nos fuimos a ver *Present Laughter* de Noel Coward, dirigido por él mismo. Una comedia rápida y mundana, llena de este ingenio inglés que consiste en frasear elaboradamente las expresiones: un autorretrato más de Noel Coward en las tribulaciones del personaje, autor cuarentón y mimado, víctima inerme de sus admiradores, salvado siempre de sus enredos por una esposa divorciada con la cual acaba por unirse.

Mientras llegaba la hora de ir a Broadcasting House para abordar el camión que habría de llevarnos hasta Aldenam, donde está el servicio latinoamericano de la BBC, fuimos Camarena y yo a la embajada a ver si teníamos cartas. Había una sola para mí de mi madre, con la mala noticia de que todavía no empiezan a construir afuera de la biblioteca una terraza que yo esperaba ya encontrar terminada a mi regreso.

El embajador está en espera de sus importantes colegas Yuco del Río y Toto Espinosa de los Monteros, que llegaban el lunes de París, el último, supongo, de paso hacia el Washington en que tan opulentamente nos representa. Chemo me dijo anoche que el embajador piensa darme un coctel la semana próxima, y que será más lucido con la presencia de estos dos embajadores. También piensan aprovechar mi presencia para reunir en una comida a cierta inteligente señora mexicana que se ocupa mucho en cultivar las relaciones culturales de México con la Gran Bretaña, a algunos mexicanos, y a los ingleses de la BBC que yo señale y a quienes de este modo corresponderíamos sus atenciones. Ojalá que todo esto no me estorbe el programa de aprovechar las noches en ver un teatro cada una. Ya bastante voy a perder de lo que Londres ofrece a la iniciativa privada con irme el viernes de *weekend* con los Gale hasta el lunes, no sé a qué remoto lugar del campo en que viven.

Mientras hacíamos el largo recorrido desde Broadcasting House hasta Aldenam en el camión, Camarena recordaba la descripción que le hizo al regresar a México el anunciador Jorge Valdés, que estuvo

un tiempo trabajando aquí: tres cuartos de hora de camino para llegar a la casa de campo de un lord enriquecido en Chile, que ahora es el asiento del servicio latinoamericano en un local adaptado como todos los cincuenta que dispersan la BBC.

Mr. Zimmer tenía especial interés en hacerme oír algunos de los discos del *Quijote* que en veintisiete episodios transmitió la BBC en el centenario de Cervantes, y después de un *lunch* tan frugal como irreconocible en la cantina del propio edificio (como se les olvidó darnos sopa, teníamos derecho a postre; pero como el postre ya se había acabado, nos podían dar queso, y en consecuencia, pan para tomarlo), nos encerramos por una hora en el estudio C, a escuchar trozos selectos del *Quijote*. Es obra en que colaboran sus escritores y sus músicos, sus investigadores y sus técnicos de toda especie, y que significó sesenta días de grabación y un altísimo costo. Y francamente, no es echada; pero creo que nosotros en México le dimos a nuestro *Quijote* una interpretación más viva y menos arqueológica, y que el hecho de que aquí se haya encargado su dicción a actores *españolesh* no resultó en su beneficio. Don Quijote y Sancho declaman demasiado.

Cuando salíamos del estudio, llegaban, muertos de frío, tres muchachos muy modestamente vestidos. Uno era Don Quijote, otro un actor colombiano y el tercero el mexicano Emilio Reyes, creo. Iban ahora a ensayar un programa en que Gladstone y Disraeli discuten. Los vimos ensayar un rato, y luego nos dimos prisa en terminar la visita, pues el *bus* de regreso no llevaba sino a la estación del *underground*, que tomamos hasta Leicester Square, a tiempo apenas de llegar al hotel y de irnos al Garrick Theater para ver la producción de Laurence Olivier de la comedia yanqui de Garson Kanin *Born Yesterday* —muy buena, con un reparto en que sin maquillaje, cada protagonista parecía hecho para el papel.

Desde la guerra, los teatros comienzan y acaban muy temprano. A las nueve y media ya está uno fuera, y apresurándose para hallar dónde cenar, y dándose prisa en hacerlo para concluir antes de las once en que inexorablemente, a los primeros compases de *Dios salve al rey*, se extingue toda actividad y las familias corren a acostarse.

Noviembre

Lunes 3

Heme aquí, de nuevo, como antes de emprender este viaje, maniatado e irresuelto, desvalido a propósito de toda la magia complicada de procurarme movilización; sin saber cómo diablos se llega a Roma, o si será mejor visitar primero París. La investigación que me

trajo a Londres ya está agotada. Es cuestión de sentarme a redactar un informe largo y preciso, cosa que tampoco resuelvo si empezar ya, o si hacerlo en la comodidad y los reflejos condicionados de mi ambiente al regreso. Para emprenderla, y para una gira turística y metódica de Londres —monumentos, museos, galerías—, diez días habrían bastado. Si me quedo veinte, que robo dentro de los límites totales de un viaje que fija mi regreso en el Queen Mary para el 4 de diciembre, y que alcanzarían para distribuirse sabiamente en un recorrido igualmente organizado del continente, es porque a la catalogación visual de monumentos y otros testimonios de la muerte, prefiero la pasiva, estacionaria actitud de arraigarme en un sitio en que la vida me ofrece efímeras, renovadas, no catalogadas sorpresas de las que sólo la permanencia entrega la clave.

Sin duda, soy doméstico y vegetal; me arraigo, o tiendo a hacerlo; creo mi costumbre y me contento con poco. Y me angustia que el tiempo me apremie, y que el calendario me indique que ya es preciso empezar a concretar los desagradables arreglos de una nueva trashumancia de un mes más.

El jueves por la noche, todos los mexicanos fuimos a la remota casa de Emilio Calderón Puig, el primer secretario de la embajada, quien daba una cena copiosa de tamales de cazuela, arroz y frijoles. El coro de las señoras entonó la lamentación alimenticia de su destierro, y más entrados en confianza, su indignada queja contra las inmoralidades que se ven en los parques, sobre todo en el verano.

El viernes consagré la mañana a la National Gallery, y por la tarde, vino Tom Gale a recogerme para el fin de semana que pasaríamos en su casa de Tunbridge Wells. Era la hora del *rush* y nos costó trabajo llegar a la estación del ferrocarril para acomodarnos en uno de esos lúgubres compartimientos, en que pasamos hora y media, como los demás pasajeros, leyendo el periódico. Patricia, que en México ayudaba a Tom en la oficina de la BBC, desempeña ahora sus labores de mamá y de ama de casa en ésta que compraron y que es típica de las casas de campo inglesas, con viejas chimeneas y escaleras estrechas que llevan a tres pisos. Richard, su chico, estaba ya dormido.

Me alojaron en un *guest room* del *attic*, dotado de un pequeño lavabo, de chimenea y de una limpia y fresca cama. Desde la ventana se descubría la silueta de las casas frente al hermoso paisaje que la mañana iluminaría.

Lady Hunter y su esposo, que fue gobernador de la Guayana inglesa e hizo amistad con el general Guevara de México en Campeche, vinieron el sábado, y con ellos salimos a dar una vuelta por Tunbridge Wells; un paseo que resultó muy fructuoso para mí, porque entre las numerosas tiendas de antigüedades, dimos con una librería de viejo famosa por su escaparate de seis peniques que husmean los transeún-

tes. Entré en ella, y después de una hora de revisar sus estantes, descubrí unos cuantos libros que harán más pesado mi equipaje, pero que bien valió la pena comprar por cerca de 50 dólares. Uno solo de ellos lo vale, porque es un ejemplar magnífico del *Quijote* en español con anotaciones que el reverendo Juan Bowle imprimió en Salusbury en 1781. Sir Henry Thomas, conservador principal de la biblioteca del Museo Británico y custodio de las doscientas ediciones del *Quijote* en español que contiene esa biblioteca, reconoce que esta edición de Bowle es el punto de partida de la erudición inglesa sobre Cervantes.

Compré también una bonita edición inglesa del *Quijote*, del XVIII, y tres libros de viaje sobre México: el *Journal of a Residence and Tour in the Republic of Mexico in the Year 1826 with Some Account of the Mines of that Country*, por el capitán F. G. Lyon, impreso en dos volúmenes en Londres, 1828; *The Court of Mexico*, por la condesa Paula Kollonitz, dama de honor de la emperatriz Carlota, escrito en 1864 y publicado en Londres en 1864; y *Through the Land of the Aztecs* por "a gringo", impreso en Londres en 1892. Este último lleva una dedicatoria a *Miss Woller, with compliments from the author's daughter, Eva St. Hill*, que parece revelar el nombre del inglés que lo ocultaba bajo el seudónimo de "a gringo".

El libro de Lyon es muy divertido, y no sé si los especialistas mexicanos en libros de viajeros extranjeros por nuestro país, como Felipe Teixidor, lo conozcan o lo tengan. En una Inglaterra tan sometida hoy a las privaciones, me resultó curioso, a más de un siglo de distancia del viaje a México de Mr. Lyon, hallarme en aptitud de corresponder a su descripción de penalidades que podría repetir casi palabra por palabra con las suyas:

> Being hungry, and my hotel furnishing me with nothing but water —y aquí ni eso—, a chair and a rickety table, I sent a servant to an eating house —como yo al valet al restaurante de abajo—, to procure a dinner for me. It came at length in the shape of two square bits of dry tough mutton fried on pig's fat, and placed in a large dish of coarse brown crockery, which would have contained fifty more such morsels. About an ounce of mashed cabbage, sprinkled with hard yellow peas, and a bowl of "caldo" (literally hot greasy water, called broth) accompanied my meat; and a green chili and a piece of bread completed my repast. I was also furnished with a fork, but no knife —como yo no—, napkin; the latter is seldom supplied. I paid as much as if my dinner had been composed of the greatest delicacies; and a boy who attended, demanded, and of course received, a present for the expedition and cleanliness with which I have been served.

Deficiencia por deficiencia, creo que no sólo estamos a mano, sino que Mr. Lyon, con todo y sus retobos, salió ganando en su *repast*.

El domingo se celebraron las elecciones municipales, y aunque los resultados precisos no se conocerían sino hasta el lunes, ya para mediodía era evidente que habían ganado los conservadores por abrumadora mayoría. No quiere esto decir que Mr. Atlee vaya a dejar el gobierno; esto sólo podría ocurrir si Su Majestad resolviera que la opinión pública ya se cansó de los socialistas, y que atento a sus clamores, era tiempo de disolver el Parlamento y de convocar a elecciones generales, después de haber aceptado la renuncia que Mr. Atlee le llevara de su Primer Ministerio. Pero sí quiere decir que el pueblo no está satisfecho con los socialistas. Los encuentra indecisos, vacilantes —y mal enterados. El año pasado, Mr. Shinwell aseguró que no faltaría carbón para el invierno, y faltó, de una manera trágica y angustiosa de la que todavía no se repone la industria. El temor más angustioso de estos días es que el invierno vaya a ser igualmente bravo, y que tampoco se cumpla la promesa gubernamental de que baste el carbón.

Tres y media de la tarde. Regreso al hotel, después de haber sido llevado por el amable Mr. Zimmer por todavía otros dos edificios de la BBC, el primero de los cuales fue en sus buenos tiempos el mejor hotel de la ciudad, y es hoy el desmantelado asiento de algunas oficinas.

Entrevistamos ahí a Mr. T. C. Beachcroft, y fuimos con él a tomar el aperitivo que nos dispondría a almorzar en L'Étoile. Sin duda, una mención tan frecuente, tan reiterada, de la austeridad alimenticia de Londres, puede en México resultar incomprensible o fatigosa. Pero en una transcripción directa de las más vivas impresiones de un viajero es inevitable. Porque cada nueva experiencia; cada búsqueda de un restaurante en que la comida corresponda al ceremonial de un servicio protocolario que exige la anticipada reservación de las mesas, que ostenta minutas en francés, que rodea de meseros de *frac*, no tarda en anticipar, con el tufo familiarmente crispante de su cocina; y de conferir con la presentación del mismo minestrone de verduras fragmentadas en agua hervida, de las papas y, esta vez, del *civet de lièvre* nauseabundo, el dolor de estómago que cancela todo interés en otra cosa que echarse en la cama y olvidarlo.

Fuimos a pie hasta otro edificio ruinoso desde el cual se transmite el servicio de radio para las escuelas que dirige miss Lingstrom. Ella misma nos condujo a presenciar la transmisión de un programa escenificado sobre la vida de Marco Polo, y luego escuchamos desde su oficina otro sobre música. Adquirí documentación que acaso pueda servirle a Educación. Mientras andábamos en esas agencias, Tom Gale me telefoneó para comunicarme que el martes próximo almorzaremos con el editor de los Penguin Books, y mañana con sir Henry Thomas, el conservador de la Biblioteca del Museo Británico. Creo, en consecuencia, que no podré saludar al embajador Espinosa de los Monteros, quien llega hoy de París y sale enseguida para

Nueva York, como en la mañana me sugirió el embajador Jiménez O'Farrill.

Al volver del teatro (Shaw: *You Never Can Tell*: el mesero, el viejo Harcourt Williams, magnífico); encontré una nota del embajador Monteros. Más tarde me llamó por teléfono. Nos veremos mañana.

Martes 4

Mientras tanto daba la hora de nuestra cita con sir Henry Thomas, visitamos la única sala hasta ahora reabierta del Museo Británico, que es por fortuna aquélla en que se encuentran los ejemplares selectísimos de la arqueología mexicana: máscaras con incrustaciones menudísimas de jade, serpientes de lo mismo, un cuchillo magnífico, cuatro o cinco ídolos grandes —y en su vitrina especial, negra, aparte, la famosa calavera de cristal que parece presidir con su luz, con su inexistencia, con su eternidad, todo aquel enorme salón en que se congregan trozos selectos de los siglos. Subimos luego a ver una exposición temporal de dibujos y grabados que preside uno enorme de Miguel Ángel, y en que el dibujo persa y el hindú ocupan un espacio aparte, y fuimos luego a buscar a su escondite a sir Henry Thomas, por una de esas puertas disimuladas con lomos de libros que sólo se ven en el teatro realista y que sólo funcionan en las novelas de misterio.

Sir Thomas se parece muchísimo, físicamente, a don Ezequiel A. Chávez en sus todavía buenos tiempos en que fue mi profesor en la Preparatoria. Acaba de regresar de Madrid, adonde concurrió invitado a las celebridades cervantinas, y nos enfrascamos en una larga conversación sobre este tema. Poco a poco, empieza a mostrarme los pequeños folletos y catálogos que describen, unos, los tesoros de erudición cervantina que custodia la Biblioteca del Museo, y en que, por ejemplo, de las ediciones de Cervantes hechas en su vida, no les falta más que una, *La galatea* de París. O el catálogo de los libros mexicanos antiguos; y por último, el de los mexicanos que se perdieron cuando tres bombas incendiarias cayeron en un British Museum que obviamente no pudo trasladar a sitio seguro ni inmune todo su contenido. Muchos miles de irrecuperables libros se perdieron, y ya han localizado en sus catálogos cuáles son, e impreso listas por países para ver si en ellos algún filántropo bibliófilo, o algún librero avisado los repone, por donación o por venta. Sir Thomas quedó en enviarme al hotel una lista mexicana y otra literatura bibliográfica interesante. De los contemporáneos de fácil reposición, encontré que se perdió la *Pintura mexicana del XIX* de Montenegro, que estoy seguro de que él tendrá mucho gusto en restituir.

Luego, un ayudante de sir Henry Thomas nos llevó a recorrer uno

por uno los lóbregos pasillos de esa que, con la Biblioteca Nacional de París, es la mayor del mundo, con sus cuatro millones de volúmenes de los que hay que descontar los cien mil incendiados. Ahora no está abierto al público ni su salón de lectura, con su famosa cúpula de 140 pies de diámetro y 106 de altura, que también fue tocada por una bomba, y que visitamos en un recorrido completo y fatigoso, de todas las salas y departamentos de manuscritos, de catalogación impecable y rápida, y al día; de encuadernación —de cuanto hay— todo este orden insospechado, oculto, subterráneo, triste, mal iluminado, conservador, como todo lo británico; pero cumpliendo su objeto. La tradición dicta la ley, y de ello es buen ejemplo el hecho de que los libros de texto, accesibles en el salón de lectura, están ahí desde que a causa de que eran los más consultados; y de que el lugar en que se guardaban quedaba muy temprano a oscuras, prefirieron agruparlos a mano de la luz, a instalar luz en donde habitualmente se guardaban.

Por la noche: esta súbita noche de las cinco de la tarde; después de almorzar con unos funcionarios de la BBC y de sorber un té solitario en mi cuarto, fui al Claridge's por Toto y Blanca Espinosa de los Monteros para llevármelos al teatro. Toto regresa a su embajada de Washington después de pasar un mes aquí, en cierta conferencia financiera, y otro en el continente, de cuya Italia, como todos, vuelve encantado, y aconsejando que ella ocupe la mayor parte del resto de mi tiempo. Creo que así será, porque ya el embajador Jiménez O'Farrill se ocupa en conseguirme las reservaciones necesarias para dentro de una semana. Espero convencer a Camarena de que me acompañe, pues él, entre otras cosas porque ya se le anda agotando el dinero, prefiere esperar en París la fecha de nuestro cautiverio en el Queen Mary.

Miércoles 5

Un día en cama, con el segundo catarrazo en un mes, me permitió ayer planear la distribución de los últimos días de Pompeya, que son de aquí al martes, en que volaré definitivamente a Roma; las galerías que me falta visitar, el Victoria and Albert y un fin de semana que espero pasar en Stratford. En realidad, Windsor y la Torre de Londres se pueden contentar con que sepa sin comprobación lo que contienen, porque en México mismo, por ejemplo, no conozco las grutas de Cacahuamilpa. Por cuanto a identificar una por una siquiera dos docenas de las casas en que vivieron Dickens, Lord Byron, Rossetti, Lord Chesterfield; de los clubes como el Atheneum —nombre actual de mi hotel— en que escribió sus obras Thackeray, sería bastante más laborioso que ver sus tumbas o las criptas de sus genia-

les colegas ingleses en la iglesia, y una tarea para la que me faltan las fuerzas tanto como el verdadero interés, y desde luego el tiempo. Claro que lo que más me gustaría es comprar libros viejos y antigüedades, para los que me faltan el tiempo, el espacio y naturalmente, el dinero. Nuestro anterior embajador fue en esto muy afortunado. Cuando no tenía más quehacer que esquivar las bombas durante los años de la guerra, se hizo de cosa de quinientos volúmenes interesantes, muchos de ellos de viajeros ingleses por México, y de pintura anglomexicana: paisajes mexicanos pintados por británicos del XIX, como el que la embajada de Inglaterra en México luce y ha iluminado especialmente.

Anoche terminé de escribir los catorce minutos de impresiones de Inglaterra que grabaré mañana en la BBC, para que se transmitan un día de la semana próxima en que ya no estaré aquí.

Lunes 10

Como suele, lo imprevisto salió mejor que el proyectado fin de semana shakespeariano u oxoniense que de todas maneras iba a ser difícil, porque el doctor Mena, en cuyo coche habríamos hecho la excursión, tuvo que acabar por correr a un chofer —*valet* que le estrelló el no del todo pagado automóvil.

Cualquier cosa, por supuesto, habría sido mejor que permanecer dentro de este enorme naufragio en jabón que fue la neblina del jueves. Una niebla como los propios londinenses reconocen que hace mucho no presenciaban, y que al día siguiente arrojaba un saldo de cinco choques de trenes y muchos de automóviles, con muertos y heridos al mayoreo. En medio de esa angustia de niebla fui todavía el jueves a grabar en Broadcasting House mi plática para el servicio latinoamericano que trasmitirán el próximo viernes. Todavía, por la noche, fuimos al teatro a ver *Trespass* de Emilyn Williams, que hace un papel en su obra. Pero a la salida, los coches habían dejado de circular, y aún dentro de la sala, al humo de los fumadores se fundía la espesa cortina de la niebla que había penetrado y aumentaba el misterio de lo que sucedía en el escenario.

Pero por la mañana, el embajador me había anunciado que el viernes pensaba ir a Bruselas, aprovechando que venía de Londres en su coche el señor don Luis de Sevilla para volver con el automóvil cargado de las provisiones que entre otras cosas le hacen falta para el coctel con que me despide mañana, y para una comida que tiene que dar a fines de la semana. Y no tuvo que insistir mucho en invitarme a acompañarlo. Mandamos a comprar mi billete, anticipé la grabación que tenían dispuesta para el viernes, y me hice el ánimo de madrugar para encontrarnos a las seis y media de la mañana de

ese día en la terminal. Si salíamos a tiempo, a las diez de la mañana podríamos hallarnos en Bruselas, y reírnos del desayuno británico.

Pero la niebla, aunque disminuida, persistía, y la oxoniense voz de una señorita iba atrasando en abonos incómodos la salida de todos los aviones; de una hora en otra; luego de media en media hora, *due to unfavorable weather conditions*; hasta que por fin abordamos el *bus* que nos transportase al aeropuerto; aguardamos ahí buena media hora más, y partimos a las once y media.

Un vuelo breve, de hora y media, al principio del cual perforamos neblina y nubes hasta ascender a un sol que blanqueaba la espuma bajo la cual quedaban los londinenses, y que más adelante saltó con perfecta visibilidad el Canal, y empezó a mostrarme los perfiles del continente. Un rato más, y descendimos en el aeropuerto de Bruselas. Las monótonas formalidades de inmigración y aduana fueron rápidas y otro *bus* nos llevó hasta donde nos recogiera el taxi que nos condujo al Metropol. El Vate José de Jesús Núñez y Domínguez, que es nuestro ministro en Bélgica, nos había reservado ya habitaciones.

Ya eran las dos y media, porque rige ahí una hora distinta de la de Londres, y podíamos comer. Habíamos formulado un menú suculento y vasto. Pero, hambrientos como estábamos, habíamos también cometido el doble error de embaular en el aeropuerto una taza de café con un pastelillo desabrido mientras aguardábamos; y a bordo, los tres *sandwiches* con verdadera mantequilla que nos dio la *stewardess*, y el huevo duro, y naturalmente ya no teníamos apetito. Valía más esperar la noche para hacerle honor a una buena cena. Mientras caminábamos un poco por la pequeña, graciosa ciudad de calles angostas y tortuosas; llegábamos hasta el famoso Mannekenpiss y a la hermosa plaza del Hotel de Ville, mirábamos con sorpresa, envidia y promesa, los escaparates llenos de pasteles, los cafés llenos de personas satisfechas, felices, sonrientes frente a sus descomunales helados o sus grandes vasos de cerveza. Ya llegaría nuestra hora de imitarlos, de unirnos a ellos en la celebración del disfrute de la libertad que olvidaron los de las cuatro, y que es la de comer lo que se apetezca.

El Vate Núñez y Domínguez vino a visitarnos como a las cuatro, y trajo consigo, y nos lo dejó, al cellista Rubén Montiel, que ahora toca el cello en la legación. Sentía mucho no acompañarnos esa noche, pero era la del aniversario de los rusos y no podía faltar a su recepción. Hablamos de México, país del cual sus representantes carecen de otras noticias que las muy condensadas, y ya un poco rancias cuando llegan, que les lleva un boletín a copias de máquina, de Relaciones. Sin duda, México hace lo que puede, y es lástima que pueda tan poco en comparación con, por ejemplo, los rusos, que en Londres publican, lujosamente impresos, dos boletines diarios con las informaciones que les convienen. El Vate Núñez, o que diga su excelencia el ministro, me trajo un ejemplar de la conferencia que dio en lengua francesa sobre la literatura mexicana; un *aperçu* —y me refirió sus penalidades, para cumplir el compromiso que contrajo con un salón de exposiciones del libro en que se anunció que se realizaría una de libros mexicanos. Empezó a pedirlos, sin éxito, y cuando la fecha se acercaba y no había traza, recorrió las casas de sus amigos belgas que poseen libros mexicanos, juntó mil e hizo de todos modos la exposición.

Porque Bruselas, como se sabe, es un París chiquito, y en consecuencia, sumamente artístico. Abundan las librerías, en una muy surtida de las cuales entré a comprar *Mon Faust*, de Paul Valéry, que en México no había llegado, que leí por la noche y que está muy bonito; y las exposiciones de pintura moderna, las conferencias, el teatro para niños y para mayores. Las compañías francesas llegan a dar de cuatro a seis funciones de sus mejores éxitos de comedia. Todavía quedaban por las calles carteles de *La putain respectueuse*; y entre los dos teatros a que podía yo ir esa noche, escogí asistir a la *première de gala* de la *Juana de Arco* de Charles Péguy que presentaba Madeleine Ozeray —la misma que estuvo en México hará unos dos años— en el Teatro Real del Parque.

El embajador estaba cansado, y además prefería aguardar la anunciada llegada del señor De Sevilla que vendría de París en el coche que íbamos a cargar de víveres; de suerte que me acompañó Rubén Montiel a la primera fila que con toda facilidad obtuve. El Teatro Real es el único que queda un poco lejos y fuimos en uno de esos pequeños, familiares tranvías que recogen y abandonan pasajeros como el que va de Coyoacán a San Ángel, ahí donde se ofrece de esas callecitas angostas en que nadie se enfada ni se apresura. El teatro es acaso un poco mayor que los pequeños de Londres; del mismo tipo victoriano, pero inmaculadamente limpio, y un gordo policía vigila que nadie fume siquiera en los pasillos. Había muchas familias de *frac* en honor de una *Juana de Arco* llena de monólogos poéticos y de las escenas estacionarias con que el teatro francés de ese tipo prosigue en nuestros tiempos la diferencia con respecto al inglés o al yanqui, que en los antiguos lo distinguió de Shakespeare o de Lope; teatro de música de cámara, hecho para un oído de salón amante de los versos y de la dicción académica por encima de la intriga y la acción.

En el teatro, donde a semejanza de Londres venden los programas, nos dieron un periódico, *L'Eventail*, lleno de noticias artísticas. Entre ellas venían las actividades del Palacio de Bellas Artes, durante la semana —un Palacio de Bellas Artes del cual el nuestro toma su nombre, según me refirió Montiel, porque el doctor Francisco Castillo Nájera, que a la sazón reunía ahí como ministro de México los 100 kilos de poesía belga que han dado fama a la poesía belga, se lo sugirió al ingeniero Pani, que a la sazón las podía y terminaba

Bellas Artes. Ahí, pues, el miércoles próximo, estaba anunciado un *Don Quichotte* para los niños que me habría gustado mucho comparar con el mío, y que encargué a Montiel de averiguar si lo han impreso y puede obtenerse.

Como la función empezó a las ocho, terminó a tiempo de que aún alcanzáramos un congestionado, último tranvía. Porque los taxis escasean, y todo movimiento cesa a las once. Cuando llegamos al hotel, ya se habían apagado todos los rótulos luminosos que con su neón de colores alegres, anunciaban el cine, el cabaret, una marca de cerveza; y le impartían a la vieja Bruselas un coqueto toque de San Antonio, Texas. Apenas circulaban "las estatuas", como las llaman en Londres dizque a causa de que tienen prohibida otra muda oferta que la de su catatonia tentadora, aunque la verdad sea que sí se atreven a hablarle a uno en Piccadilly, caso en el cual da un buen resultado replicar en el inglés más roto posible, que no habla uno más que español. Las estatuas belgas son bastante más familiares o agresivas. Pero dulces, bonitas y simpáticas, aunque no sean muy estáticas cuando recorren la calle del Metropol.

El sábado desperté un poco tarde, y la mañana, o el resto de ella hasta la hora de la comida, apenas alcanzó para acompañar al embajador a las tiendas en que pensaba dar con algún vestido que su chica Teresa pueda lucir en la fiesta de la boda de la princesa Isabel, a que ha sido invitada. En Londres, con eso de los puntos y los cupones de racionamiento de todas las cosas, inclusive la indumentaria —y mucho más de lujo, era imposible que hubiera el vestido adecuado, y bien podía aprovecharse el viaje para encontrarlo. Pero no hubo manera. En ningún *robes et manteaux* bueno los tienen hechos como en Saks de la Quinta Avenida. En todos querían hacerle un modelo a la medida, y eso era imposible, de suerte que el embajador se resignó a la idea de volver sin el vestido de la chica, y a ver qué pasa.

Vino el Vate Núñez a comer con todos, en el restaurante Continental, frente al Metropol, donde a causa de que la víspera tuvimos la mala fortuna de llegar en uno de los dos días en que no sirve carne (como hay otros dos, el lunes y el martes, en que se abstienen de pasteles o los consumen sin harina), el *maître* se pulió en desagraviarnos, aunque ciertamente los *hors d'oeuvres* y la langosta con arroz que nos dio la víspera nos hubieran hecho olvidarnos del jugoso *steak* que ahora nos puso enfrente. Luego, mientras el embajador proseguía su *shopping* acompañado por el señor De Sevilla, Montiel y yo nos fuimos a hacer compras modestas de pequeños recuerdos de Bruselas, y a aguardar en la plaza del Hotel de Ville el coche que el Vate puso amablemente a mi disposición hasta las siete de la tarde para que en él, y con la doble guía de Montiel y del enterado chofer, viera lo más posible de un Bruselas noble y hermoso en su concentrada pequeñez. El chofer nos llevaba, sobre todo, a las iglesias.

Recorrimos, en realidad, las Siete Casas, todas góticas, sombrías, algunas con los hermosos vitrales sustituidos por vidrios blancos a que deben de haber obligado los bombardeos; todas con despampanantes púlpitos llenos de tallas admirables sobre los cuales no se concibe que puedan decirse sino sermones ultrabarrocos, y con altares y rejas bellísimos.

Cada vez que pasábamos frente al Palacio Real, en un recorrido que nos llevó a admirar muchos otros; el jardín del politécnico, rodeado por pequeñas estatuas de los diversos oficios y por una reja de diferente dibujo a cada tramo, los guardias reales daban una paradita en honor de México.

Cubrimos un largo recorrido caleidoscópico. Fuimos a dar hasta las espaldas del parque real, donde están instalados los pabellones japonés y chino, ya desgraciadamente cerrados a esa hora; y todavía al regreso recorrimos el barrio del mercado negro que los alemanes nunca lograron dispersar.

Acompañamos al embajador a pagarle una protocolaria y breve visita al Vate Núñez, quien nos llevó a admirar, en la que llama la galería de la legación, su retrato a lápiz por Diego Rivera. Luego, como no teníamos hambre, nos sentamos en el café a escuchar música y a ver desfilar a la apacible multitud que ese día se desvela un poco a causa de que no tiene que levantarse temprano el domingo. Más por curiosidad que por apetito, caminamos hasta una *rôtisserie des Ardennes*, famosa por sus platillos, y cuyo *civet* nos decepcionó. Mientras tanto, escuchábamos al señor De Sevilla, quien constituye una especie de enigma para los ministros y los embajadores de México, porque viaja con pasaporte diplomático, no se da punto de reposo; aparece en Suiza, en Praga, en Londres, en París, en Roma, en Milán —"en comisión del presidente", y ellos no saben cuál sea esta comisión, aunque su prudencia les aconseja acatar una importancia que concede manifestarse en la familiaridad con que se expresa del "licenciado". A ratos, parece que su misión consiste en rendir largos informes políticos sobre la situación europea, que hacen imprescindible su trashumancia rápida para que no se enfríen en los diversos países los asuntos de que debe informar; a ratos, que se ocupa en colocar nuestras exportaciones. Me previno amistosamente contra cualquier indiscreción cometida en Roma, en donde al parecer nuestro embajador se inclina por informar detalladamente de cuanto hacen los viajeros mexicanos que por ahí pasan.

Basta que yo sepa que he de levantarme temprano al día siguiente para que ya no pueda pegar los ojos en toda la noche. El resultado de mi insomnio del sábado fue que el domingo amaneciera más fregado que nunca, y que abordara como un fardo exánime el Packard retacado del señor De Sevilla. Salimos de Bruselas a buena hora, a fin de ver, siquiera a ojo de pájaro, Brujas y Gante en camino adonde

llegamos a mediodía después de recorrer pequeños campos, todos cultivados hasta el último centímetro; todos pletóricos de legumbres; todos demostración de cómo un pueblo puede sostenerse porque trabaja para comer, y en consecuencia come y tiene fuerzas para trabajar. A bordo del infame barquito, me encerré a leer en el coche hasta que llegamos a Dover, y nos detuvo la larga ceremonia del desembarque.

El chofer del embajador había venido a sustituir en el volante a Albert, el del señor De Sevilla, porque conoce el camino a Londres y está habituado a manejar por la izquierda. Nuestro optimismo nos hizo pensar que sería fácil tropezar en el camino con algún café en que tomar algún refrigerio. Olvidábamos que estábamos ya en Inglaterra, y que ni en el camino hallaríamos otra cosa que casas cerradas y sombrías, ni en Londres, al llegar a la medianoche, bocado que llevamos a la boca. Abrí mi ropero, me apoderé de dos galletas saladas que unté de mantequilla y devoré.

Martes 11

Todo está listo para emprender mañana el vuelo a Roma. Dejaré en el hotel parte de mi equipaje para regresar el día primero de diciembre, si Dios me presta vida y salud, y emplear esos últimos dos días en las pequeñas excursiones que me faltaron.

Mi itinerario de hoy es bastante complicado. El señor De Sevilla quiere que hablemos "una buena media horita". Luego vendrá Tom Gale por mí para almorzar con el dueño de los Penguin Books, que quiere que le escriba un cierto libro. A las tres y media he de visitar al presidente de la BBC, y a las seis he de concurrir al coctel en que me despide el embajador, y al cual ha invitado a mucha gente.

De modo que, según todas las probabilidades, mis próximas letras irán desde Roma.

Viernes 14

Después de, ¿cuántos días?; esto es, noches, de yacer, miserablemente preocupado por las más nimias contingencias, insomne; de despertar o ser despertado a las horas más injustas y tempranas, e inútiles en final de cuentas, hoy, por primera vez, despierto por mí mismo, sin codo ni teléfono, simplemente satisfecho mi sueño libre de imágenes, descansado, tonificado, nuevo.

Estoy en Roma. La significación de estas tres sencillas palabras no puede sentirla quien no las pueda pronunciar. Ni siquiera quienes puedan jactarse de haber vivido en Roma, o decir "yo estuve" en

Roma. Pienso que esta magia milagrosa: esta comunicación viva, latente, material, sensorial, con la grandeza pagana perdurable a través de los siglos; manifiesta en los monumentos cristianos y presente y majestuosa en el aire y en la gente, en las estatuas y en la carne, en los templos y en los árboles, en las colinas y en las callejuelas tortuosas de la noche, debe disolverse en el más bello e inasible recuerdo de un sueño sublime cuando no sea más que un recuerdo. Pero que cuando es, como ahora, una nunca soñada realidad; cuando los sentidos dan testimonio de un pasado glorioso que vive aún y que no morirá nunca, decir "estoy en Roma" equivale a expresar que se ha alcanzado la más plena felicidad.

El paraíso, precedido por su infierno y su purgatorio. Porque ciertamente, llegar al paraíso implicó el viacrucis de un viaje accidentado. Camarena y yo salimos de Londres el miércoles temprano, en el avión que lleva a Roma y a Atenas a dieciocho pasajeros, y que hace una escala en Marsella. Tres horas y media de vuelo nos arrancaron de la bruma sobre el Canal, y empezaron a revelarnos la costa, las aldeas y el paisaje de la *douce France*. La anticipación de un clima grato nos tenía muy contentos, y descendimos despreocupadamente en Marsella por cuarenta y cinco minutos, mientras cargaban el avión de gasolina. Dos horas y media más y estaríamos en Roma. Mirábamos con despego a la colección de griegos que iban más lejos, llenos de cartapacios y de conversaciones ininteligibles.

Pero he ahí que ya puestos los cinturones, el capitán asomó a ordenar que volviéramos a bajar. Se había descubierto una falla en la nave, y mientras la arreglaban, o pedían otro avión de Londres, debíamos tomar de nuestro equipaje lo preciso para la noche que tendríamos que pasar en Marsella. Sin mayores explicaciones, fuimos arreados hacia el autobús, y en él transportados hasta una triple inspección de pasaportes que incluía la Sûreté Nationale, la salubridad y la aduana con la declaración minuciosa del dinero. Largas horas aguardamos a que los griegos y dos asustadas señoras alemanas, que carecían de visas francesas a causa de que ni remotamente pensaron en visitar a Francia en camino a Atenas, persuadieran a los estrictos inspectores de que se trataba de un accidente no solicitado. Cuando al fin lo arreglaron, volvimos a montar todos al autobús, y emprendimos la peregrinación a Marsella; interminable, por calles sucias y lóbregas, hasta el Hotel L'Arbois, en donde fuimos clasificados en habitaciones, y avisados de que la cena se serviría a las ocho y media.

No teníamos un solo franco. Los 4 000 que —cantidad permitida para entrar con ella en Francia— compré previsoramente en Nueva York, se me extraviaron. De nuestros dólares declarados en la severa aduana, ¿cómo podríamos disponer, a una hora en que los bancos estaban cerrados, y en que constituiría un delito cambiarlos en un mercado negro que además no sabríamos cómo encontrar? En

el hotel no quisieron cambiarnos, alegando que todos los gastos —esto es, alojamiento y cena— serían cubiertos por la BEA. Pero tampoco teníamos cigarros. Salimos a vagar, a buscar un jabón, a "dar una vuelta". Traté de vencer mi desazón, de encontrar interés y belleza en la estirada escalinata que había con estatuas del Imperio francés y que lleva, con la lengua fuera, a una alta vista de la ciudad. Llegamos hasta un bulevar concurrido y lleno de cines en que daban viejas películas yanquis. E independientemente de los encendidos cartelones y manifiestos que tapizaban los muros, mis antenas captaron una atmósfera de alarma. No me equivoqué. Al regresar al hotel para la cena, nos advirtieron que no debíamos volver a salir. Los comunistas, que acababan de perder las elecciones municipales, estaban furiosos, habían hecho motines con muertos y heridos, y cualquier cosa podía suceder por la noche. Ya podrá imaginarse la intranquilidad con que me habré dispuesto a dormir sin mi equipaje, en el rincón más imprevisto del mundo, con la posibilidad de quedar cortado, aislado y extraño si algo grave ocurría.

A las cinco de la mañana nos despertaron. Yo estaba listo a partir desde las cuatro. Bajamos a un callado desayuno y desfilamos hacia el autobús, seguros de partir enseguida, ansiosos por salir de aquella atmósfera de premoniciones inexplicables. Pero conforme nos acercábamos al aeropuerto, la niebla se hacía más y más densa, y al llegar de nuevo a la aduana, la seguridad nacional, etcétera, fuimos depositados en el restaurante y advertidos de que no habría hora fija para salir. Dependía de la niebla, y podía también ocurrir que quedásemos varados en Marsella por varios días. Es, agregaron, el inconveniente del invierno. Nunca se sabe cuándo va a ponerse pesado el tiempo.

En aquel reloj de la sala de espera llena de gente extraña que hablaba los más raros idiomas, ¡qué eternos se alargaban los minutos mientras yo veía que la niebla no se disipaba, me arrepentía del viaje como de mis peores pecados, rezaba y prometía mentalmente mandas en Roma si se obraba el milagro de que llegáramos allá! Pero San Antonio no me ha fallado nunca, y aunque la niebla apenas si se debilitó un poco, el capitán dispuso que todo su rebaño montara al avión y partimos.

El sol lucía magnífico una vez atravesada la capa de niebla, que ahora veíamos serpear sobre la pobre tierra que abandonábamos. Pronto apareció el mar; vimos la isla de Córcega; luego ya la costa italiana. El agua transparente, el verde vivo de los campos; y por fin Roma: un aterrizaje insensible sobre la pista de rieles perforados; y la orden de permanecer en nuestros asientos con los pasaportes a mano, pues vendrían a inspeccionarlos a bordo.

Camarena y yo éramos los únicos pasajeros a Roma. En cuanto dos sonrientes muchachos italianos se apoderaron de nuestras maletas y las instalaron en el pequeño coche, hablando siempre, multiplicando

sus informes con esa tonada cadenciosa que los argentinos toman de sus pobladores italianos, nos sentimos liberados de la correcta y fría austeridad británica y restituidos a un consonante temperamento latino. Nunca había probado a hablar italiano; pero me solté a hacerlo, lleno de euforia y de preguntas al chofer mientras nos conducía al hotel —al *albergo*, según la nacionalización del término introducido por Mussolini— Mediterráneo, en que el embajador Armendáriz del Castillo nos había reservado habitaciones. El señor De Sevilla me había dicho que el embajador va o manda siempre al aeropuerto por los viajeros mexicanos. Pero yo me explicaba su ausencia ahora porque a lo mejor la víspera se había tirado su plancha; y por otra parte, realmente no había necesidad de que se molestase. En el hotel volvimos a entregar nuestros pasaportes, y nos lanzamos a disfrutar de un baño largo y restaurador que nos lavara de brumas y temores.

Nos comimos 2 500 libras de macarrones y "fruta del mar", y dispuestos a recuperar un tiempo que Camarena sentía que habíamos excedido en Londres, aceptamos la caravanesca oferta de una "máquina" y de un guía que en el propio hotel nos hicieron. Un guía que habla español, y que en consecuencia nos privaría de la oportunidad de practicar el italiano.

Con excelente acuerdo, nos llevó a comenzar la gira por los jardines de la Villa Borghese, sembrados de arbustos, y a cuya orilla una terraza ofrece la vista más hermosa de Roma. Por las calzadas discurrían, admirándola como nosotros, grupos menudos de sacerdotes o seminaristas jóvenes. Ahora que trato de reconstruir en el plano de Roma aquel nuestro primer paseo, encuentro que la ciudad es más pequeña de lo que parece en los planos; pues fue para mí insensible el transporte de la Borghese al Castillo de San Angelo; el famoso; el de Tosca; avanzada del Vaticano, al que le une por largo corredor un pasadizo restaurado por Alejandro Borja. En otra ocasión menos panorámica podríamos visitar con calma el viejo castillo, cárcel de Benvenuto y de Cagliostro. Ahora nuestro expedito guía nos señalaba los jardines del Vaticano, el Puente y el Crozo Vittorio Emanuele, que seguimos para acercarnos a la mayor y más intensa revelación de la tarde que ya avanzaba: el Panteón.

¡Con qué indescriptible emoción se cruzan aquellas puertas de bronce y se planta uno, mínimo, anulado, abrumado, bajo la bóveda enorme, de 42 metros de ancho, con una sola ventana redonda de nueve metros de diámetro en la cumbre, cuya luz augusta baña los que fueron altares de los dioses paganos! Sobre los mármoles majestuosos del piso original, llega uno, a la derecha, frente a una linda pintura que reconoce: es *La Anunciación* de Forli; o, a la izquierda, hasta una tumba gloriosa ante la cual uno se postra, mudo: es la de Rafael.

Importa poco, en realidad, que los Barberini (lo que no hicieron los bárbaros lo hicieron los Barberini) hayan acarreado mármoles y metales de que privaban al Panteón, majestuoso aun sin ellos, para construir nuevos templos desde los cuales, en resucitada, perenne grandeza, esos mármoles seguirán asombrando a los siglos.

Rápido en manejarnos, el guía ordenó al chofer que nos llevara por la Vía de los Foros Imperiales, y dejamos atrás, para verlos después con mayor detalle, el Monumento a Víctor Manuel, el Foro Trajano y el Romano, a fin de aprovechar la luz de la tarde en la contemplación del Coliseo. Unos cuantos turistas, con las cotorras políglotas de sus guías, esquivaban como nosotros a los vendedores de álbumes y postales que nos cerraban el paso y la vista de aquella Plaza México con sus notorias diferencias en cartel, ganadería —y aficionados. Un esfuerzo de imaginación permite reconstruir el espectáculo grandioso que Cecil B. de Mille ha falsificado para los clientes del cine: el palco del emperador, los diversos pisos para los diversos concurrentes, la puerta de los sustos. Y arriba, tendido por los marinos, el toldo de seda que permitiría conjurar el sol excesivo durante las buenas corridas de gladiadores y de mártires cristianos.

Cerradas las iglesias a las cinco, hora en que oscurecía, ya no nos fue dable sino ir un poco de tiendas, por corbatas. Pero habíamos panorámicamente visto o entrevisto lo suficiente de una promesa de regalos artísticos y monumentales para hallarnos eufóricos, dichosos, dispuestos a cenar en aquel Alfredo que Blanca Espinosa de los Monteros nos recomendó en Londres mientras pedíamos en el Claridge's, por favor y excepción, un pedazo de pan que llevarnos a la boca. Nuestro guía, consultado, no se mostraba muy inclinado a recomendar Alfredo, que a su juicio ya no es el mismo de antes de la guerra. Pero su juicio es excesivamente severo, o nosotros excesivamente tolerantes, pues hallamos insuperables los *spaghetti al burro* aderezados con parmesano y con maestría un poco teatral en nuestra propia mesa por el famoso Alfredo, mientras una mandolina y un violín competían en exprimirse alaridos románticos y contagiosos que me pusieron, a la segunda copa de Chianti, al borde de la lágrima.

Intentamos luego volver a pie digestivo al *albergo*. Cada calle de Chirico, cada puerta, cada esquina, cada fuente, nos detenía llenos de admiración y de felicidad por hallarnos en el centro del mundo.

Sábado 15

Consagramos la mañana de ayer a recorrer, paso a paso, la Plaza y la Basílica de San Pedro. Detallar esta visita no comunicaría a quien lo hiciese por sí mismo mayor emoción que la lectura de cualquiera de sus innumerables descripciones. Del obelisco egipcio coronado por la cruz, avanzamos hasta el pórtico o vestíbulo y nos detuvimos ante las cerradas puertas de bronce. A la izquierda se veía la estatua ecuestre de Carlomagno; a la derecha, no se veía la de Constantino, cerca de la Puerta Santa ahora tapiada hasta 1950 en que, como cada veinticinco años, ha de abrirse a los peregrinos de todo el mundo. Entramos, como en el cielo, en el mayor templo del mundo. A la derecha, nos convocaba a reverenciarla *La Piedad* de Miguel Ángel. Y angustiaba pensar que no habría tiempo, aunque aquí pasáramos años, para aquilatar cuanto, arriba, a lo lejos, al frente, por todas partes, nos invitaba a la admiración. Brillaba ahí, restaurado, el domo del Panteón; de iguales medidas y forma; coronado y cobijado la misma fe humana, ahora rendida a un Dios hijo del Hombre. Llegamos hasta el altar papal, erigido sobre la tumba de San Pedro. Ahí nos postramos. Luego, uno por uno, recorrimos los cincuenta y un altares y monumentos, hasta el del bautismo. Antes de salir, nos detuvimos, frente a la estatua de bronce de San Pedro, cuyo pie aparece gastado por los besos de los fieles. Sobre el pedestal, alguien había dejado manuscrito en un papel, el ruego de un beso al pie de San Pedro a tiempo que se pronunciara la palabra "credo". Y accedí gustoso a sacar a una ánima del purgatorio.

Un poco a la carrera, porque teníamos que ir a almorzar con Cianfarra, el corresponsal del *New York Times* que estuvo en México y ahora está aquí, visitamos el tesoro de la sacristía. La mañana siguiente, como lo hicimos hoy, la consagraríamos al Museo del Vaticano.

La tarde no fue menos fructuosa. Visitamos primero las termas de Caracalla, y mediante otro menor esfuerzo de imaginación, pude poblarlas con las familias encueradas y presentables que allá irían a sudar en honor del Hércules, a instruirse en la biblioteca y a todo lo demás para lo que el bien acondicionado lugar, con su clima artificial, se prestaba. Como el Panteón, las termas fueron despojadas de mármoles y bronces, y son hoy apenas una grandiosa ruina. Luego fuimos hasta las Catacumbas. El padre Ugo Zabeo, salesiano, joven y muy simpático, se prestó a guiarnos y a explicarnos el laberinto subterráneo donde los mártires cristianos recibían una relativamente pagana sepultura, pero donde era imposible que, como suele vulgarmente creerse, vivieran. El busto de Rossi, el Alfonso Caso de estas tumbas del Monte Albán romano, se ostenta en la cámara por la que se baja a aquel pasmoso lugar en el que quedan algunos sarcófagos estupendos y unos cuantos huesos que volarían en polvo si el aire los tocara.

El padre Zabeo partirá pronto al Perú, y en consecuencia, le di una tarjeta con un saludo desde las Catacumbas para fray José Guadalupe exMojica, que dijo que tendría mucho gusto en llevarle.

Vista ya la Piazza Venezia, y el balcón desde el cual peroraba el Duce, ir a buscar infructuosamente al embajador nos dio la ocasión de ver por fuera la Villa Torlonia en que residía Mussolini, y desde la cual se enamoró de su fiel vecina y compañera en la muerte.

Hoy, tras de visitar una barbería napolitana en que por poco me dejan sin uñas ni bigote, recorrimos el Museo Vaticano, la Pinacoteca, la Loggia y la Sala Rafael —y la Capilla Sixtina. Se dice pronto. Pero la emoción de acariciar con los ojos, de carne y hueso, las estatuas que uno ha visto miserablemente grabadas toda la vida: la de hallarse junto a un Antinoo que respira y vive; junto al Laoocconte, frente al Perseo o al Apolo, valen todo un viaje por azaroso que fuera.

Todavía por la tarde fuimos a la Maggoire de San Pablo, y a la Santa María, que se le parece en pequeño. Por sobre todos los tumultuosos recuerdos del día, flota el drama cósmico del Juicio Final de la Capilla Sixtina.

Martes 18

He resuelto permanecer en el hotel toda la mañana para poner en orden papeles y recuerdos y empezar a hacerme a la idea de nuevas trashumancias. Puedo decir que ya conozco Roma, y que en cierta medida, comparto la sencilla opinión de Camarena cuando expresa que se siente en una provincia fácil de recorrer a pie y de orientarse en ella. Los tres primeros días anduvimos atenidos al guía, y como relámpagos en el coche. Pero aun esos días, por la noche, caminábamos, y luego montábamos en una de esas dulces, conmovedoras calandrias con taxímetro que conviven en las plazas en que hay taxis; cuyos aurigas son viejecitos orgullosos de su ciudad, contentos de enseñarla, aptos a detener su coche frente a cualquier fuente, estatua, obelisco o palacio, para explicarnos con pelos y señales, fechas e historia. Algunos poseen, sobre todo, una erudición operática. Saben en cuál iglesia Cavaradosi se enamoró de Tosca, y se detienen reverentemente ante ella. Otros saben cuál era el camino de la Fornarina para ver a Rafael, y en cuál de las casuchas del Trastíber vivía la señora. Otros, en fin, perpetúan las leyendas folklóricas como la de la fuente del Tritón, a la que hay que arrojar una moneda —operación difícil ahora que no hay monedas italianas, para buena suerte—; o la leyenda de que aquella estatua parece detener con la mano la amenaza de derrumbe de la iglesia de Santa Inés, porque el Bernini no era muy amigo del arquitecto, y así le insinuaba que la *chiesa* estaba mal equilibrada; a lo que el arquitecto, replicó con plantar la estatua de Santa Inés en actitud de disipar toda duda a propósito del peligro de derrumbe.

Pero el domingo prescindimos ya de los onerosos lujos de coche y guía. El embajador Armendáriz del Castillo nos anunció su deseo de llevarnos a almorzar fuera de Roma, y de mostrarnos los castillos y las colinas. Iríamos a Castelgandolfo, residencia veraniega de Su Santidad, en donde actualmente se encuentra. Mientras nos deteníamos en la Basílica de San Juan de Letrán, y entrábamos con el embajador (que ni siquiera se persignó, Dios se lo perdone) hasta el sótano en que puede admirarse *La Piedad* del Bernini que él encuentra superior a la de Miguel Ángel, nos refería que cuando estuvo en Berlín cultivó la amistad del actual pontífice, pero que en la actualidad, el hecho de ser el representante de un país que no tiene relaciones con el Vaticano, le veda reanudarla, y cuando los mexicanos, como suelen todos los que acá vienen, le anuncian su deseo de visitar al papa, él se abstiene de advertirlos en contra, pero también de facilitárselos. Por fortuna para los católicos mexicanos, que llegan a veces en grandes peregrinaciones, no es difícil ver al papa, y no necesitan de las gestiones del embajador.

Castelgandolfo, a la orilla del lago; con sus pintorescos guardias suizos a la puerta del castillo, se encontraba tan proporcionalmente lleno de grupos elocuentes como cualquier plaza de Roma. El escaso tránsito de coches hace posible que los italianos preserven hoy el hábito romano de vivir en el ágora; de hacer de la calle su indiferente lugar de reunión y de descuidado paseo, y hay que ver la cara furiosa que ponen cuando un *claxon* se atreve a indicarles que es preferible que continúen su discusión pacífica en la acera y no a medio arroyo.

Llegamos hasta la orilla del lago. De ahí vimos que otra colina remota hasta la que iríamos después se hallaba desgraciadamente llena de neblina y nos vedaría la vista panorámica de Roma que el embajador quería brindarnos. De todos modos, intentamos llegar hasta ella. Por el camino, nos detuvimos en un belvedere junto a una iglesia pequeña, de la cual salió un monje trinitario absolutamente resuelto a no dejarnos ir sin entrar a escuchar sus explicaciones sobre la Madonna del Tuffo. Resulta que hace cuatrocientos años en ese lugar se desprendió una roca de mármol enorme, y empezó a rodar cuesta abajo, cuando acertó a pasar por ahí un viandante, quien tuvo el buen acuerdo de invocar a la Virgen. En el acto, la roca se detuvo. Asombrado y agradecido por el milagro, el viajero tomó por su cuenta, y cumplió, el propósito de hacer pulir el bloque de mármol en el cuadro necesario para que un pintor estampase la imagen de la Madonna que ahora admirábamos.

Seguimos hasta Frescati, pueblecillo de donde provienen los famosos vinos de su nombre. Me habría gustado que comiéramos ahí, o que siquiera probáramos el vino. Pero el embajador, la víspera, había comido algo que le hizo daño. Todos los sábados, los diplomáticos se reúnen a cenar juntos, van a algún teatro o cine y luego toman

algo. Eso había hecho la víspera, y no se sentía bien, de suerte que, como había muy buen tiempo, prefirió que regresáramos a Roma para el almuerzo que haríamos en la Biblioteca.

La Biblioteca, junto al Teatro Valle, es una vieja *trattoria* romana cuyo chiste consiste en hallarse todas las paredes de sus sótanos numerosos, absolutamente forradas por botellas de vino dispuestas como los libros en las estanterías. Por la noche hay música, y está siempre muy concurrido. A la hora que era cuando la visitamos, la Biblioteca tenía pocos lectores, y nos sentamos a paladear los canelones y la ternera al Madeira que son las deliciosas especialidades de la casa, con el Acqua dil Trevere que es un rico vino espumante blanco que sólo ahí venden, y no para el consumo fuera del establecimiento.

A fin de que si nos íbamos pronto de Roma, como parecían sus deseos, no dejáramos de conocer la Casa de México, el embajador nos llevó a tomar el café a su casa, y nos presentó con su señora y con su hija, y ésta me mostró su colección de cristalería de Venecia, y me ofreció llevarme a la casa que vende objetos de Murano. El embajador ha comprado aquí tres candiles de Murano muy bonitos, aunque, dicho sea sin presumir, no tanto como los dos que yo tengo, pues parece que ya no los han vuelto a hacer de colores. Lo que aquí sí me encantó fueron tres negritos de Murano, que tienen en el comedor, y es lástima que ya resulte insensato cargarme con más equipaje; que si no, me llevaría unos cuantos, pues dicen que aquí los venden.

A una hora correcta, nos despedimos del embajador y de su familia y nos reintegramos a descansar un rato, en el hotel. Luego surgió en toda su fuerza el joven y londinense apetito de Camarena, y nos fuimos a Alfredo, cuyo *spaghetti* Camarena quería repetir. Ya no me pareció tan encantador el lugar. Por añadidura, una señorita muy sonriente vino a sentarse casi a nuestra mesa, y empezó a engullir *spaghetti*, como una bárbara. Me miraba a mí, pero Camarena la miraba a ella, y le brindó de nuestro vino. Al rato empezaron las confidencias; ella era polaca de padre e italiana, napolitana, por su madre. Era artista de cine y de radio —sin contrato, naturalmente—, y vivía sola. No hubo más remedio que hacer incluir su voluminoso consumo de *spaghetti* y *vitella* en nuestra cuenta, y que salir los tres a abordar un taxi, en que les conduje al *dancing* que ella indicó, pero para seguir yo solo al hotel. ¡Ah, la *giovinezza*! Y bendito sea Dios que hay gente que en cualquier gancho se atora.

Al día siguiente, Camarena, todo desvelado por una parranda que se prolongó hasta las cinco de la mañana, me contó el final de su aventura. La señorita manifestaba tan sospechosamente frecuente necesidad de levantarse, que Camarena se puso buzo, se hizo el dormido y la vio dirigirse resueltamente a registrar su ropa. Saltó

como un tigre, le hizo un escándalo, ella lloró —y acabó por enjugar su llanto con los grandes pañuelos en que aquí se imprimen las liras.

El solícito portero del hotel nos había arreglado una excursión a Florencia, por tres días, que iba a costarnos como 200 dólares. El embajador nos reveló que sería una locura, pues hay modos más prácticos y económicos de hacerlo, y en consecuencia lo cancelamos para ir el lunes con el embajador a la Cook y a la CIT a formular un itinerario y reservaciones.

Pero una vez ahí; enterados de que la gira por Florencia, Venecia y Milán, habría que hacerla en trenes rápidos, a mata caballo, con el pendiente de las maletas; y para regresar a Roma llenos de ropa sucia y tomar el avión para París, todo aquello me pareció superior a mis fuerzas y a mi deseo de parpadear frente a un noticiero o viaje narrado como el que se nos proponía, y decidí renunciar al viaje. Lo urgente, por otra parte, era reservar o comprar los billetes para la continuación del éxodo y resolver si íbamos a París, si se iba Camarena solo, si yo renunciaba también a París y aguardaba en Roma hasta la fecha de regresar a Londres. Todas estas indecisiones molestas frente a las cuales el embajador nos soltó en la agencia de la TWA. Porque si yo soy indeciso, Camarena me gana, y ya empiezo a cansarme del papel de chaperón de este jovencito, que nunca está listo a la hora convenida para nada.

La cosa, por fin, quedó así: Camarena se marchará el 20 por avión a Ginebra, pasará ahí dos días, y llegará a París a concluir su estudio y esperarme. Yo me quedaré en Roma hasta el 21. Ese día, tomaré el avión de las nueve de la mañana, que me depositará a medio día en Madrid, donde pasaré tres días para abordar el 24 otro avión que vía Lisboa me lleve a París, pues no hay frontera abierta directa entre España y Francia.

Para pagar los billetes, necesitábamos una cantidad fabulosa de liras, que no tenían en el hotel, y que hubimos de adquirir en la calle, a un tipo un poco mejor que en el hotel, pero con la compensación de que nos dieran unos billetes que en la agencia calificaron de falsos, aunque yo no les veía diferencia con los auténticos. Nuestra ganancia, pues, quedó nulificada.

Almorzamos en el hotel, y nos soltamos caminando por Roma, sin rumbo, pero ya sin perdernos. Cuando acordamos ya nos hallábamos sobre el Tíber y era casi la hora en que el embajador nos había dejado la orden de visitarlo. Lo recogimos en la embajada, todo a oscuras, porque había, no sé si *sciopero* o simplemente falla del alumbrado público, y en compañía del secretario Laris, fuimos a llevar a Camarena a la estación de radio que quería visitar profesionalmente. Luego se nos reunieron en Doney, cerca del Hotel Excélsior, que es el café de la sociedad romana, y una especie de supersanborn's.

Yo traía el títere de no haber visto una sola vez teatro en Roma.

No hay muchos, pero sí dos o tres, y el anuncio de obras que pronto van a estrenarse, como el *Águila de dos cabezas* de Cocteau. En el Teatro delle Arti, una compañía de "prosa", como dicen, está exhumando el repertorio de Goldoni, y dando *La locandiera*, que yo tengo vivos deseos de ver. Camarena, temeroso de no entender el italiano, no quería ir al teatro, aunque después se resignó. Pero el secretario Laris aceptó mi invitación, y todavía en el coche del embajador, que ya mostraba deseos de irse a casa, pasamos a buscar los billetes, que son baratísimos y se obtienen sin ninguna dificultad.

La función estaba anunciada para las nueve —las veintiuna, como aquí también dicen—, y nos fuimos a cenar por ahí cerca, a un lugar al que según el chofer, la *signorina* hija del embajador suele concurrir, y que sería bueno. Yo no tenía hambre. Una *pastina al brodo* me bastó, y no había los *dolci* estupendos que sí prefiero a cualquier cosa. Pero un violín que descubrió nuestra nacionalidad vino a enternecernos con "Rancho grande" y con "Estrellita", hasta el punto de propinarle 1 000 liras.

Daban *I piu begli occhi del mondo*, de Jean Serment, por la compañía de Renzo Ricci y Eva Magni que en el mismo Teatro Eliseo de Via Nazionale, ha estado dando con éxito furioso una traducción italiana del *Otelo* de Shakespeare. El teatro es pequeño, con excelente inclinación, moderno y dotado de amplias escaleras y *foyer*. La impuntualidad y el apuntador en su protuberancia me hicieron sentirme por un momento en México. Pero una vez transcurrido el primero y verboso acto, un poco sobreactuado por todos, el segundo fue tejiendo una ternura sin estridencias, una matización en sordina del más depurado valor teatral, en que la dulce y clara lengua italiana, lucía como acaso no luzca el original francés.

Estuve —como en Bruselas, como en Londres— tentado a ir a saludar a los actores. Quizás es un poco mi deber profesional, puesto que desempeño el Departamento de Teatro del Instituto Nacional de Bellas Artes en mi país, establecer contactos con las actividades semejantes de los países que visito. Pero me inhibe la consideración de que así, presentado por mí mismo, no es la puerta correcta la que cruzaría. Pienso que en el interés y en el deber de los representantes diplomáticos de México en el extranjero está valerse de estas raras oportunidades de trabajar por nuestro país que, por ejemplo, en este caso, podrían manifestarse en relacionarme con gente de mi especialidad; no como Salvador Novo, que ni lo necesita ni lo desea; sino como lo que oficialmente soy y como lo que oficialmente, por ende, es provechoso y oportuno lucir como una adicional representación mexicana.

La culpa, por supuesto, no es de los embajadores ni de los ministros, que comienzan por no saber lo que pasa en México, ni quién es quién allá, y acaba por sucederles lo mismo en el país en que se

hallan. Imagino que al principio les pedirán informaciones de México. Incapaces de darlas, porque no las tienen, acabarán por extinguir todo interés periodístico o público por nuestro país. Disponen, en algunas partes, de un personal mínimo y consagrado a tareas burocráticas de correspondencia que no incluyen la publicidad de México, y así acaba por suceder que en estos momentos en que México es la sede del Congreso de la UNESCO; y cuando echamos la casa por la ventana en honor de los representantes de cuarenta y tantos países, en esos cuarenta y tantos países, no aparezca una sola noticia que mencione a México ni a su famoso Congreso de la UNESCO, sencillamente porque nuestras representaciones han perdido el contacto con los periódicos.

Quizás el remedio consistiera en que México dispusiese en su servicio exterior de agregados culturales o de prensa como los tienen todos los países, que velan por su nombre. Jóvenes entusiastas y bien informados, que no ciñeran su ingreso en el sagrado del "servicio" a los exámenes formalistas que son su cartabón, sino que frente al deseo de evasión de México que caracteriza a cuantos aspiran a la "vida diplomática", irguieran su voluntad de presentar en cuantas ocasiones les fuera dable, y ellos crearan con amistades en los diarios, a un México del que supieran mucho, al que amaran, y que por otra parte les mantuviera bien al corriente de lo que está haciendo. Pues así como el pobre Vate Núñez y Domínguez tuvo que acudir a sus amigos locales para juntar mil libros mexicanos con los cuales hacer una exposición que no iba a serle útil personalmente a él, sino al buen nombre de México, así que acaba de suceder que la radio pidiera unos versos de Gutiérrez Nájera, para transmitirlos en un programa, y que el pobre secretario tuviera que vérselas negras para conseguirlos, pues no parece haber en la embajada libros de poesía mexicana.

Y hasta aquí hoy. Continuaré, espero en Dios, en París.

Domingo 30

Una serie de contingencias, en su peor parte imprevisibles, me obligará a prescindir del orden y del método cronológico preciso en la continuidad que hubiera apetecido para este "diario" de un viaje acridio y temeroso. Desde la última vez que me senté a anotarlo frente a esta máquina que apenas recupero, han pasado todos los siglos que condensan nueve días en que ahora me parece increíble, me he hallado en Roma, en Madrid, en Lisboa —y en este "cerebro del mundo"; en esta Ciudad Luz: en este asiento de la cultura más civilizada, en este centro del lujo, la comodidad, la gastronomía, la inteligencia: en París.

Diciembre

Lunes 1°

Yes, Paris, Gay Paree —you can have it, you're welcome to your Paris. De vuelta en Londres, por un verdadero milagro de la Providencia, esos días de París empiezan a borrarse como la más angustiosa pesadilla. Anoche apenas, como a estas horas, tecleaba yo las líneas de esa fecha de regreso del aeródromo a que había acudido para volar a Londres; en donde había aguardado largas dos horas para ver si al fin se disipaba la niebla y podría salir el avión; hasta que avisaron que el vuelo quedaba cancelado "por el mal tiempo", y que hoy lunes, a las siete de la mañana, estuviera uno en la Gare des Invalides para ver si podían acomodarlo en otros vuelos. Empezaba yo, pues, a escribir; a poner atropelladamente al corriente este "diario"; iba a explicar por qué no había escrito desde Roma, ni dicho nada desde Madrid, ni desde Lisboa, ni desde París; como, cuando me resolví a abreviar una visita de París, que me repugnaba, mediante un rodeo por Madrid-Lisboa, prescindí de la máquina de escribir, que se llevó Camarena a Ginebra, a fin de que ni por asomo pudieran pensar los españoles que yo iba ahí a reseñar ni a escribir nada; como, ahora que la recuperaba, me encontraba la gorda libreta negra llena de notas de todos estos días pletóricos como una madeja que debería desenredar, y cuyos múltiples hilos me condujeran hacia una evocación grata o hacia un recuerdo desagradable. Iba, en fin, a emprender estas confesiones que suelen absolverme mejor que un confesor; a entablar estas conversaciones monólogos conmigo mismo y con mis amigos ausentes, cuando Yuco me llamó desde su apartamiento y me convocó a una urgente comunicación. Ya sabía que el avión no había salido; pero sabía muchas otras cosas alarmantes. Por ejemplo que no había salido el avión, no por el mal tiempo, sino a causa de que todos habían sido requisados para el ejército, porque la cosa iba de mal en peor, y el Parlamento seguía reunido sin descanso, de día y de noche, y ya no había habido agua en el hotel, y hace días que no llegaba correo, y quién sabe si los telegramas llegaran, y no era imposible que la guerra civil en pleno se desatara. Esos bárbaros habían lanzado una máquina loca que afortunadamente descarriló antes de causar daño alguno; y habían apeado a los viajeros de un autobús para golpearlo en la carretera y, en fin, era indispensable que me marchase yo, que me pusiera a salvo, a la mayor brevedad posible y por cualquier medio, si no había aviones, ni ferrocarriles, aunque tuviera que mandarme en un coche a Bélgica, y de ahí tomara yo el avión para Londres.

Ya podrá imaginarse el gusto con que me sumé a la reunión del Yuco en su apartamiento, donde charlaban sus sobrinos, su chica, su señora, Meche Cabrera y su hermano, Pablo González Casanova y su esposa Natacha Henríquez Ureña y el tío de Natacha, mi vecino contiguo de apartamiento en el Georges V, Vicente Lombardo Toledano. No sé cómo pude instalarme a jugar *bridge* hasta bien pasadas las doce —y con buena suerte además. Ni cómo pude automática y desabridamente zamparme el descomunal *tournedo* que bajamos a cenar las doce personas de la improvisada reunión. Cuando, por fin, fui a dormir; al mismo apartamiento 624 al que regresé del aeródromo; en que no había deshecho las maletas, quedé con Yuco en comunicarle antes de las nueve lo que me dijeran sobre posibilidades de avión inmediatas. Oía, como las noches anteriores; en medio del silencio mortal de un París helado, neblinoso y sin taxis ni asustados transeúntes, uno que otro balazo lejano que parecía el anuncio de la revolución o su principio. A las seis y media desperté y empecé a telefonear a la Gare des Invalides, a Air France, a la British Airways. En ninguna parte prometían lugar en ningún vuelo antes del viernes, cuando ya habría salido el Queen Mary sin mí a bordo. Pedí el desayuno, llamé a Camarena y acordamos ir directamente a la Cook y ponernos en sus manos para el transporte, como fuera. Después de todo, habría muchos otros pasajeros del Queen Mary en nuestras condiciones de ratas atrapadas en París, y lo probable es que ellos pudieran salvarnos.

Ya salíamos cuando Yuco llamó, autoritario como es por naturaleza, a decirme que le aguardase. Mientras tanto, entré para saludar a Vicente que abría sin esperanza la llave de su lavabo para afeitarse, porque seguía sin haber agua.

Además de nuestra preocupación, Yuco tenía encima la de una señorita muy bonita que creo que se llamaba Linda Christie, con el encargo de despacharla para México, también en el Queen. La señorita trae un equipaje de doce grandes maletas y una muñeca, y acababa de recibir 2 000 dólares para su remisión, pero en el banco se los querían pagar en francos y claro que no le convenía, de modo que Yuco tenía que ver qué hacía con todo eso y ponerla en el tren que nosotros averiguamos en la Cook saldría de la Gare du Nord para Calais, Dover y Londres, con tres trasbordos y dos aduanas, a las once y media en punto de la mañana. Para cuando la señorita bajó con sus maletas, ya eran las once menos cuarto. Todavía tardó en el banco. Y cuando llegamos a la estación, para averiguar que tendríamos que cargar nuestras maletas, porque los porteros estaban en huelga; y yo arrojé la última a la plataforma, el tren empezó a caminar, y la hermosa señorita de las numerosas petacas se quedó en tierra. Ya volveríamos a encontrarla, cuatro horas más tarde, en la aduana de Calais, porque Yuco la despachó en su coche a mata caballo. Y admiraría yo su destreza y su práctica para administrarse, insertarse en las colas de aduanas y pasaportes, valerse por sí misma,

simplemente armada de su belleza, su muñeca, sus doce maletas —y sus 2 000 dólares para gastos del camino.

Nosotros, pobres de nosotros, acumulamos nuestras maletas contra la puerta de un carro de primera, suprimido como está el *pullman*, y fuimos a ver en cuál gabinete nos admitían para las cuatro largas horas de camino y zozobra ante la posibilidad de que volaran el tren o lo detuvieran los huelguistas. Hallamos acomodo en un compartimiento en que fuimos sin más compañía que la de un señor francés que osó preguntarme si en México disfrutamos de trenes tan cómodos y lujosos como la birria en que íbamos.

Elegimos el segundo turno y fuimos al comedor para una última botella de este vino habitual de los europeos, y para un *lunch* tan malo como el de todos los trenes. Y cuando estuvimos en Boulogne, empezamos a prepararnos para la aduana de Calais.

Es bien ganada la fama que gozan las aduanas francesas de ser las más groseras y las peor organizadas del mundo. Se llegue o se salga por tren o por aire, son las mismas caras agrias y feroces de los empleados, el mismo gesto detectivesco y suspicaz, igual lentitud en el papeleo complicado, en el desfile a codazos por las ventanillas. Pero en ésta de Calais había, además, una bruja espantosa encargada de interrogar sobre su dinero a los pasajeros. Se apoderaba de los pasaportes, hundía como un puñal la mirada torva en la víctima, le pedía la cartera y la hurgaba billete por billete, papel por papel, cotejándolos con lo apuntado en el pasaporte, porque los franceses son tan singulares, que apuntan en el pasaporte lo que uno lleve en dólares, francos, libras, cheques, otras monedas, y tiene uno que sacar eso mismo cuando se marche, o menos, y si es menos, demostrar que lo ha cambiado en francos al tipo oficial, que es de la mitad del que circula por todas partes, gente que lo paga —como circulan en Italia, donde siquiera tienen las autoridades el pudor de no pretender el control de la entrada de divisas— y como no circulan en Inglaterra, donde si ocurre que también la controlen, la medida es perfecta y eficaz a causa de que no se puede cambiar a otro tipo que es el fijado por el gobierno para la libra con respecto al dólar.

Nos examinó, pues, la bruja; nos selló el pasaporte el encargado de sellar los pasaportes; hicimos cola; hicimos otra cola; y por fin, entramos en el barco en que cruzaríamos el Canal, en una hora y media que se iría, íntegra, en hacer otra cola dentro del barco para enseñar el pasaporte, llenar otra tarjeta de entrada, declarar otra vez el dinero —y prepararnos a desembarcar en Dover, para hacer otra serie de colas y empellones en la aduana y para trepar en un tren donde era notorio que no hallarían asiento todos los pasajeros.

De cualquier modo, hallarse en Inglaterra de nuevo —lejos de las huelgas, de las sesiones permanentes del Parlamento; de M. Jouhaux; de M. Schumann; de M. de Gaulle; de los gendarmes con capita; de

la niebla sin chiste; del río sin carbón; de la tiznada Notre Dame; de los usados Champs Elysées; del acartonado Arc du Triomphe; del *je vous en prie*; de las vísperas prolongadas de una permanente, molesta, crispante Revolution Française— confiere una sensación de seguridad, de orden, de lógica, de realidad, que conforta y reintegra, y que hizo en Victoria Station parecer nimia la necesidad última de hacer cola para abordar el taxi que me trajera, como a casa, al Atheneum Court, donde me tenían mi cuarto donde había dejado mis otras maletas; donde el *valet* me trajo la parca, desabrida, pero segura, cena británica de patatas hervidas que resulta en las circunstancias mejor que los patos numerados de la Tour d'Argent.

Martes 2

Con un reanudado, sencillo *morning tea*, el *valet* me trajo el *Daily*. Su lectura acabó de convencerme del milagro oportuno que entraña mi azarosa salida ayer de un Paris de cuyos debates el periódico ofrece una descripción que a distancia parece cómica, pero que allá me habría parecido espantosa. La huelga de electricidad acabó por ser total, y los parisinos hubieron de cenar a la luz de velas, atropellarse para alcanzar los últimos autobuses, salir empavorecidos de cines, teatros y cabarets. Para hoy, por si no fuera suficiente, reservan el número de paralizar los autobuses, con lo que será absoluta la quietud. Ya desde el viernes, al regresar al Georges V, me encontré la tina de baño llena de agua, y sobre el buró, la miserable insinuación de una vela de parafina que parecía el único refinamiento nocturno que pudiera ofrecer la Ciudad Luz, y que por supuesto no utilicé. Ahora, ¿cómo serán las cosas?

Y mientras tanto, los comunistas siguen estorbando a todo trance y a todo trapo la posibilidad de que el gobierno dicte legislación que conjure las huelgas. Mientras toda una nación aguarda, un solo comunista, el señor Calas, se le enfrentó en el Parlamento, y la mantuvo a raya, con sólo quedarse sentado en la tribuna, ocupándola sin que valieran ruegos para hacerlo ausentarse. Se apoltronó en ella, y sus compañeros le trajeron un *sandwich*, ensalada y bebidas para la relativa huelga de hambre con que paralizaba el debate e impedía la legislación.

Desde Roma tuve cuidado de no escribirlo. No estaba muy seguro de que no censurasen ahí la correspondencia, que no quería exponer a que no llegase a México; pero la atmósfera empieza a ser densa desde que se pone el pie en el continente —un continente sometido a la influencia rusa del Kominform, ejercida vigorosa y subterráneamente en las masas trabajadoras por rusos que circulan libremente por las fronteras. Ésa es la verdadera causa de que no fuera yo más

allá de Roma, ni a Florencia, ni a Milán ni a Venecia. Si los *schoperos* de Roma eran más o menos insensibles y de rápida solución en los transportes ahí donde las distancias son cortas; si las reuniones políticas en las calles y en las plazas pronto degeneraban, gracias al blando carácter italiano, en una simplemente más vasta conversación de amigos a medio arroyo, como las que de día y de noche circulan indiferentes a los corteses automóviles, no por todo ello resultaba menos impresionante leer los diarios políticos en que en vez de informarse las gentes se injurian de partido a partido, ni ver que comunistas y socialistas, unidos contra el gobierno, le daban calificativos durísimos, incitaban al pueblo, se rehusaban a compartir el gobierno, criticaban los discursos de De Gasperi —y propiciaban de muchas maneras los acontecimientos lamentables de que también se sabía, ocurridos en un revoltoso Milán, o en Florencia, donde los comunistas asaltaron las oficinas del partido monarquista.

En Roma, la última noche que pasé antes de abordar muy temprano el día 21 el avión para Madrid, había por la plaza próxima a la estación y vecina del Hotel Mediterráneo un surtido de soldados mucho más copioso que otras veces, y la razón era la de que andaban alertas a la posibilidad de un ataque a los ministerios que por ahí se encuentran. Pero la verdad es que en Roma, por aquellos días, uno no percibía sino muy levemente la amenaza de los disturbios, y que el disfrute de las bellezas de la ciudad y de su gente la superaba.

Cuatro horas de vuelo desde Ciampino me depositaron en el aeropuerto de Barajas y a las puertas de Madrid. Allá no teníamos representación diplomática, ni relaciones oficiales con el gobierno. Mi pasaporte, lejos de constituir un auxilio, podía serme nocivo por su carácter. Decidí plegarme a todas las reglas, y declarar hasta el último centavo de mis recursos en dólares, *traveler's*, francos, libras, liras, francos belgas, de todo lo cual tenía un poco para recuerdo, y comprar ahí mismo, al tipo oficial de 16.40 por dólar, las pesetas necesarias para una visita de tres días escasos.

En otra ocasión detallaré las peripecias de esta visita relámpago de un Madrid que era natural, viniendo de Roma, no me pareciese gran cosa como ciudad. Quiero ahora solamente apuntar que en Madrid no se siente la misma especie de intranquilidad que en los otros países, sino acaso la de que ése no podrá sustraerse a la que priva en los otros. Los periódicos informaban de Italia y de Francia con un regocijo malsano, y con el aire de advertir a los lectores: "Miren lo que acontece cuando no se tiene al Caudillo para impedirlo. Nosotros estamos en Jauja." "Esa triste suerte querían para España los republicanos", es la tónica de las informaciones que entonces uno juzga exageradas o tendenciosas, hasta que no visita a Francia y encuentra que tienen toda la razón.

Desde Roma, había comprado mis billetes para París por la vía de

Lisboa. Esto es, los había asegurado hasta Lisboa, donde tendría que canjear el billete sin fecha para Francia, por un vuelo determinado que la falta de relaciones de Francia con España impedía concertar desde Madrid. Supuse que sería fácil; que podría llegar el mismo día. Mi error fue grato. Llegado a Lisboa en muy poco tiempo, encontré que no habría vuelos a París sino hasta el jueves en Air France, o hasta el miércoles en la Panair do Brasil. Tendría pues que quedarme dos imprevistos días en Lisboa, si aseguraba desde luego el vuelo del miércoles en la Pan Air. Y digo que fue grato mi error, porque esa imprevista detención en Lisboa me permitió conocer una lindísima ciudad pequeña y limpia, de gente hermosa y dulce, en que nada falta ni escasea, con hoteles de primerísima clase, con razón escogida por los reyes en decadencia para remanso y recreación apacible. La encantadora familia de Gilberto Bosques hizo doblemente grata mi estancia en Portugal, mostrándome todos los sitios interesantes, brindándome un mole insuperable. Cuando, el miércoles, partí contra mi voluntad a un París ritual, leí en el avión el inteligentísimo discurso en que el doctor Oliveira Salazar, analizaba "el miedo al comunismo" que no se siente en Portugal, pero que aterra y desquicia a Europa.

Sábado 6

Llevamos dos días y medio en esta Arca de Noé, ingresar en la cual constituyó el penúltimo de estos viacrucis que permiten la triste comprobación de hasta qué extremo el mundo está siendo entrenado, y se subordina sumiso, para el rebañismo y la impertinencia dictatorial. De Londres, en donde al llegar me lancé desesperadamente sobre la máquina para expulsar mis aterradoras impresiones de Francia, salimos la nublada mañana del jueves, por la estación de Waterloo, en el tren que acarreaba a Southampton a los pasajeros del Queen Mary. La víspera, el embajador me había despachado a cumplir el rito apresurado y friolento de visitar a Oxford, y allá fuimos, perforando la niebla, tiritando en aquellos patios desiertos; visitando el feo salón en que no hace mucho recibió el general Marshall su grado de doctor *honoris causa*; la Bodleian Library, con sus valiosos, muertos manuscritos iluminados; *browsing around* la librería Blackwell del rumbo, en que adquirí algunos volúmenes de teatro —y regresando á Londres, de un humor de todos los diablos, apenas consumido el *lunch* nauseabundo del restaurante del lugar. A hacer las maletas, arte minucioso y enervante, y a rendir un último homenaje de despedida a Piccadilly.

Y en Southampton, de nuevo las colas; de nuevo las barandillas por las cuales circula sumiso el rebaño de los viajeros, se confiesa, muestra su cartera, manifiesta sus bienes terrenales, abre sus maletas y aguarda la gracia de los omnipotentes esbirros de la aduana.

Por ventura, el B-69 es un amplio y cómodo camarote. Por un momento, temí que en vista del acopio de pasajeros fueran a pedirme que alojara a alguno en él, a pesar de haberlo contratado para mi solo. Pero no fue así. Un pequeño escritorio arrinconado entre las claraboyas me invitaba a pasar el tiempo del mejor modo posible.

Y una carta del diligente Carlos Chávez, que me aguardaba como un saludo, me brindaría una nueva razón para pasar fructuosamente el tiempo en este escritorio. Era la respuesta a otra mía, especie de preinforme sobre la investigación que me trajo a Londres; y me insinuaba Carlos que era urgente, a mi llegada a México, redactar el informe definitivo y ponerlo en manos del presidente antes de que terminase el año. Yo había pensado, en general, dictarlo a mi regreso, con la celeridad con que acostumbro a trabajar. Pero bien mirado, sería mejor empezarlo ya, y emplear en ello este tiempo muerto del barco. Sin más, me senté a la máquina, con mis apuntes a mano. Hasta hoy sábado, llevo escritas dieciséis páginas de ese informe. Espero, pues, fundamentalmente, llegar con él por completo terminado, en los tres días que faltan para fondear en Nueva York.

Todo contribuye a hacer del regreso una experiencia menos desagradable que la ida a bordo de la otra reina. En primer lugar, que se trata del regreso; en segundo, que me ocupo placenteramente en escribir; en tercero, que aunque no curo mucho del pasaje, va entre él una que otra gente simpática con la que suelo conversar. Vienen los Álvarez Murphy, de México, y los recién casados Garza Madero de su luna de miel en Europa. Apenas hoy nos descubrimos. He conversado principalmente con John, un norteamericano que ha coincidido conmigo desde París, y que me ha presentado a su prima, Margaret Stranger, exesposa de John Barrymore, poetisa, que ha estado en México; abomina de Diego Rivera y de Marx, está completamente chiflada y es simpatiquísima después de la primera copa de champaña. Para el primer *lunch* me sentaron a una mesa de ocho intolerablemente surtida con un matrimonio canadiense, una solterona británica y tres cubanos, un hombre y dos gordas y morenas mujeres, profundamente poseídos por el complejo de inferioridad. Para la cena, y para el resto de los piensos, arreglé una mesa pequeña para el ingeniero Romo Castro, hermano del ministro Waldo, y para mí. Como él no habla inglés, de algo le sirvo, y luego vamos juntos al cine, y cavilamos sobre si será suficiente la carta de constancia de vacuna que traemos de México, o si los buenos vecinos serán capaces de internarnos a cuarentena catorce días, como amenazan los avisos del barco —estas diarias advertencias que se deslizan como anónimos por la puerta todas las mañanas con órdenes de comparecer ante el *purser* para una cola de interminables trámites.

Con todo, sobra tiempo para leer. Ayer terminé *L'aigle à deux têtes* de Cocteau; por la noche, empecé el libro de *Prefacios* de Shaw

que compré en Oxford, y en la mañana, de un tirón en el *deck*, leí *Les jeux son faits* del famoso Sartre.

Casi todas las familias están mareadas. Anoche, el espectáculo del *deck* era lamentable, y la verdad es que el barco se mueve como un demonio, pero a mí no me afecta. Quedé vacunado contra el mareo desde el que padecí la primera vez, ya perteneciente a la prehistoria, en que embarqué rumbo a Hawaii.

Al cotejar mis apuntes de viaje con las copias de los "diarios" enviados a México, advierto y organizo las lagunas que éstos padecen. Me propongo remediar esta falta de continuidad, hija del hecho, ya manifestado, de que prescindí de la máquina desde Roma, el 18 de noviembre, y no la recuperé sino en París. De suerte que he omitido —nombre tan de novela— el final de Roma, y que no he dicho nada sobre Madrid ni sobre Lisboa. Ahora, a diferencia de las impresiones directas que volqué sobre los "diarios" anteriores, habré de rebuscar el tiempo perdido con auxiliar de mis minuciosos apuntes manuscritos, como en un *flashback*; en una evocación que imparta al recuerdo la virtud de hacerme revivir, y no simplemente transcribir, todos esos momentos. El recuerdo es ciertamente más selectivo que la memoria.

Camarena se fue de Roma para Ginebra el miércoles 19. Nos avisaron de la TWA, que debía llevar su equipaje a las seis y salir a las diez en el autobús para el aeródromo de Ciampino. Ya no pudimos más que vagar hasta la hora de la cena, a que yo había invitado al joven Laris, de la embajada, para que me acompañara más tarde a ver *La locandiera* de Goldoni en el Teatro delle Arti —una *Locandiera* bastante lamentable, con paupérrimo decorado, actores apenas regulares, concha de apuntador y una impunidad en la cortina a que Londres me había desacostumbrado. El joven Laris se despidió al salir del teatro, y caminé solo hacia el hotel, por calles desiertas, anchas, sobrecogedoras como un Chirico de bulto. Eran momentos así los que me daban, de repente, la angustiosa conciencia de mi invalidez, de mi soledad, de mi abandono; los que explican la necesidad, como de una afirmación de la cenestesia, de una conversación trabajada de cualquier modo, y luego interrumpida sin más motivo porque ya no hay ninguno para prolongarla que el consumado de cerciorarse uno de su propia existencia en el espejo de otro rostro, en el eco de otra voz en la noche.

El jueves 20 sería el último día que pasara en Roma. Lo consideraba con verdadera tristeza, y con la informulada rebeldía de pensar que así iba a ser porque me plegaba al supuesto arbitrario de que era indispensable que conociera a París antes de volver a Londres por el barco. Un París que tan no me latía, que lo iba dejando para lo último, y aun ahora le deparaba menos días al hacer el rodeo por Madrid. De todos modos, no había ya remedio. Fui a tomar un último

desayuno al Bar Cavour, en que el *ragazzo* que me deseaba *bon giorno* todas las mañanas mientras sifoneaba la leche sobre el café que me servía, no sospechaba que fuera el último. Luego caminé sin rumbo, entré en muchas iglesias y fui a dar al Palazzo Venezia —sombrío, forrado de agrios terciopelos y me detuve en la Sala del Mapamundi en que despachaba el Duce— este Duce cuya presencia aún se siente en una Roma que tanto amó y por la que hizo tanto.

Fui luego a la embajada, donde tenía que recoger mi pasaporte con la visa portuguesa y la británica de reingreso; y como era además día de la Revolución, el embajador y yo nos fuimos a comer al San Carlos unos últimos *spaghetti al burro*, y su conversación se desató en el recuerdo del principio de una carrera diplomática que se inauguró cuando don Ignacio Mariscal, y que le hace verdaderamente el decano a punto de la mejor ganada jubilación. Si escribiera sus memorias, resultarían extraordinariamente divertidas e interesantes. Ha visto subir y caer a gentes y a gobiernos, y ha tratado a los más pintorescos tipos de nuestras peripecias políticas. Un Fabela constelado de secretarios y representantes de don Venustiano; un Cedillo con toda la dentadura orificada porque su compadre le reveló que si se forraba la herramienta manducatoria con el noble metal no volverían a dolerle las muelas; y tan conservadoramente nacionalista en su gastronomía que se hizo preparar una barbacoa en los jardines de la legación de México en Roma, con gran escándalo y curiosidad de los vecinos que acudieron a presenciar la extraña ceremonia de la incineración y la sepultura de un chivo en un árbol; y la astucia verdaderamente diplomática con que el embajador conjuró la repetición de este bizarro sacrificio de Abraham en la legación de Berlín, con sólo hacer creer a Cedillo que por debajo de los prados corría el drenaje de la ciudad —todo esto y mucho más desfiló pintorescamente en la evocación de sobremesa del embajador.

Luego caminamos hasta la Piazza de Espagna, por donde están las mejores tiendas de antigüedades que no me sería dable comprar, y decliné su invitación a presenciar el animadísimo debate que a esa hora sostenían en el Parlamento, asamblea o como se llame, los comunistas y los socialistas contra el atribulado gobierno de Gasperi. Preferí volver al *albergo* y disponer mis maletas para la *partenza* del día siguiente.

Pero eso se hace pronto, y la noche de Roma convidaba a una última excursión por sus anchas calles; por aquel costado de la estación en que hay una de tranvías y en que a causa de que por ahí quedan algunos ministerios, está siempre numerosamente poblada por guardias, soldados y carabineros de uniformes indescriptibles para los legos. Hay por el rumbo una feria muy concurrida de juegos y automovilitos, vino y *gelati* y este café que se bebe a todas las horas. Y es conmovedor lo mal que les queda a los italianos el

uniforme. Una prenda de vestir que habitualmente realza la gallardía de todas las razas, a ésta se la anula por completo. Los civiles no usan nunca sombrero, y suelen todavía lucir una que otra hermosa cabeza romana. Pero los militares se han impuesto, no la boina británica que acaso los mataría más, pero sí la gorra cuartelera de otros países, y son unas gorras tan grandes y tan mal hechas, y se las colocan tan arriba de una cabeza melenuda, que se miran grotescamente coronados por los antiguos gallos de las planchas que se usaron en nuestras casas antes del advenimiento de las eléctricas. Los únicos que se salvan de ese deterioro plástico son los carabineros, gracias a un kepi todavía bastante germánico, muy alto del frente, y a su uniforme azul oscuro. Y no es éste el único detalle de su germanización perdurable. Muchos de ellos, durante la vigencia de su solidaridad con los *tedeschi*, fueron a dar a Alemania, lo recuerdan con gusto, y hablan corrientemente el alemán.

Pasará algún tiempo de reacción antes de que yo logre desentrañar el complejo de impresiones y resonancias que me mantuvo en Roma siempre a punto de la emoción más delicuescente, más tierna, más oscilante entre la carcajada y la lágrima. Era un pueblo y una ciudad que amaba sin razones, en que sentía que podría vivir si a ello me viera orillado. Oírlos cantar, aun cuando caminasen solos por la calle; ver a los chicos desnutridos y miserables recoger ávidamente las colillas; dejar que se acercasen a la mesa del *ristorante* dos músicos lánguidos a retorcer guitarra y violín y a licuarse ante el obsequio de unas cuantas liras; y escuchar las voces agudas y la entonación cadenciosa que se diría argentina si la argentina no fuera italiana; todo esto me tocaba, me cautivaba, me atraía, y me hacía considerar con tristeza que unas cuantas horas después, me hallaría lejos de ellos, acaso para siempre.

La mañana llegó bien pronto, y en el coche en que el embajador le ordena a su sumiso Rodolfo (*sic*) *ti fermas cui e aspetas; alora andiamo a sinistra*, el sumiso Rodolfo me condujo a toda prisa hasta Ciampino. Demasiado temprano. Había que aguardar a los pasajeros menos privilegiados que llegarían en el autobús de la TWA, y entre los cuales, destinados a Nueva York porque era un Constellation que seguiría el vuelo después de depositar a unos cuantos en Madrid, aparecieron unos cuantos italianos humildes, mujeres en su mayoría, con tipo clásico de inmigrantes que no han salido nunca de su tierra, pero que se atreven a arriesgarlo. Iban muy pobremente vestidas las gordas mujeres, y las asombradas niñas que montaron al avión examinándolo todo con sus grandes ojos húmedos de las despedidas. Abajo quedaban los hijos o los hermanos que las habían llevado, anegados en el mismo llanto que surcaba las rollizas mejillas de las matronas —madres acaso de algunos italianos que ya hubieran hecho en América la fortuna suficiente para mandar por ellas, y para

enviarles todos los miles y miles de liras que debe de costar el pasaje de una familia desde Roma hasta Nueva York.

Cuatro horas de vuelo directo (lo que se hace de México a Mazatlán o a Mérida, si mal no recuerdo) nos llevaron de Roma a Madrid; de Ciampino a Barajas. Yo había conseguido la visa española en Londres, sin más obstáculo que la consulta que hicieron cablegráficamente a Madrid sobre si no se trataría de algún anarquista furibundo. Pero el hecho de no tener ahí representantes, y de no conocer a nadie; y de haberme fiado en la creencia de que no sería necesario reservar hotel, me depositaba en Madrid en la máxima invalidez y en disposición de plegarme hasta el último requisito normal de la inmigración ordinaria. Abrí a la inspección mis maletas, declaré puntualmente hasta el último franco-chelín-dólar-*traveler's*; cambié ahí mismo al tipo oficial de 16.40 lo que ellos estimaron que gastaría razonablemente en tres días, y monté en el autobús, al lado de un jesuita barbudo y locuacísimo que venía de la India, donde había operado desde que hace veintitantos años salió de España. Así llegamos hasta las oficinas de las compañías de aviación, junto al Palace, y mientras bajaban mis maletas, me dirigí confiadamente a pedir alojamiento en aquel hotel. La mirada del empleado fue muy compasiva. Tendría que haberlo reservado con quince días mínimo de anticipación, y aún así, quién sabe.

Pero los chicos de las maletas me socorrieron con una solución. Ayer mismo se había inaugurado un hotel magnífico, ahí cerca, y ellos me llevarían. Era el Hotel del Sur. Ya vería yo qué bueno era; mejor que el Palace. Abordamos un taxi.

El Hotel del Sur era, en efecto, tan nuevo, que todavía no estaba completamente terminado. Pasamos entre andamios a la oficina, de que el dueño, personalmente, me condujo a mi cuarto, dos pisos más arriba. Abrió una puerta de cristales y me reveló el tesoro de mi alojamiento. Entre la puerta de cristales y el balcón, lucía una cama nuevecita de latón, con su brillante colcha azul pálido. Y a los pies de esta cama, un grande nicho de madera al aceite blanco impartía gracia y privacía a una grande tina de baño. Fuera del nicho, se ostentaba un *bidet*, y junto a ese preciado artefacto, un lavabo. "Si el señorito quiere un baño, la muchacha se lo preparará", y entró, en efecto, a prepararlo una gorda y blanca maritornes. Mientras goteaba el agua tibia, me asomé en el balcón. Aquello era la Estación del Sur, la de Atocha. Y yo —¿quién era, sino un agente viajero en Irapuato?

Lunes 8

Hoy debería ser el penúltimo día de viaje, pero el tiempo ha estado tan malo que llevamos un retraso considerable, y parece que no atracaremos sino hasta el miércoles. De todos modos, falta tan poco

tiempo que es necesario aprovecharlo, y después de asistir a la misa en que Loretta Young sorprende a las familias con comulgar todas las mañanas, y de dar tiempo a que el *steward* me deje libre el camarote, me dispongo en él a emplear las dos horas que faltan para el almuerzo en proseguir la evocación de mis peripecias madrileñas.

Primero, una ojeada general a la ciudad, llevado al azar por un chofer de taxi que en sus explicaciones lo vincula todo al "Caudillo": igual que en Roma los cocheros apoyan en Mussolini como punto de referencia el embellecimiento de la Vía de los Foros Imperiales o el de la Vía de la Conciliación. En Madrid era la continuación de la Castellana, bordeada de grandes y buenos edificios nuevos, lo que el chofer me señalaba como obra más reciente del Caudillo, o el hecho de que el antiguo Palacio Real ya no recibiera mayor ni más frecuente empleo que el de servir para que los embajadores le presenten sus cartas al Caudillo, pues el Caudillo vive y despacha en el Pardo, un poco lejos, rodeado por sus guardias moriscos. Fuera de la Gran Vía, de la Puerta del Sol, o de subrayar la importancia inadvertible de sus edificios, el chofer no sabía qué enseñarme, y como pasábamos frente a la que me dijo ser la embajada inglesa, hice en ella alto para entrar a sorprender a Mr. Fitzgerald, su primer secretario, que estuvo mucho en México. "Fitz" se alegró de verme, y me presentó en seguida con el señor que podría, a su sugestión que decliné del modo más suave posible, relacionarme con los periódicos, y con la promesa de telefonearles, les dejé para ir a buscar en la Plaza de las Salesas número 9, a un amigo de Montenegro para quien traía una tarjeta: Germán González de Agustina.

Recibió mi inesperada visita en la piyama en que luego, cuando otras veces fui a buscarle a esas mismas horas, vi que era su poltrona costumbre almorzar y dormir la siesta. Rodeado de excelente pintura y de antigüedades, vive con su hermano el ingeniero y con un sobrino, éste solterón a quien la muerte de una madre inteligente ha dejado en trauma obsesivo de pensamientos lúgubres. Es un caballero de fina, cosmopolita educación, que ha viajado mucho, y que ha disuelto en el coleccionismo de objetos bellos una vocación de escritor y de pintor que la molicie de su antigua riqueza frustró, o que su agudo sentido crítico oculta a la publicación. Lamentó que yo fuera a quedarme tan absurdamente pocos, tres días en España, y que no pudiera acompañarle a Córdoba, adonde él iría a pasar una temporada el lunes mismo en que yo saldría rumbo a Francia. Como por el momento tenía algún compromiso, quedamos en reunirnos en la Plaza Bilbao, esquina de la calle de Alcalá, a las cinco y media.

Luego de caminar un poco, nos hundimos en el metro a codazo limpio para ir a visitar a Juan José. Juan José es el artífice que le ha construido a nuestro don Artemio la mayor parte de sus despampanantes sortijas. Tiene su taller en un barrio que yo no sabría encontrar

solo, y en el que nos sentamos a conversar mientras nos mostraba sus últimos trabajos, casi todos destinados a las iglesias, cuyos altares y cuyos santos destruyeron los rojos durante la guerra civil, y que hoy se restauran a toda prisa y mayor lujo. Desde ahí, Germán telefoneó a diversos hoteles para ver de conseguirme un alojamiento menos surrealista, pero no hubo manera, y Juan José acabó de resignarme a permanecer en Atocha cuando, al enterarse de que mi cuarto tan tenía baño que lo tenía frente a la cama, me dijo que qué más quería, y que no debía esperar encontrarme en España con Nueva York ni con Londres. Después de todo, para cuarenta y ocho horas más, realmente no valía la pena. Nos despedimos de Juan José, con su encargo de manifestarle a don Artemio que es inútil que le siga mandando a hacer trabajos, pues no ha de hacérselos porque no tiene tiempo, y volvimos Germán y yo a la Gran Vía para sentarnos a tomar unas manzanillas.

Luego Germán me abandonó, y vagué solo por aquella Gran Vía llena de paseantes locuaces. Los teatros comenzarían, los muy bárbaros, a las once de la noche, y como en el Fontalba se anunciaba el estreno de *El jugador de su vida*, de Calvo Sotelo, tuve la relativa dicha de acercarme a la taquilla en el instante en que una señora devolvía su billete de primera fila, y de adquirirlo. Me refugié, mientras daban las once, en un café vecino a tomar un sandwich, y luego me sumé a la baraúnda de las familias que entraban en el teatro.

Aquello era el Ideal, con la concurrencia del Bellas Artes. La actuación más torpe y más astrakanuda de la obra más idiota que pueda concebirse. Hubiera sido demasiado notorio levantarme a medio primer acto, pero el intermedio me dio la anhelada oportunidad de marcharme, de encontrar con dificultad un taxi, de llegar a echarme, desconcertado, arrepentido de haber abandonado Roma, sobre la cama de brillante latón, junto a la puerta de cristales por los que entraba una luz despiadada, frente al nicho de mi privilegiada tina de baño.

El Prado quedaba tan cerca, que a la mañana siguiente me llegué a pie hasta la abundante compensación de disfrutar los tesoros de su estupenda instalación. De nuevo, como en Roma, ver en su salsa a los grandes maestros y las grandes obras, fue como tropezar, embellecida por la realidad de la vida, a una persona con quien se ha cultivado correspondencia. Ahí estaban todos los Velázquez, todos los Grecos, todos los Goyas. Pero estaban, también, convocando una inédita admiración que sus reproducciones no pueden alcanzar, a causa de que son cuadros enormes con figuras tan pequeñas que cualquier reproducción las anula o las desvirtúa, los Bruegel que describen los sentidos —el oído, el olfato, la vista, uno por uno y en conjunción— hechos con miniaturas al mayoreo, desbordantes de fantasía y de pericia, y sin duda alguna lo que más me gustó del Museo del Prado.

Al salir del cual, ¿a quién iba a encontrar, sino a Marilú Fernández del Valle, que anda por Europa desde hace buenos cinco meses, ha rematado por España su peregrinación, y se disponía a volar de regreso después de visitar una vez más a Sevilla? La acompañé al consulado cubano, que se ocupa de tramitar las visas de salida de los mexicanos, y que hallamos cerrado, y luego fuimos a sentarnos al Retiro, frente a una botella de fresca sidra, y Marilú me refirió atropelladamente lo mucho que ha disfrutado su viaje, y las numerosas familias mexicanas que este año se soltaron excursionando por el continente. Todas ellas por supuesto han visitado a Su Santidad, y lo único que todas lamentan es toda esa monserga de las aduanas y los trámites. En Francia, sobre todo, son como el demonio, y ya han desnudado a varias señoras para buscarles oro y dólares que, si les hallan, les confiscan, y si no les encuentran, pues ni disculpas les dan. A la viuda de don Maximino, por ejemplo, la desnudaron, y aunque había declarado treinta monedas de oro que llevaba como obsequio para el Vaticano, se las quitaron los franceses.

Los españoles lo hacen todo tan tarde, que no puede pensarse en que ningún restaurante sirva almuerzos antes de las dos y media o tres. Buscamos inútilmente un taxi. Como tres días de la semana (y precisamente los que yo me quedaría en Madrid) no circulan los coches particulares por la limitación de gasolina, los taxis escasean más que nunca, y llegamos rendidos a un restaurante que ofrecía comida italiana, aunque no la cumplía muy bien que digamos.

Por la tarde, Germán había resuelto, libre ya de sus compromisos sociales, mostrarme un Madrid típico, y todo lo que de él pudiera ver en las pocas horas hábiles de mi apresurada visita. Le confié que hasta entonces no me había gustado ni llamado la atención nada de Madrid, y que deseaba ver lo que quedaba del viejo, del tradicional, de Mesonero Romanos. Y entonces me llevó a la Plaza Mayor, que es realmente bonita, y recorrimos, con sus eruditas explicaciones sobre éste y el otro palacio cerrados y muertos, las callejuelas a que se sale por los arcos y las escalinatas de la plaza, llenas de gente que iba a ella o que de ella salía; calles que han conservado los nombres de los oficios que se ejercían en ellas, como las antiguas nuestras de los Talabarteros y de los Tabaqueros. Las recorrimos de prisa, perseguido yo siempre por el temor de no hallar taxi para volver, y prometiéndome regresar solo a contemplar la plaza a mejor hora.

Luego fuimos a un merendero elegante de la Gran Vía a tomar un té bastante tardío para el horario londinense, y a reunirnos en él con un amigo de Germán que es decorador de interiores y que aconteció haber nacido en México, y evocar con cariño su niñez vivida en una hacienda veracruzana de su padre. Se marchó pronto, porque tenía que salir al día siguiente fuera de Madrid, y entonces Germán sugirió que fuésemos a cenar por el típico barrio de San Antón, donde habría

un café concurrido con números de variedad y toda clase de sorpresas dignas de un sábado por la noche.

Entramos a cenar en una fonda de cuartos bajos y pequeños en que no hallamos sitio sino hasta el último de ellos, donde una mujer gorda y autoritaria administraba a los atareados meseros y revisaba las raciones monstruosas de pescado y de carne que se empujaban los comensales con grandes tragos de vino grueso. Luego caminamos hasta la casa de Cervantes, donde una placa lo recuerda en la calle de su nombre, y hasta la de Lope, y vimos también la residencia de la Academia de la Historia, con la grande placa que conmemora a don Marcelino Menéndez y Pelayo.

En el café cantante del barrio, aunque compramos los billetes, no pudimos entrar. Se hallaba repleto de familias sentadas a mesas mínimas y apretujadas hasta hacer imposible que cupiera un alfiler más, todas atentas a los bailes y las canciones que se desarrollaban en el pequeño escenario del fondo, y todas ruidosamente indignadas cuando osamos tratar de acomodarnos y el mesero se empeñó en buscarnos lugar. Como "ambiente", me pareció que bastaba, y salimos a acomodarnos a la barra de la cantina que es como la antesala del café, y en que las amistades se traban y las conversaciones se inician al conjuro de un cigarrillo americano. Los jóvenes, como en todas partes del mundo, sienten los sábados la furiosa obligación de divertirse, y como en todas partes del mundo, no saben cómo hacerlo. Los viejos, en idénticas circunstancias, creen saber cómo divertirse, pero frecuentemente carecen del ánimo para emprender la monótona rutina.

El domingo era mi último día de Madrid, y desperté a una mañana un poco fría a pesar de su claro sol. Todo Atocha, mi rumbo, hervía de soldados que habrían llegado por la Estación del Sur a pasar el día franco. Daban la cómica impresión de llevar las largas faldas anchas que usan las elegantes de la Quinta Avenida, con el desgarbo con que arrastraban esos abrigos excesivos para su modesta estatura, mientras de su gorra cuartelera colgaba, se mecía, saltaba como un péndulo loco, la pequeña borla roja que los haría o acabaría por hacerlos bizcos si trataran de mirarla sobre su frente. Mas no era Atocha únicamente su cuartel general. También la Plaza Mayor, que quise volver a contemplar a la luz del día, congregaba a una multitud de la misma especie de abrigos grandísimos con pequeños soldados dentro.

Salí de la Plaza Mayor por Alcalá hasta una Gran Vía ya para esa hora llena de lentos transeúntes, algunos de los cuales se instalaban a desplegar sus periódicos frente a la taza de café o el vermut en las sillas de mimbre de las aceras. El arroyo, en cambio, estaba desierto, si no era por uno que otro taxi asaltado apenas se desocupaba. No creo haber caminado nunca tanto, ni tan sin más propósito que matar

el tiempo que me separaba de la cita con Germán a las cuatro de la tarde. Hacia arriba, hacia abajo, hasta empezar a reconocer, como en las serenatas de pueblo, las caras de los que sin duda hacían lo propio; siempre con la esperanza de que un taxi llegara a rescatarme, y con la que llegó a convertirse en verdadera desesperación de no encontrar ninguno, hasta que realmente rendido, corté por la desierta calle del Barquillo (porque aunque la Gran Vía estaba llena de gente, las laterales aparecían desiertas) y di con la Plaza del Rey, y en ella con las sillas de mimbre y las mesillas que me parecieron un oasis y en que me eché a sorber un vermut. Pregunté luego por algún restaurante del rumbo, y fui a dar a uno lóbrego, servido por meseros conversadores o, como diríamos en México, "igualados", que me nutrieron, si no brillante, sí restauradoramente.

A pie, pobre de mí, fui a dar a la Plaza de las Salesas, por Germán, que aún almorzaba en su piyama ceremonial, y que extrajo de sus muebles antiguos toda clase de telas meritorias para entretenerme mientras vestía un atuendo que permitiera su circulación por las calles. El programa original consistía en ir al Pardo, residencia del Caudillo; pero la falta de medios de transporte nos obligó a sustituirlo por el más modesto, aunque no menos penoso, de sardinificarnos en un tranvía que nos dejara en un cierto parque muy concurrido los domingos porque desde él se mira el Guadarrama, y por otras ventajas semejantes. Ahí pasamos el resto de la tarde, bebiendo limonada y confidencias evocadoras. Cuando anocheció, fuimos a otro salón de té, para tomarlo en la proximidad de familias tan elegantes como de buen diente.

Me retiré temprano, como convenía a la necesidad de levantarme de madrugada para abordar el avión que habría de conducirme por Lisboa, al famoso París. Madrid había sido, si no una decepción sí una indiferencia, de la que sin duda tenía mucha culpa la ineptitud de mi personal administración como viajero. En tan corto, turístico tiempo, ¿qué podía conocer de España, de Madrid mismo? Deliberadamente había cerrado los oídos de mi atención a todo juicio político sobre el régimen. Los diarios subrayaban la efervescencia comunista de Francia y de Italia, y la cotejaban desfavorablemente con la próspera paz que España disfrutaba gracias al Caudillo y a pesar de los enemigos rojos que habrían querido para su patria la misma triste suerte que ahora corrían aquellos países víctimas de Moscú. Yo descontaba de esas informaciones lo que podría ser propaganda; pero no dejaba de inquietarme la posibilidad de que Francia estuviera como decían. Por otra parte, no descubría en Madrid ni miseria, ni inconformidad, ni que la gente recordara siquiera que convenientemente lejos de España, funciona un gobierno español con el que México sostiene relaciones mientras Inglaterra y los Estados Unidos las cultivan con el Caudillo. Y apunté

una teoría que me prometí, y que ahora refrendo la promesa, de desarrollar.

La pesadilla de la falta de taxis volvió a asaltarme cuando, al amanecer del lunes, me enteré de que habría de caminar hasta las oficinas de la TWA, con el equipaje, para abordar allá el autobús que lleva al pasaje hasta Barajas. Por ventura, en el hotel despertaron a un mozo que acarreara, a la tameme, como una especie de revancha ultrasecular, las maletas de un mexicano, y emprendimos juntos la marcha. Luego, al aeródromo, para trámites rutinarios (entre ellos, devolución de la cartilla de alimentación, que no llegué a usar), y el avión que me llevaría a Lisboa en una hora, y de ahí otro a París.

Viernes 26

Restituido a mi casa, un frío nunca antes sentido en México con igual intensidad me hace difícil evocar el sol y el calor agradables con que el 23 de noviembre, hace apenas un poco más de un mes, llegué a las once y media al risueño aeropuerto de Lisboa. Como en otros países, en Portugal un oficial de inmigración recoge a bordo de los aviones los pasaportes, que sin duda son informadamente examinados, antes de devolverse, porque en cuanto bajé, se me acercó para entrevistarme un joven periodista ya perfectamente enterado de mi persona y del objeto de mi viaje. Le dije que únicamente llegaba a Portugal de paso hacia París. No sabía (porque en Madrid había sido imposible averiguar ninguna circunstancia relativa a una Francia con la que los españoles parecen definitivamente reñidos) que los vuelos a París no son diarios desde Lisboa, y que contra mi idea de partir inmediatamente, el hecho de que no habría vuelos de la Air France sino hasta el jueves, o de la Panair do Brasil sino el miércoles, me obligaría a permanecer en Lisboa dos días que así se le restaban de mi visita a Francia.

No había remedio, y me pareció que lo prudente era comunicar mi presencia a nuestro representante Gilberto Bosques, a quien sorprendió mucho la noticia, y quien inmediatamente se dispuso a buscarme alojamiento. Los propios empleados del aeropuerto me despacharon en un automóvil hasta la calle de las Quejas en que se encuentra la legación de México, antecedida por el pequeño jardín que preside una estatua. Con Gilberto Bosques, viejo periodista a quien la guerra sorprendió en el servicio consular y que padeció por algún tiempo el cautiverio de los alemanes en el relativamente cómodo campo de concentración en que guardaron a los diplomáticos (temporada que si no para otra cosa les sirvió para que sus hijos aprendiesen el alemán), conversé en su despacho. Me mostró el boletín mimeográfico que publica con noticias de México y que es muy solicitado. Su

experiencia periodística le permite hacer funcionar a su pequeña legación con notoria eficacia.

Le invité a almorzar, pero en vez de aceptar me retuvo a hacerlo en compañía de su familia. Su esposa es hermana del Chato Manjarrez; una señora simpatiquísima, y tienen dos chicas muy lindas y un muchacho muy guapo, los tres poseídos por el mayor afán de cultura que su estancia en Europa les ha permitido fortalecer con diversos cursos de estudios. Las chicas encargan libros de arte a todas partes, y compiten en devorarlos.

El almuerzo íntimo y cordial me ofreció dos revelaciones: un arroz con almendras portuguesas, que son las más ricas del mundo, y el vino verde que me informan que es el corriente en cualquier casa, que se compra en la esquina, y que es una especie de delicioso refresco. Para el día siguiente, la señora se ofreció a demostrarme los adelantos que ha impartido a su cocinera portuguesa en la confección de un platillo que hace siempre la delicia de sus frecuentes convidados, los demás diplomáticos: el mole de guajolote.

Luego la señora y Gilberto me acompañaron a buscar alojamiento. A causa de que por estos días se celebraba en Portugal un importante partido de futbol, el hotel en que habían pensado no podría acomodarme más que en el anexo que subimos a ver, y cuyas habitaciones resultaban aterradoramente peores que las de mi hotel madrileño. Si no había otra cosa, volvería a aquella tristeza de cuartos. Pero por fortuna, en el Hotel do Imperio hallamos en seguida un alojamiento no sólo cómodo, sino hasta cierto punto dotado de un lujo que hubiera satisfecho y halagado a cualquier cupletista. El *closet* estaba tapizado con seda azul por dentro y por fuera, y las camas gemelas frente a un enorme espejo ostentaban colchas y respaldos de la misma tapicería.

Resuelto este problema fuimos hasta el famoso Casino en que en ciertas temporadas se juega mucho dinero. Está en el rumbo del Estoril, hotel en que viven todo lo bien que están acostumbrados a hacerlo los reyes desterrados o caídos que han elegido muy sabiamente una residencia que disfruta de clima espléndido y de vistas magníficas, y para llegar a la cual desde el centro de Lisboa se recorre un hermoso camino a lo largo de la playa. Allí viven el príncipe don Juan, el conde de París, el rey Humberto de Italia, la reina Victoria de España (a la sazón huésped de los reyes de Inglaterra en la boda de la princesa Elizabeth), y adiciones recientes a la colonia, mis exvecinos Carol y madame Lupescu.

Ya caída la noche, fuimos a la vieja plaza que hay junto al Tajo —una plaza de grandes y hermosas proporciones, asomada a la terraza libre por la que se desciende a las aguas surcadas por pequeñas embarcaciones, y luego al intrincado y antiguo barrio morisco, de angostísimas y tortuosas calles alumbradas por faroles. La señora

Bosques recordaba que Vasconcelos dio en este barrio con un Cristo italiano de marfil que le vendieron en unos cuantos escudos y que resultó ser una pieza antigua y magnífica, porque suele todavía encontrarse una que otra, como la de oro que un diplomático norteamericano descubrió bajo la pátina de una chuchería que le vendieron también en unos cuantos centavos de dólar.

Cuando me dejaron solo en el hotel, salí a explorar el rumbo. El Hotel do Imperio queda a una cuadra y a espaldas de la Avenida da Liberdade, que es, digamos el Paseo de la Reforma de Lisboa. En ella están los teatros, y los cines, y transcurre la sensata y grata vida nocturna de la ciudad. Era un contraste con Madrid la multitud de taxis y de coches regidos por elegantes policías que en grande número y con muy diversos uniformes revelan que se vive bajo un régimen notoriamente militar. Esta militarización se advierte también, como el favor y el privilegio de que sin duda gozan quienes obligatoriamente deben de seguir la carrera de las armas o de ingresar en ella a los dieciocho años, en la impecable presentación de los soldados que pasean por la Avenida da Liberdade con sus uniformes grises.

Con la lengua portuguesa me ocurrió una oclusión curiosa que en los primeros momentos me aturdió por completo. Cuando estuve en Brasil, me fue fácil, con relativa rapidez, entenderla y expresarme en ella. Pero ahora, cuando mi mecanismo lingüístico era convocado a entender y a expresarse en una lengua parecida al castellano, una libre gravitación hija de la más reciente experiencia me hacía esperar que esa otra lengua fuera el italiano, y me empeñaba sin fruto en interpretar a través del italiano lo que oía en portugués, con lo que acabé por refugiarme en la mímica mientras me adaptaba a la tónica.

Me detuve a las puertas de lo que era evidentemente un cine, y como veía que todo el mundo tomaba una escalera exterior, seguí el ejemplo para encontrarme arriba con que allí no vendían, sino que recogían los billetes de entrada que me mandaron a comprar abajo. Lo que allá me vendieron era, sin embargo, para una luneta a la que querían a fuerza hacerme entrar. Como volví arriba, el empleado se dio mil penas para hacerme entender que ése no era el billete ni yo la persona para lo que resultó ser una galería, el derecho a entrada en la cual hube de adquirir mediante una nueva excursión a una taquilla en que no comprendían mi empeño en desperdiciar el billete de la decorosa luneta y en ascender de nuevo la empinada escalera para ver desde arriba un corto narrado en inglés y con títulos en portugués sobre la historia de la Teodicea que luce su estatua en una plaza de Londres.

No permanecí mucho tiempo en el cine. Caminé por la Avenida da Liberdade escogiendo un lugar en que pudiera entrar a tomar alguna cosa ligera antes de llegar al tranquilo, pequeño, sedoso Hotel do Imperio.

Por la mañana, Gilberto envió su coche por mí. La señora tenía ya dispuesto un itinerario que en primer lugar habría de llevarnos al convento deshabitado de los Jerónimos. La molestó que otro pequeño grupo de inesperados turistas se nos hubiera adelantado, y estimulara así la oficiosidad del guía del lugar cuyos servicios, y después de las visitas que ella ha hecho al convento, no necesitábamos. Admiramos, a la entrada de la iglesia, las vastas tumbas de Camoens y de Vasco da Gama, con sus grandes estatuas yacentes. Luego las columnas airosas, altas, esbeltas, en que el "gótico manuelino" rinde la gracia de convertirlas en grandes palmeras cuyas hojas hacen las nervaduras hacia la bóveda, en recuerdo o en homenaje de las plantas tropicales de un Brasil por los portugueses descubierto y poblado. Vimos los altares y pasamos por la sacristía para llegar a los corredores y el patio del convento —de dulce piedra rosada, bordeado de nichos y confesionarios, asomados al patio por las ojivas de una piedra que manos laboriosas llenaron de adornos— todo en esta materia noble, cálida, tan diversa de la que emplearon las catedrales sombrías de Bélgica o las iglesias de Inglaterra; y tan como los portugueses mismos.

El Museo de Coches quedaba muy cerca, y entramos a visitarlo. Dicen que es el mejor del mundo en su pintoresca especialidad, y que sólo en Viena había otro semejante. Son muy hermosas las piezas que conserva —carrozas reales y nobiliarias francesas, españolas, portuguesas, italianas, de cuando los poderosos de la tierra se hacían construir transportes muelles y lujosos, y personales, en vez de comprarse un Cadillac *standard*. La imaginación podía reconstruir aquellos viajes y aquellos desfiles de cuento entre sedas, cristales y oros, alegorías y adornos. Ya desde entonces solía acudirse al disimulado cohecho con el obsequio de un coche. Cierto rey que no andaba muy bien con Dios, a causa de que había mancillado a una monja de la que tuvo dos descendientes, acudió al expediente de enviar a Roma regalos pontificios en una carroza tan llena de estatuas simbólicas como la propia Roma. Y de que aquellas poderosas familias se anticiparon en su medida a las comodidades del transporte moderno, no cabe duda cuando se ve que un rey previsor disfrutaba en tránsito, y con sólo levantar el cojín de su asiento, de las facilidades expelentes que hoy proporcionan aun en los aviones los gabinetes sanitarios. Otra carroza, con los asientos en círculo y una mesilla redonda en medio, parece reclamar la prioridad en el diseño del carro-comedor. La mayor parte de las carrozas, como bien lo indican los guías, fueron construidas *nos meados do secolo XVIII*; pero *meados*, naturalmente, quiere decir mediados. Lo que pasa es que el portugués nos sorprende con dar a las palabras que nosotros usamos en otro, sentidos que nos pueden parecer cómicos. Como llaman *borracha* al hule, hay por el Estoril una *Fábrica de borrachas* que es simple-

mente de llantas; como llaman *saltos* a los tacones, los *saltos de borracha* resultan ser tacones de goma, y venderse en tiendas. Y como *secretaria* es el escritorio, y *cadeira* es silla, no es extraño ver que se anuncie en los periódicos *secretaria de medio uso* con buena *cadeira* para su venta. Por cuanto a los peluqueros, sus establecimientos se reconocen por una larguisima palabra: *cabelheireiro*, que pueden ser de señoras o de señores.

Del Museo de Carrozas tomamos un hermoso camino para visitar el estadio, que es una construcción moderna y bellísima, instalada frente al paisaje más estupendo que pueda imaginarse. El campo en que se juegan las competencias deportivas está todo alfombrado de pasto impecable, y las graderías lucen barridas y fregadas hasta la exageración.

Del Stadium fuimos a la Estufa Fria, que es un grande invernadero-jardín, en donde se han reconstruido trozos selectos de la naturaleza salvaje de Brasil, y aclimatado plantas tropicales entre las grutas artificiosas. Muchos operarios se hallaban en trance de bajar, para repintarlas, las altas persianas que dan techo al lugar por entonces fuera de un servicio que la señora Bosques encomió mucho, pues encuentra muy bello el espectáculo que ahí suele ofrecerse por las noches, cuando en verano se organizan veladas artísticas durante las cuales tocan hermosa música orquestas ocultas entre las rocas, y una compañía de ballet emite gráciles figuras a perseguirse entre las plantas iluminadas por reflectores de colores.

Era ya tarde, el prometido mole ya estaría a punto y aguardándonos, y dejamos la Estufa Fria para reintegrarnos a la legación a saborearlo con aquella delicia de refresco que es el vino verde. Durante el café, la señora, las chicas y yo hicimos un copioso trueque de recetas de cocina. Luego, como daban las cinco, fuimos a confirmar mi billete de salida para el día siguiente en el vuelo a París de la Panair do Brasil, y después de tomar el té en Cais-Cais, para ver llegar, al anochecer, a las barcas de los pescadores con su luz de luciérnagas sobre las aguas. Me hallaba tan a gusto, que me entristecía la idea de partir.

Pero todavía, de acuerdo con el juicioso y exhaustivo itinerario dispuesto por la señora Bosques, me faltaba conocer los cafés en que se cantan los famosos fados portugueses, y de todos, como la mejor muestra y el más típico centro de reunión, el Lusso. En un *booth* próximo a otro en el cual dos amorosas parejas bebían en silencio su cerveza y se miraban con ojos tiernos, nos instalamos a escuchar, uno tras otro, esos tangos sentimentales con otro ritmo que son los tristes *fados* portugueses, emitidos desde el pequeño tablado que ocupaban las y los cancioneros mimados del lugar —ellas siempre cobijadas al cantar por un chal que parece imprescindible para el importante acto.

Luego abordamos el coche, que manejaba ya no el rubio chofer de los Bosques, sino Gilberto chico, y dimos un último paseo por la espléndida noche de Lisboa por su barrio morisco; por su Avenida da Liberdade, que tan buenos recuerdos me dejaba por los siete barrios brotados en otras tantas colinas, como en Roma —y rematamos en el Mirador, entonces desierto, pero habitualmente poblado por parejas y por familias que acuden a disfrutar desde ahí de la vista panorámica más bella de ciudad y bahía.

A la mañana siguiente, a buena hora, este trashumante y apto viajero en que yo me había convertido tenía ya listas sus maletas y arregladas sus cuentas en el hotel cuando vino a buscarme el coche para llevarme a despedirme de la familia cordialísima y simpática de Gilberto, a quien debía mi pleno disfrute de un paréntesis inesperado en el viaje. Gilberto me acompañó hasta el aeródromo. El avión, un Constellation destinado al Brasil, llegaría a París en cuatro horas —a las cinco de la tarde. En él leí los diarios portugueses de la fecha. Reproducían el discurso que el doctor Oliveira Salazar había reunido a sus ministros, la víspera para leerles. Un discurso magnífico, verdadera pieza literaria, llena de las claras razones por las cuales Portugal el laborioso puede sentirse tan al margen de las crisis y disturbios, como las Naciones Unidas que en ellos se encuentran sumidas, la tienen de su organización.

1948

Enero

Lunes 5


De modo que el miércoles 26 de noviembre habría de llegar a París, en donde nuestro efusivo embajador Yuco del Río estaba ya avisado y me tendría alojamiento. Ya Camarena, por su parte, habría llegado a Ginebra y comenzado sus visitas a lo que hubiera de televisión en la Ciudad Lux. Del aeroplano no conservo más recuerdo que el de una señora portuguesa con extraño aspecto de gallo que se pasó el viaje en vueltas de su asiento, el primero en la proa, al gabinete, y en pequeñas conversaciones que sostenía gesticulando a toda prisa en el trayecto a una amiga suya depositada a media nave.

El avión era un Constellation tan rápido que se tragó una hora de vuelo, y así llegamos al aeropuerto a las cuatro en vez de las cinco. De suerte que nadie me esperaba, y hube de abordar el autobús con los demás pasajeros hasta la Estación de los Inválidos. De allí telefoneé a la embajada. Yuco se mostró sorprendido y disgustado de que no hubieran acatado sus órdenes de recibirme en el aeropuerto, y lo remedió con enviar inmediatamente por mí a la estación. En su fastuosa limusina tuve así la primera visión de un París parisiense por la laboriosa, napoleónica majestad de sus avenidas, y en crisis por la desolación de que la impregnaba la colección de huelgas que en aquellos momentos padecía.

Yuco me había tomado en el Georges V un departamento bastante presuntuoso con antesala, vestidor, una grande alcoba con balcones para dos avenidas, un solemne cuarto de baño, y en el rincón más apartado y disimulado, la discreta puerta que conforme a la singular costumbre europea, ofrecía el artefacto sanitario más frecuentemente utilizado de los que en nuestros climas completan los cuartos de baño (en el que en consecuencia no podía realizarse más que abluciones totales o parciales, y aun las totales, privadas del beneficio enjuagatorio de la regadera).

Cuando hablé con él por teléfono, Yuco me dijo que Vicente Lombardo Toledano estaba en París y se alojaba en el mismo hotel que yo. Desde antes de mi salida de México, y para la sorpresa de algunas familias, Pepe Gómez Robleda nos había reconciliado y mi nombre había aparecido entre los de los miembros del Partido Popular. De suerte que pedí comunicación con mi amigo Vicente, y le dio

mucho gusto que habláramos. En ese instante tenía visitas, pero de todos modos, y a reserva de conversar conmigo mañana, me anticipó que el Partido Popular había celebrado el día 19 un gran mitin en la Arena México.

Pedí cena en mi cuarto. De las maravillas esperadas de la cocina francesa que el menú me mostraba, no supe escoger más que una sopa de cebolla y una poca de lengua. Luego salí a caminar por los Campos Elíseos, que empezaban a poblarse de pequeños grupos de norteamericanos empeñados, decididos a sentirse sumamente contentos. Hacía mucho frío. Concluida mi pequeña exploración, regresé a acostarme. Yuco me avisó que a la mañana siguiente pasaría por mí, y me comunicó que Camarena estaba en París, bastante desconcertado por la lengua, pero ya en contacto con los técnicos de su especialidad.

Yuco pasó por mí a las diez de la mañana. Traía noticias frescas y alarmantes sobre la situación política de Francia, y entramos a saludar a Vicente, quien para mi sorpresa ocupaba el departamento contiguo al mío. Opinó Vicente que una guerra civil parecía inevitable, y nos comunicó que estaría todo el día ocupado en visitar y en ser visitado por familias muy importantes. Yuco y yo nos fuimos entonces a una estación de ferrocarril en la que realizó inútiles gestiones para recoger ciertos bultos postales. A causa de la huelga o de una de las huelgas, la embajada tenía varias semanas de no recibir una sola pieza de correspondencia y de hallarse prácticamente aislada de más contacto con México, que el telegráfico, también en peligro de suspenderse.

Por el camino a la embajada me comunicó Yuco sus proyectos de reformarla, y su empeño en que fuera testigo de su ruinoso estado. En efecto, el viejo edificio que don Alberto Pani fue el último ministro en decorar y amueblar hace más de veinte años, parece viejo y abandonado por más de cien. Pisos, techos, paredes, todo es una ruina; muebles y cortinas destripados y deshilachados, y nada más lóbrego y feo que el salón de recepciones pintado de un azul eléctrico impresionante amenizado para mayor espanto por las pinturas enteramente pasadas de moda en que Ángel Zárraga detuvo un liquidado momento de Carmen López Figueroa con un ramo de flores en la mano, y de la Nena Pani, vestidas y peinadas a una moda de aquella época que las convierte en la nuestra en las más lamentables caricaturas. El comedor es igualmente espantoso, y en volver habitable y presentable nuestra embajada, Yuco pone su esfuerzo y se anticipa peligrosamente a la minuciosa autorización que para realizar estas obras de albañilería y decoración Jaime Torres Bodet le ha advertido que necesita.

Descendimos a las oficinas. Al privado de Yuco empezaron a llegar sus empleados, casi todos ellos viejos amigos o conocidos

míos. Ahí trabajaba Miguel Iturbe, hermano de Pepe y de Luis, y él y Octavio Paz habían sido encargados de recogerme en el aeródromo, al que llegaron tarde. Había otras personas conocidas en la embajada, como Meche Cabrera y como ese enanito a quien llaman el Muégano Serrano. Ahí cambié unos dólares y Octavio Paz y yo fuimos a almorzar a un restaurante famoso de los Campos Elíseos, y luego a visitar rápidamente la exposición de los tesoros de Viena que estaba tumultuosamente concurrida en el Petit Palais. Teníamos cita a las cuatro de la tarde con Yuco en cierta sala de proyección donde ellos querían ver un documental sobre México que encontramos enteramente anticuado, parcial y padillista. Luego de desaprobarlo, regresamos a la embajada, donde anocheció pronto, y Octavio y yo fuimos a mi hotel para encontrar a Camarena, con quien cenamos mientras me informaba de sus exploraciones de la televisión francesa y de sus experiencias en Ginebra, donde, lo mismo que yo en Portugal, se vio detenido dos días por falta de vuelos a París.

Octavio había conseguido dos buenos billetes para el Teatro Marigny, donde creyó que esa noche Jean Louis Barrault representaría *El proceso* de Kafka. Barrault es el actor más de moda en Francia. El *Diario* de André Gide, cuyo segundo tomo (1939-1942) leí anoche, expresa su gran alegría de encontrarse en Marsella con él, y lo describe como de "rostro admirable, que respira entusiasmo, pasión, genio [...] Barrault me ruega que termine para él la traducción de *Hamlet* que comencé hace veinte años y de la que no había dado más que el primer acto. Le tengo tan gran confianza que quisiera ponerme a trabajar enseguida".

Por algún azar del que acaso debí sentirme contento, no era un *Proceso* del Kafka que entusiasma a Gide lo que esa noche representaban, sino precisamente el *Hamlet* que por lo visto el recientemente nobelizado Gide extremó en terminar de traducir su simpatía por el actor. Y la representación fue sin duda, para los *standards* franceses, todo lo excelente que los aplausos le premiaban y lo reconocían, aunque a mí me pareciera que este Hamlet escuálido y afeminado, maniático y grotesco habría ruborizado a Shakespeare.

Cuando a la mañana siguiente Yuco pasó por mí y le acompañé a la embajada, las cosas habían empeorado a tal punto que llamó a todos sus empleados para advertirles, en una especie de patética alocución, que como embajador de México tenía obligación de velar por la seguridad y la subsistencia de todos ellos, para lo cual disponía de dos ametralladoras ya emplazadas en la azotea, y de suficientes bultos de arroz y de frijoles para que el estómago mexicano de todos los funcionarios de la embajada resistiera las inminentes eventualidades de una posible guerra civil. Para un tímido visitante como yo, con una cita fija en Londres para el regreso a México, aquella atmósfera no era precisamente cautivadora ni tranquilizadora. Más que conocer a

París, me importaba salir rápidamente de sus peligros, y empezaba a angustiarme la evidencia de que ya no había trenes para casi ninguna parte. En ese estado de ánimo deprimido fui con Octavio Paz y con Elena Garro, su mujer, a conocer una catedral de Nuestra Señora que encontré insignificante, tenebrosa y helada, y una Santa Capilla que su guardián, que a la sazón almorzaba, nos dejó visitar de muy mal modo. A toda carrera regresamos a la embajada, porque Miguel Iturbe me había invitado a almorzar en su casa a la una.

Su piso es de una sobria, rancia, refinada elegancia. Si parece un poco incomprensible que persona tan rica como Miguel Iturbe desempeñe un empleo sin duda pobremente remunerado en la embajada de México, en cambio a la embajada le resulta muy conveniente tener a mano a persona tan estupendamente relacionada como Miguel Iturbe, quien sienta a su mesa a personajes del gobierno y de la aristocracia francesa por lo común inaccesibles aun para los embajadores, y que así puede el de México entrevistar cuando lo necesita. La señora Iturbe es encantadora, y después de almorzar y tomar el café en el salón desde cuyas ventanas vimos desatarse la primera nevada del invierno, se prestó a acompañarme a buscar perfumes.

Cada vez que en México yo buscaba un Tornade de Revillon, que es el que más me gusta, tenía que pagarlo a un precio que fue ascendiendo de 75 pesos a 500 pesos, y siempre con la advertencia de que aquel era el último frasco, y de que ya nunca volvería a haber. ¿Cuál no sería, pues, mi sorpresa, al pagar en la Casa Revillon, por tres frascos grandes —un Tornade, un Egoïste y un Carnet de Bal, una loción y dos frascos pequeños de Carnet de Bal— nada más que 8 000 francos; es decir, 32 dólares cambiados al mercado negro, o sea 150 pesos; por seis perfumes: la tercera parte de lo que habría pagado por uno solo en México? Por muchos derechos que paguen los perfumes; por mucho que ganen con venderlos los comerciantes, creo que es un robo el precio que les ponen en México.

Una de las ceremonias que todo turista tiene que cumplir en París es la que consiste en ir a comer un pato numerado en la Tour d'Argent. En este restaurante que se jacta de su antigüedad, recibe uno una tarjeta en la que consta el número progresivo del pato que en seguida vendrán a prepararle y que ha de comerse en dos etapas: primero con una salsa oscura y luego simplemente asado. Mientras come uno aquello, puede mirar por las ventanas a Nuestra Señora de París, lo cual es muy romántico. A ese lugar fuimos a cenar Vicente Lombardo Toledano, Bernardo Reyes, Octavio Paz y yo. Vicente y Bernardo estaban de excelente humor y los dos por razones coincidentes, pues había salido muy bien la conferencia de prensa del primero que el segundo, con la pericia que le otorgan sus muchos años de servicio diplomático, organizó. Ambos se enfrascaron en una discusión erudita a propósito de si los vinos de Burdeos convenían mejor para el

pato que los de Borgoña, y Vicente triunfó con imponer el de Borgoña con que amenizamos el pato. Octavio Paz, que nunca había hablado con un Vicente de quien en consecuencia tenía la imagen hosca, siniestra y apostólica que en México se suele tener de él, estaba absorto y sorprendido al conversar con la persona normal, capaz de superficialidades a la mesa, que es por supuesto Vicente Lombardo Toledano.

Concluida la copiosa cena, fuimos a llevar a Vicente al hotel y Bernardo y Octavio parecieron sentirse en la obligación anfitriónica de divertirme con el París nocturno más parisiense posible. El muy deteriorado coche de Bernardo, que la nieve enfriaba a cada instante hasta el asma, nos llevó a Montmartre, y dimos de manos a boca con la famosa Plaza Pigalle y con la Rue Pigalle, que todos los pintores literarios de la vida bohemia parisiense se han esforzado en hacer famosa, y que en resumidas cuentas no es más que una callecita angosta llena de cabarets de todos tamaños, cuyos porteros le persiguen a uno con la súplica persuasiva de que prefiera éste o aquél y que entre a ver lo que en México llamamos tan pudorosamente cine colorado, o las gracias yacentes y cirqueriles de las acreditadas señoritas francesas. Octavio y Bernardo prefirieron el famoso Bal Tabarin, y ahí entramos a sentarnos frente a una botella de champagne (900 francos, tres dólares, quince pesos). El lugar estaba relativamente poblado de soldados americanos de aire nostálgico y aburrido y por familias de igual indiferencia ante el espectáculo de complicada tramoya que hacía desfilar sin interrupción a las señoritas del coro y a las estrellas con flores y plumas en la cabeza, tacones altos y sendas lentejuelas en el ombligo y los pezones por toda indumentaria.

Aunque los muchachos ya conocían de vista a algunas de aquellas señoritas y discutieron las posibilidades de invitarlas a cenar después del trabajo, no llevaron adelante su plan, y acabamos por irnos a dormir.

A la mañana siguiente mi primera preocupación fue la de conseguir los billetes necesarios para salir de París. Air France quedaba en los Campos Elíseos, muy cerca del hotel, y Camarena me encontró en la oficina. Con los billetes en el bolsillo para el vuelo del domingo en la tarde, me sentí más tranquilo, y en actitud de acompañar a Camarena en su itinerario. Hacía siempre, hombre práctico, dos: uno para el caso de que luciera el sol, consistente en tomar fotografías, y otro para el más probable de que el día amaneciera nublado e invitara al recogimiento de los museos. Mientras, como estaba nublado y frío, nos dirigíamos en un taxi al Louvre, Camarena trataba de convencerme de que la situación no era tan grave en la ciudad como parecía desde la embajada, y de que yo hacía mal en pasar en ella un tiempo que era mejor aprovechar en ver a París. Pero lo que sucede es que este muchacho feliz no lee nunca los periódicos, ni

sabe lo que está sucediendo. Cuando llegamos al Louvre, hallamos la evidencia de que "la cosa" seguía mal, en el hecho de que también hubiera en ese museo una huelga de empleados que nos impediría saludar a la Venus y a la Gioconda.

Los Paz y yo nos fuimos a comer cerca de Nuestra Señora, y luego recorrimos los famosos puestos de libros viejos y de grabados de la orilla del Sena. Caminamos luego por el Boulevard Saint Michel, y me dejaron, al atardecer, en el Jorge V, donde volví a conversar con Vicente mientras recibía la visita de un argentino y de mi amigo el señor De Sevilla. Más tarde, Octavio llegó por mí con un joven *dilettante* argentino impregnado con todos los defectos más de su clase que de su raza y, con Camarena, fuimos a cenar juntos a un muy buen restaurante de la esquina, creo que el Henri's.

Camarena tenía deseos de consagrar su noche a la estadística experimental de los cabarets, y me pareció un poco injusto frustrárselos con hacerle pasarla, en cambio, en la conversación que en el departamento de los Paz, y en torno a una estufa que no lograba calentarnos, emprendimos con María Zambrano, la filósofa española, y con el hijo de Luis Araquistáin. Sólo al día siguiente pude demostrarle que habría sido peor que le echaran de los cabarets a las diez de la noche, como lo había hecho la nerviosa y precavida policía con todos los concurrentes y en todos los sitios.

Lo que ocurrió el domingo 30: que el vuelo fuera cancelado; que volviéramos al hotel para unirnos a las visitas de Yuco y a jugar *bridge*; y cómo, en fin, logramos al día siguiente trepar a un último tren que nos llevara a Calais, ya queda dicho en la relación cronológica de otras fechas de este hoy retrospectivo "diario de viaje".

Sábado 10

Todo parece ya tan remoto, tan irreal —las aristas del viaje tan desleídas como si hubieran sido de hielo, desvanecidas en el recuerdo sus alegrías, los personajes que lo poblaron como si el telón más definitivo les hubiera reintegrado a sus camerinos mientras yo les volvía la espalda y retornaba a mi casa, a mis costumbres, a mi sueño sin sueños, y ellos, acaso, se despojaban del maquillaje que les dio vida.

Hace ya un mes, precisamente hoy, que llegué a Nueva York. Los esquemáticos apuntes que llevé en el cuaderno negro me permitían, cuando los utilizaba enseguida, revelar, fijar a tiempo la imagen inmediata de aquellos días atareados. Eran, más que la semilla, la flor y el insecto. Comunicados enseguida, transmitían acaso el calor de su palpitación al papel en que les prendía. Ahora me cuesta un trabajo arqueológico dar cima a la tarea de reconstruir con puntualidad lo que siento ya tan lejano e inexistente.

He recibido ya en México cartas y noticias de los amigos hechos o reanudados en Europa. La felicitación de Navidad de Allan Lane, al recordar el cual evoco el *cocktail party* con que me despidió el 2 de diciembre en Cunning House, al que invitó a muchas personas de las que Chemo Mena me dijo que eran muy distinguidas e importantes en Londres. María Luisa Arnold, una mexicana británica que anima, preside o dirige las actividades de cierto comité empeñado en cultivar relaciones culturales con la América Latina, estaba ahí, y me presentó con Margaret C. Godley, quien da conferencias y próximamente vendrá a México a hacerlo. Cuando me comunicó su itinerario (visitará primero a los Estados Unidos), le sugerí que entrara en México por Yucatán, a fin de que conozca Chichén Itzá. La semana pasada recibí carta suya en que me indica que llegará a Mérida el 12 de febrero, y me pide que la ponga en manos de quien pueda orientarla. Pienso que el gobernador querrá hacerlo, y le he escrito rogándoselo.

De Londres, también, recibí carta de Johnny. Es mono de su parte decir que los primeros días me extrañaron mucho, y que después de varios intentos fracasados de guisar un arroz como le enseñé, la cocina es un sitio que no le verá más; que no se han estrenado más obras de teatro que las que vimos juntos, y que todos los días discuten el proyecto de las vacaciones que piensan venir a pasar a México.

Otra carta del señor De Sevilla, en que me anuncia que vendrá en el curso de este mes, y que accede a traerme convertidos en perfumes los francos que le dejé con el ruego de hacerlo, me materializa por el papel del Atheneum Court en que viene escrita la imagen de ese pequeño, simpático hotel en que viví, y el recuerdo de la última noche que pasé en él, cautivo de una manía del orden y del apremio que me hizo empacar meticulosamente todas las cosas, salir bajo la llovizna y el frío a dar un último paseo más allá de Hyde Park Corner y estar despierto y listo cuando a las siete de la mañana del día 4 me llevaron el último racionado *morning tea*, y bajé a liquidar mi cuenta y a gratificar a los mozos. Chemo y Johnny pasaron por mí y me llevaron a Waterloo Station, de donde, a diferentes horas, saldrían los trenes especiales hacia Southampton. Me dejaron instalado en un compartimiento del *pullman*, y ahí llegó el embajador a despedirme y a dejarme, último y valioso agasajo, el tesoro, tan raro en Londres, de una caja de cerillas.

A partir de este instante, quedaban rotos mis lazos con toda persona conocida o amiga. Anticipaba que el regreso en el barco sería por necesidad tan hosco y aburrido como había sido la ida. No sentía la menor inclinación por conversar con aquella pareja de ancianitos que tenía enfrente, y de los cuales ella tosía a cada momento. Luego entró a ocupar el asiento vacante un tipo extraño, pelirrojo, corpulento, calvo, de ojos clarísimos y bigotes culoteados,

cuya impertinencia, que me lo haría particularmente odioso en el barco, empezó a manifestarse en el propio *pullman*. Llenó el compartimiento con sus maletas, lanzó sus patas contra el ancianito, y luego se dedicó a quemarle todos los cerillos, pidiéndole su caja constantemente para encender su pipa.

Por contraste con la antipatía que me despertó ese viejo, trabé conversación con los ancianitos cuando vinieron a pedirnos los pasaportes en la inexorable reanudación de los inacabables trámites. Supe así que se dirigían a Canadá por primera vez en su vida, invitados por sus hijos, a ver si lograban aclimatarse y decidían hacer allá su hogar. Los animé a hacerlo, describiéndoles las bellezas favorables de América.

A mediodía entramos en el barco. Fue un alivio descubrir que mi camarote era amplio y cómodo, y que podría en él encerrarme a escribir cuanto apeteciera. Ahí me aguardaba una carta de Carlos Chávez. Sugería que era urgente que el presidente tuviera en sus manos el informe sobre la televisión que yo había venido a estudiar. Nada más grato que un trabajo definido en que ocuparme. Lo empecé a redactar en seguida. No me importaba nada hallarme presente al momento de zarpar, ni contemplar las costas británicas. Supongo que habremos zarpado mientras comía en la surtida y provisional compañía de tres cubanos gordos y de un matrimonio canadiense más una señorita británica.

Por la tarde me encontré con el ingeniero Romo Castro, hermano del ministro en Suiza, y le propuse que arregláramos disponer de una pequeña mesa para ambos solos en el comedor. De paso, y mientras yo así gratificaba mi misantropía, podría servirle en la interpretación de los descomunales menús. Nuestra pequeña mesa resultó ser un divertido mirador desde el cual se nos ofreció a lo largo del viaje un doble espectáculo: varias mesas adelante, pero sumamente notorio, el que daba un rubio judío con grandes barbas de anarquista y enormes anteojos de carey, que se sentaba a la mesa con un agresivo sombrero negro de los que llaman de *velour*, porque creo que así lo exige su religión, pero que con ello traía intrigada y molesta a toda la gente. *He should take his meals in his stateroom*, murmuró a mi oído el mesero que nos servía, *and be served by one of his race*, agregó este probable pariente de algún británico asesinado en Palestina. El otro espectáculo, mucho más próximo, era el de la mesa que compartían una señora con un aspecto de arcaica y laboriosamente restaurada belleza francesa, un francesito menudo, de estatura sumamente menguada, y un yanqui grandote y vulgar cuya pronunciación me ponía los pelos de punta, y que entablaba con sus comensales estúpidas discusiones acerca de lo que significaba en América eso de comer, que él hacía reconstruyendo en lo posible los menús de huevos con jamón de sus cafeterías, y engulléndolo a punta de tene-

dor, mientras el chaparrito y la belleza caduca se enconchaban a trinchar las suculencias que elegían para asombro y desprecio del agresivo y simplista norteamericano.

Creo que fue al día siguiente cuando tropecé en el vestíbulo con Alberto Álvarez Murphy. Él y Guillermo, con sus esposas, regresaban de un recorrido largo por Europa, y no eran los únicos mexicanos. También venía, con su señora y con su hija, quien habría de casarse en cuanto llegaran a Monterrey, don Rodolfo García, sobre un pie luxado en Madrid y desde entonces cautivo en yeso; y de Monterrey igualmente, la pareja de recién casados en luna de miel que hacían Oswaldo Garza Madero y su joven esposa. Éramos pues diez mexicanos: doce, si contábamos al ingeniero Romo Castro y a Camarena, quien aunque venía en Cabin Class, se ingeniaba todas las noches para ir a bailar a Long Gallery con un *tuxedo* que tuvo pocas ocasiones de lucir. Aquella inusitada invasión mexicana del Queen Mary fue celebrada con una cena con champagne y fotógrafos.

La atracción del barco era Loretta Young. Llamaba la atención no sólo por bonita y por bien vestida, sino por religiosa. No faltaba a misa, y comulgaba. Una tarde, mientras tomábamos el té en el *deck*, quedé tan cerca de ella que le pregunté si le gustaría que le diera sus saludos a su hermana Sally Blane. Celebró que yo conociera a Sally, pero me dijo que sería ella quien tuviera que darle mis saludos; pues entre las cosas que habían sucedido durante mi ausencia en México, ocurría que ya Sally y Norman se hubieran reintegrado a Hollywood.

Pero sin duda la amistad más interesante que hice a bordo del Queen Mary fue la de Margaret Stranger. Me presentó con ella Johnny (otro Johnny; ¿pero qué culpa tengo de que por allá todo el mundo se llame Johnny?), un chico norteamericano a quien conocí en el tren de París a Calais. Me dijo que era su prima, que era escritora, y que, viuda de Barrymore, en sus tiempos había sido toda una belleza. Cenamos juntos en el Verandah Grill, y pronto fuimos amigos de confianza. Era encantador su desenfado, sus maneras bruscas y hombrunas, la rapidez con que soltaba barbaridades inteligentes a borbotones, la rudeza con que exponía sus opiniones literarias sobre, por ejemplo, Jean Cocteau, que fue en París su vecino de estudio y una vez se le apareció todo pintado y angustiadísimo porque se le estaba muriendo, intoxicado por el opio, un chico de los que ha improvisado literatos. *Get the hell out of here*, le gritó Margaret, *I hate the guts of you, you dirty bitch!*

Poco a poco iría yo descubriendo la importancia de Margaret bajo su boina de estambre y su abrigo de pieles; bajo sus modales bruscos, su independencia. Cuando llegamos a Nueva York y los fotógrafos y reporteros treparon al barco a entrevistar a las surtidas celebridades internacionales que venían a bordo (duques, millonarios

desconocidos, estrellas), Margaret se escondió, pero dieron con ella, y tuvo que dejarse retratar y declarar que volvía contenta de dar en Londres una serie de conferencias y conciertos desde agosto. Su hija Diana Barrymore no fue a recibirla porque andaba en gira, desempeñando en *Juana de Arco* el papel que hacía Ingrid Bergman.

Unos días después, cuando la invité a almorzar y me citó en el Colony Club —una severa mansión de Park Avenue y la 62, destinada a congregar señoras que si dejan pagar a sus invitados masculinos las expulsan: un club decorado con cotorras por algún humorista que así las describió sin que ellas protestaran o lo percibieran—, Margaret se mostraba desolada. Sus amigos la traían a mal traer con fiestas, y ansiaba volver a Londres, pues, decía, los ingleses con su cara de cadáver son más reales que estos insensatos norteamericanos. Quedamos en escribirnos y en cambiarnos libros.

Se me ha borrado ya, como todas las desagradables, la impresión de aquella absurda mañana transcurrida en una aduana lenta, confusa, en que había que disputarse a los mozos que acarrearan el equipaje una vez sellado por los esbirros que de acuerdo con su humor, apenas si miraban las maletas o hacían que su pobre víctima extrajera de ellas hasta el último calcetín. Mi tío Guillermo y su familia, que habían ido de paseo a Nueva York, me aguardaban entre el tumulto del muelle, y me llevaron a su hotel. El resto de ese día lo dediqué a las pequeñas compras cuya lista puntual había formulado desde el barco, y a asegurar el avión para el domingo siguiente.

El jueves fui a almorzar con Acquavella. Pasé por él a su galería, y fue un día bastante italiano desde que al bajar a la peluquería, el barbero —me jacto de que al tomarme por su paisano— me habló en su lengua y en ella charlamos, hasta que Nicky y yo entramos en el Colony y el dueño vino a saludarle en italiano y a conversar con nosotros, y enterado de mi itinerario, me preguntó si no había conocido a su hijo en el Georges V de París, pues este hombre, que gana un millón de dólares anuales limpios con su excelente restaurante que visitan desde el duque de Windsor para arriba y para abajo, se empeña en que su heredero conozca tan a fondo su negocio, que empezó su educación desde la cocina, y va ahora en el aprendizaje del manejo de los hoteles como empleado del Georges V.

Por la noche acompañé a la estación a Guillermo y a su familia, que regresaban por tren y llegarían a México, naturalmente, después que yo. Como por la mañana había gestionado inútilmente un billete para ver *Medea*, fue una grata sorpresa, al volver a pie por la Séptima Avenida desde la Pennsylvania Station, ver el letrero luminoso del teatro en que la daban, acercarme a ver si por casualidad había habido alguna cancelación, y encontrar un billete de primera fila sin ninguna dificultad. La misma buena suerte tuve el sábado, cuando a última hora resolví tratar de obtener una entrada para el

Antonio y Cleopatra, de Shakespeare, y pude disfrutar la magnífica escenificación de esta obra desde una cómoda sexta fila.

Había encontrado por la Quinta Avenida a Luis Padilla Nervo, nuestro ministro ante la ONU, y él me enteró de que Alfonso Castro Valle seguía en Nueva York y vivía en el Hotel Sevilla. Le llamé en la noche por teléfono, y me invitó a almorzar en su compañía para el día siguiente. Lo hicimos en el Chatham, y luego Margarita y yo fuimos un poco de tiendas por la Quinta, a buscar regalos para sus chicas, por las cuales se sentía nostálgica y un tanto arrepentida de haberlas dejado en esta temporada de fiestas de Navidad, la perspectiva de cuyas molestias fue lo que la impulsó a alejarse. La acompañé a un extraño lugar en que una media docena de adivinadoras, cartomancianas y "psíquicas" chancludas leen las hojas del té, y accedí a que una de ellas me revelara el valor de un dólar de mi futuro.

El domingo por la mañana Camarena y su secretario, que había venido a reunirse con él, me acompañaron a la terminal aérea, de donde salió el autobús para Newark a las 12:15. El Constellation partió a las 11:25, con un viento adverso tan fuerte, que no llegamos a Houston sino hasta las siete y media de la noche. Llovía a mares, y el transbordo al avión de la Panamerican tardó una hora más. La adicional tormenta que atravesamos en camino a México puso a la muerte de mareo a casi todo el pasaje, y desde luego, a mi compañero de viaje, un joven árabe-mexicano de brillante conversación, médico que estudia en Topeka psicoanálisis, y al que infligí la desconsiderada tortura de ponerme a cenar con gran apetito mientras el pobre se debatía entre vértigos de un mareo que —toco madera— yo no sufro en ninguna circunstancia.

A la una y media de la mañana aterrizamos en Balbuena. La aduana, última de las veintitrés padecidas por este inexperto viajero en sesenta y cinco días, fue asombrosamente rápida y fácil. Me aguardaban mi madre, mi tío Manuel y algunos amigos. Reanudaba, volvía a tomar, uno por uno, los múltiples hilos de mi costumbre —o bien, era su red tupida la que me capturaba de nuevo. En cuanto reconoció el *claxon* del coche, no hay en el lenguaje humano palabras con que reproducir el amor ululante y desesperado con que me recibía, me recriminaba, me abrazaba el viejo King.

Jueves 15

Apenas llegué a tiempo para el Consejo de Bellas Artes. En el anterior había expuesto el programa de actividades teatrales para este año. Sobre el razonamiento de que lo que previsoramente importa es formar simultáneamente un público, y actores, seguiremos atendien-

do al teatro infantil, que siembra en los chicos de las escuelas, a muy buena hora, el gusto por el teatro. Al mismo tiempo, daremos a los estudiantes de la Escuela de Arte Teatral mayores ocasiones de actuar, tanto en el teatro infantil, cuanto en diez obras del repertorio universal, que presentaremos a razón de una cada mes a partir de marzo, durante diez días de temporada. Comenzaremos, naturalmente, con Grecia. Ya después no importa mucho el orden en que presentamos a Inglaterra, Alemania, Francia, España, los escandinavos, Rusia, Estados Unidos y México. Las obras que presentemos no se jactarán de hacer residir su valor en las "estrellas" que las representen, sino en sí mismas, y así cumplirán una función educativa en pro del gusto por el teatro, que podremos complementar con conferencias sobre cada una.

De alguna misteriosa manera se ha filtrado esta información hasta los periódicos. En el Consejo me tenían un recorte de *Últimas Noticias*, anónimo, en que sin dejar de reconocer la bondad de ese plan de actividades teatrales, lamentaba y denunciaba que no se hiciera nada por los actores profesionales ni por los autores domésticos, que así, esto es, sin el patrocinio de Bellas Artes, quedarán resignados a ser autores póstumos, y a subir a la escena cuando ya haya sido creado el público futuro que les aplauda, con los chicos de las escuelas de que hoy hacemos su materia prima. Y señalaba con cierto elogio la temporada de teatro mexicano que hicimos el año pasado con *La huella* de Agustín Lazo, *El pobre Barba Azul* de Xavier Villaurrutia y *El gesticulador* de Rodolfo Usigli.

Lo que sin duda no sabe o no le interesa a este anónimo crítico es que con todo el aparente éxito de aquella temporada, salió costando cerca de 200 000 pesos, y no fue más que una repetición del fracaso económico a que parecen destinadas, mientras no haya público que las sostenga, aun las obras más geniales de los dramaturgos mexicanos. A Usigli, por ejemplo, nadie le impuso cortapisa alguna para que produjera y dirigiera su *Corona de sombras*. Pudo hacerla completamente a su refinado gusto, y a la exigencia de sus amplios conocimientos de teatro y de autor; pero no duró en escena más que una sola memorable representación. Con *El gesticulador*, que aplaudieron tanto los reaccionarios en Bellas Artes, su actor y su autor supusieron que tendrían, reponiéndole en el Fábregas, un éxito formidable de taquilla y de público. Y el resultado no fue menos triste, pues según me cuentan, el actor empresario perdió 30 000 pesos. Todo indica, pues, que aun cuando el Estado resolviera asumir todos los años el papel de permanente y frustráneo mecenas de actores y autores mexicanos, no lograría sino comunicar una vida perentoria y artificial a una actividad que sólo puede llegar a ser orgánicamente sólida cuando haya, además de autores geniales, público que se los crea; y que es éste, fundamentalmente, el que importa forjar. Si, como es de suponer, los autores mexicanos aspiran a la gloria más allá de la pensión, poco debe en realidad importarles que esa gloria sea póstuma.

Trabajar por el teatro en México es una empresa que no sólo se cumple, o que difícilmente se cumple en su integridad, con imponer a los autores mexicanos sobre un público que no gusta de ningún teatro. Hay el camino de inducir a ese público a gustar del teatro en sus manifestaciones más universales (un camino mexicano en la medida en que son mexicanos los actores, y lo es el público a quien se convoca), preparándolo desde Eurípides a ser capaz de patrocinar a Usigli por una cultivada y ascendente disposición a disfrutar de las perfecciones dramáticas.

Por lo demás, un programa que por educativo, modesto y de implícita eficacia se necesitan ganas para reprocharlo, no excluye la posibilidad de que dentro de las suyas, bien limitadas, el Instituto concierte alguna viable colaboración con los autores y los actores mexicanos. Ya el año pasado habíamos hablado de esto el Güero Bustamante, Julián Soler y yo, para hallar una fórmula dentro de la cual todos aportásemos algo, y refrenásemos algo también, a fin de hacer una temporada de teatro mexicano menos costosa que la del año anterior. Y el Güero Bustamante ya tiene el plan para ello. Ahora todo lo que se necesita son fechas corridas en este Palacio de Bellas Artes que todo el mundo quiere usar para todo, y que tiene que fragmentarse entre las actividades propias del Instituto —música, danza, teatro— y la ópera, los solistas, los telegrafistas, los mítines. El mes de enero es el único más o menos libre; pero el Güero dice que no podrían comenzar sin unas tres semanas de ensayos.

Viernes 16

Fui a los Estudios Churubusco, a ver una película de Ramex que se llama *El casado casa quiere*, y para la cual quiere Joe Noriega que le haga el *trailer*. Tardaron en tener disponible a un cortador que la viera conmigo, porque todos están ocupados en la única actividad que hay ahora en esos enormes estudios, y que es la del doblaje al español de películas de la Metro Goldwyn.

Se ven muy tristes así de solos y deshabitados. Es una lástima que, por lo visto, no haya respondido este órgano formidable a la función para la cual fue creado —o que sea la función la que se encuentre inferior al órgano de que dispone. Al parecer, fue sólo la guerra la que propició un desarrollo ficticio del cine mexicano, y la que con su bonanza, infló salarios y exigencias más allá de la capacidad permanente de absorción de un mercado que ahora recuperan otros países menos extravagantes o más sólidamente ricos.

Sábado 17

Leo en el *Diario* de Gide (6 de marzo de 1941):

> Mi alma ha permanecido joven hasta el punto en que me parece que el septuagenario que soy sin ninguna duda, es un papel que asumo; y las mismas enfermedades, las fallas que me recuerdan mi edad, llegan a manera de apuntador a recordármelo cuando me inclinaría a apartarme de este papel. Entonces, como el buen actor que quiero ser, vuelvo a entrar en mi personaje y me aplico a desempeñarlo bien [...] Pero me sería mucho más natural abandonarme a la primavera que llega. Sólo que siento que ya no tengo el disfraz que es necesario para ello.

He aquí una reflexión bien desoladora, y a primera vista, admirable por su triste franqueza, por su amarga verdad. Pero en segundo análisis, narcisista, masoquista —y errónea; más literaria que fundada en la realidad de un impulso que es el que venturosamente se amengua y aparta de las ocasiones de *miscasting* en un drama cuyos personajes secundarios se ven en todos los escenarios compartir muy a gusto su primavera con los otoños y con los inviernos menos escrupulosos.

Este cambio interior, la inadvertencia del cual puede inducir al arroyo depresivo de creerse en repentina inferioridad cuando la verdad es que los impulsos se modifican al ritmo de las demás alteraciones externas, discutí con mi médico hace unos días, y me propongo poner a prueba su terapéutica.

"Nada de lo que compro a expensas de otro puede darme placer. En aumentar la de otro, encuentro mi mayor alegría." Ésta es mejor frase.

Martes 20

Mientras me hallaba anoche en Sullivan —casi por casualidad, pues apenas voy nunca—, me llamó por teléfono Juan Durán y Casahonda para invitarme a ver hoy *El fugitivo* en una exhibición privada a la que, por cuestión de horario, no me será dable asistir. Quiere, me dijo, que algunos testigos imparciales juzguen desapasionadamente del cargo que por estos días han hecho a esa película de ser denigrante para México. Ayer mismo, sobre las murmuraciones lanzadas o acogidas por los chismediocres a ese propósito, los diarios reprodujeron un telegrama del escritor Juan de la Cabada en contra de *El fugitivo* y por el mismo cargo de denigrante para nuestro país.

Yo no sé cómo esté la película, y por otra parte, su director, el tal John Ford, me choca mucho por razones enteramente personales y que nada tienen que ver con el cine ni con su genio. Pero no permitiría que mi juicio sobre su persona enturbiara el que hubiera de me-

recerse su desempeño profesional. Si puedo verla hoy u otro día, diré lo que me parezca. Pero aun antes de verla, pienso que es denigrante aquello que induce a formarse una opinión peyorativa de alguien —de un pueblo o de una época en el caso del argumento que me dicen que inspira a esta película. Y creo que si escenifica episodios pasados e indefendibles, necesitaría ser idiota un público que transfiriera su horror por ellos al desprecio por nuestra actualidad. Pienso también, y en este caso ya no *a priori*, que a medida por medida, son bastante más denigrantes las películas nacionales que nos muestran al mundo ya no crueles, desalmados, incendiarios ni poseídos por ninguna virtud activa, sino actual, gigantesca e irremisiblemente idiotas. ¿Y dónde está el Reachi que en vez de producirlas las denuncie? ¿O dónde el chismediocre que en vez de encomiarlas las censure?

Miércoles 21

Siempre pude ver *El fugitivo* en la exhibición privada que organizó Juanito Durán y Casahonda para ofrecerla a la opinión de unas cuantas personas. Y francamente, no le hallo nada de "denigrante" para un México que en esa película no aparece sino como un pedazo de la Tierra total en que se suele repetir el bíblico tema de la persecución de los justos y del abuso de la fuerza. Quienes se han irritado contra *El fugitivo*, descubren en ella "propaganda" porque, sin duda, están hechos a buscarla en todas partes, y persuadidos de que la obra de arte tiene que dotarse de alguno de sus contenidos. No parecen entender que de todos los lugares en que no puede esperarse hallar la verdad tal como es (porque su esencia es la mentira y su presencia el artificio), el cine es el más típico y el menos indicado para aprender historia ni documentar hechos.

Seguramente que podrían lanzársele otros cargos, pero ellos sí cinematográficos, a la película: sentirla a veces como una sucesión de vistas fijas con escenas mudas, o discutir la validez heroica de un cura inhibido y en realidad tonto a quien no se ve luchar por su fe ni su propagación más allá de mojar el cráneo de los recién nacidos. Pero de ahí a salir con que Dolores sea comunista y que por eso se prestó a "denigrar a México" (operación que realiza al conferir ante el mundo la falsa, pero plausible idea de que todas las indias mexicanas son tan bonitas como ella); o con que el Indio y Figueroa se prestaron por la misma razón a denigrarnos —cosa que hicieron al mostrar desde ángulos insuperablemente bellos nuestro campo y nuestros pueblos—, hay toda la distancia que cubre la ruindad de la escandalosa y perjudiciada malevolencia.

Es lástima que don Emilio Azcárraga, como me lo dijo al salir de la exhibición, le "alce pelo" a exhibir *El fugitivo*, y aguarde para deci-

dirse a que más opiniones se manifiesten. Creo que en cuestión de películas, producto después de todo destinado a su consumo directo, es el público el que tiene que juzgar, y una muy escasa parte de él la que se guía o se deja llevar por la "opinión" de cronistas y críticos. Sería una estupidez que a *El fugitivo* le pasara lo que a *Scipion el africano*, o lo que a *Ninoshka*, en la mayor medida en que si como aquellas cintas se exhibieron en todas partes menos en México, ésta que fue hecha aquí, aunque aquí se prohibiera, ya ha sido exhibida en todas partes, y en ninguna se les ha ocurrido identificar, ni a Pedro Armendáriz con el presidente Alemán, ni a María Dolores con, digamos, Dolores del Río.

Viernes 23

El Bachiller me envió con anticipación las siete preguntas en torno a las cuales habría de desarrollarse, dentro de su programa de "mesa redonda" de los jueves, la que dedicará a la poesía con la participación, que me anunció su secretario, de Pepe Gorostiza, Xavier González Durán, Alí Chumacero y yo. Cuando llegué, sin embargo, al estudio, eran más los concurrentes: Efrén Hernández, a quien no veía hace muchos años; Margarita Michelena, a quien no conocía; Daniel Castañeda, Clemente Soto Álvarez, Manuel Lerín. En cambio, faltaron González Durán y Gorostiza.

Se trataba de ilustrar al público acerca de lo que sea la poesía moderna; de por qué no es "entendida ni apreciada por el público"; de si está volviendo a las formas clásicas; de si son preferibles las libres para la poesía moderna; de si creíamos en una poesía nacional en el sentido en que lo es la pintura de Rivera o la música de Revueltas; de si las nuevas generaciones de poetas están adecuadamente orientadas para continuar la tradición lírica mexicana y, por último, de si considerábamos que el contenido social en la poesía puede desvirtuar su esencia y su calidad, o si por el contrario la poesía debe llevar un mensaje de ese tipo.

No alcanzó el tiempo para desarrollar todos esos temas. Era media hora, y en ella había que incluir dos o tres veces el poético mensaje de las lunas Velarde, de modo que apenas empezaba a calentarse la discusión, cuando se interrumpió el programa. Apenas pudo Daniel Castañeda comprimir una conferencia sobre la necesidad de dar con las formas poéticas populares para llenarlas de contenido nacional y —*eureka*— dar por nacida la poesía mexicana. Se me quedó en el bolsillo, sin oportunidad de comunicarla al auditorio, esta cita de Gustavo Radbruch, seco filósofo del derecho, que me parece que hubiera caído de perlas:

> La característica nacional no se logra por esfuerzo y medida, por caluroso que sea, es también únicamente regalo y gracia. Un pueblo no llega a ser nación esforzándose por su característica nacional, sino entregándose con propio olvido de sí a tareas universales. Arte patrio y poesía de terruño, hechos conscientemente de intento, quedan siempre en rango secundario. El arte que pensando en la humanidad se propone grandes temas, es al mismo tiempo incomparablemente nacional. Una verdad alemana, un dios tudesco, como tarea del esfuerzo alemán, no existen —pero lo que un alemán haga por voluntad y amor de la cosa misma quedará para siempre con la impronta alemana. La nación como la personalidad son categorías históricas, que la historia posteriormente aplica, pero no son ideales para el hacer cultural.

Xavier y yo salimos juntos y fuimos a saludar a Montenegro, que acaba de regresar, cargado de adquisiciones, de Mérida, donde estuvo feliz, muy agasajado con un banquete en que le llenaron de flores, y donde saludó de mi parte a mi buena amiga doña María Cervera. Y después de merendar en Eréndira (un pozole del que es lástima que no descabecen el maíz, las muy perezosas dueñas, y las acreditadas tostadas "ilusión", que se llaman como la hija del doctor Zozaya), resolvimos ir a visitar a un Elías Nandino que según explica en la edición de sus obras completas, nació poeta y se hizo médico.

Ahí se embarcaron Xavier, Montenegro y Elías en una conversación intelectual de lo más aburrido para mí, a propósito de la obra de Rufino Tamayo, que acaba de ser objeto de la consagración norteamericana de un libro que reproduce un buen surtido de sus pinturas y que hace, con su biografía (de la cual se duele que el complejo de inferioridad de los mexicanos haya inducido a Tamayo a preferir callarse los detalles de su infancia, cuando es el caso que los norteamericanos que triunfan no pierden ocasión de describir sus principios lo más heroica y desvalidamente que pueden), la encomiástica estimación de su pintura.

Nandino nos contó que había enviado unos poemas al concurso de los Juegos Florales de Mazatlán, y que naturalmente le gustaría mucho salir premiado e ir a pasar al bello puerto unas vacaciones. Hace ya, pues, un año que yo fui mantenedor de esos juegos, en febrero; y que allá escribí los dos últimos sonetos solamente líricos de la pequeña colección que nadie conocerá nunca.

Lunes 26

Los franceses hicieron muy bien en reconocer oficialmente que el franco vale lo que ofrezcan por él en el mercado libre. La medida, sin duda, aumentará sus ventas de exportación, y es una lástima que a causa de que al ministro Beteta parezcan tenerlo sin cuidado las

cosas buenas, nos veamos, por su prohibición de las importaciones, privados de surtimos de las excelentes que en ciertos renglones de lujo producen los franceses, y que ahora podríamos adquirir con mayor facilidad.

En general, la política hacendaria del gobierno tiene, cuando menos, desconcertados a los hombres de negocios. Parece que la riqueza nacional, distribuida teóricamente *per capita*, como ellos dicen, depararía a cada habitante la no muy cuantiosa suma de 240 pesos; y aun ésta le parece tan excesiva al ministro Beteta, que ha diseñado una serie de medidas encaminadas a reducirla. Por otra parte, se murmura de los millonarios, y se señala con dureza su número —como si, después de todo, la existencia de millonarios en un país no fuera la más evidente y satisfactoria demostración de la riqueza del país en que florecen. Después de todo, no se puede pensar que los ricos sean capaces de consumir en sí mismos cuanto en cambio se han mostrado aptos a producir y acumular, poniendo con hacerlo el ejemplo de lo que a nadie le impide nadie realizar —y comunicar, por placer de compartirlo, o por la resignación de inevitablemente fallecer y abandonar los bienes terrenales.

Martes 27

Se organizan ya las Fiestas de Primavera, con desfile de carros alegóricos y a beneficio de la desnutrición infantil. Un excelente corolario de los homenajes a Justo Sierra será la resurrección de los Combates de Flores porfirianos.

Jueves 29

Fui anoche al Fábregas —el mismo viejo teatro que ningunas inyecciones de suero rejuvenecedor parecen capaces de restaurar, mientras todos sus alrededores se modernizan, demuelen, resurgen y son el escenario de la lucha entre la supervivencia de la porquería y el impulso de la pulcritud. Antes caminé por Santa María la Redonda, hasta la Plaza de Garibaldi, desde la esquina en que La Nacional construye el rascacielos de su edificio de La Mariscala. El Cine Venecia —el de nuestra Preparatoria, cimbreante de danzones, sigue funcionando, pero a la vuelta hay un Cineac que no conozco. Luego, la Plaza de la Corregidora ha sido despojada de sus árboles y convertida en un chato y vulgar estacionamiento. De ahí en adelante, la calle ha sido ampliada, y se encuentra llena de andamios. El Follies congrega a una concurrencia que se desborda por las calles vecinas, aturdidas por los megáfonos. No dan ningunas ganas de

entrar en el Follies; y cuando camina uno por su costado, de regreso a Donceles —¡qué asombrosa, aplastante, salvaje exhibición olfativa y visual de nuestra gula troglodita! Uno tras otro: sobre la acera, embistiendo, se instalan puestos de enchiladas y sopes, expendios de carnitas, pasteles horrendos, dulces mortecinos, panes mosqueados; un café de chinos, otra taquería, una tienda de abarrotes con el escaparate lleno de comestibles, más enchiladas, más carnitas, pescado frito, chorizos, pambazos... Y los huecos que dejarían estas instalaciones, ocupados por peines, cinturones, llaveros, tarjetas postales —todo lo imaginable, expuesto sobre el suelo para hacer imposible la circulación. ¿Habrá quién trague todas esas porquerías?, ¿quién las apetezca? ¿Y quién compre sus peines del suelo? Debe de haber, y deben de ser muchos los subproductos permanentes de una inclinación a la garnacha y a la baratija adquiridas en el zoco, que las autoridades fomentan y cultivan con ferias del hogar y sus similares.

Entré en el Fábregas, donde a causa de que no va mucha gente, fue fácil adquirir una primera fila desde la cual la estridencia somnolienta de la orquesta inducía a explicarse la falta de voz de los actores —aunque no ofrecía una parecida coartada a su fealdad, a su miseria. Era el enésimo esfuerzo heroico de unos empresarios empeñados en resucitar el cadáver del teatro —con cadáveres. De nada servía que Paquita Estrada y Ángel Garasa encabezaran el "elenco artístico", ni que Paco Sierra cantara bien. Todo lo demás —el teatro mismo y lo que el escenario contiene: decoraciones, luz, vestuario y actores, era como hace cincuenta años: incapaz de cumplir una condición tan elemental del hecho teatral como es la de realizar el contacto de un público con un espectáculo viviente: muerto, galvanizado. ¿De qué tumbas han exhumado a aquellos *boys* cincuentones y afónicos del coro, a uno de los cuales le faltan los incisivos y a otro los caninos; y ellos —de qué "empeño" desenterraron sus *attrezos*? Por cuanto a las *chorus girls*, ya se sospecha qué rumbo vecino las desvió hacia el teatro, o la competencia, o la incompetencia.

Y sin embargo, es evidente que aun esas obras viejas y sobadas podrían presentarse con gracia y con atractivo, con *showmanship*, que es lo que parece faltar, y lo que se olvida que es condición indispensable del teatro, cuando se reanuda la lamentación de su decadencia y se culpa a un público capturado con toda razón por el atractivo, verdaderamente ilusorio, espectáculo del cine.

Viernes 30

El Güero Pagés Llergo, que ha resultado un director de revista tan explosivo, le abrió una carta al presidente para sugerir que el próximo

2 de febrero se conmemore el triste centenario de la consumación del despojo territorial de que México fue la víctima al concluir el *Blitzkrieg* inflicto por su ulterior excelente vecino.

Ni tardo ni perezoso, como suele decirse, el presidente publicó su respuesta. Una respuesta muy elegantemente fraseada, por cuya distinguida sintaxis se ve que desde que los presidentes dejaron de escribir "a la" Luis I. Rodríguez, alcanzaron el depurado estilo de Jaime Torres Bodet. En ella expone las constructivas razones por las cuales parece preferible no mantener abiertas las heridas del pasado; y sin olvidar las malas trastadas, impedir su repetición recordándolas en todo momento, y no sólo en los aniversarios luctuosos, con redoblado esfuerzo y con trabajo. En consecuencia, ha de pasarse el día 2 de febrero en trabajar como todos los demás, y en colaborar con los nuevos y amistosos Estados Unidos.

Es lástima que un accidente de aviación haya venido a ocurrir en vísperas de ese aniversario, y que esos veitiocho infelices braceros mexicanos a quienes deportaban las celosas autoridades de migración porque carecían de la documentación otorgada a los muchos miles de sus hermanos antes utilizados sin mayor papeleo, pongan o refrenden una nota luctuosa humilde y resignada en la armonía de la colaboración méxico-norteamericana que se propicia. Lo previsible es que en obediencia a los lineamientos marcados por la respuesta presidencial, tendamos también en este caso un velo de olvido sobre lo que en esas expulsiones violentas (y tan totales que destierran aun de la vida, y tan numerosas que los norteamericanos explican que es raro que se haya caído el avión de veintiún pasajeros cargado con treinta y uno, porque no era la primera remesa de brazos humanos que rechazaban y devolvían al lugar que a su vez los expulsaba) pueda haber de supervivencia en el buen vecino de 1948, del espíritu con que nos trataba en 1848; y que metamos en la arena de la indiferencia una cabeza de avestruz llena de ideas y planes de un trabajo que en tan grande y trágica parte consiste en seguir exportando esclavos e importando amos.

Sábado 31

El hombre, animal de costumbres —o de reflejos condicionados. Tenía pensado hacer tantas cosas hoy; despachar mis colaboraciones de la semana, resolver, después de revisar los dos tomos de prosa de Gutiérrez Nájera, si acepto escribir el prólogo que para una nueva edición del Duque Job me pide la Editorial Jackson —y acaso empezarlo o hacerlo del todo en estos dos días; y empezar a planear, después de otra indispensable relectura, la escenificación de *Astucia* para el Teatro Infantil de este año...

Pero a Pancho el chofer se le ocurrió usar el cerebro, y en vez de

limitarse a pintar el mueble para el radio de la terraza que los pintores de Frontana dejaron pendiente, empezó por rectificar la pintura de la tabla en que instalo mi máquina en un rincón de esa terraza, y me la dejó imposible de usar mientras no seque. Y eso bastó a desquiciar todos mis planes de planeado trabajo, porque aunque tendría varios otros lugares en que escribir, había visualizado todo mi día en ése y no en ningún otro.

Era preferible pintar; más divertido —y más urgente. Primero, el mueblecito gris; después, la estantería para los utensilios del jardín, que estaba en blanco. Y por la tarde, experimentar alguna de las recetas de repostería de la marquesa de Parabere, de ese gordo libro, complemento de *La cocina completa*, que me regaló Paco Rubio, y que anoche leí para comprobar que la dicha enciclopédica señora está muy atrasada en cuanto a los utensilios que nos auxilian en América. Su mayor conquista mecánica es el molino, pero ignora las batidoras y las licuadoras; y da instrucciones conmovedoras sobre el uso del horno y la prueba de su calor, como si no hubiera termostatos, y sobre la vigilancia del cocimiento de los "bizcochos" —como si los hornos que usamos no tuvieran cristal para mirarlo sin desinflar los "bizcochos" con andarlos fisgoneando antes de tiempo.

Una de mis mayores humillaciones la constituyen los *bisquets* de sal. Yo, que invento platillos deliciosos; que los reconstruyo; que ejecuto las más complicadas recetas de los grandes maestros con la destreza y el sazón con que Claudio Arrau podría, digamos, ejecutar a Liszt; soy incapaz, lo he sido hasta la fecha, de lograr que me suban unos miserables *bisquets* de esos que los chinos de los cafés hacen tan hojuelados y deliciosos. Me consuela, como a la zorra lo verde de las uvas, pensar que esa hazaña es una minucia indigna del arte superior, y que a lo mejor Angélica Morales sería incapaz, si se pusiera, de tocar como se debe "La última noche que pasé contigo".

Podría haber hojeado toda la prosa de Gutiérrez Nájera, y señalado para los editores lo que me parece que entre el tumulto marchito de los temas cotidianos que lo absorbieron durante veinte años de "crónicas", conserva la actualidad de la belleza. Releí los "prólogos" a sus diversas ediciones. Los de sus contemporáneos, no sorprende que sean tan superficiales como lo que enmarcan, y que cuanto sobre él escribió Urbina, parezca hoy más fané que lo del propio Duque Job. Pero en otros jueces y expositores de su obra, parece haber obrado en igual sentido el efluvio remoto de su contagio. Así el prólogo de Alfredo Maillefert (a quien conocí, y que era tan excelente persona), siendo el mejor que yo conozca, empieza mucho mejor de lo que acaba.

Creo que acabaré por declinar el honor de apresurar un prólogo que en estas condiciones sería periodístico, para la prosa periodística de Gutiérrez Nájera.

Febrero

Domingo 1°

México da por no ocurrido el pequeño incidente diplomático registrado cuando el poeta Pablo Neruda acudió en demanda de asilo a la embajada mexicana en Chile; el doctor Pedro de Alba se lo impartió prestándole el coche en que pudiera salir sano y salvo del territorio a cuyo presidente injurió Neruda desde su sitial de senador: Chile frunció el entrecejo, y México le pidió a su embajador De Alba que explicara las razones por las que había ayudado al senador comunista, y le recordó que en casos semejantes debía atenerse a ciertas normas ya establecidas. Afortunadamente, en la alarma de Neruda parecía haber mayor deseo de notoriedad que verdadero peligro de verse gandhizado, y su gobierno anunció no tener interés en reunirlo con García Lorca. Pudo así abandonar la embajada mexicana antes de que, o lo expulsaran de ella, o con alojarle en su recinto pusiera en peligro la cordialidad apacible de nuestras relaciones con los chilenos.

Es previsible que Neruda transfiera injustamente a terrenos de rivalidad poética lo que no ocurrió sino en los campos de la ortodoxia diplomática. Ya cuando estaba aquí, rodeado noche a noche de poetas políticos mayormente republicanos y españoles, propagaba que muchas veces trató de ver al subsecretario Torres Bodet y no era recibido. Precedente que en todo caso no tendría que ver con la poesía, sino con el consulado y la subsecretaría, y que ahora resucita en iguales circunstancias infrapoéticas.

Un desenlace tan anticlimático resulta igualmente favorable para el atribulado embajador De Alba, colocado por un momento entre la espada y la pared. Habría sido muy triste que después de haberle fallado la Unión Panamericana, y cuando empezaba a consolarse con su embajadita, tampoco eso le cuajara por mucho tiempo.

Jueves 5

No era muy estorboso el equipaje con que saltó, desentumiéndose, del carro de segunda del tren de Guadalajara. Dos pequeños envoltorios de papel de estraza, cuidadosamente atados con cordel: en uno había un sombrero enrollado de los que llaman panamás; en el otro, hasta tres camisas bien planchadas, tres pares de calcetines y un corte de casimir azul rayado con el que, si los sastres de aquí no se mandaban mucho, se haría un pantalón. En los bolsillos, bien asegurado, un rollo de 400 pesos que el jefe le mandaba con él a la jefa; y debajo de la chamarra de lana, una prominencia dura que parecía pistola, pero que

era un libro de Bécquer. Iba a leerlo en el camino, pero no se acordó.

Mientras caminaba alegremente por la avenida Hidalgo, en la noche fresca, recordaba. Ya no había podido seguir en Sayula. Desde la otra vez que vino a México a buscar trabajo, y se hospedó en el mismo Hotel Canadá del Cinco de Mayo a que ahora se dirigía (ocho pesos diarios; no es mucho), la changuita que era su novia en el pueblo le dio calabazas con el teniente. Cuando regresó, ya se los encontró muy amartelados, y supo que iban a casarse. Pero el teniente era casado. Por eso no lo habían podido hacer, aunque de todos modos seguían viéndose, y ya a él no le hizo caso la changuita. Bueno, ni modo. Lo mejor sería llevársela. Pero el teniente se puso buzo, y dondequiera lo provocaba. Él tenía su buen cohete —una 45. Una noche que él regresaba del trabajo, se detuvo en el burdelito a ver si estaban sus cuates, pero los que estaban eran el tenientito y sus amigos. Se hicieron señas. Él los vio en el espejo mientras se tomaba un tequila, y se puso en guardia. Otro oficial se le acercó y le pidió su licencia de portación de armas. No la traía, pero si quería acompañarlo a su cantón, se la enseñaría. No; que le entregara el cohete; y ya para entonces, lo habían rodeado los soldados. Ni modo; se lo dio, pero le dijo que le extendiera un recibo. Sí, cómo no, aquí estaba —y le firmó un papel, y le dijo que al día siguiente podría recoger su 45 en el cuartel. Siguieron tomando, volvieron a hacerse señas, y luego se volvió a acercar al oficial y le dijo que le prestara el recibo, porque se le había olvidado poner la marca de la pistola. Él se lo dio, y entonces el oficial rompió el papel, y todos se le encimaron a golpes. Todavía tenía el chipote y la descalabrada en la cabeza. "Pa que aprenda a respetar al ejército", le decían aquellos canijos montoneros.

Ni modo. Como pudo, salió de la cantina y montó en su cuaco. Todavía tenía argolla de que su cuaco, como está acostumbrado, fuera a caracolear, y aquéllos creyeran que se los iba a echar encima, y lo quemaran; de modo que se subió muy suave y se fue al pasito, volteando. Cuando llegó a su cantón, tuvo que confesarle al jefe lo que había pasado, y su jefe le aconsejó que mejor se fuera para México.

Principio de un capítulo; sinopsis de una película mexicana. Más bien demostración de cuánto se parecen a una monótona realidad las películas mexicanas. O verdadero, verídico principio de una película personal que empezaba o que principiara para el héroe minúsculo en el momento en que caminaba por la avenida Hidalgo con sus dos pequeños bultos bajo el brazo.

Sábado 7

El patrón Elías, que maneja la publicidad de Aerovías Guest en su agencia, estaba encantado de que el Veracruz hubiera roto dos *records*

de vuelo en su regreso de España —el más impresionante de los cuales fue la hazaña de echarse el brinco directo de Nueva York a México en muy poco menos de ocho horas.

Fue una hazaña, sin embargo, que los periódicos se abstuvieron de señalar —acaso por inadvertencia, pero también acaso porque a los fuertes anunciantes que son la Panamerican y la American Air Lines no les conviene mucho que digamos que se vea que el vuelo México-Nueva York puede hacerse directo, sin las monsergas de desviarse hasta Houston, Dallas o Brownsville, y de hacer la parada en Washington, a que esas líneas someten el transporte internacional por la evidente razón de que lo que fundamentalmente les importa es servir sus itinerarios nacionales, y sólo en segundo término a México.

La tendencia —explicable desde su punto de vista, pero notoriamente nociva para México— es la de reducir a las compañías mexicanas a entregar el pasaje internacional, en la frontera, a las norteamericanas, como lo hace en Houston la GAM a la Eastern. Para autorizar a una línea mexicana a establecerse directamente hasta Nueva York —con las ventajas que el breve vuelo del Veracruz acaba de demostrar—, los yanquis oponen el reparo de que no se ha concluido aún un "tratado bilateral" cuya necesidad inventaron en cierta convención aeronáutica de Chicago, y de que mientras no se concluya ese tratado (que lleva dos y medio infructuosos años de discutirse), la aviación internacional debe permanecer en un *statu quo* que no tiene nada de "bilateral", puesto que hay cuando menos una línea yanqui que llega hasta la ciudad de México, y en cambio no hay una sola mexicana que pueda hacer de Nueva York su terminal. La perfecta ley del embudo, o sea la bilateralidad unilateral. Y sin embargo, no parece háberseles ocurrido a los dóciles funcionarios mexicanos gestionar que en este asunto México reciba de su buen vecino el trato que reciben Venezuela y Perú —para no mencionar a las líneas internacionales europeas que se hallan en el mismo caso—, países con los que tampoco existe "tratado bilateral", y que sin embargo, llevan sin obstáculos sus vuelos hasta Nueva York.

Este asunto de los transportes aéreos debería interesar, para explorarlo, para analizarlo y valorizarlo a fondo, a los periódicos, más allá de la vacua consignación de los nombres de los viajeros en una columnilla más. En él se esconde y se debate, inadvertida, una pugna de imperialismo y un definitivo, riquísimo recurso de desenvolvimiento nacional e internacional que el gobierno debería considerar con atención en una época en que ya resulta ingenuo, cavernario, anacrónico, aplicarse a construir ferrocarriles o a hacer anchas sus vías —enfrentarse al trabajo de Hércules de perforar montañas, cuando o mientras se cierran los ojos al fortalecimiento, al establecimiento, de la comunicación aérea.

Una anécdota puede ilustrar la condición de instrumento de imperialismo y de dominio que pueden revestir los transportes aéreos si los países pequeños se dejan comer el mandado: mientras Aerovías Guest se fundaba en México como la primera compañía mexicana de vuelos internacionales; y gestionaba el permiso para cubrir la ruta México-Madrid, el monopolio británico de aviación gestionó a su vez el permiso mexicano para un servicio aéreo internacional. ¿Habrá —les preguntaron— mucho movimiento entre Londres y México? No; pero sí lo habrá entre México y Madrid; y la línea que los ingleses pensaban establecer, haría el vuelo entre México y Madrid... pasando por Londres.

Fue bastante lógico y natural que en tales condiciones, el gobierno mexicano prefiriera autorizar el funcionamiento de una compañía mexicana que hiciera el recorrido directo entre los puntos interesados, con el buen éxito que ya se ha visto, y con la ventaja adicional de fortalecer los vínculos entre México y España. Pero la negativa de los ingleses a permitir que los aviones mexicanos apoyen su vuelo transoceánico en un aterrizaje en las Bahamas, no puede interpretarse sino como un sospechoso síntoma de lo que por acá llamamos ardor.

Los periódicos deparan un discreto rincón a la noticia de que el cónsul de México en San Antonio, Texas, guarda cama a causa de que dos jóvenes norteamericanos lo molieron a palos y cachiporrazos. Eran, según recuerda, dos muchachos como de dieciocho o diecinueve años que empezaron a seguirlo cuando se dirigía a su casa, y lo atacaron casi a sus puertas. Gritó, sus asaltantes soltaron las cachiporras y huyeron. Reconoce, sin embargo, que no intentaron registrar sus bolsillos.

No obstante lo cual los comisionados de policía dedujeron que el robo había sido el móvil del asalto, y "descartaron todo motivo político o de venganza".

En otras palabras: deben de haber confundido al cónsul de México con un mexicano —y procedieron en consecuencia.

Lunes 9

Me llamó por teléfono Climent, del *Mañana*, para pedirme una cuartilla sobre el tema de "la crisis del teatro" —por indicación de Regino Hernández Llergo, quien por lo visto quiere hacerlo tema de un oportuno reportaje, o de una encuesta estadística y exploratoria.

Se la escribí enseguida, y supongo que aparecerá en el mismo número que este "diario". Pero luego me quedé pensando en otros aspectos de la cuestión. Por las noches, mi lectura ha consistido en libros italianos, y los de Silvio D'Amico —*Invito al teatro*, *Il teatro non deve morire*— me revelan que la agonía del nuestro no es o no ha sido un fenómeno privativo de México. También, en época reciente, ha

preocupado a un pueblo tan arraigadamente teatral como el italiano, y le ha hecho preguntarse si la salvación se hallará en manos del Estado, o si (después de la experiencia fascista que en fin de cuentas no hizo nada fundamental por el teatro que acabó por cobijar bajo su manto), lo mejor que el Estado puede hacer por el arte es no meterse con él.

> Teatro, situazione del Teatro, amore del Teatro, disprezzo del Teatro, decadenza del Teatro, crisi del Teatro; son formule che, da una quantitá di tempo, riempion di sé dispute e polemiche. Il guaio si é che, dicendo teatro, ogni persona, o almeno ogni categoria adopera il vocabolo in un senso, il quale ha poco o niente di spartire con quello che gli altri gli dánno; donde la confuzione delle lingue [...] Non si nega che, in tanta varietá, un comune denominatore si possa trovare; e il piu grossolano degli osservatori lo individuerebbe subito nella preocupazione, condivisa da tutti, per il progressivo spopolamento del nostro teatro (vedremo dalle ultime statische precedenti la guerra che ogni anno il pubblico del teatro di prosa in Italia, é andato diminuendo). Sicché il problema della "crisi" in parole povere, si ridurrebbe semplicemento a questo: richiamare al teatro un pubblico piu numeroso.
>
> Ma con quale sistema? E a quale teatro? Noi stiamo parlando del teatro drammatico (qui il teatro lirico, o d'operetta, o di varietá, non ci interessano). Tuttavia, c'é teatro drammatico e teatro drammatico. Zacconi e i de Filippo, Shakespeare e Sacha Guitry, i grani spettacoli all'aperto e i teatrini del Gulf, Gigi Bonelli e salvociuho Vittorio Alfieri, sono altrettante specie di teatro drammatico; a quale o a quali di esse si intenderebbe di far tornare la gente? Di che, e perché, i disputanti s'addolorano, quando contano la searce repliche, o vedono le sale vuote? C'e fra loro chi si contenterebbe di riempir quelle sale in qualunque modo? O'c'e pure chi vorrebbe riempirle in un dato modo e non gia in un altro; anzi se vedesse usato quest'altro modo invece di quello, s'addolorerebbe e s'indignerebbe ancora di piu? I teatri pieni, in fondo, non sono che un mezzo; a quale scopo si voglino riempire?
>
> Qui comincia il gran bailámme.

El *gran bailámme* de opiniones contradictorias, parciales, competentes, resentidas o desorientadas, ha comenzado en el *Mañana* del número pasado, en que expresan la suya doña Virginia Fábregas, Alfredo Gómez de la Vega, Fernando Soler, Armando Calvo. Los diagnósticos menudean —como menudearon, a su tiempo, por lo visto, en Italia— y algunos van acompañados por tratamientos de eficacia ya comprobada en otros países, como el de Gómez de la Vega, que lo señala en que el Estado cree y sostenga una *Comédie Française* como ha venido haciéndolo Francia desde los luises hasta la devaluación del franco. Es impresionante su frase final, su sentencia de que "un pueblo sin teatro es un pueblo sin conciencia"; afir-

mación que le depararía a su persona el rango de una subconciencia de la que urge extraer hacia la conciencia cuanto ella contiene de indefinido, de impulsivo, de instintivo y valioso.

Esperemos que, convocados a emitir confesiones, todos los interesados en crear el teatro en México se pongan en un acuerdo que florezca en el desacuerdo que es propio del buen teatro dramático.

Miércoles 11

Un cable trae la breve noticia de la muerte de Sergei Eisenstein y la mención de los galardones que su trabajo cinematográfico le ganó en la URSS. Omite la de los años que pasó en Siberia castigado por la razón que Shostakovich, Prokofiev y otros artistas al servicio del Estado vigilante acaban de ser reprendidos; por apartarse de la *línea* hacia la complacencia del gusto burgués.

Recuerdo vivamente a Eisenstein —el verdadero descubridor de una fotografía impresionante de nubes, cactos, sombreros, indios como ídolos, que con el olvido de los años en que él vino a filmar a México una película que produciría Sinclair Lewis: que nadie supo nunca en qué acabara por consistir, porque a nadie le reveló Eisenstein la historia; y que acabó por exhibirse, sin su consentimiento y contra su cólera, con el nombre de *Tormenta sobre México*, ha venido a acreditarse al Indio Fernández y a Figueroa. Eisenstein era un poco como Orson Welles —o mejor debiera decir, Orson es un poco como Eisenstein: impredecible, sin sentido de límites presupuestales en los dispendios de una filmación, creador "sobre la marcha" de su *script* y de su *shooting*. Así como Orson, mucho más tarde, les tiró el arpa a los de RKO dejándoles kilómetros ininteligibles de negativo de un *Toro bonito* que no terminó de filmar en México, y otros kilómetros más de otra película que no acabó de tomar en Brasil, así Eisenstein tuvo que regresar a Estados Unidos y a Rusia dejando inconclusa su película sobre México que le retuvo largos y gratos meses entre nosotros. No empleó a profesionales —que por lo demás, si los que hay ahora pueden así llamarse, no existían apenas entonces—, sino a tipos directos y sin maquillaje —Chabela Villaseñor, la esposa de Gabriel Fernández Ledesma, por ejemplo—, y haciendas y paisajes auténticos, y una dirección cruel y realista.

Le encantaba México, y era lo menos propagandista posible del comunismo. Dibujaba estupendamente y a todas horas estampas alucinadamente pornográficas, de las que Montenegro debe de conservar algunas. Yo tengo un retrato suyo, vestido de charro, en un grupo con sus ayudantes, dedicado con un "Vivia Policia" estruendoso. Se hizo muy amigo de aquel Julio Saldivar en cuya hacienda se filmó buena parte de su película y aprendió de corrido canciones y maldi-

ciones mexicanas. Las calaveras —de azúcar o de barro— le maravillaron, e hizo de ellas estupendas fotografías "a la" Posada.

Luego, por algunos años —ya hace casi veinte de esto— nadie volvió a saber de él, sino que andaba veraneando en Siberia, hasta que entró nuevamente en vigencia y empezó a producir películas grandiosas que, por supuesto, nunca vemos en México.

Viernes 13

Cada vez que fallece una persona a quien uno ha conocido y tratado de cerca, es como un personal y solemne Miércoles de Ceniza que viene a recordarnos que cada minuto imprevisible nos acerca a la misma repentina desaparición. ¡Qué pena, la muerte de Héctor Pérez Martínez! Mis recuerdos de su persona son a la vez recientes y viejos, y surgen ahora en reversa. La última vez, no hace mucho, que comió con nuestro grupo de los viernes en Ambassadeurs, e insistió en rehuir el sitio de honor que los formalistas le señalaban, ya se veía muy enfermo. Había adelgazado muchísimo, y estaba de un color ceniciento. No comió más que unos *spaghetti* con mantequilla —que el mesero traía derretida y quería verter sobre ellos, sacrilegio al que me opuse disolviendo mantequilla fresca en sus *spaghetti*— y una media pechuga cocida.

Pero hace ya tiempo que estaba enfermo. La única vez que fui a su casa no probó ninguno de los suculentos platillos que nos hizo servir —ostiones y mariscos volados ese día desde Campeche—, ni de los vinos, ni de los cocteles que preparó, solícito y amable, en su pequeño bar bajo la escalera. En la subrayada gentileza con que me atendía —"pruebe este vino, Chava"; "mire estos libros"— mi vanidad entonces me hacía traslucir un deseo de borrar cuanto entre nosotros pudiera subsistir de un distanciamiento inicial originado cuando Toto empezó su carrera periodística en un *Nacional* que dirigía Manlio Fabio Altamirano, y en que escribía alternadamente con Gustavo Ortiz Hernán una columna "Escaparate", en que solía haber tiros contra los Contemporáneos. Toto era entonces muy gordito, usaba bastón, y creo que aún estudiaba cuando solía encontrarlo en Porrúa comprando libros. Años después, creo que en 1934, desempeñó en Educación el Departamento Editorial que yo dejaba por segunda vez. Mientras tanto, publicaba libros. No hace mucho que al reinstalar la biblioteca en casa, tropecé con su *Imagen de nadie*; y la publicación de su *Juárez el impasible* en la colección de Vidas Hispanoamericanas del Siglo XIX debe de ser el origen de la perdurable amistad que Paco Rubio cultivó con Toto desde que —como en una ocasión lo recordaban juntos— Toto hacía, con una celeridad fustigada por el apremio, traducciones para la editorial española Espasa-Calpe.

Su gubernatura de Campeche marcó en realidad el principio de una era nueva en que los gobernantes pudieran ser cultos, jóvenes y limpios, en vez de crapulosos, ignorantes o pistoleros. En esa medida demostrativa y elocuente, fue como la anticipación de la posibilidad, de la viabilidad madura de un régimen en que otra vez su desempeño de la Secretaría de Gobernación, demostraba que no es preciso conducir la política con garrotes ni con consignas.

Una sola vez tuve contacto, digamos oficial, con Toto como secretario de Gobernación. Nos llamó a Carlos Chávez y a mí para el asunto de la obra de Usigli. Y en esa ocasión, como en cuantas expuso su criterio oficial y personal sobre la libertad de la prensa y del pensamiento, distinguió con estricta nitidez lo que era su criterio y lo que constituía su congruente deber oficial.

Hice enviar a su casa una corona, y me vestí de negro por si me resuelvo a asistir a su sepelio. De todas maneras, siento muy de corazón su muerte, y esta noche, su palco, junto al mío en la Sinfónica, se hallará ungido por la presencia perdurable de su bondad, de su sencillez —de su amistad y de su recuerdo.

Sábado 14

Me cuentan que el público de paga que ha empezado a ir al Orfeón para admirar a la señorita Félix en el *Río escondido* del Indio Fernández, toma a chunga muchas partes de la película, y ríe de pasajes como uno en que se declara que una criatura con viruelas es México, así como de otros en que menudean los elogios al régimen y al presidente Alemán. Me dicen que mientras el público se regocijaba de esa manera, una voz de lo alto, tronante como la de Alfaro Siqueiros, gritó que esos que se reían eran "de las derechas".

Derechas e izquierdas. No he visto la película pero, puesto que ella propicia semejante catalogación política del público, es evidente, que se aparta del simple propósito artístico para servir a fin de propaganda; y un alentador síntoma que la gente se resista a absorberla. No porque se trate de este régimen o del presidente Alemán. Así pudiera tratarse del Santo Padre, tan mal está que se injerte la propaganda en la obra de arte, como está bien que el público rechace las píldoras políticas aunque vayan doradas con arte.

Precisamente esta mañana escribí un artículo sobre "la lección de Eisenstein", y apunté en él la diferencia que existe entre la insuperable propaganda que hace la obra de arte *per se* —cuando la idea que expone nace de una endógena urgencia de comunicarse— y el pobre arte que realiza el encargo exógeno de propagar una convención oportunista. Pienso en lo satisfactorio que ha de ser para los italianos ver que en cualquier museo del mundo la pintura de su país

es la mejor. No hay mejor propaganda, más perdurable y firme, de Italia, que la que hicieron para todos los siglos sus genios del Renacimiento; ni peor para la Rusia soviética que la música que se obliga a su Shostakovich a escribir. Y aunque el cine sea un arte menor, no escapa a la regla de que será menos valioso mientras sea más "intencionado". De otro modo, se queda a medio camino de sus incompatibles intentos.

Jueves 19

Delfino me invitó a comer por el barrio en que él vive, y tantos mueren, y que es el viejo barrio estudiantil de las conocidas Cazuelas. La fonda a que fuimos se llama Las Delicias, y es muy popular entre estudiantes y empleados pobres del rumbo. Mi anfitrión recomendaba una "sopa de médula" que realmente no me atreví a probar. No sólo su nombre es repugnante, sino su aspecto. Naufragaban en ella trozos de tuétanos que dejarían un pastoso sabor a sebo por mucho que Delfino los sorbiera con aparente delectación. Me resigné a una sopa de pastas que resultó de tallarines corrientes, y a un mole verde de puerco que lo ejemplificaba con una brizna de carne dura en un lago de fuego aceitoso.

Era divertido, sin embargo, observar a la concurrencia: ver la fruición con que empuñaban los triángulos de tortilla destrozada y con ellos por guante capturaban el bocado de arroz o la cucharada de frijoles, arrastrándolos por un plato que dejaban así más pulido y limpio que como lo habían recibido de manos de meseras indiferentes a las convocatorias de los que ya habían exterminado su primera y menguada ración de picantes comestibles. Otros habían ya concluido su nutrición, y lo subrayaban con introducir en su boca un palillo extraído de su indumentaria y consagrarse a las más minuciosas exploraciones orales.

En todas partes, sin embargo, se encuentra uno con amigos a la hora de comer, y Las Delicias no fueron la excepción. Junto a nuestra mesa se instaló Elena Sánchez Valenzuela, famosa porque cuando el cine mexicano todavía se hallaba, como dicen, en pañales, encarnó en una película muda una *Santa* tomada de la famosa novela de don Federico Gamboa —novela correspondiente, a su vez, a la época en que la literatura mexicana también se encontraba en pañales. Elena Sánchez Valenzuela no ha olvidado su hazaña cinematográfica, y me dicen que su conversación habitual gira en torno a sus recuerdos de aquella película, y alrededor de sus personales responsabilidades como encargada de la filmoteca de Educación.

Al abandonar las muy relativas Delicias nos encontramos con Gabriel Fernández Ledesma, a quien hace muchos años que no veía.

Me detuve a saludarlo y puse a su disposición para que tome las fotografías que necesite, la colección de calaveras en forma de títeres que compré hace siete años un día de muertos en la Merced. Luego recorrimos a pie la vieja calle de San Ildefonso por la acera de una Preparatoria que mantiene cerrada la vieja y grande puerta de mis años de estudiante, ya sin su garambullo, y con sus nuevas generaciones desparramadas por la puerta pequeña que en mis tiempos era la del segundo año.

El día concluyó con otras reminiscencias originadas también en una gastronomía nocturna a la cual, contra mi costumbre, me obligó lo menguado y frugal del almuerzo. El comilón que es Montenegro discurrió que fuéramos a merendar, y propuso cualquiera de dos lugares: la Casa de las Mil Tortas frente al mercado de San Cosme, o esa reciente instalación tan Laredo Texas de comida rápida y yanqui que hay en la esquina de Ramón Guzmán y las Artes. El resultado fue que comiéramos en los dos lugares: unas tortas en San Cosme, y un vaso de leche en el otro lugar. Pero mientras aguardábamos las tortas, me asombraba y me entristecía recordar, contrastándolo con su estado actual, ese rumbo de San Cosme que era tan quieto y solitario en los años en que por él regresaba a casa desde la Preparatoria.

Viernes 20

Los muchachos del grupo de Teatro de Arte Moderno que capitanea Jebert Darien, y que creo que provienen del de Luz Alba, organizaron para hoy una representación de *La putain respectueuse* del afamado Jean Paul Sartre. Pude ayudarles —y no lo apunto por jactancia, sino para subrayar las condiciones verdaderamente heroicas en que estos grupos experimentales de teatro empuñan su entusiasmo— con lo que me pidieron, y que fue la impresión de sus quinientas invitaciones, y la suma exorbitante de 37 pesos que necesitaban para clavos de su esquemático decorado.

Antes de la representación, Xavier Villaurrutia dijo unas palabras sobre el teatro y la filosofía existencialista de Sartre, y se refirió también al esfuerzo de los grupos experimentales de teatro. Evocó a nuestro Ulises, del que señaló que habían partido —hace ya veinte años—, el Orientación —cuna de profesionales como Clementina Otero y Carlos López Moctezuma— y, en cierto modo, los que continuaron el empeño. Y se felicitó de que frente al desinterés de los empresarios por presentar obras nuevas, estos grupos lo hicieran para un público joven y curioso que no desmaya en la empresa gratuita de hacer ambiente para el teatro.

El pequeño local de los telefonistas estaba pletórico y era de veras estimulante ver tantas caras nuevas, tantos muchachos y muchachas

atentos a una escena en que sus amigos vivían las violentas situaciones de esta obra cuyo antiyanquismo era recibido con sintomáticos aplausos. Lo hicieron muy bien todos, y aunque no pensaba quedarme a toda la representación, porque había Sinfónica, Anita y yo llegamos a Bellas Artes cuando ya terminaba casi el concierto.

Ojalá que este año los jóvenes tomen por su cuenta una resurrección del teatro que los profesionales y los consagrados no encuentran otro medio de lograrla que lamentar que no se logre por un milagro. Cuando el año pasado me cayó encima el Departamento de Teatro del Instituto, llamé a los grupos experimentales para ponerme a sus órdenes en lo que pudiera ayudarles, porque lo sentí mi deber. Lo más que podía hacer era ofrecerles un local que pertenece al Instituto, y que es el viejo convento de San Diego, tan en ruinas y ya tan invadido por flores de muerto y por otros excesos comerciales. Lo aceptaron entusiasmados, y confiados en que, por su cuenta, podrían encontrar entre los ricos patrocinadores que les dieran dinero con que adaptar un poco el local para representaciones. Pero los ricos son duros de pelar, y un año pasó sin que pudieran usarlo más que para ensayos —y eso a la hora en que no se lo quitaban los ensayos de la Sinfónica del Conservatorio o el grupo de bailarines de Guillermina Bravo. Este año espero que no volverá a ocurrir esa incompatibilidad de usos, y que el Instituto podrá arreglar un poco el escenario para que esos grupos den funciones todas las semanas. No debe necesitarse mucho. Cuando hicimos el Teatro de Ulises, no teníamos reflectores complicados, ni butacas, ni más que el empeño de hacerlo, y llenábamos la sala de aquella casa vieja de Mesones en que dábamos las funciones.

Estoy seguro de que la gente iría, o irá, a las que den estos grupos de ahora. Creo que si nos hubieran cobrado la entrada a la representación de hoy, todos los presentes la habríamos pagado con mucho gusto, y que habría sido muy legítimo que lo hicieran.

Jueves 26

Resultó bien la prueba de dormir con menos ropa encima. Desde que hacía mucho frío, venía haciéndolo bajo cuatro sarapes y un edredón con bolsa de agua caliente, piyamas de franela, zapatos de estambre y un chal. Pero empecé a tener pesadillas horrendas. Ayer, por ejemplo, una que prefiero olvidar; sueños de angustia que me dejaban exhausto para todo el día. Razoné que podría provocarlos el excesivo peso de esa ropa —y es posible que así fuera, pues anoche prescindí de parte de ella, y descansé mucho mejor.

A la puerta de Los Pinos ya aguardaban Esperanza Velázquez Bringas y Alfonso Reyes, enseguida llegó el doctor Ignacio Chávez.

Luego mucha más gente, y nos hicieron pasar a una antesala menos al aire libre, de la que, en cuanto aparecieron los secretarios de Bienes Nacionales en general, y del Bien Nacional que representa la Educación en particular, accedimos al salón en que habría de celebrarse la ceremonia, y que por lo visto es aquél en que el presidente trabaja. Un salón bastante modesto, con dos ventanas enrejadas al jardín, un escritorio esquinado, libreros aún vacíos en los rincones, sillas de cuero y un tapete gris labrado. Mientras los fotógrafos, para cuyo imperativo dominio parecen hechos todos los actos oficiales, se apoderaban de una primera fila que los más empeñosos concurrentes les cedían muy a *contrecoeur*; y Carlos Chávez daba lectura a su discurso, yo observaba, en el humilde rincón en que quedamos Antonio Castro Leal y yo, el grupo escultórico en bronce que se llama *A friend in need*; que debe de ser un regalo, a lo mejor de Truman; que remata un librero vacío, y que representa, en bronce, a un indio pielroja a caballo en el momento en que iba por el aire y lleva hasta su caballo a otro pielroja de idéntico poblado penacho de hombres de muchas plumas.

Cuando el emocionado maestro Ponce agradeció el homenaje desde su asiento, y las familias empezaron a evacuar el salón, Rogerio me indicó que pasara a saludar al presidente. Se había organizado ya una cola para estrechar su mano; pero como Jaime había permanecido a su derecha, crucé a saludarle, y conversando con él aguardé a que terminara el desfile para presentar mis respetos al señor presidente y contestar con brevedad a su pregunta sobre cómo me había ido en Europa.

Pasé luego por el patrón y, con Mariano Rivera, nos fuimos a comer a un lugar italiano que me recomendó Eric Rubio: el Casino, junto al Josefina, por el puente de Insurgentes. Muy buena minestra, pollo cazadora, torrejas y café turco. *Ritornaremo*.

Marzo

Miércoles 3

Pepe Gómez Robleda acudió a mi llamado, y fue esta mañana a la oficina a aceptar el desempeño de la clase de psicología en la Escuela de Arte Teatral. Dará una conferencia cada semana, pero ha puesto sus condiciones, y la principal es la de no cobrar sueldo; una condición un poco innecesaria, porque no hay, por otra parte, nombramiento que darle. La pobre Escuela vive muy precariamente, a base de la buena disposición de los profesores; y si pensé en Pepe para esa clase, fue justamente porque sabía que no le importaría darla gratis.

Pero su *switch*, como él dice, se ha puesto a funcionar en torno al teatro y sus problemas, y me expuso una idea excelente para explorar, por métodos psicológicos y estadísticos, los verdaderos, profundos, reprimidos intereses de la nueva generación, que pueden ser, en manos de los comediógrafos profesionales, la materia prima adecuada para forjar un teatro catártico y que resuene en el espíritu de ese nuevo, o inmediatamente futuro, público. Esa exploración puede hacerse en las clases de lengua y de literatura de todas las escuelas secundarias, normales, técnicas, por medio de las composiciones que los maestros señalen a los alumnos sobre temas específicos y psicoanalizables; qué hicieron ayer, qué soñaron anoche —una especie de *test* de Bleuler—, y luego, sobre una lista de palabras-estímulos, lo que libremente discurran sus asociaciones. Pepe recogería todo ese material, lo depuraría, le daría un tratamiento estadístico —y me asegura que el resultado sería sorprendente.

Como simple "metiche", según sus palabras, ya ha desarrollado un trabajo semejante, que se conoce como de orientación vocacional, en las secundarias primero, después en la Universidad, y ahora en las normales. Comenzó por una conferencia que les dio a unas profesoras de secundaria, que ahora son sus fervientes discípulas, y que utilizan con gran éxito las disciplinas aprendidas en ellas. Los trabajos recogidos de los alumnos por esas profesoras señalan con toda precisión los conflictos de los muchachos de hoy, y permiten ayudarles a resolverlos. A veces, son simples problemas de expresión, o eso es lo que todos empiezan por ser.

De paso, Pepe me informó de detalles ocurridos en el Partido Popular al que le debo mi ingreso, y que yo, a causa de que mis tareas no me dejan tiempo para nada, ni para ir a las juntas, desconocía. La conversación surgió porque sobre mi mesa estaba el *Hoy* con la entrevista de José Revueltas a Vasconcelos y a mí. Hace unas semanas me vino a ver Henrique González Casanova, a entrevistarme para el periódico del PP. Satisfice todas sus curiosidades, pero le pedí —y él convino en ello, confesándose debutante en el periodismo— que antes de publicar la entrevista, me la mostrara. No lo hizo, y yo no vi tampoco el periódico, en que habrá aparecido. Pero dice Pepe que ella molestó a Bassols, y le indujo a redactar una carta que tampoco vi, pero que era una especie de rectificación a mis dichos. Minutos antes, Xavier me había hablado de esa carta de Bassols, y dicho que era muy bonita, inteligente y en el fondo cordial. Me inquietó saber todo esto, pues he estimado siempre muchísimo al licenciado Bassols, y no creo haber dicho nunca nada que pudiera ni remotamente ofenderlo ni molestarle.

Por la noche, mientras visitaba a Jorge y a Anita Rubio, llegó a verlos Gustavo Espinosa Mireles, que es hermano de Anita, y a quien yo no veía desde que, hace ya muchos años, escribía en *Hoy* artículos

marxistas. No sé si entonces ya era secretario particular del general Cárdenas, pero luego lo ha sido mucho tiempo, y aproveché su presencia para preguntarle si don Lázaro aprobaba que hubiera braceros, y si estaba de acuerdo con la matanza de las otras reses, y me dijo que de ninguna manera; que si durante su gobierno se hubiera presentado esa solicitud de trabajadores mexicanos, y esa otra de acabar con el ganado de México porque así les conviene o les gusta a los americanos, Cárdenas no hubiera accedido a una ni a otra cosa. Me dio mucho gusto saber que hay alguien más que repruebe eso, aunque ni Cárdenas con su expoder, ni yo con mi impotencia, podamos remediarlo.

Llegué temprano a casa, y me entregué a la deliciosa lectura de una *Semblanza mexicana* de humilde apariencia y de prosa sin pretensiones, obra de un médico, Alfredo Ramos Espinosa, de quien una vez recibí un folleto sobre la comida mexicana que me gustó mucho y que comenté en una "Ventana". Hace unas semanas conocí a su autor. Fue a Bellas Artes a invitarme a la lectura de éste su libro, en su casa, y me confió que habíamos sido compañeros en la Preparatoria. Su cara, en efecto, me recordó alguna, pero nada más. No pude asistir a la lectura, pero le escribí para excusarme y pedir que en cuanto apareciera, me enviara su libro.

Y es una delicia de libro, si uno quiere a México, porque su autor es un espíritu doscientos por ciento nacionalista, minucioso, observador, sagacísimo, resuelto a encontrar y a subrayar las virtudes mexicanas allí donde cualquier otro señalaría defectos y vicios. Divide su libro en ocho "trazos" en que a todo se asoma: al lenguaje íntimo, a los refranes, a los ademanes, los gestos, los ritos de los difuntos. Por último, desemboca en la cocina, y emprende su elogio de la manera más persuasiva y encantadora. Vuelvo a abrir al azar este libro: los frijoles, por ejemplo:

> Quédese usted, les ponemos agua a los frijoles, fue un decir para invitar a nuestra mesa a quienes nos visitaban. Nada nos costaban unos frijolitos. Nadie dijo a la mujer de México que tuvieran ricas vitaminas, pero ella los ha cocido a fuego lento y en olla tapada para que el aire no los oxide. Nadie le dijo de sus excelentes proteínas, pero ella los ha servido diariamente al final de la comida, cuando su acidez ya no puede ofender la mucosa gástrica, todo un acierto de química fisiológica. Y ha tenido el refinamiento de refreírlos y clavarles totopos y banderines de tortilla frita después de ponerles su queso añejo. Y los ha puesto en gorditas y tostadas deshebrando el pollo sobre ellos...

O bien: "Y hay quesadillas y deliciosos envueltos de sesos en totopos y tortillas fritas amén de ravioles que me hacen pensar que una quesadilla frita no es otra cosa que un gran raviol sin su nombre, pero con más exquisito sabor por lo abundoso de su contenido." Su elogio

al metate, a la canasta del mandado, al molcajete, son verdaderos bodegones verbales de un siglo XIX cautivador. El doctor Ramos Espinosa demuestra que el metate es mil veces superior a la licuadora y a la batidora (que desdeña mencionar):

> El metate es un molino universal, en él se muele lo mismo el maíz tostado para el pinole perfumado que los tiernos elotes para los tamales, que el queso, que la carne, que el pan y que la fruta para el dulce o el jitomate para el guisado. Lo mismo sirve para moler especias que pepita para la horchata, lo mismo para todo.

He aquí el elogio del pozole:

> En su humildad el pozole esconde dones de tres reinos. El de los minerales le da cal y sal; el de las plantas, el maíz y los sabores; y el de los animales la carne gorda y sabrosa. Reúne democráticamente las vitaminas del maíz con las ricas de la carne y el chile. La vitamina B1, atacada por la cal del nixtamal, se compensa con la prodigada por la carne de puerco y la propia cal transforma en riqueza la pobreza del calcio del maíz. Armoniza aromas y sabores y su equilibrio es tan amable, que la carne sabrosa incita a tomar más, al tiempo que el maíz —discreto y sobrio— con la sensación de plenitud que da al estómago, aparta de la glotonería. La carne es símbolo de tentación y el maíz reventado de la prudencia que nos permite lograr el placer, pero nos aparta de él antes del momento doloroso en que se transforma en vicio [...] Y todavía hay que alabar la previsión que permitió ponerle limón al guiso para que ni la vitamina antiescorbútica, la más atacada por el cocimiento, faltara.

Un libro encantador, noble, delicioso; escrito con los sentidos.

Jueves 4

Encontré a Dolores y a Mumy cenando cuando llegué a saludarlas —hasta hoy, pues ayer que llegaron sólo mi madre las aguardó en el aeropuerto. Todavía luce sobre la puerta del Rancho La Escondida el arco de flores con que las recibió su jardinero de Xochimilco.

Llegaron un poco cansadas por treinta y cuatro horas de vuelo, pero encantadas de Buenos Aires. Vino con ellas, para quitar su casa y venderla con todo y sus colecciones, la señora de Momplet, a quien llaman la Negra.

Le pregunté si se había hecho amiga de la señora Perón, y aunque me dijo que había comido en la casa presidencial una vez, me dio la impresión de que la señora hace poca vida social, entregada como está al trabajo en favor de los obreros, que es por lo que no la quieren los ricos. Dice que viven muy austeramente, en contraste con los

residentes opulentos de la avenida Alvear, y encuentra admirable a una mujer que, como la señora Perón, a los veintiséis años tiene en las manos, y usa tan para bien, el poder de un país tan formidable como la Argentina.

Miércoles 10

No creí volver tan pronto a comer en Henri, que es un lugar tristón, y del que guardo el resentido recuerdo de que su dueño se negó a comunicarme la receta de un pastel de chocolate muy bueno que una vez nos sirvieron ahí. Pero Misrachi, que a mediodía no apetece más que un *sandwich* (y que no ha logrado que se los hagan en ninguna parte tan buenos como yo le he descrito mi reconstrucción del "Savarin" del Waldorf Astoria, que es sencillísimo: hace uno el *sandwich* con jamón y queso amarillo en rebanadas delgadas; lo sumerge en huevo batido con su pizca de sal, su cucharada de azúcar y su chorro de crema dulce; lo dora en mantequilla —y se lo come con miel de maple calentada al baño maría), suele ir al Henri con frecuencia, y ahí le encontramos ayer Roberto Rivera y yo, y comimos con él.

Hoy reincidió, y abrió tamaños ojos cuando me vio llegar en un pequeño grupo con Vicente Lombardo Toledano, Pepe Gómez Robleda, Enrique Ramírez y Ramírez —y otros dos o tres señores que comieron en mesa aparte, pero llegaron con nosotros. Pepe me había telefoneado que el presidente del Partido Popular nos invitaba a comer en privado. Acepté, fue por mí y pasamos por Vicente a sus oficinas, instaladas en la torre del edificio de Pensiones. Y él fue quien escogió el Henri. De los platillos, él escogió las setas a la bordalesa —y su predilecto borgoña— y yo el *civet* y la carlota, aunque también suscribimos todas las crepas flameadas.

Quería Vicente que yo me persuadiera de que, tan próxima como ya está la fecha en que debe registrarse el Partido —en mayo— es preciso que todos trabajemos con ahínco porque el registro arroje una cantidad fuerte de miembros. Si el Partido no hubiera prendido, no importaría ni valdría la pena. Pero en las giras que han efectuado sus propagandistas, se ha visto que el deseo de renovación política es tan arrollador, que sobrepasa a la capacidad actual de organización del Partido. Nos refirió lo acontecido en Sinaloa, en Sonora, en Jalisco: mítines entusiastas, miles de gentes ansiosas de ser miembros del PP. Y no tenemos quién los inscriba, ni quiénes recorran otras partes de la república. Al parecer, muchos de los fundadores, que podrían dar conferencias y emprender viajes, están demasiado ocupados en la ciudad. Mañana hablaremos de todo esto, en la reunión del Comité Directivo a que es muy necesario que yo asista.

Jueves 11

En la reunión, a la que asistieron Bassols, Véjar Vázquez, Diego Rivera, Víctor Manuel Villaseñor, el joven líder Manzárraga, Ramírez y Ramírez y dos o tres personas más, Vicente expuso con mayor amplitud el resultado de las giras, y con mayor angustia el problema de las finanzas del Partido. El Comité de Finanzas está, al parecer, integrado por Diego, la doctora Matilde Rodríguez Cabo y alguien más, y auxiliado por el exbanquero Manuel Mesa Andraca, y hasta hoy, no se ha movido bastante en la consecución de los centavos. El registro de los miembros cuesta caro —requiere los servicios de un notario y el viaje de algunos expertos en hacerlo. Antes de entrar en la junta, Manuel Mesa nos asaltó con fajos de bonos que tendremos la obligación de colocar entre nuestros amigos. Yo tomé bonos de 50 pesos por valor de 1 000, que me dieron un trauma de señorita de la Cruz Roja colocando florecitas en la solapa, y que no sé cómo colocaré. Pero por lo visto, el Partido no cuenta con "el oro de Moscú".

Gómez Robleda fue contundente. Pidió la palabra e hizo cuentas: doscientas personas fundadoras del Partido se comprometieron a dar para su sostenimiento un promedio de 100 pesos mensuales. Muchas de ellas, casi todas, no han dado nada desde enero. Con que azoten los meses que adeudan, y anticipen por la emergencia los que faltan de aquí a mayo, pagarán cinco meses, y reunirán inmediatamente 100 000 pesos, con los cuales será posible afrontar los gastos de la propaganda y el registro de miembros en la república. La cuenta era clarísima, y Vicente anunció que desde el lunes, se instalaría en las oficinas del Partido para llamar de diez en diez a los morosos e invitarlos a pagar sus cuotas.

Jueves 18

Había yo citado para las doce a las señoras del Bloque Revolucionario de Mujeres que armadas de una carta del coronel Piña Soria, acudieron a Educación en demanda de auxilio para llevar adelante un plan de representaciones teatrales en los barrios. Llegaron con sus actores y pusieron inmediatamente en la escena de uno de los salones de clase de la Escuela, tres cuadros de un *sketch* que una de ellas ha escrito sobre la carestía de la vida. En el primero, descalzándose para "entrar en su personaje" una de las señoras actuó como la atribulada madre del obrero que deja el lecho y antes de irse a la fábrica, encuentra irritante que no le vayan a servir más que el café con tortillas de siempre. En vano la señora le explica que no alcanza el dinero para más, y le promete una buena comida. El muchacho se

marcha sin apenas probar su café, y en el segundo cuadro, llega a la fábrica resuelto a unirse a sus compañeros en una agrupación que exija de los empresarios mejores remuneraciones.

En el tercer cuadro, el muchacho regresa jubiloso a su casa. Los patrones, ante la fuerza del grupo, doblaron las manos y les han aumentado los salarios. Pero su madre, siempre atribulada, no puede servir la buena comida que le había prometido. En su ausencia, vinieron a la vecindad unos señores con cartapacios y papeles, a decir que los echarían y que iban a aumentarles la renta. El héroe entonces truena contra esos capitalistas que por un lado aumentan los salarios y por otro la renta, para que siempre quede uno en la miseria.

El otro cuadro ya no me lo representaron, porque los personajes que lo actúan no pudieron venir; pero me explicaron que es que las mujeres de la vecindad también se unen. "Seguimos la técnica de Stanislavski —me explicó la señora que parece dirigir el grupo y escribir su repertorio—: y también tenemos obra contra el analfabetismo."

Por la tarde, el Consejo de Bellas Artes se vio honrado con la visita del secretario de Educación. Habíamos ya estudiado qué contribuciones podría hacer el Instituto al plan de la Campaña pro Construcción de Escuelas, y se trataba de concretar esa colaboración y poner sus detalles en manos del licenciado Gual Vidal.

No sabíamos, o cuando menos, yo no sabía que la Campaña fuera a empezar tan pronto como mañana mismo, con la publicación en todos los diarios de un mensaje en que el presidente expone la angustia de la falta de locales escolares y convoca a la iniciativa privada para que los construya. Al día siguiente aparecerán unas más amplias y concretas declaraciones del licenciado Gual Vidal, y enseguida se pondrá en marcha la campaña para vender todos los bonos posibles, sin un límite de tiempo ni una meta fija en cuanto al dinero que se necesita, porque la verdad es que se necesita todo el que pueda reunirse. Si hoy mismo apareciera un Aladino capaz de construir de la noche a la mañana todos los locales que hacen falta ahora mismo, gastaría 500 millones de pesos, y no habría resuelto más que el problema de 1948, pero no el de 1949, año en el cual, gracias al geométricamente creciente fruto de otras gratas y socorridas formas de ejercicio de la iniciativa privada, es de prever que haya más niños en edad escolar, y que hagan falta más escuelas.

Es de prever (y en realidad, este egoísmo ya se ha manifestado) que en cuanto aparezca una, esta nueva excitativa del gobierno a la iniciativa privada para que ella le ayude a resolver los problemas públicos, haya quienes repitan que es una lata que el gobierno esté siempre acudiendo a los particulares para la atención de empresas que debería ser el gobierno solo quien las afrontara, pues para eso se le pagan contribuciones. Y en realidad, para eso son las contribuciones:

pero es obvio que en México las contribuciones no alcanzan, y es sencillo entender por qué no alcanzan.

Las estadísticas demuestran que de la población del país, apenas una tercera parte es lo que se llama "económicamente activa", o sea que se gana la vida con su trabajo. Esta es pues la única gravable con impuestos. Y ni siquiera toda esta tercera parte de la población, porque ocurre que de esta tercera parte, el 60 por ciento se consagra a la agricultura, está formada por campesinos, y éstos no podrían pagar contribuciones apreciables. El resto (un 40 por ciento del 33 por ciento) es el único que las cubre, y bien modestas por cierto (a nosotros los de la cédula V, por ejemplo, nos cobran el 1.4 por ciento, o sea que de cada 100 pesos no nos quitan más que un peso 40 centavos), sin duda porque al gobierno le da pena mandarse con los pocos habitantes que pagan impuestos, y no considera justo ni posible percibirlas parejas de todos los "económicamente —¡y tan económicamente!— activos" campesinos y obreros. El resultado es que el presupuesto nacional sea inevitablemente menguado, y que no haya nunca dinero para nada, y todas las obras que el mejor gobierno pueda soñar o prometer, se queden en proyectos frente a su falta de recursos, que es el reflejo de la falta de recursos de la mayoría de la población.

De manera que cuando el gobierno admite —como en el caso de la falta de escuelas— sus deficiencias, lo que hace en realidad es tener la franqueza de avisar al país, de advertirle, que hay un mal que sólo el país entero puede remediar, y que le importa atajar, en resumidas cuentas, más al propio país que al transitorio gobierno. Y ésta es una campaña en la que todos pueden ayudar: los "económicamente activos", con dinero; los campesinos, con mano de obra, como desde hace siglos realizan sus labores comunales. Todavía era menos fácil la del Analfabetismo, con eso de que cada letrado tuviera que andar a la caza de su troglodita para pervertirlo con el aprendizaje de la literatura, hasta que no se discurrió tarifarlos en veinticinco, suma que se estima el precio de un analfabeto degenerado en alfabeto.

Creo que es excelente la idea del licenciado Gual Vidal, de permitir que si las empresas comerciales, tan afectas a una publicidad en la que invierten millones de pesos, quieren darse taco con construir una escuela y ponerle su nombre, lo hagan: Escuela Coca-Cola, Escuela Rialtos, Escuela Flor de Sharon (¿no existe una Maternidad Mundet?, ¿y el nombre de Mundet, no es más el de un refresco que el de una hermenenta?, ¿y no es lo importante que exista la Maternidad, y que se construyan las escuelas?).

Con todo el fervor que las familias ponen en albergarse, para gozar de las conveniencias de la privacía, en habitaciones que por todas partes se construyen —conmovedores nidos, "apartamientos" y chozas—, las estadísticas demuestran que en México hay apenas un 0.89 por ciento de habitaciones, o sea que por cada cien familias (de cinco personas en promedio) hay ochenta y nueve casas con dos habitaciones y media también en promedio. Otros datos conexos e inquietantes nos proporciona la estadística, como el de que no hay en la república (en uso, se entiende: en las tiendas puede haber más, y en las "sucursales" de los bígamos o de los solteros) más que una cama para cada cuatro habitantes, o sea que de cada cuatro mexicanos, sólo uno duerme en cama, y los otros tres, o se acuestan con él, o duermen en el suelo.

Pero aun de esas insuficientes habitaciones, de esas piras o de esos desniveles nocturnos, las familias se dan sus mañas para multiplicar la oferta de niños que si caben en sus casas de dos cuartos y medio, y salen de sus camas de cuatro habitantes, no caben en las escuelas que hay. Y parece un claro deber de los padres que les dan casa, ayudar al gobierno a que les dé escuela.

Viernes 19

En vez de irnos a ingerir en Jena una cena que ni él ni yo apetecíamos, induje a Eric Rubio a acompañarme a ver en el templo metodista, o presbiteriano o lo que sea (Dios me lo perdone, y en plena Cuaresma) la representación en inglés de la misma *Antígona* de Jean Anouilh con que el domingo de Resurrección iniciaremos en Bellas Artes la temporada de la Escuela de Arte Teatral.

La hacía un grupo de aficionados que se llaman "Mexico City Players", dirigidos por Earl Sennett. Earl Sennett es un chico norteamericano, actor, que vino el año pasado a trabajar en el Teatro Americano del Iris, se enamoró de México y se quedó aquí unos meses: volvió a su país, pero sólo para arreglar su regreso a México, y ahora es el animador de ese grupo.

Dieron la *Antígona*, como en París, vestida con trajes actuales: el coro (Earl) en *tuxedo*, Creonte y Hemón de *frac*, y sin decorados. Les sirvió de escenario el piso mismo, sin telón ni tablado, del salón en que colocaron sillas para los invitados, mientras unos chicos manejaban desde atrás los elementales *spots* hechos con rollos de cartón con un foco adentro. Eso es espíritu teatral y ganas verdaderas de hacer teatro, que no reparan en limitaciones ni aguardan hasta la mesa puesta.

Y una actuación irreprochable, sobria, bien entonada, con todos sus papeles sabidos y sentidos a conciencia. Ahí donde Sennett sintió que sus actores peligrarían, prefirió suprimir, con grande habilidad, la escena, con lo que de paso redujo a una hora y media la duración de un espectáculo privado de los recursos, de los auxilios de un buen local y de una escenografía adecuada.

Me dio mucho gusto ver que el Creonte lo hiciera —a la perfección— un mexicano.

Comimos en Prendes, que estaba como nunca lleno de personas conocidas. Siempre está lleno, pero hoy parecieron haberse dado cita ahí comensales, de otros restaurantes, como si esa nueva columna de *Excélsior* en que se anuncia lo que van a servir en los que ahí se mencionan, alcanzara la utilidad negativa de alejar de ellos y de la pobre imaginación de sus *chefs* que ahí se declara, se transcribe o se cita de un modo lego —como esa "crema Vichy" fría que debe de ser la Vichissoise y que no es realmente un platillo como para jactarse de servirlo. En *Gourmet*, la revista neoyorquina, Lucius Beebe escribe todos los meses una sección semejante, "Along the Boulevards"; tan semejante que lleva el mismísimo grabado de un tipo en traje de noche y sombrero alto que teclea una máquina de escribir; pero es evidente que Nueva York ofrece material más surtido, amplio y competente de verdaderamente refinada glotonería para que un verdadero *gourmet* como el redactor de esa sección combine cada mes con una prosa divertida la remunerada publicidad de los restaurantes de esa ciudad. En México esa imitación resulta una caricatura.

Por la tarde fui a presenciar el ensayo de *Junior Miss* —comedia a la que su traductora Concha Sada ha dado el nombre de *Como la primavera*. Es la obra que dirige Clementina Otero de Barrios con los alumnos de su grupo para la temporada en Bellas Artes, y la que en la última semana de abril seguirá a la *Antígona* de Anouilh que presentaremos el domingo 28, y que ahora mismo repasaba Xavier en el escenario. Toda la Escuela es un laboratorio ebullente de ensayos: en otro salón, André Moreau estaba trabajando con su grupo en *El sueño de una noche de verano*, mientras en otro Fernando Wagner preparaba la *Judith* de Hebbel con sus alumnos, y todavía en otro Ricardo Parada León preparaba *La hija del rey*, de Peón Contreras. Resulta disonante, frente a este fervoroso esfuerzo en pro del teatro, recibir todavía otro telegrama de Julián Soler y del Güero Bustamante con la reiteración de su protesta porque permitamos que dirijan dos obras de la temporada dos profesores de la Escuela que acontecen llevar apellidos extranjeros —Moreau y Wagner. Ya les hemos explicado que la temporada es de la Escuela, y que estos señores dirigen como profesores de ella que son, con todos sus papeles migratorios en regla, y sin que sea sino absurdo dudar de su capacidad.

Sobre todo, su protesta es extemporánea, desmedidamente apriorística. Podrían o podrán echarnos en cara lo erróneo de nuestra decisión cuando haya quedado demostrado que las obras dirigidas por ellos fueron un fracaso. Pero para eso faltan dos cosas: que esas obras se lleven a la escena —dentro de dos y de tres meses respectivamente— y que sean un fracaso, cosa que el público será quien lo califique antes que el Güero y que Julián Soler.

Yo soy el primero en lamentar que no hayamos contado este año en el Instituto con el dinero necesario para realizar una temporada de comedia mexicana profesional *cosidetta* en que estrenar, por ejemplo, la *Judith* del Güero Bustamante, que habría podido encarnarse muy admirable y competentemente por Julieta Palavicini —obra y actriz que aguardan la brillante oportunidad que merecen. Pero no ha sido culpa nuestra el vernos limitados a la modestia de actores que cuando sean profesionales será porque han cursado una Escuela de Arte Teatral que antes no existía, y desafiados por las circunstancias a sacar el mejor partido posible de la bondad de un repertorio universal que también es valioso; del entusiasmo y la frescura de nuevos actores jóvenes y estudiosos —y de una pericia de los profesores de la Escuela que si no les reconociéramos, no se justificaría que los dejásemos enseñar en ella.

Lunes 22

Esta quieta Semana Santa en que todo mundo se fuga de todo mundo para tropezarse con todo mundo en los balnearios —y la ciudad se queda adorablemente sola y apacible, parece la mejor oportunidad para aplicarme a escribir la *Astucia* para el Teatro Infantil de este año. Veré si puedo hacerla como deseo —con mucha música, bailes, canto—, una verdadera, divertida opereta para la que habrá que buscar música de principios del siglo pasado. Y una trama sencilla y clara, que lleve a la presentación del personaje, quizá en su infancia, hasta la emisión de su mensaje de amor por la tierra y de abandono de la ciudad.

Martes 23

Despachada entre el sábado y el domingo toda la mercancía de la semana; practicada una especie de ducha mental, de higiene que me despojara de toda otra preocupación de trabajo, pude al fin aplicarme a planear y a ejecutar la redacción de *Astucia*.

Una infinita serie de circunstancias hacía mil veces más difícil la adaptación para el teatro de esta novelota que la del *Quijote*. En primer lugar, como que el *Quijote*, aun para los niños que no lo hayan leído nunca, está en el subconsciente. Luego, sus episodios son aislados, completos, cerrados, y tan esquizofrénicos dentro de la paranoia del héroe, que no era realmente difícil escoger entre ellos aquí y allá con cuáles subrayar y mostrar la acción del héroe y la compañía

de Sancho. Por último, el mensaje, por universal y genérico, era fácil de conferir; y la irrealidad permitía toda especie de licencias en las mutaciones, y toda clase de recursos en las cabalgaduras y en los trajes.

Pero *Astucia* es una novela realista, que por otra parte pocos conocen. Releída, descubrí que la había olvidado en sus detalles, y que sus detalles eran por tal extremo numerosos: que la narración de las aventuras y las vidas de los charros eran tan en sí un material riquísimo, ligado, bizantino, que cada una de ellas daría material para una película larga; que podría hacerse con todo el libro un *Gone with the Wind* mexicano de muchísimos rollos; pero que exprimir todo eso en una obra de teatro, no era fácil sin sacrificio de un 90 por ciento de los episodios laterales al héroe mismo, y desde luego, de todos los relativos a sus compañeros.

Una obra de teatro destinada a los niños tenía que cuidar con celo puntualísimo de omitir en lo posible toda prematura exposición de los "romances" y de las situaciones amorosas; y aun cuando todas ellas son de una pureza y de una ingenuidad absolutas, las historias particulares de los compañeros de *Astucia* giran todas en torno a sus noviazgos, lo cual era otra razón para dejarlas fuera de la versión teatral. Poco a poco fui localizando los límites de mi utilización de los episodios del libro hasta quedarme de él con una condenación de su principio —las dos despedidas de Lencho con su padre— y de su final: su actuación como jefe de seguridad del valle de Quencio, la llegada del padre de Amparo y, por último, la apología de la vida del campo, en que quiero que consista el mensaje de esta obra.

Pero resueltos más en menos en la teoría de la planeación los obstáculos del aprovechamiento de los episodios, quedaba por afrontar el tropiezo de llevar un ambiente ubicuo de campo y de equitación a un escenario que por teatral es de recursos estacionarios y limitados, y donde no sólo es un problema cambiar rápidamente decoraciones, sino una positiva imposibilidad presentar jinetes. La imaginación de los chicos de hoy, domesticada a la movilidad escénica del cine; apta para aburrirse con la pobre relación dialogada de episodios que preferiría presenciar de bulto —¿se contentaría con que le narrasen materia tan dinámica como las correrías de los charros contrabandistas? No podría, en el caso de *Astucia*, acudir a símbolos fantásticos como en el del *Quijote*. El realismo de esta novela mexicana me lo vedaba. Y en cuanto a su lenguaje, si ciertamente lo he encomiado en el libro, y ahí lo encuentro perfecto para su objeto, emplearlo yo se me resistía.

Determiné, en fin, dividir en tres actos la continuidad de la versión teatral. Tres actos, más un prólogo breve que, ya escrito, no resultó tan breve que digamos.

Ciertas manías, que vienen a ser la manifestación de los reflejos condicionados, tienen grande importancia. He distribuido por la casa, estratégicamente, mis instrumentos de trabajo. Tengo lápices afilados siempre a mano, dondequiera que me encuentre; y en cuanto a máquinas de escribir, una ociosa Hermes Baby en el vestidor, una Royal portátil en la biblioteca, una LC Smith grande en la cabaña y una Smith Corona portátil en el estudio, de tipo pequeño. En la Royal escribo cartas para el extranjero, a causa de que no tiene acentos; en la LC Smith, la mercancía. En la Corona he escrito los diálogos para cine y produje el *Quijote* el año pasado, y el antepasado, la *Nueva grandeza mexicana*. A la Corona, y al estudio en que la guardo, les correspondería engendrar y parir *Astucia*, por especialización de funciones.

Comencé el prólogo, con la presentación de Lencho y sus amigos en el campo, una mañana de "pinta" en que "les caen" el maestro de escuela, el cura y el padre de Lencho, por la mañana. Con las interrupciones del teléfono y de la comida, vine a terminarlo como a las seis de la tarde. Si fuera a llevar título aislado, podría llamarse *El hijo pródigo*.

Miércoles 24

No sé quién escriba, porque no lleva firma, esa sección de *Novedades*, "Algo de Alguien", que hoy me sorprendió con ocuparse en "la 'Ventana' de Salvador Novo" con tanta simpatía como buen estilo. A su oportuno estímulo pudo acaso deberse que me aplicara a proseguir la redacción de *Astucia* con tal celeridad, que a las nueve de la noche le di fin a un primer acto que empecé a escribir a las once de la mañana.

Los sabios de la música en el Instituto tendrán que buscar una auténtica del siglo pasado, mexicana, o que escribirla, para ilustrar ciertos pasajes de *Astucia*. Desde luego, para el corrido que hago cantar a un ciego en la feria de Quencio con que comienza el primer acto; enseguida, para las "cuadrillas" que han de bailarse en el segundo, y para la serenata de *Astucia* en que pienso convertir sus pensamientos de la Amparo que conocerá en el baile, y cuya letra está iniciada en el libro mismo, con palabras tan de romanza mexicana, aunque ahí aparezcan fundidas en la prosa del soliloquio de Lencho:

> Yo rancherón, yo pobre y sin ventura
> osé mirar las gracias de tu tez:
> pero te veo más alta que la luna;
> ¡ay! sí, yo te adoré,
> ¡perdona mi altivez!

de Sancho. Por último, el mensaje, por universal y genérico, era fácil de conferir; y la irrealidad permitía toda especie de licencias en las mutaciones, y toda clase de recursos en las cabalgaduras y en los trajes.

Pero *Astucia* es una novela realista, que por otra parte pocos conocen. Releída, descubrí que la había olvidado en sus detalles, y que sus detalles eran por tal extremo numerosos: que la narración de las aventuras y las vidas de los charros eran tan en sí un material riquísimo, ligado, bizantino, que cada una de ellas daría material para una película larga; que podría hacerse con todo el libro un *Gone with the Wind* mexicano de muchísimos rollos; pero que exprimir todo eso en una obra de teatro, no era fácil sin sacrificio de un 90 por ciento de los episodios laterales al héroe mismo, y desde luego, de todos los relativos a sus compañeros.

Una obra de teatro destinada a los niños tenía que cuidar con celo puntualísimo de omitir en lo posible toda prematura exposición de los "romances" y de las situaciones amorosas; y aun cuando todas ellas son de una pureza y de una ingenuidad absolutas, las historias particulares de los compañeros de *Astucia* giran todas en torno a sus noviazgos, lo cual era otra razón para dejarlas fuera de la versión teatral. Poco a poco fui localizando los límites de mi utilización de los episodios del libro hasta quedarme de él con una condenación de su principio —las dos despedidas de Lencho con su padre— y de su final: su actuación como jefe de seguridad del valle de Quencio, la llegada del padre de Amparo y, por último, la apología de la vida del campo, en que quiero que consista el mensaje de esta obra.

Pero resueltos más en menos en la teoría de la planeación los obstáculos del aprovechamiento de los episodios, quedaba por afrontar el tropiezo de llevar un ambiente ubicuo de campo y de equitación a un escenario que por teatral es de recursos estacionarios y limitados, y donde no sólo es un problema cambiar rápidamente decoraciones, sino una positiva imposibilidad presentar jinetes. La imaginación de los chicos de hoy, domesticada a la movilidad escénica del cine; apta para aburrirse con la pobre relación dialogada de episodios que preferiría presenciar de bulto —¿se contentaría con que le narrasen materia tan dinámica como las correrías de los charros contrabandistas? No podría, en el caso de *Astucia*, acudir a símbolos fantásticos como en el del *Quijote*. El realismo de esta novela mexicana me lo vedaba. Y en cuanto a su lenguaje, si ciertamente lo he encomiado en el libro, y ahí lo encuentro perfecto para su objeto, emplearlo yo se me resistía.

Determiné, en fin, dividir en tres actos la continuidad de la versión teatral. Tres actos, más un prólogo breve que, ya escrito, no resultó tan breve que digamos.

Ciertas manías, que vienen a ser la manifestación de los reflejos

condicionados, tienen grande importancia. He distribuido por la casa, estratégicamente, mis instrumentos de trabajo. Tengo lápices afilados siempre a mano, dondequiera que me encuentre; y en cuanto a máquinas de escribir, una ociosa Hermes Baby en el vestidor, una Royal portátil en la biblioteca, una LC Smith grande en la cabaña y una Smith Corona portátil en el estudio, de tipo pequeño. En la Royal escribo cartas para el extranjero, a causa de que no tiene acentos; en la LC Smith, la mercancía. En la Corona he escrito los diálogos para cine y produje el *Quijote* el año pasado, y el antepasado, la *Nueva grandeza mexicana*. A la Corona, y al estudio en que la guardo, les correspondería engendrar y parir *Astucia*, por especialización de funciones.

Comencé el prólogo, con la presentación de Lencho y sus amigos en el campo, una mañana de "pinta" en que "les caen" el maestro de escuela, el cura y el padre de Lencho, por la mañana. Con las interrupciones del teléfono y de la comida, vine a terminarlo como a las seis de la tarde. Si fuera a llevar título aislado, podría llamarse *El hijo pródigo*.

Miércoles 24

No sé quién escriba, porque no lleva firma, esa sección de *Novedades*, "Algo de Alguien", que hoy me sorprendió con ocuparse en "la 'Ventana' de Salvador Novo" con tanta simpatía como buen estilo. A su oportuno estímulo pudo acaso deberse que me aplicara a proseguir la redacción de *Astucia* con tal celeridad, que a las nueve de la noche le di fin a un primer acto que empecé a escribir a las once de la mañana.

Los sabios de la música en el Instituto tendrán que buscar una auténtica del siglo pasado, mexicana, o que escribirla, para ilustrar ciertos pasajes de *Astucia*. Desde luego, para el corrido que hago cantar a un ciego en la feria de Quencio con que comienza el primer acto; enseguida, para las "cuadrillas" que han de bailarse en el segundo, y para la serenata de *Astucia* en que pienso convertir sus pensamientos de la Amparo que conocerá en el baile, y cuya letra está iniciada en el libro mismo, con palabras tan de romanza mexicana, aunque ahí aparezcan fundidas en la prosa del soliloquio de Lencho:

Yo rancherón, yo pobre y sin ventura
osé mirar las gracias de tu tez:
pero te veo más alta que la luna;
¡ay! si, yo te adoré,
¡perdona mi altivez!

Conforme releo, puntualizo y escojo los pasajes escenificables de los trozos que finalmente he resuelto desarrollar, vuelve a ganarme la admiración por este modesto y grande novelista, a cautivarme la gracia de su provincialismo. Me parece que no es Josefita, sino el doctor Zozaya, quien pronuncia frases como ésta: "Te lo diré de una vez, Amparito; tanto las Amescuas, Conchita Rubio, las Cendejas, como las hijas de don Fermín, se han quedado chatas lo mismo que otras de la villa."

De la forzosa omisión de los demás charros, será posible salvar a dos que tomen el lugar del Chango y de Simón para los episodios de Quencio. Me simpatizan Pepe el Diablo —y Chepe Botas. El Botas es un buen nombre, cuyo personaje puedo fácilmente visualizar. Los casaré con las hermanas de Amparo.

Si termino esta semana, dispondremos de tres meses para organizar la producción. No es mucho, pero creo que se puede.

Abril

Sábado 3

Supongamos que se llama Miguel. En la secuencia anterior, le hemos dejado cuando acaba de bajar del tren de Guadalajara y recorre con paso alegre, en la noche fresca y despreocupada, la avenida Hidalgo. El *flashback* de su procedencia y la motivación de su viaje ya quedaron expuestos. Luego se perdió en la ciudad. Fue a ver a sus parientes y a sus paisanos, buscó trabajo, y aun lo encontró, por unos días, llevando leche fuera de la ciudad en un camión, muy temprano, como siempre se ha levantado.

Pero aquello no le satisfacía. Añoraba acaso su tierra, pero no podía volver a ella así nomás, como quien dice derrotado. Supo que su papá estaba muy enojado con él porque se había largado, y que decía que fuera mucho pal. Ya se contentaría. Pero lo que más extrañaba eran sus cuacos —el Vencedor y el Lucero. Había tenido que venderlos. Bueno, empeñarlos, como quien dice, porque se los volverían a entregar a cambio del dinero, seguro, porque en eso quedaron.

Allá se ganan dólares —allá se ganan dólares, allá se ganan dólares. Miguel anduvo entre los invasores del bosque de Chapultepec, que querían ser contratados como braceros, ahora que ya se volvió a arreglar eso. Los dispersaron, es cierto. Los periódicos clamaron indignados contra esa horda de holgazanes que se atrevían a profanar con su sucia presencia las bellezas inmarcesibles del bosque milenario, y a perturbar el esparcimiento de las familias que allí beben su Coca-Cola. "No se contratarán braceros en el D.F.", declararon las autoridades.

Pero Miguel no era tonto. Él supo bien. Con una mordida todo se arreglaría. Y en unos seis meses, con suerte ya habría juntado los dólares, los buenos dólares con que volver, en triunfo, al pueblo, a rescatar al Lucero y al Vencedor.

Domingo 4

Un periódico informa de que anteanoche los banqueros cenaron con don Carlos Novoa. Era ésa sin duda la cena a que se preparaba a ir el viernes don Salvador Ugarte. Pero erraba en anticipar que les pedirían colaboración para hacer escuelas. Les pidieron dinero, ciertamente, pero no para eso, sino para mandar atletas mexicanos a las olimpiadas de Londres; y se anuncia que entre todos van a reunir para ese objeto medio millón de pesos. Si el licenciado Gual Vidal hace cuentas, le dará tristeza pensar que con 500 000 pesos podrían construirle cincuenta aulas de a 10 000 cada una, aunque nuestra comparecencia atlética en las justas internacionales aguardara hasta que no fuera ya atlética nuestra realidad.

Lunes 5

Un economista me explicó por qué es posible esperar que ocurra una afluencia de capitales a fortalecer las reservas de México: porque resulta que ahora que el gobierno francés solicitó la ayuda financiera de Estados Unidos, éstos respondieron que primero afectaran, o se sirvieran de ellos, los créditos y los depósitos que sus propios nacionales los franceses tienen en los bancos americanos y les comunicaron la lista y el monto de esos capitales. Para ponerlos a salvo de la contingencia de que su gobierno se los solicitara, es bastante natural que esos depositantes franceses saquen como de rayo sus fondos de los bancos americanos, y los metan en los bancos de México, lo cual nos favorecería.

Puede asimismo suceder que los norteamericanos, en un momento dado, le digan a México que use en su propio desarrollo los fondos que algunos mexicanos adinerados guardan en los bancos de aquel país; y que antes de que eso ocurra; antes de que vayan a publicar la lista y el balance de esos señores, ellos prefieran reintegrar a su patria sus ahorros; lo cual también nos favorecería.

Martes 6

Hoy se publicó el fallo del jurado para el concurso poético de las Fiestas de la Primavera, y su primer premio fue atribuido a Xavier.

Es confortante ver que los Juegos Florales empiecen a verse concurridos por los buenos poetas, y ellos premiados con justicia entre el cúmulo de trabajos que se reciben siempre que se trata de una "poesía, tema y extensión libres", en que México ha sido siempre tan fecundo.

Ahora me arrepiento de no haberme esforzado en concurrir a la competencia, no por la poesía, pero sí por la *Guía histórica y artística de la ciudad de México*, que a juzgar por la lista de trabajos recibidos por el jurado, tuvo menos concursantes que el certamen de la poesía. Habría sido bonito resultar por segunda vez premiado en un tema que me gusta, y me hago la ilusión de que habría podido obtener el premio. Pero no tuve tiempo, ni me hice el ánimo de hallarle un hueco en mis ocupaciones a la esforzada de ceñir a sesenta o cien cuartillas un Baedeker original de la ciudad en que sus sitios históricos y sus contenidos artísticos cupieran. Espero con curiosidad el fallo de este concurso, que aún no se publica, para admirar el trabajo que haya sido premiado en un tema tan interesante.

Jueves 8

Los periodistas que acompañan al presidente en su gira telegrafiaron hoy la noticia de la entrevista que sostuvieron con el expresidente Abelardo L. Rodríguez, y en la cual éste reiteró su decisión de retirarse de la política para atender a su salud y a los negocios que tiene descuidados desde que aceptó servir a su pueblo de Sonora. La plática fue muy surtida en temas: el general describió su amistad vieja con un Lázaro Cárdenas cuyo compañero de primeras armas fue en el ejército de la Revolución, y luego, para hablar del comunismo, se refirió con desdén al PP para afirmar que a pesar de su inclusión de conocidos reaccionarios en sus filas, es un órgano comunista que obedece a las consignas de Moscú; lo cual, por otra parte, carece de importancia, ya que los rusos no están echando más que "cácalos" a los americanos, pero se les conoce el *bluff*.

¿Qué será eso de "cácalos"? Yo había oído hablar de las "cacallacas", palabra que ya me parecía bastante fea, y por la que todo mundo entiende un híbrido de las "echadas" jactanciosas y de las provocaciones indirectas. "Cácalos", por el sentido de la frase, me parece que será más o menos lo mismo, y que a lo mejor es un término que usen en su jerga especial los jugadores de póquer, puesto que a seguidas se habla de un *bluff* que los más humildes llaman "petate" cuando asustan con el del muerto a sus contrincantes.

En general, el lenguaje de esas declaraciones expresidenciales es defectuoso, sin duda porque no las destinaba —esos "cácalos"— a la publicidad, sino a la conversación con los periodistas. Y tampoco es

muy estricta su lógica implícita, porque si las familias se dividen, conforme a viejo y acreditado canon, en "revolucionarios" y "reaccionarios": y ahora resulta que la nueva clasificación es entre "comunistas" y "reaccionarios", los comunistas resultan revolucionarios y el revolucionario general Rodríguez comunista desde un punto de vista reaccionario, o —lo cual ha de parecerle igualmente inadmisible— reaccionario desde un punto de vista comunista o revolucionario.

En todo lo cual hay un lío de definiciones tan molesto y desagradable, que hace bien el general Rodríguez en abdicar de la política para retirarse a menesteres cuya clasificación no resulte tan enredada.

Viernes 9

Como Jorge Rubio anda de vacaciones en Tuxpan; y Raoul Fournier tenía que concurrir a todavía otro homenaje ofrecido en forma de cena al doctor Zubirán en castigo por los veinticinco años que lleva de médico, me llevé al concierto a Anita y a Carito, y antes fuimos a tomar una ligera merienda a un Sanborn's que nos puso evocadores del tiempo en que conocíamos a toda la gente, cuando ahora no saludamos más que a Julio Jiménez Rueda. Los tres teníamos siglos de no ir a ese lugar, que sigue oliendo a miel de maple, y cuyas mesas siguen pacientemente aguardando a que se desocupen los jóvenes elegantes de una nueva generación.

El palco estaba, a nuestra llegada, ya todo ocupado, por mis invitados directos —Enrique Bravo y su señora— y por mis invitados indirectos —cinco cadetes en traje de gala. Resulta que el mayor Moreno Villa, que es como el *public relations man* del Colegio Militar, gusta de premiar a los alumnos más distinguidos con facilitarles el acceso a los buenos espectáculos culturales, y yo he puesto a su disposición tres entradas semanarias para otros tantos muchachos que generalmente se sientan en luneta, pero que deben de preferir el palco, aunque esta vez tuvieron que hacer en él un "plantón" a nuestra llegada. El director Juan José Castro se veía un poco acromegálico, y por sus movimientos bruscos y masivos, más parecía estoquear a la orquesta que dirigirla —o bien la dirigía como debe de hacerlo desde el timón a una nave en zozobra un encargado fatalista de su destino. El resultado fue que sonaran bastante iguales Bach que Beethoven, García Morillo y Debussy, y que recibiéramos, puesto que el director se apellida Castro, un Beethoven más castrado que beethoveniano, en tanto que el Debussy que nos dio parecía excesivamente "revelado", o retocado, y que el *Vals* de Weber no hubiéramos querido beberlo.

Sábado 10

¡El susto que se habrán llevado los pacíficos delegados de la unida y apacible América con la revolución de Bogotá! Aunque no sea uno supersticioso, no puede menos que advertir las fatales y reiteradas coincidencias entre la imposición del Águila Azteca a los mandatarios que la han recibido, y la mala pata que acostumbra a seguir a su recepción. Hace ya muchos años, cuando estábamos en Relaciones, ya Enrique Jiménez había notado que en cuanto México le otorgaba a algún presidente de república sudamericana el Águila Azteca, no tardaba en morirse, o en cargar el demonio con su gobierno. Iban ya entonces muchos casos y todavía después le otorgaron a don Manuel Azaña la famosa aguilita, con el resultado conocido. La *jetta* no parece haber terminado. No hacía días que Jaime le impuso al presidente de Colombia el cordón, o algo del Águila Azteca, cuando ya vimos lo que ocurrió.

La culta Colombia debe de estar muy apenada. Floridos discursos habían empezado a demostrar que su alto ejemplo de gobernantes literarios: de ciudadanos, cada uno de los cuales es fama que ha escrito una gramática, cundía en los países que eran sus huéspedes para una Conferencia Interamericana, cuando, primero, algunos antiyanquis le cometieron descortesías a nada menos que el propio Marshall del Plan Marshall. Y había comenzado una conferencia en que todo era felicitaciones, abrazos, banquetes, recepciones y otras surtidas muestras de refinada cultura internacional: y acababa Marshall de declinar la invitación de Torres Bodet a marshalizar a una destituida América Latina, cuando los irritables, repentinos, imprevisibles (tan imprevisibles que el eficaz servicio de inteligencia americana no se las olió siquiera) reaccionaron con una revolución francesa ante el asesinato de un líder liberal Jorge Eliecer Gaitán, entraron a saco por los palacios, incendiáronlos, se apoderaron de las estaciones de radio desde las cuales dirigieron la rebelión; ignoraron el alto de la sacra bandera norteamericana cuyo edificio perjudicaron —y en un país supuestamente católico hasta las cachas, procedieron contra las iglesias y sus santos como si Tomás Garrido Canabal hubiera resucitado en Colombia, o como si los colombianos ya hubieran visto *El fugitivo*.

Contrastes de la vida. México tuvo mucho tiempo fama de revoltoso —hasta que no peinó y acicaló a su revolución, de la cual a la fecha se hallan bien olvidados todos los episodios de incendio y saqueo. Todo el tiempo que Colombia gozó la de un país pacífico y culto, lleno de Guillermos Valencias. Y ahora que el mexicano, culto y acicalado Torres Bodet llevaba a Colombia una imagen tan trasformada, tan colombiana y literaria del mexicano, Colombia pega el salto atrás y se mexicaniza hasta el punto de poner en escena una revolución como ya no se usan, y de incomunicar a todos los delegados a la Conferencia Interamericana. No se sabe nada de los mexicanos que llevaron consigo a sus esposas, sino que "están bien", aunque no coman. El presidente Alemán, en gira, aconsejó "calma" y esperar más noticias de los disturbios. Sólo el práctico general Perón mandó enseguida recoger a sus delegados en algún Toro Pampero: y con la cortesía de que hace gala, invitó a los demás que quisieran poner pies en polvorosa a hacerlo en sus potentes aviones.

Jueves 15

Hay un momento en el día de todos los días en que nos odiamos a nosotros mismos con más desesperada fuerza que en el resto del tiempo. Es la hora de esa misa cotidiana, de ese examen de la conciencia externa, en que aparecemos desnudos, lánguidos, deteriorados, lamentables; en que surgimos de las tibias ropas de la cama a reanudar la percepción de un mundo renovado que era mejor durante los sueños arbitrarios de la noche concluida, y sumergimos en el Jordán recalentado del baño a la criatura inédita que quisiéramos ser.

Todos los auxilios de la restauración artificial se nos brindan en ese privadísimo taller de reparaciones que es el cuarto de baño. Los cepillos, las esponjas, los jabones, las sales, las pastas, los enjuagatorios; y luego las tijeras y las navajas, las lociones, los talcos, las grasas.

Y, o pero, los espejos. Como escultores, como pintores, como albañiles, emprendemos la composición laboriosa de la imagen que hemos acreditado ante los demás, sobre los restos de la que nos ha entregado la noche, sobre los escombros que nos van dejando los años. Nos proponemos "no ofender" los sentidos, ni propios ni ajenos. Y una rabia sorda va apoderándose de nosotros mientras escrutamos el espejo.

Luego, a vestirse. A abrochar, uno por uno, todos los infinitos botones de esta ropa estúpida que acabará de armarnos, precisamente como una armadura complicada, para la pública batalla a que hemos de acudir con este uniforme de personas decentes; a colgarnos de los tirantes; a ahorcarnos con el cinturón y con la corbata; y a convertirnos en nuestro propio archivero por la distribución de carteras y plumas, dinero y cigarrillos, por todos los cajones de todas nuestras piezas —miembros artificiales del canguro en que nos logramos convertir.

¡Qué transparente simbolismo ha presidido la simplificación de la ropa femenina, al mismo tiempo que acentuado la complicación de la nuestra, centrándola en la multitud de botones que hemos de abro-

charnos, para vestirla! ¡Que para las mujeres sea cada vez más fácil desnudarse, entregarse; y que los hombres, mientras más veces, mejor para su vanidad sexual, encuentren en la operación neurótica, simbólica, de abrochar un botón en un ojal, una ratificación objetiva de que pueden hacerlo y de que lo hacen cuantas veces sea necesario, aunque ya no les vaya quedando más ocasión de hacerlo que cuando se ponen la camisa, el pantalón, el chaleco y el saco!

Lunes 19

Este pobre Palacio de Bellas Artes, a cuya enorme sala de espectáculos todas las familias se sienten con derecho; que se irritan si se los niegan porque otros se les adelantaron en solicitarlo dentro de un calendario que hay que formular con medio año de anticipación; que ve mítines, escucha conciertos, admira óperas, conmemora fechas, celebra fiestas, engendra envidias y resentimientos, provoca conflictos, descompone hígados, altera temperamentos.

Hoy, por ejemplo, los indígenas de casi todas las regiones del país, representados por unos cuantos grupos de ellos pintorescamente ataviados, se cruzaban en su camino al escenario con las bancas de raso rosa y las guirnaldas de flores artificiales que sirvieron el sábado para coronar a Su Majestad la Reina de la Primavera, y que ya iban de retirada para que ahora, mañana, se celebre en su lugar el Día del Indio con danzas folklóricas. Los indígenas venían a ensayar, capitaneados por sus animadores. Y ya estaba ahí Clementina Otero de Barrios con su grupo, que acontece que debute el viernes, y que necesita ensayar a su vez. Y no estaba sola en su necesidad del escenario que se le iba a llenar de tribus, sino que también aguardaba Mariema, una bailarina que a su vez necesitaba el escenario porque tiene función a las nueve de esta misma noche, y quiere con razón probar las luces y los telones de su acto.

El jefe de Asuntos Indígenas andaba por ahí, y accedió a cortar su ensayo —que se le había dado para el domingo— y a dejarlo para mañana en la mañana. Y aconteció ser mi conocido indirecto. Se llama Héctor Sánchez, y me reveló que es sobrino de Finita Sánchez de Zambrano, mi profesora, mi directora, la dueña del Colegio Modelo de Torreón en que puede decirse, si es que puede decirse, que aprendí las primeras letras. Ahora ella vive, supongo que retirada del magisterio (porque además se halló un tesoro en el local del Colegio) en Chihuahua, y me recuerda. Le envié con su sobrino mis más cariñosos saludos.

Las Fiestas de la Primavera están dando, por su parte, mucho quehacer. Yo no vine el sábado a la coronación de la Reina, porque entre otras cosas el Departamento se llevó todo el boletaje para

venderlo, incluso los asientos oficiales, y estaban muy caros a 50 pesos. Ahora que sé lo que pasó, lamento no haber venido, porque a última hora, como el teatro estaba medio vacío, dieron orden de que discretamente admitieran público gratis, con la advertencia de que los mejor vestiditos pasaran a luneta, los de medio pelo a segundos y los demás al tercer piso. Pude, pues, haber entrado a ver cómo desfilaban las princesas, y a escuchar la admiración con que desfilaban por la pasarela, y aun disfrutar el discurso de resistencia del licenciado Andrés Serra Rojas.

Y sigue la primavera. Hoy el maestro Chávez tuvo que hacer caber dentro de su atareada agenda la obligación de ser jurado de las bandas que van a tocar desde las cinco en la alameda de Santa María. Y el jueves, temo que Clementina tendrá que vérselas negras para su ensayo general, porque otra vez se anuncia que se repetirá, con variantes, la empeñosa Fiesta de la Primavera —en Bellas Artes.

Por la tarde me quedé a escuchar la clase de psicología de Gómez Robleda en la Escuela de Arte Teatral. Una clase perfecta, modelo, que alguien debería tomar en taquigrafía. Con la más admirable maña va dándoles a muchachos entre cuyas mentalidades hay abismos, los fundamentos más lúcidos y esenciales para la inteligencia de la personalidad. Les habló de las crisis —del nacimiento, de la pubertad, de la "edad media" y de la agonía. La hora de clase se pasó en un minuto de absorta atención.

Jueves 22

Variantes mexicanas de un compuesto novelístico de Clochemerle y Topacio, contribuidas por una vida real tan rica en ejemplos de lucrativa y práctica imaginación: un funcionario del pasado tropezó durante el acuerdo con su administrador, con el problema de que no había partida para cubrir la suma mensual de 77 000 pesos que costaban por renta otros tantos aparatos desinfectantes de los mingitorios públicos que en número de setenta y siete mil, perfumaban aquel indispensable sitio en los otros tantos establecimientos públicos puestos bajo el cuidado y la responsabilidad del funcionario.

El cual ordenó una investigación del asunto, que puso al descubierto que en cierta fecha se había constituido, con el capital mínimo de 25 000 pesos dispuesto por la ley, una compañía para explotar aparatos desinfectantes de tales especificaciones como los patentados con tal número. Y como simultáneamente se hallaba en vigor del decreto que ordenaba la higiene de los mingitorios públicos mediante la instalación en todos ellos de un aparato cuyas características eran precisamente las del patentado por aquella compañía, lo natural fue

que a fin de cumplir con el higiénico decreto los funcionarios acudieran a ella en demanda de sus aparatos.

Pero la compañía no los vendía, sino que los alquilaba, en la modesta suma de un peso mensual cada uno. En esta circunstancia se había originado el desembolso mensual de 77 000 pesos que el funcionario no hallaba cómo afrontar. Fue pues a acuerdo con su presidente, y le pidió que le ampliaran las partidas en la suma suficiente y necesaria para solventar esa renta. De paso, le llevó la documentación que le daba antecedentes a aquel asunto: constitución de la higiénica compañía, y el higiénico decreto que la patrocinaba.

El presidente comprendió, hizo un callado gesto.

—Hágame favor —dijo al funcionario— de redactar y traerme enseguida un decreto que derogue éste.

—Por si ésa fuere la solución —replicó el funcionario— aquí lo traigo ya redactado en mi cartera.

Viernes 23

Los chicos del grupo de Clementina vieron hoy premiado su esfuerzo de dos meses de ensayos y de rígida disciplina con los aplausos que les prodigó el público en su *debut* como intérpretes de esta sencilla y alegre comedia yanqui a la que su traductora Conchita Sada puso el nombre de *Como la primavera*.

Muchas razones contribuyen al éxito de esta pieza. La principal es que todos sus papeles excepto los de los padres les quedan a los muchachos porque son para su edad real. La gente entró enseguida en las divertidas situaciones que provoca la enredosa chiquilla encarnada por una Martha Ofelia Galindo que es en la vida real hermana de Ferrusquilla, y que está convenientemente regordeta. Esta chica ha trabajado ya varios años en el Teatro Infantil, del cual era la estrella siempre bajo la dirección de la enérgica Clementina. También les cayó muy en gracia la Soffy y Rosa María Moreno demostró que los empresarios del Ideal tuvieron buen ojo cuando la contrataron. Fue nuestra Maritornes del *Quijote*, obra en la que también hicieron sus primeras armas públicas Carlos Bribiesca, el padre demasiado joven de esta obra, que hacía en el *Quijote* al bachiller Sansón Carrasco, y Mario Orea, el iracundo hombre de negocios que encarnó al Sancho en *Don Quijote*.

Pero para mí, que poco a poco he ido conociendo a todos estos disciplinados y entusiastas muchachos; que he visto cómo, impulsados por una vocación heroica abandonan trabajos lucrativos para seguir con la Escuela; que se han echado encima en la ropa necesaria lo que van a ganar ahora que por primera vez ganarán algo; entre los

cuales prevalece un doble y limpio espíritu de camaradería manifiesto en prestarse ropa y utilería, en ayudarse a vestir, en repasarse unos a los otros sus papeles; para mí fue conmovedor entrar a felicitarles tras de bastidores y encontrarles vibrantes, tensos, brillantes los ojos con una mezcla de lágrimas y alegría, abrazándose mutuamente. Ha-bían dado el primer paso en su carrera. Yo habría querido ser rico y llevarme a toda la compañía a una celebración tan grande y fastuosa como su culminado entusiasmo.

Clementina había desaparecido y nadie se dio cuenta de a qué hora. Sólo Conchita, la traductora, permanecía también radiante de gozo, en el palco desde el cual doña Virginia Fábregas había querido asistir al nacimiento de una nueva generación de actores.

Lunes 26

Todo el mundo parece haberse ido al entierro del maestro Ponce, al cual el presidente ofreció concurrir. Era una persona querida por todo el mundo —que todo mundo sentía su amiga aun cuando no le conociera sino por haberle visto con su hermoso pelo blanco en alguna parte. Enfermo desde hace mucho tiempo, ya cuando le otorgaron el Premio Nacional, hace poco, en Los Pinos, tuvo que ser conducido casi en peso, y el presidente lo hizo sentarse durante la breve ceremonia en que el maestro dio las gracias emocionado porque aquellos 20 000 pesos le permitirían dar cima sin apremios a algunas obras que estaba componiendo.

Yo lo recuerdo desde hace casi treinta años, cuando vivía en la cerrada del Pino, frente a la casa de mi tío Paulino y Josefina su esposa, ambos amantes de la música, que cultivaban con él y con la señora Clema una amistad de vecinos. Hombre bondadoso, excelente, lo que se dice un corazón de oro. Años más tarde, cuando vivió por algunos en París y publicaba allá una revista musical, el Vate Frías, mi grande amigo, me escribía con respeto y admiración del maestro Ponce, con quien se veía muy a menudo y quien sin duda ayudaba mucho al Vate —persona difícil para la amistad. Volvió luego a México, fue algún tiempo director del Conservatorio —y luego se aisló, sin duda ya enfermo, pero siempre presente en la estimación de quienes conocían su obra musical seria, y de quienes gustaban de sus canciones sencillas, mexicanísimas sin charrería —"Estrellita" sobre todas, pero también "A la orilla de un palmar", en las que perduraban las viejas danzas de nuestra música más romántica y sencillamente sincera.

Fue un acierto oportuno, desgraciadamente un poco tardío para los efectos de su disfrute, el otorgamiento del Premio Nacional a quien más lo merecía de los músicos mexicanos.

Martes 27

Es curioso que coincida el día de personas tan profesionalmente disciplinadas como el soldado, con la fecha que el ultimátum de la Junta de Gobierno de la Universidad ha señalado como límite para que personas tan vocacionalmente rebeldes como los estudiantes se dispongan a reanudar las clases que interrumpieron ya hace más de una semana para el efecto de que el rector Zubirán abandonase el cargo porque les simpatizaba tan poco como el nuevo y provisional contador público designado por esa misma Junta de Gobierno. Los periódicos de hoy anuncian que los profesores se inclinan por reunirse a los estudiantes en una huelga que habría de durar el resto del año.

No faltan quienes piensen que cerrar por un año la Universidad sería un buen remedio de urgencia, quirúrgico digamos para sus numerosos padecimientos. El principal de los cuales, y del que dimanan todos los otros, es el equívoco de llamar universitarios a los veinticinco mil estudiantes de una Universidad que evidentemente es tan incapaz de alojarlos y de educarlos, como ellos de conducirse con la serenidad universitaria que les piden los que por viejos y por titulados merecen ya ese nombre y no les queda más remedio que observar esa conducta. Ni la Escuela por ejemplo de Medicina tiene cadáveres ni microscopios suficientes ni aulas ni profesores para los dos o tres mil estudiantes inscritos en ella, ni los veinticinco mil son otra cosa que adolescentes en la precisa etapa en que el hombre es rebelde o motinero. Se explica bien que los muchachos no quieran ir a clases si se toma en cuenta que no son ellos sino sus obcecados padres, quienes los han forzado a seguir una carrera para la cual carecen de vocación, y para impartir la cual la Universidad a su vez carece de medios materiales.

Y ni siquiera puede pensarse que desterrándolos al pedregal en que quieren construirles su ciudad vayan a apaciguarse los adolescentes. Por las trazas, todo lo que puede ocurrir es que allá dispongan de más contundentes proyectiles para romper con ellos la cabeza al mártir que acepte ocupar la rectoría por el tiempo que su capricho se lo permita.

Miércoles 28

Como ya se esperaba, los profesores de la Universidad resolvieron suspender su enseñanza por el resto del año, lo que equivale a clausurarla, y ayer mismo comunicaron al presidente una decisión que no objetó, y que hoy aparece publicada en los diarios, aun con la puerta abierta a la conciliación, posible si los estudiantes se pliegan a obedecer los mecanismos ortodoxos del funcionamiento de la Casa de Estudios cuyas accesorias se negaron a entregar.

Por otra parte, aparecieron hoy, en desplegados, declaraciones de los presidentes de sociedades de alumnos de diversas escuelas que advierten a sus compañeros contra los agitadores reconocidamente comunistas que señalan en los líderes de la huelga, y es por ahí por donde acaso se entrevea algún arreglo.

Pero cualquiera que sea el resultado final, esta vez ha sido inaudito el desbordamiento de la saña colectiva de los estudiantes. Los periódicos no lo han publicado, pero al pobre doctor Zubirán, además de las vejaciones personales que le infligieron al principio de los motines, siguieron atacándolo dondequiera que pretendía refugiarse para continuar en funciones de rector en el exilio. Quiso hacerlo en la Biblioteca Nacional, y ahí llegó un grupo furibundo a echarlo y a tomar posesión del edificio. Por teléfono amenazan de muerte a él y a su familia, a la que tuvo que despachar a la relativa seguridad de su quinta de San Jerónimo. La última parte en que trató de seguir despachando fue la casa del doctor Zozaya, y este escondite, como los anteriores en que anduvo "al brinco", fue misteriosamente localizado por los huelguistas, que llegaron a lapidar la apacible morada del doctor Zozaya. No bastó que renunciara irrevocablemente: las amenazas siguieron, y entonces como último recurso, anunció que ayer saldría para los Estados Unidos.

Conforme se acerca el primero de mayo, se extiende un clima de inquietud, de zozobra, de premoniciones. Las familias temen que en esa fecha brote un bogotazo desagradable: con los estudiantes, que ya anduvieron haciendo práctica de disturbios; por la presencia de las Juventudes de América que van a celebrar su congreso y lo inauguran la víspera —y sobre todo a causa de la huelga eléctrica, que impediría toda comunicación rápida y permitiría toda clase de excesos. Han seguido las pláticas entre los obreros, la empresa y el subsecretario de Trabajo —el pobre sub— Chato Ramírez,que ya no duerme nunca: pero aunque él anuncia posibilidades de arreglo, los obreros y la empresa dirimen su pleito en una esgrima de publicaciones en que se echan en cara la ropa sucia, y los electricistas, sobre contar con la adhesión de muchos otros importantes sindicatos, insinúan la expropiación de la empresa como el mejor antídoto de su obstinación en no compartir con sus obreros los aumentos en su exacción a los consumidores de luz y fuerza.

Con motivo del Congreso de las Juventudes, los periódicos que no quieren a Carlos han guisado su información de modo que pueda entenderse que él fue quien les concedió permiso para celebrarlo, y les cedió Bellas Artes para ello. No ignoran, pero no reconocen, que el Instituto no tiene entre sus funciones las que incumben a Gobernación, y en cuanto a la cesión de Bellas Artes para inaugurar el

tal congreso, bastante nos perjudica privándonos de tiempo de ensayos para que no Carlos Chávez, sino los encargados del calendario de actividades del Palacio, la hubieran negado como la negaron. La orden de ceder la sala vino, como dicen, "de arriba". Pero por lo visto, cualquier pretexto es bueno para ensañarse con Carlos Chávez.

Mayo

Jueves 6

Por la noche, fui un momento al coctel con que se inauguraba la tienda de flores decorada por Arturo Pani a dos pasos de su tienda de Niza —muy cerca de donde las chicas Misrachi contarán pronto con el juguete de una librería también de lujo igualmente decorada por Arturo Pani, y para la cual he sugerido el nombre de Dédalo. Carmen López Figueroa me había invitado al coctel, ceremonias de las que huyo siempre, y reduje mi aparición a saludarla, a felicitar a Arturo por sus originales ideas (el lago en el piso, la lluvia en el escaparate, el espejo a media habitación, las flores metidas en sombreros de Chatillon, que ahí andaba, naturalmente), a conversar un momento con don Felipe Mier, y a saludar a la Bicha antes de escaparme hacia el coche, donde me esperaban para ir al cine.

Carmen me presentó a un nuevo Barrios Gómez, el joven Agustín, que es quien escribe las notas de sociedad (RSVP) en *Novedades*. Me dijo que él nunca había escrito antes, ni lo pensaba, pero que don Alejandro Quijano le pidió que le hiciera esa columna, por la cual le felicité, porque realmente está muy bien. Se le siente la autenticidad del conocimiento de las familias apretadas de que habla; su conocimiento directo, su trato íntimo y frecuente, a diferencia de los que nutren sus chismes con comunicaciones de trasmano porque ni conocen a la gente de que hablan, o la conocen sólo de vista. Y hay otra diferencia palpable: la de la gratuidad, y en consecuencia de la pureza, de las notas, las menciones, las referencias.

Reincidí en el cine, y en el consiguiente fastidio. Alenté la esperanza de que la *Sinfonía fantástica*, con la vida de Berlioz interpretada por el Jean Louis Barrault a quien Gide mira y a quien vi hacer *Hamlet*, sería la mejor de las tres películas francesas que en estos días exhiben. La preferí a *Volpone* y a *Panique*. No sé si hice bien, pero me abstendré de comprobarlo por la comparación que me obligaría a volver al cine tan pronto.

Viernes 7

Existe, claro; debe existir una disposición general que hace pronto, fácil y posible el aprendizaje y el perfeccionamiento de una técnica que redescubre sus remotas raíces en la lactancia. De otro modo, el famoso *Kinsey Report (Sex Behavior in the Human Male)* no incluiría la indiscreta pregunta en sus cuestionarios con tan profunda precisión. Me vienen, fuera de lugar, pero dentro de situación, estos versos a la memoria:

> In youth, it was a way I had
> To do my best to please,
> And change, with every passing lad,
> To suit his theories.
>
> But now I know the things I know
> And do the things I do
> And if you do not like me so,
> To hell, my love, with you!

Fue curioso que más tarde, durante la cena a que Carito me invitó para formar las parejas correctas de su mesa con los Rosenblueth, los Chávez y Anita Misrachi, el doctor Rosenblueth, que parece tan inclinado a las conversaciones adustas y trascendentales, provocara o dirigiera una acerca del absurdo de este empeño tan generalizado de rejuvenecer o de mantenerse joven contra viento y marea, que ha puesto tan en moda las inyecciones de suero. Primero razonó la calvicie, y cuando Raoul dijo que contra ella solía ponerse en práctica cierto procedimiento de inutilización del individuo para ciertos gratos servicios, a trueque de la conservación de la cabellera, el doctor Rosenblueth, aun descartando la eficacia de tal terapéutica apriorística (puesto que esa mutilación, cuando mucho, conservará el pelo, pero no podrá reinstalarlo), razonó que si el individuo quiere su pelo es para ser tan atractivo que le sirva como arma de conquista; y que si logra conservar el arma, pero ya ni apetece esgrimirla, no es sensato ni tiene sentido empeñarse en lucir un penacho que no anuncia lanza.

Esta parte de la conversación, por supuesto, no la escucharon las señoras, que habían subido a la biblioteca mientras nosotros permanecíamos en la sala. Pero la conversación se reanudó con ellas, y entonces el doctor Rosenblueth nos ilustró acerca de la nunca interrumpida juventud de los peces, que nunca mueren de viejos, sino de grandes cuando ya no alcanzan a nutrirse, o de accidente cuando tropiezan con un colega que los engulle. Y acabó por confiarnos que él ha conservado en congelación células vivas, resucitables tan fres-

cas en cualquier momento; que la desventaja de ciertos tejidos está en que revientan en el punto de la congelación; pero que si el procedimiento se perfecciona, será posible a su elección convertir a las familias que lo apetezcan en paletas, guardarlas diez, cien años y descongelarlas en un momento dado a la sorpresa de un mundo desconocido y, a su juicio, insoportable para el individuo —especie de helado de Bella Durmiente del Bosque o de Rip Van Winkle.

Así como ahora las señoras guardan en sus frigoríficos espárragos y filetes; o como las semillas de trigo de las tumbas egipcias han conservado a través de los siglos su poder de germinación, será posible guardar, poner aparte, ahorrar, semilla humana selecta congelada para su siembra a voluntad en las señoras que resuelvan concebir un hijo de tales o cuales características. Si el procedimiento se hubiera descubierto a tiempo, las señoras de nuestra época podrían por ejemplo tener un hijo con Aquiles, o de Felipe el Hermoso. Como están las cosas, y si ahora se empieza a aplicar a la raza humana una técnica —por lo demás poco atractiva— de inseminación que ya se practica en otros ganados, las señoras del año 2000 podrán si lo apetecen dar al mundo un fruto a control remotísimo de, por ejemplo, Tyrone Power o Churchill.

Sábado 8

El tema del envejecimiento, como una leve obsesión musical, me acompañó todo el día. A su propósito escribí las tres "Ventanas" de la semana próxima, en torno a esos imaginarios personajes —Angelita, don Justo, Lupe su hija— que cada vez se me vuelven más reales y más autónomos. Cuando concluí, me puse a reunir, releer y señalar en la biblioteca materiales surtidos en torno al tema de la vejez —a partir del clásico *De Senectute*, que me divirtió mucho ver impugnado por Hernando del Pulgar. Las tonterías atribuidas por fray Antonio de Guevara a Marco Aurelio, ya se las había hecho leer a don Justo en una "Ventana". Y así, a una primera y rápida revisión, la literatura española no me ofreció más que un pésimo romance "A la vejez" de don Eugenio de Tapia —y los preciosísimos, epicúreos versos— "Vida del autor en la vejez", de mi consentido Baltazar del Alcázar.

El *Religio medici* de sir Thomas Browne —un curioso médico y anticuario del XVII— contiene una serena y elegante exposición de los efectos de la vejez en el carácter, el misterio de su presencia y su ausencia, sus desventajas —y la transitoria naturaleza de sus achaques. Y en las cartas de Horace Walpole encontré esta buena definición de la vejez: *Old folks are but old women, who love their last lovers as much as they did their first.* Seguí leyendo estas cartas y di

con la que el 15 de enero de 1797 escribió a la condesa de Osorio, y que es toda ella acerca de su propia senectud.

Di luego con un *Sermón de la vejez*, de un clérigo yanqui, Theodore Parker (*Alas for the man who has lived meanly! His old age is a sad and windy day, whereunto the Spring offers no promise. He sowed the wind: it is the storm he reaps*) bastante aburrido y excesivamente solemne; y luego revisé a los poetas griegos menores en una búsqueda detectivesca de alusiones a la vejez, que me rindió una copiosa cosecha, pues tienen poemas breves sobre ella Apolodoro, Caristio, Crates, Ferécrates y Teodectes. De éste es esta joyita (qué culpa tengo de que los griegos estén en inglés en mi biblioteca):

Old age and marriage are twin happenings;
We long to have them both befall ourselves,
But when befallen, we deplore too late.

De Ferécrates:

Age is the heaviest burden man can bear,
Compound of disappointment, pain and care:
For when the mind's experience comes at length,
It comes to mourn the body's loss of strength;
Resigned to ignorance all our better days,
Knowledge just ripens when the man decays;
One ray of light the closing eye perceives,
And wisdom only takes what folly leaves.

De Crates:

These shriveled sinews and this bending frame
The workmanship of Time's strong hand proclaim...

El poema de Pierre de Ronsard a la vejez de su dama ("Quand vous serez bien vieille") me condujo, por la mano de una contagiosa tristeza, a releer, en el *Diario* de Amiel, lo que él escribió el 11 de abril de 1865, que es exactamente lo mismo que yo pudiera haber escrito el 8 de mayo de 1948.

Lunes 10

Por una parte, parece absurdo que un pueblo como el nuestro, en que la madre implica el mayor insulto y asume connotaciones despectivas

(vale madre, pura madre, una madreada; mientras que la palabra "padre" entraña una idea de superioridad: está padre —ya Gutierre Tibón ha advertido que éste es el único país en que puede decirse la intraducible a ningún otro idioma frase "estás padre, madre"—), haya sucumbido tan fácilmente a la engañifa comercial y a la epidemia delicuescente de consagrar el Día de la Madre que en Estados Unidos fraguó una histérica solterona, y que en México changueó un periódico. Aunque por otra parte, resulta explicable a la luz del aparentemente nacional complejo de Edipo.

Las "cabecitas blancas" abundaron todo el día, y menudearon los festivales destinados a ellas. Anoche, todo el estadio de la Ciudad de los Deportes se llenó con hijos, y el radio, desde ahí, con las más surtidas demostraciones de la versatilidad productiva de las madres —solistas, sinfónicas, mariachis, Tin Tan, Sofía Álvarez, Piatigorsky— y "El brindis del bohemio", recitado por Manuel Bernal. Y además, Elvira Ríos y María Enriqueta.

Es de pensar que cuando alguna vez llegue a terminarse el Monumento a la Madre, pueda instituirse en él alguna ceremonia diaria semejante a la que se oficia en el de la Independencia —una vela perpetua, una corona, guardias. Pero el día parece lejano, porque el periódico que inventó el Monumento no ha vuelto a decir una palabra sobre eso, y hace meses que no le añaden una sola piedra. Debe de habérseles acabado lo que juntaron, aunque lo inexplicable es que no hayan vuelto a pasar el sombrero.

Jueves 13

Otro día completo de teatro: desde las once hasta la una y media, ensayo de *Astucia*; ya me entregó Blas Galindo la música del corrido, la de la serenata y la del baile final. Luego, por la tarde, el laborioso ensayo de la *Judith*, que ha metido a Wagner y a los muchachos en miles de ambiciosos trabajos. Creo que es la primera vez que va a usarse el foso delantero del escenario de Bellas Artes, donde se ha instalado una doble escalinata que juega en la obra. Los actores rompen el marco tradicional de la actuación, suben y bajan, entran y salen, se lapidan e increpan y persiguen, y las luces juegan muy cinematográficamente en todas las escenas.

Salí apenas a tiempo de ir..., a ver más ensayos de teatro, al de los Electricistas, donde el grupo de Ignacio Retes estrenaría una obra de Pepe Revueltas, *Israel*. Estaba, como suele, toda la *intelligentsia*, y desde mi asiento de galería, donde me acompañaban Pilar, Dantés y Muratalla (ellos también después de ensayos desde por la mañana), vi llegar a Dolores del Río con Archie Burns, Roberto Gavaldón, Pita Amor. Iba a tomarle a mal que viniera a esto y no hubiera ido

a nuestra temporada, cuando recordé que Pepe Revueltas es su nuevo Mauricio Magdaleno, o bien que Pepe es a Gavaldón como Mauricio es al Indio, y los cuatro los alternativos autores de los *scripts* que Dolores realiza; y que en consecuencia, era natural que ella viera otra obra de Revueltas. Muy poética y muy bien puesta, además.

La saludé a la salida, y quedamos en vernos en su casa o en la mía el otro sábado para que le enseñe a hacer *cookies*, porque todavía éste se va a Cuernavaca, pero ya es el último, porque dentro de cuatro semanas empiezan a rodar *La malquerida*, y ya se acabaron las vacaciones. Gavaldón la hace trabajar muy duro.

Pita me llamó aparte para anunciarme que al día siguiente iba a dar un coctel a Margarita Michelena en casa de Carito, y para decirme que si no tenía cosa mejor que hacer como a las siete, le daría mucho gusto que fuera.

Viernes 14

Para que Fernando Gamboa pudiera referir a los periodistas sus peripecias bogotanas, Rafael Solana, nuevo *public relations man* del Instituto, organizó un coctel para las cinco de la tarde de hoy en el Invernadero del Palacio. Yo ignoraba que este palacio tuviera invernadero, y no tenía la menor idea de su ubicación. Queda hasta arriba del vestíbulo, y es el lugar en que se asolean las plantas decorativas que a veces ponen en las jardineras.

Vino poca gente —el Bachiller, don Luis Lara y Pardo, pintores, fotógrafos, Antonio Castro Leal. Como a las seis, Carlos me pidió que le acompañara a su despacho y me dejó ahí conversando con Pellicer, Castro Leal, Xavier. Llegó luego Fernando Gamboa con Antonio Rodríguez y Juanito O'Gorman, y el doctor Ignacio Millán. Fue entonces cuando me enteré del objeto de una reunión en la que no tenía nada que ver, porque era para discutir los capítulos y la composición de la monografía que el Instituto publicará al mismo tiempo que inaugure, creo que en septiembre, la Exposición Monumental de la obra de Diego Rivera. Cada uno de los escritores convocados hará un capítulo de esa también monumental monografía: Antonio Castro Leal, "el lugar de D.R. en la pintura moderna"; Xavier, "los niños en la pintura de D.R."; CarlosPellicer, "el contenido poético de la obra de D.R."; Juanito O'Gorman, "la técnica del fresco en D.R."; el doctor Millán, "la constitución psicobiológica de D.R."; Antonio Rodríguez, "la política en la obra de D.R.". Si se me escapa alguno de los autores, será porque cumplida mi improvisada misión de entretener a los presentes mientras Carlos Chávez firmaba a Leonorcita Llach cerros de documentos de urgencia, sentí que estaba de más en la reunión; comprendí que no me pedirían para publi-

carlo nada de lo que hubiera escrito sobre Diego —y me retiré muy discretamente.

Habría sido tiempo de ir al coctel de Pita Amor, y como iba a ser en casa de Carito, hablé por teléfono para informarme de la concurrencia. "Hay —me dijo— amigos, enemigos y desconocidos. Aquí está, por ejemplo, Rodolfito." Con lo que, a fin de no perturbar con mi irrupción inoportuna la tranquila ingestión de canapés que estaría disfrutando Rodolfito, rogué a Carito que me excusara con Pita.

Domingo 16

Retratos, cartas, versos —el único cajón con llave única, lleno de polvo y marchitez las raras veces que lo abro para sepultar en su huesa algún nuevo retrato, alguna carta, algún soneto más. Esta mañana resolví poner algún orden en su caos, y lo saqué a la terraza para primero sacudirlo. Luego, extraje de los grandes sobres en que alguna otra vez habré intentado clasificarlos, los retratos —míos, míos con personas y personajes, de otras personas solas, a alguna de las cuales he vuelto a tropezar, tan cambiadas como yo mismo si me comparo con mi propio intermitente pasado expuesto en esta iconografía desoladora por comparación.

Pero lo verdaderamente horrible son estas fotografías de banquetes y ceremonias, volver a ver las cuales es como asomarse a un panteón del que no sobreviven ni los fantasmas de los que no hemos muerto, pero ya somos otros. Y las cartas...

Estaba en eso cuando llegó Eduardo Villaseñor, y comenté con él lo doloroso que es revisar esos grupos estáticos de amigos que reconocemos entre señores que hemos olvidado; de amigos desaparecidos, mudos de repente, ausentes sin regreso. "Yo los rompo siempre", me dijo. Y creo que será lo mejor, y quemar las cartas y los recuerdos totémicos y ya, ellos mismos, privados de la magia que nos hizo desear su perduración y esperarla de asirnos a su símbolo.

Fuimos luego a ver casas —la modesta mía de San Ángel Inn, la colección de las suyas vecinas. Y su estudio. "El estudio con que soñamos de jóvenes", me dijo. Y como yo seguía evocador, desfilaron en mi recuerdo, pobladas de fantasmas, todas las estaciones de mi viacrucis —para decirlo así de cursimente.

Martes 18

Esta vez fueron los amores de Sansón y Dalila, los que con sus atractivos vocales convocaron la admiración de las familias abonadas a la ópera. Podría pensarse, puesto que nosotros vamos a presentar el

jueves —para los críticos; el viernes para los legos— otros amores bíblicos y tremendamente acreditados, que son los de Judith y Holofernes, que entre todos le estamos haciendo el juego de una oportuna publicidad a los menos eróticos, pero no menos dramáticos, episodios de una guerra en la Tierra Santa que llevan ya tiempo de emprendida —siglos, en realidad— los judíos contra sus enemigos; y meses de haber reanudado los descendientes de Judith en Palestina.

En nada de lo cual, por supuesto, pensaron los concurrentes de la ópera, ni pensarán los que vengan a ver nuestra elaborada *Judith*, que tiene flaco a Julio Prieto y afónico a Fernando Wagner con el trabajo que les ha costado su alumbramiento o iluminación. Hubo, en la ópera, notoriamente menos concurrencia que para *Carmen*, y pocos señores reincidieron en el *tuxedo*. El propio director del Banco de México vino en traje de calle, renunciando, así, a la gala.

Pero hubo pocas señoras no vestidas de noche, y Lilia Larin lució otro modelo, esta vez como de malvavisco, enteramente blanco, de espuma. Dolores, también, vestía de blanco, bordada de perlas y acompañada por un Bachiller Gálvez impecable, y por un asiduo Pancho Cabrera. Tuve el privilegio de que ambas pasaran cerca de nosotros, y se detuvieran a saludarme. Lilia me anunció que mañana dará una fiesta, y que me espera, pero que me vista. Temo no poder hacerlo, porque estaré demasiado ocupado para volver a Coyoacán.

El segundo, pasional acto de *Sansón*, pareció, en un momento dado, ser la escenificación de los amores de Tongolele con el Hombre Montaña. Así de robusto, repuesto, corpulento y entrapajado era Sansón, y así de cautivadoramente revelaba su identidad la señorita Dalila.

Sábado 22

Desde hacía varios días había estado viniendo el padre cura de la Parroquia de Coyoacán, a buscar a mi madre sin encontrarla nunca, y no porque a veces no estuviera en casa, sino porque temía que fuera a darle alguna comisión engorrosa como la de adoctrinar criaturas, o ir a rosarios, o emprender colectas, o algo por el estilo. A nadie le falta su PP.

Ahora en la tarde, cuando todos los criados habían ido a ver *Judith* (convenía conjurar en lo posible el vacío de una función de las cinco de la tarde que apareció anunciada en los diarios para las ocho y media, hora en que lo que habría de suceder sería la ópera), un escándalo de perros anunció al padre, y fui a abrirle. Le indiqué que podía decirme su asunto.

Era bastante sencillo. Ha comprado una biblioteca en 2 000 pesos: no tiene más que 700 para pagarla, y anda visitando a las familias católicas de Coyoacán para que le ayuden con lo que puedan. Ahora

mismo venía de ver a unos señores americanos y a unos franceses. Y a la artista Dolores del Río ya le había sacado su buena contribución. Había oído decir que tanto mi madre como yo somos buenas personas: que ella es benefactora del seminario, y pensó que...

Me interesó confesar, en lo posible, a este confesor, que hizo su seminario en Estados Unidos, anduvo de misionero en las costas de Oaxaca, y en la pasada Navidad llegó a la Parroquia de Coyoacán, a descubrir el hecho desolador de que existen quince mil niños sin control ni escuela. Inmediatamente se puso a catequizarlos, a localizarlos, a adiestrar a jóvenes que le ayudaran en la magna tarea; y precisamente para estos jóvenes quiere la biblioteca que compró. Ya ha logrado capturar a tres mil niños, pero le preocupa pensar que aún faltan doce mil que andan sueltos, sin doctrina ni misa. A los tres mil que ya controla, los estimula dándoles tarjetas cada domingo y cada sábado, con ocho de las cuales (prueba de que no han faltado a la doctrina ni a la Santa Misa) tienen derecho a participar en las rifas de objetos, dulces, libros y ropa que sus benefactores le proporcionan, y que hace ciertos domingos. Mañana, por ejemplo, entre cinco y seis, ojalá pudiera yo concurrir, porque el provincial va a imponer distintivos a los niños, a conceder indulgencias —y va a dar nieve.

Como quien no quiere la cosa, averiguó si yo cumplo con la Iglesia: a qué misa voy, a qué iglesia. Tuve que admitir mis faltas, y que desviar la conversación hacia la oferta de libros que pudieran servir en su biblioteca porque no hagan falta en la mía. Le di una modesta contribución al pago de la que compró. A su efectivo modo, también la Iglesia construye escuelas para suscripción popular, y con el aliciente de que los chicos que asisten a las que va fundando el padre, se acuerdan de uno en sus oraciones, y le dedican cada ocho días un padrenuestro. Sólo los comunistas (y por la razón de una fe semejantemente obstinada) son tan activos como este joven, muy talentoso padre.

Mientras conversábamos, los perros atendían, respetuosos, acaso porque reconocieran en el hábito de mi visitante a aquel San Francisco que se entendía tan bien con los animales. Sólo Eugenio, que hace tan buenas migas con los perros que nadie diría que es un gato, se mostró tan irrespetuoso que se metió debajo del hábito del padre y empezó a juguetear con sus cordones.

Lunes 24

De repente, unas gotas de lluvia, un leve cambio de temperatura —y toda la máquina se ahoga y estanca. Comienza, o por una serie de estornudos, o por un escozor en la laringe; y ya se sabe que no tiene remedio: que esta estupidez, que este reto triunfal y de escarnio a to-

das las penicilinas y a todas las jactancias de la ciencia —el catarro— ha elegido instalarse en uno como una menstruación incómoda, irritante e inevitable. Que además, si no la mimamos; si queremos tratarla como a un rasguño, no hacerle caso, no guardarle cama —no disfrutarla entre las sábanas, se adherirá a nosotros como una carga familiar y durable: se hará "crónico", "caerá al pecho", puede llegar a la pulmonía, o la sinusitis: mantenernos "mormados" o podrir nuestro aliento.

Y sin embargo... "Triste es decirlo", como solía decirse: pero los catarros ofrecen, cuando se les trata y respeta como es debido, la correspondencia, no sólo de marcharse, satisfechos y enteros, a los tres días de correcta visita: sino de forzarnos con ella al disfrute de una cancelación, de una interrupción, de quehaceres y compromisos, que resulta muy saludable, porque los depura, reduce su importancia (hipertrofiada por el hábito) a su verdadera magnitud, y permite, al alejarnos de ellos, visualizarlos desde una nueva perspectiva.

Nada, en efecto, de cuanto dejaré de hacer durante estos tres días que de antemano me receto en cama, tiene al cancelarse la angustiosa importancia que un horario repleto le depararía si lo cumpliese. Todo puede esperar, o no hacerse, o hacerse sin mí, mientras yo a mi vez me rehago, o no me hago, o aguardo, sin nadie.

Sin nadie. Ciertamente, "triste es decirlo".

Lo más interesante que en estos días han traído los periódicos es la relación de los crímenes nacionales o locales más humildes, gratuitos, espontáneos y coloridos; la misteriosa muerte del joven Castrillón en una casa ajena en la que se hallaba a deshoras; el cuerpo estrangulado del jovencito que apareció arrojado como en holocausto cerca del Monumento a Obregón, y supuestamente muerto por un alusivo Gilles de Rais cuyas violencias, sin embargo, negó la autopsia. Luego, hace pocos días, el caso de un edipo de pueblo que la emprendió a mordiscos contra las mejillas de su madre de ochenta años, hasta matarla del disgusto —mezcla de antropofagia y gerontofilia. Y ahora, el de un saturno que puso veneno en el biberón de su hijo porque dudaba de su autenticidad, y al mismo tiempo, el de un uxoricida que salió, como Arquímedes, por las calles, a proclamar que acababa de matar a su esposa.

Todo es material dramático y novelesco desperdiciado. ¿Desperdiciado? Después de todo, no. Lo goza el pueblo, que lo produce. Y da con ambas cosas una doble y viva muestra de su vigor, y de su clasicismo.

Miércoles 26

Receta eficacísima del doctor Rafael Barrett para la consumación de un periódico próspero:

Una tendencia moral o intelectual definida disminuirá inmediatamente el tiraje. La democracia —o sea el desmenuzamiento humano— ha hecho posibles los grandes públicos. Es menester que te lean los negreros sin ortografía y los esclavos que aprendieron a leer; el patricio y su lacayo, la niña sentimental y la *cocotte* de seda o de algodón; el poeta y el croupier, el médico y el *jockey*, el ministro y el vendedor de verduras, el cura y el apache, madame de Stäel y su portero y Molière y su criada, el presidente y el reo en capilla, y Deibler y hasta tus compañeros en la prensa. Un gran diario debe ser caótico. Busca un interés común a los infinitos "cualquiera", un interés que los obligue por una hora, por media, por diez minutos, según las dimensiones del oasis de ociosidad cotidiana, a contemplar tu hoja. Cuando el tiempo es dulce, y no hay energías suficientes para pasear, la gente se asoma a los balcones. Toda la familia: los nenes miran los caballos y los eléctricos; la casadera mira los mozos de zapatos de charol, el estudiante las caderas redondas, la mamá los sombreros femeninos, la suegra las inconveniencias del tráfico, el abuelo, con sus ojos turbios, el río urbano que pasa, y la sirvienta, fregados los platos, mirará también algo por su ventanillo. Y si dos borrachos riñen y se pegan o se acuchillan ¡qué suerte para los del balcón! He aquí tu público. Has de ser un balcón y tu "diario" la calle universal [...] El periodismo es la síntesis y el comercio de la curiosidad. Pero mientras la curiosidad del pensamiento y del bien es rara, la curiosidad del hecho es general porque es instintiva [...] Un gran periódico no ha de encerrar sino hechos, o que parezcan tales [...] El periodista auténtico oculta lo suyo y revela lo ajeno; reúne en sí las vibraciones dispersas y las transmite; semejante al cómico, desaparece bajo la realidad que nos transfiere [...] Huye de toda elevación. Elevar fatiga, y tu público es débil de cascos. No soporta sino el desfile de los hechos brutos; su afición se detiene en lo pintoresco; su delicia es la verdad en folletín. De ahí la desmesurada importancia del deporte y de los crímenes. Atiende tú, en tus informaciones, antes al último estupro que a la última encíclica; en tus crónicas literarias no salgas de lo anecdótico; describe sobriamente las teorías y minuciosamente los escándalos; no publiques los versos del genio ignorado si no se suicidó aún [...] La caza de los hechos [...], la cartera, morral de noticias ensangrentadas, calientes todavía [...] Elige empleados de moderada inteligencia, de memoria fiel, de buenas relaciones y sobre todo de piernas ágiles. Aprovecha las maravillas de la industria para enterarte pronto. Apodérate de los hilos secretos. Entonces, en premio al estremecimiento periódico y fugaz que sentirán a la vez, por mediación tuya, miles de seres aburridos, gozarás de una incalculable potencia. Serás el instrumento del reclamo, la encrucijada fatal de las combinaciones, financieras y políticas. Serás, ¡oh lector!, el árbitro invisible, el que manipula esa montaña de granos de arena, ese mar de gotas, esa totalidad de nadas: la opinión pública, y si así lo quieres, te enriquecerás tanto con tu palabras como con tu silencio..

Especie singular de profético prediagnóstico —*a posteriori*. Lee uno así, durante las enfermedades, lo primero que viene a mano o que trae

el correo. Y tropieza con verdaderas gemas de antología, como este soneto dedicado al chile verde de don Fernando P. Torroella que viene en la revista *Veracruz*:

Cuando en la mata pendes incitante,
asemejas un llanto esmeraldino
y causas el placer del campesino
a quien incita tu sabor picante.

Tu papel culinario es importante,
pues a los guisos das sabor divino,
y al apurar el neutle blanquecino,
eres un poderoso estimulante.

Sin ti no es nada un taco de aguacate
con chicharrón, con pápalo y charales
y hasta el caldo sin ti su gracia pierde.

Y una salsa de chile con tomate
no falta ni en las mesas principales,
¡por eso yo te canto, chile verde!

Jueves 27

Terminé la lectura de *Daniele fra i leoni* y leí *I girasoli*, la otra hermosa comedia del mismo tomo de Guido Cantini. Excelente teatro, humano, psicológico, moderno sin estridencias, pero que a causa de que exige de sus actores una intensa, vívida interpretación de los "cuarenta años" y sus calladas tragedias, no creo que pudiera falsificarse con los que son más jóvenes. Pienso, sin embargo, traducirlas como ejercicio de clase.

Desde temprano comenzaron las banderillas de la penicilina. El doctor es tan académico, que llama púdica y correctamente "región glútea" a aquella de la cual me propone que si ya no resiste más pinchazos, puede abandonarla por los brazos. Me niego, porque necesito más de los brazos.

Entre los primeros telefonazos del día, dos me trajeron gratas noticias: Conchita Sada se manifestaba feliz de que anoche *Judith* tuvo una concurrencia entusiasta y considerable; y Paco Rubio me anunció que el señor Olara, de Espasa-Calpe Argentina, acaba de llegar, y que trajo consigo tres ejemplares de su edición de mi *Nueva grandeza mexicana*. Vendrán a visitarme en el curso del día, y me traerán un ejemplar. Paco había pensado que si el libro no se había publicado aún o no se hallaba aún en prensa, podrían hacer la edición aquí, ahora que ya va a funcionar la Espasa-Calpe de México, a la

cual el gobierno le ha concedido un plazo de prueba de seis meses dentro de los cuales tiene obligación de publicar cuando menos dos obras mexicanas. Condición sencilla, porque ya tienen ocho, no dos, listas para que trabaje entusiastamente con ellas, la imprenta.

Al volver para el penúltimo pinchazo del día, el progresivamente comunicativo doctor ("ahora vamos a operar a uno de la próstata"; "el operado se muere, si no ahora, dentro de unos dos años; tiene cáncer") me encontró revisando el ejemplar de la *Nueva grandeza* que me acababa de llegar. Ahora entiendo por qué ha venido llamándome "profesor": dice que, de chico, el libro de lectura en su escuela era el que yo compuse y estuvo tantos años en vigor. Mi nombre, sin duda, se asocia en su mente a la imagen del que entonces haya sido su maestro. "Ahora que he tenido el privilegio de tratarlo a usted —dice mientras me pincha—, quisiera leer algunas obras suyas. Pienso tomar unas vacaciones en la Sierra de Puebla, porque me agoto mucho trabajando hasta las veinticuatro horas seguidas." Creo devolverle graciosamente el cumplido con decirle que, como a él la literatura para descansar, a mí me interesa lateralmente la medicina: la psicológica psicosomática. Pero él es un somático. "Eso no sirve —dice—. Si un individuo tiene intenciones de suicidarse, no se le quitan con un psicoanálisis. En cambio, con un electrochoque, sí. O se le revuelven las ideas, o se lleva tal susto, que no vuelve a pensar en el suicidio. Estoy absolutamente seguro."

Pero ahora que me acuerdo, sus expresiones sueltas de ayer no fueron menos sombrías. A propósito del suero rejuvenecedor, dijo que el suero ruso seguramente sí daría resultados, "porque se le saca la médula y el bazo a un muerto por accidente, completamente sano, entre los dieciocho y los veintiséis años de edad". Y aquí ya han comenzado a hacer el suero, pero empleando para ello y como deleznable materia prima los entresijos de viejitos fallecidos de cualquier cosa, que naturalmente no sirven para un demonio.

Realmente, o en Rusia les suceden más accidentes a los jóvenes, o no sabe uno bien a bien qué pensar.

Junio

Sábado 5

No sé si alegrarme o si deplorar el no haber estado en la cena de Fernando Gamboa, de la cual, al enterarse de que los estudiantes de Ingeniería se habían ingeniado para raspar el fresco de Diego en el Prado, salieron en tumulto vengador y hacia el Prado, para restaurar la frase raspada, los pintores enfurecidos. Me cuentan que en ese momento cenaban ahí Aarón Sáenz y el doctor Rafael Pascasio Gamboa

con sus esposas, y que los pintores exaltados imprecaron a Aarón, trataron de soliviantar a los asustados meseros de fraques azules, les dijeron que les sirvieran el café sin azúcar para que probara lo que el pueblo padece porque está cara; y finalmente, se apoderaron del libro de autógrafos y repitieron la suscripción de la frase atea.

Lo curioso con Diego es que sus autógrafos parecen tan valiosos, digan lo que digan, que Hesiquio Aguilar no vaciló en llevarse consigo el que le dedicó en Santa Anita para comunicarle, bajo su firma, que "es una mierda", y publicarlo en el periódico en que trabaja. No falta sino que le mande poner un marco y lo exhiba como un certificado, o relativo a Diego y sus *mannera*, o a él mismo y su coleccionismo artístico, y tolerante.

Hace ya muchos años; tantos que sin duda no habían nacido los muchachos que fueron a rayar el fresco, Orozco pintó en la Preparatoria a unas damas católicas y a un dignatario eclesiástico, y también se armó la gorda. Estuvo a punto de armarse de nuevo cuando el mismo Orozco pintó a la Justicia en el Palacio de la Suprema Corte como la pintó. Los métodos publicitarios evolucionan y se enriquecen conforme la ciudad se vuelve grande.

Sin embargo, cuando hace poco más de un siglo el Nigromante a quien Diego acaba de exhumar pronunció en la Academia de Letrán, no precisamente la frase "Dios no existe", sino la fanfarronada científica que daba tema a su discurso de ingreso en aquel inocente círculo de pedantes, y que pretendía probar por A más B la proposición "No hay Dios; los seres de la naturaleza se sostienen por sí mismos", las familias timoratas y ultracatólicas de entonces han de haber puesto, y en realidad pusieron, el grito en el cielo. Miraban aparecer a aquel indio bilioso de ojos inyectados y decían: "Ese hombre viene del infierno." He releído hoy el prólogo de Altamirano a los dos tomos de las *Obras* de Ramírez, en que no encuentro ese discurso. Y en el episodio publicitario para la carrera entonces, a sus veinticinco años, iniciada por el Nigromante, pone Altamirano todo el énfasis posible, y refiere cómo empezaron a llamarle "el Voltaire mexicano" sus compañeros del Colegio de San Gregorio. Vista la seriedad con que ahora se ve esta pictórica, pintoresca, resurrección simultánea del jacobinismo y de la superstición (porque Dios no dejará de existir porque lo haya "probado científicamente" el Nigromante, ni porque lo haya declarado Diego), tiene que concluirse que el sentido del humor faltaba tanto hace un siglo como ahora mismo.

Viernes 11

Carlos Trouyet nos había invitado a comer hoy en el Hotel del Prado, desde antes del escándalo de hace ocho días. Empezamos pues a reu-

nimos en el bar decorado por Montenegro, que no sabía yo que no es el único ni el más elegante del hotel. Es una pena ver que las tiendas están desiertas, porque no parece haber todos los huéspedes que pudieran animar la vida comercial de este hotel, ya listo para dar un servicio que, desgraciadamente, han inhibido los recientes sucesos.

Fuimos bastantes más que los habituales, porque Carlos invitó también a los socios del hotel —Luis Osio, don Raúl Bailleres, Aarón Sáenz— y a otras personas. Yo esperaba que comeríamos en uno de los elegantes salones privados que decoró Roberto Block; pero o todavía no acaba, o Carlos prefirió que pobláramos un poco más el comedor improvisado en el pasillo afuera del gran salón de fiestas, y ahí estaba puesta la larga mesa.

Aarón Sáenz me refirió la irrupción de los acompañantes de Diego, hace ocho días, mientras cenaba ahí con su familia, y el pobre de Rodolfo Reyes tenía a su vez la desventura de hallarse presente. Todavía le daba risa recordar que los primeros en aparecer como exploradores de la brigada habían sido Xavier Icaza y Jorge Enciso. De este último sobre todo, tan habitualmente apacible, le extrañaba esa repentina belicosis. Luego ya entraron todos, gritaron, descubrieron a Rodolfo Reyes, le gritaron que viviera Madero, y Diego le endilgó un discurso en que le decía que debieran colgarlo de las patas como a Mussolini. Fue Pepe Revueltas el de la ocurrencia de aconsejar a los meseros que le sirvieran a Aarón el café sin azúcar —que es precisamente como lo toma.

Aarón se fue temprano al entierro de la mamá de Díaz Lombardo. Don Raúl fue a enseñarnos el salón de fiestas, que aunque ya tiene los candiles que le hicieron en Francia, todavía está bastante atrasado. Es ahí donde irán los grandes espejos pintados por la señora Block. Sus hábitos operarios inundaban el aire de los ácidos con que le están dando a las puertas, a pistola de aire, una apariencia de carey. Fuimos a tratar de espiar por una rendija, desde arriba, el famoso fresco. Pero la tapia con que han aislado el comedor es bien sólida, y nada pudimos ver sino las mesas desoladas, como un escenario desierto después de una representación.

Sábado 12

Los periodistas insertaron en su entrevista con el presidente una pregunta sobre el lío del Hotel del Prado. La respuesta fue buena: "Alrededor de la pintura, no debemos hacer una discusión de carácter nacional. El país no quiere lucha ideológica, quiere trabajo. ¿Creen ustedes que a estos lugares del norte del país, por ejemplo, les interesa la pintura de Diego Rivera?"

Metidos en el agujero de la ciudad de México, en efecto, acabamos por hipertrofiar la importancia de lo que en ella ocurre. Es bueno y saludable por ello recorrer la República. Ni siquiera los líos universitarios, que en estos días han alcanzado la lamentable culminación de incendiar la bella puerta de la Preparatoria y destruir los archivos, y aun los escaparates y los rótulos de las tiendas vecinas, repercuten en el resto del país. Aquí nos ahorcamos con nuestra propia cuerda: pero el Tecnológico de Monterrey, por ejemplo, sigue sin duda trabajando, y en la suma total, cuenta bien poco que los estudiantes de la capital abdiquen de su carácter de tales por asumir el de beligerantes. Ellos cosecharán los resultados, o como antes se decía tan gráficamente, en su salud lo hallarán.

Es, aunque sólo sea localmente, sintomático y curioso que a diario se acumulen en la ciudad nubes de polémica, de berrinche y denuesto. Hace apenas dos días que aparecieron otras tantas planas de Luis Novaro contra René Capistrán Garza con alusiones a su también aguerrido defensor Piñó: quien a su vez, mientras emprendía la defensiva de Capistrán, empuñaba la espada contra Casas Alemán por lo que está haciendo sobre Insurgentes. Y hoy amanece en una plana Serafín Iglesias contra Piñó, con toda una historia privada de la revista que los dos dirigieron —muy airada y muy detonante.

Domingo 13

¡En menudo lío nos andaba metiendo a todos Luis Spota con publicar ayer en su "Picaporte" que yo le había dado la exclusiva de que Diego sería expulsado del PP! Gómez Robleda me llamó por teléfono para decirme que Diego le acababa de hablar para preguntarle si eso era cierto, porque si lo era, iba a hacer y a tronar, a tronar y a estallar. Pepe lo calmó lo mejor que pudo, y quedó con él en hablar conmigo. Volvió luego a llamarme, y en cuanto cortamos la comunicación, fue Diego mismo quien me habló. Ya no estaba tan exaltado como Pepe me lo había descrito. Le bastaba que el día siguiente —eso sí, sin falta— apareciera en *Novedades* desmentida por mí su expulsión del PP. Redacté enseguida una carta en que le rogaba a don Alejandro Quijano que la publicara para explicar que sólo el Comité Político tendría, con todos sus eminentes miembros reunidos, facultades para abordar un asunto de tal importancia, y que además, los únicos conductos ortodoxos para comunicar a la prensa la marcha del Partido, serían su presidente, Lombardo Toledano (desde hace días ausente de la ciudad) o su secretario general, Gómez Robleda. Por último, señalaba yo en esa carta que sin duda la coincidencia en el deseo de servir a México, que ha agrupado en ese partido a personas por otra parte tan diversas en ideología y en sistemas, habrá de im-

pulsarnos a mantener una tolerante, respetuosa cohesión que sea un ejemplo vivo para el país, y que no habrá de quebrantarse, ni por deserciones aisladas de sus miembros, ni por conspiraciones de algunos de ellos para expulsar a otros.

Me volvió el alma al cuerpo al ver hoy publicada la "carta de Novo sobre el asunto de Diego Rivera", porque espero que con ella se habrá conjurado la tormenta que de otro modo hubiera desencadenado el irritable Diego.

Saqué por fin de la biblioteca el estorboso, altísimo, incómodo escritorio antiguo que por tantos años me ha servido, o a que por tantos años me he resignado. Lo sustituí por una mesa baja y sencilla, encerada, que acarreé desde esta cabaña que empieza a decaer, abandonada y húmeda, y a convertirse en una triste subconciencia de muebles desechados.

Como todos los años, la hermosa capillita de San Antonio congregó para su celebración a todos los vecinos de Panzacola. Desde muy temprano tronaron los cohetes que llamaban a la única misa dominical de las siete, y todo el día ha habido fiesta alrededor, con puestos de vendimias, un tocadiscos instalado en el molino de nixtamal en que bailan parejas, curiosos y jardineros y canteros endomingados y con sus proles, llenas las manos y las bocas de golosinas. La capilla luce a la puerta y sobre el altar sendos arcos de flores con la leyenda "Bendice a tus hijos, Señor", que todos los años manos expertas componen, con las limosnas que días antes recogen entre los vecinos para hacer la fiesta.

Esta porción del río de Chimalistac, con su puente al sur y con la Capilla de San Antonio como culminación: con el Altillo al fondo, y los enormes fresnos que lo bordean, permanece venturosamente igual a su imagen de más de cien años atrás, perpetuado en las litografías del México Viejo. Son los mismos árboles y las mismas piedras —respirados por los biznietos de aquellos fieles a quienes la marquesa Calderón de la Barca, y los novelistas mexicanos del siglo XIX, vieron congregarse en celebraciones semicatólicas y semipaganas— como ahora que llenan la improvisada plaza y bailan. Lo único que cambia es lo accesorio: la música mecanizada, la indumentaria: pero no el espíritu, ni la raza, ni la religión.

Fui a dar una vuelta, y me encontré haciendo lo mismo a Dorsey Fisher y a Paxton Haddock, que acaban de regresar de Taxco. Todo el día, también, han llegado al rumbo compradores potenciales o simples curiosos convocados por el anuncio de que se vende la casa que habitó el rey Carol, y de que puede visitarse. Pancho el chofer dice que sobre todo han venido a verla españoles, y que parece que ya está vendida. A Mr. Fisher le gustaría que otra casa vacante del rumbo, la "casa del sol" que habitaban los Washington (que se marchan mañana a Madrid, siempre en el servicio diplomático), la tomaran algunos amigos suyos para tenerlos por vecinos. Pero así, de primera mano, no recuerda a ninguno dispuesto a pagar una renta de 1 500 pesos mensuales.

Lunes 14

Lavarse las manos una y otra vez; a todas horas, antes y después de cada comida, ceremonia, saludo o rito. ¿No es esto lo que puede llamarse el complejo de Poncio Pilatos? En realidad, más que un mérito o que una distinción, esto de ser la gente tan pulcra lo que traduce, lo que simbólicamente grita y declara es lo sucia que tiene la conciencia.

Y su heroica, patética lucha contra la decadencia, el impulso endógeno con que se entregan a los ejercicios físicos más violentos y (la palabra asume otro inocente sentido) sucios; cómo sudan, brillan y sonríen sin temor. Son todavía las raíces nuevas del árbol, prendidas vigorosamente a la tierra que se queda en sus manos, no para mancharlas, sino para ungirlas y hacerlas fuertes.

Luego —la química, que ya no es la biología; y la física, que ha dejado de ser la fisiología; y la mecánica, y la economía, que se esfuerzan en equivaler en el trueque a la anatomía. Empiezan los jabones, los afeites, los perfumes, y los "tónicos", y los puentes, y las máquinas, y los cheques, y los billetes, a embalsamarnos apenas un poco anticipadamente.

Jueves 17

Me sorprendió un poco que todas las familias, cuando llegué con Carlos Chávez a la cena *chez* los Tamayo, me recibieran con su condolido "cómo sigues". Supuse que se referirían a mi reciente catarro, aunque la cosa no me parecía para tanto. No fue sino después de una colección de rostros de pésame cuando al observar que no rehusaba el jaibol que me trajo Rufino, Malú Cabrera se atrevió a preguntarme si no era inconveniente para mi hígado, y a explicarme que Diego Rivera se ha soltado diciéndole a todo el mundo que estoy muy grave, que ya no duro, y que me está matando nada menos que el cáncer del hígado. La especie habrá corrido tanto, nutrida con los buenos deseos de mis amigos, que el propio Raoul, cuando se lo conté, me confesó que precisamente por eso, hace días, me había preguntado con maña qué tal me había sentido del hígado, y si no había vuelto a darme molestias.

Miguel Covarrubias, y Rosa, acaban de regresar de Nueva York, donde estuvieron cinco meses corridos. Miguel está entusiasmado

con el nuevo Museo Nacional, en el que al parecer trabaja o da clases, y que me invitó a visitar, pues hará unos buenos diez años —desde que fuimos a filmar en su interior unas escenas de *El signo de la muerte*— que no lo veo, y desde entonces ha sufrido numerosas transformaciones. Acaban de comprar un ídolo que describen bellísimo en la suma nunca antes erogada por el siempre impecunio Museo de Luis Castillo Ledón, de 30 000 pesos, y también han comprado una colección egipcia que se disponen a exhibir.

Rufino nos oyó conversar del Museo, y montó en cólera al recordar que un fresco suyo pintado ahí hace años, ha sido cubierto con cal por orden del director, sin que los compañeros pintores se hayan solidarizado con él en protestar, como lo hacen cada vez que se trata de Diego. Miguel no supo bien a bien qué contestarle, pero luego me dijo que el propio Rufino había sugerido o pedido que se quitara su fresco de donde estaba, y que lo que habían hecho era cubrirlo con una capa de cal color de rosa, que permitirá, dentro de unos cien o doscientos años, el sensacional descubrimiento de un fresco de Tamayo en el Museo Nacional.

Estaba ahí también, y conversó conmigo, la señora ministra de Polonia. Justamente la víspera, un columnista la había aludido desagradablemente, y ella me explicaba con vehemencia que su interés en documentarse sobre Tepozotlán dimana del hecho de que ahí estuvo un monje polaco, y ella quiere, en servicio de la propaganda de México, escribir un artículo sobre eso para una revista polaca. El columnista que hablaba de eso no sabía lo que decía, y tampoco se daba cuenta de que la señora merece no sólo respeto, sino admiración por su esfuerzo en servir a México. La señora querría profundizar su conocimiento del español con la literatura de nuestra lengua, si hallara en Coyoacán, cerca de su casa, quien guiara y comentara sus lecturas y sus ejercicios de composición. Pero yo no sé de nadie que pudiera encargarse de una tarea que queda tan lejos de mis posibilidades de tiempo.

Estaba también ahí Aurea Procel, ya a punto de recibirse de médica y conversamos. Como otras personas que me trataron hace tiempo, me encuentra cambiado de carácter. Debo de haber sido (yo no lo recuerdo) muy alegre, comunicativo, extrovertido, porque esas personas se extrañan al verme juicioso, callado, cortés, discreto.

Por último, estaban ahí —de las personas con quienes hablé, porque había muchas otras que me quedaban lejos —Xavier y Agustín Lazo. Xavier tenía que haberse ido a Madrid con el Güero Bustamante al Congreso de Autores, pero enfermó a última hora. Yo estaba tan seguro de que su colitis sería una defensa neurótica contra un viaje al que nunca estuvo muy decidido, que descansaba en la seguridad de que una vez partido el avión que no se lo llevaba, se aliviaría; y así ocurrió. Es de todos modos una lástima que no haya ido. En cuanto

a Agustín, entabló con Carlos Chávez una plática crítica acerca de las actividades de un teatro al que ha trasplantado con fervor sus aficiones antes consagradas por entero a la pintura.

Sábado 19

Yo habría querido que Carlitos Pellicer me ayudara un poco con la cruz, pero él es sumamente egoísta, celebra sus ceremonias con grandes pausas y meticulosas condiciones, lleva un ritmo de lenta periodicidad muy diverso de la reanudación cotidiana que yo encuentro tan saludable —y cuando tropecé con él, que volvía de la Editorial Jus (donde están imprimiéndole el volumen que iba a publicar Porrúa, y le han pagado por él los 3 000 pesos que sin duda es la primera vez que un poeta recibe por una mercancía tan raramente estimada), a lo más que accedió fue a acompañarme un rato en el coche, mientras llegaban mis visitas, a las siete.

Fui después a visitar a Montenegro, que acaba de regresar de Nueva York, muy contento de haber vendido sus litografías al Museo de Arte Moderno y de haber visto a sus amigos los Rockefeller, aun cuando no haya cumplido, porque se enfermó su modelo, el objeto del viaje, que era el de pintar el retrato de una pudiente señora. Al rato llegaron Agustín Lazo, Xavier y otros dos amigos, y encontraron preparada la mesa de un *rummy* que yo no había jugado nunca y que encontré bastante aburrido cuando me puse a jugarlo con ellos. De todos modos, nos dieron casi las doce.

Y cuando atravesaba el coche, para meterlo en casa, en la angosta y desierta calle de Santa Rosalía, vi venir sobre mí, a toda mecha, a un poderoso que me echaba encima los faros, frenaba a unos metros de mi zozobra, y la aumentaba al gritar, desde sus tinieblas interiores, mi nombre. Era el Bachiller Gálvez; se bajó a saludarme; venía de dejar a "Lolita" en su casa, y hasta ahora descubría cuál era la mía, que muchas veces había querido visitar. Sin duda, debí invitarle a pasar; lo pensé, después. Pero en el aturdimiento de la sorpresa, y con mi cansancio, no se me ocurrió sino decirle que me daría muchísimo gusto recibirle en cualquiera de los días que paso encerrado, ahora que ya sabe dónde vivo.

Puse al corriente la lectura, y en lo posible la ubicación definitiva en los estantes, de los libros recibidos durante una semana en que por las noches, cuando los desenvuelvo, apenas tengo tiempo para abrirlos y hojearlos en la cama. La Editorial Stylo está muy activa y hace libros bonitos y cuidados. De ella me llegaron, juntos, *Tierra y viento* de Mauricio Magdaleno y *Poesía* de Pita Amor, y antes había recibido la segunda edición de los *Cuentos color de humo*, de Gutiérrez Nájera, con el ameno prólogo de Panchito Monterde. Otra reencar-

nación de Gutiérrez Nájera y sus cuentos me llegó también esta semana: mi selección con prólogo hecha para el Círculo Literario, de que me informa el editor que será el volumen dividido, gratuito y exclusivo para los miembros de ese círculo. Por último, recibí *La verdad sobre los cebús, conjeturas sobre la aftosa*, del ingeniero Marte R. Gómez; y Jaime García Terrés me entregó el ejemplar que su autor me envía de *Los laureles de Oaxaca*, por Francisco Giner de los Ríos.

Miento: no fue eso todo. Con el patrón, Fernando Bolaños Cacho me dejó un ejemplar de su monografía sobre la pintura de don Emilio Rosenblueth, con un estudio por Luis Islas García, la reproducción de mi nota al catálogo de su primera y única exposición, y otras dos, una de Octavio Parreda y otra de Juan de la Encina, como marco para la reproducción de sus cuadros. Y además —y en relación con el nombre de Rosenblueth— me traje a casa esta semana los ejemplares del *Tratado de bridge* que escribieron y publicaron Magda Cos de Sánchez Fogharty y Charlotte Rosenblueth, y para el cual les hice un *score*.

Y una breve *plaquette* —*Croquis*, poemas, de Manuel R. Mora.

El libro de Mauricio Magdaleno me gustó mucho. Lucen más en libro, en conjunto, esas líricas descripciones de un México que redescubrimos a cada viaje por sus provincias. El deslumbramiento que ellas deparan a los espíritus selectos impregna, también, el bello, original pequeño volumen de Giner de los Ríos.

A la lectura de la *opera omnia* de Pita tengo que agradecerle el tema de la "Ventana" que escribí hoy, y que llamé "El señor en la cocina", alegato en el que sostengo que en vista de que las mujeres han invadido los campos masculinos, los hombres debemos acudir a equilibrar la balanza:

> Mientras la cosa no pasó de los agujeros en los calcetines del marido; de la basura acumulada por los rincones; de la ropa sucia, pudo valer el trueque de una sonata o de un soneto. Después de todo, la civilización mecanizada llevaba traza de abaratar la ropa hasta el extremo de que en vez de lavarla y plancharla, pudiera estrenársela a cada "muda", y las aspiradoras, o las lavadoras, bien pudieron asumir el esquirolato de las emancipadas dramaturgas. Pero cuando la redención femenina empieza a cumplirse a costa de la degeneración culinaria; cuando las mujeres menosprecian la cacerola por empuñar el violoncello; cuando empiezan a servirle al señor un libro por alimento espiritual, pero unos huevos revueltos por suculencia, entonces, camaradas, ya no se trata sólo de nuestros ojos, de nuestros oídos ni de nuestra caballerosa educación. Se trata ya de nuestro estómago, nobilísima víscera; de nuestra hambre, de nuestro paladar; de nuestra existencia misma, amenazada desde su más profunda raíz gustativa, por el desdén con que la miran nuestras compañeras.

No me alcanzó el espacio, reducido como me encuentro a dar a cada "Ventana" tres cuartillas justas por límite, para extenderme en las razones que hacen aconsejable la intervención masculina en el rescate y en la salvación del arte culinario, y que son muchas otras, aparte las compensadoras que sí tuve espacio para incluir. Por ejemplo, el espíritu explorador y arriesgado que es privativo de los hombres —Vespucio, Colón, Cortés, Magallanes— el cual, llevado a la cocina, es lo único que puede enriquecerla con descubrimientos osados y revolucionarla con el desdén por las fórmulas cuantificadas y monótonas que norman hasta ahora a la repostería y a la cocina caseras repetidas *ad nauseam* por las ahorrativas, conservadoras amas de casa.

Miércoles 23

Alfonso Reyes cumplió su promesa de reinstalarme en su lista de receptores de los libros que publica un poco en secreto, pero con frecuencia y sustancia. Me llegaron ocho de un tirón: seis de ellos breves y correspondientes a los papeles de ese archivo suyo que es sin duda el más minucioso y perfecto que existe; en el que ha guardado hasta el último papel literario y diplomático de su carrera, clasificándolo por letras (astillas, residuos); y los otros dos, de mayor volumen, que recogen, el uno sus colaboraciones de muchos años (desde 1912) en *El Sol de Madrid* y la *Revista de Filología Española* bajo el título de muchos sentidos *Entre libros*, y el otro, *Cortesía*, que reproduce con una elegante y breve explicación acerca del valor de los versos de circunstancias, los versos de circunstancias que se ha cruzado con amigos, y los de éstos.

Instalarlos en el anaquel en que tengo el resto de las obras completas de Alfonso Reyes (desde las *Cuestiones estéticas* del niño prodigio), me llevó a revisar y a releer los tomos de *Simpatías y diferencias*, y uno de ellos, aquella "Carta a dos amigos" (Enrique Díez-Canedo en Madrid y Genaro Estrada en México) en que Alfonso, en 1926, ya se preparaba, limpiando la mesa como él dice, a morir tranquilo en la seguridad de que aquellos dos amigos, ya falleciera en España o ya en México, cumplirían al pie de la letra las minuciosas recomendaciones que les dejaba escritas para emprender la publicación póstuma de las obras completas de Alfonso Reyes.

Me interesó comprobar que desde aquel testamento hasta la fecha, se ha alterado muchísimo el índice de categorías de lo inédito y de lo publicado de Alfonso Reyes. Tiene un poco de lúgubre el pensamiento de que aquellos dos amigos o albaceas no pudieron cumplir el encargo a causa de que los dos murieron antes que el testador; circunstancia que por una parte ha obligado a Alfonso a emprender por

sí mismo la publicación de sus obras completas en vida, y por la otra como que lo compromete a la reciprocidad de corresponderles a Genaro y a Enrique el favor que ellos no pudieron hacerle. Cosa que en buena medida ha hecho Alfonso Reyes. En su *Pasado inmediato* ya se ocupa en Genaro y en Enrique Díez-Canedo. Ahora en *Cortesía* vuelve a publicar graciosos versos de circunstancias de ambos o con ellos relacionados.

El mismo instinto fúnebre me lleva a releer otro folleto que conservo entre las obras de Alfonso: *A vuelta de correo*, impreso en Río en 1932, y que es una razonada y extensa réplica de Alfonso al cargo que por entonces le lanzó desde las columnas de *El Nacional* Héctor Pérez Martínez, de que en el *Monterrey*, correo literario que entonces publicaba Alfonso, no se ocupaba suficientemente de México. En ese folleto, Alfonso pone un poco de biografía y explica que de los muchos años que llevaba fuera de México en el servicio diplomático de su país, sus vacaciones en él apenas sumarían unos ocho meses. Y aquí otra correspondencia a que la muerte imprime un congelado valor.

Asombra y estimula la fecundidad y la calidad de la obra de un Alfonso Reyes que restituido por fin a México, desde el Colegio Nacional y desde el Colegio de México; y sobre todo desde esa gigantesca biblioteca de fierro, semejante a un gran gimnasio, en el rincón de la cual el que trabaja parece un duendecillo, fragua y compone libros, allega materiales y prepara las cátedras que da, dignas de la mejor universidad del mundo: sobre la religión griega o sobre la literatura medieval francesa.

Jueves 24

La puesta en escena de *El sueño de una noche de verano* va resultando la más complicada de cuantas gradualmente nos hemos ido metiendo de cabeza en hacer. A lo largo de la comedia original, de la cual el respeto a Shakespeare le ha impedido a André Moreau cortarle ni una frase, se agrega el hecho de que hemos de ponerla con los ballets con que modernamente se representa sobre la partitura de Mendelssohn de la cual las familias van a sorprenderse al reconocer la *Marcha nupcial*.

Música y ballets le agregan bastantes minutos a la actuación. Tantos, en realidad, que con los cambios de decorado, y por más que éstos se redujeron a tres (el Palacio de Teseo, que juega en el primero y en el quinto actos, la casa de los artesanos, que juega dos veces, y un bosque en el que transcurren ligados y sin intermedios los tres actos centrales de esta obra de cinco, con la novedad de que la transición entre uno y otro de estos tres actos condensados se realice

asombrosamente a la vista del público con mover los árboles y revelar nuevos fondos para indicar cambios de lugar en el mismo bosque), dura en total una media hora. En resumen, el ensayo general que hicimos ayer, lo mismo que la función privada que hoy se ofreció a los críticos teatrales duró cuatro horas y nos llenó de la inquietud de que vaya a sentirse demasiado larga una obra que no fue escrita para los públicos mecanizados y permanentes únicamente dos horas sentados frente a una pantalla o un escenario.

Lo dilatado de ese ensayo general me impidió subir a tiempo a la exposición de Tamayo. Cuando llegué a ella, ya habían transcurrido los discursos, y el montón de gente apretada que recorría los salones impedía, como es clásico, ver los cuadros. Andaba Manuel Mesa, auxiliado enseguida con María Asúnsolo, asaltando a la gente para sacarle firmas para algo, que poca tuvo el valor de negarle por más que toda criticara el procedimiento.

Andaba también Carmen López Figueroa, que había ido con Eduardo Villaseñor y estaba cuando yo llegué con el actor Louis Jourdan, que vino al estreno de su película en el nuevo Cine Cosmos. Me lo presentó y me invitó a la función, que sería al día siguiente. Pero a causa del estreno de *El sueño*, y porque el cine en general no ha vuelto a gustarme, sin duda no iré.

Julio

Lunes 5

Me habló por la mañana Florencio Barrera Fuentes para invitarme, de parte de don Nazario Ortiz Garza a la cena que los coahuilenses residentes en México le ofrecerían a su nuevo gobernador, Raúl López Sánchez, esta noche, en Ambassadeurs, a las nueve. Acepté con el mayor gusto. Que Raúl, mi amigo y compañero de la primaria, sea gobernador del estado en que transcurrió nuestra infancia, me llena de un orgullo tan entusiasta como el que impregna a todos los numerosos, y acaso no todos tan ciertos, compañeros de clase del presidente ahora que es presidente. En vísperas de que tomara posesión, me nació escribir una "Ventana" en forma de Carta Impolítica al gobernador, con recuerdos de nuestro Colegio Modelo y de nuestro Torreón jaloneado por ejércitos de los que no comprendíamos la adscripción, y que solían encerrarnos en nuestras respectivas casas durante los sitios. Su papá era general, lo recuerdo muy bien. Luego lo perdí de vista cuando mi familia cometió el error de traerme a México a estudiar la Preparatoria, y en ella no volví a encontrarlo, porque acaso él la hizo en otra ciudad. No volví a encontrarlo sino recientemente, durante la candidatura del licenciado Alemán,

de quien sin duda fue compañero de estudios y se conserva íntimo amigo.

No tenía yo idea del número de coahuilenses que radican en México. Llenaban el Ambassadeurs, y Dalmau Costa y Escoffet tuvieron que alargar las mesas del salón de banquetes en que no hubo, sin embargo, el menor tropiezo; en que todos los asientos tenían tarjetas. Florencio es un eficacísimo jefe de protocolo, y colocó muy bien a los generales veteranos de la Revolución, que abundaban; a los exgobernadores de Coahuila, a los hombres de empresa de La Laguna. Fue una convivialidad muy cordial, de *timing* perfecto, sin excesos de ninguna clase, en que sólo hablaron Vito Alessio Robles (el lenguaraz de su hermano Miguel dijo que ese discurso era "lo mejor que Vito había escrito en su vida") y Raúl para agradecerla. A las doce en punto nos levantamos de las mesas. Me entristeció un poco no conocer sino a tan pocos coahuilenses, a causa de que hace tantos años que no visito a Torreón, y hay tanta gente nueva.

Lunes 12

"Contigo hablo, bestia fiera." Desde las tres y media empezó el teatro a llenarse de chiquillos. Los muchachos estaban nerviosos, espiaban a su público por las puertas laterales del foro. En estas temporadas "infantiles", vienen por zonas escolares imprevisibles. Miles de estos chicos no han ido jamás a un teatro. Los de esta tarde eran en su mayor parte de éstos entre ocho y doce años, y del rumbo de Lerdo. Unas verdaderas fieras inquietas, cuya atención debíamos concentrar, atraer, conservar, despertar su interés.

Dudo que hayan escuchado la preciosa obertura de Blas Galindo. Aguardaban que se alzara el telón, ver la acción, divertirse. Entre las bambalinas, vi persignarse a Raúl Dantés antes de lanzarse a la escena, mientras subía el telón, para el prólogo, que los chicos aplaudieron.

Luego, las mutaciones empezaron a retardarse. Dantés tenía que vestirse a toda carrera, y que maquillarse, para el primer cuadro del primer acto. Y les habían dado, a él y a Orea y a Córcega (Pepe el Diablo y Chepe Botas) un camino del segundo piso que les obligaba a carreras angustiosas. Toda clase de tropiezos empezaron a presentarse, y a provocar la inquietud desordenada de aquella concurrencia. El maestro Chávez me mandó llamar a su palco. Estaba rodeado de sus secretarias y de sus consejeros, y seguía con ojo crítico todas las peripecias de la escena y de la sala. "A los chicos —observaba— no les interesan los problemas."

El cuadro de la serenata y el diálogo de Amparo y Josefita, en la sombra del salón, con música de fondo, hizo sonar besos en la sala.

Las muchachas se turbaron. Y al terminar la obra, los escasos aplausos fueron de desconcierto.

Cité a los muchachos para mañana, en mi oficina. En realidad, acabábamos de realizar una *preview* cuyas enseñanzas eran muy útiles.

Martes 13

Xavier nos decía: "Ya verán mañana. Con que las mutaciones salgan más rápidas, todo saldrá bien. Si todo está muy bien." Y Conchita, que conoce a este público desde hace años, aseguraba lo mismo. "Es que esta zona es terrible, de muchachitos muy pobres, para quienes venir a Bellas Artes es una fiesta que celebran a su manera. Pero ya verá usted mañana."

Pero Julio y yo dudábamos, y los muchachos estaban desconcertados, asustados. Julio opinaba que no debería yo quemar una obra que decididamente no era para niños, sino reservarla para sus fechas nocturnas. Reunimos rápidamente un pequeño consejo con Blas, los traspuntes, Marichal, Torre Lapham. Revisamos la obra y la actuación desde la primera escena. Era obvio que su exposición cinematográfica requería una más obvia presentación de las situaciones, una explicación dialogada de ciertos episodios para hacerlos más inmediatamente inteligibles. Apunté los lugares en que un poco más de diálogo lo arreglaría. Quedaban apenas momentos para escribirlos, ensayarlos, lanzarlos en prueba. Blas, por su lado, debería aligerar las mutaciones con música.

Luego entraron los muchachos. Tendrían, les expliqué, que prescindir un poco de su mesura, exagerar su mímica en éste y en aquel pasajes. Retrasamos el episodio del segundo cuadro del primer acto. Y los sermoneé. Se hallaban demasiado engolosinados con los aplausos adultos del *Sueño*. Empezaban a olvidar que el éxito se hace todos los días. Debían recordar sus clases de historia del teatro para comprender que el público ha sido siempre —en Grecia, en el teatro isabelino, con Molière, con Lope— activo y tremendo, exigente e inquieto; que no es sino ahora que las sombras pasivas del cine lo han domesticado al silencio y a la conformidad, o que fue en el lánguido teatro francés de cámara real, cuando el público se abstiene de participar a su modo en la representación.

Por mi parte, estaba dispuesto a reconocer que *Astucia* contiene ingredientes románticos y conceptuales lejanos de la inmediata experiencia y de la captación inmediata o fácil de los niños. A *Don Quijote*, que también contenía un mensaje, entraron los niños con facilidad por la puerta de lo mágico y de lo plásticamente vistoso. El ambiente mexicano de *Astucia* se halla acaso demasiado cerca de

su conocimiento cotidiano para que a su edad le confieran el valor que los adultos pueden darle. Y aunque un Novo pueda compararse con otro, no puede Inclán equipararse como materia prima a Cervantes.

Pero aún así, quedaba la consideración del dilema. O asumir que los niños sean retrasados mentales, y ceder a seguirles dando circo (puesto que aunque gusten del *Sueño* cuando vienen a verlo con sus padres y se están quietos, es evidente que sólo absorben y disfrutan lo superficial del espectáculo), o empeñarse y buscar el camino rectificado de propagar entre ellos, de imbuirles, las grandes obras en versiones accesibles; y reconocer el deber de dar en ello su sitio a la literatura y al espectáculo mexicanos.

Nos fuimos todos a comer. No íbamos a darnos por vencidos. A las tres de la tarde, tomadas todas las nuevas disposiciones; instruidos todos en los cambios; picada la cresta de una tramoya que haría milagros en la rapidez de las mutaciones, nos preparamos al segundo experimento. Espiábamos desde el escenario cómo la sala iba llenándose de niños, esta vez mejor vestidos. Empezamos.

Y empezó a ocurrir el esperado milagro; la comunicación, el mutuo contagio de un interés y de una comprensión del público, que estimulaba a los actores y los fundía con él en una sola tensa atención. Cuando sonaron los aplausos finales, y la cortina subió para agradecerlos, les volvió el alma al cuerpo a los muchachos —y a mí mismo.

Miércoles 14

Nos quedaba una prueba más: la del público adulto. Para la función de hoy, habíamos invitado a los críticos, a los cronistas, a los columnistas; a escritores y artistas; esto es, a las tijeras más afiladas y agresivas de la localidad, entre muchos de los cuales no escasearían las ganas de asistir a un fracaso del Instituto y a una plancha de Novo.

Todos lo sabíamos, y estábamos dispuestos a la prueba, y de antemano acatábamos el fallo del público que empezaba a llegar con menor puntualidad que el de chicos. Yo había invitado a Carlos González Peña porque es quien mejor conoce la obra de Inclán, y me interesaba su opinión sobre mi desempeño teatral de su novela. Dolores llegó a su platea con el Bachiller Gálvez, Fito Best y el conde Cellani.

Y nos lanzamos —arriba telón. La excelente música de Blas había sido por primera vez apreciada y ovacionada antes del prólogo. Luego la obra discurrió sin tropiezos en su rápida continuidad, con intermedios breves, uno de los cuales llenamos con que el público cantara el corrido que se había distribuido impreso. Los aplausos empezaron a premiar los cuadros, y estallaron al final del segundo cuadro del segundo acto, en la serenata, y luego en el espectacular cuadro del incendio, que todos apreciaron en la perfección con que lo iluminó y dispuso Julio Prieto.

Y cuando, en el cuadro final, don Clemente se entrega a la vida rústica, llega su esposa, el Botas presenta a su prole, y el pueblo celebra el *happy ending* con el zapateado, hubo que repetir el bailable, y los muchachos me arrastraron a compartir con ellos un aplauso que ese público adulto no sabía hasta qué punto premiaba, qué cúmulo de afanes, de zozobras, de nerviosidades, de rectificaciones, de carreras; de todo lo que integra esos breves momentos en que se fragua la efímera embriaguez de un espectáculo teatral.

Viernes 16

Después de la representación, Graciela Amador (nuestra muy visionuda doña Gertrudis) nos invitó a tomar una copa en su casa, en una especie de pequeña celebración. Fuimos Concha Sada, Bribiesca, Corona, un amigo de ambos cuyo nombre no retuve, Delfino y yo.

Gachita, que es el nombre con que se la conoce afectuosamente, vive desde hace quince años en una parte de una vieja casa de la calle de Atenas. Forman su casa grandes cuartos muy bohemiamente dispuestos. Las paredes de lo que es su recámara y su salón o estudio están cubiertas por grandes pinturas teatrales, y hay un piano en el rincón opuesto a la cama y próximo al *couch* a que nos sentamos.

Bribiesca y Corona desaparecieron, el uno a preparar los jaiboles, el otro (según averiguamos más tarde) a auxiliar a Gachita en la fabricación de los *sandwiches* calientes y el chocolate que pasamos a consumir al comedor. Bribiesca y Corona son dos de los más serios, disciplinados y empeñosos muchachos de la Escuela de Arte Teatral. Cuando el primero tuvo dificultades domésticas sobre su carrera vocacional, se fue a vivir a la casa de huéspedes que tiene la mamá del segundo. Tranquilo, dueño de sí, Corona, en cambio, cuenta con la aprobación familiar para sus actividades teatrales, y tengo la impresión de que Bribiesca ha encontrado la mejor acogida en el seno de la familia de Corona. Sin duda por estas afinidades bohemias, los dos muchachos han acabado por ser tan amigos de Gachita, y por florecer entre ellos esta grata, cómoda, sencilla, fraterna confianza con que nos ofrecieron lo que tenían.

En cuanto a Gachita, hace mucho que la conozco, desde que la invité, con el grupo de teatro que entonces tenía, a escenificar una pastorela para la Carta Blanca en las celebraciones de los cincuenta años de la Cuauhtémoc. Luego, como es prima de Jorge Piñó Sandoval, alguna vez visité esta misma casa, en que Jorge vivió durante alguno

de sus intermedios conyugales. Gachita es una mujer de admirable temple, un poco loca, que se gana la vida con el Teatro de Periquillo que inventó; que ha hecho giras folklóricas hasta Estados Unidos (nos mostró los álbumes de fotos y recortes de sus éxitos), y que de su matrimonio con el coronelazo Siqueiros, guarda la memoria de un largo viaje por Europa, y suficientes recuerdos para redactar, como ya lo hizo y publicó en el *Hoy*, una especie de memorias muy pintorescas e interesantes.

Se nos pasaron las horas muy gratamente. Yo absorbía, como una esponja seca de sencillez, ayuna de cordialidad, aquella atmósfera bohemia, sin pretensiones, sin falsedades. Y me preguntaba: ¿por qué me están negadas estas fáciles satisfacciones? ¿Por qué no tengo un estudio en México, donde pudiera recibir a mis amigos, charlar con ellos, agasajarlos? ¿Por qué —en resumen— no tengo de estos amigos —sencillos y cordiales, tan *soothing*? Todo se vuelve práctico, esquemático. Se escribe por y para; se tiene un lugar para, y eso se despacha —palabras y actos— como una deleznable mercancía, en que lo gratuito desaparece, y con ello, lo plácido y satisfactorio.

Por un momento, pensé en reajustar mi vida y mi costumbre para hacerla admitir la gratitud. Pero en este propio propósito había ya un "para" que frustraba la espontaneidad del impulso, y su feliz posibilidad.

Llegué a casa (una casa que tanto podría prestarse a la amistad, si no estuviera congelada por la soledad) a tiempo de escuchar el noticiero comentado del Bachiller. Tenía una natural curiosidad por saber su opinión acerca de *Astucia*, y me dio mucho gusto que fuera favorable para la dirección, aunque el escritor le hiciera el reparo de una técnica teatral heterodoxa. Resolví escribirle mañana una nota de agradecimiento con la explicación de que había sido enteramente deliberado el riesgoso experimento de impartir a la exposición de la historia una técnica o forma cinematográfica (diez cuadros con *fade outs*, disolvencias, etcétera, como secuencias) en vez de los tres actos tradicionales con su exposición, su nudo y su desenlace.

Miércoles 21

Resueltamente, los lunes (día en que de acuerdo con la tradición refraneril, ni las gallinas ponen) debe de predominar alguna atmósfera mágica de desgano, de lasitud, de indiferencia, que induce al San Lunes, y que por lo que mira al teatro, hace que éste sea un día pésimo en entradas para las empresas. Las familias se entregan a excesos fatigosos en el fin de semana que les dejan agotados el lunes; o bien se presenta, con la reanudación de las labores, lo que los

economistas llamaban el "cansancio marginal del trabajo". El caso es que los lunes, público y actores se portan de lo peor, y anteayer con nosotros no hubo una excepción, sino una confirmación de la regla, que me obligó a meter en cintura a los muchachos por la parte de culpa que tuvieran en lo floja que resultó una función a un público también de la patada.

Por arte de magia, o porque esa atmósfera negra de los lunes se disipa con ellos, ya el martes y hoy volvió todo a la normalidad de una actuación coherente y de un público interesado y atento.

Aunque por nada no llegamos a Bellas Artes. Me llevé a los protagonistas a comer al Puente, y en el camino se soltó el aguacero. Desde la mesa veíamos cómo el agua, en oleajes impresionantes, iba alcanzando por centímetros el motor, cubriendo las ruedas hasta la mitad. El regreso fue verdaderamente anfibio, y angustioso porque los frenos, mojados, no obedecían.

La conversación, cuando por la noche fui a visitar a los Rubio, fue de lo más espeluznante. Hablaron de experiencias espíritas, de casos inexplicables, y Ana refirió lo que le había contado Raoul de cuando una noche, en Medicina, seis médicos jóvenes salieron ya tarde del anfiteatro. En el enorme salón en que no hay más que planchas con cadáveres y una luz intensa, no quedó más que el mozo para apagarla. Y cuando bajaban la escalera, los seis pasantes escucharon un grito horrible que venía del anfiteatro. Se les heló la sangre, se contaron: estaban todos. Corrieron al anfiteatro, encendieron la luz. Entre los cadáveres, estaba el del mozo, con un puñal hundido en la espalda, que nadie ha sabido nunca cómo pudo asestarle —¿quién?

Una conversación como para recordarla entre las tinieblas de un jardín empapado por las lluvias, mientras los perros ladraban.

Jueves 22

Se había venido rumorando: don Pedro me había comunicado su preocupación; pero con eso de que "En México nunca pasa nada", la noticia de que el dólar queda al arbitrio de los especuladores para la fijación de su tipo de cambio, no dejó de ser sorprendente, ahora que constituye la principal de los periódicos.

Es ciertamente impenetrable el sentido dramático de los financieros. No entiende uno el *timing* que se propongan dar a su juego; porque si las reservas se agotaron a pesar de sus medidas de hace un año, de prohibir las importaciones; y se ven en la precisión de revaluar la moneda en función del dólar, piensa uno que debieron hacer esto primero, y entonces anunciarlo, de preferencia a desatar la desenfrenada especulación que sin duda se lanzará desde que hoy sepa todo

el mundo que "por unos días", no se sabe cuántos, el tipo de cambio queda prácticamente al garete.

Sábado 24

Mi día de silencio, de introspección, de balance interno y externo; de no ver a nadie que no sean albañiles y leñadores; de esquivar, abordándola apenas lateralmente, la interrogación de hasta cuándo voy, o hasta cuándo va ella sola a prolongarse, la rutina; la sordamente angustiosa interrogación de si vale la pena, y de qué otra cosa podría mejor valerla. Retirarse, retirarse a tiempo. ¿A tiempo de qué? ¿Y de qué?

Haber sospechado desde hace tiempo que la conversión de palabras en mercancías equivale literariamente al deliberado o al inescapable ejercicio de la prostitución, entraña por sorites la duda de hasta cuándo puede razonablemente prolongarse la vigencia de su apetecido ejercicio. Acaso también en este oficio más frescas dotes acaben por disputar el mercado, y el tiempo venga a llamar por las bambalinas hacia el establecimiento de una administración pasiva —por consejo, por experiencia, aun por asco— del dicho oficio. En ese caso, el camino equivalente al de establecer un lenocinio sería el de fundar una publicación. Y yo carezco de aptitudes —para ambas cosas.

Domingo 25

Los citatorios del PP —que nunca me queda tiempo para atender— me llegan siempre a Sullivan —donde apenas lo tengo para los otros. Así es que no recibí, o no supe que hubiera recibido, el urgente que convocaba a todos los miembros del Comité Ejecutivo Nacional a una junta en la casa de Vicente Lombardo Toledano para hoy domingo a las diez de la mañana.

Se trataba de discutir la conveniencia de que el Partido asumiera una posición frente a las recientes medidas monetarias que desvalorizan el peso. Como a las once, ya no cabíamos en la terraza, y Vicente repartió copias de las declaraciones que había tentativamente formulado para someterlas a la crítica de todos antes de enviarlas a la prensa.

El documento había sido cuidadosamente fraseado. No se trataba, había que hacerlo claro, de un partido de oposición como el Sinarquista o como Acción Nacional, para los cuales todo lo que hiciera el gobierno estaría siempre mal. El PP no lo criticaría todo, pero no podía dejar de censurar los pasos y las medidas erróneas y perjudiciales en cuanto las viera, y en cuanto su corrección oportuna pudiera

enderezar el rumbo de un gobierno cuyos lineamientos generales aprobaba.

Éramos muchos, y todos querían hablar: Diego, que expuso una complicada teoría a propósito de las vinculaciones que la baja del peso tiene a su juicio con las elecciones norteamericanas, los republicanos y los demócratas; Manuel Mesa, que señaló casos alarmantes de mala política agrícola; la doctora Rodríguez Cabo, que tenía otros datos; Vidal Díaz Muñoz, que sabía muchas cosas del azúcar.

De haberse recogido todas aquellas sugerencias, un documento que no ofrecía ser la última, sino apenas la primera declaración de un partido político, habría desvirtuado su rotundez con anticiparse a contener, premiosamente pergeñadas y recogidas, todas las ideas y los puntos de vista polémicos que acaso más tarde se puedan desarrollar en conferencias de mesa redonda o en alguna otra forma. Costó trabajo conciliar en puntos concretos las aclaraciones que a cada uno de los párrafos del documento original ofrecían a su turno casi todos los presentes. Y como yo padezco entre otras la manía de la corrección, y se me hacía fácil apuntar en mi ejemplar las formas sencillas de expresión que satisfacían las sugestiones por todos admitidas, me cayó la inesperada chamba de ser nombrado miembro de una comisión de redacción que integraría con Bassols y con Enrique Ramírez y Ramírez. De nada sirvió que implorara que me dejasen ir, que explicara que todavía tenía que ir a guisar a mi casa, el inflexible Bassols, como en los buenos tiempos en que era mi jefe y nos obligaba a trabajar hasta más allá de la media noche, anunció que tardaríamos unas cinco horas, y que convenía ir a comer y regresar enseguida. Yo no veía cómo pudiéramos tardar cinco horas en pulir escasas cuatro cuartillas de palabras, tarea que seguramente no podría llevarnos arriba de media hora.

Jueves 29

Agustín Barrios Gómez pasó ayer por la oficina a invitarme al *cocktail party* que ofrecería esta noche en el Reforma, Salón Beethoven, para celebrar los meses que lleva de publicar en *Novedades* su RSVP, tan documentado, alegre y leído; tan descubridor y cultivador de esa nueva generación de leones de sociedad de que él mismo es un miembro y un adalid.

Le prometí asistir, y sostuve mi promesa. A las ocho, cuando llegué, había pocas personas. La princesa Rativor, tan mentada, recibía con Agustín desde cerca de la mesa en que ya instalaban el *buffet*, y daba sus órdenes a los mozos acerca de la luz conveniente: un poco más, un poco menos; así, perfecto. La luz tenue, sedante, sensual, que conviene lo mismo a las bellezas auténticas y jóvenes para su

mejor lucimiento, que a los discretos otoños que están adiestrándoles para el *savoir faire* —como se dice en los salones de doña Gertrudis.

Chucho Reyes conversaba con Tony Martin —la otra anfitriona, con la princesa Rativor— y con Carol, que está estudiando periodismo, pero no en la Universidad Femenina. Depositada en un sofá, nuestra Rosario Sansores tomaba nota de la concurrencia conforme entraba, y envió a uno de sus secretarios a infligirme la ofensa de preguntar mi nombre. Chucho Reyes estaba feliz, porque acababa de vender una colección de sus papeles pintados, que ya tienen mucho éxito en Nueva York, para una tienda de París en que los usarán para envolver regalos de lujo. Así comenzaron esos papeles aquí mismo, hasta que a los gringos se les ocurrió que eran obras de arte. Le reiteré a Chucho la promesa de pasar una de estas tarde por el par de ellas que me tiene ofrecido desde hace mucho.

Con Carmen López Figueroa llegó un grupo numeroso, y empezó a animarse más la reunión. Las anfitrionas advirtieron que los cocteles de toronja eran no más que el preámbulo del *whisky* que más tarde se serviría. Pero yo ya no probé el *whisky*, porque también había ofrecido asistir a la representación de la *Santa Juana* de Shaw que hacía el grupo de la Linterna Mágica, de Nacho Retes, en el Teatro del Sindicato de Electricistas. Le expliqué a Agustín que mis deberes me llamaban lejos —no tan lejos, en realidad; a la vuelta de la esquina— de su elegante fiesta; que trataría de regresar en cuanto terminase la *Santa Juana*. Y él tuvo la gentileza de decirme que me quería pedir que le escribiera una nota sobre su conmemoración.

Fue eso, sin duda, lo que me inhibió de volver. Porque estoy seguro de no conocer, y en consecuencia de no poder autorizadamente hablar sobre ellas, a la mayoría de las familias congregadas en el Salón Beethoven.

Me sentía más *at home* en cuanto llegué al vestíbulo del Sindicato de Electricistas. Allí estaban Jaime García Terrés —a quien no hacía mucho que había dejado en Bellas Artes, donde hubo Consejo— y Henrique González Casanova (cuya H hay que respetar). También Lola Álvarez Bravo, con su cámara y su cigarro, vendiendo boletos que ya todos teníamos, y los cuatro nos fuimos a ingerir un tristísimo *sandwich* caliente a la esquina; a esa tienda de *hot dogs* que tanto contrastaba con el suntuoso *buffet* del Reforma.

Luego, en el teatro, empecé a reconocer a la concurrencia: Muratalla, Dantés, Pilar —otros muchachos de la Escuela de Arte Teatral que venían a ver a sus compañeros de la Linterna Mágica con ojo crítico y con un deseo de aprender y perfeccionarse que hace tan cordial y tan promisora la nueva actividad teatral.

Viernes 30

Hay, sin duda, muchas maneras de celebrar el cumpleaños, pero no es la más ortodoxa la de pasarlo en tal cúmulo de febriles tareas, que se olvide por ellas aun que ese día es aquél en el que hace ya muchos años uno vio la luz.

Pasé por don Pedro en la mañana. Deliberadamente, él se había abstenido de ir a la huerta, a fin de darse la sorpresa de ver, cuando fuera, avanzada la obra de su casa. Fuimos allá, pero no había mucho que ver. Como ha de tener sótanos muy amplios —destinados al cuarto de juegos y fiestas infantiles de Beto, a instalación de clima, a bodega de vinos—, lo que vimos fue el socavón, tan profundo que ya mero llegan a las antípodas, y las cimbras de los cimientos, que no han colado porque en estos precisos días se le ocurrió a un rayo caer donde perjudicó una fase de la bomba, y no ha habido manera de obtener agua.

Luego llegué a Bellas Artes, apenas a tiempo de levantar el telón para la función de las once de la mañana. Después de ésta, no volveríamos a tener otra sino hasta el domingo, ya para el público, y convenía hacer un ensayo para redondear ciertas escenas que habían aflojado en el curso de quince representaciones. Tomé cuidadosa nota de lo que hacía falta apretar, y dispuse que de una vez, al terminar la función, hiciéramos el ensayo.

No les cayó muy bien a los muchachos la perspectiva. A mí tampoco. Me privaba de concurrir a la comida que esta vez volvería a ser en Ambassadeurs, y a la cual envié a don Pedro los datos que a media función me pidió por teléfono. Por más que simplifiqué el ensayo, salimos de él a las tres y media de la tarde, a tomar un bocado por ahí cerca para volver a la oficina de Carlos, donde se celebraba una sesión de Consejo de la cual hube de salirme a las siete y media porque recordé que a las ocho tendría que dar en la Normal Superior una conferencia sobre "El teatro y la escuela" que hará dos semanas acepté sustentar, pero en la cual no había vuelto a tener tiempo de pensar.

Está irreconocible, transformada en el moderno y vasto edificio que aloja a la reluciente Normal Superior, mi vieja Escuela Secundaria Núm. 2: aquella en la cual, cuando vivía yo en el cercano San Rafael, iba a dar cuidadosas, brillantes clases de literatura; la que dirigía la señora Ana María Berlanga, tan alta y tan adusta que todos los profesores y todas las alumnas le tenían miedo; pero a quien yo le caía bien, me mostraba una predilección que yo suponía originada en el hecho de que ambos fuéramos del norte. La señora Berlanga murió. Murió también Anita, la secretaria de la escuela, como han muerto en poco tiempo don Lauro Aguirre, el maestro Uruchurtu, Manuel Barranco, Leopoldo Kiel...

En todos ellos pensé al reintegrarme por un momento a este rumbo y al ejercicio eventual de la pedagogía implícita en la conferencia que me disponía a improvisar. La Normal Superior, que dirige Celerino Cano, contemporáneo de aquellos maestros, queda cerca de una Escuela de Verano en la que también di clases muchísimo tiempo; desde antes de que se instalara definitivamente en Mascarones; desde que funcionaba acabada de crear por Pedro Henríquez Ureña (ya fallecido), por Antonio Adalid y por Tomás Montaño (que en paz descansen), de una manera trashumante que consistía en que sus clases se dieran en salones improvisados en las oficinas de la Universidad en Licenciado Verdad y Guatemala; en salones libres de la Preparatoria y de Leyes, y en rincones de la Secretaría de Educación, que entonces acababa de reestablecerse.

Había yo quedado con Conchita Sada en que de mi conferencia nos iríamos juntos a ver el *debut* de María Tereza Montoya en el Arbeu y con Valeria, y fue un poco aguardándola como me solté hablando frente a unos sesenta adustos profesores, y cuando me di cuenta, ya eran las nueve y media, había hablado noventa minutos, me di prisa en atar los cabos sueltos de mi exposición, la concluí —y descubrí que no era ya justo dar a mi cuerpo otro destino que el reposo en su cripta solitaria de Coyoacán.

Agosto

Lunes 2

La noticia despampanante del día fue la publicación de la lista de las empresas y de las personas que tuvieron el tino de poner a salvo sus intereses convirtiéndolos en dólares a 4.85 antes de la devaluación y hasta por la suma de cerca de 20 millones en unos veinte días de julio.

La lista parece incompleta, o bien ha resultado una triste especie de parto de los montes en la medida en que no corresponde con sus 19 millones a los más de 100 fugados a sus cuentas bancarias en Estados Unidos, que con ello acababan por dar en la torre a las reservas del Banco de México. En lo que el economista licenciado Beteta tiene razón es en decir que ya no era un secreto la inminencia de la necesidad de devaluar el peso o de la proximidad inevitable de esa medida cuando la tomó. Así como en mi mínima parte tengo razón al darle contra el suelo por no haber tenido la precaución de convertir en dólares mis cuatro centavos cuando algunos amigos míos lo hicieron. A estas horas y con sólo hacerlo ya no me estaría tronando los dedos para cubrirle a Jorge Rubio los 30 000 pesos en que la realidad sobrepasó sus cálculos y mis provisiones y capacidades para la construcción de la casa de San Ángel Inn.

Martes 3

No tenía muchas ganas, o para decirlo de otra manera tenía más trabajo que ganas, de ir al Palacio Nacional a presenciar la entrega de los premios Manuel Ávila Camacho de Literatura y de Ciencias para 1947 que el presidente iba a hacerles a Carlos González Peña y a Ignacio Chávez. Pero a última hora Misrachi me convenció de que fuéramos juntos, como hicimos en ocasión anterior, cuando el premio de Literatura le fue otorgado por el propio Ávila Camacho a Alfonso Reyes.

Cuando llegamos ya estaba lleno de intelectuales y fotógrafos el Salón de Embajadores, y el licenciado Gual Vidal leía el discurso de elogio de los premiados. Todo el gabinete, con la singular excepción de un ministro de Hacienda que se hallaría en esas horas explicablemente atareado, rodeaba al presidente, y escuchó la clase de literatura mexicana en panorama que el inveterado aunque ya jubilado maestro de la materia que es Carlitos González Peña ofreció a la colectiva evocación de la concurrencia como su discurso de laica recepción en esa flamante Academia de los consagrados por la fama que empieza a ser el estricto círculo de los receptores del premio Manuel Ávila Camacho.

Luego habló Nacho Chávez breve y sustanciosamente, para defender, apoyado en una teoría de Alfonso Reyes sobre la duda cartesiana de los mexicanos, su potencialidad científica, necesitada sin embargo, a diferencia de un ejercicio artístico para el cual nos hallamos famosamente bien dotados de un espíritu de grupo que explica la vigencia de aquél al cual el propio Chávez con otros médicos famosos pertenece.

Una vez impuestos los escapularios tricolores por el presidente, éste salió de prisa del Salón, dejando atrás a sus desconcertados ministros, y luciendo un entrecejo poco habitual en él y en el que era evidente la preocupación. No se quedó como otras veces a estrechar la mano de los intelectuales. Yo, que estaba al paso, tuve el singular privilegio de que me tendiera la mano y me preguntara "cómo le ha ido" —aunque sin detenerse a que le contestara que más o menos como a todo mundo.

Jueves 12

Tenía la esperanza de que Carlos González Peña escribiera acerca de *Astucia*, porque él conoce al autor y a la novela como pocos, y su opinión sobre el desempeño de mi versión teatral sería muy importante. De manera que hoy mi lectura de los periódicos fue doblemente grata al ver que le consagra su artículo de *El Universal*, y que la

encomia y puntualiza sus dificultades: "Ante tan difícil problema se encontró Salvador Novo —dice después de analizar el de la adaptación al teatro de las novelas novelescas—, al escribir la que acaba de estrenar en el Palacio de Bellas Artes, y justo es proclamar que lo resolvió con ingenio y habilidad insuperables." Y concluye: "Devoto fiel de Inclán, no podía Salvador Novo haberle rendido más digno homenaje que esta linda versión teatral que —esperémoslo— contribuirá a difundir y hacer mayormente amar la más mexicana de las novelas."

Ése fue, justamente, mi propósito, y ésa mi compleja satisfacción. Cuando veo a los personajes de Inclán vivir en 1948 en el mejor teatro de México; interpretados por fervientes muchachos de veinte años, con todos los recursos de una escenografía moderna y competente, y en el marco de la música mexicanísima y hermosa de Blas Galindo, pienso sobre todo en Inclán. Aquel ranchero metido a impresor: feo, bizco; a la puerta de cuyo establecimiento pasarían arrogantes los escritores cursis y apretados y europeizantes de su época sin saludarlo, sin conocerlo —¿habrá imaginado, soñado Inclán que un siglo más tarde Lencho, Amparo, Josefita, Pepe el Diablo: su México delicioso, resucitarían, saldrían de su ruda novela a hablar su lenguaje y a vivir las aventuras que él les deparó? Siento como que a través de los años y de la muerte, Inclán y yo nos damos las gracias y nos estrechamos las manos.

Después del Consejo, que se prolongó hasta las nueve de la noche, Ana Sokolov y Ana Mérida trajeron a la antesala del despacho de Carlos a unas señoritas negras, una de las cuales baila, la otra canta y la tercera toca el piano, y a un compañero suyo que toca esos extraños tambores africanos; y unos dieron números muy febriles. La principal señorita negra se arrastraba en el suelo y daba saltos. Querían que las viera el Instituto porque creo que piensan organizar un recital.

Viernes 13

Como ayer no acabamos de leer los artículos que irán en la revista, hoy volvió a reunirse el Consejo que la dirige para que (de acuerdo con la expresa solicitud de Rafael Solana) una voz neutral que todos convinimos en que fuera la de Leonor Llach, diera lectura a las numerosas cuartillas del artículo en que José Luis Martínez enjuicia a la literatura mexicana contemporánea.

Ya nos había advertido Solana que ese estudio era duro. Y en efecto no deja títere con cabeza. Según José Luis (que cuida de ceñir su diagnóstico a los poetas y a los escritores aparecidos entre 1940 y 1948), el panorama de las letras nacionales es desolador. Quienes

han dejado de publicar más libros que aquellos que periódicamente registran su decadencia; quienes se han metido en el cine, para perjudicarlo y perjudicarse; quienes más han descendido al periodismo, cuyas venalidades contraen mientras abaratan estilo y valor.

Conforme avanzaba la lectura, y el censor denunciaba que los poetas nuevos se han cogido de una retórica monótona para simplemente vaciar en ella sus vicios e inmoralidades; y que agotada la novela revolucionaria no va quedando nada, yo esperaba los nombres, las citas, las comprobaciones que es costumbre exhibir como pruebas de las afirmaciones. Pero las citas estaban cuidadosamente omitidas del alegato abstracto y pesimista, a tal extremo, que el primer escritor mexicano citado a la hora de lectura fue Proust. Un poco más adelante apareció el peine con la mención de Sartre, y Jaime García Terrés expuso que le gustaba mucho el artículo, y que no veía la necesidad de que fuera concreto en sus acusaciones. Que desde Julien Benda se han venido produciendo en Francia estas valorizaciones abstractas de un momento de la literatura, sin mención de nadie.

Era curioso que un estudio tan pretendidamente nacionalista como aquél: que aconsejaba el conocimiento de la tradición mexicana, empezara por seguir, él mismo, un modelo europeo. Pero además, si puede suponerse que la literatura francesa de cualquier momento sea tan conocida en Francia y en el resto del mundo que su diagnóstico genérico sea inteligible sin ilustraciones precisas —¿puede creerse lo mismo de la mexicana? Pienso que si un lector de Costa Rica, o de Guanajuato, le entra a la lectura del panorama de José Luis Martínez, apetecerá que este crítico le aclare a quién se refiere, y le diga quién es, y cuáles sus obras si las tiene; y sin son tan las birrias que parecen; si desde ese año arbitraria o tímidamente escogido de 1940 hasta la fecha no ha habido nadie que valga la pena, ese lector se preguntará para qué se toma José Luis el trabajo de, como antes decían, "bordar en el vacío".

Solana siguió defendiendo el artículo, sobre la base de que siempre sería saludable la reacción de inconformidad con sus puntos de vista que podrá suscitar, y convinimos en que se publique, siempre que alguien (Solana sugirió que de la generación de José Luis) sostuviera un punto de vista diverso, constructivo, que pudiera contraponerse al desolador panorama del joven crítico.

Sábado 14

Para cumplir las órdenes de Jorge Rubio, y adornar las extrañas jardineras que inventó, nos fuimos hoy a Xochimilco Anita, Roberto Rivera y yo, con los dos Panchos de la casa para que cargaran las plantas.

Tenía años de no ir a Xochimilco. Carezco por completo de un sentido de la orientación que la naturaleza ha otorgado con perentoria predilección a los caballos, las palomas mensajeras, ciertos perros y algunas personas. Me fue pues difícil dar con la casa de don Miguel, pero al fin la encontramos.

No es época de flores, y ni su patio ni sus invernaderos las lucen. Escogimos sin embargo una docena de begonias, dos hules. Para cargar con las petunias, las cortinas y los colios rojos, había que ir hasta las chinampas, y allá fuimos. En sus conocidos pequeños adobes de tierra negra y húmeda asomaban sus hojas nuevas y mínimas las petunias y los colios, su aroma el romero, su promesa el huele de noche. Pero cuando le pregunté a don Miguel el precio de las plantas, vi que la devaluación del peso y el encarecimiento del dólar ha repercutido también en las chinampas, porque los colios que antes se conseguían por siete o diez centavos, o entre ocho y diez pesos el ciento, ahora valen 40 pesos el ciento, y por ese estilo todas las demás producciones indígenas de la revolución automática de las semillas recogidas en las chinampas. "Sí, pero es que antes los peones ganaban 1.50 pesos, y ahora ya ganan cinco pesos", me explicó don Miguel cuando pregunté si también los adobes les venían de Estados Unidos.

Terminada la compra de las plantas nos fuimos al mercado. Era día de tianguis, pero no estaba muy surtido. Realmente es un error pensar que las plantas se encuentren más baratas en Xochimilco que en el Jardín Encanto, o que las verduras en los tianguis mejor que en los supermercados. Los magos de la barbacoa nos vieron la cara de turistas, nos la pesaron mal y nos la cobraron carísima. Mi única adquisición plausible fue la de tres palomitas de cera puestas sobre una flor de papel, con las alas y la cola hechas con servilletas de papel plegadas, que un hombre vendía en el mercado, ensartadas las varas en un carrizo lleno así de vivos colores mexicanos.

Martes 17

Fuimos a tomar chocolate a aquella vieja dulcería de la calle de Tacuba que proclama haber sido fundada en 1872 —La Flor de Tabasco; con su luz fúnebre de neón, sus vitrinas llenas de dulces antiguos, su dueña y encargada cortés, con alto peinado aunque se nota el ennegrecimiento laborioso, sus mesitas redondas en que se insertan sillas de asiento triangular, a que se instalan clientes pobres y silenciosos, de aire resignado, a consumir menguados tamales y bizcochos vastos por poco precio; en que prevalece una triste atmósfera de "clase media y decente" cuya contemplación es tan sedante como entristecedora. La calle de Tacuba, la vieja calzada de Tlacopan era

un puente ininterrumpido de enormes camiones que apenas si se desplazaban centímetros en su procesión. Regresamos a Bellas Artes para oír el concierto de Arrau por esa calle en que hay perfumerías baratas y en que las únicas sonrisas son las macabras de las dentaduras expuestas en vitrinas a las puertas de los gabinetes dentales.

Miércoles 18

Carlos Chávez no quería que comiéramos: ni mucho para no engordar, ni lejos de una oficina en que empieza sus acuerdos a la extraña hora de las tres de la tarde: Misrachi no quería ir a Prendes porque le aturde el ruido de las conversaciones; el patrón no quería ir a Henri ni a Manolo que es donde habitualmente come Misrachi; y en fin, ninguno aceptaba mi idea de transar por irnos al puente a comer italiano. El hecho de que el patrón resolviera estacionar su coche en el Guardiola, decidió la común elección de un Club de Banqueros al que él como miembro puede llevar a sus amigos. Y como nos sentamos en el comedor, que todos los clientes cotidianos han ido abandonando por las terrazas, en una de las cuales se llena a diario la mesa del Seguro que presiden los Domínguez y en la otra Aarón Sáenz comía a una mesa muy larga y concurrida a que fueron a saludarlo Antonio Carrillo, Carlos Novoa, Eduardo Bustamante, disfrutamos de un apacible y silencioso mole poblano sin más vecinos próximos que el ya extraoficial don Eduardo Suárez.

Por la tarde reté a Conchita Sada a invitarme a ver *Santa*. En cuanto vieron a Conchita, los empresarios nos instalaron en el palco más próximo al escenario, desde el que podíamos ver a Agustín Lara impresionantemente ciego, y a Andrea Palma todo lo guapa que luce con esa ropa de época. En el entreacto fuimos a saludar a doña Virginia y a saber de sus labios que a principios de octubre ella y su compañía tomarán el avión para hacer en Madrid la temporada que ha concertado ya el expedito y activo Luis Basurto. Saludé a Andrea, a quien la pérdida de 50 000 pesos no ha desvalorizado, pero que concluirá de todas maneras el próximo lunes. Y nos quedamos a ver un segundo acto en que doña Virginia se coloca una guarapeta con agua de Tehuacán y evoca en la musical compañía de Agustín Lara al general Márquez, al licenciado Roldán y a Tomás. Lo curioso es que doña Virginia nos dijo que no bebe nunca y que "con tres uvitas o con un dedalito de rompope", ya se pone como un vivo jitomate.

El teatro estaba prácticamente lleno, y lo merecía. Es una lástima que se acabe la temporada.

Jueves 19

Desde antier supe que, como ayer lo publicó *Novedades*, el señor Pasquel dejaría la gerencia de ese periódico. Ayer leí la revista de Jorge Piñó en que le formula tantos cargos, y hoy en *Novedades* la noticia de que el señor Pasquel no piensa abandonar a México, y de que el personal de *Novedades* le ofrecerá el viernes una comida.

Un vivo y rebelde espíritu de contradicción me hace siempre simpatizar con los caídos o con los atacados. Mis antipatías y mis simpatías no tienen nunca nada que ver con las que gregariamente se profesan hacia las personas. Pero basta que ellas sean montoneramente atacadas para que me simpaticen, o colectivamente lisonjeadas para que yo me les aparte. Cuando compró *Novedades*, no concurrí a las comidas que lo celebraron. Tampoco iré a la del viernes, pero porque tengo otra inquebrantable.

Viernes 20

Será que a partir del momento en que descubrieron que el espacio y el tiempo vienen a dar lo mismo; y que son elásticos, el tiempo se ha achicado, como las distancias, con el funesto resultado de que mientras más horizontes ofrece la rápida posibilidad de transportarse a no importa dónde, menos tiempo se tiene para hacerlo, y para afrontar el cúmulo de quehaceres que este apiñonamiento propicia. Es el caso que los días, las semanas, los meses, vuelan, como se dice; y que lo registra la reincidencia en las costumbres periódicas que uno observa, y que parecen más frecuentes de lo que son en realidad, hasta ir haciendo repetitivo como un isócrono reloj este proceso que a falta de otro nombre insistimos en llamar vida, y en pelearlo.

A tal extremo de mecanización llega a unirse la vida, que podría medirse con cronógrafo el instante en que llegamos, todas las mañanas, a determinado crucero con la luz verde del semáforo; vemos al mismo señor manejando el mismo choche, con idéntica preocupación o igual importancia retratada en el rostro que habrá afeitado a la misma hora después de dormir con la misma señora. Los mismos vendedores vocean los mismos periódicos, en un rosario de días que nos avisa que es lunes porque venden *Todo*, martes cuando sale el *Mañana*, miércoles si gritan el *Hoy*. Llega uno a acostumbrarse al mismo bache, a las mismas desviaciones en procesión por Nuevo León. El día en que esté de nuevo expedita la avenida Insurgentes, se nos van a desquiciar todos los reflejos.

Y no porque el Departamento del Distrito no se esfuerce en brindarnos las novedades de su inventiva fecundísima. Por ejemplo, en las excavaciones emprendidas para insertar en los camellones de

Insurgentes cortinas de truenos destinadas a impedir que uno vea a tiempo con qué camión o con qué coche va a chocar y estrellarse.

Para variar, comimos en Ambassadeurs, y mientras tomábamos el aperitivo en la cantina, llegó Piñó, cojeando un poco, y se sentó a saludarnos. Andaba como pulsando la opinión que se tuviera de su postura beligerante contra el señor Pasquel, que todos habían leído en su revista. Luego se marchó.

Por la noche, el concierto de Arrau resultó muy sedante.

Miércoles 25

En camino al centro, nos sorprendió ver que voceaban la revista de Piñó que todo el mundo creía extinta a manos de los asaltantes. La compramos —el último ejemplar, y don Pedro leyó en voz alta la respuesta de un Jorge al otro.

Una poco frecuente solidaridad periodística, fruto de un peligro común, ha florecido desde ayer en torno al atraco. Todavía no empiezan, pero son previsibles, los editoriales. Por hoy se multiplican las notas informativas a propósito del disgusto que le causó al presidente saber lo que ocurrió, y las previsiones de justicia expedita que se formulan.

Curioso caso el de Jorge Piñó; siempre en crisis; inadaptado, inadaptable; en protesta y en rebeldía, antisocial desde que lo conozco, cuando era ayudante de Siqueiros —un jovenzuelo con ideas de persecución, comunista, que por ello fue a dar en la cárcel. Picho Denegri, su amigo de adolescencia, ha descrito los sueños de ambos y de otros jóvenes en el estudio en que Gabriel Ruiz tocaba el piano antes de volverse compositor, como le llaman, "melodista". Un día fue a venderme un cuadro de Siqueiros: "Me dijo David que pidiera 50 pesos y que tomara cinco." Yo entendí que lo había autorizado a conformarse con cinco, porque 50 pesos entonces de oro eran mucho dinero por un cuadro de Siqueiros, y no lo compré. Otra vez fue a comunicarme que iba a casarse —en Puebla, por la primera vez, de que enviudó, y de que tuvo una chica que no hace mucho una tía suya trajo a la Escuela de Arte Teatral, y que se parece mucho a Jorge, como se le parece el hijo de Yolanda Villenave —de quien se divorció. Años después de su *debut* como periodista sensacional en *El Día* de Palavicini, lo encontré trabajando en *Excélsior* —adonde debe de haber sido él quien llevó a su amigo Denegri— y fuimos más amigos. Dos veces se disgustó en *Excélsior* y lo abandonó. Es irritable, *moody*, como no permite sospecharlo su simpatía personal, su apariencia alegre. Hace algunos años que no nos tratamos de cerca ni con frecuencia, pero yo creo conocer su psicología bastante a fondo, entenderlo y por ello quererle.

Jueves 26

El festival de danza de anoche me privó de asistir, desde el principio, a la cena en honor del doctor Gastélum. Quedé, sin embargo, con Xavier, en ir a saludar al doctor en cuanto terminara el programa, y así lo hicimos.

Carlos Chávez está empeñado en impulsar esta ramificación de la música que resulta la danza. Desde un principio, la segregó de aquella ramificación de la danza que es el teatro, y constituyó la Academia Mexicana de la Danza, que el año pasado dirigía Guillermina Bravo, y el actual Ana Mérida. Y no es esta sola la agencia coreográfica semioficial de México: las hermanas Campobello cultivan por su lado el almácigo de bailarines que necesita el Ballet de la Ciudad de México, y que guarda amistosa relación con el Instituto.

La Academia se aloja en el extemplo de San Diego, donde también se ejercitan los grupos experimentales de teatro que han aceptado trabajar en el altar mayor, improvisado como escenario. La danza ocurre en una ala del edificio. Y ahí, Ana Sokolov, maestra huésped, ha trabajado unas cuantas semanas con los alumnos permanentes de Ana Mérida, que por lo visto son excelente material. La demostración que anoche dieron fue muy bonita y muy prometedora.

Los bailarines más adelantados y notables son los hermanos Silva, Ricardo y José. Pero junto a ellos, hay otros muchachos entusiastas, dispuestos a afrontar las duras disciplinas de ese oficio. Siento, sin embargo, que el tipo de danza que alcanzaría más amplia aplicación en las escuelas y entre el pueblo de México, sería el negroide de Katherine Dunham. Ana Mérida, que se hizo muy amiga suya, debe de haberle aprendido mucho.

Luego que dejamos a Anita Rubio en su casa (iba encantada de los muchachos Córcega y Orea, a quienes conoció en mi casa, y que fungieron como comisión de recepción de los invitados al festival de danza, y la sentaron muy bien), Xavier y yo nos fuimos al Paolo. Ya habían los comensales terminado su banquetazo, y aun habían ya transcurrido los discursos. Aarón Sáenz y Vasconcelos, a los lados del doctor Gastélum, evidenciaban el enfriamiento que el tiempo depara a las pequeñas rencillas pasajeras de la política. Fue muy satisfactorio que Vasconcelos tomara la palabra para encomiar al doctor Gastélum —con quien, comentaron en voz baja los presentes, hasta por libro se había peleado. Así lo insinuó o lo reconoció en su peroración, en la cual se felicitó de volver a encontrarse a un colaborador tan leal y excelente, y de hallarlo tan joven y tan fuerte, que ni siquiera canas se le descubrían.

Ahí estaba el doctor Alamillo, que trabajó en Salubridad con el doctor Gastélum, y el maestro Gea González, y muchísimos otros

médicos eminentes. Y el doctor Alamillo dio una prueba de su jarocha rudeza al decirle a Leonor que estaba muy repuesta.

Nos acercamos, por fin, a saludar al doctor Gastélum. Vasconcelos quedó en llamarme por teléfono para que nos lo llevemos a comer por ahí la semana que entra. Vi, envejecidas —como ellos habrán visto la mía— muchas caras conocidas: a don Salvador García, el puntual administrador de la Universidad de Vasconcelos y de Antonio Caso; y extrañé la presencia de colaboradores de Gastélum en Salubridad como los poetas de una revista, *Contemporáneos*, que él animó y sostuvo con el fervor con que siempre se ha interesado, a un lado de su ciencia, por la literatura.

Hoy, por la mañana, Eduardo Villaseñor me recordó mi compromiso de acompañarle a desayunar en San Ángel para escuchar los versos que ha dado en escribir, y de los cuales ya tenía yo noticia, porque le ha consultado la perfección del inglés en que los redacta al notario Noé Graham Ourría, cuyo británico apellido le habrá hecho sospechar que domina esa lengua.

Se los ha mostrado también a Alfonso Reyes, en Cuernavaca, porque la mayor parte de esos poemas los ha escrito en su retiro de Tepoztlán. Nos sentamos a leerlos en su pequeño jardín, mientras Fortunato, su prolífico criado, a quien Margarita casó con la criada cuando vio que era necesario y prudente legalizar esa situación, iba a enseñarles la casa contigua a unos gringos que querían alquilarla, pero que hallaron muy elevada la renta.

Luego me acompañó a Calero. Ahí estaba Jorge, sentado frente a la inconclusa chimenea, contemplando su obra y frunciendo el entrecejo adusto ante la lentitud con que ella avanzaba. Eduardo se marchó, porque había citado a su propio arquitecto en la también inconclusa casa de Frontera, y yo me vine a México.

Sábado 28

Ayer batimos el *record* de ocupación ininterrumpida del teatro. Dimos una función a las once de la mañana, a teatro repleto de escolares, que terminó a la una y media; otra a las cuatro de la tarde, en iguales condiciones; y otra —la tercera de su género en la semana— a las siete y media, para alumnos adultos, obreros de escuelas nocturnas. En total vieron teatro en un solo día siete mil personas, y el testimonio de esa hazaña, me induce a reflexionar y a hacer una pequeña estadística de nuestras actividades teatrales a partir de los últimos días de marzo, puesto que *Antígona* se estrenó el 28: esto es, de abril a agosto, que son cinco meses en los cuales presentamos cinco obras: *Antígona* de diez funciones, con una concurrencia de seis mil personas; *Como la primavera*, en once funciones a que

vinieron ocho mil; *Judith*, en catorce, con diez mil concurrentes; *El sueño*, veinticuatro veces, con un total de cincuenta mil personas en ellas; y *Astucia* cincuenta y tres representaciones presenciadas por un total de ciento seis mil personas de toda edad y condición. En resumen, ciento doce funciones en cinco meses que dan veintidós funciones —casi una diaria— presenciadas por ciento ochenta mil habitantes de la ciudad de México.

La función de hoy, dedicada a los charros, estuvo preciosa. Confieso mi ignorancia. Empezaba a inquietarme, desde el foro, no descubrir en la concurrencia a ningún charro, cuando habíamos invitado a ciento cincuenta especialmente. Y lo que pasaba era que venían en traje de gala, y el traje de gala de los charros —negro, de paño finísimo, austero, sin más adorno que la discreta botonadura de plata, con corbata negra de puntitos blancos— es de la mayor elegancia concebible, y no tiene nada que ver con los mariachis ni con la producción para consumo de los turistas que ha adulterado la imagen del charro mexicano.

Don Lino Anguiano salió a agradecer el homenaje de la función, y tres muchachos charros encantaron a la concurrencia con el floreo de sus expertas reatas.

Lunes 30

El patrón se marchó a Monterrey a sus negocios, y esta comida sucursal de la de los viernes que hemos dado en celebrar él, Alfredo Nieto y yo todos los lunes en Prendes (para variar: el patrón toma siempre milanesa de cerdo; yo pulpos, Alfredo melón y carne asada), se realizó con la suplencia de Alberto Altuzarra.

Hoy se dieron, a las once y a las cuatro, las últimas funciones escolares de teatro. La matutina fue la de las bodas de oro de *Astucia*: cincuenta representaciones. Los muchachos querían celebrarlo, pero su posibilidad estaba condicionada a que les pagaran. Y como no lo supieron con certeza sino hasta las seis, hasta esa hora mandaron a traer un pastel con cincuenta velas que llegó a mi oficina a las ocho, cuando ya casi todos ellos no creían que llegara, y se habían marchado. Lo guardamos para mañana. Nada le pasará, porque está bien embetunado.

Ya muy tarde llegó a la oficina Agustín Velázquez Chávez con los doscientos ejemplares de mi *Nuevo amor*, segunda edición, que hizo para mi sorpresa en su imprenta, para que yo mismo numerase los doscientos ejemplares de que consta, y de los cuales él tomará la mitad y me dejará distribuir los otros. Volví así a leer esas poesías, que no tengo empacho de reconocer magníficas, aunque sean mías, porque hace ya tanto tiempo que las escribí, que siento como si las hubiera escrito otra persona que no es ésta que soy.

Les llevé a los Rubio su ejemplar, que leímos después de merendar. Ya podré restaurarme, después de esta larga temporada de ajetreos teatrales, a mi grata costumbre de visitar a los Rubio por la noche.

Martes 31

De vez en cuando, de repente, se acumula el quehacer social. Hoy mi agenda indicaba una serie tan aterradora de ingestiones encadenadas, que habría debido empezar el día por omitir el desayuno, medir el almuerzo y observar parquedad en lo demás. Empiezo a engordar de nuevo. Es bien trágico este destino que me impele a oscilar entre estar flaco mientras sufro de colitis, y empezar a engordar en cuando ella se me destierra, como se me ha desterrado con el sencillo remedio de una taza de doradilla en ayunas.

El almuerzo con Misrachi —al cual llegó Carlos Chávez ya tarde— fue menos sobrio que lo debido. De ahí tendría que aguardar a los muchachos en la oficina para el consumo del famoso pastel, como a las cinco, a la hora que acabaran de ensayar en la ópera, pues también trabajarán en ella de comparsas.

Fui a ver el ensayo. Gianopoulos está muy contento de estas comparsas disciplinadas y aptas que nunca había tenido. El escenario giratorio de Julio Prieto funciona muy bien, y hará muy impresionante la peregrinación de Mefistófeles y Fausto por las escalinatas, que giran a su recorrido mientras los coros cantan y las comparsas se mueven, y los bailarines de la Academia de la Danza bailan. Todo el Instituto, pues, todos sus recursos, estarán a contribución en esta temporada de ópera que se inicia el 15 de septiembre.

El ensayo terminó cerca de las seis, y como tenía que irme al coctel del *Mañana*, aconsejé a los muchachos que pospusiéramos, una vez más, la deglución celebratoria del pastel para mañana, en la función, última, de los apretados.

Las oficinas del *Mañana* están lujosísimas, y estaba la fiesta, cuando llegué, "de mucho *rendez-vous*". Pronto Daniel y Regino me guiaron hasta la oficina de Regino, donde estaban los importantes y donde empezaron a ser congregados. Chucho B. González me presentó con el gobernador de Zacatecas, y conversamos con el ingeniero Palavicini y con don Nemesio. Luego llegó Gabriel Ramos Millán a ilustrarnos sobre el maíz híbrido, y Eduardo Bustamante, Alfonso Junco, Antonio Díaz Lombardo, el coronel Serrano, Rafaelito Lebrija. Cuando empezaron a circular los platos colmados de las suculencias que antes vimos instaladas a las mesas de las oficinas, me escurrí, porque todavía, antes de ir al Ambassadeurs para la cena que los personajes de su libro daríamos a don Justo Gómez Robleda, me aguardaban hasta tres escalonados, rápidos e imprescindibles compromisos.

Xavier pasó por mi, y llegamos al restaurante a las nueve y minutos. Poco a poco fueron congregándose los convidados en el bar. Gabriel Ramos Millán vino directamente del coctel del *Mañana*, donde, me dijo, la concurrencia había entrado en una fuerte velocidad. Hasta ahora no supe que Adelina, personaje del libro de don Justo, es Adelina Zendejas, hermana de Paco —que ahora anda en París, pero que llegará a México a tiempo de ver el estreno de su ópera en la temporada del INBA.

A las diez fuimos a sentarnos a la mesa. Alfonso Quiroz me había encargado de ofrecer a Pepe la comida y lo hice gustoso, señalando cómo aquella reunión de amigos se parecía a las que don Justo improvisa bajo un árbol de su escuela —o cómo aquéllas en que todos los días, en no importa qué café, le sirve a este maestro de la juventud mexicana que es el sabio Gómez Robleda de cátedra fácil y admirable.

Hablaron otros amigos: Nacho Millán, Xavier —que leyó unos versos—, Alfredo Kawage; y Vicente Lombardo Toledano, que llegó al café. Pepe, por fin, contestó, mencionando con gratitud a quienes hicieron posible su libro: sus maestros de primaria; Véjar Vázquez, que se lo encargó; Jaime Torres Bodet, que lo aceptó; Gual Vidal, que lo puso en vigor como texto de sexto año. Agotados más de treinta mil ejemplares, eso es lo que celebrábamos de un libro cuya primera edición fue dispuesta por el compañero de escuela de Pepe que es el señor presidente de la República, y hecha por Gabriel Ramos Millán. Pepe cedió desde un principio los derechos sobre su libro a la Secretaría de Educación. "Hay que aprender a ser felices", predica su don Justo, y él da el ejemplo de la cumplida felicidad que no necesita el dinero, sino de la sabiduría y del bien procurado para los semejantes.

Septiembre

Jueves 2

Fue un poco una lástima que nuestra última función, después de los llenos de los charros, de los obreros, del público desconocido y fervoroso; de los escolares de barriada o de colegio particular, viniera a transcurrir entre la apagada elegancia de un público aristocrático que aunque le había comprado los billetes a doña Rafaela, prefirió marcharse a Cuernavaca aprovechando el día festivo, tuvo miedo de posibles disturbios populares y, en fin, se presentó no solamente escaso, sino frío, a ver por encima de un hombro condescendiente una obra mexicana llena de peladitos y en la cual los catrines aparecen ridículos. Fue una lástima porque aunque los apretados en los intermedios comentaban favorablemente la obra, aplaudían con la mesura callada de las personas de buena educación que han ido a colegio de paga, que consideran indebido entusiasmarse y que principalmente iban a ver el cuadro plástico de la emperatriz Eugenia y su corte para el objeto indirecto de realizar una obra de caridad. Las damas del cuadro plástico llegaron temprano, ya suntuosamente ataviadas y ricamente alhajadas a maquillarse y a peinarse, y manifestaban gran urgencia porque terminara la obra para que ellas pudieran hacer su número. Los personajes cómicos sobreactuaban, se empeñaban en romper el hielo de aquel público, pero sin éxito. Poco a poco empezaron los muchachos a irritarse, acabaron por detestar a la aristocracia, ya en el camerino, donde nos reunimos a despedirnos con un pastel y varias cajas de Pepsi-Cola, yo encaucé su experiencia y su impresión hacia el convencimiento de que el público para el cual ellos deben trabajar; el que deben forjar; el que lo merece, es el del pueblo, y no el de los *snobs*.

Por cuanto a las características psicológicas de los ricos, yo me quedé pensando que son mejores como material los que acaban de ganarse por su propio esfuerzo el dinero, y no aquellos que lo han heredado como una enfermedad incurable que a unas cuantas generaciones de distancia acaba por aniquilar todos sus valores de lucha, de reacción, aprisionándoles en toda suerte de prejuicios y castraciones.

Por la noche fui al Sindicato de Telefonistas para ver *A puerta cerrada* de Jean Paul Sartre. El salón estaba absolutamente repleto, y todo el mundo fumaba hasta hacer intolerable la atmósfera. Cuando hace una semana los franceses representaron condensada esta misma obra en Bellas Artes la cortaron con mucha habilidad. Omitieron por completo a la lesbiana cuya presencia en el infierno es la que imparte a la obra el fuerte dramatismo que tiene. Las familias estaban verdaderamente sorprendidas e incómodas, y se dieron prisa en salir en cuanto terminó la representación bien actuada y bien dirigida.

Sábado 4

Es siempre muy sedante la conversación con Roberto Rivera. Ella me asoma a un mundo avícola pintoresco, porque su negocio consiste en criar pollos y en vender e incubar huevos, y esa actividad tiene su chiste: le ofrece muchos detalles sorprendentes para quienes de gallinas y huevos no conocemos más que el sabor.

Por ejemplo, es curioso que los huevos no provengan forzosamente de una colaboración dominante del gallo sobre la gallina. Las gallinas pueden autónomamente expedir huevos frecuentes y sustanciosos que aun son mejores para la mesa que los fraguados en su interior por el rápido asalto de los gallos. Basta alimentarlas debidamente; darles

la proporción correcta de calcio y proteínas, para que ellas la transformen en huevos. Eso hacen las gallinas finas y bien alimentadas, que por añadidura no se encluecan casi nunca, como si ya supieran que para la reproducción de su especie, existen las incubadoras eléctricas.

Las gallinas corrientes proceden de otro modo. Son tan en todo proletarias, que viven esclavas de los malos tratos a que todo el día las somete el gallo; malos tratos que en vez de propiciar una producción frecuente o regular de huevos la empobrecen hasta hacer que no sea mayor de unos dos o tres mezquinos huevos por semana. Y tan proletarias en verdad que las sobrecoge con frecuencia la ternura maternal de encluecarse y retirarse de la producción a la reproducción con echarse a empollar durante largos veintiún días, y a fundar después la penosa aula de emergencia de una prole a la que nutrir, cuidar y educar. Las aristócratas, en los corrales como en las Lomas de Chapultepec, descuidan a sus hijos, se nutren bien y se administran más para su placer que para el del gallo, frente a los gallos.

Roberto importa por avión pollitos y huevos. Es asombroso que no exista una sola granja en todo el Distrito capaz de surtir todos los días los pedidos de pollos gordos de uno solo de los grandes restaurantes, que también se ven obligados a importar gallinas congeladas o a completarse en los mercados. Simplemente de huevos se importan dos millones de pesos mensuales para el consumo de México, y ésta es una cifra alarmante, pues pensaría uno que ya era tiempo de que aquí mismo hubiera suficientes huevos para todos, o bien que si sucede que como en Inglaterra los huevos son artículo de lujo, entonces en vez de importarlos hiciéramos como los ingleses, que se reducen a morderse uno por persona cada semana.

Lo trágico con esta situación gallinácea es que su industria podría bastar a nuestro consumo si los granjeros entendieran que el Distrito en que se han conservado tiene el peor clima para la cría de gallinas. Podrían, aun los que se empeñan en permanecer en el Distrito, dotar esas plantas de clima artificial, pero no lo hacen; o podrían establecerse en el campo o llevar ya mejores técnicas que las primitivas, familiares, proletarias que todavía siguen los campesinos; pero tampoco lo hacen.

Domingo 5

He vuelto a sentirme tan absolutamente fregado; tan sin alientos para nada; con un asco físico por todas las cosas, que no dudé en ir a visitar a Raoul para una rápida consulta en su casa de San Jerónimo. Él y Carito andaban en la rústica indumentaria que adoptan cada ocho días para revisar el avance de su obra y contribuir al embellecimiento de su jardín. Nos sentamos a conversar, y luego de observarme tomó la palabra:

> A la llamada cierta edad, la Mesopotamia, como yo le llamo, los que no tenemos hijos necesitamos de todos modos ejercer nuestro instinto paternal. Por eso yo no dejo mis clases de medicina, que me mantienen en contacto con los muchachos, guiándolos e impartiéndoles mis conocimientos. Tú habías encontrado así equilibrio con el grupo a quien dirigiste con tu obra. Los ensayos primero y luego las representaciones pudieron causarte molestias, disgustos; pero te servían mucho psicológicamente. Y ahora cuando has terminado, empiezas a necesitar de este estímulo y a refugiarte de nuevo en las enfermedades. Mi receta consiste pues en que no abandones aquella actividad. Da una clase, o pon otra obra, o intervén en las que estén poniendo, pero no te aísles; ocúpate en ejercer tus naturales funciones paternales.

No me quedé a comer con ellos porque ellos iban a hacerlo con las Terrés, que no me habían invitado. Regresé a casa y consagré la tarde a leer la novela de Spota sobre los braceros, que encontré magnífica, y sobre la cual inmediatamente escribí la "Ventana" del martes próximo.

Vinieron los Fournier, los Misrachi y Roberto Rivera a merendar, para el gran contento de mi madre, que quisiera ver reanudados los antiguos domingos de visitas y *bridge*. Pero no jugamos, y se marcharon temprano.

Martes 7

El gobernador Flores Muñoz había quedado en invitarnos a comer a don Pedro y a mí. Dijo que pasaría a verme en Bellas Artes en la mañana, y como el Instituto tiene prisa en cumplir la parte que le toca del proyecto piloto de la UNESCO en Nayarit, le avisé a Carlos que vendría el gobernador, y que me parecía oportuno que todos tuviéramos con él una pequeña junta.

Pero el gobernador debe de haber andado muy atareado, o en Los Pinos, o recibiendo felicitaciones por su discurso de ayer en el banquete de gobernadores del Casino Militar, porque aunque le aguardamos hasta las dos, don Pedro en su oficina y yo en la mía, no apareció, y en ambos lugares le dejamos dicho que si llegaba, que le aguardábamos en el Club de Banqueros.

Todavía lo esperamos casi una hora en el bar. Otros gobernadores, los que son ministros de la Suprema Corte con licencia, iban a comer juntos, y sus anfitriones se detuvieron a saludarnos. Luego nos adherimos a la mesa del Seguro, que estaba tan concurrida como siempre. Y al notar mi silencio y mi inapetencia, don Raúl Bailleres indagó sus

causas, le dije que no me sentía bien del estómago, y me predicó las virtudes milagrosas de la hierba del cáncer, con la cual se han curado la úlcera del estómago muchas personas que él conoce.

A Delfino se le ocurrió la idea de que fuéramos al cine, a ver *Los hijos del paraíso* que ya nada más hoy darían, y sobre los cuales había opiniones tan contradictorias. Fui con más temor que entusiasmo. Nos sentamos junto a los Boytler, Frida Kahlo y Cuca Mier. Un plantón de tres horas interminables apenas aligeradas por las secuencias en que Barrault hace pantomima tan magistralmente. Un folletón bárbaro que me dejó apabullado y absolutamente resuelto a no volver al cine sino hasta mediados de 1956. Había dejado el coche por San Diego, y al ir a recogerlo se nos ocurrió entrar a ver qué estaba ensayando Seki Sano. A una mesa de póquer se hallaban cuatro actores de los cuales reconocí, en uno, a Luis Manuel Pelayo, uno de nuestros Quijotes del año pasado; y en la otra nada menos que al luchador Wolf Rubinsky. Ya me habían dicho que le gustaba mucho el arte, pero no sabía yo que además de haberse casado con una bailarina clásica, se hubiera dedicado él mismo a la actuación.

Luego que acabaron de ensayar esa escena, pasaron otra en la cual trabaja Mary Douglas. Las dos son parte de *Un tranvía llamado deseo*, de aquel Tennessee Williams que a raíz del éxito de su primera pieza en Nueva York, vino a México, y lo conocí en casa de los Covarrubias.

Seki Sano cree poder tener lista esta obra para diciembre, y la presentará ahí mismo, en San Diego. Sus otros socios del teatro de la Reforma, Luz Alba y Alberto Galán, van a poner obras simultáneamente.

Jueves 9

Solana trajo al Consejo, como había ofrecido, el artículo sobre la literatura mexicana de nuestros días que en la revista serviría como réplica implícita al negativo de José Luis Martínez. Esto es: en un consejo anterior, él, que trajo el de José Luis, lo defendió mucho, y se convino en que para publicar un panorama tan sombrío de nuestras letras, habría que dulcificarlo o que neutralizarlo con otro que les tuviera alguna estimación. Y él se puso a escribirlo.

Tuvimos otro caso semejante de "empate": le pidieron a Luis Cardoza y Aragón un artículo sobre Alfaro Siqueiros. Sobre, pero naturalmente se esperaba que en favor de, y resultó que el artículo era bastante adverso al pintor, y lleno de política militante; y que Siqueiros, yo no sé cómo, supo de él, y no le pareció nada bien. Se pensó entonces que cabría dar al pintor la oportunidad de refutarlo él mismo. Y

entonces Siqueiros produjo un artículo todavía más confuso, enredado, político y militante que el de Cardoza.

Bueno; publicar esos dos artículos, era un poco convertir la revista en un *ring* de boxeo. Poco a poco fue prevaleciendo en los consejeros la diáfana convicción de que lo preferible sería no publicar ninguno de los dos; dejar a sus autores en libertad de dirimir su pleito en otra arena más propicia y encargarle a alguna persona tranquila y artística el análisis de la obra del pintor muralista, que era todo lo que en fin de cuentas se necesitaba.

Y ahora que Solana trajo un artículo bastante informativo sobre la literatura mexicana —¿qué fuerza era publicar los dos? Después de todo, el Instituto y su revista no tienen por qué presentar aspectos negativos del arte mexicano. Su obligación es exaltar lo bueno. Resolvimos que solamente se publique el artículo de Solana, y que José Luis quede en libertad, como además supimos que lo prefiere, de enemistarse con los escritores mexicanos —en *Cuadernos Americanos*.

La colaboración poética del próximo número también nos presentó problemas, pero de otra índole. Le habían pedido versos a Carlos Pellicer, y cuando vino a traérmelos, me dijo que cuánto iba a pagársele, porque Regino Hernández Llergo —su compatriota tabasqueño— le compra los poemas a razón de 200 pesos la pieza. Traía seis sonetos, religiosos, unos de ellos escritos en la cárcel, y me hizo la cuenta: seis sonetos, a 50 pesos cada uno, son 300 pesos. Y que no le fueran a poner enfrente otros tantos sonetos antirreligiosos.

Yo no sabía cuánto le hubieran ofrecido. Rafael Solana me informó que 100 pesos por colaboración, y que se lo había dicho a Carlos. Y por colaboración, quedaba a entender si debía considerarse un solo soneto o un grupo de sonetos. Lo más que tenía disponible la revista para versos, y eso tratándose de Pellicer, serían 200 pesos. En consecuencia, no le podríamos comprar más que cuatro al precio que él les tiene fijado, y no la media docena. Quedé en comunicarme con él para alegar, regatear y decir que sí conveníamos en el precio, a ver si nos dejaba escoger —como los jitomates, o si él mismo elige los cuatro sonetos que podemos comprarle a precio de Regino.

También tendré que decirle que el Consejo aprobó que se le paguen inmediatamente, por excepción, puesto que me telefoneó que le urge ir a gastarse los sonetos en Puerto México.

Como Pancho Díaz de León va a cuidar de la tipografía de la revista desde el número de noviembre; y le gusta trabajar con mucha anticipación, nos trae asoleados con la recolección de las colaboraciones. Será un número monográfico sobre la muerte, que puede resultar muy interesante.

Sábado 18

Ayer, el patrón me transmitió la invitación tentativa de Juanito Sánchez Navarro para asistir hoy a la fundación de la Casa de la Hispanidad en México. Tentativa porque no me la haría él mismo, por teléfono, hasta no estar seguro, en principio, de que la aceptaría.

¿Por qué no? La única dificultad sería la de infringir mi rutina de no salir los sábados. Pero una vez tomada la decisión, ¿por qué un miembro del PP no iba a ratificar la libertad que ese partido propugna, con revolverse entre los reaccionarios?

El patrón nos citó, a Paco Rubio y a mí, en Longchamps, a las siete. Aguardándole hallé al señor Argamasilla, de Bacardi, y mientras llegaba el patrón, caminamos por esa calle tan poco mexicana ya que es la de París, viendo las tiendecitas de curiosidades, los restaurantes extranjeros. A las siete en punto surgió el patrón, y entramos en Longchamps, donde ya nos aguardaba Paco Rubio y donde Regino, acodado al mostrador, parecía sumido en hondas meditaciones.

Llovía cuando llegamos a esa casa porfiriana del Havre que parece una legación. La pitiflor de la calabaza: el padre Mariano Cuevas, Herrera y Lasso, Rafael Bernal, los Sánchez Navarro, Gómez de Orozco, Chucho Guiza, Alfonso Junco, don Nemesio García Naranjo, Florisel, otros muchos españoles pesudos... Acarreaban sillas de bejuco, y en un instante se improvisó, en lo que se conoce por los estantes nuevos y vacíos que va a ser una biblioteca, un salón de clase en que todos tomamos nuestro disciplinado lugar. Juanito presentó, con breves palabras, a un joven alto, moreno —Joaquín Ruiz Giménez Cortés, y le pidió que hablara.

Lo hizo, con la destreza de quien sabe dar una buena cátedra, y con la galanura de quien sabe que agrada. Hizo un rápido recorrido por los nombres y las obras de los nuevos pensadores españoles: explicó cómo Ortega y Gasset había llevado la barca de la filosofía hasta frente a Dios; pero cómo la nueva generación española no se conforma con esto, y se empeña en penetrar el último trascendente misterio; de ahí que los estudios teológicos hayan resurgido con un empuje que no tuvieron en España desde sus buenos tiempos. Y después de trazar este panorama de la filosofía, se asomó a la filosofía del derecho, y luego al teatro, del que no pudo mencionar más que a Benavente, a Suárez de Deza y a Pemán. Y se interrumpió, sin completarlo con una mención de la novela ni de la poesía.

Le aplaudimos, y luego un notario leyó el acta de fundación del Centro, que explica cómo, en 1946, en la cámara del rey Felipe II en el Escorial, un grupo de estudiosos adivinó el pensamiento de que la Hispanidad es un espíritu común y brillante que debe volver a vincular a todos los pueblos que unió entonces —toda la América Latina, hasta las Filipinas. Acá, donde la Virgen se le apareció a Juan Diego

en el Tepeyac, y éste la saludó arrodillado entre los nopales, era muy justo que la hispanidad floreciera, y para impulsarlo, se fundaba este Centro que presidiría Vasconcelos, de que serían secretario del Chato Noriega y vocales Juan Sánchez Navarro y Rafael Bernal. "Y Dios nos lleve con viento propicio."

El acta fue muy aplaudida, y Juanito invitó a la concurrencia a firmarla y a pasar al *buffet*. La concurrencia dudó un poco. El *buffet* era espléndido, y para pensarlo mejor antes de firmar el acta, la concurrencia se entretuvo en el *buffet*. Juanito me presentó con Joaquín Ruiz Giménez y conversamos en su despacho. En los pocos días que ha estado en México ha ido a varias ciudades. Ahora vuelve a Madrid para irse luego al Vaticano como embajador de España.

Juanito estaba muerto de risa. Algunas personas de la concurrencia declinaban firmar el acta..., porque la encontraban muy izquierdista.

Al regresar a casa, temprano (como cuadra a mis morigeradas costumbres sabatinas, en contraste con un patrón que se quedó en la Casa de la Hispanidad para irse con Paco Rubio a desvelar), me encontré con un citatorio urgente y especial del Sindicato de Autores y Adaptadores Cinematográficos para una sesión en que se trataría "de la disidencia y traición de algunos elementos". Ya va siendo mucho el agrupacionismo. No me falta más que pertenecer a la YMCA.

Sábado 25

Eduardo Villaseñor irrumpió en el palco con su simpática amiga norteamericana de la que anda diciendo que es su novia, y que creo que trabaja en la Biblioteca Franklin, que es muy simpática y tiene un cierto parecido con Margarita. "Vengo a que me admita aquí —dijo—, porque no encontré un solo boleto."

En efecto, esta función fue un éxito rotundo que desde temprano había cola en las taquillas y por la tarde, al cerrarse, la gente se devolvía molesta porque se agotaron las localidades.

La amiga de Eduardo, en el intermedio, conversó conmigo. Me anunció que en el próximo *Newsweek* viene un artículo muy elogioso para la temporada de ópera, para el Instituto y para Carlos Chávez, y me hizo una pregunta que no le pude contestar. La pregunta es ésta: ¿por qué sucede que cuando en México tienen un valor como Chávez y una obra tan importante y estimable como la que desarrolla el Instituto, en vez de enorgullecerse de ello y de alentarlo, se dedican sus propios periódicos mexicanos a combatirlo con el más agrio escarnecimiento? ¿Qué podía contestarle? Ella, como todo el mundo, podía percibir la discrepancia que existe entre los diarios piquetes que le lanzan a Carlos los periódicos: "El director de Bellas Artes y

estacionamiento", "El rojillo", "El músico oficial"; y la perfección profesional que el esfuerzo del Instituto ofrece en todos los órdenes del arte. Eduardo opinaba que el Instituto debería hacer pegar en las esquinas una declaración que explicara cómo el estacionamiento de automóviles ha servido siempre para estacionar coches; pero cómo, la diferencia entre ahora y antes simplemente estriba en que antes el dinero se lo llevaban concesionarios particulares, y ahora el que se recauda sirve para el fomento de los espectáculos artísticos del Instituto.

Le expliqué que eso ya se ha dicho, y que no lo ignoran los que entienden su misión en la vida como la muy menguada de escamotear la verdad y divertirse con lanzar todos los días mordiscos y ladridos. Pero agregué, estoy seguro, que no vale la pena tomarlos tan en serio como la gente no los toma y como ellos mismos son los únicos en tomarse.

Pero claro que sí es un fenómeno curioso el que señalaba y que debería abochornarles éste que señalaba la amiga de Eduardo y que consiste en que por ejemplo Adela O'Connor, la bonita reportera de *Life* que anda con Carmen López Figueroa atareada tomando fotos de la ópera, esté con ella tan encantada como el público que llena el teatro mientras que los periódicos mexicanos se empeñan en sabotearla.

Le pregunté a Eduardo cómo le iba con esos príncipes que tiene alojados en su casa y riéndose, me dijo que el archiduque es tan joven que él le dice Félix, y el archiduque le contesta llamándole don Eduardo.

Octubre

Sábado 9

El coleccionismo —¿qué traduce? Mientras, sobre el de la posesión, prevalezca en nosotros el sentido de la propiedad, es atrozmente fácil de caer en todos los riesgos del coleccionismo, y en sus absurdos, hasta no ser, al menor descuido, arrollados por lo que quisimos dominar. Los libros, por ejemplo. Planea uno sus estantes, los visualiza de antemano, los coloca, los clasifica. Y siempre llega algún advenedizo a codearse con ellos, a insertarse entre ellos, a descomponer la armonía de su arreglo.

O bien ya tenía no uno, sino dos Santiagos, de esos primitivos y fuertes, tan decorativos sobre una mesa baja o sobre una chimenea; o un San Sebastián de ballet, al que uno, por temor a la irreverencia, no se había atrevido a convertir en lámpara. Y de buenas a primeras, encuentra otro Santiago, u otro San Sebastián; y los compra. Y ya no sabe cuál es más bonito, y no se resuelve, como sería lo sensato, a

prescindir de los otros. Y se mete en el problema de colocarlos, de replanear; como las ciudades, como los pueblos, como las civilizaciones al advenir a un mundo bien arreglado nuevas gentes que obligan a darles su lugar; que no son mejores que las otras; o que si lo son, deberían suprimir a las otras, a sabiendas de que ya les tocará el turno de ceder el sitio —o la molestia de compartirlo, con desdoro de la armonía.

Pero, en fin —¿qué traduce esta búsqueda del estereotipo? ¿La insatisfacción anterior? ¿La esperanza de cumplir mejor el deseo con la nueva adquisición? ¿El anhelo de retroceder en el tiempo a la experiencia primitiva que por primera vez nos puso en contacto con el goce de la posesión de este objeto que ahora podemos comprarnos multiplicando?

Esto es, más bien, lo que explica el coleccionismo; esta vuelta ficticia a la primera vez; esta reiteración neurótica del poder; este mezquino egoísmo —de niño o de anciano— de sustraer a los demás, en mayor número del que puede disfrutarse, aquello de que se priva a los demás cuando uno carga con ello.

Una circular, recibida en la correspondencia del día, de la Asociación Mexicana de Periodistas, me dio el tema para una de las tres "Ventanas" que, por la noche, me puse a despachar de una buena vez. En ella me decían que era necesario que asistiera el lunes a la reanudación de la asamblea general en que había empezado a discutirse el plan de esa asociación para la defensa de la libertad de expresión.

Claro que no era en modo alguno necesario. Se trataba de una circular impresa, y las sesiones de esa asociación, como las del PP y las de los demás organismos a que pertenezco, se celebran perfectamente sin mí. Pero el tema me dio en qué pensar. Libertad de expresión es un eslogan tan demagógico, si bien se examina. Porque todos los seres se expresan, y sólo hasta cierto punto son libres de hacerlo o para hacerlo conforme a las reglas que limitan, naturalmente, todas y cada una de las libertades virtuales: la de correr, la de gritar, la de fornicar. No veo por qué la de expresarse en linotipo haya de escapar a los controles de la conveniencia general que si quienes la ejercen son incapaces de subordinar por la autocrítica a lo razonable, alguien tiene que establecer. Porque en fin de cuentas, la expresión impresionante no depende de la libertad que se le depare para manifestarse, ni tiene mérito ejercerla o creer que se ejerce cuando disfruta de una caritativa, y por ello infamante, impunidad. Se afina, al contrario; y encuentra su clima propicio, cuando se la estimula por las restricciones; cuando en ellas, o a merced de ellas, se condensa y se polariza.

No sé qué tan mal vaya a caerles a los colegas que parezca que abogo por la limitación de una libertad que precisamente porque la discuto, la ejerzo —con sus diferencias.

Viernes 15

Celebramos con Julio Prieto una junta para concertar la producción del *Tenorio* y establecer las convenciones que va a facilitarnos el uso del escenario giratorio. Tendremos una unidad básica de fácil y rápida transformación para los diversos actos. Lo que ocurra fuera del disco —"los malditos", los "estropicios" descritos por Buttarelli— se supondrá sucedido en la calle, y lo escenificaremos, para lo cual ya todos los actores se adiestran en el esgrima, y el maestro Martínez del Campo pone ya los bailables. Yo quiero que la "escena del sofá" sea precedida por una escena en la alcoba en la que doña Inés despierta cuando, después de hablar con Ciutti, doña Brígida va a buscarla. Pero es el panteón el que será el despiporre de los trucos, pues nos atendremos al texto, que indica que don Juan ya está bien muerto cuando mira pasar —como ahora sí va a verlo pasar— su propio entierro.

Otra innovación —o restitución— va a consistir en que demos la obra sin los cortes que han ido haciéndole las compañías comerciales por diversos motivos, y el más notorio de los cuales es el de darle siempre el final del acto en que don Juan mata al Comendador y don Luis a don Juan ("Llamé al cielo...") y no a doña Inés ("Justicia por doña Inés —¡Pero no contra don Juan!"), que es más romántico y bonito.

Y, por supuesto, la juventud de los intérpretes. Con una obra tan conocida; que han encarnado siempre actores entrados en años, es de prever que las familias cuestionen esta juventud. Y sería muy de desear que reflexionaran que el verdadero don Juan, el don Luis aventurero, la doña Ana de Pantoja, y la apetecible doña Inés, tienen que haber estado bastante más cerca de la edad de los muchachas que de la de quienes cifran su derecho de actuar como galanes en la circunstancia de haberlo ejercitado durante buenos cuarenta años.

Domingo 17

¡Qué doloroso! ¡Qué penoso; qué irritante, no se sabe contra quién, el caso, que detallan hoy los periódicos, de los miles de braceros que irrumpieron en Estados Unidos, desesperados por la tardanza de los trámites que los harían ingresar legalmente; o resueltos a recoger la migaja que sus enganchadores quieran arrojarles, en vez del precio que su gobierno pone a su alquiler; o desechados en Monterrey y en los demás puntos de contratación a causa de que no llenaran los requisitos de animales fuertes y útiles exigidos por los modernos traficantes de esclavos, decididos, de cualquier modo, a huir de su país y entregarse a la servidumbre como sea!

La Secretaría de Relaciones, en los términos más mesurados y diplomáticos, promete hacer declaraciones al respecto cuando le lleguen los informes que ya ha pedido a su embajada en Washington y a sus cónsules en la frontera; porque estima que el haber dejado pasar así a los mexicanos, constituye una violación al convenio internacional que preveía que debieran ser siempre controlados. Pero al mismo tiempo, un tal don Larín, con el lenguaje más majadero posible, acusa al gobierno mexicano de "haberle puesto la pistola en la cabeza" a los enganchadores al exigir para los mexicanos una remuneración superior a la que aquéllos están dispuestos a darles; y parece lavarse las manos ante la admisión colectiva de estos semovientes que no discuten precio.

Y mientras tanto, se piensa en favorecer la inmigración extranjera "para poblar el país", como si no fuera preferible brindar a los mexicanos para que se queden en su patria, las facilidades que se dan a los extranjeros para que la invadan.

Lunes 18

La gente está siempre dispuesta a creer lo fabuloso y lo peor, sin más prueba ni más reflexión a propósito de la sensatez de lo que le sirvan los chismosos. Yo no leo nunca ese periódico dominical en cuyas arenas vocacionales embiste desde hace muchos años ese pobre diablo de resentido que la trae contra Carlos Chávez y contra cuanto haga. Pero hoy me dijeron que ayer la emprendió conmigo, y que ya lo ha hecho otras veces antes. Ahora recoge, según me dicen, el infundio inventado por la optimista Margarita Michelena a propósito de mis percepciones de autor del *Quijote* y de *Astucia*, que ella hace llegar a "30 o 40 000 pesos", y que este tipo ratifica y denuesta.

Hay al respecto algunas reflexiones que hacer. La primera es que sería lo más deseable que un autor mexicano llegara a percibir por derechos una suma así de importante. Querría decir que su obra o sus obras habrían rendido en las taquillas una cantidad de la cual esa suma fuera el 6 por ciento. Porque todo el mundo que quiere saberlo, menos los malévolos que fingen ignorarlo, sabe que los derechos de autor no los cobra éste ni los fija arbitrariamente; sino que los ha fijado desde hace mucho la Unión de Autores en el 6 por ciento de las entradas, cualesquiera que éstas sean, y que es ese organismo el que las cobra de las empresas, y luego hace al autor entrega de la cantidad que le corresponde. En consecuencia, no sería un crimen que yo, u otro autor mexicano, hubiera llegado a percibir 40 000 pesos por una obra de teatro. Es apenas una lástima y grande, que ello no sea cierto en el caso del *Quijote* ni de *Astucia*. Desgraciadamente, las entradas de esas dos obras no llegaron a los 240 000 pesos que

hubieran sido necesarios para rendirme la suma que me regalaron en sus periódicos Margarita y su aviesamente crédulo imitador.

Martes 19

El asunto de los braceros sigue teniendo vigencia. La Secretaría de Relaciones consideró cancelado el acuerdo o convenio por cuyo medio México exportaba a sus campesinos más fuertes y aptos, a causa de que el cliente los aceptó sin clasificación de pesas ni medidas. Pero el cliente no parece tomar muy en cuenta la decisión de México. Se siente seguro de que ella se rectificará, y de que se hallará el medio de que siga la succión.

Por la noche fui al Exconvento de San Diego, adonde Seki Sano, Luz Alba y Alberto Galán me habían invitado a presenciar un ensayo ya más completo que el que vi hace algunas semanas, de *Un tranvía llamado deseo.* Sobre el tablado que se construyó en el altar mayor el año pasado para los ensayos del *Quijote* y para los de la Sinfónica; con unos cuantos trastos improvisados, Mary Douglas hizo el papel que Jessica Tandy desempeña en Nueva York de esta obra que allá ha tenido tanto éxito. Un papel que cuadra como pocos al lucimiento de las facultades de esta actriz, cuyo parecido en facciones con Dolores del Río yo no había advertido sino hasta que la vi así de cerca. Una Dolores rubia.

Los demás actores del grupo están igualmente bien. La sorpresa la da Rubinsky, que está perfecto en el papel del polaco rudo, y cuya voz y cuya presencia atlética cautivaron a Conchita Sada, que me acompañó al ensayo. La concurrencia fue numerosa. Miguel Covarrubias opinó que Mary Douglas le gustaba más en el papel que la propia protagonista de Nueva York.

Viernes 22

El estreno de las tres óperas mexicanas, con que concluye la temporada del Instituto, se retrasó unos días, del jueves que tendría que haber sido, al sábado, a fin de que estuvieran mejor ensayadas y pulidas, y también porque todos los escenógrafos de México se hallan ocupados con Cantinflas y su temporada del Iris, así como los sastres teatrales. De suerte que el ensayo general, que había venido siendo los miércoles, no se celebró sino hasta hoy a las cuatro de la tarde.

De las otras óperas, había yo visto ensayar trozos. De éstas, nada. De repente me acometió el apriorístico temor de que una ópera en español fuera a poner de bulto, a grotescamente revelar y subrayar, todo el convencionalismo del género, que en las óperas de otros

idiomas no se percibe principalmente porque no se entiende lo que cantan. Pero cuando las cosas ordinarias —y necesarias de decir en un desarrollo o una exposición teatral— se tienen que cantar con el amaneramiento del género —¿no iría a ser chistoso?

Comenzó el ensayo por la *Elena*, con los coros dispuestos al margen de la escena, sedentarios, los braceros a un lado y las criadas del otro, y en medio la señora infiel, con el vestido de doña Gertrudis. Y cuando la oí cantar: "Nana, he invitado a cenar a don Bernal, a ver qué le preparamos", me tragué el chicle.

Luego siguió *Carlota.* Maximiliano era tan napoleónico, que parecía Santa Claus disfrazado de cadete. Le quedaba grande a Carlota. Y en fin, *The play's the thing*, también en la ópera.

La mulata de Córdoba tiene más historia, y Xavier y Agustín, que ya la han hecho ballet y película, tienen evidentemente más duro el colmillo profesional que el debutante Paco Zendejas; que no es nada tonto, sino premioso. Y ya ve.

Sábado 23

Adolfo Aguilar, el nieto del ingeniero Quevedo, vino a entregarme el ejemplar de la novela que me enviaba un amigo suyo de quien dice que cierta vez lo trajo a casa y nos presentó. Un muchacho, al parecer, medio estrafalario o extravagante, pues desapareció algunos meses, los periódicos dieron noticia de ello, y sus amigos fueron a encontrarlo en un pueblecillo de Guerrero, perdido. Reintegrado a la salud y a la capital, ha escrito esta novela, *El sol sale para todos*, impresa en un pequeño volumen de modesto papel y tipo mínimo.

Como tuve bastante con el ensayo de las óperas mexicanas; y como además llovía, lo cual daba a sospechar que se suspendiera la *Salomé* anunciada para esta noche en el jardín de los Bannister, me di a leer esa novela en cuanto terminé de escribir las "Ventanas" de la semana. Y no pude ya dejarla de la mano sino hasta el fin de sus doscientas y tantas páginas por las que desfila la vida atormentada y pequeña de Juanito, el efímero novillero: el hijo de un soldado y de doña Paula, la pobre mujer que lava ajeno en la vecindad de Santa Julia; el hermano de una Maruca al borde de seguir la escapada de Amparo o la vida de Aurora; el dependiente de la tlapalería; el amigo de Raymundo, del Chivo y de los demás "cuatachos" de un mundo que se asoma en las cervecerías de San Rafael por el puente de la Tlaxpana; que merienda en cafés de chinos y se nutre con tacos ocasionales; que se ve enredado en el tráfico de drogas cuando una puta "se lo duerme" con la historia (con la larga) de que el padrote a quien es preciso sacar de la cárcel para que Juanito y ella sean felices, es su hermano y no su amante y un temible distribuidor de

mariguana. Un Micrós, un Tomás de Cuéllar moderno, con el oído alerta al lenguaje de nuestro días y de nuestro pueblo de la ciudad; a sus angustias, a sus placeres. Y un excelente truco que vincula el prólogo con la novela, y al autor con sus personajes. Le agradecí mucho a Felipe García Arroyo el obsequio de este libro fresco y actual.

Domingo 24

El Departamento de Estado norteamericano contestó al fin la nota mexicana de protesta por los braceros en una forma seguramente inesperada, que consiste en devolver la mercancía. Ya no sé si los técnicos de la diplomacia lo tuvieran previsto. Supongo que una previsión completa, implicaría la disponibilidad de oportunidades de trabajo semejantes que ofrecer a los hombres que tan no las hallaban en su país, que no vacilaron en desdeñar los tecnicismos lentos de su alquiler ortodoxo con intervención de su gobierno, ni repararon en la discriminación, ni les importaron la falta de garantías, ni los salarios bajos, para arrojarse como manada en brazos de los encomenderos que se los distribuyeron enseguida.

La dignidad, la "negra honrilla" del gobierno, queda así satisfecha, por mucho que quede desconcertada, y se implica en la publicación, discretamente comentada, de la respuesta americana, que en tal virtud, queda conjurada la cancelación del convenio que exporta brazos. Muy otra cosa es cómo les haya caído a los interesados directos en emplearse como fuere, su deportación. Es de suponer que no muy bien. A su pobre, triste, resignada satisfacción, ya tenían trabajo y acomodo. Ahora vuelven al punto de partida. Y estarán tan furiosos como lo estarían las muchachas de por el correo que ya hubieran encontrado por sí mismas clientela, si las privaran del libre ejercicio de su profesión para reintegrarlas al control de precios y a la tarjeta sanitaria administradas por las competentes señoras dueñas de casas legalmente establecidas.

Ayer, antes de conocer el desenlace del episodio braceril, escribí, para el martes, una "Ventana" con reflexiones sobre ese problema. Procuré analizar los móviles que impulsan a los campesinos a dejar su tierra, sin importarles bajo qué amo caigan. Y aunque se me acabó el espacio para hacerlo con latitud, quise esbozar la explicación de que mientras no se extirpe al esclavo del alma de los campesinos, de poco habrá servido que la Revolución haya cumplido aquella primera parte de la tarea de la redención de los mexicanos que consiste en haber suprimido a los amos domésticos; en haber exterminado a los hacendados y a los patrones; en haber fragmentado la tierra para entregársela a los campesinos en ejidos. Semejante procedimiento de redención creía seguramente en la magia simplista de esperar que suprimidos los

amos, se acabarían los esclavos. Pero está visto que cuando ya no existen amos mexicanos a quienes servir, quienes conservan un alma de esclavos van a buscar amos donde los haya; que al parecer no estaban aún maduros para la autarquía, y que la redención no se improvisa cuando aún no existe la aptitud para merecerla y ejercerla:

> Para juzgar con imparcialidad el impulso que arrastra a los braceros a abandonar su patria —escribí—, tengo que ponerme imaginariamente en su lugar, ponerles a ellos en el mío, y descontar, en el balance, el ingrediente de aventura y de trashumancia que pueda contar en sus móviles, que está ausente de mi conducta; y que en ambos casos debe también analizarse para dar con sus causas. Percibo así que en la conducta del hombre —y los braceros, después de todo, lo son— se conjugan: un afán de curiosidad; un "anhelo infinito de algo mejor", y un acicate crudamente económico, como resortes, como corrientes que buscan equilibrio y nivel por los caminos que se ofrecen a su iniciativa. Yo puedo ser —lo soy— enemigo jurado de los viajes, y amante apasionado de éste mi pedazo de universo que me tocó por cuna y residencia. Pero debo reflexionar que si me hallo en México más a gusto que en ninguna parte del globo, bien puede ser porque en ninguna encuentre las comodidades que aquí disfruto. Y que si mi afán de curiosidad, y mi bergsoniano anhelo de algo mejor no necesitan para satisfacerse de errar por el extranjero, ello es porque me ha sido venturosamente deparada una educación que me permite asomarme al conocimiento del mundo y al disfrute de los goces superiores de la cultura desde un sillón de lectura, en una galería de arte o en una butaca de conciertos... No puedo, pues, sin injusticia, exigir de quienes son mis hermanos solamente en la carne, mas no en el privilegio, que sientan, como yo, el arraigo y el equilibrio en México. Ellos carecen de los instrumentos de la cultura que hacen posible y suficiente el viaje y la experiencia imaginarios. Acaba apenas de cuantificarse su analfabetismo, y empieza apenas organizadamente a combatirse. La tierra fabulosa de la moneda mágica; de las máquinas que cantan y que transportan, convoca su imaginación, en duro contraste con una realidad económica miserable. Fue siempre este espejismo el acicate de todas las migraciones. Si la que emprenden los braceros se diferencia de las que cumplieron los conquistadores, o los pioneros, o los *gold-diggers*, en que aquéllos tomaron posesión del fruto de su empeño, en tanto que los braceros no obtienen sino el precio que fije a su sudor el encomendero mientras les necesita; si hasta el texano espúreo pudo quedarse con la tierra del indio que antes le arrebató el conquistador español; y éste y aquél administraron en su provecho el trabajo esclavo del indio despojado, envilecido, discriminado, sumido en la abyección de permanecer bestia de tiro, concluyo que difícilmente puede culparse de ello al bracero.

Loya y Celia Terrés juntaron la celebración de sus santos contiguos, ocurridos el miércoles y el jueves pasados, para hoy, e invitaron a unos cincuenta amigos a comer en su casa de San Jerónimo. Fueron

muchas de las amigas y compañeras de Loya: las Domis, Concha Álvarez, la Chata Castro; y nos sentamos a una mesa —yo siempre entre médicos— el doctor Baz y la Nena, Raoul y Carito, el doctor Zubirán y su señora, y la esposa del doctor Moreno. La presencia entre los invitados de Marcos Arrangoiz, que administra la atareada casa Gayosso, indujo al doctor Moreno a una macabra conversación relativa a sus contactos estudiantiles, cuando era practicante en el Hospital Francés, con los competidores de Gayosso que son los Alcázar; y a comentar lo excelente que es ese negocio de las pompas fúnebres, tan lleno siempre de "pedidos", como les llaman a los entierros. Al doctor Moreno le parece imposible que yo pueda multiplicarme en hacer tantas cosas como lee los martes que he hecho. A su juicio, ando en todas partes, y no se explica cómo.

En una mesa próxima comieron los jóvenes: Jaime García Terrés, su hermana, Armando Celis, Henrique (con H) González Casanova. El más viejo era ahí el Chato Noriega, que no lo es mucho, y que se había dedicado a forjar sentencias existencialistas como *Hume, Sweet Hume* (con u) y "Heidegger, pero contentos", o "Entre Sartres, no se cobran los remiendos". Me confió que el miércoles va a San Antonio, Texas, o a Laredo, y me permití encargarles tres dólares de talco y jabón, que seguramente no desequilibrarán demasiado la balanza comercial mexicana.

Se fueron yendo las visitas, y nos quedamos sólo los Fournier y yo a probar el pastel con dedicatoria que yo llevé como premiosa cuelga. Luego me fui a San Ángel, porque los Mexico City Players daban en el jardín de los Bannister la *Salomé* de Wilde que la lluvia les impidió dar anoche.

Este Earl Sennett es admirable. Un ejemplo de tenacidad y de ingenio para los grupos libres de teatro, que entre nosotros todo lo esperan de la Providencia o del gobierno, y que mientras ocurre el milagro, no hacen nada. Earl ha reunido a un grupo de jóvenes americanos y mexicanos, los adiestra y ponen sus comedias o sus dramas donde pueden, pero lo mejor posible. La iluminación, a cargo de Eustace Bourchier, Kay Miller y Francis Carnes; la dirección por Luis de Unzueta; la actuación de los quince personajes; su vestuario, fue todo perfecto, y halló en el hermoso jardín el más adecuado marco. Partía el alma considerar el frío que tendrían los actores, semidesnudos en el pasto húmedo, y Salomé bailando descalza, cuando uno mismo estaba tiritando, gracias al "norte".

Miércoles 27

Me pregunto, en la sinceridad de la noche, si me engaño a mí mismo cuando asumo que me satisfaría la quietud de una vida tranquila,

regulada e isócrona, sin apremios ni compromisos; consagrada a escribir para mi placer, a disfrutar del jardín o de la buena mesa, al coleccionismo o al diálogo: a tenerlo todo en orden: a depararle a cada empresa su tiempo y a emprender sólo aquellas cosas que pudiera cumplir con holgura, perfección y reposo. O si, por el contrario, es la dispersión angustiosa mi clima propio, aquel que nadie me fuerza en realidad a establecer: al que siento que me arrastran las circunstancias; pero al que no he opuesto nunca el dique de una limitación, y el que en consecuencia debo admitir (a menos que convenga en que carezco de toda fuerza, suposición que por otra parte desmiente mi capacidad de trabajo y de dispersión) que soy yo mismo quien lo propicia y quien lo crea.

"Naciste acelerado", me decía E. cuando mi prisa por concluir contrastaba con su morosa delectación en retardarlo. Y tenía razón. Ahora mismo, ¿no lleno esta página a la media noche de un día en que no dispuse de un solo minuto que guardar para mí, todos los que entregué, a lo largo de catorce horas de trabajo, a los demás? Ni siquiera el tiempo de registrar, para revivirlos, todos los episodios que llenaron el lunes, y el martes, y hoy mismo. Pasan apenas (se dice "como en un caleidoscopio"; pero, ¿quién ha visto realmente un caleidoscopio?) el patrón y Nieto el lunes en Prendes, ayer don Pedro y Perico y los banqueros en el Club, hoy los muchachos en Prendes; y muebles, y los periódicos leídos mientras está el baño; y el nuevo libro de don Artemio; y las óperas mexicanas; y las ofertas declinadas; y los martillazos de la tramoya, y los costales de *carpet grass*, y los perros, y *Excélsior de media noche*...

Domingo 31

Todavía al llegar a casa a las dos de la mañana, me decidí a guardar el coche y encaminarme a la Casa Alvaradito, a la fiesta que Dorsey Fisher daba para despedir a Paxton Haddow. Por la mañana, antes de salir, recibí la tarjeta en que Dorsey me invitaba, y me comunicaba que Paxton partiría hoy para Chile, a su nueva asignación en la embajada americana. Y no creí poder concurrir. Me aguardaba un día estruendoso, de tiempo rápido. Los muchachos, que la víspera habían ensayado todo el día y hasta las once y media de la noche: que el jueves ensayaron muchas horas del día, y luego se quedaron a la iluminación de los actos del panteón hasta las cinco y media de la mañana, estaban citados para repaso a las ocho y media; comerían a las doce, y empezaríamos el ensayo general a la una y media, con iluminación simultánea de los primeros actos, lo cual sin duda iba a llevarnos toda la tarde, y apenas habría tiempo, antes de la función,

anunciada para las ocho y media, y para la cual había ya nutrida demanda de billetes, de que tomaran algún refrigerio en sus camerinos.

Como los tramoyistas la víspera, que de plano abdicaron de trabajar, presas de una fatiga bien comprensible después de las desveladas, los muchachos no estuvieron puntuales a la una y media. Yo mismo me escapé a comer con Alfonso Sánchez, a la carrera, sin apetito, y entre que no llegaban los maquillistas o que faltaba el capitán Centellas, o no le venían los pantalones al Comendador, el ensayo general empezó en realidad a las tres y media: los cambios tardaron entre cinco y quince minutos, y nos dieron los veinte para las ocho saltándonos el acto de la cena necrófila. Ya todo el mundo estaba enervado, algunos rendidos, otros irritables. Julio Prieto me insinuaba la necesidad de regañar, de ponerme enérgico, de sancionar a los muchachos, y él mismo gritaba. Pero no es mi ramo, ni mucho el suyo, la dictadura. Yo siento que logro más con la persuasión: con estar atento a darle a Bribiesca unas cápsulas de ácido ascórbico si lo noto ronco, al Comendador una benzedrina si lo noto nervioso, cinco o diez pesos a fulano si comprendo que los necesita, dulces a las muchachas. Y el propio Julio, a pesar de sus eventuales sarcasmos, es más inclinado a la tolerancia benévola que al wagnerismo engendrador de resentimientos. De otro modo, no habría prácticamente adoptado a ese pobre chico V., que con aspiraciones de novillero, y privado de toda facultad histriónica, se ha adherido a sus excompañeros de Escuela (porque él ya no pertenece a ella) y deambula por el foro como un fantasma.

Iba a ser muy interesante el experimento de presentar una obra tan manida, tan sabida de memoria por todo el público que lleva años de oírla remozada, no porque se hubiera "adaptado" o modernizado a la Anouilh; sino porque al contrario, conservándola en su integridad, restaurándole las escenas que siempre omiten los teatros comerciales (la escena de Pascual y don Luis frente a la casa de doña Ana, la admonición de la Madre Abadesa, el final del acto de la quinta de don Juan, que ordinariamente le da el telón y el aplauso al "llamé al cielo", cuando le corresponde a la enamorada doña Inés, que no quiere, aun frente al cadáver de su padre, que la justicia se haga contra don Juan), lo nuevo en nuestro esfuerzo residiría en todos los detalles de una *mise en scène* enriquecida por el uso del escenario giratorio, y en una actuación que antepusiera, al interés simplemente auditivo, declamatorio, del latiguillo de una rima a veces pedestre, la riqueza de convicciones encontradas que en ella chocan, y toda la gama de pasiones y sentimientos que impregnan el espíritu renacentista del universal personaje, encerrado por la rutina en la jaula de una interpretación ya estereotipada de la cual nos propusimos rescatarlo.

Claro que era así de esperar un choque, una reacción de desconcierto del público; y que (sobre todo en vista de los *lapsus* que los muchachos sufrieron, de sus ocasionales omisiones de un verso, de sus

transposiciones, hijas de su fatiga y de la nerviosidad natural de una primera comparecencia) alguna gente pudo atribuir a olvidos momentáneos las pausas de que estaba deliberadamente llena la interpretación, en contraste con la declamación de carretilla habitual cuando los teatros se proponen simplemente explotar dos líneas del mutilado *Tenorio* con tres funciones diarias. Pero desde la asombrosa taberna, dispuesta o iluminada como un Velázquez; hasta la quinta, que la novicia raptada recorre toda a los ojos del público gracias al giratorio; desde el convento, que aplaudieron al verlo, hasta la escena del sofá que por primera vez no sucede toda ella en el sofá, el público (como era nuestro propósito) sintió que por primera vez veía una obra que ha visto otras mil, y premió con aplausos la prueba evidente de que hay obras cuyo mérito intrínseco, demostrado en su vieja popularidad, puede siempre rescatarse, pulirse y dotarlo de una nueva vigencia.

Si para todos los muchachos el *Tenorio* así concebido fue una prueba titánica; para Dantés en su escultor; para Corona, tan mesurado y tranquilo en su vida, transmutarse en el furibundo Centellas; para Andrés Orozco, el excelente Buttarelli, aprenderse los parlamentos italianos que siempre se omiten con el personaje, Micheletto, que los escucha, y que Marco Antonio Torre desempeñó tan bien, los tres don juanes y los dos don luises disfrutaron también de su respectivo calvario que vencer. Bribiesca, contra una buena figura y su voz magnífica, adolecía de una cierta delicadeza natural de maneras de que había que despojarlo, pues no era cosa de presentar un don Juan Marañónico. Sauret, en cambio, resultaba demasiado duro, seco, sin el *humour* ni la malicia necesarios en el calavera sevillano. Y Mario Orea tenía en su contra su estatura. El problema de los luises era distinto. Córcega era perfecto. Macheteó con tenacidad indescriptible, pero a veces se le notaban los dieciocho años. Merino, en cambio, de tan buena figura, era tieso y frío, recitaba sin convicción sus parlamentos. Las funciones en que jugarían, alternadas, estas parejas, habrían de ponerlas en una saludable y utilísima competencia.

Tres horas y media se llevó la función, comenzada al cuarto para las nueve. Carlos Chávez bajó de su palco a felicitarnos, y con los Fournier, los Tamayo, Anita y sus hermanos, me dejé llevar al Café de Tacuba, a descubrir que tenía, cuando la mencionaron, hambre que mitigamos con unas feísimas enchiladas al horno "Tacuba". Fui luego a dejar a Anita y a sus hermanos, y llegué a casa al filo de las dos de la mañana.

Pero hay un punto en que el cansancio, después de insistir con su presencia, se retira. Resolví ir a despedirme, siquiera, de Paxton. Todavía había algunos coches afuera de la Casa Alvaradito, y por las ventanas, vi que Paxton conversaba sentada junto a la furiosa chimenea con un americano.

Algunas parejas bailaban, con los discos. Otras simplemente charlaban. Es muy curioso llegar a esas horas a una fiesta que ha comenzado mucho antes. La gente es completamente irreal, y uno, que no ha bebido una sola copa, debe de parecerle todavía más inexistente. Ya están a esa hora, todas sus autocensuras desligadas, sinceros. Por ejemplo, Juan Soriano empezó a decir vulgaridades. Paxton me trajo una gatita cruzada que siente mucho dejar en México y que se llama doña Luisa, porque le aguarda el matrimonio con un gato llamado el capitán Alvarado, que también me mostraron y que no es tan hermoso como los míos.

Y luego Paxton quiso que bailásemos. Le expliqué que yo nunca bailo, porque creo que los calvos no debemos hacerlo. Y entonces ella emprendió una de esas conversaciones penetrantes de las que huyo siempre, porque nada me horroriza como los diagnósticos.

> You are very serious, Salvador —me dijo, y yo repliqué que no estaba sino cansado—. I don't mean now, I mean always —prosiguió—. You create beautiful things, but you don't seem to enjoy yourself, nor life. And that is bad, very bad. You should, you must have some fun. And you do have a great capacity for fun. There are things you love and enjoy. I remember that afternoon, when Dorsey and I visited your garden. You love it, and you love your dogs. I could see that. Why then are you so stern, so serious? Take a vacation —enjoy life— lean to —force yourself to— try to find out what you really want —and do it.

Pretexté mi cansancio para despedirme. No me gusta que me analicen. Eran las tres de la mañana. Dormí cinco horas y media.

Y esta mañana, antes de sentarme a escribir a lápiz estos apuntes, porque no apetecía el ruido de la máquina, inspeccioné el jardín, al que apenas, todos los días me asomo desde la jaula de cristales de mi recámara. Ya Pancho acabó de plantar el *carpet grass*, que empieza a prender. El sol era grato sobre mi espalda cuando me senté a contemplar los árboles, las plantas, con los dos perros, envidiosos, celosos, a mis pies. Ya iría volando Paxton. *You create beatiful things. But you must enjoy yourself —and life.*

Noviembre

Jueves 4

Eugenio tenía un amigo. Un gato rubio, proletario de origen, alojado en la casa de junto. Desde ella, echado sobre la bugambilia con que he tratado de disimular el exotismo del quiosco de cemento que asoma su impertinencia al jardín, el amigo de Eugenio entabló alguna vez conversación con él, intimaron y el güero solía visitar al negro

y jugar juntos en la terraza del cerro. Es posible suponer que en su charla discutieran la oportunidad de excursionar juntos por las noches, como lo hace sistemáticamente el padre de Eugenio; un padre tan inmoral o tan moderno, que ya varias veces ha tratado de llevarse a su hijo a las parrandas o a las visitas conyugales que él celebra en la vecindad, y una de cuyos resultados más brillantes es el propio Eugenio.

Por otra parte Eugenio, desde pequeño, se hizo muy amigo de los dos perros. Nunca han andado ellos como perros y gatos, sino como americanos y rusos durante la guerra o en la ONU. El King lo dejó siempre jugar con su cola, y Manolete lo besaba. De excelente estómago Eugenio suele probar el cocido de los perros, de que ambos son tan celosos a la hora de comer, sin enfadarse ni escatimarle la leve probadita que su hociquillo puede sustraerle.

Pero nunca sabe uno a qué hora brotan en los animales los instintos que se sobreponen a la razón, funciona el egoísmo y asume formas agresivas el sentido de la propiedad. Negándose a entender que aunque a Eugenio le simpatizaba su amigo el güero, y que tenía derecho a recibirlo para jugar con él, si bien lo toleraba durante el día, en la noche deben de haberlo confundido con un intruso extraño, o con un bandido, o con uno de los tlacuaches que han solido matar con gran escándalo; y le dieron cruel muerte. Con destrucción de vidrios, de almácigos, de macetas; en una complicidad criminal, se ensañaron con el pobre gato güero y lo hicieron trizas, como otra vez el King a la esposa adúltera del padre de Eugenio, celosos entonces del honor de un miembro de la casa, y ahora por lo visto resueltos a decidir por sí mismos de la conveniencia o inconveniencia de las amistades de su amigo Eugenio.

Esta mañana, los dos perros lucían aún horrendas manchas de sangre, y Eugenio los contemplaba con un mudo reproche.

Día de los Carlos, en que la convaleciente Lupe me hace una falta horrible para el despacho, de que tan eficazmente se encarga siempre de telegramas y flores. Sin ella estoy sin manos, teléfonos, direcciones ni santoral. Ella no me hubiera dejado en la pena de no felicitar a Carlitos Pellicer, ni a Carlos León, ni a Carlos Prieto, por ejemplo. En cuanto a Carlos Chávez no fue la lambisconería lo que me indujo a felicitarlo; sino una obstinación en trabajar hasta el día de su santo lo que me permitió hacerlo. Tuvimos como siempre la sesión de Consejo de los jueves, y en ella la modesta celebración de acabarnos en vasos de papel la botella de inocente licor de naranja de Toluca que vino a regalarle Eduardo Hernández Moncada.

Por lo demás, dos funciones del *Tenorio*.

Viernes 5

El grupo de los amigos del teatro, que dirige Cipriano Rivas Chérif, puso en escena la semana pasada el *Don Juan Manuel* de Agustín Lazo en la Posada del Sol. A sus anteriores presentaciones no me habían invitado, y a ésta no pude concurrir. Al parecer, es una agrupación de ricos, en que para ser miembro se necesita hacer una aportación de 5 000 pesos, y es una empresa no lucrativa. La concurrencia tiene que ir vestida de *smoking* a las únicas funciones que dan.

En el *Don Juan Manuel* trabajan tres muchachos de la Escuela: Beatriz Aguirre, Agustín Sauret y Mario Muratalla. Agustín vino a verme hoy para explorar la posibilidad de que su obra sea repetida en un teatro en que pueda verla más gente: esto es, en Bellas Artes. Yo tengo apartadas en el calendario unas fechas a fin de mes para actividades teatrales. Pero dentro de esas fechas tengo que hacer caber los exámenes de los Centros Populares de Difusión Artística, que son cuatro, y que han de presentarse todos ellos con la misma obra, mi *Astucia*. Además, abrigo el propósito de presentar al grupo de Teatro de la Reforma que ya tiene puesto *Un tranvía llamado deseo*. Veré con mucho empeño cómo es posible acomodar a Lazo, a Seki Sano y a los Centros en esos diez días. Desde que fui a San Diego a anunciarle a Seki Sano y a sus muchachos mi deseo de que se presentaran en Bellas Artes, están razonablemente alborotados.

Ágata y Rubinsky han sido designados embajadores del Teatro de la Reforma cerca de Bellas Artes, y me han traído todos los datos necesarios para organizar su presentación. Por desgracia parece que ya por estas fechas el dinero se acaba en el gobierno y que el patrocinio del Instituto tendrá que reducirse a bastante menos que lo que incluía mi propósito de facilitarles decorado, publicidad y gratificaciones.

El hecho de que a causa de que los heterodoxos tenían un concierto a las nueve no dimos más que una función a las cuatro, pude a buena hora irme a refugiar en una grata visita a Jorge Rubio. Anita no estaba. Se había ido al teatro de Sears Roebuck en donde los México City Players daban una *Familia Barret* que sentí mucho perder, pero a la cual francamente después de tanto teatro ya no tenía alientos de ir.

Jueves 11

El Centro de Difusión Artística número cuatro funciona, por las noches, en una enorme escuela primaria de esa colonia Anáhuac a quien grandes calzadas han redimido del lóbrego aspecto que tendría cuando se llamaba de Santa Julia, era residencia del hampa, y asiento de

las tenebrosas hazañas del Tigre que hoy no es más que una olvidada leyenda.

Lo dirige el licenciado Jesús Reyes Ruiz, conquistador en certámenes de varias flores naturales de poesía, y como los otros tres centros de su clase que dependen del Instituto, cumple la modesta, pero benéfica, misión de acoger a los obreros adultos que resuelven alejarse de los billares y las cantinas para compensarse, por el aprendizaje de las artes plásticas, la danza, el canto y el teatro, de su carencia escolar. Antes se llamaron estos centros, ambiciosamente, "Escuelas de Iniciación Artística", como si de sus alumnos pudiera esperarse la obligatoria transmutación en pintores, bailarines, cantantes y actores. Es más realista reconocer que será la excepción, no excluida de las posibilidades, la de los genios ignorados que a esos centros concurran y que allí se descubran y encaucen; pero que en general, su oferta se debe ceñir a proporcionar a los barrios una mejor manera de emplear sus ocios.

Todos los años, estos centros hacen su festival de fin de curso con números de canto, declamación, danzas y música, y sus exposiciones de dibujos. Pero aisladamente. Y este año, pensamos que convendría vincularlos, dándoles un programa común que los cuatro cumplieran estimulándose a superarse en la competencia. Los cuatro, pues, pondrán en escena, para su festival, la misma obra de teatro, y una que además conjugue sus actividades de música, canto, danza y actuación. *Astucia* es la obra que reúne esas condiciones, y que por haberla visto ya en Bellas Artes, tanto los alumnos de esos cuatro centros cuanto sus profesores de teatro; por ser tan fácil su mexicano lenguaje; por existir ya en Bellas Artes su decorado y su vestuario, es sencillo que todos la pongan en escena. Tenemos ya apartadas las fechas y las horas para esos festivales, a que concurrirá por público todo el barrio de cada centro.

El lunes fui al número uno, que dirige el profesor Sánchez Santos. Es el único que tiene orquesta, y todo el edificio resonaba en los ensayos: en el salón, la *Varsoviana*; en otro, "el rancherón" (como le llaman a la serenata), que cantaba un muchacho de estupenda voz; en otro, los actores, y en el más grande, el profesor Sánchez Santos al frente de su orquesta, recordándose de sus tiempos de director de la compañía de Esperanza Iris; interesado en respetar la integridad de la partitura de su exalumno Blas Galindo. Nos hizo oír toda la música.

Claro que es un miura esta obligación que les hemos echado encima a los centros. La partitura de Blas es muy compleja, y escrita para la mejor Sinfónica de México. Y en cuanto al libreto, no es nada sencillo tampoco. Pero nadie espera más de lo que se puede hacer, y lo importante es el experimento de haber coordinado el trabajo.

Hoy visitamos, por la noche, el Centro número cuatro. Hernán de Sandozequi tiene a su cargo el grupo de teatro, y se da el lujo de dis-

poner de hasta tres candidatos para cada papel. Su *Astucia* tiene aplomo y memoria. Llevé conmigo a Rosa María, a Dantés y a Orea, para que vieran a sus colegas modestos, y les ayudaran poniéndoles la muestra si era necesario. Les hicieron la escena, casi muda, del incendio. Y me confesaron que estaban más nerviosos que en Bellas Artes, y conmovidos frente a estos obreros que aún después de ocho horas de trabajo, vienen a jugar al teatro.

Viernes 12

Tiene razón don Artemio al protestar porque Rafael Solana haya declarado, al ocuparse de él dentro de su panorama de la literatura mexicana moderna, que "da muestras de cansancio" o de decadencia. El librote que me acaba de dar, y que estoy leyendo en abonos por las noches, *Calle vieja y calle nueva*, no lo emprende ninguna persona cansada.

Es un libro, como todos los suyos, en que la erudición asume la gratísima forma del chisme narrado con la gracia de don Artemio. Se propone un plan importante: la historia del Palacio Nacional, o la biografía de la calle de Tacuba, o esta vez, de la avenida 16 de Septiembre. Y lo cumple, pero a su modo propio, que es el de divagar en el agradable paseo, deteniéndose con gula allí donde le place, comentando lo que le da la realísima gana de calificar. Y siendo siempre *newsy*; siempre revelando algo poco sabido o del todo ignorado, y dando a los personajes de la leyenda o de la historia una vida actual y vigorosa que dimana de la familiaridad con que les trata.

En lo que llevo leído, el Benemérito aparece remiso a firmar el decreto cuyo mérito se le atribuye por entero, a don Justo Sierra sin poder explicar ni justificar el arrasamiento de los edificios coloniales que mandó tirar. Y los ricos "de abolengo" (cuyos nombres amaga revelar en un libro próximo que ha de llamarse *Ellos*), tan avorazados y sinvergüenzas, tan listos a clavarse los bienes del clero, los terrenos de iglesias y conventos, como en cierta más reciente época los "pelados" revolucionarios.

Lunes 15

Félix Jorge Martínez, que es el director de Parques y Jardines del Departamento del Distrito, me había comunicado que el licenciado Casas Alemán deseaba hablar conmigo. Ha seguido con interés las actividades teatrales del Instituto este año, y piensa que podríamos encargarnos de vitalizar, de usar, los teatros al aire libre y de otros tipos que el Departamento posee.

Le rogué que esperásemos, para esa entrevista, a que se acabara el quehacer del *Tenorio*. Y esta mañana vino por mí para llevarme con el licenciado Casas Alemán...

Fue rotundo y práctico. A su juicio, es lamentable que el único teatro que se da sea, o el de monótono ataque político o el de señoritas en cueros. Pero el remedio no está en reprimirlos, sino en ofrecer una alternativa mejor, y en llevar el teatro hasta las barriadas, a los trabajadores, y en fomentarlo ahí mismo. El Instituto puede buscar la novia, y el Departamento se encargará de poner la casa. Sugirió el licenciado que se integrara una comisión. Yo opiné que si ella es muy numerosa, corre el riesgo de no hacer nada, y que bastará que la integre un representante informado del Departamento, uno del Instituto; un representante de Autores (para encargarles obras) y el jefe de Espectáculos. En cuanto tenga los datos que he de pedirle a Rubén Gómez Esqueda, podremos presentar un proyecto viable de trabajo inmediato. Hay que pensar en muchos factores (actores, locales, público, autores) y que comprenderlos a todos en el plan.

Tuve hace unas semanas la debilidad de comprometerme con Mr. Graham, de la BBC, a tomar parte en un programa de radio el 17 de noviembre; un programa de preguntas, no sé de qué tipo, que él me describió como *great fun*. Pensé acaso que el 17 de noviembre nunca llegaría. Y ya es pasado mañana, ya está anunciado el tal programa, y otra vez tendré que hacer algo que no tengo ganas de hacer, como ha de seguir ocurriéndome mientras no aprenda a decir *no*.

Soy negado para la "sociedad"; y al que no quiere caldo, le asestan dos tazas. Además de que el programa de radio es pasado mañana, mañana me esperan a cenar en casa de Mr. Whitborn, donde he de conocer a los otros que toman parte en ese extraño programa de preguntas. Desde la ventana de mi oficina veo pasar ¡a tantas gentes dichosas! ¡Tendrán trabajo, trabajarán, claro! Pero una vez concluido éste —repartidas las cartas, cerrado el escritorio— quedarán libres, ¡libres!, de hacer lo que les dé la gana, de ir por donde les plazca, de hablar o no con quien lo apetezcan. Pero uno...

El patrón regresó de su descanso de media semana en San José Purúa, y comimos juntos como todos los lunes, pero esta vez sin Alfredo Nieto, que está encamado, ya sin hernia ni apéndice. Me refirió el patrón una novela sucedida junto a su cuarto, donde se desarrolló una larga discusión, tan agria y teatral, que le hizo pensar que sus vecinas serían unas artistas de cine en trance de ensayar sus papeles trágicos, hasta que una de ellas salió a la terraza y se lanzó al vacío, de donde fueron a recogerla, la metieron rápidamente en el coche, partieron para México —y al día siguiente, nadie sabía nada.

Martes 16

El señor Medrano, secretario del Instituto Tecnológico de Monterrey, vino a México a concertar con el Instituto los espectáculos con que desea enriquecer la oferta de cultura que ese Instituto ha pensado que es ya tiempo de sumar a las enseñanzas prácticas y técnicas que imparte en esa industriosa y rica ciudad. Me refirió cómo tiene organizada por departamentos la enseñanza, a cargo de profesores con sueldos de 1600 pesos y obligación de darle cinco horas diarias de su tiempo al Instituto. Así sí es posible esperar buenas clases. Pobres profesores los de la Universidad de México, con sus sueldos de la décima parte del que ganan en Monterrey, y pobres estudiantes cuando sus maestros, eminencias, les dan las clases de mala gana y por favor. El señor Medrano quiere contratar la presentación de una pastorela y una obra de teatro de las que hemos producido aquí, para una fecha entre el 13 y el 18 de diciembre. La que ellos mismos escogieron con la facilidad de su transporte, ya que no exige complicación de maquinaria, es *Como la primavera*.

Había quedado anoche con Anita Rubio en ir al cine a las cuatro. Pero Carlos Chávez me hizo avisar que tendríamos nuestro acuerdo normal de los martes, y como se prolongó hasta las cinco de la tarde, ya no pude más que bajar al escenario en que el Centro número cuatro ensayaba *Astucia*, hasta las siete en que tenía que trasladarme a la cena del señor Whitborn.

Vive, con un compañero de trabajo, en un piso muy británico de la avenida Chapultepec. Reunió como a quince personas, la mayor parte ingleses, y a un Anthony Graham que nos explicó en lo que consiste el juego de preguntas y adivinanzas con que mañana un tema de dos mexicanos y dos ingleses hemos de divertir a un auditorio del Instituto Anglomexicano de Cultura, de seis a seis y media. No podía yo disimular mi fatiga ni mi desinterés en ese juego, que encontraba bastante tonto.

Tengo que analizar con franqueza esta antinatural hostilidad que engendra en mí toda reunión en la que sin embargo, como ésta, debería hallarme contento. No pudieron ser conmigo más finos y atentos los anfitriones, ni más interesante la conversación con los demás invitados. ¿Por qué entonces me encuentro más a gusto entre los muchachos y las muchachas de la escuela con sus ocurrencias ingenuas, en oficinas feas o entre trastos teatrales? ¿Tendrá otra vez razón Raoul Fournier a propósito del complejo paternal?

Frank Whitborn bajó a acompañarme hasta la puerta y me obsequió con un ejemplar de un pequeño drama en un acto de que es autor: *Enemy*. Lo leí en la cama. Lo encontré muy hermoso. Es la restitución, por el destino, de un hijo muerto en la guerra que regresa para su madre en la persona de un enemigo fugitivo que se refugia cerca de ella.

Jueves 18

No todo el grupo de los viernes concurrió anoche a la cena con que Adolfo Riveroll inauguraba para él su casota de Berlín. Faltaron don Pedro, que desde el lunes se halla medio enfermo de catarro y que ayer, por fin, se decidió a quedarse en cama; Chalito, que se excusó a causa de que tenía que acompañar a Julieta a una cena o fiesta de antemano concertada; don Felipe, que está en Puebla, y Feduchy, que hace algunas semanas que se sustrae a nuestras comidas.

Cuando llegué, de los primeros, ya me habían precedido el patrón y Paco Rubio, y acompañaban también a Adolfo don Manuelito y el joven Mascareñas. Luego llegó Edmundo, tan ritual y correcto como siempre, con una botella de Drambuie que traía de obsequio, y Enrique Contel, que también como siempre les había tirado plancha en el 1-2-3 al patrón y a Paco Rubio. Éstos hablaron del nuevo lugar de emborrachamiento, que sin duda se verá muy concurrido por sus patrocinadores, y encontraron su decoración medio Jena, o sea medio Raro Pani. Por fin llegó Dalmau Costa, y después de algunos jaiboles enormes, que servía Gonzalo el del Club de Banqueros desde el bar desaparecible del salón en que estábamos, Adolfo me invitó a acompañarle a la cocina, donde prepararía personalmente el *oyster stew*. Una cocina preciosa, amplia, bien equipada. Ya le tenían en ebullición la leche, y listos los ostiones. Disolvió en ella un enorme trozo de mantequilla, le puso sal y pimienta, agregó el jugo de los ostiones, y los incorporó. Listo. Yo le habría añadido una bechamel para espesarla, pero no lo sugerí.

Todos devoraron el *stew*, y enseguida un asado de puerco riquísimo, con su fina *applesauce* y chícharos, con un vino fuerte un poco dulce, y una magnífica cocada.

Volvimos al salón, y alguien sugirió que jugaran. Entre los libros que hay cerca de la chimenea, había yo descubierto el tratado de *bridge* de Magda Sánchez Fogharty que lleva prólogo mío, y ciertamente se habría completado una mesa con Manuelito, Adolfo, yo y algún otro. Pero el *bridge* habría dejado al margen a los demás, y prefirieron el bacará —barato, a mi alcance: diez pesos el lote de diez fichas. En cuanto me limpiaron dos lotes y otras cuantas fichas que Adolfo me pasó, me retiré, dejándoles entregados al rápido encanto de ese juego en el que pasaron, según supe hoy, algunas horas más, y luego les quedaron ánimos para irse a El Patio con Enrique Contel, que por lo visto siempre remata ahí.

El Chato Noriega me cometió una felonía. Me trajo el talco que le encargué para cuando fuera a San Antonio. Pero me lo envió con dos billetes de diez pesos, reservándose sólo uno como precio de la mercancía, de los 21 que le di para convertirlos en tres dólares y comprarla.

Varias veces, cuando hemos salido tardísimo de la oficina, y no quiero soltar a las familias ni un momento; y me las llevo a comer en Prendes, he abrigado la teratológica tentación de ir a Sanborn's, donde sé que Conchita come todos los días, sola o con su secretaria Lucha. Ella siempre me ha disuadido, temerosa de que no me guste la comida. Hoy me empeñé y entramos en Sanborn's. Yo creía que ya así de tarde sería fácil conseguir mesa, porque los gringos, su clientela máxima y habitual, comen temprano. Pero resulta que aquí en México se civilizan al extremo de comer tarde, y que aun a esa tardía hora, tuvimos que permanecer humillantemente parados un buen rato antes de conseguir una mesa. Además, creo que hay la horrenda costumbre de que si una persona ocupa una y queda en ella lugar, le sientan enfrente a un desconocido o a una desconocida robusta.

Después de todo, no estuvo mala la comida. Y ahora me explico por qué está este sitio tan concurrido. Es baratísimo: 6.50 cada cubierto, servido cuando les da la gana por estas meseras disfrazadas de indias, que han de resultarles muy pintorescas a los turistas.

Me acuerdo de cuando, hace ya un número incontable de años (y sin embargo, parece que fue ayer), veníamos a comer juntos a Sanborn's, todos los sábados, Jaime Torres Bodet, Pepe Gorostiza, Enriquito González Rojo (que en paz descanse), Bernardo Ortiz de Montellano, Xavier y yo. Luego, cuando el doctor Gastélum se incorporó a la *intelligentsia* capitalina, él también asistía a estas comidas semanarias que nos costaban creo que dos cincuenta o tres pesos, y que eran las mismas que hoy sirven, con camotes enmielados, verduras cocidas, pechugas en salsa blanca —y café en taza grande con crema y helados dulzones o pasteles —*éclairs*, de preferencia. Entonces todos escribíamos versos, y mi *El joven* —cuya primera parte apareció en uno de los creo que dos números en total de una revista que se llamó *La Falange* (mucho antes de que esta denominación implicara a la política española)—, mencionaba a los pavos reales de Sanborn's y la vida de molicie que entonces simbolizaba la asistencia a este restaurante. Desde entonces, este lugar ha crecido mucho; ha invadido locales próximos y multiplicado los artículos de sus ventas. Y nosotros mismos nos hemos dispersado. Jaime ha seguido una sostenida carrera que no puede llamarse política, sino de servicio al país, hasta los puestos de secretario de Educación primero y ahora de Relaciones —y ahora, a la posibilidad de presidir la UNESCO, al terminar la regencia de Julián Huxley, lo que sería muy honroso, pero no sé si muy cómodo para Jaime ni muy conveniente para México. Enriquito murió, hace sin duda más de diez —miento; en enero del año próximo hará diez años. Lo recuerdo porque murió el mismo día que el doctor Puig. Bernardo se ha metido en su concha; Pepe Gorostiza es jefe del Departamento Diplomático en Relaciones. Quienes más seguimos viéndonos, y no hemos distanciado nuestra

amistad (que sin embargo no es tan íntima como entonces) somos Xavier y yo.

Viernes 19

Hoy, como nos quedamos en mi oficina celebrando una junta para organizar la redacción del informe que quiere Carlos de los trabajos de dos años, hasta las tres de la tarde —Conchita, Mauricio, Torre Lapham y yo—, falté a la comida de los viernes, y me los llevé, para no soltarlos, a comer. Quise que repitiéramos la aventura de Sanborn's, pero esta vez no tuvimos paciencia para aguardar hasta que hubiera una mesa libre; y suponiendo que después de todo Lady Baltimore sería igual o daría lo mismo, allá atravesamos la calle para comer.

También aquí se desataron mis recuerdos. Este restaurante ha sido más trashumante que Sanborn's. Lo recuerdo donde ahora está la Víctor, heredándole el sitio a Sanborn's cuando éste se mudó a la Casa de los Azulejos; luego en el Iturbide, donde ya no fue a trabajar Natalia, la mesera que nos consentía todas las tardes, cuando íbamos a darnos el lujo de tomar té, y por fin instalado aquí donde está ahora, capitaneadas sus meseras por la señora que años más tarde declaró su independencia y estableció su dulcería Currier's donde ahora la tiene y la atiende, en el Paseo de la Reforma, frente a Cuauhtémoc, y hace muy buenos dulces: chocolates rellenos de los que hacían en la sucursal de Bucareli para Lady Baltimore, mentas rayadas y caramelos.

A Lady Baltimore íbamos a merendar Antonio Adalid, Toño Dodero y yo cuando, a causa de que íbamos al Cine Olimpia una vez por semana, no merendábamos en su estudio de la avenida Hidalgo —tan bonito, con sus santos estofados, con que empezó Antonio su colección; sus visitas ocasionales de Genaro Estrada (que gustaba de tocar la pianola) o de Antonio de la Peña. Y a Lady Baltimore íbamos a comer a toda prisa, ya tardísimo, para regresar enseguida al trabajo, el licenciado Bassols, Rafael Padilla Nervo y yo, cuando trabajábamos en Educación.

Y tampoco aquí ha cambiado el menú. Ni las meseras. Simplemente están más viejas, como esa güera que era muy bonita entonces, y que ahora está bajada. Pero cómo estaré yo, que ya ni ella me reconoce.

Sábado 20

Después de cumplir una agenda rutinaria de todos los sábados, que consiste en visitar por la mañana las obras —ahora ya solamente la de don Pedro en la huerta, pues la mía de Calero está por completo

terminada, y no falta sino que alguien adivine que quiero venderla, le guste y me la compre—, me entregué a la lectura de la *Calle vieja y calle nueva* con que don Artemio me obsequió hace unos días.

No es un libro que pueda leerse de una sentada. Tampoco en la forma que es mi predilecta, en la cama, porque sus setecientas páginas pesan más de lo que puede sostener una sola mano. Pero se saborea en abonos, y cuesta trabajo interrumpir su lectura, porque es como oír conversar a don Artemio. Si en otros libros suyos se le siente aparecer en persona con sus ocurrencias, sus chismes y sus chistes, en éste se ha soltado por completo el chongo, ya nada le importa; se traza el rígido itinerario de una calle, la avenida 16 de Septiembre (como en otra la calle de Tacuba), y luego lo abandona para divagar por leyendas, opiniones, comentarios y recuerdos personales que le quitan al libro la rigidez documental para impartirle en cambio la gracia y la frescura de una conversación incomparablemente encantadora con un hombre a quien nunca abandona el buen humor.

En medio de esta rica trama de ingredientes cautivadores, se percibe siempre el nacionalismo esencial de don Artemio. Disfruto mucho sus denuestos contra extranjeros perniciosos como el gringo Scott, que manchó con su residencia invasora en el 47 la aristocracia de la calle del Refugio. Y la viga que le pone al pedante ministro francés que a causa de que un perro del baño de Las Delicias mordió a su caballo, estuvo a punto de desatar otra guerra de los pasteles. Hay muchos párrafos al leer los cuales suelta uno la carcajada, pues nadie como don Artemio para coleccionar palabras raras y chistosas y estampar con ellas las peores atrocidades. Me hago el propósito de persuadir a don Artemio de que escriba sus memorias, parte de lo cual ha hecho ya sembrándolas entre sus libros.

Por la tarde vinieron Loya y Esperanza Terrés a devolverme un platón y a invitarnos a comer en San Jerónimo para el domingo 28.

Lunes 22

Pasé a saludar a don Artemio, y a preguntarle si sabe el origen de las piñatas o su transporte a México por los españoles. No lo sabe. Me prestó las *Vetusteces* de don Luisito González Obregón, donde acaso habría datos sobre ello. No los hay muy claros ni concretos tampoco. Tendré que afrontar desde un punto de vista que no sea precisamente documental, la redacción de este artículo que Carlos Chávez me exige, me conmina a escribir para *México en el Arte*. Porque, como si no tuviera uno bastante quehacer en las doce horas diarias que se pasa en el Instituto Nacional de Bellas Artes, le parece que debemos, además, escribir para esa revista.

Mientras estaba con don Artemio, y me mostraba las primeras páginas del libro que ha empezado a escribir sobre la famosa Güera Rodríguez, y en el cual va a contar con todo detalle todas las veleidades de esa señora (para lo cual la edición será limitada y de circulación ceñida a sus selectos suscriptores), llegó un joven, de parte de su tío, a pedirle a don Artemio datos sobre la condesa de Miravalle. Le dijo que justamente puede hallarlos en su nuevo libro de *Calle vieja y calle nueva*. Pero el joven no quería tanto como gastar 40 pesos, porque su tío no necesitaba sino escribir un artículo sobre la Condesa, y se conformaba con que don Artemio se sentara a darle datos extractados. Se necesita concha...

Reapareció Nieto, ya sin apéndice. Nos contó que su monólogo durante la anestesia había girado en torno al apetito de Augusto Elías Jr., con quien comió la víspera de operarse, y quien consumió muy tranquilamente cinco docenas de ostiones, una sopa colmada, una costilla enorme copeteada de papas..., y todavía, cuando él se marchó, iba a pedir alguna otra cosilla.

Jueves 25

Ayer me llamó por teléfono el licenciado Portes Gil para decir que había sabido que tenía una casa en venta en San Ángel, y que si podría verla. No para él, claro, sino para Eduardo Iturbide, que en su viudez reciente, desea mudar de casa para conjurar los dolorosos recuerdos de la que habita.

Concertamos la cita para hoy a las diez en mi casa, y llegó puntual, acompañado por el pintor Ruano Llopis y por otro caballero a quien conozco mucho de vista, pero no de nombre. Y entraron a ver el jardín y la casa. Yo le había hecho la víspera a mi madre la sugestión de que vendiéramos la que habitamos, que si fuéramos personas sensatas reconoceríamos que es demasiado grande para dos habitantes, y nos mudáramos a la pequeña de San Ángel, porque con el dinero de la venta podría yo dejar de trabajar cuando menos algún tiempo o tanto, y la casa pequeña sería bastante menos costosa de sostener que ésta que necesita tanto servicio. Pero naturalmente no somos personas sensatas, y yo mismo solamente bromeaba al adelantar semejante sugestión. Sería como vender un hijo, enajenar por lucro una obra de siete años de constantes arreglos.

El señor Ruano Llopis, a quien yo no conocía personalmente, es muy simpático, muy andaluz. Le encantó el jardín, porque debe de ser muy doloroso morirse y dejarlo.

Luego fuimos a San Ángel, y después de la extensión de Coyoacán, fue natural que les parecieran muy pocos los 600 metros de la pequeña casa. Les gustó, pero el licenciado dijo que Eduardo Iturbide

quiere un jardín grande, y que sospechaba que no le convenía la casa. Es una lástima. Me consuela pensar que aun cuando no la he anunciado, ya empiezan a saber de ella personas que pueden llegarle al precio, que después de todo no es más que de 180 000 pesos.

Por la noche, fue la última representación de *Astucia* a cargo de los Centros Populares de Difusión Artística. Le tocó la última al número dos, que dirige María Luisa Vera, y donde es profesor de teatro uno de los List Arzubide, Armando. En esa función dimos los diplomas, iguales para los cuatro centros, lo cual suscitó algunas protestas, porque los muchachos creían que se trataba de un concurso o competencia, y que unos habían quedado mejor que otros.

Para esa función, los originales intérpretes: Dantés, Rosa María, Carmen del Castillo, Orea, Córcega, discurrieron rendir a sus colegas humildes o modestos de los Centros Populares el homenaje fraternal de trabajar, de sorpresa, como comparsas en una obra en que habían sido las estrellas. Se metieron en el guardarropa, se vistieron de rancheros y aparecieron entre los obreros-actores. Estaban seguros de que les caería muy bien ese gesto.

Pero sucedió todo lo contrario. Los vieron primero con sorpresa, luego con hostilidad. Una profesora les dijo entre bastidores: "¿Pues qué los muchachos lo hacen tan mal que ustedes tienen que venir a ayudarles?"

Yo advertí esa reacción desde el palco, y me quedé pensando una explicación para ella. Creo que es razonable la siguiente: si admitimos que la vanidad es el motor íntimo que impulsa a actuar, habrá sido la vanidad —subconscientemente, sin que ellos mismos lo advirtieran bajo la máscara del altruismo, del compañerismo y el afecto que creían así manifestar— lo que provocara en los muchachos el deseo de meterse en la escena.

Pero la vanidad, también; el narcisismo, explicaba el fervor de los obreros-actores al presentarse en el teatro. Hubo pues un choque de vanidades cuando los digamos "titulares" de Bellas Artes frustraron con su intrusión el *team work* exclusivo de los aficionados obreros. Y éstos lo resintieron vivamente.

Por otra parte, en esto de la cronología existen peldaños que no son perceptibles para el que está arriba y mira hacia abajo; pero que aun cuando no sean más que de cinco centímetros; o de tres años, son perfectamente sensibles para el que ocupa el peldaño inferior. Quiero decir que para un muchacho de dieciocho años, uno de veinticuatro es ya un viejo, aunque el de veinticuatro se sienta "cuate" del de dieciocho. Es preciso un trato más íntimo y prolongado para que estas distancias, estas barreras, estas hostilidades que determina la vejez (aun cuando sea una vejez de veinticuatro años) se borren, atenúen y desaparezcan. El primer choque es eso, un choque, para el menor. De suerte que la intrusión de los "viejos" de Bellas Artes la resintieron

los muchachos de los Centros tan vivamente como sin duda los de Bellas Artes habrían sentido y rechazado la presencia repentina entre su cuadro de actores, de los Soler, digamos.

Viernes 26

Toda la semana ha habido en la Escuela exámenes de los grupos de actuación, que empezaron con el grupo de Ricardo Parada León. En el salón 1, que tiene su foro y su telón, se organiza la presentación (sin apuntadores, por supuesto) de la serie de escenas puestas por el profesor con sus alumnos durante el año. Entre ocho y diez números.

Hoy fue el examen del grupo de Dalia Íñiguez, que les enseña dicción para teatro radiofónico, porque el año pasado, cuando las perspectivas de que el teatro profesional acogiera más o menos pronto a los actores que aquí se preparan parecían menos claras que ahora, lo que constituía un mercado más próximo era el teatro radiofónico que la gente escuchaba con gusto, y se implantó esa clase en la Escuela, a cargo de Dalia y de Carlos Riquelme.

El grupo de Dalia me dio una sorpresa. Hay un grupo o palomilla de chicos medio calamitosos —Cobo, Partida, Araoz, el Gato y el Ratón—, que son muy cuates entre sí, y en los cuales yo veía justamente el tipo de alumnos que no debiéramos tener, porque no evidenciaban a mi juicio más interés que el de malorear y divertirse. Y hoy pude, y lo hago gustoso, rectificar mi opinión sobre ellos y sobre sus disposiciones para el teatro. Todos ellos, que están con Dalia, lo hicieron estupendamente. Lo que pasa es que son unos adolescentes, con todos los que en ellos nos parecen defectos y "faltas de disciplina".

Otros descubrimientos me han permitido realizar estos exámenes. Desde luego, el hecho de que los árboles no me dejaban ver el bosque en el caso de los muchachos que han trabajado más asiduamente conmigo, y a quienes los más remisos de otros grupos llaman mi "corte" y resienten el favoritismo que creen ver en mi patrocinio. El grupo de Carlos Riquelme, que se presentó después que el de Dalia, tiene también muy buenos elementos. Señaladamente un muchacho alto, de tipo indígena fino, que se llama Rodrigo Muñiz, y que podría seguramente, con buena dirección, dar el Moctezuma que necesitamos para el año próximo escenificar una suntuosa *Conquista de México* que se le ha ocurrido a Julio Prieto y que ya traigo revoloteando en el subconsciente; y en la cual le quitaríamos a Moctezuma el sambenito de cobarde, para hacerlo un héroe a la griega, conocedor del determinismo de su destino, y poseído de un elegante desprecio por los conquistadores.

Torre Lapham, por su parte, en su grupo, ha adiestrado a dos alumnos nuevos de mucho valor: la señora Soledad García, que es

estupenda, y Pablo Álvarez, un muchacho fornido que trabaja con Block como dibujante y diseñador, y por las tardes viene a estudiar teatro.

Los grupos de segundo año tendrán sus exámenes la semana próxima. Pero éstos de primero son, por debutantes, los más interesantes como síntoma del vitalizado interés por el teatro, y para el *scoutismo* del talento escénico.

Sábado 27

Llegué al teatro a las ocho y media, en la creencia de que enseguida comenzaría la representación del *Don Juan Manuel* de Agustín Lazo. Pero en su decorado, lo que estaba ocurriendo eran los exámenes de la Escuela de Ópera. Señoritas de traje largo y señores de *tuxedo* emitían górgoros melodiosos ante una concurrencia plausible y frente a la orquesta que Lalo Hernández Moncada dirigía. El examen había empezado una hora tarde, y la función se retrasaría en consecuencia.

El enorme foro está tan hecho para grandes conjuntos, que se ve triste y desolado cuando se aplica a albergar una comedia de pocos personajes, como ésta. Beatriz Aguirre, Maciá, Sauret, Muratalla, ya estaban vestidos y deambulaban como evocaciones coloniales entre las bambalinas.

Agustín se ha aplicado al teatro con el mismo fervor con que muchos años se dedicó a la pintura. Lleva ya estrenadas en Bellas Artes *La huella* el año pasado, y éste *La mulata de Córdoba*, que escribió como ópera con Xavier, y ahora el caso de *Don Juan Manuel*, que ha tratado con Freud de la mano para psicoanalizarlo y descubrir en la neurosis que le induce a matar transeúntes a hora fija y preguntada, el fondo tenebroso de un complejo de Edipo que es lo que le aleja de su mujer, en quien vuelve a ver su Yocasta cada vez que intenta perpetuar el apellido de los Solórzano. El análisis se lo hace un franciscano, que es lo que realmente ha sucedido entre nosotros los católicos con la confesión, desde mucho antes que se inventara el análisis médico. Ningún símbolo freudiano ha escapado a la consideración del autor; ni el pañuelo ensangrentado, fetiche que guardaba don Juan Manuel en una cajita después de cada fechoría, y que simbolizaba la satisfacción malsana, verdaderamente enfermiza, de las nupcias no cumplidas con su señora.

Lunes 29

Las tribulaciones del pobre Seki Sano no parecen ir a terminar nunca. Hace unas semanas, cuando vi su ensayo del *Tranvía llamado deseo*,

le invité a presentarlo en Bellas Artes. Fue primero difícil hallarle fechas. Luego, imposible impartirle más ayuda que el teatro a secas, con todos los gastos de publicidad y montaje por su cuenta. Y cuando ya habían conseguido algo de dinero, y renunciado a usar el escenario giratorio, y reducido al mínimo posible sus gastos de montaje, va llegando un telegrama del autor Tennessee Williams o de su agente la señora Audrey Wood, a notificar que él no ha dado permiso para su traducción ni para la representación de su obra, y que en consecuencia no permite que se ponga en escena; y que si se hace, procederá judicialmente contra Seki Sano. La Unión de Autores se lo comunicó así a Seki Sano, transcribiéndole el telegrama de la señora Wood. Y a mí me enviaron una comunicación parecida.

Ese tropiezo ha sido una tragedia para su grupo. Ellos creían haber cumplido con obtener el aval de Usigli para el registro de su traducción en la Unión. Ahora tendrán que cazar por teléfono o por cable al señor Williams, y suplicarle el permiso. Y la fecha ya está encima: el 4 de diciembre.

Le di una tarjeta de presentación para Dorsey Fisher, primer secretario de la embajada americana, y volvieron encantados de cómo les había tratado, y del interés que tomó en relacionarlos enseguida, después de averiguar que Williams está en España, con un amigo íntimo de la agente de Nueva York, que vive en México, y quien al parecer no exige sino la seguridad de que la obra será decorosamente presentada, para dar un permiso que será válido y suficiente.

Una vez caído en Bellas Artes, imposible salir más que a comer para regresar enseguida. Así, no pude ir al aeropuerto a despedir al nuevo director general de la UNESCO, que ya no verá la "Ventana" cordial que le escribí para que se publique mañana en *Novedades*. Me propongo escribirle a París.

El patrón y yo comimos solos; esto es, sin Nieto, que se fue de lambiscón a la inauguración de la ciudad industrial de su amigo Ruiz Galindo. Resolvimos intentar Sanborn's en vez de Prendes, y ahí sorprendimos a Misrachi, en la humillante posición de comensal, en una pequeña mesa, de un desconocido a quien corrimos para sentarnos con Alberto.

Martes 30

Alfredo Nieto se vindicó de su lambisconería de la víspera invitándonos hoy a comer al patrón y a mí, con la fortuna de hallar pronto un pesebre en Sanborn's en el que al rato dimos albergue al por lo visto su cliente asiduo y frugal Alberto Misrachi.

En el Instituto tuve noticias de la Orquesta Sinfónica Mexicana. Ayer, José Iturbi le habló a Carlos para invitarlo muy especialmente

a su concierto del Palacio Chino, y Carlos le prometió asistir. Pero más tarde le hablaron también, con el mismo objeto, algunos miembros de la orquesta, y le dijeron que el maestro Iturbi los había sermoneado para decirles que cuanto saben se lo deben a Carlos; y que en ese concierto le iban a rendir un homenaje público a Carlos Chávez, fundador de la Sinfónica de México.

Carlos entonces resolvió no concurrir. De todos modos el maestro Iturbi le dirigió la palabra al público para elogiar la obra de Carlos Chávez, gracias a quien, según reconoció, existe no solamente una buena orquesta sinfónica en México, sino un público ya hecho para la música.

Semejante reconocimiento es justiciero y oportuno, porque da la casualidad de que las tres orquestas sinfónicas que en apariencia hay en México son como la Santísima Trinidad una sola y la misma cosa con tres nombres distintos. El mismo personal de la Sinfónica de México fue nombrado por Carlos Chávez para constituir la Sinfónica Nacional del Conservatorio; y ese mismo, íntegro, es el que resolvió constituirse en Sinfónica Mexicana y adoptar al maestro, justamente reconocido en todo el mundo, José Iturbi como su director.

Diciembre

Viernes 3

En los últimos días he despertado tan tarde, que cuando paso por don Pedro ya se ha marchado a una oficina en la que, sin embargo, dice que no tiene mucho que hacer. Hoy tampoco le alcancé, pero a la una y media pasé, como todos los viernes, a su oficina, en la creencia de que como todos los viernes bajaríamos por Riveroll, luego por Nieto, y nos iríamos a reunir con los demás en Ambassadeurs para almorzar juntos.

Pero hoy prefirió saltear la costumbre, e hizo avisarle al patrón que no concurriríamos. Invitó a Perico y los tres nos fuimos al Club de Banqueros. Yo lo preferí porque me quedaba más cerca de un trabajo que tendría que reanudar a las cuatro en punto con asistir al examen de los grupos de educadoras que este año han aprendido a hacer y a manejar los muñecos del teatro guiñol. Pero no porque no me sintiera, como siempre, un intruso en la mesa opulenta de los banqueros que ellos llaman del Seguro, y a la cual, cuando llegamos, ya se hallaban sentados y en diversas etapas de nutrición unos seis de ellos, cuyos nombres son lo de menos.

La conversación, como en estos días la de todo el mundo, recayó en los bomberos y en la colecta de los donativos que el pueblo ha hecho para sus deudos. Y uno de los banqueros expuso la asombrosa

opinión de que después de todo, el hecho de que se hubieran achicharrado no montaba a más que un simple accidente de trabajo, y que la misma justificación habría para emprender recaudaciones altruistas para los gendarmes cuando los asaltan y mueren en el cumplimiento de su obligación.

Analizando el siniestro, convinieron más o menos en que lo conveniente sería contar con previsiones eficaces que impidieran la ocurrencia de incendios, de robos, de todo lo que merma la seguridad urbana; y en que los periódicos harían bien en analizar esas causas y aconsejar, en editoriales bien meditados, lo que el gobierno debiera hacer en todos los casos.

Pero qué van a hacer eso los periódicos, exclamó otro banquero, si son la peor canalla, y no se ocupan más que de chantajear. No hablaba de memoria, agregó. Le constaba que publican una noticia desfavorable, y que para desmentirla, "se arreglan" por dinero. El mismo ha pagado ya la cuota deleznable de quinientos pesos por semejante atraco-servicio periodístico. Y mencionó el nombre del periódico que recibió su cuota. "De ese periódico abajo", dijo, sin reflexionar que más abajo, ya no hay nada.

Llegué a San Diego a las cuatro. Para que el examen tuviera mayor realismo, habían invitado a unos cuantos niños a la función de muñecos en que consistiría. Graciela Amador ha dado un curso de seis meses a un grupo de profesoras normalistas de *Kindergarten*, y las presentó haciendo los ejercicios gimnásticos de brazos y de manos que les son indispensables para manejar en alto, desde lo que sería el piso del tablado si el tablado tuviera piso, a esos muñecos de guante —Punch and Judy internacionalizados— en que consiste el guiñol. Luego, ellas afuera y otros animados en el escenario, realizaron todos los movimientos de cruce de muñecos, de bailes, de diálogos. Era encantador ver las caras de los chiquillos, embebidos en la contemplación de los muñecos y dialogando con ellos. Había un chiquillo rubio y precioso como un muñeco, que reía como ninguno, y abría asombrado sus grandes ojos azules. Era Carlos Francisco Jorge Piñó Villenave, según me dijo: el hijo de Piñó y de Yolanda Villenave.

A las cinco tenía Clementina Otero de Barrios citado a su grupo de actuación para su examen, que haría con la pastorela que vamos a llevar la semana próxima a Monterrey. Estaba suficientemente furiosa, no sólo por nuestro retardo, sino porque acababa de enterarse de que algunos de los muchachos que han estado ensayando la pastorela y *Como la primavera* para esa gira, no podrán ir, y ella tendrá que ponerles rápidamente a otros sus papeles. Era, principalmente, lamentable la falta de Miguel Córcega, y la razón de su deserción, la para él muy válida de que en un concurso a que convocaron a cincuenta muchachos de dieciocho años para escoger al mejor para un papel de galán adolescente en una película de Libertad Lamarque,

empezó por quedar entre los diez primeramente escogidos, y luego a disputar con solamente otro, al que venció en las pruebas de actuación filmada con maquillaje.

Claro que es lamentable que no solamente los actores viejos y profesionales —los Soler, etcétera— se vean sorbidos por el cine, sino que también estos muchachos que con tanto esmero se preparan para resucitar el teatro, se fuguen de él. Pero la cosa no parece tener remedio, mientras la prostitución cinematográfica sea tanto más lucrativa que la honestidad teatral.

Por la noche fui, como todos los años desde hace muchos, a felicitar a Xavier en su santo. Desde nuestra amistad adolescente cuando vivía en la calle de Mina, el hijo menor de una muy numerosa familia (fuera de Félix, que es menor que Xavier), ha acabado por ser el eje y el consentido de sus hermanas y de sus hermanos. Este año encontré la sala redecorada con cuadros y objetos muy siglo XIX, y el comedor con algunas de las naturalezas muertas que Xavier sabe descubrir y adquirir quién sabe dónde. Y a los mismos amigos de todos los años, con la excepción de unos cuantos.

Estaba, por ejemplo, Celestino Gorostiza. Me reiteró su invitación a presenciar el miércoles próximo los exámenes de sus alumnos de la Academia Cinematográfica. Estaba Julio Bracho, que todavía no saluda a Max Aub, que también estaba; Gabriel Ruiz, que hace algunos años, en otro santo de Xavier, ensayó en el piano y le buscó nombre a su luego famoso "Amor, amor, amor"; y Nandino, como siempre anunciando que ahora sí ya va a marcharse de la ciudad, a enterrarse en un puerto como Vallarta, ya que siempre no fue a un Mazatlán en el que habría trabajado en una de sus profesiones, la de médico, con el doctor Gastélum.

Durante los ravioles y las deliciosas frituras, conversé con el Güero Bustamante, a quien no había visto seguramente en más de un año, y que resulta ser muy amigo del grupo con quien desayuna en Sanborn's ese Sánchez Cuen que me choca. Muerto de risa, me contó el Güero que el otro día, cuando mencioné al dicho breve señor en una "Ventana", todos lo comentaron, y él llegó al desayuno con el recorte, y lo leía y releía, fingiendo y repitiendo que no le importaba nada. Le conté al Güero la vieja raíz de mi justificado desprecio por ese señor.

Sábado 4

Por fin, después de muchas dificultades, la última de las cuales fue la carencia de un permiso del autor para representar su obra; permiso que se obtuvo gracias a las buenas gestiones de Dorsey Fisher, el grupo de Seki Sano pudo presentar esta noche *Un tranvía llamado deseo*.

Fue la gente que lo supo por tradición oral, pues lo pobres no tuvieron dinero para publicar un anuncio en los periódicos. Apenas si pudieron pagarse los decorados simplificados a que se resignaron. Y en el momento en que entré en el foro, el delegado del sindicato o federación de tramoyistas le presentaba a Seki Sano la cuenta de horas extras y servicios de tramoya, que ascendía a 800 pesos, con la rutinaria noticia de que si no los enteraba enseguida, el telón no se levantaría. Seki Sano vació sus bolsillos. A ojo se veía que no alcanzaba. Y corrió a la taquilla. Como el telón se levantó, supongo que habrá alcanzado la taquilla para que el milagro ocurriera.

Hubo mucho público. Las familias eran en su mayoría del tipo *snob*; pero aun así, en un momento dado, cuando Rubinsky, en piyama, toma en brazos a la desmayada María Douglas y se la lleva directamente a la cama, se sintió que las familias se habían *shockeado*. Y en realidad, no había necesidad de tanto realismo. Podrían haber hecho el *blackout* en cuanto la toma en brazos, pues de todos modos, puede contarse con la imaginación experimentada del público para concederle que ya sabía lo que iba a ocurrir en la cama.

La función duró tres horas y media. Se arrastraba, lentísimo, el diálogo. Es posible que Seki Sano haya tratado de realizar el desposorio imposible del ritmo del teatro oriental con el del teatro norteamericano. O que estuvieran todos fatigados por el ensayo general, que hicieron la víspera hasta las ocho de la mañana.

Domingo 5

Almorzó con nosotros, invitada por mi madre, una señora de Torreón en quien no me acostumbro a pensar como la activa jefe de familia que es hoy porque la encuentro, congelada en mis más antiguos recuerdos, jugando con sus hermanos y conmigo, niños aún todos. La familia Díaz de León, más o menos cuando la breve nuestra, resolvió asentarse en México, y duraron aquí muchos años. Pero corrido el tiempo; muertos don David y doña María: crecidos y casados los muchachos, poco a poco se han reintegrado a Torreón, y no suelen venir a México sino ocasionalmente.

Acabamos de comer cuando me anunciaron la visita de Jorge, Anita y Eric Rubio. Comprendí que no habían comido, pero que el rosbif que hubiera quedado no era como para invitarles, y me uní a su pequeña caravana para acompañarlos a uno de esos lugares de la calzada de Insurgentes a Tlalpan donde hay barbacoa. Era uno que se llama Huipanguillo, y el sociable Eric conocía a su dueña. Mientras le aguardábamos en el coche, entró en el establecimiento, y a poco reapareció escoltado por una mesera que traía platos con arroz, tortillas y salsa borracha. Eric, como para que nadie fuera a quitár-

selo, empuñaba un platón enorme en que descansaba, humeante, vaporoso, un costillar del que los huesos, desprendidos, sostenían la suculencia. Lamenté mucho haber comido ya, y me ceñí a contemplar la devoración de aquellas delicias, y a preparar el postre de mis amigos con los calabazates que le compré a un indio.

Luego emprendimos una larga excursión por el Desierto de los Leones. A mí, que vivo entre árboles, pero sin gente, no me llamaban mucho la atención, ni me divertían, los cedros enormes, ni mucho menos el hervidero de excursionistas que por todas partes corren, supuran, tragan, trepan, yacen, o de cualquier otro modo dan señas de hallarse muy felices de sustraerse a la ciudad. Eso era, en cambio, lo que llamaba mi atención, lo que me asombró, era ese insensato hormiguero desparramado de familias que van extendiendo la ciudad, ampliándola, abandonándola, regresando a ella para seguirla ampliando y sobrepoblando, hasta que seguramente la convertirán en una urbe enorme, con todos los adelantos de la ciencia y de la civilización modernas —pero también con todos los vicios y la vida vertiginosa que ahora posee Nueva York, por ejemplo.

Miércoles 8

Lo habitual es que ya cuando llego a casa, mi madre se haya retirado, y aun que ya duerma, y que no vuelva a verla sino un momento en la mañana; ni siquiera en el desayuno, que hacemos tan distinto y cada cual en su recámara. Así es que en realidad no conversamos ni comemos juntos sino el sábado y el domingo.

A menos que yo vuelva temprano, como hoy. Entonces presencia mi frugalísima merienda, y habla mientras yo bebo el vaso de leche, y yo subo mientras ella apaga las luces. Ayer, que también llegué temprano, tenía que decirme que Dolores había llamado por teléfono: quería verme, y el 21 hará una posada a la que por ningún motivo quiere que falte. Hoy me preguntó si ya me había comunicado con ella. Y con los Fournier.

Yo entonces le conté que por la mañana, me llamó por larga distancia el gobernador de Coahuila: que el lunes nos veremos aquí, y que es así muy probable que después de las funciones de teatro que vamos a dar la semana próxima en Monterrey, nos lleguemos hasta Saltillo y demos ahí otra, y aun otra en Torreón, porque Raúl me advirtió que si arreglamos llevar el teatro a Saltillo, en Torreón no nos perdonarían a él ni a mí que no lo lleváramos a nuestra tierra. "No sé cómo vamos a hacer —le dije a mi madre—; porque tenemos que estar en Córdoba el 23."

Me miraba con un gesto que pude traducir. Quería decirme que no aprueba, en lo absoluto, que ande yo de farandulero: que lo en-

cuentra muy por debajo de mi decoro. Estoy seguro de que en su espíritu el nombre y la imagen de Raúl López Sánchez —el niño que iba a jugar a casa—; el de Torreón, y el teatro, reconstruyeron, evocaron, un arcaico episodio: el día en que Napo, inadvertidamente, le reveló nuestros ilusos planes secretos (que en realidad no pasaron nunca de vagos sueños) de fugarnos de casa y de irnos de cómicos con una "compañía infantil" que a la sazón trabajaba allá, y en la que era "estrella", como hoy se dice, el Armando Arreola que todavía trabaja en el teatro. Mi madre tomó muy en serio aquella denuncia. Se la comunicó a mi padre, y él me azotó —estoy cierto de que no muy de su agrado.

¡Y ahora! ¡Después de tantos años! ¡Haberme sacado de Torreón para hacerme médico: para acaso reintegrarme allá respetable y útil; y resultar que la siguiente vez que aparezca..., no sea cumpliendo sus importantes, adustos, correctos designios; sino los pueriles, ridículos míos!

—Y a Córdoba —me preguntó— ¿quién va con ellos?

—Yo mismo —reiteré. Y "actuaba" al hacerlo, porque no estoy seguro, ni siquiera de que sea preciso; pero como si con ello tomara una revancha tardía por la frustración de un sueño infantil.

—Como un titiritero —dijo.

Y he aquí que, en efecto, estoy cada vez más sumergido en el teatro, hasta el grado de que si reconstruyo este día, lo encuentro lleno de él, todas sus horas, desde que a medio día les ensayé a Pilar y a Dantés unas escenas de *La danza macabra* y luego nos llevamos a comer a Conchita Sada, y volvimos a las cuatro a repasar dos actos de *Como la primavera* hasta las ocho, cuando fui, como se lo había ofrecido a Celestino Gorostiza, a ver los exámenes de su grupo de actuación en la Academia Cinematográfica —que estuvieron tan bien. Y todavía, cuando encendí el radio del coche, fui a dar en la comedia que estaba pasando Anita Blanch...

Martes 14

La *troupe* salió desde el domingo, en autobuses, y Pancho Pérez y sus ayudantes, con el decorado y la utilería, desde el viernes por la noche. Habrá así tiempo de que lleguen anticipadamente a ver el local de las funciones, de que armen el decorado, de que instalen las luces que llevamos, y de que la compañía se instale. Si todo sale *on schedule* ensayaremos en algún sitio, repaso de líneas, a mi llegada; y el ensayo general, lo haremos a la media noche del miércoles, víspera del debut, en cuanto concluya la función del cine, porque es un cine, el Rex, donde trabajaremos.

Nada como un amigo en un baile. Pepe Rojas, de la Mexicana de

Aviación, no sólo me hizo reservar los boletos desde antes que estuvieran listos los trámites medio complicados de su compra oficial; sino que me aclaró que el vuelo de las doce, que es el que yo pensaba originalmente abordar, hace escalas y es un DC-3, y que el de las diez, en un DC-4, es el más conveniente.

En dos horas y cinco minutos estuvimos en el aeropuerto de Monterrey, que yo no veía hace unos cuatro años. Para mi sorpresa, no me aguardaba mi *troupe* —que no supo a tiempo mi cambio de avión; pero para mi muy grata sorpresa, me aguardaba Manuel Ondarza. Don Guillermo Guajardo Davis le había puesto a las once un radio para avisarle de mi viaje, y estos buenos amigos de la Cervecería Cuauhtémoc, aunque hace tiempo que no trabajo para ellos, seguirían conmigo tan amables como siempre.

Con legítimo orgullo de regiomontano, Manuel me iba mostrando por el camino las novedades arquitectónicas de Monterrey. La ciudad se ha extendido por todos lados, y antes de llegarnos hasta el Ancira a comer, admiramos la atrevidísima iglesia de la Purísima, con su torre cuadrangular, sus naves elípticas, su aspecto de hangar para los ángeles. Por ahí nos alcanzó el señor Hernández Ochoa, que iba a recibirme de parte del Tecnológico y llegó un poco tarde al aeropuerto.

Antes de embarcarme en el trabajo que acaso después no me dejara un momento libre, quise ir a saludar a las familias de la Cuauhtémoc. Las oficinas están inconocibles de modernas y de elegantes, sobre todo si las comparo con mi primera visita hace más de diez años. Guillermo de Zamacona, casado ya, padre feliz de tres criaturas, interrumpió sus telefonemas para ir a conversar en la cantina en que se recibe a los visitantes, y que fue mi primer quemón de la "decoración interior" novedosa a que Monterrey se halla entregado. Se las hizo Garza Madero, y estaba muy escandalosa, con sus petates pintados de negro y sus espejos en el techo. Lo dejaron terminar, y luego le enmendaron la plana con cuatro tolerables pinturas de los paisajes próximos en que la cervecería se surte de agua.

Rogué que les pasaran unas protocolarias tarjetas a don Eugenio y a don Porfirio, sin la pretensión de que me recibiera el primero, que no suele hacerlo. Pero para mi sorpresa, la respuesta inmediata fue que podía pasar a su despacho. Cuya antesala, decorada por Ravizé, está que echa tiros de elegancia y austeridad. Igual que su privado, en que me hizo sentar a un sofá donde conversamos sin dejarle llegar el momento famoso en que saca el reloj y el visitante debe entender que ya estuvo suave. Le informé del objeto de mi viaje, se alegró, y dijo que él tiene "algún interés" en el Tecnológico.

Allá nos fuimos. Allá me aguardaba la *troupe*, y mientras se disponían para el ensayo, que empezaríamos en el comedor (que tiene un pequeño escenario), me mostraron el edificio flamante,

fresco, luminoso; los dormitorios del internado, con alcobas para dos muchachos; los baños, que en ese momento usaban dos estrellas del futbol; las aulas y los laboratorios en que se hallaban trabajando y cuyas crípticas excelencias me mostraron detalladamente, y la biblioteca. No se han ceñido a surtirla con los secos libros de sus ciencias exactas. Compraron la Biblioteca Robredo, y la tienen ya casi acabada de clasificar, al cuidado de una muchacha bibliotecaria que al descubrir yo el rinconcito que ocupan algunos de mis libros con dedicatoria para don Pedro Robredo, me informó que tenían otros míos, y que les gustaría completar la colección con los que les faltan.

Esa estupenda colección de don Pedro, sobre la literatura mexicana, tiene principalmente historia de México. Me puse a examinar algunos volúmenes, y la chica me preguntó, un poco extrañada, si me interesaba también la historia. Le repliqué que sobre todo ahora que quiero documentar una obra sobre Moctezuma. Y Manuel Ondarza, que nos oía, puso un rostro muy compungido. "¿Moctezuma? —dijo—. ¡Don Salvador! ¿Por qué mejor no escribe sobre Cuauhtémoc?"

Empezamos a armar la escena en el comedor; pero como eran ya las seis de la tarde, y los alumnos del Tecnológico llegarían a cenar, nos trasladamos al gimnasio a pasar la obra. Poco a poco fueron entrando a presenciar el ensayo, intrigados, curiosos, algunos muchachos; y las muchachas a mostrarse asombradas e inquietas. Había una escena en que Luisa, la amiguera de la obra, llega a su casa acompañada por cuatro chicos en el momento en que sus padres riñen con Mr. Curtis, y las inoportunas visitas son despedidas. Se me ocurrió pedirles a los curiosos que hicieran esa escena. Eran el tipo clavado: enormes, deportivos. Accedieron y la ensayamos. Pensé que sería divertido para el público de Monterrey ver a sus consentidas estrellas del futbol irrumpir en escena mezclados con los actores de Bellas Artes. Había uno particularmente gigantesco y doblado, que luego supe que es hijo del general Henríquez Guzmán; otro altísimo, de un metro noventa, Eduardo Padilla. Junto a ellos, nuestros actores se veían chaparritos y desmedrados. Comprendí bien la nerviosidad de las muchachas durante el ensayo cuando al volver a la ciudad, las más confidenciales se acercaron a decirme: "¡Ay, maestro, pero qué muchachotes!" Y Renée Amézquita, la yucateca, que es tan gráfica: "¡Pero si esto es una talabartería!"

La *troupe* se alojaba en el Hotel del Paso, que es nuevo y modesto, en la avenida Zaragoza. Yo por tradición me había quedado en el Colonial, que ya no es lo que era, pero que es cómodo por céntrico. Por tradición también nos encaminamos a localizar, por la avenida Madero, aquella fonda La Favorita a que me llevó Vasconcelos una madrugada a comer un estupendo menudo. Y la hallé, pero convertida en un restaurante lujoso y vacío. Para esto, eran las tres de la mañana.

Miércoles 15

El licenciado Guajardo Suárez, don Ricardo Medrano, el ingeniero Amores y otras personas pasaron por Conchita y por mí al Rex, donde la orquesta pugnaba por concertarse para la música de la pastorela, para llevarnos a almorzar en el Casino.

También éste está inconocible de elegante y de renovado. Ya no existen aquellas mesas porfirianas de mármol, aquellas sillas de bejuco; aquel tradicional aspecto de provinciano lujo que yo le conocí. El Club de Banquerismo, el Cirismo, el Ambassadeurismo, ha invadido el Casino con sus alfombras, sus muebles de colores, sus cortinajes, sus líneas rectas y sus luces ocultas y tenues. Lo único que perdura es su excelente cocina —y su gran escalinata de mármol, que quieren cambiar.

Ya para esta conversación sabía yo muchas cosas del Tecnológico. Por ejemplo, la pugna que se traen sus futbolistas con los de la Universidad, y las divertidas, ingeniosas porras que se lanzan unos a otros. Los de la Universidad llaman a los del Tecnológico "popofones, apretados y sangrones", y éstos les responden "robacobijas" porque hace poco fueron los universitarios a jugar con los gringos de Corpus Christie y se trajeron dos cobijas de recuerdo.

Los funcionarios y profesores del Tecnológico nos explicaron su fundación, con donativos de las industrias locales, y su rápida erección por el mismo Pelón de la Mora que construyó la iglesia aerodinámica de la Purísima. Tienen ahora mil estudiantes, de toda la república, y no todos ricos como es fama, sino bastantes becados. Algunos ricos han solido dar problemas porque su familia les deja demasiado dinero de bolsillo, aunque la Dirección les ruega que no pasen de 50 o de 20 pesos por semana, y que se los entregue un administrador. Porque aunque en el internado nada les falta, como las clases son de siete a una, pueden ir a Monterrey en la tarde, ya que no se trata de niños, siempre que regresen a las nueve, y aun pueden, si tienen buenas calificaciones, obtener permiso de don Juanito Zertuche, su prefecto, para llegar un poco más tarde. Recuerdan a una mamá demasiado tierna que preguntó si sería suficiente con 5 000 pesos que dejaba para los gastos extras de su hijito durante el semestre. Y a un muchacho que traía siempre el bolsillo retacado de billetes y una tarde entró en una cantina a exigir un *whisky*. En vez de servírselo, el cantinero telefoneó las novedades al Instituto, y la criatura no tardó en reintegrarse, en México, al lado de su opulento papá.

Diversiones honestas y sanas no les faltan a los muchachos. Desde luego, sus deportes, que han despertado a tal extremo la afición, que ya se resolvió construir un estadio para alojarlos. La suscripción acaba de iniciarse. Se necesita un millón de pesos para que el estadio

del Tecnológico pueda inaugurarse el próximo septiembre. Se calculaba que la suma se reuniría en diez días. A los cuatro primeros, ya estaba casi cubierta.

Y luego, sus bailes, que pueden organizar unos cuantos al año en su escuela. Con el producto de ellos, los alumnos resolvieron obsequiar al Tecnológico con una alberca de que carecía, y que ya luce a un lado de la terraza. Y como siguen haciendo bailes, y sacando de ellos dinero, piensan que su próximo obsequio sea una casa para sus profesores.

De regreso al hotel, pasé por la casa de antigüedades Manola, de don José María Fernández, y descubrí y traté una serie de litografías iluminadas con escenas de la Conquista, en sus preciosos marcos románticos. No me parecieron caras, a 100 pesos cada una, y ordené que las empacaran bien para que se las lleve el camión del decorado. El señor Fernández se surte de antigüedades..., en México. Una que otra pieza procede de las familias locales que están renovando, redecorando sus casas.

Cuando llegué al Rex, a las once, había terminado la función de cine, pero los tramoyistas no lograban aún instalar el decorado. No pudieron trabajar en la mañana porque el Rex de Monterrey es como el Bellas Artes de México; está siempre ocupado con festivales. Luego, no tiene varas ni diablas, y el electricista que llevamos tuvo que aguzar el ingenio para instalar los spots y las cajas que también acarreamos de México. Bien pasadas las doce pudimos empezar el ensayo con decorado. Los funcionarios del Tecnológico, que me habían oído citar a esa hora desusada, y prometerles a los muchachos una desvelada hasta amanecernos, llegaron a cerciorarse de aquella atrocidad y se sentaron a observarnos. No me di cuenta de a qué horas los rindió el sueño y se marcharon. Nosotros terminamos el ensayo a las cuatro de la mañana, y la puesta de luces a las seis y media.

Pero en Monterrey hay dos restaurantes que no cierran nunca: La Favorita, por la Calzada, y el Tupinamba, junto al Rex, que sería en lo sucesivo nuestro cuartel general. Y allá rematamos la madrugada, con cita para la una de la tarde de ese mismo día, porque había que afinar la pastorela.

Jueves 16

Terminamos de ensayar apenas a tiempo de que empezara a entrar la gente para la función de cine, que, a pesar de que la nuestra sería a las ocho y media de la noche, los empresarios no quisieron cancelar. Todos los treinta y tantos comimos juntos, y todos mal, en el Tupinamba, y entramos en capilla para empezar el maquillaje a las siete.

No habíamos acabado de instalar los muebles flamantes que prestó para la escena la casa SyR, cuando ya empezaba a entrar un público tempranero. Los muchachos estaban particularmente nerviosos. Iba a ser su primera comparecencia pública fuera de un Bellas Artes cuyo público ya más o menos conocen, y que posee atractivos laterales. Están todos hechos a las comodidades de los camerinos del mejor teatro de México; a ser llamados a escena por micrófono, en el mismo piso. Los camerinos del Rex, ninguno individual, se encuentran en la planta baja del teatro, y el foro, reducidísimo, estaba lleno de utilería, de cajas de luz, de visitantes.

Corrió la cortina; los actores se santiguaban antes de entrar en escena. Un tenso silencio acogió las primeras palabras de la obra. Pero la primera reacción. La primera risa franca y colectiva ante el primer chiste, rompió el hielo y estableció la corriente de mutua simpatía entre el público y los actores. Evidentemente, era una novedad grata en Monterrey aquella iluminación moderna que prescindía de las candilejas, y aquella ausencia de la concha del apuntador. Cada actor que salía de escena iba a abrazarme, radiante: "¡Qué público tan lindo, señor Novo!", y se crecía para su próxima salida.

Los chicos del Tecnológico que iban a hacer la escena de los futbolistas estaban entre bastidores, listos y ansiosos, desde mucho antes. Y cuando aparecieron, y el público los reconoció, se llevaron su aplauso, como casi todas las intervenciones de las partes pequeñas y lucidas que tiene la comedia.

Fue una lástima que los accidentes de los cambios de decorado de la comedia a la pastorela, y en los dos cuadros de ésta, alargaran la función hasta la una de la mañana. Habría sido bastante con la pura comedia. De todos modos, el público aguardó, paciente, sin saber que un telón, allá, adentro, se había precipitado sobre los actores; y sin reconocer en san José y en la Virgen María a dos muchachos del Tecnológico que se prestaron a desempeñar esos mudos y quietos papeles.

Disipada la magia del triunfo; ido el público; despojados de sus brillantes ropas de escena los actores, salieron a la realidad. Algunos no tenían dinero para cenar, pero buenos compañeros, todos entraron en el Tupí. Y aun les quedaron alientos para abordar las carretelas que tenían antojo de probar, y en ellas recorrieron, otra vez hasta las tres o cuatro de la mañana, las calles limpias, bien iluminadas, de Monterrey; la colonia del Obispado, con sus lujosas casas que dejan los ajuares en el *porch*, seguros de que ningún ladrón osará entrar a llevárselos.

Con un clima estupendo, con una luna espléndida sobre el perfil airoso del Cerro de la Silla; con anacrónicos arbolitos de Navidad encendidos detrás de todas las ventanas.

Viernes 17

El Norte publica hoy una entrevista conmigo que Luis de Urdiñola convirtió en monólogo elocuente:

> Sin belleza, no hay arte; sin juventud sana y fuerte, no hay belleza posible. Hay en Monterrey tan soberbios ejemplares de la juventud mexicana rozagante, bellamente altiva, mexicanísima, que en ella se adivina el almácigo de un renacimiento artístico que empieza ya a apuntar. En la Edad Media, Lorenzo el Magnífico, los Médici, los Sforza, y aquellos grandes mercaderes que pasearon sus tropas comerciales por el Mediterráneo, fueron los ricos mecenas de artistas como Cellini, Rafael y Miguel Ángel. En Monterrey hay el dinero y hay el alma artística necesaria para que se inicie aquí un magnífico Renacimiento Artístico para México,

nos dijo ayer S.N., uno de los más destacados escritores, poetas y dramaturgos del grupo joven de la literatura mexicana. "Vengo a presentar para el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, la Escuela de Arte Teatral del Palacio de Bellas Artes de México, con dos obras cuya prístina sencillez es su mejor recomendación."

No recuerdo haber dicho tantas cosas; pero a lo mejor, hablo distinto de como escribo. Y a lo peor, el amigo Urdiñola entrevista al subconsciente, y lo adorna con floridas erudiciones.

Mis gentiles amigos de la Cuauhtémoc citaron hoy a los muchachos a las once para enseñarles la fábrica hasta la una, hora en que nos reuniríamos a comer, invitados por ellos, en los viejos jardines de la Cervecería; cerca del tradicional barril de que sirven vasos de helada Carta Blanca a los visitantes. Sentaron cincuenta a las mesas, y muchos de los chicos probaron por primera vez las agujas y el cabrito, que es justificada fama que aquí sirven mejor que ni en Madrid, cuando ya los de poco comer no podíamos, después de una copiosa ensalada de frutas, otra de verduras y la suculenta paella. Torre Lapham agradeció, en nombre de todos, el banquete; y como es costumbre de años que no haya discursos cuando la Cervecería invita a comer, se quedó sin respuesta. Cruzamos luego la calle para que vieran el Parque Cuauhtémoc y Famosa, que yo no conocía tan terminado y perfeccionado como está.

Aquí los obreros disfrutan de todas las comodidades imaginables: billares, un restaurante cuyos precios mueven a risa (sopa, diez centavos; arroz, quince; el platillo más caro, 50; y café y mantequilla gratis); de baños magníficos, nueve canchas de tenis y un parque de juegos en que pueden verificarse simultáneamente dos de beisbol; albercas olímpicas para mujeres y para hombres, otra pequeña para niños y columpios, caballitos y sube y bajas que los visitantes, im-

pregnados de la euforia del ambiente, se apresuraron a disfrutar. Fuimos luego a La Molienda a tomar aguamiel, que es jugo de caña.

Pero había que preparar la función de la noche, y en busca de elementos para realizarla, descubrimos el magnífico taller de decorados en que hacen los que usan en su estupendo teatro al aire libre. Como disponen del papel corrugado que emplean para las cajas de cerveza, sus decorados resultan tan sólidos como si fueran de triplay. Nos prestaron e instalaron con rapidez todo lo que necesitaríamos.

De manera que la función, improvisada y todo, lució mucho. La dotación de luces del foro es magnífica, y su instalación de sonido, con megáfonos perfectamente compensados en todo el parque, permiten una audición clarísima y sin rispideces.

Gracias al entusiasmo y a la disciplina de los muchachos, pudimos desarrollar un programa de dos horas con números cortos, el segundo acto de *Astucia* (sin el vestuario, que no trajimos porque no pensábamos darlo) y la pastorela, que se veía preciosa.

Luego partimos todos al baile del Tecnológico. Los internos organizan estas lucidas fiestas por las que cobran cantidades que luego aplican al mejoramiento de su propia escuela. Así, con el producto de los bailes anteriores regalaron al Tecnológico la alberca y ahora proyectan obsequiar a sus profesores con una residencia.

Permanecimos hasta las dos de la mañana en aquella hermosa terraza desde la cual la luna parecía una moneda pronta a caer en la voraz alcancía del Cerro de la Silla.

Sábado 18

Nuestro último, ocupado día en Monterrey. Daríamos dos funciones; una por la tarde en el Teatro Rex, para los obreros de la Vidriería y otra por la noche para los abonados de la sociedad artística del Tecnológico.

El doctor Uribe, que tiene la crueldad de recordar que fue mi alumno en la Preparatoria, fue a verme a Sanborn's para hacerme firmar unos cuantos ejemplares de libros míos que destina a sus alumnos de literatura, porque da clases aquí; y me anunció que mañana me buscará para entrevistarme una chica, Laura Ruano Méndez, que va a ser su cuñada en cuanto él se case con su hermana.

Vagamos un poco por la ciudad. Los del grupo nos encontrábamos por las calles, de compras, pintada en el rostro la tristeza de sentir que era aquél el último día que estaríamos en una ciudad tan simpática. Me llevé a comer al Ancira a Rosa María y a otros actores, y luego ya no salimos del teatro hasta pasada la una de la mañana. La compañía había hecho grandes migas con los chicos del Tecnológico. Por todas partes había abrazos, autógrafos, promesas de correspondencia. Y para la escena de los futbolistas, en vez de los seis previstos entraron como veinte gigantes a hacerla, con grande regocijo del público.

No hubo quien no se amaneciera en una romántica despedida de Monterrey, recorriendo sus calles en carretelas de caballos.

Miércoles 22

La infatigable Conchita pasó por mí en el coche del ingeniero Martínez después de despachar a nuestra *troupe* y emprendimos el viaje a Córdoba, con bastante buen ánimo. No nos detuvimos en Puebla sino para tomar gasolina y para que el chofer remendara con jabón el tanque que venía saliéndose; ni en Tehuacán a pesar de que hubiera sido sensato comer ahí. Seguimos de frente hasta Orizaba por esas espantosas cumbres de Acultzingo en que lleva uno la vida en un hilo.

Como Moisés a la vista ya de la tierra prometida, nos detuvimos. Al coche se le había acabado la gasolina como a las cuatro de la tarde y en el puesto del accidente, no había ni una galleta que llevar a nuestro desfallecido estómago. Finalmente conseguimos tres litros de un camión que pasaba y con ellos llegamos a Fortín a cargar el tanque, y a Córdoba en cinco o diez minutos más.

Nos tenían reservadas habitaciones en el Hotel Zevallos, que ostenta el mérito de haber sido el lugar en que Iturbide y O'Donojú firmaron los tratados de Córdoba que consumaron la Independencia, pero pocos otros. A los muchachos pensaban alojarlos en uno más barato. Y no habían llegado, a pesar de que salieron antes que nosotros. Tampoco había llegado el camión del decorado. Un poco nerviosos fuimos a Fortín a dejarle una tarjeta a Gabriela Mistral, que me envió a decir que me vería en Córdoba la mañana siguiente.

La compañía llegó como a las ocho. Se notaba que advertían la diferencia con la hospitalidad regiomontana. Llevaban sus maletas, desconcertados y desorientados, en busca de mejor alojamiento, y parecían ser verdaderos cómicos de la legua. Instalados por fin, nos sentamos a tomar refrescos en los portales del Hotel Zevallos, y a poco empezaron a presentársenos grupos de chiquillos mugrientos y descalzos que empuñando una rama de árbol más o menos adornada, cantaban:

Naranjas y limas
limas y limones...

Si uno les daba dinero, cantaban:

Ya se va la rama
muy agradecida
porque en esta casa
fue bien recibida.

Pero si no les daba, entonaban una despedida menos amable:

Ya se va la rama
por todo el alambre
porque en esta casa
están muertos de hambre.

Nos contaron que ésta es una costumbre local que se practica durante todas las noches de posadas, y que no desdeñan emprender esta recolección de centavos las mejores familias, pues en un momento suelen juntar hasta 2 000 pesos que luego aplican a organizar una fiesta y posada.

Me telefonearon que los rotarios me invitaban con otras tres personas a cenar. Decliné esa invitación en vista de que éramos bastante más de cuatro, y acepté la del ingeniero Martínez a comer en su casa ganso en pipián con otros tres actores.

En su casa estaba, cuando Gabriela Mistral a quien yo no esperaba sino hasta el día siguiente, llegó a buscarme al hotel acompañada por su médico, estuvo aguardándome sin que nadie lograra localizarme hasta las diez y media. Por fortuna Conchita Sada fue al coche a conversarle, hasta que me localizaron.

Jueves 23

Los tramoyistas empezaron a montar decorado y luces con una prisa que no evidenciaron en Monterrey, y que se debía sin duda a su deseo de regresar a México a tiempo de celebrar en casa la Noche Buena. Mientras tanto, yo visité el mercado, la iglesia en que instalaban ya detrás del altar mayor un enorme nacimiento y la sacristía, donde fui presentado con el señor cura, que me mostró la hermosa custodia que tienen guardaba en una caja fuerte. El señor cura goza de bastante influencia como para reservarme asientos para todos en el avión de mañana a las diez.

Los muchachos se fueron a nadar al Fortín. A su regreso me refirieron encantados que se habían retratado con Gabriela, y que me aguardaba a las cinco. Luego telefonearon de su parte para decir que ojalá pudiera yo ir a las cuatro y media, porque su médico prefiere que se retire temprano.

 Conchita, Delfino y yo estuvimos en el Ruiz Galindo a las cuatro y media en punto. No tardó en aparecer por la alberca la figura alta, imponente, de Gabriela, con sus hermosos ojos de jade mexicano y las canas que nimban su frente. Nos sentamos a una mesa a tomar té y a fumar, dos hábitos que los médicos no han logrado inducirla a abandonar, y habló largamente de sus viajes, de libros, de historia, de amigos comunes, de lo feliz que estuvo en Yucatán; de cómo quisiera decirle al presidente Alemán, a quien no conoce aunque está en México por su invitación, que los braceros mexicanos que van a California tienen prohibido todo acceso a mujeres blancas, se meten con negras espantosas y en el curso de los años esa costa empieza a poblarse con mestizos de negra y mexicano verdaderamente deplorables. "¿Por qué, en nombre de Dios, no les dejan llevar a sus mujeres?"

Hablamos de la carta circular que Castro Leal le puso, con copia mimeográfica para todos los escritores de México, para inducirla a propiciar la candidatura de González Martínez para el premio Nobel. No sabía ella que Castro Leal hubiera publicado esa carta, y preguntó con cierta ironía por qué no publicaba también la respuesta. Porque esa carta resulta impertinente en la medida en que Castro Leal sabe muy bien que Gabriela apoya la candidatura de Alfonso Reyes. Y como me explicó, salir ahora con dos o más candidaturas mexicanas equivale a dar el espectáculo de una guerra civil y no es el mejor camino para conseguir que México obtenga el honor de ese premio.

Pero si la carta de Castro Leal contenía la impertinencia de recordarle a Gabriela un favor de González Martínez (ella reconoce que en su vida errante les debe favores a muchos miles de gentes, pero que eso no enajena su libertad ni la vuelve esclava de nadie), otra carta que recibió de José Revueltas y que éste tuvo siquiera la discreción de no publicar, aduce dos argumentos igualmente torpes: que como extranjera Gabriela Mistral no tiene derecho a apoyar ninguna candidatura mexicana; y que por pudor, México no debe presentar candidatos al premio Nobel. En otras palabras, que si quieren descubran a nuestros genios. Actitud absurda, pues es legítima costumbre que los candidatos se presenten; y torpe porque los escritores mexicanos, americanos en general, son tan desconocidos fuera de sus fronteras, que al propio Alfonso Reyes no lo conocía el presidente de la Academia Sueca cuando Gabriela le habló de él, y ha tenido que mandarle sus libros.

Hablando de otras muchas cosas, dos horas largas, y aún salió Gabriela a despedirnos hasta la puerta, donde todavía nos detuvimos a prolongar la charla, y ofreció asistir a nuestra función si se sentía bien y el médico la autorizaba. Yo procuré disuadirla.

Pero a las nueve, cuando empezaba ya la función, cuál no sería la sorpresa de los organizadores al verla llegar al teatro. Quisieron anunciar su presencia, pero yo lo impedí. No iba ciertamente como

variedad, ni era cosa de echarle encima cazadores de autógrafos y molestias. Permaneció dos actos y al salir, quiso felicitar personalmente a la chiquilla protagonista: "Dios la bendiga —le dijo—, porque le ha dado la alegría a mucha gente."

Sábado 25

Anita Rubio me había invitado a comer el pavo, tradicional de Navidad. Creía llegar tarde, porque pasé antes a saludar a la familia Maus; pero pudimos conversar todavía largo tiempo antes que nos llamaran a la mesa, porque (afecta como siempre a los experimentos) discurrió asar su pavo conforme a una nueva técnica que a diferencia de la tradicional que pide bañarlo en su jugo cada quince minutos; o a la que nos enseñó el profesor, friéndolo primero, consiste en untarlo con una masa de harina y mantequilla y meterlo en un horno de 250 grados durante cuatro largas horas sin tocarlo para nada, sin bañarlo ni voltearlo. El resultado aparente era el de que más bien que a comer, nos hubiera convidado a cenar, tanto así tardaba en llamarnos y tantas oportunidades nos dio con ello a Eric y a mí de protestar, de murmurar y de molestarla. Pero el resultado real fue que su pavo quedara riquísimo, perfecto y parejamente revestido de una costra dorada y crujiente, y con la carne jugosa, tierna y bien cocida. Le ofrecimos, al saborearlo, nuestras más humildes y devotas excusas.

Comió también con los Rubio, Lupe Rivera, la hija de Diego; y después de una deliciosa siesta, conversamos, evocando su infancia, pues yo la conocí en la cuna, y ella recuerda cuando el iracundo Xavier Villaurrutia la corría de la sala mientras visitábamos a sus padres en la vieja y enorme casa de Mixcalco donde una vez Lupe y Concha Michel, enfadadas porque Diego las dejaba siempre aguardándole con la comida, a causa de que se le iban las horas en los muros de Educación, decidieron matarlo, y complotaron que Lupe lo llamaría a la cocina, y que Concha estaría escondida detrás de la puerta, con la mano del metate en la mano, lista a asestarle el golpe mortal en la cabeza en cuanto entrara.

Pero Lupe se arrepintió, y le avisó a Diego que detrás de la puerta de la cocina le aguardaba una muerte lapidaria; y entonces Diego entró por la otra puerta, a espaldas de su verduga y fue Concha la que se llevó el susto de su vida.

Lupe, a quien llamábamos Picos para diferenciarla de Ruth su hermana menor, denominada entonces la Chapu, lamenta ahora no haber entonces saboreado toda la vida bohemia de esa época de que fue testigo inconsciente, y que sólo conoce por tardías referencias y evocaciones a que yo contribuyo con recordarle que una vez que comía yo con Concha y con su mamá, porque Diego en efecto llegaba cuando más temprano a las cinco a comer, descubrimos que la Picos se estaba poniendo morada en su cuna, y Lupe y yo armamos un escándalo mientras Concha gritaba con su voz de bajo profundo: "Tráiganme agua caliente, tráiganme agua caliente", y cuando se la proporcionamos se la arrojó toda a la pobre criatura que así resucitó.

Ahora la Picos es una señora con hijo, a quien no le permito que como empieza a hacerlo, me hable de usted. Diego acaba de regalarle la casa de junto a su estudio de San Ángel que le construyó Juanito O'Gorman; y allá la llevé, después de haber visitado con ella y con Anita el nacimiento de Carlos Pellicer, que este año hizo con el valle de México, y que está realmente precioso, con los volcanes al fondo, y en primer término una loma llena de magueyes que baja dulcemente hasta el pesebre del nacimiento. Mientras maneja el anochecer y el amanecer del paisaje, Carlos ha inaugurado este año la novedad de que se escuche un disco en que su voz recita un poema excepcionalmente escrito para la ocasión, y luego el *Aleluya*.

Mientras las muchachas admiraban el nacimiento, entré a saludar a la señora Pellicer, que ya lleva meses enferma.

Martes 28

Hoy se publicó la primera de las tres "Ventanas" que escribí sobre mi conversación en Fortín con Gabriela Mistral: aquélla en que se habla de la cruza de braceros con negras. Su primer resultado fue que don Manuel Tello, el subsecretario encargado de Relaciones, me llamara por teléfono para decirme que acababa de leer la "Ventana", como hace siempre, y que quería rectificarme la información de que estuviera prohibido en California que los mexicanos se casaran con blancas. Quedamos pues en que pueden libremente cometer esa atrocidad, y en que es acaso sólo la costumbre lo que los persigue al respecto.

Cerca de las dos subí a ver a Carlos con ánimo de invitarlo a comer, pero fue él quien me indujo a acompañarle al banquete con que se inaugura un restaurante en los altos de la Librería de Cristal, y a que le había invitado Martín Luis Guzmán. La cita era a las dos en punto, porque aunque originalmente se había pensado en las dos y media, el licenciado Casas Alemán principal invitado, había rogado que se antepusiera a las dos en punto.

De suerte que llegamos puntuales, yo un poco molesto porque iba de agregado, y nos recibió abajo el señor Giménez Siles y Martín arriba. Empezaron a llegar importantes; el doctor Morones y el doctor Argil de Salubridad; el general Gómez Velasco, Alejandro Carrillo y el general León Lobato. Conversamos con ellos mientras servían

nutridos *whiskys* que no tardaron en postrarme con el dolor de la vesícula. El licenciado Casas Alemán tardaba en llegar, porque le había llamado el presidente. Martín se fue a buscarlo a Los Pinos; pero como a las tres y cuarto no aparecían, le recordé a Carlos que a las tres y media teníamos quehacer en Bellas Artes y lo induje a irnos a Prendes a comer. El general León Lobato que es muy simpático y a quien yo no conocía, lamentó no poder acompañarnos, pues sentía el deber de seguir esperando al licenciado Casas; pero ofreció comer alguna vez con nosotros en ese Prendes cuyas virtudes de rapidez y sabrosura el hambre de esas horas nos hacía valorizar vigorosamente.

Por la noche, en su noticiero, el Bachiller volvió a reprocharle a Bellas Artes que tuviera cerrado el teatro. Tendré que escribirle mañana una carta para informarle de las razones, que son las muy válidas de la necesaria reparación en que ha entrado el escenario. Desde que se inauguró el teatro y se puso a funcionar en 1934, no se le ha hecho reparación alguna y como no tiene taller para montaje, los decorados se montan en el propio escenario, con lo que es pues, fragmentado además en infinidad de escotillones, víctima constante de clavos y martillo que lo tienen hecho una criba. Los contratistas han ofrecido entregarlo el 15 de enero. Ojalá alcancen a cumplirlo, pues el 22 tendremos que estrenar *La danza macabra* de Strindberg, con que contribuiremos a la celebración mundial del centenario del natalicio de este amargo dramaturgo sueco.

Miércoles 29

Adolfo Riveroll invitó a cenar en su casa. La conversación, cuando llegué, era financiera y giraba en torno a la entrevista que a propósito de los nuevos impuestos a las ganancias excedentes tuvieron en estos días los hombres de negocios con el secretario Beteta. Intervenía mucho en la conversación Chalito Recamier, que acaba de ser nombrado para el muy importante puesto de vocal ejecutivo de la comisión que vigila las inversiones del gobierno de la República mexicana.

Como siempre que ocurren estas conversaciones pesimistas de los magnates, don Pedro dio la nota discordante de la tranquilidad, de la serenidad y de la certidumbre de que al fin y al cabo todo ha de salir bien. Le dijeron que él es el único rico que no se preocupa por lo que venga; y él entonces invocó el otro ejemplo de su compadre don Federico Lachica, que tanto es un modelo de estoicismo, que tuvo una huelga en su fábrica Pasa desde octubre hasta hace unos días, y ni hablaba de ella ni parecía importarle lo que ocurriera. No quebrantó en lo mínimo sus costumbres, ni se alteró por sus problemas que tan vivamente lo afectaban. Siguió jugando su *gin rummy* todas las

tardes en el Club de Banqueros, y recibiendo en sus casas de San Ángel y de Cuernavaca con el señorío de siempre.

De nuevo, un solo jaibol bastó para postrarme, demudado presa de un dolor espantoso y me retiré antes de la cena.

1949

Enero

Martes 4



Mientras comiamos en Sanborn's, por una reincidencia de la que como invitado no tuve la culpa, Carlitos León me comunicó que tenía en *Novedades* varias cartas, una de Gabriela Mistral. Mandé a recogerlas. Pepe Revueltas me escribió:

Querido Salvador:

Adjunto a la presente copia de la carta cuyo original dirigí, no a Gabriela, sino a don Antonio Castro Leal. ¡Cuán lejos estuvo de mi intención —se lo digo sinceramente y usted puede colegirlo por el texto de mi carta—, cuán lejos, repito, el atribuir a nuestra admirada y respetable Gabriela ninguna intrusión ni nada que se le parezca en nuestros asuntos de baja politiquería literaria, con motivo de las candidaturas al premio Nobel! Lo que sí —e insisto con usted como ya lo hice en una carta de respuesta a la propia Gabriela, quien me esclareció algunos puntos ignorados por mí—, lo que sí me parece indebido es todo lo que implica la carta de don Antonio Castro Leal. Por eso únicamente y casi como una disculpa ante Gabriela, yo escribí mi carta a don Antonio y además le mandé copia a ella. Se la remito a usted también —y será la segunda persona que la conozca— tan sólo para que no se malinterprete mi actitud. Cuán agradecidos le estaremos todos a la gran poetisa chilena por lo que haga valer su influencia para que el premio Nobel se otorgue a un mexicano, quien quiera que sea. Yo no soy nadie para tener candidato ni me importa tenerlo, pero sí que México obtuviera un galardón de tanto mérito. No sé si estas cosas debieran salir a la luz pública. Creo que no. Pero si usted lo considera conveniente lo autorizo para que utilice mi carta a don Antonio Castro Leal en la forma que lo juzgue más conveniente.

Lo abraza con el cariño de siempre,

José Revueltas

Sr. D. Antonio Castro Leal,
Amsterdam 203,
México, D.F.
Estimado don Antonio:

Perdóneme usted si su carta dirigida a Gabriela Mistral en generosa solicitud de que interceda con su influencia a que el Premio Nobel

recaiga en nuestro gran González Martínez, me haya causado desconcierto. Un desconcierto que se reconoce en primer lugar en la índole pública o casi pública de la carta —ahora que al parecer han comenzado a suscitarse en nuestro deprimente mundo intelectual inquietudes que casi podrían calificarse como de pandilla política en relación con el asunto—, cuando, a mi modo de ver, debió circunscribirse el hecho, a lo sumo, a una gestión de tipo privado.

Acaso yo peque por ignorancia, ya que desconozco los procedimientos en uso para postular candidatos al premio Nobel. Pero justamente el origen de mi desconcierto no tiene nada que ver con procedimientos de ninguna especie, sean los que fueran, sino con algo más profundo e íntimo que afecta en su conjunto a los escritores mexicanos.

Me refiero a lo que significa el premio Nobel para un país; para no importa qué país. Honraráse a González Martínez —¡y vaya si no lo merece nuestro extraordinario poeta en alto grado!—, o a cualquier otro de nuestros representativos literarios, no sería honra personal de ellos tan sólo, sino prez de nuestras letras como tales, victoria de nuestra cultura. ¿Vamos entonces nosotros, trabajadores de esa cultura, a solicitar —y se me antoja que de tal modo burocrático, como peticionarios indigentes, así se haga a manos tan nobles e ilustres como las de Gabriela— el reconocimiento de esa cultura, cuando éste debiera dársenos, para ser honra verdadera, sin una palabra de nuestra parte, sin la menor insinuación?

Aquí se trata, sin duda, del viejo recato y pudor mexicanos, a los que no es posible volverles las espaldas en ningún momento.

Lo saluda con el testimonio de su afecto,

José Revueltas

Jueves 6

Xavier vino un momento, cerca de las seis, al ensayo de *La danza macabra*. Le interesaba ver los progresos de su alumno Raúl Dantés, y cómo estaba yo poniendo este amargo, durísimo drama de Strindberg al que cada vez le descubro nuevos valores. Por ejemplo, nada más freudiano que la larga escena muda que tiene Mario Orea al principio del cuarto acto, cuando el viejo Capitán hace solitarios en su mesa de trabajo, presa del miedo; acaba por arrojar las cartas al mar, y las botellas del *whisky* que le han prohibido; y la llave del piano de su mujer, y enciende las velas y se tranquiliza por fin con un gato que acaricia.

Pero Xavier no pudo quedarse mucho rato, pues me dijo que él y el Güero Bustamente estaban citados con Carlos Chávez para las seis, y a esa hora subió a la Dirección. Un momento después me llamaban de allá. El objeto de la visita de ambos era el de pedir que el

Instituto ponga este año en escena obras mexicanas, y que admita actores huéspedes profesionales. No de los viejos, aclaró el Güero; sino de esa generación intermedia que por ejemplo encarnan María Douglas, Carmen Montejo, los Rojo, López Moctezuma.

Inquirió Carlos si los autores mexicanos desaprobaban el ciclo de teatro universal que hicimos el año pasado, y que éste continuaremos porque estimamos que el fomento del gusto por el teatro es también un modo eficaz, aunque parezca indirecto, de fomentar el teatro mexicano. Y aclararon que no; que les parecía muy bien, sólo que además deberíamos poner en escena obras mexicanas. Les pedimos que a la mayor brevedad posible nos señalaran cuáles les parecían aptas a una inmediata escenificación, y quedaron en enviarnos algunas en un plazo de ocho días. En cuanto a los actores, o a la necesidad de importarlos al Instituto cuando los estamos forjando en su escuela y en esa práctica, para las obras mexicanas, no está muy claro por qué haya de pensarse que estos muchachos que el año pasado pudieron satisfactoriamente con Shakespeare, con Anouilh, con Hebbel, con Zorrilla, no pudieran con Luis G. Basurto.

Luego hablamos de la necesidad de más locales para teatro. Si el licenciado Casas Alemán adelanta su proyecto generoso, el Hidalgo, el viejo teatro ahora en ruinas y en desuso, podría arreglarse y destinarse a teatro infantil diariamente, por las tardes, y por las noches a otro espectáculo. El Güero mencionó el Novelty, que era un cine cerrado porque exhibía películas pornográficas, pero que es muy céntrico y conveniente de arreglar, y el licenciado Casas Alemán le ha encargado al Güero de gestionar su compra para arreglarlo.

Martes 11

Pasó por mí y comimos en Lady Baltimore José Gómez Robleda. Ya muy tarde se nos unieron a la mesa Guillermo Martínez Domínguez y Alfonso Quiroz, y éste me expuso con mayor amplitud que en la otra breve conversación que tuvimos, sus conclusiones médicas y criminológicas con respecto a Hernán Cortés. Cuando examinaron sus huesos los antropólogos (de paso, un mexicano y un español), dudaban de que fuera aquél el cráneo del conquistador, tan pequeño parecía. El maxilar aparece comido, una pierna chueca, y todos los huesos permiten reconstruir por sus dimensiones a un individuo chaparrito muy diferente de la idea gigantesca que confieren los dos retratos suyos que tanto lo favorecen y que se han reproducido con él metido dentro de una coraza de emperador. Quiroz afirma que Cortés padecía sífilis congénita de los huesos, cuyas huellas aparecen más claras y patentes en sus restos que en la mejor descripción de las patologías: la pierna chueca y parte de la rodilla, el maxilar

comido, el inferior hundido, tal como lo describe Gómara. La suerte de Cortés era sin embargo buena que le dio la malaria y aprovechó con ella uno de los tratamientos de fiebres artificiales más modernos. Por otra parte, su baja estatura lo hacía ya, desde entonces un buen *jockey*, apto a manejar con destreza su caballo.

Por la tarde asistí a la copiosa junta del Comité de Chopin, que preside el licenciado Portes Gil, pero de los que forman parte las más surtidas y heterogéneas personas eminentes. Mientras el licenciado Romandía Ferreira leía un informe, y atribuía comisiones y trabajos a los distintos miembros, y se le ocurrían miles de formas en que honrar a Chopin, Alfonso Reyes y yo, que estábamos sentados muy cerca, nos distraíamos con improvisar versos. Por ejemplo, hubo un momento en que leyeron la proposición de que en todos los pueblos de la República se buscaran pianistas chopinianos que llevar a un concurso y entonces le dije a Alfonso:

> Pero una duda me atribula:
> ¿pianistas de Chalchicomula?

Y Alfonso me respondió:

> Pues de Sonora a Yucatán
> tocan música de Chopin.

Se trataba, sobre todo de obtener fondos para los festejos de Chopin. Ya el licenciado Novoa, del Banco de México había prometido 75 000 pesos, pero por lo pronto no había dinero en caja y se improvisó una atracolecta entre los presentes. El licenciado Romandía Ferreira puso el ejemplo con 1 000 pesos pero nadie lo siguió tan abundantemente, pues el propio licenciado Portes Gil se apuntó con 200 pesos y la legación de Polonia con todo y ser la originaria empeñosa de todo este asunto, con otros modestos 200 pesos.

Diego, naturalmente, se llevó la cabeza de los periódicos del día siguiente. Pudo advertirse desde luego, cuando lanzó como una bomba su proposición para que el Comité se acercara al arzobispo a fin de que se le organizaran honras fúnebres a Chopin, ya que tanto el pueblo polaco como el mexicano son tan católicos. Causó primero desconcierto, luego risa, y se acabó por exponer que la proposición no existe.

Jueves 13

Todos los periódicos consagran su cabeza principal a la regañada pública que el licenciado Beteta asesta a los hombres de negocios

que en los últimos días han estado haciendo gestiones directas y publicaciones quejumbrosas a propósito de los nuevos impuestos. Hace en ella una clara exposición de las leyes fiscales aprobadas por el Congreso en diciembre, y reduce a dos las impugnadas por ellos, y luego, por una creciente simplificación de factores, a dos grupos solos, los banqueros y las empresas de seguros, el descontento y la protesta.

El impuesto sobre ganancias excedentes, en realidad, es a esos grupos a los únicos que lesiona, y la medida en que los lesiona, una muy discutible. Al parecer, ese impuesto empieza a pagarse a partir de la cifra en que las ganancias pasan del 15 por ciento, y es del 25 por ciento de la cifra en que rebase ese 15 por ciento.

Los protestantes alegan que esa limitación a las ganancias desalentará a los inversionistas. El licenciado Beteta les ha replicado que al contrario, les inducirá a invertir más para ganar más. Desde cada punto de vista, los dos son razonables.

Lo que desde otro objetivo asombra, es que México siga siendo un país tan único en el mundo que subsistan en él empresas capaces de ganar un 15 por ciento, y por lo visto, tan de sobrepasarlo, que protestan cuando se les tasa lo que le sobrepuja. No creo que haya otro país, en un mundo en que los gobiernos se llevan las mayores tajadas de las ganancias privadas, en que nadie sueñe siquiera con ganar un 15 por ciento de su capital invertido. Y en México, ni el más voraz casero es capaz de soñar en obtener semejante rédito de sus casitas. Realmente, los banqueros y los segureros son demasiado quejumbrosos.

No lo incluye Beteta en sus regañadas de hoy, pero yo sé que en privado se trae otro pleito con los descontentos de sus medidas fiscales y financieras, y que también se los va ganando con su habilidad de zorro. Sucede que al emitir bonos, el gobierno, para colocarlos, prometió eximirlos de impuestos. Los absorbieron los bancos y las empresas de seguros, y ahora se encuentran con que tienen que pagar impuestos por las utilidades que esos bonos del gobierno les reporten. Entonces protestan. Alegan que eso equivale a que el gobierno falte a un contrato tácito, y debilite así, para lo futuro, su crédito, pues ya nadie le creerá cuando diga que tales bonos están exentos de impuestos, si hay el precedente de que habiéndolo dicho se rectifica o raja más adelante.

Pero el sagaz Beteta les replicó que no estaba gravando los bonos, sino en general las utilidades; y que si éstas provenían, en parte, de los bonos, lo sentía mucho, pero no se trataba, como en las películas, sino de una simple coincidencia.

Porque lo que venía ocurriendo es que, por ejemplo, un banco ganara al año cuatro millones. Con poner aparte tres, y atribuirlos a los bonos del gobierno que así entendía como exentos de impuestos,

declaraba haber ganado uno gravable, y como sus gastos habían sido de millón y medio, resultaba habiendo perdido medio millón en vez de ganado cuatro, y no pagaba ni soca de impuesto sobre utilidades. Beteta descubrió el truquito, y puso la trampa que era necesaria.

Los afectados insinuaron que en ese caso no volverían a absorber bonos del gobierno. Están en su derecho de hacerlo. Pero a su vez, el gobierno está en el de exigirles que su "encaje" vaya a dar al Banco de México, congelándose prácticamente las ganancias que, con todo e impuesto, les dejarían los bonos que han dejado de parecerles atractivos.

Sábado 15

No estaba yo completamente resuelto a unirme a una caravana que de pronto se me apareció tan copiosa como surtida, para emprender perdido en ella un largamente anticipado, romántico y evocador regreso al Torreón de mi infancia. En realidad, el hecho fortuito del aislamiento a que me condenaba la ausencia del chofer en vacaciones; y la súbita descompostura del teléfono, fue lo que me impidió avisar oportunamente a mis anfitriones que no podría llegar.

Pero en la tarde, acabadas ya de escribir mis colaboraciones de la semana siguiente, me persuadí a mí mismo de que después de todo bien podría pasar esa misma noche en Torreón y la siguiente ya en mi cómoda cama. Con resolución repentina, metí unas cuantas cosas en mi maletín y me transporté al aeropuerto a la hora convenida para salir a las ocho en el vuelo especial en que irían diputados y senadores.

El aeropuerto hervía de gentes parlanchinas de muy extraña catadura: vestidos como si fueran a un baile de máscaras, ya con el maquillaje bastante marchito las señoras con plumas en la cabeza, y los señores notoriamente incómodos dentro de sus jaqués. Cuando entre ellos descubrí al señor Hinojosa, comprendí de golpe que se trataba del final de la principesca, aristocrática boda puesta en escena esa mañana por el supuestamente revolucionario señor Hinojosa.

Me alegró mucho ver llegar a Guillermo Jiménez, que iría en el avión como director general de información que es. Y poco a poco, a lo largo de las presentaciones que hacía Florencio Barrera Fuentes, fui tranquilizándome al advertir que el nuevo tipo de los políticos, senadores y diputados ya no es el tremebundo de antaño, sino que consiste en hombres jóvenes, profesionistas cultos muy a tono con el gabinete, como López Mateos o José López Bermúdez, o mi viejo amigo Antonio Taracena. El avión no partió sino hasta el cuarto para las nueve, y como a causa de que llevaba correo aterrizó en San Luis

Potosí, en vez de hacer las dos horas y media que me habían dicho no nos dejó en Torreón sino hasta las doce y media.

Guillermo resultaba menos buen compañero de viaje que cuando hace muchos años, como él lo recordó, fuimos juntos en tren a un San Luis Potosí que ahora sólo vimos de lejos, a examinar la biblioteca del obispo Montes de Oca —o mejor dicho, lo que de ella quedaba en una saqueada y húmeda bodega. Casi inmediatamente se mareó Guillermo, y no volvió a despegar los labios, cuando a mí se me alarga mucho el tiempo aéreo si no lo distraigo conversando.

Ver a Torreón desde el aire, como un rescoldo irregular, me desafiaba a reconocer las hileras de sus avenidas en las líneas de puntos luminosos que ranuraban su mapa. Aquel otro pequeño núcleo luminoso un poco desprendido del cuerpo principal, pensé que sería la famosa Ciudad Jardín, aunque luego comprobé que se trataba de Gómez Palacio y de Lerdo.

En el aeropuerto nos aguardaban sendos cicerones con coches que ostentaban impreso el nombre de sus huéspedes. A Guillermo y a mí nos habían deparado el coche número 15 guiado por su dueño el licenciado Antonio Flores Ramírez, editorialista de *El Siglo de Torreón* (según no tardé en descubrir) de la más enciclopédica cultura. A diferencia de mis tiempos, cuando se llegaba a Torreón por la estación del ferrocarril, tan a mano de la avenida Hidalgo con su Hotel Iberia y su Hotel Salvador, ahora se entra por el lado opuesto, mucho más allá de una alameda que era en mis tiempos el término desértico de la ciudad, y que ahora se encuentra aprisionada entre una multitud de casas y edificios, nuevos como el palacio de gobierno y el hospital. Tardé en empezar a reconocer el camino. Y cuando llegamos a la plaza principal, y Guillermo prefirió refugiar su mareo en el cuarto que le habían asignado del espantoso hotel frente al cual nos detuvimos, yo le rogué que dejara en el mío mi maleta, y le supliqué al licenciado Flores que me llevara a cumplir el rito de ver si todavía se hallaba en pie, y cómo estaba, la casa dramática de mi infancia.

La avenida Hidalgo carece ya, pavimentada como todo el resto, de los tranvías que entonces se llamaban el número 1, el número 2, el 3 y el 4, y que yo abordaba en la esquina de Ramón Corona, en la cual ahora dimos vuelta a la derecha y nos detuvimos frente a la casa que lleva el número 415. Está idéntica, salvo que han pintado sus blancos tabiques de amarillo, y que trepan por sus ventanas unas enredaderas; por esas ventanas que eran las de la recámara de mis padres, y a las cuales ellos solían acodarse. También, en la habitación que era la sala y biblioteca, con una puerta independiente a la calle, han cerrado esa puerta para volverla una ventana enrejada como las otras. Esa puerta de la tragedia, que abrió mi tío Francisco una tarde siniestra en que llegaron a golpearla con sus pistolas los

salvajes villistas y a disparar sobre ella, tiene ahora un antepecho de tabique cuya unión cuadrangular con los que forman el marco de la puerta le da el aspecto, a mis ojos evocadores, de una lápida mortuoria.

Me planté frente a aquella casa, presa de la más viva emoción. Me veía en ella pequeño y delgado, capaz apenas de alcanzar la altura de sus rejas, o jugando en su jardincillo con agua y con tierra. ¿Quiénes otros la habitarán ahora? ¿Qué niños forjarán en ella qué sueños? ¿Qué esposos se sentarán a una mesa en ella mientras sin que lo sepan vaga por sus recintos el fantasma de quien la construyó; del hombre rubio y fino que era mi padre; de la mujer joven, morena y fuerte que en esa casa se enfrentó a los villistas; del niño asombrado y poeta que yo fui en ella?

Entonces la nuestra era la última casa de la calle de Ramón Corona. Junto a ella no había más que jacales de carrizo, habitados por gente que recuerdo con toda claridad, y que había formado una especie de colonia o de vecindad que llegaba hasta la orilla misma de la vía del ferrocarril, más allá de la cual corría el tajo a que solíamos los muchachos ir a enlodarnos. Frente a la casa, hasta la esquina de la avenida Hidalgo, había la mole de piedra amarillenta de un edificio como bodega que se llamaba Acre; contraesquina de ese edificio, la famosa lavandería de chinos, por cuyas ventanas los arrojaron de cabeza en una matanza famosa los villistas; en las otras dos esquinas una tienda llamada La Sencilla de un chino leproso que siempre estaba abanicándose, y pegada a nuestra casa la fábrica de sodas Gianacopoulos y Kypurós. Ésta es la única esquina que permanece idéntica. Las otras tres son nuevas, luminosas, con grandes escaparates comerciales, y a partir de la que fue nuestra casa, los jacales han sido sustituidos por construcciones modestas que al llegar a la esquina doblan hacia una avenida nueva y pavimentada que entonces no existía.

El licenciado Flores Ramírez me volvió a la realidad al calificar de proustiana mi muda evocación. Le rogué entonces que me dejara en el hotel, y volví a salir solo, a recorrer a pie las calles desiertas; a tratar de reconstruirlas y reconocerlas, nuevo Rip Van Winkle, hasta las tres de la mañana. Me llegué hasta la Escuela del Centenario, que reconocí por su ubicación, pero no porque ya se parezca en nada a aquélla de un solo piso y dos patios, con al centro la clase de sexto año visible desde la calle, en que tan importantes, determinantes emociones sufrí. Ahora, totalmente reconstruida, tiene dos pisos, y como de mi casa, la noche que la mantenía cerrada me expulsó o me rechazó. ¡Cuántas veces, en los primeros años de exilio de Torreón soñé volver allá, triunfal, lleno de dones que entregar a la tierra en que había germinado; visitar esa escuela, decirles a los viejos profesores que los quería y los recordaba, y que ahora sabía todo esto más! Ya habrán muerto, como el yo de entonces, y a los chicos que ahora

llenen esa escuela, les parecerá increíble y les importará un comino saber que yo fui una vez uno de ellos.

Antes de entrar en el hotel recorrí la placita principal, tratando de reconocer sus costados. El Casino y el Banco de la Laguna siguen iguales y en su sitio; pero no existían ni el Cine Princesa ni lo que lo rodea; y en donde ahora se yergue jactancioso el edificio del Banco de México, en mi tiempo había permanentemente instalada una carpa de circo que se llamaba el Cine Teatro Pathé y a la cual iba los domingos por la tarde con mis padres a ver nada menos que a María Caballé en obras tan asombrosas e importantes como *La princesa del dólar* y *La casta Susana*. Entre semana daban cine, con las grandes películas italianas: *Quo Vadis?* y *Cabiria*.

Domingo 16

El programa oficial consistía en presenciar a las diez de la mañana en el estadio la entrega a los ejidatarios de los diez millones de utilidades que el Banco Ejidal ha recogido de sus trabajos del año pasado; en asistir después a un banquete en el Jardín Cerveza con invitaciones estrictamente personales —y en regresar a México en los aviones especiales a las siete de la noche. Era un programa un poco aterrador, que no consideré muy grave para nadie privarme de disfrutar en su integridad. Necesitaba aprovechar el corto tiempo en ver a algunas personas queridas, supervivientes en mi afecto y en mi recuerdo, porque poco a poco iba concretándose en mi espíritu la convicción de que uno quiere a los lugares en función de las gentes a quienes ha querido en ellos; por razones sencillamente humanas; que se quiere uno mismo como era y no el sitio desnudo en que fue; y que cuando sus gentes queridas han muerto como aquel que uno fue y murió ya, son otros quienes tienen razones nuevas y suyas para el apego y la emoción.

Lo primero que rogué al licenciado Flores fue pues que me llevara a la casa de la familia Díaz de León. Reconocí en el acto a Sabinita, que salía a misa presurosa en ese momento; pero lo asombroso fue que ella también me reconociera sin vacilación. Entramos a ver a mi madrina, que se quedó clavada en su sitio, sin acertar a reconocerme ni decidirse por tutearme. Me preguntó por la familia; por María, que fue tan su amiga; y me refirió cómo su hermano Rafael, hace algunos meses, salió un domingo a misa y cayó dulcemente muerto en la iglesia mientras sus sobrinas, que llegaron a la misa siguiente, ignoraban que el Padre Nuestro que todos los feligreses rezaron, convocados por el padre que hizo su sermón sobre el tema del ancianito que acababa de morir en la casa del Señor, lo rezaban por su tío, que era aquel ancianito.

Josefina y Carmela han abierto una pequeña tienda en lo que fue la sala de su tía María. Esta inclinación por el pequeño comercio fue lo que más me llamó la atención de la nueva ciudad. Todas las que en mis tiempos eran casas por la avenida Juárez, han cedido sus salas a una transformación lucrativa en pequeños comercios, lo cual ciertamente no favorece a la belleza de esa calle.

Me despedí. Era incómodo aquel constante y grotesco preludio del llanto que me sobrecogía al verme de nuevo en aquella casa tan llena de recuerdos, entre aquellos amigos, casi hermanos de infancia, la historia de los cuales conozco toda.

El licenciado nos quiso enseñar Gómez Palacio, y en el camino pregunté si conocía a Marcelo Villanueva. Resultó ser muy amigo suyo, y se alegró de llevarme a sorprenderlo con mi inesperada visita en su casa, además de haber la coincidencia de que era el día de su santo. Marcelo es ahijado de mi madre. La suya, Cuca, una magnífica mujer, murió no hace mucho; pero ya dejó a aquel chiquillo convertido en un gordo, canoso, y próspero emprendedor hombre de negocios que "a todo le hace" y que casado con la Chata Franco, tiene ya cuatro hermosos niños a sus treinta y seis años. Iba a tener, nos dijo, una comida de cabrito en su sangre en una huerta que posee en Lerdo, y le daría mucho gusto que fuéramos. La alternativa hubiera sido el banquete oficial. Era natural que prefiriésemos el cabrito en su sangre de Marcelo en su huerta de Lerdo.

Pero de todos modos convenía cumplir siquiera con asomarnos al estadio. Llegamos cuando la ceremonia ya estaba muy avanzada, con el discurso del general Sánchez Taboada, después del cual el del director del Banco de Crédito Ejidal tuvo que ser tan breve como lo apetecía un público no muy deseoso de oírlo. Enseguida empezaron a desfilar frente a la tribuna las comisiones de los ejidatarios, y a recibir cheques por hasta más de medio millón de pesos.

Me hubiera gustado saludar a Raúl, pero no tengo la costumbre de abrirme paso a empellones a través de las murallas humanas que suelen rodear a los políticos. Los dejamos pues desplazarse y volvimos al coche con el licenciado que se había estacionado cerca del estadio para pedirle que me llevara a conocer la famosa Ciudad Jardín de que tanto había oído hablar, porque don Juan Balme se vino a embellecerla con jardines, Jerónimo Gómez Robleda la planeó, y Chale Recamier estuvo a punto de comprometerse con cinco millones de pesos para fomentar o acelerar su terminación.

Por lo pronto, no se advierte más que su trazo y una que otra buena casa dispuesta en su considerable magnitud. Dimos con la casa de Jerónimo Gómez Robleda, a quien sorprendió mucho verme. Una casa preciosa. Le pareció curioso que yo fuera llegando dos días después de que él discutía con Betty su esposa la posibilidad de invitarme para las próximas fiestas de Carnaval a fines de febrero.

Dejamos ese asunto en coma, y me documentó sobre la Ciudad Jardín. Son ochocientos lotes de un promedio de 500 metros, y ya están vendidos seiscientos de ellos. Lo que pasa es que a sus dueños no les da la gana de construir, o compraron los terrenos para especular en la esperanza de que subiera el precio, cosa que no ha ocurrido, pues siguen valiendo de 25 a 60 pesos el metro.

Jerónimo y el licenciado Flores Ramírez convinieron, durante la charla, en que cuesta mucho trabajo excitar a la gente de Torreón a cualquier cosa que signifique o entrañe lo que suele llamarse "actividades culturales". El licenciado Flores Ramírez debe de extrañar esas actividades, y desearlas, pues él escribe. Tiene en *Tiras de Colores* una sección fija sobre la literatura francesa moderna. Pero él no es de Torreón, sino de Puebla, y no lleva en esta ciudad sino desde el año de 1936. Jerónimo nos indujo a ese tema porque dice que hace unos días pensaba que sería muy oportuno invitarme a las fiestas del Carnaval en febrero; que yo podría hablar como "gloria nacional" incidentalmente de Torreón, y así mover un poco el ambiente, porque el Liceo que preside el licenciado Flores Ramírez no tiene mucha vida. Y quedó en escribirme más formalmente a mi regreso. Pero yo pienso que no debe forzarse a Torreón a lo que él no dé espontánea, orgánicamente, de sí; y que si una planta todavía no da flores, o no es su ramo darlas, sobreponérselas artificiales no va a cambiarla.

Antes de dirigirnos a Lerdo para la comida de Marcelo, Antonio —como empecé familiarmente a llamar a nuestro gentil cicerone— nos llevó al para mí nuevo barrio de Los Ángeles, donde tiene su casa el gobernador; una casa grande, estilo *chalet*, blanca, con un inesperado y gran cucurucho, como un sombrero charro, sobre una especie de torre. La casa estaba llena de coches, por lo que era evidente que le acompañarían, después de la ceremonia del estadio y antes de irse al banquete, los políticos. Rogué al licenciado que dejara con el portero una simple y protocolaria tarjeta mía para Raúl. Pero el portero, que tendría órdenes estrictas de no admitir a nadie, creyó que queríamos infringirlas, y se la guardó.

El camino a Gómez Palacio y a Lerdo, que en mis tiempos se hacía por el puente, sobre el tranvía (que todavía corre por otro, o por el mismo), se hace ahora por uno especial de la breve carretera que lleva allá en cinco minutos. Fácilmente localizamos la huerta de Marcelo, por los coches estacionados afuera, y entramos en su casa a medio construir, de la que salían las notas, para mí tan evocadoras, de un "Abandonado" que ha vuelto a ponerse en moda, y que era el repertorio de los rápsodas ciegos de mis tiempos con la "Valentina", "El pagaré" y "una canción de Guaymas, estilo Mazatlán". Tocaba una pequeña orquesta, instalada cerca de las muchas mesillas rústicas en cuyo torno se sentaban, endomingados, los amigos de Marcelo y

su suegro don Pedro Franco —corpulento, de hermosos ojos claros y bigote entrecano, con unas manos formidables como mazos de hierro. Bebían *whisky* y cervezas. Charlaban en pequeños diálogos cruzados.

Bien pronto, las muchachas empezaron a distribuir platos servidos con el esperado cabrito en su sangre, y tortillas calientes. Todos nos acercamos a las mesas, que formaban una larga. Y entonces un hombre joven, maduro, vestido de gabardina, con la camisola abierta; que había estado particularmente locuaz, empezó a efundir su vigorosa personalidad; a exponer su autobiografía admirabilísima a trozos oportunos, sin proponérselo, como ilustración lateral de la charla, como comentario a la sabrosura del cabrito y de las tortillas, de que se apoderaba con sus enormes manos, entre las cuales las ponía, las enrollaba de un tirón, y las llevaba hasta su perfecta, luminosa dentadura para morderlas con fruición. Luego, con el pedazo que le quedaba, limpiaba el plato meticulosamente, mientras echaba atrás la cabeza para reír a carcajadas, mostrando su rojo paladar y su lengua ancha, bordeados de dientes impecables.

No fue en este orden como expuso su biografía, pero así puede reconstruirse de los fragmentos que iba sin orden entregando a mi inadvertida, suspensa admiración. Fue hijo natural. Su madre, ya él crecido, casó. Tiene un retrato de la boda de su madre. La gente reía mucho cuando él gritaba que la novia era su mamá.

Su padrastro era duro. Aunque estaba en la escuela, le obligaba a dar gasto para la casa. 40 centavos diarios. Y no lo dejaba pasar en limpio sus tareas escolares. "Eso en la escuela —decía—. Aquí, a trabajar." De modo que los 40 centavos diarios del gasto, y lo que necesitara para sus útiles y para dulces, tenía que ganárselos: o bien trabajando en casa, picando tabaco y enrollando cigarros de hoja, o bien (y esto es lo que más hizo) acarreando agua —treinta viajes de agua, que le pagaban a cinco centavos el viaje, lo cual le daba un peso cincuenta. Como tenía que pagar por el derecho de sacar el agua de la noria, que él mismo sacaba para acarrearla, le quedaba libre algo más de un peso, y podía dar el gasto y dejarse lo demás para lo que le encantaba y todavía le encanta, que es bailar. Una vez que sacó a la semana seis pesos libres, se fue a bailar cincuenta y ocho piezas de a diez centavos.

Su tarea en casa, cuando no acarreaba agua, consistía en picar un kilo de tabaco. A veces "macuchi", que es uno fibroso y seco. Un día fue tanto su coraje, que se puso a bailar furiosamente sobre el tabaco; y trituró tanto, que al pesarlo resultaron ser 58 kilos. Fue feliz. En cincuenta y ocho días, no tuvo que trabajar.

Su madre había sido cigarrera, y fumaba. Había observado que las cigarreras que no fumaban enfermaban de tuberculosis y morían, y ella atribuía su salud y su resistencia a las emanaciones maléficas del

tabaco, al hecho de fumar. De suerte que para que su hijo no enfermase de tuberculosis mientras el padrastro le obligaba a manejar el tabaco, lo obligó a fumar. A él no le gustaba, pero lo hacía por obediencia. Así que cuando ya no le obligaron a hacerlo, dejó el vicio, y no ha vuelto a apetecer un cigarro.

El padrastro murió, y dejó a su cuidado a una hermana y a un hermano —medios hermanos. Qué bueno que él ha podido darles una educación. Ya la muchacha es contadora, y el muchacho va a recibirse de médico. Y a él mismo le ha ido bien. Sobre todo, tiene salud. No le duele nada; ni un callo, ni una mano, ni una muela. No sabe lo que sea un dolor de nada. El otro día llegó a la gasolinera un señor en su coche. Era un ganadero de Chihuahua, muy rico, con quince millones de pesos. Venía de Rochester y de Temple, y no le habían dado con lo que tuviera de enfermedades. Y entonces él pensó que él es más rico que ese señor; que tiene más que sus quince millones de pesos.

Su mamacita ya está grande. Puede que no le dure mucho, y él le da todos los gustos que puede. Se va a pasear a Tampico, se compra sus cosas. Una vez la llevó a la *kermesse*, y la dejó sentada, tomando su cervecita, mientras él bailaba, porque le encanta. Y mientras, se sentaron a la mesa inmediata unos del Banco de la Laguna. Era cuando él debía al banco; cuando empezó a construir el edificio, y ésos comentaron: "Mira a M., ya ni muele, bailando tan tranquilo, cuando está quebrado, y le van a embargar todo lo que tiene."

Cuando, después de bailar con una compañera rebuena, volvió a la mesa de su madre, notó que estaba triste y nerviosa, y que ya quería irse. Por fin, le confió. Aquéllos habían dicho que estaba quebrado y que iban a quitarle todo lo que tenía. "¿Quebrado yo? ¡Pero de dónde! ¡Ni de una pata, ni de un brazo! ¡Si estoy entero, mamá!" Y echaba atrás la cabeza, y reía a carcajadas, y volvía a servirse frijoles y a elogiar las tortillas que enrollaba: "Así nejitas es como me gustan. ¡Y los frijoles! ¡No hay nada más bueno!"

Marcelo nos llevó, a Guillermo y a mí, a ver su huerta y su granja. Tiene una hectárea, y en ella, pocos árboles, fuera de una higuera gigantesca que le da miles de "viejitos" —los famosos viejitos de Lerdo. Doce o quince hermosas vacas, cada cual con su nombre por el que entienden —la Mariposa, la Rorra— pastaban su alfalfa. Le dan 100 litros diarios de cremosa leche que vende a 70 centavos. Casi ellas solas sostienen la granja, donde además tiene gallinas, pípilas, conejos que no ha querido reproducir, porque son incontenibles. Compró muy barato el terreno. Ahora ya vale mucho. Pero tiene toda el agua que necesite, gracias a la presa, y paga por ella siete pesos, ¡al año! Le preocupa un poco estar endrogado con el banco, para acabar su casa ahí, y venir de Gómez a vivir con sus cuatro niños y la Chata; pero ya saldrá adelante, como otras veces,

como siempre; como él y como todos esos hombres admirables y tenaces, invencibles, de la Laguna.

Nos despedimos de Marcelo y la Chata, y volvimos a Torreón. Nos quedaba una hora escasa antes de hallarnos en el aeropuerto para el regreso de este viaje relámpago, y la empleé en buscar, por donde me acordaba que se ponían a venderlas, aquellas inolvidables "rellenadas de nuez", charamuscas o "melcochas cabezonas" y gordas, correosas y frescas, que eran mi delicia. Y al parecer, ya no las hacen ni las venden. Tenían otros dulces de leche y de nuez, como en Monterrey; pero no mis adorables rellenadas. Un hombre me dijo: "¡Uy, ya hace muchos años que se murieron los que las hacían! ¡Ya no hay de eso!"

Antonio prometió hacérmelas buscar y enviarlas por avión.

El vestíbulo del Hotel Galicia hervía de políticos que regresaban en los aviones especiales después de haber concurrido en masa a los actos oficiales del estadio y del banquete. Cruzamos, desconocidos, entre ellos, y abordamos el coche del licenciado Flores Ramírez. Me alejaba así de una ciudad que parecía rechazarme excepto por los dos o tres leves vínculos reanudados de los viejos amigos que en ella vi. Llegamos al aeropuerto, a aguardar, a pesarnos con las maletas. Y cuando menos lo esperaba, vi bajar de su coche a Raúl, sin cortejo, descubrirme con asombro y abrirme los brazos. No sabía que hubiera yo venido. Claro, me había invitado, pero nadie le dijo que hubiera llegado. Se deshacía en excusas, suponiendo que no me hubieran atendido y lamentando no haberlo hecho él "como te lo mereces". Le expliqué que era por culpa mía; que era yo quien se había abstenido de ir al banquete, sin hacer más que asomarme al estadio; y que ya volvería a Torreón por ejemplo en abril o mayo, y todavía quería que le trajera, como teníamos conversado, teatro de Bellas Artes. "Pero con teatro o sin teatro, o antes o después del teatro —me dijo—, quiero que vengas con tu mamá y que sean mis huéspedes. Ahora que yo tengo que residir en Saltillo, se instalan aquí en mi casa y tendrán coche y chofer y todo lo que necesiten, y se quedan el tiempo que quieran para que descanses y te olvides de todos los líos de México y de todos tus trabajos."

Raúl, de quien mi madre recuerda que desde pequeño era un muchacho muy serio, correcto y bien educado, sigue por lo visto siéndolo. En cuanto vio que yo cargaba mi abrigo, dispuso que uno de sus ayudantes lo tuviera, con mi pequeña maleta lista para entregármela en el último momento. Y me divirtió mucho ver la cara de asombro que ponían en torno nuestro muchos políticos a quienes sorprendía la cordialidad amistosa con que el gobernador trataba a aquel esquivo desconocido a quien no habían visto en las ceremonias.

Partimos, por fin, a las ocho de la noche, simultáneamente los dos aviones especiales. Guillermo y yo nos apoderamos de los asientos

que siempre prefiero —los primeros cerca de la cabina, porque en ellos no ve uno a nadie y son lo más parecido posible a un compartimento privado. Apenas instalado, dispuso su amplia humanidad a las angustias resignadas de un mareo que parecía disfrutar. Se llevó a la cara un pañuelo, cerró los ojos, echó atrás la cabeza —y no volvió a despegar los labios en las tres horas del viaje.

Yo, mientras tanto, a falta de conversación, contemplaba esa nueva tierra espumante, ese mar que forman las nubes. Había anochecido tan suave, tan insensiblemente, que creí que aquella ígnea rueda asomada apenas al horizonte sería el sol, y que al ascender habríamos descubierto su ocaso, sorprendido su entrada en cama, su retirada, más allá de donde desde la tierra puede verse. Pero ascendía, en vez de hundirse, y muy rápidamente. No era el sol que se iba, sino la luna que surgía, roja como el sol, pero pronto exangüe y cada vez más pequeña, como una pastilla que se chupa, hasta volverse enteramente blanca y situarse, ya sin apoyo en las nubes disueltas ni en el horizonte, a medio oscuro, limpio cielo, y enviar su luz pareja, su conocida luz de simple y sencillamente luna.

Abajo, de vez en cuando, como una carta que se quema y se apaga, se descubrían al paso pequeñas ciudades que deben de haber sido San Luis Potosí y Querétaro —quizá León. El avión no venía tan lleno como a la ida. El *steward* nos dio de cenar, y yo, que no lo hago nunca, acepté mi bandeja con todo lo que traía —más por molestar a Guillermo con verme comerlo desde su mareo, que porque lo apeteciera.

Uno que otro pasajero cenó también. Los más dormitaban, o hablaban en voz baja con sus compañeros. Atrás de mí, el general Sánchez Taboada, jefe del PRI, le concedía una especie de largo, musitado acuerdo a Pancho Núñez Chávez, el doctor que es ahora director del manicomio de La Castañeda. El general, de vez en cuando, se inclinaba hacia mi asiento para inquirir por el estado de salud de Guillermo, y en una de ésas, entablamos conversación. Yo la necesitaba, pues me aburría el silencio. Pancho Núñez me cedió su lugar, y el general y yo hablamos mucho de teatro, y un poco de política. Acerca del PP, me sorprendió ver que a diferencia de como suelen expresarlo las declaraciones y los discursos del PRI, el general Sánchez Taboada no se manifiesta un enemigo cerrado ni irreconciliable. Me dijo que al hablar con Vicente le había dicho que para qué tratar de dividir a la Revolución: que claro que hay mucho en ella todavía que hacer, procedimientos y sistemas que depurar, perfecciones dignas de intentarse; pero, ¿por qué no hacerlo juntos, dentro de un solo partido?

Aterrizamos a las once. Ni me había yo comunicado con mi casa, ni Pancho había vuelto de sus vacaciones, de suerte que no me aguardaría ningún coche. Y es tan odioso el *racket* ése de los coches

de alquiler colectivos en que se empaquetan todos los extraños que caben para ser repartidos en sus domicilios como niños de escuela, que celebré mucho la oferta de su coche que nos hizo Guillermo Ibarra; tanto como me decepcionó ver que su chofer lo había cerrado tan bien que nadie pudo abrirlo, y Guillermo y yo tuvimos que contratar otro que en media hora más me restituyó del sueño de un viaje deseado al despertar de un sueño apetecido.

Viernes 21

El lunes, como estaba planeado, dispuse ya del escenario para ensayos, desde las tres de la tarde. A esa hora concluyen los turnos de los operarios que desde diciembre están dándole su remozada al piso, tarea nada fácil a causa de los muchos escotillones, puentes levadizos y otros secretos tramoyísticos que constituyen el tesoro escenográfico de éste que es sin duda uno de los teatros mejor dotados del mundo. A pesar de lo que le falta porque se lo han quitado, o porque no sabían usarlo. Le faltan, por ejemplo, algunos postes de una colección de ellos que estaban dispuestos en semicírculo al fondo, y de los cuales quedan apenas unos. Eran para hacer enrollar en ellos decorados que dieran la ilusión del desplazamiento, lateralmente. Alguna autoridad pensó que esos postes inútiles no hacían más que sobrecargar el peso del teatro y contribuir a su hundimiento, y los mandó quitar y vender por fierro viejo.

Julio Prieto, que desde hace años se dedica a la producción teatral, en los dos últimos, que lleva de funcionar ese departamento especializado, y de hallarse él al frente y en contacto directo y constante con los problemas de la tramoya y la iluminación, se ha vuelto un hacha. Nada será más útil que el curso de escenografía que generosamente va a empezar este año en la Escuela de Arte Teatral, para aquellos muchachos que los "loqueros" nos señalen como los indicados para tomarlo en vez de los de actuación.

Los "loqueros", como han empezado a llamarles, son los tecnicazos del equipo de sabios de Gómez Robleda que este año examinan desde todos los puntos de vista a los candidatos a alumnos de la Escuela de Arte Teatral. Hasta ahora, el sistema, como en todas las profesiones, se regía por la autoconferida y supuesta vocación del alumno para seguir esa carrera. Un examen superficial bastaba a ratificar esa vocación. Pero el año pasado, al dar su clase gratuita de psicología, Gómez Robleda observó la necesidad de clarificar las vocaciones y las aptitudes más científicamente, y diseñó un método para hacerlo. Él cuenta con un equipo de jóvenes diestros en todas sus abstrusas disciplinas: en toda clase de tests mentales y psicológicos, y dispuso a ese equipo para darnos el servicio. Armados de

cronógrafo, fotos de nubes, manchas de colores, cubos, listas de palabras y otros recursos, los "loqueros" se encierran con los candidatos, uno por uno, y los exploran y tabulan los resultados. Tendremos así un expediente personal de cada estudiante admitido, y una razón irrefutable para cada rechazo.

Otra innovación vamos a introducir en la enseñanza de la psicología. Pepe dará este año su curso en función de las obras teatrales en turno. Por ejemplo, en relación con *La danza macabra*, explicará el tipo epiléptico que tan magistralmente pintó Strindberg en su capitán Edgardo. Con el *Romeo y Julieta*, que ya Wagner ha empezado a preparar para marzo, podrá explicar otros aspectos de la psicología. Una clase así dada será tan útil a los alumnos que desempeñen la obra para que lo hagan mejor, como para los demás que vean con ella ilustrados sus conocimientos de la psicología.

Con la historia del teatro puede hacerse una cosa semejante. Dos años, ese curso puede consistir, como hasta ahora, en una exposición cronológica de su desarrollo. Pero el tercer año (que tendremos en éste por primera vez, puesto que la Escuela se abrió en serio en 1947), la historia del teatro puede impartirse en cursos monográficos de seminario, en torno a una obra dada, para cubrir su análisis y el del periodo en que se produjo.

En la práctica he advertido que por más que se suponga que los alumnos, pues se les exige la secundaria, ya saben de literatura lo que un actor necesita saber, ello no es casi nunca cierto. Bien es verdad que tampoco lo saben los que van a dar a otras facultades, o a la Preparatoria, desde unas secundarias poco exigentes. Cuando pusimos el *Tenorio*, me di alarmada cuenta de que ignoran la técnica de la versificación, y se me ocurrió darles un pequeño seminario sobre ella, pues bien mirado, el teatro de su lengua está escrito, en un elevado porcentaje, en verso, y es bueno que sepan distinguir unos de otros, y su acentuación.

Ensayamos pues, en el escenario. Con toda la comodidad compatible con el endemoniado frío de un mausoleo marmóreo que no ha recibido en dos meses el calor de la gente, y por cuyas entrañas corre agua helada que mana no se sabe de dónde. Julio y Zedillo iluminaban a lo largo del ensayo, mientras yo desde las últimas filas, con un micrófono, rectificaba movimientos, pausas, entonaciones, como no puede hacerse sino con el decorado definitivo. Dagoberto tomaba, además, las copiosas notas de las observaciones, y luego las hacía pasar a máquina para dárselas a los actores. Encontré que da buen resultado reservar para los últimos ensayos el afinamiento de la actuación, y ciertas explicaciones detalladas de las situaciones, que así no corren el peligro de mecanizarse desde los primeros, y se sitúan, en el espíritu de los actores, encima de su ya para entonces perfecta memorización de los parlamentos y de los movimientos generales.

Seis semanas parecen un buen plazo para poner en escena una obra. Pero para la danza, contamos con menos tiempo. En realidad, fueron cuatro, o un poco menos, desde el domingo que comimos en casa y leímos la obra en sendos ejemplares.

Tampoco anduvimos muy holgados de dinero. No habían dado el subsidio, y ni aún contábamos con la modesta suma de 1 600 pesos que costaría montar la obra —suma que ha de parecer increíble a los que se viven hablando de los "despilfarros" de Bellas Artes. La lámpara colgante de petróleo la halló Leoncio en la Lagunilla, y yo la compré en 130 pesos, y la presté para que se usara en las representaciones. La ropa de los tres personajes fue adaptada de otras obras (la que usó Andrea Palma en *La huella* vistió a Alicia; la puerta de Carlota se modificó para usarla en la lóbrega casa del Capitán).

Y se contó, además, con el entusiasmo y la disciplina de los tres muchachos: de Mario Orea, a quien me complace recordar desde aquella mañana que fui a verlo ensayar en el grupo de Gabriela Morett en Tacubaya, a principios de 1947, y me lo llevé para el Sancho de *Don Quijote*; de Pilar Souza, que antes había hecho la nodriza de *Antígona* y el Oberón del *Sueño*; que es ya casi abogada; y del guardia Jonás de *Antígona*, el estudioso Raúl Dantés, mi coronel en *Astucia* del año pasado.

No fue menos estimulante ver que para los papeles secundarios (tan secundarios en realidad que cualquiera podría haberlos desempeñado), las muchachas más inteligentes del grupo se brindaron gustosas, y aun se empeñaron en hacerlos. Rosa María pidió hacer la criada, que no tiene más que tres líneas y una aparición brevísima; y Georgina Barragán, que es tan bonita, peleó por hacer la vieja maya del asilo, que no hace más que aparecer a asustar al capitán con su aspecto horrible de bruja, su nariz postiza, su cara tétrica y su peluca gris despeinada.

Llegó por fin la noche del estreno. Habló el ministro de Suecia, le contestó Carlos Chávez, y el señor Agustín Souchy, de la legación sueca, dio una conferencia un poco larga sobre Strindberg. Y la mucha gente que vino a la función pareció salir satisfecha. Veremos qué opinan los críticos, instalados esta noche en sus austeras butacas.

Martes 25

El servicio de recortes "Réclame" sigue mostrándose eficaz. No ha habido, en estos últimos, desde que se estrenó la *Danza*, del día que no reciba los de cuanto se ha publicado a su propósito. Y la crítica se ha mostrado elogiosa para la actuación de los muchachos, para la escenografía, y aun para mi dirección. El primero en publicar su

crónica fue Ángel de las Bárcenas en ese temido y dominical *Claridades*: "Son maestros los alumnos de Novo en Bellas Artes"; y aun *El Redondel* nos trató más o menos bien, o como se dice, nos perdonó la vida. José Luis Tapia y Palmeta en *El Universal*, Fernando Mota en *Últimas Noticias*, fueron también favorables; Mori cuidadosamente neutral; y por fin el señor Avecilla, de cuya tirria conmigo yo esperaba que cuando más se callaría, trinó el último, y con elogios a los muchachos.

De los críticos más o menos de casa —¿qué decir o pensar? Algunos se señalaron por abstenerse de ir, como parece costumbre, a saludarnos después de la función. "La obra es muy buena", dijo por todo solicitado comentario un maestro de la Escuela a quien un alumno le preguntó qué le parecía. Me cuentan que una de las azafatas habituales de ese maestro bostezó sonoramente durante el estreno, y se salió al tercer acto. Y otra opinó que aquéllos eran papeles para grandes actores como los que ella ha visto a lo largo de sus siete vidas.

Fuera de los sábados y los domingos, tuvimos poco público, aunque me dicen que con todo era más numeroso que en los demás teatros. Los expertos hablan de "la cuesta de enero", y de que la gente no tiene dinero para diversiones en este mes —dato contradicho por la copiosa concurrencia a los toros o al futbol, o a Tongolele. Lo que parece indudable es que falta mucho para arraigar en el público la opinión por el teatro. Entre el público tuvimos, a lo largo de las funciones, algunas caras conocidas y famosas, como Alfonso Junco, como María Conesa con Ernesto Vilchis. Una noche entró Dolores en la platea más visible, seguida de cortejo brillante que incluía a Diego, a Fito, al Bachiller. Cuando fui a buscarlos en el primer intermedio, ya no estaban. Los muchachos lo supieron y montaron en cólera. "Qué señora tan vengativa —dijeron—. Seguro nos ha visto salirnos de sus películas." Y a mí mismo me extrañó y me dolió un poco aquel aparente, repentino desinterés o descortesía, pues me consta que últimamente peores cosas se ha aguantado con estoicismo Dolores. Al día siguiente todos rectificamos nuestro juicio, y nos volvió el alma al cuerpo, pues supimos que el Bachiller había dicho en su noticiero que Dolores había tenido que salirse de la *Danza macabra* a causa de que fue presa de una intoxicación. Y ella misma me contó por teléfono que estaba sumamente apenada; que se había puesto muy bonita para ir al teatro, pero que habían cenado una fuente enorme de mariscos, y que de repente se había sentido muy mal en el palco, y había tenido que correr a su casa y tomarse un purgante. Y que ahora en la mañana que la Negra Mamplet llegó a su búngalo, le contó que ella también había pasado la noche con diarrea —seguramente más a causa de los mariscos que de una *Danza* que no acabaron de ver.

Pero en esta cadena del teatro, apenas terminada una obra hay que empezar con la siguiente, o con las siguientes, y ya estamos en ello. La siguiente, para estrenarse el 26 de febrero, va a ser una mexicana, de Ricardo Parada León, que se llama *Camino real*. La envió, con la *Judith* del Güero Bustamante, la Unión de Autores, y desde luego no tuvimos inconveniente en que el *Camino real* representara al teatro mexicano contemporáneo y a la selección de la Unión de Autores. El mismo autor va a dirigirla, y tendrá como actriz huésped, al lado de los muchachos del Instituto, a doña Prudencia Griffell, a falta de doña Virginia, que es para quien Ricardo dice haber escrito el papel de la madre. Me tiene un poco alarmado que el autor pide un caballo en escena. En el *script* señala que entre por el lunetario, como entraban los actores del *Tranvía llamado deseo*; luego ha accedido a que sencillamente aparezca en escena. Veremos si al fin transa en que alguien relinche (no faltará quien) entre bastidores, y ese truco confiere al auditorio una suficiente impresión equina.

Febrero

Martes 1°

Don Pedro regresó esta mañana de Cuernavaca, donde pasó su cumpleaños y el fin de semana con los banqueros y jugando *golf* en un partido con el presidente Alemán y Oribe Alba contra don Pedro y Aníbal de Iturbide. Claro está que en esas reuniones y comidas no se habla para nada de política. Las discusiones las tienen los banqueros con el secretario Beteta y a horas hábiles. Cuando el presidente descansa (todo lo que lo dejan descansar los que hasta Cuernavaca hallan el modo de perseguirle), es un hombre jovial y simpático.

Jueves 3

Por dos razones, la inexorable sesión semanaria del Consejo de Bellas Artes se celebró por la mañana en vez de en la tarde: la primera fue que Carlos tenía que asistir a la entrega del Premio Nacional de Ciencias en Los Pinos, y la segunda, que por la tarde habría, además de ése, el Consejo Técnico Pedagógico, que consiste en reunirse los jefes de Educación con los de Bellas Artes para discutir cómo deben enseñarse las artes en las primarias.

De vez en cuando, entre asuntos que trata el Consejo, asoma el de las constantes y constantemente impunes calumnias que se lanzan a Bellas Artes desde los periódicos. A propósito del estacionamiento, por ejemplo. Dan a entender que el hecho de que el Instituto cobre

por el uso de sus plazas, constituye un negocio particular de Carlos Chávez. Se ha llegado, en respuesta, a redactar una declaración que explica punto por punto cómo siempre se ha utilizado ese espacio para estacionamiento de coches, desde antes que apareciera el Instituto; y cómo la diferencia entre antes y ahora es tan sencilla como esto: antes poseía la concesión un individuo no identificado ni responsable ante nadie, que se embolsaba para fines particulares el dinero recaudado. Ahora es el Instituto quien percibe esas sumas, que ingresan en el fondo propio destinado por ley para el fomento de las bellas artes. Y desde que se recauda el dinero hasta que se gasta, lo vigilan inspectores de Bienes Nacionales, se sabe cuánto es y cómo se aplica hasta el último centavo, sin que lo toque un Carlos Chávez que ha llevado su escrúpulo en materia de dineros hasta el extremo un poco excesivo de que todos los pagos, así sean de diez pesos, se hagan por medio de cheques controladísimos, con lo menos dos firmas cada uno.

Se ha redactado esa declaración, y aun creo que se ha publicado; pero los calumniadores siguen en sus trece. Si se quisiera rastrear el origen de semejante campaña, tendría que suponérsele en aquel misterioso perjudicado a quien se privó del negocio particular de la explotación de un bien nacional para fines personales, porque él sería (u otro semejante) quien aprovechara la vuelta a las condiciones anteriores. De poco sirve reiterar la verdad cuando no es ella la que interesa, sino la difamación, a sabiendas de su impunidad.

Y hay otros ejemplos. El otro día un columnista aseguró que Carlos Chávez había comprado en 70 000 pesos un piano que no vale más de 24 000, y que además ese piano estaba arrumbado en una bodega. El tal piano no está en una bodega, sino en un salón de Bellas Artes donde podría verlo el calumnista si quisiera decir la verdad, y su factura de 24 000, y no de 70 000 pesos, puede también verse en el archivo administrativo del Instituto. Pero es claro que no le interesa profesionalmente publicar la verdad limpia, sino la falsedad impresionante y nociva.

Otros que se quejan por trasmano, y que deben de dar las noticias de los "negocios" de Carlos Chávez, son los empresarios de espectáculos que, como el concesionario particular anterior del estacionamiento, utilizaban sin estipendio alguno el teatro para ellos. Resultaba así que foro, sala, butacas, telones, consumo de luz, servicios, les salían gratis, y el negocio redondo. Que se acabara todo con el uso, como llegó a acabarse el piso del escenario, que acaba de reponerse; y que no hubiera con qué reponer nada, o que el gobierno, o sea el pueblo (un pueblo que ni de lejos se asoma a esos carísimos espectáculos aristocráticos de señoras con pieles) mantuviera el teatro en servicio para esos empresarios, les era sin duda muy conveniente, pero no parece muy justo. El nuevo reglamento del

teatro fija una cuota por su uso comercial que es bien modesta —un 15 por ciento de la entrada bruta— destinada a cubrir los gastos de servicio. Les saldría bastante más caro alquilar cualquier otro teatro, y ninguno es tan bueno como ése. Pero como muchos años les salió gratis, ahora respingan y gratifican a defensores, y se someten a regañadientes, mientras interponen todos los obstáculos posibles al cumplimiento del reglamento. Que no será tan leonino, desde el momento en que no se deciden a mudarse a otro teatro.

Por la tarde bajé un momento a ver a Pancho Pérez acerca de la utilería de la obra de Parada León, y entré en la sala mientras bailaban *Petrushka*. Desde la otra noche, que me quedé a ver una parte del ballet (*La Valse* de Ravel, con sus trajes de chillones colores, que lo hacían parecer una conga bailada en tiempo de vals), comprobé con tristeza que el ballet me aburre, o que estoy ya en la etapa en que uno recuerda con menoscabo el presente. Ya no digamos a la Pavlova, o Pavley y Oukrainsky; pero ni siquiera el Ballet Theatre, a Dolin y Markova. Sin duda, la gente que llena el teatro no tiene punto de referencia para su entusiasmo. O el mío se ha amenguado por el hecho de que todas las mañanas veo, de pasada, ensayar a esta compañía en un salón de clases de la Escuela de Teatro, y llenar todos el piso con sus emanaciones axilares. Esta mañana, a todos nos sorprendió la presencia de una colección de muchachos proletarios de sospechosa catadura, con las menores trazas posibles de bailarines, que aguardaban por ahí, por las escaleras. No pude pensar, sino hasta que por la tarde los vi en el escenario disfrazados, que eran comparsas apresuradamente contratados para *Petrushka*. Me dicen que hay una especie de empresario que proporciona en casos de apuro comparsas, y ésos eran. Como bailar, no bailan; pero hacen bulto.

Por cómo sonaba, a lo mejor había algunos de ésos en la orquesta.

Jueves 17

Hasta el último instante, vacilé entre los diversos medios de transporte, todos heroicos que se ofrecían a mi elección para este repentino, no muy deseado, casi obligado, viaje o desplazamiento a un Guanajuato que se me hacía muy lejos.

Uno, el más rápido, hubiera sido el predilecto avión. Salen los miércoles, lunes y viernes, a Irapuato y a León, y de cualquiera de esas dos ciudades, uno debe tomar para llegarse hasta Guanajuato un coche que le conduce en una hora más de camino, después de haber invertido una si se apea en Irapuato, o dos y media si lo hacen en León, porque antes de llegar hasta León, los aviones emprenden una inexplicable desviación hasta Aguascalientes.

Pero los aviones, los muy bárbaros, despegan a las ocho de la mañana. Y como (a pesar de que se ha comprobado en Estados Unidos que la gente no acaba de preferir abrumadoramente el transporte aéreo a causa justamente de la lata que implica, sobre lo lejano de los aeropuertos, la monserga de que esté uno presente en ellos con una hora de anticipación) citan para las siete —a qué horas quiere usted que tenga uno que levantarse en Coyoacán para encender el baño que sigue siendo de leña; refregarse, afeitarse, repararse todo lo posible— y emprender el acarreo de las siete leguas que separan a Coyoacán de la especie de Chalco en que se encuentra el aeropuerto. Francamente, era mucho desmañanarse para nada más que ir a Irapuato.

Quedaba manejar desde aquí, con el premio de salir a la hora que uno quisiera, detenerse donde se le antojara y disponer de coche en Guanajuato. Pero, ¿no hace ya bueno casi nueve años desde mi única hazaña automovilística, que consistió en echarme cinco días desde aquí a Los Ángeles —y regreso con juramento de no volverlo a hacer? Una carretera que no conocía; la posibilidad de un reventón o de un accidente...

O bien, en un turismo de los que anuncian para ocho pasajeros, y que sin duda puede uno contratar para menos e ir más cómodamente. Pero pensándolo bien, empezó a entrarme una morbosa curiosidad, infantil y traumática casi, por realizar este viaje, en ¡tren! Tomé informes. Era conmovedoramente barato, sobre todo por el viaje redondo, con descuento del 20 por ciento. Cerrando los ojos, mandé a comprar billetes y camas bajas para todos los muchachos, que eran, aparte los que trabajarían en la obra, Xavier Villaurrutia, que dará una conferencia; Conchita Sada, que garantizaría con su presencia la integridad de las muchachas; Dagoberto que es el *coach* de los becados; Delfino (que aprovecharía el otro boleto, pues no me quisieron vender el gabinete sino con dos); nueve personas, en total.

Nos citamos en Buenavista al cuarto para las siete, pues el tren de Guadalajara saldría con nosotros a cuestas a las siete en punto. Los demás fueron a dejarnos, como si se tratara de un destierro, y Carmen Sagredo, y la hermana de Rosa María derramaron lágrimas. Su familia vino también a despedir a Concha, "la S'nta Sada", como todos han dado en llamarla. Y arrancamos por fin. Era conmovedor y simpático ver la sorpresa de los muchachos. Algunos de ellos, seguramente, no habían viajado nunca en tren, pues todos han nacido, si no a la altura del aeroplano, sí en la edad del autobús.

Pero yo, que ya sabía las angustias de no fumar más que en el excusado; de lavarse a tientas la pura cara mientras un señor hace pipí ahí tan cerca, y otro se enjabona el hocico y escupe, y a otro le cuelgan los tirantes durante el aseo matinal en que los pasajeros *are requested to please refrain from smoking*, di gracias al cielo por haber conseguido esta celda que, siquiera, me libraba de verificar

tales actos en el colectivo, y que me permitía encerrarme a desvestirme, en vez de acuclillarme como un mono en la cama baja, mientras se oyera el fru-fru con la tos del vecino de arriba que se quitara la camisa, o el rascarse del de junto, y los pasos apagados por la alfombra verde del señor que se acercara, buscando a tientas su cama, metiendo la cabeza en la de otro; o la voz baja del *porter*, que arrimara la escalerita para el ascenso a su litera de todavía otro ejemplar de esa jaula espantosa como todas.

Claro está que no pude dormir. Apenas lo intentaba, los jaloneos, las paradas bruscas, los arranques, los pequeños choques, me volvían a la incómoda realidad de un insomnio poblado de recuerdos de mi primer viaje largo, que fue en tren y a San Francisco. No sé a qué hora habrá sido que llegaríamos a Irapuato, pues el tren habrá dejado de moverse, y yo habré dormido un poco. Pero lleno de sueños.

Viernes 18

Enrique Ruelas, el culpable de toda esta ventura, nos aguardaba, pues había salido la víspera. Tenía dispuestos dos coches para nuestro transporte a Guanajuato. Sin embargo, lo importante era reservar desde luego las camas para el regreso el domingo. Demasiado tarde. Ya no quedaban más que cinco, y el gabinete estaba vendido. Y yo viajar en público y en piyama, ni soñarlo. Quedaba otra posibilidad: regresar en el diurno, que pasa por Irapuato a las dos de la tarde, nomás que ése no lleva *pullman*, y a ver cómo se sienta usted. Eso haríamos. Ya no había sino que resellar los boletos el mismo domingo.

Julio Prieto, el pérfido, llegaría en el avión dentro de un momento. Él dijo en México que no era viejito para viajar en tren, y no es sino ahora que le concedía yo la tardía razón. Le enviamos uno de los coches, y en el otro emprendimos, después de un desayuno de fresas (yo no sabía entonces que las riegan con las aguas negras, y que a su consumo debe la región la prosperidad de las tifoideas), la llegada a Guanajuato.

Pasamos por Marfil, la hermosa ciudad muerta, que llegó, según dicen, a contar treinta mil habitantes, de los que quedarán unos diez —y a esa hora estarían en otra parte. Y ya pronto Guanajuato empezó a revelarnos su señorío. Los callejones, los edificios superpuestos, las iglesias en alto siempre, los planos irregularmente escalonados, nos miraban por encima del hombro. Ni un solo adefesio de casa moderna; ni un "colado de cemento"; ni una "casa funcional"; ni un "ventanal" de fierro. Todas las casas y todos los edificios viejos y sólidos, hechos con la cantera magnífica de la región, o de simple adobe, pero con dignidad, con tradición, con sabor auténtico de ciudad mexicana.

Pronto descubriríamos que Guanajuato, en realidad, por mucho

que ella lo oculte con serpear, no posee más que una sola, larguísima calle, a que dan, a que se vierten o de la que ascienden, todos los callejones increíbles que me recordaban el barrio judío de Lisboa, a falta de recordarme la Toledo o las otras ciudades españolas que Guanajuato les recuerda a los que las conocen. Pero por lo pronto, me pareció muy venturoso que lo primero que nos llamara la atención en el camino por las calles fuera nada menos que el Teatro Juárez en que trabajaríamos; en que ya se hallarían las decoraciones, y Pancho Pérez, Zedillo y Marcelino (la plana mayor de Bellas Artes) trabajando en instalarlo todo para que a la noche le diéramos un ensayo completo a la *Danza macabra*.

Ascendimos su escalinata, deslumbrados y encantados, como los peregrinos visitan, antes que nada, el templo. El vestíbulo nos pareció soberbio. Retrocedíamos para admirar, desde la encantadora placita que luego supe que llaman el "cuartillo de queso" —con sus enormes laureles acabados de salir de la peluquería, y sus bancas de fierro, (esas que puso don Porfirio en el Centenario en toda la República, y que son las únicas que hay, porque la Revolución, como si no quisiera que las familias descansaran nunca, ha preferido hacer bancos que bancas) pobladas siempre por estudiantes que de veras estudian —las estatuas que suponíamos de las musas aunque nos salía faltando una que ya no habrá cabido o se habrá mudado a acompañar a ese Pípila que también se miraba desde la placita allá arriba, impertinentemente asomado, como una momia de las que los muchachos se proponían ir a conocer.

Enrique Ruelas nos llevó a conocer, primero, el *foyer* superior del teatro, y la logia en que daban fiestas. ¡Tan victoriano!, ¡tan mi siglo predilecto!, ¡tan porfiriano, si usted quiere! Los tapices de aquellos *puffs* y de aquellos sofás y sillones dorados ya están deshilachados, pero para restaurarlos, quitan los galones y los bordados de oro y los aplican, siguiendo ese mismo dibujo, a los brocados con que están volviéndolos a tapizar; y están quedando muy bien, todo lo bien que queda uno cuando se arregla cuando ya estaba como esos muebles. ¡Qué fiestas apretadísimas no habrán dado en aquella logia, de la que parece que acaban de ausentarse las damas gordas y alhajadas, los caballeros sin bañar pero con leontina! Al fondo de la logia, sobre una repisa de mármol, un viejo libro narra sucintamente la historia del teatro, su costo de 600 000 pesos —claro, de aquellotes—, y ha recogido autógrafos cada vez menos interesantes a lo largo de sus cuarenta y seis años de existencia, pues fue inaugurado cuando uno todavía era una especie de protozoario evolutivo, en 1903.

Pero el despiporre del deslumbramiento fue entrar en la sala. Toda morisca, como el famoso pabellón morisco o como el afamado quiosco de la alameda de Santa María, o como la Alhóndiga de Granada, o la Alhambra de Guanajuato o de Granaditas, o como usted prefiera,

pero encantadora, con su enorme estrella judía de lámpara colgada allá arriba, y sus palcos de honor amueblados como para que fuera apareciendo en ellos la propia Victoria, o cuando menos Oscar Wilde, o ya de perdida doña Carmelita Romero Rubio; ¡con sus espejos de marco de terciopelo rojo; sus cortinajes de lo mismo y su ajuar Luis algo, dorado y con brocado rojo! Me contó Enrique que abajo de ese palco de honor queda todavía un sótano en que estaba instalado un pequeño salón privado para que el gobernante agasajara a sus invitados y descansara durante los intermedios. Ya no queda nada de su mobiliario siquiera. Algún anticuario se lo habrá acarreado —o algún político.

En fin, volveríamos a ese teatro, a esa joya del pasado, dentro de muy poco. Y por lo pronto, continuamos el viaje hasta el hotel, por la misma calle serpeante, ascendente y única, y tan angosta, que sería imposible que se la echaran en dos sentidos los coches y los autobuses si no fueran choferes y automovilistas tan bien educados que cada vez que se tropiezan (y lo hacen casi a cada 100 metros) uno de ellos se echara atrás hasta el más próximo ángulo del zig-zag de esa calle, y le diera, como se lo da el paso al otro. Veíamos al paso aquí una fuente, allá una placita, acá un callejón o un puente, y cruzábamos un jardín. Y por fin, desembarcamos en el suntuoso Hotel Orozco.

Todavía no le llega el ascensor, pero ya está decorado, y nada menos que por Roberto Block. Yo creía que habría sido alguno de sus muchos imitadores, pero luego averigüé que él se imitó a sí mismo en el diseño de muebles, puertas, muros, colores, candelabros, cómodas y consolas y mesitas. A sus *bergères* se les veía, efectivamente, la peculiar oreja diabólica en pico.

"Alguien", me dije, lanzándole un reproche mudo, "se olvidó de tirar del agua", y lo hice para expulsar de mi vista aquellos residuos urinarios mientras hacía correr la que se anunciaba como caliente, y me disponía a vengarme del *pullman* con tomar un baño prolongado. Pero no tardé en comprobar que aunque aquéllos parecían orines, a menos que me haya bañado con orines, era simple agua: una agua turbia y amarilla que no debe beberse, pero que en realidad aun con eso, no es razón para que le llamen caliente cuando no se logra ordeñar más que desabridamente tibia, detalle en que no habrá reparado Roberto Block.

¿A dónde ir primero? Nos tentaba el mercado, porque nunca falta un cacharro pintoresco de arte popular que comprar; o a lo mejor habría algún vejestorio interesante, o casas de antigüedades con gangas. Lo primero era contratar un coche para todo el día, a fin de movernos con libertad y rapidez, y aprovechar así el tiempo hasta la hora en que nos meteríamos en el teatro a pasar toda la obra, que no sería antes de la noche, cuando estuvieran listos con todo: luz, decorado, utilería, sonido.

O bien —¿iríamos a La Valenciana? No me gusta ir lejos, pero accedí, y cámara en ristre, Delfino, "la S'nta Sada", Xavier y yo, la emprendimos hasta La Valenciana. A nadie (nuestro risueño, gordito —y mandado: 60 pesos por el día, cuando luego supe que lo habitual son 40— chofer) se le ha olvidado en Guanajuato que aquí se filmó *Bugambilia*, y que el Indio no dejó rincón por fotografiar. Incluso la famosa Valenciana, para ir a la cual se recorre un camino polvoriento y abandonado desde el cual, sin embargo, se mira el casco señorial de una hacienda de beneficio. La famosa Valenciana, cerrada, está al cuidado de una vieja que vive ahí, rodeada por macetas y perros, y enseña la iglesia a los turistas. Xavier dijo tres o cuatro cosas muy inteligentes sobre el churriguera de los altares; Delfino sacó o trató de sacar fotos; "la S'nta Sada", con su pañuelo a la cabeza, pidió tres mercedes a cambio de tres oraciones —y regresamos a Guanajuato, después de dar unas monedas a la vieja y a los seis o siete chiquillos conmovedoramente desnutridos y miserables que brotaron de la tierra al vernos salir de la iglesia.

Nuestro primer compromiso oficial consistía en saludar al gobernador a las dos de la tarde, hora en que nos recibiría en su Palacio. Pero quedaba tiempo para otras cosas. Por ejemplo, para ir al mercado, y fuimos a él. El *sursum corda* de la elegancia; como el Trocadero; con escalinatas, estatuas y todo; pero desoladoramente vacío. Con dos pisos por dentro, que se apetecerían llenos de puestos y de vendedores y vendimias; pero sin nada más que unos cuantos a la entrada, de frutas no muy tentadoras. Ni un aguacate, ni más que papayas, jitomates, chiles, cebollas. Salimos un poco contristados. Guanajuato debe de hallarse bien pobre. Llegó a tener seiscientos mil habitantes, y no le quedan más que veinte mil. De esos veinte mil, como suele, la mayor parte serán pobres. Y los demás —¿de qué vivirán? No parece darse aquí nada más que minerales, y ésos, hallarse agotados, y explicarse así la decadencia de haciendas y mansiones de ricos del pasado fabuloso de plata y oro.

Pero —¿no es su pobreza actual lo que ha preservado su muerta grandeza? La vida es fea. Es la muerte la hermosa, la serena, la definitiva. La vida carcome, triunfa como el cáncer. En Querétaro, en Puebla, es la vida lo que afea, con sus alojamientos modernos, la belleza de las moradas de muerte y pasado que las ennoblecían.

De El Gallo Pitagórico iríamos todos juntos a ver al señor gobernador. Entramos pues, en El Gallo Pitagórico. Ahí se reúne la *intelligentsia* de Guanajuato; a comprar, hojear, discutir libros. Ahí estreché las manos de los que espero haber hecho mis amigos.

La primera pieza de El Gallo Pitagórico es una librería normal, con sus estantes llenos de libros nuevos y viejos, éstos ya competentemente explorados por los coleccionistas locales, y entre los que escogí unos *Viajeros en México* de 1857 y de otra fecha —que luego

me olvidé de comprar y traer. En la trastienda, empiezan a instalar una sencilla exposición para venta de antigüedades; no muchas ni muy excepcionales; pintura religiosa en lámina de cobre, copas, consolas románticas, abanicos. Como todas las provincias, Guanajuato habrá sido minuciosamente saqueado de buenas piezas por los comerciantes —o por los afortunados primeros en llegar en su búsqueda y en su barata adquisición. Me doy buena cuenta de que no podemos arrojar la primera piedra contra los conquistadores, ni contra ningún otro forajido. La actitud que caracteriza a todo viajero que se siente superior a la región que visita, es justamente la de los conquistadores: ver cómo se lleva lo bueno por nada; ver cómo fastidia al prójimo, lo despoja de lo que cree que él no aprecia; cómo se lleva el oro a trueque de las cuentas de vidrio.

En El Gallo, Enrique Ruelas nos presentó con la *intelligentsia* de Guanajuato: jóvenes como Eugenio Trueba Olivares, tan "al día" en todo; hombres maduros como Fernando Robles, que dice haberme conocido en Montevideo, y refiere que luego fue a hacer su doctorado en la Sorbona, después en Roma y por último en Londres, y ahora está escribiendo libros en Guanajuato; o todavía más maduros, como don Manuel Leal, quien por la noche nos llevó a su casa, llena de hermosos objetos antiguos y retratos de sus antepasados, y saturada su verbosidad con anécdotas e *impersonations* de la localidad. Don Lupe nos atendía, y en solemne caravana, desfilamos cerca de las tres de la tarde, hacia el Palacio del Gobierno, pues era protocolario que visitásemos al gobernador, y nos esperaba.

El Palacio es muy hermoso, con sus mosaicos italianos menudos y sus escalinatas de la cantera rosa y verde de Guanajuato. En una antesala porfiriana aguardamos largo rato, porque el gobernador recibía en ese momento a una obvia comisión de políticos locales. Por fin entramos en su despacho, y enseguida me pareció conocida su cara. Estoy casi seguro de que él andaría terminando leyes cuando yo empecé esa carrera, y de que lo habré visto muchas veces en la escuela. Hay algo que no cambia en el rostro, en la mirada de las personas, por mucho que el tiempo las deteriore y envejezca, como es sin duda el caso del licenciado Luis Díaz Infante.

Nos cambiamos frases corteses; él de bienvenida, nosotros de agradecimiento por su invitación y por su patrocinio del Centro Guanajuatense de Teatro. Es un hombre fino y apacible, blanco y robusto, encanecido y respetable. Le pregunté si tendríamos el placer de verle en la función, y anunció que concurriría.

Durante los viajes se antoja mucho comer, precisamente, antojos regionales. Pero Guanajuato no parece tenerlos, ni disponer de restaurantes o fondas típicas. Supimos que lo más conveniente sería comer en el propio hotel, y cuidarnos mucho de no beber agua si no era de botella y burbuja, pues no hace mucho que asoló a Guanajuato

la tifoidea. Cuando llegamos al hotel, los muchachos casi acababan de comer, y los grandes consumimos, con voraz apetito, la colección de platillos rituales ("sopa aguada", "sopa seca", guisado de esto, de lo otro) de los generosos hoteles provincianos.

Después de una siesta que a todos nos hacía buena falta, emprendimos de nuevo el recorrido de Guanajuato. Pasamos por el teatro, pero todavía no acababa Zedillo de instalar sus magias eléctricas, ni Panchito Pérez sus decorados, que doblaba cuidadosamente para adecuarlos al tamaño del escenario; ni habían conseguido todos los muebles necesarios, ni parecía fácil obtener los dos tocadiscos y el magnavoz en que el atareado Dagoberto cuidaría de producir la música de fondo. De suerte que no podíamos ensayar aún, ni podríamos sino hasta la noche. Así ocurre siempre en el teatro —este milagro. Todo parece conjurarse para que nada se halle listo, para que todo se dificulte. Y en el último momento, todo cobra vida repentina, todo se arregla, todo sale bien.

Pilar, por ejemplo. Cada vez que va a estrenar, o a trabajar en una función importante, la acomete una súbita, inexplicable gripa neurótica que la postra y la pone afónica, le cierra la nariz, le produce toda clase de tragedias, amenaza no permitirle trabajar. Ahora estaba así. Hecha un trapo, echada en un sillón, atiborrándose de cafiaspirinas y ácido ascórbico. Nos citamos para las nueve de la noche, y dimos a los chicos tarde libre mientras, con Enrique Ruelas, hacíamos una detenida visita al hermoso Colegio del Estado.

Los viejos mozos reconocieron cariñosamente a Enrique, que estudió ahí toda su carrera de abogado, y a quien yo veía sentimental y evocador, mudo en los corredores, añorando sin duda la época en que concurriría a las clases —uno de aquellos muchachos que ahora se inclinaban ante sus textos en pequeños grupos.

Subimos a la biblioteca, que acaba de instalarse donde ahora está, después de haber ocupado largos años un local incómodo, oscuro y húmedo. Salió a saludarnos don Fulgencio Vargas, una especie de don Luisito González Obregón —quien, entre paréntesis, era también de Guanajuato. Nos mostró los ejemplares soberbios que ha puesto en las vitrinas —un reglamento de la Inquisición muy notable—, y yo admiré la silla incrustada de nácar en que él se sienta, y que me explicó que es parte de un ajuar de Maximiliano.

Visitamos después las dos magníficas colecciones de mineralogía, y del tercer piso, salimos sin transición a la espléndida terraza que da a otra calle y en que algunos muchachos jugaban basquetbol. Por ella descendimos, admirando la fachada de iglesia que salvaron al traerla a instalar aquí, hasta el patio bellísimo donde pondrán las estatuas de los benefactores del Colegio, y donde se encuentra el salón de actos en que podríamos Xavier y yo haber dado conferencias el lunes y el martes —si no tuviéramos que regresar el domingo.

A ese largo, oscuro salón de actos, han acarreado los guanajuatenses a la pitiflor de la calabaza sabihonda de México. José Gaos, Joaquín Xirau, Enrique Diez-Canedo (que se ponía nervioso cuando oía la campana vecina); todo el Colegio de México, integrado por españoles, ha venido a dar aquí conferencias y cursillos: "y también algunos mexicanos". Pero los españoles tuvieron mejor suerte, pues durante su permanencia aquí, se puso a la venta una biblioteca de un difunto, y ellos llegaron antes que los eruditos locales a llevarse costales de gangas.

Ya oscurecía cuando salimos del Colegio del Estado, y el "antojo viajero" nos indujo a buscar golosinas típicas que merendar mientras llegaba la hora de empezar el ensayo. En una esquina descubrí un puesto de lo que supuse que serían gordas de cuajada, pero que no eran más que unos considerables panes de maíz morenos, calientes, que pensé sabrían muy buenos con leche fría. Nos dimos a buscar leche. El chofer nos llevó a todas las partes en que supuso que podríamos hallarla, pero sin éxito. Pensamos entonces que en el hotel sí habría, y allá fuimos, pero para nuestra ulterior y definitiva decepción, pues toda la que había era repugnantemente hervida. La hierven desde en la mañana, pues está prohibido tenerla cruda, a causa de la tifoidea, y sólo por encargo especial y subrepticio Chinto, nuestro mesero, prometió reservarme alguna cruda para mañana.

Los muchachos se nos reunieron. Habían excursionado por otros puntos, y sobre todo, habían ido a visitar a las momias. Venían impresionados, y nos las describían, con el olor peculiar e inolvidable de sus tumbas y sus gestos congelados de angustia cuando las han enterrado vivas o les han pasado cosas horribles, como una operación cesárea y un niño al lado para siempre.

Empezamos el ensayo pasadas las nueve. No era cuestión más que de adaptar cruces y movimientos al nuevo tamaño del escenario, pues no han olvidado una sola línea del diálogo, y creo que todo saldrá como corresponde. No me preocupa más que el sonido, que aún no consiguen.

Sábado 19

Ayer vimos, en los puestos de loza frente al mercado, unos platos gruesos que me gustaron como para comidas en el jardín. Pero no tenían suficientes, y eran todos defectuosos. Pedí pues al chofer que nos llevara a las alfarerías, donde supuse que encontraría todos los que necesitara.

Pero no fue así. Las dos alfarerías a que nos llevó, un poco fuera de la ciudad, por caminos polvorientos y tristes, eran tristes y polvorientas. Unas cuantas docenas de cazuelas crudas se oreaban al sol,

atendidas por un muchacho, y el dueño salió de las tinieblas de su almacén vacío a decirnos que nunca tiene existencias, pues apenas sale del horno su producción, ya están aguardándola los que se la compran al mayoreo para revenderla en otras ciudades. Mientras Julio Prieto se esforzaba en dar con algún jarro olvidado en buen estado, de los que dejan al fabricante por defectuoso, yo me entretuve en retratar al pobre burrito vendado de los ojos que da vuelta al molino en que baten la greda de que hacen la loza.

En la otra alfarería, vecina, tampoco había mucho que ver. Ahí hacen piezas más delicadas, vidriadas en negro y en verde, y principalmente increíbles miniaturas: jarritos y cazuelas y juegos de té que hay que manejar con pinzas y que ver con lupa, y que dan por 60 centavos. Una especie de pulgas vestidas de la alfarería.

De vuelta en el centro, tropezamos con los jóvenes intelectuales: Eugenio Trueba Olivares, Manuel de Ezcurdia (amigo y compañero de estudios de mi prima Meche) y un joven cuyo nombre no capté, de alerta mirada nigromántica, que la víspera había ido a escandalizar a los leoneses con una conferencia heterodoxa sobre pintura moderna, proferida para el escándalo del cura que había organizado una exposición de cuadros académicos. Les tomé unas fotos y visitamos a un chacharero que tiene libros viejos, y la librería de don creo que Manuel, de que son clientes siempre al corriente de las novedades. Supe ahí que mi *Nueva grandeza mexicana* de la Colección Austral ya llegó a Guanajuato —y se agotó. Aun cuando luego averigüé que no es mucho chiste, porque no le mandan a don Manuel más que..., un ejemplar de cada libro de la colección.

Comimos de nuevo en el hotel, y después de la siesta, Julio, que habitualmente anda disfrazado de alpinista, se nos apareció de lo más apretado. Es que iba a dar en El Gallo Pitagórico una conferencia sobre producción teatral. A las cinco, el pequeño local se llenó, y él leyó unas cuartillas claras e inteligentes sobre ese ramo de la magia teatral.

Me disponía a vestirme para la función, cuando me anunciaron que quería verme el señor Valtierra. Le rogué que subiera, le abrí la puerta —y me hallé, atónito, frente a mi minucioso, insospechado biógrafo: usted nació tal día de tal mes de tal año —me dijo—. Luego, su primer libro fue tal, que empieza así: y me sé de memoria este poema y aquel otro; y después, en tal año, publicó usted tal otro libro, y luego este otro en este otro, y han traducido esto y aquello suyo aquí y allá, fulano y mengana, y yo tengo este libro suyo que nadie tiene, y esta *plaquette*, y aquí traigo el artículo que publicó usted en *Novedades* sobre Guanajuato en 1944 sin conocer a Guanajuato, porque ésta es la primeva vez que usted viene... y ultimadamente: ¿cómo va ese lumbago?

No hay en mi vida, en mi obra, en mi periodismo, en mi librismo,

cosa ni detalle que ignore ni que olvide este Eduardo Valtierra que me ha seguido, desde hace años y por todas partes. Ahora es agente del Ministerio Público en Salamanca. Supo que estaba yo aquí; y aquí está, para tener —dice, ofendiendo mi natural modestia— el privilegio de conocerme personalmente.

Logro, por fin, hacerlo que en vez de hablar de mí, hable de sus actividades. Y así averiguo que prepara una antología de poetas guanajuatenses vivos, en que se presenten a sí mismos. Serán catorce, cifra que me suena a mineral. Le invito a merendar con nosotros y a acompañarnos al teatro, y le presento con Xavier, a quien también conoce y admira, aunque advierto que no tan pormenorizada ni fogosamente como a mí. Y antes de perderlo, pues una vez llegados al teatro yo me entré en el foro y no volví a verle, le ofrecí poner al corriente su bibliografía. Y aun pienso escriturarle mis metros cúbicos de copias al carbón de casi todo lo que llevo publicado o naufragado en periódicos y revistas. Siempre es un consuelo saber, o suponer con fundamento, que uno tendrá un biógrafo. Y hay que ayudarle.

La función salió redonda. El absorto, interesado silencio, no se quebrantó ni cuando al capitán Mario Orea se le saltó un botón de la guerrera, y rebotó varias veces hasta el lunetario. Ni rodó cuando al agradecer los aplausos finales, a la cortina se le antojó no correr, y nos dejó a medio escenario, desconcertados, por largos segundos. A Pilar, como era de esperar, la gripa se le disipó con los primeros aplausos, y actuó como nunca de bien.

Después de la función, el gobernador nos aguardó para llevarnos a tomar una copa en el casino, y tuve ahí el gusto de conocer al rector Olivares Carrillo, que ese mismo día había llegado de México para ver nuestra función. Es el presidente del Centro Guanajuatense de Teatro.

Nos retiramos, agradecidos; radiantes los muchachos; y me pidieron permiso de "callejonear" esa última noche. Además, habían encargado unos tacos en una fonda, y les daba pena dejárselos a la señora. Fui con ellos a una réplica exacta de las "tascas" madrileñas. Su pena no tenía fundamento, pues no les habían guardado nada de tacos. Pero les sirvieron caldo de pollo, y unos cancioneros que llegaron con dos parejas de noctámbulos.

La "S'nta Sada", Gabriel, Delfino y yo, nos retiramos en un coche al hotel. Al llegar, de las sombras de los árboles surgieron dulces notas de serenata; los mariachis que la entonaban, y los alegres muchachos y muchachas de la universidad que venían a traérselas a los nuestros. Sentimos decepcionarlos, y les indicamos que los encontrarían por ahí, pues vendrían sin duda detrás de nosotros, sólo que a pie para callejonear.

Domingo 20

Pero no los encontraron, y fue una lástima. Porque lo que se les ocurrió a estos bárbaros, a esas horas, fue ascender hasta el Pípila.

Se acabó. A México. Mañana, a ensayar. Al despedirnos, la señora del Hotel Orozco nos confió: "Después de ver la obra, cuando llegó mi marido..., ¡vieran con cuánto cariño lo recibí!"

Marzo

Jueves 10

Sin ánimos para salir a la calle. Preso, de nuevo, en el círculo vicioso de la psicosomática. No es posible la felicidad sin la salud; pero, ¿es la salud la que propicia la felicidad, o sucede al revés? Los enterólogos han forjado ingeniosas teorías que uno olvida en las temporadas en que se siente bien, pero que trata de reconstruir cuando reanuda la que acaba por comprender que es su lamentable normalidad enfermiza. Una ocupación grata conjura, extirpa, destierra, ese aparente invento moderno de la colitis. Pero a su vez, la colitis impide por completo el placer de ninguna ocupación. Un cambio absoluto, radical, valiente, de vida; un trasplante, un sacudimiento de los reflejos condicionados a la rutina: pero —¿y el ánimo para intentarlo?

He vuelto a visitar a Claudio, el ejecutor de los tratamientos de Raoul —y de aquellos otros que subrepticiamente suelo inventarme. "Vives de química", solía decirme Enrique con reproche. Y ha sido así en realidad; y tanto, que de acuerdo con la teoría que Gómez Robleda me expuso hace unos días sobre mi falta de salud, ella se debe a que por cuidarla, toda la vida me la he pasado sobrecargando al pobre hígado con medicinas, puesto que todas ellas van a dar allá, son tóxicas y acaban por dañarlo, a veces irreparablemente.

Miércoles 16

Pero por lo visto empiezan a surgir por muchas partes politiquerías más o menos en sordina, organizadas o no, contra la labor del Instituto. Hoy Carlos Pacheco, que es el nombre de Denegri, mete en su "Carrousel" la respuesta que me lanza la señorita Lola Bravo para decir que ya quisiéramos para un domingo ser tan chichos como los grupos experimentales, y que ya quisieran Moreau, Villaurrutia, Wagner y Clementina Otero de Barrios ser tan buenos profesores como los que ella disfruta en Retes, Daniel y Seki Sano. Allá ella.

El licenciado Quijano me llamó a su despacho para que otorgára-

mos con los otros jurados los premios del concurso de poesía de las Fiestas de Primavera. A cada uno nos tocó un lote como de cincuenta poesías, como si quisieran los poetas mexicanos, por su abundancia, desmentir a José Luis Martínez, o como si quisieran, por su calidad, suscribir su opinión. Antonio Castro Leal había escogido una pequeña serie de bonitos sonetos, y Echeverría del Prado un poema medio Neruda bonito. Yo había escogido de mi lote un poema largo de mucho trabajo que era un paseo lírico por la ciudad de México, y convinimos en dar a éste el primer premio, el segundo a los sonetos escogidos por Castro Leal y el tercero al poema descubierto por Echeverría del Prado.

Al llegar a Bellas Artes me encontré al poeta Rubén Bonifaz Nuño y le pregunté si no había entrado en este concurso. No entró, pero me preguntó quién había sido premiado y le conté que no lo sabíamos, porque el poeta no había mandado su nombre. Pero cuando le dije cómo era el poema premiado, reconoció que era uno que ya le había enseñado Jesús Reyes Ruiz, quien así no hace sino añadir una más a su ya grande colección de flores naturales.

Por la noche, mientras tomábamos té con los muchachos, llegó el poeta premiado a darme un abrazo, y fue ovacionado por la concurrencia.

Jueves 17

A las ocho había yo quedado en pasar por Anita para acompañarla al matrimonio de Eric Rubio y María Luisa en el Hotel del Prado. Iba a ser la primera vez en la historia de México, de un México que se moderniza, en que un juez se instalara a matrimoniar en un hotel. Primero pensaron que fuera en casa de Jorge. Pero ahí no cabría tanta gente como sin duda asistiría, por más que ciñeron finalmente las invitaciones a unas sesenta.

Cuando llegué, salían ya los fotógrafos. Habían estado retratando a la novia, al novio y a los cuñados y la suegra. La novia se veía preciosa con su traje antiguo, hecho en Irlanda hace más de cien años. Los ingenieros del despacho —Horcasitas, Ibáñez, Alonso— subieron a brindar, y luego nos fuimos al hotel. Por el camino recogimos a unas amigas de María Luisa.

La ceremonia se desarrolló en un saloncito en cuyo fondo habían instalado la solemne mesa del juez y su secretaria, y en torno, los reflectores de los noticieros y los fotógrafos. El famoso juez Próspero Olivares Sosa revisó los papeles y llamó a los testigos a firmarlos. Luego, frente a sus librotes de actas, convocó a los novios, pidió silencio, nos preguntó si aquellas dos personas eran las mismas que todos estábamos seguros de que eran; las declaró unidas en matrimo-

nio, y les pronunció esa laica epístola de San Pablo que luego, en confianza, me dijo que no le gustaba mucho, y que ojalá le diera yo una revisada para embellecerla.

Al rato, después de las felicitaciones y las fotografías, pasó todo el mundo al *buffet*, servido en un comedor próximo y sobre una mesa enorme y muy surtida de suculencias por dos cocineros y un *maître*. Puesto que no probé una gota de licores, comí en cambio, ejecutando esos equilibrios durante los cuales uno quisiera tener más manos: una para la servilleta, otra para la copa o el vaso, otra para el plato, otra para el tenedor, otra para el cuchillo —y un cuchillo, porque resulta muy difícil henderlo todo con el tenedor. En las reuniones elegantes y numerosas deberían, realmente, servir tortas compuestas. Así se conciliarían el espacio, el número —y la destreza.

Transcurrido el sagrado silencio del equilibrio y la masticación, las calorías acumuladas empezaron a florecer en el murmullo de las conversaciones, y Eric y María Luisa zanjaron el bonito —y rico— pastel de bodas, y circuló la champaña, y los brindis se redujeron a uno pronunciado, con románticas evocaciones de Orizaba, por uno de los testigos, cuyo nombre no retuve.

Nos despedimos de los novios como a las once. Al salir, vimos que los gringos del hotel estaban entre azorados, desvelados y divertidos con las músicas, pues aparte los charros que tocaban para la boda, se oía desde el salón de los candiles la orquesta a que bailaban otras familias porque una señorita agasajada cumplía quince años y estaba muy contenta.

En el intervalo entre la firma del acta y el *buffet*, vi pasar por el corredor a Jorge Piñó. Creí que estaba en la boda y lo llamé a la mesa a que nos habíamos sentado el doctor González Ochoa y yo. Hace tiempo que no lo veía. Está gordo. Me dijo que ya clausuró su revista; que se sostenía con treinta mil ejemplares, y que cuando llegó a veinticinco mil (lo cual es una buena circulación para cualquier revista) decidieron cerrarla. La contempla como una aventura divertida y útil para todos, porque demostró que han pasado los tiempos de las represiones violentas. Y me dijo que empieza a creer que tengo razón cuando le diagnostico un complejo de autocastigo. No tiene planes inmediatos.

Viernes 18

Carlos había dispuesto que el Consejo en pleno del Instituto recibiera al presidente a las puertas del flamante Conservatorio que quedó terminado a toda máquina para inaugurarse hoy a las doce, y que es una obra empezada durante la administración anterior, en que el oficial mayor de Educación, el señor Enríquez, era sumamente me-

lómano y la patrocinó. La hizo Mario Pani, y por eso se parece, guarda un pronunciado aire de familia, con la Normal nueva, con el hotel de la esquina de Ramón Guzmán y Sullivan y con otras construcciones aerodinámicas y atrevidas de este arquitecto. No me meto yo mucho en la música, pero de vez en cuando oía a Sandi quejarse de que en los salones de clase del nuevo Conservatorio no iban a caber los alumnos, o los pianos, o algo así. Pero el "efecto" es muy impresionante, y cuando uno recorre los pasillos adornados con jardineras, y ellas adornadas con los sacramentales hules y las galvias pintas que trepan por las columnas, se siente en un hotel o en una enorme tienda de flores.

El presidente llegó puntualísimo, como siempre; y en cuanto aterrizó de su coche, en que venía el licenciado Beteta, Lauro Ortega y otros políticos, fue rodeado por otros, y la comitiva quebrantada. Entre aplausos y apretones llegó hasta sus asientos del *auditorium* circular, y empezó el programa con un Honegger dirigido por Moncayo y ejecutado por la Sinfónica del Conservatorio. Luego, Carlos leyó un discurso en que hacía la breve historia del Conservatorio desde los tiempos de García Cubas hasta el presente, y se refirió al escaso patrocinio oficial que recibe el arte. Después, Blas Galindo dirigió su *Suave Patria* con la Orquesta y los Coros del Conservatorio de que es director, y tuvo con ello un triunfo estruendoso. Irradia simpatía este indio purísimo y lleno de talento musical. La contagió, y no se acababan las ovaciones.

Luego el presidente declaró inaugurado el edificio, se tocó y cantó el Himno, y empezó un recorrido del edificio que yo renuncié a hacer entre las apreturas de los que se empeñaban en asestarle su biografía sintética al Primer Mandatario. Me llevé a Leonor, a Conchita, a Germán Cueto y a Torre Lapham a Bellas Artes, y llegué a tiempo de pasar por don Pedro para acompañarlo a la recurrente, reanudada comida de los viernes, a la que hace algunos que me sustraía, para el reproche del patrón, que sostiene que no debemos dejarlas morir.

Por la tarde presencié el ensayo del *Romeo*, todavía no con luces ni decorado, pero ya con algunos trajes. Córcega ha inventado un salto mortal desde el balcón de Julieta que él puede hacer muy bien porque es bailarín, pero que puso las primeras veces en aprietos al otro Romeo, Bribiesca, que se dio un zapotazo al intentarlo. Ahora ya le sale. Puesto que los luchadores actúan, no parecerá muy fuera de lugar que los actores hagan uno que otro circo.

A las siete y media bajamos a inaugurar la exposición de escenografía, que está muy bonita. Julio Prieto y Toño López Mancera, y el activo Leoncio, se han matado organizándola en unos cuantos días al mismo tiempo que montan el *Romeo*, que preparan la inauguración del Conservatorio y que despachan un ballet a Morelia. Pero su trabajo luce.

Como a las nueve, Carlos y yo fuimos a la casa de Carlitos Pellicer a darle el pésame. Ya se había retirado y no pudimos verlo. Mi madre fue al entierro, y estuvo con Carlos y con Juan casi todos los días. Yo, durante su larga enfermedad, vi sólo dos veces a la señora y a los muchachos. Debo de parecerles desafecto, pero no soy más que cobarde. Sentí su enfermedad y siento su pena como ellos mismos.

Martes 22

Hoy fue el gran día en que la Reina de la Primavera con su corte de princesas y embajadores, recibió en Bellas Artes el homenaje de una *première* de nuestro *Romeo y Julieta*.

No faltaron mortificaciones. La primera fue que después de haber pedido quinientos cincuenta billetes de luneta, todos los palcos y todas las plateas el Departamento del Distrito, para encargarse ellos de su venta y distribución desde hace más de ocho días, a las doce de hoy los devolvieron todos para que se pusieran siempre mejor a la venta en las taquillas. Por un momento, temimos que no fuera ya tiempo, y que fuera a haber poca gente.

Pero, por fortuna, no fue así. Cuando Carlos y yo bajamos a su palco, el teatro estaba ya lleno, y a punto de empezar el número de la Reina, que consistiría en su presentación y la de su corte, y su elogio por un orador; en la distribución por ella de los trofeos ganados por las bandas en concurso ayer o anteayer en la Alameda de Santa María, y por fin en el *Romeo*. Todo ocurrió conforme al programa. La gente sin duda extrañó un poco que las señoritas no asistieran vestidas de noche ni muy de princesas de acuerdo con la idea que de ellas se tiene por los juegos florales, sino como quien dice de calle. Luego desfilaron hacia sus plateas, refaccionadas con más sillas que las ordinarias, porque conté como setenta señoritas en la corte, y apenas cabían.

Luego empezó el *Romeo*, cerca de las diez. Deliberadamente me había yo abstenido de asistir a los últimos ensayos —de luces y de movimientos. Así pude mejor disfrutar de la sorpresa de una *mise en scène* realmente insuperable y mágica. Es una trucha Julio Prieto. Resolvió los cambios con una rapidez extraordinaria: el más tardado tomó un minuto y diez segundos. Su giratorio no hacía el menor ruido; las luces funcionaban sin falla, al instante; el carro con el balcón y la alcoba de Julieta entraba y salía como por magia, y Carlos reconoció que habíamos logrado ya fundir las disolvencias y los *fade outs* del cine en el teatro. La gente aplaudía fervorosamente, y se extrañaba un poco al ver que el telón no se levantaba para agradecerlo, sin darse cuenta de que no lo permite la continuidad no interrumpida de los cuadros.

Le tocó a Miguel Córcega hacer el Romeo en el estreno. Su salto mortal desde el balcón azoró a las familias. Durante el intermedio, el doctor González Cárdenas nos presentó a un señor de Arizona que ha venido a las fiestas, que es muy importante allá, y que acá vino a conocer a Shakespeare.

Miércoles 23

Xavier, que vino a la oficina para comentar el *Romeo*, se mostraba alarmado ante el problema de cómo puede en un momento dado "escribirse la historia". Recordaba que nuestra primera actividad teatral en 1927, aun antes del Teatro de Ulises o como su embrión, fue una representación privada que dimos en casa del doctor Puig con *La huerta resplandeciente* de lord Dunsany traducida por mí; cómo yo conseguí con el doctor Puig el papel y la impresión para la revista *Ulises* que Xavier y yo dirigimos y para las ediciones de Ulises; cómo yo traduje y actué con Antonieta el *Weldes* de O'Neill; y cómo ahora un amigo íntimo de Antonieta se extraña mucho de que yo haya recordado la fundación de *Ulises*, me la niega y se la atribuye.

En realidad, la alusión que recientemente hice yo a ese episodio (después del cual he realizado en mi vida muchísimas cosas a las que concedo mucho mayor valor) fue por simple cronología, y no por el gusto de sentirme por ello ni héroe ni viejo. Y por otra parte, no puede decirse que yo no le haya reconocido a Antonieta la actividad que la caracterizaba. Lo he hecho aun en un libro. Pero todos ignorábamos que el patrocinio material que ella impartía a su amigo estuviera compensado por una dirección espiritual que ahora averiguamos que alcanzó a originar tantísimos hechos culturales: la fundación y la supresión de *Ulises*, la fundación de la Sinfónica, la invención de Celestino Gorostiza.

Por la tarde, Carlos me dijo que él iba a exponer en un artículo su relación con Antonieta, y que creía que todos los aludidos, todas las criaturas indirectas, debíamos contestar. Yo no creo que valga la pena.

Casi terminé de pulir la traducción del primer acto de *I Girasoli* de Guido Cantini, que será la obra que represente a Italia en la temporada de teatro universal. Distribuí tentativamente los papeles y les leí a los muchachos el segundo acto.

Jueves 24

El grupo teatral de Seki Sano dio hoy en Bellas Artes la representación de *La doma de la fiera* que el activo mayor Haro Oliva se

empeñó en que constituyese uno de los números de las Fiestas de Primavera de este año. Colocaron un templete de forma irregular sobre bastantes filas de lunetas; armaron una alcoba sintética pegada a la primera platea; colocaron unos cubos afuera del telón, y colgaron *spots* por todos lados de la sala. En otras palabras, no usaron el escenario, sino que convirtieron el teatro mismo en escenario, y los actores entraban y salían por los pasillos y por sobre las cabezas del público. Se comprende que una pista de circo habría sido más adecuado lugar para esta esforzadamente original representación de una pieza de teatro con la que se quiso eso que se decía *épater les bourgeoises*.

La Reina y sus copiosas princesas vinieron más elegantes que a nuestro *Romeo*, pero se marcharon casi enseguida. Creo que tenían un baile en su atareada agenda.

Es curioso, y no sé si en el fondo bueno o malo, que en este asunto de las bellas artes se gasta un buen porcentaje del esfuerzo en rivalidades. No sé tampoco hasta qué punto ellas encuentren terreno fértil en el espíritu acusada y adecuadamente paranoico de los artistas, o si sean simplemente su resultado. El caso es que todo el mundo se pelea y se compara. Ignoro también qué proporción en la culpa de esta belicosidad puede atribuirse a los cronistas; y no sé bien a bien qué móviles les impulsan a éstos a atizar el fuego graneado de —en este caso— el teatro.

A Seki Sano lo vi por primera vez en una fiesta que dio Margarita entonces Villaseñor, en un restaurante a que fueron todos los discípulos de este animador teatral, y en alguna fecha de este "diario" debe de constar mi impresión de aquel espectáculo. Luego no volví a saber de él, sino hasta que asumí el departamento en el Instituto y, como llegaba a él sin prejuicios, y una de mis mayores ventajas era mi imparcialidad, lo primero que hice fue escribir a los directores de los grupos experimentales de teatro para ofrecerme a sus órdenes en lo que pudiera ayudarles.

Seki Sano fue el primero en acudir, acompañado por Luz Alba y por Alberto Galán. Trataron de constituir un grupo único que reuniera a todos los experimentales —Retes, Aceves, etcétera—, pero como no lo consiguieron, fundaron entre los tres al que llamaron Teatro de la Reforma, y se concretaron a pedirme un sitio en que ensayar. Como disponíamos del exConvento de San Diego, arreglé que se les cediera y ahí se alojaron y comenzaron sus prácticas, de cuyos detalles, por elemental discreción, me abstuve de enterarme.

Cuando a principios de 1948 decidimos lanzar la temporada de teatro universal, proyecté reservar unas dos obras en el año para invitar a desempeñarlas a los experimentales, como huéspedes nuestros, y se los dije a los del Teatro de la Reforma, que se entusiasmaron. Entonces la Unión de Autores se dirigió al Instituto para decirle

que veía con muy malos ojos que directores extranjeros trabajaran en nuestro teatro. Lo decían por Moreau, pero hacían una advertencia aún más categórica por Seki Sano. Quien, entre tanto, preparaba *Un tranvía*. Cuando creyó tenerlo listo y me invitó a un ensayo; y encontré que valía la pena, le busqué fechas y le conseguí el teatro. Pero desde un principio los periódicos empezaron a tratar el asunto con ánimo de distanciarnos. Atribuían heroicidad a Seki Sano, nos pintaban como unos ogros envidiosos que le poníamos dificultades; cuando la verdad es que tuve que ocuparme hasta en responder de la interpretación para que el autor, que no quería por nada del mundo que se pusiera su obra, accediera a permitirlo. Por esos días, los muchachos de Seki Sano me veían a diario, y cuando les señalé lo que decían los periódicos, me confesaron que ellos mismos no se explicaban por qué desvirtuaban así su gratitud para con el Instituto que les había dado local para ensayar y fechas para representar. Seki Sano escribió una carta en que explicaba su agradecimiento y quiso publicarla, o la publicó; pero fue inútil. Los cronistas se empeñaban en distanciarnos o, como lo decían esos muchachos "le tiran al Instituto haga lo que haga".

Concluidas las representaciones de *Un tranvía*, Luz Alba y Alberto Galán vinieron a verme muy enfadados. Ellos, debía yo recordarlo, habían fundado el Teatro de la Reforma; ellos habían conseguido del Instituto el local en que establecieron su academia teatral y ensayaron. Eran los tres, Luz Alba, Seki Sano y Galán, y habían convenido en que si alguna vez ganaban algún dinero, reservarían una parte del mismo para seguir adelante. Para montar el *Tranvía*, Luz había conseguido dinero, y Alberto Galán había trabajado vigilando los gastos y la taquilla, como administrador que era del Teatro de la Reforma. Pues bien, con el *Tranvía* habían ganado cerca de 16 000 pesos; y a la hora en que Galán y Luz Alba fueron a ver las cuentas y a pedírselas a Seki Sano; a ver cuánto podían guardar o aplicar a seguir haciendo teatro, resultó que ya no había ni un centavo, porque ya Seki Sano lo había distribuido todo.

Luz Alba y Alberto Galán estaban, ella desolada, él furioso. Y por primeras providencias, venían a comunicarme que quedaba disuelto el Teatro de la Reforma, y que en consecuencia, declinaban el alojamiento que el Instituto había venido prestándoles en San Diego. Yo lo comuniqué así al Departamento Administrativo, y éste giró órdenes para que quedara sin efecto la concesión del local. Seki Sano, en consecuencia, lo dejó, tanto como Luz Alba y Galán, que así lo pidieron en nombre del grupo a quien le había sido concedido.

Después he visto que a propósito de esas cuentas del *Tranvía* se ha hecho alguna publicidad, y que los alumnos de Seki Sano han respondido a los vagos cargos con otros hechos a Luz Alba y a Galán, que éstos se han abstenido de aclarar. Pero lo que me importa destilar

de este pleito doméstico entre los tres fundadores del Teatro de la Reforma es que en él el Instituto no tuvo nada que ver. Y sin embargo, y a causa sólo de las animadversiones gratuitas que por ahí nos profesan, no es extraño que el episodio se capitalice en contra nuestra, y se nos tache de haber, por ejemplo, corrido a Seki Sano. Con lo que su trabajo, en vez de manifestarse en consonancia con el nuestro, asumirá el carácter de su rival, y servirá a nuestros enemigos como lumbre a la cual arrimar la sardina de la discordia.

Esa sórdida subpolítica, por otra parte, va por peso específico aglutinando a los semejantes. Guillermina Bravo detesta al maestro Chávez y se ha unido al grupo de Seki Sano. Tiene una hermana, la señorita Lola, que nos echa formidables sermones y que ya es directora de teatro, según me cuentan. Otra bailarina, Waldeen, de ideas muy avanzadas, también está en ese grupo, en el cual, en curiosa mezcla, hay comunistas y aristócratas aburridos, como Archie Burns, a quien fue muy divertido ver en *La doma* vestido de carnaval.

Lunes 28

Hay un punto de vista fundamental que, si lo entendieran los críticos honrados; los que de veras sostuvieran una fe firme en la realidad precaria de México como susceptible de desenvolverse en un progreso de todos los órdenes, en vez de consagrarse a carcomerla y a retardar ese momento de desarrollo colaborarían fervorosamente en su logro.

Ese punto de vista lo ejemplifica bien nuestra temporada de teatro. No nos hemos jactado nunca de un "elenco" perfecto ni insuperable —de momento. Lo que hemos dicho y lo que nos hemos propuesto; y lo que es irrebatible, es que el repertorio, las obras que estamos presentando, sí son insuperables, o no se habían visto en México. Y que en dándolas; en ofreciéndolas al público a precios tan bajos, la meta remota que perseguimos es la innegablemente valiosa de resucitar, conmover, exaltar y por fin arribar en México el gusto por el teatro. Ya llegará, a su tiempo, el momento de las mayores exigencias profesionales. Ese momento se prepara, se gesta, germina, en la práctica de los muchachos.

Y bien; cuando los críticos tildan de "aficionados" a estos muchachos; cuando todo nos lo reprochan y todo lo hallan mal, lo que están haciendo es tratar de alejar al público del espectáculo, y en consecuencia, retardando, tanto la implantación del teatro, cuanto su gradual perfeccionamiento. Trabajan así en contra de aquello que profesan amar, de lo que se supone que alientan y propician; de lo que dicen que les interesa... Ni siquiera, en nuestro caso, puesto que nosotros sí somos una empresa absolutamente no lucrativa, nos están

echando a perder un negocio que no hacemos. Ni cuenta en este caso la vanidad de ninguno de los que intervienen en esta obra de muchos que es el esfuerzo de preparar y montar una tras otra obras teatrales buenas, lo que cuenta.

Cuenta el daño que le hacen a la cultura de México, por cuanto combaten sus bases, las minan, las roen. Y ésta es una culpa mezquina y grave.

Abril

Sábado 2

Es magnífico el autorretrato de Diego en la portada del *Time* que le dedica buenas páginas a su obra y a su vida. Y lo es también el reportaje, primer trabajo largo en México de su nuevo corresponsal Mr. Robert S. Benjamin. Estaba *timeado* que ese reportaje aparecería en coincidencia con la inauguración de la exposición de Diego en Bellas Artes, que ya debe de estar casi lista y que será formidable.

La parte más ilustrativa a propósito de la posición de Diego frente al abstraccionismo es aquella en que él refiere cómo, al salir de una exposición picassiana en París, vio venir por la calle, bajo el sol, el carrito de un vendedor de frutas, lleno de duraznos. Tuvo entonces la revelación de que la pintura debería ser sensual —traducir para los sentidos y su disfrute lo que veían los ojos. La pintura decadente, que se quede para los burgueses de gusto estragado o refinado.

Lo curioso es que todavía a estas horas quede gente que califique a Diego de modernista y de ininteligible y arbitrario, cuando él mismo empieza a explicar y a justificar por líneas mayoritarias, digamos, su academismo. Ahora mismo se anuncia en los periódicos una conferencia en que el señor Northup sostendrá la tesis de que Diego es un conservador. Y el inteligente Diego ha hallado, anticipándosele, el modo de exponer cómo lo único verdaderamente avanzado en pintura es el realismo que los avanzados consideran atrasado.

En el reportaje, Frida, la dulce Frida, esplende con todas sus virtudes y con toda su inteligencia.

Domingo 3

A esta distancia de la ciudad, puede estimarse más objetivamente lo que ella ha crecido por los tumultos que al volcarla cada domingo sobre sí misma, la escinden en dos partes que así quedan aisladas por muchas horas de efervescencia. El domingo pasado fueron los carros alegóricos de la Primavera lo que cortó en dos partes, por un Paseo

de la Reforma en reparación, a la ciudad. Esta vez es la despedida de Armillita lo que aglomera coches y camiones por Insurgentes, y nos deja a los pobres habitantes de los suburbios cortados, aislados, sin posibilidad o sin ánimos para emprender a brazo partido una excursión hacia el salvajismo de una ciudad civilizada.

Pero ahí está el radio para enterarnos, si lo apetecemos, de lo que está ocurriendo entre los animosos. Cincuenta mil personas caben en el coso, y el coso rebasa esa cifra. Malgesto, con la garganta maltrecha, describe lo que ve, calla lo que conviene, con elegancia; por ejemplo, lo que se percibe que le gritan al licenciado Beteta cuando Armilla le brinda un toro; o los momentos aburridos, que él llena con las evocaciones de la carrera de Armillita.

Por la noche, después de una Hora Nacional que yo esperaba que mejoraría con Guillermo Jiménez al frente; que simplificaría el estilo de sus pedantes parlamentos, supuestamente destinados a los mortales comunes y corrientes, y sin embargo redactados con las palabras más difíciles y los giros más alambicados y ajenos a la inteligencia del radioescucha ordinario, escuché, por excepción, a José Alameda, que fue a entrevistar —o que había entrevistado y grabado la entrevista— a Armillita en su casa. Y comprendí que en realidad los toreros lo hacen tan mal expresándose, como lo harían los oradores si se pusieran a torear.

Jueves 7

El licenciado Jesús Rodríguez de la Fuente vino a verme por encargo de Raúl López Sánchez para comunicarme que el gobierno de Coahuila desea celebrar el centenario del nacimiento de Manuel Acuña, el próximo agosto; que en primer lugar, Raúl quiere saber si acepto integrar un comité de coahuilenses distinguidos y literarios que organice el programa de las fiestas; en segundo, si yo podría encargarme de llevar a la escena y representar en Saltillo alguna obra teatral del poeta; y luego, ver qué otras celebraciones le sugiero.

Desde luego que acepto. El año internacional de Chopin, que en México se ha tomado tan en serio, debe en México ser el año nacional de nuestro poeta romántico, nacido cuando aquél moría, como si no cupieran los dos en la tierra. Espero que a los demás "coahuilenses distinguidos" a quienes haya de acudirse: los Alessio Robles, Artemio, el general Urquizo, la idea les entusiasme como a mí, y que entre todos logremos ensalzar la figura de Acuña.

Quizá sea ya tarde para convocar a un concurso para que se escriba una buena biografía del poeta. Es bochornoso que haya tenido que escribir la que hay el español Benjamín Jarnés, a falta de un mexicano que la hiciera. No es óbice que haya vivido tan modesta como

brevemente sus veinticuatro años, los catorce primeros en Saltillo y los diez últimos entre el Colegio de San Ildefonso y la Escuela de Medicina. La psicología moderna y la psicosomática brindan recursos muy valiosos para la reconstrucción apasionante de los caracteres, y una biografía no tiene por qué cruzarse de brazos ante la falta de una documentación episódica prolija. Sus versos hablan por el poeta, si por debajo de su lectura se interpretan como datos del subconsciente; si se analizan sus preferencias literarias, si se desentrañan sus desorientaciones filosóficas. Poseemos sus retratos y buenas —como la de Juan de Dios Peza, su amigo íntimo tres años menor que él— descripciones de su físico de hipertiroideo. Su nostalgia edípica por una madre que aparece en sus versos ligada a la imagen de la amada:

Radiante de ventura,
frenético de gozo,
cogí una pluma, le escribí a mi madre
y al escribirle, se lo dije todo...
Después, a la fatiga,
cediendo poco a poco,
me dormí, y al dormirme sentí en sueños
que ella me daba un beso y mi madre otro.

"*Hojas secas,* VII, III-IV"

Las formas de mi madre
se pierden en la nada
y tú de nuevo vuelves
en mi alma a aparecer...
Los dos una sola alma,
los dos un solo pecho
y en medio de nosotros
¡mi madre como un Dios!

"Nocturno a Rosario"

Mi madre, la que vive todavía
puesto que vivo yo,
me arrullaba en sus brazos suspirando
de dicha y de emoción...
...la madre de mi amor
ni viene a despertarme en las mañanas
ni está donde yo estoy...

"Entonces y hoy"

puede auxiliar en la determinación de su neurosis. Y hay otros muchos temas atractivos de interpretación, de investigación, en la obra y en la vida de Acuña: hasta qué punto él, que parece haber poseído un espíritu central, influyó en su ambiente, o en qué medida es, en cambio, su fruto y su resultado. Reconstruir ese ambiente: situar en torno al joven estudiante al figurón sombrío de Ignacio Ramírez, a Altamirano, a Agustín F. Cuenca, al propio Peza, a ese Vicente Morales "que ha sido secretario de nuestras legaciones en Washington y en Italia"; a Manuel M. Flores, a José Rosas Moreno, al ulterior famoso médico don Porfirio Parra (a quien recuerdo que de muy niño me llevaron a consultar a su casa de la calle de Cocheras, y cuyo *Pacotillas* contaba, autografiado, en la biblioteca que me sorbí en Torreón); reconstruir ese ambiente, esa época que en la perspectiva de nuestra dispersión, de nuestra absorción cosmopolita aparece cada vez más adorable y más mexicana, es un tema que debería atraer a los jóvenes estudiantes de la literatura nacional y que, viéndolo bien, el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura tiene la obligación y la oportunidad de patrocinar. Me ocuparé gustoso en que así ocurra. Es una época fascinadora, cuyo encanto escapó, acaso porque su perspectiva era todavía demasiado próxima, a casi todos sus cronistas. Basta ver la pobre ficha biográfica, pacata y aguada, con que Francisco Sosa incluye a un Acuña a quien sin embargo conoció, en su gorda —y sosa— galería de *Hombres ilustres mexicanos*. El único que traza, que esboza, mejor dicho, un cuadro emotivo de Acuña y que lo sitúa en un marco adecuado, es el viejecito Urbina en aquellas conferencias sobre *La vida literaria de México* que los Porrúa acaban de reimprimir. Y Peza en el prólogo a las *Poesías* de esa infame, llena de erratas, edición de Maucci, que es, sin embargo, la única asequible. Los demás, los críticos, acababan de escuchar, de rodillas, el veredicto compasivo y verboso de don Marcelinote Menéndez y Pelayo, y estaban por supuesto —y aun siguen, como Carlos González Peña— dispuestos a acatar y citar por buenas solamente aquellas dos poesías de Acuña que don Marcelinote escogió: el trillado "Nocturno", y "Ante un cadáver". Me informan que Carmen Toscano acaba de publicar un libro sobre *Rosario la de Acuña*. Voy a encargarlo y a leerlo con atención. Pero quedan, estoy seguro, muchos ángulos inéditos e interesantes de explorar en Acuña: sus opiniones literarias, su humorismo, su urbanismo. Ojalá, repito, que los jóvenes investigadores "le entren", bien equipados y dispuestos, a un buen ensayo que podría titularse *Acuña y su época*, y que me parece pletórico de proyecciones importantes.

Para comenzar, y a fin de no perder el tiempo en buscar en casa sus obras, que seguramente poseo, pero que vaya usted a saber dónde se ocultan en 3 200 metros de escondites, encargué a la diligente Lupe de comprarme la edición Maucci que trae el drama *El pasado* al final.

En su puntual *Bibliografía del teatro en México*, Panchito Monterde cita la edición de 1872, "que no ha visto", y menciona otra obra teatral de Acuña, *Donde las dan las toman*, inédita, por dato que atribuye a Altamirano. Será evidentemente imposible conseguir esa obra, que se habrá perdido, como las novelas inéditas de Inclán, como tantas cosas de nuestros siempre impecunios escritores.

Si había leído *El pasado*, no lo recordaba. *A priori*, antes de leerlo ahora, asumí que por envejecida que fuera su trama, vestir "de época" una obra estrenada en el Teatro Principal el 19 de mayo de 1872, un año antes del suicidio de su autor, ya ofrecía un atractivo arqueológico capaz de realzarse por una actuación cuidadosa. Luego, al leerla, me entraron serias dudas. Es una inexperta, de tantas como ella desató por el mundo ingenuo de casi todo el siglo pasado, versión de *La dama de las camelias* —sin camelias, y a la modesta medida de una buena chica que dio el mal paso, y su marido (artista pintor que ha triunfado nada menos que en Florencia y con un cuadro que representa el tormento de Cuauhtémoc), se lo perdona y se hace de la vista gorda sobre "el pasado" de una Eugenia arrepentida de haber sido una Margarita. Pero ella no se lo perdona a sí misma, ni la austera, cruel sociedad de San Cosme (las Lomas o el Anzures de entonces) se lo perdonan. De un baile a que la invitan, y al que tiene la debilidad de asistir, la corren. Y humillada, heroica, resuelta a no seguir perjudicando la reputación de David, se marcha de casa mientras él... "Yo te adoro a pesar de tu pasado", exclama, se encamina vacilante hacia la puerta como para correr, y al hacerlo se desploma. María (amiga y confidente, hermana de Eugenia-Margarita), acercándose: "¡Pobre mujer!" Manuel (amigo y confidente de David, señalando a David): "¡Sí, y pobre mártir!" Telón rápido.

Pero, venido a ver: ¿contienen mayor sustancia los dramas "sociales" del XIX: los de Dumas hijo, los de Augier, los de Pinero, aun los de Ibsen? La diferencia en éste de Acuña estriba sólo en su inexperta factura, pero sólo para nuestro juicio exigente y comparador. En su tiempo, en 1872, fue un grandioso éxito. El joven poeta, el dramaturgo estrujante de veintitrés años: el que no sólo compadecía y explicaba a las rameras en versos indignados contra la "humanidad pigmea"; sino que aun la llevaba ante los ojos de un público dispuesto a vibrar con el fondo y a disimular o a no reparar en la forma, fue ungido, celebrado, coronado; cultivó la amistad y paladeó el halago de actrices y actores: de doña Salvadora Cairón, que declamó en su función de despedida el "Adiós a México" que Acuña le escribió; del "eminente actor D. José Valero", a quien también le dedicó versos.

No me disuaden por completo de la intención de llevar a la escena *El pasado* sus patentes defectos, sus absurdos, hoy "apartes". Creo que ha acabado por concederse a un director el derecho a servirse del material de una obra como base, como precisamente materia prima;

y que habrá (como hay siempre en el caso de un teatro no contemporáneo) que optar entre una representación estricta y esmeradamente arqueológica, o una recreación de la obra que la aliñe para el público de hoy.

Claro es que si hubiera tiempo, acaso lo mejor sería encargar o escoger por concurso una obra de teatro que escenificara la vida de Acuña, con Rosario, bohemia, etcétera: algo como lo que se ha hecho con el muy teatralizado y filmado Chopin y sucursales. Pero no creo que quede tiempo, si el centenario ha de celebrarse el 26 o el 27 de agosto.

Me cuentan que ya una vez se filmó aquí *El pasado*, con Ligia di Golconda. No recuerdo haberla visto. Pero la activa Concha Sada, en cuanto le conté este asunto de la celebración de Acuña, se fue a ver a Andrés Serra Rojas, habló con él, y volvió llena de noticias: el Banco Cinematográfico está dispuesto a ofrecer un premio sustancial por un argumento sobre la vida de Acuña, en combinación con el Instituto Nacional de Bellas Artes. Y la firma Grovas, a su vez, está dispuesta a filmar ese argumento, con María Félix en el papel de Rosario.

Jueves 14

La muerte de Bernardo Ortiz de Montellano me ha conturbado más de lo que podría justificarlo una amistad que no fue nunca tan íntima que llegara al tuteo. Es quizá por sus nexos, por lo que su discreta persona, al evocarla ahora a lo largo de todos los años en que le conocí y traté a veces de cerca, casi siempre en relación con otras personas o sucesos, me hace revivir y recordar, por lo que me impresiona particularmente que se haya ido de la vida tan quietamente como en ella vivió.

Mi recuerdo más próximo de Bernardo lo liga a la figura juvenil, alegre, de su sobrino de su nombre, Bernardo Jiménez Montellano, el hijo de Julio Jiménez Rueda y de una hermana de Bernardo: poeta como él, escritor como su padre, y muchacho de ese repentino grupo de jóvenes —Jaime García Terrés, los González Casanova, hijos de Pablo— que en su amistad y en su cohesión son como una resonancia del grupo a que Bernardo Ortiz de Montellano pertenecía cuando hace muchos años le conocí. Eran ellos Jaime Torres Bodet, Bernardo, Pepe Gorostiza y Enriquito González Rojo. Había otro Bernardo (del Águila F.) que se ha perdido. De la Preparatoria a Leyes formaron un Ateneo de la Juventud que aspiraba a ser el retoño del Ateneo de México, años antes nutrido de sabiduría por Pedro Henríquez Ureña y por Alfonso Reyes. La ininterrumpida carrera burocrática de Jaime Torres Bodet principiaba por el puesto de secretario de la

Preparatoria, dirigida por don Ezequiel A. Chávez, en que yo, estudiante, lo conocí. A su pequeña oficina, adonde entre clases iba yo a visitarle, a leerle versos y a escuchar los suyos, iba siempre por él Bernardo Ortiz de Montellano, y ahí Jaime me presentó con él una tarde. Alguna vez salimos juntos, y fuimos a tomar un elegante té con pan inglés y mermelada a Selecty, un lugarcito que quedaba frente al Iturbide. Pero habitualmente, Bernardo guardaba conmigo la distancia de su mayoría de edad, y era celoso del privilegio de su intimidad con un Jaime arrolladoramente triunfante en el favor de Vasconcelos y en el éxito público. Los otros dos poetas jóvenes a quienes pronto conocí, Enrique González Rojo y José Gorostiza, fueron desde luego más llanos y amistosos conmigo, y nos tuteamos enseguida.

Bernardo siguió a Jaime en su carrera burocrática, pero siempre en una discreta penumbra. Cuando el doctor Gastélum fue transferido de Educación a Salubridad, y se llevó consigo a todos los literatos jóvenes capitaneados por Jaime, Bernardo se fue con ellos, y empezaron a publicar la revista *Contemporáneos*, dirigida por él. En 1921 había publicado, bajo el signo del Ateneo de la Juventud, un primer libro de versos, *Avidez*, con un epígrafe de Tagore: "Avidez es la vida": dedicándolo a la memoria del poeta Amado Nervo, muerto en 1919, y con poemas dedicados a sus amigos: a Ramón López Velarde, muerto ese año; a Jaime, a José Gorostiza Alcalá, a Julio Jiménez Rueda. En él era menos fuerte y perceptible la influencia arrolladora de González Martínez que en Jaime. En *Avidez* apuntaba ya una inclinación por la sencillez, por la materia poética de los niños (*Exore parvulorum veritas* es el proverbio que da epígrafe a uno de sus poemas de ese libro), que se advertiría más claramente en su segundo y más definido libro de versos, *El trompo de siete colores*, publicado en Cultura, en 1926, al mismo tiempo y con el mismo formato que las *Canciones para cantar en las barcas* de José Gorostiza. En este nuevo libro, la sencillez se hace más límpida, y conjuga su amor por los niños con el hallazgo en sus juegos de un material poético que es a la vez el folklore, el mexicanismo, que a partir de entonces Bernardo perseguiría exaltar y depurar.

Ya no recuerdo desde qué año ni por cuánto tiempo fue la costumbre, tan repentinamente instituida como abandonada, de que los Contemporáneos nos reuniéramos a comer en Sanborn's los sábados —a escote, después de lo cual intentábamos jugar a las cartas, a lo que el alegre Enrique González Rojo era tan aficionado como renuente Bernardo. Xavier y yo, y luego Jorge Cuesta; a causa de que éramos unos años menores que los demás, constituíamos una adición reciente al grupo original del Ateneo de la Juventud, y precisamente el nombre de Contemporáneos aspiraba a vincular nomás que en el tiempo de nuestra coexistencia independiente, a un grupo tan celoso de su individualidad, que mostraba empeño especial en subrayarla, y al

que Xavier, en una conferencia muy comentada de la Biblioteca Cervantes, había llamado "grupo de soledades" o "grupo sin grupo". Lo que no fue obstáculo para que a la aparición, en 1928, de la *Antología de la poesía mexicana contemporánea* de Jorge Cuesta, edición de *Contemporáneos*, de la que se decidió armar el alboroto de excluir al autor de la *Serenata* de Schubert, los periódicos pusieron verde al "grupo".

El fecundísimo Jaime había, entretanto, publicado muchos libros después de *Fervor*: *La casa*, *los días*, *Biombo*, *El corazón delirante*; y empezaba a ejercitarse en una prosa que acabaría por manejar tan brillantemente, y que había nutrido de citas en su prólogo a *Los límites del arte*, de Gide, que tradujo para Cultura. Bernardo no volvió a publicar un libro sino hasta 1928: *Red*, aunque en 1926 dio a la colección Calleja una *Antología de cuentos mexicanos* con notas y prólogo. Fue acaso su contacto con una Escuela de Verano en que daba una clase de novela o de poesía española contemporánea lo que despertó su interés en la literatura sajona y su admiración por un T. S. Eliot que se advierte en su obra ulterior. *Sueños*, *Segundo sueño* y *Cinco horas sin corazón* son sus últimas, trabajadas, depuradas poesías de los treintas después de las cuales enmudeció para la poesía y se perdió para sus amigos —para mí al menos, en algún modesto escritorio de archivo o biblioteca oficiales. Cuando Jaime fue nombrado secretario de Educación, le pregunté por Bernardo, suponiendo que se lo llevaría consigo a algún puesto importante. "Bernardo —me dijo—, es feliz. No tiene ni ambición por el dinero ni por el éxito público. Ha sabido arreglar su vida de un modo sencillo, parco, modesto, que le permita dedicarse a las letras por sí mismas."

Y así era, en efecto, desde hacía muchos años. En Relaciones, en 1933, encontré que trabajaba en la Biblioteca, cuando habría podido, como Jaime, como Gorostiza, obtener un puesto en el Servicio Exterior y marcharse de un México que no premia ni busca a quienes le aman sin agresión. Creo que nunca salió Bernardo de México. Cuando todos sus amigos se marcharon al éxito o al extranjero, él se fue quedando solo, contento con México, cuya poesía indígena estudió con amor, y con su poesía, y con su familia: en su rincón, en su Ecbatana. Pero así como les había prestado a las letras mexicanas en 1926 el servicio de una buena y primera antología de cuentos publicada en España: y el de exaltar la poesía indígena, en 1945 ayudó a los editores norteamericanos de una gorda *Antología de la poesía hispanoamericana moderna* a anotar y a traducir al inglés a nuestros poetas.

La última vez que vi a Bernardo fue en 1947. Al hacerme cargo en el INBA del Departamento de Literatura, llamé conmigo a Bernardo Jiménez, y entre otras atribuciones le señalé la de organizar ciclos

de conferencias semanarias sobre temas de arte y a cargo de las mejores firmas. Invitado por nosotros, Bernardo Ortiz de Montellano accedió a dar una de esas conferencias, y ahí le saludé. Su sobrino solía informarme de él, y decirme siempre que estaba enfermo y apartado.

Estoy seguro de que a Jaime le afectará mucho la noticia de la muerte de Bernardo. Fue en una época su amigo más fiel y más íntimo; quien más lo admiraba; quien lo veía sin envidia triunfar y ascender. De aquel inicial Ateneo de la Juventud, hoy disperso en el mundo, falta ya hace diez años el espíritu alegre, feliz, risueño, de Enrique González Rojo; y se aleja ahora la figura buena, discreta, callada, de Bernardo Ortiz de Montellano.

Los Rubio y yo fuimos a comer a San Jerónimo con los Fournier, y hablamos de Bernardo. Raoul dice que fueron muy, muy amigos, y que de repente se le perdió, y no volvió a verlo nunca.

Domingo 24

Tedio y suicidio deberían ser sinónimos. El uno acerca peligrosamente al otro, como la única solución o el único escape. Cuando el insomnio abre todas las puertas de la reflexión y del análisis, del balance y de la inutilidad de seguir vegetando, no se sabe si es cobardía o heroico refrenar el impulso de abrir el cajoncito de la mesa de noche en que aguarda y casi invita la muerte fácil de un gatillo que oprimir.

Luego existe un pequeño residuo de rebelión, de impulso hacia el cambio. Merced a ese impulso, quebranté la rutina de permanecer en casa todo el día y después de comer me salí a la calle, dispuesto a divertirme como lo hace la gente. Pero existen, también, los reflejos condicionados; los que gobiernan la conducta de los caballos y de los perros; y esos reflejos no son fáciles de quebrantar; ellos me condujeron —¿a dónde, sino a Bellas Artes? Allí permanecí toda la primera función del *Romeo.* Y cuando reuní nuevas fuerzas para emprender la nueva aventura rebelde de irme a pasear, de nuevo los reflejos me condujeron —¿a dónde sino a la casa de los Rubio?

Mayo

Domingo 1°

Las últimas dos funciones de *Romeo y Julieta* estuvieron particularmente concurridas. Pero Shakespeare no puede jactarse de que haya sido enteramente a causa de su antiguo y culto renombre. Mucho ayudó la circunstancia de que no hubiera cines, y de que entonces las

familias se atrevieran a Bellas Artes un poco como razona Proust que en invierno se ven muy concurridas las clases de sánscrito en la Sorbona: no porque a todos les interese aprender el sánscrito; sino porque hace afuera mucho frío, y entran a la clase para calentarse.

Shakespeare de sopetón es una experiencia interesante que arroja muchas curiosas enseñanzas. Dimos tres funciones a escuelas nocturnas de obreros: llenas, y bulliciosas. Les daba mucha risa la indecisión de Romeo en el balcón; "¡éntrale!", le gritaban. Y pensándolo bien, se entiende que esos chicos, cuyas experiencias sexuales y amorosas han de ser tan fáciles y libres: que se irán a manosear a la novia en el cine; para quienes no existen barreras, hallarán inexplicable y grotesco que un joven de su edad, en primer lugar, anduviera vestido de mamarracho; y en segundo, que tuviera tantos escrúpulos románticos en su pasión. Para quienes no se hallen degenerados por la edad y por la cultura, las joyas del pasado carecen de resonancia. Acaso tenía razón Walt Whitman al enjuiciar así, con Shakespeare, a toda la cultura occidental en relación con el Nuevo Mundo; que tiene que forjarse su propio nuevo arte:

> Even Shakespeare, who so suffuses current letters and art (which indeed have in most degrees grown out of him), belongs essentially to the buried past. Only he holds the proud distinction for certain important phases of that past, of being the loftiest of the singers life has yet given voice to. All, however, relate to and rest upon conditions, standards, politics, sociologies, ranges of belief that have been quite eliminated from the Eastern Hemisphere, and never existed at all in the Western... [Whitman, *A Backward Glance o'er Travel'd Roads*].

Por otra parte, ¡qué lamentable trauma inflige la oferta de parodias a las mentes no prevenidas! Un chico de una de esas funciones preguntó: "¿A qué horas empieza lo chistoso? La película de Cantinflas era muy divertida."

Martes 3

Fue un poco una lástima que los albañiles terminaran la obra de don Pedro el mero día último, límite de la arbitraria "apuesta", porque así no pudieron elevar su cruz ni celebrar allí su comida sacramental. El sábado que estuve en la huerta, el maestro Arnulfo me dijo, con cierta tristeza, que no iban a hacer allí su barbacoa: pero que le daría mucho gusto que los acompañara a comer en otra obra de Jorge, en Puebla 259, donde levantarían su cruz. Y que ojalá don Pedro quisiera también acompañarles.

Aunque primero declinó, sin perjuicio de ordenar que les dieran 300 pesos para su fiesta, don Pedro había al fin convenido en ir a

comer con los albañiles. Pero cuando pasé por él había cambiado de idea. Cosa muy rara en él, mostraba mal talante cuando entré en su despacho al salir de verlo Alfredo Miranda. "Siempre no voy —me dijo—, no estoy de humor. Perico le acompañará."

Traté de persuadirlo, insistí: ¿en dónde iba a comer?, ¿en su famoso Club de Banqueros? ¿A ver las caras de siempre, a seguir oyendo hablar del dólar y de las finanzas? ¿Por qué no probar, a ver si se distraía con el cambio de atmósfera? Total, si se aburría, podíamos marcharnos en el acto.

Aceptó, por fin, y nos fuimos los tres. Llegamos en el momento en que las vecinas, en piyama, chillaban furiosas contra los cohetes que ya les habían roto un vidrio. Ya estaban ahí Jorge y Anita, ella con rebozo y traje de coronela. Nos sentamos a la larga mesa a que las mujeres de los albañiles nos trajeron arroz, salsa, tortillas calientes, y luego barbacoa hecha allí mismo, y después mole y frijoles. Los albañiles comían con aquella parsimonia elegante, discreta, sencilla, que heredan de los indios: sin prisas, sin conversaciones exaltadas, ni cortesanas: con la nobleza de su oficio, con sus manos ásperas que construyen ciudades. Era hermoso verlos comer y sonreír, mientras sus mujeres pasaban las calientes tortillas, las cazuelas colmadas de pollos, y Arnulfo y sus ayudantes destapaban lermas y cervezas, y vigilaban que nada faltase, y destazaban la barbacoa humeante.

Estoy seguro de que don Pedro no se arrepintió de haber dejado el Club de Banqueros, donde apenas si habría probado cualquier bocado, por esta larga y sencilla mesa —en que comió de todo y por su orden.

Domingo 15

Escribí un artículo cariñoso sobre los Porrúa. Recibí hace unas noches el magnífico catálogo de su librería, cuya publicación coincide con la celebración de las bodas de oro. Son dos tomos gruesos y nutridos de títulos. Hojearlos, leerlos, resulta evocador. Muchos de estos libros los he tenido, otros los tengo, otros querría tenerlos. Y de todas maneras, me llena este catálogo de la nostalgia de los años juveniles de coleccionismo libresco, y de la tristeza de considerar que una biblioteca es la forma más personal y cruel en que puede ejercerse el impulso de la posesión. Joyas, dinero, muebles, valen más o menos lo mismo para todos, y los herederos del difunto saben a qué atenerse a propósito de su precio, y en último caso saben cómo y para qué usarlos. Los libros, no. Existe, independientemente de su valor de catálogo o del que quiera atribuirles en globo el librero que los compre, tienen para quien forma la biblioteca valores sentimentales, individuales y de conjunto que son inapreciables, cuya alma se

escapa con la del dueño, y repercuten al dispersarse la biblioteca en la misma devaluación que estará sufriendo en su tumba al desintegrarse el coleccionista.

Una vez escribí que el valor de los incunables, su valor verdadero, es el de dos pesos. Porque el bibliófilo los tropieza en algún puesto de vejestorios y los compra por dos pesos. Sólo él sabe que valen miles, y con esa ilusión los guarda celosamente. Pero al morir, su viuda remata aquella colección de estorbos, y el incunable le vale dos pesos. Dispersos los volúmenes, otro bibliófilo rescata la joya por dos pesos, le atribuye el valor de miles, la pone en su estante —luego se muere y el incunable vuelve a valer dos pesos.

Por otra parte, y por mucho que en apariencia sea doloroso que el empeño de los coleccionistas inteligentes forme buenas bibliotecas para que la viuda ignorante los disperse, quizá sea esto lo mejor que desde el punto de vista de la utilidad de los libros puede ocurrir. En el torrente de la vida, los buenos ejemplares, humanos o de papel, es más democrático y más fecundo que caigan en manos de quien los apetezca o necesite. Las bibliotecas ordenadas y clasificadas son a la postre tan estériles como el gineceo o como el gimnasio.

Domingo 29

Vino a comer a casa mi tío Guillermo con Josefina y sus chicas. Él no trabaja ya en el ferrocarril, en donde estuvo tantos años que alcanzó por fin la jubilación. Pero está muy contento porque ha emprendido negocios particulares de muy buena perspectiva. Por su parte las chicas trabajan también y ganan muy buenos sueldos.

Estuve presente a las funciones de tarde y noche de *Los girasoles*. Me dio mucho gusto ver que Alfonso Junco ya es nuestro cliente asiduo y que el rector de la Universidad estaba también entre la concurrencia, así como don Rodrigo Montes de Oca, quien me explicó en un entreacto que él ha gustado mucho siempre del teatro y que no se pierde del poco bueno que todavía se encuentra.

Pasé a la avenida México y encontré todavía a la mesa de la cena a la familia Maus. Don Pedro regresó desde el viernes por la noche de la gira presidencial, que se echó íntegra, y de la que regresa muy complacido. Dice que sólo en la ciudad de México se manifiesta esta curiosa nerviosidad a propósito de las finanzas y de la economía esta falta de fe que propicia el alza del dólar y las preocupaciones de los banqueros. En el resto del país la gente trabaja, está siempre ocupada y en consecuencia no tiene tiempo para ponerse nerviosa. Por todas partes donde andaba vio florecer un espíritu de optimismo y de laboriosidad que son la mejor garantía del éxito y el mejor antídoto contra ese fenómeno citadino que es el pesimismo.

Luego me contó que a los oradores oficiales de la gira les decían los Jilgueros, y que aun cuando los de rigor eran Serra Rojas, Manuel Moreno Sánchez y Alejandro Gómez Maganda, también el licenciado García López dijo discursos muy inteligentes. Serra Rojas le pareció un poco neurasténico. De Chihuahua se regresó con el pretexto de que algo le había disgustado, pero en realidad, según se pensó, porque le tiene miedo al avión y prefirió regresar por tren.

Es una lástima que no hayamos podido darle la sorpresa de que ya su casa de Coyoacán estuviese lista del todo. Faltan muy pocos detalles de acabado. Pero en realidad, creo que no lograrán echar fuera a la gente hasta que no se instalen a vivir en la casa.

Lunes 30

Raoul me dio la grata sorpresa de aparecer a desayunar conmigo. Quería de paso enseñarme, para alguna corrección de estilo, el trabajo que va a leer en el simposio de medicina psicosomática con que la Academia de Medicina de que es presidente va a celebrar las bodas de oro profesionales de su secretario perpetuo, el doctor Alfonso Pruneda. Me invitó a las fechas de ese simposio, que serán en Venezuela 4 desde mañana a las ocho de la noche. Me llevó al centro en su coche, y en el camino me pidió que reconstruyera y apuntara toda la historia de mis padecimientos, desde el año de 1934 en que fui a visitarlo como cliente por primera vez en las calles de Zacatecas, donde también tenía su consultorio Leopoldo Salazar Viniegra y la sala de espera era deliciosamente romántica, con sofás de medallón y grandes cortinas. Nada me gustaría más que emprender esta proustiana reconstrucción de mi paulatina destrucción.

Animal de costumbres; manojo despreciable de reflejos condicionados, como es lunes y no pude ir a visitar a los Rubio, que no me han escrito siquiera desde San Francisco, anduve por la noche como los perros del profesor Pavlov si no les sonaban la campana a la hora en que debían sonársela.

Junio

Miércoles 1°

La utilidad del autoanálisis: empezó a notar que cada vez que pasaba por la avenida Juárez se ponía de muy mal humor. Decidió averiguar por qué. Desde ese momento, su quehacer consistió en explorar el rumbo, en busca del agente provocador de su conflicto. Por fin, recordó que en una de aquellas casas viejas vivía, cuando él era pequeño, una tía suya. Desde esos balcones, la familia solía presenciar los desfiles —todavía del tiempo de don Porfirio. Él asomaba por entre las piernas de los mayores, y llegó a ver a don Porfirio—, todavía lo recuerda.

Pero aquello, ¿podía explicar su mal humor? Siguió recordando, reconstruyendo, explorando, y así le vino a la memoria el dato de que aquella tía, cada vez que iba a visitar a la familia, les llevaba de obsequio un cartucho de dulces —uno de aquellos cartuchos que vendían en los teatros, durante los entreactos, y que además de una "sorpresa", contenían bombones surtidos: uno de dátil relleno, otros de caramelo, otros de chocolate, o de coco.

Ahora bien, eran seis chicos en la familia. Y para ser siempre justiciera y pareja, la mamá repartía entre todos, equitativamente, los dulces del cartucho. En rueda: uno a cada uno, y otra vez, hasta que se acabaran. De modo que a uno le tocaba el de dátil, a otro el de chocolate: y solía ocurrir que el que recibiera el de coco apeteciera el de caramelo, y no obtenerlo, le creara una frustración, le dejara una carga afectiva, capaz de desarrollarse con el tiempo en complejos molestos.

Entonces vio que cerca de la que fuera casa de su tía, hay ahora una dulcería de Larín —la que está junto al Cine Alameda. Ya no le cupo duda sobre la causa profunda, remota, de su mal humor cada vez que pasaba por la avenida Juárez.

Y puso el remedio en el acto. Entró en Larín, se compró un cartucho de bombones surtidos, cruzó la calle, se sentó en una banca de la Alameda, y engulló uno a uno todos sus surtidos bombones.

No ha vuelto a estar de mal humor en la avenida Juárez.

Martes 21

Querido yo mismo: te —me— tengo sin noticias mías —tuyas— desde hace dos semanas. Comprenderás, espero, que no ha sido la falta de cariño lo que me ha hecho callar. Ni la de tiempo. El tiempo transcurre lento, largo, einsteiniano, en una cama desde la que contemplas correr la vida, asomarse la aurora, madurar el sol, languidecer la tarde, llegar la noche —y llover; y aparte estos detalles poéticos de la observación yacente, mientras le da la gana al catarro de extinguirse, las moscas, o el periódico, o el desayuno, o una que otra visita, o el médico que acude, cada tres horas, a pincharte con su famosa penicilina.

Estuve enfermo, eso es. De simple catarro, pero es que el catarro puede y suele ser el principio de peores males. Puede meterse en los senos, dejar sus virus en los nervios. Lo curioso de éste que tuve es que procuró ser un catarro *sui generis*. En primer lugar, tardó en

tirarme en cama más de lo que habían siempre tardado sus antecesores. Lo pesqué un sábado en que me sentí valiente y deportivo al extremo de no vestir más que una guayabera yucateca, fiado en que hacía calor, y fui a acostarme en una hamaca debajo de los chopos del Canadá. Estornudé, sentí que me había capturado el catarro; pero procuré no hacer caso, disimular, a ver si se marchaba. Todavía me fui por la tarde a casa de don Pedro, donde me esperaba la familia para que juntos dispusiésemos la distribución y la instalación de los muebles, labor que terminamos en cuatro horas, de las cuatro y media a las ocho y media, en que ya pudimos salirnos al jardín y contemplar desde afuera aquel sueño de casa. Quizá la humedad de la noche contribuyó a afianzar mi incipiente catarro. De todos modos, el domingo me levanté, cuando debiera acaso haberme quedado ya en cama. Me levanté porque no quise que *Los girasoles* terminaran sin hallarme cerca de los muchachos, que no me lo hubieran perdonado. Y todavía el lunes volví a levantarme. Estornudaba constantemente, pero abrigaba la esperanza de derrotar al catarro. Vana ilusión; ya para la noche me sentí tan mal, que resolví cercenarme dos o tres días de vida en el aburrimiento de la cama, y el martes, ya no reaparecí entre los vivos.

Sin embargo, no llamé médico. No, sino hasta el miércoles, cuando alarmado porque el catarro no me fluía sino en forma de lágrimas furtivas y constantes por la nariz izquierda, llamé a Raoul desde la cama, por teléfono, y le comuniqué que a mi juicio padecía yo *high fever*, porque no se trataba de un catarro común y corriente. Raoul decidió que, puesto que yo había resuelto y diagnosticado que era *high fever* lo que tenía, tomara antisistina, que es un antihistamínico; suspendiera los demás medicamentos que estuviese tomando, y me inyectara ostelina cálcica cada tercer día.

Comencé a hacerlo. Pero no obró este tratamiento. Y entonces ya no quise molestar a Raoul. Llamé a Claudio, y me impuse un millón de unidades de penicilina. Enseguida empecé a sentirme mejor.

Pero no tanto que tuviera, por cierto, alientos de escribir. Ni "diarios": ¿qué podría contar de interesante, o de digno de que yo mismo, después de muchos años, lo recordase; que sirviera algún día, como los diarios de sucesos notables de antaño, para reconstruir un determinado momento de esta época? Un catarro más... Ni "Ventanas". Hice avisar que por unos días, los lectores y yo descansaríamos.

En eso se fue una semana. Ya no recuerdo cuál. El domingo siguiente reaparecí. La ocasión lo hacía preciso, grato e ineludible. Se trataba del cumpleaños del maestro Carlos Chávez. Cumplía cincuenta años, y recibía en su casa de las Lomas a un grupo de amigos.

Lo que menos podía esperarme es que en esa fiesta conociera a..., ¡María Félix! Sí, a María Félix, nada menos. Llegó acompañada por

Diego Rivera, vestida de negro. Es realmente estupenda. Y muy simpática. Se quedó en medio del salón atestado de gente que se volvía a verla. Yo estaba adiestrando a los criados de Carlos en la confección de los *old fashioneds* que tenían muy buen éxito. Pero le dije a Carlos que la circulara. Y entonces la tomó del brazo y la fue presentando con las familias, hasta que me llegó mi turno, y le dije que qué bárbara; que cómo era preciosa. Sonrió. Ya lo sabe, naturalmente. Y todo el mundo ha visto sus retratos para convencerse, y para no necesitar de una descripción de una belleza que no se debe a maquillajes ni a trucos.

Conversamos. Dijo que no me imaginaba así como soy, sino grueso, y blanco, y que se alegraba mucho de que no fuera blanco. De lo grueso no dijo que se alegrase de que no lo fuera. Y entonces pregunté, porque realmente no lo recordaba ya, cómo se llamaba un hermano suyo cadete del Colegio Militar que conocí en 1933 o 34, y que se suicidó allí mismo. Se llamaba Pablo. Claro, Pablo Félix Güereñas, y era muy parecido a ella. "Mi hermano era un dios —dijo ella con calor—. En casa fuimos seis hombres y seis mujeres. Y yo le digo a mi mamá que es muy mala para los encargos, y que yo no le vuelvo a hacer ninguno. Porque los hombres de mi casa son más hermosos que nosotras las mujeres. Figúrese usted cómo será la cosa."

Tengo la impresión de que simpatizamos. Me contó que le están arreglando una casa que compró en Tlalpan, y a la que pronto va a mudarse, y me invitó a ir a conocer esa nueva casa. Pero además, me preguntó si iría yo a su casa actual, a ver el retrato que le estaba terminando Diego. Al día siguiente mismo. Claro es que acepté ir.

Diego no se le despegaba. Yo le pregunté si le había gustado mucho Italia, y Diego intervino. "Le gustan las mismas cosas que a nosotros, o no le gustan las mismas cosas que a nosotros no nos gustan", explicó complacido. Yo no ahondé. No fuera a ser que, por ejemplo, no le gustara *La Piedad* de Miguel Ángel.

Al día siguiente, a medio día, Carmen López Figueroa se apareció en mi oficina. Cosa rarísima. Era lunes, y el patrón andaba en Monterrey, de suerte que no comería con él, y le dije a Carmen que si podíamos comer juntos. "Te voy a llevar a comer a una parte en que te darán cosas deliciosas —me dijo—, y además, en muy buena compañía."

Era santo de los Antonios, y en consecuencia, de la Mumy de Dolores. Se trataba, pues, de la casa de la tía Lupe, mi comadre, donde comerían exclusivamente Dolores, su mamá, Carmen y la tía Lupe. Acaso otras parientes de Dolores. Al principio, me resistí. Veo tan poco a Dolores. La clientela de sus frecuentes fiestas es tan de otro mundo, y ella parece tan contenta con sus amistades, que francamente... Pero Carmen insistió en que se trataba de una comida muy en privado, y fuimos. Y la comida fue realmente muy sabrosa. Y todos

los animales de la tía Lupe: los canarios, los perros, los gatos, le tenían cuelgas a la Mumy, con sus respectivas tarjetas. Nos comimos, muy bien guisado, a Teodoro Vega, que es como en vida se llamó el guajolote.

Por la tarde, recogí a Carlos de su oficina y nos fuimos juntos a casa de María Félix, a ver el retrato. Nos recibió Diego. En ese momento acababa de terminarlo, y la señora había ido a cambiarse ropa. Sobre la chimenea del salón luce un retrato de ella al carbón, una especie de boceto para un óleo que no terminó Diego porque le pareció, y con razón, que ya "así es la cosa"; que lo que él quería expresar ya había quedado logrado con aquellos trazos de que salió una madona con un niño en los brazos. Un dibujo magnífico.

Subimos al estudio, Diego abrió la puerta —y apareció el retrato. Enorme, de cuerpo entero, con un fondo de verdes-grises. Ya lo habrán visto fotografiado; pero tiene una vida radiante, una respiración... Parece, como dice ella que dice su hijo Quique, "que se va a levantar". Apareció entonces ella, a cotejarse con su retrato. Nos hizo traer limonadas, ella bebió agua pura, porque (me lo confió el domingo en casa de Carlos) no bebe nunca, su dieta consiste en frutas y jugos y un filete, y lo único en que se propasa es en fumar los cigarrillos que Diego le carga en una enorme pitillera de oro con iniciales en brillantes, M.F.

Diego no había firmado aún el retrato, y su Fornarina (¿por qué se me ocurre escribir esto?) se mostraba un tanto inquieta, nerviosa, por ello. A la derecha del espectador, ciertamente: en primer término, abajo, lucía el libro abierto en que Diego había puesto su ardiente dedicatoria: pero no aún su firma. Era como un gran cheque contra la inmortalidad, pero corría el riesgo de pasar a ella como el de la nueva dama que ha perdido su pintor, cuando lo más que podía acontecer sería que haya, ya, perdido a su pintor. Heme aquí haciendo frases.

María, pues, estaba nerviosa. No le parecía terminado el cuadro sin la firma, y espoleaba al pintor a trazarla. "Dieguito —le decía, mirándolo con dulzura—, ¿no la vas a firmar?" Por fin, Diego empuñó paleta y pincel, mezcló cafés, se echó al suelo, a la derecha del retrato —y lo firmó.

Conversamos. Esto es, ella habló, porque yo guardaba un silencio que la intrigaba hasta interrogarme sobre él, y oír que Diego lo explicaba como que yo estaba "tlachando", "del verbo mexicano tlachar, que quiere decir acechar". Habló de que no podría asistir al concierto que esa noche se daba en Bellas Artes en honor de Carlos con música suya y escrita para él por sus amigos y discípulos, porque tenía que ir a la sesión del sindicato, pues cada vez que falta le cuesta una multa de 7 000 pesos, y ya son 80 000 los que ha pagado por no asistir. Nos refirió algunos incidentes desagradables que ha sufrido

en esas sesiones del sindicato. Y cuando nos describía sus percepciones ocasionales de la opinión que suele la gente profesar a su propósito ("esa mujer que nunca se peina", predicó un cura desde el púlpito en un momento en que ella estaba rezando devotamente en un rincón, y ella se salió asustada, antes de que la fueran a linchar), yo abrí la boca por primera vez, y dije una impertinencia. No quiero ni recordar cuál fue. Un simple juego de palabras; un inocente juego de los que, sin embargo, me han granjeado tantas enemistades.

Me doy cuenta ahora de que la gente tiene que conocerme para tolerarme, o que poseer de antemano un bien dispuesto sentido del humor para entender que no siempre digo por molestar las cosas que no puedo evitar que se me ocurran. Pero no todo el mundo, claro, tiene la obligación de tomarse el trabajo de conocerme para tolerarme, o aun para estimarme. Mucho menos cuando —como es frecuente— la gente se halla prejuiciada a mi propósito, se coloca a la defensiva, espera el aguijonazo.

El caso es que —lo percibí muy bien— aquella impensada tontería restableció en un instante el hielo de la distancia entre nosotros. No pareció haber compostura posible. Además, ¿cómo explicar una frase, si no hace impacto a la primera, o si —mucho menos si— lo hace erróneo? Para saber si sería posible restaurar una incipiente amistad, no quedaba más prueba que la de aguardar a ver si el sábado vendría a la casa, a la fiesta que yo le daría a Carlos Chávez.

Y no vino. Pero esta decepción ocurrió al final de una semana bastante atareada, sobre todo en celebraciones del cincuentenario de Carlos. El lunes, como ya apunté, hubo por la noche el concierto que en la Sala Ponce le organizó la revista *Nuestra Música*. Se tocó la de Blas Galindo, la de Moncayo y la de Sandi, y en la segunda parte, la del propio maestro. Yo no había oído nunca cantar el poema mío "Hoy no lució la estrella de tus ojos". Sólo la parte de piano, que tengo con los otros dos poemas, "El segador", de Pellicer, y la "Nocturna rosa", de Villaurrutia, a que Carlos puso música en un tríptico con ése mi poema. Me gustó mucho, pues, escucharlo en la voz magnífica de Oralia Domínguez.

El miércoles le dimos, los miembros del Consejo, una comida en Ambassadeurs. Les gustó el menú, dispuesto por mí. Como Carlos es muy sopista, hice preparar una crema de fondos de alcachofa que tuvo sonado éxito. Se habló de María Félix, y todos estuvieron de acuerdo en su belleza. Todos, menos Fernando Gamboa, quien declaró que es una belleza demasiado "académica". Tuve que preguntarle si prefería, por ejemplo autóctono, a Eulalia Guzmán.

Luego, el viernes, fue acaso el día más comprometido de la temporada. Con toda previsión, yo había empezado a disponer los postres de refrigerador para la cena del sábado, y no pensaba salir. Hay siem-

pre tantos detalles que cuidar: tantos encargos que hacer. Sin embargo, don Pedro daba el viernes una comida, la primera en su nueva casa, a ciertos personajes importantes de la industria del tabaco, que estaban de paso en México, y me invitó. Me complació enormemente ver que pudo sentar en el comedor a sesenta personas, y que los salones, la biblioteca, todo funcionó a las mil maravillas. Hasta (como si se tratara de un truco teatral) la tarde puso en escena un aguacero magnífico, con granizo y todo, que los invitados pudieron disfrutar como un cuadro enorme detrás de los cristales que forman todo un muro de 40 metros.

Incurrí en unas copas, y volví a casa fatigado, y sin ánimo ya para salir. Pero descansé un poco, y la conciencia me espoleaba. Era el estreno de *Llega un inspector*, y con él, la inauguración de la temporada de teatro que en el Latino ha organizado Celestino Gorostiza con actores de cine y de la "nueva generación". Si en fin de cuentas, y a pesar de que por éstas y las otras se ha ido el tiempo y casi no queda el necesario para ensayarla bien, he de cumplir el compromiso de dirigir la última obra de esa temporada, y de presentarla el 15 de julio, convenía que viera funcionar el pequeño escenario, y que me diera cuenta de los actores con quienes habría de trabajar.

De suerte que siempre salí, como a las ocho y media. Y no me arrepentí. Era estimulante ver el interés del público que llenaba la pequeña sala. Y grato ver lo bien que Celestino resolvió la dirección, los movimientos, en un foro tan chico. A Víctor Velázquez no lo veía desde hace diez años, cuando hizo un papel en *El capitán aventurero* de Mojica. Ya es todo un excelente actor.

Salimos a las doce, y todavía la emprendí hasta las Lomas, porque ese día Jaime García Terrés celebraba su recepción como abogado. Ha escrito una tesis preciosa *Sobre la responsabilidad del escritor*, que imprimió como un ensayo, y de que hace algunos días me dio un ejemplar. Lo he estado leyendo por las noches, y admirando, sobre su ágil y moderna erudición, sobre la claridad de su pensamiento, su excelentemente manejado, rico castellano.

Ya se retiraban algunos invitados cuando llegué, y ya todos habían cenado. Pero seguían, otros, jóvenes compañeros de Jaime, bebiendo champaña, y Henrique González Casanova poniendo cátedra de *jitterbug*. Me retiré como una hora después. Y luego supe que los jóvenes habían permanecido hasta el desayuno.

Al día siguiente, sábado, di en casa la cena en honor de Carlos. Se excusaron unos cuantos de los invitados, de los que prefieren pasar el fin de semana fuera de México. Seríamos en total unas cincuenta personas.

No volveré a alquilar meseros. Se dedicaron a extender sus atenciones a los criados de la casa, y cuando todos se habían marchado, Pancho, el jardinero, que fungió de guardarropista; el otro Pancho,

que recogía colillas; y Chucho, que abría la puerta, se traían un cuete tan vergonzante, que las muchachas no los localizaban en el jardín para que fueran a cenar a la cocina.

P.S. 22 de junio

Leo ahora que María Félix no pudo concurrir, el mismo sábado que yo la esperaba, ni a la suntuosa fiesta que en su personal honor daba esa noche don Pedro Corcuera, porque ha estado enferma. Esto me tranquiliza, y me hace concebir la esperanza de que no haya *hard feelings*.

Sábado 25

"Limpiar la mesa" —operación realmente indispensable para ponerse a trabajar, y denominación que Alfonso Reyes da al acto frecuente de emitir libros— me depara el hallazgo de estos versos, soltados del lápiz en la cama hace quince días:

Habla Carlos IV:
¿Cómo yo, rey entre reyes,
emperador sin rival,
he de ver tanto nopal
y vivir entre magueyes?
¡Ah, qué virreyes tan bueyes!
Ante tan fieros renuevos,
buscando horizontes nuevos
huyera, lleno de espanto,
si no le pesaran tanto
a mi caballo los huevos.

Habla Colón:
Conque, en sentencia bucólica,
"por Castilla y por León
Nuevo Mundo halló Colón".
Ah, ¡qué Isabel la Católica!
¡Si en mi estatua melancólica
frente a quien todos derrapan,
y ya escarban, y ya tapan,
miro, con dolor profundo,
que éste, en vez del nuevo mundo,
parece los llanos de Apan!

Habla Cuauhtémoc:
Tanto los teules me odiaron;
a tanto su tirria alcanza,
que con ser yo el de la lanza
de mi casa me lanzaron.
Con otros lo mismo osaron;
mas yo, por ser Guatimoc,
exijo una casa *ad hoc*
donde irme con mi familia
(aunque la haga Santacilia,
aunque la decore Block).

La casa está quieta, apacible, húmedo y nublado el jardín, después del aguacero con rayos, uno de los cuales debe de haber caído aquí cerca, acaso en el parque de los Quevedos. Hace ocho días, qué diferencia y qué trajín para recibir a las familias que vinieron a cenar. Luego, el domingo, empecé ya a capitalizar una al parecer recuperada, restaurada salud que abordo temeroso de que se rompa, tan poco habituado como estoy a disfrutarla; pero que se evidencia en la facilidad con que a diferencia de los últimos tiempos, despaché las "Ventanas" de la semana, unas cartas pendientes, y aun el imprevisto y urgente trabajo que me asestó Daniel Morales al rogarme por teléfono que le escribiera el editorial del *Mañana*. Dijo que podría aguardar hasta el lunes, pero yo repliqué que el lunes, no tendría tiempo, y que prefería hacerlo inmediatamente. Mientras llegaba por él, estuvo escrito.

Luego vinieron los muchachos a merendar conmigo. El sábado no quise mezclarlos con las personas mayores, pero les extrañé, y el domingo les hablé por teléfono al foro mientras representaban el *Sueño*. Pensaban irse después de la función al Teatro Latino, pero prefirieron atender mi invitación, y los recibí en la cabaña, donde se sienten en su ambiente a causa de que está iluminada con *spots* ámbar movibles en áreas de actuación. En el barecito de la cabaña he resuelto no tener más que licores nacionales, y me propongo coleccionar los más que consiga: bacanora de Sonora, sotol de San Luis, charanda de Michoacán, mezcal de Oaxaca; en fin, no sé los que haya, pero los buscaré. Y lo resolví desde antes del nacionalismo instigado por la estabilización del peso. No porque yo beba, ni de ésos ni extranjeros; pero para las familias. Sin embargo, accedí a probar con ellos mezcal de Oaxaca, y lo encontré mucho más sabroso que el odioso *whisky*: con un perfume de tierra, de barro. No sé por qué no adoptan los *snobs* los licores nacionales. Esto es, sí que lo entiendo: por *snobs*.

Ahí planearon celebrar el viernes 24 el primer aniversario de *El sueño de una noche de verano*, que se estrenó la Noche de San Juan

del año pasado, y sigue en vigor. Resultaba una excelente ocasión para limar, disipar, extinguir, la pequeña pugna sorda que prevalece entre los no becados de la Escuela, que naturalmente son la mayoría, y los quince becados que naturalmente están siempre cerca de mí, y con ello suscitan el resentimiento de los demás, que piensan que sólo los becados tienen oportunidad de buenos papeles en las obras; sin entender que los becados están cerca de mí porque están trabajando siempre bajo mi dirección; pero que ni las becas son vitalicias, ni otra cosa que una meta para todos los que se distingan en sus estudios.

De todos modos, la pugna existe, con simpáticos aspectos de buen humor juvenil y de saludable competencia y emulación. A los becados les llaman los del "Ful", y éstos a los demás los del "Cua" —Confederación Única de Ardidos. Romerito, nuestro incomparable traspunte, los excita desde el micrófono: ¡Qué vergüenza, muchachos del Ful! ¡Los del Cua van ganando! —como si se tratara (y así es la verdad) de dos equipos deportivos. Esa tarde, todos los del Ful recibieron, por debajo de la puerta de sus camerinos, el "Corrido del Ful", que ha de cantarse con música de *Astucia*, y en que les atacan, pero sin verdadero rencor. Parecía pues muy conveniente que todos se reconciliasen con una fiesta. Las muchachas se encargaron, Pilar y Rosa María sobre todo, de la colecta del dinero necesario. Los muchachos, de las invitaciones, el tocadiscos, los refrescos, etcétera.

El lunes 20, por la mañana, tuve el primer ensayo del *Daniel entre los leones*. Apenas entonces pudieron venir los actores, y no todos, pues muchos están filmando, y otros pendientes de llamado. No sé cómo vamos a hacer con tan poco tiempo disponible. Por cuanto a los tipos seleccionados por Celestino, todos están bien: Beatriz Ramos tiene mucho empeño, y espero que superará su falta de costumbre de memorizar. Jorge Martínez de Hoyos, el talentoso, simpático Mapache, vino en vez de Carlos Riquelme por si éste no termina a tiempo sus compromisos de cine y en otra obra de esta misma temporada del Teatro Latino. Pero el Mapache es demasiado joven para hacer el Daniel. Le saldría falso. De los demás, se advierte enseguida que quien tiene más práctica escénica es Ramón Gay, quien a causa de que así lo pide la película que está filmando, trae el pelo de un rubio rabioso. Es disciplinado, sabe su técnica, recuerda sus cruces. Hará un buen Donato. Mientras planteé los movimientos del primer acto (contra mi costumbre: siempre hago primero memorizar toda la obra, pero esta vez no hay tiempo, y Celestino me indicó que sus muchachos ligan mejor las memorizaciones con los movimientos al mismo tiempo señalados), Pilar me auxilió marcándolos en el *script* con nuestro críptico lenguaje de posiciones, cruces, subir, bajar, sentarse y levantarse.

Que ebulle saludablemente en la ciudad el interés por el teatro, es patente. El miércoles, después del ensayo de *El pasado* (porque ya

estamos dándole, y preparando dos equipos: uno para llevárnoslo de gira a Saltillo, y otro por si se pone en México la obra de una manera conmemorativa en agosto), fuimos a ver el que Luz Alba hacía en San Diego del Hinkelman que viene preparando desde hace algún tiempo, y al que esta vez invitó a mucha gente. Antes fuimos a tomar un café, y se les ocurrió a los muchachos que fuera en el Bellas Artes, arriba de la Librería de Cristal. Yo tengo una mala experiencia de su servicio, pero accedí. Estaba repleto, y en un rincón, los literatos de la localidad celebraban uno de esos cafés literarios que han inventado. No distinguí en honor de quién fuera aquél. Nos instalamos a esperar el café con leche. Transcurrió media hora. Todavía le di al mesero un plazo de un minuto para traer siquiera vajilla. Cumplido el plazo, nos levantamos en masa y abandonamos el café, del que nos despedimos para siempre, y fuimos a beberlo, y a toda prisa, a una simpática farmacia en la esquina de Colón, junto a San Diego.

El jueves hubo otro acontecimiento teatral. *Novedades* entregó los premios de su concurso durante una comida que organizó don Alejandro en Ciro's, con la elegante pericia que él despliega siempre para actos semejantes. Asistieron como invitados de honor el licenciado Gual Vidal, el subsecretario, el rector Garrido, el licenciado Portes Gil, Carlos Chávez; y los jurados y los premiados, y representantes de las uniones teatrales, de autores, de actores —y aun de tramoyistas, pues uno de ellos obtuvo un premio con un sainete. Dagoberto recibió su premio por la *Chopiniana*, que el Comité Procentenario de Chopin prometió dar el dinero para que se ponga en escena, aunque ahora el licenciado Portes Gil me dijo que no lo tienen, y que el Instituto habrá de hacer los gastos.

Terminó la comida a las cinco, y Carlos y yo acompañamos al licenciado Gual Vidal a su casa antes de regresar a Bellas Artes. Se hallaba un tanto preocupado por la agitación de la Normal, desatada porque cesó a un director que no iba nunca a su trabajo, ni controlaba la Escuela, sino que se la pasaba en el café. Los maestros han sido siempre medio alebrestados, y desde hace años, han sucumbido fácilmente a las incitaciones políticas subterráneas. La primera vez que fue secretario de Educación el doctor Puig, eran todavía razonables, conscientes. Pero recuerdo que al volver a ese puesto, su fino olfato percibió que ya estaban echados a perder. Y desde entonces, han tenido tiempo de fermentar.

Los viernes suele complicarse mucho la vida, y el día de los Juanes y los Chuchos no fue ciertamente una excepción. Cuando el lunes por la noche le vi en su casa, don Pedro me anunció que este viernes daría en ella una comida para el disperso grupo. El patrón, inventor de esas comidas, está muy sentido y enfadado porque se hayan quebrantado, y sigue fiel, asistiendo a ellas, sin importarle que le acompañen pocos o muchos de los viejos y nuevos amigos. Pero no considero justo su reproche, que ya me formuló muy concretamente, de que yo sea un ácido disolvente de la amistad, y el culpable de que se hayan en cierta medida desquiciado. Aduce que no tengo derecho a destruir lo que yo no he construido, y en ello tiene mucha razón, pero no en suponer que, ni me interese destruir esas comidas, ni pueda hacerlo, ni ello resulte de que yo haya publicado que se acabaron.

A última hora, don Pedro recordó que tendría que asistir a una comida por la inauguración del nuevo edificio de la Pepsi-Cola, y canceló la que hubiera dado en su casa, lo cual me dejó libre de comer en el centro y regresar a la oficina un poco antes de que los muchachos iniciaran su fiesta de aniversario del *Sueño*, y de reconciliación del Ful con el Cua. Les resultó muy simpática. Eric Rubio les mandó regalar muchas cajas de Lerma y ellos compraron *whisky* para los invitados de honor, y pasteles, volovanes y *sandwiches* para su sencillo apetito juvenil. Bailaron y, actores al fin, hicieron números en el salón 1, que tiene su forito.

Mario Orea me había invitado a ver la exhibición privada de una película en que trabajó, pero no tuve tiempo para asistir. Apenas pude darme una pasada de Remington contra la "sombra de las cinco" y plantearme el dilema de si concurrir primero a la representación de teatro en el Latino, y después a la fiesta que el embajador Petrucci daba en honor de los cantantes italianos de la ópera, o al revés. Tenía el *tuxedo* en una maleta en el coche desde en la mañana, para mudarme en la oficina o en Sullivan, donde se pudiera mejor. Resolví ir primero al teatro. Pero había una cola impresionante, eran ya las nueve, y quedarme me habría impedido ir a la embajada de Italia hasta más allá de las doce. Fui a vestirme, y a Nilo 47.

Las fiestas en esa embajada son siempre preciosas, cordiales, distinguidas, y con una mesa fabulosa y completamente europea. Conversé con Oralia, con Lucha Puig, con Mary Cusi, con Marilú Fernández del Valle, con Rafael Fuentes. Ya muy tarde llegaron Carmen López Figueroa, Carlos Chávez y el joven columnista Brent que ella anda pastoreando después de su Cobina. Se habían ido primero a escuchar a Menuhin. Como a las once y media, cuando iban a empezar a cantar los cantantes, me salí para ir al Teatro Latino, donde todavía alcancé dos cuadros de *Teatro*, y pude darme cuenta del éxito que estaba teniendo la pieza, pues el público aplaudía y reía mucho la gracia de Blanca de Castrejón. No me quedé al besamanos felicitatorio porque ya estaba muy cansado.

Miércoles 29

Los Maus me extrañan. Nos veíamos más a menudo cuando no éramos vecinos de Coyoacán. Le expliqué ayer a don Pedro lo atareado

que me traen los ensayos del *Daniel*, y cómo este trabajo tiene la culpa de mis ausencias.

Hoy fui en la mañana. Todavía no se levantaban (lo cual me pareció reprochable) a disfrutar de la espléndida mañana en el gran jardín en que aguardé a que aparecieran a desayunar. Luego supe por qué se levantaron tarde don Pedro y Perico: anoche cenaron con el presidente en la casa de don Ramón Llano, y por cierto que le sucedió al presidente una aventura muy curiosa: cuenta don Pedro que contra su costumbre llegó tarde el presidente, y muerto de risa; y les refirió lo que le acababa de pasar. Le ordenó a su chofer que lo llevara a la casa de don Ramón Llano. Iba solo. Sumido en meditaciones, no se fijó por dónde fuera, de modo que cuando el chofer detuvo el coche frente a una casa a cuyas puertas había muchos otros, y aspecto de fiesta, se bajó y le dijo al chofer que se fuera a cenar y luego regresara por él. Entró en aquella casa, y al penetrar en el salón se dio cuenta de que no era la de don Ramón Llano. Los invitados en esa fiesta se llevaron la sorpresa del siglo al ver aparecer entre ellos nada menos que al presidente de la República. Y él, todo cortado, empezó a dar excusas y a explicar que buscaba otra casa y que se había equivocado. Le rogaron que se quedara, le dijeron que si quería que lo llevaran adonde iba; pero él les dijo que tenía su coche a la puerta y que no se molestaran. Salió y ahí tenemos al presidente de la República parado en la calle, solo, esperando un libre, hasta que abordó uno cuyo chofer, por supuesto, lo tomó por un pasajero cualquiera. Sólo al llegar a la casa de don Ramón, y cuando el presidente le dio un billete grande y el chofer, refunfuñó que no tenía cambio, y el pasajero desconocido le dijo que se guardara el vuelto, el chofer peló los ojos y todo turbado exclamó: "Yo voté por usted, pero no lo conocía."

Tanto don Pedro como yo nos dimos vacaciones esta mañana. Nos fuimos a buscar macetas y plantas en Insurgentes y luego a visitar a Enrique Contel, quien desde su lecho de enfermo me recibió diciéndome que estaba de acuerdo con lo que yo decía sobre el radio. Yo no sabía lo que hubiera dicho, porque esta mañana no me llegó temprano *Novedades*; pero se trataba de la especie de entrevista que el otro día me vino a hacer Héctor Alpuche y que se publicó hoy en *Novedades*.

Jueves 30

Me hallaba yo en el doble, simultáneo acto de —eufemísticamente— cortarme el pelo y repasarle a Georgina Barragán sus líneas de la Juliana del *Daniel entre los leones*, cuando me anunciaron al señor gobernador de Coahuila. Entró enseguida, sin darme tiempo a esconder a Juan el peluquero, y al advertirlo, Raúl me puso en la disyuntiva de esperar a que terminase conmigo, o entrar, pero que el maestro siguiera su operación. De suerte que conversamos así, él rodeado por sus ayudantes grandotes, norteños, y yo desde un sillón, envuelto en una bochornosa sábana y con la cabeza baja.

La víspera le había yo enviado a Héctor González Morales una larga carta con los detalles de la gira de agosto, el presupuesto y el calendario de actividades, montaje, ensayos, etcétera Ya no tendría ahora que esperar a que el gobernador lo aprobase, pues estaba ahí mismo, y le leí todos los datos de esa carta, y aun pude mostrarle los modelos de los trajes románticos que usarán las protagonistas de *El pasado* de Acuña. Lo aprobó todo. Quiere decir que tenemos por delante mucho trabajo: exhumar listas de utilería y mobiliario para las cuatro obras que llevaremos, disponer los decorados, seleccionar el vestuario, mandar sacar fotostáticas de la partitura de *Astucia* y despacharla a tiempo de que la ponga la Sinfónica de Saltillo —para llegar a ensayar y montar allá durante la semana anterior a la breve, pero atareada, temporada. Me parece magnífico que además de honrar la memoria del poeta romántico cuyo centenario se celebra, Raúl López Sánchez patrocine así un acontecimiento cultural.

Me habló el gobernador con entusiasmo de nuestro Torreón. Con ser tan pequeña ciudad, su presupuesto municipal sobrepasa a los dos millones de pesos. Y no hace mucho que fueron a verle representantes de Torreón, y a decir que necesitaban 750 000 pesos anuales más para la ciudad, pues están construyendo escuelas, hospitales, muchas cosas útiles. Pero que él no tendría por qué preocuparse: que ellos mismos se encargarían de levantar esa suma. Y en efecto, la pura Cámara de Comercio llamó a sus agremiados, les asignó justicieramente aumentos proporcionales de impuestos —y el 1º de julio, mañana, comenzará a reunirse la suma que hará llegar a los tres millones de pesos el presupuesto de egresos municipales de Torreón, que es cifra que no tiene ni Monterrey.

Y así es en todo. Las Fiestas de Primavera dejaron 180 000 pesos libres para obras benéficas, y es admirable ver a las señoras de Torreón empeñadas en organizar recaudaciones siempre generosas de sumas para tales obras. Raúl está seguro de que en Torreón tendremos mucho éxito. De ello deduzco que habremos de trabajar también en Torreón, después de Saltillo.

Cuando se despidió, con la promesa de que la semana entrante comamos juntos, me quedé pensando que será curioso que la primera vez que en muchos años vuelva yo en serio a Torreón sea al frente de un espectáculo teatral, y patrocinado por aquel chico del colegio con quien solíamos jugar al teatro.

Salí volado, porque ya eran más de las dos, a casa de Eric Rubio. María Luisa iba a experimentar un queso relleno, pues sigue muy

inclinada a la cocina. Era un queso de Holanda relleno de camarones y ostiones que sirvió con arroz blanco y que estaba riquísimo. Pero lo que más me gusta de María Luisa es que da varios postres, y todos muy buenos. Eric y yo, hombres de trabajo, nos levantamos un poco apresuradamente de la mesa.

Hubo luego Consejo, que Carlos no perdona todos los jueves de cinco y media en adelante, esta vez únicamente hasta las siete y media, hora en que yo tenía citados para ensayo a los actores del *Daniel entre los leones*. De los muchachos no hay entre ellos más que Georgina, y no en su carácter de alumna becada de la Escuela, sino en el de miembro de la nueva generación de actores. A los demás los escogió Celestino y yo los acepté de muy buen grado. Son de la Academia Cinematográfica. Tienen práctica de cine, y algunos de teatro. Carlos Riquelme, excelente actor, aunque por ello mismo demasiado atareado, pues le sobran pedidos, y al mismo tiempo que filmaba una película en dos versiones, inglesa y castellana, seguía con sus programas de radio y ensayaba conmigo y con Enrique Ruelas simultánea aunque sucesivamente el *Día de octubre*, será Daniel. Ramón Gay, Donato; Giovi, Héctor Materos; Gerardo, Antonio Arenas; Blanca, María Elena Orendáin. Hay todavía la duda de si la Laura la hace Beatriz Ramos o Josefina Escobedo.

Acaso es natural que con estos actores tenga yo más dificultades que con los muchachos. El cine no les exige memorizaciones, largas al menos. Una toma puede repetirse cuantas veces sea necesario, y no están acostumbrados a poner en juego una memoria que es simple cuestión de ejercicio. Luego, tienen otros quehaceres. Los muchachos se aprenden siempre no sólo su papel, sino absolutamente toda la obra; pero la verdad es que mientras lo hacen, no tienen otras atenciones. Poco a poco, han archivado en su memoria ya diez obras completas. Cada vez me persuado más de que con el sistema que estamos siguiendo con ellos —profesores de danza, de impostación de voz, de idiomas, de esgrima; mentores psicológicos— y disciplina estricta al mismo tiempo que trato cordial y amistoso, estamos sirviendo honrada y eficazmente al teatro futuro de México.

Julio

Domingo 3

Interrumpí un divertido sueño para levantarme a votar de los primeros. Me bañaría después, cuando me hubiera ensuciado. Pancho, de cuyo civismo me he hecho cargo, y yo, llegamos a la casilla a las siete y media, cuando apenas había antes que nosotros una docena de votantes. Obreros todos ellos. Bromeaban. Es curioso, triste, el sen-

tido del humor que despierta en los pobres el verse juntos; la impunidad de que se sienten investidos para "meterse" con los que pasan gritándoles "a la cola, mi sombrerudo", y celebrando con grandes carcajadas su cretinismo. Así pasó una hora larga o más, hasta las nueve, cuando ya la cola iba en dos cuadras y los señores de la casilla resolvieron empezar a admitir votantes.

El obrero que me precedía me preguntó, al ir a cruzar su boleta: "¿Es aquí?" y me señalaba los círculos destinados a los candidatos no registrados. "Según por quién quiera usted votar —repliqué—. Éstos son los partidos: el PRI, el PAN, el PP. Esos círculos son para los candidatos no registrados. Si quiere votar por algún candidato no registrado, tiene que escribir ahí su nombre." "Lo que no quiero —replicó— es votar por nadie. Yo cumplo con votar." Lo vi cruzar los círculos en blanco, doblar su boleta, depositarla y salir, con una ancha, maliciosa sonrisa en su rostro oscuro. Ya para esa hora, la cola en la casilla 17, y la de Santa Catarina, eran enormes. Pude, tranquila ya mi conciencia ciudadana, entregarme con toda calma a mis abluciones, desayunar, hojear los periódicos, escribir un poco —y darle su turno a la meditación sobre la película que quiere Joe Noriega que discutamos el martes próximo. Más tarde le llevaré a Beto Maus la lámpara que quiero regalarle y que me acaban de traer.

Viernes 8

Joe Noriega y Miguel Delgado accedieron a abandonar su remoto Churubusco para que comiésemos juntos en el centro y siguiéramos discutiendo el tema y los ingredientes de la historia cinematográfica que Joe desea.

El mundo de la producción cinematográfica se encuentra, al parecer, un tanto inquieto por los problemas que confronta. El generoso gobierno contribuye a su desarrollo mediante un Banco Cinematográfico semioficial como tantos otros por cuyo medio el gobierno acude a refaccionar las actividades privadas que juzga interesantes. El director de este Banco es Andrés Serra Rojas, quien tiene muchas ideas y fuertes inclinaciones artísticas. Yo el otro día le puse menos atención que los directamente interesados a la noticia que sin embargo leí en los periódicos, relativa a que el licenciado Serra Rojas pedía que las películas mexicanas contengan un mensaje y eleven en todos sentidos su calidad, a fin de que representen con decoro a nuestro país en el extranjero, en vez de propagar la idea turística de los matones, gritones a caballo y borrachos con canciones altisonantes que tanto nos han acreditado por ahí.

Al parecer, se trata de constituir un cuerpo consultivo de cinco miembros juiciosos, cultos y patriotas que examinen los argumentos,

y al aprobarlos cuando lo merezcan desde ciertos puntos de vista, le den el visto bueno a su filmación, refaccionada por el Banco Cinematográfico.

No es seguramente habitual que en los países en que se hace cine, exista o haya necesidad de que exista un cuerpo semejante. Imagino que los productores de cine ponen en juego, y son sus víctimas, el mecanismo capitalista de la competencia para prevalecer sobre sus rivales a base de la mayor perfección en todos los capítulos de su producto. Pero, ¿puede llamarse a éste un mecanismo capitalista? Más bien merece que se le reconozca en la naturaleza su legítima genealogía, pues es en ésta donde se da a todas horas y en todos los órdenes el mecanismo nietzscheano de la supervivencia del más apto y del "amolamiento" del menos capaz. Rusia lo sabe bien, y anticapitalista como se ostenta, procede sin embargo conforme al principio de la competencia frente a los pueblos en que quiere hallar sus mercados. En Estados Unidos funciona, desde hace mucho tiempo, la Oficina Hays, que en cierto modo fundamental, censura toda la producción cinematográfica. No es un organismo oficial. Los propios productores acabaron bien pronto por reconocer la utilidad de la autocensura, y la pusieron en manos de un señor a quien sedujeron con un fuerte salario para que dejara su importante cargo oficial por la vigilancia de las historias cinematográficas. La Hays Office, con la práctica y digerida ya su experiencia frente al público norteamericano, y conocidos los *standards* de su moralidad media, acabó por trazarse una breve serie de reglas y prohibiciones cinematográficas a las que ya de antemano se pliegan autores como productores y directores. Pienso que algo así es lo que ha percibido el licenciado Serra Rojas que sea necesario hacer en México.

Ignoro lo que Antonio Castro Leal haya hecho en este sentido mientras estuvo al frente de la Comisión Cinematográfica, que ahora abandona para ir a representar a México ante la UNESCO.

Por la tarde, ensayé, y luego, con tres o cuatro de los muchachos me fui al Olimpia. Tenía curiosidad de ver qué habían hecho los ingleses con Paulette Goddard y una comedia de Wilde, *El marido ideal*, que filmaron a colores y que ya anunciaban como concluida cuando yo salí de Londres.

Siento reconocer que hicieron lo mismo que hubieran hecho los americanos y que las paradojas de Wilde suenan a estas horas absolutamente vacías, forzadas y sin chiste. Debe de ser que el humorismo, como lo esclareció el maestro Freud, es una válvula de escape para una represión personal o colectiva siempre contemporánea, condición que invalida su vigencia más allá de su tiempo, y que le niega la inmortalidad cuando al chiste mismo no van unidas virtudes más permanentes, literarias o plásticas, cuando es únicamente, como lo era en el caso de Wilde, un pinchazo destinado a desinflar los postizos victorianos de la sociedad londinense como aquella en la que el señor ejercía o apriorístico resentimiento que entonces se tomó por talento, y que de vivir hoy, le depararía un muy secundario lugar en la confección, digamos, de programas de radio para cómicos norteamericanos.

Miércoles 13

Rosa María, Miguel Córcega y yo fuimos por la noche al Fábregas a ver la obra de Casona que me interesaba conocer. En un intermedio entramos a saludar a doña Prudencia, que es tan mona y tan buena actriz. Quiere mucho a los muchachos desde que trabajó con ellos en el *Camino real* de Parada León en febrero. Los llama "mis nietos" y ellos por su parte también la quieren mucho. El día de su *debut* en el Fábregas le trajeron flores.

La obra gusta mucho, pero como no tienen otra en preparación, temo que la temporada que con ella empieza termine con ella.

Mientras estábamos en ese camerino en que no hace mucho saludé a Pipo del Hoyo; y cuando luego fuimos a sentarnos a ver el último acto, me escapé de mí mismo y me confronté. Me dio risa, un risa maligna, verme hundido hasta el cuello en este asunto del teatro que no tuve nunca por mi más verdadera vocación, y que no es por ventura mi única ni mi principal fuente de ingresos, por mucho que sí sea la tarea que más tiempo y dedicación me consume. Un rápido y pequeño balance me revelaba, al mismo tiempo que en el Fábregas, precedente de un ensayo para el Teatro Latino y en la compañía de los muchachos con quienes preparo una gira de cuatro obras. Todavía me resisto a admitir que como dicen los que viven en, por y para él, el teatro sea una enfermedad incurable una vez contraída. Pero ya no podría garantizar acaso mi inmunidad.

Viernes 15

Noche de estreno de *Daniel entre los leones*. Beatriz Ramos, que tenía mucho tiempo de no trabajar en teatro, y que además no había hecho nunca comedia de este género, entró en escena nerviosísima y no estaba menos nerviosa María Elena Orendáin. Yo presenciaba la función desde un rincón. No tengo nunca nervios, pero no dejaba de angustiarme cada cambio de una palabra, cada pausa, olvido o tropiezo en que incurrían los actores.

El público, sin embargo, parecía disfrutar mucho la comedia. Y entonces, repentinamente, llegué al descubrimiento de una circunstancia importante: el público cuando va a ver una comedia, entrega

toda su atención a la historia, a su desarrollo. No repara pues, a menos que sean muy flagrantes, en los defectos o en las fallas de la actuación. Ni podría realmente reparar en ellos, porque carece del punto de comparación que le daría el conocimiento breve de la obra que mira por primera vez. Es uno el que sufre porque tiene ese conocimiento y compara su propósito con su realización. Lo cual distingue a las satisfacciones que el público alcanza de las que la propia rigidez apetecería.

El segundo acto lució muchísimo con el ciclorama de seda que es del propio teatro y que no habían usado antes. Dos columnas, un par de trastos de árboles al fondo, una balaustrada, dos sofás curvos, todo ello bien iluminado por Julio Prieto, dio una atmósfera aristocrática que enriquecía la tenue música de fondo para las escenas de la recepción en casa de Juliana. Joaquín Cordero se veía muy bien. Se explicaba que la marquesa estuviera tan prendada de él. Y en cuanto a Georgina Barragán, se veía preciosa. Es seguramente el acto más bonito de la obra. El señor Coseo, agregado cultural de la embajada de Italia, estaba muy entusiasmado y me pidió que le presentara con Georgina, pues la encontraba muy buena actriz y muy preciosa muchacha.

En fin, ya salimos de eso. Espero no haber defraudado a Celestino, que tan amablemente me invitó a cerrar como huésped su temporada.

Jueves 21

Es divertido, aunque corre el peligro de convertirse en una manía más, el tranquilo deporte de cronografiar nuestras actividades menores y, sin embargo, fundamentales. Antes de enfrentarnos al mundo por una larga serie de horas, dedicamos a nuestra persona unos momentos de reparación. Medirlos, compararlos, clasificarlos, demuestra lo realmente poco que nos ocupamos en nosotros mismos.

En desvestirnos, por ejemplo, en la noche, empleamos un promedio de tres y medio minutos: 3.21½"; 3.27"; 4.25"; según mis estadísticas de tres noches de medir esa acción. A la mañana siguiente, si uno se afeita con eléctrica mientras se calienta el baño, dedica a ello entre cinco a siete minutos: 7.23"; 5.36" o 5.31". Dentro ya de la tina del baño, uno permanece entre nueve y doce minutos hasta el momento del regaderazo: 9.10"; 12.18"; 11.17"; 12.05".

Luego, entre la loción y el talco, con el resto de la albañilería facial y capilar, 5.30", o 6.30", o 6.28". Vestirse es un poco más lento que desvestirse. Puede tomar entre cerca de siete a cerca de diez minutos: 6.59", 8.20", 9.51½", 8.46" o 9.41", según mis estadísticas. Un desayuno de frutas, jamón y té, consume un promedio de diez minutos doce segundos. Orinar es un acto elástico, que lo mismo puede durar

16½ que 55 segundos. Me propongo seguir midiendo, una por una, todas las acciones del día. Desgraciadamente, hay una que otra para realizar la cual no está uno en condiciones de acordarse del cronógrafo, o no lo tiene precisamente a mano. Pero sería interesante emplearlo aun entonces.

Viernes 22

Comimos juntos Carlos Chávez y yo, y después fuimos a visitar en Misrachi la exposición de Tamayo. No estaba aún abierta; la abren a las cuatro, pero nos admitieron por excepción. Ahí estaba Alberto, dándole los últimos toques al pequeño discurso que va a leer el sábado 30 en esa misma galería de pintura para cerrarla definitivamente, después de algunos años. Dice en él por qué la abrió y por qué la cierra. Carlos no podrá concurrir a esa ceremonia, porque ese mismo día ha de estar en Jalapa, donde la orquesta de Pepe Limantour le ofrece un concierto de homenaje. Me encargó de representarlo.

Y hablamos del mercado de la pintura. Alberto sostiene que no existe en gran medida. No hay en México coleccionistas de pintura moderna. Unos cuantos: el doctor Carrillo, por ejemplo. Los demás ricos prefieren pintura decorativa y antigua, ya probada y que no les asuste. Por ejemplo, nadie compraría un Tamayo en México —uno de esos cuadros que veíamos, con sus colores fuertes y sus formas extrañas. Además de que el pintor les fija precios exorbitantes para México: 5 000 dólares en promedio. Y en los propios Estados Unidos, donde Tamayo ha hecho su nombre y vendido cuadros, no son muchos los que absorben su reducida producción anual. Ahora se va a Europa. A ver qué pasa.

Nos contó Alberto que cuando José Clemente Orozco vendió su autorretrato, su esposa se enfadó, porque ella quería mucho ese cuadro. Y entonces el pintor la ilustró con una anécdota. Una vez se le murió un hijo a un matrimonio. La señora estaba inconsolable, lloraba sin término. El prudente, sagaz marido la consoló. "No te apures, mujer, no llores. Aquí estoy yo. Te hago otro."

Orozco es otro pintor caro: 40 000 pesos por el retrato del arzobispo. Y Diego, 35 dólares por un dibujito —unas rayas que en realidad vienen a ser un autógrafo. Cuando hayan muerto, valdrán eso o más. Pero los contemporáneos lo encuentran caro, mientras los pintores puedan, como el señor del ejemplo de Orozco, "hacer otros".

Lunes 25

Hoy contesto la siguiente carta:

Embajada Americana, México, D.F., 21 de julio de 1949.

Muy estimado Novo:

Desde el día en que vinieron a verme Wolf Rubinsky y Seki Sano por recomendación de usted, con respecto a la presentación de *Un tranvía llamado deseo*, la obra ha alcanzado, indudablemente, un éxito rotundo y para celebrar el centenario de la misma, voy a tener el gusto de ofrecer una comida en honor de María Douglas, Wolf Rubinsky y los principales intérpretes de esta obra.

En virtud de que el éxito logrado se debe en parte al interés y ayuda demostrada por usted en esta producción, me sería sumamente grato contar con usted para esta ocasión. La comida será servida en mi casa y tendrá lugar alrededor de la una y media de la tarde, el domingo 31 de julio.

Esperando tener el gusto de saludarlo entonces, quedo atentamente.

Dorsey Fisher. Primer secretario de embajada. Encargado de Relaciones Públicas

En la siguiente forma:

México, D.F., a 25 de julio de 1949.
Sr. Dorsey Fisher. Primer secretario de embajada.
Embajada de los Estados Unidos de América, Ciudad.

Muy estimado señor Fisher.

He recibido su amable invitación a la comida que para celebrar el centenario de *Un tranvía llamado deseo* ofrecerá usted en su casa, en honor de los principales intérpretes de esa obra. Se sirve usted decirme en ella: "Desde el día en que vinieron (a verlo) Wolf Rubinsky y Seki Sano por recomendación (mía) con respecto a la presentación de *Un tranvía llamado deseo*, su obra ha alcanzado un éxito rotundo", y agrega que "en virtud de que el éxito logrado se debe en parte al interés y ayuda demostrada por (mí) en esta producción, le sería sumamente grato contar (conmigo) para esta ocasión".

Le agradezco muy de veras dos cosas, su gentil invitación al placer de almorzar en su casa, y el hecho de que valorice como lo hace, mi participación inicial en el éxito del *Tranvía llamado deseo*. Pero determinadas circunstancias ulteriores, que me siento en el deber de explicarle, me aconsejan declinar esa invitación.

En efecto, desde que me hice cargo en el INBA del Departamento de Teatro, creí poder contribuir a su fomento si impartía la ayuda en mis manos, entre otras actividades, a los entonces dispersos "grupos experimentales". Les escribí a todos, poniéndome a sus órdenes; y entre los

que acudieron, el señor Seki Sano, en grupo con Luz Alba y Alberto Galán, recibió la inmediata concesión de alojar su academia y de adiestrar a su grupo en el Exconvento de San Diego, propiedad del INBA.

Alojados ahí, con toda libertad trabajaron durante dos años. En la formulación del Plan de Teatro Universal del Departamento de Teatro para 1948, tomé en cuenta la posibilidad de invitar, como huésped, a ese grupo experimental. Y cuando asistí a uno de sus ensayos, y vi que la obra *Un tranvía llamado deseo* estaba ya madura para su decorosa presentación en público, yo mismo comuniqué al señor Seki Sano que facilitaría su presentación en Bellas Artes.

Mi promesa no fue fácil de cumplir. Obstáculos económicos y de fechas, se oponían a ello. Puse el más decidido empeño en allanarlos, y el Departamento de Producción rehizo la lega escenografía proyectada por el señor Seki Sano e impartió ayuda técnica en la presentación de la obra. El último obstáculo surgió al oponerse la representante del autor a la puesta en escena de esa obra si alguna autoridad calificada no respondía de su calidad. Fue entonces cuando yo me hice personalmente responsable de esa presentación ante la representante del señor Williams y ante la Unión de Autores, donde la señora representante había acudido para impedir que fuese presentada la obra. Y fue entonces también cuando con mi súplica personal de la ayuda de usted, acudieron a verle los señores que usted menciona.

Pero desde entonces, y ya abierto el camino de un éxito del que soy el primero en felicitarme, puesto que tanto mi vocación como mi obligación oficial coinciden en el propósito de fomentar el teatro, el sentir del señor Seki Sano y de su grupo con respecto al INBA y a mí mismo, ha cambiado radicalmente. Lejos de reconocer nuestra ayuda, se han ostentado como nuestras víctimas. Lejos de agradecer el señor Seki Sano la hospitalidad que desde hace años le brinda el país y la ayuda que en diversas ocasiones y formas le ha otorgado y le otorga todavía el gobierno, declaró en una revista norteamericana que "poner en escena una obra en México, es como batirse en el fango".

Por último, el patológicamente explicable delirio de narcisista grandeza de quien dio la pirueta desde el *ring* cirqueril de la lucha libre al repentino estrellato escénico, ha propalado las más ridículas y congénitamente viles versiones a propósito de mi actitud hacia su hipertrofiada persona: curioso caso clínico que he tratado de entender a la luz de una conversación tenida en mi oficina con ese individuo, cuando con la terquedad peticionaria de su raza y de su clase, me visitaba a diario, y se hizo evidente una disparidad de puntos de vista acerca de su persona: mientras él se trataba a sí mismo como actor, yo no podía menos que seguirlo considerando un gimnasta. Su resentimiento, que imagino germinado a raíz de aquella conversación, y derivado por cauces fantásticos, le ha llevado, según mis noticias, a una trasmutación de su narcisismo que alcanza las vivencias neuróticas de una desamparada y débil corista de ciento y tantos kilos, frente a la persecución de un despiadado y libidinoso empresario de Broadway.

Ya comprenderá usted que en tales circunstancias me sería a mí tan desagradable sentarme a la mesa con quienes han denigrado así, tanto a

mi país cuanto a mi persona, como a ellos molesto ver que usted, al invitarme, reconoce y subraya un auxilio mío en sus actividades que ellos han preferido trocar, de gratitud, en rencor y en hostilidad. Es por esto, querido señor Fisher, que me veo en el caso de declinar su gentil invitación a ese almuerzo, en el que deseo que el director y los intérpretes de *Un tranvía llamado deseo* saboreen totalmente a su placer y de la manera más homogénea posible, las mieles, una vez superada por el señor Seki Sano la etapa del fango, de un triunfo teatral que sólo tiene un aproximado precedente en el de Tongolele.

Le saluda afectuosamente su amigo,

Salvador Novo

Agosto

Lunes 1°

El acontecimiento del día iba a ser la inauguración de la exposición nacional de la obra pictórica de Diego Rivera durante cincuenta años de trabajo. El presidente, a pesar de que dicen que desde estos días se ha retirado a examinar su informe del 1° de septiembre y no recibe ni a sus ministros, estaba anunciado que concurriría. Y así fue. En punto de las siete, cuando minutos antes se abrieron las puertas de Bellas Artes, e irrumpió una verdadera multitud, apareció el presidente con algunos ministros, Rogerio de la Selva y muchos ayudantes. Carlos Chávez y Ramón Beteta, que le aguardaban, bajaron presurosos a encontrarle. Yo me hice a un lado, y la avalancha, la muralla a codazos, todos tratando de salir retratados junto al presidente, avanzó y se dirigió al primer salón de abajo. Renuncié a seguirlos, me quedé un momento en el vestíbulo. Llegó Vicente Lombardo Toledano, nos dimos un abrazo, quedamos en comer juntos la semana próxima, y él se fue a la exposición. Yo regresé al ensayo que había interrumpido con los muchachos.

Al rato llegó Conchita. Había estado en la exposición y vio cómo Montenegro hacía esfuerzos heroicos por acercarse al presidente durante las fotografías. Habló con él y le preguntó cuándo hará una exposición. "La voy a hacer aquí mismo —le contestó— nomás que se larguen éstos." "¿Entonces se va a esperar hasta el otro gobierno?", le dijo Concha. "¡Ah, no! —exclamó Montenegro—, éstos no duran. Yo le estoy haciendo un retrato al presidente y todos los días, todos los días, le hablo horrores del Instituto y de éstos. ¡Los voy a echar!"

Concha, Mario Orea y yo nos fuimos al Bugambilia, donde los México City Players, dirigidos por Earl Sennett, inauguraban su nueva actividad de *Theater in the Round* con cuatro obras de un acto de Tennessee Williams. En la principal de ellas, *Purification*, en que

trabajó Earl, Eitina Misrachi, nuestra Ingrid Bergman, hizo un papel muy principal. Toda su familia estuvimos allí aplaudiéndola.

Martes 2

Hoy, cerca de la una, di un primer recorrido a la exposición de Diego. Conforme va uno viendo sus cientos de obras, todas estupendas, le invade un aliento de gloria. Está uno frente a uno de los más grandes artistas de todos los tiempos. Y uno vive en el suyo, le ha tocado en suerte el privilegio de asistir a su surgimiento, de conocerlo, de ser su amigo, de oírle hablar. Si quiere, puede buscarlo, abordarlo, conversar con él, visitarlo en su casa, donde está Frida, esa admirable muchacha; y conoce uno a sus hijas desde que nacieron.

Pero viendo sus cuadros viejos, sus dibujos impecablemente clásicos de la academia: sus paisajes franceses, su época española, aun su cubismo, siente uno que hubo un Diego que le escapó, que no conoció ni trató: el Diego joven y ya dueño y maestro de su oficio, el que primero lo dominó y lo ejercitó en "hacer como los demás" siempre que los demás fueran de primera línea. El Diego de Europa. Luego ya fue otra cosa: el Diego universal, desde el México que lo rescató, y a quien él, con su genio ya en madurez y plenitud, rescató a su vez. El que conocemos, el que admiramos desde 1921.

¡Y qué ejemplo de honradez y trabajo! Óleos, dibujos, acuarelas, frescos, retratos, bocetos, todo en multitud y todo magistral, trabajado, pulido, perfecto. Y fuerte y nobilísimo. Entre otros muchos ocasionales, hay dos autorretratos que puestos como están, uno junto al otro en el Salón Nacional, dicen de un golpe el tiempo transcurrido desde que Diego empezó a pintar en Europa —hasta este Diego que ahora expone su obra de medio siglo. Un mozo rubicundo y atractivo —y el Diego que él mismo pintó para la reciente portada de *Time*. Una vejez fecunda y gloriosa, en el apogeo de las facultades creadoras.

Qué bueno que siquiera dejó Montenegro a Carlos Chávez y a Gamboa organizar esta exposición antes de echarlos para instalar la de Montenegro.

Jueves 4

Julio Prieto me hizo un hueco en el atareado calendario del teatro para que pudiera, antes de llevárnoslo a estrenar en Saltillo, realizar un ensayo formal de *El pasado* de Acuña. He procurado ahorrarle gastos al gobierno de Coahuila, y así prescindí de encargar decorados especiales. Usaremos los de la *Traviata* de la ópera del año pasado:

la casa de campo como habitación de David y Eugenia; y el de la *Carlota*, el salón de Chapultepec, para el segundo acto, el del baile de San Cosme. En cuanto a vestuario, sí se hicieron dos trajes preciosos para cada una de las muchachas, Beatriz Aguirre y Carmen Sagredo. Lo demás, los trajes de los hombres, de los criados y de los invitados al baile que inventé para reforzar el segundo acto, nos los prestó amablemente don Salvador Elizondo, de Clasa Films, por gestiones gentilísimas del licenciado Serra Rojas.

Mi interpretación de *El pasado* tiende a presentar, a ofrecer una obra de 1872 en 1949 como un álbum viejo de fotografías, de daguerrotipos, que se animan y cuentan su sencilla historia. Ojalá logre dar esa impresión. Lo procuro con tener a Beatriz muy bien vestida e iluminada, inmóvil, en una postura de retrato de álbum, junto a una mesa "de estorbo" en que hay un vaso con flores. Unos segundos después de elevarse el telón, su figura se anima, lentamente al principio: arregla las flores, mira el periódico que más tarde juega en el diálogo, sonríe y se dirige al piano, y se sienta a tocar un vals de la época. Entra entonces David, va hacia ella —y el acto sigue con todo el diálogo de Acuña, pero movido de una manera moderna.

En el segundo es donde me he tomado más necesarias y legítimas libertades. De acuerdo con el texto original, del famoso "baile de San Cosme" no se ve nada. En un saloncito aparece ya el villano don Ramiro monologando; y no intervienen después más personajes que Antonio, el otro villano, Eugenia, Manuel, María y el criado que trae la carta insultante. Yo abro con música. Dos lacayos muy elegantes custodian la puerta del fondo que lleva a una terraza. Empiezan a entrar en el salón varias parejas de invitados lujosamente ataviados, y cruzan hacia el fondo, y empiezan a bailar. El encuentro entre Eugenia y el villano don Ramiro realmente ocurre cuando se cruzan en la terraza, y justifica que don Ramiro emprenda su monólogo con el que empieza la versión original. Luego tengo bailando y cruzando a las parejas en la terraza mientras su movimiento no llega a distraer de un diálogo importante, y le excluyo y callo la música cuando es necesario, pero la reanudo cuando hacerlo refuerza la dramaticidad por contraste.

Finalmente, cuando el lacayo entra a traer la carta insultante hago entrar a las parejas que bailan a presenciar la escena de la humillación, que subrayan volviendo la espalda a David cuando sale desesperado. Además, el texto de esa carta y el de la del acto final no los leen los personajes mismos como lo indica Acuña, sino que se emite entre bastidores por micrófono la voz con ellos de la persona que escribió las cartas: don Ramiro en el segundo acto y Eugenia en el tercero.

Armando de María y Campos me había preguntado la fecha en que se fuera a poner *El pasado* en Saltillo, pues a él, como historiador del teatro mexicano que es, le parecía que esta exhumación era un acontecimiento que no podía dispensarse de ver. Le facilité el viaje invitándolo a presenciar el ensayo de hoy, y me alentó mucho ver que le gustaba y que opinaba que Acuña no soñó que su obra pudiera representarse de esta manera.

Estuvieron también en el ensayo Xavier y Agustín Lazo y juntos nos fuimos a toda carrera a la embajada de Francia, pues por alguna desconocida razón iban a imponernos las Palmas Académicas. Llegamos bajo un aguacero formidable y después de una congestión de tránsito espantosa en el Paseo de la Reforma. Nunca he visto un conjunto de invitados más surtido. Sin perder tiempo, el embajador leyó con una lentitud y una claridad evidentemente destinadas a la comprensión aun de los que supieran poco francés unas hermosas cuartillas que explicaban el otorgamiento del honor francés que se nos iba a conferir. Luego empezó a llamar a los agraciados por orden alfabético. Su lista era larga como un directorio, y así de heterogénea. Estaba yo cerca de Alejandro Carrillo, que ya había recibido sus Palmas, cuando oímos un nombre: Jorge Mercenario, y nos tragamos el chicle. Luego, la lista siguió por orden alfabético, repartieron copas de champaña, Fernando Benítez agradeció en nombre de todos la distinción —y empezamos a desfilar, tan agradecidos como turbados.

Llegué a buena hora al ensayo general de los ballets que la Academia de la Danza presentará en Jalapa el próximo sábado, que estuvieron muy bien. Cada vez que hacemos algún ensayo en San Diego se me renuevan los deseos de que usemos este local aunque sea tal como está. Los muchachos del Mexico City Players se ingenian para dar representaciones hasta en el Bugambilia. No veo por qué a los muchachos, que tienen obligación de ser imaginativos, no deba ocurrírseles el modo de usar este local para alguna especie original de teatro.

Viernes 5

Hoy llegaron por fin de Saltillo los enviados del gobernador que vienen a ultimar los detalles de las fiestas del Centenario de Manuel Acuña. Me habían telefoneado hace unos días, y yo alentaba la esperanza de que llegaran antes del jueves para que viesen el ensayo final de *El pasado*. Pude sin embargo arreglar que nos dejaran el foro unas horas hoy por la tarde para repetir el ensayo a fin de que ellos lo vieran.

Son tres: el diputado Federico Berrueto Ramón, a quien ya conocía, pues vino con el gobernador la primera vez; Rafael del Río, que vive en Torreón y que según me cuenta Villaurrutia ha residido en México algún tiempo, y Héctor González Morales, que vive en Saltillo y que nunca había venido a México.

Cuanto Conchita me había dicho a propósito de este muchacho es

cierto, y más. Se ve enseguida lo excelente persona que es. Alto, grandote, con una incipiente calvicie, tocado con un enorme sombrero de Panamá, sin chaleco: sencillo y franco como son las gentes del norte, con verdes ojos limpios. Él y Rafael del Río publican desde hace tiempo un *Papel de Poesía* con el que mantienen una correspondencia y un contacto literarios con todos los escritores del país. Héctor ha tomado con mucho entusiasmo la hermosa idea de celebrar el Centenario de Acuña, y el gobernador lo ha encargado de muchos aspectos de la organización de las fiestas. Ellos dos forman parte del jurado de uno de los concursos, han traído consigo los trabajos para examinarlos con los jurados que residen en la ciudad de México. Van a estar días en eso muy ocupados, y previéndolo, me apoderé de ellos desde que llegaron a mi oficina como a la una, hasta las nueve y media o diez de la noche.

Primero nos fuimos a comer y luego nos instalamos a ver el ensayo. Al profesor Berrueto, que profesaba sendas reticencias cuando primero se habló de resucitar esta obra de Acuña, le volvió el alma al cuerpo al verla remozada y expresó, como Héctor y Rafael su certidumbre de que gustará mucho.

Luego los muchachos invitaron a nuestros eminentes anfitriones de Saltillo a tomar una taza de té en mi oficina, como lo hacemos habitualmente antes de reanudar los ensayos nocturnos. Y todavía los obligamos a presenciar un ensayo de los bailables de *Astucia*, y no los dejamos retirarse sino hasta las nueve y media o diez de la noche.

Septiembre

Jueves 1°

Un vuelo plácido de cuatro horas, de diez y media de la noche en Torreón a dos y media de la mañana en Balbuena puso anoche repentino término a una excursión de dieciocho días durante los cuales no tuve tiempo, ni ganas, de escribir una sola línea, ni una carta, ni un artículo, ni apenas, sino para los primeros de esos dieciocho días, apuntes que desarrollar más delante. Y apuntes inútiles, como todo lo escrito, porque apenas hechos en la vieja libreta, un suceso más importante: la vida siempre renovada y mejor, venía a amenguar la importancia de lo apuntado, hasta que no acabé por abandonarlos; por dejar de bracear, por entregarme sin resistencia ni controles, como si flotara, a la penetración, a la impregnación de lo que libremente pudiera por su propia fuerza grabarse en mi memoria y surgir por sí cuando, como ahora, yo tratase de reconstruir para revivirlos esos dieciocho días.

 Comenzaron el domingo 14 de agosto, eso sí. Dos días antes había yo despachado a la *troupe* por tren, y a los diez técnicos con los camiones del decorado, el vestuario, la utilería y el equipo eléctrico. Lo mejor de Bellas Artes. El gobernador de Coahuila no había reparado en los gastos que esta gira acarreaba. Y el espíritu minucioso y organizador suyo, de que bien pronto habría yo —y todos— de tener pruebas asombrosas, había en la invitación a que le llevásemos teatro, como en la que hizo a los intelectuales para las fiestas de Acuña, previsto todos los detalles de la comodidad y de la eficacia. Los teatros en provincia, es bien sabido que no existen ni funcionan como tales los que sobreviven, sino como cines. Había pues que llevar equipo eléctrico, telones, madera, decorados, cortinas, piernas. Por su parte, lo que el gobierno había hecho era reparar, asear y pintar el viejo Teatro Saltillo, y abrir la venta de abonos para las cuatro funciones que daríamos en él, amén de desarrollar oportuna y eficazmente la publicidad del espectáculo con carteleras, folletos, programas.

Volé pues el domingo 14 a Monterrey. Me aguardaba ya un coche enviado por el gobernador para transportarme a Saltillo. Pero me esperaba también el ingeniero Emilio Amores con Alicia, su esposa, mis buenos amigos del Tecnológico, y rogué a los señores de Saltillo que se llevasen mi equipaje mientras yo llegaba a Monterrey con los Amores e iba después con ellos a Saltillo. Hacía un calor de infierno, del que nos refugiamos en el bar del Ancira. Es confortante tener amigos. Surgieron Carito y Raoul. Él había venido a Monterrey a dar unas conferencias de medicina, y regresaban a México ese mismo día. Julieta Recamier regresaba también con los Madero, después de haber asistido en Parras a la fiesta de la vendimia. Y me dijeron que el doctor Morones Prieto, gobernador electo de Nuevo León, que tomará posesión en octubre, acababa de marcharse, después de haber aguardado un rato a ver si yo llegaba.

Los *mint-juleps* nos indujeron a contravenir el propósito de seguir hasta Saltillo inmediatamente. Nos quedamos a comer en el Ancira, aquel fabuloso pastel de nuez como postre, y a las cuatro emprendimos la marcha por el Sahara, con el sol de frente. Por el camino, me contaron que Carlos Pellicer acababa de regresar a México ese día. Había ido a Monterrey a dar un curso de conferencias: "Carlos Pellicer y su obra", por Carlos Pellicer. Y realmente, nadie mejor calificado ni enterado de la obra de Carlos Pellicer que el propio interfecto.

Ya sabía Carlos que se había sacado el segundo premio en el concurso poético de Acuña, en el tema "Laudanza de la provincia" en que yo obtuve el primero. Se lo había dicho el propio gobernador esa mañana, cuando se encontraron en el aeropuerto. Y cuando por fin llegamos a Saltillo, y reanudamos los *mint-juleps* en el bar del Arizpe, ahí apareció el exégeta de Carlos Pellicer, con las gafas negras y la indumentaria vernácula que preservan su incógnito, y fui a saludar-

lo. No había pues regresado a México. Se había ido con los muchachos del Tecnológico a Parras, y ahora se reintegraba a Monterrey. No estaba muy seguro de poder venir a Saltillo por su premio, que se esperaba de 2 000 pesos, y que le alegró mucho saber que era de 3 000. Me habían dado un cuarto con dos camas. Como percibí que la cantidad de invitados eminentes que vendrían en los próximos días a la culminación de las fiestas podría hacer difícil su alojamiento, le prometí conservar ese cuarto y brindárselo si al fin venía. Habrían sido con esa tres las ocasiones en que roncásemos contiguos durante calurosos juegos florales: en Mazatlán, en Tepic y en Saltillo. Pero al fin no vino a esta última ciudad. Y de lo mucho que con ello perdió, podrán dar plena fe sus colegas los poetas, escritores e intelectuales en general que en nutrida copia concurrieron al Centenario de Acuña en Saltillo.

La farándula se había ya instalado en los dos hoteles fronteros, el Urdiñola y el Arizpe. Algunos de los muchachos me habían ido a recibir a Monterrey, otros me aguardaron, más prudentemente, en Saltillo. Todos se mostraban encantados y sorprendidos del recibimiento de que habían sido objeto, la víspera, a su llegada, cuando les aguardaron en la estación coches específicamente destinados a fulano y mengano, y personas que les entregaron el saludo escrito del gobernador con la noticia de que eran desde ese instante sus huéspedes, y serían alojados en tal y tal habitación. Detrás de todo aquel orden impecable y cordial estaban los lentes maliciosos y alertas del profesor Berrueto, secretario del gobernador, que veía venir los pequeños problemas y los solucionaba inmediatamente. De mis tres auxiliares directos, Concha Sada se quedó en el Arizpe para vigilar a las mujeres, y los hombres quedaron, en el Urdiñola, a cargo de Dagoberto y de Delfino, más el maestro coreógrafo Gilberto Martínez del Campo, a quien llevé porque teníamos que adiestrar rápidamente a elementos locales en las danzas y en los coros de *Astucia*, a fin de no cargar con demasiada gente de México. Aun así, éramos ya más de treinta entre todos. Y yo confiaba en que nunca falta en la provincia un grupo de aficionados, jóvenes bien dispuestos a salir a escena. Por lo demás, la partitura de *Astucia* la tenía el maestro Jesús Reyes, director de la Sinfónica de Saltillo, desde hacía un mes, y me informaban que ya la tenía puesta. Pensé que bastaría con pedirle dos ensayos con orquesta ya la víspera de la función del 21 con que debutaríamos. Mientras tanto, con piano podríamos poner los números.

Esa primera noche, Roberto Sánchez, también profesor, fue el encargado de ciceronearme por Saltillo, pero luego nos encontramos al profesor Berrueto, y en su coche y con él conocí los alrededores de la ciudad, hasta la loma en que él habita la casa que hizo con sus ahorros de cuando era profesor. Una casa modesta, embellecida por la cordialidad de su hogar norteño, franco, con una esposa joven y

dos muchachotes que parecen hermanos de sus padres: Ariel y Arturo.

No son en Saltillo muy numerosos los restaurantes. Ya luego descubriría yo el Guadalajara, abierto toda la noche para el expendio de menudo, o me serían reveladas "las meriendas" tradicionales de frente al panteón, que funcionan temprano. Pero ahora, por mi alergia a los hoteles, no quedaba más que el Manhattan, en la esquina de la Plaza Acuña; donde los muchachos habían probado un refresco de zarzaparrilla que les supo a Listerine, o el Eno's, junto a la terminal hormigueante de los autobuses, en el que entramos a tomar una ligera merienda. Luego nos reunimos con los demás; se me hizo cargo de conciencia conservar el coche que desde un principio me destinaron en exclusiva —un Chevrolet flamante, que luego supe que yo había estrenado: que es de la propiedad del gobernador, y que guió, mientras llegaba el licenciado López Sánchez, su chofer Longinos; y después, hasta ayer que lo abandoné en Torreón, Alberto Rubio, otro chofer de la casa del gobernador— y a pie, recorrimos la calle Victoria desde el hotel hasta la Alameda.

Que es hermosísima. Poseídos por un férvido bienestar: anticipando los muchachos sus triunfos y sus pruebas ante un público desconocido y en una ciudad nueva, charlamos, reímos, en aquellas bancas de azulejos que rodean a una fuente como la de las ranas, pero con patos en vez de ranas, y que tienen, creo, el mismo origen alessiorróblico. Nos fuimos a acostar ya casi a las tres de la mañana. Y nos había nacido un amor a primera vista por Saltillo.

Lunes 15

Disponíamos de una semana para montaje y ensayos en el Teatro Saltillo, aunque con la inconveniencia de que las funciones de cine comenzaban a las dos de la tarde, y en consecuencia no podían los tramoyistas trabajar sino en las mañanas. Habría que ensayar en otra parte, pero esa otra parte no faltó. La ciudad entera estaba a nuestra disposición, y convinimos en hacerlo, por las mañanas, en la Normal, y por las tardes, en la Sociedad Manuel Acuña, famosa en Saltillo.

La Normal se hallaba en vacaciones de verano, de suerte que era toda nuestra. Y tiene un teatro que, al verlo, me encantó, con su decorado puesto, su foro bien capaz. No fue sino hasta que empezamos a ensayar en él cuando descubrí su terrible acústica, y compadecí a la pobre señora Fábregas que ha tenido que trabajar ahí cuando no la dejaron comparecer en otra parte. De todas maneras, el escenario nos era útil para repasar líneas y movimientos.

En él estábamos cuando enviaron por mí el licenciado Valdés Galindo, gobernador sustituto, mi coterráneo y persona finísima, y

el profesor Berrueto. Me invitaban a presenciar la exhumación de los restos de Acuña, que iban a transferirse a una nueva urna.

La lápida vieja llevaba la fecha de 1932, que es cuando se trajeron los restos de México a iniciativa de don Gustavo Espinosa Mireles, el papá de Anita. Fue retirada esa lápida y en la tumba apareció el cofre negro y cuadrado, de madera pintada, con dos asas ya muy oxidadas, y una placa de plata que narraba los acontecimientos. Sobre el cofre quedaba el esqueleto de cartón de una lira que debe de haber sido una ofrenda floral, y de la que dijeron los periódicos, a mi juicio sin razón, que era la lira que le fue obsequiada a Acuña por su triunfo con *El pasado*. No habría durado tanto ese cartón, cuando de las flores y del follaje de la lira no quedaba ni el polvo. Extrajeron la urna con muda reverencia y la dejaron, sin abrirla, en la custodia del encargado del panteón. La nueva lápida ya estaba concluida. Una sola pieza de mármol, sobria y elegante, con la mascarilla de Acuña y una breve leyenda en letras de bronce.

Volví a la Normal por los muchachos y nos fuimos a comer al hotel. El ensayo de la tarde sería en el local de la Sociedad Manuel Acuña, ahí a la vuelta: una sociedad recreativa con billares, gran salón con foro y "patio español" cuya frescura disfrutan las familias en el verano, supuestamente no tan caluroso como el de Monterrey. La señora Carmela Webber enseña danza en Saltillo, y disponía de contingentes dispuestos a colaborar con nosotros en las comparsas necesarias para *Astucia*. Fue simple cuestión de escoger a unos cuantos chicos, de los que poco a poco irían sus rápidos amigos de México sabiendo los nombres, y tuteándose con ellos. Uno de los más inteligentes era Óscar Puente, bailarín. Funciona en Saltillo una escuela dramática que dirige el profesor Eduardo L. Fuentes, y en ella ensayan una obra de él en la actualidad. Yo supe quién era el profesor Fuentes; lo vi cerca varias veces: en el panteón, en el teatro; pero siempre como que rehuía serme presentado; y atando cabos, adquirí la persuasión de que acaso pensara que yo le guardase resentimiento porque él, durante los preparativos de las fiestas de Acuña, había supuesto y publicado que yo tendría la irreverencia de ponerle mano a *El pasado*, y había impugnado mi derecho a hacerlo. Es corresponsal de *El Universal*, donde yo leí aquella nota. Y su temor cundió y tomó tal cuerpo, que en *Impacto* de esa semana lo recogieron de Monterrey, donde llegó también el rumor ocasionado por el señor Fuentes; y publicaron que la gente no iba a ver *El pasado* de Acuña; sino *El presente* de Novo. A todo eso debe de deberse la esquividad del señor Fuentes, quien por lo demás me informaron que no está bien con el gobierno. He de consignar que, sin embargo, tuvo la caballerosidad de reconocer que sus temores eran infundados: de elogiar mi trabajo, y de admitir que no le había yo tocado una línea al texto de *El pasado*.

Los chicos de Saltillo fueron rápidos —y Gilberto Martínez del

Campo competente— para aprenderse en un santiamén los pasos de las danzas en que colaborarían con los de México. Ellos habían puesto una varsoviana distinta, menos brillante, y prefirieron la nuestra, y la incorporaron en su programa para el 27 después de los Juegos Florales, en un baile para el que también Carmela Webber preparaba *Los lanceros* con parejas auténticamente antiguas de la cordial localidad.

Beatriz Aguirre, nuestra estrella de *El pasado*, es de Saltillo. Tiene ahí muchos familiares: primas, tías, que la adoran, y que se disputaban el privilegio de alojarla. Su madrina nos invitó a todos a merendar en su finca de los alrededores, y llegamos a tiempo de verla todavía con luz de sol.

Doña Juventina Siller viuda de Aguirre es su madrina. Una mujer alta, enérgica y dulce a la vez, con fuertes inclinaciones literarias, como su hermano Hildebrando, cuyo librito de semblanzas literarias me dio esa tarde. Ella misma, con otras señoras de Saltillo, publicó un ancho libro con biografías de mujeres distinguidas de Coahuila, y escribe versos. Por esos días apareció en *El Porvenir* de Monterrey un poema suyo dedicado a Acuña, que recorté, y que cerraba elegantemente el endecasílabo perfecto de su nombre: Juventina Siller viuda de Aguirre.

Recorrimos su hermosísima finca, llena de nogales enormes, de membrillos, duraznos: con agua propia que descansa en ojos, llena una alberca, riega. Mide 40 000 metros, y contiguo a ella está el terreno, de iguales dimensiones, que su difunto esposo el señor Aguirre donó a la erección de un seminario ya casi terminado en piedra y listo a funcionar bajo la ágil dirección de monseñor Torres, obispo de Baja California, a quien conocí en el hotel cuando mientras comíamos cerca, me envió a decir que quería saludarme, y me refirió que de la Baja California, Su Santidad lo había enviado a Bolivia, de donde ahora venía a Saltillo a causa de que su salud no toleraba aquellas alturas. Los seminaristas que se eduquen ahí serán fuertes y sanos, pues tienen campo de deportes.

A los muchachos, capitalinos, carentes de esa raigambre de naturaleza que da el haber nacido y crecido en la provincia, todo les asombraba. Descubrían la existencia de las luciérnagas, que encendían sus semáforos aéreos en la huerta de doña Juventina mientras regresábamos a su casa a tomar el chocolate que nos había preparado y a participar en la hercúlea tarea de minar las bases de un pastel gigantesco de quince años que la víspera había cumplido una chica, no estoy seguro de si hija o sobrina suya, pues su hermana, viuda, vive con Juventina. Un pastel de varios pisos, con muñecos, columnas y torres de pastillaje, junto al cual brindamos con sidra de El Álamo —el viñedo de don Nazario Ortiz Garza— por el arte en todas sus manifestaciones.

Sábado 3

A fines de la semana, el profesor Berrueto pasó por mí para que presenciásemos el traslado de los restos de Acuña al nuevo cofre y a su definitiva morada. Fue a las cuatro de la tarde. En la pequeña oficina del panteón se hallaba la vieja urna, sobre una mesa. Una vez reunidos los testigos —el licenciado Armín Valdés, Óscar Flores Tapia, Héctor González Morales, el profesor Berrueto, Dagoberto y yo—, un sepulturero abrió el cofre y aparecieron, en un montoncito que apenas llenaba su fondo de raso blanco abullonado, los huesos amarillentos, negruzcos, del poeta: su cráneo largo, su mandíbula suelta, las vértebras como carretes de hilo, los huesos largos, uno de los cuales midió el profesor Berrueto —45 centímetros— para reconstruir mediante alguna rara ecuación antropométrica la estatura de Acuña. Luego, el mismo sepulturero cogió diestramente los huesos y los depositó en la nueva y más pequeña, alargada urna forrada de terciopelo negro, sobre una bandera mexicana de seda que iba a envolverlos. Un fotógrafo tomó dos o tres *flashes*, cerraron con llave el cofre —y el licenciado Valdés Galindo y yo lo tomamos en las manos y cruzamos con él la calle hasta el panteón, donde aguardaban otras personas, y tomaron fotos. Luego tomó mi puesto el profesor Berrueto, y condujo el pequeño féretro, con el licenciado Valdés Galindo, hasta la tumba. Los marmolistas que habían ya pulido la lápida aguardaban para colocarla. Allí, ya depositado en la tumba, volvieron a abrir el cofre para ver por última vez los huesos, y lo cerraron con la llave que recogió el licenciado Valdés Galindo. Enseguida colocaron —con gran cuidado, deslizándola sobre rodillos de mayor a menor que iban retirando— la enorme lápida de una sola pieza de mármol —y nos alejamos, impresionados por aquella breve, callada, solemne ceremonia, bajo el sol luminoso de Saltillo, entre el polvo, sobre el silencio del panteón.

El domingo 21 todo se hallaba listo para empezar las fiestas con nuestra presentación de *Astucia* en el Teatro Saltillo. Los elementos locales habían colaborado estupendamente, y los dos ensayos con la orquesta de Jesús Reyes habían resultado bastante satisfactorios. Por la tarde, me informaban, llegaría el gobernador. Los magos de Bellas Artes —el maestro Casasola con sus diablas, sus cajas y sus *spots*; Miguel con sus telones y sus bambalinas, Luciano con sus trucos de utilería y el impagable Romerito empezaron a conseguir los muebles, a repartir y controlar el vestuario, las entradas en escena, los telones, los cues de iluminación y de música— todos estaban listos, y los encargados de decorar el teatro armaban las mamparas y tendían las guirnaldas sobre la flamante pintura de que el teatro se vestía.

Discurrí llevarle unas flores a Acuña a su tumba, y encontré en la

nevería Nagasaki un bonito ramo de rosas. Me fui pues al panteón con Delfino y con el maestro Martínez del Campo. La lápida estaba cubierta por una manta, y la descubrimos para tomar unas fotos y para colocar el ramo. De la tumba de Acuña a las dos vecinas había una especie de capa de yeso fresco que no advertí y que pisé con inexcusable torpeza. Al darme cuenta, limpié mi huella lo mejor que pude, y nos marchamos con un sentimiento de culpabilidad que fue mucho mayor cuando por la tarde, al darle una última revisada al teatro, el encargado de decorarlo me dijo que le había yo hecho mala obra en la tumba de Acuña, pues aquello que yo tomé por yeso y que pisé inadvertidamente era granito que tenían que pulir al día siguiente, y ahora le iba a ser difícil borrar completamente la huella de mi pie. Nada me abochorna más todavía que haber dejado en ese lugar una impresión pedestre.

Sábado 10

¿Qué decir de *El pasado*, que estrenamos el viernes 26, a teatro pletórico, con gente que se quedó en la calle sin poder entrar; con todos los intelectuales en la sala? Todavía en la mañana, durante el ensayo general, se me ocurrieron nuevos trucos —hacer desfilar a los invitados al baile frente a un telón corto. De que gustaría, de que lograría dar la impresión que yo me propuse: plástica y evocadora, estaba yo cierto. Lo que me asombró fue que además el problema mismo de la obra vibrara en mucha parte del público tan directamente como si se tratase de un público de 1872.

Fue una lástima que no pudiera exhibirse esa noche el manuscrito de *El pasado*, que posee la hermana de Acuña y que Héctor me llevó a enseñar. Le falta la primera hoja, pero es sin duda el ejemplar del traspunte para la función en que hizo *El pasado* Salvadora Cairón, pues lleva anotaciones: "Salvadorita", "Chuchita", "Guasp", "la puerta izquierda" etcétera: esto es, las entradas de los actores, con letra distinta y más enérgica que la del manuscrito. Armando de María y Campos vio ese ejemplar y pidió que le hicieran fotostáticas de sus páginas. Y yo propuse, pero no pudo hacerse, que se exhibiera en una vitrina en el pórtico del Saltillo esa noche.

El profesor Berrueto y Héctor estaban felices del éxito de *El pasado*. Los intelectuales de México —Vito, el doctor Castillo Nájera, Pepe Gorostiza, Méndez Plancarte— me felicitaron. Y todos estimaban que debía, por muchas razones, presentarse también en México esta obra. Creo que podremos hacerlo el domingo 25 de septiembre.

El sábado 27 fue un día muy atareado y lleno de ceremonias. A las diez, numerosas comisiones depositaron ofrendas florales en el monumento de Acuña. Para la una y media estaba anunciado el banquete

que la Cámara de Comercio ofrecía al gobernador y a sus invitados en el casino. Eran las dos y cuarto y no llegaba el gobernador, que es siempre tan puntual. Pero luego se supo que el avión en que llegaba el licenciado Gual Vidal vino con retraso. Entraron por fin, y el enorme banquete se sirvió enseguida. Yo quedé entre Vito Alessio y el profesor Berrueto, y Vito me habló de sus recuerdos de Saltillo y de sus viajes por la Italia de su padre.

Al terminar el banquete todos se trasladaron a la casa en que nació Acuña, para otra ceremonia. Yo no asistí. Necesitaba descansar un poco, hallarme en forma para los Juegos Florales de la noche. Y mis quehaceres escénicos no habían terminado, aun cuando la víspera hubiesen concluido las funciones. Desde mi llegada me preocupó la *mise en scène* de los Juegos Florales. Temí que fuera a ocurrírseles trono, o cosas así. Por fortuna, no era así, ni había reina ni pajes ni princesas, pero era mejor darle algún interés escénico a la ceremonia, y para lograrlo, tomé oportunas medidas. Era cuestión de transportar parte de nuestro equipo eléctrico al Cine Palacio, y de mandar hacer un gran retrato de Acuña y un telón transparente. Qué fuera a hacer con eso, era mi pequeño secreto.

La ceremonia fue solemne y bien organizada. Cadetes y soldados formaban guardia afuera del teatro, y los asientos reservados a los invitados ostentaban su nombre en sendas tarjetas impresas. Yo no ocupé el mío, porque debía quedarme en el foro para el número de sorpresa. Tocó la Sinfónica, leyeron el acta, y el gobernador, con el licenciado Gual Vidal, que representaba al presidente, y don Nazario, subieron a entregar los premios. Al darme el mío —un diploma y un sobre con cuatro billetes de a 1 000—, el licenciado Gual Vidal me dijo en voz baja, sonriente: "Esto se queda en casa, Salvador." El que yo gané es el premio que él daba. Más tarde esa misma noche, en el baile de la Sociedad Manuel Acuña, siguió la broma: "Me dolieron mucho esos 4 000 pesos —me dijo— hasta que no conocí el poema. Entonces ya no, porque vi que valía la pena".

La pequeña sorpresa que yo había preparado consistió en la disposición de un escenario especial para la lectura de los poemas premiados. Al fondo coloqué a Beatriz y a Carmen, sentadas, con sus hermosos trajes de *El pasado*, Beatriz leyendo un libro y Carmen sentada a sus pies, bañadas por una caja de luz azul a la izquierda y una ámbar a la derecha; luego la cortina transparente, y afuera, a la derecha (del actor), el gran retrato de Acuña en un caballete, bañado por un *spot pink*, y con una chica de la localidad vestida de blanco, inmóvil como las otras, llenando de flores el suelo bajo Acuña; y un área ámbar a la derecha (del espectador) para la actuación del poeta en turno.

Miguel N. Lira leyó primero su "Corrido de Acuña". Estaba un poco nervioso. Luego yo leí mi "Laudanza de la provincia" —debo

confesar que actuándolo bastante bien, pues algo se le pega a uno de andar en el teatro. Los muchachos me dijeron, con una frase que ellos ejercitan constantemente, que le había yo dado chicharrón a Miguel.

Domingo 18

Todos los amigos se marchan. De vez en cuando, parece acometer a las familias una especie de fiebre migratoria de lo más simultáneo, inexplicable y curioso. A mi regreso de Saltillo y Torreón (y ese viaje —¿no fue también un poco el síntoma de lo que ahora parezco censurar al advertirlo?), por ejemplo, ya no encontré a Carlos Chávez. Ya se había ido a Europa, al Congreso de la UNESCO en París. Y al parecer, no son ésas sus únicas intenciones de desplazamiento. Volverá en diciembre, después de disfrutar unas bien merecidas vacaciones en Italia; pero ya terminó su casita de Acapulco, y a lo mejor sigue en su idea —que sus amigos como Halffter han hecho pública— de consagrarse a la composición. Más de cuatro, como se dice, ya han de estar con tamañas uñas por el puesto. Sería una verdadera lástima que dejara a medias una labor que en todo el periodo alcanzaría muy bien a cimentarse.

Luego, los Rubio siguen en California. Nos escribimos cada semana, pero los extraño, aunque Eric y María Luisa me ofrecen como ellos la grata hospitalidad de su casa, y vienen a la mía como Anita y Jorge. Por último, los Villaseñor acaban de marcharse, también a Europa. Para despedirse, el viernes pasado dieron una cena en la renovada, totalmente rehecha casa de la Cerrada de Frontera.

Ahí conversé con el doctor Chávez, y hablamos, naturalmente, de José Clemente Orozco. Dice el doctor que estaba realmente muy, muy grave del corazón y de la aorta, y que nunca quiso atenderse como debía. Una sola vez logró internarlo en Cardiología, pero no más que 72 horas, pues lió sus maletas y exigió que le dejaran marcharse, que para estarse acostado, podía hacerlo en su casa. Luego, le hacía trampas al doctor, se le escondía, trabajaba sin tregua. Accedía a irse a Guadalajara, pero allá seguía pintando. Al día siguiente de su muerte, le había ofrecido irse a Guadalajara. Ese día le llamaron por teléfono muy temprano, como a las siete: que tenía un síncope. El doctor Chávez habrá tardado en llegar unos 20 minutos, pero de todos modos, ya Clemente había muerto desde que le llamaron. Su problema estaba en cómo decírselo a la familia. Por grados. "Señora, creo que de este síncope no volverá Clemente." "¿Y qué podemos hacer?" "Ya se hizo todo lo posible. Hasta le apliqué una inyección intracardiaca." "Y entonces..., ¿qué hacemos?" "Resignarse, señora." "Hágase pues la voluntad de Dios. ¿Va a morir?" "Ya ha muerto, señora."

Luego me informé con el doctor Chávez acerca de la aureomicina. En esos días, al regreso de Saltillo, había vuelto a ponerme en manos de Raoul. Me echó la gran viga por mi inconstancia en los tratamientos; reconoció que mis amibas son especialmente rebeldes; que cualquiera, con la tercera parte de lo que yo he tomado, ya estaría bien (sucesivamente Entero-diyod, Bacitracin, Carbarsone), y me prescribió una triple ofensiva de dihidroemicina inyectada cada doce horas, sulfatiazol local y pastillas de Win 1011. Pero eso no fue todo, sino que me amenazó con que si con ese tratamiento no sano, tendrá que recetarme aureomicina. Y la aureomicina es muy cómoda de tomar: son pastillas, creo, o cápsulas. Lo que tiene de malo es que cuesta 150 pesos el gramo, y hay que tomar dos gramos —comer 300 pesos— diarios, durante diez a veinte días. Es decir, que no me alcanzaría con el premio poético de Saltillo para medicina.

> Ah —dijo el doctor Chávez— es magnífica, la aureomicina. Yo no la había probado sino hasta el otro día. El paciente murió, pero la aureomicina es magnífica. Murió porque no tenía remedio, a causa de su corazón. Pero la aureomicina se le dio porque además se le presentó una oclusión intestinal, necesitó de una operación, en fin, su caso era muy complicado, y muy avanzada su edad. Pero la aureomicina obró maravillosamente. Usted sabe que en el intestino se registra una lucha (en que consiste la vida) entre los microbios buenos y los malos. Pues bien, la aureomicina acabó con todos los microbios, buenos y malos. No quedó uno solo. El señor murió químicamente puro. Lo que había en sus intestinos no era excremento. Era una pasta purísima, sin olor, sin color. Repito: es magnífica, la aureomicina.

Luego conversé con Luz Aspe, que todavía no se aliviaba del dedo y lo enarbolaba, todo vendado como una momia de bolsillo, mientras comía.

Martes 27

Desde anoche, en el radio, escuché la terrible noticia. Y desde anoche consideré la trágica coincidencia que habría hoy, entre la aparición de los detalles horribles de la catástrofe, y la publicación de la "Ventana" que escribí el sábado sobre la Jornada del Maíz, y en la que mencionaba naturalmente a Gabriel Ramos Millán.

Tan bueno; tan noblote, tan franco y sencillo. Recuerdo la vez, única, que estuve en su casa a comer, con Carlos Chávez: cómo nos mostró su biblioteca, las encuadernaciones que él mismo hacía, el pequeño taller, en el último rincón de su casa, en que cultivaba esa afición apacible, no se sabe a qué horas de un día que consagraba entero aquí, allá, volando de un campo al otro, a lo que llegó a ser su

obsesiva pasión: el cultivo del maíz. Hoy escribí una "Ventana" para sustituir la que el viernes próximo tendría que aparecer, y la hice acerca de él.

¡Y Toscano! ¡Tan joven, tan inteligente, tan sabio! De aquel grupo de muchachos brillantes de 1932, en que Octavio Paz era el poeta, él derivó hacia la arqueología, y en ella descolló.

Releo el principio de estas páginas, escritas a lo largo de muchos días: "Todos los amigos se marchan..."

Viernes 30

Proseguí la lectura de *Los días terrenales* de Pepe Revueltas. Convengo con Xavier en que es ya un gran novelista. Su estilo se ha depurado, ágil, profundo, rico. Pero creo también que no está destinado a ser un novelista popular. Exige la misma lenta disposición de ánimo que Proust para entregarse al *lac de délices* de sus introspecciones aplicadas a personajes estéticos, de que carece un público que en las novelas busca lo que el cine le da ahora, lo que la novela le ha dado en sus buenas épocas: acción inmediata, instantáneas: lo que, en cambio, puede hacer de Luis Spota un novelista de mucha venta. De todas maneras, Pepe Revueltas es como la afortunada síntesis de sus dos fallecidos hermanos. Con las palabras, pinta como Fermín y compone música como Silvestre.

Octubre

Domingo 2

Terminé la lectura de *Los días terrenales* de Revueltas. Novela magnífica. En otro idioma sería un inmediato *best-seller*. Contiene un puñado de tipos estupendos: Gregorio, que abre y cierra el libro en tinieblas; el tuerto Ventura, cíclope tremendo; Fidel, el jesuita del comunismo despiadado; Bandera, la niña muerta; Julia, Epifanía, Virginia —tres mujeres antípodas con un común denominador sexual—; "Ciudad Juárez" y los comunistas que salen a fijar propaganda al amanecer... Las vidas de todo este mundo hurgadas en sus sorprendidas introspecciones, en el curso libre de sus recuerdos y asociaciones. Y ligadas por el hilo sutil con que las enhebra, de la manera más inesperada, con lujo arquitectural de estructura que no deja sospechar las trabes, Revueltas.

Leo, naturalmente, lápiz en mano. Y me molestó mucho la reincidencia de un "quizo" con Z que cada vez me hacía pensar en María Tereza Montoya y su arbitraria Z.

No podría decir cuáles capítulos me gustaron más. Pero el del arquitecto en su estudio, y la descripción del episodio que espía en la azotea —las muchachas que nos recordaron a aquéllas a quienes Proust sorprende derribando del piano el retrato de su padre— me pareció una pequeña obra maestra con su doble *track* cinematográfico —lo que sucede en la azotea, lo que repercute en el cuerpo y en el espíritu del arquitecto que lo presencia y lo absorbe; la reacción de lo mismo en su mujer inesperadamente llegada— y la aparición de la vieja, Ángel Vengador, que precipita el suicidio de una de las anónimas amantes.

Y el modo elegante como todos los personajes van desapareciendo —¿o quedándose?— del microscopio-telescopio a cuyo escrutinio, armado de todas las más justas y brillantes palabras, le somete este gran novelista que es Pepe Revueltas.

Domingo 9

He dejado intencionalmente pasar la semana entera sin describir el día aciago, de pesadilla, increíble, que fue para mí el lunes. He procurado que se asienten sus recuerdos, que se depuren, que razone y se hallen pretextos para entenderlo y justificarlo mi complacencia ciudadana, mi resignación de simple habitante y contribuyente, como tantos otros miles, de una ciudad aparatosa y de un país gobernado por un hombre inteligente y bueno —y en donde, sin embargo, yo, el ciudadano cualquiera, puede en un momento cualquiera, el más impensado, caer en la trama siniestra y tupida de las más sombrías y tiránicas arbitrariedades: ser sujeto y testigo de que la pregonada "dignidad de la persona humana" no vale nada; de que la vigilancia policiaca no existe sino en la forma de las más oscuras complicidades subterráneas para el atraco; de que las comisarías o delegaciones son antros inmundos y enredados en que no prevalece siquiera el sentido común, sino en donde priva el despotismo de unos tiranos de barandilla dueños en un momento dado de la vida y la hacienda de quien caiga en sus garras.

Narraré ahora ese día, con toda la serenidad objetiva posible. Me hallaba en la oficina cuando, como a las once de la mañana, llamó el teléfono. Era una voz cautelosa, misteriosa, amenazante. Textualmente, decía: "Le habla la policía secreta. Tenemos orden de aprehensión contra usted." Y luego, como si adujera pruebas: "Usted vivió en Morelos 80 bis; luego se cambió a Sullivan, y ya tampoco vive ahí." Percibí como que esos cambios de domicilio me hicieran a los ojos de aquella amenazadora y secreta autoridad una especie de criminal astuto y fugitivo, furtivo. "¿Y puede usted decirme por qué?", repliqué con la certeza que abrigo de no haber cometido nunca

delito alguno. La voz titubeó, accedió a dar alguna parcial explicación: "Usted dio una fianza penal hace mucho tiempo. No sabemos si por usted mismo, que haya estado en la cárcel, o por otra persona. Y esa fianza ya venció." "Yo no he estado nunca en la cárcel, ni he dado nunca fianza por nadie", repuse. "Pues eso ya lo aclararemos. Precisamente porque se trata de una persona prominente, no queremos vernos en el caso de presentarle a usted. Más vale que usted mismo venga a la Penitenciaría, a Penitenciaría 74, a la compañía de fianzas Lotonal. Pregunte usted por el señor Juan Pablo Barja. Si ya no puede hoy, mañana sin falta, entre diez y once de la mañana." "Pero oiga usted", exigí, "¿quién habla? Si es usted policía secreto, podrá darme el número de su placa o de su credencial." "Habla un agente de la compañía de fianzas", admitió. "¿Puede usted", propuse, "venir a verme a mi oficina? Así no tendremos que esperar hasta mañana. Lo aclararemos todo en el acto." "Si es usted discreto", advirtió la voz, "podré ir. Dígame a dónde. Pero le advierto que le conviene ser discreto".

Colgué el aparato. ¿Se trataba de un chantaje? ¿Cómo podía suceder que un individuo que acababa por admitir que era agente, esto es, empleado de una compañía de fianzas, se ostentara como agente de la policía secreta, en ese carácter telefoneara a una persona para comunicarle una orden de aprehensión, nada menos, y empleara en todo un tono de inexorable amenaza? ¿No iba todo ello contra toda garantía individual, y primero contra el prestigio de la policía, y enseguida contra la serenidad de una compañía de fianzas?

Lo primero que se me ocurrió fue telefonearle al licenciado Francisco Argüelles, subprocurador, y contarle el caso, y pedirle consejo y, si era preciso, ayuda. "Debe ser un error", me dijo, "¿estás seguro de no haber dado nunca una fianza? Entonces, puede ser que alguien haya tomado tu nombre, o que alguien te haya invocado como fiador". "Pero estaría mi firma", repliqué, "y creo que antes que nada deberían certificarla, estar seguros de que se trataba de mí". "Así son de arbitrarias estas gentes", me dijo con naturalidad de quien a diario trata con tal especie. "Lo que ha de suceder es que Hacienda se ha puesto exigente con esas compañías para que paguen, y ellas a su vez con sus clientes morosos. Pero tú, en todo caso, no tienes por qué ir allá. Son ellos los que deben buscarte para la aclaración. Tú no vayas ni te molestes. Y si notas alguna cosa chueca o irregular, llámame enseguida. Estoy a tus órdenes todo el día y toda la noche. Tú tienes mis teléfonos."

En mi oficina estaba, por casualidad, un amigo que lo era del jefe del departamento de fianzas en Hacienda. Le telefoneé para averiguar quién fuera ese señor Barja a quien yo debía ver, y quién su jefe en la Lotonal de Penitenciaría 74. Se aclaró enseguida que el señor Barja era un empleado de la Lotonal, con la credencial 1040 de Hacienda,

y que su jefe era un señor Antonio Méndez. Le hablé por teléfono enseguida al señor Méndez; le referí el telefonema amenazador que acababa de recibir. Y escuché esta asombrosa respuesta: "Es un error. Se busca a un señor Salvador Noble. Ya telefoneó para acá el agente, y ya se le dijo que no le moleste a usted. Usted dispense."

Así, nada más. Un error, dispense usted. Le dije que me parecía una monstruosidad semejante procedimiento. "Pero es, —me explicó—, que por una persona honrada como usted que encontramos, hay muchos que se esconden y nos defraudan, y hay que perseguirlos. De todas maneras, no tenga usted cuidado. Ya no lo molestarán. Ya hemos dado orden."

Casi acababa de colgar el teléfono cuando me anunciaron a "dos agentes de la compañía Lotonal". Los que tenían orden de no molestarme más. Los recibí enseguida. Entraron cautelosa, suspicazmente. Uno de ellos tendría tres centímetros de frente, a partir de los cuales se le erizaba una cabellera rebelde y una barba sin afeitar. El otro era delgado pálido, frío. Les dejé venir. "Su fianza ya se venció", me dijo el de la frente mínima. "¿Me la puede usted mostrar?" Me entregó una tarjeta de la Lotonal, con el nombre del señor Barja, como si él fuera. "¿Usted es el señor Barja?", le pregunté. "No", confesó, "él es mi jefe. Nosotros somos sus agentes". "¿Puedo ver esa fianza?" Entonces extrajo de sus bolsillos una tarjeta de la Lotonal. Al margen superior derecho, en máquina había escrita la cifra 5 000 pesos; y al centro, con máquina, el nombre Salvador Noble Martínez, Morelos 80 bis. Pero arriba del apellido Noble Martínez, con lápiz, los míos; y en torno, por toda la tarjeta, todos mis teléfonos, mis direcciones, el nombre de mi secretaria, su dirección y su teléfono. Era evidente que me habían sometido a la más minuciosa investigación.

"¿Cómo dice aquí?", acusé firme; "¿no dice Noble Martínez? ¿Por qué entonces me buscan ustedes a mí?"

"Ah", exclamó, "es que es un error. Su apellido es Novo, no Noble. Fuimos a esta dirección, y ahí nos dijeron que no vivía ningún Salvador Noble, pero que había vivido Salvador Novo. Entonces nos pusimos a investigarlo a usted". "¿Y se comunicó usted ya", increpé, "con su agencia? ¿No le dieron ya orden de no molestarme? ¿No le explicaron que no soy yo la persona que buscan?"

Mientras le decía esto, formé el número del señor Méndez. "Señor", le dije; "me había usted dicho que no me molestarían más. Y aquí están unas personas de parte de su agencia para el mismo asunto". "¿Pueden tomar la bocina?" Le entregué la voz de su jefe a aquel hombre. "Habla Meza", le oí decir, y luego recibir instrucciones con un gesto desconcertado. Por fin, colgó. Todo había terminado. Ahora me ofrecía explicaciones. Las gentes se cambian el nombre. Los hay muy truchas. Me tendió una mano gruesa. Se marcharon, con el aire de quien ha fallado un golpe.

Tenía yo que comer con don Pedro y Misrachi en Coyoacán. Les conté el incidente. No supieron decirme quién fuera el gerente de la Lotonal. Suponían que tendría que ver con la Latinoamericana de Seguros. Víctor Velázquez, que estaba en la tienda de Misrachi cuando bajamos por él, aclaró que es un negocio más de la Lotería Nacional. Acaso por esa condición oficial ejerce sistemas autoritarios y policiacos. Todo el resto del día, por supuesto, lo pasé desazonado, molesto, disgustado. Reflexioné en lo poco que vale conducirse decentemente, cumplir siempre con todos los deberes, con el deber, cuando tantos miles de gentes viven al margen de toda ley y no les pasa nunca nada, ni el más ligero disgusto. Si el señor Noble ha hecho una trácala, él está muy exento de la molestia que yo en cambio recibí. Quiere decir que si yo me condujera como él, conocería todas las argucias que mantienen a cubierto de todo trastorno a los que nunca cumplen su deber, a los que eluden, a los que saben a qué horas y cómo cohechar, robarse la luz, construir sin permiso, no pagar sus contribuciones, no empadronarse, carecer de licencia para manejar —faltar, en fin, a todo el cúmulo de pequeños requisitos de la probidad de que uno es tan nimiamente celoso..., para nada, para descubrir en un momento dado que nada contra la corriente, y que de nada vale un hombre limpio frente a la repentina arbitrariedad errónea de quien asume la autoridad.

Este "sentido del deber" —¿no es, por otra parte, la manifestación neurótica del complejo de culpa? El nombre mismo del "deber" parece indicar que uno debe algo, que "las debe", y que para congraciarse con las fuerzas superiores y ocultas de la Justicia —aquellas mismas que en fin de cuentas vienen a quedar en las manos de las compañías de fianzas penales y de los agentes secretos— uno observa una conducta recta, intachable, por la que aspira a singularizarse y que en el fondo está sustanciada por el temor. Un "complejo de culpa", con su dosis de autocastigo, que arranca sin duda en la humanidad del pecado original —"porque el delito mayor del hombre es haber nacido".

No pasarían muchas horas, sin embargo, antes de que un conjunto de siniestras circunstancias me diera ocasión para nuevas reflexiones acerca de la rigurosa contabilidad del subconsciente, y nuevos y dramáticos testimonios de la pedestre realidad de la justicia ejercida en las comisarías y puesta en las manos de los tiranos de comisaría y de los gendarmes. Por la noche fui al Fábregas. Le rogué inútilmente al Güero Bustamante que me prestara a Beatriz Aguirre siquiera el sábado y el domingo para dar *El pasado* en Bellas Artes. Y a las diez de la noche, nervioso, molesto, tomé el coche y enfilé por la Reforma para retirarme.

De repente, sentí que mis anteojos abandonaban mis ojos, volaban —y un golpe en la frente, y que el coche se detenía bruscamente. Un

enorme camión de Juárez Loreto se había incrustado en el cofre, en ángulo recto. Mi pie no halló el freno cuando lo busqué. Estaba hecho charamusca. Era en la esquina de París y Reforma, frente al Hotel Reforma, a las diez y minutos de la noche. Subrayo el sitio y la hora porque no lo hay más céntrico y concurrido, ni hora a que uno pueda suponer natural que existiera alguna vigilancia. Y pasó cerca de una hora sin que se presentara una sola autoridad: ni un gendarme, ni un motociclista, ni un agente de tránsito. Los coches pasaban y pasaban, molestos apenas porque les estorbábamos. Pasó una patrulla, pero no se detuvo. Pasó un motociclista, pero declaró que "no estaba de servicio". El pasaje del camión lo abandonó, cautelosamente. El chofer bajó a verme, me propuso que "nos arregláramos". Yo no encontraba la tarjeta del seguro del coche. No sabía qué hacer. Estaba fatalistamente sereno. Me sentía solo y desvalido en el mundo, ante la indiferencia de los que pasaban, de los que empezaron a rodearnos todos los cuales miraban con una especie de rencor mi coche nuevo, y con benevolente simpatía el camión proletario que lo había hecho añicos. Por fin, un señor rubio se acercó: "¿Qué le pasó, don Salvador?", me dijo, "¿puedo servirle en algo?" Le rogué que telefoneara a casa de don Pedro para pedirle que avisaran a la compañía de seguros, para que alguien viniese a hacerse cargo del coche. Mientras fue a hacerlo, al Reforma, llegaron, aparecieron, uno tras otro, dos gendarmes. Al ver al segundo, estuve más seguro que nunca de que se trataría de una pesadilla. Bajo el disfraz de policía; debajo de la gorra azul, reconocí enseguida al agente de la Lotonal que por la mañana me había visitado. De noche, gendarme; de día, agente, ¿qué subterráneas ligas tejen una red de complicidades que uno no sospecha siquiera?

Aquel hombre que por la mañana me había amenazado; que había recibido después la orden de no molestarme, se mostraba ahora servicial, de mi parte. Le pedí que cuidara el coche mientras iba a telefonear. "Usted no se mueva", me aconsejó. "Usted tiene todo el derecho de vía. Es el chofer quien tiene la culpa. Que vengan los peritos. No quite su carro." Cosa que no podía hacer, aunque quisiera.

En eso pasó un coche, se detuvo un momento y volvió a partir. "Ése es el jefe de la Policía Judicial", me confió mi repentino amigo el agente-policía. Ya para entonces, el primer gendarme que apareció había telefoneado por instrucciones a la Delegación, nos había recogido las licencias, y había recibido orden de dejar ahí los coches y llevarnos a la Delegación. Pero habían llegado ya también dos empleados de la compañía de seguros, y uno de ellos, el ajustador, hablaba ya con el chofer, a su vez asesorado por un hombre grueso y moreno. En eso, acertó a pasar por la Reforma Ramón Pereda, estacionó su coche al reconocerme, y vino a auxiliarme. Nunca le agradeceré bastante la gentileza con que desde ese momento me acompañó al resto de la pesadilla, hasta no dejarme en mi casa dos horas después.

El gendarme estaba a punto de comprender que no habiendo sangre, y habiéndose ya arreglado el chofer con el representante de la compañía de seguros, no tenía sentido ni objeto que fuéramos a la Delegación por un accidente claramente de tránsito. Pero en ese momento regresó, ya solo, el que proclamaba ser el chofer del jefe de la Policía Judicial, y exigió que fuésemos a la Séptima Delegación. Y allá vamos.

La Séptima Delegación está en Santa María. Fuimos hasta una barandilla donde un Zeus malhumorado y enérgico arrebató nuestras licencias, tomó notas, me increpó: "¿Cuánto gana usted a la semana?" "240 pesos", le informé. "¿Dónde?" "En el periódico *Novedades*." "¿Periodista entonces?" "Sí, señor." "¿Y usted?" "100 pesos. Chofer. Juárez Loreto", declaró mi agresor y covíctima. "A la sección médica", sentenció Zeus. A ver, sin duda, si estábamos mariguanos o borrachos. "Hasta con ésa", me dijo el chofer con quien empezaba a ligarme la simpatía de un destino común de juguetes en las manos de Zeus.

Pero la sección médica no estaba siendo atendida. Un señor roncaba en ella, y no quiso ser molestado. "No está el médico", dijo el gendarme que nos conducía. "Entonces, allá", señaló Zeus otra oficina.

En ella había otro dios omnipotente en mangas de camisa. Revisó rápidamente los papeles como quien toca fuego, y sentenció: "Al Carmen, al peritaje." "Pero señor", le explicaban al unísono el gendarme y el ajustador de la compañía, "si ya se arregló todo; el señor reconoce su culpa y paga, el señor está conforme". "Sí, así se hacía antes", accedió a explicar, "pero ahora tenemos una circular. Al Carmen".

Al Carmen, pues. Me han contado que una noche en el Carmen es una noche en los infiernos. Cierto es que no íbamos más que al peritaje; pero una vez en las garras del destino —¿sabe uno nunca a dónde van a parar las cosas? Ya nos hallábamos el chofer y yo a bordo de un coche lleno de policías, cuando el chofer del jefe de la Policía Judicial salió corriendo de la Delegación. "No vayan", dispuso; "ya está arreglado. Ya lo arreglé." Bajamos del coche. "Ya les dije", me confió, "que es usted periodista, y..." El segundo Zeus había, pues, acabado por aceptar que no había propiamente delito que perseguir. Que las compañías de seguros tienen un objeto, un reglamento ajustado a la ley. Lo había convencido el chofer del jefe de la Policía Judicial, que antes había extremado su ortodoxia con exigir que fuésemos a la Delegación. El segundo Zeus me tiró mi licencia: "Usted ya puede retirarse." "Y usted", dijo al chofer, "25 pesos de multa."

No los traía el chofer. Sentí el impulso de pagarlos por él. Pero

habría resultado bastante extraño, y además, en la billetera, que habría tenido que sacar, traía bastante más tentador dinero. Era preferible seguir siendo el periodista de 240 a la semana.

Ramón Pereda me llevó a casa, a pesar de que su señora esposa andaba agripada y en el coche. Nunca, repito, le agradeceré bastante esa gentileza. Tomo siempre un vaso de leche antes de acostarme. Esta vez, apuré, con sabor de agua neutra, un vaso de *whisky* solo.

Cuando al día siguiente le referí a Misrachi mi odisea —mi odalisca, como dice Carmen Sagredo—, le comuniqué también mis introspecciones, mi autoanálisis. Estoy seguro de que manejo siempre con el mayor cuidado, con el mayor neurótico sentido del deber. ¿Cómo pues pudo ocurrirme este accidente? Yo no atropellé, claro; pero, ¿cómo pude dejarme atropellar? ¿Cómo me cegué, quién me cegó en el momento en que venía por Milán aquel mastodonte de camión que repentinamente sentí encima?

Fue mi subconsciente, le expliqué, quien se hizo una transferencia de partidas. El subconsciente, el demonio del subconsciente. Por la mañana, había yo estado a punto de ser víctima de un atropello, detrás del cual habría comisarías, actas, firmas, policías, enredos, justicia. Ese atropello no se consumó. Pude conjurarlo, desinflarlo. Pero empezó a funcionar el complejo de autocastigo. Se me había formado un trauma, un tumor, y era preciso para mi equilibrio psíquico liquidarlo. Así, evidentemente, mi subconsciente me cegó, se proporcionó el masoquista placer de realizar, de materializar un atropello real y tangible, detrás del cual se realizaron también todas las vivencias comisariales, actuarias, gendarmeriles. Yo mismo, psíquicamente, había tenido la culpa del accidente. Yo —es decir, mi ello— lo había fraguado como una necesaria catarsis. Sin duda por eso no concebí en ningún momento el menor rencor contra el chofer que fue el simple instrumento casual de mi subconsciente.

Oh, Salvador —exclamó Misrachi entre divertido y convencido—, *the trouble with you is that you know just too much!*

Jueves 13

Julio Prieto profesa, para sobrellevar, para reiteradamente tratar de arreglar los conflictos que a cada rato surgen entre ellos, la teoría —plausible hasta cierto punto— de que los artistas trabajan con los nervios, y en consecuencia se les exaltan y les orillan a los paroxismos y las crisis en que se manifiesta, de un modo o de otro, su temperamento. Pero a sus ojos, esta situación de principio o de hecho no hace imposibles los advenimientos, ni debe ser obstáculo insuperable para los resultados que, después de todo, todos coinciden en buscar.

Hoy, por la enésima —y espero que la última— vez, reuní a los bailarines de la Academia de la Danza Mexicana para tratar de contentarlos entre sí y de excitarlos a que, juntos, rindan la mejor, próxima, temporada posible. Les hice ver que todos, en el fondo, aspiran a lo mismo: a aquello para lo que específicamente fue en 1947 fundada esa academia: a implantar la danza moderna y a crear el Ballet Mexicano inspirado en las danzas indígenas, en el carácter mexicano, en nuestros ritmos y en nuestra música. No es pues cosa que sigan peleados los Silva con Ana Mérida que era el pleito fundamental que se percibía, en razón del cual un grupo trabajaba en San Diego, mientras el de Ana Mérida se había venido a ensayar en los salones de la Escuela de Arte Teatral, que ésta no utiliza sino parcialmente en las mañanas.

Pronto, sin embargo, me di buena y triste cuenta de que subsisten divergencias más hondas, y acaso insalvables. Desaté, esperaba que catárticamente, la discusión. Y en ella no tardaron en manifestarse esas divergencias. La situación es ésta: desde luego, por "danza moderna" ha de entenderse la abolición, la cancelación y el total desprecio por la "danza clásica": esto es, por las puntas y todos los recursos del ballet ordinario. Hay pues una "técnica clásica" que entrena para bailar de puntas, y ésa, los bailarines modernos la desdeñan y la desprecian. Pero hay otra "técnica moderna"; esto es, que se empiece de niños, como cirqueros. Y esta "técnica moderna" es la que los bailarines de la Academia quieren tomar decididamente en exclusiva.

Los peligros del modernismo empezaron a serme evidentes por lo que hace a la danza cuando los defensores en su técnica empezaron a sostener diferencias de técnica aun dentro de su escuela, y a expresar no solamente que la "técnica moderna" que ellos conocen, profesan y por grupos defienden, puede ser la de Waldeen o puede ser la de Ana Sokolov. Y subió de grado al salir a flote que no sólo el modernismo técnico se bifurca en las respectivas y por lo visto diferentes escuelas de esas dos señoras: sino que se ramifica hasta el módico infinito del número de las personas que las siguen en principio, para manifestarse como la técnica Ana Mérida o la técnica Bracho, o Reyna, Mestre, o Silva. Aterradora proliferación que escapa al orden y a todo intento de sistematización, y que me indujo a reflexionar en algunos de sus aspectos. Pues estaba asomándome en la danza a un fenómeno de anarquía en el nombre del modernismo del que la pintura moderna, para no citar más que una de las artes en que más flagrantemente se advierte que también sus cultivadores desdeñan lo clásico, convengan en confabularse para abolirlo —y sean después, sin embargo, incapaces de convenir en lo moderno, y erijan así, cada cual, en un pintor singular y superior a todos sus colegas— enemigos.

Porque, veamos: ¿qué es la técnica, sino el *modus faciendi* perfeccionado y básico para una creación, para una realización: el "oficio", la cultivada destreza, el conocimiento sólido de los principios, del manejo de o de los instrumentos que han de ponerse en juego para alcanzar la meta propuesta? ¿Y puede haber más que una técnica, una sola para tal especialidad? ¿No es razonable pensar que en el caso específico de la danza el dominio de una técnica única que capacita a los bailarines lo mismo a pararse de puntas que a no hacerlo si no querían, les entregará una aptitud de dúctil y amplia expresión coreográfica, en la misma medida en que el dominio de una única técnica de pintura permite a los buenos pintores hacer "academia" si les place o crear expresiones propias y modernas si les conviene; en la misma medida en que un único dominio del idioma, historia, su literatura, le hace posible a un escritor contemporáneo expresarse *en* su tiempo y *desde* su historia? Debajo de un buen poema moderno hay siempre, si es bueno, una tradición poética: debajo de unos versos libres hay la música del idioma que los antiguos prefirieron encerrar en la métrica —como los bailarines clásicos en las "puntas"—, o no hay nada, independientemente de que el poeta, que *sabe* medir y contar, desdeñe hacerlo. La técnica es los principios de la arquitectura, la ley inescapable de la gravedad, que bien asimilada y entendida, deja toda la libertad del mundo para la sucesiva creación de los estilos que la evolución de la vida del hombre va sugiriendo, pidiendo, exigiendo. Lo que pasa es que en todas las artes, para que se produzca una obra genial, han de concurrir dos requisitos, uno asequible a casi todos, otro muy raro: la técnica —y el talento excepcional. El primero suele ser bastante para producir una obra tolerable. El segundo, solo, no puede, no sabe valerse. Por ventura, este último, el talento, se manifiesta siempre, primero, en comprenderlo y en adquirir a tiempo ese único, indispensable instrumento que a su servicio pone la técnica elaborada por todos los antepasados.

Viernes 14

Por fin regresaron Ana y Jorge, después de cinco meses de Santa María, California. Los expulsó, acabó por expulsarlos, la comida. En mucho, dicen que mis cartas dominicales, que les llevaban siempre la minuciosa descripción de algún menú de la semana, acrecentaron su nostalgia en la medida en que el cotejo de las excelencias que aquí puede comer cualquiera, con lo que allá llaman comida, les afligía por comparación. Y en muchas más, la carta en que les describí su renovado departamento: lo monísimo que quedó con su nuevo librero junto a la chimenea, su elegante pintura gris en todos los muros, su comedor restaurado y sus plantas de sombra (de las que Ana coleciona tantas que, como dicen sus hermanos, un día había que ir con machete a visitarlos, para abrirse paso en la selva); esa carta, sobre todas, los puso nostálgicos de su hogar, y los decidió a apresurar el regreso.

Vienen, sin embargo, un poco rollizos, y lo atribuyen a la ingestión mayoritaria de *starches*. Pero lo más interesante es que convencidos de que en México vivimos en la gloria, aunque no siempre nos demos cuenta.

Jorge, por ejemplo, indagó algunos datos de su profesión, y supo los costos de la mano de obra en las construcciones. Un plomero, como el peor que se tenga en México, gana allá 50 dólares *diarios*, por ejemplo. El resultado es que la construcción sea extraordinaria, fabulosamente cara, y así los servicios de que acá disfrutamos a tan bajo y cómodo precio. ¿Quién va a hacerse allá, sino los millonarios, y ya ni ellos, una casa grande, con jardín que le salga en un ojo de la cara, y que encima requiera un buen número de criados que le cuesten el otro si acaso los consigue? Para entender y justipreciar nuestra fortuna de ser mexicanos y residir aquí basta pensar en equipararnos la posición con nuestros estrictos equivalentes americanos. Es decir, que una persona con una renta de, digamos, 10 000 pesos mensuales, ganará allá 10 000 dólares. En primer lugar, poco le quedaría después del *income-tax*. Y luego, con lo que le quedara, ¿iba a poder vivir como aquí vive una persona que gane eso mismo en pesos? ¿Iba a tener criados como los nuestros, casas como las nuestras? Ni en sueños.

Y no son solamente los Estados Unidos los que nos pueden ofrecer un estimulante punto de comparación. Si se piensa en una Inglaterra racionada, en la que nadie puede manejar su dinero como se le antoje, ni sacarlo del país en un viaje, ni comprarse nada aunque lo tenga, vuelven a surgir muy justificadas razones para darle gracias al cielo por la bendición de hallarse en México.

Por otra parte, Ana y Jorge tuvieron esta vez, ocasión de comprobar lo que yo ya había observado y dicho: que los "civilizados" son simples, lamentables esclavos de su civilización.

Son esclavos de la dictadura comercial y de la propaganda, que hace consistir su anhelada felicidad y el sentido máximo de su vida en la posesión y el disfrute de los *gadgets* mecánicos que pregona —facilita sus tareas; pero que en realidad no es más que un múltiple eslabón de la cadena del progreso que les ata a la obligación de servirse cada vez menos del hombre, de ponerse cada vez más al servicio de la máquina. Así sus sueldos, por altos que sean en apariencia, se les van en la adquisición de baratijas innecesarias que acaban por resultarles imprescindibles porque son un índice de su prosperidad y de su civilización. Y su creencia les depara un sentimiento de frustración, de infelicidad, de inferioridad, verdaderamente trágico. Se

decreta que todo el mundo posea una batidora, o una licuadora. No hay nada comparable a la desolación de la pobre ama de casa cuyos vecinos todos —a medio metro de distancia en la promiscuidad de los "apartamientos"— poseen ya ese certificado de solvencia y progreso, mientras que la pobre ama de casa no ha podido comprarse su batidora o su licuadora.

Ahora son los equipos de televisión lo que chupa el dinero y absorbe y condensa la máxima, civilizada ambición de los progresistas norteamericanos. Todo mundo se apasiona por ver televisión, y hace de adquirirse un receptor, que son todavía bastante caros, el sueño de su vida y la meta de sus esfuerzos. Y si ya el vecino lo tiene, y uno no, ¡qué tragedia espantosa!

Viernes 21

Quedé en comer con Alfonso Quiroz y con Gómez Robleda en Lady Baltimore. Por lo visto, han vuelto allá, hijos pródigos y poco exigentes gastronómicamente. El primero en llegar fue Pepe, a la mesa maniáticamente misma a que siempre se sientan, y en que ya le aguardaba yo con bastante apetito.

Pepe ha seguido siendo miembro muy importante y activo del PP. En realidad yo ingresé en él porque él me persuadió, pero aun cuando estoy al corriente en mis cuotas, no tengo nunca tiempo de atender las invitaciones a sesionar, ya escritas o ya telefónicas, que suelo recibir. Me pasa como con varias otras instituciones de que soy como si dijéramos miembro honorario —la Asociación Mexicana de Periodistas, el Instituto Mexicano Norteamericano de Cultura, la AMA— que no visito nunca, que no sé ni dónde tengan sus locales, pero a las cuales pertenezco.

Sin embargo, han sucedido en estos días cosas muy importantes en el PP, entre aquéllos de sus miembros, que no tienen otro quehacer que la política o que hacen de su actividad en el PP la principal entre las suyas, o la única. Así se supo que renunciaron escandalosamente Bassols y Villaseñor, inconformes porque el partido no expulsó al único diputado suyo admitido en la Cámara; y que después Diego Rivera mandó una renuncia que ya no alcanzó a resonar escandalosamente, y que se desinfló en la publicación de los juicios desfavorables que mutuamente se merecen en lo privado él y Lombardo Toledano.

Pepe me contó con mayor detalle que no ha aparecido en los periódicos el incidente de la renuncia de Bassols. Dice que en una sesión tomó Bassols la palabra y se describió a sí mismo como dedicado a pensar y como tenaz en sus puntos de vista. Y que entonces Pepe habló para decir que el licenciado Bassols le había adivinado el

pensamiento, porque en efecto era un terco y un necio. Que entonces Bassols y Villaseñor dejaron el salón, y que con su salida, ya era posible trabajar con tranquilidad sobre realidades políticas.

Llegó Quiroz cuando ya estábamos a media comida, acompañado por un hijo del licenciado Luis Cabrera que no se quedó a comer. Con su calma habitual, empezó a contarme sus trabajos de investigación del descubrimiento de Eulalia Guzmán en Ixcateopan. Los sabios que rindieron el dictamen desfavorable a la autenticidad de los restos habían convenido la víspera con Eulalia en que no tenían pruebas suficientes para dictaminar, y en que así lo declararían. Fue pues una fea especie de rajada, bastante fea, la que hicieron al faltar a su compromiso con Eulalia, que no era de afirmar que ésos fueron los restos de Cuauhtémoc, sino de simplemente reconocer que no estaban en aptitud de afirmar que fueran o no.

Claro es que ni Cuauhtémoc ni nadie lleva en los huesos la marca de fábrica ni el nombre, y que Motolinía no tuvo el cuidado de tomarle al cadáver del emperador las huellas digitales ni la fotografía sin retoque que por lo visto hubieran podido persuadir de su identidad a los sabios del dictamen adverso. Pero es también evidente que la geología se ha ido encargando de envejecer aquellos restos, el tiempo de apoderarse de ellos y de imprimirles una huella irrefutable de identidad arqueológica que aquellos sabios no estaban en aptitud de percibir, pero que Alfonso Quiroz, con ayuda de ciencias más exactas que el prejuicio hispanista, ha llegado a descubrir, por ejemplo en la presencia de las partículas de cobre trasminadas hasta los huesos, proceso que toma siglos para verificarse.

Lo que en todo este revuelo no puede menos que llamar la atención es el encono con que un periódico ha tomado por su cuenta combatir a Cuauhtémoc en sus restos, tomar por evangelio el premioso dictamen de los cortesianos y cuando prevé el peligro de que el estudio del Banco de México resulte un mentís al de los otros sabios, y favorable a la autenticidad arqueológica científicamente demostrada de los restos, la táctica nutrida empiece a consistir en denigrar a los investigadores del Banco de México sobre el pretexto de que nada tienen que hacer en ese estudio. Les menudean caricaturas, burlas, cabezas y notas enconadas, y al saber que la actitud de los sabios del dictamen ha producido en el estado de Guerrero una irritación, una humillación y un descontento que casi fermenta en rebelión, y que el gobernador ha proseguido las honras de Cuauhtémoc a despecho del dictamen, extienden hasta él sus sarcasmos malinchistas.

Por cuanto a Eulalia Guzmán, está dichosamente investida de una tenacidad indígena que la impulsa a seguir adelante en su reivindicación de Cuauhtémoc a pesar de todos los obstáculos que le ponen los que parecen dispuestos a aplastarla por todos los medios antes de permitir que se publique el libro en que desenmascare a Cortés.

Lunes 24

Lo que menos me esperaba es comer con Lombardo Toledano. Me habló por teléfono el señor Giner, cuya voz ya conozco porque me llama siempre para avisarme de las juntas a que no voy, esta vez para invitarme a comer en nombre del licenciado Lombardo Toledano en el restaurante Hollywood a las dos de la tarde.

Habremos sido unas diez personas a una mesa tardía que nos uniformó con la carne asada: los senadores Anguiano y Palacios, Vidal Díaz Muñoz, el licenciado Véjar Vázquez, Enrique Ramírez y Ramírez. Vicente estaba muy jovial, y no supe sino hasta entonces que el objeto de la comida era despedirse de nosotros, porque al día siguiente volaría a China a un congreso o algo así. Su itinerario iba a ser La Habana, Canadá, Glasgow, Amsterdam, Praga, Moscú y luego China; y va a pasar un frío de 30 grados bajo cero, pero ya va prevenido con calzones largos y camiseta de manga, y se propone llevar un diario de su viaje, cosa que nunca antes ha hecho.

Sin levantarse de la mesa, al café y mientras agotaba una carterita de cerillos en encender su pipa, anunció la necesidad de que se designara nuevo presidente del PP a causa de su personal ausencia, y recomendó empeño en las tareas políticas del Partido consistentes en propugnar una ley electoral de representación proporcional y en luchar por la implantación de la escala móvil de salarios. El licenciado Véjar Vázquez fue unánimemente electo presidente del PP, nos despedimos del licenciado Lombardo y Vidal Díaz Muñoz tuvo la bondad de llevarme en su coche hasta Bellas Artes, donde ya hacía una hora que me aguardaban los muchachos para un ensayo más de *Don Juan Tenorio*.

Miércoles 26

Los diarios publican hoy el extracto del debate ocurrido en la Cámara de Diputados al discutirse el proyecto de la Ley del Ahorro Nacional enviado por el presidente. Es significativo que hayan sido los diputados de Acción Nacional los que le opusieran reparos a un proyecto tan importante, y cuyos beneficios son indudables. Sólo se entiende que lo hayan hecho en función de una defensa de los bancos privados y de las instituciones semioficiales que hasta ahora han venido absorbiendo con enorme provecho los ahorros del pueblo, y que ahora se verán probablemente menos favorecidos.

Porque los bonos del Ahorro Nacional, si como se anuncia gozan de un interés del 7.17 anual, libres de impuestos y redimibles en cualquier momento, equivalen a que en el bolsillo de las familias sus billetes ganen interés —y más alto que en las "cuentas de ahorros" de

los bancos, o que en los lucrativos, para ellos mismos, bancos de capitalización. Les darán en la torre a todos esos valores, y el gobierno dispondrá de dinero, y la gente del suyo a la hora que lo necesite, sin mayores trabas y con un atractivo interés.

Noviembre

Miércoles 2

Tan agradable que sería, como en tiempos que ya parecen increíblemente remotos, estar libre, disponer uno de su tiempo y este día visitar los mercados, los puestos; comprar juguetes de "muertos", organizar una merienda o una reunión de amigos.

O siquiera por la mañana no tener nada que hacer: tomar el sol que empieza ya a apetecerse con este anuncio del invierno que se insinúa en las noches frías, revisar los libros o las plantas, departir en silencio con los perros, observar a los pajarillos. *Invece*, heme aquí aprovechando el tiempo, la mañana libre: encarcelándola en poner al corriente esta especie de obligatoria correspondencia con los desconocidos lectores: este soliloquio callado, esta conversación a golpes rítmicos de teclado conmigo mismo: esta manía de la ocupación y del trabajo, que acaso no es más que una forma de evadirme a la prueba trágica de que ya no sé emplear el tiempo de otra manera que entregándolo a los demás.

En estos ocho días no lo he tenido más que de, por la noche, confiar al block que siempre guardo cerca de la cama los sintéticos apuntes de la fecha. Una cama en la cual, llegado muy tarde y muy cansado, el sueño no me acarrea el descanso de una imaginación excitada que se vierte en los sueños más complejos y detallados, ciertamente divertidos. La otra noche, por ejemplo: me hallaba en la terraza, y me acompañaban mis perros; pero había dos más, pequeños, hijos respectivamente del Negro y del King, y yo los acariciaba, sorprendido de que uno de ellos estuviera revestido de caracoles negros y duros en vez de pelo. Tenía yo que dictar, y le había dicho a mi secretaria que me aguardase con su *block* en el estudio, arriba. Pero el fenómeno del perro con piel de caracoles era sin duda tan asombroso, que había llegado a retratarlo conmigo un fotógrafo del *Mañana*. Y yo abría el hocico de ese singular perro, y encontraba que su paladar estaba formado por un conjunto de fichas de plástico de diversos colores, perfectamente acomodadas, como un rompecabezas, y en cada una de las cuales había dibujada una letra del alfabeto, para que el aire, al pasar por ellas, fonara su sonido y el perro pudiera así hablar. Lo que me asombraba no era aquel mecanismo, sino la consideración de que nacieran los perros con él al breve tamaño de su

primera edad, y aun siendo esas piezas de plástico, crecieran con el animal.

Miraba yo entonces hacia el jardín, y me llevaba el disgusto de ver que el vecino había hecho rapar materialmente las rocas que nos separan, echando abajo mis bugambilias que en la realidad han invadido su quiosco. Por añadidura, sobre verse ahora su casa, antes oculta por las plantas, y no ser precisamente una hermosa vista, sus criados podían ahora pasarse a mi jardín, y uno de ellos lo había hecho ya, y jugaba en él con un perro extraño, al que le daba a beber diez litros de leche —que resultaban ser el precio de la fotografía que acababan de tomarle a mi perro con caracoles. Yo reclamaba, furioso. Y entonces el vecino alegaba que había sabido que el presidente vendría, y que le parecía oportuno tener así de despejado el jardín para que lo viera. Yo enumeraba entonces, por su detallado nombre, todas las plantas que su intromisión había arruinado: el chisme, la sinvergüenza, la bugambilia, el jazmín, y el tasajo, y las cactáceas, y las rosas.

No me daría, en fin, abasto para analizar, si lo intentara; o para entregar a un análisis profesional, todas las muestras de los sueños que me despiertan más fatigado que cuando me entrego a ellos. He acabado por considerar mi capacidad onírica como la única o la más grata y personal forma de diversión, y pago el precio de la fatiga que me producen gustosamente, por disfrutarlos. Otros, acaso, necesiten del alcohol o la mariguana para evadirse de la realidad. A mí me basta, para recrear el mundo y manejarlo a mi antojo, con dormir.

Pero, en fin, es preciso poner al corriente un diario que es de acontecimientos, y no de sueños. Y mis apuntes me señalan el jueves 27 como uno de los más atareados y heterogéneos de la semana.

Desde el domingo, don Pedro tenía ya el aviso de que el presidente vendría a comer a su casa el jueves. No estaba claro todavía si por la noche o a medio día. Pero, aun cuando la casa está habitada y lista desde hace algunos meses, la ausencia de Jorge en California detuvo la resolución de lo que haya de hacerse a la entrada en vez de la casita de los porteros y en vez del establo a la derecha; y por otra parte, habíamos ido dejando para más adelante el arreglo del sótano, que en principio se pensó destinar, un poco bohemiamente descuidado, a que los chicos jugasen y a que Perico ahora, y más tarde Beto, hicieran sus bailes. Del anterior surtido sobraban muchos muebles, mesas, sillones, y ahí se quedaron, y alguna vez los medio arreglamos. Pero el piso seguía siendo de cemento, y había el vago proyecto de ponerle linóleo, y aun habíamos mandado hacer unos dibujos para que los aplicaran —un pescado estilizado, un gran caracol, una rosa de los vientos, una luna y un sol—, el linóleo rojo quemado sobre beige. Ahora, con la inminencia de la visita presidencial, pareció necesario que el total de la casa estuviera listo y arreglado, y Perico se ocupó

en comprometer a los del linóleo a dejarlo colocado y listo para el jueves a más tardar. Por cuanto a la parte aún no construida del nuevo establo, don Pedro dispuso que se erigiera una barda que la ocultase por lo pronto.

Y las dos cosas estuvieron listas a tiempo. Cuando el miércoles don Pedro me invitó a comer (yo le pregunté si en vez del jueves, y me contestó que el miércoles y el jueves), empezaba a colocar el linóleo, lo cual tenía sus bemoles, porque el piso es radial. Y cuando el jueves llegué a las nueve y media como le había prometido a Perico para que arreglásemos juntos el sótano, ya estaba terminado y limpio, y ya Perico había ido a traerse de la avenida México los sillones, las mesas, los sofás y las lámparas que convinimos la víspera. Mientras hacía un nuevo acarreo, yo excursioné a la casa de Yolanda en busca de más muebles, cuadros, objetos. El antiguo boliche está lleno de ellos, y algo habría aprovechable. Luego fuimos Perico y yo al parque Anáhuac por plantas de sombra: piñononas, hules, hojas elegantes, aralias y ciclámenes; le rogamos al doctor que fuera al Encanto por las bases de fierro para colocar esas macetas (es el único lugar en que las he encontrado, y hay que resignarse al forajido precio a que las dan y al mal modo con que las venden); requerimos de una barrena de acero para meter los taquetes en que colgar los cuatro cuadros de flores que agrupé en una pared; distribuimos los muebles en grupos de conversación bien equilibrados, encendimos las bien colocadas lámparas, dimos su sitio a las plantas —y a la una y media quedó el sótano decorado y listo para usarse. Si no hubiéramos tenido el acicate de que vendría el presidente, habríamos seguido dejando para después este arreglo, y acaso nunca lo hubiéramos realizado.

El presidente llegó con don Pedro a las 2:20. Le había citado en Los Pinos a las dos en punto. Pocos fueron los invitados que se dieran el lujo de llegar minutos después que el presidente. Ya casi todos estaban ahí, con sus elegantes señoras, algunas de sombrero, otras no. La sencilla e inteligente señora del presidente lo que hizo fue traerse un sombrero en el coche. Si veía que todas las señoras lo usaban, se lo pondría. No fue preciso. Y creo que debe de ser terriblemente incómodo comer, sobre con pelo, con sombrero.

El presidente no toma nunca, me dicen, más que un solo jaibol que pide "muy ligerito". Mientras lo tomaba a pequeños sorbos, hablé con él. No es que sean secretos de Estado, pero referir aquí lo que me dijo podría parecer "política". Sólo puedo decir que me alentó mucho y me alegró por el Instituto.

Se acercó don Salvador Ugarte a desviar con la suya una conversación que otros banqueros habían hecho caer en el *golf*.

Señor presidente —le dijo como quien consulta al oráculo de Delfos—: ¿qué hago yo con mis libros? Yo —autobiografió— soy un hom-

bre que tiene pasión por los incunables. Una buena parte de mi fortuna está en libros valiosísimos. He pagado por algunos de ellos hasta 20 000 dólares, y 5 000 dólares, y 20 000 pesos, y... Sólo la biblioteca de García Icazbalceta es o fue mejor que la mía. A veces me han traído a vender libros magníficos, por los que he pagado fuertes sumas. Luego he sabido que habían sido robados de alguna biblioteca pública, y los he ido a devolver.

Cuando yo muera, mi hija no sabe el valor de esos libros. Se dispersarán, se venderán por mucho menos de lo que valen. Señor presidente: ¿qué hago yo con mi biblioteca? ¿Qué hago con mis libros?

El problema parecía realmente apremiante y grave. Qué hacer uno con sus libros. Se lo planteaban, jaibol en mano, a la primera autoridad del país. Acaso la respuesta habría debido ser, por ejemplo, "déjeselos usted a la Biblioteca Nacional". Pero —¿no estaba implicando don Salvador que, puesto que a él le han ido a vender libros robados a las bibliotecas públicas, las bibliotecas públicas son criptas menos seguras que, digamos, el Banco de Comercio?

A mí nadie me metía en el asunto. Nadie me preguntaba. Yo simplemente estaba hablando con el presidente cuando don Salvador se acercó a preguntarle qué haría con sus libros. Y no tengo confianza con don Salvador para gastarle una broma, por mucho que sepa, como todo el mundo, que es hombre de buen sentido del humor. Sin embargo, no pude reprimirlo. Al verle angustiadamente repetir ¿qué haré con mis libros? "¡Hombre —exclamé—, don Salvador, por qué no los lee!"

Pasamos al comedor. No se trataba de presumirle al presidente con una minuta fastidiosa y europea, sino de que comiera sabroso lo que en esa casa se come a diario, apenas con un toque regional en su honor, bien justo porque anfitrión e invitado de honor son ambos veracruzanos. El chilpachole de jaibas (deshuesado esta vez para mayor comodidad de las familias) había consumido, reducido a su carne escasa, 45 kilos de ellas. Los tamales de hoja de plátano, esponjados, deliciosos, con su yerba santa o su momo, según la región (y en Veracruz creo que le dicen aún de otro modo) habían ocupado a las cocineras hasta la madrugada. Y la carne salada de Orizaba, servida con plátanos fritos que le gustan mucho al presidente, y con frijoles negros, llegó de su lugar de origen a la una y media, conducida a la carrera en el coche por José.

Cuando la señora Maus invitó al presidente a pasar al salón para el café, todos nos levantamos, y tuve entonces oportunidad de conversar un momento con la señora Velasco de Alemán. Tan dulce, tan sencilla. Me dijo que le encantaba la casa de los Maus, que ya había recorrido: que me felicitaba por mi intervención en su arreglo. Y me ofreció que, si el presidente, como es posible, sale en estos días y no puede ir con ella al teatro, ella sí irá a ver el *Tenorio* con los chicos y con algunas amistades.

Cuando, a las cinco, busqué al presidente y a don Pedro para despedirme, les encontré en el sótano, charlando, estrenando, sin saberlo, la atmósfera agradable que Perico y yo habíamos creado unas horas antes.

Ya me aguardaban en Bellas Artes para el ensayo general del *Tenorio*. Un ensayo general que incluía el montaje simultáneo de cada acto y su iluminación, porque en todos esos días el teatro había estado a todas horas ocupado por congresos, ceremonias, actos y funciones de los Niños de Viena y otros excesos. No teníamos apenas tiempo, y había que aprovechar la única noche libre de la semana antes del estreno el sábado, ya anunciado. Y como este año se me ocurrió complicar el acto del segundo panteón haciendo que los muertos que acompañan a la aparición del Comendador surgieran de la plataforma de la orquesta, arrastrándose como gusanos hasta el empavorecido don Juan, hubo que resolver con ayuda de químicos la producción de una niebla que no fuera nociva ni molesta para el público, que fuera efectista, que creara un ambiente de fabuloso misterio —y hubo que instalarla por tubos de goma en la plataforma, y que sincronizar con cues únicos una serie de movimientos que incluían iluminación, química, música, movimiento escénico y tramoya. Y todo en esa misma noche. Empezamos a las cinco de la tarde y salimos de Bellas Artes a las cinco de la mañana del viernes. Y no fui yo el cansado, ni el que pidió que dejáramos para iluminar al día siguiente, a las once, los últimos cuadros, que ya ensayamos sin iluminación. Por mí, hubiéramos seguido de frente.

Tuvimos que hacerlo el viernes, desde las doce hasta las cuatro, y volver a las cinco hasta la hora —siete y media— en que los Niños de Viena empezaron a desfilar hacia los camerinos como enanos rubios pastoreados por pastores protestantes —y tuvimos que dejarles el escenario.

Todavía el sábado en la mañana pulimos algunas escenas. Ese día algunos periódicos reseñaban la punta de una pugna que se gestaba entre los teatros "experimentales" y los actores "profesionales", que se oponen a que aquéllos actúen en los teatros comerciales. Jebert Darien vino al ensayo a darnos más detalles. Según dice, los "profesionales" lo que profesan es la idea de que hay que acabar con los experimentales. Esa misma mañana vino a entrevistarme un redactor de la *Prensa Gráfica* sobre eso. Le dije que no creía que los actores viejos, aquéllos cuya vida es el teatro, sean capaces de procurar la muerte del teatro. Pues a eso equivaldría combatir la renovación de los actores, el ingreso, el surgimiento de nuevos cultivadores del arte del teatro. Sería como si por decreto se dispusiera que la botánica consiste en los árboles viejos y robustos, y que se exterminaran todos los brotes y las plantas nuevas. El argumento de que ellos, los viejos, han pasado hambres y se han hecho en las candilejas, es mezquino.

No es siempre indispensable pasar hambres; y en cuanto a la experiencia larga en que basan su condición de profesionales, no conviene olvidar que la historia enseña que en todas las actividades humanas, la experiencia ha sido el largo, pero no repetidamente indispensable, antecedente de la técnica, y que la técnica se puede aprender en menos tiempo que el que tomaría otra vez la larga experiencia secular que ha florecido en la técnica. De otro modo, cada chico que nace tendría que retroceder a la edad de las cavernas para llegar a la nuestra, y sería cosa de no avanzar nunca. En vez de eso, cada chico que nace va a dar a la escuela, y ahí absorbe en pocos años la experiencia que la humanidad ha condensado en el conocimiento, a lo largo de siglos.

Jueves 20

Es asombroso y triste el destino de los libros mexicanos. Cuando aparecen, sus autores los regalan por todas partes, se encuentran en todas las librerías sin que nadie los compre —menos, acaso, en la Biblioteca Nacional, donde acaso debieran custodiarse bastantes ejemplares como para durar. Pasan los años. Uno mismo los ha tenido, lo recuerda perfectamente. Pero los ha relegado allá donde no se mire su fealdad, su rústica presentación, y habrán ido a dar al garaje o al sótano.

Y un día los necesita, los busca, y no los encuentra en librerías, ni en bibliotecas de sus amigos, ni en las públicas, ni siquiera en la Nacional. Y entonces, por la primera vez, los valoriza.

Me pasó esta semana con *Cuauhtémoc*. El de Méndez Rivas apareció ya cuando yo trabajaba en Educación, y tuve ciertamente más de un ejemplar en mis manos y en mi biblioteca. Pero ahora no lo hallé, y para releerlo, tuve que pedirle su ejemplar a Leonor Llach. Se trataba, por acuerdo del comité encargado de las celebraciones de Cuauhtémoc, de poner en escena rápidamente, a la mayor brevedad posible, una obra teatral sobre el héroe, de las ya existentes, sin perjuicio de convocar, también a la mayor brevedad posible, un concurso para que los dramaturgos escriban una obra mejor que las que haya.

Logré, en el Consejo, que ese concurso se convocara también para una obra destinada al teatro infantil. Así la temporada escolar del año próximo podrá presentar al héroe ante la niñez, independientemente de que se cuente, gracias al otro concurso, con un drama de menor número de personajes, para adultos.

Pero lo urgente era leer enseguida cuantas obras ya escritas pudieran conseguirse, y escoger de entre ellas la que pudiésemos llevar a la escena a la mayor brevedad posible.

Yo había olvidado por completo la de Méndez Rivas, con sus ilustraciones de Diego Rivera. Volví a leer sus sonoros versos, y vi con tristeza que Cuauhtémoc no aparece más que en los tres actos centrales de los cinco que tiene la tragedia; y aun ahí, no con la fuerza ni la importancia dramática que yo hubiera apetecido. La obra concluye con una especie de reconciliación, de final feliz, gracias al idilio del español y la Flor de Axtlán, que deja en más segundo término a un Cuauhtémoc a quien yo querría en muy primero.

Leí en seguida el *Cuauhtémoc* de Alfonso Teja Zabre, que también fue un poco difícil conseguir, a pesar de ser una edición tan reciente. Está en prosa, lo cual la haría más fácil de poner en escena con rapidez; pero tampoco le imparte a Cuauhtémoc, a su figura, toda la dramaticidad, toda la presencia teatral que yo apetecería, y termina además con un perdón para Cortés que le imparte fray Juan de Tecto en presencia de Bernal Díaz, y con un arrepentimiento del conquistador, a quien atormentan dos remordimientos: el de haber asesinado a su esposa y el de haber colgado a Cuauhtémoc:

> No. No os retiréis, Bernal Díaz. No quiero quedarme solo en esta oscuridad. Seréis mi testigo. Ante Dios y ante los hombres, seréis mi testigo. Esta noche me siento como nunca, desfallecido [...], temeroso [...] No os retiréis, hermano Bernal Díaz [...] Esta noche sufría horriblemente. Me siento como en purgatorio y tal que ninguna otra cosa le falta para infierno sino la esperanza que tengo de perdón. Oídme, padre. Yo ofrezco mandar decir mil misas [...] Haré procesiones y rogativas [...] Fundaré un hospital en Tenoxtitlan y le daré mantas y menesteres a los enfermos [...], y mandaré que se hagan allí todos los años conmemoraciones por los difuntos que murieron en las guerras de México, y por el alma de doña Catalina Xuárez [...], que en gloria sea [...] ¿No me respondéis, padre? ¿No merezco perdón? [...] Le daré a doña Isabel dote bastante para que se case con quien ella quiera [...], haré en Coyoacán un monasterio de monjas [...] ¿No merezco perdón? [...] ¿Lo véis, hermano Bernal Díaz? No merezco perdón [...] El padre Juan no me responde...

El sábado Raúl Dantés me trajo otra tragedia heroica sobre Cuauhtémoc, en tres actos y en verso, por Tomás Domínguez Illanes. La edición es de 1943, bajo el patrocinio del Comité Hidalguense de la Segunda Feria del Libro, con un preámbulo de Carlos Sánchez Mejorada por el que se sabe que esta obra fue representada por Virginia Fábregas y su marido Pancho Cardona el 30 de junio de 1906 en el Teatro Renacimiento, más tarde Fábregas.

> El éxito fue sin precedente, éxito artístico, que es el que los esposos Fábregas-Cardona buscaban; no sé si pecuniario, por lo costoso de la presentación, que se hizo con gran apego a la verdad histórica y suntuosidad rara vez igualada. Pocos días más tarde se dio una función de

gala a la que asistió el presidente de la República y el Cuerpo Diplomático. A ella siguieron otra y otras hasta traspasar el centenario. Más tarde recorrió toda la República; y fuera de ella se representó en Guatemala, Cuba y hasta en la misma Villa y Corte de Madrid, con éxito igual.

El día de la representación de *Cuauhtémoc* en Pachuca, 30 de noviembre de 1906, fue de apoteosis para Tomás, la gente de Pachuca la consideró como triunfo propio, distribuyó volantes alusivos, aplaudió entusiasmada y exigió que el autor apareciera repetidas veces en escena para otorgarle exaltados honores y al terminar la función organizó una procesión de antorchas que acompañó a Tomás hasta su casa.

Esa serie de éxitos apresuró su muerte; su temperamento exaltado y su corazón enfermo no resistieron tan hondas emociones y un año después de haber alcanzado tan ingente triunfo bajó al sepulcro. La ciudad toda lloró su muerte.

Tan pobre Tomás, antes como después de sus éxitos, no logró el supremo anhelo de llegar a imprimir su *Cuauhtémoc*; sólo ahora, después de tantos años, el Comité Hidalguense de la Segunda Feria del Libro, con gran acierto, ha realizado el sueño de Tomás y preservado del olvido una obra que por su calidad dramática y poética enorgullece justamente al estado, como podrán juzgarlo los lectores.

En esta obra Cuauhtémoc aparece más que en las dos anteriores; está más en escena, como decimos; pero los versos no son de lo mejor, y acaba un poco a la Tenorio, con una imprecación de Tecuichpan a Cortés:

Si hay, como tu labio dice
un Dios cuya excelsitud
recompensa la virtud
y las infamias maldice;
si a nuestros dioses distinta
tu deidad el mal persigue,
y las generaciones sigue
hasta la cuarta y la quinta;
si ante el crimen el furor
de su justicia llamea,
de tu Dios maldita sea
tu estirpe, ¡Conquistador!

Mientras tanto, había yo despachado a Mario Orea y a Pepe Solé por su lado a hurgar en las librerías teatrales en busca de obras sobre Cuauhtémoc. El fruto de esa búsqueda no fue muy brillante. Apenas consiguieron el ensayo dramático en dos cuadros, en prosa y verso arreglado para una fiesta escolar por Francisco Herrera: *Cortés y Cuauhtémoc*, impreso por Eusebio Sánchez en 1908 y que es un folletito de diecisiete páginas, demasiado breve y elemental que cul-

mina con el tormento de Cuauhtémoc cuando éste dice al rey de Tacuba, que le dirige una mirada suplicante:

Comprendo lo que me quiere decir vuestra mirada angustiosa; pero, ¿estoy yo en un lecho de flores por ventura? ¿No sufrimos los dos igual tormento? Entereza y valor, y que la Historia decida con su fallo justiciero.

(Se dirige a Cortés con desprecio:)

¡Cobarde aventurero! Ya lo veis; el secreto que encierra nuestro pecho no será descubierto, ¡nunca, no! ¡Atormentad si queréis a mi familia, que sabrá despreciaros como yo! Somos mexicanos y nuestros antecesores nos legaron el patriotismo y valor propios en ellos. Mas, ¿qué veo? ¡El valiente Tetlepanquetzatl ha sucumbido! [...] ¡Miserable asesino! [...] ¡Gozaos en vuestra obra maldita! ¡Ved aquí una víctima más inmolada en aras de vuestra insaciable codicia, de vuestra maldita sed de oro, de pillaje! [...] Cobarde [...], inventad nuevos tormentos, que desde ellos os escupiré a la cara y os despreciaré como merecéis.

(Los soldados avivan la hoguera. Cuauhtémoc sonríe con expresión de dolor y Cortés le contempla con asombro.)

¡Me aterra su entereza y su valor!...
Si apelamos al fallo de la Historia,
eclipsada veré toda mi gloria
que adquirí como gran Conquistador.
Los huesos que calcinan esa llama,
los negruzcos tizones de esa hoguera,
serán mi eterna afrenta por doquiera
y la indeleble mancha de mi fama.
En vez de ser el ínclito caudillo
que con mi arrojo el universo asombre,
mancha imborrable coloqué en mi nombre
y ante Cuauhtémoc sin querer me humillo,
¡este acto de barbarie me horripila!...
¡Es en vano luchar conmigo mismo!...
¡Cuauhtémoc, Cuauhtémoc, vuestro heroísmo
mis triunfos y mis glorias aniquilan
su entereza sin par me causa horror!...
¡Adelante, lo quiso su destino!... (Vacila.)
¡Pero no, no es Cortés un asesino,
soy un noble y gran Conquistador!

(Apresurado corre y aparta a Cuauhtémoc del tormento, desmayado.)

El otro drama histórico para niños, impreso por Angelina Lechuga, sin fecha, en su Librería Editorial Casa del Maestro, es *Águila que cae*, por el profesor Prudencio Patrón Peniche, presumiblemente yucateco, por sus apellidos. Son cinco cuadritos breves. No es lo que buscamos.

El domingo consagré buena parte de la mañana a hurgar entre las páginas de la bibliografía de *El teatro en México* de Panchito Monterde, en busca de dramas de Cuauhtémoc. Saqué una buena lista, y la esperanza de que *El águila que cae,* de Efrén Rebolledo, buen poeta, impresa por Bouret en 1916, sirviera a los fines de ponerla rápidamente en escena.

El lunes me comuniqué con Panchito y José Antonio Pérez Porrúa, para comunicarles mi lista de *Cuauhtémoc* y rogarles que me los consiguieran por mar y tierra, a cualquier precio. Y con el propio Panchito Monterde, consejero precisamente bibliográfico del Centro Mexicano de Teatro. Él también se inclinó en principio por recomendar la obra de Rebolledo, que está en prosa, aun cuando recordaba que tiene algunas inexactitudes históricas y anacronismos que le fueron criticados en su tiempo. Pero no tiene un ejemplar de la obra, que leyó en la Biblioteca Nacional. Hablé a la Biblioteca Nacional para conseguirla, y comprobé con tristeza y alarma que aun cuando la tuvieron ya no la tienen. Finalmente la obtuve en préstamo de la Biblioteca Cervantes, y la leí. Pero tampoco llena completamente su objeto.

El martes, después de la prueba de danza que hicieron los bailarines de la Academia, me encontré a José Luis Martínez y le pedí obras sobre Cuauhtémoc. Me dijo que una alumna suya de Filosofía está precisamente escribiendo una de ésas sobre Cuauhtémoc, y que se ha encontrado muchas obras de todo género consagradas al héroe; quedó en comunicarme esos datos.

Ayer por la tarde José Antonio Pérez Porrúa me envió un buen paquete con libros. Venía una novela sobre Cuauhtémoc por la señorita Gertrudis Gómez de Avellaneda (de la que no he podido conseguir la obra teatral sobre el mismo tema representada en Madrid); un poema, "Cuauhtémoc", de Luis Castro y López impreso en 1918 con un prólogo de F. J. Santa María; otro poema largo de nueve cantos de Eduardo del Valle, impreso por la Secretaría de Fomento en 1886 con prólogo en italiano y dedicado al esclarecido patricio y renombrado poeta Vicente Riva Palacio. El ejemplar que me envió José Antonio procede de la biblioteca de Felipe Teixidor, en préstamo generoso.

Pero junto a estas obras no representables —la novela y los dos poemas—, venían dos que sí lo son: *Guatimoc o Guatimocín*, tragedia en cinco actos por J. F. de Madrid, impresa en Madrid por la Imprenta de Arango en 1835 y dedicada respetuosamente al inmortal Bolívar, libertador de Colombia, Perú y Bolivia. La otra es una tragedia lírico histórica llamada *Cuahutimotzin o la conquista de México* por José María Rodríguez y Cos quien la sacó de su poema *El Anáhuac* poniéndola en versos italianos con la traducción casi literal al frente. Tiene cuatro actos precedidos de un prólogo y seguidos de un epílogo, comprendido el todo en doce cuadros.

Tiene dos notas muy curiosas. En la primera "el autor abandona esta ópera a quien quiera hacerle la honra de escribirle la música como maestro compositor, o de hacerla representar como empresario de teatro dramático. Se reserva únicamente la propiedad literaria del libreto (aquí y en cualquier parte) para ser el único que venda los ejemplares, cada uno de los cuales llevará la siguiente firma": y aparece la firma muy garigoleada en tinta azul.

Es evidente que el autor escribió primero los versos italianos todos bien acentuados y medidos y todos pensados para el canto, y después hizo la traducción descuidada al castellano que aparece en las páginas impresas para un cotejo inmediato y fácil de los dos textos. Resulta curioso imaginar a Cuauhtémoc, a Moctezuma y a Cortés hablando o cantando italiano y a los coros de pueblo indígena y de soldados españoles haciendo lo mismo. Pero todos los defectos que puedan señalársele a la obra, los anticipa y los defiende su autor en una nota final que es una joya:

> Si fuera yo joven, no añadiría este apéndice a mi libreto; pues los tales nunca le llevan. El que, estando aún en aquel bello periodo de la vida, lanza al público su primera producción, se anticipa *in pectore* el aplauso con que será recibida. Mas, contra toda mi voluntad (lo cual espero se me creerá fácilmente), soy viejo; y mi conciencia, y una experiencia dolorosísima me dicen, que se me dirigirán, tácitas o expresas, las preguntas formuladas, poco más o menos, en los tres siguientes por qué, a que me creo en la obligación de contestar.
>
> Primer por qué. Los mexicanos (por fortuna, solamente los crítico-literatos de oficio): ¿Por qué esta infeliz medianía se habrá atrevido a tocar asunto tan arduo? pues qué, ¿no nos tendrá miedo?
>
> Respuesta: ¡Ay, señores, y mucho! ¡Como que ya he sido vuestra víctima! Pero [...], ¡qué queréis? [...] ¡Vosotros no lo hacíais! [...] Creo que soy tan culpable en la defensa de las glorias patrias, como el soldado que da fuego al cañón al ver venir al enemigo, cuando los altos jefes no están en su puesto para contenerle. Pero el mal, por fortuna, aun tiene remedio: hacedlo mejor, y *tutti contenti*.
>
> Segundo por qué. Los italianos: ¿Por qué el autor, que alguna vez ha confesado en letras de molde "que no puede alabarse de conocer a fondo ni su propio idioma", habrá tenido la audacia de escribir versos en el nuestro?
>
> Respuesta: Señores, tenéis mil razones; ¡perdonadme! Pero el amor a la patria, como todos los amores, es ciego; y la figura de nuestro héroe Cuauhtémoc me ha parecido siempre tan simpática; la defensa de Tenoxtitlan, un asunto tan grandioso, y digno de una ópera, que no pude resistir a la tentación, y osé estropear vuestra dulce, rica y hermosa lengua. ¡Sed, por tanto, indulgentes con mi pobre libreto!
>
> Tercer por qué. Los españoles: ¿Por qué, cuando estamos a partir un piñón con los mexicanos, llamándolos hijos de nuestra España, nuestra sangre, nuestros hermanos queridísimos, viene este imprudente a sacu-

dir de las páginas de la historia el polvo de los siglos, que iba ya cubriendo las iniquidades de nuestros antepasados?

Respuesta: Yo también estoy por la fraternidad con que nos brindáis; máxime cuando tengo sangre española, y amigos y aun favorecedores españoles, a quienes quiero bien y estimo en mucho; pero, sin hablar de aquellas infamias, no habría asunto para mi libreto, porque ellas le constituyen; y además: ¿os hacéis solidarios de la conducta de Cortés y los suyos? ¡Entonces ya no sois nuestros hermanos! [...] Creo, por el contrario, que vosotros sois los primeros en lamentarla, y que imitaréis a vuestros compatriotas que, en el mismo Madrid, al salir del teatro, después de la representación de una tragedia sobre el mismo asunto (la cual no conozco) escrita por la poetisa española doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, en voz alta maldecían las barbaridades de Cortés.

Me replicaréis aún: pero vos, ¿qué necesidad teníais de escribir este libreto?

Respuesta: Yo no, pero México sí; porque, aunque estoy naturalmente cierto de que España no intentará conquistarnos de nuevo, acaso no faltará a quién se le ocurra; y bueno es que el pueblo se aprenda de memoria, por cuantos medios sean posibles, la hermosa e inimitable lección que, con su ejemplo, le dejaron Cuahutimotzin y los terribles aztecas, sus dignos compañeros.

El autor

Seguiré, ya metido en esto, agotando hasta donde sea posible los textos ya existentes sobre Cuauhtémoc. Y ojalá que los dramaturgos actuales acudan al llamado de la Secretaría de Educación que es el de México y escriban una obra digna de la figura del único héroe a la altura del arte.

Jueves 10

Hoy fuimos por la noche a la inauguración del Teatro del Caracol, en que Pepe Aceves estrenaba su traducción de la *Ardelia* de Anouilh, con el grupo de sus muchachos de Proa. Me habían mandado dos billetes, pero no nos bastaban. Éramos seis, y tuvimos alguna dificultad para entrar todos, pues el teatro es mínimo; tiene apenas ciento cuarenta butacas, y nadie puede permanecer en pie. Por fin, cuando ya nos resignábamos a marcharnos, para volver cuando vendieran boletos, me alcanzó el gerente y nos hizo pasar. Pero no es cierto que, como después publicaron, me haya yo enfadado.

Los teatros "experimentales" están, pues, como los primeros cristianos, condenados a esconderse en las catacumbas. Los "profesionales" han jurado acabar con ellos, y no les permiten trabajar en más teatros que el Caracol, o el Latino, o el IFAL. Es un escollo más en su empeño heroico, pero uno que no debe desalentarlos. Su triunfo en una lucha que ellos no provocaron será así más meritorio, y no

consiste sino en demostrar que el público va a verlos, así sea en las pequeñas dosis que admiten los pequeños teatros-catacumbas a que se les ha condenado.

La obra es intensa, interesante, y Pepe Aceves la resolvió con destreza dentro de la limitación angustiosa de su escenario. Y todos sus muchachos trabajaron muy bien. Ojalá tengan mucho éxito.

Diciembre

Sábado 3

Trataré de reconstruir, siquiera en parte, la conferencia que sobre el pasado y el futuro del teatro en México di el miércoles 30 de noviembre, en el Instituto México-Norteamericano de Cultura. Confieso hallarme muy fuera de entrenamiento en hablar, en dar clases o conferencias. Y el tema era además tan vago y enorme, que mi problema estaba en reducirme a una hora de peroración, para lo cual me atuve a una pequeña serie de diez tarjetas en las que en orden apunté frases o palabras que me ayudaran a guiar la exposición. Sin embargo, apenas iría a la mitad o a la tercera parte de lo que tenía que decir, cuando vi de reojo el reloj y marcaba ya los cinco para las nueve. Había comenzado a hablar a las ocho, y estimé necesario apresurarme a concluir. Cuando volví a ver el reloj, ya marcaba las nueve y media, y todavía me quedaba mucho por decir. Terminé casi de cualquier modo, totalmente insatisfecho del desarrollo de aquella exposición fragmentada, incompleta, llena de saltos, y me asombró mucho que al selecto auditorio le hubiera, sin embargo, satisfecho. Estaban ahí Dolores del Río y Roberto Gavaldón, y la gentileza de su presencia me inhibió de echarle demasiado al cine, cosa que sin embargo hice un poco, en la medida en que el cine se ha mostrado tan enemigo del teatro, y era preciso estipular cómo y por qué.

Me habían aconsejado que llevara conmigo una grabadora para conservar mi conferencia, o una taquígrafa para que la tomara, pero me pareció que no valía la pena. Ahora lo lamento un poco, y a fin de fijar para mí mismo las ideas que en el curso de la exposición me ocurrieron, trataré ahora, repito, de reconstruirlas.

Comencé por preguntarme por qué nos preocupa a todos que sobreviva y perdure y se fortalezca un teatro que en todas partes parece agonizar. Para contestarlo, conviene acaso pensar en el origen de ese fenómeno llamado teatro, en el que reconocemos cuatro ingredientes que lo hacen posible y que son: los autores, los actores (con su director), el público y los locales en que se desarrolle. No me referí a sus orígenes históricos. Ni había tiempo ni iba a hacerle a aquel culto auditorio la ofensa de retraer sus recuerdos escolares a los

orígenes de la tragedia. Me interesaba establecer los orígenes siempre vivos, presentes, vigentes, ineluctables, del mecanismo teatral, hallándolos en el planteamiento del conflicto dramático que en todos los hombres se registra a lo largo de toda su vida, entre el ello y el yo; un conflicto de la personalidad que va de la persona al personaje; que induce a los hombres a proponerse ser de una manera distinta de como son, a considerar además a su yo desde los diversos puntos de vista que éste ofrece a los demás de la sociedad a que el individuo lleva en conflicto o en conflictos de muchas formas su propio, personal, íntimo, dramático conflicto. En el cual se manifiesta y opera nada más que la vida. Y cuando el arte elabora estos materiales dramáticos de la vida, lo que se produce es el teatro. Resultan así inseparables y por lo tanto necesarios uno para el otro, el teatro y la vida, y por ello tanto imposible de cancelar o extinguir el teatro, cuanto legítima la preocupación de los gobiernos que fomentan el teatro y que, al hacerlo, cumplen su obligación de vigilar la nutrición y el funcionamiento correcto de la vida de sus pueblos por medio del arte que mejor se alimenta en ella y la dignifica y eleva, que es el teatro.

Ese fue el primer punto de mi exposición. Después hice una breve referencia histórica, cronológica, del teatro en México, desde el siglo XVI. Señalé el carácter político del primer teatro catequizante que los españoles trajeron a México como parte de su equipo de conquista espiritual; cómo en ese teatro el arte se subordinaba al propósito didáctico, y cómo ha dejado residuos evolucionados en las pastorelas, las danzas con diálogo que todavía suelen hallarse entre los indígenas. Apunté el florecimiento del teatro de corte y la fundación del Coliseo Viejo para sustento de los frailes, y me referí, por supuesto, al Ruiz de Alarcón de que estamos tan orgullosos y las características mexicanas, inhibidas, de cuyo teatro, señaladas a tiempo por Pedro Henríquez Ureña, recordé al auditorio.

Fuera de la Colonia, di una ojeada al siglo XIX en relación con el teatro, desde dos puntos de vista: a) los autores y b) los locales. a) Consumada nuestra independencia artística, y así lo sintieron nuestros escritores. En los poetas el esfuerzo es más obvio, pero también los dramaturgos (que según la moda romántica restauraron el empleo del verso que el siglo XVIII había desterrado) se debaten entre la búsqueda de temas nacionales y la subordinan a las normas europeas que seguían con fidelidad: Ignacio Rodríguez Galván, Fernando Calderón. Y cuando en Europa el teatro romántico elaborado conforme a la doctrina de Víctor Hugo en su prefacio a *Cromwell* cedió su puesto al teatro social a lo Dumas hijo, también los temas nos llegaron de allá, y tuvimos nuestra *Dama de las camelias* mexicanizada en la *Eugenia* de Acuña.

Por cuanto al aspecto b) del siglo XIX, me referí al asombroso

número de teatros que como evidencia irrefutable de la intensa vida que el teatro alcanzó en México en esa época, se erigieron entonces en toda la república: el Degollado en Guadalajara, el Calderón en Zacatecas, el Juárez en Chihuahua, el hermosísimo Juárez de Guanajuato, el histórico De la República en Querétaro, el hermoseado De la Paz en San Luis Potosí, el Peón Contreras de Mérida, el Acuña de Saltillo, el Principal de Puebla. Y en la capital, el Nacional, el Arbeu, el Renacimiento, el Hidalgo, el Colón, el Principal, el que aun antes de serlo fue la Cámara actual de Diputados. Esta tendencia constructiva, este auge del teatro que a lo largo del siglo XIX erige locales suntuosos y aloja en ellos a compañías nacionales y extranjeras de comedia, de drama, de ópera, culmina bajo el porfirismo y a principios de este siglo, con la intención de dotar a la capital de la República, del Teatro Nacional más suntuoso que hubieran visto ojos mortales. Se importan arquitectos y mármoles y sobre las ruinas del Convento de Santa Isabel, empieza, en 1904, la construcción del que acabaría, treinta años más tarde y después de vicisitudes sin cuento, por ser el Palacio de Bellas Artes.

Pero por 1910 sobrevinieron dos fenómenos simultáneos o casi simultáneos que afectarían en enorme medida la vida del teatro en México: la Revolución y el cinematógrafo. Hay que convenir en que el teatro había venido siendo el privilegio de la aristocracia y de la alta burguesía. Los locales mismos, llenos de terciopelos y dorados, con palcos lujosos, lo indicaban así aun en su reducida capacidad. Y la Revolución venía acabando con las aristocracias. Despobló las capitales de los estados, dispersó a los ricos de México, hizo imposible que siguieran viniendo compañías extranjeras sin que funcionaran o viajaran las mexicanas. En este sentido, el efecto de la Revolución sobre el teatro fue negativo. Pero tuvo también un efecto positivo: el de dar nacimiento al teatro elemental, folklórico, nacional por primera vez, popular también por la primera, de las carpas y de los teatros de barriada como el Briseño o el María Guerrero o el Apolo. Allí se incubaron Beristáin y la Rivas Cacho a encarnar peladitos y tipos populares cuya ficción teatral repercutiría vivamente en el pueblo con una fuerza y una legitimidad que no habían alcanzado nunca las imitaciones europeas que para un reducido público europeizante presentaban en los teatros lujosos los dramaturgos eminentes de antes de la Revolución. Ahí se gestaron Soto y Cantinflas a popularizar, cada cual, su momento público y político y a ofrecer a los autores teatrales el desafío de elaborar artísticamente los materiales teatrales de que ellos se servían de un modo lego.

Por cuanto al cine, su impacto sobre el teatro sería aún más contundente que el de la Revolución. No sólo en México, sino en todo el mundo, la nueva y arrolladora industria absorbió a los actores, a los autores y al público, y no tardó en apoderarse también de los locales

abandonados por el teatro y en construirselos propios cuando no le bastaron los antes destinados a su antecesor en la diversión pública. El impacto y la pugna fueron todavía mayores, cuando el cine, mudo hasta 1929, se apoderó de la palabra que había venido siendo privativa del teatro y la incorporó a sus instrumentos y a su lenguaje. El cine triunfaba, entre otras cosas, porque su característica más general es la de dar mucho y exigir poco. Les da a los actores mucho dinero y les exige poco trabajo, porque no puede compararse la memorización de toda una obra teatral de una duración media de tres horas, sus fatigosos e intensos ensayos, su pulimento minucioso y por fin su actuación continuada frente a un público directo y vibrante, con la filmación en varias semanas de fragmentado trabajo de escenas que nunca llegan a ser de más de un minuto, que son habitualmente de segundos; que se repiten en cuantas tomas sea preciso hasta que quede satisfecho el director, y que todavía disponen del cuarto de corte para su ulterior pulimiento. Artísticamente, el trabajo del cine no puede brindar a los actores las satisfacciones que el teatro, aunque pecuniariamente no puedan compararse sus respectivos rendimientos. Y también del público, el cine exige poco y le da mucho. Le da dos o más largas y movidas historias, cada una de las cuales, en vez de los tres actos laboriosamente cambiados del teatro, le ofrece en cada historia hasta mil diversos emplazamientos de una cámara convincente por su realismo fotográfico o mágico por sus trucos, que ha recogido hasta mil escenas.

Sobre la ofensiva que el cine hablado extranjero desató en México contra el teatro, el propio cine nacional acabó por conquistarse a los actores mexicanos, a los escritores, al público, y por construirse locales en los que aviesamente mataba toda posibilidad de que se diera nunca en ellos teatro, con privarlos de un foro adecuado. Pero el cine mexicano acertaba con la intuición de recoger del teatro aquello que había sido, a partir de la Revolución, el efecto positivo de ese fenómeno sobre el teatro: lo folklórico, el balbuceante teatro nacionalista de las carpas. Con este material, viejo en cierta literatura mexicana desdeñada por los europeizantes del siglo XIX y en el gusto no explorado del pueblo mexicano, pero nuevo para los balbuceos artísticos del teatro popular, el cine hizo su fortuna y consumó su conquista.

Lo malo es que ni los dramaturgos hayan aprendido la lección ni visto el caudal de temática que despreciaban, ni los actores ingresados en el cine desde el teatro hayan, sino hasta muy recientemente, sentido su responsabilidad para con el teatro. Lejos de sentirla, se han uncido al cine, no como forma nueva y subordinada del drama, sino como su enemigo irreconciliable. Han tomado una pasiva parte en la absurda pugna sindical que así impide que las compañías de teatro trabajen en los únicos locales disponibles en la república, que son los

cines, y han dejado dormir y crecer ese absurdo divorcio. Sólo recientemente han parecido volver a la razón y a la comprensión de que a los actores de cine no les hace daño conocer la técnica del teatro; y así hemos visto con alegría y con esperanza, que nada menos que la Academia Cinematográfica, que por definición podría esperarse que sólo hiciera cine o preparara para él, ha realizado muy estimables temporadas de precisamente teatro.

Hice, por supuesto, debida referencia a los intermitentes esfuerzos que por dos alternos caminos han realizado en los últimos veinte o treinta años, diversos grupos por el resurgimiento del teatro en México: los que han propugnado una comedia mexicana desde un principio (un poco por los mismos cauces europeizantes que sus antecesores del siglo XIX), y los que se han propuesto directamente la difusión o el disfrute del buen teatro contemporáneo extranjero. Así mencioné a la comedia mexicana alentada en 1932 por Julio Jiménez Rueda, Francisco Monterde, los "Pirandellos"; o el Teatro de México; y al Teatro de Ulises, el de Orientación, o más modernamente el Proa, el de la Reforma, La Linterna Mágica; y las aportaciones de los extranjeros a la renovación del teatro en nuestro país: el Teatro Panamericano de Fernando Wagner, la labor del IFAL con André Moreau, los Mexico City Players de Earl Sennett.

Examiné por último la teoría muchas veces sustentada de que los mexicanos, por principalmente introvertidos subjetivos, contenemos mejores aptitudes para las artes subjetivas, que somos mejores poetas líricos o pintores que dramaturgos o que aptos para la comunicación, el diálogo, la objetivación, la proyección de nuestros conflictos implícita en las artes dramáticas. Lo cual, en buena medida, parece cierto, y podría explicar, junto con el analfabetismo que mantiene baja nuestra capacidad para el disfrute de manifestaciones artísticas evolucionadas y necesitadas de una simiente general de cultura negada por el analfabetismo, lo exiguo de nuestro acervo dramático.

Pero esta explicación, por válida que parezca, no alcanza a desalentarnos a propósito de las posibilidades de crear y establecer sólidamente el teatro en México. La aptitud, lo apuntamos ya, es eterna y universal en el hombre, y sus materiales se ofrecen en su vida todos los días y en todas partes. Lo único que falta es que el talento de sus escritores acierte a elaborar artísticamente esos materiales de un modo que su impacto en el pueblo lo atraiga a un disfrute y a una catarsis de sus propios conflictos que al restituirlo al teatro, lo aparte de los cauces aberrantes que hoy sigue su supletoria satisfacción del instante y del apetito dramático.

Ese instante y ese apetito existen y se manifiestan en dar el pueblo a los personajes de su vida ordinaria un dinamismo imaginario que parte en fórmula teatral excelente, del estatismo real de su existencia. En otras palabras, el pueblo otorga su atención a una persona, a un

héroe cuya existencia es real, y le atribuye facultades, condiciones y desarrollos imaginarios. Lo ha convertido así en un personaje, y le hace vivir un papel dramático en la vida nacional. Le unge con las virtudes o los defectos en que el pueblo proyecta los suyos propios; vive así imaginariamente la intensa vida dramática que sus dramaturgos ignoran o desdeñan, y se conforma, aberrantemente, con leer, con la avidez con que iría al teatro si éste existiera, o bien las revistas de crímenes, o bien las columnas de sociales, llenas ambas de personajes teatrales.

Eran ya las nueve y media cuando volví a ver de reojo el reloj, y todavía me quedaba por exponer el modo como el Instituto ha analizado el problema, que le atañe por ley, de fomentar el teatro: esta actividad artística en todas partes subvencionada por los gobiernos que comprenden que tienen tanta obligación de velar por él como por la vida de sus pueblos, de que es el teatro nutrición y reflejo. El de México lo hace a la medida realista de sus propios, menguados recursos pecuniarios, y a la de los elementos humanos y técnicos de que dispone. Sacándoles el máximo jugo, sin desperdiciar un centavo ni un minuto.

Me quedaba por explicar el funcionamiento de un plan que atiende a la creación de un público futuro de teatro con dar temporadas anuales de buen teatro infantil; a que se conozca, a que no se olvide, el repertorio actual y el clásico, con sostener a lo largo del año una intermitente y tenaz temporada de teatro universal, a bajísimos precios de entrada; a descubrir y cultivar en la Escuela de Arte Teatral a nuevos, jóvenes actores a quienes se somete a disciplinas severas y lúcidas. Y referir cómo las giras llevadas a la provincia nos han mostrado por todas partes un alentador renacimiento del gusto por el teatro.

Y tantas otras cosas: el pleito de los "profesionales" con los "experimentales"; nuestros planes para el año próximo; me apresuré a cerrar con la mención de los diversos grupos que hacen teatro en México, y con formular la fundada esperanza de que resurja y se establezca valiosamente entre nosotros.

Sábado 10

Fue ésta una semana totalmente teatral, en la que sucedió el milagro de que uno pudiera asistir hasta a cinco espectáculos no advertidos por el común de los cinecios que no saben otra cosa que dejarse pastorear por las grandes planas de anuncios de películas y meterse a verlas. El bueno, escondido, balbuceante teatro, no tiene dinero con que anunciarse estruendosamente. Es casi un placer clandestino que puede saborearse a escondidas, en salas pequeñas que desafían el

ingenio de los productores, los decoradores, los actores; pero que empiezan ya a contar con sus fieles, con sus adictos; en fuerza de machacar, a formar un público alerta.

Hace ocho días, antes de irme a la casa de Xavier, porque era su santo y como todos los años recibiría con sus hermanas en su vieja casa a sus viejos amigos, fui a la Sala Latino a ver siquiera los dos primeros actos del *End of Summer* de Behrman que puso con sus Mexico City Players Earl Sennett. Muy bien todos, como siempre que estudian bajo la rígida dirección de Earl, quien escoge tan bien sus tipos y tiene la fortuna de contar con la buena disposición y la desenvoltura natural de hombres y mujeres de todas las edades de la colonia americana. Les luce lo que trabajan, y trabajan mucho. Ya desde ahora están ensayando la obra que pondrán en febrero, *Murder in the Cathedral*.

El domingo, contra todas mis reglas, salí de casa para venir a Pánuco 10, al Instituto Anglomexicano, a ver la *Twelfth Night* de Shakespeare puesta por Frank Whitbourn. Quizá, de todo lo que de teatro vi en la semana, fue ésa la hazaña más ejemplar y más digna de reflexión para los grupos mexicanos que hacen teatro en locales pequeños. No porque Earl no merezca alabanza por la audacia con que ha solido trabajar donde pueda: en una iglesia protestante (donde puso *Antígona*), en el jardín de San Ángel (donde dio *Salomé*) o en la pista de baile del salón Bugambilia, donde ofreció varias obras de un acto, una de Tennessee Williams entre ellas. Sino porque el localito del Teatro Aguileón, como en graciosa síntesis del águila mexicana y del león británico que decoran su telón han resuelto llamar al suyo los ingleses, es típico de los pequeños locales casi privados disponibles para la mayoría de los grupos experimentales mientras no sea una realidad la hermosa promesa hecha por el presidente al grupo de Celestino, de que ya están construyendo teatros por cuenta del gobierno, y de que el año próximo se inaugurarán tres de ellos.

El Teatro Aguileón se aloja en un salón de la vieja casa construida hace unos treinta años por el entonces rico e influyente Paulino Fontes como una de las primeras de la colonia Cuauhtémoc. En un extremo le han construido un tablado mínimo, y lo admirable de la hazaña de dar en él esta obra de Shakespeare, estriba en el ingenio con que resolvieron el problema de espacio por el simple expediente de triangular el piso del foro con dos practicables que así establecen tres niveles o planos de actuación, accesibles por pequeños escalones, con dos entradas laterales, una entre las cortinas y la otra detrás de un biombo curvo y bajo, mientras al fondo, la pared pintada de azul fuerte da la impresión de espacio y de fondo que daría un ciclorama, y el director, Frank, aprovechó todos los centímetros del foro para sus resoluciones de plástica y de movimientos de un modo admirable. Y

su iluminación, con simples *spots* de los que cuestan quince pesos; unos cuantos, bien manejados.

Y, como Earl, Frank dispuso también de actores de las edades y los tipos que necesitó. Trabajó él mismo, y Anthony Graham, el serio director de la BBC de Londres en México, no desdeñó encarnar al borracho y simpático Toby, con un desparpajo y una maestría que me hicieron considerar con tristeza que si llegara el caso de necesitarse para una obra el tipo, digamos, de don Emilio Azcárraga o de Pepe Iturbe, seguramente que lo mandarían a uno al diablo si uno se atreviera a pedirles que se aprendieran un papel.

Van dos, pues, de los cinco espectáculos que se pudo ver en esta semana. Otro teatro fue el del Caracol, que siguió representando la *Ardelia* de Anouilh, con el flamante atractivo adicional de un monólogo de Cocteau que Xavier tradujo y que puso Raúl Dantés, y que no he visto aún. La tercera cosa a que fui en la semana es la presentación, por fin, de la temporada de la Academia de la Danza Mexicana. En 1947, mientras yo me hallaba en Europa, la Academia dio su primera temporada, que no presencié. En 1948 muchas circunstancias deplorables impidieron la organización de otra. Casi a mediados de este año, se resolvió adscribir el Departamento de Danza al de Teatro en el Instituto, y nombrar a Fernando Wagner director de la Academia. Creo que fueron dos buenas medidas. Por lo que hace a la Academia, necesitaba una disciplina de trabajo que el enérgico Wagner era el indicado para implantar. Por lo que hace a la danza toda, a la clásica que custodian Nelly y Gloria Campobello, y a la moderna que cuenta con tan grande y disperso número de cultivadoras, una posibilidad de acuerdo, cohesión o sobrellevamiento podría esperarse de mi neutralidad y de mi parejo interés en que todos los esfuerzos se desarrollasen sin estorbarse ni desperdiciarse en pequeñas pugnas. El ejemplo de cómo han trabajado conmigo los muchachos de teatro alentó a los de danza a esperar fundadamente que en la nueva organización de su trabajo tendrían más firmes y seguras oportunidades de una presentación pública para la que habían venido preparándose con ahínco.

Y al fin, tuvieron esa oportunidad el miércoles 7, al presentar el primero de los dos programas bien seleccionados a que tuvo que reducirse la temporada cuando algunos elementos desertaron de la Academia por irse al teatro de revista, trocando su primogenitura por el plato de lentejas de una remuneración que acá se les había estado dando en la forma de sueldos, pero poco a poco. La presentación fue un éxito, una buena demostración del trabajo realizado, y una excelente experiencia y guía para lo que debe hacerse en lo futuro. Ahora, presentada ya la danza moderna, la semana entrante presentaremos la clásica, en un programa que han preparado Nelly y Gloria Campobello con los elementos de la Escuela de Danza que dirigen.

Luego, el jueves, fui a ver los *Muertos sin sepultura* que Enrique Ruelas presentaba en el pequeño teatro de la Universidad, en el viejo Mascarones, en San Cosme. Muchas sorpresas me aguardaban. La primera me la dio el edificio mismo, que yo no visitaba desde el año remoto en que decidí retirarme del magisterio y dejar absolutamente de dar clases. Desde entonces, le ha nacido otro piso a la Facultad de Filosofía y Letras, y en ese segundo piso está el teatrito. Antes de subir, me invitaron a pasar a la Dirección, donde Samuel Ramos, a quien tampoco veía hace mucho, recibía como director que es de la Facultad a sus invitados a la función, y me presentó con el señor González Bustamante, secretario de la Universidad.

Otra sorpresa me la dio contemplar a una generación de estudiantes tan distinta no sólo de la que yo viví como tal, sino aun de las que conocí como profesor. Si entonces nos hubiéramos puesto a hacer teatro, nadie lo habría tomado en serio. Ahora, en cambio, el salón estaba lleno, pletórico de muchachos y muchachas atentos y absortos en la obra, y obviamente felices de esa actividad.

Todavía otra sorpresa, muy satisfactoria, fue ver que de los once muchachos que trabajaban en los *Muertos sin sepultura*, lo menos ocho estudian en Bellas Artes y han trabajado en nuestras temporadas. Desde luego, Carmela Herrera de la Fuente; y Carlos Ancira, y René Cardona, y Palafox, y Loyá, y otros cuyo nombre no recuerdo porque los he tratado menos y les hemos acaso escatimado la oportunidad que Enrique Ruelas les dio en esta obra sombría de Sartre.

Y, por fin, otro gusto fue el de ver que Enrique Ruelas alcanzara a ver puesta una obra que había preparado, pues en los últimos tiempos, por angas o por mangas, ocurría que se le quedaran sin estrenar, ya preparadas, o *El emperador Jones*, o *Llegaron a una ciudad*. Después de las dos representaciones que dio en la Facultad, va a dar otras en la Sala Molière. Y es grato ver que todos nos ayudamos en fomentar el teatro, y que la empresa común va rindiendo frutos. El Instituto no hace más que cumplir con su obligación cuando facilita a sus escenógrafos, o presta un poco de su equipo de luces o sonido, a los amigos del teatro, que son así sus amigos y colaboradores.

Anoche hubo otra obra que ver, esta vez en la Sala Molière del Instituto Francés de América Latina: *Les mains sales*, del mismo Sartre, dirigida por André Moreau, que también trabaja en la obra con la maestría que suele. Como los siete cuadros son por sí bastante largos, y los cambios toman tiempo, empezaron a las ocho y media en punto, y acabaron a las doce. Puede uno o no gustar del teatro de Sartre (y a mí no acaba de gustarme); pero no puede dejar de reconocer que Moreau ha adiestrado a su grupo estupendamente, y que Xavier Massé desempeñó a la perfección su papel, aun junto a actrices tan consumadas como las que hicieron la Olga y la Jessica.

Pero no solamente la noche de ayer, como las anteriores de la semana, la consagré al teatro. También el día, desde las primeras horas. Por la mañana vino a verme Earl Sennett. Sucede que se me ha ocurrido para el año próximo un plan de trabajo o proyecto que juzgo interesante y que partiría de la presentación, en febrero, de una Semana Internacional de Teatro en que se ofrecieran, una cada noche, hasta siete obras de otros tantos países. Los ingleses prepararían la inglesa, los norteamericanos la suya, los franceses la propia, en su lengua original, ambas bastante accesibles al público de México. Las otras cuatro serían, por ejemplo, una obra alemana (ésta ya directamente en español), una italiana, desde luego una mexicana, y una española moderna si se halla buena (me contó el Bachiller de una *Historia de una escalera* premiada en concurso en Madrid, y cuyo autor resultó ser un rojo condenado a muerte, pero al que le perdonaron la vida en gracia de su obra, y que está bien, bastante bien, y podría producirse mejor en México. Ya la encargué). Tendríamos así siete distintos directores y otros tantos grupos presentados en sucesión continua, lo cual es realmente un acontecimiento internacional. Y al mismo tiempo que se preparasen las obras que se fueran a dar una noche en su idioma original, se prepararían en español, con los mismos actores si lo hablan con perfección, o con otros que lo hagan; y después, a lo largo del año, cada una de las siete obras se presentaría en las breves temporadas que mes con mes puede ofrecer el Instituto en Bellas Artes.

Es un proyecto que ha entusiasmado a cuantos se los he comunicado, y Earl vino a discutir detalles conmigo, y obras posibles, para empezar a ensayar enseguida, del teatro norteamericano.

Miércoles 21

Comenzó por una apuesta,
siguió por un devaneo,
engendró luego un deseo
y hoy me quema el corazón.

Por más que me empeño en desecharlos, estos versos ripiosos del *Tenorio* se adhieren a mi imaginación como si trataran a la vez de explicar las cosas, de expresarlas, y de atribuir al teatro, por quién sabe cuántos implícitos motivos, una situación que empieza a hallarse fuera de mi control. Resulta, en efecto, curioso y sintomático que sean títulos y problemas de dramas y comedias lo que acude a acorralar todas mis reflexiones cuando obsesivamente las consagro a plantearme con sinceridad mi *status* y todas las posibilidades y perspectivas de su alteración. *Daniel entre los leones*, con un cambio más

de intérpretes que de personajes; Daniel, con su pequeña felicidad asida a la ajena de un hogar que él no tuvo el oportuno valor de fundar.

"Eres un estúpido —sentenció una amiga, la perfección adorable de cuyo compañerismo con su esposo ha sido acaso el estímulo que me indujo a desear una felicidad, un equilibrio, una colaboración semejante a la de ellos—; eres un estúpido; no se hace así. Mañana mismo voy yo a mandarle en tu nombre las mejores orquídeas; y luego la invitarás a cenar al Versalles, y harás disponer una mesa preciosa con flores y una cena finísima; y luego la invitarás al teatro, y a pasear, y poco a poco... ¡Pero a quién se le ocurre hacerlo como lo has hecho! ¡Qué bruto eres!"

Lo que yo había hecho, o como lo había hecho, parecerá realmente un poco insólito. Pero sigo persuadido de que fue lo mejor, porque fue lo que me nació hacer. Primero, por teléfono: "He estado pensando en ti todos estos días, a todas horas. Te has convertido en realidad en una idea fija. Sueño contigo, y he resuelto en consecuencia hablarte de un asunto que involucra tu destino y el mío. Piénsalo de aquí a mañana, y mañana por la tarde te espero en mi oficina."

Una oficina, lo admito, no es un lugar romántico. Un sofá deteriorado de cuero rojo, donde se han sentado Carlos Pellicer y Gómez de la Vega, y docenas de solicitantes de empleo o de resolvedores de la situación teatral, no es el balcón de Julieta ni la huerta de Melibea, ni siquiera el sofá de la quinta de don Juan. Pero tampoco yo soy don Juan, ni Calisto, ni Romeo, ni iba a pedir correspondencia frenética a una pasión desenfrenada. Iba a exponer desnuda, pero honestamente, mi deseo de la compañía de una muchacha cuya belleza estaba a la vista de todos, pero cuyas virtudes yo sólo sentía haber comprendido y valorizado. Partiendo, por supuesto, de todas las realidades: la de nuestra diferencia de edad, en primer lugar; la de que ella aprecia tanto como yo mismo su propia carrera artística; la de que lo sensato sería que cada cual conservara o prosiguiera sus actividades actuales hasta el momento en que sintiera que ellas habían sido superadas por un interés mejor, y las abdicara voluntariamente.

Ella estaba auténticamente confundida, sorprendida. Nunca le di a entender semejante sentimiento. Me respetaba y me admiraba como maestro. No comprendía. Y no había pensado en casarse. Y sólo lo haría cuando estuviera muy enamorada. Y claro que no lo estaba de mí. Y que lo peor es que lo estaba —de un joven.

¿Qué podía yo hacer, sino aferrarme a la serenidad madura con que había osado dar por primera vez en mi vida semejante paso? ¿Qué, sino comprender y respetar la repulsa de mi intrusión anacrónica en un idilio del que no me había dado cuenta, con el que no contaba en mi hábito triste de conseguir casi sin esfuerzo —y desde luego sin disputa— todo, o casi todo, lo que me propongo? Dejar —para se-

guir usando los términos fríos que cuadraban a mi deliberadamente práctica, antirromántica posición— presentada mi candidatura para el caso de que aquel idilio no cristalizara en un matrimonio. Esperar, o si este verbo implica la esperanza y ésta resultaba infundada, aguardar, como después de todo ya lo he hecho tantos años. Con la diferencia de que en tanto que ella, en el caso de desecharle a él, podría considerarme a mí, yo carecía de otras alternativas, y no las procuraría. Y así terminó la entrevista que mi amiga, al narrársela, encontró tan estúpida de mi parte, tan fuera de toda táctica, tan inadmisible.

El Bachiller Gálvez me habló por teléfono para otra cosa, pero, de paso, me pidió ratificación o rectificación de la noticia que acababa de llevarle un reportero suyo: que yo me casaría en enero con ella. Iba a darla ya, esa misma noche. Le supliqué que no lo hiciera; me alegré de que me lo hubiera consultado, pues no iba a caerle nada bien a su novio; y el Bachiller no dio la noticia. Pero me quedé cavilando, preocupado, que si una casualidad había hecho que el Bachiller me consultara y yo pudiera impedir la difusión prematura de un acontecimiento frustrado, el hecho de que el rumor le hubiese llegado indicaba que ya lo supiera mucha gente, y que los columnistas no iban necesariamente a consultarme antes de incorporarlo a sus tumultuosas informaciones. Y así fue. El patrón Elías me telefoneó para decirme que al medio día, en Ambassadeurs, se traían el chisme de mi boda; que él procuró disuadirlos de publicar la noticia; les explicó que somos muy amigos; que habíamos comido juntos la víspera, y el lunes, y que él lo sabría. Pero Denegri alegó que nadie le ganaría esa noticia, y se negó a revelar la fuente. El patrón me aconsejaba que les telefoneara, a Xavier Sorondo o a Picho Denegri, para pedirles que no fueran a publicarlo. Pero —sobre lo violento que se me haría pedirles algo— ¿qué fundamentos reales podría yo tener para asegurar que tuvieran intención de por una vez levantar el cómodo veto de silencio con que me han cubierto por muchos años para nombrar a mi insignificante persona? No les llamé, pues; y el domingo, ella, su novio y yo llevamos la alterna y diversamente matizada sorpresa de ver que ya nos había Picho señalado iglesia para una próxima boda.

No he vuelto a saber de ella en todos estos días. No me siento con derecho a procurarla. Entiendo las palabras al pie de la letra, y las suyas y su situación fueron bastante claras. Nada me dolería más que perjudicar en la mínima medida su felicidad como ella la elija. Y si hablo de esto en este "diario", sin nombrarla, es porque quisiera con todo el alma rescatar de una publicidad que ninguno de los dos inició, que lamento, que he preferido aclarar aquí y que empieza a ser aviesa y ruin (como cuando hoy atribuye miras absurdas a mi ya explico que congelada decisión), su nombre limpio y su adorable persona.

Jueves 22

Nada hay más irritante; nada que evidencie mejor la invalidez de una ciencia jactanciosamente adelantada e incapaz sin embargo de servir en realidad para nada, que la inminencia de un estúpido catarro que se siente llegar paso a paso, alojar su dominio en la cabeza, entorpecer la respiración, poner en ascuas la garganta, condenar irremisiblemente a la perspectiva enojosa de tres días de cama, de paralización de toda actividad, de abdicación, de entrega a los rituales ridículos de humedecer dos docenas de pañuelos, estornudar, toser —sin que alcance a conjurarlo, a impedirlo, a prevenirlo ni a apresurar o acelerar el proceso providencia alguna. Porque un catarro mal cuidado sigue durando dos semanas, y bien cuidado, quince días, y es desesperante saberlo y no poder hacer nada contra ello.

¿Qué no habrá uno probado? Hace muchos años se usaron ciertas vacunas japonesas anticatarrales muy dolorosas de inyectar, que supuestamente prevenían contra estos ataques. Su abandono parece buena prueba de la decepción que siguió a su empleo. Después hubo unas cápsulas de Entoral de Lilly, de las que uno tenía que tomar diez seguidas, una diaria, y luego tres cada mes. Ciertamente, alejaban el catarro, y parecían haberlo desterrado del repertorio personal de padecimientos. Cerca de un año, o acaso más, me vi libre de ellos. Pero el día que a pesar del sencillo, monótono y fielmente observado tratamiento me vino un catarro, fue tan estrepitoso que valió por todos juntos los que como se hubieran simplemente reservado, acumulado, para vengarse con atacarme todos juntos.

Luego los médicos razonaron que convenía reforzar las mucosas con vitamina C para conjurar los catarros, y recetaron fuertes dosis de Redoxon o de ácido ascórbico. Y en ciertos casos, pareció servir la ingestión oportuna de dos cápsulas de 250 miligramos para empezar, y luego de una cada cuatro horas. Pero en general, y sobre todo ya una vez empezados los estornudos, nada. Ni las sulfas, que también se probaron, ni la penicilina, ni la estreptomicina; acaso ni la aureomicina, porque en la tabla de los antibióticos probados en diversas infecciones, se ve claramente que con los virus ninguno puede, y a estas horas de progreso de la medicina, todavía los sabios ignoran si el catarro lo produce un virus filtrable. Lo único que parecen haber averiguado es que cuando ya el catarro se marcha solo, deja un virus que es necesario expulsar del organismo, so pena de que sobrevengan por su causa males que pueden ser muy graves, y entonces hay que tomar un poco de salicilato cuando el catarro ya se fue.

Pero en mi autobiografía clínica tengo registrada la observación de que muchas veces una gripa puede ser un recurso neurótico del subconsciente atento a proporcionar al sujeto un pretexto válido para sustraerse a actividades que no puede o no quiere de veras empren-

der. Una especie monstruosa de acto fallido: el resbalón que tuerce el tobillo del corredor en vísperas de iniciar la carrera, el reloj que se para e impide que se alcance el tren; y en el caso, el recurso para quedarse justificadamente en cama y darse a sí propio la explicación de que por eso no va a ninguna parte cuando todo el mundo va a alguna; de que por eso no se divierte como los demás cuando los demás se divierten.

Y contra estos subterfugios del subconsciente, nada vale. Ni la persuasión, ni el ácido ascórbico. Nada, sino ceder, resignarse, a que ocurra lo que ese demonio dispone.

Todavía estuve con los muchachos tomando té en el estudio y conversando hasta las nueve y media. Luego dejé a Pilar en su casa, pasé a casa de don Pedro, que ha tenido gripa desde la semana pasada, y aun sinusitis que han estado tratándole con estreptocilina, a despedirme, pues ya sentía que en varios días habría de desaparecer recluido en cama —y fui a acostarme, entre furioso con la ciencia médica y temeroso de mi propio subconsciente, y de contrariar sus órdenes.

Viernes 23

Feed a cold —starve a fever. He aquí otra vieja receta, que debe de tener su base en la convicción de que conviene fortalecer con mucha comida las resistencias orgánicas contra la gripe, y sacar la famosa vitamina C de donde la haya. Receta contradictoria de la que aconsejaba, en tiempo de la bromoquinina, que era laxante, mantenerse sobriamente despejado. Hay gente que le tiene mucha fe a la antigripina tomada con té alcoholizado y caliente, porque hace sudar. Hay también gente que opina que conviene beber coñac, o tequila, o cualquier cosa fuerte, y médicos que condenan semejante práctica del alcoholismo a domicilio, y aconsejan en cambio abundancia de aguas y limonadas. Otros reconocen que el catarro origina fuertes desembolsos de sal del organismo, y que conviene entonces tomar mucha sal o alimentos salados para restituir la que se pierde. Todavía otros han observado que los gallos acatarrados se alivian si se les da a comer venas de chile, y entonces les sirven a sus enfermos abundancia de la vitamina C que contienen, sin que las cocineras lo sepan, los chiles serranos que les multiplican.

Y no fumar. El primer síntoma del catarro fuerte se manifiesta en un desagrado por el tabaco, en una repugnancia invencible por su sabor que, como todos los demás, desaparece cuando todo empieza a saber a trapo, cuando uno se mira privado del olfato, que es la mayor desgracia que puede acontecer.

Va un día de cama y envoltorios, de lecturas fatigosas e interrumpidas, fragmentarias. Fuera de las menciones de Moco el Sidonio que

hace Alfonso Reyes en su *Junta de sombras*, su, en otras circunstancias, grata lectura no es lo que se apetece en estas circunstancias moqueantes. Por fortuna, los periódicos de estos días, que uno en cama recorre tan al pormenor como no suele hacerlo en salud, cuando apenas lee por encima lo que le interesa para equiparse para el día de noticias, traen truculentos crímenes y sorprendentes aprehensiones de los criminales, que equivalen a la mejor novela policiaca que sí es el género que uno puede leer cuando se halla acatarrado. Tres, al hilo, los tres espeluznantes. Primero, la confesión circunstanciada de los dos soldados sádicos que mataron a puñaladas al señor colombiano que les invitó a pasear, y que habían matado también a un chofer por la Ciudadela, y tenían planeado asaltar un banco con ametralladoras, y despacharse a otro señor que tan cinematográficamente pasaba por ahí cuando a ellos los llevaban los policías a reconstruir el crimen del bosque.

Luego, la historia del descuartizador, digna de la mejor pluma policiaca, y servida en episodios conforme se desarrollaba desde que apareció en el canal el torso de un hombre, y luego un brazo, y en él un tatuaje pequeño que dio a una policía singular, admirablemente sagaz, la pista para hallar por pesquisas habilísimas al que con igual habilidad sorprendente lo había destazado y arrojado en abonos al canal, y luego refirió una historia asombrosa de turbulenta sexualidad, de sadismo sangriento, de celos fraternales y de lecturas truculentas que en el último instante le sugirieron el expediente londinense del descuartizamiento: *And yet each man kills what he loves —by all let this be heard— the brave man does it with a sword, the coward with a kiss.* Y (zapatero a tus zapatos) *the shoeman with a knife.* Frente a la habilidad y la rapidez con que la policía descubrió y publicó a los asesinos del colombiano y del joven zapatero, es curioso que no lo haya hecho en otros casos, y que hayan quedado inconclusas otras novelas de misterio y asesinato semejantes y más o menos recientes, de las que apenas se publicó una primera entrega: señores maniatados y muertos a piquetes de picahielo o de marrazo, o asfixiados en sábanas.

Pero acaso más digno de la novela es el tercer caso publicado en estos días, del padrastro que se auxiliaba del hijastro para matar y robar; que se hallaba prófugo de la Penitenciaría desde 1947, y dedicado sin embargo a sus negocios; que había inducido a su amante a meterse con un viejo dulcero y a comunicarle cuando tuviera bastante dinero en caja, para ir con su hijastro a despachárselo. Lo hicieron con toda sangre fría, fingieron la voz de su víctima cuando alguien se acercó al establecimiento; lo dejaron abierto; y dos rateros que acertaron a pasar por ahí, entraron a robar, dejarían sus huellas, fueron aprehendidos y acusados del asesinato que no habían cometido —o que no tuvieron necesidad u ocasión ya de cometer— y

se hallan a la fecha presos. Y también el padrastro tenía su lista de próximas víctimas. El siguiente sería su hijastro, a causa de que el muchacho gastaba con excesiva facilidad y jactancia el producto del trabajo común.

Una buena alternativa para estas espeluznantes lecturas periodísticas son las *Siete obras en un acto* de Víctor Manuel Díaz Barroso que desde la otra noche subí a mi recámara. Seguramente las había leído cuando me las dio su hoy fallecido autor, en 1935. Tienen mis marcas de lápiz. Pero como me ocurre con alarmante frecuencia, no recordaba una palabra de ellas, y volvió a ser como si las leyera por primera vez, ahora con el propósito de encontrar alguna o algunas que puedan llevarse a la escena. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Con quiénes?

Lunes 26

Había quedado con Conchita Sada en vernos en la oficina, pues comería como de costumbre con el patrón y Alfredo Nieto. Ahí me hallaba cuando don Artemio me llamó por teléfono para avisarme que en ese momento me enviaba mi ejemplar de *La Güera Rodríguez*, se oía feliz de la travesura que para él parece significar el haber publicado la biografía de esa casquivana señora, ascendiente de muchos apretados supervivientes que no querían que se supiesen secretos olvidados de familia. El sábado se puso a la venta el libro, y ese mismo día circularon casi dos mil ejemplares, y don Artemio firmó cerca de trescientos.

Ha resucitado don Artemio el *bon mot* de don Federico Gamboa, quien se jactaba de ser un *gígolo* que recibía dinero de una prostituta, *Santa*. Se ríe al decir que la Güera Rodríguez le está dando dinero. Y me anuncia que ya empezó otra novela y todavía otro libro de escándalo. Creo que don Artemio ha dado por fin con su editor. De todos los Porrúas, Manolo parece el más audaz, y el que desde hace tiempo ponía aparte los libros eróticos de que reunió una buena colección adecuadamente onerosa.

Envuelta la Güera Rodríguez en el hermoso forro de cuero labrado, italiano, con que me obsequió Dagoberto; desfloradas sus páginas con la plegadera que no quiso cobrarme Alberto Misrachi chico, me encerré con ella en el estudio y casi la acabé cuando a las siete llegaron Rosa María, Pilar, Dantés y Pepe Solé, y la dejé ahí, atravesada por la plegadera, sobre el escritorio, para agotarla la próxima vez que vaya al estudio. Ya, casada y golpeada, ha cautivado con sus gracias al canónigo Beristáin y Souza, al caraqueñito Bolívar, al sabio Humboldt y al abusado don Agustín de Iturbide. Y ya don Artemio ha puesto de asco al zonzorrión y al tontiloco de su primer marido, al segundo y al tercero.

Sábado 31

¡Cuidado con los sentimentalismos! ¡En guardia contra la delincuencia con que suelen las familias abrazarse, felicitarse, húmedos los ojos y el clásico nudo en la garganta, al sonar las doce del último día de un año más en que les ha sido dable el disfrute de este espectáculo siempre maravilloso de la vida! ¡Hay siempre aparentes motivos para la emoción, para el balance condensado y global de lo que se arrastra y lo que se espera! Que lo importante es ponerse a prueba de lágrimas.

Pasó por mí Raoul a las diez, y nuestra mañana transcurrió en las chinampas y los invernaderos de Xochimilco, escogiendo petunias, perritos, galán de noche, mercadelas, pensamientos, cortina —todo lo que ya conviene plantar desde ahora para garantizarse una primavera florida y policroma. Luego nos fuimos a comer con Carito a su casa. Nadie diría que ya el día 15 de enero cumplen un año en ella. Y Carito me mostró el número de la *Prensa Médica Mexicana* que se hizo en homenaje a Raoul en sus bodas de plata profesionales, con muchísimas colaboraciones eminentes. Homenaje más hermoso tanto cuanto que Raoul no es un político que pueda dar a sus amigos, maestros y discípulos más que su amistad.

Ya cerca de las diez mi madre y yo nos fuimos a casa de don Pedro. Fuera de su numerosa, alegre, cordial familia, eran pocos los invitados. Nos desparramamos por los salones a conversar y a beber, en espera de las doce, cerca de las cuales, todas las señoras siguieron la precaución de acercarse a sus maridos. La señora Maus lucía su regalo de Navidad: un collar estupendo, doble, de diamantes y rubíes.

Antes de pasar al comedor, en la biblioteca, conversó largamente conmigo el señor Ugarte y su hija mayor, que estudia en un convento de San Antonio y está haciendo en francés una tesis sobre "el castigo del pecado en las novelas de Mauriac". Antes había comenzado otra sobre "los caracteres femeninos en Racine, Corneille y Molière", pero una compañera le madrugó el tema.

"Mamá, no puedo con ella", repetía el fonógrafo mientras todos bailaban alegremente, ya viejo de dos horas y media el nuevo año de 1950.

1950

Enero

Jueves 12

¿Y después? Entre el martes 3 de un aparentemente apacible principio de año, y este día en que de pronto, al abrir el cajón de las colaboraciones, me encuentro con un "diario" interrumpido, ciertamente no ha pasado que nada hubiera que registrar en él, sino, al contrario, que han sido tantas, tan continuas, abrumadoras mis ocupaciones, que no me dejaron siquiera el tiempo de gotear acontecimientos en la destilación de su registro en estas páginas.

Ese último martes me fui, en efecto, a comer a casa de los Villaseñor. Siempre creo que se trata de una pequeña comida íntima, y siempre me equivoco. Estuvieron también a la mesa Alfonso Reyes y Manuela, Daniel y Emma Cosío, Raoul y Carito y un matrimonio sudamericano, los Orfila. El señor Arnaldo Orfila, me enteré, es el director del Fondo de Cultura Económica.

Durante el aperitivo —esos fabulosos oportos de cincuenta años que Eduardo exhuma de su pletórica bodega— que tomamos en la biblioteca, la mayor parte de la conversación giró en torno al retrato de Eduardo que cuelga sobre la chimenea, y que es obra de José Moreno Villa. Se le discutía como parecido y como pintura, y Daniel Cosío me pidió la cinta métrica que traigo siempre conmigo para, cuando llegara Eduardo, certificar si las proporciones que tiene en el retrato: la relación entre el tamaño de su cabeza y de su cuerpo corresponden a la realidad.

Luego, a la mesa, saboreamos otros dos vinos excelentes en vasos cuadrados, y Alfonso contó que había pasado una agradable temporada de descanso en el Chula Vista en Cuernavaca. Que llegó un día Vasconcelos con Esperanza Cruz y su hijita, y que tronó contra las familias que se asoleaban semidesnudas alrededor de la alberca, pues dijo que ese culto al cuerpo, que es lo más deleznable que tenemos, es una invención de los judíos, y por ello detestable para un católico ferviente como Vasconcelos.

Ya no recuerdo si de ahí me fui al estudio o a la oficina aquella tarde. Creo que fue a la oficina, donde tenía que ver a Carlos, pues hemos estado posponiendo una larga conversación y una invitación a comer juntos. En realidad, no volví a verle sino hasta el lunes de esta semana, cuando nos convocó a junta de Consejo de Bellas Artes

para comunicarnos que se queda en el Instituto y que debemos ya empezar las labores del año.

Desde ese instante, todo ha sido trabajo. Fue muy favorable ver que el renglón de recuperación por teatro en taquillas alcanzó una cifra bien elevada, de 112 000 pesos, que comparada con la que se gastó en dar las ciento treinta funciones que dimos en el año, hace que el Estado no haya gastado en cada una de ellas más que alrededor de 90 pesos.

Era necesario planear desde luego las utilidades del teatro para este año, y al mismo tiempo las de danza y las de literatura. La Academia de Danza Mexicana podrá muy bien dar este año dos temporadas, una con una orquesta pequeña y ballets breves todos ellos de tema mexicano, y otra con la Orquesta Sinfónica Nacional completa, de ballets más formales y grandes. Por cuanto a la literatura, contaré este año con el auxilio de Miguel Guardia, un joven poeta y escritor bien relacionado con los muchachos brillantes de su generación. Entre él, Henrique González Casanova y yo hemos elaborado ya un plan de trabajo para la Sección de Teatro que comprende publicaciones, encargos y conferencias.

Entre los recuerdos de estos días, ajenos al trabajo que me ha abrumado, tengo el doloroso de la muerte de Catalina d'Erzell. Fue siempre tan mona conmigo; quiso siempre saber por qué la había yo llamado en un viejo poema picaresco "La urgente Catalina d'Erzell", y cuando hace diez años, o más bien ya once, filmamos *El signo de la muerte* y Elia su hija hizo una parte de esta película, Catalina la acompañaba siempre al *set*, cuidaba de ella y de que en las escenas del sacrificio humano y de la conducción por los indios de su cuerpo semidesnudo, no se le vieran a Elia demasiado las piernas.

Luego nos veíamos de vez en cuando, y quedamos siempre en visitarnos. La última vez que hablé con ella fue durante la recepción en la embajada de Francia de las Palmas Académicas que ella valorizaba mucho. Ya para entonces como lo hacía de algún tiempo atrás, me tuteaba con familiaridad y cariño. Era una mujer guapa, grandota, de gran corazón, luchadora incansable en la vida y única como dramaturga para los temas en que se especializó. ¡Dios la tenga en su gloria!

Viernes 13

Es curioso —aunque natural— que reciba más *fan mail* de Estados Unidos que de México. Curioso porque no piensa uno que las publicaciones domésticas en que escribe vayan a dar tan lejos; y natural porque en ese país los lectores gustan de comunicarse con sus escritores, en tanto que en México reservan la manifestación de su cono-

cimiento de ellos para cuando un viaje les pone en contacto, y entonces se lleva uno la sorpresa de ver lo que lo siguen adictamente desde lejos.

Van varias veces, por ejemplo, que me escribe a *Mañana* un señor Jesse Cook, de Tujunga, California, preocupado porque me encuentra antiyanki y quisiera verme para cambiar de opinión. No he sabido qué contestarle. Pero esta mañana, entre la correspondencia, me vino una carta en inglés, de la que al principio, al leerla, no advertí que trajera al margen inferior un sello en tres gruesos renglones de tinta morada: *NJS-Prison-Trenton*. Y entonces me di cuenta de que quien me escribía, como lo demostraba la censura postal implícita en ese sello de goma, era un hombre que purgará en aquella prisión quién sabe qué condena. Es emocionante descubrir que tiene uno lectores, allá, tan lejos, en esas dolorosas condiciones, y que este corresponsal, que me pide consejo a propósito de dos cuestiones relativas a nuestra lengua, revele que la asidua lectura de este "diario" ha ahondado en él el interés en estudiar el castellano, y su admiración por nuestro país.

Carlos Chávez nos citó a todos a la una y media en San Diego para revisar el edificio y refrendar, con la presencia del arquitecto Yáñez, los planes que ya existen para convertir en un cómodo teatro de trescientas butacas la vieja iglesia, sin, empero, derribarla ni destruir ninguna de las ruinas que al parecer Bienes Nacionales se empeña, inexplicablemente, en considerar valiosas, monumentales y dignas de guardarse tal como están.

Lo cual es ciertamente curioso por tardío, y porque ese Convento de San Diego, que hasta el siglo XVIII fue, no "bien del clero", sino vasta propiedad particular de un matrimonio devoto y de sus descendientes, que lo construyó para dárselo en uso a los franciscanos descalzos, ofrece una larga historia de anexiomas, desmembramientos, litigios, venta de pedazos para la construcción de casas, apertura de calles, rinconadas y portillos, que si bien empezó con la fundación de la Alameda, y se ligó al desarrollo del "tianguis" de San Hipólito, a la desaparición de éste, al establecimiento en el sitio de tenerías pestilentes y a otras mil peripecias originadas en el desbordamiento vigoroso ya entonces de la ciudad hacia el poniente, no pareció acabar sino con la compra de terrenos a precio de ganga que hizo en aquel lugar el arquitecto Manuel Tolsá a principios del XIX para construirse mansión, jardín, abriendo la calle de Humboldt; mansión que no acabó, y jardín con piscinas para "baños de inmersión y natación" que sus descendientes explotaron; que fue a su tiempo el popular sitio de ingenua disipación que más tarde se correría hacia el Tívoli del Elíseo; con lo que el Regis y sus baños, y el restaurante Hollywood, adquieren una ascendencia secular que acaso ignoren sus dueños.

Las noticias que sobre las calles de San Diego y sus derivados nos

deja Marroquí se detienen a fines del siglo pasado, y habla en ellas como de cosas actuales de casas, hoy sin duda naufragadas en la pedacería del rumbo, citándolas por número, y localizando aquélla en que vivió la famosa monja alférez doña Catalina de Erazo, dama extraviada y machorra, pendenciera, jugadora y enamorada *criss-crossedly*. A reserva de buscar más amplia documentación en los *Conventos suprimidos en México*, o de consultar *Por la vieja calzada de Tlacopan* o la más reciente *Historia de la ciudad de México* de don Artemio, donde sin duda se hablará extensamente de la zona, quiero apuntar de una vez mis recuerdos personales de ella, que arrancan de mi llegada a México en 1917, cuando estoy seguro de que el templo de San Diego estaba todavía dedicado al culto, y aun creo que alojado en él un impresionante San Benito de Palermo, santo negro con el brazo izquierdo lleno de cintas de colores que daban las medidas de la gente que uno le pedía que muriese.

Ya entonces debe de haberse hallado tan en ruinas como hoy, amenazaría derrumbe, y acaso por eso fue la iglesia retirada del culto y consagrada a alojar una imprenta oficial, que ignora cuándo a su vez haya sido retirada de ahí. Cuando en 1947 el Instituto recibió el edificio como parte de su patrimonio, estaba lleno hasta los topes de cartillas contra el analfabetismo muy consultadas por las ratas. Desde luego pensamos que su excelente, céntrica ubicación, aconsejaba aprovechar el terreno como teatro. Pero ni había dinero con que hacerlo, ni Bienes Nacionales permitía que se tocase, pues daba en la idea de que aquella bóveda cuarteada, aquel altar reciente y aquellos rosetones de yeso dorado, eran un monumento nacional. Se aprovechó entonces tal como estaba. En la nave lateral con salida a la que fue "Rinconada de San Diego", se instaló la Academia de la Danza Mexicana, y en la central, en el altar mayor, se construyó un tablado que nos serviría mucho para ensayos del *Quijote* y de la Orquesta, y más tarde para criar los cuervos de Seki Sano.

Con el deseo de aprovechar al máximo tan céntrico local, se han hecho ya varios proyectos; uno para un uso provisional, otro más completo para respetar la arquitectura y meter dentro un teatro, y un tercero para de plano derribar esas ruinas y hacer las cosas completas. El que el presidente aprobó a Carlos Chávez esta semana es el término medio, poco costoso y rápido, que destinará al teatro que se haga a los experimentales de comedia. Parece que enseguida se pondrá mano a la obra.

Carlos llegó con Leonor y con Fernando Gamboa, a quien nos presentó como el nuevo subdirector, y yo lo comprometí, de la manera más artera, a invitarnos a todos a comer en celebración de su nombramiento. De lo cual, demasiado tarde, me arrepentí, pues no contaba que la presencia a la mesa de todos los consejeros de Bellas Artes, y los ímpetus laboriosos de que llegó ebullente Carlos Chávez

y que no escasean en los demás, iban a convertir aquella comida que debió ser despreocupada y amena, en una indigesta sesión de Consejo en la que no se hablaría más que de trabajo durante dos horas. Quién me lo manda.

Por la noche fui a casa de Tatiana y Roberto Silva. Tenían muchos invitados y estupenda *pizza* para ellos en el suculento *buffet*. Conversé largamente con un cantante norteamericano, Harvey, a quien me presentó Carlos Puig mientras devoraba la pizza especial que aparte le hizo Tatiana. El joven Harvey se interesa mucho en el teatro y en la literatura, y opinó que Sartre no gusta en Estados Unidos porque allá prefieren los mensajes constructivos, y no salir del teatro con la abrumadora impresión de que todo está podrido en el mundo. Además, las sutilezas intelectuales les repugnan. Es cierto. Y creo que hay una sola y condensada explicación para ese fenómeno, independiente de la domesticación optimista a que el cine del *happy ending* ha sometido siempre a los norteamericanos. Es la de la nueva generación, la abrumadoramente mayoritaria y dominante nueva generación; la que da la pauta y expresa al mundo de hoy en Estados Unidos, es hija y producto de la guerra. Y por una parte, proviene de capas sociales no acostumbradas a las sutilezas intelectuales; y por otra, ha visto en la guerra demasiados cuadros sombríos para apetecer asomarse de nuevo a ellos en el teatro o en la novela.

En resumen, son mayorías, y si éstas no fueran simples, alegres, optimistas, no existirían como mayorías optimistas, simple y alegremente entregadas a vivir y a reproducirse. Es sin duda un fenómeno común a todos los países, más acusado en los más jóvenes, y que sus artistas no deben contrariar sin traicionarlos, ni pueden intentarlo, nadando contra la corriente, sin fracasar en el intento.

Entre nosotros es fácil ver, también, ese fenómeno, y esa contradicción entre los artistas de élite y el público que induce a los artistas a quejarse del público y al público a ignorar o a apartarse de los artistas diríamos negativos y por ello desvinculados del optimista, alegre, constructivo impulso de las mayorías que son el pueblo y la verdadera consagración. El otro día, nada menos, hablaba yo con X acerca de una comedia de A en toda la cual no hay ya no digamos una risa o una saludable carcajada; pero ni siquiera una sonrisa. Todo es sombrío, deprimente, en torno a los sujetos de un amor incestuoso. Yo opiné que esa obra no gustaría, y X me alegó que así es, por realismo, todo el teatro de ahora: el de Salacrou, el de Sartre, el de Anouilh: el teatro, el reflejo, de un mundo desquiciado en sus valores morales; en que la inmoralidad se filtra hasta las familias.

Y luego me quedé pensando si no ocurre que cuando los autores mexicanos aducen modas extranjeras en justificación del carácter de obras que sin embargo se empeñan en proponer como mexicanas, siguen cometiendo un viejo error, y no advierten que el cine ha sido

más alerta y verdaderamente realista que ellos cuando ha fincado el éxito que goza en sus charros, sus canciones, sus chistes —su alegría, su optimismo, su vinculación directa, vulgar, auténtica con el pueblo.

Sábado 14

Con las cuatro ya escritas sobre el Paseo de la Reforma, tengo todavía "Ventanas" para la próxima semana, y puedo hurtar la mañana al trabajo de escribir dos, como de costumbre los sábados. La dedico a planear el trabajo de la semana próxima, que será considerable y heterogéneo.

Por la tarde fui a casa de don Pedro. Desde que se sintió mejor y el doctor Alamillo le autorizó a dejar la cama, Enrique Contel inauguró la costumbre de comer con don Pedro y los Alamillo los sábados, y jugar después canasta uruguaya en la biblioteca. El sábado anterior estaban todavía a la mesa cuando yo llegué, y luego se instalaron a jugar, y llegó Paco Rubio, y yo regresé a casa.

Ahora estaban ya jugando, en un rincón de la biblioteca donde no les molestara el brillante sol de la tarde que entraba por los grandes cristales sobre las losas del corredor interior, a despertar a los rosales que llegaron de Francia por avión, sus yemas protegidas con cera que su vida naciente va derritiendo conforme brotan hojuelas tiernas y brillantes.

La señora, Yolanda, la señora Alamillo y Beto jugaban a otra mesa vecina. Como de costumbre, los contrincantes a la mesa de los señores eran los doctores Alamillo y MacGregor, contra don Pedro y Enrique Contel. Yo no le entiendo a ese juego, ni me interesa, de suerte que pedí un tehuacán, tomé un libro y me instalé a leer y a fumar cerca de los jugadores. Sí noté que Enrique estaba tristón, apagado, y que su rostro se veía, no pálido como últimamente desde que adelgazó, sino como amoratado. Les conté un cuento, y aunque todos rieron mucho de él, a él no pareció hacerle gracia. Me preguntó por Misrachi. Me preguntó por mi madre. Me preguntó también qué días estaba yo en casa para irme a visitar.

Interrumpió don Pedro el juego para ir a hablar conmigo en el salón de junto, y cuando volvimos a la biblioteca, vi que Enrique estaba recostado en un sofá, solo, callado, como fatigado. Me senté frente a don Pedro en la silla de Enrique; y cuando el doctor Alamillo se levantó de la suya para ir a dejar su vaso a la cantina, me pasé a su asiento, y Enrique se levantó del sofá y vino a ocupar el suyo. Instalados los cuatro, reanudaron su juego. La señora fue a la mesa a dejarles una caja de chocolates, de que yo tomé tres. Y sin darles la mano para no interrumpir su juego, me despedí, ya oscuro, como

a las siete y media de la noche. ¿Cómo iba yo a pensar que aquella fuera la última vez que viera a Enrique Contel? ¿Cómo a saber que la muerte rondara ya en torno a su corazón, lista a paralizarlo dentro de unos momentos?

Cuando llegué a casa, Pancho me dijo que Dolores acababa de pasar a buscarme, y fui a verla, pues me urgía su resolución a propósito de la obra teatral que le envié a leer. En charlar con ella y con Mummy junto a la chimenea de su biblioteca; en concederle la razón cuando reflexiona que para ella lanzarse al teatro implica una gravísima, decisiva responsabilidad que prefiere posponer hasta tanto no tenga todo el tiempo necesario para estudiar a fondo una obra que le ofrezca un personaje muy para ella, y probarse primero en las provincias para perderle el pánico al escenario; en verlas merendar los buñuelos que al rato les mandó mi madre, se nos fueron dos buenas horas, y regresé a casa a las diez. Subí a acostarme. Hablé por teléfono con Jorge Rubio, y encendí el radio para escuchar el Noticiero Carta Blanca. Y entonces oí: Enrique Contel ha muerto.

Mi madre, en su recámara, lo escuchó también. Nos encontramos en el vestíbulo. Era increíble, imposible. Yo lo había dejado, hacía unas horas, un momento, en casa de don Pedro. ¿Habría ocurrido allí? ¿Y cómo, y a qué hora? Marqué el número. Ocupado. Volví a marcarlo. Ocupado. Por fin, don Pedro.

—Sí. Aquí. Casi apenas se había usted ido. Cenamos. Él no quiso tomar más que un vaso de leche, y volvimos a la mesa para terminar un juego que ya casi acababa, cuando de pronto se dobló. Había muerto. De golpe, en un segundo. Estamos esperando una ambulancia para llevarlo a su casa.

"¿Cuándo está usted en su casa para ir a visitarlo?" Sus palabras, casi las últimas que me dijo, resonaban en mi memoria. Su voz, que tanto tiempo fue para sus amigos la expresión de su alegría, de su cordialidad, de su bonhomía; su voz, siempre entre risas, y sus expresiones peculiares "oiga usté, oiga usté"; su voz, con que dramatizaba dándoles siempre inédita novedad aun a cuentos y chistes que ya había otra vez referido; o con que reía y celebraba las ocurrencias del "señor Elías", era una voz que ya no escucharíamos más sus amigos; que resonaría solamente en nuestro recuerdo de las muchas horas que él ungió con su bondad y con su alegría.

Yo —¿cuándo le conocí por primera vez? Ahora recordaba con precisión que hace buenos doce años, cuando empecé a disfrutar el privilegio de la amistad de ese grupo de orizabeños compañeros de escuela primaria que él integraba con el doctor Alamillo, con "el guapo" Fernández MacGregor, con don Pedro y con Felipe Mier. Fue en la casa de la mamá de don Pedro, al morir la señora. Ahí llegó Enrique, y nadie nos presentó porque parecía natural que nos conociéramos. Y desde entonces, en el grupo oficial de los viernes, en las

comidas de que solía alejarse por temporadas o llegar a ellas tarde; o en comidas más reducidas, con Mariano y con el patrón, o con Alfredo Nieto, o en casa de don Pedro. De su vida nocturna, yo que no la hago, sólo sabía por referencias que lo hacían asiduo del Patio y crítico siempre certero de los talentos de la radio y las variedades, y de los programas comerciales.

Otros saben mejor que yo cuánto ayudó a surgir a artistas y locutores; cómo amaba y qué a fondo conocía la radio. Yo de él percibía otros aspectos: su lealtad, su integridad, su señorío. Vino a casa varias veces, y de vez en cuando le brotaba un vago deseo de hacerse una en el campo, en Coyoacán o en Cuernavaca, o de reintegrarse a la Orizaba de su niñez, cuando dicen que era un chico muy delgado y su padre tenía la única o la mejor librería del pueblo, y él estudiaba en la Preparatoria literatura con don Rafael Delgado. Hasta, una vez, me consultó el plano para una casa pequeña en Cuernavaca. Otra, desapareció muchos meses en Orizaba. Y cuando hace meses le sobrevino el primer ataque al corazón, un infarto del miocardio; y al sentirse presa de los primeros síntomas y dolores tuvo aún la entereza de llamar por teléfono a Alamillo y comunicárselo, y el doctor lo recluyó por largas semanas en cama, todos pensamos que convendría en mudarse a una altura menos nociva. Y acaso lo proyectara, cuando la muerte se apoderó de su corazón y dejó su cuerpo entre las manos y ante los ojos conmovidos de los que habían sido los amigos de su infancia y los compañeros de toda su vida.

Febrero

Jueves 2

Se me han ido nuevamente los días como agua. Cuando menos lo pienso, se acabó la semana, voló el mes, al año ya le queda un mes menos. Hace ocho días ya que fuimos a Los Pinos, a la ceremonia en que el presidente le entregó a don Mariano Azuela el Premio Nacional de Artes y Ciencias 1949.

Estoy seguro de haber mandado invitaciones a todos los escritores importantes. Todos concurrieron, y en punto de las doce, el presidente recibió al Parnaso, y dispuestos en círculo, escuchamos la lectura del discurso en que Carlos Chávez hizo una breve historia de la novela mexicana desde sus orígenes con el *Periquillo sarniento* hasta la fundación del nuevo género de la novela revolucionaria a cuyo autor se premiaba en el acto.

Claro está que su deber panegírico se detenía estrictamente en el homenaje, y que no tenía para qué haber mencionado a los que le siguieron. Pero lo hizo para ejemplificar la influencia que don Mariano

ha ejercido en la novela mexicana contemporánea y mencionó a unos cuantos: Gregorio López y Fuentes, Martín Luis Guzmán, Mauricio Magdaleno, José Revueltas. Claro que si la lista hubiera tendido a ser completa o exhaustiva, habría tenido que mencionar a muchísima gente. Como no era ése su propósito, omitió a muchísima gente, y entre ella tuvo la desgracia de no mencionar a José Rubén Romero. Pero José Rubén Romero estaba presente, y resintió mucho la omisión. "Me mató", exclamó, y se apresuró a difundir su protesta entre los concurrentes, y a reserva de comentarla más tarde con el director de *Hoy*, dándole epítetos de Pito Pérez a Carlos Chávez, le hizo a éste ahí mismo la observación de que no lo había mencionado, y Carlos, apuradísimo, me comunicó a la salida que seguramente un lapsus de máquina se había comido el nombre del distinguido novelista. ¿Qué podríamos hacer para repararlo? Los periodistas me pedían copias del discurso. Fui al Instituto y antes de distribuirlas me cercioré de que el nombre de José Rubén Romero apareciera en el párrafo adecuado, entre los novelistas contemporáneos mencionados por Chávez como ilustración de la influencia ejercida por Azuela. Y creí que con esto se remediaría el enojo de Rubén. Pero por desgracia, y sin duda a causa de que el discurso tenía nueve cuartillas y era demasiado largo, los periódicos lo extractaron y volvieron a comerse, ahora ellos, el nombre de José Rubén Romero, que esta vez yo podía jurar por todos los santos que estaba incluido entre los grandes novelistas contemporáneos.

Mi última esperanza de reivindicación estriba en aguardar a que ese discurso, con todo y el nombre de José Rubén Romero, aparezca, como me lo han ofrecido, todo entero en el próximo suplemento del periódico *El Nacional*.

La semana pasada estuvo llena de programas de teatro que era a la vez mi obligación y mi placer disfrutar. El mismo día, ya no recuerdo si martes o miércoles, que invité a comer a Pepe Aceves para pedirle que dirija la obra argentina que incluiremos en la Temporada de Teatro Internacional del mes próximo, fui por la noche a ver en su Teatro del Caracol la versión castellana de *Las manos sucias* de Sartre que los comediantes de Francia hicieron hace poco tiempo en el IFAL. Me gustó mucho. Miguel Córcega está muy bien, lo mismo que Martha Elba y que Marcela Vick y los demás. Sigue siendo o viene a ser admirable el fruto del ingenio aplicado a la necesidad cuando coinciden en un escenario tan mínimo en que hay que resolver, y Pepe Aceves lo logró brillantemente, los rápidos cambios que aligeran una obra tan pesada como todas las de Sartre.

Al día siguiente, Concha, Delfino y yo fuimos al Fábregas a ver *La loca de Chaillot* y entramos a saludar a doña Prudencia, que está tan bien en su papel. El decorado de Agustín para el segundo acto, es exactamente como uno de sus pequeños cuadros sombríos. Dicen los

que han visto esta obra en Nueva York, que allá la loca cambia de trajes en su casa, pero realmente yo no veo para qué.

Teníamos en cartera ir también en esa semana al Ideal a ver *Vive como quieras*. Pero como salimos de *La loca* a buena hora para alcanzar la segunda función de este otro teatro, resolvimos ir de una vez, y con una bolsa de papas fritas por toda merienda, nos quedamos en el Ideal hasta la una de la mañana cuando terminó esa alegre y divertida comedia en que todos están muy bien, pero en la que Miguel Manzano está verdaderamente estupendo. Y comprendí por qué Dolores está tan entusiasmada con Carlos Navarro. Realmente tiene una figura y una voz muy simpáticas, muy atractivas y el cine hará bien en aprovecharlo.

También esa semana vino el Teatro Universal de Puebla, que dirige Ignacio Ibarra, a dar una serie de funciones en la sala del Teatro Latino con la *Cándida* de Shaw que recientemente pusieron en Puebla en el Teatro Principal. No pude ir sino hasta el domingo, y es lástima, como ya lo había señalado María y Campos, que tuvieron poco público. La gente para el teatro es de lo más imprevisible, pero de lo que no hay duda es de que sólo calentando un teatro con funciones continuadas se asegura la concurrencia. Tenemos la prueba en Bellas Artes, donde llevamos ya tres semanas con los *Muertos sin sepultura* y muy buenas entradas. Pero cuando los lunes se interrumpen las funciones porque es el día de descanso del foro y darlas significaría costosas cuotas extras, al día siguiente baja la entrada.

Pero esta necesaria excursión por los teatros ajenos no impidió la semana pasada la continuación de los trabajos preparatorios de la abrumadora temporada nuestra de marzo. Mientras los grupos huéspedes ensayan cada cual por su lado, y Julio Prieto se ocupa en los decorados, Ruelas ensaya todas las tardes con sus negros *El emperador Jones* que estrenaremos la semana próxima, el sábado 11, con un decorado fantástico en blanco y negro. He visto algunos ensayos y creo que será una obra sensacional. El bailarín brujo es magnífico, y me dicen que en realidad es un sacerdote de su religión, con su templo y todo, muy de acuerdo con su interesante cara de máscara y con los movimientos de serpiente que imprime a sus brazos cuando llega a entrar en trance durante su actuación.

Por otra parte, ya para el lunes Lupe me tuvo listo en suficientes copias, el primer acto de *Rosalba y los Llaveros*, la comedia mexicana de Emilio Carballido, con que abriremos la temporada de marzo. El autor, un muchacho genial, flaco, nervioso, de ojos asustados, no acabó de dictar el tercer acto sino hasta hace dos días, pero desde el lunes por la noche dimos una primera lectura del principio de la obra, repartí los papeles y empecé a bosquejar los movimientos. Nada me da más gusto que haber tenido la fortuna de descubrir a un autor verdaderamente mexicano, verdaderamente joven y verdaderamente valioso. Su comedia trata con admirable habilidad el auténtico problema de todos los jóvenes de México y todas las familias mexicanas. No quiero anticipar nada de su historia, pero no puedo menos que asegurar enfáticamente que se trata de una comedia de primerísima clase. Su diálogo es tan ágil, sus personajes tan reales, su lenguaje tan auténtico, que a los muchachos que la van a representar les fluye con más deliciosa espontaneidad. He llamado al autor a presenciar algún pedazo de los ensayos, y me encanta verlo observar, con los ojos brillantes de sorpresa y contento, cómo van asumiendo vida los personajes que engendró su imaginación.

En cuanto a entrevistas gastronómicas, esta semana han sido bastante irregulares. Desde luego, el lunes el patrón y Nieto se me escaparon de nuestra habitual y tranquila comida, y la hicimos Carlos Chávez y yo tratando asuntos de trabajo de tres a cuatro, para proseguir el trabajo en el Consejo, de cuatro a siete y media y presenciar yo el ensayo de ocho y media a once. El martes, ya muy tarde, los muchachos, que acababan de cobrar, nos invitaron a Concha y a mí y nos llevamos a Carballido, alejándolo así de su dieta doméstica de jugo de hígado, que dice que su mamá le hace beber todos los días cuando nota que está enflaqueciendo; no le gusta, pero se lo toma. Antes de irse a comer con nosotros, avisó por teléfono a su casa que le dejaran el hígado en la cocina, que él lo calentaría.

El martes era santo de don Pedro, y abrigué la vaga esperanza de que me invitara a comer, pero supe por su secretaria que no harían nada en su casa, a causa del recuerdo de Enrique Contel. Apenas, después de comer con los muchachos, pasé a su oficina a dejarle un pequeño y modesto recuerdo.

Ayer me invitaba a comer en su casa, pero ya estaba yo comprometido con el Güero Pagés Llergo, que publicó muy destacadamente en el *Hoy* la carta en que destruyo con pruebas de la actividad del Departamento de Teatro, los piquetes de su cronista de teatros. Pasó el Güero por mí a la oficina y fuimos a Prendes. Insistió en que le diera yo colaboración para el *Hoy*.

Al salir de Prendes, Guillermo Jiménez me detuvo para preguntarme si ya había visto la entrevista en que Blanca de Castrejón explicaba por qué no se casa conmigo. No la había visto, pero al llegar a la oficina la encargué. Este pequeño chisme ha sido curioso. Apareció hace unas semanas en *Ovaciones*, que es un diario de deportes y diversiones. Fue una broma que su peculiar sentido del humor le indicó conveniente jugar a Bruno Márquez cuando, la única vez que la he visto por mi oficina, llegó Blanca de Castrejón acompañada de Bruno Márquez y llamada por mí para ver si le interesaba desempeñar un papel en una obra italiana. Se llevó el *script*; al día siguiente salió en *Ovaciones* escandalosamente la noticia de que íbamos a casarnos el 15 de febrero. Ni me pareció caballeroso desmentirla ni

necesario hacer caso de lo que juzgué una broma. Al día siguiente la reiteraron, y el penoso resultado fue que la señora Castrejón declinara el papel porque aquella publicidad la había perjudicado en sus asuntos personales. Mandé una carta aclaratoria de la situación a *Ovaciones*, pero, que yo sepa (pues no siempre compro ese diario) no la han publicado.

Por cuanto al reportaje publicado en la *Revista de América*, no tengo sino que admirar caballerosamente las grandes dotes, excelentes para el teatro, de imaginación que ahí se evidencian.

Sábado 4

Los viernes por la noche cargo a casa con los libros que me llegan durante la semana, y los reúno con los que me han llegado a Coyoacán, para revisarlos durante el *weekend*, darles su turno y depararles cripta entre los demás ya instalados en estantes. De cuantos al menos, acusar correcto recibo. No tengo tiempo para una ni otra cosa. Pero sepan sus amables autores, sin embargo, que se los agradezco y que los leo.

Por ejemplo, en varias noches leí un admirabilísimo, magnífico libro de cuentos, *La cueva sin quietud* de Mario Monteforte Toledo, que en muy bella edición del Ministerio de Educación Pública de Guatemala, me envió el autor con una cordial dedicatoria. Cuentos —género tan poco cultivado entre nosotros— estupendos, escritos en un castellano de primera, y entre los cuales no sabría cuál preferir, aun cuando mi cariño por los perros me incline con ternura hacia Édgar, el perro borracho.

Otras noches me impongo el placer de leer o de releer los tomos del *Teatro mexicano contemporáneo* que la Unión de Autores acaba de enviarme encuadernados en tres: *El rancho de los gavilanes*, por ejemplo, la otra noche. Pero esta semana, desde que Óscar Flores me llegó de Saltillo con el doble don de un cartón de cigarros cuando ya no me quedaban más que tres cigarrillos, y con su pequeño libro de versos que tiene la bondad de dedicarme, me llegó esa misma mañana por correo el *Minatitlán* de don Abel R. Pérez, y al rato, Arturo Arnaiz y Freg fue a obsequiarme con dos folletos y dos libros suyos bellamente empastados por Tovar: *Don Andrés del Río, descubridor del Eritronio (Vanadio)*; *Presencia y significación de México dentro de la vida de Occidente*; y sus ediciones de Lucas Alamán y José María Luis Mora de la Biblioteca del Estudiante Universitario; que yo ya tenía, pero sin las hermosas pastas ni las amables dedicatorias que engalanan este amable regalo.

Creo que esa misma mañana Joaquín Gamboa me obsequió con sus *Memorias de un locutor*, que prologa José Ángel Ceniceros. De

pronto, no lo reconocía yo. Se ve mucho más joven con el admirable aditamento capilar que estuve tentado de preguntarle quién le hizo tan a la perfección, por si yo me decidiera a adoptarlo.

Me llegó también en la semana un rico envío de la Editorial Stylo: dos libros de poetisas: una nueva edición, en la Nueva Floresta, del *Polvo* (por lo visto, tan abundantemente absorbido por el público de Pita Amor), y los *Andamios de sombra* de la magnífica Margarita Paz Paredes. Y otro libro de recuerdos detallados de Miguel Alessio Robles. Ése no me lo traje. Lo abrí en la oficina, y al descubrir la anécdota que refiere de la mamá de Anita Rubio y don Gustavo Espinosa Mireles en Madrid, cuando allá se enteraron de que habían perdido todo su dinero, se lo llevé esa misma noche a Anita. No sin antes leerlo en diagonal, y asomarme a la risueña imagen de Guillermo Jiménez que estudiaba baile (época en la que debe de haberle dado por estudiar la danza de una manera más objetiva) en Madrid, con un príncipe ruso venido a todavía menos.

Otros dos libros de versos recibí en la semana: *La señal de la luz*, premio Margot Valdés Peza, del supongo que joven Jesús Arellano, del grupo de Fuensanta; y *Primeros poemas* de Enrique de Rivas, el hijo de Cipriano Rivas Chérif, publicaciones de la revista *Hoja*, que hace poco tiempo invitó a un número suficiente de patrocinadores a suscribir las ediciones, por lo visto ya comenzadas con ésta, de poesía de los jóvenes, no sé si exclusivamente españoles como éste.

Por último, Nelly Campobello me llevó a la oficina la segunda edición de *Las manos de mamá*, ilustrada por José Clemente Orozco. Un pequeño libro depurado, fuerte, con el trazo palpitante de personajes norteños y vigorosos. Muy hermoso.

Y supe que han aparecido ya los tres tomos que en la Colección de Escritores Mexicanos de los Porrúa abarcan el *Periquillo*. Pero no me ha llegado mi ejemplar número 66.

Despaché rápidamente, en la mañana, las dos "Ventanas" para el martes y el jueves —la primera dedicada a hablar un poco de Donald Oenslager, el excelente escenógrafo norteamericano que llegó el jueves, y a quien Dorsey Fisher llevó al Instituto el viernes en la mañana para que conociera a Julio Prieto y viera las escenografías que aquí hacemos. Le asombró su baratura, y pronto entendió por qué aquí siguen haciéndose los decorados de papel mientras que en Estados Unidos son casi siempre corpóreos. Allá las obras duran mucho en vigor, y no importa que los decorados salgan caros. Aquí iría a la ruina el que los construyera todos de *triplay* para las dos o tres precarias semanas que cuando mucho dura una obra en escena.

Como don Pedro me había dicho que quería ir a visitar a Misrachi, pasé por él antes de hacer yo mi visita, ya habitual, de esos días. Pero había salido con alguien a ver unas estatuas, y no le aguardé. Después de ver a Alberto, me proponía visitar también a otro enfermo, mi tío

Manuel, de quien mi madre me había dicho que estaba muy grave, con la cara hinchada. ¿Sería cosa del corazón? El compañero Soni, a quien consulté al respecto en casa de Alberto y mientras tomábamos un té con miles de golosinas en el *picnic* a domicilio, Anita, las chicas y nosotros cerca de la cama-trono de Alberto, me dijo que eso de la cara hinchada, si se le habían hinchado las piernas antes, podía ser muy grave si era del corazón. Afortunadamente, sólo eran paperas. Un poco anacrónicas a sus años, claro, pero por ello mismo bastante molestas por sus repercusiones, sobre todo.

Hacía, al regreso, una luna espléndida, y quizá debí, si hubiera creído en la inspiración, absorberla mediante un paseo solitario para continuar ese largo poema que tengo empezado. Pero también hacía frío, y preferí la burguesa cama, y ocuparme en planear un poco la conferencia que acaso al fin y al cabo me resuelva a dar a mediados del mes que entra, como principio de la serie "La cultura de México durante el primer medio siglo", o algo así, en Bellas Artes: la poesía, la música, la pintura, la historia, el cuento, la novela, el teatro, etcétera. Miguel Guardia, encargado de organizar esas conferencias, insiste en que yo dé la de la poesía. Y claro que no es tema para una hora de conferencia, sino para todo un curso; pero pensándolo bien, recapacitando, yo podría dar una plática, no crítica, pero sí informativa, de primera mano, de las peripecias de la poesía y de los poetas a lo largo de casi toda la mitad de este siglo. Hasta 1917, por lecturas apasionadas hechas en casa, en Torreón, de los poetas de principios del siglo y de fines del anterior —y por las limitaciones que desataron mis propios ejercicios de versificación. Y desde 1917, con mi llegada a México, ya una especie de memorias de mis tiempos, porque desde entonces ha sido mi privilegio conocer de cerca, y ser amigo en muchos casos, de todos los grandes y de todos los pequeños de la poesía mexicana, desde que mi primer choque con la poesía en acción fue el espectáculo de un Carlos Pellicer joven y melenudo recitando en el Anfiteatro Bolívar, abrazado y felicitado por un Manuel Ugarte entonces ídolo. Luego la amistad escolar de Xavier, el primer contacto con Jaime y su grupo —Bernardo, Enriquito, Pepe Gorostiza—; Maples Arce y el estridentismo, don Enrique González Martínez... Las Antologías, *Contemporáneos*... Sí; pero creo que tengo recuerdos suficientes. Hasta al "viejecito Urbina" conocí, y por ahí debo de tener un retrato de una comida que le dieron y a que asistí; y a Rebolledo, y a don Balbino Dávalos que todavía vive. A Nervo no, ni a Díaz Mirón, que sin embargo, cuando murió, el doctor Puig hizo que le rindieran grande homenaje, y Miguel Hernández Jáuregui —poeta también, ya fallecido— se encargó de ello. Y a Baltazar Izaguirre Rojo, y al Vate Frías, y a Rafael López, y a Rubén M. Campos... Y claro que a López Velarde.

Veré si tengo tiempo, y si me dura el humor. Naturalmente, la

improvisaría. Escribirla me daría una pereza inmensa. Y los muchachos me tendrían que documentar un poco acerca de los nuevos, que son muchos y a los cuales no conozco bien, y de las poetisas, que en mi tiempo no eran tan abundantes, pues apenas consistían en María Enriqueta y en María del Mar.

Sábado 11

A fin de no interrumpir los ensayos de *Rosalba* ni siquiera los fines de semana, me fui a México desde por la mañana, con intenciones de encerrarme a escribir en el estudio. Pero fui a la oficina y ya no fue posible más que permanecer en ella hasta pasadas las dos de la tarde, cuando algunos de los muchachos con quienes tenía yo que ensayar se fueron conmigo a comer para ya no soltarlos. Volvimos a las cuatro y repasamos primero y segundo actos hasta las ocho de la noche.

Luego entramos en el teatro para ver el estreno de *El emperador Jones*. Fue todo un éxito. Julio Prieto logró una escenografía y una iluminación verdaderamente mágicas, con su experimento feliz de pintar los decorados exclusivamente en negro y blanco y darles color con luces, y con su truco de efectuar los cambios a la vista del público, sin telón ni comodín. El efecto en cada cambio era el de una disolvencia cinematográfica, y al establecerse la luz del nuevo cuadro, la gente estallaba en aplausos de admiración.

Los actores negros estaban felices y radiantes, y se congregaron en el camerino de Ruelas para felicitarse mutuamente.

Me conmovió la ingenuidad y la sencillez de Emilio Carballido, nuestro genio recién descubierto. A Enrique Ruelas se le olvidó incluir su nombre entre los créditos de producción de *El emperador Jones*, en donde Emilio maneja los efectos musicales, y Emilio me lo dijo en tono de lamentación. Me pareció una prueba más de su valiosa modestia el hecho de que reclamara un pequeño y mezquino crédito en vísperas de ostentar merecidamente el de autor de la obra mexicana con que el 11 de marzo inauguraremos la Temporada de Teatro Internacional.

Martes 14

El inquieto David Alfaro Siqueiros inaugura hoy por lo visto una de esas novelas por entregas que él llama artículos y que serían polémicas si no fueran monólogos; esta vez el chaparrón se anuncia contra el Instituto Nacional de Bellas Artes y a partir de dos citas de sendos discursos de Jaime Torres Bodet y de Carlos Chávez, cuya doctrina

parece aprobar y relacionar, pero cuya práctica anuncia denunciar como incumplida primero por Carlos Pellicer y enseguida por los colaboradores de Carlos Chávez. Me veo por ahí mencionado como afrancesado o parisién junto con Xavier y con Agustín Lazo. Pero tendré, como con las comedias Palmolive o con las novelas por entregas, o como las charlas del ingeniero Palavicini, que esperar la continuación para ver de lo que se trata.

Vino a la oficina Xavier para entregar su artículo sobre "Los pintores mexicanos y su influencia en la escenografía", que va a aparecer en el primer número de la *Revista Internacional de Teatro* de París, y le comuniqué el proyecto, aprobado ayer en el Consejo, de dedicar todo un número de *México en el Arte* de este año a teatro, para abarcar medio siglo de esa actividad artística en México encargando a los más enterados y responsables investigadores y críticos, buenos y largos artículos sobre sus respectivas especialidades, sin dejar fuera nada ni a nadie, ni el teatro frívolo ni las carpas, y con la ambición de que ese número monográfico alcance a ser tan importante, que pueda consultarse con fruto, dentro de un siglo.

Domingo 19

Como Mario Orea está pasando sus últimos días entre nosotros, pues el próximo martes toma el avión para Roma, resolvieron los muchachos darle una despedida en la casa de alguno de ellos después de la función de *El emperador Jones*, y me invitaban a acompañarlos. Pero no acepté. Hay que darse uno el lugar que sus años le van señalando, y dejarlos divertirse a gusto.

Cosa que ellos hicieron tan cumplidamente, que según hoy supe, a las cuatro de la mañana andaban muy contentos en el cabaret Leda, adonde por lo visto todo el mundo va a dar; no sólo ellos, sino también el anacrónico doctor Roberto Rivera, que es quien me lo contó, junto con sus tribulaciones personales, que consisten en que con esto de los apagones de cada ocho días, sus incubadoras le están echando a perder los huevos y arruinándole con las interrupciones del calor que necesitan los pollos para nacer.

Es el primer fin de semana en muchos, que carezco de tiempo para escribir las dos "Ventanas" de la semana próxima. Había empezado una cuando me llamó Jorge Rubio por teléfono para avisar que pasaría por mí dentro de media hora para que fuéramos juntos a ver un terreno en Coyoacán, de 2 500 metros, en una esquina sur poniente, que un amigo suyo acaba de comprar a muy buen precio, y del que sólo necesita, para su casa, 1 500 metros, de manera que puede vender los otros 1 000.

Fuimos a ver ese terreno. Está en un barrio bastante populoso y

desde su esquina se ven dos avenidas pavimentadas y de mucha circulación, de modo que tiene un futuro comercial inmediato. Hay una construcción no concluida de adobe con balcones anticuados en toda la esquina, y dentro de los 1 000 metros que el amigo de Jorge está dispuesto a vender, hay una capilla vieja que muy probablemente estuvo alguna vez dedicada al culto.

Entramos a ver el terreno y la capilla. Esta tendrá unos siete u ocho metros de frente, por 20 de fondo, con lo que sería el coro para la calle, que ve al sur. Inmediatamente visualicé lo que podría hacerse con aquella capilla. Yo la destinaría toda, tal como está, con su techo de cañón si se halla en buen estado, a un gran salón. De la calle abriría una pequeña puerta que llevara directamente a una cocina y una despensa debajo del coro. En la sacristía contigua pondría el garaje, con entrada al salón por una pequeña puerta, y de ahí haría partir una escalera bajita que llevara al barandal del coro en que instalaría una alcoba y un baño.

Este aprovechamiento de lo ya construido dejaría libre la mayor parte de los 1 000 metros, pues no tomaría del frente de 25, más que unos 10 por 20 de fondo como máximo. Entonces la casa del fondo podría construirse aprovechando los dos preciosos pirús que hay en el patio, volviéndola hacia el sur y dotándola de un buen jardín y garaje.

Jorge me oyó exponerle este proyecto, y enseguida se desató en regaños. Me dijo que ya estaba cansado de hacer casas para ricos y para gentes raras que gustan de vivir en capillas. Que ahora iba a hacer casas prácticas y baratas para gente normal y de sentido común, y que la gente normal y de sentido común necesita tres recámaras, y que él tiene ya un proyecto para hacer en ese terreno de 1 000 metros dos casas, pero no como yo las había pensado.

Con la cola entre las piernas sugerí que puesto que ya estábamos tan cerca, fuéramos a visitar a don Pedro y a que nos diera un *whisky* y a ver la casa de los porteros que ya está muy avanzada, cuyos contornos yo mismo tracé sobre el piso con una vara, y que va a quedar preciosa. Ya los departamentos de las gallinas están habitables, y se dividen en gallinas, pollitos y gansos, todos aparte y estos últimos con su estanque olímpico de natación. Luego siguen las vacas, con su salida para paseos, y por último los japoneses jardineros. La casa de Lolita y don Ramón está antes de los gallineros, con su estancia, su torre, su cocina y sus dos recámaras. Lolita está feliz y ansiosa de estrenar su casa.

Don Pedro nos salió a recibir, y cuando le contamos que veníamos de ver un terreno, me recordó que habíamos quedado en que yo me esperara a que él fuera comprando los terrenos de alrededor de su finca, que es bueno ir traspasando a amigos que hagan casas bonitas. Desde luego, ahí estaba a mi disposición el que sigue del departa-

mento de servicios, que tiene 400 metros y está ya todo bardeado. Subimos a verlo desde la azotea de la pequeña cantina rústica del jardín. Tiene un fresno precioso, y también en seguida visualicé la casa que ahí puede construirse. Jorge decidió que era preferible que comprara yo ese terreno y no el que primero vimos.

Marzo

Sábado 18

Sí, lo sé: durante dos semanas seguidas no ha aparecido el "diario". Y durante la última, no hubo "Ventanas". Y no porque hubieran dejado de ocurrirme cosas, ni de ocurrírseme, sino porque materialmente no tuve tiempo más que para *Rosalba y los Llaveros*.

Hace ya una semana exacta desde su estreno, hace ocho días. Lo habíamos anunciado profusamente. El presidente había aceptado concurrir. Tenía yo el telegrama, firmado por Roberto Amorós, aun cuando desde un principio abrigué el temor de que a causa de que iba a caer el estreno en sábado, a última hora no fuera a venir, pues sé que por nada del mundo deja sus fines de semana fuera —y sin duda hace bien, pero osé esperar que hiciera una excepción por el teatro mexicano y por Bellas Artes. Y le había yo rogado al doctor Gamboa que le recordara en su acuerdo del viernes, y que le acompañara. Y nos habría hecho tan felices, y además, estoy seguro, se hubiera divertido tanto. Pero la víspera recibí un correograma y una carta. El correograma me avisaba que el señor presidente no podría concurrir por compromisos contraídos con anterioridad, y que se haría representar por el licenciado Gual Vidal, secretario de Educación Pública. Y la carta me comunicaba que el licenciado Roberto Amorós se vería detenido por quehaceres urgentes, y que tampoco vendría sino en otra ocasión.

Me decepcionó mucho saberlo, por supuesto, pero no quise decírselo a los muchachos para no desanimarlos. Y seguimos el ensayo general. El segundo. El miércoles habíamos tenido otro, durante el cual me acometió un repentino temor. Súbitamente, los chistes de la obra habían dejado de hacerme gracia. Y los finales de los actos segundo y tercero se me aflojaban como atole; carecían de la fuerza del clímax necesario. Algo faltaba en posiciones, en movimientos, en ritmo, que frustraba peligrosamente esos dos finales.

Dejo siempre unos hilos sueltos en la dirección de las obras para los últimos ensayos. Ya sé que no debe hacerse, pero profeso acerca de la *regía* ideas muy personales, hijas de la experiencia y de mi concepto sobre esa forma de creación artística, que me hacen considerar los "últimos toques" como necesarios de reservar para el final, a fin de que se hallen frescos y maduros para el día del estreno. Es como una salsa, que no puede hacerse sino hasta el momento de ir a culminar, con verterla encima, la cuidadosa preparación de un buen platillo.

Y sin embargo, la salsa no me salía: digamos que se me cortaban los huevos de la *bernaise*, o que se me ajaba la mayonesa. Callado, en la oscuridad de la sala, con el micrófono a mano para dictar instrucciones, con el atril encendido para tomar notas, veía a los muchachos actuar, llegar a esos finales, detenerse, marchitarse la acción. Y me angustiaba. Me angustiaba tanto, que cuando al fin di con lo que hacía falta, y establecí y fijamos el ritmo acelerado de los nuevos y definitivos movimientos, me sentí como apaleado, me dolían los huesos, me fui directamente a casa, me eché en la cama, y me entró una temblorina como de paludismo, que me hizo pensar que al día siguiente no podría levantarme.

Ahora que ya pasó el susto puedo recordarlo con tranquilidad, y medir lo que habría pasado si en vez de ser *Rosalba* el éxito rotundo que fue, hubiera resultado que yo me había equivocado, que yo había exagerado los méritos de la obra, o que por ineptitud la hubiera echado a perder con una mala dirección. ¡Se jugaban tantas cosas!

Se había venido murmurando que el Instituto, que concretamente yo, era enemigo del teatro mexicano. Yo había estado buscando y pidiendo por todas partes obras mexicanas buenas para ponerlas. A Xavier le pedí, antes que a nadie, que dirigiera la obra mexicana de la Temporada Internacional, y que me ayudara a escogerla. Me trajo una de Agustín Lazo, acabada de escribir, que se llama *El don de la palabra*. Aun antes de leerla, estuve seguro de que sería buena, pues Agustín no es ningún tonto, y Xavier la recomendaba. Apenas le opuse el reparo de que pudiera la gente pensar que no poníamos obras más que de los amigos, pues Agustín, Xavier y yo lo somos desde hace años de años. Xavier entonces me hizo la apología de Agustín. Me explicó que es el único dramaturgo mexicano que se ha propuesto un programa nacional, y que lo ha cumplido escribiendo cuatro obras de otros tantos periodos de nuestra historia: una colonial, con el tema de don Juan Manuel; una —*Segundo imperio*— con el tema de Carlota y Maximiliano; otra de la época porfiriana, *La rueda*, y ésta de la época moderna, *El don de la palabra*.

Me la llevé, la leí. Me pareció muy deprimente. Pasa en una familia como las de Usigli, en que todo el mundo se detesta: el muchacho se ha llevado el coche y lo ha chocado con el de un político; la señora nunca ha sido feliz con su marido, y por fin, la muchacha revela estar enamorada de su tío carnal, el hermano de su madre, que es un señor casado, y llevar en el vientre un hijo suyo. Y cuando la familia, la mamá y el papá, acceden a que su hija se case con su tío, y ya van a salir de escena, surge de la recámara en que estaba durmiendo el

amigo del muchacho y exnovio de la muchacha, coge una pistola que ha dejado por ahí la nana y le da un certero balazo al tío que iba a casarse con su sobrina. No hay una sola sonrisa a lo largo de toda la obra, que es amarga y sombría.

Le dije mi opinión a Xavier; cómo yo preferiría una obra alegre, optimista. Y él me explicó que este amargo y desquiciado es el estado real del mundo moderno, y que el teatro tiene que reflejarlo. Que así lo hacen Sartre y Salacrou. Y se enfadó mucho. Estaba presente Carlos Riquelme, y delante de él me echó una larga filípica, haciéndome ver que mi deber era el de alentar a los dramaturgos nacionales, y conminándome a incluir una obra mexicana en la temporada internacional. Pero cuando yo le orillaba a escoger otra, y a dirigirla, dijo rotundamente que no dirigiría más que aquélla de Agustín, y ahora, ni ésa. Y se marchó muy enfadado.

De suerte que yo estaba realmente en un brete, con la temporada encima, con el deseo, sobre la obligación, de poner una obra mexicana, y sin ella. Fue entonces cuando ocurrió que pusiera toda mi fe en Carballido —en ese muchacho flacucho, cara de pájaro, del que había visto una obrita en un acto durante unos exámenes de la Escuela de Arte Teatral. Lo llamé y le pedí una obra en tres actos si la tenía. Y aconteció que la tenía, garrapateada en un enorme libro de contabilidad, sin sacar en limpio, sin haberle pasado jamás por la mente que se le fuera a pedir ni a poner. Lo instalé día y noche a copiarla en máquina, a dictarla. Y en cuanto hubo pasado el primer acto y lo leí, estuve seguro de que mi corazonada era certera, y procedí a hacer el reparto y a que sacaran copias, y a mandar a hacer la escenografía, y a ensayar el primero mientras estaban los otros dos actos.

Se jugaba, pues, mi elección de la obra mexicana. Se jugaba también el futuro de Carballido, puesto que iba a tener un *debut* como nadie lo ha tenido jamás. Se jugaba la temporada toda, de la que esta obra sería la primera. Y se jugaba la reputación de los muchachos, puesto que ésta es la única obra de la temporada que harían ellos solos, y yo seguí en mis trece de no llamar a ningún actor profesional, en tanto que los demás directores tienen muchos en sus repartos. Me eché a cuestas la decisión rotunda de sacarlo todo adelante lo mejor que se pudiera. Había que construir a Carballido publicitariamente, pues nadie lo conocía, antes de lanzar su obra, pues una vez lanzada ella tiene méritos propios y eminentes que le granjearían solos la copiosa, entusiasta, espontánea crítica excelente que ha tenido después. Yo tenía, en suma, que dejarlo a la puerta de la consagración, que llevarlo a ella para desaparecer después. Y lo hice con enorme gusto, con un gusto en el que acaso entraba en alguna medida la satisfacción de demostrarles a los autores consagrados que cuando ellos menosprecian el trabajo de los nuevos, proceden como los actores viejos frente a los muchachos del Instituto. Con el gusto de

ver que no me había equivocado cuando apetecía por el público y en su nombre un teatro que no tuviera que ver con las modas extranjeras, y que no fuera el producto de la amargura, sino la sonrisa de la juventud más auténtica y mexicana. Trabajé en la dirección de *Rosalba* con todas mis fuerzas, a todas las horas, como si me fuera en ello la vida; poniéndome con humildad al servicio de otro escritor, conforme con que por la primera vez en mi vida mi nombre apareciera debajo de otro y con tipo menor.

Y ahí estuvo el resultado: un teatro pletórico y vibrante de entusiasmo; feliz, atrapado por la historia, metido en aquella casa de provincia, viviendo, respirando su atmósfera y sus problemas; aplaudiendo a rabiar, provocando telones y telones, asistiendo al nacimiento del teatro mexicano más mexicano y más teatro y más de nuestro tiempo. Y no solamente el sábado, por cortesía de invitados, sino en las demás funciones que hasta ahora lleva la obra.

A la cual no le hice más corte que el del segundo telón que le marcaba el autor. Era novedoso y original, pero anticlimático. Él lo defendió mucho al principio, pero a la fecha está convencido de que tuve razón en terminar la obra como la termino. Pero el segundo acto, que dura una hora entera, no lo toqué. Y no se siente que dure una hora. Todo es tan ágil, tan rápido: los contrastes tan inesperados, tan graciosos, que mantienen al público en suspenso y le proporcionan desfogues estupendos.

No le corté tampoco las expresiones fuertes, que en realidad se reducen a dos: la palabra "pinche" empleada como adjetivo por la criada cuando dice que no piensa amanecer en aquella "pinche casa", y la mentada silenciosa con que se despide de ella al amanecer. No veo por qué se ha de asustar la gente de oír en el teatro expresiones que oye en la calle y en su casa constantemente, cuando además el teatro norteamericano está lleno de *damneds* y de *sonofabitches*, y el francés de *merde* y de *putain*. Pero hubo quien se escandalizara: entre todos los cronistas y críticos, el del *Redondel*, que a lo mejor escuchó Icaza cuando la criada dijo casa, y que es el único que encontró mal la obra. Todos los demás han volcado su entusiasmo y sus elogios sin reparos mojigatos.

Gachita Amador, que iba originalmente a hacer el papel de la loca Nativitas, nos hizo el flaco y divertido servicio de escribir un artículo entusiasta que no sé cómo le publicaron en *Excélsior*, en que elogiaba la obra, pero decía que se trataba en ella de mujeres tlacotalpeñas en brama, lo cual es falso. Y en Tlacotalpan lo resintieron mucho. El corresponsal del *Dictamen* de Veracruz escribió muy airado en defensa de la virtud de las mujeres de ese lugar, hubo otra carta en *Excélsior* a ese propósito, y el día del estreno me avisaron que estaba en la sala un grupo de tlacotalpeños dispuestos a abuchear la obra y a hacer un escándalo. Yo no me preocupé, porque sabía que en cuanto

la vieran se convencerían de que era falso que Carballido se metiera en ella con las damas de Tlacotalpan. Y naturalmente no pasó nada, sino que ese grupo se sumara a los aplausos, y que en otras representaciones haya habido gritos de ¡viva Veracruz!

Ahora sólo falta que Carballido siga adelante y que se administre bien. Yo no creo que se le eche a perder con este éxito inicial. No lo ha envanecido en lo absoluto. Sólo los tontos se envanecen de triunfos que los inteligentes tienen que tomar como lo naturales que son. Y sigue personalmente en las nubes en que vive tan a gusto. El señor Gelmann, productor de Cantinflas, que vio la obra el día del estreno, se entusiasmó con ella y le pidió a Fernando Gamboa que le enviara inmediatamente a ese muchacho para encargarle en el acto una historia para Cantinflas. Y Carballido no ha ido a verlo. No tiene prisa, ni ambiciona el dinero. Para el día del estreno, lo obligué a comprarse un traje oscuro, pues anda siempre o con una chamarra o con un saco claro y sin corbata. Y se compró también una corbata colorada a rayas, como de caramelo, que naturalmente no le permití estrenar en aquella solemne ocasión. Su madre, una señora guapísima, hermosa, de lindos ojos azules, excelente pianista, anduvo con él y con los muchachos la noche del estreno, feliz del éxito de su hijo; y cuando ellos resolvieron rematar en Leda, la señora, recordando la última frase de esta obra de Emilio que ella no sabía siquiera que tuviera ya terminada, exclamó: "Todo el mundo puede ser joven... todo el mundo es joven en realidad... Vamos a Leda."

Sábado 25

Hube de quedarme en México toda la tarde, aunque ya no tenía nada que hacer, para aguardar hasta que fuera la hora de llevar a la XEW los 10 000 pesos que desde hace días traía conmigo en un cheque a nombre del Bachiller Gálvez: el famoso premio en metálico del Instituto a la persona o institución que más hubiera hecho por el teatro mexicano en 1948. El Bachiller me había indicado que debía hablar, y Duprez me avisó que tres minutos. Primero pensé improvisar frente a las circunstancias, pero al fin, ya como a las ocho, resolví escribir dos hojas y media a mano, en el estudio, con mi pluma roja. Me metí al foro mientras corría *El emperador*, para hacer tiempo, y a las diez y media nos fuimos a la W Concha Sada, Rosa María, Toño y yo.

Ya estaban en la sala de transmisiones casi todos los invitados a recibir los trofeos que el Bachiller compró con su dinero: los Alarcones, unas estatuillas de bronce instaladas en una mesa, envueltas en celofán y destinadas al mejor esto y lo otro de 1948. Sonó la conocida música de su programa de noticias, y el Bachiller leyó los habituales

elogios del clima de Fortín y del Hotel Ruiz Galindo, y entonces empezó, anunciada por Pedro de Lille, la ceremonia propiamente dicha, consistente en llamar a los mejores de 1948 y entregarles una hermosa muchacha estrella de radio sus estatuillas. El estímulo, el premio, el reconocimiento al teatro mexicano, comenzó por el del director Seki Sano, japonés, por la obra norteamericana *Un tranvía llamado deseo*.

El Instituto, me hizo notar el Bachiller, se llevó cinco premios: uno Julio Prieto, por la escenografía de *Mefistófeles*; otro Oralia Domínguez, como la mejor cantante; otro Roberto Silva, por lo mismo; otro Pablo Moncayo, por la música de *La mulata de Córdoba* y —en la medida en que la hicieron por encargo del Instituto— Xavier y Lazo otro por su libreto para la misma ópera. La pobre *Astucia* tendrá que conformarse con el premio de haber sido representada cincuenta y siete veces y haber sido la obra de teatro que más dinero dejó al Instituto en 1948, y la que más difundió el conocimiento por el teatro de la novela más mexicana, indigna como fue de que don Aquiles Elorduy, Enrique Uhtoff, Panchito Monterde, Xavier, el Bachiller y Sotelo Inclán, le tiraran un lazo, ya no digo a mi evidentemente inepta adaptación, pero ni siquiera a la hermosa música de Blas Galindo. Sea por —lo que sea.

Me llegó entonces mi turno de hablar, y produje las palabras siguientes:

> Señoras y señores: estimo como un gratísimo privilegio el de ser esta noche portador del premio de 10 000 pesos en efectivo que el Instituto Nacional de Bellas Artes pone en las manos entusiastas de Álvaro Gálvez y Fuentes para que él lo entregue a la persona o institución que a juicio del jurado lo haya merecido por su labor en pro del teatro mexicano en 1948.
>
> Y puesto que la gentileza del organizador de este programa; del autor de la idea de ofrecer anualmente a los cultivadores del teatro en México el estímulo de una recompensa y de unos trofeos, me ha deparado la oportunidad de hablar tres minutos, séame permitido aprovecharlos en exponer —principalmente para el vasto auditorio del aire que nos escucha— un breve panorama del estado actual del teatro —a partir, sobre todo, del año cuyas actividades señalan los trofeos que esta noche se otorgan.
>
> El año de 1947 fue el primero de la actividad artística organizada bajo los auspicios de un gobierno lúcido y culto. Fue, es decir, aquél en que empezó a funcionar el Instituto Nacional de Bellas Artes, con el deber de impulsar el desarrollo de la música, de las artes plásticas, la literatura, la arquitectura, la danza —y el teatro. Nadie que sepa la amplísima medida en que el arte es en todos los viejos, experimentados, civilizados países europeos, una actividad sostenida por el Estado con fuertes presupuestos, podrá extrañarse de que en México se atendiera por fin a esta importante preservación de nuestros tesoros espirituales con un

celo compatible con nuestra modestia económica. Nadie sino aquellos espíritus mezquinos que vieran un lujo y censuraran un despilfarro en lo que no era sino la atención de una necesidad imperiosa de la cultura. Por desgracia, son abundantes esos mezquinos espíritus, y el Instituto Nacional de Bellas Artes iba a recibir, sigue recibiendo, su zarpazo, mientras desarrolla su trabajo.

1947 fue un año en que cuatro obras de mexicanos se estrenaron en Bellas Artes. Fue también el año en que al analizar minuciosamente el problema del teatro en México, el Instituto partió de realidades inmediatas —en actores, en repertorio, en público remiso— hacia cautivadores y remotos ideales; adiestrar a actores jóvenes que reemplazaran a los absorbidos por el cine; forjar un público futuro en los niños, convocar el interés del público mediante la oferta de un repertorio selecto del teatro universal puesto en escena con la máxima dignidad posible y a precios mínimos.

Fuimos criticados: nuestros actores, decían, eran "aficionados". Y no hacíamos caso de los autores mexicanos. La realidad es que de las dieciocho obras estrenadas hasta la fecha, desde 1947, en Bellas Artes, siete o más de la tercera parte, fueron de mexicanos; que este año de 1950 el Instituto ha descubierto y va a presentar con todos los honores a un joven y brillante autor mexicano, Emilio Carballido; que tiene convocados dos concursos teatrales sobre Cuauhtémoc, y que va a convocar a otro de comedias mexicanas que integren exclusivamente su repertorio para la temporada de otoño de este año. Partimos, ya lo he dicho, de realidades; pero vamos alcanzando los ideales de crear la demanda del teatro para favorecer la oferta de los autores mexicanos. No podía ser otra la misión de un Instituto Nacional de Bellas Artes.

Y mientras trabajamos, a nuestro alrededor se proyecta de modo evidente el estímulo que en 1950 nos pone frente a una plausible y fervorosa actividad teatral. Los "aficionados" adquieren por primera vez una profesión llena de promesas, y el público aumenta para ellos —y se crea para los autores mexicanos.

La acción del Estado, pues, se hace sentir en el teatro. Es su deber, y apenas puede decirse que su generosidad en la medida en que toda acción fecunda ha de ser generosa a la vez que estricta. Estricta en una crítica sin mezquindades; generosa en la estimación del esfuerzo y en la solidaridad de los objetivos.

Nada me gustaría más que hacer el elogio de las personas que van a recibir los trofeos. Me lo impide el secreto —adecuadamente teatral y sorpresivo— en que se han mantenido sus nombres. Seguro como estoy de que el honorable jurado ha procedido, a la vez que con rigor, con generosidad, llego al límite de mis tres minutos de locuacidad felicitándoles por su triunfo y elevando una imaginaria copa —de utilería, digamos— por su ventura personal y por su contribución eminente al teatro mexicano.

Dije esto a medio programa, luego siguió el reparto de premios y la revelación de que los 10 000 pesos, que entregué al Bachiller serían entregados por mitad a doña Virginia Fábregas y a Luis G. Basurto

como premio por la Temporada de Autores Mexicanos que en 1948 llevaron a España. Manolo Sánchez Navarro y Basurto lo agradecieron y anunciaron que doña Virginia acaba de ser operada de un ojo y va a serlo del otro, y luego habló don Aquiles Elorduy para sugerir que se integrara un Patronato de Teatro que les exigiera a los ricos gastar su dinero y su tiempo en patrocinar ese espectáculo en vez de ponerse a jugar canasta uruguaya. Don Aquiles, evidentemente no acostumbrado a medir sus palabras dentro del angustioso marco del tiempo del radio, se pasó de sus tres minutos y tenía muy nervioso, con el reloj en la mano, al Bachiller y a Duprez.

Yo me fui a casa, y los muchachos, que habían ido a la ceremonia, se fueron con el maestro Villaurrutia a tomar una copa en su estudio. "Una copa de utilería", como dicen que citó mis palabras el maestro.

Y realmente, a veces ni yo mismo lo entiendo.

Abril

Jueves 6

En nuestro lenguaje diario hay un grupo de palabras prohibidas, secretas, sin contenido claro, y a cuya mágica ambigüedad confiamos la expresión de las más brutales o sutiles de nuestras emociones y reacciones. Palabras malditas, que sólo pronunciamos en voz alta cuando no somos dueños de nosotros mismos. Confusamente reflejan nuestra intimidad; las explosiones de nuestra vitalidad las iluminan y las depresiones de nuestro ánimo las oscurecen. Lenguaje sagrado, como el de los niños, la poesía y las sectas. Cada letra y cada sílaba están animadas de una vida doble, al mismo tiempo luminosa y oscura, que nos revela y oculta. Palabras que no dicen nada y dicen todo. Los adolescentes, cuando quieren presumir de hombres, las pronuncian con voz ronca. Las repiten las señoras, ya para significar su libertad de espíritu, ya para mostrar la verdad de sus sentimientos. Pues estas palabras son definitivas, categóricas, a pesar de su ambigüedad y de la facilidad con que varía su significado. Son las malas palabras, único lenguaje vivo en un mundo de vocablos anémicos. La poesía al alcance de todos.

Cada país tiene la suya. En la nuestra, en sus breves y desgarradas, agresivas, chispeantes sílabas, parecidas a la momentánea luz que arroja el cuchillo cuando se le descarga contra un cuerpo opaco y duro, se condensan todos nuestros apetitos, nuestras iras, nuestros entusiasmos y los anhelos que pelean en nuestro fondo, inexpresados. Esa palabra es nuestro santo y seña. Por ella y en ella nos reconocemos entre extraños y a ella acudimos cada vez que aflora a nuestros labios la condición de nuestro ser. Conocerla, usarla, arrojándola al aire como un juguete vistoso o haciéndola vibrar como una arma afilada, es una manera de afirmar nuestra mexicanidad.

Toda la angustiosa tensión que nos habita se expresa en una frase que

> nos viene a la boca cuando la cólera, la alegría o el entusiasmo nos llevan a exaltar nuestra condición de mexicanos. ¡Viva México, hijos de la chingada! Verdadero grito de guerra, cargado de una electricidad particular, esta frase es un reto y una afirmación, un disparo, dirigido contra un enemigo imaginario, y una explosión en el aire. Nuevamente, con cierta patética y plástica fatalidad, se presenta la imagen del cohete que sube al cielo, se dispersa en chispas y cae oscuramente. O la del aullido en que terminan nuestras canciones, y que posee la misma ambigua resonancia: alegría rencorosa, desgarrada afirmación que se abre el pecho y se consuma a sí misma.
>
> Con ese grito, que es de rigor gritar cada 15 de septiembre, aniversario de la Independencia, nos afirmamos y afirmamos a nuestra patria frente, contra y a pesar de los demás. ¿Y quiénes son los demás? Los demás, son los "hijos de la chingada": los extranjeros, los malos mexicanos, nuestros enemigos, nuestros rivales. En todo caso, los "otros". Esto es, aquellos todos que no son lo que nosotros somos. Y esos otros no se definen sino en cuanto hijos de una madre tan indeterminada y vaga como ellos mismos.
>
> ¿Quién es la chingada? Ante todo, es la madre. No una madre de carne y hueso, sino una figura mítica. La chingada es una de las representaciones mexicanas de la maternidad, como la Llorona o la "sufrida madre mexicana" que festejamos el diez de mayo. La chingada es la madre que ha sufrido, metafórica o realmente, la acción corrosiva e infamante implícita en el verbo que le da nombre. Vale la pena detenerse en el significado de esta voz.

Los párrafos transcritos corresponden al capítulo IV, "Los hijos de la Malinche", del magnífico libro de Octavio Paz *El laberinto de la soledad*, que acaba de publicar Cuadernos Americanos, y que el sábado pasado compré y leí, encantado, de un tirón. Yo ignoraba que Octavio Paz fuera tan excelente prosista, tan sutil pensador, tan buen ensayista como es insuperable poeta. Me había hecho llegar, por Relaciones, desde París, donde trabaja en la embajada, su *Libertad bajo palabra*, poemas estupendos de que no le acusé recibo porque confieso la culpa de que no lo hago nunca. Me llamó pues la atención ver en Misrachi este libro suyo, que supuse novela, y que me dio la sorpresa de ser un puñado de bien estructuradas meditaciones sobre el mexicano y la mexicanidad, de la más limpia y brillante inteligencia. Lo que en este libro sigue de lo que he transcrito sobre las "malas palabras", deben leerlo todos; deben, en realidad, leer todo el libro. Sólo que yo escogí estos párrafos, y me interesó particularmente esta exégesis de las "malas palabras", porque una de las críticas, acaso la única, más persistentes, la que se ha filtrado hasta las "altas esferas" a propósito de la *Rosalba y los Llaveros* de Carballido, es la que encuentra censurable que en esa obra la criada llame "pinche" a la casa en que sirve, y que al abandonarla, se devuelva de la puerta, dispare casi al oído de Lorenzo una frase que no se escucha, o de la

que apenas se escucha la *ch* inicial, e incluya en su envío ("y usted, y usted, y usted dos veces, y todos, ¿lo oyeron?, ¡todos!") a todos los personajes que hay en ese momento en la escena.

Carlos Chávez no ha visto *Rosalba*. En vísperas de su estreno, se marchó a Los Ángeles, y ahora que vamos a reponerla pasado mañana, estará en Acapulco. Pero desde antes de irse la primera vez, me recomendó mucho que le quitara las "malas palabras" que sabía que tenía la obra. Si hubo desobediencia en no encontrar yo "malas" aquellas palabras, entonces lo desobedecí. La obra se estrenó tal y como su autor la escribió, y así gustó mucho, y nadie se sintió ofendido. La vio el ministro Gual Vidal, en representación del señor presidente, y observadores próximos de su palco me comunicaron que simplemente había fruncido un poco el entrecejo cuando la criada riñe con la familia. Días más tarde, Fernando Gamboa me avisó que el ministro había recomendado que le quitáramos esa palabra a la criada de la boca. Que en todas partes había oído opiniones muy favorables para la obra, pero que le decían que esa expresión la afeaba innecesariamente. Don Andrés Serra Rojas me había dicho lo mismo. Y aun cuando fuera contra toda mi voluntad, obedecí en la última función. Ya no se oyó lo que decía la criada a la salida. Y el resultado fue que la escena se aguara, se aflojara completamente.

Un "perifonema" de *Últimas Noticias* de antier, cuyo recorte me llegó ayer, dice falsedades a propósito de algunas actividades del Instituto. Asienta que los niños de las escuelas fueron llevados a ver la exposición de Diego Rivera, y obligados así a contemplar cuadros inmorales. Y agrega que en Bellas Artes ha estado representándose una obra atrevida de lenguaje soez, "Rosalba y los llaneros" (con ene), y que también se ha llevado a verla a los niños de las escuelas. Dice además que ya a su tiempo censuró que en el templo de San Diego, erigido por el pueblo para otra cosa, se presentaran vodeviles.

Todas estas noticias son falsas. Los niños son llevados a todas las exposiciones, pero Diego Rivera no es un pintor pornográfico ni inmoral, y de su exposición —que fue un acontecimiento artístico sin precedente en México— no visitaron la sala en que colgaba Pita Amor desnuda, si eso constituye una inmoralidad.

Luego, no es cierto que en el templo de San Diego se hayan representado vodeviles. Deben de haber oído cantar el gallo, y no supieron por dónde. El grupo San Diego (que no trabaja en San Diego porque entre otras cosas nunca se han dado ahí funciones, ni se darán hasta tanto no esté convertido en teatro, para lo que faltan meses) dio en la Sala Latino una sola obra de teatro que no era ningún vodevil, sino una comedia de Pirandello.

Y por último, tampoco es cierto que se haya llevado a los niños a ver *Rosalba*. El teatro infantil, al que sí van los niños, es muy otra cosa; celebra sus temporadas por las tardes y por las mañanas, con obras

especiales que primero se discuten con los inspectores de las escuelas. El teatro para adultos, que se da por las noches, es para un público mayor de edad, y que no puede pensarse que se choquee con escuchar en boca de una criada un adjetivo que se escucha a cada rato.

Sin embargo, el recorte de ese perifonema ya le había llegado también al ministro cuando ayer Carlos Chávez fue a su acuerdo con él. Y aun cuando por supuesto él sabía que era falso que *Rosalba* se estuviera dando en funciones infantiles, debe de haber reiterado su recomendación de que se suprimiera la mala palabra del vocabulario de la criada enfadada, porque Carlos me reconvino a causa de que a pesar de su indicación, yo la hubiera dejado.

Mañana he citado a los muchachos para un ensayo de *Rosalba* antes de reanudar sus funciones el sábado de Gloria. Y haré que Luz diga "su mugre casa" en vez de "su pinche casa"; y que en vez de la otra semimuda expresión, mande simplemente al diablo a sus patrones: "Vaya usted al diablo, o al cuerno, o a la porra —y usted, y usted y usted dos veces, y todos, ¿lo oyeron?, ¡todos!" A ver cómo suena.

El caso, ya ve usted, es que con todo esto del teatrito no le faltan a uno mortificaciones. Ayer en la tarde, por ejemplo, me disponía yo a bajar al ensayo del *Cyrano* —que no pudo estar listo para las fechas anunciadas, ni rematar así brillantemente la temporada internacional; sino que tendría que darse el 11 y el 14, la semana entrante— cuando me llamó por teléfono Rodolfo Landa. Me dio mucho gusto saludarlo, y lo recordé con su guapa Avelita, su esposa, y sus chicos. Pero no era un *social call,* sino un *business call.* Se trataba de la temporada del Instituto en la Sala Latino, que empezaremos —si al fin la empezamos el sábado de Gloria con el *Montserrat* de Emmanuel Robles que dirigió Celestino Gorostiza para la temporada internacional.

Sucede que hemos tomado en alquiler la Sala Latino mientras está San Diego, y porque ya en mayo comenzará la ópera en Bellas Artes, y no podrá hacerse teatro sino hasta agosto. Es mucho tiempo de interrumpir actividades que ya prendieron tan bien con la temporada que empezamos el 20 de enero, cada vez con más público y más interés. No parece justo interrumpir el esfuerzo, que ha sido tan fructuoso por la restauración del teatro al que ya ha vuelto a acudir la gente. Desde antes, con la obra de Pirandello, hicimos el experimento de extender nuestra actividad teatral fuera de Bellas Artes, y tuvo éxito. En consecuencia, volvimos a tomar el teatro a partir del sábado de Gloria, y hasta el último de mayo, para un nuevo experimento que puede prolongarse más allá de esa fecha.

Pero mientras preparamos otras obras especiales para el pequeño foro de la Sala Latino, resolvimos desplazar allá la reposición de *Montserrat.* Vamos a reponer todas las obras de la temporada internacional, pues sería insensato haberlas montado y preparado para solas dos funciones. No todas caben en el Latino, pero sí caben

Montserrat y *Madre*, por ejemplo. Y empezamos con *Montserrat*, que dirige Celestino, porque él empleó en su reparto a seis o siete actores profesionales, y éstos están muy ocupados con el cine, y mientras más pronto se reintegren a sus lucrativas actividades antes de olvidar sus papeles, mejor.

Pero resulta que justamente a causa de haber empleado Celestino actores profesionales, o sea pertenecientes a la ANDA, la ANDA ahora, por boca de Rodolfo Landa, y ante la Federación Teatral en un oficio comunicado a Miguel Ángel Romero, su secretario de conflictos, trata de considerar esta temporada del Instituto como comercial de una empresa privada, y de imponer, primero, una planta de empleados que no son necesarios —se les explicó y retiraron esa exigencia—; y ahora, la firma de contratos por el Instituto y con la ANDA, para los actores profesionales que tomó Gorostiza para el *Montserrat*. De paso, me anunció Rodolfo que él y su comité quieren hablar conmigo el lunes a las doce para un asunto de carácter general; con objeto de hacer más cordiales y frecuentes las relaciones del INBA y de la ANDA. Tendré, por supuesto, el mayor gusto en recibirles el lunes, y en que hablemos.

Por lo pronto, le comuniqué que yo no estoy facultado para contratar, y que tendremos que esperar hasta el lunes que se reanuden las labores en el Instituto para que esto se resuelva como deba ser. Si ocurre que como me advirtió en un principio, no puede levantarse el telón el sábado en la Sala Latino si antes no se ha firmado con la ANDA el contrato de los actores profesionales, yo sentiré mucho que el telón no se levante, pero no será ciertamente culpa mía, porque yo no podré firmar nada. No lo hicimos cuando trabajaron en Bellas Artes esos mismos actores en esa misma obra, ni con Dalia en *Madre*, y tengo la impresión de que ningún funcionario puede contratar, en nombre del Estado, con sindicatos.

Abrigo la esperanza de que todo se solucionará, y de que los actores y la Federación Teatral toda comprenderán que el Instituto no puede ser tratado como una empresa privada. Y que el deber de todos los que intervienen en el arte teatral, desde cualquier ángulo, es el de ayudar al Instituto a vigorizarlo; desde el punto de vista sindical mismo, porque así se crearán más fuentes de trabajo para los actores, a medida que resurja y aumente el gusto por el teatro.

Por lo demás, nuestras relaciones con la Federación, dentro de la ortodoxia oficial, no pueden ser mejores, ni más convenientes para ella. La atareadísima temporada que acaba de pasar, con sus complicados montajes, sus catorce obras puestas en tres meses, sus ensayos simultáneos de todas ellas, requirió los servicios de tramoyistas, utileros, apuntadores y electricistas, en número que rebasó en mucho más del doble la planta propia de Bellas Artes, y por muchas horas extras, lo que vino a redundar económicamente en buenas oportuni-

dades de trabajo para treinta o cuarenta trabajadores de la Federación. Con Autores tampoco tenemos nunca problema, ni ellos con nosotros. Los derechos de autor, que se causan copiosamente en un teatro de cupo tan amplio como Bellas Artes, y ahora ya tan bien concurrido, son siempre puntualmente cubiertos a la Unión, cosa que acaso no suceda en otros teatros, o que aunque suceda en ellos, no rinde lo mismo, porque son más pequeños o menos concurridos.

Pienso pues que con Actores podremos entendernos cordialmente, ya que nuestros fines más altos coinciden. Y si, como sospecho, en el fondo prevalecen resentimientos personales con Gorostiza, ojalá que éstos se resuelvan en las explicaciones que seguramente él está dispuesto a dar en cuanto se las pidan, porque lo curioso es que nadie se las ha pedido.*

Perfil de la ciudad de México

Sabemos, aunque sin mucha precisión en cuanto a la hora, el día ni el mes, cuándo se fundó la ciudad de México. Los historiadores no están todos de acuerdo: Tezozómoc señala el año de 1326; el padre Durán, el de 1318; Mendieta, el cacique de Tlaxcala, el de 1321; Sahagún, Veytia, Betancourt, Sigüenza y Góngora y Boturini, 1327. Pero el Códice Mendocino marca el año de 1325 y establece el número favorito: igual fecha da Clavijero, y con él, Chimalpahin, Gemelli Carreri, Carbajal Espinosa, el barón de Humboldt, Orozco y Berra, Roa Bárcena y casi todos los posteriores y mejor informados historiadores, en mayoría abrumadora de votos, precisan el mismo año *II calli* del Calendario Azteca —correspondiente al juliano 1325— como el año de la fundación de la que con el tiempo llegaría a ser la Gran Ciudad de México Tenochtitlan.

Dos largos siglos llevaban los aztecas de peregrinar, desde su misterioso, perdido origen en el norte, por California, en busca de la Tierra Prometida. Cruzaron inmensas regiones: lo que hoy son los estados de Chihuahua, Sinaloa, Nayarit, Jalisco, Zacatecas, Michoacán, Hidalgo y México. Solían detenerse aun por años en tierras propicias, cultivarlas para su sustento. Pero reanudaban la marcha, porque su dios les ordenaba proseguirla hasta no dar con el sitio elegido por él para asiento de la prosperidad y del imperio azteca: un lago en cuyo centro, sobre unas peñas, un águila parada sobre un nopal se hallara en trance de devorar a una serpiente.

* Con la anterior inserción terminó "El diario de Salvador Novo" que durante siete años había publicado en la revista *Mañana*. En septiembre de 1950 S.N. reanudó sus colaboraciones en esas páginas. La nueva sección se llamó "Cartas viejas y nuevas de Salvador Novo", e iniciada con la crónica "Perfil de la ciudad de México", prosiguió con verdaderas cartas dirigidas a don Daniel Morales, director de *Mañana*. (N. del e.)

Más de un siglo —desde 1216— llevaban los aztecas de buscar acomodo en el valle de Anáhuac. En 1245 lograron aposentarse en Chapultepec. Pero los vecinos no los querían, porque eran industriosos, sanguinarios, prácticos y belicosos. Cada vez que abandonaban un lugar de su peregrinación incesante, dejaban en él a los enfermos y a los ancianos, para ir ligeros y sin estorbo. Y hacían sacrificios humanos.

Por fin, en 1325, ocurrió el esperado milagro. Los sacerdotes vieron en el centro del lago el símbolo anunciado por los dioses. Y ahí, sobre el agua salada del lago de Anáhuac, los aztecas fundaron y construyeron una de las ciudades más maravillosas y extraordinarias del mundo.

Otros dos siglos les bastaron para edificar sobre el agua. En el centro del lago que ocupaba el fondo del valle de México —soberbio anfiteatro de más de noventa leguas en redondo, circundado completamente de altísimas montañas entre las que descuellan el Popocatépetl, el Iztaccíhuatl y el Ajusco—, la ciudad se comunicaba con tierra en distintas direcciones por medio de grandes calzadas de extensión no menor de dos leguas cada calzada. La principal, que partía de Ixtapalapa, era "tan ancha como dos lanzas", y "tan bien obrada que podían ir por ella ocho de a caballo a la par". Por esa calzada entró Cortés con los suyos. Recordándola, evoca Bernal Díaz: "Y de que vimos cosas tan admirables, no sabíamos qué nos decir, o si era verdad lo que por delante parecía, que por una parte en tierra había grandes ciudades, y en la laguna otras muchas, e viamoslo todo lleno de canoas, y en la calzada muchas puentes de trecho a trecho, y por delante estaba la gran ciudad de México." Con "más de cincuenta mil casas"; tan grande "como Sevilla y Córdoba"; de calles anchas y rectas con una mitad de tierra y la otra de agua, y unidas todas en los cruceros por anchos y sólidos puentes. Su traza y disposición la semejaban grandemente a Venecia. En *El licenciado Vidriera*, Cervantes, que no conoció a México, lo recuerda sin embargo, y lo compara a Venecia.

Trescientos mil habitantes poblaban sus cincuenta mil casas, templos, palacios, jardines flotantes, fruto de dos siglos de industria, rigor y talento. El año de 1521 decide, con su conquista, la suerte de la ciudad. Será arrasada, demolida, destruida, derribados y despedazados sus ídolos y templos, borrado hasta el recuerdo de su disposición y traza. Mientras los conquistadores, huyendo de la peste, se instalan en Coyoacán, Cortés ordena que sobre las ruinas de Tenochtitlan se erija la nueva ciudad, "por la grandeza y maravilloso asiento della". Lo ordena

> ...contra la voluntad de todos o los más que a la sazón estaban y residían en esta Nueva España, los cuales deseaban y querían que se hiciese en

> Coyoacán, o en Texcoco, o en Tacuba, porque era tierra firme y lugares más sanos y cerca de montes y de mucha agua y tierras, y las casas no se hicieran con tanto trabajo; y que el dicho don Fernando Cortés no quiso sino hacer esta ciudad en el lugar en que ahora está.

El padre Motolinía, grande y compasivo amigo de los indígenas, nos pinta con vivos colores, entre las plagas que sufrieron los naturales, la reedificación de la ciudad,

> en la cual los primeros años andaban más gente que en la edificación del templo de Jerusalén; porque era tanta la gente que andaba en las obras, que apenas podía hombre romper por algunas calles y calzadas, aunque son muy anchas; y en las obras a unos tomaban las vigas, otros caían de alto, a otros tomaban debajo los edificios que deshacían en una parte para hacer en otra, en especial cuando deshicieron los templos principales del demonio.

Abunda y es barata y diligente la mano de obra indígena. En poco tiempo, los palacios de Moctezuma y de Axayácatl se convierten en residencias de los conquistadores. Surgen iglesias y conventos con arcos y bóvedas que no conocieron los arquitectos aztecas, que tampoco conocieron las puertas, sin duda porque tampoco se conocían los ladrones —importación europea, como las puertas. Los españoles trazaron los límites de su nueva ciudad: hasta donde ahora corre el pequeño Broadway de la avenida de San Juan de Letrán. Dentro de la "traza", los españoles, fuera de ella, los indios. Entre los españoles y los indios la Iglesia: el Calvario, San Diego, San Hipólito.

La ciudad colonial es, de nuevo, admiración de propios y extraños. Las órdenes religiosas compiten en magnitud, suntuosidad de sus templos y conventos. Tan pronto como en 1554, Cervantes de Salazar puede ya describir con admiración la Plaza Mayor de México: "Estamos ya en la Plaza. Examina bien si has visto otra que le iguale en grandeza y majestad..." "Ciertamente que no recuerdo ninguna, ni creo que en ambos mundos pueda encontrarse igual. ¡Dios mío! ¡Cuán plana y extensa! ¡Qué alegre! ¡Qué adornada de altos y soberbios edificios! ¡Qué regularidad! ¡Qué belleza! ¡Qué disposición y asiento!"

Los encomenderos son ricos, muchos, y viven bien. Son "todos tan vanos y tan ricos", anotó fray Tomás Gage a principios del XVII,

> que más de la mitad tenían coche, de suerte que se creía muy por cierto que había en este tiempo en la ciudad más de quince mil coches. Los trenes de la nobleza [eran] mucho más espléndidos y costosos que los de la corte de Madrid y de todos los otros reinos de Europa, porque no se perdonaban para enriquecerlos ni el oro, ni la plata, ni las piedras preciosas, ni el brocado de oro, ni las exquisitas sedas de China.

Los siglos XVI, XVII y XVIII traen a la Nueva España y difunden en ella todas las modas de la arquitectura: desde el severo franciscano primitivo al plateresco, al churrigera, a la locura fabril del barroco que extiende su lujuria dorada y policroma por altares y por fachadas. Pero la ciudad conserva las hermosas, majestuosas proporciones que le asegura el valle. Y cuando el barón de Humboldt se asome a una ciudad cuyos excesos barrocos han sido ya rectificados y contenidos por la severidad elegante del neoclásico, el sabio barón podrá con justicia alabar la belleza y sentir la grandeza de la que llamará, en frase destinada a ser su más brillante marca de fábrica o lema "La Ciudad de los Palacios".

Pero el destino de la ciudad de México, desde sus orígenes, es el de transformarse y crecer sin cesar. A pesar de la Independencia, consumada en 1821, la ciudad sigue siendo colonial hasta mediados del siglo XIX. Pero entonces, como si en Juárez encarnaran los espíritus vengadores de Tenochtitlan, el presidente indio declara la guerra a los conventos y a las iglesias, que hace derruir y fraccionar de la noche a la mañana.

Otro suceso político contribuye a transformar la ciudad: el breve reinado de Maximiliano y Carlota, que traza el Paseo llamado más tarde de la Reforma para comunicar a Chapultepec con una ciudad que ya avanzaba hacia el poniente, en seguimiento del sol. Los alrededores de la ciudad empiezan a ponerse en moda. La ciudad que antes fue jardín y lago, es cada vez más seca y poblada ahora, y los ricos gustan de veranear en Tacubaya, en San Ángel, en San Agustín de las Cuevas —lugares risueños y lejanos entonces, ir a los cuales equivalía a emprender un viaje lleno de preparativos.

La vieja ciudad colonial destaza sus conventos en vecindades, mira convertirse sus iglesias en bibliotecas públicas, los palacios de sus grandes señores en edificios públicos. En 1864, escribía Juan N. Valle en su *El viajero en México. Completa guía de forasteros*: "Por la falta de datos estadísticos no puede decirse afirmativamente el número de habitantes que encierra la ciudad; pero se calcula en más de doscientos mil y las casas en cuatro mil doscientas."

Más o menos en ese número de apacibles habitantes recibe la ciudad en sus manos don Porfirio, el patriarcal dictador. En sus treinta largos años de tranquilo y próspero gobierno, la ciudad se extiende y se embellece europeizándose: el Correo, Comunicaciones, el Teatro Nacional (hoy Palacio de Bellas Artes) son hermosos palacios —que no tienen nada que ver con México, ni con su tradición arquitectónica, ni indígena, ni colonial. Traducen un francesismo postizo que impondrá su sello en los nuevos barrios elegantes —la Reforma, la colonia Juárez, la colonia Roma. Convierten a la ciudad de México en una sucursal de París, con sus Champs Elysées, con su Bois de Boulogne.

Pero ocurren, sobrevienen, suceden, la Revolución, el cine —y el automóvil. Los ricos huyen, abandonan sus palacios franceses. Los generales convierten en cuarteles esos palacios, y se hacen construir casas nuevas y alegres, búngalos en vez de chalets. De nuevo es el destino de la ciudad de México transformarse, sufrir la influencia de sus sucesivos conquistadores, digerirla —e influir a su vez con el clima, con la luz, con el paisaje siempre vigilante de sus viejos volcanes, en la nueva arquitectura que se le impone.

Cuarenta años más tarde, acelerado su progreso por los más rápidos transportes, la ciudad ha desbordado sus antiguos límites. Se ha incorporado aquellos pueblos —Tacuba, Tacubaya, San Ángel, Coyoacán— adonde antes solía viajarse, y que son ahora parte de la extensa ciudad. Se ha apoderado de las Lomas de Chapultepec —mucho más al poniente de donde los aztecas habitaron en 1245. Sus palacios —coloniales y franceses— se ocultan abochornados y carcomidos, humillados frente al garbo airoso de los rascacielos que han convertido en una simple calle más el Paseo de la Reforma. De menos de un millón de habitantes, rápidamente ha multiplicado su población a cerca de tres millones. Como Penélope, a diario teje y desteje su grandeza y su arquitectura. Como ella, es fiel a sí misma, a través de cambios y mudanzas.

Cartas viejas y nuevas de Salvador Novo

23 de septiembre

Querido Daniel: Usted ha insistido, tan amable como podría decirse que despiadadamente, en que escriba yo en su revista con regularidad. Sobre una mi promesa de hacerlo (a pocas cosas sé negarme, llevado acaso del consejo que una vez le oí a Alfonso Reyes, cuando en uno de esos curiosos, teratológicos "comités pro algo" le encargó el presidente que con otros distinguidos miembros fuera a conseguir no sé qué de los directores de los periódicos: no pudo menos que acatar la voluntad del presidente del comité; pero al volver a su asiento, próximo al mío, musitó: "Con no hacerlo..."), una vez llevó usted su entusiasta gentileza al extremo de anunciar la reanudación de mi firma, creo supe que en la forma de cartas. No se las escribí, y lejos de enfadarse, insistió usted, dándome un tiempo a su juicio razonable o sobrado para el asueto que todos estábamos conformes en que necesitaba. Ahora, después de haberme solicitado y de dar a la estampa un viejo artículo que yo tenía arrumbado, vuelve usted a insistirme, frente a un plato de arroz con pollo de miércoles en Prendes. Y quedamos, por fin, en que mi colaboración será todo lo periódica que yo pueda, y consistirá en cartas, viejas y nuevas, que

yo en usted dirija a cuantos se interesen en leerlas, o exhume de un archivo empolvado en que yacen muchas, mías o dirigidas a mí, que pueden revestir alguna vigencia.

¿Por qué me resisto a escribir, si éste es mi oficio más auténtico? Acaso porque después de todo las palabras escritas no son más —ni son menos— que una forma, una de las formas, en que el hombre puede expresarse y servir a los demás lo que lleve dentro. Un instrumento, una herramienta de trabajo, que a veces puede dejarse descansar para empuñar otro de igual o semejante eficaz servicio en la expresión propia y en el disfrute ajeno. Y últimamente he estado ejerciendo otros instrumentos que aunque dimanan de la palabra y se consagran a servirla, operan al revés de como sucede el fenómeno literario que parte de la vida hacia la escritura y en ella la congela.

El teatro, en efecto, recorre en su viacrucis el camino que va de la palabra muerta a la escena viva. Y cuánto, y qué seductor trabajo pide: pero también —¡qué exclusivo y absorbente! Todo en él es donación total, absoluta y constante; proceso creativo, de fecundación y de parto, de la semilla en que el dramaturgo deshidrató en palabras su pedazo de vida.

No es, bien lo entiendo, sitio una carta para explayar en ella el proceso de mi personal cautiverio en el teatro, ni mi teoría, si así puede llamársele, sobre su encanto. No lo menciono sino como, digamos, la coartada de mi silencio, cuando explico el de todos estos meses y me adelanto al que puede sobrevenir inesperadamente (a pesar de este *modus vivendi* acordado entre usted y yo, que hará consistir mi comparecencia en su revista en cartas como ésta que le escribo) si la puesta en escena de alguna obra convoca y absorbe mi atención y mi tiempo todo.

Por ejemplo, *Los signos del zodiaco*. Hace ocho días que Carballido se fue de México, a disfrutar una beca norteamericana en ver teatro en Nueva York. A pesar de su talento, o más bien a causa de él, "no se le ha subido" como decimos tan gráficamente, y en *Cuauhtémoc*, él y Sergio Magaña se encargaron humilde y fervorosamente de manejar el sonido. Salíamos ellos dos y yo simultáneamente de Bellas Artes a las tres de la tarde, a comer; tendríamos función a las cuatro, y les pregunté, cuando me dijeron que comerían cualquier cosa y de prisa, si se resignarían a unos huevos con jamón, que yo podría prepararles en el estudio. Aceptaron gustosos. Y de buenas a primeras, Emilio interrumpió su manducación para mirarme con esos ojos en que esplende la inteligencia y espetarme un pequeño discurso entrecortado: "Maestro: yo iba a escribirle; quería escribirle, pero no sé escribir; no sé cómo decirle que le agradezco mucho todo lo que ha hecho por mí; ¡que sin usted, ni siquiera habría acabado *Rosalba*, ni seguido escribiendo, ni nada; y que lo quiero mucho!"

Me dejó sin habla, contagiado de la emoción auténtica que hume-

decía sus palabras. No pude más que abrazarlo —su cuerpecito flaco, huesoso, eléctrico—, conmovido. Y hacerle ver que a mí no me debe nada. Que es su talento lo que le hace y le hará triunfar, tan plena y rotundamente como se lo deseo. Y que soy yo quien debe darle gracias a Dios por haberme concedido la dicha de servirle de algo a alguien que lo merece —y a alguien tan humilde y tan noble que quiere hacerme responsable o partícipe de lo que sólo es suyo.

Pero iba yo a hablarle a usted de Sergio Magaña. Es el nuevo dramaturgo a quien, Dios mediante, lanzaré el año próximo. Muy amigo de Emilio, el triunfo de éste lo alentó a terminar una obra teatral magnífica que ya tengo en mis manos, *Los signos del zodiaco,* con nada menos que veintisiete personajes; un verdadero desafío para un director, que yo acepto gustoso. No menos de tres meses puede tardar la puesta en escena de esta obra, lo cual quiere decir que a fin de comenzar el año de 1951 con ella, hemos de trabajar octubre, noviembre y diciembre en armarla. Seguiré informándole a usted del curso de esta empresa, en cumplir honrosamente la cual pondré todo mi empeño.

Mis más viejos amigos; uno que me ha sido particularmente querido, me acusan de no tener lo que ellos llaman "conciencia de mi generación". Es decir, de que ayudo a los jóvenes, en vez de conjurarme con mis contemporáneos —me pregunto si para cerrarles el paso a los nuevos. Cuando me lo dijeron, me quedé perplejo. Examiné serenamente mi conciencia, y concluí que aquéllos de mi generación que por sí mismos se hayan impuesto y perdurado en vigencia, de nadie necesitan; y que a aquellos —yo mismo— que hayamos fracasado en nuestras aspiraciones a la gloria o a la obra importante, ninguna complicidad alcanzará a salvarlos. Y que a cierta edad, cuando ya puede tristemente hablarse de "generaciones", el deber de las que tramontan está más bien en tender la mano a las que llegan.

30 de septiembre

Vine a encerrarme aquí en el estudio, a escribir, porque si intento hacerlo en la oficina bien sé que no podré. Aquí, al menos, hay todo el aislamiento y la tranquilidad compatibles con una de estas típicas "casas de departamentos". Cierto es que por los corredores uno que otro niño espantoso, supurado del suyo sin mucho espacio en que jugar, berrea o se impone en el pequeño mundo a los gritos con que esas monstruosas réplicas de los hombres equivalen o compensan su provisional impotencia física para el mal. Cierto también que por las ventanas se filtra y flota el hedor nauseabundo de la comida ordinaria mientras las señoras gordas y fofas estarán preparándola para cuando lleguen sus pobres, sudados, deteriorados esposos:

The stale food mouldering in the larder,
The stale thoughts mouldering in their minds,
Each unable to disguise his own meanness
From himself, because it is known to the other.
It's not the knowledge of the mutual treachery,
But the knowledge that the other understands
(the motive,
Mirror to mirror, reflecting vanity...)

He adquirido el hábito de abstenerme una vez por semana de ir a comer en restaurantes, y de reducir mi alimentación de medio día a un solo plato de carnes frías o de huevos. Ahora mismo acaban de marcharse de acompañarme a semejante ayuno Julio Taboada e Higinio Lozada —el muchacho de Educación Física que hizo el Cacama en *Cuauhtémoc.* Otras veces vienen Rosa María y Orazio, aunque éstos no se satisfacen con mi dieta y llegan cargados con frutas, helados, chocolates.

Ahora están todos un poco en vacaciones, pero no muy contentos de su inacción. Han preparado para el domingo próximo su celebración de la última obra, y en ella yo no tengo más parte que prestarles el terreno de la capillita, que estrenarán como teatro, y conseguirles con el patrón suficientes refrescos Titanes, y Bacardí, y directamente con don Guillermo Guajardo Davis, cervezas Carta Blanca. Así sus cuotas se emplearán en cohetes, toritos —y la importación de un especialista en barbacoas que Carlos Rodríguez fue a traerse desde su pueblo. Yo ya he cumplido. El patrón me avisó esta mañana que tanto don Alfonso de Robina cuanto el señor Dorcasberro se unían generosos a la celebración de *Cuauhtémoc* que la Cervecería Cuauhtémoc también me concedió. Si usted tiene tiempo y quiere ir, Daniel, queda invitado, pues además de comer bien, presenciará la única función de una obra de circunstancias que Sergio Magaña ha escrito misteriosamente; que no me han querido enseñar, y que les he sorprendido ensayando para esa fecha. Lástima que no hay tiempo para arreglar e iluminar adecuadamente el teatrito. El domingo pasado que llevé a Julio Prieto a verlo, calculó que con 1 000 pesos y en cuatro días lo dejaría listo. Pero luego se atareó con el *debut* de José Limón, y ya estamos a jueves, y no habrá tiempo.

Llevé a Julio antes de irnos a Tizapán, a casa de los Covarrubias, que habían invitado a comer a medio mundo en honor de José Limón. Entre ese medio mundo estaba Alejandro Carrillo, que resultó ser o haber sido compañero de primaria del bailarín, por allá en Sonora, y hace muchos años. Le han ocurrido a Limón muchos de estos tiernos e inesperados reconocimientos de amigos olvidados en la penumbra de la infancia. El día de su *debut* se le fue presentando un señor que también había sido su compañero de primaria; que es ahora un rico

comerciante en Sonora, y que tomó el avión para venir a verlo bailar. También empieza a surgir la duda de si será pariente del secretario de la Defensa, que se apellida Limón, cosa posible si se piensa que los cítricos no tienen por qué reducirse a la coreografía.

Como ya habrá usted leído, el *debut* de José Limón fue un éxito y una sorpresa. El teatro estuvo lleno, como los *cocktail parties* de todas las gentes que se detestan y que se sonríen, saludan, abrazan —y vuelven a encontrarse en el siguiente. Todo el santo día y la víspera estuvieron despachándose las "cortesías" de los críticos, los cronistas y los artistas; cuidando de no incurrir en las iras de ninguno que pudiera sentirse discriminado o sentado demasiado lejos. Como la danza en México no ha alcanzado a constituir una especialidad desde el punto de vista de la crítica, estuvieron los especialistas en la música, en el teatro, en la sociedad y en las generalidades. A todos les gustó mucho *La pavana del moro*, pero por cuanto a *Malinche* y al *Llanto por Sánchez Mejía*, hubo sus discrepancias en los pasillos. Los españoles no estaban muy conformes con este último número. Seguramente se esperaban una "españolada" con "cielo andaluz". Y hubo pintores mexicanos que con la misma miopía para entender que Limón no se propone la arqueología ni el realismo, hallaron inadecuado el vestuario de Malinche, y ya prejuiciados, no percibieron la feliz síntesis de los símbolos que en ese ballet logra Limón, por ejemplo con el juego de la cruz que se vuelve espada, o arado, ni la inspiración orozquiana que impregna muchos momentos de esa danza.

Por su parte, Limón y sus bailarines estaban bastante desconcertados. Acostumbrados a que en Nueva York interrumpen sus danzas con ovaciones y gritos, el aplauso del público de México, por más que a nosotros nos pareciera muy entusiasta, a ellos les pareció indicio frío de que no hubieran gustado.

Pero no es ésta la primera compañía de ballet que se desconcierta por eso mismo. Y yo creo que la explicación de esta frialdad aparente del público dimana de los veinte años de domesticación del aplauso a que Carlos Chávez lo sometió con su Orquesta Sinfónica de México. Recordará usted que era tabú (y así quedó establecido para todos los conciertos sinfónicos) aplaudir las "partes". Las familias tenían que aguantarse hasta lo último. Y cuando se vieron y se ven ante la música corporeizada en el ballet, obedecen a su reflejo condicionado a la inhibición del aplauso condenado como indocto, y se abstienen de manifestar su entusiasmo, aunque lo sientan.

¿Quién había de decirme, cuando por acuerdo del señor presidente, fui hace tres años a Estados Unidos y a Inglaterra a observar y estudiar la televisión, con la mira de allegar argumentos imparciales y objetivos a propósito de si cuando ella adviniera a México debía ser comercial y de empresa privada como en Estados Unidos, o de Estado como en Europa; quién había de decirme que tomaría parte en un

programa?, ¿quién, cuando mi oficio es dirigir la actuación de los muchachos de Bellas Artes, que actuara con ellos, y que tendría que ser sometido al maquillaje?

La televisión, usted lo sabe, ya funciona en México. El gobierno optó por dejarla en manos de la iniciativa o la empresa privada, y los activos, dinámicos paisanos de usted, los señores O'Farrill, fundaron la primera transmisora, canal 4, hasta ahora la única que nutre de programas, tres horas y media diarias, y a veces más, a los creo que dos mil quinientos receptores que se han vendido de los diez mil cuya importación autorizó la Secretaría de Economía. Con plausible acuerdo, los señores O'Farrill se interesan en dar a su público (¿podría decirse a sus televidentes?) programas de arte, y han acudido en solicitud de ellos al Instituto. Hay cuatro departamentos que podrían prepararlos, u ofrecerlos: Música, Danza, Teatro —y Artes Plásticas. Pero cabe reflexionar que siendo la televisión dinámica por excelencia, las artes plásticas tendrían por su estatismo esencial un campo impropio en ella, y que los programas que ofrecieran, de no consistir en análisis o explicaciones de cuadros o esculturas, o en el recorrido de una exposición, o en una conferencia sobre ellas con diapositivas, resultarían siempre menos adecuadas que las demás ramas del trabajo del Instituto. Enseguida vendría la música, que por ser un arte para el oído, su televisión no añadiría a su habitual transmisión radiofónica más atractivo que el dudoso de ver a los ejecutantes —cosa que generalmente no vale la pena— y de verlos manipular de cerca sus instrumentos. Luego, la danza, y por último, en escala ascendente de propiedad del contenido para el continente o del espectáculo para el instrumento, el teatro.

Yo no digo que no sería muy interesante ver y oír a una sinfónica completa, o un ballet íntegro. Pero ocurre que el estudio de la televisión es muy reducido. No cabría en él una orquesta, ni un ballet, lo cual reduce las posibilidades a los solistas o a un cuarteto de cuerdas, o a música de cámara, por lo que hace a la música, y a un solo bailarín o una pareja por lo que hace a danza. Imagino que la prisa por instalarse indujo a los señores O'Farrill a hacerlo en un piso de la estrecha torre de la Lotería Nacional, con lo que el estudio-foro que aloja las tres cámaras, las luces, los micrófonos, los *sets*, la utilería, las miniaturas, a los actores y a los técnicos, tendrá apenas para todo eso cinco metros por cinco. Hacen pues verdaderos milagros de síntesis y de aprovechamiento por ángulos de un espacio tan angustiosamente reducido.

Aunque estaba dispuesto que ensayaríamos y pasaríamos el programa el sábado, hubo el inconveniente de que de las tres cámaras del estudio, se habían llevado ese día dos para transmitir con ellas la inauguración del Hipódromo o de las carreras en él, más bien dicho; y hacer la transmisión con una sola habría implicado una aburrida

monotonía de emplazamientos, pues aunque cada cámara sea capaz de dar, según la lente que se le enfoque, *full shot, medium shot* o *close up*, si se cuenta con una sola no hay tiempo de cambiarle el lente, a menos que mientras se realiza esta operación, se transmita película o se proyecte una diapositiva. Habitualmente, pues, las tres cámaras tienen respectivamente puestas las lentes que dan estos tres emplazamientos, y funcionan simultáneamente desde sus propios ángulos. El productor del programa, que de preferencia debería ser un genio, dispone en su cabina de cuatro aparatos pequeños en los cuales se ven y él discierne los tres emplazamientos distintos que están tomando las cámaras, y además, en otra pequeña pantalla, el que está saliendo al aire de aquellas tres, porque él lo ordena seleccionándolo con rapidez. Ejecuta pues este atareadísimo señor, sobre la marcha, la labor que con toda calma y tranquilidad desarrolla en su cuarto de corte y con su moviola, bien provisto de *rushes* filmados también con toda calma en el estudio, el editor o cortador de una película. Dispone además para su trabajo de un micrófono que lleva sus instrucciones en el más callado secreto hasta los oídos de su ayudante, que anda entre las cámaras, y a los oídos de los camarógrafos. Ya se ve, pues, la multitud de gente que tiene que intervenir, toda fustigada por el apremio de un reloj inexorable, en la transmisión de un programa de televisión.

De mucho sirvió, cuando llegamos al ensayo por la mañana del lunes, que yo tuviera ya, tanto alguna experiencia cinematográfica, cuanto el hábito de llenar a voluntad más o menos tiempo con una exposición, como que llevara como siempre en el bolsillo, mi cronógrafo. El señor Jacobs me había dado una continuidad general por segundos y minutos, a la cual debíamos ceñirnos, y dentro de la que me correspondían intervenciones de entre medio minuto, o cinco o siete segundos a dos minutos y medio. Confieso que yo había ya ensayado en mi oficina con los muchachos, y cronografiado sus entradas y las mías, aunque lo habíamos hecho sobre el supuesto de mejores comodidades y condiciones de espacio. Pero no fue difícil adaptarse a la realidad. Disimulando mi cronógrafo en la mano, yo hablaba estrictamente los segundos calculados, y cuando terminamos, el señor Jacobs mostró su complacencia y su asombro ante la precisión con que se había desarrollado, primero el ensayo; y por la noche, la transmisión.

Lo único medio molesto para mí, fue tener que someterme al maquillaje que no le perdonan a nadie que se plante frente a una cámara de televisión. La gorda señora acometió contra mi cara armada de una esponja viscosa y usada ya por mucha gente antes, y me dejó el cutis reseco y pintarrajeado.

A la salida, el señor O'Farrill Jr. tuvo la gentileza de saludarnos y felicitarnos, y me dijo que quería que nuestra colaboración se repitie-

ra y sistematizara, para hablar de lo cual convendría que comiésemos juntos uno de estos días. Me dará mucho gusto hacerlo, porque creo que los programas de televisión merecen y pueden perfeccionarse. Los muchachos trabajaron con el profesionalismo y la disciplina que les es propia, aunque Rosa María salió horrorizada, pues se puso nerviosísima con aquella atmósfera angustiosa, y juró no volver a trabajar en televisión. Pero no se mandan solos, y esa misma noche estuve pensando ya la manera de ofrecer periódicamente, con ellos, síntesis de las obras teatrales de nuestro repertorio.

Desde el coctel en casa de Dolores el viernes de la semana pasada, había yo invitado a los Fournier a comer en el estudio. Ese coctel estuvo muy concurrido por los personajes habituales de las crónicas de sociedad, a los cuales Margarita Ponce unge y consagra con mencionar sus nombres. Yo llegué un poco tarde, y como vivo al otro lado, me quedé también de los últimos, conversando con los Fournier y con el licenciado Portes Gil hasta que Angélica Arenal, la esposa de David Alfaro Siqueiros dispuso que éste nos contara una historia que ella encontraba y anunciaba sumamente interesante como argumento para una obra de teatro y aun para una película, por lo cual requería la atención de Dolores y la mía. David se instaló pues a contarla con toda clase de largos detalles: una anécdota de la Revolución, de cuando él andaba de teniente en los trenes militares y de repente se coló en el *pullman* una mujer muy fea que resultó llamarse Estercita, a hacer pareja con otra preciosa, y les llamaron los soldados la bonita y la fea, y exigían su presencia como la de una sola entidad. La fea se enamoró de Enrique Lieckens, que era el más guapo, y discurrió que estaba embarazada de él, pero que tenía que suicidarse, determinación que todos aplaudieron y a cuya realización colaboraron proporcionándole una pistola falsamente cargada. La suicida empezó entonces a ponerse plazos: que saliera la luna, que el tren se hallara en marcha o parado, hasta que fastidiados todos la hicieron bajar del *pullman* y la fusilaron de mentiras. No recuerdo en qué paró la cosa, pero sí que no dimos muestras de haberla hallado tan estupenda como su anuncio lo proclamara; y que David entonces todavía alegó que esa clase de temas eran los adecuados y los que salvarían al teatro mexicano de seguir siendo "imitaciones de Cocteau".

25 de octubre

¡Qué irritante, humillante, molesto puede llegar a ser, para los pobres que tengan que salir de México hacia o a través de Estados Unidos, este flamante rigorismo para el otorgamiento de las visas! El domingo, temprano, Fernando Wagner me hizo una inesperada visita en casa para confiarme sus penas. Lo tenía todo arreglado para ir a

Europa, a ver por última vez a su madre, que está enferma y es muy anciana, y a que antes de morir, conociera a su nieta. Con este vivo y legítimo deseo, Fernando había estado ahorrando dinero desde hace más de un año: trabajando en películas, dirigiendo obras, dando clases, y había logrado reunir 25 000 pesos, que en sus circunstancias es mucho. Y ahí nomás que cuando tuvo que ir por la visa al consulado americano; cuando ya tenía la inglesa y la francesa, los norteamericanos se la negaron. Nada importó que hace apenas dos o tres meses hubiera estado en Los Ángeles, invitado por la Universidad para dar unas conferencias, y que su visa de doce meses para Estados Unidos fuera todavía teóricamente válida; ni que llevara pasaporte oficial, ni la representación de la Universidad, ni su carácter de director de la Escuela de Danza del Instituto; ni tampoco que como me lo demostraba esgrimiendo los programas encuadernados de sus temporadas, hubiera hecho una de Teatro Panamericano en inglés en plena guerra, lo que equivale a una franca propaganda, y ceder todos los productos de una función a la Cruz Roja Americana. El funcionario se mostró inflexible, y aun no le dieron ninguna razón para negársela, ni obtuvo la visa.

Está dispuesto a emprender el viaje de todas maneras, por Veracruz, y llegar hasta Suiza, puesto que tampoco le dejarán ir a la Alemania ocupada por los norteamericanos, y hacer allí la lucha de que su anciana madre, si todavía puede emprenderlo y también si la dejan, haga el viaje para encontrarlo. El objeto de su visita era pedirme que le explicara yo a Dorsey Fisher su situación y quién es él, a ver si podía influir en un último esfuerzo por conseguir la visa. No soy amigo de pedirle nada a esos señores, pero lo haré por Fernando. Mr. Fisher vive muy cerca de mi casa y fui a buscarlo, pero nadie me abrió la puerta. El lunes temprano mandé preguntar si estaba y si me recibiría, y sus criados me informaron que se hallaba en Acapulco y que no vendría sino hasta el jueves o viernes. El jueves volví a mandar preguntar, y me dijeron que ya había regresado, pero que se va a la embajada a las ocho de la mañana, el muy bárbaro.

Y no es seguramente Fernando Wagner la única persona a quien le han negado la visa. Guillermo Arriaga, el chamaco bailarín que hizo *El venado* con Ana Mérida acaba de casarse e iba a emprender su viaje de bodas a Europa, y también le negaron la visa. Sólo que él, a la primera dificultad, les arrebató el pasaporte y se salió de la oficina. En estos días como usted habrá visto los periódicos revelaron que nada menos que al rector de la Universidad se la habían negado también, aunque hoy viernes aparece la aclaración de que el licenciado Garrido no ha solicitado ninguna visa (es decir, no se ha expuesto a que se la nieguen), y en cambio, sistema Olendorff, acaba de recibir una comunicación muy amable del embajador Thurston.

Cuando uno mira las calles y los restaurantes llenos de esos señores con gorro colorado; y el país de turistas yanquis que entran y salen de él como Pedro por su casa, no puede menos que dolerse de la condescendencia o la resignación de un secretario de Relaciones que permite sin represalia, sin siquiera la más legítima reciprocidad, que la discriminación arbitraria que contra los mexicanos sigue ejerciéndose en Texas se instale en la propia capital de México y se aseste dictatorialmente contra los pobres que quieren ir a Estados Unidos. En ciertos momentos o accesos de dignidad nacional, uno desearía ver surgir el gesto gallardo de una cierra de fronteras para quienes cierran las suyas a los nuestros.

Emilio Carballido anda ahora recorriendo ciudades norteamericanas, y de allá recibí una carta suya que no me resisto a transcribir:

> Maestro Novo:
>
> En esta mugre ciudad tuve, por fin, cartas de México. Una de usted, con mi lana hermosa, y otras de mi gente, que no completan bastante el panorama de *Rosalba*. Me puse tristón, pero ya no inquieto. Mi idea es: va poca gente pero no llega al vacío desastroso. Ojalá y se componga. Usted y los muchachos son los que me preocupan, porque son los únicos que realmente arriesgan, usted sobre todo. Como las cartas traen un retraso enorme, tengo ahora esperanza de recibir mejores noticias de Nueva Orleáns. Ojalá. Sergio, maldito, no me ha escrito, y es mi mejor informador. Supongo que ha querido esperar a ver si las cosas se componían. (¿Recibió usted mi carta para Autores?) A ellos les mandé otra.
>
> Imagínese usted que conocí a T. S. Eliot, le di la mano y lo oí hablar como cinco minutos. Incluso me tocan dos palabras de lo que dijo cuando nos presentaron (a Els la Holandesa, al judío odioso y a mí, con él) —*So, this is an international group*.
>
> Luego, una arpía igualita a Jorge Washington lo presentó a él. Dijo que, aunque ahora él era de nacionalidad inglesa, había nacido acá, y que era de lo más *exciting* tenerlo entre los Amigos de la Lengua Inglesa.
>
> Eliot dijo muchas inteligentes tonterías relativas al caso (y que la gente, estoy seguro, no entendió). Entre otras: que en su pasaporte se ponía por profesión "editor" y no "escritor", porque, quién sabe por qué, la gente consideraba más respetable publicar libros ajenos que escribir los propios. Que había estado en Chicago cuando sus padres lo habían llevado. Sin duda porque no pudieron dejarlo en casa. Es que ahora ambos, Chicago y él, habían cambiado mucho. Que él no sabía qué diablos era eso de los Amigos de la Lengua Inglesa (por supuesto que esto no es textual pero la intención fue ésa) y que (textual) él creía tener un puesto, algo así como vicepresidente, que suponía no infería obligación alguna, pues nunca lo habían molestado para nada. (Insinuó que ni para elegirlo, pero no recuerdo las palabras.) Él, ¿lo conoce usted?, tiene dos ojos azules, huidizos, muy, muy blandos, y siempre en fuga. Es alto y se ve más acabado que viejo, toda su figura se encoge, como sus ojos, que saltan del techo al suelo sin osar ver la gente. Se peina el poco pelo con raya en el centro. Su mano es muy blanda y muy desagradable de

estrechar. Viste tan británico que le gana a Usigli, en gris y negro. Y sonríe amablemente a cada nuevo monstruo que le presentan. Lo vi sonreír y decir cosas (estaba yo lejos para oír) a un estudiantote güero, a dos viejas modelo Washington y a una señora madura. A todos igual. Ni modo, ahora me gusta menos su teatro. Su poesía sigo amándola, pero creo que voy a releerla. Me espero a México para que me jale usted las orejas pero ahorita me doy vuelo.

Conocí a Mae West y fue peor que Eliot. Y vi a Silvia Sidney en *Los inocentes* (qué suave y malsana pieza) y es remaleta como actriz. Se la devoran los dos muchachitos.

Pero le estoy contando a usted como dos semanas de Zócalo y luego ya no me dan ganas de repetir. En Dallas, a pesar de Margo Jones, es donde me tiene usted ahora renegando de su mugre estrella y de sus discriminaciones abominables y de todo. Odiosa ciudad, fea, chata y cursi. Hoy vi un monstruo de función, la pobre *All My Sons*, de Miller. Me salí en el primer acto.

Ah, y no quiero dejar de contarle: conocí en Chicago a una autora rete buena, Seyril Schochan tan valiente para escribir, tan teatral, tan buena escritora, como persona encantadora y fina. Me regaló unos puros fuertes como el demonio y horrorosos, que guardo conmovidísimo por la buena intención. Su pieza, *The Moon Besiedge*, se atreve a poner en tela de juicio a John Brown y a las luchas por la libertad. Es en realidad, una aplicación a lo moderno de unas sangrientas guerras antiguas. El procedimiento me recuerda, en principio, *No habrá guerra de Troya*, pero la obra tiene un calor humano y un aliento tan vivo que la de Giraudoux (¿así se escribe?) no tiene, pese a que ésta es una obra con detalles no logrados del todo y con cosas de gente que empieza. Voy a tratar de conseguir una copia para que la lea usted. Salúdeme a los muchachos, y dígales que les agradezco tantas y tan cariñosas cartas que me han puesto. (Exceptúo a Rosa María del recado.) Muchas gracias por la lana, maestro. Lo abraza con cariño

Emilio

2 de noviembre

Es bien triste que la tradición de los puestos de juguetes y dulces del Día de Muertos se haya extinguido, y que no sobrevivan de ella más que las calaveras de azúcar y el pan de muerto. Pude ayer comprobar la paradójica defunción de los muertos cuando en un heroico, decidido arranque de emancipación del escritorio y el escenario, me escapé a la una con Rosa María, Raúl Cardona y Mario García y abordamos un ruletero que nos llevase a la Merced a comprar cháchara.

Nos dejó en la esquina de la Corregidora, no muy lejos del Zócalo, pues ya desde ahí se tendían, como un hormiguero, los puestos; pero no los que esperábamos encontrar, sino los habituales, que en varias filas, haciendo imposible aun la más escurridiza circulación, llenan

todas aquellas calles: unos en la acera, con el frente hacia ella y contra las tiendas que a su vez desparraman fuera de su recinto la exposición de semillas; otros en el arroyo, de espaldas a los primeros, frente a frente si no hubiera al centro mismo del arroyo otros puesto de a su vez dos vistas; y en todos ellos, las versiones modernas del tianguis que asombró a los conquistadores; modernas, porque ya casi todo lo que en ellos se explaya y vende procede de fábricas y carece del sello humano de la manufactura. Uno que otro de aquellos puestos ofrecía calaveras de azúcar, y aun éstas adulteradas ya, con los nombres en la frente, no ya como antes, escritos en colores, sino, ¡en letras impresas!

Uno que otro vendía loza vidriada y negra: candeleros, sahumerios, y de vez en cuando, flotando entre el de los plátanos fermentados y el del sudor humano, llegaba el olor del copal que quemaban y vendían en algunos otros. Las moscas contribuían su decoración a los panes de muerto y a unas roscas azucaradas de violento magenta que eran ya las únicas ofrendas supervivientes, junto a los ramos de cempasúchiles marchitos que había en otros.

Nada interesante, nada que pudiéramos comprar. Todavía recuerdo que hace unos diez años, ahí mismo, adquirí una colección de muñecos de barro y palitos, vestidos con pedazos de sedas y franelas, hermosísimos, tanto que Margo se enamoró de ellos y quería llevárselos consigo, y el barón Hönige-Hughe hizo con ellos una serie de fotos, y Montenegro los pintó. Ahora no hallamos nada, y nos apresuramos a salir de aquella monótona aglomeración desabrida, enervante, entre la que perforaba los oídos la propaganda de unas pastillas contra la tos del calor, la tos del frío, que hacía un muchacho por un micrófono.

Salimos por fin a una calle más respirable, y caminamos hasta no sé cuál otra, bien ancha, donde nos dijeron que se hallaba el mercado de dulces. Dimos con él, varias cuadras adelante. Es un edificio nuevo y relativamente limpio, pero sin chiste. Ahí se surten los dulceros ambulantes, pero también ahí quedan ya pocos dulces tradicionales. La mayor parte son de fábrica, envueltos en celofán o metidos en cajas: los que venden afuera de los cines, o en los puestos de las esquinas.

Seguimos caminando, y dimos con un pequeño mercado desolado en la calle de Carretones. Compramos unas cuantas cazuelas de aspecto precortesiano, y llegamos hasta la fábrica de vidrio de los hermanos Ávalos. ¿Dónde no? Ahí estaba una pareja de turistas. Y el surtido de vasos, platos, copas, candeleros, candiles, instalado ya en un orden desagradable para su exhibición. Nada nos atrajo, y salimos de ahí a que otro ruletero nos llevara a Bellas Artes bien dadas las tres de la tarde, cuando tendríamos la primera función a las cuatro. Apenas el tiempo de encargar con un mozo unas cuantas tortas y cocacolas que devorar en el camerino. La voz de Romerito ya empezaba a

brotar de los megáfonos: "Primera, primera; diez minutos para empezar."

Lo que iba a empezar era otra de las tradiciones nacionales del Día de Muertos: una representación del *Don Juan Tenorio* de Zorrilla, obra con la que han sucedido cosas que bien vale la pena detenerse a considerar.

La seguridad de su buen éxito de público en estos dos días había, con los años, acabado por persuadir a las compañías comerciales de teatro de que como quiera que lo hicieran, valía la pena apresuradamente ponerlo en escena. Superviviente de la época del teatro en verso, casi todos los actores se lo sabían más o menos de memoria, y lo podían improvisar. Existía un viejo actor, cuyo apellido me escapa en este momento, que no trabajaba más que una vez al año, para hacer el *Tenorio*. De Inés, de don Luis, de Brígida y de Ciutti se improvisaban los actores de moda, y la cosa salía, de cualquier modo, siempre con ganancias.

Pero semejante método acabó por gastar la obra; por hacerla aparecer aún más mala de cuanto lo fuera; apta a la parodia, que menudeó, y a la explotación aun por los locutores de radio, que hicieron con ella varias comparecencias burlescas y lucrativas; fácil a la morcilla oportuna, y un éxito más de risa que de verdadero teatro.

Desde hace tres años con éste, Julio Prieto y yo discutimos y convinimos en proponernos y aceptar el desafío de rescatar los valores teatrales de una obra que el público ha gustado siempre, pero que sus productores perezosos habían acabado por reducir a sus mínimos y más fáciles términos. A poco estudiarla desde un nuevo punto de partida; como si nunca la hubiéramos visto; como si a él por primera vez se le encargara una escenografía, y a mí una dirección, de una obra nueva y nunca antes dada, descubrimos que era posible rescatar para el público moderno y exigente, sin dejar de complacer al tradicional, el *Tenorio*. Era cuestión, fundamentalmente, de entender que el personaje no era —con su ambiente— el "eshpañol" jactancioso y un poco ridículo de los actores viejos; sino un tipo renacentista, rico en matices espirituales que habían naufragado en la declamación monótona de los octosílabos. Y un joven. Analizar, y hacer entender a los actores, la evolución de don Juan a través de los actos de la obra, y frente a los estímulos que ella le ofrece en los demás personajes y situaciones. La segunda parte, la de los panteones con la cena en medio, era particularmente apta a un trabajo fino de matización de los monólogos del "hijo pródigo": a asestarle un primer choque de lo sobrenatural con lo real, una primera conmoción, un desequilibrio o trauma cuando doña Inés le habla desde la tumba. Un Centellas que restituí a la rudeza de un verdadero capitán de los tercios de Flandes reinstala a don Juan en su mundo y apoya su ya falsa, insegura jactancia, hasta el convite del Comendador. En la cena ocurre el

segundo, definitivo choque con el ultramundo. Y cuando don Juan vuelve al panteón, ya está muerto. Vive en ese acto la fracción de minuto angustioso en que se ase a la vida que escapa de él. Su actuación en este acto es la más difícil y la más importante por sus transiciones.

El resultado de ésta que podríamos llamar "revisión" del *Tenorio* ha sido en estos tres años venturoso desde muchos puntos de vista. Los jóvenes que lo desempeñan han adquirido una saludable práctica en el teatro en verso que no les ofrecen, ni el teatro moderno, ni las traducciones de otras obras antiguas. El público ha vuelto a ver su predilecto *Tenorio* hecho en serio, y con recursos escénicos nunca antes alcanzados, y aun exprimido hasta las últimas gotas de sus muchos valores teatrales que se habían descuidado o que no se habían advertido. Y las compañías que antes menudeaban a improvisar una ganancia con detrimento de la seriedad del teatro, han ido poco a poco absteniéndose de incurrir en ello, hasta el extremo de que en el año actual, solamente hubo un *Tenorio* aparte del nuestro: el del señor Jorge Mistral, que no he tenido tiempo de ir a ver, y del que en consecuencia nada puedo opinar.

La semana pasada, el lunes, volvimos a la televisión, para ofrecer en ella, precisamente, dos de las escenas del *Tenorio* que más hemos revolucionado: la de la carta en el convento, y la tradicional del sofá, llamada así porque antes de nuestra producción, mantenía a los actores cómodamente sentados, apoltronados en un inmóvil sofá en que don Juan le declaraba su amor a doña Inés en su quinta. El cine ha acostumbrado (kine, movimiento) a la gente de hoy a que los actores se muevan, o a que la cámara se mueva en torno de ellos. El primer año, el público se sorprendió al ver que ni en el desafío de la taberna, ni en el convento (donde doña Inés solía leer su correspondencia sin moverse de su sitio) ni en la quinta de don Juan, los actores se estaban quietos, como antes lo hacían. Ahora ya parece tan natural como lógico que se muevan como lo hacen nuestros actores. En la televisión, claro, estuvimos muy comprimidos, pero todo salió bien. La única libertad excesiva que me tomé fue la de que don Juan matara a don Luis, no en duelo, sino de un balazo. Y lo hice porque materialmente no podía realizarse el duelo en el reducidísimo espacio en que tuvo que ocurrir la escena del sofá, la arenga del Comendador —y su muerte y la de don Luis.

Los muchachos me han implorado que no vuelva a llevarlos a la televisión. Se ahogan, no hay donde vestirse, la maquillista tiene muy mal carácter. Pero es preciso que aprendan que no todo es, ni va a ser en su vida profesional, Bellas Artes con sus camerinos de lujo, su peluquería, sus baños y su megáfono por donde Romerito los llama oportunamente a escena. Hay que sufrir, foguearse en las peores circunstancias, "hacerse" en las tablas, como proclaman que se han

hecho los actores profesionales que les fruncen el entrecejo. Y si bien lo meditan, nada más parecido al teatro bien dominado y responsable que ellos se adiestran en hacer, que la televisión. Por otra parte, en cuanto Mr. Jacobs aprenda español, o en cuanto algunos mexicanos aprendan lo que sabe Mr. Jacobs, todo irá mucho mejor en la televisión, porque él tiene buenas, repentinas ideas, como la que tuvo al ligar las secuencias por medio de una cruz simbólica: abriendo el emplazamiento con una cruz, la que hay sobre el altar en la celda de Inés, para retirar la cámara y producir un *medium shot*; cerrando la secuencia en *fade out* y abriéndola de nuevo sobre la cruz del hábito cuando ella duerme en la quinta de don Juan, y cerrándola de nuevo sobre la Cruz de Calatrava en el pecho del asesinado Comendador.

Ahora, querido Daniel, con su permiso, visitaré un momento el jardín. Me he quedado en casa esta mañana, como hace mucho tiempo que no lo hago. Veré qué tan grande está Héctor, el gato nuevo, que se ha hecho muy amigo del King y del Negro. Y hasta dónde la hiedra ha tendido las redes verdes de su prisión en torno mío.

18 de noviembre

Por la tarde me soplé las dos últimas funciones del *Tenorio*, instalado entre cajas, en el sillón que llaman mi palco. Y entre una y otra, me trajeron un ejemplar de *Claridades*, periódico dominical que siempre ha sido imparcial y justiciero para con el INBA, y que el domingo anterior publicó un reportaje sobre la "injusticia de que se quisiera discriminar al INBA excluyéndolo de los premios de teatro". Esta vez, sin embargo, lo que traía al respecto era una entrevista en que el maestro don Xavier Villaurrutia daba con sus declaraciones acerca del Premio Nacional de Teatro, y sus censuras a la labor teatral del INBA, ocasión para que las "cabezas" de la plana y los pies de las fotos que la ilustraban fueran escandalosos y tendieran a distanciarnos en lo personal, pues aun hablaban de que "al fin, la unidad de los Contemporáneos está rota hace tiempo".

El origen visible de esta pequeña controversia es el "Premio Nacional de Teatro". Veré si puedo exponérselo a usted con brevedad. En 1948, al Bachiller Gálvez se le ocurrió establecer, en combinación con *El Redondel*, que es un periódico de toros muy enfurecido contra el INBA y Carlos Chávez, un premio de teatro consistente en 10 000 pesos que no aportaría ese periódico, sino el INBA. El INBA dio los 10 000 pesos. Su atribución fue secretamente deliberada y recayó por mitad en Luis G. Basurto y Virginia Fábregas. Ya en 1949 el Bachiller dejó el asunto de premiar el teatro de su mano.

Pero en 1950, la Agrupación de Críticos de Teatro hizo suya la idea, estableció una larga lista de premios simbólicos para diversas

actividades o ramas teatrales, y solicitó, nuevamente, del INBA, la suma de 10 000 pesos en que consistiría el Premio Nacional de Teatro: 5 000 en efectivo y los otros 5 000 para mandar hacer las estatuillas, medallas, diplomas, etcétera.

Si el INBA dio esa suma cuando se la pidieron para que la entregara su más encarnizado enemigo, ¿se negaría ahora que la solicitaba una agrupación respetable y seria, presidida por la honorabilidad sin tacha y la cultura de Francisco Monterde? Yo llevé el asunto a Consejo, y aprobado en principio para el año entrante, así lo comuniqué a la Agrupación de Críticos de Teatro.

Mientras tanto, el anuncio de que habría premios empezó a desatar una publicidad que don Fernando Mota, crítico teatral de la segunda edición de *Últimas Noticias*, fijó al abrir en su sección una encuesta en la que invitaba a la gente de teatro a manifestar su parecer con respecto a esos premios de teatro. Allí, la respuesta de Rodolfo Usigli reveló que en 1936 él había ya propuesto la creación de un premio nacional de teatro que no llegó a cristalizar.

Pero Xavier Villaurrutia, uno de los primeros en contestar la encuesta, lanzó en ella un veto: le parecía muy bien que hubiera éstos pero advertía que no deberían dársele a ninguna institución oficial, ni a ninguna persona conectada con él, ya que el Estado tiene la obligación de hacer teatro y los recursos para hacerlo, y no tiene pues chiste que lo haga bien. El sofisma era persuasivo, y lo fue más al desatarlo en su entrevista de *Claridades* cuando dijo que premiar al INBA porque hace teatro sería como premiar al Departamento Central porque barre las calles, a Educación porque hace escuelas o a Salubridad porque abre hospitales. Pero yo creo que independientemente de la procedencia material del premio en metálico, mientras no sea el Estado mismo quien lo adjudique, sino una agrupación autónoma e independiente de críticos, las actividades artísticas, teatrales concretamente, del Estado, se encuentran objetivamente en el mismo plano de juicio que las privadas, para el objeto de su examen y de su calificación por los críticos, puesto que lo están para el público, y puesto que no se excluyen de la censura ni de la crítica. Y si es legítimo criticar la obra del gobierno, no veo por qué no haya de serlo reconocer públicamente sus aciertos cuando los tenga.

Quizá me ciegue o me ofusque la vanidad cuando reflexiono que la oposición a que se premien las actividades teatrales de Bellas Artes dimana del peligro de que la recompensa pudiera recaer en mi persona. Esto es, de que se reiterara, por un reconocimiento público de esa labor, el buen éxito que ha tenido, y que por lo que a mí toca, ya es suficiente galardón. Mis obligaciones burocráticas como jefe del Departamento de Teatro podrían ser limitadas y cómodas, y consistir en administrar poltronamente las actividades de teatro que hiciera posible el presupuesto, sin más. Si las he excedido: si en vez de seis

ni de ocho horas en los días hábiles me paso doce o más de todos los días, hábiles o no, en la refrigeradora de Bellas Artes, así, y sólo así, he logrado en poco más de tres años dirigir personalmente más de una docena de obras, cinco de ellas mexicanas, dos de éstas en el año actual (*Rosalba* y *Cuauhtémoc*), y no porque yo me avorazara a hacerlo ni a monopolizar un trabajo que es arduo y humilde; sino porque quienes pudieran hacerlo mejor que yo le sacan al trabajo. Que diga Xavier si no es cierto que lo invité a buscar y a dirigir la obra mexicana de la temporada internacional, y que cuando exclusivamente trajo *El don de la palabra* de Agustín Lazo y no me gustó, y le pedí que buscara otra o que diera una suya, se negó a dirigir otra cualquiera que no fuera aquélla, y me puso en el brete de tener que buscarla yo, con el resultado feliz, pero imprevisto, de descubrir a un Carballido que libremente me eligió para que dirigiera su *Rosalba*, como más tarde Efrén Orozco me pidió que dirigiese su *Cuauhtémoc*. El éxito de las dos obras es innegable, pero no se entiende por qué haya de ser también irritante para quienes no las hicieron.

Muchas veces me he puesto a pensar por qué razón gozo (si ello es un gozo) de tantas enemistades; por qué hasta mis amigos de muchos años albergan frente a mí un resentimiento que aflora al menor pretexto, y de afecto que se trueca en odio. Empiezo entonces a comparar sus recursos y los míos, sus instrumentos y los míos, y serenamente encuentro que ellos son más inteligentes y cultos que yo; que en su juventud o en su niñez han contado con mejores medios que yo para, como se dice, labrarse un porvenir; que han formado grupos, tienen una obra literaria y un nombre. Y que si hemos sin embargo alcanzado resultados distintos, la diferencia no puede atribuirse a más que el trabajo, que es el único secreto de todos los buenos resultados. Yo he trabajado siempre, y mucho, en cualquier actividad a la que me aplique: las clases, las ediciones, el cine, la publicidad, el periodismo —o el teatro. En todo he puesto pasión, dedicación, curiosidad, anhelo de perfeccionamiento, y muchas veces, casi siempre, al servicio de los demás. He sido siempre incapaz de perder una tarde irrecuperable en un café o en una fiesta de murmuraciones e ingenio desperdiciado. No he esperado nunca nada de nadie a cambio de nada. Sé que hay que dar para recibir, que sembrar para recoger y proseguir una vida fecunda mientras dure el instante que dura. No he acumulado nada para mí, ni privado a nadie de nada. He procurado compartir lo que tengo, comunicar lo que aprendo, enseñar lo que sé. Si, como suele pensarse, he tenido "suerte" en la vida, creo que la suerte estuvo (y fue mayor en muchos de mis enemigos) en nacer con un cierto grado de talento. Pero que esa suerte sólo se aprovecha tallándose duro en trabajar, y se pierde al confiarse en que ella nos depare gratuitamente premios —de lotería o de teatro.

Y el trabajo, querido Daniel, lleva en sí mismo un premio, una

recompensa, que no necesita de otros. Le aseguro que en este caso del Premio Nacional de Teatro, si yo lo recibiera por haber con mi trabajo contribuido a que Bellas Artes presentara en el año actual un promedio inusitado de más de una obra teatral por mes, dirigiendo dos mexicanas de las cinco (y no dos) que se hicieron, hallaría el modo de aplicar ese dinero (que gracias a Dios no me hace falta) a alguna obra benéfica, como cuando recibí el del Premio Ciudad de México tuve el gusto de entregarlo a la Campaña contra el Analfabetismo, porque para mí, en aquella ocasión, fue galardón bastante escribir un libro que agotara rápidamente tres ediciones, y hoy lo es el haber descubierto a un dramaturgo joven y brillante, y el haber dirigido una obra de homenaje a Cuauhtémoc.

Me doy buena cuenta de que el redactor de *Claridades* que entrevistó a Xavier Villaurrutia puso mucho de su parte en aderezar el reportaje de modo que me incitara a irritarme y a atizar una pugna que por la mía no estoy dispuesto a entablar. Mi afecto por Xavier, mi admiración por él, son demasiado viejos y sólidos para que ni él mismo, ni mucho menos quienes lo induzcan a variar los suyos por mí, alcancen a destruirlos. Mucho hemos hecho juntos, y mucho podemos seguir haciendo cada cual por su parte, ya que él no quiso que siguiéramos siendo los amigos que fuimos. Y ni lo atacaré, ni si él me ataca, como tanto lo inducen a hacerlo, me defenderé de él. Si él no quiere que los críticos premien al Instituto ni a nadie que esté en él, que no nos premien. Por eso, todo lo que hice en relación con su entrevista de *Claridades* fue aclarar, en una carta breve y directa, que no fueron dos como él dice, sino cinco, las obras mexicanas puestas este año por el INBA. Y doce las estrenadas desde 1947 hasta la fecha, de las treinta y tantas que hacen un *record* nunca antes alcanzado por la actividad teatral en el Palacio de Bellas Artes.

De nuevo tengo que compararme con nuestros censores, y recordar que antes que yo, muchos de ellos fueron jefes de este mismo Departamento de Teatro, pero no habrán trabajado en igual medida. No había entonces, sin duda, los recursos con que ahora cuenta el Instituto. Pero tampoco los recursos llegan solos ni llovidos del cielo. Hay que buscarlos, procurárselos, trabajar para allegárselos. Su trabajo le cuesta a Carlos Chávez —un trabajo que sus antecesores no se habrán tomado— conseguir los recursos para trabajar; su trabajo le costó forjarse la personalidad que le mereciera desempeñar un flamante Instituto Nacional de Bellas Artes. Y cuando los recursos se acaban, todavía el trabajo puede rehacerlos, o sustituirlos. Ni para la temporada (cien funciones) del Teatro Latino con el *Espíritu travieso*; ni para la *reprisse* de *Rosalba*, tuvimos recursos del INBA. Pero trabajamos y salimos adelante. Julio Prieto, cuyos méritos como escenógrafo y productor teatral quieren opacar diciendo que cuenta con "todos los recursos archidotados de Bellas Artes", ha realizado milagros con sus

decorados en teatros que no disponen de esos recursos, como el *Volpone* del Caracol, o *Ardelia*, o *Encárgate de Amelia*, o *Mis queridos hijos* en la Sala Guimerá, o las obras que ha montado en el Ideal o en la Sala Latino. Su secreto, otra vez, es el trabajo, como el mejor aprovechamiento de la suerte de haber nacido con talento.

13 de noviembre

"Yo tengo la memoria de los colores y de las melodías y los olores; para evocar la imagen de los pasados días me basta con flores; yo tengo la memoria de los colores..."

¿De qué olvidado poeta francés, traducido por Enrique González Martínez, son estos versos que anoche me hicieron sentirlos y recordarlos cuando los versos que iba diciendo el doctor González Martínez acudían íntegros, línea por línea, palabra por palabra, a mi memoria; y con ellos resucitaba todo un mundo de recuerdos —felices, como todos los recuerdos?

Era 1919 —el año en que murió Amado Nervo. Muy lejos de mi comprensión estaban las causas que habrán determinado que en un momento dado de nuestra historia política, dos altos poetas fueran por breve tiempo a dar clases de literatura en la Preparatoria. Acaso, al apaciguarse la Revolución, ellos volvieron a la ciudad, del extranjero o de algún estado de la república. El caso es que Luis G. Urbina y Enrique González Martínez aparecieron de repente ante nuestros ojos adolescentes y admirados a enseñarnos literatura, y que a mí me tocó la suerte de caer en el grupo al que enseñaba González Martínez.

Nos dio pocas clases. Pronto el gobierno lo envió al servicio diplomático, creo que a Sudamérica. Recuerdo como si la estuviera oyendo, su primera clase de literatura española, sus aclaraciones sobre el latín culto y el latín vulgar, el origen de nuestra lengua; y cómo una vez, antes de la clase, mientras el maestro checaba su entrada en el reloj de la conserjería, me atreví a enseñarle mis versos —un legajo de versos que no conservo, porque los guardaba con todo mi pequeño infierno de retratos y recuerdos, en el cajón de un mueble que en una mudanza desapareció íntegro.

Más tarde, ¿uno o dos años más tarde?, osé de nuevo abordar a don Enrique González Martínez, para pedirle un autógrafo en dos libros suyos que acababan de aparecer en las ediciones de Bouret. Ya para entonces Cultura había publicado otros libros suyos. Y yo había conocido a Jaime Torres Bodet, secretario de la Preparatoria que dirigía don Ezequiel A. Chávez, y Jaime veneraba a don Enrique y leía conmovidamente sus versos en aquella pequeña oficina asoleada de la Preparatoria, adonde yo iba a buscarlo, terminadas mis clases, y nos

íbamos juntos, en el mismo camión de San Rafael, a nuestras casas, la suya en Altamirano 116, y la mía en Arquitectos 1.

También don Enrique vivía en San Rafael, en la calle de Alfonso Herrera. La vez que fui a pedirle su autógrafo aconteció ser día de su santo, y tenían fiesta. Salió don Enrique al *hall* pequeño, me firmó los libros y me marché, apenado de haberlo interrumpido. Por ahí debe haber andado Enrique chico, pero no lo vi. Fue bastante después, en 1922 o 23, cuando conocí a Enrique González Rojo. El ministro de Educación, Vasconcelos, nombró a Jaime jefe del Departamento de Bibliotecas, y a Enrique González Rojo jefe del Departamento de Bellas Artes. Yo me ayudaba en mis estudios con un nombramiento de conferencista de Extensión Universitaria que me obligaba a ir a pueblos remotísimos, por las tardes, a exudar inútil pedantería. Pronto fui comisionado en el Departamento de Bellas Artes, de modo que Enrique fue mi jefe, y desde un principio mi amigo. Parlanchín, alegre, risueño, inspiraba inmediatamente la más viva simpatía. Ausente don Enrique, creo que en España como ministro, Enrique vivía en San Rafael, con su tía Josefina y sus primas Laura y Josefina. Del grupo de los Contemporáneos (como ha dado en llamárseles después de que publicaron la revista de ese nombre, que no fue sin embargo la primera que les reunió, porque antes había aparecido *La Falange*), Jaime y Bernardo Ortiz de Montellano eran los más adustos y solemnes en su trato con los nuevos, con los recién llegados que éramos Xavier y yo. Pepe Gorostiza, aunque siempre serio y un poco triste; y Enrique, siempre alegre, me tutearon desde luego. También los Gorostiza vivían en San Rafael y el hermano menor de Pepe, Celestino, no se ponía aún en circulación artística.

Todos estos recuerdos, y muchos más, azotaban mi mente mientras don Enrique leía sus versos, y yo los recordaba todos, y Enrique se me aparecía en el rostro de Héctor, su hermano, a quien ahora encontraba tan parecido a él. Dejamos de vernos, porque la vida aparta a las gentes, y él decidió un buen día especializarse en seguros, y trabajaba en eso con buen éxito cuando enfermó muy gravemente de anemia perniciosa. Y una mañana, Catalina d'Erzell, que en paz descanse, me habló por teléfono a los estudios Stahl, donde a la sazón filmábamos una película de Cantinflas, para avisarme que había fallecido, el mismo día de enero de 1939, el doctor Puig Casauranc —y Enrique González Rojo. Fue un doble, doloroso golpe. Y para el doctor González Martínez, una nueva crueldad, después de la muerte de su esposa "Luisa, la bienamada". El altísimo poeta supo acendrar en versos magníficos estos duros golpes de una vida larga. Ahora mismo, al oír los poemas en que aparecen aludidos sus dos seres amados, yo sentí en el mío, los golpes de su gran corazón.

Y estaba ahí otro Enrique, el hijo de Enriquito, el nieto del doctor. Yo no lo conocía. Es un chico muy alto, delgado, poeta también y

simpático como toda su familia. Lo abracé con ternura, lo tuteé. Me parecía hallarme frente a su padre, frente a mi querido amigo.

Y me alegró mucho que estos recitales alcanzaran tan buen éxito. Tres Poetas en Persona: la oportunidad de escuchar sus propios versos, escogidos por ellos mismos, de González Martínez, Alfonso Reyes y Carlos Pellicer, fue realmente una muy buena idea de Carlos Chávez que yo puse en ejecución, con varias otras novedades, como la de cobrar, y fuerte, por la entrada a un recital de poemas, y la de aplicar el dinero así recaudado, a pagar bien a los poetas por su comparecencia. Ya está bueno de que la poesía sea un arte gratuito. Fue ésta una prueba oportuna y justiciera. Poco importa que los criticones que todo lo hallan mal, hayan refunfuñado porque se cobrara, y se hayan callado que se pagara a los poetas.

20 de noviembre

Esta vez le anticipo, querido Daniel, en algunos días una "carta" que suelo escribirle los jueves, y es por varias razones: la primera es que el jueves no estaré, D.M., en México, sino en Guanajuato, y acaso no disponga del tiempo ni de la ocasión para escribirle. Andaré atareado con el montaje, la iluminación y los ensayos generales de las obras que vamos a presentar en el lindo Teatro Juárez, pues nos vamos el miércoles a las diez, en tres turismos cargados con actores, tramoyistas, decorado y vestuario. He estado en comunicación telefónica con el licenciado Villaseñor de allá, comisionado por el gobernador Aguilar y Maya para organizar esa breve temporada con nosotros, y en eso quedamos. Ya ellos habrán dispuesto la publicidad y la venta de abonos y boletos para las tres funciones que daremos el viernes, el sábado y el domingo. Me encanta la idea de volver a Guanajuato. Habría querido ir desde hoy, para tener siquiera dos días de descanso allá, mientras llegaran los muchachos; pero mañana martes hay dos cosas a las que no puedo faltar: una es el recital de Alfonso Reyes, el segundo Poeta en Persona, y otra (a la misma hora. No sé como le voy a hacer para desdoblarme) es la cena que le ofrecemos a Celestino Gorostiza y en la que habré de pronunciar algunas palabras.

Otra razón que me decide a escribirle hoy es que tengo el tiempo para hacerlo. Es día de la Revolución, no se trabaja, no hubo siquiera periódicos. Podría no salir, debería quizá no hacerlo, y de todas maneras puedo disfrutar de algún ocio. Mi madre me ha invitado a comer en casa, pues vendrán a comer con ella Dolores y su mamá, pero no pienso quedarme. Rosa María y Carlos Bribiesca vendrán por mí a las once, y prefiero que repitamos en el estudio la comida bohemia que ahí solemos improvisar, y acaso ir luego al cine, a ver ese famoso *Arroz amargo*.

El sábado, por ejemplo, comimos en el estudio. De Bellas Artes nos fuimos por López a Tinoco por pasteles, y luego poco a poco nos llegamos hasta el mercado de San Juan, por fruta. Y había camarones tan hermosos que compramos un kilo, y ya cargados de bultos, en vano buscamos un libre. Todos iban volados al estadio, llenos de gente ansiosa de presenciar el juego de futbol de la Universidad contra el Politécnico. Volvimos pues a pasar a pie por Bellas Artes, donde seguía fluyendo gente a ver por última vez a doña Virginia, y llegamos a freír los camarones en mucha mantequilla, con jugo de limón, sin más, y a preparar unos tallarines verdes con salchichas holandesas. Luego, mientras yo dormía placenteramente una pequeña siesta, ellos emprendieron la martirológica tarea de lavar los trastes, y cerca de las cinco fuimos a ver cómo hacían los muchachos de iniciación artística *Rosalba y los Llaveros*.

La víspera, a la una y media, me habló por teléfono Edmundo Valadés, de *Novedades*, para comunicarme que acababa de morir doña Virginia Fábregas, y pedirme que fuera a la estación de radio a las dos en punto de la tarde, cuando ellos difundirían la noticia, a decir unas palabras. Apenas tuve tiempo de llegar en punto de la hora. Un locutor dio la noticia, y me dejó la palabra. Sólo al concluir y ver el reloj me di cuenta de que había llenado diez minutos con unos cuantos de los recuerdos cariñosos y de admiración que provocaba en mí la figura de doña Virginia. Valadés y el señor Lautaro se mostraban muy contentos de haber logrado el *hit*, decían ellos, de tan oportunamente rendir ese improvisado homenaje a la ilustre desaparecida. Pero era yo el agradecido con ellos por haberme brindado la oportunidad de expresar, acaso el primero, en nombre propio y del Instituto Nacional de Bellas Artes, una sentida condolencia y una profunda admiración por ella. Inmediatamente traté de ponerme en comunicación con don Jorge Negrete para pedirle, puesto que la ANDA se haría cargo de los funerales, que nos permitiera rendirle el homenaje de montar una capilla ardiente en Bellas Artes para doña Virginia, como sólo se había hecho antes con José Clemente Orozco. No logré comunicarme con él, pero le dejé recado, y luego toda la tarde Fernando Gamboa y yo insistimos, hasta que por la noche logramos comunicarnos con Manolo Fábregas, que asintió, y yo envié a los periódicos la esquela en que invitábamos de nueve a once (puesto que el sepelio estaba anunciado para las once) a montar guardias en Bellas Artes. Posteriormente, Fernando Gamboa fue a ver a Jorge Negrete a Actores para concertarlo. Ya a las doce de la noche, cuando yo fui a montar una guardia en Actores, se había arreglado que el sepelio se pospusiera hasta las tres y media, a fin de instalar en Bellas Artes la capilla ardiente desde las once hasta esa hora. Mucha gente, sin embargo, guiada por el periódico, aguardaba afuera desde las nueve. La misma noche del viernes quedó instalada

la severa decoración en el gran vestíbulo. Fernando Gamboa había ido a la presidencia, a cubrir los trámites indispensables para el sepelio en la Rotonda de los Hombres Ilustres, así es que Julio Prieto, Concha Sada y yo recibimos el cuerpo en nombre del Instituto cuando llegó a las once y minutos, e hicimos la primera guardia un poco antes de que todo el vestíbulo se inundara materialmente de gente de todas las clases, y de que los compañeros de la ANDA organizaran el desfile y las guardias con la perfección con que funcionaron. Fue un verdadero, solemne apoteosis. En su estuche de raso blanco; inundada de flores; rodeada por el cariño desinteresado y profundo de miles y miles de admiradores, la noble cabeza parecía sonreír.

Yo había escrito ya una pequeña oración fúnebre. Pero de repente me pareció que ir al sepelio y decirla era como capitalizar en lucimiento propio y parasitario un dolor a la vez íntimo y nacional. Recordé el de Julio Castellanos —el último al que yo haya asistido, y aquel cuya experiencia me indujo a formularme la resolución de no ir nunca más a ninguno. Yo dije unas palabras. Esto es, traté de decirlas. Una fuerza superior a las mías, a todas las mías, agarrotó mi garganta, oscureció mi voz, no dejó salir más que una lúgubre especie de ronco rugido. Yo seguí muy de lejos, anónimamente, al cortejo. Fernando Gamboa y Concha Sada representaron, él al Instituto de que es subdirector, puesto que Carlos aún no regresa de Buenos Aires; y ella al Departamento de Teatro.

Life must go on —I forget just why. Manolo Fábregas reanudaría esa misma noche sus funciones en el Ideal. Ella así lo habría querido, ella, cuya vida y cuya inmortalidad fue y es el teatro. Y cuantos aprendimos a quererla; a cuantos admiramos su disciplina, su bondad, su grandeza, nos queda rendirle el permanente homenaje de enaltecer lo que fue su vida.

Ayer en la tarde vino Carlos Loret de Mola a traerme un ejemplar de su primer libro, *Ángel sin ojos*, biografía de monseñor Rafael Guízar y Valencia, que leí anoche mismo. Lejos de hacerle daño, el periodista ha adiestrado, nutrido, madurado, hecho ágil al escritor que ahora debuta con una laboriosa biografía vivificada, vinculada a la autobiografía por una feliz, inteligente "armonía contrapuntística" que instala una historia —la breve, luminosa de un ángel propio— dentro de otra, la del obispo, a la manera oriental más remozada, fresca y cautivadora de leer, con un estilo rápido y palpitante, en un castellano impecable y rico.

Hace una semana que Carlos me invitó a comer. Me había yo quejado de que este año, los Rubio no me convidaron del mucbipollo que les mandan siempre de Mérida para el Día de Difuntos. A Jorge le mandaron del de los pobres, de frijol, y Eric, que me había prometido invitarme al suyo si le llegaba, resolvió apoderarse del suyo y encerrarse a piedra y lodo a devorarlo solo, sin convidar a nadie. Carlos entonces me invitó para el martes pasado. Su cocinera ya ha aprendido a hacer platillos yucatecos, y él fue a Cuernavaca a las cinco de la mañana por la masa, de modo que como a las tres nos instalamos a su próvida mesa el señor Velo, Mari Pepa Lamarque, Manolo Barbachano, otro amigo de Carlos, él y yo, a cumplir el rito de engullir mucbipollos perfectos con frijol colado y chocolate en agua. Y aun concertamos el emplazamiento de un escabeche a la Valladolid del que según Carlos, opina Gutierre Tibón que es el platillo más fino que se puede comer, o que él ha probado, en toda la redondez de la tierra. Fue justamente en Valladolid, durante mi único viaje por Yucatán hace algunos años, donde conocí, muy jovencito y ya periodista, a Carlos Loret de Mola —y el escabeche de Valladolid.

Venía con Carlos Mari Pepa Lamarque, una magnífica dibujante cubana que no ha podido exponer sus obras en Bellas Artes. Son muy amigos. Ella ha vivido mucho tiempo con los Médiz Bolio, que son tíos de Carlos. Recorrimos cantinas, y al fin les serví un jaibol en la tercera.

Consagré el resto de la tarde a visitar a mi tía María, que está enferma, y luego a los Rubio, con quienes hace tiempo que no merendaba como antes dos veces por semana; antes de los muchos ensayos y de las reclusiones con té, Nescafé, *waffles* o *sandwiches* calientes, y todas las sencillas variantes del *snack*; y los discos o el radio, en el estudio.Y ya de regreso a casa, compré en Insurgentes un ejemplar de *Claridades*. Xavier mandó una carta en contestación de la mía de la semana anterior, y dice en ella que no volverá a contestar a la "sistemática deformación de la verdad": que no hemos hecho más que *Rosalba* y *Cuauhtémoc* (obra ésta que en su cuenta anterior omitía), ya que *Los de abajo* y *Antonia* de Rafael Bernal fueron iniciativa ajena al INBA, y *Xicaltépec* de Roberto Blanco Moheno la puso su autor "él dirá cómo".

Puesto que en *Claridades* han puesto "final de una polémica" a su carta, no sé si deba yo insistir en informar que *Antonia* fue dirigida por Fernando Torre Lapham, director de la Escuela Teatral del INBA, y actuada por sus alumnos, y patrocinada por el INBA. Y que *Los de abajo* —fruto ciertamente de un concurso, pero convocado éste tanto por el Departamento del D.F. como por el INBA— fueron montados a expensas del INBA, como se ofrecía en la convocatoria, y ambas obras deben en esa medida considerarse realización de aquél. No pueden compararse con las actuaciones de la empresa Daniel sin deformar la verdad.

16 de diciembre

Ya habrá usted visto que en la revista *Voz* se ha establecido como una sección permanente la que se llama "Pintores contra Escritores", en

la cual unos y otros se atacan y autobombean. No he seguido con intención esa artificial polémica, pero sí recuerdo que como era de esperar, ya Siqueiros y Usigli aportaron sus candentes opiniones en esa sección.

Miguel Guardia, el joven poeta, resulta ser el encargado de esa sección, y vino a verme el lunes para incluirme entre los exponentes. Ha de partirse de la base de que la pintura mexicana moderna ocupa el primer lugar entre las manifestaciones artísticas de México, muy por encima de la literatura y de la música; que en otras palabras la pintura mexicana es un triunfo definitivo.

También me formuló Miguel Guardia otra pregunta, relativa a si creo que la novela de la Revolución es ya un género literario específico.

No sé cómo vayan a publicarse las cosas que le dije, pues a medida que se me ocurrían él tomaba nota rápidamente en una libreta, como de puntos que luego desarrollaría. Cuando se fue, me quedé pensando en el tema y mañana sábado pienso desarrollarlo en un par de artículos para *Novedades*. Lo que sí recuerdo es que le dije que la pintura mexicana moderna, por lo que se refiere a los grandes, me parece sobre todo un triunfo de la publicidad. En torno de esta idea giró mi defensa de las artes menospreciadas, y mi teoría de que la poesía cuenta en México con más limpio y antiguo arraigo; que no ha recurrido casi nunca a una publicidad que si no le gana el éxito fácil y brillante, tampoco la pierde dentro de una moda pasajera ni de una notoriedad transitoria y artificial.

Por cuanto a la novela de la Revolución, la pregunta me hizo pensar, como también acontece con las novelas de la Revolución, más en la importancia de la Revolución que en la validez de la novela que la tiene por tema. Y veo también aquí un triunfo rotundo de la publicidad, aplicada si no directamente a la novela revolucionaria, sí a la Revolución misma; un triunfo al cual se asen con habilidad o con intuición los escritores que resuelvan entrarle al éxito asegurado de una novela sobre la Revolución.

Porque en efecto nada ha sido objeto de una publicidad tan continua, tan costosa, tan eficaz, como la Revolución. Se la ha hecho nada menos que el gobierno, y durante ya cuarenta años seguidos. Es natural que el producto esté acreditado, la leyenda firmemente creada, el tótem erigido inexpugnablemente. ¿Quién se atreve a meterse con la Revolución? Es cosa sagrada, dogma indiscutible, religión con sus santos, con sus milagros, sus fechas consagradas, sus mártires, sus héroes. El pintor, el novelista, el poeta que sean incapaces de producir o de crear una obra que valga por sí misma como expresión humana y artística importante, no tendrán más que acogerse al dogma y pintar murales o escribir odas o novelas de la Revolución, y en esa medida participar del éxito del acreditado producto y beneficiarse

de los resultados de tan efectiva, larga, costosa y consumada publicidad.

23 de diciembre

Está visto que yo no podré tener nunca lo que se llama vacaciones. Hace ya meses que se acabó el dinero o que, como se dice en lenguaje burocrático, "se agotaron las partidas". Dicho así, puede parecer que en el INBA no se prevén los gastos, o que se despilfarra. Y la verdad es que ocurrieron cosas imprevistas, no por el Instituto, sino por quienes le dotan del dinero preciso para desarrollar su obra. Cada año se hacen aquí más cosas: más teatro, más danza, más música, más artes plásticas. Es como todo organismo que crece, y que necesita a cada estirón más tela para sus vestidos. Se contaba, en consecuencia, con mayor presupuesto para 1950, y en función de ese presupuesto se planearon las actividades. Pero una vez iniciadas y lanzadas, el aumento no llegó. Lo que no se había hecho, pudo cancelarse —la ópera, por ejemplo; pero lo ya empezado, ni modo. Así en el teatro, haciendo mil maromas, pudimos continuar y concluir la cifra más alta de representaciones que se haya dado en un año, y lo que nos hace falta es local, teatro en que dar funciones continuas, sin las interrupciones que enfrían toda temporada.

Pero, en fin, desde un punto de vista estricto, yo podía haberme cruzado de brazos ya hace unos meses. No está en mí hacerlo. Encuentro imposible defraudar el entusiasmo, el fervor de todos estos muchachos que han abrazado el teatro, que me cercan y me contagian su vivo deseo de trabajar, que se prestan gustosos a dar gratuitos programas de televisión, que ya se les queman las habas porque nos preparemos con obras para el año que entra. *The show must go on*, y para ello, dos actividades me han ocupado.

La primera fue planear la modificación de la Escuela de Arte Teatral para el año que entra. La experiencia de cuatro años de funcionamiento de la Escuela de Arte Teatral del INBA, me indujo a reflexionar que la carrera de actor, por su condición artística primordial, difiere sensiblemente de las que pueden emprenderse mediante la adquisición gradual de conocimientos académicos impartidos por años, con un límite fijo de tiempo y para el objeto de titular profesionistas lanzándolos al mercado público del trabajo. Como todo artista, el actor necesita de un talento específico y vocacional para su actividad, de una técnica y de una práctica cuya duración no puede medirse en el tiempo. Satisfechos los requisitos ineludibles de la vocación y la aptitud, y adquirida la técnica, son ya sólo la práctica y el talento personal lo que puede, mejor que un título, deparar al actor nuevo una vigencia profesional que lo mismo puede alcanzar en

uno que en diez años, y que no puede medirse por el mismo rasero para todos los casos.

Reducida pues a sus esencias, la preparación de nuevos actores y técnicos del teatro que el Instituto Nacional de Bellas Artes tiene el deber de emprender y que ha perseguido por medio de su Escuela de Arte Teatral durante los últimos cuatro años, debe plantearse sobre bases realistas y lúcidas, constituyéndose en una Academia Teatral de admisión muy estricta, de plazas limitadas y de actividad constante y bien orientada.

Dicha Academia, vivero activo de los nuevos técnicos del teatro, constaría de tres grupos de actores: elemental, intermedio y avanzado, con un máximo de veinte miembros en cada grupo, todos ellos becarios del Instituto Nacional de Bellas Artes y todos como cada uno en su grupo, con la obligación precisa de llevar a la escena un número determinado de obras cada año, de acuerdo con su categoría. La admisión y la permanencia de becarios en los tres grupos, así como su ascenso a los superiores, se normará por un reglamento especial.

Semejante reforma en la estructura de la hasta hoy Escuela de Arte Teatral, entraña la modificación del profesorado que hasta hoy la ha atendido, tanto en personas cuanto en servicios. Será preciso, en vez de profesores de clases académicas sueltas, contar con directores para cada grupo, responsables ante el jefe del Departamento de Teatro —director general de la Academia— de las actividades planeadas cada año, y con los ayudantes y los recursos indispensables. Se conservarán, sin embargo, como profesores de planta y para todos los grupos, los de aquellas materias que deban constituir el ejercicio constante de todos los becarios, como danza, esgrima, voz y (para los principiantes) técnica de actuación. Las materias de cultura general, de literatura y de historia del teatro, serán objeto de una enseñanza dirigida por los responsables de cada grupo y en relación directa con el trabajo de las obras que éstos preparen. Es evidente que el objeto de esta estructuración es el de formar actores sobre una práctica constante y total de la que va a ser su profesión, y que la inmediata vigencia de la Academia que se propone equivale a la constitución de una gran compañía de teatro en que el grupo avanzado asuma la responsabilidad de las temporadas importantes, en tanto que los grupos elemental o intermedio, aptos siempre a proporcionar al grupo avanzado segundas partes y comparsas para las obras que lo requieran, desarrollarán también, por su parte, actividades teatrales constantes mediante la presentación de obras a su medida en teatros o en locales menores.

La segunda es la preparación de la puesta en escena de *Los signos del zodiaco* de Sergio Magaña. Sergio Magaña es un muchacho estudiante de Filosofía y Letras, amigo de Emilio Carballido, que ha

publicado ya algunos cuentos muy originales y hermosos. Cuando este año estrenamos *Rosalba*, se aplicó, estimulado por el éxito de Carballido, a concluir una obra teatral que tenía empezada, y me la trajo en cuanto la concluyó. Por un momento, cuando se estrenó en el Arbeu *El cuadrante de la soledad*, se asustó. Pensó que aquella obra de José Revueltas podría parecerse a la suya. Verla lo tranquilizó por completo. No se parecen en nada. La obra de Sergio ocurre toda dentro de una vecindad que contiene, como una cárcel o como la vida, personificadas, ambiciones, frustraciones, esperanzas, miserias, tan humanas de fondo como mexicanas de forma. No le anticiparé a usted la historia, que es vibrante y tremenda. Sólo diré que incumbe a veintisiete personajes importantes en aquel mundo, fuera de los circunstanciales, y que sucede en tres interiores y un exterior común, simultáneos.

Para Julio Prieto, el mago de la escenografía, fue relativamente fácil ofrecerme la resolución topográfica de la obra: la casa de las Braun, la de la portera, la de la cantante, la de Pedro Rojo, las viviendas no practicables y el patio de los lavaderos, la escalera y el árbol y la puerta al fondo de la vecindad. Ya está creado el mundo en más o menos siete días, pero ahora falta poblarlo, y eso no es tan sencillo. Si se tratara de hacer una película con esta obra, la cosa sería mucho más fácil. Sería fácil establecer la vecindad y el patio, y acercarse o cortar a los interiores, y ligar la acción con grúas o en el cuarto de corte. En el teatro todo tiene que hacerse a la vez y cada vez que se haga. He meditado entonces un nuevo plan de ensayos y armazón de la obra que, a diferencia de como lo hago siempre, me llevará de lo simple a lo complejo. Puse a Raúl Dantés a sacar un *break down* cinematográfico de las secuencias de la obra, como si fueran a filmarse: por interiores y exteriores, todo lo que sucede en casa de las Braun, en los actos I, II y III; todo lo que sucede en casa de Lola Casarín, todas las escenas en la casa de Ana Romana; luego todas las escenas del patio, que son diecinueve. Cuando estén bien sabidas, resueltas, movidas y matizadas todas las escenas de interiores, empezaré con las exteriores y luego las ligaré con las otras, y las orquestaré, ya en el foro.

La primera dificultad está en el reparto. Hay personajes de todas las edades y tipos, y para los papeles de la portera y la cantante, se necesitan dos actrices muy buenas y de cierta edad. He pensado en María Tereza Montoya para uno de ellos. Ricardo Mondragón me comunicó hace poco la gentil disposición de María Tereza para trabajar con nosotros, pero como anda en Monterrey, ignoro sus compromisos para enero y febrero y no me he puesto en contacto con ella. Para el otro papel, llamé a Emperatriz Carbajal y está leyendo la obra.

Con los demás papeles ya empecé a ensayar. Llevo armadas en esta

semana dos de las tres escenas largas de las Braun, que hacen Luz Salinas y Virginia Gutiérrez: su tía, la señora Soledad García (la mamá en *Rosalba*) y su hermano Carlos Ancira, todos hijos del INBA. El resto del numeroso reparto está hecho, excepto por los niños que se requieren, y que habrá que buscar.

1951

6 de enero

Para él fue así mejor: no darse cuenta de que moría, una luminosa mañana de Navidad, rodeado por la admiración de una familia de que era el vínculo y el orgullo. Orazio Fontanot lo había dejado a la puerta de su casa a las cinco de la mañana, después de cenar con amigos en su estudio. Tres horas después, Xavier se ausentaba del mundo.

Tengo aquí, sobre el escritorio de la oficina, un manuscrito suyo: los nombres de las obras que le gustaría dirigir y poner con los muchachos el año que entra, dentro de un plan de reorganización de la Escuela de que ya he hablado aquí, que examiné largamente con él, que aprobó con entusiasmo, y para cuyo desarrollo contaba yo muy principalmente con su inteligencia y su colaboración. Fue el miércoles 13 la última vez que lo vi. Vino a la oficina a traerme unos textos teatrales que servirían para las pruebas de admisión, y escribió esta lista de obras: con el grupo avanzado, los *Espectros* de Ibsen, o *El maestro de Santiago* de Montherlant, o la *Medea* de Anouilh; con el grupo intermedio o con el elemental, obras de un acto de lord Dunsany, o su propio *Solterón*.

Esta mañana he ido a mi archivo y sacado de él la carpeta en que cuidadosamente guardo las cartas de Xavier, escritas cuando en 1935 y 1936 estudió teatro en la Universidad de Yale. Son como todo lo suyo llenas de inteligencia; conversaciones a distancia más suyas que una charla con él, puesto que son monólogos. Me propongo publicar con todas ellas un pequeño libro o epistolario suyo,* y por lo pronto, creo que el mejor homenaje que puedo rendir a su querida memoria es el de comunicar a los lectores unas cuantas de estas cartas:

> Abril 15, 1936
>
> *Dear Salvatore: to live in isolation has its advantages; but it also imposes certain penalties.* Y no quisiera que a estas sensaciones vinieran a sumarse tus reproches acerca de la frecuencia o de la longitud de mis cartas. Si yo tengo la impresión de que te contesto religiosamente, es decir apasionadamente, ciegamente. Cuando se vive fuera y lejos de las costumbres, mis únicos vicios, se pierde la noción del tiempo, para ser más exactos, se adquiere la verdadera. El tiempo lineal y rígido que vivía

* El libro sólo apareció hasta 1966: *Cartas de Villaurrutia a Novo*, editadas por el Departamento de Literatura del INBA. (N. del e.)

yo en México ha sido sustituido por un tiempo elástico, a veces cóncavo y profundo que alarga las horas, los minutos, de modo increíble, insufrible; a veces convexo que acorta las horas y los minutos de modo que duran *realmente*. El tiempo en México se mide con un metro inflexible. Aquí en estas soledades que a veces se pueblan de ángeles, el tiempo se mide con una liga de resorte que se alarga hasta la angustia o que se acorta hasta ser sólo un punto, un grano de resorte. Y la felicidad y el éxtasis o son un grano de resorte o no son felicidad ni éxtasis.

Te escribo siempre sin premeditación, sin interrupción, casi automáticamente, para lograr, para intentar siquiera que lo que te escribo tenga el valor de un dato inmediato, de un reflejo involuntario de mi ser. Mis cartas duran lo que la excitación que las motiva, nunca menos, a veces más. Podrían durar mucho, mucho más, si yo te hablara de mis lecturas, de mis experiencias, con sangre fría, filtradas, racionalizadas, reducidas a fórmulas inertes. Pero nuestra amistad no se ha basado nunca en la razón ni en la inteligencia —la primera nos habría apartado ya, por muchas *razones*; la segunda nos habría vuelto a juntar forzada y artísticamente—, sino en cosas más inasibles y misteriosas, más oscuras y profundas. Pensarás que con ayuda del psicoanálisis todas estas cosas pueden ponerse en claro..., y tendrás razón. Pero en nuestro caso, ¿no te parece que más vale atizar su fuego oscuro y recóndito, que sacarlas a la luz? Si nos subentendemos, si nos sobrentendemos a tientas vale acaso la pena encender la luz —¿la luz que, a lo peor, sería, en nuestro caso, una impenetrable sombra espesa? Mis cartas tienen, pues, una duración independiente de mi voluntad y se estiran o se encogen en la medida incalculable del estado —casi físico— que las hace posibles.

Recibí el poema que me envió la marquesa Yorisaka, y ahora recibo la nota sobre Orozco que tú me envías: la escribí poco antes de salir de México, y Mr. Davis me pagó 30 pesos por ella. Tengo una curiosidad infantil por saber lo que cuenta de nosotros "el otro tabasqueño ilustre". ¿El nuevo tomo de Vasconcelos es tan interesante como el primero? Yo sé —y creo que tú también— de dónde sacó Taracena el discurso a la manera de Ezequiel Chávez: ¿Recuerdas unos pastiches que publicaste en *El Ilustrado*? —Rendón llegó a N.Y. antes de que Alba y yo nos pusiéramos de acuerdo para ir a recibirlo. No lo vi, pues. No creo que me hubiera reconocido. Creo que te buscará, si no es que ya lo ha hecho. Creo que en mi último viaje a N. York, le encontraré el hilo. Me gustaría pasear contigo por Broadway. A la altura de la calle 42, si te detienes unos minutos, ves toda la corriente de muchachas en flor, fluyendo incesantemente, con un anuncio luminoso en los ojos. Pero no es a ti a quien debo contar esto, por la sencilla razón de que ya lo sabes.

Auf wiedersehen, Xavier

Abril 1936

Salvador: Me quedé a saborear tus cartas —porque también la que recibió Rodolfo la considero un poco, escrita para mí. El caballero salió

a la calle, supongo que a ver si entre corrientes de aire y nublados telones tropieza con la primavera. A esta santa señora cuya aparición anuncian los periódicos locales, no le hemos llegado a ver la cara: ¿o será que no estamos en estado de gracia?

No me califiques de cruel si te confieso que aplaudo —por esta vez— el lumbago que hace posibles tus alegres cartas, del mismo modo que el asma hizo posibles las elásticas páginas de Proust. Veo que en México se sigue viviendo, cada vez más intensamente, dentro de las tarjetas postales que son delicia. La música de Lara (mejor músico que Ponce y menos mal poeta que Nervo), Curiel y, ahora, de Ruiz es el mejor *background* del Cine Alameda: esa pesadilla corpórea de nacionalismo. Y a propósito, ¿de qué?, el chiste acerca de la familia modelo Palavicini es perfecto en cualquier lengua.

Leo las cartas de D.H. Lawrence editadas y prologadas por Huxley. El 29 de octubre de 1924 desde el Hotel Montecarlo, calle de Uruguay, escribe: *Genaro Estrada of the Pen Club called on me —fat and bourgeois but nice and I'm in for a supper at the Oriental Café on Friday evening, to meet the Pens. Don't like the thought of it one bit.* Fue entonces —¡helas!— cuando conocí a Lawrence. Tenía la cara de Cristo; y el pelo, y sobre todo la barba que lo besaba, de Judas.

También leí *The Last Puritan*. Muchas páginas te habrían sin duda acercado a estos climas físicos y morales de la Nueva Inglaterra. A New Haven se puede aplicar lo que uno de los personajes dice (seguramente es Santayana quien lo piensa) de Boston: se puede vivir una vida en ese lugar sin darse cuenta de que es puerto de mar. Hasta anoche conocí el mar de New Haven, oscuro y como avergonzado, desde luego muy reprimido. ¿Te gusta el personaje de *Lord Jim*? Ese y el padre del protagonista son para mí los mejores del libro. ¿No tuviste la sensación de que nada cambia en la novela, de que aun las cosas que se mueven no se mueven? Zenón de Elea y la flecha que vuela y que no vuela, son la clave del libro. Rodolfo no manifestó deseos de leerlo y yo devolví el libro al chico que me lo prestó. Rodolfo tiene gustos muy particulares, lee novelas policiacas sin preocuparse por el autor. Yo no le reprocho su gusto, o manía o lo que sea. Por el contrario, en Nueva York busqué y encontré *The Moonstone* de Wilkie Collins, contemporáneo de Dickens, que escribió la primera novela policiaca inglesa, y se la di a leer.

Qué oscuro, recóndito e inevitable es el sentimiento de la nostalgia. No te imaginas cómo está presente en las cartas de Lawrence que no hizo sino huir de Inglaterra, pero que volvía siempre a ella aunque sólo fuera para huirle otra y otra vez. Lawrence huía de los ingleses por razones contrarias a las que nosotros podríamos aducir para justificar cualquier fuga de lo mexicano: Lawrence huía de la civilización. Buscaba el instinto primitivo, quería oír la voz de la sangre. Lo mismo en México que en Australia una voz interior parecía recordarle siempre su Inglaterra. Nunca pudo escapar de su *homesickness*, él que aplicó toda su voluntad a tener una sociedad, un paisaje electivo y no la sociedad y el paisaje fatales en que nació. Era (y esto sólo se puede decir en dos palabras si éstas son inglesas) un enfermo nostálgico de lo que había rechazado toda su vida; podría titularse *The Homesickness of a Homeless*.

Te preguntarás: ¿a qué viene todo esto? Yo mismo no podría decirte con precisión, pero ahora recuerdo que en una carta que me escribió Enrique (y que me fue utilísima en un momento en que la nostalgia había adoptado para conmigo uno de sus más traicioneros disfraces) me aseguraba que él nunca la había sentido por México cuando estuvo en los Estados Unidos, a lo que hubiera sido muy fácil responderle que, en cambio, la siente por los Estados Unidos, cuando está en México. Ya oigo que se me puede contestar: "¡Qué diferencia!" —Pero no se trata de calidades porque, si a eso fuéramos, sería inexplicable que Lawrence sintiera nostalgia de México o de Nuevo México aun en Londres. Lo que importa es reconocer que el sentimiento vive más o menos secretamente en el hombre que viaja, y es, en cierto modo, su castigo "por haber querido cambiar de sitio". Una vez contraída esta enfermedad, ya nada, ni un nuevo viaje al lugar que se extraña, podrá curarla; porque sucede que la enfermedad se nutre, precisamente, en el lugar en que se está y del lugar que se abandona. Y ahora creo que he recobrado, querido y paciente Salvador, el objeto de esta divagación: no estoy seguro de no extrañar mañana, en México, lo que en un principio rechazaba aquí con toda la fuerza irracional de la nostalgia que sentía por mis costumbres de allá. Tal vez la única verdad —si existen verdades únicas— es que el hombre extraña sus costumbres, no importa el lugar, aunque éste haya contribuido a modificarlas. Dichoso tú que has viajado sin tener tiempo para echar raíces.

Love, Xavier

Salvatore:

He perdido aquí en Nueva York la noción de la correspondencia y como no sé si me debes o te debo carta, y como estos deberes no tienen ninguna importancia, te escribo desde este hotel que me recuerda en todo el poema de Harriet Monroe, que tradujiste hace ya muchos años; hace un día. Los *bell boys* maduran bajo las lámparas y tienen la piel, naturalmente tostada, tan pulida y perfecta como las esculturas que ya no se usan. Rodolfo ejercita, infatigable, su inglés, escribiendo a una tal señora Grawford del Group Theatre que nos dio boletos de primera fila para ver *The American Tragedy* de Theodore Dreiser, en una versión de Piscator de muy pobre significación literaria porque está reducida la novela a la simplicidad de las obras llamadas de izquierda, pero de un gran interés plástico y actuada como saben hacerlo los actores del Group Theatre, que han conseguido un unanimismo admirable. Rodolfo, en quien he descubierto al judío errante, se da gusto en N.Y. y camina incesantemente, vertical y horizontalmente; a veces me niego a seguirlo y tengo así tiempo de mis siempre discretas —¿para qué decir hipócritas?— escapatorias nocturnas. Ayer vi a Salvador Alba en el consulado. Lo encontré un poco nervioso porque acababa de recibir un telegrama de Rendón anunciándole su llegada a N.Y. Alba no conoce a tu amigo Rendón. Yo le dije que yo sí lo conozco, aunque temo que Rendón no se acuerde de mí. Me pidió que lo acompañara a recibirlo para facilitar la *recontre*, pero no sé si lo haga. Nunca fui amable con Alba en México.

No debo pues esperar que él lo sea conmigo aquí. Y me molesta, aunque creo que estoy buscando una razón para justificar mi pereza y no ir al muelle, que sólo me invite a acompañarlo cuando cree que puedo servirle... Ya te diré si, al fin, fui o no. Rodolfo me enseñó tu última carta, un poco histérica tal vez, en que hablas del retorno al overol con la misma fantasía con que una duquesa hablaba del regreso a la naturaleza. Creo que todo eso habrá pasado ya, y que habrás recobrado tu sentido del humor que ha sido siempre lo que te ha mantenido a flote en tu graciosa calidad de dama del mar Sireno. En peores océanos me he visto sumergido, a veces, en este viaje en el que toda la lucidez de que soy capaz no fue siempre bastante para salvar los escollos de la nostalgia o las islas del tedio. Y, no obstante, aquí me tienes, no triunfante, ¿quién puede vanagloriarse de ello?, pero sí superviviente de mis personales naufragios en los cuartos de hotel, en los salones de *close*, o en el pequeño departamento de la calle de Chapel, entre restaurantes y *funeral parlors*, con un *background* mitad gótico y mitad griego de Washington.

Ya me conoces huraño e insociable. He huido de los mexicanos en N.Y. como de un maleficio. Pero los maleficios lo alcanzan a uno siempre. Y, al fin, he sido alcanzado por Tamayo, por Amero, y mañana en una exposición de pintura encontraré a Rosa y al Chamaco. Pero no lograrán asirme, te lo aseguro.

He visto tal cantidad de teatro que he acabado por tener la seguridad de que frente a nuestra vida de todos los días se está desarrollando incesantemente, en todas partes y a toda hora, otra no menos natural, no menos real, acaso más. Esto quiere decir que estoy a punto de odiar al teatro, o cuando menos de huirlo.

Qué horror los finales de las cartas, condicionados siempre por un papel de cierta dimensión, por el cansancio de los dedos que han abrazado con excesiva fuerza la pluma desconocida, que le impone a uno la letra de la persona que la usó antes que nosotros (la mía está en el hospital). Quédese el final de ésta para otra ocasión.

Xavier

13 de enero

Estos pasados días de fiesta en que todo mundo vuela a Acapulco, yo me quedé en casa, practicando un quieto voto de soledad y silencio. Un examen de conciencia también. La mejor mitad de mi juventud se ha ido con Xavier Villaurrutia, y era el deseo desesperado de asirla, de recapturarla, de revivirla, lo que me llevó a hojear los álbumes de viejas fotografías en que aparecemos juntos en comidas o viajes; los libros de recortes en que aparecen juntos nuestros versos de adolescencia o nuestras actividades fervientes de juventud.

Cuando ya uno se vuelve —lo diré con más rubor que modestia— persona famosa, deja (yo, cuando menos, lo he dejado) de coleccionar los recortes de sus publicaciones. Suele volverse tan descuidado

como yo, que no poseo siquiera una colección completa de mis libros, y que mucho menos podría tener la de recortes de mis toneladas de artículos. Pero cuando son las primeras cosas suyas que ve uno impresas, ¡con qué amor las conserva! Yo tengo así un viejo libro de recortes de los primeros versos publicados en la revista estudiantil *Policromías*, donde al mismo tiempo aparecieron los primeros de Xavier. Luego él y yo fuimos juntos a ver a dos directores de periódicos para llevarles versos: a Rodrigo Gamio, que publicaba *El Heraldo Dominical*, y a María Luisa Ross, que dirigía *El Universal Ilustrado*. El 4 de diciembre de 1919 apareció por primera vez en *El Ilustrado* una página con poemas de los dos. En *El Heraldo*, un domingo del mismo año, en una plana que nos llenó de gusto, nuestros poemas y nuestros retratos —los retratos que nos habíamos hecho con un fotógrafo Silva muy de moda entonces, un bohemio melenudo y nervioso que tenía en su estudio una gola y una capa que les ponía a todos sus clientes para volverlos coloniales: "retratos al horno", como decía Xavier. Luego, en 1922, nuestro primer libro juntos: un tomo de Cultura con cuentos de Francis Jammes que yo traduje y a los cuales puso Xavier un prólogo que era la primera manifestación de su agudo sentido crítico. Era la época en que devorábamos y nos pasábamos los libros, en apasionado desorden: La Bruyère, Saint-Simon, Allain, Huysmans, Balzac, Stendhal, France, Gide, Cocteau y todas las "Musas de Francia", y los "Jardines de Francia".

Pero de lo que llegó con el tiempo a ser la principal actividad de Xavier, el teatro, tengo también recortes, porque en sus orígenes volvimos a coincidir. Crónicas sobre el Teatro de Ulises, entrevistas, diatribas —y junto a las opiniones interesadas en aquella labor y favorables, las burlas de que fuimos objeto, que entonces nos irritaron, y que con el tiempo han perdido toda su virulencia. Queda ahora como de toda empresa noble, sólo lo positivo, el fruto a distancia. Y acaso es tiempo de empezar a formar la historia del movimiento teatral cuyos propósitos fueron tan claros y tan lúcidos en 1928, que en 1951, cuando han ganado en nuevas manos jóvenes la victoria de subsistir, no han perdido vigencia.

Por esta consideración creo oportuno salvar de este álbum de recortes, refugiándolos en una nueva publicación, los documentos que ahora le comunico. Hablan en ellos Antonieta Rivas Mercado —aquella inolvidable, admirable mujer— y Xavier. Fue un reportaje aparecido en *El Universal* el 30 de mayo de 1928:

QUÉ OPINAN LOS FOMENTADORES DEL TEATRO DE "ULISES" DE LA CRÍTICA QUE SE LES HA HECHO

Antonieta Rivas, Salvador Novo y Xavier Villaurrutia, del Teatro de "Ulises", han dado respuesta a la crítica que se ha hecho del esfuerzo que juntamente con otros elementos jóvenes vienen realizando.

Charlábamos con Antonieta Rivas para conocer su opinión respecto de la crítica de su obra. Y entonces ella escribió de su puño y letra, la respuesta a nuestras interrogantes. Lo propio hicimos con Salvador Novo y Xavier Villaurrutia, y encontramos en ellos disposición para explicar sus ideas respecto a este movimiento, que seguirán con mayor entusiasmo cada vez; con mayor esperanza en el triunfo, ya que los obstáculos que se trata de oponérseles, ellos sabrán vencerlos, con su juventud y con su talento.

Dijo Antonieta Rivas...

Natural era que la crítica se equivocara al querer juzgar nuestra labor. Si se equivocó al apreciar la exposición directa que Salvador Novo hizo en su conferencia del origen del Teatro Ulises, ¡cómo podríamos esperar que fuera capaz de discernir atinadamente por qué presentamos precisamente las obras que dimos, y justamente en esa secuencia! La revista de *Ulises* y el teatro tienen en común el nombre y el hecho de que algunos de sus fundadores han tomado parte muy activa en el desenvolvimiento de éste, pero, a decir verdad, el teatro era inminente. La necesidad de hacer teatro, de tener teatro bueno, era apremiante. Constituyó una de mis preocupaciones desde mediados de 26, cuando regresé de Europa. Hasta llegué a hacer un intento que se frustró. Por su lado Novo, Villaurrutia, Owen, hablaban de hacer teatro. Y, ¿no era uno de los discos de Pepe Gorostiza? Hace unos meses, Manuel Rodríguez Lozano me puso en contacto con Xavier Villaurrutia. De una charla entre nosotros provino la materialización del teatro que hasta ese momento "había estado en el aire".

Nuestro objeto es evidente. Para cosechar se siembra, pero antes hay que abrir los surcos. Si pretendemos llegar a tener teatro propio, es necesario que los escritores gocen, por lo menos, de práctica visual. A veces, el remedio para la ceguera es una operación. La operación en este caso consiste en presentar obras correspondientes al momento actual. Estamos fijando la sensibilidad contemporánea con creaciones maduras del teatro extranjero. Más tarde presentaremos también clásicos.

Nuestra forma de trabajo es sencillísima. Todo lo hemos hecho nosotros mismos, lo que no quiere decir que hayamos improvisado. Cierto es que nos hemos improvisado actores, escenógrafos y directores de escena, pero, de la siguiente manera: escogiendo cuidadosamente las obras, aprendiendo rigurosamente los papeles, estudiando la escenificación con esmero. En breve, no dejando nada al azar. Como en todo el teatro contemporáneo, hemos buscado unidad de conjunto, equilibrio, armonía. Entre nosotros no hay estrellas. Hemos tachado al primer actor y a la primera actriz. Todos son esenciales. Desde el telonero hasta los protagonistas. Este principio elemental en toda labor de conjunto, ha sido admirablemente bien comprendido por todos y cada uno de nosotros. Lupe Medina de Ortega, Isabel Corona, Ema Anchodo, Clementina Otero, Carlos Luquín, Rafael Nieto, Ignacio Aguirre, con su inteligencia y generosidad han hecho posible el teatro. Para citar un caso particular. Sin Lupe Medina, sin su inteligencia y admirable voluntad,

nunca hubiéramos dado *Ligados*. En cuanto a los pintores, Rodríguez Lozano, Julio Castellanos, Roberto Montenegro, convertidos en escenógrafos, dóciles al texto, nos han dado marco y fondo para mover las figuras. Los directores, Julio Jiménez Rueda, Celestino Gorostiza, han sostenido, han rectificado y ayudado a crear los personajes de ficción. En resumen, es el total de todas estas voluntades lo que ha hecho posible en cuatro meses escasos, lograr lo que pretendíamos. Presentar teatro moderno y sacudir telarañas, que no por viejas eran respetables. Nuestra intención es seguir trabajando en idéntica forma.

A los críticos no les gustó el *Orfeo*, pero a mi hijo sí. El argumento no es mío. Está en el *Evangelio*. Sólo los niños podrán entrar en el reino de los cielos, y no hay que olvidar que Cocteau dice que "ése es el reino de la poesía".

Y Salvador Novo...

Es verdaderamente extraordinario que casi no haya personas en México que, conociendo la leyenda de Orfeo, no la hayan reconocido en la tercera función pública del Teatro de Ulises. Si no puede pedirse ni esperó nadie que todos los asistentes hubieran oído antes hablar del fiel esposo que rescató de los infiernos a Eurídice, había por lo menos el derecho de creer que los intelectuales que escriben las crónicas sí la conocieran, sobre todo dado que una de las cualidades de Orfeo es la de encantar a los animales y de ser comprendido hasta por los caballos.

En cuanto a O'Neill, ignoro las relaciones que puede tener con Paul Géraldy con quien ha sido equiparado, y si se piensa que yo no conozco a Géraldy, yo sé perfectamente, en cambio, de otras personas que no conocen a O'Neill.

A otros críticos no les gustó *Simili*. A mí tampoco, pero no por las mismas razones.

Aquellos que dicen que nuestras traducciones son defectuosas me hacen pensar en un cocinero jubilado que no aprobara los guisos que para su sustento propio y urgente condimentara una persona famélica. Todos nosotros sabemos muy bien que no hemos de llegar a la Academia de la Lengua. Por lo menos no a la mexicana. Pero el hecho no nos conmueve.

La expresión de Villaurrutia...

Salvador Novo y yo, con Gilberto Owen, somos los culpables del repertorio de nuestro pequeño teatro que ha tenido la suerte de provocar opiniones tan opuestas. Podríamos estar orgullosos de estos juicios. No importa el tono de ellos. Sólo una manifestación viviente los despierta. Quiero opinar sobre nuestro repertorio. Algo, también, sobre la crítica que ha suscitado.

Se ha unido gratuitamente a nuestro repertorio una fea palabra: vanguardia. Esta palabra corre el riesgo de quedarse súbitamente anticuada. Nosotros pretendemos dar a conocer piezas de teatro que las empresas comerciales no se atreven a presentar en México. Obras nuevas y vivas; en una palabra, actuales. Lo son *Ligados* de Eugene O'Neill y *El peregrino* de Charles Vildras, del mismo modo que *Orfeo* de Jean Cocteau y *Simili* de Roger Marx. Obras de tendencias diversas, a menudo encontradas, que se unen por el hilo de la actualidad. Y es preciso no desdeñar esta palabra: actualidad. Pensemos que un autor

clásico es el que tiene la dicha de ser actual siempre. Nuestro repertorio no pretende ser de vanguardia, sino, simplemente, orgullosamente, un repertorio actual.

Escogí *Simili* y *Orfeo* para nuestro experimento teatral, apoyándome no sólo en su innegable valor de arte, sino, también, en las posibilidades de nuestro pequeño cuadro de actores.

La obra de O'Neill, que tuvo la dudosa fortuna de gustar a don José Joaquín Gamboa, fue escogida con fino acierto por Salvador Novo. A mí me parece una obra sobria y fuerte, y lo que es mejor aún, lograda con admirable economía de elementos.

Simili es una pieza de análisis psicológico. La fantasía de la protagonista reconstruye el carácter del hombre que ama en otro hombre a quien encuentra casualmente y que se presta de buen grado a su capricho. Cuando el verdadero amante aparece, la mujer prefiere, a la vieja realidad de su amante de ayer, la verdad de su fantasía de hoy. El juego de dos personalidades (la del amante real y la del amante inventado) constituye el encanto de la obra. Al hablar de *Simili*, la crítica francesa nombró a Marivaux y a Pirandello, dos autores que nada tienen que ver con el naturalismo, dos juglares, de la fantasía el primero, de la inteligencia el segundo.

Fantasía e inteligencia presiden la obra de Roger Marx. Algunos críticos mexicanos no han podido ver en ella sino una pieza naturalista.

Orfeo, que tuvo la dichosa fortuna de no agradar a Carlos González Peña, no representa una escuela de teatro, sino el espíritu de un poeta, Jean Cocteau, que intenta, y consigue, la reaparición de un teatro puro: teatro teatral, fino en sí mismo (¡qué lejos estamos del teatro naturalista, del teatro considerado como un medio solamente, como una tribuna para exponer teorías!).

El *Orfeo* de Cocteau está escrito en función de la escena: las personas y los objetos aparecen y desaparecen como en un juego de manos o entran y salen como en un sueño. Pero hay críticos, los de México sobre todo, que no han soñado nunca, que duermen un sueño sin sueños. Sólo la realidad cotidiana los satisface. No son capaces de poner un pie, siquiera por un momento, en el misterio. No son capaces de dejarse engañar por nada que no sea real. Y el teatro es, siempre, engaño, engaño superior. Uno por uno han encontrado en *Orfeo* aquello que no buscan: poesía, ficción pura. Para ello, en vez de declararse sorprendidos, se ofenden y truenan al conocer sus limitaciones. A nadie debe extrañar. Educados en la estrecha escuela del naturalismo, la vida es para ellos como un pastel y el arte una rebanada de la vida. Tocar para creer es su norma. Y el *Orfeo* de Cocteau, siendo una realidad misteriosa, se les escapa de las manos torpes. El choque de las metáforas no llega a su oído habituado a recibir solamente ruidos físicos. Y las imágenes plásticas no impresionan sus ojos en el pastel de la vida y en la rebanada del arte. Al preparar *Orfeo* no se nos ocultaba el desconcierto que provocaría en muchos cerebros. Sonreíamos anticipándonos. Decíamos con el poeta de la tragedia: "Hay que echar una bomba, hay que obtener un escándalo, hace falta una de esas tormentas que refrescan el aire. Se ahoga uno, ya no se respira." Así fue. Nosotros respiramos, los críticos se ahogaron.

Nosotros, representando, respirábamos un aire nuevo. ¿Qué aire más nuevo que el de esta poesía? Los críticos sintieron que la poesía les oprimía el cuello, les cerraba la garganta. Acabaron por no ver nada. Allá ellos.

20 de enero

Me quedé en casa todo el sábado y todo el domingo, porque mi madre está un poco enferma y nos falta servicio. No pude pues, como había quedado en hacerlo, ir a partir una rosca con los muchachos. ¿Además de que qué apetito podía quedarle a nadie en varios días, después de la fabulosa comida que dio don Dalmau Costa al "grupo de los viernes", y a la cual tuvo la gentileza de invitarme? Se había anunciado una sorpresa para ella. Ya se sabía que serviría faisanes importados, pero la sorpresa consistió en que también había hecho traer por avión, de Francia, el verdadero lenguado, aquel "*pece* raro" que sólo se da en no sé qué costas, y que en su modesta, democrática versión de guachinango, se ofrece en las minutas de los restoranes como *filet de sole*.

Fue una comida a todo trapo, servida en el pequeño comedor que antes estaba forrado de madera y que ahora ha sido redecorado con muy buen gusto, todo plateado, con falsas perspectivas o *trompe-l'oeil* en tres arcos, doradas, a un lado, y al otro, con tres arcos en que espejos fingen puertas que prolongan la estancia. Lo único que desentona, acaso, es la lámpara del centro. Pero el servicio fue impecable. Un cangrejo moro, el lenguado y luego el faisán con castañas y champiñones, elegantemente paseado frente a los comensales antes que los meseros descompusieran para servirlo el montaje decorativo de guarniciones que ostentaba. Y cada cosa, con su vino. Yo tenía que haberme levantado de la mesa a las tres y media para mi ensayo de televisión, ahí enfrente, pues esa noche empezaría el curso de técnica de actuación, a las ocho, que daré por diez viernes. Pero no me ausenté sino hasta bien consumido el faisán, apenas privándome de los postres y del café que Chale Recamier había llevado en una atesorada bolsita, del que no se consume en México porque todo lo exporta la CEIMSA, en que él trabaja.

Esa mañana había recibido en la oficina la *Minuta* de Alfonso Reyes, con una dedicatoria en que me decía que leyó "los preciosos artículos sobre la gula castellana", y que por eso me enviaba su *Minuta*. En efecto, la lectura en cama, durante el catarro, de la *Historia de la gastronomía* de la señora Mestayer de Echagüe, me indujo a revisar muy por encima la poesía castellana en busca de las alusiones gastronómicas que esa señora sentenciaba escasas en esa literatura. Escribí con esa primera búsqueda dos "Ventanas" para

Novedades. Pero la notita de Alfonso me estimuló a sistematizar, reanudándola, aquella investigación. De suerte que en ello me ocupé, y muy gratamente, sábado y domingo, aquí, en la terraza en que escribo estas líneas, muy a mano mis clasicotes castellanos que tanto manejé cuando daba clases, y que al releerlos, y hallar en ellos marcas de papel, subrayados y signos hechos en otras épocas, me angustian con la comprobación de que mi memoria no es tan buena como me jacto, pues he olvidado totalmente por qué anoté lo que anoté, y aquellos versos o aquella comedia o novela en que perduran las llamadas y marcas.

Lo cual, en cierto modo, es bueno. Así la lectura ofrece el renovado deleite de un descubrimiento, sobre todo cuando se emprende con un objeto fresco y determinado, como ahora el de buscar alusiones a la comida. Empecé, pues, por el venerable tomo 57 de la Rivadeneyra: recorrí a Berceo, y extraje de sus *Signos* que aparecerán antes del juicio final algún ejemplo. Luego, el largo *Poema de Alejandro*, que tiene trozos tan bellos, me dio otro, y muchas veces la tentación de transcribir descripciones preciosas. Nada hallé en Sem Tob. Pero en el *Tractado de la doctrina* empieza a aparecer la gula como pecado, y en el canciller López de Ayala encontré la primera enumeración de golosos castigados que, como un *cliché*, repiten más tarde, en la misma, idéntica continuidad, todos los poetas que traten de ese pecado: algunos con gracia selectiva, como el Arcipreste cuando increpa a don Amor y mienta a los golosos pecadores bíblicos; otros con menor gracia y mayor extensión, hasta la desorbitada del romance sagrado tardío que ya había yo citado en las primeras "Ventanas" que consagré a esto.

Agotados los anteriores al siglo XV, era cuestión de entrar, o en los Romances, o en los Cancioneros. Preferí este camino, porque obviamente los poetas de corte serían más tragones o más famélicos que los populares y anónimos. Revisé pues el Baena, el Foulché-Delbosc, la antología de don Marcelino, con buena caza. Y me detuve largamente en el Cristóbal de Castillejo que cuenta en las ediciones de La Lectura con tres tomos bien anotados. Ahí encontré la primera y muy buena descripción del "gorrón" que cae a la hora de la comida, y sus penalidades cuando ya comieron en esa casa; y la cuenta y razón de sus interesantes minutas de Viena.

Luego empiezan ya, como usted recuerda, los bucólicos artificiosos, y éstos, cuando menos en la poesía, comen poco. Prefieren penar de amor en las peñas, y se contentan con una dieta láctea que extraen de sus vacas y sus ovejas. Es preciso llegar a pleno siglo de oro para hallar comprobada una influencia italiana en las costumbres que el gruñón, ascético a su peculiar modo, traductor fervoroso de Séneca y desmañado de Anacreonte, enemigo insolente de Góngora: Quevedo, en fin, denostaría en su hermosa "Epístola censoria" al conde-duque

de Olivares, por lo que atañe a la degeneración epicúrea de una mesa española que había dejado de contentarse con los "pimientos y ajos" —que antes bastaron a señores y esclavos— para caer en el exotismo de sazonarse con "pimienta arrugada" y "clavo extranjero". Las perseguidas, soñadas islas de la especiería, empezaban a refinar los paladares aun en España.

¡Qué solaz, qué descanso, qué complicidad releer a un Baltazar del Alcázar que sí se abandona gustoso a los placeres de la mesa! ¡Cómo nos hace saborear, uno a uno "la morcilla, gran señora digna de veneración", y todos los demás platillos de una cena que adormece su charola! Pero más que con esa cena siento una afinidad por esa otra joyita suya, la *Vida del autor en la vejez*, en que refiere con una gran elegancia cómo —y con qué sobria dieta— pasa sus días.

No sé hasta dónde podría llevarme, si la continuara, esta crestomatía gastronómica. Desde luego, componer con ella "Ventanas" para un "diario" no puede ser muy del gusto de sus lectores, y he de concluirla ya, porque además en tres cuartillas no se puede citar mucho. Pero me gustaría disponer de tiempo y de ocio para trabajar algo más en ello. Hacerlo me proporcionó dos días muy gratos, y cuando restauré en sus estantes los libros consultados, y subí a acostarme, me llevé para releer en la cama *Los empeños de una casa*, de Sor Juana. Este año, en noviembre, será el tercer centenario de su nacimiento, y habrá que celebrarlo de diversos modos, entre otros, con poner en escena sus obras teatrales. Tengo vagos recuerdos del *Auto sacramental del Divino Narciso*, y la impresión de que es susceptible de una hermosa escenificación. Por lo pronto, en una primera lectura de *Los empeños*, apunté cortes posibles para los parlamentos inútiles y simplemente barrocos, y señalé las mutaciones, ausentes del texto.

Miércoles 30

Ayer interrumpí esta carta para asistir a las honras fúnebres de Xavier. Sus hermanas, Teresa sobre todo, siguen muy doloridas por su muerte. Cristina me contó que recibieron la más hermosa, conmovedora carta de pésame de Antonio Castro Leal. Han abierto ya sus muebles y no hallaron en ellos más que tres sobres lacrados destinados a Agustín Lazo, y se preguntan si habrá tenido Xavier el presentimiento de su muerte, que así tenía dispuestos sus papeles, tan en orden. Yo he seguido soñándolo, conversando con él, todas las noches, en largos, complicados sueños que a la mañana siguiente analizo. Y he releído sus cartas, que hice copiar en máquina, y recordado como una obsesión aquellos dos versos de un poema suyo sobre el pueblo de Delfino, escrito la primera vez, hace tantos años, que fuimos allá juntos: "En las fichas del cementerio los más son menos."

Fernando Sánchez Mayans, el joven poeta, está encargándose de organizar una velada aquí en el Instituto, en honor de Xavier. Le he aconsejado que la presentación de sus poemas siga una cronología que vaya de *Reflejos* a las décimas. Así se cumplirá, en lo posible, el propósito que desde el año pasado tuvimos al presentar a Tres Poetas en Persona, que fueron González Martínez, Alfonso Reyes y Carlos Pellicer. Este año tocaría el turno a los de la generación siguiente: Jaime Torres Bodet, José Gorostiza, Bernardo Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo y Xavier. En cuanto tengamos la primera sesión de Consejo del año, propondré esta velada.

Mientras tanto, la semana en México transcurre rápida y sociable, en almuerzos con amigos, ensayos por las tardes, quietas meriendas y lecturas nocturnas. Pero apetezco que llegue nuevamente el sábado, porque entonces podré otra vez, con Quevedo, decir:

> Retirado en la paz de estos desiertos
> con pocos, pero doctos, libros juntos,
> vivo en conversación con los difuntos
> y escucho con mis ojos a los muertos.
>
> Si no siempre entendidos, siempre abiertos,
> o enmiendan, o secundan mis asuntos;
> y en músicos callados contrapuntos
> al sueño de la vida hablan despiertos.
>
> Las grandes almas, que la muerte ausenta,
> de injurias de los años vengadora,
> libra ¡oh gran don Joseph! *docta la emprenta.*
>
> En fuga irrevocable huye la hora,
> pero aquélla el mejor cálculo cuenta
> que en la lección y estudios nos mejora.

El tema de la gula castellana se me sigue alargando y no sé hasta dónde pueda llegar. Ya en pleno siglo XVI, reflexioné el sábado, que será curioso encontrar en verso la impresión que los conquistadores hubieran recibido al enfrentarse por primera vez con la comida de los mexicanos. En prosa era fácil, porque más o menos las cartas de Cortés o el Bernal Díaz hablan con cierta latitud del asunto; pero en verso no era tan sencillo. Ya ve usted que siempre se habla de Francisco de Terrazas y sus dos o tres sonetos como del primer poeta mexicano, y éste no mienta la comida. De manera que revisé *El peregrino indiano* de don Antonio de Saavedra Guzmán, los diálogos (en prosa) de Cervantes de Salazar y, claro, la *Grandeza mexicana* de

Bernardo de Balbuena; y consigné el resultado de mi búsqueda de esta manera:

¿Es el explicable y justificado temor de meterse a describir detalladamente lo que no sabe; o una disposición personal hacia la templanza y el menosprecio de la gula; o la convicción de que el héroe de su poema narrativo está muy por encima de la nutrición, lo que destierra de las tediosas páginas versificadas del *Peregrino indiano* toda imagen clara de lo que pudo ser la comida mexicana a los ojos de los primeros conquistadores que hubieron de probarla en su peregrinación? Don Antonio de Saavedra Guzmán no la menciona sino de pasada. Cuando Cortés se aloja entre los tlaxcaltecas:

> pasó la noche allí bien bastecido
> de comida, zacate y lo forzoso.

Poco después, Moctezuma empezaría con sus regalitos:

> envióle un gran regalo de comida
> de harta estimación a usanza suya.

Pero de la usanza, y de lo que fuera aquella comida, nada nos dice. Apenas si adelante, cuando Cortés y los suyos son huéspedes de Moctezuma, nos da el dato curioso de que los indios les sirvieran a los caballos —cuyo vegetarianismo en realidad no tenían por qué conocer— pavos, que también habrían dado a la otra mitad removible, rubia, barbada, parlante y poco limpia del doble monstruo. Moctezuma, en efecto, o mejor dicho, sus jefes de protocolo:

> al punto mil regalos enviaron
> de comida, con grande cumplimiento,
> y a los caballos su ración cumplida
> de pavos, cual si fueran su comida.

Sabemos, pues, en verso, lo que comieron, o lo que no comieron, los caballos. Pero de las personas, apenas que:

> Después de haber cenado, muy gustoso,
> volvió el gran Moctezuma a aquel palacio

Y que los seiscientos principales conocidos que con criados y ayudantes servían a Moctezuma:

> comían de las sobras cada día,
> de lo que a Moctezuma se servía.

La prosa sí empieza bien pronto a dejarnos noticia de las nuevas vituallas. Alfaro, Zuazo y Zamora recorren la ciudad en 1554:

> —¿Pero qué es lo que venden esos indios e indias que están ahí sentados?
> —Son frutos de la tierra: ají, frijoles, aguacates, guayabas, mameyes, zapotes, camotes, xocotes...
> —Nombres tan desconocidos como los frutos. ¿Y qué bebidas son las que hay en esas grandes ollas de barro?
> —Atole, chían, zozol, hechas de harina de ciertas semillas.
> —¡Vaya unos nombres extraños!
> —Como los nuestros para los indios...
> —Veo también de venta una gran cantidad de gusanos: deseo saber para qué sirven, porque es cosa de risa.
> —Son gusanos del agua, y los traen de la laguna. Los indios les llaman *oquilin*; ellos los comen y también los dan a sus aves.
> —Es cosa extraña. ¿Quién habría creído que los gusanos habrían de ser alimento a los hombres, cuando éstos, apenas fallecen, sirven de pasto a aquéllos?

Sigue la descripción de varias semillas y plantas medicinales, y por fin, el maguey y —antes del cacao, moneda y alimento—: "¿Pues qué te diré de la tuna, que los indios llaman *nochtli*? [...] produce [...] tunas de sabor exquisito, mayores que muy grandes ciruelas [...] y aparece pegada en las hojas una goma que llamamos *alquitira*, de que se aprovechan mucho los confiteros."

Pero volvamos a la poesía, y sigamos a Bernardo de Balbuena en su hermosa descripción de los "regalos, ocasiones de contento" que le ofrece la Grandeza Mexicana:

> Pues al que en paladar y alma golosa / del glotón Epicuro cursa y sigue / la infame secta y cátedra asquerosa, / si su estómago y vientre le persigue / y dél hace su dios grosero y basto, / que a sacrificios sin cesar le obligue; / pida su antojo y no escatime el gasto, / que en sus hermosas y abundantes plazas / verá sainetes que ofrecerle abasto. / Mil apetitos, diferentes trazas / de aves, pescados, carnes, salsas, frutos, / linajes varios de sabrosas cazas. / La verde pera, la cermeña enjuta, / las uvas dulces de color de grana, / y su licor, que es néctar y cicuta; / el membrillo oloroso, la manzana arrebolsada, y el durazno tierno, / la incierta nuez, la frágil avellana; / la granada, vecina del invierno, / coronada por reina del verano, / símbolo del amor y su gobierno; / al fin, cuanto al sabor y gusto humano / abril promete y mayo fructifica, / goza en estos jardines su hortelano. / Sin otra mina de conservas rica, almíbares, alcorzas, mazapanes, / metal que al labio con sabor se aplica. / Cetrería de neblís y gavilanes, / al antojo y sabor del pensamiento, / liebres, conejos, tórtolas, faisanes, / sin tomar puntas ni escalar el viento, / a pie quedo se toman en su plaza / que es la mejor y reina del contento.

Así pues —¡oh, México siempre próvido y delicado!

Trague el goloso, colme bien la taza,
y el regalón con ámbar y juguetes
la prisión llene que su cuello enlaza,
que a ninguno manjares ni sainetes
faltarán si los quiere; ni al olfato
aguas de olor, pastillas y pebetes.

3 de febrero

Realmente, nuestro México va creciendo a saltos. De una dulce provincia que conocimos, en que todo mundo era amigo, se sabía quién era, de qué y cómo vivía, en unos cuantos años ha llegado a ser una metrópoli en que conviven sin sospecharse siquiera mutuamente las más extraordinarias variantes de la humanidad.

Ya es bastante dispar que uno pueda asomarse a las vecindades de, por ejemplo, el rumbo de Carretones, y en unos cuantos minutos llegar a contemplar la ciudad y el valle desde un apartamiento o *penthouse* del Paseo de la Reforma que no le pida nada en modernidad y confort a algún otro de Park Avenue. Pero lo que realmente no se me había ocurrido nunca es imaginar que en pleno Insurgentes, en el último piso de un edificio moderno, me fuera dable cruzar una puerta —y entrar en pleno *fin de siècle* europeo, una noche de enero del año de 1951.

Y ése es el milagro, la sorpresa, el asombro que quiero referir. Procuraré hacerlo con algún orden, siquiera cronológico.

Hay una chica, Gabriela Morett, muy apasionada del teatro, casada con un muchacho muy rollizo, Juan. Les conozco hace cuatro años, e intermitentemente se han acercado al INBA y han vuelto a alejarse de él. Hará unas dos semanas que vino a visitarme Gabriela para pedirme que asistiera a la lectura de una obra de teatro sobre Nerón que ha escrito Juan su esposo. El sábado que lo tenían pensado yo no podía, porque tenía que ir a cenar con los Carballido, pero admitieron posponer una semana la lectura para que yo concurriese. Mientras tanto, Gabriela se arreglaría con los muchachos para distribuir los papeles, y que entre todos leyeran la obra. La lectura sería en la casa de un pintor español, el señor Morelló. —¿No lo conocía yo? No, no lo conocía.

Otro sábado iba a pasarme sin ir, como lo deseaba, a comer a la casa de don Pedro, a cuya familia no veo desde el año pasado. Esta vez porque estaba invitado a comer a casa de Eduardo Villaseñor en San Ángel. Éramos doce a la mesa, y la ocasión que nos reunía era un pavo gigantesco como una avestruz que Eduardo trajo consigo de un viaje a Chihuahua. Dice que son unos pavos del Canadá que llevan a Chihuahua, y que allá, donde hacen jamones ahumados muy bue-

nos, se les ocurrió meter en la cámara en que ahuman los jamones, unos cuatro pavos. El resultado de aquel experimento no pudo ser más delicioso. En la cocina rebanaron una pechuga del gigantesco animal y sirvieron en una bandeja lonjas sonrosadas y redondas, rodeadas por una media luna de grasa blanca. Dije a Eduardo que no les advirtiera a sus invitados qué era eso; que los dejara adivinar; y como lo preví, todos al principio creyeron que era un delicioso jamón holandés, y manifestaron su rencor porque antes de servirnos aquella delicia, Laura había dispuesto una sopa de pescado y unos tallarines que naturalmente le restaron espacio vital o estomacal al fabuloso pavo ahumado.

Pero divago. Como a las seis fui a la casa a descansar un rato y hallarme en forma de concurrir puntualmente a las ocho, a la lectura de Nerón. Subí todas las escaleras del edificio, llamé a la puerta y...

Un señor pálido, con el pelo blanco y peinado hacia arriba como una aureola; vestido con un saco chino de seda negra con bordados azul pálido, pantalones negros, calcetines blancos, sandalias verdes. Oprimían sus muñecas numerosas pulseras, y una grande sortija acentuaba su mano larga. Le servía de marco a este retrato animado, una larga galería tenuemente iluminada, cuyas paredes están totalmente cubiertas por colgaduras.

Me hizo pasar, recorrimos la galería y desembocamos en un salón amplio y de forma irregular en el que no se veía ni una puerta ni una ventana, pues como el corredor, todas las paredes se hallaban cubiertas por colgaduras chinas, indias; por enormes cuadros submarinos en que mujeres robustas flotaban confundidas con pescados. Uno que otro farol parpadeaba su luz débil, y un hacinamiento de tapetes apagaba las pisadas.

A todo lo largo de este salón había asientos: dos sofás, algunas sillas; luego, en ángulo agudo hasta la punta del edificio, un asiento corrido y bajo, acojinado con tapices y lleno de cojines que lo ligaban con las alfombras. Cuando entré ya estaban allí Rizo y Castaño, seguramente invitados para leer algunas partes de la obra, con los ojos cuadrados por el asombro.

El anfitrión era pues el señor Ramón López Morelló, pintor catalán, de quien Rosa María me había dicho que pinta o diseña las telas para sus amigos de Jacqmar. Ahora recordaba yo que ya había visto por la esquina de mi casa la exótica figura del señor Morelló, que seguramente se dirigía a la Fábrica de Telas que hay en la calle de los Viveros. De lejos me había parecido un norteamericano extravagante; y había reparado en él, tanto porque su figura es en la calle muy llamativa, cuanto porque un camarista que trabaja en mi casa había manifestado su envidia y su admiración por la ropa que vestía ese señor.

Me senté, pues, donde me lo indicó el gentil anfitrión; y por una cortina apareció, acariciando un enorme gato, una señora que fumaba

y vestía una larga y severa bata de terciopelo verde oscuro. Nos levantamos y el señor Morelló me presentó en ella a su esposa, y la señora se sentó junto a él y empezamos a conversar mientras llegaban los impuntuales lectores de la tragedia de Nerón.

El tema de Oscar Wilde surgió porque el señor Morelló dijo que allí en su estudio habían celebrado el cincuentenario de la muerte de Wilde, recitando a cuatro voces la *Balada de la cárcel de Reading*, y que había sido una ceremonia muy bonita. Con ese punto de partida, el señor Morelló disertó ampliamente acerca de Wilde. Dijo que el poeta inglés no había procedido bien cuando después de la cárcel fue a dar a París y en vez de aprovechar la circunstancia de que ya había dado el escándalo y nada debía importarle, para escribir su verdadera obra y dejar una muestra de su genio, se había portado como una dama inglesa ofendida por la sociedad, se había escondido bajo un pseudónimo y se había muerto. No le parecía bien, porque encontraba que el París de esa época, en que Pierre Loti se paseaba por las calles con una flor en la mano y un marinero al lado, y en el que Sarah Bernhardt le brindó su amistad a Wilde, éste pudo haber hecho mucho, y no hizo nada.

Para este punto de la conversación, ya había llegado a la reunión Carballido y estaba con los ojos desorbitados de asombro. La señora solía interrumpir la disertación del señor Morelló: "No, guapo", "Sí, guapo". Yo confieso que no seguía muy bien su exposición. Era más fuerte la sensación de hallarme repentinamente metido en una atmósfera de olvidadas novelas, de estudios exóticos de Juan Lorrain, de Huysmans. Sobre una mesa cubierta con un gran manto, frente a mí, había budas dorados, pebeteros, *objets d'art*. Cuando en 1921 regresó Montenegro de Europa, su primer estudio en la calle de Balderas se parecía un poco a éste, con sus paredes doradas, sus budas, sus biombos rojos, su piso negro. Pero Roberto ha vivido con su tiempo y evolucionado con él. Aquí, en cambio, medio siglo se ha detenido para albergar un concepto del arte y de la bohemia asombroso por inmune a la evolución.

Cerca de las nueve llegaron los lectores de Nerón, y empezó a llenarse el estudio de invitados. Entonces el señor Morelló desapareció entre los cortinajes, y mientras se leía el primer acto, María Elena Orendáin, quien dijo haber consultado una enciclopedia para averiguar cómo se peinaba Popea, leería la parte de Popea, y Mario Orea la de Nerón, el amable señor Morelló debe de haberse aplicado a disponer los refrigerios que concluido el primer acto hizo circular entre sus copiosísimos invitados: canapés surtidos, queso, boquerones. Mario Orea me había confiado días antes, que los Morett le habían preguntado qué me gustaría cenar, y que él les había informado que no ceno nunca. De todos modos, me trajo una bandeja especial con canapés de caviar. Seguían llegando invitados. La atmósfera se hizo irrespira-

ble por el humo de los cigarros, hasta que alguien adivinó dónde podría haber una ventana debajo de las colgaduras, y la abrió.

Entre los que llegaron reconocí a dos de nuestros amigos de Guanajuato, uno de ellos el dueño de la librería El Gallo Pitagórico, que allá me había una noche invitado a un estudio también bohemio, pero bastante sencillo de decoración. Un poco pasadas las once, terminó la lectura. Entre aplausos y solicitudes de que el autor compareciera a recibirlos. Entonces el señor que había tomado la palabra antes de empezar la lectura, para prodigarme inmerecidos elogios, volvió a tomarla para explicar que aquél había sido un primer intento de teatro leído, dentro de las tertulias Morelló que se celebran todos los sábados, y a las que me invitaban a volver para que fuéramos conociendo, de esa manera, toda la importante obra teatral de América que anda inédita.

Yo me retiré apenas concluida la lectura. El gentil señor Morelló me acompañó hasta la puerta, y algunos de los muchachos hasta el coche. Todavía a esa hora seguían llegando invitados, algunos con libros bajo el brazo, lo cual me induce a sospechar que se leerían versos y que se quedarían mucho tiempo. Vimos llegar a la poetisa Zoila Rosa Cárdenas. Y me fui a casa, todavía asombrado ante el descubrimiento de que existe, y acaso cada vez más numerosamente, toda una bohemia artística y literaria cuya manifestación más pública son los "Cafés Literarios"; pero que tiene otras más refinadas, privadas, alojadas en estudios exóticos, auspiciada por anfitriones generosos y deliberadamente singulares, de los que este mundo burgués y aerodinámico en que usted, Daniel, y yo estamos metidos, no sabe ni sospecha.

17 de febrero

De vez en cuando, aun cuando uno se encuentre principalmente consagrado al teatro, la vida convoca su interés. Sobre todo cuando advierte en ella la coincidencia de sainetes o dramas, como ocurre si uno revisa los periódicos. Están llenos de notas sociales. La crema gorda de los reporteros nuevos y viejos se da la gran vida en Acapulco y en sus palacios de la capital. Y mientras tiene planas menos atractivas, porque no están adornadas con los retratos de las hermosas ni de los elegantes, en que aparecen noticias sobre el curso de las pláticas que tienen entabladas en México nuestro gobierno y el de los Estados Unidos a propósito de una exportación más sobre la cual el gobierno ejercerá control: la de braceros mexicanos.

De nuevo los Estados Unidos mandan a sus hombres a la guerra en Corea, y ellos dejan abandonados campos que les resulta costeable y necesario importar trabajadores para que los cultiven. Los más a mano; los más recios, sufridos y manejables son los mexicanos. No

ciertamente los criollos ricos que hacen fiestas en Acapulco, ni los nacionalizados mexicanos que llegaron a México sin un centavo y que son ahora dueños de empresas como negocios, tiendas, casas de campo y gordas cuentas en los bancos; sino los que cultivarían el campo de México en que nacieron, si no los tentara periódicamente la posibilidad de ir a otro país a trabajar lo mismo o más por un sueldo que al recibirse en la moneda mágica del dólar aparece multiplicada casi nueve veces para seducirlos con el espejismo de la riqueza.

Estos verdaderos mexicanos son los que necesitan en sus campos los granjeros yanquis. No se trata de turistas. No deben salir del campo a las ciudades demasiado limpias para ellos, pobladas por rubios demasiado superiores para sentarse al mismo sillón de peluquería o al mismo restaurante, de que quedan excluidos estos modernos esclavos importados por un plazo fijo y en temporadas eventuales como mientras hacen falta, para ser echados a empellones cuando ya no la hacen, y vueltos a llamar cuando los amos los necesiten otra vez.

Si esto no es un drama, yo no sabría cómo llamarle. Y tiene perfiles curiosos el laboratorio unilateralmente secreto en que se fraguan sus detalles; de vez en cuando, México asume la dignidad de anunciar que no volverá a salir uno solo de sus hijos a trabajar en tierras extranjeras en condiciones tan humillantes como las que también de vez en cuando se revela que sufren los braceros. Pero luego la Secretaría de Relaciones da bailes y banquetes, todo se olvida y los cables anuncian que los norteamericanos han decidido necesitar una cifra cuantiosa de trabajadores mexicanos. Sigilosamente se integra un comité que discute las nuevas bases del nuevo convenio; aparece una que otra nota doméstica y autoritaria que indica que los braceros no serán contratados en la frontera; que no saldrán más que aquellos que no hagan falta en México; que no pasará su cifra de unos cuantos miles; que no irán a aquellos lugares en que hay discriminación; y que finalmente la comisión de los dos gobiernos anunciará oportunamente los términos del convenio a que lleguen.

Pero en los Estados Unidos el asunto se maneja menos secreta o menos discretamente. Mientras acá el Congreso se encuentra apenas reponiéndose de las fatigas que en el mes de diciembre les originó aprobar las iniciativas de ley del Ejecutivo, y mantiene cerrado su periodo de sesiones, o sea que no se ocupa en nada, los senadores norteamericanos se atarean en los asuntos de su incumbencia, y hacen del asunto de los braceros uno de ellos. Así ocurre que el senador Ellender, que formó parte de la delegación norteamericana de las pláticas sobre braceros sustentadas en México, haya declarado ayer que México convino ya en exportar cincuenta y cinco mil trabajadores, además de dejar allá a los treinta mil arraigados en los cultivos; y que ponga a la parte mexicana de la Comisión en el predicamento de aclarar que hasta la fecha México no ha hecho ningún ofrecimiento que

especifique el número de los trabajadores mexicanos que podrán contratarse para ir a Estados Unidos como braceros en labores agrícolas.

Tiene uno la impresión de que si no hubiera sido porque el senador norteamericano habló sobre esto y con cifras en Estados Unidos, los funcionarios mexicanos habrían seguido manteniendo silencio al respecto. Aun así, forzados a hablar como parece que se ven, no declaran más que vaguedades: que durante las pláticas los delegados de ambos países cambiaron impresiones sobre muchos puntos que se relacionan con el problema de contratación de nuestros trabajadores; y sin embargo, mientras los dos gobiernos no aprueben las resoluciones que conjuntamente se dieron a conocer el domingo pasado, no podrán adoptarse medidas relacionadas con una nueva contratación; que se cree que en esta misma semana será puesto a la consideración de los dos gobiernos el documento final de las pláticas con las resoluciones formuladas para que una vez aprobadas se pongan en vigor mediante cambios de notas diplomáticas, como es de rigor.

Pero el senador yanqui ha sido más verboso. Dijo a los periodistas, después de una junta secreta de la Comisión, que los Estados Unidos necesitan ciento treinta mil trabajadores mexicanos; que al no obtener más que cincuenta y cinco mil que serán surtidos por el gobierno mexicano, mandarán por el resto a Puerto Rico, Jamaica y Canadá; y que el nuevo arreglo con México elimina dos objeciones hechas al vigente por los granjeros norteamericanos: una es la fianza de 25 dólares por cada trabajador (una especie de impuesto *ad valorem* que estaría percibiendo México) y la contratación que había de hacerse precisamente en territorio mexicano.

Lo que según el senador ocurriría ahora es que los trabajadores se reunirían en determinados lugares para ser transportados a expensas del gobierno norteamericano hasta la frontera y distribuidos ahí. Los patrones pagarán el pasaje desde la frontera hasta sus granjas y de ellas a las fronteras cuando ya no los necesiten. Y en vez de la fianza de 25 dólares, el gobierno americano se hará cargo de los gastos que ocasiona aprehender a los trabajadores mexicanos que se atrevan a huir de las fincas de sus patrones antes de que expire el contrato.

Así con todas sus letras, "aprehender" o sea meter en la cárcel, privar de su libertad a los que encuentren razones para no hallarse a gusto con el trabajo para el que sean contratados, cosa que no ocurre con ningún otro trabajo en ninguna parte del mundo, como no sea en Rusia. Los gastos de aprehensión correrán por cuenta del gobierno norteamericano sin mayor estipendio, pues bastará con encargar de ello a la policía.

No deja de ser curioso, aunque sí resulte sintomático, que ninguna organización de las que se supone erigidas en defensa de los campesinos se oponga rotundamente a su trato como mercancías exportables en las mejores condiciones para el importador. Todo lo que en

ese sentido publican los periódicos son dos tibias declaraciones, una del ingeniero Manuel Gándara, secretario general de la Confederación Nacional Campesina y otra del Comité Nacional de Defensa de los Derechos Agrarios. De la primera, los periódicos transcriben la satisfacción de la CNC por los resultados de las pláticas efectuadas ya que uno de los acuerdos a que se llegó es el de impedir que se contrate a campesinos que hacen falta para el aceleramiento de la producción agrícola del país, conforme al patriótico programa del gobierno que preside el licenciado Alemán. De la segunda, se extracta el documento entregado al Senado, en el que externa su opinión sobre la contratación de braceros mexicanos para el cultivo de tierras norteamericanas; expresa que no debe permitirse la salida de nuestros campesinos, porque en nuestro país hacen falta brazos para el cultivo integral de nuestro suelo; y termina confusamente por reconocer que México tiene obligaciones mutuas, resultado de la convivencia de los pueblos amantes de la libertad, por las cuales nos hemos comprometido a prestarnos mutua ayuda en los casos en que el país hermano o vecino se vea amenazado en su seguridad. Y por declarar que el Comité Nacional ha visto con buenos ojos el interés de nuestras autoridades para poner a salvo la dignidad de nuestros compatriotas.

Mientras tanto, sigue México llenándose de turistas. Se inaugura un nuevo *Longchamps* para que ahí se metan o tomen café con crema. Siguen entrando amos; y siguen saliendo esclavos.

3 de marzo

Por estos días, el semanario competidor nuestro está publicando una encuesta acerca de los críticos de arte en México. Hace unas semanas que con ese objeto me entrevistó Rosita Castro y me presentó un cuestionario general sobre la crítica de arte, que contesté. Poco después volvió específicamente a preguntarme cosas semejantes acerca de la crítica de teatro, y ayer hojeé un ejemplar del número en que viene mi respuesta junto con otras muchas.

El tema es desde luego interesante, porque todos sabemos que la crítica de arte en México es alguna, muchas o todas estas cosas juntas: mercenaria y vil, cretina, ignorante, apasionada, errónea, destructiva, chismográfica, inepta con rarísimas excepciones. Pero decirlo así en general, como conclusión de una larga experiencia de observaciones, es punto en el que parecen coincidir todos los interrogados de la encuesta de marras. Pienso que una ocasión concreta en la que se produzca una obra de arte y se observen con atención las diversas reacciones que ella produce en la crítica especializada, sea bastante más demostrativa que la simple exposición crítica de los entrevistados acerca de los críticos.

Y la ocasión nos la proporciona el estreno de *Los signos del zodiaco*, y las notas críticas que han empezado a aparecer esta semana, así como la reacción del público mismo y las opiniones no profesionales que esta obra ha empezado a suscitar.

En el estreno, muchas circunstancias pudieron contribuir a que la ovación tributada a esa obra por un teatro pletórico durara los tres minutos que reloj en mano conté: el hecho de ser una obra mexicana, de ser su autor muy joven, la escenografía impresionante de Julio Prieto; pero el domingo, cuando no hubo ya invitados, sino un público burgués y sin prejuicio; que no sabía quiénes fueran los actores; que iba simplemente a lo que va la gente al teatro, que es divertirse, la ovación final duró dos minutos y medio, y resultaba así suficientemente expresivo el juicio que a ese público le mereciera la obra, la actuación de los muchachos, etcétera. Los domingos aparecen dos semanarios dedicados a espectáculos: *Claridades* y *El Redondel*. Los llevaron al foro. De *El Redondel*, naturalmente, no podíamos esperar sino la nota imbécil que traía a propósito de la obra. Le pareció muy mal que en un teatro tan elegante se pusiera en escena una vecindad, los actores eran unos aficionados, etcétera. Pero junto a esto, que era lo natural en ese periódico, resultaba doloroso ver que el otro semanario publicara en su plana central y una vez más los desahogos resentidos de un dramaturgo tan bueno como Rodolfo Usigli; que volviera a tocar el disco rayadísimo de la Misa Solemne oficiada por los monaguillos de Bellas Artes; que discrepara, en fin, tan singularmente y sin haber visto la obra, del público que la había presenciado, y ovacionado el desempeño de los "monaguillos". Probablemente Usigli dio su entrevista antes de nuestro estreno, y fue una coincidencia que no favorece su sensatez ni su imparcialidad. El hecho de que apareciera negándonos, precisamente el día que el público nos afirmaba.

Al día siguiente empezaron a aparecer notas en los diarios, a cargo de los críticos oficiales. Ausente Francisco Monterde en Estados Unidos, faltó en *El Universal* su semanaria noticia de los estrenos teatrales, pero Juan N. Huerta, Palmeta, consagró su columna de "Lo que pasa en nuestros teatros" a *Los signos del zodiaco*, con lucidez, con plena inteligencia de la obra y de sus valores, con atinada crítica de todas sus circunstancias. Palmeta es un crítico independiente, sereno y puro. Lo es desde hace muchísimos años, y no forma camarilla con ningunos otros.

Hubo ese mismo día en *Novedades* una nota calurosa y entusiasta de Carlos Loret de Mola, quien sólo hallaba un poco largo el segundo acto. En efecto, la primera función duró tres horas cuarenta y cinco minutos, lo cual es demasiado. Pero con los ajustes que apresuradamente vine a hacerle el domingo mismo a las tres de la tarde, ya las funciones de ese día quedaron en tres horas, contados los intermedios, y conforme corra con mayor fluidez, iremos ahorrando minutos.

En *Ovaciones* de esos primeros días de la semana, Lázaro Lozano García publicó una nota sobre *Los signos* que podría extrañarnos, dado que este autor mexicano profesa el patrocinio, la defensa y la imposición de los autores nacionales, ya que le ponía a la obra reparos tan grotescos como calificar a su autor de "existencialista". Conchita Sada vio la noche del estreno a Lázaro Lozano García en la compañía de Ricardo Parada León. Parada León es un autor mexicano a quien nada le gusta y que con nada está conforme; y entonces atribuimos a su influencia la opinión crítica de Lozano García.

Pero los gargantones de la crítica teatral retardaban la publicación de sus graves sentencias. No fue sino hasta el martes cuando don Arturo Mori, después de haber mezclado el lunes la mención de *Los signos* con su nota sobre *Los endemoniados*, dedicó a *Los signos* su "Escenario y platea".

Cuando redacté los programas de mano, puse en ellos que "...hijo de su época, Sergio Magaña había, inconscientemente, sentido en cine su historia". Sergio no ha estado nunca de acuerdo con este sentir, y me pidió que suprimiera de los programas esa mención del cine. Lo hice, pero ya no a tiempo por la premura en la impresión, y entonces podemos suponer (y desde luego lo supuso Sergio Magaña) que el señor Mori hubiera fundado su creencia de que Sergio escribió esa obra más para el cine que para el teatro, en esa nota de los programas. Le enfureció esa nota a tal grado, que al llegar ayer a mi oficina él me aguardaba para enseñarme la carta que pensaba mandar al director del periódico en que salió la nota del señor Mori, y que era la airada carta que transcribo a continuación:

> Considerando una difamación y una calumnia las palabras con que el señor Arturo Mori se refirió el martes pasado a mi obra recientemente estrenada en Bellas Artes, *Los signos del zodiaco*, me dirijo a usted solicitando la publicación de esta rectificación en el mismo lugar que el señor Mori ocupó para calificarme en público de talento mercenario. La crítica del señor Mori, referente a *Los signos del zodiaco*, parece estar inducida por los programas del estreno. No discuto aquí el hecho. Pero considero que un crítico de su prestigio debería ser más, mucho más cuidadoso en el análisis de una obra, y no permitirse la ligereza de afirmar que mi única y voraz intención al escribir *Los signos del zodiaco*, iba enderezada al cine comercial, tan pródigo en quinto-patios y vecindades. Yo quisiera que el señor Mori advirtiera precisamente que la concepción de *Los signos del zodiaco* es muy anterior a la moda actual del tema, y anterior también a la *Historia de una escalera*, cosa que mi maestro y director puede corroborar. Yo quise, y me parece haber logrado, escribir una obra "de teatro". Me asombra que el talento del señor Mori haya equivocado el camino denunciando a la movilidad escénica como efecto antiteatral, es decir, cinematográfico. ¿Ha olvidado acaso que el escenario simultáneo y la trama múltiple fueron empleados ya por el mismo Shakespeare y Sor Juana? El teatro colonial mexicano y todo el teatro medieval son también preciosos antecedentes en complejidad escenográfica que un autor inteligente no puede ignorar. Si esta calidad artística faltara en *Los signos*, la crítica tiene todo derecho a señalarlo; mas las aseveraciones del señor Mori no son en modo alguno las de un crítico teatral, sino las de un juez metido a detective que tilda al inocente autor de veleidad mercantil. "No me gusta", dice, "escarbar en los antecedentes literarios de los jóvenes autores..." Y podía agregar: "...pero me encanta presuponer que carecen de toda ética artística". A esto llamo yo ser calumniado pública y gratuitamente. ¿Luego todo mi desvelo, y empeño, y pasión, iban encaminados al más común de los apetitos? Vamos, a mí por supuesto, me encanta el dinero; aunque la verdad, perdería mucho tiempo en hacerlo. Ahora bien, *Los signos del zodiaco* es una obra de teatro por la sencilla e irrefutable razón de que nada de su acción sucede fuera del escenario. Un escenario es vasto y es infinito cuando sabe aprovecharse, y esto, además de mí, lo sabían ya Shakespeare y Lope de Vega. Duele también que el mencionado crítico teatral haya hecho caso omiso del trabajo de actrices y actores. Estuvo a punto de afirmar: es que son demasiados. ¿No es el deber de la crítica ocuparse también y minuciosamente de la actuación? Por último, las declaraciones del señor Mori me colocan de pronto entre la pared y las espadas, pues en caso de existir la remota posibilidad de que alguien quisiera llevar al cine *Los signos del zodiaco*, el pobre autor carecería ya de armas para defenderse, situación que, sin duda, aprovecharía el estimable crítico para autocorroborar sus presentimientos.
>
> Atentamente, Sergio Magaña

Le persuadí de que no la enviara, y lo tranquilicé. Le eché el sermón de que él, como todos los jóvenes, tienen que aguantarnos a nosotros los viejos y tenernos paciencia. Una paciencia que descanse en la certidumbre de que poco hemos de durar, mientras ellos tienen toda la vida por delante. Por otra parte, le dije:

> Cuando llegues por ejemplo a mi edad y dispongas de mis recursos, podrás, si todavía lo apeteces, mandar al diablo a los cretinos, cortar con quienes te sean antipáticos o insoportables, vivir y trabajar a tu propio e independiente modo; o bien habrás alcanzado la serenidad de espíritu necesaria para dejar en su lugar a cada cual y permanecer, a pesar de todos, en el tuyo propio. Pero ahora tú y todos los que empiezan en circunstancias menos favorables que como yo empecé, porque en mi tiempo no había *raquets* ni confabulaciones, son plantas que empiezan a brotar, y no deben convocar contra sí la aplanadora organizada de los periódicos ni de las solidaridades o complicidades de los que manejan la opinión.

Sergio sabe que yo no haría ni le aconsejaría nada que no le fuera favorable ni que no fuera digno ni correcto. De ahí que en vez de mandar aquella airada carta, enviara a los periódicos esta otra, cuyas razones expresaré enseguida:

Muy señor mío:

Pido a usted hospitalidad en las columnas de su acreditado diario para una breve declaración, que considero indispensable producir, como autor de *Los signos del zodiaco*, en vista de los rumores, acogidos por ciertos columnistas u órganos de prensa, en el sentido de que mi dicha obra teatral haya sido "censurada" o mutilada por el Instituto Nacional de Bellas Artes al presentarse en el Palacio de Bellas Artes. Soy, señor director, un autor que empieza. El privilegio de haber recibido el amplio patrocinio del INBA a mi primera obra, me alienta vivamente a proseguir, y sin duda estimulará a otros jóvenes en la misma carrera. Beneficiado por la literal política de protección a las artes del gobierno del presidente Alemán, soy el primero en aplaudirla, y en salir en defensa de un instituto cuyo director, el maestro Carlos Chávez, ha otorgado a los jóvenes el amplio estímulo que yo he recibido con la puesta en escena de mi obra.

Ahora bien: mi inexperiencia de autor novel, y mi plena confianza en la realización escénica del manuscrito que entregué al INBA a fines del año pasado, me decidieron a autorizar plenamente al director de mi obra, señor Salvador Novo, a hacer en ella las adaptaciones, cortes o modificaciones que su responsabilidad y su experiencia hallaran necesario efectuar, en vista de su longitud, o de cualquier otra circunstancia ajena a mi percepción. Tal como mi obra ha sido finalmente presentada, después de las modificaciones en los ensayos a que asistí, merece mi total aprobación, obliga mi gratitud, y declaro rotundamente que no ha sufrido menoscabo, ni en su fondo ni en su estructura, ni en su lucimiento, a que aprovecho la oportunidad de expresar que han contribuido tan brillantemente todos los elementos técnicos del Instituto Nacional de Bellas Artes. Muy agradecido, señor director, por la acogida que dispense a esta declaración haciéndola pública, me honro en ofrecerme suyo, afectísimo, atento y seguro servidor.

Sergio Magaña

Resulta que a lo largo de los ensayos fui haciéndole ajustes indispensables a la obra de Sergio Magaña; ajustes que implicaron la sustitución de una que otra palabra realista que es curioso que en los teatros de otros países se tolere, desde Shakespeare hasta nuestros días; pero que entre nosotros el complejo de inferioridad nos induce a enrojecer cuando las oímos en un teatro. Tales pulimientos del lenguaje los dejé para prácticamente el último ensayo, y se enteraron de ellos, naturalmente, no sólo los veintisiete actores y las comparsas, sino los muchos visitantes e intrusos que se metían a ver los ensayos.

Ahora bien, hay siempre columnistas que viven de las migajas chismográficas que puedan recoger en cualquier parte, y éstos oyeron cantar el gallo de aquellos ajustes y diagnosticaron censuras y mutilaciones a la obra, arbitrarios e intolerables. Nada más falso, desde el momento en que yo tenía, desde un principio, la autorización del autor para

producir la obra como yo quisiera; y desde el momento en que independientemente de su director, preocupado tan sólo de los valores artísticos de *Los signos*, era yo también el funcionario, el jefe del Departamento de Teatro de un Instituto de la Secretaría de Educación, y la obra iba a darse no en un teatro comercial, sino en un teatro del Estado.

Rubén Salazar Mallén, que apenas puede con la bilis envenenada con que escribe, se lanzó contra Carlos Chávez y contra Fernando Gamboa a propósito de la tal censura, poniendo en denunciarla, toda la saña con que suele injuriar al Instituto y a Carlos Chávez. Otro tanto, en menor medida, hicieron otros columnistas y otros periódicos menores. Espero que la carta de Sergio Magaña, que hoy apareció publicada en *El Universal*, alcance a conjurar esta pequeña polvareda contra la "censura" y a dejarla en su verdadero valor. Ayer también, el señor Sapietza, en *El Universal Gráfico*, publicó su comentario tibio y contradictorio, puesto que al principio asienta que la obra no satisface a todos y al final admite que fue un gran éxito. Le molesta, como a toda una clase peculiar de jueces de la obra, que una vecindad ocupe el escenario de Bellas Artes. Es curioso que en esto coincida con la señorita Rosario Sansores, de quien me dicen que abandonó el teatro después del segundo acto, proclamando que ella no había nacido en una vecindad. No se explica uno realmente qué es lo que entienden por vida mexicana y por teatro que retrate esa vida, aquéllos a quienes molesta que en vez de describir la vida de las casas de Polanco o las Lomas, se pinte el México de las vecindades. Otra opinión por el estilo, fue la breve de la señorita Helia d'Acosta, quien dijo que seguramente a causa del éxito de la película *Quinto patio*, los del INBA habían llevado un quinto patio al escenario del teatro más lujoso de América.

Mientras aparecen otras críticas, por llamarles así, y podemos seguir analizando la crítica mexicana en función específica de una obra, conforta recibir un verdadero juicio crítico en la carta del doctor Eduardo Sáenz Calderón, del Hospital Infantil, que independientemente de lo que digan los críticos, da voz a lo que piensa el público:

Muy estimable señor:

Es la presente para felicitarle a usted, y a los demás componentes que hicieron posible la presentación de esa obra maestra, *Los signos del zodiaco*, que para mí, en mi criterio personal, es *la obra teatral más perfecta que he visto, tanto por su argumento magnífico por cierto, como por su genial dirección, y su insuperable actuación, que hacen de esta obra el arte en su máxima expresión.* Sergio Magaña, a quien no conozco personalmente, me parece ha de ser una persona con un agudo sentido de la psicología de sus personajes, que no pudieron ser mejor interpretados, que por esos gigantes de la actuación aún en embrión como Pilar Souza, Soledad García, Héctor Gómez; y en general todos

son sorprendentes si no es que únicos, cada uno en su carácter; se ve que se posesionan de su personaje, a pesar de lo difícil de algunos, como el de Ana Romana, la tía Rosa y Andrés; me pareció un poco exagerada la de Lola Casarín, es decir, Emperatriz Carbajal, y algo de sobreactuación en Raúl Dantés. En general, el conjunto es perfecto, el diálogo ágil y muy natural, sin frases rebuscadas, la escenografía simplemente perfecta, ya inherente a Julio Prieto, tan perfecta es que parece una ilusión, los detalles acertadísimos, como el de los lavaderos, la llave del agua, y en el último acto, esa música tan de barriada, tal y como en la realidad se toca. La obra en sí, encierra su misión de agradar, a pesar de la crudeza que hay en alguna de sus escenas; el autor no se anda con rodeos para decir las cosas tales como son, encierra también escenas puramente nacionalistas, como el día de muertos y la noche del 24 de diciembre. Ojalá y esta sincera felicitación sea para que siga usted presentando obras tales como *Rosalba y los Llaveros* y ahora esta nueva joya del teatro mexicano contemporáneo. En resumen, *Los signos del zodiaco* es una obra *digna de los mejores teatros del mundo, por su hondo contenido humano, su inapreciable dirección, y su inmaculada actuación. Es casi una obligación que el pueblo de México pague con creces el esfuerzo de usted y demás componentes del Departamento de Teatro del* INBA.

Sinceramente, Dr. Eduardo Sáenz Calderón

10 de marzo

Sentí que era un deber, digamos, profesional, escribir un artículo sobre Gide ahora que acaba de fallecer, a los ochenta y un años cumplidos, este hombre de letras que tanta influencia ejerció en el mundo a lo largo de una vida de constantes rectificaciones en el continuado análisis de sí mismo y del arte; a lo ancho de una obra múltiple que asomó su curiosidad y aplicó su inteligencia a todos los temas; que muchas veces riñó y rompió definitivamente con sus amigos; que fue alternativamente denostado, admirado, combatido, imitado. Y en el cual cuando alguna gente piensa, no recuerda haber leído (aunque la verdad sea que sólo de oídas conozca el título y lo suponga un libro pornográfico) sino el *Corydon*.

Con motivo de su muerte, en estos días han aparecido en los periódicos de México dos o tres premiosos, fragmentarios artículos sobre André Gide: menciones de su rigidez crítica, anécdotas menores de su vida —o el argumento de que en un libro relata un viaje a la URSS y en el siguiente truena contra el sistema que apriorísticamente admiró. Ni hay una revista literaria en que pudiera publicarse algo más serio o documentado, ni tengo yo tiempo para emprenderlo. De suerte que decidí tocar un aspecto de la obra o del interés artístico de Gide que no fue ciertamente el principal de su vida, pero en que por supuesto es también apreciable el fruto de su talento, y del que estaba seguro

de que nadie se ocuparía en México; un tema o un aspecto que por lo demás consuena con mi personal interés actual: Gide y el teatro.

Sobre ese tema, acabo de escribir, pues, las dos "Ventanas" para *Novedades* de esta semana. No cupo en ellas, por supuesto, más que la mención de sus escasas obras de teatro, la de sus conferencias sobre el tema, y la transcripción de unas cuantas de sus opiniones singularmente lúcidas y perdurables a propósito del teatro. Mucho, aun de ese tema limitado, se me quedó, como solía decirse, en el tintero: el largo proceso de su amistad con Jacques Copeau, mencionado en su *Diario* (cincuenta años registrados día por día) más veces que persona alguna de las que trató Gide; su repugnancia por la industria del cine, expuesta en su *Diario* mientras veía rodar una película, *Fanny*, de Pagnol, etcétera. Pero, sobre todo, se me quedaron allí al lado de la máquina; y ahí, en el estante de los franceses de mi biblioteca, los libros suyos que extraje para la consulta, y todos los suyos que tengo, junto con todos los que se refieren a él y a su obra.

Puede parecer una jactancia, y puedo además equivocarme; pero si éste es el caso, muy pocos deben de faltarme. Comencé a leer a Gide en 1920, y desde entonces, no hubo una sola obra suya que me escapase. *El inmoralista*, *La puerta estrecha*, *Pretextos* y *Nuevos pretextos*, fueron los primeros libros suyos que leí. Por 1921, Jaime Torres Bodet publicó en la colección Cultura *Los límites del arte y algunas reflexiones de moral y literatura* de André Gide —una breve selección de sus ensayos de los *Pretextos*— con un prólogo brillante y lleno de citas. Gide se puso muy en moda entre los jóvenes de entonces, cosa que no dejaban de tomarnos a mal y de criticarnos.

Después, ya en ediciones de la *Nouvelle Revue Française*, como a partir de 1925, se pierde la cuenta de sus libros: *Isabelle*, *Incidences*, *Les faux monnayeurs*, *Les caves du Vatican*, *Les nourritures terrestres*, *Le retour de l'Enfant Prodigue*, *Souvenirs de la Cour d'Assises*, *Amyntas*, *La Symphonie Pastorale*... Recuerdo que me impresionó la dureza con que en el *In Memoriam* (todavía edición del *Mercure de France*) trata a Wilde.

Muy poco más tarde, en plena época de coleccionismo libresco, pude encargar a París aquellas de sus obras que él sustraía a las ediciones ordinarias. Poseo así ejemplares indudablemente únicos en México y muy raros en todo el mundo. ¿Quién, por ejemplo, tiene sus primeras obras, *Les cahiers d'André Walter*, *Les poésies d'André Walter*? ¿O el rarísimo *Numquid et tu*? ¿O *La tentative amoureuse*, con dibujos de Marie Laurencin a colores? ¿O mi ejemplar del *Voyage d'Urien*? Cuando, en 1928, las Éditions du Capitole consagraron el quinto volumen de *Los Contemporáneos* a un homenaje a Gide que ya habían igualmente rendido a Proust, a Valéry, a Maurras: con un facsímil de su manuscrito, con estudios sobre diversos aspectos de su obra y con muchas fotografías de su persona a distintas edades, desde

el adolescente melenudo hasta el anciano, me llenó de orgullo comprobar que no faltaba en mi colección nada de su bibliografía, ni de obras originales, ni de traducciones, ni de prólogos.

Recuerdo el pequeño escándalo que suscitó la publicación de sus memorias, *Si le grain ne meurt*, en tres volúmenes, en 1924. Retenida por alguna razón su venta, la obra no podía conseguirse, y el primer ejemplar me lo trajo el Vate Frías en uno de sus viajes, de París. Cuando más tarde encargué el ejemplar número 125 de los 500 de la edición original, que poseo, le cambié a Xavier el ejemplar ordinario que me había traído el Vate por una capa pluvial.

En cierto modo, *Si le grain ne meurt* suscitó más escándalo que el *Corydon*. Éste era un tratado dialogado, una reexposición de conclusiones sexuales ya conocidas, pero abstractas, en tanto que en *Si le grain*, Gide confesaba practicar lo que predicaba, decía cuándo y cómo empezó la cosa, y describía con bastante delectación morosa y evocadora su primer satisfactorio sofocón beduino en la cálida arena del desierto.

El escándalo, sin embargo, pasó bien pronto y no lesionó, ni la reputación artística, ni el respeto que Gide se había ganado desde un principio. El hecho puede seguramente atribuirse a los tiempos, y merecería estudiarse. Había pasado un cuarto de siglo desde que a Wilde le había ido tan mal por mucho menos. Pero en ese cuarto de siglo, dos circunstancias de la inteligencia, aparte todas las de la sociedad, habían contribuido a desvanecer suficientemente la hipocresía: la una en la ciencia, la otra en la literatura: Freud en la una, Proust en la otra.

El tema, en efecto, de *l'amour qui n'ose pas dire son nom*, había sido, si rarísimas veces tocado por los novelistas del XIX (el *Vautrin* de Balzac), envuelto púdicamente en los mayores eufemismos. Zola, el audaz, le alzó pelo a servirse de la novelesca carta-confesión biográfica de un corresponsal que le habría proporcionado tema riquísimo si se hubiera atrevido a usarla. No es en realidad sino cuando Proust vierte en la novela contemporánea el torrente abrumador de personajes entre los que circula el barón de Charlus, cuando el tema parece recibir el *nihil obstat*, y desatar entonces, por reacción, toda una moda: el *Jesus-Caille*, de Francis Carco; el *Un homme et un autre*, de Henri Deberly; el *Adonis Bar*, de Maurice Duplessis; *El proceso de Lord Chelsea*, de Abel Hermant, etcétera; una moda que hizo traducir *La muerte en Venecia*, de Thomas Mann, que llegó al teatro con *The Green Bay Tree*, y que aun alcanzó, poco valiosamente, a la pudorosa producción en castellano, con *El ángel de Sodoma*, de Alfonso Hernández Catá.

A la distancia de todos estos años; después de dos guerras mundiales —¡qué grotesco, qué absurdo parece que tales novelas o que semejantes confesiones hayan podido escandalizar! La publicación

en Estados Unidos, hace uno o dos años, del *Informe Kinsey* (que está ya traducido al castellano como *La conducta sexual del varón*, y al cual ha de seguir, si no ha aparecido ya, *La conducta sexual de la hembra*) ha venido a impartir autoridad científica escueta (privándolo en consecuencia de toda singularidad artística, de todo carácter esotérico) al hecho simplemente zoológico de que es artificial y por tanto endeble, discutible e inválido, todo encasillamiento convencional de aquel orgasmo que en resumidas cuentas es todo lo que el hombre procura y se busca, y se encuentra, en cualquiera de las formas, ocasiones o modalidades que la oportunidad del momento le ofrezca.

Adiós, claro, toda reverencia por los sagrados y ficticios papeles de la paternidad, de la maternidad, resultados imprevistos y laterales de un simple orgasmo. Pero adiós también al tabú de su búsqueda y de su consecución en terrenos o en formas vedados, no por la naturaleza; sino por las buenas costumbres. Ni el 100 por ciento A químicamente puro; ni el 100 por ciento B químicamente impuro, se dan entre los hombres. Cual más, cual menos; unos una vez, otros antes, otros después, otros todavía, aparecen tabulados en el *Kinsey Report*, comprendidos, a elección, en alguno de los porcentajes de las columnas, ninguna totalmente negra, ninguna totalmente blanca.

La vida, pues, de Gide, tuvo la fortuna de alcanzar una época en que la ciencia y su influjo sobre la moral desvanecerían el escándalo en que, por lo demás, no incurrió nunca. Una fortuna que favorece así la pureza de la luz a la cual, descartado el estúpido tabú que en otra época le habría acaso aniquilado, puede admirarse su obra.

17 de marzo

El acontecimiento de la semana fue sin duda la inauguración de la temporada de la Orquesta Sinfónica Nacional, con Carlos Chávez como director invitado, puesto que el director titular sigue siendo José Pablo Moncayo. Con un programa de plato fuerte, el más fuerte que se puede musicalmente servir: la *Novena sinfonía* de Beethoven, y con la asistencia, no previamente anunciada ni conocida, del señor presidente de la República a su palcote de doce sillones.

Ocioso es repetir aquí lo que todos sabemos: que hace ya tantos años como desde 1928, Carlos Chávez, joven, dinámico, resuelto, removió cielo y tierra inertes entonces, sordos y resignados a ignorar el goce de la música si no era por eventuales apariciones del maestro Carrillo, hasta no fundar con carácter permanente la Orquesta Sinfónica de México. Funcionarios como don Luis Montes de Oca y empresas como la Fundidora de Monterrey despertaron a la conciencia de que debían ayudar a que en México se conociera y se escuchara la música sinfónica. La OSM, subvencionada aquí y allá, en retazos; pionera en

la colocación de abonos, suscriptores y contribuyentes, empezó a trabajar, a profesionalizar a sus miembros; a llegarles, cuando era necesario, y lo era en la mayor parte de los casos, aun por el esnobismo de imprimir los nombres de sus contribuyentes en largas listas de honor que eran como una consagración de la cultura de los mencionados; aun por el escándalo de incluir en sus programas *Rascacielos*, *Bueyes sobre el techo* y otras impresionantes disonancias que erizarían los pelos de los incipientes críticos musicales y de un público que esperaba la *1812* o *Poeta y campesino*.

Año con año, la OSM realizaba sus temporadas. Intentó conciertos para niños y para obreros, hasta no dar con el clavo de hacerlos, los viernes, para la "sociedad", y los domingos por la mañana, para los estudiantes y para un público que se ostenta mejor conocedor y catador de la música independientemente de la indumentaria y del precio. Empezaron a venir directores huéspedes: Ansermet, Stravinsky, Beecham, nada menos. A los veinte buenos años; como quien dice, al volver la cara, una ciudad de México de multiplicada población se halló *music conscious*; fervorosamente habituada a consumir sus buenas temporadas de música sinfónica; hecha al ritual de nutrir las columnas de sociales de los periódicos con el desfile de señoras hermosas y lujosas, de caballeros impecables, en los intermedios de los conciertos de los viernes.

Detrás de aquellos éxitos anuales, sin embargo, seguía ocultándose todos los años la renovada lucha por un presupuesto cada vez mayor de la OSM. En el *interin*, como se dice, la radio había aparecido y prosperado. Había llamado para sus bien remunerados programas a cuantos ejecutantes musicales pudiera haber en México, y con su demanda, había aumentado su precio. Cierto es que funcionaba un comité directivo de la OSM, muy honorable, honroso y honorario; pero no lo es menos que en quien debiera haber permanecido sencillamente director de la orquesta, recaía cada año la nada agradable tarea de conseguir la lana para que perdurase la orquesta. Y un día, Carlos Chávez consideró que ya estaba suave; que ya le habían llenado de cactáceas el Paseo de la Reforma. Y acaso con el propósito subconsciente de sacudir al comité a asumir esa molesta obligación y quitársela de encima, renunció a la dirección de la OSM.

No lo dejaron irse, y tuvo que seguir dirigiendo. Poco después, el nuevo presidente de la República, que había sido desde años atrás patrocinador de la Orquesta Sinfónica de México y asiduo concurrente a sus conciertos; que al retirarse el maestro Chávez le había ofrecido un numeroso banquete de homenaje, creó el Instituto Nacional de Bellas Artes y llamó a Carlos Chávez para encargárselo.

Desde el punto de vista de la continuidad de la OSM, la nueva situación de su director, y la existencia de un organismo oficial creado precisamente para fomentar el arte, parecería que fuera a garantizarla.

Pero ya para entonces las prestaciones de los músicos habían llegado a ser tan altas; y ya desde entonces los recursos oficiales eran tan modestos y rígidos, que cuando el director del INBA quiso desarrollar una temporada de ópera sirviéndose para ello de una orquesta que cumpliría con ello sus obligaciones oficiales, la orquesta se le alebrestó, surgió entre ella el judismo, y la mera víspera de la anunciada inauguración de la temporada de ópera se puso moños, se negó a trabajar, frustró el *debut* en la fecha anunciada —y debe de haberle originado a Carlos Chávez un derrame de bilis de cuyos efectos remotos y psicosomáticos volveremos a hablar adelante.

Everything happens for the best, profesan los norteamericanos, y a veces tienen razón en pensarlo. Desde luego, la impensada traición de algunos músicos de la OSM rindió su igualmente impensado y positivo resultado: Pepe Limantour, *motu proprio* o influido por malas fuerzas, había empezado a atacar a Chávez. Pero cuando vio que los músicos lo abandonaban al borde de una temporada de ópera, puso su Sinfónica de Xalapa a la absoluta disposición del INBA. La temporada se realizó con ella, los maestros se hicieron amigos, fracasó la maniobra, cualquiera que haya sido su oscuro origen. Y por lo que hace a la OSM, llegó como tal al término de sus veintiún años de fructuosa labor. Los disidentes de ella organizaron otra en busca de un director que se procuraron primero en el sagaz José Iturbi, y por fin parecen haber hallado en el temperamental Sergio Celibidache.

Por decreto presidencial, se fundó en el INBA la Orquesta Sinfónica Nacional. Constantemente acusado de monopolizar la batuta, Carlos Chávez declinó asumir la dirección de la nueva orquesta, decidió abrir paso a los jóvenes, observar desde afuera su dinamismo. Los músicos de la nueva orquesta eran los mejores de México, y los únicos sujetos todo el año a un entrenamiento y a una práctica constantes. Algo hacía falta, sin embargo, para que el público reconociera su calidad, para que llenara la sala de Bellas Artes, para que agotara el boletaje, como lo hizo durante los veintiún años de la OSM. Los cuatro primeros años de la OSM parecieron carecer de alguna especie de consagración o espaldarazo, por mucho que lo merecieran.

Ese "algo" era evidentemente la fuerza que Carlos Chávez había, desde 1928, demostrado ser: la ambición, la tenacidad, descontados el talento y la competencia, que los jóvenes tienen. Los envidiosos, los resentidos, estaban felices de que Chávez no dirigiera. Los que por su labor habían aprendido a disfrutarla, la extrañaban, y lamentaban su decisión de abstenerse. El propio presidente deploró muchas veces en conversaciones privadas que el maestro Chávez no dirigiera más; y su gentil concurrencia al concierto del viernes, ratifica su contento de que haya vuelto a hacerlo.

Yo puedo, aquí en privado, creer que la traición de algunos elementos de la OSM le dolió mucho en lo personal, y contó entre sus no

confesadas razones para alejarse por todos esos años de la dirección. En México, porque mientras tanto, salió a dirigir, en Estados Unidos y en Buenos Aires y en Río, con el éxito clamoroso con que también lo hizo durante los años de la OSM. En los consejos del INBA, cada vez que se trataba lo de música o lo de la orquesta, Luis Sandi, Julio Prieto y yo lo molíamos con pedirle que la dirigiera, que la acicateara. Nos ponía mala cara y no contestaba. Por fin, como se ve, accedió este año a ser "director invitado" durante la primera serie de conciertos de la temporada.

Una vez decidido, comenzó la talacha en forma. Cualquiera cosa que hubiera habido cualquier noche, de las muchas que ocurren en el escenario de Bellas Artes, Marcelino y sus huestes retiran el decorado e instalan la concha acústica de que el maestro Chávez no prescinde por nada del mundo para sus ensayos, que empiezan a las crueles ocho de la mañana y se prolongan, con un breve descanso de la orquesta, hasta las once. Todas las puertas de acceso a la sala traban sus candados, y ¡ay! de quien en el foro produzca el ruido de una mosca. A veces, el maestro Chávez baja a sentarse y escuchar y mirar mientras Moncayo asume la dirección de los ensayos. Repetir, vamos otra vez desde aquí, otra vez, otra vez. Ya cerca de las once, empiezan a deslizarse como fantasmas y con sendas carpetas de acuerdos y papeles Leonorcita, María Cristina, Elvira, Armando —o el subdirector Fernando Gamboa— listos a cazar al maestro Chávez en su rápida fuga al camerino en que le aguardan un lavabo, un sillón, un *milk shake* —y los primeros o urgentes acuerdos del día.

Todo iba sobre ruedas cuando un mal día el maestro no concurrió al ensayo del lunes. Poco a poco empezó a saberse que estaba enfermo, y yo supe rápidamente toda la verdad. Había cenado el sábado en casa de Ana Mérida, y la madrugada del domingo, se sintió enfermo del estómago, y luego con un dolor espantoso en el pecho. A las tres de la mañana consiguieron al doctor de Mucha. El maestro Chávez estaba helado y lívido. Presentaba lo que los médicos llaman un "cuadro anginoso".

El mismo día fue a verlo Raoul, y llevó consigo al colega Jorge Soní para la toma de un electrocardiograma que, como el tomado antes por el doctor de Mucha, tampoco acusaba lesión cardiaca alguna. A mayor abundamiento, Raoul llevó a Nacho Chávez. Nuevos electrocardiogramas, exámenes, pruebas de laboratorio para dar con la causa de un cuadro que reiteradamente excluía, a pesar de las apariencias, el infarto o esas cosas del corazón de que ahora se muere todo el mundo. Cuando por la tarde del martes, autorizadas ya las visitas por Raoul y por Chávez, fui a verlo, el doctor Chávez ya había dicho que en ocho días lo tendría listo, y que la temporada podría realizarse tal y como estaba planeado.

No he visto a Raoul en estos días, desde el viernes de los camarones a la Neuburg y la creación del escabeche de pescado. Ese día me dijo que sospechaba un cálculo en la vesícula como causa de aquel ataque, o que ya lo había localizado. De todas formas; aun cuando como en mi calidad de médico psicosomático sin título ni clientela diagnostiqué muy para mí que se tratara de un ataque neurótico: de una travesura del subconsciente para hacerlo cumplir su decisión de no dirigir en vísperas de revocarla, dos días después reanudó los ensayos, todo lo que hizo fue disponer que su *milk shake* del camerino se lo dieran sin huevos —y ya hemos visto que sí pudo dirigir, y que lo del ataque no fue realmente grave.

Yo tengo desde hace muchos años el palco 8 para la Sinfónica, que es muy visible, pegado al proscenio por la izquierda. Me gusta adornarlo con celebridades, y quise llevar a Dolores, pero ese mismo día había regresado a Acapulco. De modo que lucieron en él celebridades decorativas menos universales, pero igualmente queridas para mí: Rosa María —y tres protagonistas de *Los signos*: Emperatriz, Pilar y Virginia Gutiérrez. Las cuatro fueron muy bien vestidas y bonitas, y se asustaron y me lo creyeron cuando les dije que durante el intermedio, iban a echarnos un *spot* como a las señoritas de *Madame Bovary*, y por micrófono iban a decir: "Venga a ver *Los signos del zodiaco*", o a desenrollar desde el palco una manta con un anuncio.

En el intermedio salimos a fumar, y llegué hasta el palco presidencial con el deseo, si la puerta no estaba llena de lambiscones, de saludar al señor presidente. Saludé a don Miguel Lanz Duret, a don Carlos Prieto y a Carlos Novoa, y descubrí a la derecha de la antesalita del palco al señor presidente, que conversaba con Fernando Gamboa y con el licenciado Gual Vidal. Me tendió la mano, con esa cordialidad sencilla que cada vez le gana a uno de nuevo; que le mantiene joven y humano —y cómo no voy a agradecerle que me haya dicho que ya tres veces ha querido venir a ver *Los signos*: que la primera, me mandó decir con Toño Martínez Báez que vendría al estreno, pero que la señora regresó de Monterrey bastante enferma y no pudo dejarla; y que luego, otras dos veces que ha podido y querido venir, le han informado que esa preciosa noche no hay función. "El licenciado Portes Gil, entre otras personas, me ha dicho que la obra está muy buena, y tengo muchos deseos de verla", me dijo el presidente, que agregó que vendría la semana entrante, ésta. El martes van a dar *Rigoletto*, y está anunciado que vendrá. Temo que sea mucho para él venir dos días seguidos a Bellas Artes, y ver *Los signos* el miércoles que se repone después de una interrupción de dos días ocasionada por el famoso *Rigoletto*; pero dijo que no, que sí vendría el miércoles; se lo hice notar al licenciado Gual Vidal para suplicarle que se lo recuerde, y voy a rogarles a todos los santos que pueda venir. Ya está asombrosamente informado de Sergio Magaña y de Carballido, y le dio mucha risa cuando le dije que no sólo el licenciado Portes Gil,

como es cierto, ha visto la obra ya dos veces, sino también Agustín Lara, que la víspera volvió y "Reincido, Salvador —me dijo— me encanta esta obra." La primera vez que vino a *Los signos*, le presentaron a Carballido, le encendió un cigarro, y le regaló su encendedor con su nombre.

Es domingo, y en mi rápida lectura de los periódicos, tropiezo en *Novedades* con una carta al presidente en que Usigli asume un tono profético y le hace el cargo de que mientras en sus seis años ha realizado muchas importantes obras públicas, su gobierno nada ha hecho por los autores mexicanos. Me pregunto si Carballido, Efrén Orozco, Magaña, serán chinos, y si auspiciar abiertamente el surgimiento de los jóvenes autores dramáticos no es hacer lo que debe el gobierno por los autores mexicanos. He leído, por lo demás, que la Secretaría de Educación, o el gobierno del Distrito, o los dos, acaban de darle 40 000 pesos a Seki Sano para que monte la *Corona de sombras* de Usigli, a ver si ahora.

Entre los remedios que deja traslucir de la panacea universal que por supuesto ya tiene preparada y lista para en cuanto se la pidan, señala la vigencia de un decreto que obligue a las compañías teatrales a poner obras mexicanas. Semejante decreto existe en vigor, sólo que no existen compañías que lo cumplan o a las que se les pueda exigir. Y lo que radicalmente no puede esperarse es que alcance vigencia un decreto que obligue al público a sobreponer su patriotismo a su diversión. Las tarifas proteccionistas son razonables porque se aplican a una industria que después de todo guarda sus diferencias con el arte. Diferencias favorabilísimas para el arte, que no necesita de más materia prima, toda doméstica, que el talento para producir obras que además de ser mexicanas, le gusten al público. Las hay, empieza a haberlas, y justamente las ha patrocinado el gobierno, aun cuando no es por obligación legal por lo que tienen el éxito que alcanzan; sino simple y sencillamente porque su creación está exenta de resentimiento.

24 de marzo

Francamente, no anticipé que mi penúltima carta (puesto que la última no ha sido publicada hasta el momento en que le escribo la presente) fuera a colmar el vaso o a henchir la vesícula de los críticos que resolvieron, en presumible asamblea de su agrupación, responder de una airada y larga vez a las críticas que los por ellos criticados les han venido haciendo en la encuesta de Rosa Castro.

Pero esta luminosa mañana dominical me depara la sorpresa de esas declaraciones. Las leí primero en *Novedades*, como la columna periódica de Armando de Maria y Campos, y con una apostilla suya que expresa que "por lo demás, aquí no ha pasado nada". Pero luego

las encontré mucho más amplias, y firmadas por todos los funcionarios de la agrupación, en *El Nacional*. Percibo por ellas que se han puesto el saco de mis acaso intemperancias, y reaccionado violentamente contra mí por ellas, tanto personas críticas de las que no podía esperarse otra cosa y que en realidad no me afecta mucho que se enfaden, cuanto personas de mi mayor estimación, a las cuales no ofendería ni con el pensamiento; de las cuales me extraña y me contrista que se hayan sentido aludidas, y a las que muy principalmente consagro las explicaciones y aclaraciones que me parece indispensable formular enseguida, tan en descargo de mi conciencia cuanto en el de la suya.

Firman esas declaraciones, por ausencia del presidente Francisco Monterde, y en su nombre, el secretario Armando de Maria y Campos; el tesorero Antonio Magaña Esquivel; el vocal Fernando Mota, y los socios Roberto Núñez y Domínguez, de *Excélsior*; Arturo Neri (que debe de ser Mori, como en *morituri te salutant*) de *Últimas Noticias*; Alfonso de Icaza, de *El Redondel*; Ángel de las Bárcenas, de *Claridades*; Lázaro Lozano García, de *Ovaciones*; Miguel Guardia, de *Novedades*; y José Carbó, de *El Popular*.

Bajo tan numerosas, surtidas firmas, aparecemos reos de incomprensión y desconocimiento, vanidad e intolerancia, y como ejemplos teratológicos más recientes, los señores Conchita Sada, Alfredo Gómez de la Vega, Celestino Gorostiza, Novo, Usigli, y aun los jovencitos Emilio Carballido y Sergio Magaña. Todos ellos, "ante el elogio desmedido, honran, aman, adulan, reconocen a la crítica. Ante la menor objeción, la odian, la insultan o la niegan. Tal es la miseria de la vanidad humana".

Comprensiblemente desconcertados ante una situación que los convierte de críticos de los espectáculos en espectáculo de la crítica, los alguaciles alguacilados, o los críticos criticados, buscaron afanosamente el origen de semejante predicamento. Podía hallarse, a su ejercitado, profesional juicio, en los premios de teatro que con los nobilísimos propósitos que enumera discernió aquella agrupación: premios, reintegros y aproximaciones que en los casos de Usigli y mío (y los cito porque los críticos nos monstruosamente desposan: "Pero muy al modo demagógico y resentido del mexicano que tanto censuran el señor Usigli y el señor Novo, y que sin embargo ejemplifican cabalmente..."), propiciaron nuestro diversamente magno resentimiento: en él, porque en vez de premio Ruiz de Alarcón le otorgaron otro, que declinó; y en mí, porque yo hice menos por el teatro mexicano el año pasado, y dirigí menos bien teatro en general, con *Rosalba*, *Cuauhtémoc* y *Cocktail Party*, que el maestro Ruelas *El emperador Jones*; y al sentenciarlo así quienes más saben, y darle el premio de dirección a Ruelas, yo hice el berrinche del siglo, y sigo trabado de envidia.

Fijados a la idea de que la crítica de los críticos dimane de los premios, y haya lamentablemente derivado en encuestas escandalosas, es curioso que olviden que fue precisamente uno de los firmantes de sus declaraciones, el vocal Fernando Mota, quien primero abrió semejantes encuestas. Fue el año pasado, al anunciarse que habría premios de teatro. En su sección de *Últimas Noticias*, don Fernando Mota suscitó y alimentó un debate específico, nada temperante por cierto, entre gente de teatro. Allí se manifestaron todas las explosiones y politiquerías personales que ahora les parece tan mal que se explayen. Allí se propuso (y halló más tarde adeptos, y temerosos del cargo de "vendidos al INBA", hasta prevalecer por completo en la pintoresca votación de los premios, en la cual cada vez que se mencionaba mi nombre o el del Instituto, se elevaba una gritería taurina de noes) la absurda, parcial y nada crítica idea de que cuanto hicieran en teatro, o el Instituto, o cualquier persona relacionada con él, fuera ignorado; y se adujeron flagrantes sofismas en su apoyo.

Nada, en lo personal, tengo que aclarar con respecto a esta primera y escandalosa encuesta auspiciada por uno muy prominente de los críticos que censuran ahora las encuestas; pues aunque el señor Mota, en atenta carta, me invitó a participar en ella, me abstuve deliberada y prudentemente de hacerlo. Por cuanto a los premios, puedo jurar que me complace que el de dirección haya recaído en mi amigo Enrique Ruelas, y que no le envidio. No estoy ya en edad de diplomas ni estímulos. A los jóvenes puede acaso afectarles. Podría acaso deprimir a Emilio Carballido que a última hora se haya creado una especie de premio de compensación y consuelo para su *Rosalba*, si el aplauso del público no contradijera, y el número de sus funciones no reiterara, las diversas categorías otorgadas a su obra por el teórico premio y por el verdadero premio del buen éxito. Podría, acaso, contristar a Carlos Bribiesca ver que los críticos premiaron al otro de los dos Tenorios de Bellas Artes el año pasado, si otra vez el aplauso del público no difiriera de la consagración de los críticos. A mí (y lo siento, porque me parece el peor síntoma de extinción de toda fogosidad juvenil en mí) el asunto me deja tan tranquilo. Voy llegando a ser cada vez más —¡helas!— lo que los biólogos en sus experimentos llaman un "sujeto testigo".

Pero, en cambio, los críticos, que censuran la irritabilidad, el improperio, la invectiva y el insulto, se irritan y se ponen un saco colectivo: "Esta agrupación, pues, no tolera las insidiosas afirmaciones del señor Novo cuando habla de *raquets*, confabulaciones, camarillas, complicidades, y de la aplanadora organizada de los periódicos." Se irritan tanto, que en los mismos párrafos de su arenga se les escapa la confesión de que constituyen la aplanadora que les indigna que se les llame, cuando atribuyen la supervivencia con que pecaminosamente los tratan; pues "¿qué sería de ellos si la crítica emplea-

ra severidad al juzgarlos?"; esto es: ¿si la aplanadora resolviera extinguirlos?

Se irritan tanto, en realidad, y descienden tan a las invectivas que censuran, que se meten con los que no son de su tamaño, como Miguel Córcega; de quien, con ánimo de ejemplificar en su caso el de los muchachos que hacen buenos papeles en Bellas Artes, y la clase de teatro y de papeles que se desempeñan en otros teatros cuando dan en ellos, dicen que se ve reducido en el Tívoli a los más modestos papeles. Como si fuera culpa de Bellas Artes que en el Tívoli no triunfe Shakespeare, sino Tongolele, y como si los críticos, que lo tienen por obligación, no hubieran visto al mismo Córcega trabajar fuera de Bellas Artes, por ejemplo en *Las manos sucias*, en el Caracol.

Y ¿qué impulso negativo, sino el del ruin resentimiento ante la igualmente grosera declinación del premio que les hizo Usigli, puede explicar que los críticos sensitivos a la invectiva le respondan con sus mismas intemperancias, le saquen a cuenta las barbas de Shaw y le refrieguen que sus obras "en dos ocasiones han ocasionado la quiebra de sendas temporadas"?

Creo firmemente que si los críticos reclaman altura en la polémica que pretenden limpiar, o que preferirían eludir, deben empezar por asumirla cuando se defiendan, como parece el caso de estas largas y airadas declaraciones. Para ser concretos, no ocurre "que cada uno cumpla y se atenga a la parte que le corresponde, y que cada quien ocupe su sitio propio" cuando la parte que corresponde a los críticos es la de juzgar las obras de Usigli en sí, y no su taquilla. Que él suela salirse del huacal, no justifica que quienes se lo censuran lo imiten.

Antes de ocuparme en esclarecer lo que impliqué en las descripciones de *raquets*, confabulaciones, camarillas, complicidades, etcétera, convendrá dejar aclarado otro punto de las declaraciones de los críticos. Es el relativo a los síntomas que descubren en Sergio Magaña, y que revelan "la fatídica y destructiva escuela del resentimiento y la altanería abierta por sus maestros". Entiendo que en el resentimiento se alude a Usigli, que ha sido maestro de Magaña, y en la altanería a mí, a quien sin razón Magaña suele darme ese nombre. Y me importa aclarar que no soy maestro de nadie, y mucho menos de quien no tiene nada que aprender, y sí mucho que enseñar, inclusive en modestia. Vamos, por último, con lo de las confabulaciones, *raquets* y aplanadoras, etcétera.

El principal error de la Agrupación de Críticos de Teatro está en haberse colectivamente puesto un saco cuya deplorable existencia fue justamente lo que propició la fundación de la Agrupación de Críticos de Teatro. Invoco y agradeceré las rectificaciones o aclaraciones que correspondan si yerro al recordar que a causa de las componendas, las consignas, el teje-maneje de las credenciales, los boletos revendibles de la Ópera Nacional y otras bochornosas menudencias advertidas

con repugnancia por ellos, Francisco Monterde, Armando de María y Campos y Antonio Magaña Esquivel resolvieron separarse del conglomerado gacetilleril y cronístico en que aquellas inadmisibles confabulaciones ocurrían, y fundar una nueva, limpia, honrada, imparcial Agrupación de Críticos de Teatro, a la cual se adhirieron muchos otros. *Ergo*, ha habido y sigue habiendo, aunque no ocurra totalmente en una agrupación que se fundó para combatirlo y que en consecuencia no tenía por qué sentirse aludida, lo que yo dije.

Lo ha habido y lo seguirá habiendo mientras persista la vergüenza de que haya cronistas que en vez de percibir una honesta remuneración de sus periódicos por lo que imparcialmente escriban en ellos, sean ellos quienes compren y paguen el espacio que ocupan sus columnas; mientras la crítica o la crónica se consideren parte de la publicidad, y por su medio comercial se manejen; mientras subsista como una usurpación de la crítica informada y sensata, toda esa fauna columnística de cotizable chismorreo y de incalificable inconsciencia que nos abruma, y que ciertamente raquetea, confabula, acamarilla, complicifica y constituye una organizada aplanadora que se sirve de los periódicos.

Con mejor fruto en pro de la depuración del ambiente —¿no podría, en efecto, la Agrupación de Críticos, en vez de arremeter contra sus ocasionales censores, aplicarse a dignificar la crónica y la crítica hasta la muy deseable altura que ella reclama con justicia? ¿Le parece que tiene derecho a pedir respeto y compostura; a firmar siquiera junto a los demás signatarios de la Agrupación, el director de un semanario dominical cuyas crónicas musicales son desde hace más de diez años el más ignominioso depósito de la calumnia y de la injuria; el que vota en contra de Carballido porque en *Rosalba* se pronuncia la palabra acostarse, mientras su cómplice musical expele torrentes de *detritus*?

En Monterde, crítico cauteloso y prudente; en María y Campos, informado e informativo; en Magaña Esquivel, inteligente, justiciero, aunque "acomplejado" por el cargo, totalmente falso, de que sirva al INBA; en Ángel de las Bárcenas, comprensivo y honesto; en Miguel Guardia, joven con todas las consecuencias de su edad, reconozco a amigos entrañables a quienes, si ellos lo consideran preciso, aquí presento mis más cumplidas excusas, y la rotunda afirmación de que su recuerdo no se asocia en ningún momento a ninguna acción profesional perversa ni censurable.

De Roberto el Diablo, nada puedo decir sino que nunca lo he visto en Bellas Artes, ni nuestro trabajo en su consideración. Del señor Mori, que lo apetecería menos displicente; de Lázaro, más congruente con su propalado amor por el teatro mexicano. Mal puedo referirme al señor Carbó, pues ni lo conozco, ni he leído nunca sus crónicas.

Leo, la cabeza que en *El Nacional* dieron a las declaraciones de los críticos: "Si la crítica reparte elogios a domicilio, la elogian, y si hace objeciones, la niegan."

Y pienso que el mecanismo de la crítica es, en el fondo, ese mismo y siempre; esto es, que en el mejor de los casos, cuando una obra de teatro complace, es satisfactoria, se la elogia, la elogian los críticos, a domicilio o no; y si hace objeciones, si las constituye para el arte, la niegan. Lo que ahora pasa es que los críticos, de buenas a primeras, fueron considerados como espectáculos, y que les fue aplicada su propia receta —en el mejor de los casos. Deberían de aguantarse como los buenos y perseverar en la demostración de su valor, de su validez, con sus simples armas profesionales, en vez de darle la razón a sus impugnadores.

Así lo hacen, así han venido haciéndolo los actores, los autores, los directores, los aficionadillos, los aprendices, los principiantes, los estudiantes, los intrusos, los improvisados. Cuando en conciencia y con ella limpia se han propuesto una meta de creación y de disciplina, claro es que los elogios de los críticos les han estimulado; pero no es tan claro que los denuestos, las injusticias, los desdenes, los hayan desinflado —y ciertamente han recibido más de esto que de aquello.

"Los críticos de teatro ya no se aguantaron", sigue diciendo la cabeza, "y contestan a la legión de inconformes." Tienen menos paciencia, evidentemente. Escribir una obra puede tomar años; dirigirla, meses; actuarla, horas. Pasar por encima de ella, o triturarla en la máquina de escribir, es cuestión de minutos. El minuto es la crítica; la obra es el tiempo. Y la obra es también el aguante, que es una respuesta en sí misma.

31 de marzo

Pues no tiene usted más novedad que la muy satisfactoria de que el señor presidente fue el miércoles, como había ofrecido, a ver *Los signos* a Bellas Artes. La víspera, al asistir a *Rigoletto*, reiteró que iría, y preguntó la hora. El licenciado Gual Vidal pasaría a recogerle a Los Pinos oportunamente.

Llegó a Bellas Artes, por la escalinata del público (aunque le aguardábamos Carlos Chávez, Fernando Gamboa y yo en el ascensor del vestíbulo de coches, abajo), acompañado por el licenciado Gual Vidal y por Ramón Beteta, exactamente al cuarto para las nueve. "Vengo a esta hora —tuvo la gentileza de explicar— porque ésta me dijeron." Yo le expliqué, a mi vez, que siempre aguardábamos un cuarto de hora sobre la anunciada porque el público es impuntual y está acostumbrado a hacernos esperar; pero que estábamos listos a empezar en cuanto se instalara en su palco. Y le pregunté si nos permitiría tocar-

le el Himno. No teníamos orquesta, pero sí un disco. "Mejor no —dijo—, no es necesario."

Sin embargo, el público lo descubrió al entrar en su palco. Mientras yo corría a levantar el telón, escuché el aplauso que, puesto en pie, le tributaba. Comenzamos. Los muchachos estaban nerviosos, resueltos a dar la mejor función de su vida. El primer acto fluyó con el ritmo vivo que tiene, hasta el suspenso del bien compuesto telón.

Por ahí andaba ya Sergio, metido en su traje nuevo, abandonado el suéter azul pálido con un ciclista en el pecho que se compró con el primer dinero de sus derechos de autor. "Ven", le dije, y le hice subir las escaleras. Me abrieron el palco presidencial y penetramos. El presidente ocupaba el centro. A su izquierda, el licenciado Gual Vidal y Carlos Chávez; a su derecha, el licenciado Beteta y Fernando Gamboa.

—Señor presidente —le dije—, éste es el autor.

Sonriente, le tendió la mano:

—Muy joven —comentó—; lo felicito, está esto muy bien. Siéntese.

Sergio estaba en las nubes. No sabía qué decir.

—¿Es su primera obra? —preguntó el presidente, abriéndole así la puerta.

—No, señor. El año pasado hice *El suplicante*, con Emilio Carballido, para las Fiestas de la Primavera. Pero es de un acto. No fue sino que cuando el maestro Novo puso *Rosalba*, me animé y escribí ésta. Y estoy feliz, porque se la traje, y le gustó, y la puso. Y estoy muy agradecido con el maestro Chávez, y con el señor Gamboa, y con todos, bueno, con el Instituto.

—Pues hay que seguir adelante —dijo el presidente.

Sergio tuvo una idea. Un autógrafo. Le pidió al licenciado Beteta su programa. De los corrientes, porque los finos ya se acabaron. Y a mí mi pluma de tinta roja.

—Señor presidente —le dijo— ¿me quiere usted firmar este programa?

El presidente tomó pluma y programa.

—Y usted también, y usted y usted —siguió recogiendo autógrafos ilustres.

Cuando llegó mi turno, leí: "Cordialmente, Miguel Alemán."

De pronto: "Yo ya lo conocía a usted", le dijo Sergio al presidente, quien sonrió, pues no tiene nada de extraño que los ciudadanos conozcan, en retrato o de vista, a su presidente. Pero agregó: "De antes. Yo iba a su despacho a cobrar las letras de un automóvil que le vendió mi hermano."

La mirada amistosa, franca, del presidente, escrutó a Sergio; recordó: "¡Ah, sí, es cierto! ¡Un Paige! Yo tenía siempre un Paige, y cuando llegaba un nuevo modelo, lo cambiaba. El cambio costaba 1 000 pesos, que pagaba en abonos, con letras. Por cierto que en uno de esos

coches tuvimos el licenciado Ramos Millán y yo un accidente. Estábamos muy cansados y nos turnábamos en el volante. Cuando él lo llevaba, de repente algo nos volcó. Apenas tuve tiempo de cubrirme la cabeza con la gabardina, que no sé cómo resultó hecha girones cuando salí disparado del automóvil, con la rodilla rota."

Supe después que el presidente se había quedado haciendo cuentas mentales sobre la edad de Sergio, y recordando que cuando iba a cobrar las letras, sería un chiquillo de doce años. Hacía catorce, de manera que ahora tendrá veintiséis, que son los que tiene. El muchacho le cayó muy bien con su desparpajada, ingenua franqueza —y por su talento como autor dramático.

Nos quedamos en el palco todo el segundo acto, observando las reacciones del presidente, su atención a la obra, su aprobación de la actuación, su encomio del decorado. "Este segundo acto —le explicó Sergio— cambió de ritmo. Es de ritmo lento, porque el primero es rápido, y el tercero sube en rapidez." El licenciado Beteta elogiaba mucho la obra. "Ya tenemos teatro —decía—, a la altura de cualquier capital del mundo."

Me pareció prudente irnos y me llevé a Sergio. Fuimos al escenario, donde los muchachos aguardaban ansiosos. Corrió el primer cuadro del tercer acto. Y en el breve intermedio, subí a suplicar al presidente que permitiera a los muchachos cantarle el Himno al terminar. Accedió, y me dijo que les llevara a todos sus felicitaciones. Sobre la composición estática del telón de gracias, despedimos a nuestro distinguido huésped con el Himno Nacional.

Al salir, después de visitar a sugestión del licenciado Beteta la obra de Siqueiros y las exposiciones de Arquitectura (que le interesó vivamente), la del Dr. Atl y la de Carlos Orozco Romero, el público todavía le aguardaba. Cuando yo ya daba vuelta por la avenida Juárez, alcancé a mirar la valla espontánea que le abrieron, y los aplausos entre los cuales subía a su coche.

Al día siguiente supe que le había gustado tanto la obra que en el coche se fue comentándola elogiosamente con los licenciados Beteta y Gual Vidal. "Ya me estoy abonando a Bellas Artes", dijo. Y en efecto, en una semana ha concurrido a tres espectáculos: el viernes, a la Sinfónica; el martes, a *Rigoletto*, y el miércoles a *Los signos*. Yo lo celebro más que nadie, pues por una u otra razón o impedimenta, desde que vio el *Quijote* no había vuelto a ver nuestro trabajo de teatro. Y su aprobación nos estimula mucho.

Otro dato objetivo que me da o que me asesta la incógnita evidencia de que, como se dice, los años no pasan en balde, es el que derivé la primera semana de clases en la Academia de Arte Teatral.

Andamos este año tan apretados de dinero, que resolví dar dos clases sin remuneración en la Academia: la de verso, que hace mucha falta, y la de técnica de actuación, que hasta el año pasado dio Xavier.

Es lo que los norteamericanos llaman *stage technique*: la mecánica de posiciones, vueltas, ademanes, estar en pie, sentarse, cruzar, caminar, manejarse en puertas y ventanas y cortinas, entrar y salir, apartes y soliloquios, acciones cubiertas, comer y beber en escena, asesinar, morir, suicidarse, abrazos y besos, manejo de teléfonos y utilería enfáticos o no, sollozos, llanto, para uno y para más actores en escena. Xavier tenía la paciencia de ejercitar en toda esta mecánica a todos sus alumnos, uno por uno. Es una clase fundamental y utilísima, de cuya necesidad se da buena cuenta el director cuando tiene que enseñar a sus actores todas estas cosas elementales mientras ensaya, y que agradece mucho que ya sepan cuando actúan, pues le ahorra tiempo y hace fáciles e inteligibles sus instrucciones.

Yo adicioné el programa de esa clase con teoría sobre la actuación; con una exposición de los orígenes psicológicos del teatro —actuación y público— para adentrar a los estudiantes en los resortes íntimos de la actuación, la doble función del actor (artista e instrumento), la empatía y la distancia estética, la emoción y sus límites, la imaginación. Así alternaremos las prácticas de la mecánica de la actuación con un dominio claro de los conceptos artísticos que le deparan un lugar específico en el teatro.

Pero ocurrió que la primera semana dar clases me cansó muchísimo. Nunca me había pasado. Fui siempre un profesor brillante y ameno de literatura, durante muchos años. Ni me faltaba el aire, ni se me quedaban cosas por decir, por redondear. El hecho me inquietó.

Y entonces hice cuentas. Hace ¡diecisiete años! que no daba clases. El tiempo no pasa en balde. Me faltaba, cuando menos, entrenamiento.

Por ventura, a la segunda semana mis reflejos didácticos aparecieron aceitados, eficaces. Bastó un poco de método, consistente en apuntar en una tarjeta los puntos por desarrollar en la hora de clase.

Y los alumnos son buenos. Han sido rigurosamente seleccionados, provienen de diferentes grupos, y casi todos han hecho estudios superiores a la secundaria, lo cual permite teorizar sin pérdida de tiempo con referencias a la psicología más moderna, a la filosofía o a la historia del arte. El actor "inspirado", o lo que es peor, el actor ignorante, serán pronto reliquias archivadas.

7 de abril

Una semana de regalos domésticos, y de privación de la actividad habitual, es capaz de engordar a cualquiera cuya tiroides no haya sido nunca muy eficaz, y que no haya nunca quemado sus grasas en el ejercicio. Y ése es mi triste caso después de una Semana Santa que si bien no discurrió toda ella en la clausura de mi casa, sí me detuvo en ella para comer cinco días seguidos, de miércoles a domingo, sin

casi otra preocupación, pensamiento ni ocupación, que precisamente comer.

Otros años, la Semana Mayor llega calurosa, está llena la alberca y tolerable el agua siempre helada de Coyoacán. Esta vez, ni siquiera la primavera, que coincidió en su entrada con la Semana Santa, vino acompañada por las galas que le atribuyen de calor, de sol. Llovió, hizo un frío de todos los diablos. Y el miércoles, que ya no fui a la oficina; que para el día del Benemérito de las Américas, mi madre me hizo acompañarla al mercado y surtirnos la cocina para todos los días restantes de la semana. Todos esos días tendríamos invitados a comer, y era buena ocasión de probar y poner en juego la nueva estufa. Y mantequillas, cremas y quesos van y vienen, y pasteles, postres y helados. El resultado lo estoy viendo ahora que las camisas revientan y eyaculan el botón de su cuello cuando me las abrocho.

Fue de todos modos una semana plácida y tranquila. Siempre hay papeles que revisar, destruir, archivar; libros que reinstalar en su sitio, o a los que buscarles un sitio que ya no hay para ellos. En eso ocupé parte de las mañanas. Por las tardes ya me cansaba o me aburría, y entonces me iba al centro. Las calles estaban deliciosamente limpias de tránsito, como era México hace muchos años. Se había ido mucha gente, y no hacía ninguna falta. Daban ganas de que se quedara allá donde se había ido, puesto que seguramente era más feliz allá que en la ciudad, y nosotros sin ellos.

Peter tenía muchos deseos de salir, de ir a Veracruz o a Acapulco, pero al fin se quedó también. Le encanta el cine tanto como le choca el teatro; y como no había teatro, fuimos al cine casi todas las noches. Yo tenía interés en ver el número de Telerrevista en que había un reportaje de Loret de Mola sobre Bellas Artes. Vimos que lo anunciaban en el Arcadia y fuimos allá a verlo. Está estupendo. Este Manolo Barbachano es muy inteligente, y ha hecho un éxito de su noticiario. Tiene una agilidad, un talento, un sentido humorístico extraordinarios. El reportaje sobre Bellas Artes se llama "Se levanta el telón", y en una sucesión preciosa de *shots* rápidos muestra el trabajo de un día en el Palacio, con Carlos Chávez ensayando con la Orquesta, las bailarinas bajando por una escalera de caracol, luego un *longshot* tomado desde las diablas con grupos de ballet en acción. Lo que más me impresionó fue la ligazón que encontraron del almacén de utilería, con las máscaras guardadas ahí, a Panchito Pérez en el acto de modelar una máscara, y al salón de maquillaje, con Mario García González en el sillón, y dos o tres payasos junto a él: de la máscara al rostro. Es un reportaje modelo, y trabajado con gran profesionalismo técnico. Se pasaron aquí todo un día filmando escenas, desde la temprana hora del ensayo de la Sinfónica, hasta la de levantar el telón para *Los signos*. Trajeron todo un equipo profesional de lámparas, y su camarógrafo ensayó con luces cada toma. No es pues extraño que

todo haya salido tan bien. Lo que sí lo es, y lo que explica además la buena acogida que la Telerrevista ha tenido en el público de los cines, es que ofrece diversión competente y pura, desvinculada de la publicidad comercial que la hace posible y que es lógica, pero que ocupa su lugar aparte. En ocasiones hemos tenido en Bellas Artes ofertas de otros noticieros para reportajes que costarían dinero y que el INBA no puede pagar. La Telerrevista ni siquiera mencionó el dinero, ni les pasó por la cabeza cobrarnos. Y de pagarlo, no tendríamos con qué pagar un reportaje que no tiene precio.

Esa noche vimos también la película española *Agustina de Aragón*. La encontré cansada y monótona. Dos horas de escuchar las ces, las zetas y las elles; y de ver actuar a esos artistas que parecen incapaces de mantener la mirada fija y normal; que están siempre pelando los ojos y alzando las cejas, y que evidencian todos los vicios del viejo teatro español del que habrá salido la mayoría de ellos, es realmente demasiado.

Por contraste, el viernes fuimos a ver otra película de tema histórico en el Prado: *La gran batalla* de Eisenstein. Se nota que está bastante mutilada la copia que exhiben, pero de todos modos conserva los estupendos valores plásticos de sus lentas y largas escenas. Recordé mucho a Eisenstein cuando estuvo en México y con su fotografía y su descubrimiento de los magueyes y las nubes de México originó todo lo que después el cine mexicano ha aprovechado en los concursos internacionales y en su prestigio. Me permitirá usted, Daniel, que por última vez vuelva a hablarle de *Los signos*. Anoche, miércoles, tuvimos la definitivamente última función. Con todo el dolor de nuestro corazón suspendimos en pleno auge una obra que al solo anuncio de que daría su última función, llenó hasta el tope las 2 200 butacas de Bellas Artes, y tuvo a los espectadores de pie en los pasillos, largas y breves tres horas con la misma tensión con que en todas las otras treinta y tantas representaciones hizo esta obra vibrar al público.

La suspendemos en pleno éxito por causas tan de fuerza mayor como que ya no hay fechas en Bellas Artes para seguirla presentando. Íbamos a terminar, de todas maneras, hoy; pero para que debute el ballet con José Limón pasado mañana, necesitan todo el día y toda la noche de hoy para sus ensayos de orquesta y técnico de iluminación; para tomar el tiempo de sus cambios de ropa, etcétera. Mañana es el concierto de todos los viernes de la Sinfónica, y a partir del sábado, la temporada de danza. Luego vendrá ya la ópera fusionada y no volverá a haber teatro en todo el año, o acaso sea más propio decir que no volverá a haberlo en ningún tiempo en Bellas Artes. Porque para la actividad de teatro, y precisamente para salvarla de las interrupciones a que aquí la obliga el atareado, necesariamente surtido calendario de actividades, está ya en construcción un nuevo Teatro Hidalgo en el local del antiguo, tradicional Teatro Hidalgo. Allá será

posible sostener una obra, calentarla, proseguirla todo el tiempo que sus méritos le aseguren. Y los arquitectos y contratistas encargados de realizar este sueño, aseguran que entregarán el teatro en seis meses. Aunque su sala no sea de ninguna manera tan lujosa como la de Bellas Artes, su capacidad, novecientas butacas, asegura un mejor disfrute de la comedia, y el foro, en cambio, será tan amplio y bien dotado que podrán tenerse montadas en carros o en el giratorio, hasta tres obras al mismo tiempo.

Hemos estado considerando la posibilidad de llevar *Los signos* "en caliente", a otro teatro, por ejemplo al Arbeu. Pero pensándolo bien, quizá lo conveniente sea reservarla para inaugurar con su reposición, ese nuevo Teatro Hidalgo. He estado pensándolo mucho y me inclino fuertemente por esta solución. *Los signos* es una obra que plantea los verdaderos, profundos, auténticos problemas de México. Porque México no somos los "apretados" ni los intelectuales, ni los que tienen coche ni casa propia. Más numerosos e importantes son los que viven su angustia en las vecindades. Han venido a ver esta obra a Bellas Artes, gentes de esa clase: es decir, pueblo auténtico de México, y han vibrado hasta la catarsis con ella, han reconocido en sus personajes y en sus problemas, su carne y sus huesos. En otras palabras, *Los signos* son el teatro mexicano, acaso por primera vez realizado. Pero hay mucha gente, precisamente de esa clase, que no se atreve a entrar en el Palacio de Bellas Artes. Esa gente vive por el rumbo del Teatro Hidalgo. Ya fue un enorme mérito del gobierno de México plantar en el escenario de Bellas Artes una obra como *Los signos del zodiaco*, y dársela a disfrutar a la clientela habitual de este teatro y a toda la que quisiera venir. Pero será un nuevo galardón plantarla en su propio medio, allí donde sin duda prenderá todavía más fervorosamente en un público que en ella mire correr su propia sangre.

Anoche, Carballido y yo trabajamos en *Los signos*. Él siempre maneja el sonido, con un cariño por su amigo el autor, una sencillez y una humildad que no tuvimos nunca los escritores de las generaciones anteriores. Y el mismo autor, muchas veces, se divirtió con mezclarse entre los "pachucos" del baile final y comparsear en su propia obra. Pero yo no había trabajado nunca. Y hay la superstición entre los directores, de que en alguna función de sus obras deben aparecer en escena. Ahora bien, en *Los signos* se habla varias veces de un cierto capitán que no llega a aparecer, pero que se supone invitado al baile. Y casi a las ocho de la noche resolví ser el capitán. Pedí a Tostado un uniforme; tuve por fin que ir a medírmelo a su almacén, y durante el segundo acto, Toña la maquillista me impuso unos formidables bigotes de Capitán Centellas y unas cejas hoscas. Interpolamos una brevísima escena de presentación del capitán y de Emilio, a quienes recibieron con grandes muestras de alegría a la puerta de la vecindad, Malinche Mancilla y Ángeles Marrufo (Susana y Gudelia);

entramos Emilio y yo, mientras María Braun acababa de subir la escalera y entraba en su vivienda, y luego, cuando Susana sube por las Braun, les quitamos sus papeles a la mamá de los gorilas y al gordito (dos atletotas del "Venustiano" que usamos como comparsas desde el *Cuauhtémoc*), y nos lanzamos Emilio y yo en un danzón que yo bailé con Virginia Gutiérrez, y habría yo seguido en escena hasta el final, si no es que se me desprenden los bigotes y tuve que salir de escena de espaldas y bailando para ir a cambiarme al camerino. Antes había yo saludado en la sala a varias personas importantes y de quienes me dio muchísimo gusto que vinieran: el licenciado Agustín García López con su señora y Enrique Carniado en un palco, Esperanza Iris y Paco Sierra en otro (Esperanza estaba encantada y maravillada, opinando que los muchachos eran como ella decía, "unos cómicos consumados"); y abajo, en luneta, don Guillermo Guajardo Davis, su esposa y sus chicas, don Clemente Serna Martínez y su esposa, Mario Domínguez, Paco Rubio y su señora y el señor Olarra de Espasa-Calpe. Fue una función preciosa, un hermoso, conmovedor broche de oro de un éxito que sólo los ruines y los envidiosos pueden negar. Los muchachos y las muchachas de la Escuela, cuando menos lo pensábamos, ya estaban caracterizados y metidos dentro del baile de la vecindad, prestándole un ambiente formidable. A pesar de nuestra decisión de ser parcos con los telones, tuvimos que dar más de los acostumbrados, y el público reclamó la presencia del autor, del director y del escenógrafo.

Habrá usted visto probablemente una entrevista que le publicaron a Sergio en *Excélsior*, en que éste se declaraba superior a Sartre. Mucha gente se lo ha tomado a mal, ha opinado que es un jactancioso y un pedante o un vanidoso. Pero la verdad que aun cuando hubiera tenido razón en pensarlo y decirlo, él no dijo que fuera superior a Sartre. Todo lo que le dijo a la chica reportera que lo entrevistó, es que él creía que llevaba mejor camino que Sartre; sino que, seguramente para hacer más escandaloso o periodístico su artículo, la muchacha le dio esa otra interpretación, ese sesgo, y así lo cabecearon.

A un espontáneo que le dirigió una carta en *El Nacional*, Sergio le contestó con una maravilla de epístola, de la que quiero concluir la mía con una cita que condensa todo el espíritu constructivo de una obra de la que han dicho torpemente que es negativa:

> Mi casa de vecindad es una casa de atmósfera lastimera. A quien lo dudase yo lo invitaría a vivir en una. No se trata de la pobreza, sino de la miseria. Sin embargo, antes de que las puertas se cierren y se pongan a bailar los tontos y empiece a quemarse el farol de arriba, antes del diluvio, en fin, ha escapado Noé. En el arca va el germen de la naturaleza que habrá sin duda de crear el nuevo mundo. Y así, por la mañana se ha ido el joven varón (Lalo Braun) y la joven sana (Polita), y algo en que Noé nunca pensó: el esfuerzo del arte, representado en el humilde y joven violinista (Augusto Soberón). Sólo son tres, ¿verdad? Pero son suficientes. En ellos descansa mi responsabilidad. Es la novísima generación no contaminada por ustedes todavía. Hombre y mujer que algún día han de aparearse en un mundo más limpio y menos sofocante que la casa de vecindad creada por el equivocado sistema de los hombres. El día de sus bodas habrá música y será el violín del arte quien lo toque. Lo demás no importa.

14 de abril

Esta semana, el acontecimiento fue el *debut* de la temporada de danza de la Academia, preparada por José Limón.

Recordará usted que el año pasado vino José Limón, sinaloense nacido en 1908, por primera vez desde que muy niño dejó su tierra y se marchó con su familia a Estados Unidos, donde se hizo bailarín. Vino entonces llamado por Miguel Covarrubias, a quien acababa el INBA de encargar del Departamento de Danza, e hizo una buena temporada con una pequeña compañía. Aunque no había estado antes en México, conocía y admiraba nuestra pintura moderna, y especialmente a Orozco. En su obra había inspirado un número, *Malinche*, muy hermoso, aunque lo que más gustó entonces fue su *Pavana del moro* que le había valido un premio por la mejor coreografía de 1950.

Se puso entonces en contacto con lo que aquí se hacía en danza; se interesó en las danzas mexicanas y en averiguar lo que pudiera hacerse con elementos mexicanos. Lo que existía y lo que se había hecho resulta interesante de recordar y revisar. Desde luego, hay las danzas indígenas o folklóricas, que son muchas. Las hay en casi cada estado de la República, como supervivencias directamente precortesianas (la *Danza del venado* o *Pascola* en Sonora), o filtradas a través de la Colonia como las *Morismas* o los episodios de la Conquista que yo he visto danzar en Nayarit, con diálogo, o como las danzas que van a tributarle a la Virgen de Guadalupe los indígenas en su día. Estas danzas indígenas han sido estudiadas, analizadas en sus pasos y catalogadas, por ejemplo por Luis Felipe Obregón y por el profesor Efrén Orozco. Todas ellas, sin embargo, aunque muy ricas en color, son pobres y monótonas en su primitiva coreografía. No mueven los danzantes los brazos. Sus danzas son de la cintura para abajo, y los Concheros, que son un grupo curioso de indígenas dispersos en la ciudad de México y ocupados en diversos quehaceres o trabajos; pero que a una señal de su jefe se reúnen a danzar donde él se los mande, han recibido y atesoran los secretos de su coreografía, que transmiten a sus hijos, y que está llena de significados. Por ejemplo, estando todos en fila y sus músicos (que son también danzantes) tañendo su guitarrita, uno de ellos se adelanta y marca unos pasos especiales que para el profano no significan nada, pero que son como la firma o el nombre de la

danza que él invita a los demás a desarrollar. Todos la emprenden, la firman con pasos al concluirla, y luego otro danzante, de la misma esotérica manera, les pone la muestra de la siguiente.

Podría pensarse que estas danzas y su valor artístico corresponden a lo que en tratándose de objetos (de petate, de barro) se llama el "arte popular", y ha merecido del gobierno y de la gente una atención que no va más allá de treinta años, y a la que han contribuido en no escasa medida los turistas con su curiosidad ingenua y a veces impertinente. No sabe uno si celebrarlo o deplorarlo, porque es obvio que en cuanto el arte, hasta el popular, se mercantiliza para uncirse a la industria (y se proclama y admite que el turismo es una industria), se deteriora. El arte popular, y cabe pensar que las danzas indígenas, era más puro y rico antes de que le hicieran caso y de que lo tomaran tan en serio como él mismo dichosamente no se tomaba cuando producirlo constituía para alfareros y petateros el puro goce de recrearse en moldear, decorar, tejer —o danzar.

Si se piensa en lo que la gran pintura mexicana moderna deba directamente al arte popular, habrá que convenir en que es algo, pero no mucho. En los albores del Renacimiento (para decirlo como a ellos les complace), Fito Best sintetizó y propagó un libro, *Los siete elementos del arte mexicano*, anterior a la perspectiva; pero hay que reconocer que sólo se adhirieron a la fugaz moda de los retablos y de la ausencia de perspectiva, capitalizándola, unos cuantos improvisados genios que hallaron cómodo el recurso, entre otras cosas porque no sabían pintar. La gran pintura mexicana moderna (Diego, Orozco, Siqueiros) fue mexicana, pero fue también pintura. Esto es: sus responsables trascendieron la forma ingenua e inepta, y penetraron en el fondo de México, que trataron y al que dieron forma experta y profesional. Ésa es la diferencia, y es grande y definitiva. Los elementos, el contenido: el paisaje, la tragedia, los hombres, la historia, existían pero tuvieron que ser grandes artistas (y grandes técnicos) quienes los aprovecharan para hacerlos valer.

Una cosa semejante ocurrió con la danza. Como los retablos o como el arte popular, convocó una curiosa atención, y solió nutrir uno que otro intento de aprovecharla en la recreación de un ballet mexicano. Los teatros de revista y los cabarets adoptaron números adulterados, que no mejorados, de danzas indígenas. Por gravitación, acababan en recurrir a otro tipo de danzas más dóciles a la fácil teatralización: a los bailes coloniales o regionales más recientes, como los huapangos o el inevitable jarabe tapatío que la Pavlova estilizó en una de sus temporadas. Todo lo que los teatros de revista aprovecharon fue la indumentaria, que además adulteraron hasta no caer en el crimen horrendo de los trajes de china y chino poblano que hoy envuelven la estulticia de cancioneras y mariachis.

 Pero así como a la pintura mexicana, apenas descubierto el venero del arte popular, le llegaron influencias "istas" como contribución a su auge, o como esponjas aptas a absorberlo, así a la danza folklórica mexicana llegó la revelación de la danza moderna y de su técnica, diferente de la clásica de puntas cultivada por las hermanas Campobello. Waldeen y Ana Sokolov introdujeron una "danza moderna" que al profano no le ofrece otro espectáculo que los pies descalzos (con la imposibilidad consiguiente de pararse de puntas o de girar en ellas), la falda larga y las actitudes entre hieráticas y sexuales en que quedan las danzarinas después del pujido y el empujón en que para el profano parece consistir esa danza.

Tengo borrosos y empolvados recuerdos de temporadas tentativas de ballet mexicano en que al lado de la escuela clásica cultivada por las Campobello, se advirtió ya la influencia de Waldeen y de Ana Sokolov. Así se estrenaron *La coronela* de Revueltas o *El renacuajo paseador*, y hubo un cierto ballet de *La paloma azul*, creo que patrocinado por Adela Formoso, en que se bailó algún número contribuido por los españoles entonces recién refugiados en México.

Por fin, en 1947, al fundarse el INBA, se creó también la Academia de la Danza Mexicana, para investigación y creación. Es curioso y sintomático que los hombres en México le huyan a dedicarse a la danza. El teatro en general, y la danza muy particularmente, deben de parecerles a los jóvenes una profesión afeminada que pocos se deciden a emprender, lo que explica su escasez. Al fundarse la Academia, había bastantes muchachas: Guillermina Bravo, Ana Mérida, Gloria Mestre, Raquel Gutiérrez, Rosa Reyna, Socorro Bastida, Beatriz Flores Castro; pero pocos hombres de su talla, en realidad, apenas los Silva, José y Ricardo, y Guillermo Keys. Los demás eran principiantes no muy bien dotados físicamente para la danza.

Sin un plan muy definido, algunos elementos se fueron a investigar la danza, otros se pusieron a diseñar coreografías. Volvió Ana Sokolov a darles clase de técnica y a auxiliarles en la preparación de ballets, que tardaron en presentar. Lo más grave, sin embargo, era que cada grupo de muchachas tardaba en fundirse con los demás. Hasta se motejaban unas a otras, llamándose "las sokolovas" y otros nombres. Finalmente, el grupo primitivo se desintegró; Guillermina Bravo fundó, por su parte, su propio Ballet Nacional; Ana Mérida hablaba de "su" grupo y los Silva con Gloria Mestre empezaron a trabajar en teatros de revista. Mientras tanto, hubo varios directores de la Academia y varios jefes del Departamento de Danza. Por fin, el año pasado, Carlos Chávez persuadió a Miguel Covarrubias para que asumiera la jefatura del Departamento de Danza, y él pensó en José Limón, a quien había admirado en Nueva York, para que viniera, como quien dice, a poner una muestra de danza moderna de la mejor calidad.

El estímulo, el incentivo, dio buenos resultados. El hecho de que ni Covarrubias como jefe de la danza, ni José Limón como bailarín

que por primera vez llegaba a México tuvieran amistades ni compromisos con nadie de los que por años se habían dedicado a una danza que se había extinguido en rencillas, permitió que abordaran de nuevo el empeño de integrar la danza mexicana con todos los elementos disponibles, sin distinción, y sometiéndolos a todos, también sin distinción, a una nueva y rígida disciplina. Desde el año pasado Limón les dio un curso breve de técnica, que los dejaba exhaustos. Pero además, en aquella primera visita, se entusiasmó con las posibilidades plásticas que México ofrecía y que la danza puede poner en movimiento. Pensó así escenificar *Los cuatro soles* de Carlos Chávez y se comprometió a volver para hacerlo a principios de este año. De suerte que en enero llegó y empezó a adiestrar a las bailarinas, a llamar a las disidentes —y a tropezar con el obstáculo de que no contaba con bailarines.

Mientras tanto, Guillermo Keys había obtenido una beca de tres meses en Nueva York para perfeccionarse en danza. Antes de irse había presentado una coreografía sobre percusiones, *Fecundidad*, muy interesante. En Nueva York tuvo el gusto de poner otra coreografía sobre un tema de Bach que se ha incluido en la presente temporada de Limón, pues ya está de regreso el finísimo bailarín que es Guillermo Keys.

Y empezaron para Limón las penalidades que son el patrimonio de cualquiera que emprenda en México la tarea; pero que a él le deben haber parecido mayores, puesto que venía de un país en que todo lo secundario está resuelto. Aquí tenemos que hacer las cosas a la mexicana: fajándonos con todo; con escasos recursos, con fechas apremiantes. Empezaron a ensayar en el foro hará unas tres semanas. Les tocaba hacerlo después del ensayo de la Sinfónica, y con orquesta tendrían pocos ensayos, pues además, cerca de los días del estreno, la Sinfónica tenía ensayos y conciertos de su temporada y por añadidura tuvo el sábado a las cinco de la tarde, un concierto de las Juventudes Musicales. Yo veía desde la barrera los toros del apremio que muchas veces me ha tocado lidiar. Pero ya me voy acostumbrando a que los milagros sucedan, y aunque Limón y Covarrubias hubieran preferido aguardar hasta el martes para su estreno (y yo también, porque habría tenido algunas funciones más de *Los signos*) Carlos fue inflexible en su recomendación de que se levantara la cortina la noche prevista. Y la cortina se levantó frente a un público que llenaba totalmente la sala, para revelar el primer número del primer programa *Tonanzintla*. Como todos sabemos, Tonanzintla, además de alojar un observatorio astronómico, posee una iglesia que ha sido repintada y redecorada por los indígenas de la región. En ella han puesto toda su fantasía y la han llenado de los colores más extraordinarios. Cuando Limón la vio, le encantó y decidió hacer un ballet sobre la iglesia. A cualquier mortal le hubiera parecido imposible poner a bailar una

iglesia, pero un bailarín como José Limón no es precisamente cualquier mortal. Tuvo la feliz idea de inventar que era el cumpleaños de una sirena de las que aparecen en la decoración de la iglesia, y que las demás esculturas de los altares lo celebraban bailando con ella. Eso es todo el argumento de *Tonanzintla* y es bastante. Lo demás lo contribuyó Miguel Covarrubias al diseñar un decorado que es un simple arco de iglesia y cuatro peanas barrocas sobre las que están instalados los ángeles vestidos de brillantes colores tocados con plumas, que bailan con la sirena. Atrás, contra el fondo del ciclorama, cuelgan la luna, el sol y unas estrellas. No podía ser a la vez más simple ni más lleno de color y alegría este precioso número de danza.

El segundo fue *La manda*, con música de Blas Galindo y decorado de Chávez Morado y coreografía de Rosa Reyna. Lo bailó la propia autora de la coreografía con Javier Francis y Raquel Gutiérrez. Es un pequeño ballet de más amplio argumento que *Tonanzintla*, muy moderno y muy mexicano, que gustó mucho y que tiene una música preciosa.

Luego volvió a presentarse *La pavana del moro*, con el éxito de siempre y con igual perfección, y por fin, después de los largos intermedios, a que obligaban tanto la necesidad de un pequeño descanso de los bailarines, cuanto el hecho de que había que ajustar las luces para cada ballet, y sobre todo para el último, que tiene cerca de cuarenta cambios de iluminación, se estrenó el número fuerte, *Los cuatro soles* de Carlos Chávez. Este ballet fue la máxima prueba de que pueden hacerse ya números de grande aliento y calibre siempre que concurran a realizarlo todos los elementos necesarios: música, bailarines, diseñadores y el talento y la energía de un director. Mucha gente que no había acabado de gustar o de entender *Los cuatro soles* de Carlos Chávez, sintió ahora plenamente una obra escrita para verla plasmada en las riquísimas danzas llenas de rápido movimiento en que la tradujo José Limón.

El repertorio para la temporada consta de doce números, que irán estrenándose y jugándose en los programas poco a poco. Hoy martes, estrenarán *Diálogos*, que bailan Limón y Hoving primero como Cortés y Cuauhtémoc y luego como Maximiliano y Juárez. Va a ser extraño ver bailar a Juárez con su levita y a Maximiliano sin sus barbas, y será interesante. Pero lo que aguardo con mayor interés, de lo que falta por estrenarse del repertorio, son los números preparados por Guillermo Keys.

21 de abril

Dentro de pocos días: la semana próxima, va a celebrarse en México un inusitado Congreso de Academias de la Lengua cuya iniciativa se

achaca al presidente Alemán. Han empezado ya a llegar los lingüistas o los académicos de todos, menos uno, de los países que tienen academias, que son a su vez todos los que hablan castellano menos, también, uno, que es Puerto Rico. El que no va a mandar representación de su Academia es precisamente aquel que tiene y sostiene la Academia que es madre o matriz de todas las academias filiales que la siguen, la obedecen, pliéganse a su modelo y en la medida de sus posibilidades limpian, fijan y dan esplendor a la lengua de la que es Real Academia aquella misma que se abstiene de concurrir a su congreso. Con lo cual, desde cierto punto de vista, podría pensarse que en la medida en que las lenguas americanas y filipinas que concurren a fundirse o licuarse en la pequeña Babilonia de este congreso han sentido la necesidad de ponerse de acuerdo entre sí, porque perciben que discrepan de cómo se habla el castellano de la Academia Española en América y en Filipinas: y no viene siempre mamá a decirles cómo o a aprobar su disentimiento, no habrá de ser de lenguas ni de lengua semejante congreso, sino de dialectos.

La ausencia de los académicos españoles ha constituido un explicable disgusto para los mexicanos. Éste es, para los académicos mexicanos; o más concretamente aún, para los tres académicos mexicanos que fueron, que volaron a Madrid a invitarlos, y cuya invitación, que hoy declinan, aceptaron entusiasmados los españoles. Todavía más concretamente que para los tres (don Alejandro Quijano, presidente de la Academia Mexicana de la Lengua; don Genaro Fernández MacGregor, exrector entre otras de la Universidad, y don José Rubén Romero, autor de *Pito Pérez* y de la iniciativa del Congreso de Academias), para este último y precisamente por ello. José Rubén Romero, amén de novelista amigo del presidente de la Academia y de los de la República; amigo de hacer las cosas en grande: que a su *debut* en la Academia invitó al rey Carol, y a su beneficio en Bellas Artes al presidente Alemán, tiene que haberse disgustado mucho con que por la primera vez no saliera del todo bien una cosa que él organiza.

Tan bonito que hubiera sido. Casi en momentos en que una conferencia de cancilleres los reunió en Washington a limpiar, fijar y dar esplendor a la lengua política que debe hablar el continente: a su gramática estratégica, a su analogía democrática, a su prosodia anticomunista, a su sintaxis táctica y a su ortografía económica, ¿qué habría sido más congruente con el sistema de dirimir unos cuantos gallones la conducta de muchos millones de habitantes en lo político, que dirimir otros cuantos gallones el proceder lingüístico de esos mismos millones de parlantes?

Claro está que es más fácil, más viable, más posible disponer de las vidas de esos millones; distribuírselos como braceros o como soldados; fijarles precio a sus productos y a su trabajo; regatearles o darles materias primas o mercancías, o fusiles, o aviones, o bombas, que

frenar, fijar, pulir y dar esplendor a sus lenguas, y que en este sentido, el Congreso de Academias, aun con la presencia del Dean Acheson de la política lingüística que hubiera sido don Ramón Menéndez Pidal, habría extrañado menor fuerza coactiva y alcanzado resultados menos palpables que la Conferencia de cancilleres de Washington. Pero la libertad de expresión es compatible con la interdependencia democrática; y si Puerto Rico, a causa de su carencia de Academia o a causa de su disponibilidad de soldados americanos, no tenía mucho que decir, ni en la Conferencia de cancilleres, ni en la de académicos, México en cambio podría haber emitido en José Rubén Romero a un nuevo Manuel Tello que le pusiera a don Dean Menéndez Pidal y a su gramática las peras a veinticuatro en el Congreso, y lo persuadiera de que el modo como escribimos acá en México es tan correcto y castizo, que ya se ve que no es tan cosa del otro mundo ser un académico. O bien que convenciera a los académicos de que deberían renovar sus reglas y ampliar su criterio.

Nada de esto puede ocurrir, a causa de la ausencia, repentinamente anunciada, de los académicos españoles. De la que ellos mismos, se ha explicado en estos días, no tienen la culpa. El doctor Marañón (esta especie de olla podrida o de cocido madrileño de Freud, Emil Ludwig y Voronov) dijo a tiempo que no lo tendría para venir. Azorín explicó, también a tiempo y todavía con las frases cortas que lo hicieron en 1898 singular y afamado, que lo que deploraba era no venir a charlar con los campesinos mexicanos, sabedor acaso de que cuando menos los campesinos importados de su país charlan en los cafés. Los demás: el lacrimógeno don José María Pemán, por alto ejemplo, estaban con el pie en el estribo, o con toda la silla puesta, cuando Franco se los prohibió, y ni modo.

Ahora bien: el razonamiento, digamos académico, de Franco al impedir que sus académicos se juntaran con los de México, debe de haber sido por este estilo: "¡Rediez! ¡Pero si esos mejjjicanos siguen haciendo el indio! ¿Pues no se empeñan en mantener relaciones con un dizque gobierno fantasma? ¿Pues no, cuando ya los ingleses y los yanquis acabaron por admitir los hechos, me han enviado sus embajadores, y *tutti contenti*; y *ainda mais*, los toreros van y vienen, entoavía me salen en la ONU y en la otra con que el fascismo, y que la dictadura, y que la caraba? ¡Que no, hombre, que no! ¡Faltaba más... Si ése les parece que es el gobierno español, pues que carguen con creerse que los refugiados que tienen escriben y hablan como es debido y académico!"

La posibilidad de interpretar como un nuevo y *sui generis* grito de independencia emitido con todas las lenguas americanas y contra el dominio español a este Congreso de Academias sin la española, se invalida por la circunstancia de haberla invitado, y de que su ausencia no haya sido planeada, sino fortuita; no un triunfo, sino una derrota.

Es como si el cura Hidalgo (aunque después de todo creo que así fue) hubiera invitado a Fernando VII a entonar un dúo que al rehusarse el monarca a compartir, hubiera inesperadamente resultado en un Coro de la Independencia.

Releo estos párrafos, y me asalta la duda de si van a pensar los lectores que hablo con irreverencia de la Academia porque no me ha ido muy bien en su feria: en otras palabras, "de ardido". Y en efecto, no me ha ido muy bien académicamente. Dos o tres veces me ha llegado por trasmano la noticia de que ahora sí ya es muy probable que los académicos me llamen a su agrupación, y la noticia me ha llenado de júbilo, porque me indica que por fin he acabado por aprender a escribir, a manejar el idioma, a conocer a los clásicos, tan bien como siquiera el menor de los académicos. Pero mi gozo se va al pozo con igual periodicidad. Una vez Francisco Castillo Nájera, la siguiente Miguel Alessio Robles, me ganan la elección, escriben mejor que yo, y permanezco en espera de otra vacante y de otra oportunidad. Mientras tanto, me aplico a estudiar, a enriquecer mi léxico, a pulir mi ortografía. Ya no con la esperanza de llegar a ser un académico; pero todavía con la de llegar a ser un buen escritor.

Admito pues que abrigo un resentimiento, no con la Academia, sino con mi propia incapacidad para ser académico, al que puede atribuirse la razón de que mi comentario sobre el Congreso no sea muy entusiasta. Y admitido esto, Daniel, Dios le dé a usted salud, y limpie, fije y dé esplendor a nuestra lengua.

28 de abril

Me hallaba, como dice tan gráficamente Rosa María, "odiado". No apetecía ver a nadie. Necesitaba una buena dosis de encierro y soledad absoluta, y me la procuré, durante largas, sedantes horas de clausura y silencio en el estudio. Poco a poco recobré el equilibrio, la tranquilidad. Cuando llegó la noche y llamaron mis invitados a merendar y a la Sinfónica, ya estaba yo del todo restablecido. Ya pude ser cortés, sociable, tolerante y tolerable.

Fue un concierto excelente. Todo mundo convino en que nunca habíamos oído una *Sinfonía india* tan brillante y hermosa, ni aun dirigida por su autor. El joven Leonard Bernstein se echó a la bolsa al público desde los primeros momentos, con su esbelta, simpática figura, y con su modo de hablar "hasta por los codos" todo el políglota lenguaje de su cuerpo. Desde mi palco veíamos todos sus gestos, todos sus ademanes: la comunicación eléctrica de sus dedos, sus manos, a una orquesta que respondía y se vinculaba a sus vibraciones.

Y cuando se sentó a dirigir y a tocar el concierto, todavía más admiró al público. Iturbi lo hace, pero Bernstein no es un cirquero, sino un consumado director. Luego su *Jeremías*, trágico y solemne —que Gabriela Viamonte cantó tan bien—, y por último el *Salón México* de Copland. Salía una y otra vez, lanzaba besos a la orquesta y al público. Si hubiera alterado el orden de su programa para dejar al último la *Sinfonía india*, el teatro se habría venido abajo con las ovaciones.

El sábado tendría yo el más cercano privilegio de hallarme en un banquete que los judíos le daban a Bernstein en el Hotel del Prado. Al principio pensé declinar la invitación, por mi inveterada misantropía; pero me insistieron por teléfono, y puesto que Carlos Chávez no había regresado, me rogaron que tomase en su nombre la palabra en el banquete.

Iba yo en camino al estudio, para aguardar que fuese la hora del banquete, cuando vi encendida la luz en el cuarto de Sergio Magaña, y decidí subir a visitarlo. Nunca me había invitado a hacerlo. Es un cuarto como el de Pedro Rojo, en la azotea, muy pequeño. Casi lo llena todo la cama desvencijada de fierro, y el espacio que deja libre lo ocupa en un rincón un lavabo de peltre descascarado del que sigue un extrañísimo mueble como de comedor, dentro del cual funciona el esqueleto de un radio tocadiscos, y en el que se amontonan libros y papeles. Luego la silla de mimbre apoyada contra una ventana extrañamente provista de una cadena a modo de antepecho, y enseguida, entre la ventana y la cama, una pequeña mesa sobre la que hay lo que él llama su dinosaurio: una máquina de escribir Oliver, viejísima.

Le dio mucho gusto verme, me instaló en el trono de su silla de mimbre y se sentó en la ventana. Mientras hablaba, mientras me enseñaba, sacándolas del mueble increíbles, todas arrugadas y manchadas, tres cartas que ha recibido de Estados Unidos: una de Little Brown, en que esta importante editorial se ofrece a publicar un libro suyo, novela o de cuentos, y otras dos de agentes de Nueva York que quieren ponerse a su servicio para colocarle obras; yo lo consideraba con una admiración por su talento y por su bohemia no exenta de una gran envidia. No envidia por los muy legítimos triunfos literarios que la vida le reserva a este muchacho excepcional; sino por su gloriosa libertad, por su despreocupación, por su pobreza bien disfrutada. He aquí, me decía, a un muchacho que no aspira al dinero; que goza plenamente su vida, sin lazos, sin cadenas, sin responsabilidades; a quien le bastan unos zapatones cómodos, un pantalón cualquiera, un suéter o una camisa espantosa como la que luce por estos días, rayada de negro y verde; y una cama que cuando se acuesta en ella debe de proyectarlo hasta el suelo, así está de vencida. Cuanto más feliz es así, cuanto mejor puede concentrarse, darse por entero a su obra, a aquello mejor para lo que vino al mundo, que si ambicionara los

bienes fútiles y tan fáciles de conquistar de un guardarropa repleto de estúpidos disfraces; y una carroza en que transportar su cadáver, y un panteón jardín propio, y una cripta suntuosa en la que enterrarse todas las noches.

Me fui al banquete. El maestro de ceremonias había preparado un programa de media docena o más de oradores que a su vez habían cuidadosamente documentado sendos discursos eruditos sobre la música judía. Gerónimo Baqueiro Foster, por ejemplo, dio toda una clase sobre el tema, comparó a Bernstein con Mendelssohn, que como él era judío, joven, pianista, compositor y director de orquesta; y tuvo la singular atingencia de decir que ojalá que en eso queden todas las coincidencias, pues Mendelssohn murió a los treinta y ocho años.

El último en hablar fue el propio homenajeado. Anunció que el de la víspera y el de la mañana siguiente serían los últimos dos conciertos de su vida, no porque vaya a cumplir ya la sombría profecía de Baqueiro Foster, sino ha resuelto retirarse de la dirección de orquesta y consagrarse por entero a la composición. Supe después que va a quedarse algún tiempo en Cuernavaca escribiendo música. Pero en su discurso, y después de aclarar que no le gustaban los oradores de banquete que cuentan chistes, expresó que sin embargo sentía la necesidad de referir un cuento:

> A un niño judío no le gustaban los pastelillos de carne. Su mamá estaba atribulada, y le aconsejaron que hiciera presenciar al chico renuente todo el proceso de la manufactura de esos pastelillos tradicionales, para que viera que todo en ellos es bueno, limpio y comestible. Y la mamá lo llevó a la cocina. Le enseñó la harina, la grasa, la carne picada; todo muy bueno. Luego empezó a confeccionar la masa, a pasarle el rodillo. Puso luego la carne en medio. Dobló una esquina, dobló otra esquina, dobló la tercera esquina. ¡Caramba!, exclamó el chico. ¡Pues no me gustan los pasteles con carne!

"Los oradores de esta noche", explicó Bernstein, "han estado doblando las esquinas del pastel de carne. Han hablado de mi *Jeremías*, de la música judía, de cómo toco, de cómo dirijo; ya basta." Y enseguida habló de su pueblo, de Israel; de cómo antes de tener patria, los judíos de todo el mundo se sentían extraños, ajenos, intrusos; de cómo ese terrible trauma se liberaba neuróticamente impulsándolos a realizar grandes negocios para tener más que fulano, ser más que mengano. Ahora, desde hace dos años, tienen ya una patria, un centro de gravedad, algo por qué trabajar, que construir, enaltecer con su trabajo y con su amor. Fue un discurso realmente precioso, conmovedor.

Por la mañana me habían entregado en casa una invitación de la que me dijeron que la había llevado personalmente el embajador De Sevilla, para una recepción que daba en su casa de Coyoacán, a las

diez de la noche, la reina de las Fiestas de Primavera. Hasta entonces descubrí que esa hermosa chica es hija de don Luis de Sevilla, el embajador, finísima persona a quien encontré muchas veces y en distintos países en Europa, muy amigo del señor presidente. Pero, por supuesto, en virtud del banquete que era a la misma hora, no pude concurrir a la recepción.

De acuerdo con las instrucciones de Sergio Magaña, el domingo fui al estudio por la tarde a trabajar algunas escenas de la obra de teatro que me está obligando a escribir. Llegué como a las cinco; cuando acordé eran ya las ocho. Había llegado, de la escena cuarta, a la novena, y ahí le paré. Llegó Peter, merendamos y ya nos dio flojera ir al ballet, cuyo programa no ofrecía más novedad que las *Imaginerías* de Javier Francis, que podemos ver otro día. A las once, ritualmente, nos marchamos.

En mis sueños del domingo al lunes me visitó Xavier Villaurrutia. Yo sabía que había muerto, de suerte que me extrañaba verlo llegar, y cuando me tendía la mano reparé en que lo único que delataba su condición, eran justamente sus manos. Las manos de Xavier eran muy hermosas, en mi sueño eran horribles, como garras, rojizas y arrugadas. Yo le preguntaba: "¿Cómo estás aquí? ¿No habías muerto pues?" "Sí", respondía; "esperé el tiempo necesario para salir de *La tumba*. Carlos Ancira sabía cómo abrirla y aquí estoy ya de nuevo." "Entonces podrás decirme: ¿se sufre al morir?", preguntaba yo, y él decía muy tranquilamente: "No. No se sufre nada." "¿Y, todo este tiempo que has estado en la tumba?", volví yo a preguntar. "Tampoco en ese tiempo sufrí", replicaba. "Al morir simplemente pierde uno la conciencia, eso es todo."

He estado tratando de analizar este singular sueño. Creo que tengo ya la explicación. Fue provocado por la contemplación de unas manos jóvenes y por su cotejo mental con las mías, que han sido siempre unas manos atormentadas y en las que empiezan a aparecer esas manchas que el doctor Baz me dijo hace poco que se llaman las "flores del sepulcro". Desde este punto de partida, me propongo seguir el análisis de ese sueño.

Se los conté a los muchachos. Todos, también, han soñado a su querido maestro. Raúl, que lo encontraba aquí en la Escuela, se extrañaba al verlo, y entonces Xavier le decía que lo de su muerte había sido una broma. Rosa María y Pilar, en otras circunstancias.

Nos reunimos por la tarde a leer *Al caer la noche*. Había yo adquirido con Pepe Aceves el compromiso virtual de poner esa obra en su teatro y con los muchachos y doña Prudencia Griffel en el reparto. Una lectura en cierto modo inútil, pues al día siguiente el Güero Bustamante, que es el traductor de la obra y tiene derechos para la representación, me comunicó que se la había dado a Ernesto Alonso para el papel de Dan, que es el que pensaba hacer Dantés, y que en

consecuencia suspendiera yo los ensayos. Si pues, los muchachos insisten en no permanecer ociosos ni en dejarme a mí descansar, tendremos que ponernos a buscar inmediatamente otra obra.

12 de mayo

Pide usted, Daniel, lo imposible cuando me solicita un artículo en que en quince cuartillas le reseñe la historia del teatro en México durante los últimos cincuenta años. El pasado, el INBA planeó la publicación de sendos números de su revista *México en el Arte*, uno de los cuales se dedicaría exclusivamente al teatro. Pedimos colaboración a todos los que en México saben de eso, después de trazar un esquema de temas que en lo posible los agotaran: autores, actores, locales; ópera, comedia, teatro frívolo. Reunimos así un buen volumen de monografías que permanecen inéditas, pero que se piensa aprovechar.

Se lo cuento para que vea que sobre cincuenta años de teatro en México pueden llenarse seguramente volúmenes. Hay especialistas en recopilar con paciencia minuciosa los datos, los programas, las crónicas, los retratos. Uno de ellos es, como todo el mundo sabe, Armando de María y Campos, que ha publicado muchos libros interesantes y documentales sobre diversas etapas del teatro en México. En realidad puede decirse que la labor de recopilación que durante el siglo pasado cumplió farragosamente Olavarría y Ferrari, la continúa con más ceñido espíritu de selección Armando de María y Campos. A él podrá usted o acaso debería haberle encargado este artículo.

También Francisco Monterde recopila fichas de teatro, sabe mucho de su historia y su labor como cronista de *El Universal*, unida a su condición de dramaturgo, le capacita para semejante tarea. No hay que olvidar que la primera y muy completa bibliografía del teatro en México, obra indispensable para quien quiera investigarlo se debe a su celo.

Fue pues, muy natural que a Panchito Monterde le pidiéramos para el número de *México en el Arte* de que le hablo, un artículo sobre actores de obras de teatro de 1900 a 1950 que con permiso del autor procedo a extractar para cubrir con el encargo de usted y dejar liquidados a los autores a reserva de ocuparme adelante en otros aspectos del teatro en México, para describir los cuales ya no me atendré a una documentación que llevaría demasiado lejos los límites del artículo que usted necesita; sino a mis propios y personales recuerdos e impresiones que aunque no abarcan los cincuenta años porque no los tengo, sí arrancan de mi infancia y son bastante claros y precisos. Vamos pues con los autores, y despachemos la mención de los que Monterde recuerda desde los principios del siglo hasta 1909.

Don Federico Gamboa había debutado en el teatro con *La última campaña* en 1894. En 1905 produjo *La venganza de la gleba*, drama de tesis en que a la aristocracia oponía el arraigo del hombre unido a la tierra, que no logró su propósito de despertar el interés de la clase media por medio de un conflicto entre el labriego y las familias acomodadas. En 1907 publicó *A buena cuenta*, y *Entre hermanos* fue estrenada por la actriz argentina Camila Quiroga.

Un boceto dramático de Gonzalo Larrañega Ziat; y el drama *Un mártir* de Ángel Algara Romero de Terreros fueron estrenados respectivamente en 1901 y en 1903. Un sobrino de don Federico, José Joaquín Gamboa se inició en 1907 con el drama *Teresa* y en 1908 con *El día del juicio*. Don Tomás Domínguez y Llanes escribió en 1906 un drama histórico *Cuauhtémoc* que representó doña Virginia Fábregas. En 1907 la Secretaría de Instrucción Pública dio el primer premio a doña Teresa Farías de Isassi por su alta comedia *Cerebro y corazón*.

Los literatos encontraron en el teatro que Juan de Dios Peza aparte de ciertos monólogos que todos supimos de niños (*Recuerdos de un veterano*, Sola), estrenó *La ciencia del hogar* en el siglo anterior, y ya en éste, Amado Nervo trazó el libreto de una zarzuela llamada *Consuelo*. El *Quo Vadis?* adaptado por Alberto Michel, representado por Virginia Fábregas y en que la levantaba en vilo el atleta Ugartechea fue espectáculo de 1902.

Ya andaba por ahí Pepe Elizondo abandonando la poesía de sus *Crótalos* por el estreno de un *Chin Chun Chan* en 1904 que le ganaría definitivamente para el teatro frívolo. En 1909, el propio Pepe Elizondo vería cumplirse el centenario de *La onda fría*.

El erudito Francisco Monterde agrupa en un capítulo que cubre los años de 1910 a 1918, los siguientes estrenos de obras mexicanas: de Marcelino Dávalos (que en 1900 había estrenado *El último cuadro*), *Así pasan*, escrita especialmente para doña Virginia Fábregas; en Guadalajara, al año siguiente, *El crimen de Marciano* y en México *Jardines trágicos*, obra que inicia una intención renovadora del famoso y volcánico poeta de *Lo viejo*, *Indisoluble*, drama estrenado en Veracruz en 1915, y *Águilas y estrellas*, estrenada en el Fábregas en 1916. Cuentan también en la copiosa obra de este dramaturgo *Guadalupe* y *Viva el amo*.

En 1910, Antonio Médiz Bolio da a conocer *Vientos de montaña* y *El verdugo*, y posteriormente las que Monterde califica de sus dos obras mayores: *La fecha del sol*, poema escénico de la Conquista, y *La ola*, comedia dramática.

El marqués de San Francisco perpetró por aquel entonces una tragedia, *La mujer blanca* y un cuento en tres actos, *El rey sueña*; doña Teresa Farías de Isassi escala la alta comedia *Sombra y luz*, y Ladislao López Negrete debuta con *La Revolución Mexicana* mientras Rafael Pérez Taylor hace *Un gesto* y *Alma*. El posteriormente

malogrado, Víctor Manuel Díez Barroso, publica en 1914 un tomo de comedias. Luis Castro López el drama en verso *Víctima de su culpa*; Salvador Quevedo y Zubieta, un drama histórico *Huerta* en cinco actos, y el poeta Efrén Rebolledo una breve obra sobre Cuauhtémoc que se llama *El águila que cae*. Eugenia Torres da *La hermana*, *El muñeco roto*, *Vencida*, *En torno de la quimera* y *El culpable*. María Luisa Ross, *Rosas de amor* y Mimí Derba *Al César*. Carlos Noriega Hope, *La señorita voluntad* en 1917; Julio Jiménez Rueda, *Balada de Navidad*, *Camino de perfección* y *Como en la vida*, en 1918. Ricardo Flores Magón, el revolucionario, dos dramas: *Verdugos y víctimas* y *Tierra y libertad*; y finalmente Pablo Prida aborda el divorcio en *Frente al error*.

El teatro frívolo florece en esta etapa con obras como *El país de la metralla* y *El país de los cartones* en que hacen sus primeras armas los perdurables muchachos Pablo Prida, Carlos Ortega y Manuel Castro Padilla, con Pepe Elizondo, Antonio Guzmán Aguilera y otros.

Al concluir la primera guerra mundial volvieron a visitarnos compañías extranjeras valiosas, que no desalentaron sin embargo la producción nacional. Doña Teresa Farías estrenó *Como las aves*, con premio gubernamental, y el doctor Quevedo y Zubieta *Doña Pía*. Rafael M. Saavedra emprendió una labor mexicanista indígena en el Teatro al Aire Libre de San Juan Teotihuacan; el Teatro Lírico alberga a la comedia con obras de Marcelino Dávalos, doña Teresa Farías y Antonio Guzmán Aguilera y Rafael M. Saavedra. En 1923 Julio Jiménez Rueda, desde el Ayuntamiento, subvencionó a María Tereza Montoya y así se estrenaron *El diablo tiene frío*, de José Joaquín Gamboa, *La caída de las flores* de Jiménez Rueda, *Cosas de la vida* de María Luisa Ocampo, *El novio número trece* de Alberto Michel, *Up to Date* de Federico Sodi y otra obra de Jiménez Rueda, *Sor Adoración del Divino Verbo*.

En el Ideal se estrenan *La agonía* de Ricardo Parada León, *La que volvió a la vida*, de Francisco Monterde, *Chanito* de Catalina d'Erzell, que después estrenara en San Luis Potosí *Esos hombres*.

Los años de 1925 a 1938 son acusadamente fecundos en experimentos teatrales. La influencia de Pirandello determina el surgimiento del grupo de siete autores "al que un periodista llamó, entre irónico y afectuoso, los pirandellos". Citaré literalmente a Francisco Monterde.

> Formaban el grupo inicial, con quien esto escribe, José Joaquín Gamboa, Víctor Manuel Díez Barroso, Carlos Noriega Hope, Ricardo Parada León y los hermanos Lázaro y Carlos Lozano García, colaboradores inseparables. El grupo comunicó su entusiasmo a quien era entonces secretario de la Sociedad de Autores, Alberto Tinoco, y sin ayuda oficial organizó y llevó a cabo una temporada de comedia mexicana —la más larga de todas—, en el Teatro Virginia Fábregas.

Antes de iniciar esa temporada —que abarcó desde el otoño de 1925 hasta la primavera de 1926—, se formó el repertorio, con la lectura y revisión de cada una de las obras seleccionadas, que no pertenecían únicamente a los autores del grupo, abierto para dar oportunidades a otros dramaturgos y comediógrafos.

Entre las obras que alcanzaron mayor número de representaciones, se contaron *Al fin mujer*, de los hermanos Lozano García, *Véncete a ti mismo*, de Díez Barroso —premiada en un concurso de *El Universal Ilustrado*—, *Los privilegiados* y *Viacrucis*, de José Joaquín Gamboa, y *Viviré para ti*, del que firma.

A los autores del grupo se unieron, entre otros, Jiménez Rueda, José Luis Velasco, Ángel Marín, Manuel Bauche Alcalde, Adolfo Fernández Bustamante, Michel, Médiz Bolio y María Luisa Ocampo, de quien se estrena *La jauría* y *Sin alas*; esta última, en colaboración con Parada León.

En el Ideal se estrenó, en 1925, *El pecado de las mujeres* de Catalina d'Erzell. A partir de dicho año, se suceden las temporadas de teatro mexicano. María Luisa Ocampo, unida al grupo en 1926, organiza con él una temporada en el Fábregas, en la cual se estrenan *Una farsa*, de Díez Barroso, *Estudiantina* de los hermanos Lozano García y *El honor del ridículo*, de Noriega Hope.

En 1927 se estrenan, en el Fábregas, *Sed en el desierto* de María Luisa Ocampo; *Si la juventud supiera*, de José Joaquín Gamboa, y *La silueta de humo*, de Jiménez Rueda. Antonieta Rivas Mercado, que impulsa, desde 1928, un teatro experimental, el de Ulises, donde se representan obras extranjeras modernas —que dirigen, con Celestino Gorostiza y Jiménez Rueda, Novo y Villaurrutia—, adapta por primera vez, con Ituarte, la novela *Los de abajo*, de Azuela, que se representa en el Hidalgo en 1929.

Inicia sus temporadas la comedia mexicana, que impulsa Amalia de Castillo Ledón, sucesivamente, en los teatros Ideal y Regis. Se estrena *Más allá de los hombres* y *El corrido de Juan Saavedra* de María Luisa Ocampo; *Cuando las hojas caen*, de la señora Amalia de Castillo Ledón —que escribe después *Cubos de noria*—; *El mismo caso*, tríptico, de José Joaquín Gamboa; *El dolor de los demás*, de Parada León, y *Padre mercader*, de don Carlos Díaz Duffoo, que rebasa el número de representaciones alcanzadas hasta entonces por una obra mexicana.

Comisionada por el Departamento Central, Amalia de Castillo Ledón organiza funciones en teatros populares con algunas obras mexicanas para obreros. En este mismo año, Aurea Procel y Jacobo Dalevuelta estrenan *El laborillo*, cuadro de costumbres de Tehuantepec, con música del profesor Mario Sánchez.

En 1930, en el Lírico, se estrena *Castillos en el aire*, de María Luisa Ocampo; en el Arbeu, *Ella*, de José Joaquín Gamboa, y en el Ideal, *Oro negro*, drama de Monterde.

Vuelve a haber cortas temporadas de comedia mexicana, en 1931, en los teatros Arbeu e Iris, y se estrenan obras de Miguel Bravo Reyes, en el primero, y de Carlos Díaz Duffoo, en el segundo.

En el Teatro Experimental de Orientación, de la Secretaría de Educación Pública, inaugurado en 1931, Celestino Gorostiza y Julio Bracho

dirigen varias obras extranjeras y una mexicana: la fábula *Proteo*, del autor de estas líneas.

A principios de 1931 José Joaquín Gamboa estrena en el Iris su fantasía dramática *El caballero, la muerte y el diablo*, pocas semanas antes de su fallecimiento.

Víctor Manuel Díez Barroso —que le sobrevivió hasta 1936—, además de varias obras en un acto, dio el drama *Él y su cuerpo* y *Estampas*, que estrenó en 1932 la Compañía Guerrero-Mendoza, en el Arbeu.

A fines de 1932 estrena Virginia Fábregas, en su teatro, *La careta de cristal*, de Monterde. Concha Michel, sola y alguna vez con Ángel Salas, escribe obras cortas revolucionarias.

Mauricio Magdaleno y Juan Bustillo Oro, a quienes había presentado la Sociedad Amigos del Teatro Mexicano, organizan en 1932 —antes de publicar sus obras en dos tomos, en España— la temporada de Teatro de Ahora, en el Hidalgo, bajo el influjo de Erwin Piscator. Se inició con *Emiliano Zapata*, de Magdaleno, y continuó con *Pánuco 137*, del mismo, y *Tiburón* —adaptación de *Volpone*, de Ben Johnson— y *Los que vuelven*, de Bustillo Oro, que después publica *San Miguel de las Espinas*, trilogía dramática.

De nuevo en actividad el Teatro de Orientación, en 1933 y 1934 ofrece obras de Díaz Duffoo hijo, Alfonso Reyes, Celestino Gorostiza y Xavier Villaurrutia, quien lo dirige cuatro años más tarde.

La comedia mexicana lleva a cabo sus últimas temporadas, breves, en 1936 y 1938. En aquélla se estrena la comedia de María Luisa Ocampo *La casa en ruinas*, y *El porvenir del doctor Gallardo*, de Parada León; en 1938, *Una vida de mujer*, comedia de María Luisa Ocampo; *Como yo te soñaba*, de Concepción Sada; *Madre, sólo una*, de Miguel Bravo Reyes; *Suburbio* de José Attolini, y *Las tres carabbelas*, de Carlos Barrera.

En estos años se suman a aquellos autores, Luis Octavio Madero, con *Los alzados* y *Sindicato*; Xavier Icaza, con su *Retablo de Nuestra Señora de Guadalupe*; Azuela, con *Los caciques*, en 1936; Germán List Arzubide, con escenificaciones de la historia patria, y Antonio Helú —que después dará, en colaboración con Fernández Bustamante, *El crimen de Insurgentes*— con *La comedia termina*; Joaquín Méndez Rivas, con su *Cuauhtémoc*; Celestino Gorostiza, con *Ser y no ser* y *Escombros del sueño*; Aquiles Elorduy, con *Los juguetes* (1931), Bravo Reyes y Luis Echevarría, con *Educando a mamá*; Alfonso Gutiérrez Hermosillo, autor de *La escala de Jacob* y otras obras que su temprana muerte le impidió ver en los escenarios, y Concepción Sada, con *El tercer personaje*, y *Un mundo para mí*.

En la revista, el mayor esfuerzo corresponde a Magdaleno y Bustillo Oro, con *El periquillo sarniento*, que monta en 1932 Roberto Soto, quien lleva después a Bellas Artes la mejor muestra de su labor folklorista: *Rayando el sol*, a fines de 1936.

De 1939 a 1951 se afirman algunas reputaciones de dramaturgos y se inician otras. Rodolfo Usigli que ya había estrenado su *Medio tono*,

demuestra con las hermanas Blanch en 1939 que *La mujer no hace milagros*; estrena después en Bellas Artes *El gesticulador*, y en una temporada relámpago de una sola función, *Corona de sombras*, después de *La familia cena en casa*, *Otra primavera* y antes de su actual éxito *El niño y la niebla*. Xavier Villaurrutia estrena *La hiedra*, *La mujer legítima*, *El yerro candente*, *El pobre Barba Azul*, *Invitación a la muerte* y *Juego peligroso*. Agustín Lazo escribe *Segundo imperio* y estrena *La huella*, *El caso de don Juan Manuel* y *El don de la palabra*. Julia Guzmán *Divorciadas* y *Quiero vivir mi vida*. Felipe del Hoyo *Soy inocente*. Catalina d'Erzell *El rebozo azul*, *Cumbres de nieve*, *Esos hombres*, *Chanito*, *El pecado de las mujeres*, *La sin honor*, *La razón de la culpa*, *Los hijos del otro*, *Lo que sólo el hombre puede sufrir* y *Maternidad*. Y hay más mujeres que escriben teatro: Concepción Sada, que estrena *El tercer personaje* en 1936, poco después *Un mundo para mí* y *Como yo te soñaba*, y la última *En silencio*, en 1942. María Luisa Ocampo *La virgen fuerte*. Margarita Urueta *Mansión para turistas*. Miguel N. Lira deja la lira por la máscara con *Vuelta a la tierra*, *Linda*, *El camino y el árbol* y *Carlota de México*. Celestino Gorostiza produce *La mujer ideal*. López Negrete *Una Eva y dos Adanes*. Luis G. Basurto *Laberinto*. Julio Jiménez Rueda *Miramar*. Magdalena Mondragón *Cuando Eva se vuelve Adán*.

Para quienes dudaran de la posibilidad del resurgimiento del teatro mexicano, el balance de 1950 tiene que ser cuando menos desconcertante. Un total de catorce obras de doce autores, cinco de ellos debutantes en el teatro, da un promedio de estrenos que distribuidos en el año representan el de una obra por mes, cifra que iguala a México con cualquiera de los países europeos que llevan muchos siglos de poseer un teatro propio y vivo.

El fenómeno es particularmente interesante porque desde el advenimiento y la entronización del cine, en México se había adoptado una actitud pesimista con respecto a la posibilidad de que el teatro, asesinado a mansalva por el cine, resucitara. La falta de locales adecuados (el cine los ocupa con mayor inmediato provecho para sus dueños); el desaliento de los comediógrafos ante las escasas recaudaciones que les rendía su oficio; la escasez de actores y la anticuada rutina con que los supervivientes trabajaban, ahuyentando al público en vez de atraerlo; y finalmente la pobreza de la "producción", que es como hoy se llama con un término genérico a los capítulos del decorado, el vestuario, la utilería y la iluminación; todos estos factores, que operaban en complicidad, produjeron el resultado de que el público que busca diversión prefiriera la que le ofrecen los cines a la que no alcanzaban a darle los teatros. Los viejos actores profesionales indujeron de ese resultado, y sin mayor análisis de sus causas, la conclusión de que en México el teatro estaba muerto, de que no se

podía hacer teatro en México y de que debíamos resignarnos a semejante calamidad.

Cuando el presidente Alemán, al inaugurar su mandato, fundó el Instituto Nacional de Bellas Artes y le encargó deberes específicos de fomento de las artes, el del teatro fue uno de los problemas más agudos a que el INBA atendió. Para resolverlo, partió de realidades: no había actores, no había público, no había obras y no había locales. Pero mientras hubiera mexicanos, habría esperanzas; mientras hubiera gentes, de ellas podrían salir no sólo el público, sino los actores y los autores, los escenógrafos, los directores; todos los técnicos necesarios para construir, entre todos, una diversión superior, capaz de sacar a cuando menos una parte redimible de la población de los antros tenebrosos en que miran imágenes, a las galas luminosas en que se pusieran en contacto con seres humanos en carne y hueso.

El INBA fundó una Escuela de Arte Teatral (que a la fecha lleva cuatro años de fecundo trabajo) para forjar actores y escenógrafos; organizó temporadas anuales de Teatro Infantil, en las que ofrece a los niños de las escuelas del Distrito, obras teatrales especialmente escritas para ellos y capaces por su importancia y por la vistosidad de su escenificación, de dejar una huella profunda de disfrute teatral en los niños, y de ganarse en ellos al público del futuro. En cuatro años sucesivos, las temporadas de Teatro Infantil han hecho ver a un promedio de un cuarto de millón de niños cada vez, las siguientes obras: *Don Quijote* en 1947, *Astucia* en 1948, *Sueño de una noche de verano* en 1949 y *Cuauhtémoc* en 1950.

Pero lo que sin duda ha constituido el mayor estímulo, la más fuerte reactivación teatral entre los pasos dados por el INBA es la aparente audacia de acometer, desde 1948, la puesta en escena de obras importantes del repertorio universal, no acudiendo para ello a los "actores profesionales" sino a los jóvenes adiestrados en su propia Escuela de Arte Teatral.

El primer año, 1948, una plausible modestia indujo al INBA a presentar la que llamó temporada de Teatro Universal, haciendo hincapié en que aquella temporada tendería a ofrecer un repertorio selecto de obras teatrales por el valor artístico y de enseñanza de las mismas, y no porque la compañía que las representaba fuera de estrellas. Crítica y público fueron indulgentes y tibios para las seis obras representadas ese año. Al siguiente, los jóvenes actores de Bellas Artes estaban ya más fogueados y pudieron presentar ocho obras. Una circunstancia feliz permitió, en 1950, avanzar hasta veinticuatro la cifra de las obras teatrales auspiciadas por el Instituto Nacional de Bellas Artes, y que en este mismo año, las obras mexicanas estrenadas, que en los anteriores se habían reducido a una o dos, subieran igualmente a las catorce mencionadas al principio de estos apuntes.

La circunstancia aludida fue la sugerencia que el Instituto Internacional de Teatro de la UNESCO, residente en París, hizo a los centros nacionales que ha logrado establecer como filiales en la mayor parte de los países del mundo, de que el año de 1950 se celebrara en todos ellos un Festival Internacional de Teatro. El Centro Mexicano, fundado en 1948, aceptó la sugerencia y la puso por obra al celebrar, en marzo de este año la Temporada de Teatro Internacional que en Bellas Artes ofreció once obras del repertorio universal, y con ellas el estreno de la obra mexicana que revelaba a un joven y brillantísimo dramaturgo, Emilio Carballido: *Rosalba y los Llaveros.*

Tanto este festival internacional como el estreno en otros teatros de las obras mexicanas mencionadas; como el resurgimiento, en fin, que hoy se advierte de una actividad teatral que prematuramente se había sentenciado muerta, han sido posibles gracias a que el ejemplo audaz, aunque lógico, de Bellas Artes, de acudir a los jóvenes para incitarlos a hacer el teatro que los viejos ya no querían o no podían hacer, ha sido fecundamente seguido por otros grupos de jóvenes ajenos al INBA, pero coincidentes con su credo artístico y con la necesidad de hacer resurgir el teatro. Nuevas, pequeñas, modestas pero cordiales salas que el cine no disputará porque son para pocos espectadores, albergan hoy a los nuevos cultivadores de un teatro remozado y vigoroso: la Sala Latino, la Sala Molière, el Teatro Guimará, el Caracol.

Para el balance positivo que hoy felizmente puede hacerse del teatro en México, importa poco que algunos experimentales o algunos profesionales hayan operado con respecto a las actividades del INBA por simpatía y afinidad o por hostil emulación. Lo importante es que todos trabajan, que han visto que es posible hacerlo con buen éxito, y que el público acude y patrocina cuando se le ofrece un espectáculo decoroso y responsable, sin concha de apuntadores, sin anacronismos de actuación ni de "producción".

Las catorce obras mexicanas se han estrenado este año en diversos teatros. *Rosalba y los Llaveros*, *Los de abajo*, *Jicaltepec*, *Cuauhtémoc*, en Bellas Artes. *Los de abajo*, adaptación teatral de la famosa novela del doctor Mariano Azuela, fue la obra premiada en el concurso teatral de las Fiestas de la Primavera, organizado conjuntamente por el Departamento del Distrito Federal y por el INBA. *Jicaltepec*, de Roberto Blanco Moheno, es una breve obra costumbrista, adaptación de un relato novelesco. *Cuauhtémoc* fue la obra de Efrén Orozco premiada igualmente en el concurso teatral convocado por la Secretaría de Educación Pública a través del INBA.

Los otros teatros en que se ofrecieron las demás obras mexicanas, son el Arbeu, que estrenó *El cuadrante de la soledad* de José Revueltas, con decorados de Diego Rivera, y *Los fugitivos* de Rodolfo Usigli; la Sala Latino Americana, en que se estrenaron *Antonia* de Rafael Bernal, y *La zona intermedia* de Emilio Carballido; y el Teatro Ideal en donde la Unión Nacional de Autores sostuvo temporada con ac-

tores profesionales para estrenar cinco obras mexicanas: *El rancho de los gavilanes* de Ladislao López Negrete; *El don de la palabra*, de Agustín Lazo; *Noche de estío*, de Rodolfo Usigli; *Juego peligroso*, de Xavier Villaurrutia, y *Saber morir*, de Wilberto Cantón, con fondos musicales de Miguel Alemán Jr. Posteriormente, María Tereza Montoya estrenó, en el propio Teatro Ideal, *Cenizas que arden*, de Antonio Médiz Bolio.

En el año actual de 1951 el teatro mexicano volvió a reactivarse con el estímulo de las Fiestas de Primavera, que propiciaron la presentación de jóvenes talentosos como Carlos Ancira, Federico S. Inclán y Luisa Josefina Hernández. Antes de ésas y éstos, el Instituto Nacional de Bellas Artes tuvo el gusto de presentar a un nuevo y valiosísimo autor, Sergio Magaña, con una obra de muy singulares méritos: *Los signos del zodiaco*. El Teatro del Caracol estrenó *El niño y la niebla* de Rodolfo Usigli y la televisión absorbió el talento de Emilio Carballido y de Rafael Bernal para ejercitarlo en esa nueva forma de expresión del teatro.

Ya ve usted, querido Daniel, que en todas estas cuartillas no he podido hacer más que una enumeración y acaso incompleta, de la producción teatral mexicana en los últimos cincuenta años. Para que esta carta-artículo fuera como usted la quería, tendría que haber mencionado a los actores y a las actrices, a los grupos experimentales, la lamentable escasez de locales, la evolución de los gustos del público. No hay espacio para ello, y le ruego se dé por servido con recibir esta especie de catálogo de obras y autores.

19 de mayo

Puesto que ya (no sé cómo) lo supieron y lo dijeron el Bachiller en su noticiario y Luis Spota en su columna, le diré a usted que es cierto que acabo de escribir una comedia en tres actos, amén de un monólogo, y de que anoche se me ocurrió el argumento de una obra en un acto que pienso emprender hoy mismo. Fuera del viejo *Tercer Fausto* que publiqué en francés en 1934 (en cincuenta ejemplares fuera de comercio), y de las adaptaciones al teatro de *Don Quijote* (1947) y de *Astucia* (1948), siempre había yo rehuido el teatro como forma de expresión literaria. Pero Sergio Magaña me ha estado moliendo tenacísimamente con que escriba: encontrándome dotes para hacerlo bien. Diciéndome que tengo obligación de escribir teatro —y sucumbí por fin a su chantaje. Le llamo así porque entre él y Carballido tienen el encargo del Instituto de escribir la obra de teatro infantil para este año; y me puso como plazo y condición para entregarla, que yo escribiera y terminara la comedia de que hablo.

Yo acabé primero. Procedí en su elaboración conforme a todas las reglas de distribución de la historia en tres actos de equilibrada comparecencia de los personajes; hice una sinopsis, examiné a fondo cada carácter, gradué las presentaciones, las revelaciones, los conflictos mayores y menores; procedí luego a planear el desarrollo de cada acto por escenas francesas, motivando bien y variadamente cada entrada y cada salida, y cuidé mucho de conducir cada acto en buen telón que mantuviera el suspenso. Logré meter toda la historia en un solo decorado, y una unidad de tiempo continuado del segundo acto al tercero, que no están separados del primero más que por tres meses, pero que tienen una buena liga cronológica establecida casualmente en el primer acto. Creo que quedó bastante bien, aunque de muy difícil reparto. La mayoría de los personajes son mujeres de edad madura y de muy buena clase social, y aquí sólo dispongo de jóvenes, que pueden dar unos cuatro o cinco de los doce papeles de la obra. Me gustaría que María Tereza Montoya hiciera la protagonista.

Una vez madurada la planeación de la comedia, escribirla fue cosa de poco más de una semana. No apunté y no recuerdo qué día la empecé, pero el primero de mayo ya tenía listo el primer acto. Dolores y su mamá fueron a comer a la casa después del desfile en que ella tuvo que marchar (la citaron a las ocho de la mañana y tuvo que aguardar parada y sin moverse hasta las diez que empezó el desfile, todo el Zócalo, hasta el 20 de Noviembre, y hasta el Hotel del Prado), y por la tarde le leí el primer acto. Le gustó mucho, sobre todo, el papel de Carmen, sobre cuyo tratamiento a la protagonista me dio el atinado consejo de que Carmen le hable de usted y la señora de tú. Ese día apenas tenía yo unas líneas del segundo acto, y ya no pude trabajar en él porque me llegaron visitas.

Entre el día 2 y el 3 escribí el segundo acto, que tiene dos cuadros: uno en la mañana y otro en la noche del día 12 de diciembre. No pude meterlo en un solo cuadro. Ya fue mucho poder transferir al mismo decorado una acción que originalmente exigía otro lugar para desarrollarse. El día 4, viernes, no pude escribir ni una línea. Tuve gente y asuntos todo el día, aun cuando había planeado en el estudio emprender el tercer acto, al que le tenía cierto miedo y que debía cuidar muy especialmente.

No fue sino hasta el sábado 5 cuando pude consagrarme a ello. Desde luego, cancelé la redacción de las "Ventanas" para esta semana. Como a las diez empecé a escribir, en el estudio de la casa, en mi vieja Corona portátil de tipo pequeño. Con interrupciones, escribí hasta las dos, cuando me llamó mi madre a comer, pues también cancelé el deseo de ir a la casa de don Pedro, a pesar de que ya sería el tercer sábado que faltaba. Luego dormí un rato de siesta. Un poco excesivo, pues, cansado, a causa de que en realidad duermo muy pocas horas (anoche, por ejemplo, me acosté a la una. Desperté y me levanté a las seis hoy), volví en mí pasadas las cinco, y luego conver-

sé con Fidel el electricista que había venido a revisar el motor de la bomba del pozo. No pude pues reanudar el trabajo sino como a las siete, e interrumpirlo de nuevo a las nueve, cuando mi madre y mi prima Edna, que vino a pasar el *weekend* con nosotros, me invitaron a merendar con ellas y decliné y les pedí que me enviaran al estudio té y galletas. Entonces me puse a escribir de corrido. Cuando escribí la anhelada palabra *telón*, era el cuarto para la una de la mañana. El hijo había dicho ya todo cuanto necesitaba decir.

Pero yo sentía que la madre no se había explicado, explayado. El domingo revisé el acto, a las nueve y media. Hurgué a fondo a los personajes en su tensa situación, y hallé por fin la coyuntura para le explicación y la catarsis de la madre. Los parlamentos nuevos alargaron la duración del tercer acto a una precisa media hora. En total, la obra tiene una duración de dos horas y media con intermedios.

Título no le encuentro todavía. Originalmente pensé llamarla *La culta dama*. Pero esta expresión, que yo inventé y lancé a la circulación hace más de diez años, en el Side-Car, ha tenido tan buena fortuna, que uncir a ese nombre esta comedia, aunque le va, podría dar la apariencia de que procuro valerme de su popularidad para capitalizarla —y francamente, no creo que la obra lo necesite. Si es mala, que fracase por sí misma. Si es buena, que se valga autónomamente. Voy a pensarle al título. Si a usted se le ocurre uno, dígamelo. Aunque no veo cómo vaya a ocurrírsele, pues no conoce la historia.

Le decía que escribí también un monólogo. Ése sí lo voy a imprimir, quizá antes de que se represente, pues tampoco es fácil llevar a la escena. Es para un joven muy viril y muy guapo, rubio de preferencia, y es horrendamente cruel.

2 de junio

El domingo lo pasé bastante aburrido. Es ésta de aburrirse una especial y rara facultad que es preciso cultivar para disfrutarla, porque constituye el único modo de enfatizar por contraste el valor de las diversiones: éste es, del trato de las gentes, y del disfrute más o menos común de lo que complace y divierte a la gente. Hice lo que llaman "descansar", que es lo más fatigoso del mundo; no hacer nada: iniciar la lectura de un libro y hallarlo estúpido; acostarse y encontrar que no tiene uno sueño; levantarse y descubrir que tiene uno pereza. En su rincón, los partes de la guerra de Corea, comunicados por el radio o por los periódicos entre los demás mensajes que entregan: use tal jabón, fría sus espárragos con aceite 1 2 3, cene con la Chula Prieto, escuche "Granada", suenan a algo irreal y participan de la reevaluación de la mezcolanza. Necesita uno hacer un esfuerzo para imaginar la crueldad de esa guerra. De las noticias internacionales, apenas si la

de los iraneses que se han puesto bravos con su petróleo alcanza en uno la resonancia de recordar la expropiación petrolera de 1938, y cómo también entonces los ingleses se llevaron un susto que no esperaban, y acabaron por resignarse a los hechos cumplidos. El general Cárdenas debe de hallarse muy satisfecho al ver hasta dónde cundió su ejemplo. Esta noche iré a México (sigo esta carta en Coyoacán), a la mesa redonda sobre gastronomía que va a transmitirse por XHTV y por XEX. Ya me da un poco de pena la frecuencia con que en la televisión me hacen miembro de sus mesas redondas, y creo que ya con ésta habrán agotado mis relativas especialidades. He ido ya a tres. En la primera hablé de política; en la segunda, de teatro. Ésta será sobre el buen comer. El lunes me llamó por teléfono el señor Cirici Ventalló para invitarme, y le sugerí que incluyera al doctor Alfredo Ramos Espinosa, que sabe tanto de las garnachas y el atole y los guisos mexicanos, para que no resulte pedante y sí nacionalista la mesa redonda. Ayer por la tarde me mandaron el cuestionario de cuatro preguntas que deberemos contestar, cada una en un minuto. Va a dirigir la mesa, no Ceferino Palencia como siempre, sino el muy tragón Carlitos Puig, que no hurta, sino que hereda, la gastronomía. A su papá le encantaba comer bien, y tenía una cocinera, una famosísima Lupe, que hacía la más inolvidable sopa de tortuga seguida por tortuga en su sangre que era para gemir del deleite. Me acuerdo que una vez que fuimos a comer a la casa del doctor Puig el licenciado Bassols y yo, Bassols, que no se fija en lo que come, ni a qué horas, ni dónde, salió casi congestionado, furioso, proponiéndome que echáramos una carrera por la carretera de Toluca, y comentando: "De ahí a la engorda no hay más que un paso."

Nos van a preguntar que "puesto que, según la definición de un célebre escritor francés, el comer inteligentemente no sólo es un arte, sino también un arte perfecto —ya que satisface simultáneamente los cinco sentidos, y hasta se ha llegado a decir que es la más perfecta de todas las artes— ¿quiere usted explicarnos cuáles son, a juicio de usted, las reglas de ese arte?"

No sé si en un minuto me alcance el tiempo de protestar contra el supuesto de que el arte, así sea el gastronómico, sea susceptible de reglas. De una técnica sí, pero es distinto. Cuanto se refiere al gusto es imprevisible y ajeno a reglamentaciones. Me gustaría mejor hablar, con mayor tiempo, de cómo la glotonería, o aun el simple acto de comer, constituye una triste compensación del hombre por su invalidez; una especie de revancha contra una naturaleza que durará más que él y que es mucho más antigua que su persona o que su especie. Cuando uno se come todos los siglos de anterioridad implícitos en un camarón, en una especie marina secular; cuando uno la destruye y la asimila, lo que saborea es ese triunfo aparente contra los siglos. Y hay, también, mucho de canibalismo superviviente en la gastronomía.

Luego nos preguntarán cuál es la cocina que mejor responde a las exigencias de la depurada gastronomía, desde un punto de vista objetivo. Luego, querrán que les describamos los platos que personalmente preferimos, de la cocina nacional primero, y de la universal después; y por último, nos pedirán que les expliquemos algo sobre la influencia que a través de las edades y muy particularmente desde el siglo de Brillat-Savarin ha ejercido el arte culinario en la literatura, en la vida social y hasta en la política.

Tampoco creo que alcance un minuto para responder a esta última pregunta, que me gustaría contestar, no con las anécdotas conocidas de Talleyrand y su cocinero, ni con Vatel, ni con Napoleón; sino con la más firme y airada protesta contra la moderna y yanqui invención de los *cocktail parties* y de los *buffets* en que todo mundo empuña su plato y anda a codazos entre la concurrencia indiscriminada e indiscriminatoria de indiferentes a la suculencia o a la sosez de lo que al mayoreo se expone en una mesa genérica.

9 de junio

No deja de ser curioso, Daniel, que le escriba mientras le veo: esto es, que consagre a escribirle una parte de las horas que faltan para que nos reunamos a comer, usted fue ayer tan gentil de dejarme la iniciativa de dónde. Pienso llevarle a un restaurante chino muy bueno que hay escondido en el misterioso callejón que comunica las calles de López con las de Dolores. He ido ya dos veces ahí, y las dos he comido muy bien. La primera me encontré con el Dr. Atl, que en la buena compañía de una muchachita agraciada; sus muletas a un lado, devoraba un extraño pescado.

El Dr. Atl ha comido siempre cosas rarísimas. Cuando vivía en el Convento de la Merced, solía invitarnos pastas italianas que cocinaba cerca de la celda desnuda en que dormía sin más almohada que un leño en el suelo, al que atribuía su excelente salud. Y no es el único gastrónomo que garantiza, por si usted la dudara, la buena calidad de la comida china del restaurante en que volví a tener el gusto de ver al Dr. Atl. También Miguel Covarrubias, otra famosa gloria nacional, nos llevó una vez hace ya años, a comer en ese lugar, cuando todavía no estaba tan bien instalado como ahora que se ha uniformado con sus mesas y sus sillas de tubo y su luz de neón, como cualquier comedero moderno y de precio cómodo. Entonces nos sirvieron platillos que Miguel y Rosa habían encargado especialmente, y de los que recuerdo unas como bolsas hechas con el cutil del pollo, y rellenas de algo. De cualquier modo, si no le gusta a usted el lugar, o la comida, quedaremos a un paso de Normandie, y podemos transportar allá nuestra exigencia.

En mi carta anterior me quejaba un poco de la falta de veracidad de algunas informaciones de los columnistas de sociedad. Es tema que sigue vivo y ofrece muchas facetas. Porque desde cierto punto de vista, no se les puede enteramente culpar de sus mentiras cuando las suscriben o incluyen en sus informaciones. Justamente ahora que venía yo para el centro, se emparejaron en un alto de la Reforma mi coche y el de Picho Denegri, y nos saludamos, y le felicité por la columna que le dan en el último *Time*, y que ya habrá usted visto. Nunca le habían consagrado en esa revista a ningún periodista mexicano semejante espacio. Denegri lo merece, pues sobre muy inteligente, y sobre poseer una buena cultura desde chico, es muy trabajador. Ahí se dice que sus informaciones suelen no todas ser veraces, y que él explica que a veces anda falto de material para tanta columna, y que tiene que echar mano de cualquier cosa.

Y lo curioso es que ahí mismo, donde exponen de paso las fallas de su información, cometen otras semejantes a su propósito, pues dicen que a diario concurre en el Hotel del Prado a juntas o reuniones más o menos secretas y trascendentales con los *big shots* como el coronel Serrano y Beteta. Y no ha de ser cierto, pues Picho alcanzó a decirme desde su coche: "Yo no dije eso, y no es cierto. Esos señores han de estar muy enojados."

La chismedemia, como podría reconocérsele, tiene sin duda muchas causas y muchos orígenes. Es la totalitarización sin límites de un impulso, legítimo en sus bases, de información. El "reflejo investigador" se desarrolla con el ejercicio tanto en los periodistas cuanto en los lectores. Es un reflejo plausible, puesto que es el que gobierna a la curiosidad, madre de los descubrimientos. Podría pensarse que sus límites naturales fueran los de su interés público, si no ocurriera que ese interés carece de límites, o es impredecible en su elasticidad. Quizá lo malo en la actividad periodística de las informaciones sociales y personales estribe, como en otros capítulos de la convivencia, en los intermediarios. Los columnistas no pueden materialmente investigar por sí mismos cuanto necesitan admitir para llenar su espacio, y entonces se valen de intermediarios, que a su vez delegan en otros su recolección de noticias. Y ya recuerda usted el viejo cuento de los tres cuervos. Una mínima base de probabilidad o de verdad, origina como la bola de nieve la hipertrofia de lo que al fin viene a publicarse.

Si quisiera averiguarse o situarse en el tiempo de origen del hearstianismo de la actual prensa mexicana (con sus derivaciones al radio, de que hablaremos adelante), no sería fácil, pero habría que contar en buena medida la sección de "La voz del ágora" que don Miguel Ordorica inventó para *Últimas Noticias*. Allí la gente ha podido enviar siempre sus desahogos, que no es fácil comprobar. Por ejemplo, en la edición del sábado pasado (me vino el recorte entre los del servicio que recibo), se publicó con las iniciales A.B. una carta sucia

y torpe en que se hablaba de que los pobres artistas de Bellas Artes fueron a Guaymas engañados acerca de sus sueldos. Una carta mezquina en que se murmuraba con envidia de Magda Montoya. Los muchachos a quienes he visto ayer y hoy no la enviaron. Quien lo haya hecho hizo mal, porque miente y coloca a sus compañeros en incómoda posición.

Pero, en fin, hablábamos del posible origen de la chismedemia. El viernes de la semana pasada, estuve en casa de don Pedro Maus desde las once de la mañana, porque la señora Borja Bolado me había pedido que le escribiera datos acerca de la decoración de la casa. Va a publicar en *Social* fotografías de esa casa, como suele hacerlo de otras residencias importantes. Y mientras sus fotógrafos apuntaban sus luces, y los criados retiraban muebles para acomodar la cámara, y la señora Borja Bolado hacía preguntas y tomaba apuntes, evocó:

> hace quince años, cuando ellos comenzaron a hacer *Social*, la gente no se vestía para las fiestas, ni las fiestas se reseñaban en los periódicos. Hoy —decía ella—, no puede usted comerse un *sandwich* untado de jamón del diablo, sin que surjan cuatro fotógrafos y cuatro reporteros sociales a registrar el acontecimiento y a darle escandalosa publicidad.
>
> Nosotros tenemos la culpa. Mire usted lo que hemos desencadenado. Al principio —agregaba—, teníamos que hablarles por teléfono a los amigos: Oye, fulana, sabemos que vas a tener una fiesta, ¿quieres permitir que vaya un fotógrafo a retratarla, y damos la lista de invitados? Las familias no querían, se rehusaban, se resistían. Hoy, ya ve usted. Todo el mundo escribe en sociedad: Marilú, y la Bicha, y Valdés Peza, y todo el mundo. Hubiera usted visto en la ópera la otra noche. No se podía ni caminar por los pasillos: televisión, y radio, y cronistas, y fotógrafos. Creo que había más que gente, y todos vestidos. Y de toda esta plaga, de esta calamidad, yo le digo a Pancho que nosotros tenemos la culpa.

Ayer, lunes, y hoy, he venido al centro y a la oficina por distintas causas. Ayer, porque tenía que enviarle una carta al profesor Aurelio Manrique; hoy porque tenía que comer con usted; ayer, también y por supuesto, porque siendo lunes, tocaba comer con el patrón y con Alfredo Nieto, aunque Alfredo se nos desapareció, y Mariano está en Nueva York, y el patrón y yo comimos solos, como cuando hace mucho iniciamos esta costumbre que me hace aguardar los lunes con verdadera fruición. Al profesor Manrique puede parecer extraño que le haya yo escrito, pero la explicación es la siguiente: él es el ministro de México en Oslo, Noruega. Ahora bien, el Congreso Internacional de Teatro del ITI va a celebrarse en Oslo del 1° al 8 de junio próximo. Por la tercera vez desde que se fundó el Centro Mexicano de Teatro, México no ha podido concurrir a esos Congresos anuales —esta vez por falta de dinero, y así lo avisé oportunamente a M. Norman, el presidente del Centro Noruego de Teatro del ITI. Pero M. Josset, secre-

tario general del ITI, me cablegrafió que era urgente e indispensable que México tuviera en el Congreso siquiera un observador, y que para ello designáramos aunque fuera a un agregado cultural de algún país escandinavo. Pero creo que no tenemos agregados culturales en las legaciones o embajadas mexicanas, o dicho de otro modo, que el servicio exterior mexicano parece considerar que la cultura no debe ser un agregado de la diplomacia. O bien, si por agregados culturales se entiende digamos un Carlos Serrano como el que hay en París, francamente... De suerte que preferí rogarle por cable al profesor Manrique que nos representara, que pasara lista de presente por México en el Congreso de Oslo, y le anuncié que a mi ruego cablegráfico seguiría una carta más explícita, que fue la que ayer le escribí.

En el Congreso de Oslo va a discutirse una ponencia preparada en París sobre el teatro para los jóvenes, y muy recomendada y apoyada por la UNESCO, de la cual M. Josset me envió los lineamientos generales que van a discutirse y ampliarse en el Congreso. Viene a ser nuestro teatro infantil, puesto que dividen al público a que se destina en dos edades: de siete a once años, y de once a dieciséis, que es precisamente la clase de público que tenemos aquí para las temporadas anuales de teatro infantil. Le envié a don Aurelio Manrique datos suficientes para que apoye esa ponencia por México y comunique al Congreso lo que acá se ha logrado, que es en ese terreno mucho, y seguramente mucho más de lo que se haya hecho en ningún otro país de la América Latina, y aun del mundo, pues no creo que en otras partes se disponga de la excelente organización que acá funciona cada año para distribuir entre los inspectores de zona escolar el boletaje que ellos entregan a los directores de escuelas, y éstos a los maestros, y éstos a los niños, que así concurren ordenadamente en fechas de antemano arregladas, a Bellas Artes, por las mañanas y por las tardes, a ver dos mil quinientos niños cada vez hasta setenta funciones de una obra especialmente preparada y puesta para ellos. Cuando el INBA se fundó, y empezó a funcionar en 1947, ya se había hecho en la Dirección de Educación Extraescolar y Estética teatro infantil. Lo habían hecho desde tres o cuatro años atrás Conchita Sada y Clementina Otero, Wagner y Torre Lapham; pero yo encontré que prevalecía el supuesto de que los niños eran pueriles, especie de retrasados mentales sólo capaces de disfrutar obras como los pinochos o las caperucitas. Y los niños son más inteligentes que las personas mayores. Sólo se vuelven tontos cuando crecen. Hicimos en 1947 el experimento de darles el *Quijote* —y lo entendieron y disfrutaron estupendamente. Al año siguiente, les dimos *Astucia*, con el mismo buen resultado. En 1949, pusimos *El sueño de una noche de verano* como obra para el teatro infantil, que gustó mucho. Y el año pasado, el *Cuauhtémoc* de Efrén Orozco. Este año, si los genios Carballido y Magaña terminan a tiempo la que están escribiendo por encargo

especial, irá su obra. Quedaron en entregármela el lunes próximo. Veremos.

A propósito de genios jóvenes, quiero contarle que hay un tercero en el horno. Se trata de José Giacomán Palacio. El año pasado apareció en algún periódico, creo que en *Claridades*, un artículo de crítica teatral firmado por este muchacho. Era durísimo con los consagrados, pero muy lúcido en el análisis de su obra, y procuré conocerlo. Alguien lo llevó a mi oficina, y lo desafié a dormir como roncaba. Resultó ser de Torreón, estudiante de leyes, y me anunció que por esos días iba a marcharse a su tierra para encerrarse a escribir una obra de teatro. Que cuando la tuviera lista, se comunicaría de nuevo conmigo, y me la daría.

Pasaron meses, le olvidé, y la semana pasada me llamó por teléfono para anunciarme que ya tenía lista su obra, y no solo ésa, sino que seducido por la moda de los monólogos, había intentado un experimento teatral que llamaba "psicoloquio", en un acto, con las voces de los actores mezclada con las grabaciones de su pensamiento. Lo cité en la televisión para el día siguiente, y ahí me entregó su manuscrito del "psicoloquio" *Una rosa es una rosa* —muy interesante y muy bien escrito. Quedamos en vernos el lunes próximo. Ojalá me lleve la comedia completa que me tiene prometida. Nada me gustaría más que el privilegio de lanzar un tercer dramaturgo joven.

Y como a estas horas no es ya un secreto entre la gente de teatro, del teatro nuevo, le diré que tenemos la pena de que Earl Sennett nos haya abandonado cuando aparezcan estas líneas. Sufrió un colapso nervioso por agotamiento y exceso de trabajo, y no podrá trabajar en algunos meses, de suerte que su familia vino de Estados Unidos a llevárselo esta semana.

Pocas personas han trabajado por el teatro como Earl Sennett. Llegó aquí en 1947 como actor para la Compañía del Teatro Americano, le gustó México y se quedó al quebrar esa compañía. Organizó enseguida las actividades dramáticas del Mexico City College, y no tardó en presentar *Antígona* en una iglesia metodista de la calle de Artículo 123; luego *Salomé* en un jardín de una casa en San Ángel, obra en la que trabajó con él Marcela Vick, su descubrimiento; luego infinidad de otras obras, todas cuidadas, pulidas, perfectas, y donde se podía: en Sears Roebuck, en el Bugambilia (donde hizo un experimento de *Theatre in the Round*); en la Sala Latino, donde hizo lo menos cuatro obras (entre ellas un *Calígula* magnífico); en Bellas Artes, donde nos puso unos *Little Foxes* perfectos para la temporada internacional; y en el Aguilón, donde hizo varias obras, las últimas *Arms and the Man* y su *Ring Round the Moon*, que fue seguramente la que derramó el vaso de su exceso de trabajo y preocupaciones. Todavía el domingo antepasado vino a verme por la mañana, lleno de proyectos, y a confiarme su decisión de privarse de sueño con tal

de cumplir el programa de trabajo que se trazaba para el resto del año. Dos días después, me avisaban que había habido necesidad de internarlo para un tratamiento de su colapso nervioso.

16 de junio

Ayer dediqué buena parte de la mañana a escribir las "Ventanas" de la semana próxima. Acerca de los braceros. No hay seguramente un tema más doloroso, una situación más trágica que la de ese contraste con la profesada prosperidad de nuestra industrialización. Ahora mismo, domingo, acabo de leer que dos braceros se suicidaron en Monterrey al verse desechados o impedidos de emigrar. Y que han empezado a acarrearlos de regreso, en aviones, a Guadalajara, a San Luis. En mi ignorancia, pienso que la culpa de que se precipiten a tratar de emigrar, y creen con ello estos problemas de su persecución y de su reintegro, la tiene el hecho de que haya una manera de que emigren: la manera ortodoxa, la concertada por los dos gobiernos. No debiera haber ninguna, pues ellos no pueden distinguir, ni se resignarán a no ser de los elegidos. Es además penoso que el gobierno administre la exportación de vidas humanas como una industria más del Estado.

Luego me fui a comer a casa de don Pedro, pero él no estuvo en ella. Ya tarde, avisó que se quedaría en el centro por un compromiso, cosa que no le cayó nada de bien a la señora, pues por añadidura, le habían hecho antojos muy sabrosos, y Yolanda un postre muy rico. Desde que no concurro a las comidas de los viernes, los sábados y en su acogedora, cordial casa, son los únicos días en que saludo a don Pedro y disfruto de su serena, sensata, orientadora conversación, que extraño cuando, como ahora, me falta.

De suerte que, a diferencia de otros sábados en que él resuelve ya no salir y nos quedamos conversando en su biblioteca, me fui al centro cerca de las cinco. Llovía, no se apetecía otra cosa que la intimidad hogareña de una taza de té, o unos jaiboles, y unas partidas de banquero ruso mientras se hacía un poco más noche. Y después, fuimos al Olimpia, a ver *Vendetta*, una bonita película.

Aparte las noticias relativas a los braceros, sus suicidios, sus acarreos, sus aglomeraciones y vicisitudes, los periódicos de esta nublada mañana dominical traen la de que el próximo jueves los directores de periódicos y revistas van a ofrecerle un banquete al presidente en el Grillon —un banquete sin finalidades políticas, sólo inspirado en el deseo de testimoniarle su agradecimiento porque les ha dejado en la más amplia libertad de elogiarle, y porque cada vez que ha faltado o estado en riesgo de faltar el papel en que se imprimen, ha acudido a facilitarles su adquisición. Veo el nombre de usted entre los de los

organizadores de ese banquete, que sin duda será monstruo, pues además de los directores irán los columnistas, editorialistas, colaboradores distinguidos —y todo el gabinete. Ya me contará usted cómo estuvo, o ya leeré los discursos y las crónicas, y veré las fotografías.

Ahora —¿usted gusta?— voy a inspeccionar lo que hemos de comer con mis tíos, a quienes ha invitado mi madre. No estoy muy resuelto a ir por la tarde a *Madame Butterfly*. No he ido a la ópera en esta temporada, pues entre otras cosas, me detiene la barrera de tener que venir a vestirme hasta Coyoacán para atender a la súplica del traje de noche que se hace en los anuncios. De modo que podría ir a la tarde, que no hay obligación de indumentaria; pero no estoy resuelto.

Y ahora que me acuerdo, no, no puedo salir de casa. Tengo que aguardar a la noche un telefonema de María Tereza Montoya, quien llega hoy de Monterrey exclusivamente por veinticuatro horas a discutir varios asuntos, y entre ellos, conmigo el de si puede hacer para el 25 de agosto *La culta dama*. Como usted sabe, María Tereza reside ahora en Monterrey, donde tiene una academia de arte teatral, y está construyendo su teatro.

23 de junio

Hoy, sábado 9, los periódicos publican muy destacadamente un aviso de la Dirección General de Precios, destinado sin duda a tranquilizar a las familias a propósito de lo caro que están las cosas de comer. Supongo que en la casa de usted, como en la mía, como en todas, las señoras se hallarán alarmadas, indignadas, desconcertadas. No se había visto nunca que un huevo llegara a costar primero 50, luego 65, hasta 85 centavos. Carne, ya lo sabe usted, ni para remedio si no es de puerco, o de ésa congelada que acaba de llegar. Pero qué más: las verdolagas están a dos pesos cincuenta el kilo; nunca se había visto que la cebolla costara a dos pesos kilo —y por una docena de alcachofas chiquitas quieren diez pesos, y quince por la docena de las más grandes. De suerte que ya se ve que sí está todo carísimo, y que las señoras tienen razón en quejarse y en pedir más dinero para el gasto.

El gobierno hace lo que puede, dicen. Por ejemplo, mantiene congelado el precio de la masa en 25 centavos, y en 50 el de las tortillas. De esas tortillas nejas y cuerudas que ni quien se las coma, por supuesto, pero a buena hambre no debe de haber tortilla despreciable.

Y otra cosa que ha hecho el gobierno, como le decía, es publicar hoy una especie de tabla comparativa de los precios internacionales de algunos artículos de consumo necesario. Por esa tabla se ve que aunque sea en centavos o décimas de centavos, los precios son más bajos, con todo y ser tan altos, en México que en otros países objeto de la comparación destinada, como le decía, a tranquilizar a las fa-

milias. ¿Tranquilizarlas? Sí, con el pensamiento de que el mal de muchos las debe tontamente consolar. De nuevo, como ha ocurrido ya muchas veces, resulta que cuando creíamos que nos estaba llevando el diablo, en realidad vivimos en Jauja.

Temo que las familias no van a consolarse mucho con semejante publicación, que en cambio puede tener un efecto negativo, nocivo, que no sé cómo pudo escapárseles a quienes la mandaron hacer. Es el efecto que les causará a los comerciantes saber, por nada menos que la boca autorizada del gobierno, que no se les debe considerar lo ladrones que son, desde el momento en que venden las cosas hasta más baratas que en otras partes del encarecido mundo. Envalentonados, autorizada como quien dice su patente de corso con esa publicación comparativa, el propio gobierno acaba de darles el mejor argumento para sostener sus altos precios actuales y para no bajarlos.

Puede seguramente argüirse que ésa es una estadística: que corresponde a la realidad, y que no había por qué ocultarla, aunque tampoco se vea muy claro por qué hubiera de publicarse. Pero si vamos a publicar las estadísticas; si con ello se entienden mejor las situaciones y se remedian los problemas, uno se pregunta por qué no han recogido y publicado también y al mismo tiempo otras estadísticas comparativas que ayudaran a visualizar con una total claridad la situación de los precios, en relación con los productores de esos artículos, primero, y en relación con sus consumidores enseguida. Porque está muy bien que sepamos cuánto cuesta el kilo de azúcar, o de harina, aquí, y que veamos que cuesta unos centavos menos que en Estados Unidos. Pero, ¿no sería interesante saber al mismo tiempo: 1) cuánto pagan los comerciantes o los intermediarios al productor allá y acá, y 2) cuánto ganan como salario los consumidores allá y acá, y aun 3) cómo compara el poder adquisitivo de la moneda allá y acá. Creo que así sí sería demostrativa la publicación de la estadística: cuando con ella se probara que también a los campesinos se les paga apenas un poquito menos que en Estados Unidos por trabajar el campo y proveernos de semillas y de verduras; y que también los consumidores de la ciudad, obreros y empleados, ganan en pesos la equivalencia de lo que por salarios reciben en dólares los compradores yanquis de los productos que han subido de precio tanto allá como acá.

¿Y es ello así? Yo no lo sé, y por eso lo pregunto, pero *a priori* me parece que no es así; que las cosas resultan tanto más caras cuanto más nos merme comprarlas, un patrimonio que no sube como ellas, sino que se mantiene fijo. Y que no sólo se mantiene fijo en la cifra de un salario o de un sueldo congelados; sino que ve debilitado su poder adquisitivo; que se ve devaluado en la medida en que la moneda en que lo recibe ha sido devaluada.

No lo creo porque supongo que si los campesinos estuvieran bien pagados, no emigrarían ni tratarían de emigrar. Que si los salarios

fueran allá y acá tan parejamente altos como se han tomado la molestia publicitaria de revelar que son allá y acá los precios, los campesinos de acá no ambicionarían aun a costa de sus vidas disfrutar los salarios de allá.

El licenciado Beteta —¿recuerda usted?— dijo en su discurso-baño a los banqueros en Guadalajara, que en México producir es un mal negocio, y que el buen negocio es comerciar, ser intermediario. Su descubrimiento parece fundado. Pero si el frío deber de la estadística se reduce a recoger, registrar los hechos, el auxilio que la estadística les puede prestar a los estadistas es el muy útil de permitirles localizar el mal, y poner el remedio. Yo en mi ignorancia me permito pensar que el gobierno tiene la autoridad para intervenir enérgicamente en ese tramo de la economía que va o que se interpone entre los productores y los consumidores, para que no sean los intermediarios los que enriquezcan a costa de unos y otros.

Ya sé que entre los muchos remedios que se les empiezan a ocurrir a los magos de la economía está el de la restricción de los créditos y el retiro de la circulación de algunos de los muchos millones de pesos que todo el mundo trae consigo y que de tan poco le sirven. Vuelven en esto los economistas a razonar desde una experiencia reiterada que les enseña que durante las inflaciones un huevo cuesta un peso, y que durante las deflaciones sucede lo contrario. Pero aquí se tropieza con esta consideración: la de que restringir ahora un crédito que había empezado a desarrollar industrialmente a México, acarrea el peligro de paralizar ese desarrollo. Con lo que se le haría un bien o se procuraría un alivio inmediato al país, a costa de un beneficio tan mediato como el que le promete su industrialización incipiente.

11 de julio

Tenía yo razón. Tan pronto como hoy, lunes, aparecieron en los periódicos grandes y costosos desplegados en defensa de los comerciantes. "El chivo expiatorio", se llaman, y describen a los comerciantes como seres angelicales y abnegados que pagan rentas, sueldos, impuestos —y que no merecen ni mucho menos las críticas de por ejemplo el licenciado Beteta o los retobos de las amas de casa. Es evidente que aunque este anuncio haya sido preparado con días de anticipación, y por alguna agencia publicitaria; y que aunque su publicación en los periódicos haya costado muchos miles de pesos que podrían mejor haberse empleado en abaratar en esa proporción lo que los inocentes comerciantes han encarecido, la publicación de la tabla comparativa de la lista de precios internacionales de la víspera les vino de perlas a los comerciantes, y refuerza su costoso anuncio de hoy.

El tema de los precios, del encarecimiento, de la inflación, ha sido el primer caballito de batalla de los henriquistas que a pesar de las recomendaciones reiteradas de tranquilidad política del presidente, han emitido ya su punta de lanza crítica (una punta de lanza un poquito gorda para ser persuasiva) en la persona de Antonio Espinosa de los Monteros. Este exembajador en Washington y expresidente de la Nacional Financiera, y economista, no está muy conforme con el régimen desde que dejó de pertenecer al régimen. Su nuevo punto de vista externo le revela ahora defectos que no son nuevos, pero que sin duda no podía percibir cuando participaba de ellos. Con la esperanza de un remedio, puesta seguramente en un nuevo régimen, suele escribir artículos y pronunciar conferencias y hacer declaraciones contra la inflación y contra el programa de obras públicas que a su juicio es el culpable de todas las angustias y todos los quebrantos. Dos funcionarios han recogido ya esas alusiones. El primero fue el licenciado Agustín García López, quien convocó a los periodistas para explicarles la razón y el alcance de las obras públicas emprendidas y realizadas por el régimen. El segundo, hoy miércoles, día de los Antonios y santo en consecuencia por igual de Espinosa de los Monteros, de Carrillo Flores (el nuevo presidente de la Nacional Financiera) y de Antonio Martínez Báez, el secretario de Economía, todos los Antonios tienen algo nuevo que decir acerca de los precios y de la inflación. Toño Carrillo explica que las obras públicas no se realizan con el dinero de los contribuyentes, sino con préstamos; Antonio Martínez Báez explicó que el poco de azúcar que nadie sabía que se hubiera mandado a Corea para endulzar los triunfos de las Naciones Unidas representadas por los Estados Unidos, no es suficiente a desequilibrar la provisión de caramelos domésticos con que nosotros endulzamos el café de segunda que nos deja la CEIMSA cuando exporta el de primera porque resuelve que nadie en México es digno de tomarlo ni capaz de comprarlo a los precios a que lo exportan.

Qué bueno, sin embargo, que de todas estas minucias alimenticias, mezquinas y desagradables, nos podemos desentender con sólo encender nuestro radio o los que lo tengan, su aparato de televisión, aparato del que ya hay tantos, que dicen que en una boda famosa y reciente, la novia recibió veintidós de regalo. Si uno abre su radio o su aparato de televisión una noche de ópera, se fuga fácilmente del mundo barato de los jitomates caros al ensoñado mundo de la cultura, del lujo, de la gracia, de la elegancia. El simpático Gonzalo Castellot, de impecable *frac*, tan distante de la indumentaria sucia y desagradable de los braceros reexportados al mayoreo en aviones de carga, entrevista sonriente y amable a hermosas damas lujosamente ataviadas y a caballeros opulentos y suntuosamente vestidos que circulan durante los convenientemente largos intermedios por los pasillos de Bellas Artes y opinan que la función ha estado preciosa y que Mario del Mónaco es positivamente "un mango". Qué voz, qué presencia. Y no digamos

Siepi. La temporada ha estado magnífica. El teatro lleno, los mejores cantantes del mundo en la escena, los atavíos más lujosos en todos los asientos. Positivamente vivimos en el mejor de los mundos posibles.

Hoy jueves, mi querido Daniel, va a ser un día particularmente atareado para mí. A las once pasará Federico Martínez de Hoyos por mí para que concurramos al juzgado, donde él será el novio y yo el testigo de su boda con mi sobrina Ruth Misrachi. Supongo que la ceremonia sea breve, y que luego podré llegar a la oficina y trabajar en ella hasta cerca de las tres de la tarde, que es la hora en que usted me invitó a comer en su casa. Ya conozco esas comidas, verdaderos desafíos a mi supuesta pericia culinaria, y ya anticipo que su proverbial anfitrionía nos retendrá encantados en su casa hasta bien entrada la tarde. De ahí me iré a visitar al maestro Chávez, que está enfermo, hasta la hora en que tenga que ir a la fiesta de bodas de Ruth y Federico en la casa de Alberto Misrachi. Con eso terminará el día, cuyo horario todo, como usted ve, está cubierto minuto a minuto.

Mientras llega Federico por mí, le escribo estos renglones de una carta que esta vez ha resultado más que nunca fragmentaria en su redacción, y que Lupe quiere siempre entregar los jueves. Leí ya los periódicos, como siempre, en la cama. Traen mucho de la poliomielitis, algo de la escasez de la carne, noticia de las fiestas que les dieron ayer a los Antonios (Carrillo Flores y Martínez Báez), y una nota sobre la sesión-cena académica en casa de Rubén Romero a que concurrió el presidente en su carácter de nuevo académico de número y en la que recibió de don Alejandro Quijano el pergamino que lo acredita por tal, y una insignia que las fotografías le muestran dejándose colocar en la solapa mientras en segundo término sonríe complacido el arzobispo Martínez, que también es académico de la lengua. En otra aparece el presidente conversando sonriente con el marqués de San Francisco. Aunque en unos periódicos se dice que concurrieron a esta cena-sesión todos los académicos, en otro se hace notar que faltó don Artemio de Valle-Arizpe. Ha de seguir muy enojado porque Miguel Alessio Robles haya sido nombrado académico.

Sucedió ya a estas horas el casamiento en el juzgado de la calle de Puebla. Una vez consumado, nos fuimos, por iniciativa de Alberto, a tomar una copa en el famoso Quid, que queda muy cerca, y que yo no conocía. Está bonito, decorado por Arturo Pani, construida la casa por Jorge Rubio para Orendáin, quien daba muchas fiestas cuando eso era su estudio. Tantas, que unos dentistas que vivían arriba, cuando Orendáin se mudó de ahí, discurrieron capitalizar la clientela de las fiestas de Orendáin con establecer un bar-restaurante en el lugar de los hechos. Y les ha ido tan bien que han trocado su profesión.

28 de julio

Estoy con muchos escritores jóvenes en una deuda que hoy trataré de pagar, y que es la de acusarles recibo y agradecerles el envío generoso de sus libros.

Sucede una cosa. Traen, casi siempre, las señas del remitente en el sobre o en el paquete. Raras veces en el libro mismo, y entonces las pierdo, y no puedo ya escribirles para agradecer el envío. Acusarles así recibo, además, antes de leerlos, me parece una cortesía tonta e inútil. De lo que pueden estar ciertos estos generosos amigos sin rostro es de que leo siempre sus libros, aunque no los comente o no lo haga con la oportunidad de una sección profesionalmente bibliográfica, que no cultivo.

Estoy en dar las gracias bochornosamente atrasado. Al buscar ahora entre los libros de que quiero hablar; al localizarlos ahí donde de una manera provisional que empieza a ser caóticamente definitiva los he puesto "mientras los clasifico", encuentro por ejemplo esta novela de José Rentería Páez, *Allá en Parral*, que tanto me gustó, y que lleva la fecha de edición de 1947. La había yo puesto en el casillero donde reúno libros que van formando una especie de "geografía espiritual" de México, de sus provincias queridas; en donde hasta hace unos días, que don Pedro lo obtuvo para mí, puse después de encantarme con la lectura de su elegante, limpia, serena prosa, el *Zacatecas* de Daniel Kuri Breña, publicado en 1944. ¡Qué dignidad, qué fina selección de materiales, qué clara visión de las virtudes profundas de la "rara ciudad" a la que yo tengo motivos maternales para querer aun cuando todavía no la conozca! Y cómo se felicita uno de que ahora gobierne a Zacatecas quien ha empezado por exaltar a su y nuestro López Velarde.

Un par de deliciosos relatos pueblerinos, *Retablos de Huehuetlán* (1950) y *Carnaval en Huehuetlán*, de Carlos Merino Fernández, me plantean la duda de si situarlos en el estante de la "geografía espiritual" —o en el de las más mexicanas de las novelas mexicanas. Cuentan ellas a mi juicio entre las mejores, entre las más auténticas; las no obsedidas por el propósito político de hacer "novela de la Revolución"; las que continúan la línea de Fernández de Lizardi, de Inclán, de Cuéllar, superándoles. Hay en estos relatos de Huehuetlán el mejor Payno y el mejor Salado Álvarez en una pluma fresca, burlona e inteligente. Las ilustraciones a color, las "láminas" tan Ballescá, resultan de lo más adecuado.

En el estante de la novela mexicana tropiezo con la del doctor Domingo Couch Vázquez, *Obsesión*. No estoy seguro de haberle acusado recibo al doctor Couch, miembro prominente de la gentil bohemia poblana y yucateco trasplantado a una Puebla que adora y prestigia. Tampoco lo estoy de haberle agradecido a Mario Monteforte Toledo

el envío de sus magníficos cuentos *La cueva sin quietud*, publicados en Guatemala en 1949. Ahora leo a diario la sección que este autor publica en *El Nacional*, diario en el que, como usted sabe, el Güero Ibarra acaba de abrir un concurso permanente de novela mexicana con un premio atractivo.

Cuentos bellísimos, y de los que me apena mucho no haber antes acusado recibo, son los que componen la *Varia invención* del fino, inteligente Juan José Arreola, quien con Francisco Tario —que tiene en mí a un admirador desde su primer libro de cuentos—, me parece de los mejores prosistas jóvenes. A Tario le agradezco, además, el envío de su *Breve diario de un amor perdido*.

Y he aquí a otro Sergio, cuentista como Magaña: Sergio Galindo: *La máquina vacía* se llama su libro, publicado este año por la esforzada Fuensanta de Jesús Arellano. Un breve tomo de fuertes, hermosos cuentos —género que en México carecía de cultivadores y que empieza a tenerlos así de buenos, por ventura.

De las "personas grandes" hay aquí unos libros: las *Viñetas ilustres* de Agustín Loera y Chávez y los *Ancorajes* de Alfonso Reyes, con quien tengo establecido un frecuente intercambio secreto de ediciones restringidas y de cartas breves. Y los *Recuerdos de un viaje a Europa*, de la puntual, curiosa, infatigable Teté Casuso.

Luego, claro, la poesía, abundante ahora como en todas las épocas de México. *Las urgencias de un Dios*, de Enriqueta Ochoa, ediciones de Papel de Poesía —las que hace en la imprenta de Miguel N. Lira (quien se ha fugado a su Tlaxcala, esperamos que con todo y peinazos) Héctor González Morales—; el revelador de ese magnífico poeta es Bernardo Casanueva Mazo. Los poemas *Ahora y en la aurora* de Jesús Arellano, en sus propias ediciones Fuensanta; el hermoso *Examen de primer grado* de Ramón Galguera Noverola, que acabo de leer con deleite, y (aparte *El coyote, Corrido de la Revolución*, de Celedonio Serrano Martínez, de edición fabulosa) dos poetas provincianos y jóvenes, el uno de Villahermosa, Tabasco: José Tiquet, *Nuestra voz*, y Francisco Elizaldo García, de Zamora, Michoacán: *Poema del rebozo*. De estos poetas, sólo conozco personalmente a Arellano, a Serrano Martínez, a Tiquet. De ninguno, en este simple y agradecido acuse de recibo, puedo hablar con la extensión que merecen.

Otro poeta joven, posiblemente español de origen, se esconde entre las páginas de *Segrel*, número 1, que he recibido. Es Luis Rius, y muy hermosas sus *Tres canciones de vela*.

Y ya que andamos por los libros, aunque no sean literarios cabe mencionar y acusar recibo de los que editan para muy útil información algunas agencias del gobierno. Me refiero, por ejemplo, a los pequeños volúmenes de la Editorial Ruta, que me parece que dirige Roberto Amorós; que imprimen los Talleres Gráficos de la Nación,

y que integran monografías sobre "temas mexicanos" tales como El Banco Nacional de Comercio Exterior, La Asistencia Privada, La Comisión Nacional del Café, El Instituto de la Juventud Mexicana, Alemán y el Seguro Social, o los informes (cuarto y primero) del presidente Alemán a las cámaras. Son tomitos manuables y muy útiles de tener para referencia. Nunca sabe uno cuándo se ofrezca uno de esos temas para editoriales o artículos, y están muy bien documentados.

También la Secretaría de Agricultura me ha hecho llegar algunas de sus publicaciones recientes. Es una secretaría que tiene un pasado editorial muy importante. Ella imprimía, durante el porfirismo, muchos libros, aun literarios, o principalmente literarios. Ahora tengo ante mí unas *Lecciones forestales* por el ingeniero Daniel Galicia, muy útiles sin duda en el año del árbol y de la reforestación —y otros dos pequeños volúmenes de más cuidadosa impresión y mejor papel: *Plagas y enfermedades del bosque de Chapultepec*, por tres ingenieros (Humberto Ortega Cattaneo, José Verduzco Gutiérrez y Alfonso Gutiérrez Palacio) y un señor, Ignacio Piña Luján; y *Jabalíes y berrendos*, por Bernardo Villaux R. El segundo establece la distribución actual de los mamíferos de caza mayor en México. Es pues, aunque interesante, de tema menos próximo que el primero, que habla de nuestro bosque desde sus orígenes, clasifica y nombra los árboles que lo pueblan, y ofrece estadísticas alarmantes a propósito de los daños que les han acarreado las diversas especies de plagas que también clasifica, y aun retrata para que se les reconozca. Hay, por ejemplo, 197 sicomoros sanos, contra 2 221 dañados por las plagas y 87 ya perdidos por secos.

> Desde hace algunas décadas —explican los autores—, obedeciendo a los factores naturales del considerable aumento de la población humana, la gran demanda, por consiguiente, de productos de madera para satisfacer sus necesidades; el considerable incremento de las vías de comunicación (medio propicio para el transporte de plagas y enfermedades de un lugar a otro) y algunos otros factores, han venido a romper el equilibrio orgánico original de los lugares arbolados, dando como resultado la disminución de sus defensas naturales, estado anormal que aprovechan insectos y microorganismos, para transformar su ataque de la forma enfítica normal al estado epifítico que en la actualidad guardan y que se ha hecho sentir en parte de los recursos forestales del país, llegando a extender su nefasta destrucción hasta los parques y jardines urbanos, donde por sus altos valores biológicos, escénicos y recreativos, justifican fuertes erogaciones a fin de asegurar su existencia perpetua.

Voy ahora, querido Daniel, a reinstalar estos libros de que le he hablado en sus estantes, también superpoblados. Y debajo de todos ellos, me encuentro éste: *Una opinión mexicana sobre el conflicto mundial*, del licenciado Blas Urrea. Sus valientes, agresivos artículos

que los periódicos de la capital no se atreven a publicar; escondidos en la prensa de los estados, como los que ese otro rebelde, Narciso Bassols, aprovecha aunque sea *Atisbos* para decir verdades que nadie quiere oír.

Todavía encuentro aquí otros libros y folletos cuyo envío debo agradecer: la novela *Al frente está la aurora*, de Juan Miguel de Mora (un inteligente autor nuevo de teatro, que me ha traído una obra interesante: *Un hombre de otro mundo*. Ya estudiamos la posibilidad de llevarla a escena), y las sabrosas semblanzas y recuerdos veracruzanos de Eduardo Turrent Rozas, *Ayer*. También el hermoso volumen que recoge los estudios hechos sobre la obra de Enrique González Martínez, prologado por Antonio Castro Leal, reunidos por José Luis Martínez, y publicados por El Colegio Nacional.

Y por el lado de los folletos, tres más, de la Colección Popular de la Editorial Ruta a que antes me referí: *La soberanía radica en el pueblo*, discurso del licenciado Guillermo Ostos; *Justicia social católica* y *Los árboles, patrimonio de la Nación*. Llevan ya doce números publicados en esta oportuna Colección Popular.

Hoy, martes (reanudo una carta empezada en casa el domingo) leo que acaban de ser atribuidas las becas Rockefeller para escritores mexicanos, que administra el México City Writing Center, a cinco jóvenes, que dispondrán a lo largo de un año de 1 500 dólares. Estos jóvenes son Juan José Arreola, Rubén Bonifaz Nuño, Emilio Carballido, Sergio Magaña y Herminio Chávez Guerrero.

Me ha dado un gusto enorme. Conozco y quiero y admiro a cuatro de estos cinco muchachos. Rubén es un magnífico poeta, y se ha sentido atraído por el teatro. Me trajo una obra y temo que haya resentido mi franqueza al decirle que no me gustó, pues se ha alejado, cuando antes venía con frecuencia por la oficina. Espero ahora que reflexione en mi consejo de conjugar sus dotes poéticas con su atracción por el teatro, emprendiendo el teatro en verso, que T.S. Eliot y Christopher Fry han demostrado que no es una cosa del pasado, sino muy viva, muy rica en posibilidades y un campo magnífico para una inspiración tan fina como la de Rubén Bonifaz Nuño.

De Emilio y de Sergio, ¿qué puedo decir? Los quiero como a hijos o como a hermanos menores de edad y muy mayores en valimiento, y me da un gusto enorme que gracias a esa beca Emilio pueda, como debe, dejarse de fraguar *scripts* premiosos para la televisión y dedicarse a demostrar que no es un dramaturgo de una sola obra. Y que Sergio, que empezaba a incurrir en el periodismo, apremiado por la bohemia en que vive, lo deje y se ponga a escribir más dramas y comedias.

A Juan José Arreola, lo he dicho ya, le admiro, pero no lo he tratado. Tengo mucho interés en conocer al quinto becado, ese joven del estado de Guerrero, Herminio Chávez Guerrero, de quien se dice en

la información que es un magnífico novelista. Me dan ganas, si no me hubiera vuelto tan insociable, de hacerles algún agasajo a los cinco becados. Por lo pronto, si hoy vienen, como es posible, Sergio y Emilio, me los llevaré a comer esos tallarines verdes que les encantan.

No sé qué deba dar: si tristeza, coraje o gusto, que no exista una equivalencia mexicana del estímulo que a los escritores nacionales jóvenes deparan estas becas extranjeras. Entiendo que El Colegio de México las otorga, ignoro en qué condiciones y de qué cuantía; pero sé que las tienen sobre todo extranjeros, particularmente españoles. Fuera de eso, poetas y prosistas se atienen a la eventualidad esporádica de los concursos (el premio Lanz Duret de *El Universal*, ahora el de *El Nacional*, los Juegos Florales de la provincia, de las Fiestas de la Primavera o de la Revolución, que convoca el PRI; y de ahora en adelante, los dramaturgos el premio Teatro Hidalgo), pero ninguno alcanza la cuantía que la traducción a los pesos devaluados le otorgan a los 1 500 dólares de estas becas. Ni ninguno, es fuerza reconocerlo, garantiza una aplicación tan eficaz como ellas, puesto que a mi entender serán administradas no de un golpe, sino por cuotas mensuales y sobre el compromiso de concluir una obra durante su disfrute.

No recuerdo si en otra ocasión le conté a usted que tuve contacto con el México City Writing Center que administra estas becas. No porque yo haya aspirado a una; me lo vedaba, entre otras razones, la cronológica; sino porque Neal Smith vino a solicitarme una conferencia en ese centro, que dirige Margaret Shedd. En otra ocasión, ya hace mucho, la señorita Shedd me escribió para invitarme a sus mesas redondas de literatura. Me excusé por falta verdadera de tiempo. Supe luego que tenían en el Centro la impresión de que soy sistemáticamente antiyanqui. Y como no lo soy sistemáticamente, procuré en mi conversación con el simpático Neal Smith desvanecer o condicionar esa impresión, y accedí a dar la plática que se me pedía, y aun a recibir por ello la explícitamente simbólica remuneración de 50 pesos.

Me cayó bien el Centro. Hablar en él me retrajo a mis épocas arcaicas de profesor brillante de la Escuela de Verano, ya sin la brillantez de la juventud. Y creo que miss Shedd procede con mucha inteligencia cuando se propone, sobre todo, obtener *outlets* para los escritores que orienta y cultiva en su centro: traductores de uno al otro idioma, y editores para las obras de los jóvenes y de los inéditos.

Frente a lo mucho que hace el dinero yanqui: no su gobierno, porque no son becas, ni actividades del gobierno, sino dotaciones particulares de los que en México no hay rico que piense siquiera en instituir (ceñido como está su eventual y azucarado patrocinio a la ópera italiana por todo colmo de cultura y de arte nacional), me consuela un poco considerar que siquiera el INBA acaba de instituir un

premio nacional permanente y de atribución anual, para obras dramáticas. Y que el *outlet* que necesita la producción una vez escrita, lo tendrán los dramaturgos premiados con una suma ya decorosa de 20 000 pesos, en la seguridad de que sus obras serán puestas en escena en el nuevo Teatro Hidalgo.

4 de agosto

El martes 24 publiqué una "Ventana" en que hablaba de las cinco becas Rockefeller conferidas a otros tantos jóvenes escritores mexicanos, y hallaba vergonzoso que los millonarios mexicanos, que ya son muchos, no hayan tenido el gesto gallardo de instituir becas semejantes con un poco del mucho dinero que en otras cosas como la canasta despilfarran. Nombré a unos cuantos de los que bien podrían dar tales becas: Aarón Sáenz, Alfredo Medina, Carlos Trouyet, Carlos Prieto. Ya sé que hay muchos más. El sábado ya había yo escrito esa "Ventana" y se la platiqué a don Pedro Maus después de comer en su casa.

Y ayer tuve el gusto de que Alfonso Reyes me hablara por teléfono para felicitarme por "esa llamada tan justa a los ricos mexicanos". Él también encuentra que deberían (y ello redundaría en la mejor "publicidad institucional" en pro de sus empresas y de sus personas) ayudar así a la literatura joven de México. Tengo la esperanza de que al menos uno o dos de esos ricos respondan a este llamado. Hay en la vida de todo escritor que empieza un momento crucial en que se encuentra lleno de ideas y de ideales, y de vigor para consagrarse a su viva vocación. Es un momento peligroso, porque es aquel en el que su familia ve con alarma que la oveja negra no sirve para ganar dinero, ni se pliega a los planes para su carrera trazados; el momento también en que, desconocido, inédito, el joven escritor no encuentra editor para sus obras si ya las tiene; el momento en que necesita un dinero que su familia no puede darle. Y entonces da clases miserablemente pagadas, o bien escribe en los periódicos. Y éstos pueden arrastrarlo tan definitivamente, que aquella promesa acabe por perderse para la obra más seria y profunda para la que estaba calificado.

Los que hemos pasado por todo esto; hayamos o no, en esta o en aquella medida, sobrevivido a la prueba, no importamos ya sino como un punto de referencia. Pero es éste de prosperidad nacional, y de creciente cultura: de progresiva extinción del analfabetismo, de ampliación sistemática del mercado de libros, el momento más oportuno y propicio para tender la mano a los muchachos que se hallen en el trance crítico del principio de una carrera que salvado ese obstáculo, puede ser tan brillante, y asegurarle a México un teatro, una novela, una poesía a la altura de sus realizaciones materiales.

Ojalá, pues, los ricos oigan y respondan generosamente a este llamado. Ayer martes, de la manera más inesperada, comí con Margarita Urueta y con Francisco Zendejas. Con él sabía que iba a comer. Me había llamado el lunes por teléfono para preguntarme si había visto el domingo en la televisión su *Al caer la muerte*. Sí la había visto, y tenía algunas observaciones que hacerle, y él algunas explicaciones sobre la producción. Además, acababa de leer mi *Nuevo amor*, y tenía escrita una carta para mí, que quería entregarme personalmente.

Es un muchacho muy singular Paco Zendejas. Inteligente, con buena cultura, con múltiples aptitudes, leal, un poco disperso, víctima de curiosos complejos, capaz alternativamente de trabajar mucho —y de desaparecer o hundirse en el ocio y el desaliento. Lo conocí como en 1944, cuando en la agencia de publicidad del patrón Elías solicitamos *copy writers* y él acudió. Me ha ayudado eficazmente en muchos trabajos personales y el patrón lo estima y, *big hearted* como él es, le abre siempre de nuevo las puertas de la agencia a este frecuente hijo pródigo que es Paco Zendejas. Ahora le interesa el teatro de televisión, y lleva hechas más de veinte adaptaciones, y se propone sacar de nuevo una revista literaria como aquel *Prometeus* que ya una vez publicó.

Margarita pasaba por Bellas Artes, la vi y le rogué que subiera. Me interesaba hacerla conocer *La culta dama* y quería invitarla al ensayo de las cuatro y media. Hacía mucho no conversábamos, la retuve, la persuadí de acompañarnos a comer. Pudo hacerlo porque Alfonso tenía un banquete y no iría a comer a su casa. Fuimos a Prendes, para variar. La víspera, Alfredo Nieto se había levantado un poco intempestivamente de la mesa. Ahora llegó con el patrón. Supongo que le habrá explicado su fuga.

Luego hicimos tiempo en las tiendas próximas. Desde luego, en el Almacén Italia, por caramelos Motta y por refacción de tallarines verdes. Luego Margarita compró un suéter para su niño, a un precio que yo sólo pagaría si los dieran con todo y niño. Luego a Misrachi, a oír discos, y por fin al ensayo.

Dolores vino al ensayo del lunes. Me reiteró que debemos vestir a las cultas damas de la obra de lo más *chic* del mundo; que hay aquí una madame Rolland que tiene telas y modelos de Dior, que acaba de hacerle a Carmen López Figueroa cuatro trajes divinos, y que esa señora debe hacerles la ropa a las cultas damas. Empiezo ya a conseguir vestuario, muebles, flores —todo lo que se necesita, por el solo crédito en los programas. Así las Galerías Chippendale de don Camilo López amueblarán la casa de doña Antonia, y las flores serán por Pani, y los sombreros por Chatillon, y los guantes y bolsas por Fournier, y las damas perfumadas por Bandit de Pignet —y así por el estilo.

En Misrachi, Paco Zendejas me entregó su carta, que como usted verá, me autoriza —o me incita a publicar. No me extraña de ella que

le haya gustado tanto *Nuevo amor*. Pero sí me sorprende que en cambio no haya entendido *El joven II*. Sin duda le faltan años a Paco, los que les sobran a los que —comenzando por mí— encontramos ese monólogo tan admirable y tan amargo como lo es. Paco se queda en la perfección de mi estilo, en mi dominio del lenguaje. Y hay bastante más que eso, que no tiene mérito. En fin, he aquí su carta:

> En la ciudad de México, a las cuatro de la mañana del día 21 de julio de 1951. Muy estimado y fino Salvador:
>
> Sí, a esta hora rústica le escribo porque todavía estoy bajo el efecto de mi segunda lectura de *Nuevo amor*. No me llegaba el sueño oyendo resonar todavía el eco de palabra como[...], pero, ¿para qué repetir lo que tanta gente recita casi musitando en sus noches amargas o iluminadas, reconociendo a usted como aquella parte de la dualidad que su poesía y la de Xavier forman en nuestro tiempo?
>
> La primera vez que leí *Nuevo amor* tenía yo la sensibilidad incipiente y los muchos prejuicios de la adolescencia. Mis ojos y mis oídos han aprendido a ver y a escuchar en los años intermedios, y ahora soy de los afortunados doscientos que han podido poner la mano a tiempo sobre esta breve, pero *oportunísima*, edición de Velázquez Chávez.
>
> Subrayo oportunísima, Salvador, porque llega en el momento preciso, en el momento de dar la cara a quienes por vaguedad intelectual, por rencor o, simplemente, por ignorancia, disminuyen en su sobado criterio la altura de usted en las letras, pero, particularmente, en la poesía mexicana de nuestros días. Si se permiten símiles, yo diría que esa altura está en razón directa de su propia estatura física, y las dos, a su vez, en razón directa de la estatura física e intelectual de muchos otros.
>
> Hace pocos días, por esa casualidad que a veces parece preconcebida en el destino de las desafinidades, leí, de García Terrés, estas líneas: "Novo, afirmado en una actitud de socarronería excepcional, muéstrase ciego —ciego de los ojos poéticos— cuando escribe sus versos, saturados de palabras extranjeras y fronteras —si no meras contribuciones— al peor gusto." ¡Caramba!, hay ciertas cosas que no puede uno guardarse, por mucho que las reprima. Pero otras, sí. Como ésta que Jaime no supo detener a tiempo y que, estoy seguro, le pesará en el futuro, pues, en el fondo, es bueno y, más que nada, inteligente.
>
> ¡*Nuevo amor* suscita tantas reflexiones! Puedo, quiero decir, Salvador, que si usted hubiera desaparecido instantes después de escribirlo, no habría sido necesario todo lo que vino después —¡lo que vendrá, también!— para construirle ese monumento que habremos de hacerle algún día. Otra reflexión que me asalta, inaplazable, es la de que, ya que no pongo límites a este elogio que quiero hacer, he de ser absolutamente franco, de una sinceridad sin concesiones, ni siquiera a la amistad, viva y respetuosa, que siempre me ha inspirado usted. Y a lo mejor, ésta vendrá a ser la forma más eficaz de bordar un elogio alrededor de *Nuevo amor*, sin hablar precisamente de él, ¿quién sabe?
>
> El aprecio que le tengo, vivo y latente, me la dicta. Esa profesión de periodista que usted no abandonará nunca, le causa lo que una vez usted

> mismo me aclaraba tan bien acerca de Gutiérrez Nájera: ser víctima de la premura. Muchas veces he deseado tener el don divino de la persuasión, para poder convencerlo, no de que abandone el periodismo, pero sí que lo limite, que lo reduzca en su esfuerzo y capacidad, esas dos virtudes tan nobles que luce usted. Pero es usted un trabajador infatigable y, aunque lo niegue en su "Elegía", de usted, de sus manos "brotan otras manos" [...], "para torcer el rumbo de los vientos", y como el resto de los hombres, usted va también "trabajosamente ascendiendo". Ahora comprendo perfectamente cuáles eran las materias contradictorias, de mi afecto hacia usted: es usted bueno y generoso, está usted levantado sobre su propio genio y puede darse el lujo, tan a menudo como le plazca, de hacer lo que le dé la gana. Yo no recordaba *Nuevo amor* —¡esa estúpida precipitación de la adolescencia!—, pero su belleza había caído hasta el fondo de mi memoria, y eso, ¡eso, precisamente!, era lo que mantenía fiel, inflexible, como roca, mi admiración por usted. —¿Tengo que explicar el proceso milagroso de la subconciencia?
>
> Hace dos días escasos, discutía yo con dos amigos el valor de usted como crítico y el de Xavier como poeta. Ahora, con la seguridad que da la madurez de las ideas y de la moral, y con la digestión feliz de este banquete ávido de poesía que he celebrado esta noche, comparo la "Elegía" con "Décima muerte" y ninguna me parece mejor que la otra. Cada una, en su lucidez estatuaria respectiva, muestra el granito.
>
> *Nuevo amor*, puede compararse felizmente, también, con *Veinte cantos de amor y una canción desesperada* (o es: *Veinte canciones de amor y un canto desesperado* —qué importa). Pero, ¡qué diferencia, Salvador!, entre el hombre usted y el hombre Neruda. Neruda desprecia y vilipendia su propia obra —Rimbaud al revés— y si le fuera dado, la suprimiría sin el menor escrúpulo. Usted la ama y la corteja, aunque en ocasiones se rebele usted mismo contra ella. Pero aun esto se explica: la poesía es un arma tan terrible, tan despiadada, que quema en las manos; es casi siempre un bumerang, ¿no es cierto? ¡Déjeme ser rabiosamente sincero! ¡Quien produjo *Nuevo amor*, tiene un alma de bronce! Tal vez, como aquellas campanas de las viejas rebeliones, ese bronce muestre, aquí o allá, alguna cuarteadura, pero su timbre, ¿no es, acaso, más melancólico? Apagado, sí, pero más dulce y prístino, con un sonido más a queja, a "Elegía".
>
> Así en el bronce, también de *Veinte canciones* —o *Veinte cantos* vuelvo a repetir que nada importa—, sólo que al señor de la campana, después de hacerlo vibrar, se le cayó el badajo. Y esta verdad me hace pensar que usted no es, en realidad, todo lo vanidoso que podría ser; es, extraña metamorfosis, discreto y sereno, precavido y limitado por sí mismo: es usted mexicano.
>
> Y eso —quiero poner mayor énfasis todavía— es lo que lo diferencia de Neruda. Por eso, aunque usted y Xavier se hayan distanciado en diversas ocasiones, estaban unidos férreamente, sí, férreamente por la poesía, por el mismo y tan distinto tono de voz, y por el mismo reconocimiento tácito en cada uno de la valía del otro.
>
> Usted y Xavier complementan a López Velarde en esos tres aspectos

deslumbrantes del mexicano, de lo mexicano, del genio y la poesía de México en este siglo. A veces, también, Carlos Pellicer se da la mano con ustedes. Pero la suya no es la voz suave y modulada de la altiplanicie —el altiplano es México y México, como se dice de Europa y los Pirineos, termina en las Sierras Madres. México es el loro más callado que gritón de López Velarde. En cambio, la voz de Carlos "arrastra las ciudades" y al mismo Pellicer; y a nosotros no nos gusta que nada ni nadie nos las arrastre.

Ya sé que usted no va a reprimir el impulso de publicar esto, aunque sea en extractos. Pero, incluso, si lo hace por entero, por mí no tenga escrúpulo: ya le dije que usted tiene absoluto derecho a hacer lo que le dé su re... al gana. Pero quiero aclarar, y usted me cree, ¿verdad? que no tengo nada contra nadie, que no odio a nadie, específicamente, y que puedo reconocer en éste y en aquel otro, gran valor, destellos de genio, gallardía, buen estilo y motivos interesantes, a veces en algunas líneas, otras en algunos libros...

Le fui a pedir *El joven II* para iniciar mi crítica literaria en ese diario que ya va a aparecer después de tanto prometérnoslo, pero no me gustó. Quizá no lo entiendo —para seguir siendo sincero—, puesto que está irreprochablemente escrito. Tiene esa perfección fría tan peculiar en usted, en su prosa, esa perfección de la palabra exactamente justa y de la coma, o el punto y coma, no menos exactamente colocados, pero, ¿será necesario que le recuerde que el rasgo más humano y auténtico del hombre es, precisamente, su falta de perfección, su alta capacidad de errar que lo sitúa señeramente frente a la perfección fría e inflexible de la máquina? A mí, que estimo tanto a Usigli, me da pena que su insólito genio no alcance a ver que lo radical y primordialmente valioso del mexicano, está en su altísima capacidad para el error; que sea tan exigente y que desee tan sinceramente erradicar una cosa que es el pan y la sal del mexicano. Precisamente, al errar de tal manera en su brillante juicio, Usigli se nos rebela y se nos revela genialmente mexicano. Pero, ¡vaya usted a decirle que está equivocado! Sin embargo, yo tengo un amigo, un amigo entrañable, sagaz, de mirada de lince, un húngaro, ¡créame usted!, que un día me soltó esta frase mayúscula: "Lo que salva a México es el relajo..." Yo no diría tanto, desde luego, pero a la definición le rezumban y le roncan...

Pero, bueno, Salvador, vuelva a su pedestal a estrechar la mano de Xavier, como él lo propuso en aquel magnífico soneto para usted. Vuelva. Su amigo de siempre,

Francisco Zendejas

14 de agosto

Vamos por partes. Es tal el cúmulo de agradables impresiones, recuerdos, sorpresas, que habrá que desarreglar su caos si he de narrarlo inteligiblemente. Si comienzo por las últimas; si le digo que anoche pisé tierra a las once y media de la noche, en Balbuena, después de

haber pasado nueve horas bien corridas en un avión de la CMA abordado en Tijuana a las dos y repleto desde ahí —¡helas!— de norteamericanos (con las únicas excepciones del licenciado Ugalde, el actor Víctor Junco, un hijo del general Abelardo Rodríguez y el suscrito; y era un DC-4); con sólo dos escalas, una en Mazatlán que se halla feliz con sus obras de puerto por fin realizadas después de todas las promesas que venían haciéndoles todos los gobiernos, y en que habían acabado por no creer, de suerte que ahora que ya las tienen no les cabe el gusto en el cuerpo; y la otra en esa Guadalajara cuyo aeropuerto bellísimo ya lo quisieran en Europa; que se ve enorme, y cuya diagonal se percibe como una raya de luces desde el avión; si le hablo, en fin, del regreso, retardado dos días más allá de lo previsto para un viaje que duraría sólo tres, temo que se me queme la gasolina en hablarle de Mexicali y de Tijuana antes de hablarle de Ensenada, y no sería justo, ni cronológico. Ya llegará el turno. Me he quedado en casa esta mañana del jueves para escribirle esta carta. A la tarde reanudaré mis ensayos, me hundiré en el trabajo que me aguarde, y no sé hasta qué punto borre o ahogue estas impresiones del viaje la chamba que me espera. Más vale de una vez empezar a comunicarlas "en caliente".

Y en orden. No he llevado apuntes, pero estoy —hombre solitario y ruminativo y romántico— habituado a las reconstrucciones evocadoras. Las intentaré una vez más.

Salí de México el sábado 4. No precisamente a las seis, pero sí a las seis y cuarto de la mañana. En un avión pequeño, de veinticuatro pasajeros, de Aerovías Reforma. Siempre que puedo, mi condición huraña se complace en apoderarse del último asiento. Desde ahí veía a los demás, y entre ellos era prominente Pepe Guízar con sus caporales y unas señoritas cancioneras, de pelo rubio paja (no se sabe si para peinárselo o para comérselo) una chata de ellas. Iban a Los Ángeles. En una de tantas paradas (porque hace muchas: Guadalajara, Tepic, Culiacán, Guaymas, antes de aterrizar en Ensenada y seguir a Tijuana), Pepe me saludó y me presentó a su compañía. Ya he dicho otra vez que Pepe estuvo en una clase mía de literatura en la Preparatoria, de donde no sé si a él le nació lo poético, o a mí lo folklórico. En México no nos vemos nunca. En cada aeropuerto charlábamos un poco. Yo llevaba muy poco que leer, descuido horrendo: una comedia americana, *The Moon is Blue*, que no me duró sino hasta Guadalajara. El viaje es fatigoso. Llegamos a Ensenada a las cinco pasadas de la tarde.

Yo había resuelto que los señores rotarios que me invitaban serían graves y mayores hombres de negocios, como los que conozco en México. Mi primera sorpresa ocurrió, pues, al bajar del avión, buscar a mis anfitriones con la mirada, y ver que se adelantaban a recibirme tres muchachotes, tres jóvenes que andarán por los treinta: atléticos,

grandotes, sonrientes, blancos, uno de ellos muy rubio. Eran el ingeniero Alonso Vera, Ricardo Hernández y Esteban Skutsch. Y Esteban Skutsch, el rubio atlético, es el presidente del Club Rotario de Ensenada.

La tierra es seca, árida. Las nubes batidas a punto de turrón que había visto desde el aire desaparecieron por completo en el nuevo paisaje de cerros y lomas conquistadas por la carretera. Por ella llegamos al pueblo. Como un Shangri-La, nos aguardaba el Hotel Riviera Pacific, donde me habían reservado alojamiento. Me preguntaron si había comido. Sí, en el avión me habían otorgado una milanesa Goodrich Euzkadi, de suerte que podía esperar hasta la cena. Un baño rápido, pues; el descubrimiento de que mi cuarto asomaba dos ventanas a una playa preciosa; la promesa de visitarla y tenderme en ella ahora que me dejaran solo —y salir con los muchachos a dar una vuelta por la ciudad.

Ricardo y Alonso dejaron sus coches y ocupamos el de Esteban Skutsch, un lujoso convertible abierto. La ciudad se ha tendido, extendido, a lo largo del mar. Tiene una sola calle principal, una típica "Main Street" llena de tiendas, cantinas, billares, cabarets, dos cines. Se llama avenida Ruiz, y desembocan en ella las ocho calles aún no pavimentadas, pero ya preparadas para un pavimento antes de tender el cual conviene que se instalen el drenaje y el agua. Luego está el cerro, hacia donde empiezan a movilizarse las mejores casas tipo búngalo de los ricos; porque el resto de las construcciones, a lo largo de la playa y en las ocho calles que le son paralelas, es de un tipo chaparro y provisional, disperso y un poco anárquico en su planificación de grandes manzanas con calles muy anchas que harán muy caros los servicios públicos. No recuerdo con precisión las cifras, pero creo que la población ha aumentado en diez años a un dieciocho mil, de seis mil habitantes que tenía.

Esa noche iba a haber una cena de carne asada en casa de un rotario y me invitaban a ella. Pero yo estaba muy cansado. No había dormido la víspera, temeroso de dormirme y perder el avión; y luego, el viaje. Rogué que me excusaran, y fuimos a que yo cenara en El Rey Sol, el restaurante francés de Pepita del que me habían escrito que se sentían orgullosos los ensenadenses. Un lugar pequeño, bastante francés dentro de la adulteración que una clientela abrumadoramente americana impone a todo el comercio de esta región. Había *dinner*, con precios en dólares para todo: dos dólares cincuenta el *filet mignon* preparado como les gusta a los americanos: enorme, encuadernado en tocino, con chícharos a un lado y papas del otro, y servido en platón, después de la ensalada, a continuación de la sopa de cebolla y después del coctel de langosta escarnecida con *catsup*. La *patisserie française* era buena. Aunque los muchachos tenían que irse a la cena de carne asada, algo comieron, por acompañarme. Pero no fumaron, Ricardo acababa

de leer un informe espeluznante de una compañía de seguros sobre los daños del tabaco, y como cada cigarrillo priva quince minutos de vida, ya llevaban dos días de abstenerse.

Se fueron a su fiesta. Arriesgándome a que no hubiera taxis en que volver al hotel, caminé poco a poco hacia el pueblo, hasta la "Main Street", que recorrí. Las tiendas estaban abiertas, y llenas, ellas y las calles, de norteamericanos en las fachas más estrafalarias. Señores de toda edad y aspecto visten camisolas de cretona para cortinas, de todos colores, como no las usaría una piruja antigua en sus batas. Los muchachos, pantalones vaqueros, y las viejas, no quiera usted saber las fachas. Y andan felices, emborrachándose, comprando cachivaches, poniéndose sombreros de palma, dueños del mundo, de Corea, de Ensenada; acodados en las barras muy tenuemente iluminadas, como a ellos les gustan. Era bastante desagradable. Tomé un taxi y me fui al hotel, lleno también de americanos en el *beachcomber* donde les cantaban *mexican songs* y ellos seguían con sus camisolas de cretona, sus viejas con pantalones, sus vasotes de *whisky*. Me encerré en el cuarto, desempaqué, descubrí que en el avión se habría abierto mi maleta sin llave, y me faltaba una máquina de afeitar y el filtro de la cámara. Y me dormí, profundamente, oyendo cómo el mar lavaba afanosamente su ropa toda la noche.

Todo el día siguiente, domingo, lo pasé en la muy grata compañía de Esteban Skutsch y así pude, sin que él advirtiera que yo tomara actas mentales de su conversación, archivar aquí y allá trazos de su persona que me permitieran forjar una novelesca biografía de este muchacho nacido en Leipzig, que pasó su niñez en Viena; que con otros chicos de su edad organizó una compañía de cine y filmó en un sótano una película de 16 mm que mandaron a Hollywood —y que Hollywood les devolvió. Él quería ser actor. En realidad, a eso vino a América. Y pudo serlo, sin duda. Todavía lo es, pero de muchacho debe de haber sido guapísimo. No le pregunté cómo vino a dar a México. En realidad, no le pregunté apenas nada, temeroso de que se retrayera si yo parecía excesivamente inquisitivo. Lo dejaba hablar, simplemente, y supe así que hace catorce años (tendría unos diecisiete, me imagino) vino a Ensenada —y se quedó ya para siempre. Habla con tal afecto, con tal gratitud, de Bruno Pagliai, que él debe de ser quien le diera el primer trabajo. Acababan de construir entonces para casino lo que ahora es el Hotel Riviera Pacific, donde me alojaron y donde él, hasta la fecha, vive. Luego trabajó para los vinos de Santo Tomás, y en esa capacidad, viajó por la república y la conoció toda, o casi. Siguió viviendo en el hoy Riviera. Cuando la guerra, usted recordará que el general Cárdenas se apresuró a ir a defender la nacionalidad en Baja California. Se formó un cuartel general de tropas yanquis y mexicanas, que se alojó en el excasino. Las soldaderas hacían la comida en los cuartos, se deterioraba el

edificio. Esteban seguía viviendo ahí. Salía muy temprano a su trabajo, y regresaba por la noche. Un día lo va viendo el general Cárdenas; preguntó quién era ése; le dijeron que un alemán, nada menos, y lo corrió en el acto.

Ocurre aquí otra laguna en su biografía, que mi discreción me impidió llenar. Pero también le está muy agradecido al presidente Alemán. Al parecer, durante un viaje suyo —era entonces secretario de Gobernación— le expusieron el caso de Skutsch, y facilitó su naturalización. Fue una conquista excelente para Ensenada. Se ganó a un mexicano por adopción, por absorción; tan mexicano ya, que dice que cuando va a Nueva York, adonde acaba de ir para ver a su madre, que vino de Viena después de la guerra; o a Los Ángeles a negocios, "ya le anda" por regresar a México, y sólo en México se siente completamente a gusto.

Todo mundo lo quiere y lo trata con confianza. Trabaja ahora para una compañía enlatadora de productos cuyas ventas su inteligencia ha sabido aumentar enormemente: jitomate, abulón, sardinas con tomate. Como presidente de los rotarios, auxiliado en la mesa directiva por otros jóvenes, ha emprendido programas ambiciosos y nobles. Cada dos meses piensan importarse un huésped distinguido que les hable. Yo tengo la honra de haber sido el primero, y estaban muy contentos de mi aceptación, porque cuando fueron a invitar al gobernador García González a la cena en que yo hablaría, les dijo que seguramente yo no iba a ir; que él me había invitado muchas veces y nunca había aceptado. Era pues un pequeño triunfo para ellos mi presencia en Ensenada.

Fuimos por Alonso Vera a su casa. Alonso es también un caso muy interesante de un joven profesionista de la capital que tiene las agallas suficientes para sustraerse a la molicie de México y lanzarse a la heroica conquista de la Baja California, equipado con sus conocimientos y respaldado por su vigor juvenil. El clima prueba a las gentes, su temple. Pero todo está por hacer. Hay oportunidades para todos, y Alonso Vera la ha tenido en la construcción de casas, de pavimentos, de obras públicas. Me llevaron a un cerro desde el cual se domina una vista preciosa de la bahía y de la ciudad. Ahí tienen ya proyectado un fraccionamiento, para trazar el cual se asesoraron del arquitecto Carlos Lazo, importándolo. Venderán lotes en abonos de diez años. Yo ya aparté el mío.

Luego vimos unos locales comerciales que acaba de construir Alonso Vera, a un precio más bajo que los feos de junto, y bastante modernos y agradables de materiales, solución, colores. Nos invitó después un *whisky* en su casa. Su esposa es joven, una niña casi, y tienen ya un bebé como un muñeco. Examiné de reojo sus libros, mientras hablaba de su cuñado Alfredo Kawage, de sus épocas bastante recientes de estudiante y de inquietudes literarias y filosóficas. Antes

habíamos estado en la planta empacadora de tomate, que Skutsch me detalló, y en la que se aprovecha ahora todo el tomate que no se exporta fresco a Estados Unidos, y que es mucho y muy bueno, pues para el mercado yanqui tiene que ser perfecto como una pintura; y el que no llenaba esas calificativas, antes de establecerse esta útil planta, se tiraba.

Intentamos comer en El Rey Sol, pero estaba repleto de americanos, sin una sola mesa ni esperanzas de que la hubiera, y decidimos Skutsch y yo comer en el hotel. Ahí tiene influencias, bajó a la cocina y logró que nos prepararan unas langostas más o menos Thermidor muy buenas. Prolongamos la sobremesa y seguimos conversando en la playa preciosa hasta que apareció la luna con un brillante colgado al cuello, y se metió el sol en un hermoso crepúsculo, y vinieron un rato Alonso y Ricardo. Era deliciosa la lasitud, el fresco de la noche. Resolvimos no salir ya; y como al día siguiente sería de trabajo para ellos, y el de la cena y mi conferencia, nos retiramos a buena hora, después de haber bebido un vaso de leche deliciosa.

No me perdonó Esteban, a la mañana siguiente, una visita siquiera rápida a su planta empacadora de sardinas. Esa madrugada los pescadores habían entregado 35 toneladas, capturadas desde que se mete la luna, porque su reflejo sobre el mar impide localizar a las sardinas, que en la oscuridad se delatan por su fosforescencia. Olía horrible, pero tuve que aguantarme cortésmente. En las oficinas me presentó con don Víctor Salazar, dueño de la planta. Conversamos un rato. Estaba feliz don Víctor de haber venido a México a escuchar la *Traviata* de la Callas, pues le gusta mucho la ópera y la música. A la noche iría don Víctor a la cena de los rotarios.

Y cuando íbamos por la avenida Ruiz, nos encontramos con el gobernador, que acababa de llegar de Mexicali. Yo acababa de telegrafiar a casa que esa misma noche, después de mi conferencia, iría a Tijuana a tomar el avión de las dos de la mañana para llegar a México a las tres de la tarde y ensayar en Bellas Artes a las cuatro. Pero tuve que rectificar con otro telegrama. El gobernador me reprochaba que antes no hubiera aceptado sus invitaciones a Baja California. Y ahora que ya estaba allá, ni creyera que podía irme así como así. Trazó rápidamente un plan de giras mientras despachaba dos o tres asuntos en la delegación de Ensenada, y nos citó para comer con él en el Capri de la Villa Marina.

25 de agosto

Como le iba diciendo, el lunes el gobernador decretó mi captura y el bienvenido desquiciamiento de mis planes de regreso inmediato. De su oficina fuimos a enseñarme algunas cosas de Ensenada que me

faltaba ver, que Esteban Skutsch no me mostraba todavía, como un pequeño, escondido jardín público; una escuela flamante de un tipo limpio y práctico, *standard*, que el gobernador está construyendo en todo el territorio, con aulas para cincuenta alumnos, de dos a seis aulas cada escuela y todas susceptibles de ampliarse conforme los californianos aumenten geométricamente la población escolar; la fábrica de vinos de Santo Tomás, con su técnico italiano y sus enormes barricas de que salen "tipos" sauternes, chiantis, champañas. El técnico me explicó muy pormenorizadamente el proceso, desde que llega la uva y entra en trituración, se cuela, se pone a fermentar, a reposar —y usted perdonará que no haya retenido yo qué más acontecimientos le ocurren. El resultado es que ya hay muchos buenos vinos nacionales, y que acaso el error de su comercio o de su producción consista en darles nombres de "tipos" extranjeros, con los que cabe en el paladar de los catadores una comparación que acaso repercute en un juicio desfavorable cuando de otro modo no tendría sino que reconocer una diferente, e igualmente buena, calidad.

Fui después al hotel a lavarme un poco, y luego a reunirnos con el gobernador en su bungalow de la Villa Marina. Sus hijos, uno de dieciséis años y otro pequeño y rubio, famoso por su agresividad, como cuentan que le consta en una visita al licenciado Beteta, nadaban en la playa. Son bonitos, alegres, frescos estos búngalos de la Villa Marina construidos frente a la playa y en torno al restaurante y cantina Capri a que fuimos a beber martinis y a aguardar a los demás invitados del gobernador. Langosta, que es muy buena, y el famoso abulón, de que tanto me hablaba Skutsch; que vi enlatar por la mañana, y que nos sirvieron empanizado. Terminó tarde la copiosa comida y fui a tomar un descanso mientras llegaba la hora de la cena en que habría de hablar.

Para ir a ella, pasamos por el gobernador. Acababa de llegar a Ensenada el ingeniero Orive Alva, secretario de Recursos Hidráulicos, y mientras aguardábamos a que fuera la hora de ir a El Rey Sol, el ministro y el gobernador acordaban acerca del agua, de su financiamiento, de los metros de tubería necesarios. He conocido y tratado a muchos ministros y gobernadores, de otras épocas; de épocas en que los importantes se daban mucha importancia, traían pistoleros y ayudantes, eran gordos, viejos, siniestros, se encerraban a acordar, bebían, eran misteriosos y temibles. Le aseguro que para mí, que puedo comparar, resulta estupendo ver la medida en que han cambiado las cosas; cómo ahora los gobernantes son seres normales que a nadie temen, que andan entre la gente, que trabajan duro a la vista de todos, y que en vez de agasajar a un ministro visitante con coñac y con putas, se enfrascan sin siquiera una Coca-Cola a discutir con conocimiento real y profundo de las cosas, y delante de los extraños que éramos Skutsch y yo, los asuntos de una administración

que en realidad no tienen por qué ser secretos cuando no son vergonzantes ni vergonzosos.

La cena fue en El Rey Sol. Pepita, a quien la víspera le había yo pedido para cenar un *filet poivré* que no resultó tal, sirvió un pollo magnífico y una ensalada muy buena, y a la mesa de honor, unos pasteles de almendras y chocolate gloriosos. Me apenaba mucho apenas probarlos, pues sobre la comida tardía, procuraba mantenerme ligero para mi número, y bebía café. Son, me dijeron, treinta y cinco rotarios en Ensenada, pero bien habría setenta o setenta y cinco personas en la cena, curiosas de mi conferencia.

Que le juro a usted que hasta el momento de levantarme del asiento, no sabía yo de qué fuera a tratar. En mi carta de aceptación proponía yo que se organizara antes de la cena, en algún lugar, una lectura que yo podría hacer de *La culta dama*, que así conocerían en Ensenada antes que en México; sólo que les advertía que esa lectura duraría dos horas, aunque les garantizaba que no se aburrirían. Ya no me contestaron sino con un telegrama; y allá, me dejaban en libertad de hacer en mi número lo que yo quisiera. Llevé a la cena un ejemplar de *La culta dama*, y aun otro del monólogo, que dura menos. Pero frente a aquellas amables personas, comprendí que iba a ser muy cruel infligirles una lectura de dos horas. Opté pues por hablarles del teatro, luego de agradecer su hospitalidad; lo definí, examiné su definición desde varios ángulos, me solté hablando, como si diera una clase. Observaba su atención y su interés, vigilaba que no decayeran, ponía en práctica recursos, no oratorios, de que carezco; sino de técnica de actuación teatral, para proseguir si advertía que estuvieran interesados, o cortarle si los notaba aburridos o cansados. Y así pude emprender un vuelo de pájaro de Grecia a nuestros días, y con referencia a México, desde Fernán González de Eslava hasta Sergio Magaña. Cuando concluí, miré el reloj. Había hablado bastante más de una hora, y creo que nadie se había dormido.

Hubo uno que otro breve discurso más; votos porque prosigan las visitas de artistas mexicanos a Ensenada, saludos al ingeniero Orive Alva —y se levantó la sesión, y el gobernador se despidió de los rotarios. El ingeniero Orive, muy amablemente, me felicitó por la conferencia, dijo que era una lástima que no la hubieran tomado taquigráficamente y que yo debiera escribirla; que ahora entendía muy bien el valor de lo que estamos haciendo en Bellas Artes, donde él ha visto todas las obras. Y entonces yo, aprovechado, le pedí que nos permita usar su teatrito de Recursos Hidráulicos. ¡Y me lo concedió!

Todavía Skutsch, Ricardo, algunos otros amigos, volvimos a entrar en El Rey Sol, donde ya levantaban las mesas, a seguir conversando de teatro, ampliando lo que había yo expuesto, examinando la posibilidad de que vaya la compañía de Bellas Artes a dar allá funciones. Y sobre todo, ahora ya después de la función, como es justo, sabo-

reando el deleite de aquel pastel de almendras y chocolate con un hermoso vaso de magnífica leche helada, antes de ir a dormir si me dejaba el café, que no me dejó. Y a la mañana siguiente, el gobernador iba a pasar por mí al cuarto para las nueve. Ya tendría yo que estar listo, empacado, desayunado.

Estuve listo. Tomé un último desayuno en la gratísima compañía de Skutsch —y nos despedimos a la puerta del Riviera Pacific, con su promesa de que vendrá con otros amigos el sábado 25 al estreno de *La culta dama*.

La camioneta que manejaba el gobernador era apenas el primero de los surtidos vehículos en que a partir de ese momento recorrería yo la Ceca y la Meca del territorio de Baja California. El segundo era un avioncito Beechcraft de dos motores, con dos asientos a que nos atamos, yo pegado a la puerta que habría bastado abrir para lanzarme a los espacios. Pronto ensordecimos lo suficiente para preferir el mutismo. En treinta minutos de vuelo, o muy poco más (el gobernador, observé, cultiva la manía, que acaso preserva desde sus tiempos deportivos, de cronografiarlo todo), aterrizamos en Mexicali y saltamos a la camioneta que ya nos aguardaba.

¿Qué siguió, en el orden sobrenatural de aquel torbellino de visitas? Ya no podría decirlo. No sé si primero visitamos las escuelas en construcción, o la torre que va a sostener el enorme tinaco que dará el agua a las nuevas colonias, o las calles en pavimentación, antes de salir al camino vecinal que unirá a Mexicali con Sonora, en San Luis. En el caleidoscopio recuerdo que fuimos al Palacio de Gobierno y emprendimos una veloz carrera por sus dependencias todas, que me mostraba y explicaba, hasta llegar al sótano, donde se aloja su, digamos, Secretaría de Hacienda: la oficina de recaudaciones, o fiscal, o como se llame. Ahí les llevan sus cuentas a los contribuyentes, en papelería impresa en pequeñas máquinas que ahí mismo manejan. Y se las llevan al día, con toda claridad, de suerte que al gobernador le rinden cuentas diarias y completas del movimiento financiero del territorio. Así ha podido saldar las viejas deudas, algunas arcaicas, que heredó su gobierno, ponerlo a flote, y presentar un balance cada vez, cada año, más próspero. Sus ingresos de 1950-1951 señalan un aumento de siete millones con respecto al año anterior, y en porcentajes, un aumento del 146 por ciento con respecto al primer año de gobierno de este joven mandatario que circulaba por las oficinas, que se las trae al dedillo; en mangas de camisa, como cualquier empleado.

Pero se advierte que el campo le fascina. Abordamos la camioneta y emprendimos el camino vecinal a San Luis, que están pavimentando a razón de un kilómetro diario, pues se propone que el presidente pueda inaugurarlo lo más pronto posible. Sólo faltaban ese día 18 kilómetros. La tierra es aquí tan seca, fina y pálida, que cuando se desmorona, este barro pulverizado, atomizado, es tan difícil de pasar como el fango. Hubo un momento en que nos atascamos, y el gobernador, como un simple mortal, se bajó a empujar la camioneta mientras yo aceleraba para salir del atolladero.

Me mostraba los grandes cultivos de algodón, y las casas de los ejidatarios, con sus antenas de radio, sus coches en el garaje. Cada ejidatario saca anualmente entre 30 y 50 000 pesos de sus cosechas. Y un señor Escandón, que cultivaba el sombrío negocio de las pompas fúnebres, ha resuelto mudarse a la agricultura, y prospera en ella. Hicimos un alto, para beber una tecate en su lata, en la tienda de un chino que guarda una serpiente en *whisky* del que es broma favorita del gobernador convidar a sus amigos antes de mostrarles su depósito. Le agradezco que a mí me lo haya mostrado antes, y que me convidara una tecate dentro de cuya lata lo más que puede haber cabido es un alacrán.

Recuerdo también la Presa Morelos —majestuosa, magnífica, obra de que los capitalinos no tenemos idea. Aunque acabo de narrarlo en una "Ventana" que se publicará el jueves próximo, condensaré aquí para nuestros lectores una historia que vale la pena conocer para valorizar mejor el servicio a México y el significado patriótico de esa Presa Morelos. Sucede que en 1904 don Porfirio concertó el Tratado de Aguas del Colorado, que habría de dárnoslas para cultivar aquel valle del Mexicali. Pero las tierras eran de la Colorado Land, que las alquilaba a los agricultores mexicanos, nunca por más de un año, para que no colonizaran ni arraigaran. Al año, vámonos, fuera, lejos. El crédito también lo daban los gringos. Y el agua, si querían y como querían. Todo era pues suyo, menos el trabajo de los nuestros.

Pero subió Cárdenas. Lo adoro desde que supe esto. Vio que no había bastante población como para justificar la dotación de ejidos. Cómo iba a haberla, si no los dejaban establecerse. E infló el censo, erigiendo en campesinos hasta a los sastres. Me complace imaginar que haya dado de alta en el censo a los muertos de los panteones, porque habría sido como que los muertos les rindieran, les dieran tierras a sus hijos o a sus nietos. Se levantó el censo, y a repartir las tierras, a realmente rescatarlas para los mexicanos. Y el crédito se los dieron los bancos Ejidal y Agrícola. Ya fue un gran paso.

Faltaba el agua, sin embargo. Los buenos vecinos habían desviado el curso del Colorado de modo que volviera a entrar en Estados Unidos, y nos daban la que querían, y por fin resolvieron vendérnosla. Cerca de cuatro millones de pesos anuales se pagaban por un agua que el Tratado les obligaba a dar gratuitamente.

El único remedio tendría que ser una presa, con un costo de más de cuarenta millones de pesos. Y se resolvió construirla. Ya está ahí, preciosa, enorme, hecha totalmente por mexicanos. Agua, crédito y tierra son ya pues nuestros. Al precio a que nos cobraban el agua los

buenos vecinos, en diez años quedará desquitada, pagada, la Presa Morelos.

Volvimos a Mexicali por Calexico, por la carretera del desierto de Arizona. Ya con hambre, después de la asoleada y del trajín, y fuimos a comer en Shangri-La una comida china en toda regla, que habría merecido la aprobación de Dorsen Feng. Y al Beechcraft, de nuevo, para hallarnos treinta minutos más tarde en Tijuana.

Ahí era un coche lo que nos aguardaba para una rápida visita a las grandes obras emprendidas en la urbanización de los barrios intempestiva y anárquicamente erigidos por los trabajadores: escuelas, no donde las miren los turistas, sino donde hagan falta, todas con su astabandera y su teatrito, de materiales locales, limpias y hermosas, con el nombre de maestros de la región. Ya no quedaba luz para visitar el hipódromo, el excasino de Agua Caliente, Rosarito Beach, las ampliaciones y rectificaciones a una carretera que los sábados y los días de carreras se congestiona de turistas. Todo eso lo vería yo, lo vi, a la mañana siguiente: y el hospital, como rayo, antes de la una, hora en que tenía que hallarme en el aeropuerto para el regreso.

Por lo pronto, fui a asearme al Hotel Foreign Club, mientras llegaba la hora de la cena a que el gobernador había invitado, en el Caesar's, al ingeniero Orive Alva y a muchas personas prominentes de Tijuana. Asumí que sería una cena en honor del ingeniero Orive. Y renuncio a describirle a usted las famosas "calles del vicio" de Tijuana, llenas de neón, de cabarets, de tiendas de sarapes, guajes y folkloreria inocente —y de marineros y soldados yanquis, y turistas con camisas de cortina floreadas. Supongo que el tal "vicio", ahora que el juego es cosa del pasado, consiste en que los yanquis se emborrachen como cubas los sábados. Y realmente no tiene importancia.

Pero la cena —¡cuánto obliga mi gratitud!— era en honor mío. Me la ofreció el gobernador, mi alumno de literatura en Preparatoria, el muchacho atleta, el mandatario incansable y progresista y lúcido. Restituido a mi rutina y a mi inutilidad, añoro aquellos momentos de hermoso contacto con la vida nueva y pujante de México.

15 de septiembre

Usted, Daniel, que el sábado presenció la forma francamente estruendosa en que triunfó en Bellas Artes mi *Culta dama*; que la encontró tan de su agrado como me lo hace suponer el hecho de que volviera a verla ayer, cuando ya no se distribuyeron los boletos de cortesía de los estrenos, y sin embargo estuvo el teatro lleno en las dos funciones, y la gente volvió a pedir al autor, usted comprenderá bien que haya sido con la más viva y natural curiosidad como esta mañana yo revisara los periódicos en busca de crónicas y críticas de aquel acontecimiento.

Es el día en que Francisco Monterde publica su crónica semanaria en *El Universal*. El sábado, Panchito subió a saludarme al escenario, desde el primer entreacto, y al final. Sus crónicas son habitualmente breves y generalmente frías. Tengo que agradecerle que en el caso de *La culta dama*, el agrado con que personalmente me manifestó haberla recibido, le haya dictado una crónica desusadamente larga, y gentilmente elogiosa.

En *Novedades* cubrieron, me imagino que Rosario Sansores, el aspecto "social" del estreno del sábado. Dice que en realidad se la esperaban peor, y que había sabido que a los cronistas sociales los ponía la obra "como no digan dueñas". Y que no hay realmente injurias en ella.

Yo temí, ciertamente, que se fuera a pensar que en la "Melchorita" aludida por mi "Carmen", había retratado a Rosario. No fue nunca mi pensamiento, ni ella mi modelo, que por lo demás, en el segundo acto queda perfectamente localizado. Melchorita en cambio se calló ese día. Su periódico prefiere el silencio. Fue para mí muy divertido, durante el estreno, observar desde las puertas del proscenio la reacción respectiva del público y de los "cronistas" cuando Carmen los define y caracteriza. Ellos estaban en las primeras filas, que son las que exigen que se les regalen, de suerte que yo podía ver sus caras y ver cómo se sumían incómodos, en sus butacas, cuando el público suelta la carcajada al escuchar una definición de su género y una opinión de Carmen sobre ellos que por lo visto el público comparte.

Pero, en fin, aquel juicio y esas alusiones se referían concretamente a los cronistas sociales. Cuando más, a este tipo híbrido del pequeño columnista que en el mismo aliento resuelve su flotación alimenticia, su eventual propina, la inefable cenestesia de su importancia "social", y su derecho a impunemente opinar de todo lo que no sabe. Los críticos especializados en teatro son otra cosa. Porque así lo supongo, les envié con anticipación de dos días sendos ejemplares de *La culta dama*, de la edición que acabo de hacer y que se vende durante las funciones, a ver si siquiera recupero lo que me costó su impresión. Con enviárselas, me propuse facilitarles el conocimiento anticipado y tranquilo de la obra en sí desde un punto de vista, digamos, literario. Podrían así desmenuzarla, analizarla técnicamente, aun idiomáticamente. Luego, al verla, podrían mejor juzgar el desempeño de los actores y de mi dirección.

Para una mayoría de cronistas; de espontáneos entrevistadores; de amigos a veces desconocidos o escondidos en diarios y revistas, cuyas gentiles opiniones, notas, fotos, páginas, tan calurosamente acogieron a *La culta dama*, no tengo sino el más vivo agradecimiento. El efusivo, alegre, bonachón, amistoso Jaime Luna; la querida Elvira Vargas, en *Esto*; Ángel Estivil en *Atisbos*; Juan N. Huerta, Francisco González Guerrero, Demetrio Bolaños, en *El Universal*;

Antonio Magaña Esquivel, Antonio Rodríguez y Fernando Sánchez Mayans en *El Nacional*; Armando de María y Campos, Héctor Alpuche, Carlos Vázquez Herrerías, Marilú Fernández del Valle, Armando Valdés Peza, Agustín Barrios Gómez, Roberto Cantú Robert, en *Novedades*; Alfredo Kawage y Mauricio Ocampo Ramírez en *Zócalo*; Fernando Mota en *Revista de Revistas*; don Antonio de la Villa en *El Mundo*, y el reportaje tan amable de *Nosotros*, y la nota de *Tiempo*, y la de Julio Sapietza en *El Universal Gráfico*.

No podría nombrar, como quiera, a todos los periódicos y revistas, y a los amigos, a veces desconocidos, que en ellos alojaron a *La culta dama*. Lupe se llevó los recortes para clasificarlos y pegarlos, y no los tengo a la mano. Pero a todos se los agradezco mucho.

En los ocho días de funciones salteadas que llevamos (salteadas a causa de las suspensiones a que los miércoles nos obliga el concierto de la Sinfónica de Jalapa, y la semana pasada por la suspensión de toda otra actividad en Bellas Artes que fue forzosa, para adaptar el escenario al Informe presidencial), nuestra curva de ingresos por taquilla ha sido asombrosamente alta y constantemente ascendente. No se había dado nunca el caso en comedia, de que se vendieran las plateas, y esta vez están siempre ocupadas por familias aristocráticas, en tanto que los pisos segundo y tercero, que hemos mantenido muy baratos y asequibles a todo el mundo, se miran cada vez más poblados. Es curioso lo que pasa con esos pisos. Se oye muy bien desde ellos, mejor acaso que desde la luneta, y son más baratos que el cine o que cualquier otro teatro. Y sin embargo, su concurrencia es habitualmente escasa, como si el pueblo o la gente de poco dinero le tuviera miedo a los mármoles y a los terciopelos de Bellas Artes. Y en una obra como ésta, precisamente la gente que más importa que la vea es la de pocos recursos, la que puede venir al segundo y al tercero sin grandes desembolsos aunque tampoco son muy grandes o muy altos los precios del primer piso.

Ha estado viniendo todo México; gente de sociedad, gente de cine, políticos, intelectuales y, los domingos, ese público anónimo y numeroso, recatado y un poco frío que los domingos mantiene la costumbre de ir al teatro en la tarde. Estamos en los linderos de los 40 000 pesos de ingresos que ya dejan una considerable ganancia ahora mismo, puesto que el montaje llegó a 10 000 pesos, en publicidad de desplegados, carteles y programas, llevaremos gastados unos 15 000 pesos, y la nómina es de 1 000 pesos por día aproximadamente. Me da naturalmente mucho gusto que nadie pueda ahora decir que aprovecho mi puesto para hacer incurrir en erogaciones infecundas al INBA. Eso por lo que hace a mi puesto. Por lo que hace al teatro mexicano en general, me satisface también mucho que por fin una obra mexicana bien puesta, con buenos actores, se pague sola a las primeras funciones y empiece a ser negocio enseguida.

Claro que es una lástima que tengamos que cortarla en pleno auge, el próximo domingo 16. Manolo Fábregas, que tiene muy buen ojo, dice que si la tenemos que sacar de Bellas Artes, deberíamos conseguir a tiempo otro teatro a que llevar *La culta dama* el día siguiente para continuar su éxito. Celestino Gorostiza que vino anoche, encuentra que es una obra clásica de público, que puede alcanzar fácilmente los centenarios siempre que se sostenga en continuidad, y opina también que debemos llevarla a otro teatro en que no haya interrupciones. El propio licenciado Gual Vidal, a quien anoche saludé en la exposición de Pinturas Coloniales, me preguntó cómo iba *La culta dama* y si no sería posible transplantarla a otro teatro o prolongarle aquí mismo las fechas. Creo que esto no es posible. El día 18 van a bailar unos bailarines hindúes, el 20 otra vez, el 21 lo tiene la Universidad, así como el 24, y luego ya empieza el *Cristóbal Colón* de Fernando Benítez, y Julio Prieto necesita desde antes el foro para construir las carabelas y todos los numerosos decorados de esa epopeya.

Empiezan a llegarme felicitaciones y recortes de los estados, de personas que vieron aquí la obra o que se han enterado de su buen éxito. Entre otros, hoy me llegó un recorte de *El Siglo de Torreón*, con un artículo de Isabel Farfán Cano, muy inteligente, y del cual copiaré, para terminar esta carta, el párrafo siguiente:

> Ante un auditorio inequívocamente democrático, porque en él se encontraban representantes de todos los sectores sociales y de todas las ideologías, ahora vinculados por el común denominador de una curiosidad, asaz morbosa, se estrenó *La culta dama*, comedia en tres actos de Salvador Novo. No tenemos noticia de otra obra teatral, escrita por mexicano, que haya despertado mayor interés, ni hubiera sido esperada con tan viva ansiedad. Y la razón es obvia. *La culta dama* llegaba al escenario de Bellas Artes, precedida de un enjambre de suposiciones maliciosas, de suspicacias y de imaginaciones pérfidas. Claro es, que quienes creyeron encontrar en la pieza de Novo, retratada a tal o cual encopetada señora de nuestra élite, para solazarse y reír a sus costas, salieron en mucho defraudados. Porque *La culta dama* de Salvador Novo no es "ésta", ni "aquélla", sino la representación de una sociedad esclavizada por los prejuicios clasistas, cuyos hombres refugian sus insatisfacciones espirituales en los negocios fabulosos; y cuyas mujeres canalizan sus represiones, entregándose, con desorbitado ímpetu, a la ejecución de obras filantrópicas, en las que no hay el aliento noble y generoso del ideal puro, sino la dinámica de la desesperación y del complejo de huida. *La culta dama* es esa sociedad mexicana, perdida en el mar de su abundancia económica; esa sociedad que, como Midas, todo lo que toca se convierte en oro, pero, a semejanza del famoso rey, está hambrienta de felicidad; vive paupérrima de amor, del amor auténtico que no sabe de chequeras, ni de conveniencias, porque es un don maravilloso, que sólo otorgan y reciben las almas sencillas desinteresadas, limpias.

22 de septiembre

Fui un momento a Bellas Artes y poco después de las seis, al coctel que Tony Graham ofreció en las oficinas de la BBC a Norman Zimmern, director del servicio latinoamericano de la BBC en Londres, a quien allá conocí y traté; que habla perfectamente español y que ahora realiza un viaje de inspección de las sucursales de la BBC en América. Un viaje relámpago, como el anterior que hizo me parece que hace dos años. Me dio mucho gusto saludarlo, y tres horas más tarde encontrármelo en Bellas Artes viendo mi obra, que me pidió autorización para que se adapte al radio y se transmita desde Londres para toda la América Latina. Claro que se la concedí gustosamente, aunque bien sé que no habrá mucho por derechos, pues la BBC no tiene mucho dinero para gastos y además el que allá se gane no puede salir de Londres. Pero es un honor y una satisfacción.

En el coctel conversé con don Rómulo O'Farrill Jr. Le había gustado mucho lo que vengo escribiendo sobre televisión en las "Ventanas" de *Novedades*. En vísperas de inaugurarse más estaciones de televisión, parece oportuno que el gobierno se preocupe por el desarrollo de la televisión en México y provea con un buen reglamento o con algún sistema de vigilancia un control de sus actividades, el efecto sin duda enorme que alcanzará en el pueblo este nuevo medio de penetración en las conciencias. En Estados Unidos están preocupados a este respecto con su televisión. En uno de los últimos números del *Saturday Review of Literature*, el senador William Benton publica un largo artículo en que expone la delicada situación. Benton fue publicista antes que senador, y le constan los inútiles esfuerzos que periódicamente se han hecho en Estados Unidos por contener la avalancha de mediocridad y trivialidades que la radio, dejada libremente en manos de la empresa privada, ha volcado en el público norteamericano. Y ni él ni nadie querrían que sucediera lo mismo con la televisión. Los temores que todo mundo abriga de que ese mismo vaya a ser el camino que siga la televisión, puesto que se la deja libre como la radio a la iniciativa privada, explican que la Comisión Federal de Comunicaciones del gobierno norteamericano se haya abstenido desde septiembre de 1948, de autorizar licencias para el funcionamiento de las dos mil estaciones transmisoras de televisión que aguardan solamente permiso para funcionar, y que únicamente se hallen en el aire hasta ahora, las ciento siete que obtuvieron anticipadamente su licencia, para servir a los trece millones de aparatos receptores que se calcula que hay ya en los hogares norteamericanos.

El senador Benton estima en ese artículo que los próximos meses en que el Congreso de su país estudie la ley que él mismo ha propuesto para el control de la televisión, pueden considerarse cruciales para la civilización norteamericana en la medida en que resultarán si el

nuevo instrumento va como su hermano mayor el radio a convertirse en la Feria de Atlantic City, o a ponerse al servicio de los más altos intereses de la educación y de la cultura del pueblo.

Uno de los cuatro caminos que se le ocurren al senador Benton para salvar a tiempo a la televisión, es un camino que concilia la libertad de empresa con la libertad de los receptores para comprar programas de su gusto y de su conveniencia cultural. Parece que existe algún medio técnico para que los receptores de televisión escojan programas especiales que puedan comprar y recibir en sus aparatos. Así se pueden financiar automáticamente programas que no necesitan patrocinador comercial y que satisfagan a un determinado y selecto sector del público. Él pone un ejemplo que es bien demostrativo de semejante risueña posibilidad: calcula que habrá unos dos millones de coleccionistas de timbres postales y que estos señores pagarían con mucho gusto un dólar periódicamente por recibir en sus pantallas la imagen y las explicaciones de los timbres o colecciones que son su interés. La estación que transmitiera y vendiera a esa clientela específica semejante programa, tendría asegurado para su financiamiento un total de dos millones de dólares.

Es evidente que en México conviene hallar el medio de hacer que la televisión sirva a la educación y a la cultura. La Secretaría respectiva, y a su tiempo la Universidad podrían y creo que deberían contar con sus propias estaciones, o bien con horas en las estaciones comerciales, destinadas a difundir programas educativos. Si se puede esto financiar como el programa de las estampillas que propone el senador americano, estoy seguro de que habría suficientes clientes para recibir en su casa lecciones de los mejores catedráticos de la Universidad, pagando por ellos gustosos: demostraciones quirúrgicas de los más eminentes maestros, clases de física y de química o de cualquier otra materia de demostración objetiva que también podrían financiarse con fruto.

En Inglaterra, claro, no tuvieron nunca problema con la televisión. Cuando ella surgió como una hija monstruosa del oculto coito entre el radio y el cine, sencillamente la metieron en el carril en que a tiempo subordinaron a la radio constituyéndola en monopolio y entregándola a una corporación técnica y seria que mereciera cumplir tres fines: informar, instruir y divertir. Aquí la palabra monopolio nos suena fea, porque pensamos en un consorcio comercial lucrativo, extorsionador de los que están prohibidos por la Constitución. Pero no se trata de eso en el caso del monopolio de la BBC. En realidad se trata justamente de conjurar la posibilidad de un monopolio semejante, pues el de la BBC no lucra ni vende nada, ni anuncia nada que se venda, ni se sostiene con el dinero de los anunciantes a costa de la trivialización de los oyentes. Su presupuesto lo cubre con el impuesto modestísimo que paga cada dueño de un aparato de radio, de los que hay 40 mi-

llones en Inglaterra, de suerte que, una libra por año, son 40 millones de libras más que recibe la BBC y con las que se sostiene. Por la posesión de un receptor de televisión, se paga el doble, pero se tiene también la seguridad de recibir en él una programación no comercial, sino estrictamente informativa, educativa o de diversión. En nuestros países libres, Estados Unidos o México, la radio funciona de otra manera que ya conocemos, y la televisión ha empezado a trabajar sobre los mismos carriles que la radio. Pero es sintomático que la conclusión a que llega el senador Benton en su largo alegato publicado en la *Saturday Review*, equivalga precisamente, aunque en forma democrática, al monopolio que fue ya la solución británica para este problema del servicio o del perjuicio hecho al pueblo por los nuevos instrumentos de comunicación. Pues el senador Benton acaba por proponer que se constituya una comisión en el Congreso, en la cual el pueblo se vea representado para opinar acerca de las actividades de la televisión, encauzándolas bien y formulando anualmente recomendaciones para la constante modificación de los reglamentos de su funcionamiento.

Ayer (termino esta carta el jueves), llegó Henrique González Casanova y gritó en la puerta: "¡Viva Salvador Novo, hijos de la culta dama!" Venía a comunicarme que en *El Popular* de esta fecha le dedicaban el editorial a esa obra, caso insólito; y que la analizaban con entusiasmo y con inteligencia. Lo encargué, lo leí y lo agradecí mucho. Me parecía sintomático ver en un mismo día que en la revista *Social*, la de los apretados, le dedicaran a *La culta dama* una página con fotos de los elegantes concurrentes a su estreno, el mismo día que el polo opuesto, *El Popular*, decía de ellas cosas como:

> Ya es un hecho positivo y significativo el que, mientras los intelectuales de curul y portafolio dedican su ignorado talento a redactar manifiestos futuristas, cuyas firmas rectificarán mañana, los verdaderos trabajadores de la auténtica inteligencia mexicana, entre los que Novo ha marchado en primera fila desde que tenía veinte años, ofrecen a México un teatro ya maduro, con dimensiones universales y calidades perdurables.
>
> Pero es más positivo todavía el hecho de que un escritor como Salvador Novo, con una luminosa inteligencia, una profunda sensibilidad poética y un prestigio indisputable, que podían hacerlo suponerse dispensado de ciertos deberes hacia el país, cumpla el suyo con tan certero acierto y tan limpio decoro.
>
> Pertenece Salvador Novo a un grupo al que se acusó hace algunos años de haber vuelto la espalda a México. Acaso pudo haber sido justa, aunque bastante descuidada y burocrática, aquella acusación y desde luego hay quien crea que fue errónea. Pero no es el lugar para puntualizar sus términos. En todo caso, resulta absurda ahora, y desde hace tiempo, la imagen de un Novo ausente, desdeñoso u olvidadizo de México. Y *La culta dama* es la última prueba.
>
> Nunca, en verdad, se había presentado con tan precisos caracteres a ese tipo de damas cultas y caritativas, especie de viudas de vivo porque sus maridos prefieren a las rudas exóticas, que simulan cultura, caridad y cristianismo en medio de partidos de canasta uruguaya, de mambos y de *whiskys*, a la mejor de marca americana. Señoras que le ponen Coca-Cola al vino de Borgoña o consumen, delicadamente, champiñones en salsa borracha, barbacoa con *curry* o nenepile con Nescafé y cuya mayor ambición social estriba en recibir una lejana sonrisa de doña Sloan Simpson o besar el anillo de algún por otra parte ilustre cardenal viajero, mientras sus distinguidos esposos, gordos, por el tiempo y la molicie, andan a caza de políticos venales y de funcionarios desvergonzados para hacer negocios cuya porquería no mancha sus blasones, ni la frente que dan a besar a sus hijos.
>
> Y nunca, tampoco, un literato había tenido tanto valor para emplear tan directa y certeramente la sátira.
>
> Algunos de los miembros de esa aristocracia dicen hoy, así se ha publicado en varios periódicos y revistas, que esperaban de Salvador Novo una versión mexicana de Oscar Wilde. ¿De dónde sacarían semejante disparate, como muestra mejor de su perfumada barbarie? Y, claro está, afirman que la obra es disolvente y antirreligiosa y que, válganos Dios, ha defraudado al mejor público.
>
> En cambio, el público de auténticos aficionados al teatro, los verdaderos espectadores y el pueblo mismo aplauden la obra y la comentan con elogio. Ayer nada menos, en uno de esos lugares adonde el pueblo concurre a divertirse, pudo escuchar este sistemático grito: ¡Viva Salvador Novo, hijos de la culta dama! ¿Qué mejor opinión?

29 de septiembre

Admito que me cuesta trabajo contenerme; pero no estoy dispuesto a volver a caer en la trampa de unir mi nombre —mejor dicho, de recoger junto a mi nombre, el de ninguno más de los pequeños reptiles que me suelen salir al paso, ávidos de improvisarse a mi costa, no una reputación, que eso cuesta años de trabajo honrado; pero sí una publicidad. Aludo, así de crípticamente y no aclararé más, al confesadamente publicista que maquinó su publicidad y halló para ella el sitio vocacional, congruente, adecuado y propio, del periódico que me distingue con su odio.

Ese periódico me dio mi 15, ciertamente. Y por partida doble. Su segunda edición recogió con igual deleite las irritadas injurias que el flamante seminarista Rodolfo Usigli acogió para rubricar su ingreso en la docta corporación que lo ha hecho su miembro; su fulminante declaración de que mi contribución a las letras mexicanas se reduce a unos cuantos poemas de antología; sus cuentas personales sobre los gastos de la producción de *Los signos del zodiaco*; su determinación de aludirme como a "ése" para no nombrarme nunca; su afirmación de que me echo pimienta en los ojos para no ver que el público rechaza mi labor...

Temo que la pimienta se la haya acabado en sus propios ojos el celebrado dramaturgo. Si hubiera abierto los ojos; si no se los cegara la tristeza del bien ajeno, habría podido ver que el público que rechaza mi labor llenaba en esos momentos un Bellas Artes bastante mayor que el Caracol. El mismo público que en cambio desertó la *Corona de sombras*, la *Noche de hastío* y *Los fugitivos*. Un público que por su número, en veinte funciones de *La culta* dadas en Bellas Artes, habría nutrido en el Caracol hasta cuatro pueriles y nebulosos centenarios.

Quede aquí todo esto. Conste que yo le abrí las puertas de una honorable reconciliación a Rodolfo Usigli. Queda por él, pero no le haré daño alguno, porque yo no lo envidio, y me alegraré de que al fin triunfe, siquiera en su versión japonesa, su *Corona de sombras*.

Escribí la anterior cuartilla el domingo, después, naturalmente, de haber despachado mis demás colaboraciones de la semana: a hora fija, como dice Sergio Magaña que me llega la inspiración, en el supuesto de que ella exista, o de que lo que así se llama sea necesario para redactar dos artículos de tres cuartillas. Nada es tan sedante como escribir, volcarse, expresarse. Acaso sólo tocar música. O bien mirado, pintar, que es un poco escribir.

Acababa de llegarme un ejemplar del número de *Saturday Review of Literature*. William D. Patterson vino hace unos meses a preparar una sección sobre México, para la cual me encargó un artículo, "Portrait of Mexico City", que aparece, con mi retrato, en la página 43, ocupa toda la 44 y concluye en la 62. Me pasé del número de palabras que me habían pedido, y les autoricé a cortar el artículo si era necesario; pero veo que lo dejaron completo. Ahora sólo falta que llegue el hermoso cheque de 150 dólares que allá pagan por artículo —y no se lo digo a usted por nada, sino por pura estadística.

Son doce los artículos dedicados a México en ese número, y de ellos, sólo tres los firmamos mexicanos: la señorita Luisa Álvarez, que escribe sobre la cocina mexicana el artículo "Peppers in the Pot"; Felipe García Beraza, que firma una nota breve sobre Mexican-"American Slang", y yo. Los demás, norteamericanos, son escritores conocidos y buenos.

El primero en orden es Henry Bamford Parkes, a quien se describe como autor de *A History of Mexico*, profesor de la Universidad de Nueva York, y "aficionado a nuestro vecino del sur por muchos años". Su artículo, "The Idea and the Heritage" es una especie de síntesis filosófica de nuestra evolución social.

El siguiente artículo, "Men and Letters", lo escribieron los Raine, Philip y Alice. Él es el agregado cultural en la embajada de Estados Unidos en México. Comienzan por establecer como una opinión admitida generalmente, en México, que su literatura —especialmente en lo que toca a la "ficción"— está aún en una etapa de "amorfos

tanteos", lejos de la profundidad y la madurez que la colocarían en el nivel de otras naciones en la literatura mundial.

Esta opinión, sostenida por José Luis Martínez, que es la primera autoridad literaria que citan los Raine, es el punto de partida de una breve reseña de nuestras letras que pasa en rápida mención sobre Antonio Caso, López Velarde, Vasconcelos, Alfonso Reyes, Mariano Azuela. De Reyes mencionan la prolífica producción de sus ciento veinticinco libros publicados con asuntos tan varios como las flores que se abren todo el año en los valles y en las cuestas de los volcanes de su amado México.

Fuera de Reyes cita a otros tres ensayistas: Antonio Castro Leal, Julio Jiménez Rueda y Daniel Cosío Villegas.

Al ocuparse en los poetas dicen los Raine que

> ...todavía están probablemente entre los más populares de los ciudadanos que escriben en México, y una buena lectura de poesía puede convocar a un copioso público que si no se compara con el de una corrida de toros, es sin embargo considerable. La muerte de Xavier Villaurrutia, autor de muchas comedias y volúmenes de verso (*Nocturna rosa*; *Nocturno de los ángeles*; *Reflejos*) y el centenario de la muerte de López Velarde, autor del poema *Suave patria*, fueron recordados en largos editoriales y muchos homenajes. Ningún poeta de Estados Unidos podría esperar nunca la devoción que su arte provoca en México y en las otras Américas.

Después de atribuir a los poemas de Xavier dimensión de volúmenes (los nocturnos mencionados son poemas de un solo volumen); y a los treinta años que hace que falleció López Velarde la magnitud de un centenario, los autores de esta breve y verídica historia de nuestras letras afirman que probablemente la más popular y seguramente la más de moda de los nuevos poetas de hoy, es Guadalupe Amor, una mujer joven, atractiva y anticonvencional, cuyos rasgos han sido ya inmortalizados por la mayor parte de los artistas de México, de Diego Rivera en adelante. Pita Amor se ha vuelto casi un culto; los famosos y los grandes van a sus salones, y cuando ella visita las diversas universidades del país para leer su poesía, los estudiantes escuchan a sus pies.

Junto a Pita Amor como la poetisa más de moda, colocan al poeta más internacionalmente conocido, Jaime Torres Bodet. Luego siguen con la novela. Comentan que es admirable que alguien se dedique a escribirla en un país en donde vender cuatro mil ejemplares de un libro, ya se considera un éxito y donde Rubén Romero ha dicho que 600 pesos es la ganancia máxima que él espera de un libro. Luego citan a Salvador Pineda, a Martín Luis Guzmán y a Agustín Yáñez, a Gregorio López y Fuentes, y por último a los más jóvenes: Sergio Magaña, Fernando Benítez y José Revueltas.

El siguiente artículo está consagrado a la arquitectura moderna de

México y lo escribe Anita Brenner, autora, como es sabido, de muchos libros y guías sobre México y residente desde hace algún tiempo en nuestro país, en el que creo que nació. Sigue luego mi artículo, tal y como lo pidieron: una descripción de la ciudad que equivale a un resumen de la *Nueva grandeza mexicana*.

Después hay uno muy bonito, "El paisaje increíble", de Herbert Weinstock. Herbert, lo conozco, es muy simpático y quiere y conoce mucho a México, donde pasa sus vacaciones cada año y se alegra de que coincidan con temporadas de sinfónica o de ballet, pues sabe mucho de música y es autor de una hermosa biografía de Tchaikovsky. Trabaja para la editorial Alfred A. Knopf en Nueva York.

No podía faltar un artículo sobre los toros y los toreros. Se llama "Toros bravos y hombres bravos", y lo escribió Tom Lea, de quien informa una pequeña nota que es autor y pintor y que combina sus talentos al escribir o ilustrar la muy vendida novela *Los toros bravos* que subsecuentemente se convirtió en una película de éxito acerca del toreo en México. Los mexicanos, agrega la nota, piensan que es "muy torero", con lo que quieren decir que se trata de un verdadero experto.

En seguida aparece un artículo sobre la pintura y la Revolución, escrito por Jean Charlot. Charlot estuvo en México algunos años por 1921, cuando empezó el movimiento muralista que él conoce muy bien y que en ese breve artículo examina ligando a él, después de dar una rapidísima ojeada, a la historia de la pintura en nuestro país.

El siguiente artículo es todavía más breve; se consagra al arte folklórico mexicano y lo escribe Fred Leighton, que es vicepresidente de la Cámara Mexicana de Comercio de Estados Unidos.

Luego la señorita Pru Devon firma el artículo "Una tierra que canta y baila". Una nota informa que la señorita Devon es una devota aficionada y coleccionista de la música latinoamericana auténtica para la cual ha ganado un vasto auditorio en la estación de radio WQXR en la que toca la guitarra, canta y toca discos de música nueva y antigua de las Américas. Por la lectura de su artículo se ve que realmente está muy documentada en nuestra música popular y que está al corriente en su colección de discos de Jorge Negrete, las hermanas Padilla, los Panchos, los Calaveras, Pedro Vargas, Miguel Aceves Mejía, Luis Pérez Meza, etcétera.

En seguida aparece el artículo de la señorita Luisa María Álvarez sobre cocina mexicana, en la que se la describe como una autoridad al mismo tiempo que como funcionaria de la Dirección General de Turismo. La señorita Álvarez habla del mole, del chocolate, de la barbacoa, del pan dulce, del brasero, de las tortillas, del arroz, los tacos, el pulque y por último de las chalupas poblanas del paseo de San Francisco que describe de la siguiente manera: "Chalupas son una especie de *sandwich* abierto con tortilla en vez de pan, fritas y decoradas con pollo deshebrado, puerco, chorizo, queso, chile y lechuga."

El artículo más largo y seguramente más útil para los turistas americanos a quienes se destina este "Pasaporte a México" que es el nombre que la revista da a la sección que nos dedica, es el llamado "Footloose in Mexico" por Horace Sutton. Se trata de un viajero experto y profesional que acaba de regresar a Nueva York después de un largo viaje de documentación sobre México, que vuelca en su artículo lleno de consejos tan prácticos como los siguientes:

> Los americanos que quieran regresar con memorias felices de México, deben decidirse de antemano a declinar las ensaladas, las verduras crudas y a cuidar de donde pidan puerco y pescado. No pregunten si puede beberse el agua. La pureza del agua se ha convertido en un punto de honor local y los meseros y los gerentes del hotel la recomendarán, pero no la beban excepto en la ciudad de México. Pidan una botella de Tehuacán y cuídense de los cubos de hielo. Un modo más seguro de darle la vuelta a un escocés helado consiste en pedir alguna de las excelentes cervezas mexicanas que son ricas, malteadas y no tan gaseosas como las nuestras. Prueben Carta Blanca, Bohemia o Dos Equis. Durante los primeros días no coman ni beban demasiado porque tendrán dificultades para su digestión.

Luego, el autor dice cómo se comen los gusanos de maguey, las tortillas y el mole. Advierte contra el peligro de pensar que los cuatro pesos que cuesta una hamburguesa en México sean cuatro dólares a causa de que usamos para los pesos el mismo signo que ellos para sus dólares. Sus consejos alcanzan hasta advertir que no debe darse mucha propina en México. Luego indica cómo llegar: por aire, por coche, por tren, y qué hacer una vez en la capital; las cuotas y los nombres de los principales hoteles, los nombres y los precios de los principales restaurantes; el paseo inevitable a Xochimilco y los toros y las novilladas. No se reduce a escribir y recomendar la ciudad. También se da su vuelta a Cuernavaca, a Taxco, a Acapulco y a Yucatán.

El último artículo, sumamente breve, sobre el *slang* mexicano-americano que firma Felipe García Beraza, profesor de español en la ciudad de México. Se refiere al lenguaje mixto que hablan en la frontera los "pochos", palabra ésta que lleva quince años de vigencia, desde la publicación del *Ulises criollo* de Vasconcelos, en que él la emplea y que es una mezcla de insulto o afecto. La palabra pocho ha permanecido porque mejor que ninguna otra describe la mezcla híbrida de las actitudes americanas en el espíritu mexicano.

El martes dimos la definitivamente última función de *La culta dama*, con teatro absolutamente lleno y una recaudación de taquilla que al día siguiente reveló como total de la temporada de veinte días, cifra *record* para cualquier comedia de cualquier autor en cualquier tiempo en México, de 100 123 pesos.

Fuera de que aún en esa última función recibí las cordiales felici-

taciones de personas de verdadero talento, como José Revueltas que estaba entusiasmado; de Octavio L. Bustamante y de Antonio Caso Jr. (quien entre paréntesis me dio la sorpresa de traerme ya terminado, un libro mío cuyos originales tenía en su poder desde hace algún tiempo y que se llama *Éste y otros viajes*); y de que el aplauso y la llamada a escena que me dio el público me compensaban de todas las injurias y de todos los sinsabores que me ha acarreado la envidia de mucha gentuza, aquel resultado innegable me dejaba ya completamente satisfecho. Por eso, aun cuando el maestro Chávez ordenó que se cancelaran actividades ajenas al INBA a fin de que prosiga *La culta dama*; y aunque por otra parte ayer, estando en el foro durante la ceremonia de homenaje de los intelectuales al presidente, recibí por correograma de la Presidencia, la copia del acuerdo que me concede un teatro oficial para proseguir en él las representaciones de *La culta dama*; pienso que no las reanudaré, y si se hace será contra mi voluntad.

6 de octubre

Antonio Caso Jr. vino a verme a fines de la semana pasada. Como ya le conté a usted, tiene listo en su Editorial Stylo un libro mío de viajes que se llama *Éste y otros viajes*. Pero no lo había puesto en circulación antes de hablar conmigo para concertar la publicación de otros libros de viaje que ya me ocupo en componer. Me contó una anécdota reveladora de la tirria que algunos compañeros escritores me profesan tan gratuitamente. Uno de ellos le llevó un libro. Y al escuchar que con mucho gusto lo publicaría, pero que primero tendría que sacar el mío, que ya estaba terminado, el autor montó en una cólera desproporcionada, se levantó y arrojó lejos de sí la silla. El editor le explicó que en primer lugar publicaba mi libro y aun mis libros, porque su editorial aspiraba a dejar en su catálogo la obra de los escritores mexicanos más prominentes de este primer medio siglo; y que sobre esa razón artística o literaria, había además la circunstancia de que a diferencia de otros muchos autores, aun de renombre continental, mis libros sí se venden. Tan se venden, en realidad, que la primera edición de *La culta dama* se agotó en menos de un mes, como antes le pasó a la *Nueva grandeza mexicana*. Lo que ahora deseo vivamente, es que mis lectores agoten también pronto el nuevo libro de *Éste y otros viajes* que Antonio Caso Jr. acaba de publicar en su colección de escritores mexicanos de la Editorial Stylo. La obra editorial de este inteligente heredero del maestro Antonio Caso, merece un estímulo y un aplauso.

Va resultando que sin pensarlo, en este año de 1951 esté yo publicando más libros de los que hubiera podido suponer. La semana pasada también Efrén Orozco me trajo terminando ya, el fascículo con diez lecciones de técnica de actuación teatral que redacté a so-

licitud suya para difundir el conocimiento elemental de la técnica de actuación entre las escuelas de la república, y que acaba de imprimir el Departamento de Divulgación de la Secretaría de Educación. Sobre este librito, que supongo que se repartirá gratuitamente, y que contiene en diez lecciones con ejercicios todo cuanto los actores necesitan saber en posiciones, movimientos y *business* en escena, no cobro un centavo por derechos ni por ningún otro concepto. No soy, cuando se trata de servir a mi país o a los jóvenes o a las nuevas generaciones, tan metalizado como me suponen algunos de mis emberrinchinados detractores.

El jueves 27 se estrenó el *Cristóbal Colón* de Fernando Benítez. Después de muchas discusiones, proyectos, arreglos, intentonas de hacer alternar mi comedia con el *Colón* a fin de sostener su buen éxito, resolvimos a mi firme iniciativa, retirar mi obra y dejarle limpias todas sus fechas al *Colón*, que así está corriendo a diario hasta el 12 de octubre. Luego quien tiene fechas, desde el 16 hasta el 30, es Seki Sano, para presentar la *Corona de sombras* de Usigli. Después, el 1°, el 2, el 3 y el 4 de noviembre, ya en fechas de antemano reservadas para las actividades de mi departamento, haremos el *Tenorio*, y hasta después, el 6 volverá *La culta dama* que el público sigue pidiendo y que así podrá correr unas dos semanas sin interferir con ningún otro espectáculo teatral.

A propósito del *Cristóbal Colón*, en ciertos sectores poco informados de que se trata de una obra, aunque puesta en Bellas Artes, de la responsabilidad exclusiva de la Universidad, parece prevalecer la creencia de que yo, como jefe del Departamento de Teatro del INBA, hubiera tenido algo que ver con la obra. Y no es así. Fernando Benítez, su autor, no quiso nunca enseñársela a nadie, pues quería, como él decía, que el éxito o el fracaso fueran totalmente suyos. Tampoco me invitaron a ninguno de los ensayos, así es que conocí la obra, primero leída cuando la víspera de su estreno Fernando me obsequió con un ejemplar de la edición que acababa de salir, y luego la noche de su estreno.

Una de las personas que evidentemente piensa que yo tuviera algo que ver con el *Colón*, es el señor M.L.R. López que me envió una carta registrada y con acuse de recibo y personal, en que da sugerencias:

> Muy señor mío:
>
> *Cristóbal Colón* es una obra útil, educativa, pero toda educación debe ser atractiva en lugar de repulsiva.
>
> *Cristóbal Colón* es atractiva en parte. Suprímanse largos y cansados diálogos en el paraíso terrenal y en un cuarto en una posada de Valladolid.
>
> La escenografía de Julio Prieto es de admirarse..., pero no tanto. No es desvaída, pero sí le falta vida..., movimiento, sorpresa, suspenso que

mantenga a los espectadores en expectativa, meollo de la diversión o atracción digna de estimación o consideración pública.

Crítica sin sugerencias no es crítica constructiva. Procuraré sugerir algo que haga más atractiva la enseñanza que encierra *Cristóbal Colón*.

Acompaño ilustración (con vida) de un navío. En *The National Geographic Magazine* de octubre de 1951 encontrarán más.

¿Por qué no rodear la carabela Santa María con la espuma de cualquier detergente (Fab, Ace, etcétera) y reproducir el embate de las olas contra la quilla, según la ilustración citada, con un pequeño rociador a presión?

¿Por qué hablar de pájaros y no presentarlos en pleno vuelo, simulados o verdaderos? Unas golondrinas en el foro producirían alboroto y regocijo.

¿Por qué no dar movimiento de embestida al oleaje con la quilla de la Santa María, haciéndola subir un rodillo, lo suficientemente alto, para que el público tema que los tripulantes pierdan su estabilidad, produciendo suspenso?

¿Por qué no rodear el motín con penumbra y misterio, con destellos de rayos de luna?

¿Por qué no reproducir las chispas que suelen saltar de las espadas al chocar, ya sea con baterías eléctricas u otros medios?

¿Por qué no tener más marineros y por qué no usar garrotes en la refriega? ¿Por qué no una lucha libre o de jiu jitsu?

¿Por qué no acercar ramas al navío, como anuncio de la tierra?

¿Por qué no hacer surgir la tierra en el foro, la tierra esperada..., que no aparece, dentro de uno de los más grandes dramas que estaba produciendo la naturaleza? Tierra enorme que empequeñezca la carabela y su gente.

¿Por qué unos marineros tan pulcros?

¿Por qué el estruendo del cañón anunciando tierra no es multiplicado pavorosamente por grandes amplificadores en la sala?

¿Por qué no se hace destacar la figura de Cristóbal Colón, en su primera aparición, con un reflector?

En la isla Guanahaní falta viento y la presencia de las carabelas. También faltan los pájaros de que se habla y quizá de loros que hagan ruido, de indios que pasen con pescados y de los tambores que probablemente ya usaban.

En la isla de Santo Domingo faltan cañones que den la impresión de fuerza, así como también faltan muchedumbres e *itzkuintlis* o los perros que habían llevado los hispanos.

En un cuarto de una posada de Valladolid sobra luz y falta el chirriar de la puerta, así como una ventana abierta con el terno Orión, constelación ecuatorial presentada como símbolo de Colón. Antes de la llegada del mensajero, la luz del aposento podría ser sólo la de la luna, aumentándola con bujías con la llegada, precursora de noticias de mejoramiento, del mensajero del rey.

Acortar la obra a dos horas, en lugar de cuatro, que cansa a cualquiera, y en esas dos horas, darle mucho movimiento, vida, atracción, resolviendo así el problema de taquilla, para que el mayor número de personas escuche la formidable lección que encierra *Cristóbal Colón*.

P.D. En el paraíso, ¿por qué no se mueve la serpiente y sus ojos no lanzan destellos de maldad o, si es de cascabel (agigantada), no mueve su cascabel?

El sábado pasado me fui solo, a las siete y media a la Sala Molière para ver el programa de dos obras de un acto de Charles Rooner y su grupo: *La revelación de Blanco Posnet* de Shaw y *La Rosalinda* de Barrie. A causa de mis funciones no había podido ir antes, y la que vi iba a ser la penúltima función, pues cerraron el domingo.

Las dos obras estuvieron muy bien puestas y movidas. Augusto Benedico trabajó muy bien en la primera, y Luisa Rooner se lució en la segunda. Fui a saludarles después de la función, y les agradecí mucho que me hubieran dicho que esa tarde trabajaron con especial entusiasmo porque yo estaba viéndolos. Por lo demás, se mostraban un poco tristes y decepcionados de que la gente no hubiera respondido a su esfuerzo. Claro que mucha culpa la tiene el hecho de que la Sala Molière esté alojada al fondo de una vieja casa escondida en una calle oscura de una colonia alejada del centro y de las arterias principales, a la cual sólo van los franceses de la colonia, cuando tras mucho esfuerzo se organizan las temporadas de Moreau y se colocan de antemano los boletos por una o dos funciones de cada obra. Aun así, la Sala Molière empieza a ser ya un poco el Palacio de Bellas Artes por los muchos compromisos que atiende.

3 de noviembre

Ocurren en la vida cosas que si uno se limita a escribirlas, le dicen que las inventó y nadie alcanza a creer que sean ciertas. Cosas francamente de comedia, que hacen pensar que ciertamente "el gran teatro del mundo" existe y muchas veces supera a lo que pudiera nadie devanarse los sesos en inventar.

Le contaré una de ellas, ocurrida ayer. Ya sabe usted que el INBA convocó a un concurso teatral para premiar con 20 000 pesos la mejor comedia o tragedia, obra teatral en general, libérrima en tema y tratamiento, digna de que con ella se inaugure el nuevo Teatro Hidalgo a principios del año próximo —y con 10 000 otra de teatro infantil que haya también de representarse en ese nuevo teatro. El concurso se cerró el 31 de octubre, y fue concurrido muy numerosamente. Entre unas y otras, llegaron a él muy cerca de cuarenta obras, la mayor parte bien empastadas y limpiamente escritas.

Quisimos que el jurado lo constituyeran las firmas más eminentes de nuestra literatura: Alfonso Reyes, González Martínez, don Mariano Azuela, por ejemplo. Por razones bien valederas de salud, los dos primeros se excusaron. Alfonso acaba de sufrir un nuevo ataque cardiaco

y no le permiten trabajar. Don Enrique alegó su edad. Don Mariano nos confió que iba a enviarse una obra suya al concurso, y que no podía ser así juez y parte. De suerte que de las firmas eminentes originalmente consultadas, sólo don Alejandro Quijano había aceptado.

De propósito no quisimos acudir a autores para jueces, para no impedirles concursar. Pero cuando supimos que Celestino Gorostiza no había terminado a tiempo la pieza que trabajaba para el concurso; y que Francisco Monterde no había entrado en él, les pedimos, al mismo tiempo que a Rojas Garcidueñas, que integrasen el jurado. Y los tres aceptaron.

Ahora bien, la semana pasada encargué a Concha Sada y a Delfino que hiciera lotes con un número igual de originales y que los enviasen con sendas cartas y por lista a los jurados. Yo mismo recibí el mío y comencé a leer las obras que me tocaron en esta especie de sorteo. Eran, como le digo, muy cerca de cuarenta, de modo que a cada jurado le tocaron entre ocho y nueve, de las que escogerá la o las mejores, las pasará a la lectura de los demás, e iremos así depurando en busca de la absolutamente mejor de las obras.

De suerte que cuando hicieron el lote para don Alejandro Quijano, escogieron al azar, entre cerca de cuarenta legajos, los ocho o nueve que le enviaron a él.

Y ayer por la mañana, llegó a mi oficina un empleado con el paquete de las obras que le habían enviado a don Alejandro, y una carta suya. Creí que ya las habría leído, asombrosamente, en dos o tres días. Pero no. En la carta me explicaba: que había aceptado el encargo de ser jurado, únicamente por amistad; pero que al ver llegar el tremendo bulto de obras dramáticas, le aterró la perspectiva de leerlas en medio de sus múltiples quehaceres. Resignado, sin embargo, cogió la primera mano, y la empezó a leer. Desde la primera página, al leer la descripción de uno de los personajes. Alejandro, sospechó que pudiera tratarse de una teatralización de su persona. Su sospecha se confirmó cuando páginas adelante, en la seis, que es hasta donde llegó en su lectura, se habla de la Cruz Roja y de la Academia. En consecuencia, don Alejandro resolvió declinar el encargo y devolver las obras, pues no quería tener relación con un concurso en que una obra se metía con él, o hacía su retrato.

Alarmadísimo, busqué la obra de marras en el paquete. Se llama *Alma provinciana*. En efecto, en la lista de personajes, hay un Alejandro, el padre. Leí de prisa hasta la página seis; la leí varias veces. No había en ella ninguna mención de la Cruz Roja ni de la Academia. Pero seguí leyendo, y en la página trece, cuando ya aparece en escena Alejandro, sí habla en efecto de sus muchas ocupaciones, entre ellas la Cruz Roja, y si dice "nosotros los académicos".

¿Cómo, en efecto, si la vida no fuera más teatral que el teatro, pudo ocurrir que entre cerca de cuarenta obras Concha Sada fuera a escoger ocho o nueve para don Alejandro entre otros cinco jurados, entre los cuales fuera ésta *Alma provinciana* que menciona a uno; y cómo entre las ocho o nueve, don Alejandro fue a pescar precisamente esa antes que ninguna otra? ¿No pudo tocarle a otro jurado en su lote; o no pudo don Alejandro leer todas las otras antes que precisamente esa que lo enfadó?

Le aseguro que me consterné. Llamé inmediatamente a don Alejandro y le ofrecí toda clase de explicaciones. Su gentileza comprendió. No estaba enfadado, pero no quería ser jurado. Y no tanto por eso, sino por sus muchas ocupaciones. Tendremos que pensar rápidamente en otro, pues hay que dar el fallo el 15 de diciembre.

Otro tropiezo ha habido en la integración de los jurados, José Rojas Garcidueñas aceptó serlo, pero mandó una carta en la que expresa que no le parece bien que este concurso nacional sea nada más para nacionales. Se le explicó que el premio de teatro, como todos los premios nacionales, se proponen fomentar específicamente la creación nacional, y no pueden lógicamente sino abrirse a los mexicanos. Las bases del concurso fueron bien meditadas por el Consejo y aprobadas por el secretario de Educación, y publicadas. Los que hayan entrado en él, las habrán tomado bien en cuenta. Cerrado ya el concurso, lo que se pide a Garcidueñas y a los demás jurados es que lean las obras y opinen, no sobre el concurso, sino concretamente sobre ellas. Si él cree que un concurso nacional convocado en México para fomentar el teatro mexicano debe admitir la posibilidad de que Christopher Fry, o Tennessee Williams, o Sartre, manden obras y se les premien porque sean mejores que las que aquí los mexicanos podemos hacer, es cosa que él puede sustentar y defender cuando quiera. Pero ahora no se trata de eso, sino de que nos ayude a examinar y fallar sobre las obras que se pidió a los mexicanos escribir, y que los mexicanos mandaron a su Concurso Nacional de Teatro.

De la ciega imparcialidad con que Concha Sada procedió al formar los lotes de obras para los jurados, dimanó para mí un trabajo adicional que pude haberme ahorrado si hubiera tenido el cuidado de separar las que ya había leído. Porque solía ir leyéndolas conforme llegaban, cuando llegaban pocas, al principio, y seguramente he leído ya más de diez o doce. Pudo pues Concha dejarme en mi lote las que ya había leído. Pero ella qué sabía cuáles fueran, y así, me integró un lote nuevo que ya empecé a leer.

El día 12 dimos en Bellas Artes una sola función con *Los empeños de una casa*, de Sor Juana, en homenaje al tercer centenario de su nacimiento. Quedó bonita la producción. Le gustó mucho a un público de invitación, que llenó la sala y aplaudió nutridamente. Hice que los aplausos los recibiera la propia Sor Juana, la autora. Mediante unos cuantos telefonemas, conseguí que el Museo nos prestara el

retrato auténtico, del gran Cabrera, por unas horas y muy bien custodiado y cuidado, pues es un tesoro nacional.

A las seis que cerraron el Museo, descolgaron el cuadro y lo llevaron a Bellas Artes. Lo colocamos sobre un carro, con unas docenas de gladiolas blancas a los pies, y al caer el telón, los actores se colocaron rápidamente en posición, haciendo énfasis a Sor Juana, que corrimos en su carro hasta el centro, iluminándola con un *spot* blanco, y llevamos el telón. Fue un éxito. Ya sabe usted que yo cuido siempre mucho de mis telones de gracias. El propio don Nemesio, que debe de haber estado presente, se refirió al día siguiente en su discurso en la ceremonia de entrega de premios de *Novedades* del Concurso de Sor Juana, a este detalle, que aplaudió.

Ha habido tantas solicitudes, que creo que volveremos a poner en escena *Los empeños*, unas tres veces, en las fechas que deja libres la temporada de José Limón, que empieza el sábado. Podremos hacerlo el 28 de noviembre y el 3 y el 5 de diciembre, y lo haremos a las siete de la noche para que puedan temprano concurrir las familias.

Sigi Weissenberg fue a la representación de Sor Juana, y entró *backstage* a felicitarme por la puesta, y a invitarme a su concierto del viernes siguiente, el pasado 16. Yo no lo conocía sino en retrato. Pero se ha hecho muy amigo de los muchachos. Y como éstos, Rosa María, Nieto, Salido, iban a comer conmigo el viernes, invité a Sigi.

Comió con nosotros, nos refirió unos trozos selectos de su bien compuesto anecdotario. Es muy inteligente y muy simpático. Esa noche, Michael Field daba una fiesta a la que me había invitado, y a la que iría Macowan, el director londinense de teatro que ha puesto allá a Christopher Fry, que va ahora a poner un Priestley en Nueva York, y cuya visita recibí el otro día en Bellas Artes. Le dije a Sigi de esa fiesta y: "Prométame que no irá", me dijo; porque esa misma noche él daba otra para inaugurar la casa que acaba de construirse en las Lomas y para celebrar el cumpleaños de Nacho Longares, que es muy amigo suyo. Carballido había escrito el guión para un *show* que harían los muchachos. Advertía que no habría un solo mueble, pues no le han llegado de Nueva York, y que serían unas cuantas personas.

Sigi es un consumado actor. Pesca en el acto los gestos, los ademanes, las características de las personas, y las actúa a la perfección. Nos tuvo divertidísimos con su versión animada de la intempestiva visita que a su camerino le había hecho el viernes anterior Carlos Bribiesca.

Yo no le había asegurado a Mr. Field que iría a su fiesta. Después me alegré de todas maneras de no haber ido, pues habría tropezado en ella con dos o tres eminencias de las que se sienten más a gusto si yo no estoy, y viceversa. De suerte que le prometí a Sigi ir a la suya, que según sus palabras cuando le expliqué que me abstengo siempre de ir a esas cosas, "no sería una de esas cosas". Dejé a los muchachos lavando platos y me fui al ensayo de la *Antígona* de

Limón, para la que escribí el prólogo que Raúl Dantés tenía que ensayar; volví al estudio, me leí una de las obras del concurso, merendamos y Peter y yo nos fuimos al concierto para ir después a la fiesta. La noche se anunciaba festiva desde ahí mismo, pues al palco de junto llegaron, tarde y alegremente, la señora LeRoy Nigra, unas amigas suyas, un militar yanqui y Carol Outcolt, muy bien vestida. Me contó Carol que ya Juanito no está con John Brille; que desde enero, va a dejar su trabajo en aviación para dedicarse enteramente al teatro, el cine y la televisión. Hará bien. Es un chico muy inteligente y muy bien dotado para el teatro.

Mientras Sigi recibía los abrazos de sus admiradoras, y las flores y felicitaciones por un concierto estupendo en que tuvo que conceder no sé ya cuántos *encores*, nos adelantamos a buscar su casa por las Lomas. La referencia de la calle del Chimborazo era fácil: cerca de la casa de Arturo de Córdoba, la que le está construyendo Jorge Rubio; aquella misma en la cual, apenas entonces empezada a cimentar, el día de la Santa Cruz de este año comimos barbacoa de albañiles con Jorge y Ana y la señora de Arturo de Córdoba. Ya está casi concluida, y tan hermosa como todas las que hace Jorge. Llegamos frente al 210 y aguardé en el coche a que abriera la casa. Nacho recogería las llaves de Sigi y se adelantaría.

Pero empecé a ver, alarmado, que llegaban coches y coches con gente que en vez de la pequeña fiesta anunciada, harían de aquello "una de esas cosas". Y cuando apareció el tipo ése que cada semana nos ladra y se vomita, resolví marcharme sin esperar a Sigi. Desembarqué a los muchachos, les expliqué que no podía respirar el mismo aire que ese ente, y fui a dejar a su casa a un Peter un poco frustrado de que la noche que había realizado el insólito esfuerzo de ser un poquito social, yo cancelara tan abruptamente el programa.

Por el camino, consideré, constaté, lo fiestera que se ha vuelto la gente en México, y lo expedita en improvisarse invitada a reuniones improvisadas en que no se concibe que pueda establecerse una armonía que no dimane de la borrachera. Me daban vuelta en la cabeza las palabras de Ernesto: "Solía emborracharme, aturdirme. Es de buen tono. Se hace en las fiestas, para tolerarlas. Lo hacen los ricos, para sobrellevar su estupidez, y lo hacen los pobres, para adormecer su miseria. En una embajada o en una vecindad; en el Café de París o en el Leda. Es lo mismo. Piden al vino la embriaguez de que sus almas miserables y sus cuerpos marchitos son incapaces por sí mismos..."

Todavía llegué a casa a poner en orden algunos papeles. Releí la carta de Vicente Lombardo Toledano que días antes me había entregado Enrique Ramírez y Ramírez, cuando fue a pedirme autorización para publicar *El joven II* en la edición del domingo de *El Popular*:

Usted, quizá sin habérselo propuesto deliberadamente —sólo con sustentar una línea de fidelidad intelectual y humana— ha dado a su trabajo literario un sentido crítico cada vez más claro, valeroso y alto. Y su crítica, esto es lo más importante, no es abstracta ni general, sino precisa; toma por objeto a personajes vivientes ubicados en un sitio inconfundible de nuestra vida social. Con su gran capacidad de observación, su sensato sentido común y su depurada ironía, usted está escribiendo una parte muy veraz de nuestra historia: aquella que nos muestra, con datos elocuentes, la falsedad, la endeblez, la hipocresía y la banalidad de una nueva burguesía tan inculta como vanidosa, que pretende usurpar la representación de un pueblo que en su entraña es verdadero, fuerte, limpio y generoso.

A esos Babbit de petate usted les está descubriendo su vaciedad, su pobreza espiritual y el íntimo resorte de su decadencia, que es el conflicto en que se encuentran con las verdades más sencillas y a la vez más elevadas de nuestro tiempo. Usted los exhibe en el apogeo de sus simulaciones y claudicaciones, a las cuales quieren arrastrar al país entero, entregándolo y desnaturalizándolo. Su crítica —ejecutada con arte, con maestría— señala una hora en que muchos creen que todo lo grande y noble que nuestro pueblo ha creado, se hunde sin remedio. Pero usted sabe también, y por eso su crítica no es negativa, que debajo de tanta superchería de los engreídos y oportunistas, el caudal inagotable de las virtudes humanísimas del pueblo sigue su curso.

Concibe la literatura, toda la literatura, como la obra colectiva de un pueblo y en particular de sus lúcidos intérpretes. Usted es uno de ellos. Por ello le deseo nuevos y más grandes triunfos. Y hago votos porque la honestidad de juicio, la capacidad para comprender y expresar la realidad, y la identificación con los sentimientos e ideales de nuestro pueblo, se conviertan en el signo dominante de la literatura nacional. Lo abraza,

Vicente Lombardo Toledano

24 de noviembre

Pues la historia de la cena en que tuve el viernes el gusto de saludar a usted, es la siguiente: hará unas tres semanas que fueron a verme a la oficina el grabador Leopoldo Méndez, el pintor Federico Silva y una señorita extranjera cuyo nombre no retuve. Me dijeron que les había gustado mucho *La culta dama*, y que con tal motivo querían darme una cena de homenaje.

Le aseguro que nunca mi reconocido complejo de inferioridad me angustia más que frente a las manifestaciones, de cualquier magnitud que sean, de elogio a mi persona o a mi trabajo. ¿Cómo, sin embargo, declinar esa gentileza sin arriesgarme a parecer orgulloso o soberbio como todas las veces en que la realidad es que me aíslo, no por soberbia, sino por humildad? No iba a tratarse, evidentemente, de un homenaje que me rindieran los autores mexicanos; ni siquiera de una

bienvenida a su seno. No eran tampoco los escritores más famosos o consagrados o viejos, ni los académicos. La comida que me anunciaban no sería, desde luego, como aquella que el patrón Elías, el entrañable patrón Elías, organizó en Ambassadeurs para celebrar el triunfo de mi *Nueva grandeza mexicana* en 1946, y a la cual concurrió el todo México y me hallé flanqueado por Vasconcelos y Torres Bodet; o como la que con el mismo motivo me ofreció don Rafael Lebrija, aquel inolvidable caballero, rodeándome de escritores, pintores, artistas. Ésta sería modesta, por cuota de 20 pesos, en el Centro Vasco, y no la organizaban los que hubieran gustado en *La culta dama* de su composición o su diálogo; sino de, como le han llamado, su valentía, su condenación y su pintura de las "lacras de la sociedad". Tanto Federico Silva como Leopoldo Méndez son miembros del Partido Popular, y me hicieron recordar que yo también lo era; pero quedó bien claro desde un principio, cuando yo subrayé que era un miembro bastante virtual del PP y ellos adujeron que no serían sólo miembros del PP quienes concurrieran, que yo pedía que la comida que aceptaba no fuera a tener por ningún concepto un carácter político. En eso quedamos. Sería, reuniría, a quienes hubieran gustado de *La culta dama*, que han sido ciertamente muchos, y surtidos.

Me dejaron unas invitaciones con boletos, días después. Vi que en ellas se hablaba simplemente de una cena en homenaje a Salvador Novo como un acto de reconocimiento por su labor literaria y artística, y que las suscribían, entre otras personas, José Revueltas, Octavio G. Barreda y José Gómez Robleda.

Pepe debe, sin embargo, de haber sabido a tiempo, o supuesto o sospechado, que contra mi expreso deseo de que la cena prescindiese de todo carácter o aspecto político, fuera en alguna medida a asumirlo; pues mencionaba en las invitaciones, y que él se había encargado del apoliticismo de la celebración.

Llegué pues al Centro Vasco a las ocho. Me asombró ver dispuesta una mesa tan larga, para tan numerosos comensales, que iban entrando, y a la mayor parte de los cuales no conocía ni de vista. Los que sí conocía entre los que iban llegando: usted, Armando de María y Campos, Alfredo Robledo, Pablo Prida, Manuel Moreno Sánchez y Carmen Toscano, Gómez Arias, Andrés Henestrosa, José Luis Tapia —yo veía que se mostraban y sentían tan extraños a la mayoritaria concurrencia como yo mismo. Y la cosa adquirió sentido cuando ya cerca de las nueve tomamos asiento y yo quedé entre el licenciado Octavio Véjar Vázquez y Gómez Robleda, y un poco más allá, el senador Juan Manuel Elizondo y José Alvarado.

Y digo que la cosa adquirió sentido porque Enrique Ramírez y Ramírez asumió el papel de maestro de ceremonias y recalcó la presencia de los dirigentes de PP en una comida que ofrecían gustosos a uno de sus miembros.

Cabe en este punto, y creo necesario hacerlo, aclarar bien en qué relativa medida pudo el PP estimar que al darme una cena se la ofrecía a uno de sus miembros. No porque me asuste lo que puedan pensar los conservadores de mi militancia en un partido tan notoriamente izquierdista como el PP. No me ha preocupado nunca tampoco que como ha acontecido mucho tiempo, los izquierdistas me consideraran derechista o reaccionario. Soy absolutamente libre y la gente que quiera tomarme ha de hacerlo tal como soy, o dejarme. Pero a tal punto cuido de mantener autónoma y pura esa libertad, que verme incluido o arrastrado o involucrado en las actividades de un partido político me angustia y desazona, lo mismo sea el PP que Acción Nacional. Y así debo contarle a usted cómo ocurrió que fuera yo originariamente contado como miembro de este partido.

Cuando se fundó, José Gómez Robleda fue a verme a la casa y me anunció la inminente formación de un partido muy especial, en el que contarían todos los intelectuales de México sin distinción de credos, únicamente vinculados por su nacionalismo, por su amor a México y a su servicio. Venció mis reticencias y me ganó a la pureza de sus miras. El resultado fue que un día fijo, el domingo, me llevara a la casa de Vicente Lombardo Toledano, donde Vicente me recibió con afecto después de muchos años de no tratarnos. Estuvieron también ese domingo Diego Rivera, el licenciado Bassols y otras muchas personas. La conversación se prolongó muchas horas, comimos ahí y me retiré ya por la tarde. Había quedado constituido el Partido Popular.

Del cual después tuve frecuentes llamadas telefónicas para informarme de que había tal o cual día y a tales horas, sesiones o reuniones en las que me esperaban. Pero nunca concurrí a ellas, ni pagué cuotas, ni supe más directamente de la evolución del dicho partido, sino, por los periódicos, de cuando por motivos que no recuerdo Narciso Bassols y Diego Rivera renunciaron públicamente a ser sus miembros.

Quizá yo debí, puesto que no tenía ni el tiempo ni el deseo de participar en las actividades del PP, renunciar también. Pero estimé feo hacerlo públicamente. Consideré que bastaría para que se extinguiera calladamente mi virtual membresía, el hecho de mis faltas constantes a sesiones, reuniones, asambleas; mis cuotas no cubiertas, mi abstención en fin, absoluta, de toda actividad relacionada con las de ese partido. Creo sin embargo, que no ha sido suficiente, o bien así de desvinculados e inactivos pueden ser los miembros del PP y seguir siendo considerados como tales.

Hecha esta aclaración, prosigo la crónica de la cena a que usted concurrió. Cerca de mí, Eulalia Guzmán dejaba enfriar su sopa trocando su degustación por el sustento de una improvisada conferencia sobre los huesos respectivos de Cortés y Cuauhtémoc. Al otro lado, mis actores y mis actrices se habían instalado un poco gregariamente. Y uno de ellos, Carlos Bribiesca, introdujo imprudentemente en la solemnidad, la nota teatral y discordante. Sucedió que ese día habíamos comido en el estudio, a invitación de Carlos Nieto y de Juan Salido; y que de aperitivo les había yo dado Pernod. Una o dos copas, pero Carlos hacía frecuentes viajes a la cocina, y cuando nos fuimos advertí que se había acabado la botella. De modo que aun cuando habían pasado algunas horas, los efectos del licor predilecto de los poetas franceses del año del caldo, no habían cesado en este actor de la era atómica. Y cuando José Alvarado se levantó a pronunciar el primer discurso en mi honor, y dijo que no iba a referirse al Salvador Novo poeta, ni al Salvador Novo esto, ni al Salvador Novo lo otro, Carlos Bribiesca lo interrumpió para exclamar que "sólo hay un Salvador Novo". Y a partir de entonces, efectuó varias otras inesperadas intervenciones en el discurso amabilísimo de José Alvarado. Por añadidura, cuando éste terminó, nadie pudo impedir que Carlos Bribiesca tomara la palabra fuera de toda previsión y exclamara, tambaleándose un poco: "Yo soy una hechura de Salvador Novo", con lo cual ciertamente no dejaba muy bien parada la seriedad de mis manufacturas.

Luego, Pepe Gómez Robleda leyó estas hermosas palabras:

> Pues verás, Salvador, que nos hemos reunido para celebrar tus recientes triunfos, para rendir un homenaje sincero a tu talento y para demostrarte el afecto muy cordial que todos sentimos por tu persona.
>
> La obra de tu vida es muy extensa, y variada, y no se concreta a esa lista que aparece en las preciosas ediciones de tus libros, que comienza diciendo: "Del mismo autor" y que va desde el primer joven, hasta el último, pasando por una serie de maravillas que, según entiendo, siempre fueron escritas para los lectores inteligentes, que son pocos.
>
> "Donde hay secreto, hay culpa", dicen los psicoanalistas, y si hay que aplicar a tu persona sabiduría tan grande, habrá que decir que eres autor de una obra, que por permanecer indefinidamente inédita, es secreta. Pasan años y más años y ese monumento de ingenio, de talento y de endiablada ironía que son tus afamadísimos sonetos, crece y crece. Poco importa que hayan sido culpas tuyas o de otros las que dieron inspiración a esa obra; cuenta en la vida lo que perdura, y en este caso, el arte, en que has sido un maestro, de abatir lo mismo a intolerables poderosos, que a pedantes intelectuales, o a políticos o millonarios que, para el caso, todos son lo mismo.
>
> Y ahora que me acuerdo, ni quién va a dudar que tu labor como periodista ha sido siempre extraordinariamente singular y, en el buen sentido de la palabra, revolucionaria, por todos conceptos. Impulsaste a muchos jóvenes escritores, descubriste a muchos que lograron fama porque tú garantizaste oportunamente su talento; unos han sido agradecidos y hacen bien, y otros, hasta para renegar de ti se han visto obligados a imitar tu estilo ágil, siempre moderno y siempre, también, inigualable.
>
> No te he llamado maestro nada más porque sí, pues recuerdo que lo fuiste, de literatura —siendo muy joven— en la Escuela Preparatoria, y después, en las escuelas secundarias hasta aquel memorable día en que

fulminaste con una renuncia al pobre burócrata que te molestaba. Pero es que unos son los maestros de escuela y otros los que permanentemente enseñan y forman discípulos, y tienen ideas propias y, en pocas palabras, son artistas creadores; tú eres de ésos y de los que, además, expresan la época en que viven. Justamente, ahora te llaman maestro los muchachos de la Escuela de Arte Teatral que tú has formado con gran cariño, gran paciencia y una actitud ejemplar de comprensión humana. En estos días, México te debe el renacimiento del teatro y esta obra, tan meritoria, no es una casualidad; muy por el contrario, es el resultado del esfuerzo inteligente, bien planeado y no interrumpido desde hace muchos años, de una persona plenamente consciente de lo que hace y que logra vencer todo género de obstáculos. Cuando se levanta el telón nadie se imagina la cantidad de esfuerzo que dedicaste a la realización de una obra que nace y muere durante poco más de una hora; detrás —por decirlo así— de un espectáculo que a nosotros nos parece como la cosa más natural del mundo, están algunos cientos de horas de una vigilante intervención tuya que ha decidido hasta el más insospechado —por insignificante— detalle de la obra: tal actitud, determinada entonación de voz, esta manera de andar, aquélla de salir, la otra de entrar, en este momento verse las uñas de los dedos y en aquel otro, tropezar aquí y allá, o aparecer preocupado de esta manera..., y mil cosas distintas que tú anotas, porque eres un hombre magníficamente organizado. Hasta el presente hay que agregar a tu obra la formación de un grupo de artistas jóvenes que, sin exageración alguna, ya son de gran categoría y que por ser discípulos tuyos trabajarán noblemente por el engrandecimiento de nuestra patria.

Desde el Teatro Infantil, con *Don Quijote*, hasta *La culta dama*, has podido conmover lo mismo a los niños que a los grandes y puesto que se cuentan por miles los que se han emocionado con los frutos de tu trabajo, no se va a decir de ti que eres un artista a quien sólo muy pocos elegidos pueden comprender.

Salvador, como amigo, eres inmejorable y aquí estoy yo para demostrarlo con nuestra amistad de veintitantos años jamás turbada; sabes crear amistades tan sinceras que hasta los niños lo descubren y por esto me explico que Conchita, sin que nadie se lo aconsejara, haya dispuesto de tu persona y en su mundo, eres su tío.

Yo deseo que este día deje un grato recuerdo en tu memoria y que te vaya bien.

La crónica aparecida el domingo en *El Popular*, y titulada "Cordial y combativo homenaje rindió la inteligencia mexicana a la vigorosa personalidad de Salvador Novo; su infatigable labor literaria y su preocupación constante por los problemas de México fueron exaltadas", me permite reconstruir los discursos amables que en la ocasión dijeron José Alvarado, Alejandro Gómez Arias y Andrés Henestrosa.

El primero en hacer uso de la palabra fue el escritor José Alvarado quien habló en ese estilo profundamente humano que le es característico. Leyó

primero una carta que el escritor José Revueltas envió a Salvador Novo, uniéndose al homenaje y expresándole su saludo enérgico "como debemos saludarnos en la hora presente".

Luego expresó que después de este Pepe ilustre y antes del otro no menos ilustre, José Gómez Robleda, iba a hablar el que también es ilustre, señalando que allí casi todos eran del Pepe.

Dijo que era difícil hablar en estos días en que un sector de cierta literatura se encuentra influenciado por Benjamín Constant y casi todos se refieren a un personaje homónimo del de este autor: Adolfo.

Nos hemos reunido aquí para rendir homenaje a Salvador Novo; sólo que nos encontramos que hay muchos Salvadores Novos: el prosista perfecto, el autor teatral, el epigramista, el periodista, y debemos saber a cuál de ellos rendimos homenaje.

Todos los mexicanos han rendido ya homenaje a cada uno de esos aspectos de Salvador Novo. Nosotros queremos hacerlo al Salvador Novo que reúne todos los matices, al mexicano Salvador Novo, este mexicano que en prosa y en verso, en romances y comedias, ha sabido recoger la voz cálida y viva del pueblo de México. A ese Salvador Novo que a fuerza de recoger la voz del pueblo, se ha convertido en uno de los constructores de la lengua castellana; a este Salvador Novo que no ha desoído jamás la expresión de su pueblo; que desde sus primeros escritos en la revista *La Antorcha*, ha recogido siempre la inquietud, la sensibilidad mexicana.

"Rendimos homenaje a este Salvador Novo, ejemplo de honestidad, voz sin fatiga, que trabaja por este país y por sus habitantes; a este Salvador Novo miembro del Partido Popular, escritor ilustre, pero mexicano antes que todo. Hemos venido a darle un saludo no sólo por el éxito de *La culta dama*, sino porque siempre ha pensado en México, porque siempre ha sentido como mexicano."

El licenciado Alejandro Gómez Arias habló breves palabras a instancias de la concurrencia, para expresar que de la época en que Salvador Novo todavía no era lo que es hoy, sólo quedan dos supervivientes; el doctor Gómez Robleda y el propio Gómez Arias. Desde entonces, el camino ha sido largo, a veces trágico, a veces mediocre, aunque la mediocridad es para otros, no para Novo.

"Porque has sabido elevarte de esa mediocridad", manifestó emocionado, "un compañero de ayer te da las gracias. Yo sé que por encima de los sonetos, más allá del ensayo, y de la dura labor periodística, hay en ti algo más valioso, una actitud arrogante y valiente; has desafiado la tempestad que otros no se atreven a enfrentar. Por eso te doy las gracias.

"Más allá del partido, más allá de la amistad, por encima de la admiración, con todo lo que esto tiene de valioso, creo que este homenaje no es más que el germen del que no veré yo, ni tú, y que mi México te rendirá un día. Muchas gracias, Salvador Novo."

El escritor Andrés Henestrosa afirmó que si alguna vez había querido saber lo que es el oficio de escritor, pensaba en las páginas magníficas de Salvador Novo. "Nadie como tú puede navegar por lo que tú llamas el alfalfar castellano, con tanta facilidad y libertad."

"Cuando pienso", agregó, "en lo que debe ser un hombre de letras, un primer hombre que acude a mí, es el tuyo.

"He venido a esta fiesta con la humildad del alumno delante del maestro. Soy un humilde alumno tuyo, que lucha por acercarse a las maneras con que tú lo expresas. Muchas gracias."

En este punto consideré que era oportuno contestar, y lo hice tan torpemente como siempre que me veo orillado a improvisar palabras sin el estímulo condicionado de la máquina de escribir. Reduje a sus verdaderos términos mi actividad de escritor y de maestro: no me jacto de haber enriquecido el idioma; es el del pueblo el que ha enriquecido el mío. Ni presumo de haber servido a los jóvenes escritores o actores. Son ellos los que generosamente me han comunicado, para alentarme a sobrevivir, el tesoro inapreciable de su amistad y de su cercanía.

15 de diciembre

Ayer fueron a comer a casa José Limón, su señora, Doris Humphrey, los Covarrubias, los Villaseñor y los Fournier. Le debía yo este agasajo a José desde la primera vez que vino a México. Se comieron en el jardín una paella sobre la cual, con pimientos morrones, escribí "Viva José Limón"; una ensalada y un helado pleonástico de café —con salsa de café.

Habían tenido por la mañana función de ballet para los niños, y tendrían otra por la noche. Han trabajado como una temporada llena de estrenos a cual más complicados y difíciles. Pero con un éxito que premia su esfuerzo. Esta vez, de la compañía de Limón, sólo él vino a bailar, con puros elementos de la Academia del INBA, y esta vez, aparte las suyas o las de Doris (*Antígona*, *Pascalle*), los muchachos y las muchachas presentan coreografías propias. Así hemos visto ya la *Tierra* de Elena Noriega, con música de Francisco Domínguez; *El sueño y la presencia*, de Guillermo Arriaga, con música de Blas Galindo; y el sábado, con el estreno de *La muñeca Pastillita*, de Rosa Reyna, con música de Mabarak, al extraordinario de *El chueco*, de Guillermo Keys, con música de Bernal Jiménez. Un ballet profundo, patético, magnífico; mexicano en la forma, universal en el contenido. Parecía, al verlo, que se contemplaba el desfile animado de unos cuadros de Orozco y de unos retablos populares. Julio Prieto puede estar contento de su discípulo Antonio López Mancera; de la resolución escenográfica que este otro muchacho, joven como Keys, dio a este ballet extraordinario que la gente recibió con delirantes y merecidas ovaciones.

¿Qué ha ocurrido, pues; qué se palpa ya que empieza a ocurrir en los terrenos artísticos de México: el ballet y el teatro, por ejemplo, con sus anexos que son los capítulos todos de la producción, en este

año que termina? Creo que es justo reconocer que lo que ha ocurrido es que por fin los artistas han comprendido que no basta la inspiración ni el genio para la creación, sino que es indispensable la técnica y su dominio. Porque la técnica, en resumidas cuentas, equivale a la forma; y si el arte está, como está, destinado al consumo del público, éste no dispone de otra manera de advertir, de disfrutar, de consumir, la inspiración creadora de los artistas, que la forma en que ésta se concrete. Y esta forma ha de serle accesible si pretende provocar su emoción o comunicarle la del artista creador. A través de la forma, en la cual se conjugan las experiencias personales y ancestrales del artista, éste se comunica con la sociedad de que es miembro y guía, resultado y agente, fruto y semilla.

En la historia reciente del arte mexicano, fueron los pintores los primeros en recoger un triunfo, en vigencia y en resultados positivos de todo orden, el fruto social de su dominio de la técnica. Diego, Orozco, Siqueiros, no habría bastado que poseyesen el talento creador que les distingue, si no hubieran sabido cómo manifestarlo: si no lo hubieran entregado al disfrute del pueblo a través de la forma accesible a éste.

Al lado de los pintores mencionados, ¡cuántos y cuánta pintura al lado de la suya naufraga!, por falta de técnica, ya en el autoerotismo esnob del "ismo", ya en la anonimia lastimosa del "arte popular": en igual medida la música mexicana halló en Carlos Chávez, en Silvestre Revueltas, en Blas Galindo, en Luis Sandi, en Candelario Huizar, a los artistas que mediante el dominio de su técnica le dieran forma eminente. Y las letras. La leyenda de que "el poeta nace, no se hace", había venido acreditándose como la facultad, no necesitada de carriles ni conocimientos —esto es, de técnica— para aflorar por sí en la producción de obras emotivas en que "la inspiración" se manifestara. Desde el abandono del metro y de la rima, el fenómeno del "lirismo" (que en pintura y en música han venido proliferando en mamarrachos sólo vigentes gracias a las aberraciones de la publicidad), ha sido particularmente notorio en la abundancia de dos especies de "poetas": los que, teniéndola, creen en la inspiración, y la emiten con torpeza y pobreza, y los —y las— que meten en moldes fáciles y semiclásicos —décimas o sonetos— la equivalencia de su inspiración que es su decidido propósito de pasar por poetas.

Y así en la novela, y en el teatro, con muy contadas excepciones, se había procedido "líricamente", lo cual explica que, por ejemplo, al concurso de teatro hayan llegado alrededor de cuarenta obras, algunas con buenas historias, pero la mayoría escritas sin el indispensable conocimiento de la técnica dramática.

Me han ocurrido estas reflexiones a propósito del ballet, y tanto porque es palpable en la temporada el feliz resultado de la intervención de Limón en el adiestramiento técnico de los bailarines mexica-

nos, cuanto porque ya dueños de él, su talento, que es en los mexicanos notable para el arte, ha empezado a manifestarse en coreografías muy hermosas. Doris, Limón y yo conversamos el domingo a este propósito, y ellos opinaron que les haría mucho bien a los nuevos coreógrafos tomar un curso de técnica dramática, pues carentes de ese conocimiento, sus ballets se engríen y dilatan, anticlimáticos, a trozos, y no terminan cuando ni como debieran, o como sería mejor. Me preguntaron si en la Academia Teatral no damos ese curso. No lo damos porque no preparamos autores, sino actores, a quienes al respecto se informa de una manera proporcionalmente limitada. Pero podríamos darles un seminario de composición dramática a los bailarines coreógrafos.

La semana pasada, como le anticipé, comí con distintos amigos toda ella. El martes, con Mariano Ramírez Vázquez, mi viejo compañero de la Preparatoria, que es ahora director del Instituto Nacional de la Juventud. Tiene para el Instituto grandes y magníficos planes. Es idea muy querida del señor presidente la de brindar por medio de ese Instituto las mayores, las más fecundas oportunidades de realización a las nuevas generaciones, vinculándolas, encauzándolas y capacitándolas en lo físico y en lo moral para el momento inminente en que los jóvenes devengan los hombres de un México unido, sano, fuerte, cultivado y verdaderamente democrático porque esos hombres de mañana sean amigos y compartan la misma fe patriótica y el mismo espíritu de sana cooperación desde sus años mozos. Tiene Mariano planes, repito, estupendos y generosos para ese Instituto. Su vínculo con la Secretaría de Educación le permite el contacto con todos los jóvenes que estudian en sus escuelas; pero no todos los jóvenes del país están en ellas. Miles trabajan, en fábricas, en el campo, en oficinas, y a todos ellos el Instituto debe y quiere atenderlos. Sensatamente persuadido de que es el deporte lo que más legítimamente une a los jóvenes, convocando su entusiasmo en las competencias, va a organizar unos Juegos Deportivos del Instituto Nacional de la Juventud, de alcance nacional, que podrán coincidir en fecha de celebración con la de otros varios concursos artísticos y culturales especialmente dedicados a los jóvenes, y en que sólo ellos tomen parte. Confía en lograr para el mayor éxito de esos planes la cooperación de la prensa, su patrocinio por ejemplo de alguno de los concursos o festivales cada periódico. Y yo creo que ningún periódico le regateará esa cooperación a empresa tan noble. Por lo pronto, le paso a usted, Daniel, esta indiscreción, porque sería bonito que *Mañana* se anticipara a ofrecerse al servicio del Instituto Nacional de la Juventud, con alguna idea propia y brillante que el caletre de usted o de sus alertas redactores puede sin duda discurrir, y que sea congruente con los planes del licenciado Ramírez Vázquez.

Al día siguiente comí con los Fournier, en el mismo sibarítico Normandie. También Raoul y Carito tienen ideas de servicio cultural. Van a inaugurar, aunque ya lo empezaron con la lectura por su autor de una obra teatral de Luis G. Basurto, *El jardín del poeta* en el suyo de San Jerónimo, adonde los escritores irán a leer sus cosas y ellas serán discutidas en pro y en contra por los invitados. Raoul quiere intentar con estas discusiones artísticas la objetividad rigurosa que preside las reuniones científicas en que se examinan trabajos médicos.

También me contaron que un grupo de chicas y jóvenes de sociedad quieren hacer teatro y muestran buenas disposiciones para ello. Me invitarán la próxima vez que los tengan allá, y acaso los organicemos para que aprendan el abecé de la técnica de actuación.

El jueves comí, allí mismo, con los María y Campos y con Rosa María. Luego pasamos por la librería Bellas Artes, donde hay tantos libros de teatro, que salimos con la cartera enflaquecida, y cargados de ellos. Fue curioso que me estuviera esperando en la oficina, al volver de comer con Armando, un redactor de *Novedades* que me contó que la víspera Armando había hablado muy mal de mí en la redacción del periódico. Naturalmente, no es posible.

El viernes descansé de restaurantes y como ya se ha hecho costumbre, Rosa María, Nieto, Salido y Toño López Mancera fuimos a comer al estudio. Teníamos todavía en perspectiva, para el lunes, una última representación de *Los empeños de una casa* de Sor Juana. Pero empieza a invadirnos el tedio anticipado de no tener qué preparar ni qué ensayar en teatro, y el resultado es que privados de nuestro *outlet* habitual, andemos de mal humor. El jurado del Concurso no dará su fallo sino hasta el 15. Sólo entonces podrá saberse cuál es la obra premiada, y entonces pensar en el reparto y la producción para imagino que marzo, pues antes no estará listo el Teatro Hidalgo.

Mientras tanto, he acabado de revisar y corregir la traducción de *Vita mea*, comedia italiana de Cesare Giulio Viloa. Y si tengo unos días libres, acaso redondee la historia que traigo pensando para una nueva comedia.

Me pregunto si los versos que acabo de recibir, y que reproduzco enseguida, serán, como parece, de un joven tamaulipeco de oficio chofer y de inclinación poeta que hace algunas semanas vino a México y pasó a verme porque allá le dijeron que yo podría orientarlo y ayudarle a publicar las poesías que en gruesos cuadernos quiso leerme; que ha escrito desde la niñez, y que como se lo dije en la carta con que lo envié a ver a Arturo García Formenti, porque él podría acaso imprimirle sus libros, son superiores a los de Margarito Ledesma. No tuvo, si es él, la suerte de que lo recibiera Arturo. Vino a decírmelo y a despedirse, pues regresaba un tanto contristado, a su oficio y a su tierra. He aquí los versos:

GRATITUD

Con todo respeto a Salvador Novo

Grato para mí siempre es, recordar de su atención.
Admiro su educación, de todo un *gran caballero.*
No es que lo quiera *Halagar.*
Ya vio Usted, que soy Sincero.
Perdone Usted si en mis frases, encuentre un absurdo error.
Sólo soy un servidor, que ejerce la *poesía.*
Deseando que el *venidero.*
Nos dé más *Sabiduría.*
Mis frases son muy sencillas, no son de alta *educación.*
Por eso pido perdón, si llegan a perturbarlo.
Ya que para mí es placer.
Y dicha *felicitarlo.*
Soy un *Humilde Poeta*, sin futuro ni destino.
Suerte le pido a mi Sinio, para poder expresarle.
Y en estas frases sin *Gracia.*
Un *Afecto Demostrarle.*
Mucho se me fue la Pluma, tal vez me Descompasé.
Esta poesía Trové, con fin de *Felicitarlo.*
No permita *Saludarlo.*
Y así anticipo las Gracias, a su Atención Permitida.
Un *Año de dulce Vida*, y una *Navidad Dichosa.*
Desea para *Su Merced.*
Armando Pérez Mendoza.

FIN

H. Matamoros, Tamps., noviembre 29 de 1951
Armando P. Mendoza

22 de diciembre

En los hechos que voy a relatarle importa mucho la cronología, el *timing*. Tendrán, espero, exposición, como tiene nudo y como alcanzan clímax y desenlace.

Como en todo *wellmade play*, el primer acto recoge del pasado inmediato lo que presenta en planteamiento e impulso de desarrollo. Conocemos a los personajes y nos asomamos a su atmósfera. Les caracterizamos y percibimos el punto de arranque del conflicto.

El lunes de la semana pasada, Carlos Chávez regresó de Acapulco, donde había estado eludiendo con el buen éxito que demostraba ahora su aspecto, la sentencia de arrancamiento de vesícula proferida

por los doctores Baz y Fournier cuando a principios del año sufrió un ataque que primero tomaron por cardiaco, así de fuerte fue. Durante su ausencia, Fernando Gamboa, que volaba frecuentemente a acordar con él, dirigió el Instituto, sin mayor percance que la renuncia de Luis Sandi, viejo amigo de Carlos, al Departamento de Música —renuncia causada por detalles de ortodoxia burocrática.

Reapareció, pues, Carlos, de excelente humor, lleno de bríos. Cuando menos lo esperaba nadie, entró por el foro, fue a saludar a Julio Prieto y subió a mi oficina; se sentó a conversar; le informé de lo hecho en teatro, que ya conocía, y le acompañé a su oficina. Pronto planearíamos en un consejo los trabajos del año entrante.

Cuando el jueves fui a saludarlo a las cuatro y media me anunció, mientras despachaba con su secretaria, que iba yo a recibir una carta suya. Me pareció extraño que me escribiera. ¿No podíamos hablar? ¿Decirme de palabra lo que por la formalidad de una carta? Se refería, me dijo, a lo que el bloque fue a proponerle como plan artístico al candidato Ruiz Cortines. Le había pedido que se reorganizaran las actividades artísticas: luego no estaban bien organizadas. Le había pedido que las artes tuvieran libertad; luego no la tenían. "Si alguien —subrayó— no puede decir que no haya tenido libertad para desarrollar en el Instituto su actividad, son tú y Julio. La han tenido plena."

Era palpable que Carlos resentía, si no la formación del bloque, sí que perteneciéramos a él Julio y yo. Al amigo entonces le confié lo que ya usted por mi carta anterior habrá sin duda advertido: que mi insólita, primera vinculación con un grupo político, fue más hija de la pasiva aceptación de la invitación que dos amigos me hicieron que del activo deseo ni del propósito deliberado de "hacer política". Como en el caso ya explicado del PP, mi íntima independencia repugnaba con las obligaciones gregarias de un organismo de estructura, funcionamiento y carácter para mí inéditos y extraños. Por ello me abstuve de acompañar al bloque en su visita al candidato Ruiz Cortines, y no supe sino después que le hubieran ahí mismo asestado la lectura de un plan artístico cuya redacción, su mención en él de la reorganización de la libertad de las artes, Carlos leía como un ataque a la forma actual de funcionamiento de las artes oficiales. Puedo pedirle a usted que crea que yo no podía haber redactado ataques a una obra de la que en alguna medida soy responsable, y en la que ciertamente he disfrutado de un apoyo a una libertad sin los que no habría permanecido un minuto.

Al día siguiente, viernes, Julio me telefoneó al estudio para comunicarme que acababa de recibir la anunciada carta. Hablé a la oficina para averiguar si la mía ya estaba ahí, y supe que me habían buscado de la Dirección, y que el maestro Chávez iría a las seis y media. Por otra parte, había el aviso de que el sábado a las cuatro se reuniría el Consejo para discutir los planes del año entrante.

Subimos a verlo Julio y yo. Resolvimos hablar con él como amigos, con toda calma: emplazarlo a definir si lo que quería es que nos marchásemos, para lo cual no había para qué cruzarnos cartas. En ese momento me entregaron la mía, igual a la de Julio, y que dice así:

Querido Salvador:

Ésta es la amistosa comunicación de una opinión personal mía, respecto a hechos relacionados con tu colaboración dentro del Instituto. La prensa ha dado cuenta de la formación de un bloque nacional de artistas que recientemente fue a declarar su adhesión al candidato a la Presidencia, señor don Adolfo Ruiz Cortines, y de que en el mismo desempeñas el cargo de secretario general. Declararon además los artistas del bloque que piden "que se reorganicen las actividades artísticas oficiales" de manera que las bellas artes puedan tener una vida "que permita su libre desarrollo". Es decir, no un mayor desarrollo, ni un mejor desarrollo, sino, lisa y llanamente, un libre desarrollo del que, se asume, han carecido.

Estoy lejos de pensar que la organización que dio el gobierno del señor licenciado Alemán a las bellas artes haya alcanzado la perfección estática. Claro, todo debe evolucionar para su mejoramiento en el curso del tiempo.

Que personas extrañas hagan tales públicas declaraciones no me parece que tenga nada de particular.

Pero me parece incongruente que un colaborador que desempeña funciones directivas superiores dentro del INBA, desde su fundación, y que es colaborador íntimo, de confianza máxima (porque ésa es la que has tenido *siempre* tanto técnica, como administrativa, como personalmente) pida una "reorganización" de la institución a la cual sirve, fuera de su seno, y lo haga ante un candidato a la Presidencia de la República; y declare, además que las bellas artes no han tenido dentro del Instituto Nacional de Bellas Artes "libre desarrollo".

Este proceder me parece también poco amistoso, ya que el colaborador que así ataca al Instituto Nacional de Bellas Artes, no sólo es, como antes dije, de confianza máxima y desempeña funciones directivas superiores, sino es igualmente un amigo de las tres personas responsables de la fundación y la marcha de dicha Institución, los señores licenciados Alemán y Gual Vidal, y tu servidor.

Por último, quiero comunicarte también mi opinión de que la presencia de destacados colaboradores de confianza del INBA en el bloque que se pronuncia de esta manera por un candidato a la Presidencia de la República, puede causar cierta confusión en la opinión pública no interiorizada en estas cuestiones, ya que podría pensarse que, por medio de dos jefes de departamento —Salvador Novo y Julio Prieto— y un exjefe recientísimo (presidente del bloque, Luis Sandi) el INBA actual, digamos, pretende tomar una posición política en el ruizcortinismo, aun renegando de sí mismo.

No por monstruosa debe descartarse la posibilidad de esta confusión, pues cuando se desempeñan puestos públicos de esta naturaleza, en todo momento se corre el riesgo de sufrir una semejante.

Así, ha quedado ya expuesta mi opinión sobre estas cosas, que he juzgado indispensable comunicarte, dada la gravedad del asunto, y para la buena salud de nuestra amistad. Te saluda cordialmente,

Carlos Chávez

Diego Rivera, a quien Carlos tenía citado para esa hora, interrumpió con su llegada la conversación que sosteníamos, y en la que Julio trataba de hacer ver a Carlos que el bloque no había tenido la intención de criticar al actual Instituto; que su idea al fundarlo había sido la de dar, al contrario, solidez al impulso que el gobierno ha dado a las artes durante el actual régimen. Salimos del despacho. Al día siguiente, sábado, escribí en casa y llevé por la tarde al Consejo al que se nos había citado, la siguiente carta de renuncia:

Coyoacán, 8 de diciembre de 1951

Maestro Carlos Chávez,
Director General del
Instituto Nacional de Bellas Artes,
Presente

Querido Carlos:

Personal y privadamente, hace ya cinco años, me llamaste a colaborar en una tarea de servicio a México en la que poco a poco supiste interesarnos a cuantos contigo trabajamos. Era cuestión, lo anticipaste y pronto lo advertimos, de "todo nuestro tiempo" y de todas nuestras capacidades.

Al abandonar, por la renuncia que en estas líneas te presento del puesto de jefe del Departamento de Teatro y Literatura, el trabajo del Instituto, quiero dejar la constancia escrita que tú prefieres que haya de las cosas, de que te agradezco profundamente las facilidades de que rodeaste la tarea que me ecomendabas; la confianza que depositaste en mí, en mis actos, iniciativas y responsabilidades.

Creo no haberla defraudado en ningún momento. Estoy cierto de haber entregado todo mi tiempo y todas mis capacidades al Instituto. Y si recuerdas la renuencia con que recibí tu primera solicitud de mi vinculación con puestos de gobierno de los que me hallaba prósperamente alejado desde hacía más de diez años, comprenderás que no haya sido un deseo de continuismo personal en un puesto al que sólo me convocara tu amistad, y en el que tu confianza y tu amplio apoyo solos, me retuvieron, lo que me llevara a incidir en la actividad que te ha desagradado hasta el punto de quebrantar en ti una confianza sin cuya plenitud me es decorosamente imposible seguir en el INBA.

No dejo más trabajo pendiente que el fallo, que ha de producir el próximo 15, en el Concurso Teatro Hidalgo. Puesto que los jurados han

de reunirse el próximo lunes 10, es aún tiempo de que, como te lo suplico, me eximas de participar en el jurado.

Te quiere como siempre tu viejo amigo,

Salvador Novo

Llegué al Consejo un poco tarde, a causa de que comí en casa de don Pedro y lo llevé al centro después. Discutían con Miguel Covarrubias la temporada en vigor de danza, y luego se examinaron las concesiones del teatro para enero. Al terminar el Consejo, le entregué a Carlos la carta preinserta; y al ver Julio que no había yo llevado la suya, que me había pedido que redactara con mi renuncia, salió a redactarla y la trajo enseguida. Decía en ella que no se sentía inclinado a abandonar sus actividades políticas en el bloque. Yo, por lo contrario, aunque no me pareció que tuviera que decirlo en la carta, había dicho que abandonaría las dos cosas, bloque e Instituto. Carlos expresó que sentía horrores que me fuera. Y que puesto que no iba a continuar en el bloque —¿por qué habría de dejar el Instituto? Quedamos en dos cosas: yo lo pensaría; él contestaría mi carta de renuncia. Como iba a darse *Antígona*, que él no había visto, quedamos en que yo iría al ballet en su palco esa noche.

Miguel Covarrubias, Julio y yo salimos mientras era hora de la función, a tomar un café en el Colonial. Hablamos de lo anticlimático que resultaba abandonar al cuarto para las doce la culminación de cinco años de trabajos. Y le ofrecí a Julio este razonamiento: si de veras el bloque lo único que se propone es velar porque el arte florezca en manos de los técnicos —¿por qué habría de objetar ni de hallar mal que él se retirara de la programación, de la planeación para el futuro, a trueque de congelar y perder una acción presente, actual, viva, de responsabilidad artística y técnica? ¿No se logra así inmediatamente una meta real, en vez de diferirla a costa de ésta?

Julio acabó por autorizarme a decirle al maestro Chávez que estaba anuente en renunciar al bloque, y en consecuencia dispuesto a seguir en el Instituto. Volvimos al teatro, y desde el camerino de Miguel, a las ocho y cuarto, se lo dije así brevemente a Carlos. Estaba ocupado y me pidió que lo llamara media hora más tarde. Y cuando al fin me avisó que salía para el palco, y en él hablamos, me reveló que en el momento justo en que le llamé para decirle lo de Julio, estaba ya hablando con su sustituto, Raúl Anguiano, a quien habían rápidamente localizado. Ya era pues tarde, en este *timing* acelerado.

El domingo permanecí en casa, con gratas visitas. El lunes vine a trabajar al estudio, y me enteré por los periódicos de que había yo retirado mi renuncia —una renuncia a la que aguardaba respuesta. El mismo lunes, por la tarde, recibí de Carlos una nueva carta en que

me decía que llevaba mi renuncia a la consideración del licenciado Gual Vidal.

Fue ese mismo día cuando, al llegar al centro por la tarde, vi en *Ovaciones* un telegrama al presidente, lleno de cargos contra Carlos Chávez, y con mi firma; un telegrama del bloque. Era absurdo, claro, que yo firmara quejas, delaciones, acusaciones. Si la firma y el nombre de un agremiado puede usarse sin siquiera consultárselo en un documento de esa naturaleza, ni de ninguna otra, me afirmó en mi decisión de no pertenecer a una agrupación que así procede. Cuando ayer Carlos me habló por teléfono a casa para comunicarme que el licenciado Gual Vidal no había aceptado mi renuncia; para decirme que había visto el telegrama de marras y ni por un momento pudo pensar que yo lo hubiera autorizado ni firmado, se lo reiteré así por escrito, como le gusta que vaya haciéndose la historia.

En todos estos días de silencio he estado pensando cuidadosamente todas las circunstancias; probando con serenidad a los amigos, sus instancias, su actitud —la obra trunca, como si le faltara el buen telón que merece y fuera a quedarse en un *mutis* anticlimático; el acuerdo amistoso con que hace cinco años planeamos una labor a la cual dedicarle todos éstos y ningunos más. Y en el platillo del orgullo, los kilos o las toneladas de regocijo que a más de cuatro les daría que les cediera el campo o que satisfaciera, con mi caída, su condición de cáscaras resbaladizas o de suelo.

Agradezco profundamente al licenciado Gual Vidal las expresiones de aprecio y comprensión que a mi respecto comunicó al viejo amigo mutuo que acaba de hacérmelas saber. Y me complace que como él lo esperaba, la vieja amistad que nos une haya encontrado entre Carlos y yo la cordial manera de proseguir, sin menoscabo de la dignidad de ninguno, el trabajo emprendido.

29 de diciembre

El martes volví a ver al licenciado Manuel Ramírez Vázquez. Comimos juntos hablamos largamente del Instituto Nacional de la Juventud que dirige con entusiasmo y talento. Días antes había yo recibido un paquete con las revistas y folletos que ha publicado. Me dio mucho gusto ver reproducido en la revista un artículo mío, escrito a raíz de que *Time* publicara en un número reciente un reportaje sobre la juventud norteamericana actual. Decía yo en ese artículo que sería interesante explorar, por un método estadístico semejante al empleado por *Time* para integrar el retrato de la nueva generación norteamericana, a la juventud de nuestro país, en busca de sus características, sus ambiciones, sus disposiciones, sus creencias. Es también evidente que existe aquí, que alienta, una nueva generación dotada de rasgos

que la muestran distinta de las de sus padres. Acaso ésa debiera ser una de las primeras tareas o incumbencias del flamante Instituto Nacional de la Juventud que, dependiente de la Secretaría de Educación, se halla en las manos inteligentes del licenciado Mariano Ramírez Vázquez —apenas él mismo tan viejo, o digamos todavía tan joven, como el propio secretario de Educación, o bien como el señor presidente de la República. Si se ha de trabajar sobre un material, humano por añadidura, y por colmo tan complejo, mutable y en evolución como es la juventud, conviene sin duda conocerlo, explorarlo a fondo, para que aquellos dos únicos fines que pueden perseguirse con ella, y que son servirla y servirse de ella para los mejores objetos del futuro.

También aquí, sin duda, la "nueva generación" tendría mil rostros y ha de manifestarse en múltiples, contradictorias voces. ¿Se la buscaría por las páginas de sociales, aglomeradas en el suelo para la fotografía de prensa, jaibol en mano, sonriente, *strapless* o vestida de etiqueta, para el *shower* o el *halloween party* o el "baile de fachas"? ¿O en los furgones de ganado humano que conduce a toneladas de jóvenes braceros, escogidos precisamente por jóvenes para que vayan a servir a los granjeros yanquis, comer carne para perros y mantener equilibrada la balanza con los dólares que les paguen? ¿O en la Universidad, dispersa en los aglomerados locales de sus facultades, o asistiendo a ceremonias en que el rector Garrido y los doctores *honoris causa* luzcan sus togas negras, mientras se construye para su remota comodidad y su alojamiento una ciudad aerodinámica en que dispongan de un estadio capaz de graduarlos a todos como futbolistas?

¿O ha de buscarse a la juventud en las escuelas del Politécnico? ¿O a lo largo de San Juan de Letrán y de Santa María la Redonda por las noches, mordiendo tacos en la acera, bebiendo cerveza y sinfonola, o aullándole a María Victoria, o bailando mambo?

¿Y la nueva generación femenina será la que juega a la universidad graduándose como doctora en decoración interior? ¿O la de las secretarias que a mediodía se sientan a las barras de los *quick-lunches* a tomarse una torta y una Coca-Cola? ¿O la de las absorbedoras domésticas de programas de radio que les imbuyen una vocación cancionera apta a emitirse en los de aficionados?

Podría acaso intentarse la recolección de los puntos de vista que sobre sí misma, su tiempo y sus problemas tenga la juventud, en aquel sitio en que desde hace algunos benéficos años ella todavía concurre los domingos a recibir una instrucción militar, si no fuera porque allí llegan inhibidos ante la adusta jerarquía de sus comandantes, y no es previsible que produjeran confesiones sinceras.

Faltos de esos datos estadísticos, no es prudente ni legítimo teorizar sino en la medida de las observaciones más obvias, y una de ellas es, también aquí, la ausencia de voceros, de órganos de expresión —o de representantes personales de una nueva generación que así resulta

muda, o de voz demasiado débil para la sordera de la precedente. Buscamos, aguardamos, al joven novelista, al joven hombre de ciencia. Y quienes suelen descubrirlos para buscarlos, para disciplinarlos, son las instituciones norteamericanas. A su poco ambiciosa vez, ellos no aspiran a otro premio, gloria ni campo, que una beca.

Claro es que la nueva generación mexicana comparte con la del mundo todos los atributos, las herencias, y las angustias de sus hermanos los jóvenes europeos o yanquis. Que ello explica a la vez su displicencia y su resignación. Pero porque las condiciones nacionales son diferentes, conviene subrayarlas.

La más importante, acaso es la de que por sólida y real tradición, el mexicano sabe desde pequeño que su papel no trasciende sino que debe defender sus fronteras. No se le ha predicado que debe salvar al mundo invadiéndolo, entrometiéndose. Los horizontes de su patria son bien definidos. Y las generaciones precedentes no atiborraron a la nueva de riquezas, ni le crearon superabundancia.

Un gobierno que por su juventud consuena de cerca con la nueva generación, le ha puesto el ejemplo de la laboriosidad más fecunda y realista, más prometedora del premio modesto de la sencilla felicidad a que los muchachos de una época realista y modesta a la vez y a su vez, aspiran sin heroísmos románticos.

Y la nueva generación de los mexicanos ostenta muchos rasgos valiosos: físicos, que cultiva como ninguna anterior, y mentales, que endereza a la material conquista de los instrumentos de la prosperidad en que puede fincar su bienestar y su libertad.

Cuando lo escribí no conocía más que por encima el carácter y el funcionamiento del Instituto Nacional de la Juventud Mexicana. Me satisface mucho, sin embargo, que Mariano a la sazón escribiera una carta en la que me invitaba a seguir ocupándome en mis artículos de ese tema de la juventud y sus problemas. Con un conocimiento ya más preciso del decreto que lo creó, del reglamento que lo norma y de las primeras actividades que ha desarrollado, pude volver a escribir sobre el tema, después de revisar aquellos folletos cuya lectura me persuadió de la importancia, de la trascendencia, del generoso y previsor pensamiento que dio el paso osado y revolucionario de fundar un Instituto Nacional de la Juventud Mexicana por cuyo medio el gobierno atienda específicamente a esa parte máxima y fundamental de la patria viva que son sus jóvenes.

Me formulé, y procuré contestarme, las preguntas elementales que al enterarse de que se ha fundado tal Instituto en nuestro país se haría el hombre de la calle. ¿Por qué los jóvenes? El gobierno tiene, ciertamente, la obligación de atender a todos los habitantes de la república. Pero por lo que hace a asistencia, y a la infancia, ya tiene una Secretaría para ello, y un Seguro Social. Por lo que hace a la educación, tiene también una Secretaría que vela porque se imparta desde

el *Kindergarten* hasta la secundaria y el Politécnico, con las rurales y otras escuelas que albergan a los ciudadanos futuros desde la niñez hasta la adolescencia. Y luego, hay la Universidad. En realidad, el Estado desempeña su obligación educativa con el pueblo desde la infancia hasta aproximadamente los veintiún años, edad en la cual se asume una ciudadanía que depara libertad política y acarrea madurez a los ciudadanos; vigencia, en fin, activa, en la tarea compleja de la patria por el servicio social implícito en el trabajo.

Sí. Pero —¿se puede afirmar que todos los jóvenes mexicanos concurran a las escuelas disponibles, y que en consecuencia pueda estimarse cumplida y completa la acción orientadora y educativa del Estado sobre ellos? Habrá, sin duda, una gran mayoría. Pero los que trabajan desde niños o adolescentes; aquellos para los que no hay ya cupo en las escuelas —¿deberán descartarse? Quedar al margen de una atención que por lo demás no puede estimarse completa si se reduce a la de sus problemas académicos.

Es la edad crítica: pletórica de posibilidades y de aptitudes frente a un mundo lleno también de solicitaciones, muchas de las cuales plantean un conflicto, muchas también de las cuales apresuran una solución conformista que angoste, frustre, anule y subordine y absorba posibilidades, aptitudes y energía juveniles. Es el futuro que se apoya en el presente; pero no para en él quedarse, sino para trascenderlo, superándolo.

Pensado así; fuera también de la escuela, fuera de las horas de clase y de las actividades académicas, el programa del Instituto Nacional de la Juventud Mexicana justifica plenamente su previdente fundación: "Tendrá como finalidad preparar, dirigir y orientar a la juventud mexicana en todos los problemas básicos nacionales, *para alcanzar el ideal democrático*, su prosperidad material y espiritual..."

Ahora bien, ¿cuál es ese *ideal democrático*, meta de la preparación y la orientación de los jóvenes? El decreto lo define con claridad en su primer considerando al establecer que

> ...un gobierno democrático es el que garantiza la seguridad, el bienestar, la unidad y la paz, así como, en nuestro medio, el anhelo mexicano de afianzar la libertad —en el orden económico, en el orden social, en el orden político y en la cultura— y hacen de nuestra independencia un factor de prosperidad, dentro de los principios de la justicia sobre los que se erige la unidad de la República mexicana.

Seguridad, bienestar, unidad, paz, libertad; metas y contenido pues de un gobierno democrático, inspiran el ideal democrático para cuya realización hay que preparar a los jóvenes. Porque ellos son quienes podrán superar mañana las imperfecciones actuales, cuya existencia valiente y sinceramente admite el gobierno, por modo implícito pero

generoso y resuelto a abolirla por las únicas manos capaces de lograrlo, que son las vigorosas de los jóvenes; por las únicas metas limpias y frescas, que son las suyas; por los únicos corazones audaces y nobles, que son los de ellos, cuando les convoca a ser a su inminente tiempo de aquellos mexicanos que deben "pugnar por el mejoramiento de nuestra patria como parte del mundo, mediante la seguridad del individuo y la familia y con utilidad y fidelidad a nuestro país, con decisión en la solidaridad continental y con espíritu de concordia universal".

¿Cómo podrán los hombres de la próxima hora convivir y ayudarse, y realizar juntos ideales comunes, si en ésta de su máxima generosidad, de la plena floración de sus facultades físicas y mentales, se desconocen unos a los otros; si no comulgan desde ahora en la misma fe; si no se preparan al unísono; si no realizan desde ahora mismo su unión, su vinculación, su mutuo auxilio?

Velar porque lo hagan, ayudarles como lo haría un padre que se promete revivir en ellos una vida mejor, es la nobilísima misión de un Instituto que así concebido, resulta acaso el más alto timbre de servicio a México que pueda enorgullecer al presidente Alemán.

El próximo mes de enero, ya bien organizado como está su Instituto, se lanzará a una acción intensa y bien meditada. El mes de enero publicará ampliamente y difundirá por todos los medios entre los jóvenes de catorce a veintiún años una convocatoria de términos muy claros y de pensamientos muy nobles para ofrecer sus servicios a los jóvenes. Será ésta una campaña de inscripciones a la que en febrero siga la publicación de varias convocatorias para concursos que comprenden todas las ramas de las actividades propias de los jóvenes. Desde luego, la deportiva. Piensa el licenciado Ramírez Vázquez organizar unos Juegos Deportivos Nacionales del Instituto Nacional de la Juventud Mexicana de gran alcance y trascendencia. Y al mismo tiempo, los congresos culturales que atiendan al aspecto mental, moral, espiritual de los jóvenes.

Me contó el licenciado Ramírez Vázquez que son muy numerosas las iniciativas y los proyectos que reciben como respuesta a la invitación que en su revista ha hecho a las personas que tengan alguna idea que ofrecer al Instituto, así como de los grupos ya organizados de jóvenes que hay en la república.

Fue bastante propio que después de comer camináramos un buen rato las calles, como cuando éramos estudiantes y jóvenes; que entráramos en Porrúa, que llegáramos hasta el Zócalo que conocimos tan distinto del de hoy; que, en fin, consonáramos en añorar una juventud a la que él está ahora consagrado a servir por modos tan útiles, patrióticos y eminentes.

1952

16 de enero

¿Conoce usted los departamentos Windsor? Son tres edificios contiguos en la calle Santa Veracruz, un poco más allá del extinto Cine Venecia —aquel cine precioso de las películas mudas que fue de los primeros en adoptar orquesta de danzones y jazz, y al que íbamos por las tardes después o en vez de ellas, de las clases de la Preparatoria, a bailar sobre todo. Iba Xavier, que bailó siempre bien y le gustaba mucho; iba Manuel Palavicini, que no bailaba bien, y sobre todo iba Fernando Robert, que era el más consumado bailarín y el tenorio más afortunado del grupo. Tenía infinidad de amigas, novias, conocidas, compañeras de baile que se lo disputaban. No volví a saber de él en todos estos años, sino hasta el otro día que le pregunté a Mariano qué se había hecho, pues eran muy amigos, y él sabría. Me contó que sigue sintiéndose tan joven como siempre: que todas las tardes se va a bailar, como hace treinta años, y suele jugar campeonatos de frontón, no obstante que su hijo es ya mayor de edad, y que lleva buenos veinte años empleado en Hacienda. Se ha conservado ágil y alegre, y nadie sospecha que no sea totalmente auténtica la negrura de sus bigotes y de su pelo.

Ahora el Cine Venecia, nuestro viejo y querido Cine Venecia, ha sido derruido, y no construyen aún nada en su lugar. Al pasar por él hacia los departamentos Windsor, vi su pantalla, blanca, vacía —allí donde tantos sueños se proyectaron fugaces y fervientes; en ruinas el salón donde tantas parejas comulgaron su amor y enlazaron sus manos; mudo el aire que tantas tardes se pobló de danzones alegres.

Sergio Magaña acaba de mudarse a los departamentos Windsor. Con su beca, ya es "todo rico", y abandonó el cuarto surrealista que ocupaba en la azotea de la calle del 57, aquí enfrente: donde escribió sus *Signos del zodiaco*, y sus cuentos admirables, y su otra obra; donde tecleaba su arcaica Oliver hasta el amanecer sin protestas de vecinos ni compasión intrusa de familiares. Emilio Carballido, que ha sabido siempre darse mejor vida que Sergio, fue el primero en mudarse de otro cuarto que yo no conocí, a los departamentos Windsor, y Sergio siguió su elegante ejemplo. Hasta hace poco, según creo, esos departamentos funcionaban como un hotel, amueblados. Vivían en ellos artistas de teatro, luchadores. Los bailarines de Katherine Dunham se alojaron en ellos en 1947, y Armando Valdés Peza tenía ahí su departamento antes de mudarse a la Casa Latinoamericana. Ahora los rentan sin amueblar, bastante baratos para como están las

rentas, y no han tardado en llenarse de "estudios" muy Barrio Latino o muy Greenwich Village. Mario García González tomó también uno pequeño, de 100 pesos, que no conozco, como tampoco el de Carballido.

Sergio fue primero en invitarme a su nueva y suntuosa residencia. Tiene a la izquierda una cocina mínima, luego un corredor o pasillo que lleva al salón-comedor-alcoba, terminado en un gran vitral que mira a una calle triste, empedrada, preciosa, solitaria. Todos sus amigos quieren mucho a Sergio y lo han ajuareado en un santiamén. Agustín Guevara le regaló una mesa muy bonita y un *couch*; Nacho Longares, una lámpara de pie que Raúl Cardona le está terminando con estambre azul en la pantalla; alguien más un sofá, su mamá las cortinas. Toda mi repentina contribución a su *ménage* ha consistido hasta ahora en tres platos y tres tazas con que llegamos a cumplir su deseo de que merendásemos en su estudio, pues no había pensado que para hacerlo fuera necesario tener en qué. Compró lo que le dije cuando averigüé que quería merendar *hot cakes:* harina de la Negrita, leche, Nescafé, mantequilla, tocino, miel de maple, leche del Clavel, azúcar y una sartén de aluminio en la que como éramos cuatro, los *hot cakes* tardaron tanto en fraguar, que los comimos más *cold* que *hot*. También tardó el café, porque hubo que esperar a que estuvieran los *hot cakes* para lavar la jarra en que habíamos hecho el atole, y poner en ella a hervir el agua.

Yo sabía ya que esos departamentos fueron los primeros que Jorge Rubio construyó en México. Pero si lo había olvidado, lo recordé al ver la disposición del salón de Sergio, y la pared-*closet* que lo separa del pequeño baño, y el vitral. El sábado que fui por la noche a visitar a Jorge, le conté que por fin había conocido los departamentos Windsor, y le dio mucho gusto saber que al fin empiezan a cumplir la función para la que él los imaginó al proyectarlos: ser una habitación bohemia y cómoda de artistas en pleno centro.

Desde esa obra suya, ¡en cuántas otras ha puesto su talento, su extraordinaria imaginación! ¡Su buen gusto, su limpia visión, su virilidad! No conozco sino por fotografías el hotel de San José Purúa, que es más o menos de la época y de los dueños de los Windsor. Pero sé que es una obra magnífica. La casa del doctor Zozaya en Cuernavaca es como de ese tiempo, y de ese estilo. Luego hizo la casa de Puebla, donde están ahora el Quid y la Galería de Ventas Libres. Y la casa del señor Guieu en Chapultepec, que es preciosa, y en que empezó a usar los grandes vitrales hacia el jardín: otra enorme de departamentos en Pánuco; otra más en la calle de Puebla. Y tres residencias extraordinarias: la del doctor Carrillo en Tlacopac, la de don Pedro Maus en Xola y la de don Alfredo Medina en Chapultepec Morales. Eso sin contar otras menores en San Ángel o en las Lomas, ni la de Arturo de Córdoba, que está ya casi terminada.

Ahora ha concluido la suya propia, en Churubusco, frente al Convento, en un terreno que Ana heredó. Y Ana va a mudarse allá al día siguiente de la partida de Jorge, que se va a Mérida el 25 en la madrugada. Siente que allá se pondrá bien: restituido a su origen, a su tierra, a su mar; y lleva en la mente grandes proyectos de trabajo.

Me entristece que se vaya, tanto que verles mudarse de este departamento que él construyó también: en que les he visitado tantas veces, cenado con ellos. En otras navidades, Ana disponía el árbol junto a la chimenea, los regalos, las tarjetas —e invitaba a unos cuantos amigos, y desde antes se pasaba una noche haciendo los *cookies* de especias y jengibre que a Jorge le gustan tanto, y los *fruit cakes*. Ahora, en vísperas de concluir una mudanza que han hecho poco a poco, no dejaron más tazas ni servicio que para ellos dos.

Me marché a las diez y cuarto; a casa, triste. Es un rumbo al que, idos los Rubio, no será fácil que yo vuelva. Y por el que viví muchos años, hasta hace ya diez, que nos mudamos a Coyoacán. Venir a visitar a Jorge, como que me conservaba vivo el lazo afectivo con estas calles cuya transformación, desde que el parque de Villalongín era la lóbrega, íntima, estación de Colonia, me fue así siendo insensible; en las que arraigaron tantos episodios y afectos de los que iban quedando pocos testimonios, o escenarios. ¿Quiénes vivirán ahora en la casa de Rosas Moreno, en la de Díaz Covarrubias, en la de Pánuco —en cada una de las cuales me proyecté, llené el tiempo, el tiempo me capturó? ¿Y en las pequeñas sucursales de Altamirano, aquella calle empedrada y tristona? ¿Y en los departamentos de Sullivan, tan nuevos en aquella calle flamante cuando tomé el primero y apenas empezaban a perpetrar el Monumento a la Madre, y había una escuela militar donde ahora hay una estación de gasolina? Todo este rumbo queda poblado de fantasmas. Y me gustaba volver a él, vivir al mirarlo una especie de Bompiani. Fue este rumbo, en muchos sentidos, un punto de partida, al que siempre se sueña en regresar. En el pequeño departamento de Sullivan empezó a funcionar Publicidad Augusto Elías cuando el patrón y yo concluimos el que llamamos "Pacto de Coyoacán" para trabajar juntos. Y ahí llegó también una noche Carlos a comunicarme los planes de creación del que sería Instituto Nacional de Bellas Artes.

Estaba entonces Carlos lleno de arrestos y entusiasmo por emprender una tarea profunda y amplia de servicio artístico a México. Lo estaba tanto, que venció mi renuencia a volver a trabajar en el gobierno, donde suele pronto olvidarse lo que no realiza, como se ha olvidado y diluido cuanto en hermosas ediciones y en número de libros y folletos hice al lado del doctor Puig. Ahora sería distinto. El licenciado Alemán, que como candidato le había ofrecido un homenaje público, como presidente lo llamaba para entregarle toda su confianza y el más amplio y decidido apoyo. Y yo no debía seguir metido en

mi estéril agujero. Tenía una obligación con mi país. Y a mi vez dispondría de todas las facilidades para trabajar a las órdenes de un amigo de más de veinte años. Cuando días después el señor presidente me preguntó si Carlos ya me había hablado para ese trabajo, y comentó: "Todos mis amigos han aceptado dejar sus posiciones brillantes y lucrativas para servir al país", resolví abandonar mi egoísta agujero cómodo y acudir al amistoso llamado de Carlos.

Y así hemos trabajado estos cinco años: como amigos, pero dentro de una estructura jerárquica que nuestra vieja amistad no toca ni trastorna. Él tiene la confianza indirecta y básica del señor presidente, y la directa y la aprobación en todo del secretario de Educación, quien nunca le ha impuesto una orden, ni objetado una decisión, y a quien Carlos le presenta en sus acuerdos, no problemas, sino soluciones, en el funcionamiento del Instituto, en su personal, en sus planes, en sus trabajos. Carlos es así en todo (y ni su orgullo ni su personalidad lo tolerarían de otra manera) el responsable personal y directo de cuanto ocurre en el INBA. El hecho, por ejemplo, de que le haya llevado al ministro mi renuncia, no entraña sino un formulismo de mera información sobre que yo la había presentado y que Carlos no la aceptaba. Un "ministrazo" que nos hubiera puesto en situación de que Carlos se estuviera muriendo de ganas de que yo me fuera, y de que "de orden superior" se resignase a mi permanencia, sería tan absurdo como inaceptable para él y para mí.

Confío en que como él dijo la mañana en que todo quedó aclarado, de aquí a noviembre trabajaremos sobre supuestos netos y sin tropiezos. Él prepara ya la temporada de la Sinfónica que dirigirá, y está entusiasmado con *Las goéforas* de Milhaud que va a estrenar. Probó a varias muchachas para las voces recitativas, y creo que al fin eligió a María Douglas.

El jurado en el concurso de teatro para elegir la obra con que se estrene el Hidalgo quedó en rendir su fallo el 2 de enero. Yo no formo parte de ese jurado, y no sé si dirigiré la obra que resulte agraciada. En todo caso, la fecha más probable de terminación de ese teatro es abril o mayo. Antes creo que se podrá hacer algo de teatro en Bellas Artes. La Unión de Autores ha pedido los días 12 y 13 para rendir un homenaje a Xavier, quien murió hace hoy justamente un año, con la presentación de tres obras suyas de un acto dirigidas por Basurto, Max Aub y Celestino Gorostiza.

Por su parte, la Agrupación de Críticos de Teatro auspicia y promueve la celebración del centenario de la muerte de don Manuel Eduardo de Gorostiza, y ha sugerido al INBA que ponga una o más obras suyas en escena. Aun cuando el centenario de su muerte fue en octubre de 1951, el hecho de que ese año haya sido consagrado a Sor Juana y su nacimiento, puede explicar que se evite la interferencia y se considere el de 1952 como año de Gorostiza. Acabo de releer *Indulgencia para*

todos, y creo que podría ponerse y lucir, con uno que otro corte o abreviatura de los "apartes", que además no son muchos.

Son tristes, estos días de celebraciones familiares, cuando la familia se va reduciendo, apagando, ausentando; estas noches de alegría juvenil cuando ya no se es joven. Leer, huir; inmergirse en el pensamiento de los demás, por temor de caer en los propios. Antes, el radio podía acompañar en sordina una lectura que se olvidaba de él. Ahora tiene uno a mano su pequeño cine de barrio en la televisión, y anoche la contemplé un rato antes de meterme en la cama a seguir la lectura de *Los pies descalzos* de Luis Enrique Erro, y de *Una historia marxista del cine*, el nombre de cuyo inteligente autor se me olvida siempre.

Y hoy... Hace un año que murió Xavier. Los muchachos vinieron por la tarde a decírmelo. Y hoy voló Jorge a Yucatán. ¡El tiempo! ¿El tiempo perdido? ¿El tiempo vuelto a encontrar?

20 de enero

Estoy ya de nuevo metido en la delicia rutinaria de los ensayos de una obra teatral, con que en los primeros días de febrero hemos de iniciar las comparecencias del teatro en Bellas Artes. Se trata de una obra mexicana, pero esta vez no de autor moderno ni actual, sino de uno que, nacido en México, en Veracruz, a fines del siglo XVIII, fue temprano llevado por sus padres a España, desde allá supo lo de la Independencia, allá se reveló como escritor y dramaturgo, escribió a México para manifestarse mexicano y deseoso de servir al nuevo país, que aprovechó su ofrecimiento y le nombró su ministro; donde lo hizo tan bien, que luego, reintegrado ya a México, fue aquí ministro de Hacienda y de Relaciones, le tocó la guerra del 47, en que quería participar como militar —y murió, pobre y olvidado, en Tacubaya, en octubre de 1851.

Muy olvidado, ciertamente, a la fecha. Ahora que mandé buscar a las librerías ejemplares de las obras de Gorostiza, para no tener que sacar laboriosas copias a máquina para los actores, encontré que los libreros lo que ofrecían a los empleados, cuando mucho, eran obras de José el poeta o de Celestino el comediógrafo, nuestros contemporáneos; pero no de don Manuel Eduardo de Gorostiza, que es de quien se buscaban. Fui yo mismo; y apenas, después de mucho buscar infructuosamente, aun en las mejores librerías, la primera edición de Bruselas de 1826, o el Tesoro del Teatro Español, o los tomos de la Biblioteca de Agüeros, apenas exhumé entre un montón de pequeños volúmenes empolvados en un zaguán un tomo de Agüeros con *Lo que son mujeres*. En su *Bibliografía del teatro en México*, Francisco Monterde registra las ediciones de comedias de Gorostiza habidas hasta la fecha de esa bibliografía, 1934. Vemos ahí que *Indulgencia*

para todos apareció por primera vez en Madrid en 1818, en la imprenta de Cano, y que fue reimpresa en París en 1822 y en Bruselas en 1825; en México, en la imprenta Vicente García Torres, en 1852, y por Agüeros en 1899. Y así sus demás comedias originales —*Las costumbres de antaño, Don Dieguito, Tal para cual*, o sus "imitaciones": *El jugador, El amigo íntimo*; o bien *También hay secreto en mujer, Lo que son mujeres, Don Bonifacio, Virtud y patriotismo, Una noche de alarma en Madrid*. Se dan ahí también como escritas por él *Las cuatro guirnaldas, El novio austrorruso, La huerfanita de Tacubaya* y *El ranchero de Aguascalientes*. La edición de Agüeros —1902— contiene arreglos e imitaciones teatrales de Gorostiza.

En su Biblioteca Literaria del Estudiante, la Universidad publicó en 1944 un tomo consagrado a Gorostiza, con un amplio y buen prólogo de Mario Mariscal —¿qué se habrá hecho este muchacho?— y el texto de *Indulgencia para todos*. Wilberto Cantón acaba de obsequiarme con siete ejemplares, que son los que se necesitan para los actores, y empezaremos a poner esta simpática comedia moralizante tan luego como ya esté más armada la que va primero, y que es *Contigo pan y cebolla*.

No sé si le he contado a usted que hace poco, al conversar con Panchito Monterde y comunicarle que pensaba poner esta obra de Gorostiza, me recordó que en una de las primeras sesiones de consejo del INBA yo, aún no encargado del Departamento de Teatro, atreví la sugestión de que se resucitaran las obras modestamente clásicas del repertorio mexicano. No solamente Ruiz de Alarcón, sino Sor Juana, *Los empeños de una casa*; y Gorostiza y *El pasado*, de Acuña. Panchito recordaba (francamente, a mí se me había olvidado por completo) la sacra ira de ofendido buen gusto con que habían protestado los genios teatrales entonces presentes, para protestar contra tamaño desacato al buen teatro. Esas obras no valían la pena, según ellos. Ahora recuerdo que el único que me concedió la razón fue Agustín Lazo, con defender a esos autores olvidados y modestos, diciendo que si ellos no eran Shakespeare, tampoco se podía decir que ahora mismo los actuales fueran Pirandello.

El tiempo ha pasado. Alguna vez se me hizo el cargo de que no hacía caso de los autores mexicanos. Y calladamente, ha ido cumpliéndose el legítimo propósito de resucitar y dar su sitio en el conocimiento y el aprecio del público de teatro, a los autores mexicanos que son nuestros clásicos. Todo es cuestión del modo como se traten, del cariño que se ponga en vitalizarlos con una cuidadosa y alerta puesta en escena. Claro es que leídas, esas obras pueden parecer nimias y muertas. Pero el teatro no es para leerse, y los actores y el director, y los recursos de la escena moderna, son el otro y muy importante vértice de un triángulo que integran el autor, ellos y el público. Leído en seco, *El pasado* de Acuña pudo parecernos imposible. Enriqueci-

do sin adulteración de su texto con los recursos de que lo rodeé, no sólo pasó decorosamente, sino que gustó, y mucho. Y lo mismo pasó con *Los empeños de una casa*, obra a la que confieso que le tenía más miedo que a *El pasado*, y que a cuantos la vieron en las tres veces que la ofrecimos en noviembre en Bellas Artes, les encantó.

Ahora se trata de resucitar lo mejor posible una comedia tan graciosa como *Contigo pan y cebolla*. Manolo Fábregas está encantado con ella y con su papel, y trabajamos todos los días de cinco a ocho de la noche, con método, en sus cuatro actos breves y ligeros. Armando Valdés Peza me ha ofrecido diseñar gratuitamente el vestuario, que le impartirá el encanto de la época, y ya se trabaja en una escenografía que, a pesar de su necesario realismo, nos permita cierta licencia cinematográfica en el tercer acto, que no le quiero anticipar.

Manolo no ha podido estar en todos los ensayos, porque al mismo tiempo dirigía, todavía la semana pasada, *Mi cuarto a espaldas* del licenciado Elorduy que se estrenó el sábado, y en cuya publicidad tan amable como inmerecidamente su autor me deparó el título de director general. Pero sé bien que puedo confiar en su memoria y en su destreza.

No será sino hasta esta tarde de domingo cuando vaya a ver la obra del licenciado Elorduy, y si me alcanza el tiempo, de una vez el estreno de Usigli en la temporada de la Unión de Autores, en el Colón. El viernes no fui, en primer lugar, porque me caen gordas las *premières*; y en segundo, porque los boletos que amablemente me envió Alfredo Robledo, los recibí en casa ya al llegar a la media noche del cine, y no a tiempo en la oficina. Tengo ya una primera crónica fidedigna de las *Aguas estancadas*. Un concurrente a su estreno me dijo que Celestino estaba en él furioso por el parecido gemélico que esa obra guarda con sus propios *Escombros de un sueño*; tanto, que pensaba solicitar en la Unión de Autores un esclarecimiento de las fechas de registro de ambas. No creo que haya caso. Todos sabemos que hay más de un *Fausto*, y más de una media docena de *Medeas*; pero, en fin...

Nada más laudable que el esfuerzo de la Unión de Autores por organizar temporadas en que se produzcan sus obras; ni nada más legítimo que capitalizar para abrirla el buen éxito de *El niño y la niebla*, que puede transportar al Colón al público del Caracol. Los muchachos que asistieron el miércoles a la asamblea de Autores en que se informó de esa temporada, me cuentan —aparte su impresión de que una mayoría de miembros muy mayores que ellos los miran con recelos y reticencias— que en ella se definió un criterio de éxitos comerciales y de público como norma de la temporada. Que es un buen criterio. Así le queda al Estado el deber de cuidar de otros aspectos de la actividad teatral, como el de una producción cuidadosa y el establecimiento de un repertorio clásico.

para todos apareció por primera vez en Madrid en 1818, en la imprenta de Cano, y que fue reimpresa en París en 1822 y en Bruselas en 1825; en México, en la imprenta Vicente García Torres, en 1852, y por Agüeros en 1899. Y así sus demás comedias originales —*Las costumbres de antaño, Don Dieguito, Tal para cual*, o sus "imitaciones": *El jugador, El amigo íntimo*; o bien *También hay secreto en mujer, Lo que son mujeres, Don Bonifacio, Virtud y patriotismo, Una noche de alarma en Madrid*. Se dan ahí también como escritas por él *Las cuatro guirnaldas, El novio austrorruso, La huerfanita de Tacubaya* y *El ranchero de Aguascalientes*. La edición de Agüeros —1902— contiene arreglos e imitaciones teatrales de Gorostiza.

En su Biblioteca Literaria del Estudiante, la Universidad publicó en 1944 un tomo consagrado a Gorostiza, con un amplio y buen prólogo de Mario Mariscal —¿qué se habrá hecho este muchacho?— y el texto de *Indulgencia para todos*. Wilberto Cantón acaba de obsequiarme con siete ejemplares, que son los que se necesitan para los actores, y empezaremos a poner esta simpática comedia moralizante tan luego como ya esté más armada la que va primero, y que es *Contigo pan y cebolla*.

No sé si le he contado a usted que hace poco, al conversar con Panchito Monterde y comunicarle que pensaba poner esta obra de Gorostiza, me recordó que en una de las primeras sesiones de consejo del INBA yo, aún no encargado del Departamento de Teatro, atreví la sugestión de que se resucitaran las obras modestamente clásicas del repertorio mexicano. No solamente Ruiz de Alarcón, sino Sor Juana, *Los empeños de una casa*; y Gorostiza y *El pasado*, de Acuña. Panchito recordaba (francamente, a mí se me había olvidado por completo) la sacra ira de ofendido buen gusto con que habían protestado los genios teatrales entonces presentes, para protestar contra tamaño desacato al buen teatro. Esas obras no valían la pena, según ellos. Ahora recuerdo que el único que me concedió la razón fue Agustín Lazo, con defender a esos autores olvidados y modestos, diciendo que si ellos no eran Shakespeare, tampoco se podía decir que ahora mismo los actuales fueran Pirandello.

El tiempo ha pasado. Alguna vez se me hizo el cargo de que no hacía caso de los autores mexicanos. Y calladamente, ha ido cumpliéndose el legítimo propósito de resucitar y dar su sitio en el conocimiento y el aprecio del público de teatro, a los autores mexicanos que son nuestros clásicos. Todo es cuestión del modo como se traten, del cariño que se ponga en vitalizarlos con una cuidadosa y alerta puesta en escena. Claro es que leídas, esas obras pueden parecer nimias y muertas. Pero el teatro no es para leerse, y los actores y el director, y los recursos de la escena moderna, son el otro y muy importante vértice de un triángulo que integran el autor, ellos y el público. Leído en seco, *El pasado* de Acuña pudo parecernos imposible. Enriquecido sin adulteración de su texto con los recursos de que lo rodeé, no sólo pasó decorosamente, sino que gustó, y mucho. Y lo mismo pasó con *Los empeños de una casa*, obra a la que confieso que le tenía más miedo que a *El pasado*, y que a cuantos la vieron en las tres veces que la ofrecimos en noviembre en Bellas Artes, les encantó.

Ahora se trata de resucitar lo mejor posible una comedia tan graciosa como *Contigo pan y cebolla*. Manolo Fábregas está encantado con ella y con su papel, y trabajamos todos los días de cinco a ocho de la noche, con método, en sus cuatro actos breves y ligeros. Armando Valdés Peza me ha ofrecido diseñar gratuitamente el vestuario, que le impartirá el encanto de la época, y ya se trabaja en una escenografía que, a pesar de su necesario realismo, nos permita cierta licencia cinematográfica en el tercer acto, que no le quiero anticipar.

Manolo no ha podido estar en todos los ensayos, porque al mismo tiempo dirigía, todavía la semana pasada, *Mi cuarto a espaldas* del licenciado Elorduy que se estrenó el sábado, y en cuya publicidad tan amable como inmerecidamente su autor me deparó el título de director general. Pero sé bien que puedo confiar en su memoria y en su destreza.

No será sino hasta esta tarde de domingo cuando vaya a ver la obra del licenciado Elorduy, y si me alcanza el tiempo, de una vez el estreno de Usigli en la temporada de la Unión de Autores, en el Colón. El viernes no fui, en primer lugar, porque me caen gordas las *premières*; y en segundo, porque los boletos que amablemente me envió Alfredo Robledo, los recibí en casa ya al llegar a la media noche del cine, y no a tiempo en la oficina. Tengo ya una primera crónica fidedigna de las *Aguas estancadas*. Un concurrente a su estreno me dijo que Celestino estaba en él furioso por el parecido gemélico que esa obra guarda con sus propios *Escombros de un sueño*; tanto, que pensaba solicitar en la Unión de Autores un esclarecimiento de las fechas de registro de ambas. No creo que haya caso. Todos sabemos que hay más de un *Fausto*, y más de una media docena de *Medeas*; pero, en fin...

Nada más laudable que el esfuerzo de la Unión de Autores por organizar temporadas en que se produzcan sus obras; ni nada más legítimo que capitalizar para abrirla el buen éxito de *El niño y la niebla*, que puede transportar al Colón al público del Caracol. Los muchachos que asistieron el miércoles a la asamblea de Autores en que se informó de esa temporada, me cuentan —aparte su impresión de que una mayoría de miembros muy mayores que ellos los miran con recelos y reticencias— que en ella se definió un criterio de éxitos comerciales y de público como norma de la temporada. Que es un buen criterio. Así le queda al Estado el deber de cuidar de otros aspectos de la actividad teatral, como el de una producción cuidadosa y el establecimiento de un repertorio clásico.

En cuanto a teatros, sólo puedo añadir que la semana pasada fui a ver la *Mater Imperatrix* de Benavente en el Ideal, y entré a saludar a Anita Blanch y a Jambrina. Lo que más me llamó la atención fueron los pequeños, casi invisibles audífonos como para sordos que traen los actores metidos en una oreja para oír al apuntador. Me dicen que los usan en la televisión, en vez de aprenderse los papeles. No se ve la necesidad de conservar la concha donde está, si ahora les apuntan por radio, radar o lo que sea. Debe de ser que sus reflejos condicionados exigen aquella interrupción material a medio escenario.

En cambio, he ido al cine. Vi una muy buena película *Ambiciones que matan*; de tan excelente tratamiento, que no fue sino a media cinta cuando recordé, identifiqué, *An American Tragedy*, la obra de Theodore Dreiser que hace muchos años vi en San Francisco en teatro. Pero, sobre todo, vi *Mujeres con pasado*. Los muchachos me habían dicho que no era buena; que Simone Simon estaba muy "sobreactuada". Cretinos. A mí me pareció excelente en todos sentidos; llena de osadías técnicas, de vuelo lírico cinematográfico, de detalles extraordinarios. ¡Cómo deja una película así al cine de Hollywood! ¡Y cómo puede suceder que el cine en que se exhibe esté medio vacío, y que la gente vaya a ver estupideces como el *David y Betsabé* o esa lata de *Alicia en el país de las maravillas*; no la inglesa, que me dicen que es muy buena y que debe serlo; sino la de Disney, ¡por añadidura doblada al español con las voces y las entonaciones que el radio profiere a todas horas!

3 de febrero

El domingo en la tarde, como le dije, fui al teatro primero a Bellas Artes, pues quería ver la obra del licenciado Elorduy, de la que sólo conocí el primer acto cuando una mañana conmemorativa de sus cincuenta años de abogado le dieron en el Ideal; y si me alcanzaba el tiempo, las *Aguas estancadas* del Colón, que si no, podía dejar para el día siguiente.

Me alcanzó, a pesar de que en el Colón daban sólo dos funciones: tarde a las cuatro y media y moda a las siete y media, porque la obra del licenciado Elorduy es tan corta y corre tan rápidamente, que empezada a las cinco y cuarto, a las seis y media ya había acabado, y llegué al Colón a tiempo de ver casi todo el tercer acto de la primera función, desde el balazo. Luego me quedé, como en el cine, a ver lo que me faltaba: los dos primeros actos.

Yo no sé si, como me dijeron, se parece a los *Escombros* de Gorostiza este estancamiento acuoso de Usigli, porque no recuerdo los escombros. En todo caso, hay en la obra la frase justa que señala que las ideas son de quien las trabaja. Lo que sí puedo decir es que me

gustó, aunque no quieran creérmelo los exigentes muchachos que la vieron la noche triunfal del estreno. Me divirtió, no me aburrió ni un momento. Y el principio lo vi sentado junto a Amalia Ferriz, a quien no veía desde hacía siglos, y que está muy guapa. Llegó con una amiga, de visitar adentro a su hermano Miguel Ángel; me descubrió sentado en la luneta y fue a saludarme y a identificarse. Me dio un gusto enorme verla de nuevo. Y en el Colón, nada menos, donde hace cientos de años —éramos ciertamente, aclarémoslo, unos niños— fuimos a ver en ese mismo escenario la consagración como actriz de Isaura Cano en *Magda* de Sudermann, dirigida por Tovar Ávalos, de quien ni ella ni yo sabemos ahora qué fue; y las actuaciones de Luis Enrique Erro, cuya novela ya acabé de leer, en *Marianela*, con Armandita Chirot, a quien después de años vi anunciada como "el ruiseñor mexicano" en San Francisco California... Amalia trabajó en teatro en Madrid, con la compañía de María Guerrero, y luego en Nueva York, doblando películas, con Miguel Ángel y Matilde Palou, pero acabó por retirarse de las tablas. Entendí que trabaja en la Suprema Corte; y tiene un hijo que estudia leyes y escribe con talento, y ella querría que se dedicara más a hacerlo.

Cada vez, me cuenta, es más retraída. No va a ninguna parte. Recordé entonces que Miguel Ángel me había dicho que Paco su hermano se ha vuelto un místico, y Amalia me refirió que ella también, en cierto modo, pues practican no sé qué rito raro del conocimiento del ser, en la calle de Bucareli, que cuando menos les mantiene en muy buena salud, pues consiste en ejercicios de respiración y en meditaciones.

El lunes transcurrió sin más pena ni gloria que la habitual comida en Prendes del grupo a que a la última hora llegó a sumarse el junior Elías, que acaba de regresar de su primer viaje a Nueva York, y venía entusiasmado con lo que allá vio en televisión en los estudios, y lleno de ideas y proyectos. El martes, en cambio, fuimos a Los Pinos, a la ceremonia de entrega del Premio Nacional 1951 al maestro músico Candelario Huízar.

No había yo vuelto ahí desde la entrega del otro Premio Nacional a don Mariano Azuela. Y no sé si entonces, como fue mucha más gente (son por lo visto más abundantes los escritores que los músicos) no me fijé, o si la organización de Los Pinos se ha perfeccionado cada vez más; el caso es que me impresionó. Al detenerme frente a la puerta, un oficial de policía llegó y me dijo: "Yo estaciono su coche, señor Novo" y se lo llevó. Ya aguardaba don Manuel Espejel, y como llegaba en ese instante el maestro Huízar, nos introdujo en una sala de espera. Armando Echevarría traía el pergamino-diploma, sin la firma aún del presidente. Le dije al señor Espejel que era necesaria esa firma, y en un abrir y cerrar los ojos apareció una mayor ayudante, lo tomó de mis manos, entró por una puerta —y salió por otra ya

con el pergamino firmado. Fuimos introducidos en una sala que se ve recién instalada, sobria y amplia; y en el instante al segundo en que sonaban las campanillas de un reloj que daba las doce, apareció por una puerta el señor presidente de la República, rodeado y seguido por el licenciado Gual Vidal, el maestro Chávez, el licenciado González de la Vega y Rogerio de la Selva. Al segundo, con una puntualidad de cronómetro, llegaron hasta el estrado y, de pie todos, comenzó la breve ceremonia, que consistió en que el maestro Chávez leyera un hermoso discurso sobre la riqueza nacional que el arte constituye, y los deberes, en realidad entregaron al maestro Huízar su diploma y su cheque, y desfilamos a saludar al señor presidente. Fue todo.

Yo tuve el privilegio de conversar un momento con el señor presidente. Había llevado conmigo un ejemplar de *La culta dama* y se lo entregué. Me dijo que se había quedado con el deseo de verla, pero que nunca pudo. Le anuncié entonces que el 16 de febrero vamos a abrir las actividades de teatro de este año con el homenaje a don Manuel Eduardo de Gorostiza —eminente patriota, veracruzano— que consiste en llevar a la escena sus obras teatrales, y que nos honraría mucho, y exaltaría las celebraciones del centenario de la muerte del diplomático y dramaturgo, su presencia, que ofreció. Además, al día siguiente ya le había prometido a su maestro don Aquiles Elorduy ir a ver su *Mi cuarto a espaldas*.

Concurrió, en efecto, la noche del miércoles, a ver la obra de don Aquiles. Don Aquiles —nos lo contó desde el lunes, feliz— le había mandado un telegrama (aunque en la Presidencia recibieron ese telegrama por triplicado) "no al presidente, sino al discípulo, conminándolo e invitándolo a ver la pieza de su maestro". Y el presidente contestó, "no el presidente, sino el discípulo", que asistiría el miércoles. Tiene muchos discípulos don Aquiles. Estuvieron también, invitados suyos, Mariano Ramírez Vázquez, Rogerio de la Selva, Antonio Martínez Báez, don Manuel Tello. Yo estaba sentado detrás del señor presidente, y podía ver cómo el hijo de don Aquiles, a su izquierda, no le quitaba la vista de encima para observar sus reacciones a la obra; cómo iba su mirada, por fuera de los anteojos, a sorprender las risas y las sonrisas del primer magistrado, que parecía muy divertido.

En los intermedios, salíamos a platicar, y venían los ministros y los importantes presentes a saludar al señor presidente. Rogerio me dijo que él no perdía una sola obra de teatro, aunque viene siempre de improviso y de incógnito, a cualquier luneta, y que fue *Rosalba y los Llaveros* lo que le dio la persuasión de que el teatro mexicano ya nacía y se salvaba verdaderamente; que le encantó. Y que el señor presidente, aunque muchas veces quiere ver una obra, casi nunca puede. De *El niño y la niebla* iban a avisarle: ya llevamos cien, ya llevamos doscientas, ya trescientas, ya cuatrocientas representaciones. Y nunca pudo ir. Siempre, a última hora, se prolonga el trabajo o algo surge a impedírselo.

Pero antes de llegar el señor presidente al teatro esa noche, ocurrieron cosas que creo interesante contarle. Habíamos comido en Prendes con Carlos, que estaba en Bellas Artes desde las siete de la mañana, ensayando con la Sinfónica, cosa que hace con una camisa suéter que era azul oscuro ese día. Supimos entonces que debíamos ir todos a acompañar a Cantinflas, que a las seis visitaría las Galerías Populares de Pintura que hay en los barrios —una en la colonia de los Doctores, otra en la Esmeralda, otra en Peralvillo. Se le amontonó el quehacer a Carlos y aunque había pedido a su casa una camisa blanca, no tuvo tiempo de ponérsela cuando subí por él para ir por Cantinflas a su despacho elegantísimo de la avenida Morelos, donde ya nos aguardaba con Isaac Díaz Araiza y un abrigo de pelo de camello.

Nos fuimos pues a la primera galería, por los Doctores. Y al bajar del coche, nos envolvió el tumulto. Centenares de chicos, mujeres, obreros, aguardaban a su ídolo, sabedores de que iría, y lo rodearon como una turba ávida de tocarlo, de comprobar que existía, de quedarse con un pedazo de Cantinflas entre las manos. Yo me hice a un lado y sólo alcancé a ver cómo los fotógrafos se hallaban instalados en una especie de palco, listos, y cómo los cuadros de la exposición empezaban a tambalearse al empuje de aquel motín. Era imposible. Me fui al coche, le indiqué al chofer que arrancara y recogimos metros adelante a Mario, a Carlos, a Fernando Gamboa, a Díaz Araiza, rodeados por una multitud que no dejaba avanzar el coche. ¡Y tantas ganas que tenía Mario de ver las exposiciones! Tendrá que ser otro día, en secreto. Lo restituimos rápidamente a sus oficinas.

Y volvimos a Bellas Artes, Carlos a su oficina, yo a reanudar mi ensayo en el foro. Cerca de las ocho y media subí por él para que fuéramos a recibir al señor presidente. Supuse que don Aquiles le habría indicado que la hora de levantar el telón es habitualmente un cuarto después de la anunciada, por culpa de la gente, que no llega a tiempo. Quise cerciorarme, y le hablé al foro para preguntarle a qué hora le había dicho al señor presidente que se presentase. "A las ocho y media —me contestó—. Es puntualísimo. Ya está aquí. Y no hay nadie en la sala."

"Ya llegó", le dije a Carlos, que aún no se había puesto la camisa blanca. Ni había ya tiempo. Corrimos a la sala, fuimos al palco presidencial. No era cierto; no había llegado; pero sin duda no tardaría, o a lo mejor ya estaba abajo, o habría ido a luneta. Mientras Carlos investigaba, yo corría al foro a volver a preguntarle a don Aquiles. Y resultó que él había entendido que yo le decía que ya había llegado. De todos modos, no tardaría, porque es muy puntual. Y en efecto: cuando volví al vestíbulo, ya el señor presidente, recibido por Carlos Chávez, se encaminaba al ascensor, entró en el palco, y la orquesta

que pidió don Aquiles (quien no se resigna a que no haya quinteto durante los entreactos) atacó para saludarlo el Himno Nacional. Y luego, mientras acababa de llegar y acomodarse la gente, hubo una clásica "obertura por la orquesta".

Y ahí estuvimos, un poco incongruentes indumentariamente con la solemnidad. Hablo en plural, porque ese día yo también traía una camisola de lana azul de cuello rebelde y la corbata que no me decido a no usar con estas camisolas de lana o de pana que he adoptado para el invierno; que son tan sabrosas y que eliminan la necesidad del abrigo, y los catarros en su totalidad.

He estado leyendo, lápiz en mano como leo siempre, y con el detenimiento que merece, el libro de José E. Iturriaga *La estructura social y cultural de México*. Es la rarísima joya de un estudio económico, sociológico y estadístico que a pesar de todo ello, resulta de amena lectura, de absorbente interés, de estilo llano, de "meridiana claridad", de lógica estructura. Se nota en él, a veces, el esfuerzo que ha debido hacer el autor para mantenerse objetivo: para abstenerse de opinar en los hechos que ni siquiera subraya, sino que desbroza y se ciñe a presentar situándolos de modo que ellos mismos establezcan su relación o destaquen su incongruencia. Libros como éste no basta leerlos, sino estudiarlos. Es muy de encomiar el hecho de que la Nacional Financiera haya emprendido estos estudios monográficos y disponga de un cuerpo de investigadores así de informados y brillantes, y objetivos y serenos. La cólera —porque algunos hechos la incitan— debe dar al lector, pero no debe acometer al expositor. Puede uno no estar conforme con que hayan ocurrido o estén sucediendo ésta o aquella absorción de lo mexicano tradicional por los injertos extraños; éste o aquel fenómeno de disolución de la familia o de mengua de lo indígena; pero no puede culpar de ello, sino agradecérselo, a quien documenta los hechos y se reduce a exponerlos. Y con ello entrega la responsabilidad de remediar lo que tenga remedio; o de resignarse, o de entender, a quienes todavía pueden desempeñarla.

Sus temas son demasiado vastos y complejos para intentar siquiera glosarlos aquí. Baste recomendar su lectura y su meditación, y felicitar a Toño Carrillo Flores por la idea de la serie de monografías y a José Iturriaga por ésta.

Domingo P.S.

Escribí ayer todo lo anterior, después de mis dos colaboraciones semanarias de *Novedades*, antes de comer. Y ya no salí. Conviene mucho a veces el día entero de tedio y de soledad, de mudez, el voto de sedante silencio, la gestación. Pronto llegó la noche y tuve que

encender la luz para seguir leyendo —releyendo— las divertidas y anónimas *Cartas batuecas* sobre la ciudad de México hace un siglo. Luego organicé un poco, planeé de nuevo, el curso de técnica de actuación que empezaré a dar el próximo 6 de febrero. Hace falta sobre todo sistematizar los ejercicios y tener la paciencia de obligar a todos los alumnos a hacerlo.

Por último, me subí a la cama *El vendedor de muñecas*, de don Nemesio García Naranjo, que Basurto puso en España y que creo que repondrán en la temporada de Autores. Por rutina, como si fuera a dirigirla, leí esta obra lápiz en mano, y haciéndole marcas de las escenas que convendría ante o posponer; de los parlamentos demasiado verbosos, de los *business* que habría que diseñar, como el desayuno del segundo acto, que no está más que bocetado, y de las frases de los telones, las tres anticlimáticas.

Mientras yo leía, me asomaba de vez en cuando a la televisión, en que mi madre se emocionaba con las luchas. El Bulldog y Rubinsky caían del cuadrilátero, volvían a subir, azotaban. ¿Es posible que hace doce años me hayan interesado y divertido las luchas? ¿Por qué ahora podía preferir, a verlas, leer *El vendedor de muñecas*, mientras por otra parte escuchaba en la radio, también como música de fondo, los chistes de Régulo y Madaleno?

No podría contestármelo. Ni vale tampoco la pena.

17 de febrero

Cuando empezaron a aparecer en los periódicos las invitaciones a inscribirse para la "Comida de la Amistad" que nuestro buen amigo Raúl Noriega y el doctor Leonardo Silva hacían a los preparatorianos de 1920-1924, generación con la que coincidió el señor presidente de la República, yo no me sentí con derecho a considerarme convocado. Ciertamente, en 1920 estaba yo en la Preparatoria, pero saliendo ya, con Manuel Palavicini, Mariano Ramírez Vázquez, Jesús Aguirre Delgado, Francisco Argüelles, para sólo citar a unos cuantos de los compañeros de estudios a quienes, sobre recordar con claridad, he seguido viendo sin interrupción, o no he perdido de vista después. Pero aquella convocatoria parecía dirigirse exclusivamente a los que en 1920 se hubieran inscrito en el primer año, o así lo estimé.

De suerte que cuando el señor presidente me preguntó, en el palco desde el cual veía *Mi cuarto a espaldas* del licenciado Elorduy, si nos veríamos en aquella comida, le respondí que no me sentía con derecho a ir; que los organizadores parecían muy celosos de la juventud de sus comensales; que yo me había inscrito antes de 1920, y que sin duda la comida sería sólo de los que en ese año hubieran ingresado en la Preparatoria.

Me dijo entonces el señor presidente que no; que se trataba de los compañeros todos de estudios en esos años, "sin límite de tiempo", y que sin duda sería una bonita reunión.

Le hablé entonces al día siguiente, por teléfono, a Leonardo Silva. "Siempre hemos contado contigo —me dijo—, desde la primera reunión. Tu tarjeta está en manos de Dorita Martínez. Manda inmediatamente por ella a Hacienda, a la oficina de Raúl, con tu cuota. Y vete temprano, porque a la una y media en punto se cerrarán las puertas."

Mi tarjeta, en efecto, tenía el número 69. El recibo de la cuota, el 71. De ese día al siguiente, muy bien pudo subir la cifra de comensales a los novecientos que informaron los periódicos.

Para acompañarme con alguien, le hablé a Alfonso Sánchez —al sociable doctor Alfonso Sánchez, quien naturalmente iba a ir; que había asistido a todas la reuniones de organización, y que estaba muy entusiasmado. Fue por mí al Instituto a las doce y minutos después llegábamos a las calles de San Ildefonso, que estaban sin tránsito, reservadas a los comensales de la Amistad que irían llegando a pie y que podrían estacionar sus coches en el vecino Mercado Abelardo L. Rodríguez.

Desde la puerta grande, que estaba entrecerrada, y por la que sólo entraría el señor presidente; hasta la chica en que recogían las invitaciones, empezamos a reunirnos con viejos amigos; a quienes no habíamos vuelto a ver en treinta años; a quienes acaso habíamos sólo mirado de lejos en ese tiempo; con quienes nos saludábamos fríamente en la calle, o habíamos dejado de hacerlo. Ahora volvíamos a sonreírnos, a tutearnos con naturalidad, como si al conjuro de aquella acera que cuatro veces al día nos veía recorrerla con libros bajo el brazo, fuéramos de nuevo los adolescentes sin distancias que entonces se prestaban los libros, se pasaban los apuntes, se pedían un cigarro.

Me felicito de haber dejado pasar estos días; de no reseñar esa comida sino ahora, cuando puedo serenar la emoción contra cuyo asalto fue vano que en aquellos momentos luchara. "Esto es de un masoquismo horrible", me repetía; "no debo emocionarme." Y sin embargo, era más fuerte que mi decisión el entrar por aquella puerta del patio, donde dejábamos los sombreros para entrar a las clases, donde los recogíamos en tumulto premioso; ver ese patio chico del segundo año, ya sin la plataforma a que se trepaba el Chango Velázquez a adiestrarnos en la gimnasia; recordar de un golpe las clases de francés de M. Louis Rodier en aquel salón de las gradas, las de lengua castellana con el Pelón Revilla en el tercer piso, que consistían en que leyéramos el *Quijote* pronunciando las ces y las zetas y las elles; cruzar ya sin obstáculos por el corredor del primer piso hasta el segundo y el tercer patios, cuando entonces una verja nos

separaba, a los recientes "perros" accedidos al segundo año, de los mayores del tercero y del cuarto, orgullosos de su aula Justo Sierra, de su patio grande, de su gran puerta, de su Generalito.

Y ver, sobre todo, a los compañeros de entonces; reconocerlos debajo del disfraz que los años les han —nos han— impuesto con depilarnos, con encanecernos, con engordarnos. Era contagioso el espíritu de fiesta que a todos nos animaba al abrazarnos, al sonreírnos. Como si el tiempo se hubiera complacido en detenerse, en mostrarnos un espejismo retrospectivo. Ahora son médicos, generales, ingenieros, funcionarios, abogados; ricos, menos ricos; con hijos, con negocios. Pero nadie se acordaba en esos momentos de lo que era. Todos vivían, intensamente, lo que habían sido, lo que por unas hóras volveríamos a ser.

Yo contaba volver a ver a muchos amigos; unos, que recordaba con afecto; otros, que recordé por una asociación inmediata de ideas frente al estímulo de aquellos patios, de aquellos arcos. Y no fueron los que encontré. En cambio, abundaban los que no había antes recordado y que ahora reconocía. Mi nombre es pegajoso y recordable. Lo era ya en la Preparatoria, y se ha vuelto más con esto de que vive uno de que su nombre se publique tanto con su retrato. Compañeros que han escogido profesiones más discretas, era pues natural que al abrazarme y llamarme por mi apellido vieran que yo reconocía su cara, pero que tuvieran que repetirme el suyo. Y que en muchos casos yo descubriera así que era yo amigo viejo, sin sospecharlo, del famoso médico X en que "el Indio" de los días escolares se ha convertido.

Junto a la muy lejana que escogimos para sentarnos Mariano y su señora, Alfonso Sánchez, los Arzoz —Chema y Rafael— y yo, se integraron, una, de militares; y otra, de economistas, con Serra Rojas, Palavicini, García Formenti, Toño Carrillo Flores. Las demás mesas hacían horizonte, perpendiculares a la de honor destinada a los maestros y a las empleadas. La señorita Rico lucía tan elegante como siempre, llena de pieles y de plumas, y la señorita Pimentel, siempre de negro, con su cabeza blanca ahora, y ya gris entonces, y Enriqueta; y don Enrique Sosa, totalmente blanco; y Leoncio Ochoa, coloradote, y Enrique Aguirre, y Romano Muñoz. Y don Erasmo y don Samuel García, los únicos idénticos a como eran entonces, ahora al lado de un presidente que llegó como a todo puntualísimo y que fue recibido con una ovación cerrada mientras el megáfono emitía las piezas contemporáneas que Ángel Salas fue a exhumar de no sé qué archivo fonográfico.

No hubo discursos. ¿Para qué? ¿Qué podía ningún orador decirnos que no sintiéramos; que no necesitara de palabras para aflorar en nuestras conmovidas sonrisas, en las porras en que de vez en cuando desfogábamos la emoción contenida? Nadie hacía realmente caso de la comida, y cuando ésta concluyó, Manuel Bernal pasó desde la

plataforma la lista de los profesores que fueron desfilando por ella hasta el presidente para recibir de sus manos una medalla.

Luego, los alumnos. Por orden alfabético, por listas tomadas de la escuela. Aquellos cuyos apellidos comiencen por A, que se reúnan a la izquierda de la plataforma. Al cuarto para las cinco, la lista llegó a la N. Octavio Novaro me precedía: "Condiscípulos, maestro", me dijo. Y así era. Porque yo empecé a dar clases muy pronto, y alcancé a ser maestro de muchos muchachos que sin embargo, quedaban dentro de los límites cronológicos de la Comida de la Amistad.

Ya no me quedé al descubrimiento de la placa, ni a la fotografía. Tenía citado ensayo para las cinco, y ya eran. Me salí con Andrés Serra Rojas, que iba a dar su clase a Leyes, llevándome conmigo el número de *Policromías* que el Chato Helú y el Güero Heuer resolvieron la víspera imprimir a toda carrera, y que les alcanzó apenas el tiempo de distribuir entre los comensales; con un poema ideográfico mío y una prosa de Manuel Palavicini en la primera página, y una caricatura suya por Hugo Tilghmann; y llevándome también el número conmemorativo de todos los periódicos estudiantiles de la época, que Raúl Noriega y Leonardo prepararon para la ocasión, con anécdotas y retratos de grupos entre los que cuesta un poco de trabajo reconocer a los que acababa de volver a ver. Y el recuerdo de los que faltaron: Xavier, Pichón Vallejo, Hugo Tilghmann...

Otro documento circuló por las mesas: una propuesta de José Negrete Herrera, hoy médico eminente, en solicitud de apoyo moral para pedir que el presidente Alemán sea el próximo rector de la Universidad. Nada sería realmente más justo ni más hermoso, ni mejor para una Universidad por la que él se ha preocupado más que nadie en su historia: velando por su solvencia, construyendo una ciudad para su digno asiento y su desenvolvimiento; y sobre todo, mostrándole al país —y a todos los países— lo que puede en todos los ramos construir un gobierno que se integra con universitarios; que les da su lugar en las responsabilidades nacionales, y que estimula a los universitarios de mañana a la esperanza de que su ciencia sea debidamente apreciada y fructuosamente aplicada.

Puede ya un universitario ser presidente de la República, y éste es sin duda un acicate para todos los universitarios de hoy. No basta, empero, ser un universitario cualquiera. Lo que pocos saben del universitario Miguel Alemán, o del presidente Miguel Alemán, es que él tiene tantos compañeros de escuela y de estudios como los que vio reunidos en torno suyo el miércoles de la semana pasada, porque como estudiante cumplió la hazaña poco frecuente ni común de echarse en tres años de machetear una Preparatoria que solía hacerse en cuatro o cinco, y en otros tres, una Facultad de Jurisprudencia que se lleva otros cinco; con lo que en sólo seis años recorrió velozmente, convivió con ellos, a diez generaciones de estudiantes.

Y por lo visto, se quedó acostumbrado a echarse en seis años lo que nadie había hecho en diez —ni en más.

Por lo demás, en la semana seguimos ensayando el *Contigo pan y cebolla*, Armando Valdés Peza diseñó los trajes para las muchachas —Matilde y la Marquesa— y convinimos en situar la acción en 1830, porque la ropa es más bonita que la de 1818. Llegó Armando una tarde, hace dos o tres días, como boa, después de haber comido en la casa del Indio Fernández, que acaba de agregar muchos miles de metros a su jardín de Coyoacán, y de llevar adelante quirúrgicamente su resolución de mantenerse joven y atractivo, pues dice que si va a España, quiere disfrutarla como un muchacho y no como un viejo.

Manolo Fábregas nos dio entonces una persuasiva conferencia sobre el derecho, no de nacer, pero sí de librarse de los complejos que acarrean los defectos o las penurias físicas para las que hay fáciles remedios artificiales. Antes que nadie le haga chistes sobre su *applique*, él se adelanta, y revela que desde que —muy a tiempo, por otra parte, cuando se hallaba en el momento de la transición— resolvió tener pelo, va a todas partes muy a gusto, sin temor de las luces ni sentimientos de inferioridad ni decrepitud. Armando entonces informó que un señor Jurado fabrica para su propio y egoísta uso pelucas insospechables y perfectas, y que las tiene platino, rubias, con guedejas. Pero que no se las hace a nadie así de perfectas, que parece que el pelo nace del cráneo mismo, sin la tirita de tafetán inevitable al parecer, y delatora de cerca de la artificialidad de la cabellera. No se las hace así más que a un aviador que le trae de España lo que necesita; y si no se lo trae, no hay estreno de peluca. La conferencia capilar fue muy instructiva. Supimos por ella que en los talleres de Max Factor, no recuerdo si en Hollywood o si en Nueva York, trabajan principalmente operarias mexicanas en la delicada labor de gancho de fijar pelos en telas menudas, a causa de la reconocida destreza manual de los mexicanos.

Pero que, en cambio, el pelo mexicano no es tan bueno para las pelucas como el norteamericano. El nuestro —digo, el mexicano—, de mujer, que es el que se emplea en ellas, es seco, quebradizo, mortecino. El yanqui es como más aceitoso y vivo, y resiste mojadas sin perder su ondulación ni su brillo. Manolo tenía que filmar una vez en Acapulco una escena de natación y rescate de estrella, para cuya segunda toma sería preciso que cambiara su *applique*, que debía parecer seco al entrar en el agua. Y no tenía otro, pero el que usaba era americano. Bastó que se lo frotara y se lo secara al sol, para que la segunda toma pudiera hacerse.

No sólo el cine, donde son ya legión las estrellas que compran sus cabelleras; sino ahora la televisión, va obligando cada vez más a quienes comparecen en público a adoptar el *applique* en legítimo cuidado de su mejor presentación en escena. Son conocidos los anunciadores

de radio y televisión que evitan los fáciles chistes monótonamente enderezados a los calvos, trocándolos por los chistes monótonamente enderezados a los portadores de pelucas. Pero cuando empiece a reconocerse el derecho a la ficción consoladora que ya se reconoce por su utilidad manducatoria a las dentaduras; y cuanto por otra parte prospere geométricamente, como parece, la alopecia, acaso contemplemos un retorno colectivo y dieciochesco a la peluca, empolvada o no.

Hay que estar preparados...

24 de febrero

Usted, ¿ha ido o suele ir al Margo? Yo anoche fui, con Sergio. Después del ensayo, que terminó a las ocho, me hice en el estudio una taza de té. Sergio me llamó por teléfono desde la Villa, pues había comido con su mamá, y me preguntó qué pensaba hacer. Bueno, si llegaba a tiempo por mí, iríamos a un cine. Pero llegó casi a las diez. Ya no alcanzaríamos ninguna película, y entonces se nos ocurrió ir a algún teatro. Nos encaminamos primero al Lírico, donde de nuevo toca Agustín Lara; pero yo apetecía algo más típico, como debe ser el Tívoli que no conozco, que conocí cuando era la Arena Libertad, y transamos por el Margo, donde sólo había estado dos veces: la última durante los *Tenorios* y cuando empezaba a estar de moda la señorita María Victoria.

Desde lejos se veía la aglomeración a la puerta, que estuvo a punto de hacerme cambiar de idea y marcharme a casa. Pero en fin, llegamos, y Sergio consiguió dos billetes de la fila 19. Deben de hacer un negocio fabuloso con tanta gente —y gente que es un espectáculo superior en interés al que ella va premiosamente dispuesta a aplaudir. En las galerías, atestadas, hombres sobre todo, que serán obreros, albañiles y de otros "oficios calificados": público auténtico y tradicional, de la mejor raigambre shakesperiana o lopesca, ávidos de tomar parte en la escena desde sus sitios, e interviniendo en ella con los gritos, las expresiones, más oportunas, con las risas más a coro y los aplausos más sincrónicos, y los chiflidos ensordecedores. Y abajo, grupos de estudiantes ingenuamente dispuestos a "relajear" y a divertirse, a sacarle jugo a su dinero y a su noche de sábado; familias del rumbo, el señor y la señora con abrigo de relativas pieles, él muy autoritario con los billetes en la mano en busca de sus asientos a empellones; fuereños obvios, nerviosos, exigiendo a las acomodadoras de bata azul que los sentaran y que quitaran de sus lunetas a los que las usurparan; y judíos y judías, orondos y superiores desde su prosperidad: de los que han hecho suya toda la calle del Factor hasta la Lagunilla, y que viven prolíficamente en los apartamientos de La Nacional por la calle de Cuba.

Por cuanto a lo que pasaba en la escena, no podría yo referírselo con orden ni concierto porque no lo tenía. Era un número suelto después de otro, una "estrella" después de otra, ligadas sus apariciones por un grupo de "segundas" como de tercera, o por *sketches* picarescos. Así, todo rápido, telones y cortinas volaban y corrían con oportuna celeridad. La superestrella, al parecer, era la señorita María Antonieta Pons, que dicen que es muy famosa en el cine, y para recibir a la cual pidieron por micrófono un fuerte aplauso. Luego ella apareció vestida de *frac* blanco con lentejuelas o chaquiras y bailó un charleston y medio cantó. Le gritaron que bailara mambo, que creo que es lo que hace más bien, pero no lo bailó.

Hay dos cómicos, Jasso (que actúa *sketches* con Celia) y Borolas. Éste es muy rápido y muy oportuno en sus réplicas y en sus chistes procaces. El humorismo carpero y popular del "teatro frívolo" evidencia una evolución interesante, si uno se acuerda de cómo hace algunos años los cómicos eran todavía el payaso idiota del circo: el que creía ser más gracioso mientras más tonto pareciera, más lento de entender y en hablar. Creo que Medel ha sido el último lamentable espécimen de este arcaico género. Y se explica que tengan ahora éxito los cómicos que como este Borolas polaricen mejor la siempre apta al equívoco, al doble sentido, a la alusión sexual, inteligencia *viva* del pueblo mexicano, de la "gallola".

Hay también muchos cancioneros en trío o quinteto o sexteto. Un micrófono emerge del piso cuando lo necesitan y a la altura que lo necesitan los que van a confiarle su secreto. Sería interesante estudiar desde el punto de vista psicológico esta adoración fálica al micrófono, a que le consagran cuantos lo emplean, con un mimo, con una tumescencia acariciadora que ciertamente no se comprende como el uso escueto de un instrumento mecánico destinado a amplificar la voz. Cancioneros y cancioneras (e imagino que locutores) acarician el micrófono con el ademán, con la mirada: se le acercan, mueven la cabeza, le acercan los labios. Es sin duda, para su subconsciente, mucho más que un falo metálico. Podría uno preguntarse si esta adoración del micrófono no acabará por constituir una aberración generalizada como la necrofilia, o la zoofilia, o la gerontofilia, y debiera clasificarse como microfonofilia. De cualquier modo (y acaso porque yo conservaba fresca la visión parecida de un espejo del biombo de *Corona de sombras*), la reiterada contemplación de aquellas cabezas amorosas y engreídas en torno del erecto micrófono, trajo a mi memoria aquella latina palabra de *fellatio* con que uno se familiariza al leer sesudos tratados de Kraft-Ebbing o de Havelock Ellis.

Y ya hemos empezado en reversa la reconstrucción epistolar de la última semana, así la seguiremos, si usted no tiene inconveniente. Del Margo creo que no me queda más qué contarle, salvo que como ya he apuntado, y como comentábamos Sergio y yo, ofrece un espectá-

culo cuya unidad estriba en su falta de unidad, y que a ello acaso deba su buen éxito. Claro es que uno querría, y a lo mejor las ganancias de los empresarios se los permitirían, que el espectáculo fuera más, o algo pensado, planeado, estructurado. Pero entonces quizá no tuviera éxito. Todo marcha de acuerdo con sus propias circunstancias. Una cosa así, presentada con mayor comodidad para los espectadores, digamos en el Iris, fracasaría aunque fuera la misma, al mismo precio y ofrecida al mismo público, que se abstendría de ir porque evidentemente gusta de lo que escoge, en su propia salsa, y no fuera de ella; en la carpa, lo de la carpa, y estos teatros son supercarpas. Por otra parte, el radio ha acabado por cumplir su triste misión de pulverizar el gusto en el disfrute espasmódico e inconexo de fragmentos de aparición de "estrellas" en serie. A eso ha acabado por acostumbrar, mecanizar a toda esta gente que sin duda está siempre en casa pegada al radio. Le ha condicionado el reflejo estético. Van a ver (mientras se pueden comprar un televisor en que les va a suceder lo mismo, ofrecérseles lo mismo) lo que ahora oye, y ya es mucho para este público numeroso y domesticado.

8 de marzo

Hace ocho días iba a ser el sepelio del ingeniero Palavicini, fallecido intempestivamente la víspera, mientras conversaba con su hijo Manuel. Me doy ahora cuenta de que se me pasó la semana con la intención de buscar a Manuel para darle mis condolencias, sin un minuto para siquiera ponerle un telegrama que lo hiciera por mí.

Casi no se puede decir que haya yo tratado al ingeniero Palavicini. Su máxima vigencia periodística coincidió, en *El Universal*, en los años en que estudiábamos la Preparatoria su hijo Manuel y yo; en una ciudad de México no tan grande o tan extensa como la de hoy, y de cuyo crecimiento hacia el poniente él fue pionero al construir una casa de tipo americano en la esquina de Rhin y Lerma, muy comentada por la novedad de sus líneas y por el prestigio de su dueño. "La casa de Palavicini" era una referencia topográfica para señalar el poco poblado, frecuentado ni conocido rumbo de la colonia Cuauhtémoc. Tengo como un trauma casi infantil el recuerdo de una mañana en que Manuel me llevó de la escuela a su casa, nos sentamos en el *hall* elegante, y fue a traer para obsequiarme unas que supuse copitas de coñac. Di el trago; era vinagre; por poco me ahogo. Hasta la fecha, no sé si se habrá tratado de un error o de una travesura de Manuel Palavicini.

Más tarde conocí a personas que profesaban verdadera reverencia por el magisterio periodístico del ingeniero Palavicini. El doctor Puig, desde luego; Machín, Juan Durán y Casahonda, Regino Hernández

Llergo. Tengo ya tan borrosos como todo el mundo los recuerdos de aquella su aventura de *El Globo*, diario que publicó cuando ya había vendido *El Universal*, y que Pani, desde la Secretaría de Hacienda, desinfló por el indirecto procedimiento de lograr que los anunciantes le retirasen la publicidad. Tampoco prosperó *El Día*, emitido desde un Edificio Palavicini anterior a la arquitectura "funcional"; cuyo reloj daba las horas con el Himno Nacional, y que el ingeniero construyó en su seguramente amada calle periodística de Bucareli. Después, como todo el mundo, escuché los comentarios radiofónicos de guerra que acreditaban su "hasta aquí hoy, continuaré mañana". Pero ya, como es inevitable que ocurra, el ingeniero Palavicini abdicaba su personal popularidad en el surgimiento de sus hijos: la guapa Julieta en el cine, casada más tarde con Julián Soler; y Manuel, el abogado, en las finanzas; siempre respetuoso de su inteligente padre, que hacía una vida todo lo retirada que era compatible con su esencial dinamismo, pues seguía preparando libros, daba conferencias; y, constituyente, prestó todavía al ruizcortinismo un señalado servicio al agrupar en su torno a los supervivientes de su generación de revolucionarios autores de la Constitución de 1917.

Su sepelio, lo supe después, estuvo muy concurrido. La presencia en él del candidato Ruiz Cortines originó algunos trastornos en el ceremonial de las condolencias. Por ejemplo, don Manuel Tello ya había presentado las suyas a Manuel y ya había salido de la casa, cuando llegó en ese momento don Adolfo. Y don Manuel Tello volvió a entrar en la casa, saludó a don Adolfo y presentó de nuevo sus condolencias a Manuel.

Es triste que esta carta contenga dos notas necrológicas porque en una breve semana hayan fallecido dos mexicanos eminentes. Ayer, mientras comíamos usted, Walter y yo en el estudio, ignorábamos que dos horas antes hubiera muerto el doctor Enrique González Martínez. Ya había yo dejado dictada la referencia a la entrega de premios de *El Nacional*, y advierto ahora, al leer ese párrafo, que omití el nombre del doctor González Martínez entre los concurrentes. Debo pensar que a la hora en que yo reprimía así su nombre, él murió. Porque, en efecto, la última vez que vi al doctor González Martínez y conversé con él, que tenía su aspecto fuerte y saludable de siempre, fue cuando en esa ceremonia se sentó a mi derecha.

Yo al volver por la tarde a la oficina, supe de su fallecimiento; y mientras me hallaba en la función de *Contigo pan y cebolla*, Carlos me mandó llamar para comunicarme que se instalaría en el vestíbulo la capilla ardiente y se fue con Fernando Gamboa a presentar sus condolencias y a arreglar el ceremonial. Yo fui al terminar la función, con los Covarrubias, a abrazar a Héctor y hacer una guardia.

Toda la noche repasé mis recuerdos del doctor González Martínez y de su familia. Le conocí por primera vez como maestro de literatura

española en la Preparatoria. Nos dio clase escasamente uno o dos meses, pues luego se marchó como diplomático a Sudamérica. Ya en 1921 su fama de gran poeta se hallaba en el cenit, y el joven Jaime Torres Bodet era su principal discípulo y admirador, y quien me enseñó a apreciar la poesía filosófica y elevada de González Martínez. Por 1922 conocí a Enrique González Rojo, su hijo mayor, y a Héctor. Con la hermosa señora y con su hermana, formaban un hogar feliz y magnífico, hasta el cual me atreví una vez a llegar en solicitud de que el doctor me firmara los libros suyos que acababa de comprar. Después Enrique, que tenía un estupendo carácter alegre y platicador, fue bastante amigo mío. Formaba con Jaime, José Gorostiza y Bernardo Ortiz de Montellano, el grupo del Ateneo de la Juventud y Vasconcelos le había nombrado jefe del Departamento de Bellas Artes en Educación, mientras Jaime lo era de Bibliotecas. Muy amigo del doctor Gastélum, Enrique lo siguió con Jaime a Salubridad. El día de su muerte el 10 de enero de 1939, lo tengo muy presente porque me la comunicaron al mismo tiempo que la del doctor Puig, al estudio en que estábamos filmando una película con Cantinflas. Y quien me dio la doble triste noticia, fue otra persona ya también fallecida: Catalina d'Erzell.

Trece años, pues, sobrevivió el doctor González Martínez a su adorado hijo Enrique. Fue quedándose solo este hombre magnífico y este incomparable poeta que amaba tanto a su familia, después de la pérdida sucesiva de la señora doña Luisa y de Enrique. Héctor y su hija, casada con Herrera Salcedo; y el hijo de Enrique, Enrique tercero, poeta también que adoraba a su abuelo, y a quien conocí apenas cuando el año pasado realizamos en la Sala Ponce tres recitales de poetas en persona —Enrique González Martínez, Alfonso Reyes y Carlos Pellicer— y el chico vino al recital.

No es éste el momento ni la ocasión de referir los méritos literarios de don Enrique. No por natural a su edad avanzada de 81 años, es menos dolorosa una muerte que dada su perfecta salud y su admirable fortaleza física, resultó de todas maneras prematura. Héctor me contó anoche que era esa muerte rápida la que su padre había deseado siempre. La víspera estuvo conversando con ellos hasta las once de la noche, de excelente humor, como siempre, y se retiró cerca de la media noche. A las seis de la mañana despertó con un fuerte dolor de cabeza; llamaron médicos; empezó a vomitar sangre negra y conoció que había llegado su hora. Él mismo lo dijo, y que no había remedio. Se tomaba a sí mismo el pulso y anunciaba que era horrible la idea de la muerte que iba ya llegándole. A la una de la tarde expiró. Habría querido vivir, dice Héctor, siquiera diez años más, para ver en qué paraba el mundo en la transformación que él observaba con inteligente atención.

El jardín estaba lleno de las ofrendas florales enviadas por todos los organismos a que don Enrique tendió en su vida la mano franca de su amistad, de su interés y de su ayuda, ya en España, en donde como embajador de México cultivó la amistad de los republicanos y les ofreció asilo; ya en México, en donde nunca escatimó su contribución a las buenas causas sociales y políticas. Porque aparte de ser en su poesía un artista estricto y sin concesiones, era un hombre que desbordaba humanidad e interés social. Dentro de una hora aguardaremos en el vestíbulo la llegada de sus restos para que reciban el homenaje público antes del sepelio en la Rotonda de los Hombres Ilustres que dispuso ayer mismo el propio señor presidente, quien se presentó inopinadamente en la casa.

15 de marzo

Si esta carta no resulta tan larga como las habituales ni está oportunamente entregada como ellas, cúlpese de ello todo al quebrantamiento de una rutina en la cual la redacción semanal de estos pequeños informes privados tiene ya su sitio, esta vez desquiciada por acontecimientos ajenos a mi voluntad. Se la habría podido empezar a escribir el sábado, o el domingo, pero ni el sábado ni el domingo fui dueño de mi tiempo. Me pasé la mañana del sábado en visitar obras de albañilería, comprar muebles de baño, examinar presupuestos de maderas, hacer pagos. Y cuando me encontraba ya en el remanso u oasis de la sedante y agradable casa de don Pedro, hasta allá me alcanzó la búsqueda que desde algunas horas antes hacía Carlos Chávez de mí, para comunicarme que se iba esa noche a Los Ángeles, que acababa de morir don Mariano Azuela; y que tendría que quebrantar mi regla de no asistir a los entierros con ir al del doctor Azuela y pronunciar en él la oración fúnebre que el licenciado Gual Vidal disponía que dijera en su nombre y representación.

Claro está que ya no pude comer a gusto. Me apenaba mucho la muerte de don Mariano, tan seguida de la del doctor González Martínez; pero además me angustiaba no hallar a qué hora podría escribir la oración fúnebre, pues mi itinerario inmediato consistía en la primera lectura de *Medea* con Mary Douglas, Rubinsky y Aceves Castañeda a las cinco de la tarde, y en la función de Gorostiza a las ocho y media. No podría consagrar la mañana del domingo a mis habituales artículos, pero tampoco escribir en ella la oración fúnebre, pues a las nueve de la mañana ya tendría que estar en Bellas Artes para recibir el cortejo, ver que se instalara la capilla ardiente y aguardar hasta la hora del sepelio, que sería a las once y media.

A las cinco, pues, leíamos *Medea*. Lupe vino convocada por teléfono a tomar en taquigrafía entre una cosa y otra, entre la lectura y la función, las palabras que iba yo a decir, y que fueron las siguientes:

En nombre del Instituto Nacional de Bellas Artes, al cual el secretario de Educación Pública ha conferido su representación para este triste deber, cumplo el que por otra parte me impone mi personal y vieja admiración, mi cariño por el maestro venerable y mi respeto por su obra eminente, al pronunciar al borde de la tumba de don Mariano Azuela estas palabras de adiós a sus restos.

Ayer apenas despedíamos al poeta. Hoy parte de nosotros el novelista. Las letras patrias visten doblemente de luto, huérfana la novela de quien supo adentrarse en la entraña viva del pueblo, auscultar el corazón de la tierra, correr los caminos, entrar en las chozas humildes de los campesinos, entender su lenguaje y entregarnos con su pluma privilegiada la cosecha fecunda de su exploración humana.

No es ésta, ciertamente ocasión de exponer aquellos rasgos de su sencilla biografía que todos conocemos, desde su nacimiento en Lagos de Moreno; sus primeros estudios en Guadalajara, su título y su ejercicio de la medicina que nunca abandonó y que le puso y le mantuvo en tan humano y próximo contacto de generosidad con el pueblo. Su vida transcurrió callada y modesta, pueblerina, por muchos años. Lo que de ellos vino después a saberse, se reveló cuando bien entrados los veinte, en 1926, la literatura mexicana se preguntó a sí misma si estaba en crisis; si no habría para ella esperanza de una autonomía, de un vigor y de una autenticidad como la que la Revolución había soñado y procurado para una vida mexicana que no parecía contar con una literatura correspondiente. Fue entonces cuando la figura de don Mariano Azuela constituyó la sorprendente y luminosa respuesta positiva a aquella interrogación. El oscuro médico rural había atesorado a lo largo de todos esos años y filtrado en su temperamento de artista creador, los episodios de una Revolución mexicana que encontraba repentinamente en él a su novelista. *Los de abajo* le ganaron la universal admiración, y ganaron en él y para México un sitio de honor en la novela moderna. Gracias a don Mariano Azuela, México iba a dejar de ser un país simplemente plástico en la expresión artística de sus realidades actuales y esenciales para ser también un país cuya literatura fuese vital y auténticamente enraizada en su suelo.

La nómina de sus libros es rica y variada: *María Luisa*, *Los fracasados*, *Mala yerba*, *Andrés Pérez, maderista*, *Sin amor*, *Los caciques*, *Los de abajo*, *La malhora*, *Las moscas*, *Las tribulaciones de una familia decente*, *La luciérnaga*, *El camarada Pantoja*, *Precursores*, *Regina Landa*, *San Gabriel*, *Nueva burguesía*, *La marchanta*, *La mujer domada*, *Sendas prohibidas*. El teatro le atrajo, y de él nos deja un tomo de obras, y dos biografías. *Pedro Moreno el Insurgente*, y *El padre Agustín Rivera*, así como un volumen de crítica literaria titulado *Cien años de novela mexicana*. Nos enteramos ahora de que al morir don Mariano deja inéditos: una novela, sus memorias y otros trabajos de crítica literaria.

Es una vida noble, larga y fecunda de servicio a la patria la que se acaba de extinguir. La que nos deja sobre el dolor de su ausencia el consuelo imperecedero de una obra así de clara y así de valiosa. Una obra que deja discípulos y continuadores en el cultivo de la novela definitivamente mexicana que don Mariano cimentó con sus manos generosas de hombre bueno y de artista.

Una vida y una obra que el pueblo estimó siempre y que el gobierno tuvo el acierto de merecidamente consagrar con el Premio Nacional de 1950.

El mexicano ilustre cuyos restos entregamos ahora con dolor a una tierra que él amó y que comprendió como pocos, deja detrás de sí una doble y magnífica herencia: la que deja el hombre en sus hijos, distinguidos y eminentes ellos también y la que deja el artista en sus obras inmortales. Pasaremos todos nuestro minuto sobre el mundo. Pero sólo lo generoso, lo creador, lo desinteresado y lo positivo que en él hayamos sabido contribuir, permanecerá. El nombre de Mariano Azuela queda en nuestro conmovido corazón y durará en él lo que nosotros duremos. Su obra le sobrevive y resplandecerá mucho más allá de nuestras lágrimas.

A la mañana siguiente estaba ya instalada la bandera, las alfombras y todo este fúnebre decoro que Pancho Pérez dispuso desde la noche anterior al terminar la función, y aguardábamos la carroza a la puerta cuando llegó un motociclista a avisar que el doctor González Cárdenas esperaba en la casa del doctor Azuela a la comisión de Bellas Artes que fuera a acompañar a los restos hasta el Palacio. Fui yo y volví en el coche del doctor González Cárdenas, yerno de don Mariano. Hicimos la primera guardia y permanecí ahí, ya muy tranquilo por lo que hacía a la oración, que Lupe me entregó una hora después de dictada. El vestíbulo se llenó de personajes, escritores, políticos, maestros. La familia Azuela es muy querida y don Mariano estimadísimo por todo el mundo. Cerca de la hora llegó Rogerio de la Selva con Salomón y con el subsecretario Merino Fernández, y con Fernando Gamboa, partimos los cinco en su coche hasta Dolores. El doctor González Cárdenas había querido que sólo fueran tres los discursos que se pronunciaran. En el caso del doctor González Martínez la cifra se excedió hasta catorce. Fueron de todos modos seis los que se pronunciaron: por su orden el mío, el de Jesús Silva Herzog, el del rector Garrido, el de Rubén Gómez Esqueda en nombre de la ciudad, el de Mauricio Magdaleno en representación del PRI y personal de don Adolfo Ruiz Cortines y el de Alejandro Gómez Arias, que fue muy bello en nombre de los amigos y admiradores más viejos de don Mariano.

El sepelio terminó ya tarde. Hacía un calor de cuaresma y llegué a casa a bañarme y mudarme y a comer apenas a tiempo de irme a las funciones de Gorostiza. Ya ve usted pues, que ni el sábado ni el domingo pude escribir nada.

El lunes me fue menos atareado. Había yo citado a María para un primer ensayo de sus primeras escenas a las once de la mañana. A las dos me fui a comer con don Pedro y con Nieto, y de cinco a siete tenía clases de técnica. En camino a Bellas Artes me encontré con Carlitos Argüelles, quien me dio el recado de usted. Me invitaba usted a la

corrida del miércoles y quería que le hiciera la crónica de un toro. Pero Daniel: razones de comodidad o de poltronería personal me han inhibido siempre de ir a los toros, por muy católico que haya sido el objeto que usted organizó tan brillantemente. Qué bueno que usted entendió mis razones y no tuve que ir. De haberlo hecho, habría tenido que privarme de concurrir ese día a la comida en que se despidió de sus amigos de México en el Club Británico, Anthony Graham de la BBC de Londres. Tony regresa a Londres después de cinco años de estar en México, que es el mayor tiempo que ha pasado entre nosotros ningún representante de la BBC, pues a todos los cambian a los dos años. Pero además la BBC cierra sus oficinas en México y creo que en todos los demás países de la América Latina en que la sostenían. Es una lástima, por supuesto, y una medida extrema que la Gran Bretaña se ve obligada por economía. Seríamos unas cincuenta personas a la mesa en el nuevo local del Club Británico, tan moderno en el último piso del nuevo edificio de La Nacional, donde tienen sus oficinas don Pedro y Misrachi. Habló Tony al final de la comida para ofrecerla, y habló después Antonio Armendáriz en tácito nombre de todos los convidados. Luego me hicieron hablar a mí y después a don Alejandro, quien denunció en el suyo que yo le había comido el mandado de las ideas que pensaba exponer con mi discurso.

Y aquí me tiene usted, después de haber dado una clase de una hora, dictando esta carta para cumplir mi compromiso, sin ya más novedad que contarle que la de que anoche supimos que la Agrupación de Críticos de Teatro se había reunido en el local de la Unión de Autores para discernir los premios de teatro por la labor de 1951, que esta vez se redujeron a tres: autor, actriz, o actor y director, y que recayeron todos en el Caracol, como cuando el gordo cae en Chalchicomula.

Anoche que lo leímos, Sergio estaba muy alterado. Furioso, en realidad, no sólo porque hubieran ninguneado sus *Signos*, sino porque en su generoso cariño hacia mí, pensaba que era a mí a quien debían haber reconocido como el mejor director del año. Tuve que explicarle y hacerle ver muchas cosas, y sobre todo un sentimiento del que él es incapaz y que por eso no lo reconoce objetivamente y que es la tristeza del bien ajeno que sustenta las pequeñas revanchas. Tuve que hacerle ver que no tenía razón en pensar mal de Panchito Monterde aunque diera la coincidencia de que dos veces lo hubiera perjudicado. Armando de María y Campos, que acaba de apresurarse a explicarme en la comida de Graham que él no fue a la sesión en que su agrupación cometió lo que él considera una injusticia, y define la extremada bondad de Panchito Monterde y su pasividad, con decir que es capaz de dejarse comer por las chinches con tal de no matarlas.

Pero en fin, todo este pequeño y divertido asunto de los premios queda acaso mejor explicado por lo que a mí toca en la carta que hoy mismo le escribí a Sergio y que dice así:

Querido Sergio: Comprendo muy bien que tu fervorosa juventud haya reaccionado con ira cuando ayer por la noche nos enteramos simultáneamente de que tampoco en concepto de los críticos agrupados hayas resultado buen dramaturgo. Ya dos meses atrás, cuando juzgaron una serie de obras entre las cuales estaba tu espléndido *Moctezuma II*, otro grupo eminente de dictaminadores la echó al montón de las que no eran, ninguna de ellas, merecedoras del premio a que aspiraban. Ahora no se juzgó de una obra inédita, sino de una que como *Los signos del zodiaco*, fue representada 38 veces en Bellas Artes el año pasado de 1951: tu primera obra, aquella con que te diste a conocer como dramaturgo y una que escribiste, no comenzando por el techo del tercer acto, sino desde los cimientos y raíces del primero. Una obra compleja, grandiosa, en que se entrelazan dentro de una unidad magna y magnífica de tema, tesis, pensamiento, muchas historias que sólo un generoso talento joven y lleno de vigor como el tuyo es capaz de entregar de una sola vez, en vez de administrarse económica y estreñidamente en sacar de tan rico caudal mucho jugo menudo.

Tu ira juvenil la entiendo. La parte que en ella tiene la irritación que te causó el hecho menos importante de que tampoco yo sirviera como director a juicio de los mismos críticos agrupados, te la agradezco y puesto que tú tienes la amistosa lealtad de considerarme tu mentor en ciertos aspectos de la vida pública de los escritores a que tu corta edad no te ha permitido aún asomarte, quiero calmarla, esa ira tuya, con explicarte por qué a mí no me asalta un sentimiento semejante, ni me siento ofendido, postergado ni nulificado como director por el hecho de no haberles parecido bueno a los críticos agrupados, como tú no debes tampoco sentirte en ninguna medida nulificado porque ni los de hoy ni los de ayer te hayan tomado en cuenta.

Todas las acciones de los hombres, querido Sergio, resultan siempre a su propia medida. Podríamos pensar que la crítica procede por estaturas si hacerlo no implicara una descortés alusión personal a la que no tenemos derecho. Así, sin embargo, encontramos que la medida unitaria de los premios de 1951, la constituyeron las 120 butacas de El Caracol, y que era pues legítimo y natural, y congruente, que premio, aproximación y reintegro, cupieron todos, acumulados para uno de tantos llenos, en la obra que raptó por ese recinto mucho tiempo del año pasado.

La tuya, querido Sergio, no alcanzó más que 38 representaciones; la premiada, 450. Es posible que si *Los signos del zodiaco* hubieran cabido en El Caracol, habrían alcanzado bastante mayor número de representaciones, o bien que si la gente que en 38 funciones de Bellas Artes vio tu obra, hubiera acudido en abonos fáciles a verla en El Caracol, el número de funciones se hubiera superado; pero lo que debe satisfacerte aunque a ti y a mí nos duela, es la consideración de que si hubiera habido más fechas disponibles en Bellas Artes, tu obra también aquí las hubiera alcanzado más numerosas.

Cierto es que como tú insistes en argumentarlo, yo no sólo dirigí el año pasado tu obra, sino también otras dos mexicanas. Pero a amenguar el mérito de mi trabajo, si alguno tuvo, a hacer lo indigno de la estimación

de los críticos agrupados, debemos suponer que contribuyó la circunstancia de que fuera yo quien lo hiciera. No soy santo muy de su devoción. Podemos suponer que la sombra de Xavier Villaurrutia haya presidido la discusión en que volvió a esgrimirse contra la peligrosa posibilidad de que se reconociera el mérito de lo que se hace en Bellas Artes, el argumento esgrimido por él de que las labores oficiales no debieran premiarse, puesto que quienes las desarrollamos disponemos de todos los medios para hacerlo, y no tiene chiste. Es un punto de vista discutible si tú quieres, pero que yo respeto con la reserva de que entre los recursos oficiales disponibles, ningún departamento administrativo es capaz de proporcionar ni de surtir un pedido de talento. Lo que sí me parece incongruente, es que si se sustenta o profesa semejante tesis, si las actividades oficiales están excluidas de la consideración de los críticos, éstos tomen sin embargo el nombre de uno, lo mezclen con los demás, lo barajen y acaben por postergarlo. Porque el público (y uno es un hombre público) podría tomar al pie de la letra la decisión y la calificación de los críticos que no aclaran ese distinguido, guiarse por ellos y considerarte a ti un mal dramaturgo y a mí un pésimo director.

Pero fíjate en que digo *podría*. No digo que *pueda*. Y fíjate que termino esta carta pensando en el público. Lo hago porque es su juicio inapelable, desinteresado, estricto, objetivo, sin resentimientos ni antipatías personales, ni condiciones, el que da su fallo cuando concurren a ver obras y dirección y las aplauden. Un público bastante más numeroso, permanente, vigente e importante que cualquier número de críticos agrupados.

22 de marzo

Ha empezado a hacerse alguna de esa escandalosa publicidad en torno a la pintura que le es tan grata y connatural a Diego Rivera.

Resulta que (como a la hora en que estas líneas se publiquen ya se sabrá con todo detalle, puesto que el secretario de Educación hará el día 14, declaraciones amplias sobre este asunto) la hermosa idea del presidente Alemán de que se realice antes de que se termine su periodo una gran exposición de arte mexicano en Europa, desde los tiempos precortesianos hasta nuestros días, está a punto de cristalizar. En mayo se abrirá en París esa exposición, a invitación de gobierno a gobierno del de Francia al de México; y asimismo, esa exposición irá después y en las mismas condiciones a Suecia. Ha sido naturalmente muy laborioso reunir las piezas que integran esa exposición, pero ese trabajo ya está prácticamente concluido, tomados los seguros y todas las precauciones para la indemnidad de las colecciones que México envía.

Lo que Diego tiene que ver en esta exposición son dos cosas: primera, que es un gran pintor cuya obra no puede faltar en esa exposición; y segunda, que en la compañía de Alfaro Siqueiros y por identificación doctrinaria, interpeló al INBA o concretamente a Carlos

Chávez sobre por qué esa exposición no va también a países contenidos dentro de la Cortina de Hierro.

La respuesta es obvia: porque esos países no han hecho la invitación que sí han hechos los gobiernos de Francia y de Suecia; y México no va donde no lo invitan. Este episodio tenía bases tan débiles y razones tan claras que no sirvió para la publicidad ni el escándalo.

Pero Diego quiso verse representado como muralista y no como pintor de caballete. Entonces el INBA le encargó un mural transportable del que naturalmente no se le pidió proyecto ni se le dio tema. Él sabía muy bien a qué exposición, a qué países y en qué condiciones se enviaría su mural. Y atenido a la libertad de expresión de todo artista, lo que pintó fue un cuadro de propaganda con soldados de las Naciones Unidas fusilando coreanos y crucificándolos y ahorcándolos; el incendio del mundo con la bomba atómica y en el área más favorable, a Stalin con Mao Tse-tung, ante quienes comparecen John Bull, el Tío Sam y Mariana, no muy favorecidos.

Diego ha empezado a dar declaraciones que empiezan a crear la habitual expectación y ese interés más publicitario que artístico que ya capitalizó en ocasiones anteriores, como en el Centro Rockefeller y en el Hotel del Prado.

Lo cual, sobre ser natural, volverá a ser bueno para que se conozca la última obra mural de nuestro gran pintor en México, aunque no vaya a Francia, si como el INBA le comunicó al pintor desde el 26 de febrero el mural "no podrá ser presentado en la Exposición de Arte Mexicano en París debido a que contiene graves cargos de naturaleza política contra varias naciones extranjeras con cuyos gobiernos el nuestro cultiva relaciones amistosas".

29 de marzo

Es triste que haya siempre de registrarse en estas cartas-crónicas una nota necrológica de la semana. La de esta vez recuerda con respeto y afecto al general Joaquín Amaro, a cuyo reciente sepelio concurrió mucha de la gente de México que se lo profesaba merecidamente. Yo le conocí, por supuesto, hace mucho tiempo. Su nombre se liga en la historia reciente de México al régimen de Calles en su principio, cuando el joven y apuesto general Amaro figuraba en la Secretaría de Guerra, y aun se pensaba en él como candidato presidencial muy viable en la época en que no parecía posible que nos gobernasen los civiles. Siempre leal y adusto, jamás su nombre se ligó a una asonada ni a una conspiración. Fue acaso el primer militar en entender el papel eminente del ejército dentro de las instituciones, y en dignificarlo y ennoblecerlo. Era famosa su sed de cultura, su afición por leer y

hallarse al corriente de todos los libros y los sucesos, sin embargo no hacer de ello ostentación.

Recuerdo cómo, en la práctica del polo, que tanto impulsó entre los militares, sufrió el accidente en que perdió un ojo. Luego fue director del Colegio Militar. Ahí alguna vez lo visité, no recuerdo con qué motivo; alguna fiesta acaso; y personalmente me condujo por todos los salones de clase, los gimnasios, el picadero. Puso el Colegio en un orden perfecto, y de los años en que lo dirigió, salieron las "antigüedades" más conspicuas y distinguidas de oficiales que ya entonces brillaban y que después se han hecho famosas. No fue sino después, cuando gobernó el general Cárdenas, que empezaron a admitir a cadetes menos estrictamente seleccionados, chaparritos.

Luego el general Amaro fue jefe de la zona de Tehuantepec. Siempre lamentaré no haber aceptado la amable invitación que me hizo a conocer Ixtepec; cómo me describía las bellezas naturales y el interés de esa región, y lo que pensaba que yo podría escribir si fuera allá. Quedé en avisarle cuando tuviera tiempo, y él en que me dispondría transporte y alojamiento. Nunca lo hice. Y lo lamento. Todavía no hace muchos meses que le saludé en Prendes. Nada indicaba que estuviera tan próximo su fin; y con él, el de toda una época militar de México. Descanse en paz.

De otro fallecimiento supe esta mañana, por alguna mínima nota de algún periódico: el de Gilberto Owen, fino espíritu, compañero de origen de Jorge Cuesta en la amistad de los Contemporáneos que desde hacía muchos años se expatrió a Colombia, se casó allá y largo tiempo después volvió a México por breve tiempo para perderse de nuevo en algún oscuro empleo consular en el que al parecer le sorprendió una reciente muerte. Es curioso que ahora que él no la puede dosificar ni desmentir, se atribuya el cadáver de su amistad la emancipada servidumbre doméstica de nuestras primeras letras. Debe de hacerlo por ver si aunque sea *post mortem* se le pega el talento de Gilberto Owen.

Y ahora, revisemos una semana, o lo que de ella quede en el recuerdo. El jueves de la pasada fueron los diplomáticos a ver *Contigo pan y cebolla*. Alfonsito Castro Valle pensó, y pensó bien, que era justo que el cuerpo diplomático admirara lo que un secretario de Relaciones de hace más de un siglo escribió. Fue a casa una mañana, fijamos la fecha y se llevó de Bellas Artes los boletos para invitarlos. Después de la función, pasaron al foro a tomarse un *whisky* que ofrecían al alimón Relaciones y Bellas Artes: ellos el *whisky* y nosotros el agua y el hielo.

Pero a Manolo Fábregas ya le andaba por irse. Fela acababa de convertirlo en papá de una niñita preciosa, las circunstancias felicísimas de cuyo arribo al mundo Manolo repetía en su camerino, entre cajas, entre actos. Confesaba que a media escena estaba a punto de olvidársele

el papel, porque no podía traer en la cabeza más pensamiento que el de que él tenía una niña que va a llamarse Virginia, como su tata, y Mónica, como le gusta a Fela que se llame. Ayer mismo se llevaron ya a la niña y a Fela a su casa, y el diligente papá fue a gastarse medio sueldo de toda la semana en el cochecito de la niña —un cochecito plegadizo como ahora se usan, con una especie de charola para depositar a los niños o trasladarlos al coche de sus papás para excursiones. La ciencia de la natalidad ha adelantado realmente muchísimo. Las señoras andan tan campantes en todas partes hasta pocas horas antes de la ocurrencia. Entonces se trasladan al sanatorio o maternidad, las anestesian, y el nervioso papá se entera fuera por un par de foquitos que hay a la puerta: uno azul y otro rosa, de si lo que grita allá adentro es un niño o es una niña. En cuanto a la mamá, al día siguiente los bárbaros médicos que en los tiempos de uno obligaban a los cuarenta famosos días de cama, hacen que se levante y dé unos pasos. Y a la semana, fuera.

El viernes, como usted puede recordarlo, nos vimos en Ambassadeurs. El licenciado Gual Vidal resolvió invitar a comer a la prensa nacional y extranjera para entregar ahí la información oficial relativa a la exposición de arte mexicano en París. Fue medio incómodo celebrar un banquete con otras mesas en servicio alrededor, pero es que el salón de banquetes estaba tomado de antemano para una comida al licenciado Beteta ese mismo día. De todos modos, tanto el menú, que fue mi privilegio formular, como la vecindad de los comensales, espero que le habrán satisfecho a usted, que quedó junto al simpático señor Beckman; frente al Güero Ibarra, director de *El Nacional*, y cerca de mí, que disfrutaba la cercanía de don Rómulo O'Farrill.

Ahora sí que tenía yo tiempo, y muchísimo, de no ir a Ambassadeurs. Era precisamente viernes, como los de antes, que algunos fieles han proseguido. Dalmau Costa me emplazó a comunicarle lo más pronto posible cuándo y en qué congenial compañía seleccionada del viejo grupo quiero que repita para que yo lo pruebe el menú que sirvió hace algunos meses en la comida a que los invitó, y a mí tan reiteradamente, y a la que no pude asistir. Es tan fino que ese día había tomado providencias para colocar al grupo de los viernes, no donde por lo visto suelen sentarse siempre, sino al otro extremo, lejos de donde yo quedé, por evitarme la proximidad de uno que se ha insertado en él y que me choca. Como a las cuatro los vi llegar a sentarse, y precisamente faltaba el que sobraba. No estaban más que Chale Recamier, don Felipe, Edmundo Stierle, el patrón y el señor Feduchy. Es decir, puros amigos simpáticos y queridos.

La comida terminó justamente a tiempo de que yo llegara a dar mi clase, a que no falto por nada del mundo. Desde la mañana había yo dejado trazados en el pizarrón los esquemas. Iba a tratar de entradas,

salidas, puertas y ventanas, exclusivamente, y a ilustrar la clase con ejemplos —positivos y negativos— de las obras de teatro que por estos mismos días pueden haber visto los alumnos.

Luego había invitado a Dolores a la Sinfónica. La aguardaría en el estudio para darle antes una taza de té, y para que entráramos en el teatro por el escenario, en caso de que la preinauguración del fresco de Diego hubiera a esas horas degenerado en algún incómodo zafarrancho a las puertas de Bellas Artes. Pero no pasó nada. Lo único fue que Diego no se presentara en su palco, ni las muchachas, Ruth y Lupe, que casi siempre lo acompañan. Y el accidente de que por primera vez en su historia, la Sinfónica comenzara quince minutos tarde, a causa, me imagino, de que por la nerviosidad de los sucesos posibles en torno al fresco y la preinauguración, nadie del servicio de la sala se fijó en que no estaban puestas las filas dobles que se instalan en las plataformas para los conciertos, y ponerlas a esa hora, sobre constituir una divertida maniobra que el público no suele presenciar, retardó el concierto esos minutos. Imagino lo furioso que habrá estado el maestro Chávez allá adentro.

Dolores fue preciosamente vestida; con una falda anchísima y casi rígida de tan gruesa que era la tela blanca, hasta su delgadísima cintura; una blusa negra sin mangas, y encima una especie de bolerito o capa blanca otra vez, de tela muy leve, con el cuello cuajado de perlas falsas y enormes. Encima nada más unas pieles grises. Debí bajar a lucirla en el intermedio; pero nunca bajo.

12 de abril

¿Será la campaña —así, campaña, o sea lucha o guerra por antonomasia— presidencial lo que pone por estos días tan belicosas a todas las familias artísticas? La semana antepasada fueron los pintores, o sea que le tocó a la pintura mover el agua del escándalo con el de Diego y su *Sueño y pesadilla*; la pasada, la música, con la Daniel, Jesús Bal y Gal, Celibidache. Ahora es el teatro. Está visto que a cada capillita le llega pues su fiestecita de la primavera —y le da su *high fever*.

Resulta que desde hace creo que tres años inventó o discurrió el Departamento del Distrito celebrar en la tierra de la supuesta eterna primavera unas Fiestas de la Primavera por las que recaudar fondos cuantiosos para combatir la desnutrición infantil. Tales fiestas, como lo sabe todo el mundo, se inician en lo publicitario por la instalación de carteles llamativos en calles y avenidas, árboles, glorietas y muros; y en lo administrativo, porque los gendarmes, los bomberos y los agentes de tránsito le dan a uno el susto de detenerlo para darle la satisfacción de que no se trate más que de que uno les compre cinco

o diez pesos de boletos-cédulas de votación por la Reina de la Primavera, porque hay una Reina de la Primavera, cuya elección y cuya efímera vigencia, con su corte, su corona, su cetro, su trono y su manto real, le dan por esos días, o le restituyen, a nuestra evolucionada, mecanizada ciudad, el encanto ingenuo de una provincia.

Luego siguen con la coronación de la Reina, lucido acto nocturno durante el cual se otorgan los premios en metálico y en flor natural a los triunfadores en los concursos de novela y poesía. Y números de ballet en Chapultepec, generalmente, como parece propio. *El lago de los cisnes*, sobre el lago; y una noche mexicana, y el desfile de carros alegóricos, y un lucido baile, y una sesión de frontón, una carrera de caballos; en fin, una serie de diversiones públicas cuyos productos engruesan los fondos destinados altruistamente a engordar a los niños desnutridos. Cuando todo ha pasado, el Departamento del D.F. publica las cuentas de su primaveral operación, y por ello se ve que ha sido conveniente para los niños desnutridos que los adultos sobrealimentados se diviertan en las Fiestas de la Primavera; que los poetas escriban y concursen con los novelistas, y que los agentes de tráfico, los policías y los bomberos, les vendan boletos-cédulas para votar por fulana primera.

En tales Fiestas de la Primavera tuvo desde un principio atareada ingerencia al activo mayor Antonio Haro Oliva, y así era natural que el teatro, que constituye la predilección del mayor hubiera en ellas su modesto lugar. El primer año, el mayor se lo hizo con buscarle lugar al grupo teatral de Seki Sano, que acababa de revelarse con el *Tranvía llamado deseo*, y que capitalizaba su triunfo con escenificar *La doma de la bravía* de Shakespeare, en una memorable "puesta" con pasarela, la participación de Archibaldo Burns y un reparto final y novedoso de sandías y otras frutas de la estación entre la concurrencia. El mayor Haro Oliva había ayudado mucho a Seki Sano, desde la preparación del *Tranvía*, y Víctor O. Moya, a su vez, asistía atento a los ensayos del director japonés.

Para el año siguiente, ya el teatro alcanzó mayor importancia dentro de las Fiestas de la Primavera, siempre gracias a los empeños del mayor Haro Oliva. Ya no parecía tan amigo de Seki Sano. Hasta podría pensarse que hubieran reñido; y por su parte, Víctor O. Moya ya tenía y dirigía un grupo teatral llamado Teatro Estudio de México. Se publicaron las bases de un concurso de grupos teatrales dentro de las Fiestas de la Primavera. Se invitaba por ellas a los grupos experimentales a poner en escena obras mexicanas. Se premiaría la mejor obra, o sea a su autor: los mejores actores o grupo, y el mejor director. La obra premiada fue la adaptación teatral de *Los de abajo* de don Mariano Azuela, con el grupo que la puso en escena, que fue Teatro Estudio de México; su director, Víctor O. Moya, y su primera actriz, Nadia de Haro Oliva.

Los demás concurrentes, sin embargo, no pudieron quedar descontentos. La liberalidad del evento se manifestaba, primero, en la generosa admisión al concurso de cuantos grupos resolvieran inscribirse; y segundo, en que todos o casi todos recibieron el equivalente de los arieles que fueron los *xochipilis*, estatuillas de pasta, con que fueron agasajados como recuerdo de su esforzada participación en el concurso.

El año pasado se repitió éste, y los premios se repartieron menos homogéneamente. La obra premiada fue *Luces de carburo*, pero el grupo premiado volvió a su Teatro Estudio de México, que puso *Pedro Moreno el Insurgente*, varias veces, en Chapultepec, y en el Teatro de los Electricistas.

El año actual aconteció la infortunada casualidad de que el mayor Haro Oliva tuviera que hallarse ausente en Europa durante las Fiestas de la Primavera, y que delegara su representación de sus gestiones dentro del Comité: las relativas sobre todo al concurso teatral, en Víctor Moya. Sin duda ocurre, tanto que Víctor sea menos ducho ni activo en la organización que el mayor Haro Oliva, cuanto que por razón natural, su dedicación absorbente a la dirección teatral le reste tiempo y fuerzas para ocuparse con pericia en las tareas que el mayor desempeñaba en el Comité.

En el entierro del doctor Mariano Azuela, el doctor González Cárdenas me preguntó si ya me habían visto el mayor y Víctor Moya a propósito del Concurso Teatral. Hube de contestarle, como era la verdad, que no habíamos hablado de ello. Ciertamente, se había publicado la convocatoria como lanzada conjuntamente por el departamento del D.F. y por el INBA, lo cual fue para mí una sorpresa, pues aunque en los años anteriores así se había hecho porque el doctor González Cárdenas me deparaba una confianza que mucho estimo y le agradezco, no pensé que las bases se repitieran sin siquiera acordarlo ni revisarlas juntos los delegados del D.F. y yo, del INBA antes de su publicación.

Dos o tres días después vino efectivamente a verme Víctor Moya. El doctor González Cárdenas le había indicado que nos pusiéramos de acuerdo y querían saber qué fecha podría dárseles Bellas Artes para presentar la obra premiada. Si íbamos a intervenir, pensé que convenía organizar las cosas: saber cuántos grupos concursarían; en qué teatro iban a presentarse y en qué fechas; quiénes debían ser los jurados, y qué ayuda iban a tener los concursantes para presentarse, en cuanto a montaje y servicios de foro y publicidad. Para averiguar las necesidades de tramoya de los concursantes, los citaríamos a una junta en que a la vez se les comunicasen sus fechas, su horario y el teatro en que habrían de presentarse. Por cuanto a jurados, que fueran pocos: cinco: un representante del Departamento del D.F., uno del INBA, dos críticos o cronistas (uno de cada una de las agrupaciones enemigas, pero cuyo distanciamiento no debía incumbirnos) y uno más que solicitaríamos a la Federación Teatral. Yo designé desde luego a Fernando Torre Lapham como representante del INBA en el jurado.

Tuvimos esa junta el jueves 20 si no recuerdo mal. Vinieron a ella Víctor y Ricardo Mutio, jurado por parte del Departamento del D.F. Estuvo también Armando de María y Campos. Habían sido ya, informó Víctor Moya, invitados por el Departamento, como habíamos quedado, los cronistas de uno y de otro bando. Armando anunció que su agrupación declinaría la invitación porque aceptarla equivaldría a reconocer a la otra una validez que le niega. Sugerí que se retirasen las invitaciones y se nombraran jurados personales. Víctor dijo que ya no era posible.

Tampoco lo era comunicar a los concursantes el teatro ni la fecha específica, del 2 al 9 de abril, en que cada cual se presentara. El Departamento no dispone de más teatro que el Virginia Fábregas, que dicen que queda muy lejos, inaccesible. Víctor Moya ofreció gestionar el de Electricistas, y se citó a una nueva junta para el martes siguiente en la que todos hubieran ya detallado sus necesidades de tramoya y utilería, para ver qué podía conseguírseles.

En el intervalo entre esa primera junta y la segunda, tuve con Víctor Moya una conversación en mi despacho. Le expresé que a mi juicio el Departamento debería y podía darles las máximas facilidades a los grupos concursantes. Tienen madera, tanta que pueden construir un tablado en Chapultepec y llenar la ciudad de carteleras. Tienen pintores, pintura, carpinteros, obreros —y dinero para publicidad, puesto que pagan planas enteras sobre las Fiestas. Y es un concurso de ellas, convocado y realizado por el Departamento, sin más del INBA que el "apoyo moral", vista nuestra pobreza y considerado que el tiempo y los recursos técnicos del INBA son apenas suficientes para cumplir su propio programa de actividades teatrales, no desarrolladas en función secundaria de unas fiestas, sino a toda su planeación, y que no podríamos, en tales circunstancias, aplicar esos menguados recursos al concurso. Víctor entonces me explicó que como el concurso de teatro y las representaciones no rinden dinero para la desnutrición, no constituyen un capítulo que le interese mucho al comité organizador de las Fiestas de la Primavera, y él sabe bien que no se dispondría de fondos ni de elementos para ellos. Si no les interesa, le dije, ¿entonces por qué lo hacen? Yo creo que las cosas conviene hacerlas bien y a todo trapo, o mejor no hacerlas. Entonces Víctor abogó calurosamente por los concursos. Dijo que le han hecho mucho bien al teatro; que de ellos han salido muchos valores nuevos, tales como Luis Aragón y Julio Taboada, y aun Emilio Carballido y Sergio Magaña, cuya paternidad u oriundez, por lo visto, empieza como la de Homero a verse disputada. Víctor está pues poseído por un espíritu de sacrificio y apostolado por el teatro, y dispuesto a

aceptar por él aun el lugar secundario que en recursos para su realización tiene el concurso dentro de la opulencia de las Fiestas de la Primavera; en tanto que yo, pues digamos que les doy la razón a los que alegan que no tiene chiste que haga lo que hago porque tengo recursos para hacerlo; o dicho de otro modo, que yo no creo que de la nada pueda hacerse algo, ni de algo más que poco.

Ya a la siguiente junta no tenía yo a qué ir. La tuvieron Víctor Moya, Ricardo Mutio —delegado del Departamento—, Fernando Torre Lapham —delegado del INBA— y los catorce grupos inscritos, en la persona de sus representantes. Concurrió también José Luis Tapia, como jurado por la asociación de cronistas invitada con su rival a serlo. Y se armó la gorda. La junta se prolongó muchísimo. Los grupos empezaron a confabularse contra la presencia de Víctor a la vez en el Comité Organizador y como participante en el concurso, y pidieron que se retirase de éste, pues temían que como en años anteriores ganara el premio. José Luis Tapia lo defendió, se exaltó, amenazó a los grupos con echarles encima la prensa y el jurado, que se comprometía a que todos pensaran como él. La cosa, en fin, se puso tan color de hormiga que Torre Lapham, que había asumido la presidencia de los debates, por poner en ellos algún orden, se vio precisado a levantar la sesión.

Al final de la semana el lío se complicó. Rubén Gómez Esqueda recibió a los grupos inconformes con la presencia de Moya en el concurso, para desautorizar la junta en la que había tomado aquellas resoluciones y les comunicó que no se ajustaba la tal junta a las bases del concurso. Ocho grupos entonces se retiraron de él y fueron a solicitar el patrocinio de la Asociación Mexicana de Periodistas para un nuevo concurso en qué presentar los trabajos que ya tenían preparados. Por su parte, Víctor Moya anunció públicamente que se retiraba, con lo que ya no había motivo aparente para que los disidentes no reingresaran en el concurso del Departamento. Algunos lo hicieron; otros no. Otro todavía, el grupo que dirige Raúl Cardona y en el que debutaría como actor Fernando Medina, se atareó en conseguir el dinero suficiente para presentarse en el Teatro Colón el viernes 21, fuera de todo concurso, con una obra, *Ahogados*, de un chico Héctor Mendoza, que parece muy inteligente. Sin embargo, este grupo apareció en las listas y en el calendario de presentaciones que el Departamento del Distrito hizo publicar inmediatamente con el anuncio de que el concurso comenzaría el 2 en el Teatro del Pueblo, con los grupos que quedaron dentro de él y con el de Víctor Moya en la primera fecha de las siete holgadamente concedidas a los grupos conformes. El anuncio daba también los nombres de los jurados: Andrés Soler, a quien había nombrado la Federación, apareció sustituido por Arturo Soto Rangel, quien en las asambleas de actores no se ha mostrado muy simpatizador de los teatros experimentales, sino

todo lo contrario; por los periodistas o críticos, permaneció José Luis Tapia y apareció por primera vez Arturo Mori, español; el Departamento del Distrito designaba a su empleado Ricardo Mutio y por el INBA aparecía Fernando Torre Lapham.

Era evidente sin embargo que el concurso se había debilitado al extremo de parecer que con presentar en él a grupos tan disparejos, de lo único que se trataba fuera de, como dicen los americanos, "salvar el rostro". Fernando Torre Lapham consultó conmigo, yo consulté con Jaime García Terrés, subdirector en funciones del INBA, por la ausencia de Fernando Gamboa en la escolta de los tesoros artísticos de México que habrán de exhibirse en París, y hoy se publicó en los periódicos la breve declaración en la que el Instituto lamenta que los incidentes registrados en torno al concurso teatral de las Fiestas de la Primavera, de los que han informado ampliamente los periódicos, indiquen la conveniencia de que el Instituto retire a su representante en el jurado y se abstenga de tomar en el desarrollo ulterior de dicho concurso, una participación que por otra parte ha sido siempre virtual.

Hoy mismo apareció en los periódicos la noticia de que la Asociación Mexicana de Periodistas patrocinará un concurso de teatro que llama Manuel Eduardo de Gorostiza, dentro del año que se ha consagrado a recordar a este dramaturgo mexicano, y que solicitará el respaldo moral del INBA. Difícilmente podría negárseles un respaldo que es la obligación de este Instituto prestar en la medida de sus fuerzas a toda manifestación primaria de esfuerzo artístico, y en este caso teatral. Estoy en espera de la comunicación oficial de esa solicitud, para ver qué se puede hacer.

Mientras tanto, el día 12 se me echa encima. Ese día, sábado de Gloria, abriremos el teatro con la presentación de María Douglas y el famoso Rubinsky en la *Medea* de Anouilh. Deploro mucho que se haya enfadado Armando Valdés Peza porque no utilizaré los diseños de vestuario que graciosamente había accedido a hacerme para esta obra, como lo había hecho sin ningún interés para dos anteriores. Pero realmente presentaba a Jasón tan desnudo que temo que las familias se hubieran escandalizado, por mucho que les gustara a ver a Rubinsky tan encuerado como por otra parte pueden ir a verlo a Televicentro o disfrutarlo en sus recámaras dentro de su aparato de televisión.

Estamos ensayando de once a dos de la mañana y de siete a doce de la noche todos los días. Si no me levantara todos los días a las seis de la mañana, repito, no sé cómo hubiera alcanzado el tiempo.

Como es obra de un acto la *Medea*, irá precedida por un monólogo de Sergio Magaña, *El reloj y la cuna*, que hará Rosa María Moreno y a cuyos ensayos dedico de las cuatro a las siete de la noche todos los días.

Necesito 92 000 pesos ¿Puede usted prestármelos? Muchas gracias. Ya sabía yo que sí. Ésos son los buenos amigos.

16 de abril

A unas cuantas horas de su primer lucimiento público desde el escenario; a los quince días de ostentarlo, y cuando acabo de laboriosamente imponérmelo para el día frente a tres espejos, le contaré a usted la breve historia de mi tricófero disfraz.

Si es usted, como ciertamente lo es, observador y suspicaz, ya habrá advertido que hace algunas semanas me ocupó en estas cartas el tema capilar, suscitado entre cómicos, que lo manejan profesionalmente. Nació en "el cuarto de los sueños", que es como le llamamos al salón lleno de grandes espejos del maquillaje. Allí, mientras Toña Horcasitas le imponía los postizos, Rosa María musitaba: "¡Qué gran actriz soy yo!"; Neri Ornelas, mientras se adhería las patillas con mástic: "¡Qué viejito tan simpático!"; Andrés Orozco: "¡Soy lo más gracioso del mundo!"; y yo: "¡Qué llenazo!"

Toña Horcasitas me había estado insistiendo: "Mi hermano les hace sus *appliques* a fulano y mengano, grandes y conocidos actores de cine de quien nadie sospecharía que los llevan. Le había de hacer el suyo. No se notan nada. Los hace perfectos."

Yo la dejaba hablar. Libraba acaso en mi interior el análisis de si lo que me inhibiera de adoptar semejante disfraz fuera el *self respect*, la propia estimación —o la cobardía—; de si lo que me inducía a contemplar la vaga posibilidad de aceptarlo fuera la vanidad —o el contagio pleno de los menesteres del teatro—, con una buena dosis de humorismo; el pequeño placer de "dar que hablar", el pequeño desafío a las convenciones y el satisfactorio gesto de, como se dice, "dar pasto a la murmuración" como se le arroja un pedazo de pan a los perros que no tardarían en masticar encantados y en voz más o menos baja los comentarios.

Muy ajeno estaba, sin embargo, a que el penúltimo domingo de *Contigo pan y cebolla*, cuando fui a revisar el maquillaje de los actores al salón de los sueños, ya estuviera esperándome ahí el hermano de Toña Horcasitas, dispuesto a tomarme las indispensables medidas; a cotejar con muestras el color de mi pelo, a trazar, como un ingeniero, los cimientos del nuevo edificio multicapilar que erigiría en el páramo o estadio de mi cráneo personal.

Más por curiosidad de saber cómo se planean semejantes restauraciones arqueológicas, que verdaderamente resuelto a aprovecharlas, me dejé tomar las medidas. Entraron en acción las tijeras, unos papeles, el doble decímetro y el lápiz. Eso fue todo. Una operación mucho más sencilla que la que practican los dentistas para fines semejantes. Le di un adelanto y me olvidé del asunto.

Pero el marte siguiente, a la hora del maquillaje para la función, ya estaba ahí Horcasitas, y ya traía, en una caja pequeña, su obra de arte. Era la "prueba", como la de un traje, con rectificaciones. La cosa iba

pues muy en serio. Tan en serio, que el jueves, a la siguiente función, me aguardaba de nuevo y sin más ni más me colocó aquella especie de gorra, me la fijó con mástic en la frente, y por primera vez en mucho tiempo un peine volvió a recorrer mi entrecana cabellera —más mía que la otra, pues mi dinero me costaba— con vigor y hacia atrás.

Entré con aquello puesto, en el foro primero, en la sala después. La prevista diversión comenzó enseguida —la mía y la ajena. Tramoyistas, apuntadores, luego las acomodadoras, registraban una reacción retardada al verme aparecer o pasar: de sospecharme sin del todo reconocerme primero, de al fin reconocerme y poner una cara de asombro que al desatar mi risa, como que les daba permiso para soltar en la suya el nudo de su sorpresa, o su juicio. Empezó a ser unánime la no solicitada opinión de que "me había quitado veinte años de encima". Una opinión que podía satisfacer a mi peluquero, pero por desgracia no convencerme a mí.

Es sin embargo, en las democracias, tan fuerte el peso de la opinión, que resolví coleccionarlas y dejar en el voto de las mayorías la decisión de si seguiría usando aquello —o lo donaría. Me faltaba llegar a casa, donde la recibí aprobatoria. Y me faltaba la múltiple prueba y la colectiva diversión de asistir la noche siguiente a un lleno de la Sinfónica, con Stravinsky y con peluca.

Le confieso a usted que entré con un poco de sobresalto, de bochorno, de minusvalía; temprano, antes que toda la gente, por el foro y hasta mi prominente platea. Ahí aguardaría a mis invitados, y no comparecí en mi asiento sino hasta que apagaron las luces. Una que otra gente conocida sorprendí volviendo el rostro hacia el palco sin atreverse a saludar a aquel desconocido pariente mío que algo se me parecía.

Pero en el intermedio ya no se aguantaron las ganas, y subieron a cerciorarse. Irrumpieron Carballido, Sergio, Guevara, Armando Valdéz Peza, lleno de gritos y desmayos, y Carito y Raoul, con los ojos cuadrados de asombro. Empezó a unificarse la opinión, o siguió unificándose. Aquello estaba muy bien hecho, me quedaba bien, me rejuvenecía entre diez y ochenta años, y como recetó Raoul, ya que me lo había puesto, no debía ni podría volver a quitármelo. Tranquilizado, entré de nuevo a escuchar la segunda parte del concierto. Pero faltaba la salida. El teatro estaba lleno, y al bajar las escaleras, sentía como que todo el mundo me miraba, me escrutaba, perforaba la gasa nylon y el mástic de mi frente. Vanidad deleznable; complejo de inferioridad semejante al que sufre uno cuando en la playa cree que todos miran su miseria física, cuando en realidad todos no se engríen más que en la certidumbre de su personal perfección; pero así es la cosa, y traté de salir rápidamente por el foro. Imposible. El señor Stravinsky lo había mandado cerrar, pues no quería saludos. Intentamos la puerta

general a la avenida Juárez: mucha más gente y muchas más miradas y comentarios en voz baja. Por fin, vueltos a la sala, el ingeniero Zedillo nos abrió la puertecilla del control eléctrico, y por él salimos a la calle, al coche, a esconderme después de la segunda prueba de mi emocionante disfraz.

Faltaban varias: de las personas que más estimo y quiero; de las que no mentirían. Cuando entré en casa de don Pedro al medio día siguiente, él paseaba por su jardín, y vi claramente que no me había reconocido, sino hasta que me tuvo muy cerca, y nos acometió simultáneamente la risa. Fue entonces a llamar a la señora, a decirle que ahí la buscaba un señor desconocido. Ella sí me reconoció, y le pareció muy bien, y aun tuvo la gentileza de hacer bajar su brillantina para que me peinara mejor. Toda la familia aprobó y olvidó enseguida el disfraz.

Luego, el lunes, ir a Nieto a reunirme con el patrón, Alfredo y Mariano, y entrar juntos en Prendes; ver repetirse la reacción retardada de los comensales, la discreción —o la despreocupación— de los meseros; los saludos interrogativos, la cara de asombro, la risa y el "te queda muy bien, te rejuvenece, está muy bien hecho", de los amigos. A Carlos, a su regreso de Los Ángeles, la sorpresa le desató la misma hilaridad que estadísticamente acabé por comprobar que constituye la primera y pasajera, catártica reacción de aquellos que pueden cotejar un recuerdo olvidado con su súbita restauración y su inesperada presencia.

El fenómeno se fue repitiendo con cuantos amigos me encontraban, y dejó de ser divertido. Lo sigue siendo, en cambio dejar llegar, debajo del respeto obligado; de la inhibición oral de un comentario que se ciñe a la investigación involuntaria de los ojos que insisten en cerciorarse, la sorpresa de los simplemente conocidos, o subordinados. Durante los últimos ensayos de *Medea*, la especie abundó en el foro. Llegaban jóvenes reporteros y fotógrafos, y se cortaban, disimulaban, se apresuraban a capturar inadvertidamente, creían ellos, mi imagen, o comentaban en voz baja. Me divertía mucho dejarlos en la creencia de que yo no percibía sus maniobras. No me sorprendió así, sino que al contrario constituyó una ratificación esperada, ver que en el reportaje gráfico de *Zócalo* alguien habría gozado mucho y a poco costo con escribir en el pie de un grabado en que la ostentaba, que seguramente lo más aplaudido del estreno sería la magnífica peluca que iba a lucir en público el director.

Como todo en la vida, a los quince días la diversión empieza a acabarse y a plantear el problema de si en función de este aparato modificador de la apariencia, le importa a uno lo que digan o cómo reaccionen las gentes que conoce o que le conocen —o más bien su resultado entre aquellas que ni conoce ni le conocieron con otro aspecto. Entre estas últimas (y es una razón más para preferirlas), la

ausencia de sorpresa parece buena prueba de la perfección de la manufactura, y de la destreza en la cotidiana imposición que constituye, pasada ya la diversión, lo que suele siempre quedar de las diversiones, y que es la obligación. Una esclavitud más, como la corbata, o el traje, o los zapatos, y no muy diferente en el sentido ontológico de una civilización que en el siglo XVIII legitimó por generalización el decorativo empleo de esta prenda íntima expuesta a la vista de todos, y que obliga a aumentar el equipo de la diaria albañilería con el alcohol, el algodón, el pincel y el mástic —más el regreso triunfal de la brillantina.

Y a precaverse, como los automovilistas, con una refacción más o menos a mano. Cojos hay de quienes se sabe que disponen de un surtido de piernas fabricadas con materiales adecuados a ciertas fechas, celebraciones, eventos: la de caoba para los domingos, la de Apizaco con talla policromada para las Fiestas Patrias. Uno podría ir encaneciendo a voluntad, o congelarse en la etapa voluntaria en que se halla, o volverse súbitamente rubio, si no supiera que este mundo en que vive se desconcierta con los cambios, apetece el estereotipo, prefiere la costumbre.

Ya no puedo jactarme de no tener pelo de tonto. A lo mejor de eso es, ya que en ellos abunda. Murmuran que es de muerto, que de eso las hacen. Aliento, si es así, la esperanza de que siquiera no provenga de la fosa común, sino de la Rotonda de los Hombres Ilustres. Ni quejarme de que estoy pobre, dueño de semejantes peluconas. Tan pobre, en realidad, que como en las novelas mexicanas de cierta época, mi desayuno va en adelante a consistir en café con peluca.

Reanudo estas líneas el domingo por la mañana, al día siguiente de haberlas comenzado —y al siguiente, también, del estreno de la *Medea* que me ha ocupado durante las últimas semanas. Trabajamos en ella jueves y viernes santos, sin tramoyistas, utileros, electricistas ni apuntadores; con sólo el decorado puesto y para acelerar ciertos "tiempos" en que ello era viable, redondear las cadencias y perfeccionar detalles de cruces y desplazamientos, algunos de los cuales eran muy difíciles en su *timing*, como aquel en que Jasón desciende un escalón pronunciando dos palabras y Medea ha de preparar imperceptiblemente su cruce por detrás de él, desde la posición sentada que guarda, a quedar arriba de él, hacerlo hablando y alcanzar una posición fuerte para el resto de su imprecación. Esos días pasamos la obra hasta tres veces, pero ayer sábado, todavía, hicimos un ensayo más, simplemente marcando, casi en pantomima, para ajustar los cues de luces y de sonido, de manera que, citados los actores para maquillaje a las cuatro, empezamos ese último ensayo a las cinco y media: ensayamos el monólogo de Sergio con Rosa María a los veinte para las ocho; retuvimos a la gente afuera del teatro hasta las ocho y cuarto cuando es costumbre abrir las puertas desde las ocho —y casi del

ensayo del monólogo pasamos a su representación, que empezó al cuarto para las nueve y, como dándole cortes lo he dejado en media hora de la hora entera que duraba; a las nueve y cuarto había terminado, dimos un intermedio de quince minutos para cambiar al decorado de *Medea* —y levantamos lentamente el telón, después de un minuto y cuarto de música de *La hija de Cólquide*.

Un aplauso atronador volcaba la admiración del teatro pletórico por, hasta entonces, la escenografía, que ya le he descrito a usted y que es realmente bellísima. El texto pide que Medea y su nodriza aparezcan en cuclillas, cerca de su carro. Yo preferí plantar a Medea de espaldas al público, al mero centro, sobre la plataforma, mirando hacia Corinto, y a la nodriza sentada junto al carro. Medea se revela en su primera frase fuerte. Y esta composición con que abro la obra rima deliberadamente con aquella con que la cierro, con el guardia que representa la vulgaridad de la vida, en el nuevo día, en el área y en la posición iniciales de Medea.

Preparé, como suelo, hasta cinco telones de gracias: el primero con toda la compañía en bonita composición; el segundo, con los cuatro personajes principales; el tercero, con María y Rubinsky ya abajo, junto a la columna rota en que sostienen su diálogo largo; el cuarto con la sola María al centro; por si había un quinto telón, otra vez toda la compañía, pero en diferente posición. Pero me equivoqué en la cuenta, pues hubo hasta ocho telones, y en uno de los últimos, María y Rubinsky fueron por mí y me sacaron a escena. Y siguieron los telones para María, que le encantó al público. Sólo cuando empezaron a desfilar las visitas para felicitar y elogiar la producción, con el incendio y el derrumbe del carro, y el humo y todos los impresionantes trucos, me di cuenta de que tenía las manos llenas de la sangre de utilería de los hijos acabados de degollar por Medea. Una sangre que nos costó mucho trabajo mezclar para que a la vez que no manchara indeleblemente las manos de Medea, se viera en ellas a pesar de las micas que transforman y roban todos los colores.

Carlos entró a felicitarnos. Estoy contento —y triste a la vez de que ya haya acabado el trabajo. Le confieso que ya me anda por empezar a armar otra obra. Y mientras más difícil, mejor.*

* Ésta fue la última inserción de las "Cartas viejas y nuevas" correspondiente al periodo presidencial de Miguel Alemán. Salvador Novo dejó temporalmente el periodismo para ocuparse en escribir su discurso de ingreso en la Academia: *Las aves en la poesía castellana*. (N. del e.)

Cronología*
(1904-1952)

1904
Salvador Novo López nace el 30 de julio en la ciudad de México, hijo de Andrés Novo Blanco y Amelia López Espino.

1908
Debut en el Teatro Arbeu ante el secretario de Instrucción Pública, Justo Sierra, en un festival escolar —como miembro del Kindergarden Herbert Spencer.

1910
Su familia se instala en Torreón, Coahuila. Asiste a la única escuela privada del municipio —para mujeres—, el Colegio Modelo.

1915
Comienza a escribir poesía —"espejo", dice él, de sus lecturas diecíochescas del día.

Cursa sexto de primaria en la Escuela Oficial del Centenario.

1917
Regresa con sus padres a la ciudad de México. La familia se instala en la colonia Guerrero.

Ingresa a la Escuela Nacional Preparatoria.

Conoce a Carlos Pellicer cuando éste declama en el Anfiteatro de la Preparatoria.

1918
Conoce a Xavier Villaurrutia en la Escuela Nacional Preparatoria.

* Elaborada por Antonio Saborit.

1919
Inicia sus colaboraciones para *El Universal Ilustrado* y el suplemento de *El Heraldo de México.*

1921
En compañía de Xavier Villaurrutia visita a Ramón López Velarde en la Escuela Nacional Preparatoria.

Se asoma a la tertulia matutina en la Librería Robledo, en la que se reúnen hombres de letras e historiadores como Victoriano Salado Álvarez, Federico Gamboa, Luis González Obregón, Manuel Toussaint, Antonio Castro Leal y Artemio de Valle-Arizpe.

1922
Conoce a Pedro Henríquez Ureña en la Escuela de Verano, ubicada entonces en Licenciado Verdad, en el edificio de la Escuela de Jurisprudencia. En casa de Henríquez Ureña conoce a Daniel Cosío Villegas, Eduardo Villaseñor y Salomón de la Selva.

Colabora con Manuel Maples Arce en sus empresas literarias.

Traduce a Francis Jammes: *Almaida de Etremont, Manzana de Anís y otros cuentos* (con prólogo de Xavier Villaurrutia), para la Editorial Cultura.

Bajo la dirección de Henríquez Ureña, Novo prepara una antología de cuentos mexicanos e hispanoamericanos, más una edición del *Libro Koheleth* (inédito), "vulgarmente conocido por el Eclesiastés".

Escribe la columna "Repertorio" para la revista *México Moderno.*

Conferencista en la Escuela Nocturna.

1923
Aparece su *Antología de cuentos mexicanos e hispanoamericanos*, libro de texto en la Escuela de Verano.

Colabora en la revista *El Chafirete*, dirigida al gremio de los choferes.

Escribe editoriales para el periódico de Martín Luis Guzmán, *El Mundo.*

1924
Trabaja en la Secretaría de Educación Pública, a cargo del Departamento Editorial.

El Universal Ilustrado, a modo de suplemento, publica dos antologías preparadas por Novo: *Poesía norteamericana moderna* y *Poesía francesa moderna.*

En *El Universal Ilustrado* debuta como escritor de teatro: *Divorcio* y *La señorita Remington.* Prologa *El honor del ridículo*, de Carlos Noriega Hope.

Con fecha del 25 de agosto, Alfonso Reyes le escribe a Antonio Solalinde: "Hay entre ellos [los jóvenes escritores mexicanos que viven en la ciudad de México] mucha mariconería, enfermedad nueva aquí, y eso me aleja de muchos y me hace sufrir, pues no soy tan escéptico e indiferente como yo mismo me lo figuraba. Los nombres principales: Xavier Villaurrutia, prosista sobre todo y también poeta, crítico: el único culto de todos ellos, muy inteligente; Carlos Pellicer, poeta inculto, simpático, chicanesco, que cree ser original porque no sabe nada de lo que han escrito los hombres, y que, a pesar de estar tan dotado, acaso va a fracasar entre un piélago de frases admirativas y una tempestad de palabras vulgares. Salvador Novo, ingenioso y no muy orientado todavía; Daniel Cosío [Villegas], discípulo de P.H. Ureña, escritor preciso y fino, demasiado preocupado por llegar en política; [Eduardo] Villaseñor, discípulo de *idem*, preocupado de lo mismo, escritor impreciso y vago; Xavier Icaza, novelista en formación, sobrino de nuestro viejo Icaza, joven abogado de buenos negocios petroleros, que se hará rico en Veracruz, y que huyó de la capital porque no soportó este ambiente seudointelectual, muy buen muchacho; Francisco Monterde García Icazbalceta, en quien el peso de los apellidos comenzó por ser una influencia funesta, academizante y colonialista, pero que ya deriva hacia la brevedad sensible, joven varón virtuoso."

1925
Aparece su libro *Ensayos*, el cual incluye el material de *XX Poemas.*

Conversa con Carlos Chávez las ideas para la realización de un ballet, con argumento de Novo y música de Chávez.

Colabora en *La Antorcha*, que dirige José Vasconcelos.

Publica *El joven* por entregas.

Profesor de geografía, historia y sociología en la Escuela de Verano de la Universidad Nacional.

1926
Escribe algunas revistas para el Teatro Lírico, entre ellas: *Café Negro.*

Escribe *La Diegada*: sátira contra Diego Rivera y su círculo de favorecedores y amigos. En *Forma*, revista que dirige Gabriel Fernández Ledesma, Novo aparece pública y literalmente como censor literario, así como representante del criterio artístico de la Secretaría de Educación Pública.

Profesor interino en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Escuela Nacional de Maestros, durante las licencias de José D. Frías y Federico Gamboa.

1927
Asiste a la Primera Conferencia Pampacífica sobre Educación, Rehabilitación y Recreo, en Honolulú.

"Contributing editor" en la revista de Frances Toor, *Mexican Folkways*.

Profesor de la ENP.

1928
Cuida la edición de las *obras* de Manuel José Othón publicadas por la Secretaría de Educación Pública. En colaboración con Alfredo E. Uruchurtu prepara el texto de lectura: *Lecturas para el tercer ciclo*; además, *La educación literaria de los adolescentes*.

Aparece el folleto *El joven*, su primera obra de ficción escrita desde 1923. "Es un poco el resumen de mi regreso a México en 1917, y de mi vida estudiantil. Narra mis primeros esponsales con la gran ciudad."

Aparece *Return Ticket*. José Alvarado escribe en el periódico capitalino *El Nacional*: "Póngase un Salado Álvarez en agua hirviendo, añádase una tajadita de Bernard Shaw, espolvoréesele Alfonso Reyes, quince minutos en *collage*, rebanaditas de clásicos. Déjese enfriar. Adórnese y sírvase en *cartoné*, con chile colorado: es un libro de Salvador: *Return Ticket*. Como cualquier otro."

En un salón particular de la calle de Mesones inicia sus actividades el Teatro de Ulises, con ayuda de Antonieta Rivas Mercado. Novo traduce *Ligados* de Eugene O'Neill. Pronuncia también el discurso inaugural de la temporada del Ulises en el Teatro Virginia Fábregas, ante la indiferencia del público. "La primera gran enseñanza que obtuvimos de Ulises fue la necesidad de salir de un círculo tan reducido, de probarnos, no ya como actores, para lo cual no teníamos verdadera vocación, sino como autores, ante un verdadero público, ante el público que teníamos derecho de tener, el público de México", escribió Celestino Gorostiza.

1929
Empieza a escribir la novela *Lota de loco*.

Ramón P. de Negri lo llama a trabajar con él en la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo.

Colabora en *Excélsior*; en la edición vespertina del diario que dirige Teodoro Torres publica, bajo el seudónimo de Niño Fidencio, la sección "Consultorio". Colabora en la revista *México Musical*.

En *Revista de Revistas* tiene a su cargo la columna "El cesto y la mesa".

1930
Redactor de la revista de teatro, arte y literatura *El Espectador*.

Colabora en *Nuestra Ciudad*, revista editada por el Departamento del Distrito Federal y dirigida por Armando Vargas de la Maza.

Profesor de la Escuela Nacional de Música, Teatro y Danza del Departamento de Bellas Artes, y jefe de la sección Técnica Editorial del Departamento de Bibliotecas.

1931
Narciso Bassols lo llama a colaborar en la Secretaría de Educación Pública; deja su empleo en la de Industria, Comercio y Trabajo. Jefe del Departamento Editorial de la Secretaría de Educación Pública. Xavier Villaurrutia y Efrén Hernández trabajan bajo sus órdenes.

La revista *Barandal*, en su entrega de noviembre, publica fragmentos de *Lota de loco*.

1932
Traduce a John M. Synge, *La boda del calderero*, para la primera temporada del Teatro de Orientación.

Trabaja en la imprenta del doctor José Manuel Puig Cassauranc, La Razón.

1933
Aparecen los siguientes libros: *Nuevo amor*, *Espejo*, *Jalisco-Michoacán*, con fotografías de Roberto Montenegro.

Segunda edición de *El joven*.

Profesor en la Escuela Secundaria núm. 2.

Escribe una pequeña nota introductoria a una prosa de Mariano Azuela, "Santa María de los Lagos", publicada en la quinta *plaquette* de *Alcancía*, que editan, dirigen e imprimen en una prensa de mano Justino Fernández y Edmundo O'Gorman.

1934
Traduce la obra de Eugene O'Neill *Diferente*, estrenada en Bellas Artes por María Tereza Montoya.

Asiste como delegado a la Séptima Conferencia Internacional Americana en Buenos Aires, Argentina.

Año de intensa actividad poética en el que conoce a Federico García Lorca y realiza varias ediciones privadas: *Seamen Rhymes* —con cuatro dibujos de Federico García Lorca— en Buenos Aires; *Romance de Angelillo y Adela*, *Décimas en el mar*, *Poemas proletarios* y *Never Ever*. En las páginas de *Fábula. Hojas de México*, pequeña revista literaria que imprimen Alejandro Gómez Arias y Miguel N. Lira, publica en marzo "México siempre": la historia de su encuentro con Pedro Henríquez Ureña en 1922 y su reciente reencuentro con él en la ciudad de Buenos Aires.

Aparece *Canto a Teresa (un ensayo de hidrografía poética)*. "En él reuní toda la erudición que poseía sobre el mar", dijo Novo en 1965.

En edición privada aparece su obra de teatro *Le troisième Faust*, publicada en París en edición de cincuenta ejemplares.

1935

Aparecen sus crónicas de viaje bajo el título *Continente vacío*.

Se publica en inglés *Nuevo amor*, traducido por Edna Worthley Underwood (The Mosher Press, Portland, Maine). Colabora en la revista quincenal *México al Día* que dirige Teodoro Torres.

Traduce el libro de William P. Shea *El dólar plata*, publicado por el Fondo de Cultura Económica.

El periodo presidencial de Lázaro Cárdenas

1936

Colabora en la radio con diálogos y comentarios.

Trabaja en la adaptación para cine de *Don Gil de Alcalá*.

Se integra al equipo que selecciona materiales y redacta la revista *Síntesis*, editada por Alberto Misrachi.

1937

Colabora en la revista *Lectura*, publicación de filias falangistas dirigida por Jesús Guisa y Azevedo y Juan Sánchez Navarro, con dos estudios sobre "Las aves del Romancero" y "Quevedo o el antipájaro", un "Poema proletario" y un "Funcionario". En la revista que dirige Octavio G. Barreda, *Letras de México*, publica "Las poéticas gallinas", prosa satírica.

Colabora con el director de cine Fernando de Fuentes en los diálogos para la película *La zandunga*.

Se publica en francés *Nuevo amor*, traducido por Armand Guibert (Cahiers de Barbarie, Tunis).

Traduce el libro de Gaston Cassel *Pensamientos fundamentales de la economía*, publicado por el Fondo de Cultura Económica.

1938

Publica su libro de ensayos *En defensa de lo usado*. Francisco Monterde escribe lo siguiente: "Novo es tan elocuente ante el micrófono como ante la máquina de escribir en que teclean sus manos —o las ajenas bajo su dictado. La agilidad física, que la carga de los años nos arrebata, subsiste en cuanto escribe. Por eso, leerlo o releerlo es como seguir, a través de sus líneas, una carrera en la que, sin llegar a rendirnos, jamás podemos alcanzarlo."

Escribe su columna "La Semana Pasada" en la revista *Hoy*, en donde se prueba como cronista político. En octubre aparece la revista *Cine*; su director, José Pagés Llergo, lo invita a colaborar en sus páginas.

Director artístico de la Compañía Productora Cinematográfica Internacional, S.A., de Felipe Mier.

Colabora en el guión de *Perjura* de Raphael J. Sevilla y en el de *El capitán aventurero* de Arcady Boytler —ambas con diseños escenográficos de Roberto Montenegro.

Cuadernos del México Nuevo, bajo la dirección del doctor y poeta Elías Nandino, ofrece en su segunda entrega una selección de la poesía de Novo bajo el título *Poesía escogida*.

1939

Colabora en *Letras de México* con una prosa breve, "Colibríes".

Trabaja en el guión para *El signo de la muerte* de Chano Urueta, una comedia de grandes pretensiones con música de Silvestre Revueltas, con Mario Moreno Cantinflas y Manuel Medel. Escribe textos para la película *Recordar es vivir* de Fernando A. Rivero.

Participa en el programa radiofónico semanal de la revista *Hoy* en la XERH.

Felipe Teixidor lo incluye en su antología *Viajeros mexicanos, siglos XIX y XX*.

1940

Viaja a Hollywood. Hay planes de trabajo con Orson Welles para elaborar un guión con el tema de la conquista de México.

Manuel Maples Arce lo incluye en su *Antología de la poesía mexicana moderna*.

El periodo presidencial de Manuel Ávila Camacho

1941
Se le incluye en la célebre antología *Laurel*, publicada por la editorial Séneca.

1942
Andrés Henestrosa publica en abril un balance de "Veinticinco años de poesía mexicana" en *Letras de México*: "Salvador Novo, sin haber sido cómplice de *Contemporáneos* pertenece a este grupo, aunque a la imantación francesa unía la de otras latitudes, la norteamericana en primer lugar. Su poesía, más honda, más personal, en los últimos años, es de lo mejor de aquel grupo."

Empieza a escribir su columna "Side-car".

1943
Empieza a escribir en el diario *Novedades*. Su columna "Ventana" aparece tres veces por semana. En la revista *Mañana* publica su columna "Diario".

1944
Publica, en edición de cincuenta ejemplares, cuatro sonetos inéditos, *Dueño mío*.

Colabora en el semanario humorístico fundado por Jorge Piñó Sandoval, *Don Timorato*.

1945
En la Editorial Cultura aparece *Florida Laude*. Con Rafael Alberti publica *Dos canciones para piano y una voz*. Escribe el perfil biográfico de Gustavo Baz en el *Presente amistoso en el vigésimo quinto aniversario de su recepción profesional*.

1946
Nueva grandeza mexicana, escrito con el que gana el concurso convocado por el Departamento del Distrito Federal, aparece publicado y agota dos ediciones en el año. Adapta el argumento de Richard Carroll (*The Lost Patrol*, John Ford, 1934; *Five Came Back*, John Farrow, 1939) para la película de Alejandro Galindo *Los que volvieron*. Adapta *Hat, Coat and Glove* de Wilhelm Speyer para la película de Miguel M. Delgado *Todo un caballero*. Con José

Revueltas trabaja en la adaptación de *Winterset* de Maxwell Anderson para realizar en Nonoalco *A la sombra de la muerte* de Roberto Gavaldón.

Empieza a escribir sus memorias, *La estatua de sal*.

Escribe, en colaboración con Lindsay Noel, una *Invitación a la música*.

Compila una antología de *Lecturas* para el Tercer Ciclo, I y II grados.

Prólogo a la edición de Porrúa de la novela de Luis G. Inclán *Astucia*, y a *Pasos de comedia* de Lope de Rueda.

El periodo presidencial de Miguel Alemán

1947
Carlos Chávez, director del Instituto Nacional de Bellas Artes, lo nombra jefe del Departamento de Teatro. Adapta la novela *Beau Ideal* de Percival Christopher Wren para la película de Alejandro Galindo, *Hermoso ideal*. Adapta y dirige *El Quijote*, para celebrar el IV Centenario de Cervantes, con música de Jesús Bal y Gay, Blas Galindo y Carlos Chávez. Escribe la introducción al catálogo de la *Primera exposición de Emilio Ronsenblueth*. Tercera edición de *Nueva grandeza mexicana*.

1948
Adapta para el teatro *Astucia* de Luis G. Inclán, con música de Blas Galindo y escenografía de Julio Prieto. Dirige *Don Juan Tenorio*. Prólogo y selección de textos en la antología de Manuel Gutiérrez Nájera, *Prosa selecta*, para el Círculo Literario. Se reedita *Nuevo amor*. Bajo el título *La televisión* aparece su investigación e informe, con sello del Instituto Nacional de Bellas Artes.

1949
Polemiza con el escritor Rafael Solana, quien critica su labor al frente del Departamento de Teatro del INBA. Dirige la puesta en escena de *El pasado* de Manuel Acuña y traduce y monta él mismo dos obras de Guido Cantini: *Los mirasoles* y *Daniel entre los leones*. Obtiene el primer premio en los Juegos Florales organizados para conmemorar el primer centenario del nacimiento del poeta Manuel Acuña. Escribe el prólogo al libro de Antonio Magaña Esquivel, *Sueño y realidad del teatro*.

1950
Dirige *Rosalba y los Llaveros* de Emilio Carballido, con escenografía del joven Antonio López Mancera y producción de Julio Prieto. Dirige, en inglés, *The Cocktail Party* de T.S. Eliot. Se lía a golpes con Rafael Solana en la Sala de Conferencias de Bellas Artes, al concluir la conferencia de Arturo Arnaiz y Freg sobre "Los historiadores mexicanos". Comienza a publicar en la revista *Mañana* su columna "Cartas nuevas y viejas".

1951
Aparecen sus crónicas *Este y otros viajes*, el monólogo *El joven II*, un manual de *Diez lecciones de técnica de actuación*. Se estrena *La culta dama*, bajo su dirección. Dirige *Los signos del zodiaco* de Sergio Magaña.

1952
Ingresa a la Academia Mexicana de la Lengua. Su discurso de ingreso lleva por título *Las aves en la poesía castellana*. Dirige *El duelo*. Colabora con un ensayo sobre el teatro en el libro *México: realización y esperanza*.

Índice de personas y obras

Esta obra se terminó de imprimir
en el mes de octubre de 1994
en los talleres de
Editorial y Litografía Regina
de los Ángeles, S.A.
Avenida Trece núm. 101-L
CP 03660, México, D.F.
con un tiraje de 3 000 ejemplares

Cuidado de edición:
Dirección General de Publicaciones del
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Fotografía de portada: Estudio de Salvador Novo, A.C.
Diseño: Carlos Bernal González